

REVISTA CHILENA.

REVISTA
CHILENA,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

I

DIEGO BARROS ARANA.

TOMO I.

SANTIAGO.

Jacinto Nuñez, editor,
IMPRENTA DE LA REPUBLICA

1875.

La *Revista Chilena* que hoy comenzamos a publicar, aspira a servir de órgano al movimiento literario de nuestro país. Espera encontrar una acogida favorable en el público, i desea que ésta le permita dar circulacion a las producciones de los escritores que quieran prestar a esta empresa su contingente de luces i de trabajo.

Para conseguir este resultado, hacemos un llamamiento a todas las personas que en Chile se ocupan de ciencias i de letras, i les pedimos su colaboracion. La *Revista Chilena* no patrocina ningun orden de ideas en particular, ni escluye las opiniones de cualquiera clase, aunque no sean las de sus directores. En publicaciones de esta naturaleza no se puede ni se debe exigir la solidaridad de principios que de ordinario conviene en los periódicos esencialmente políticos. En una revista literaria, nadie asume responsabilidad mas que por aquello que firma; i por lo tanto la independendencia moral de cada colaborador no sufre menoscabo porque su artículo está al lado de otro en que se sustentan opiniones diversas o contrarias. En este punto, el deber de los directores de una revista se reduce a recomendar a sus colaboradores la mayor tolerancia para todas las opiniones, i la mayor templanza en las formas literarias cuando alguien se crea en el deber de impugnar las ideas ajenas.

Aunque este es el objeto principal de esta *Revista*, nosotros abrigamos todavia otra ambicion que talvez

veamos satisfecha en parte. Pretendemos ponernos en comunicacion con los otros pueblos americanos, hacer llegar a ellos los estudios de nuestros escritores, i dar a conocer en nuestro país el movimiento literario que en ellos se desenvuelve. Pedimos mui particularmente a nuestros colaboradores que nos suministren los artículos o las noticias que puedan conducir a este resultado. Nos daremos por contentos si nuestros esfuerzos contribuyen en cierto modo a que en Chile puedan apreciarse las obras de algunos de los escritores americanos que solo conocemos de nombre o que desconocemos absolutamente.

La *Revista Chilena* no tendrá crónica política. La reemplazaremos por una revista bibliográfica en que nos proponemos dar a conocer los libros de la literatura contemporánea que merezcan preferentemente ser conocidos en Chile. En esta reseña, ajena a todas las pretensiones de la alta crítica literaria, i reducida casi esclusivamente a describir los libros de que se trata, daremos siempre la preferencia a las obras que de algun modo se refieren a la América, ya sean escritas en este continente i por autores americanos, ya en Europa i por escritores extranjeros. Nuestros colaboradores podrán suministrarnos muchas veces notas utilísimas para enriquecer esta seccion. No es posible exigir que sin esa colaboracion podamos desempeñar dignamente esta tarea.

Al fin de esta crónica daremos tambien noticias necrológicas de los escritores americanos, o europeos que hayan escrito sobre América, cuya muerte llegue a nuestra noticia. En cada necrolojia haremos una reseña biográfica tan completa como nos lo permitan los materiales que podamos reunir, i daremos una idea jeneral i

compendiosa de sus obras. En esta parte, tambien, deben sernos mui útiles los datos que pueden suministrarnos nuestros colaboradores, ya sea que nos den una reseña completa, ya que nos comuniquen solo algunas noticias que nosotros podamos ensanchar i completar.

Una revista literaria emprendida con un propósito sério i sin ningun mezquino exclusivismo, no puede dejar de contar con la proteccion del público, i debe por tanto tener una existencia independiente. Nosotros lo hemos creído así; pero pensando que el mejor modo de asegurar su existencia seria el prestar atencion no solo al propósito puramente literario sino a la administracion industrial, hemos dividido este trabajo de una manera conveniente. Así, pues, los escritores que deseen publicar sus artículos, deberán dirijirse a los directores; i las personas que deseen suscribirse o hacer alguna jestion del carácter puramente administrativo, deberán entenderse con el director.

Si apesar de estas precauciones i del interes que ponemos en merecer la confianza del público, la *Revista Chilena* no alcanza a conquistarse una situacion holgada e independiente, i tiene que desaparecer como tantas otras publicaciones de este jénero de nuestro país, habremos perdido solo la ilusion en que estábamos cuando creíamos que era posible hacer en Chile una publicacion que sirviese de órgano al movimiento literario.

REVISTA CHILENA.

DEL RACIOCINIO EN MATERIAS DE HECHO (1).

I.

En toda ciencia, en toda materia de hecho, el raciocinio experimental o empírico, fundado en la permanencia de las leyes naturales, se combina con el raciocinio demostrativo i el raciocinio analójico.

El punto de partida es siempre algun hecho. Conocemos los hechos por *observaciones*, en que los fenómenos naturales se nos presentan espontáneamente; o por *experimentos*, en que combinamos i separamos las ajencias naturales a nuestro arbitrio para determinar sus consecuencias constantes.

Mas aun en la espresion de los hechos, si esceptuamos los resultados inmediatos i rigurosos de las *observaciones o experimentos*, i sus inmediatas i rigurosas consecuencias deducidas por el principio de la invariabilidad del proceder de la naturaleza, todo lo demas se debe, ya al raciocinio demostrativo, ya al raciocinio analójico.

Observada una conexion de los fenómenos que miramos como causa o efecto, la jeneralizamos por el principio empírico, pero

(1) Creemos honrar nuestra *Revista* encabezando sus pájinas con un estudio del ilustre sabio americano. En este artículo se verá que en sus meditaciones filosóficas, don Andres Bello ponía en ejercicio junto con una rara sagacidad, un caudal vastísimo de los mas variados conocimientos.

contrayéndola a los precisos ajentes o ajencias determinadas por la observacion; primer paso en que podemos estraviarnos, calificando de verdad espermental una concepcion errónea.

Al contemplar los fenómenos de la gravitacion, las primeras observaciones manifestaron a los hombres que de los cuerpos sublunares los unos, abandonados a sí mismos, se precipitaban con mas o ménos velocidad a la tierra, i los otros, por el contrario, como los vapores i el humo, si no los sujetaba una fuerza externa, se elevaban i dispersaban en la atmósfera. El racionio mas simple de todos, el mas familiar al hombre, fué el que dedujo de estas observaciones, como leyes constantes, la gravedad de ciertos cuerpos o su espontáneo descenso a la tierra, i la levedad de otros, es decir, su tendencia a remontarse en la atmósfera: racionio puramente empírico.

El humo es leve, el plomo es grave, son espresiones de dos hechos jeneralizados por el racionio empírico, i espresiones exactas, en cuanto con ellas nos limitamos a afirmar el ascenso o descenso de estas sustancias en el aire atmosférico. Pero cuando los filósofos pasaron de aquí a la clasificacion de los cuerpos en graves i leves, entendiendo por grave lo que tiene algun peso, lo que naturalmente tiende a descender a la tierra, i desciende en efecto, si algun obstáculo exterior no se lo impide; i entendiendo por leve lo que no solo carece absolutamente de esta tendencia, lo que no tiene peso alguno, sino lo que tiene naturalmente una tendencia a subir, i sube en efecto, si algun obstáculo exterior no lo impide, salieron de los justos límites del racionio empírico, pues nada les autorizaba a creer que el descenso de unos cuerpos i el ascenso de otros en el aire atmosférico, no se debiese, en parte a lo ménos, a alguna ajencia particular del mismo aire atmosférico.

Cuerpos sublunares naturalmente graves, i cuerpos sublunares naturalmente leves, fué la primera fórmula de la gravitacion, i pasó muchos siglos por una verdad inconcusa.

Observóse que dos cuerpos sólidos de igual peso se equilibraban en la balanza; i que dos líquidos de diferente gravedad específica, es decir, de desigual peso bajo un volúmen dado, se equilibraban a igualdad de pesos; por ejemplo, elevándose a alturas inversamente proporcionales a sus gravedades específicas. Al ver, pues, que el agua se elevaba en las bombas a 32 pies de altura i no mas, fué natural inferir por analogía que el agua se equilibraba entonces con el aire atmosférico, i que este aire, contado hasta allí en-

tre los leves, era en realidad un cuerpo pesado. De la semejanza de efectos se infirió la semejanza de causas.

Si el aire (se dijo entonces, aplicando a esta hipótesis el raciocinio demostrativo que procede por la substitucion de cantidades iguales), si el aire se equilibra con una columna de agua de 32 pies de altura, se equilibrará tambien con una columna de cualquier otro líquido que se equilibre con una columna de agua de 32 pies de altura. Luego una columna de mercurio de 2 pies i 37 centésimos que se equilibra con una columna de agua de 32 pies, se equilibrará tambien con una columna de aire atmosférico. Torricelli hizo el experimento, i la columna de mercurio subió en el vacío 28 pulgadas, que son 2 pies i 33 centésimos; aproximacion tan grande como pudo entonces razonablemente esperarse, atendida la inevitable inexactitud de las operaciones. Asimilado un hecho a otro, deducimos de esta asimilacion por el raciocinio demostrativo, otro hecho, que, comprobado por la observacion o los experimentos, da un grado de probabilidad a la asimilacion, sobretodo si es posible apelar al criterio del cálculo, como sucede en nuestro ejemplo.

En seguida se dijo: si es el peso del aire lo que sostiene a cierta altura el mercurio, será menor esta altura segun fuere mas elevado en la atmosfera el paraje en que se haga el experimento: raciocinio demostrativo arreglado al axioma: «para que subsista la igualdad de dos cantidades es necesario que, si decrece la una, decrezca igualmente la otra;» que es en otros términos el axioma: «si de cantidades iguales se quitan cantidades iguales, los residuos serán iguales.» Este nuevo corolario de Torricelli i de Pascal fué comprobado en repetidos experimentos; no se dudó que el aire era grave; i pudieron preverse con toda confianza los resultados de las tentativas que se hicieron despues para pesar directamente el fluido atmosférico compensando en una balanza delicada el peso de un vaso lleno de aire con el peso de un vaso vacío. La gravedad del aire atmosférico tomó entónces el carácter de una verdad empírica.

Los cuerpos cuya gravedad específica es menor que la del agua, sumerjidos en este líquido se elevan. ¿No era natural inferir de aquí que los fluidos que se elevan en la atmósfera lo deben a su menor gravedad específica comparada con la del fluido atmosférico? Analogía plausible es que de la semejanza de los efectos inferimos la semejanza de las causas. «Todos los cuerpos sublunares,» se dijo entónces, «gravitan hácia la tierra;» jeneralizacion analójica, que no pudo admitirse con entera confianza, i contarse

en el número de las verdades empíricas, sino después que los hechos particulares que al parecer la contrariaban, sometidos a la observación, a los experimentos i al cálculo, se encontraron en una completa armonía con ella.

La analogía conduce así al conocimiento de las leyes de la naturaleza. Los resultados, conjeturales al principio, adquieren más i más probabilidad a medida que se comprueban por la observación, los experimentos i el cálculo; hasta que al cabo inspiran una plena confianza, i toman su lugar entre las verdades empíricas. Reconociáse, pues, como una de ellas, que en el vacío todos los cuerpos sublunares abandonados a sí mismos, cualquiera que sea su gravedad específica i su peso, se precipitan con igual velocidad. Luego todas las partes en que son divisibles estos cuerpos, descienden con igual velocidad en el vacío. Pero aquí pueden hacerse tres suposiciones: o la diferencia de gravedad específica (1) subsiste indefinidamente hasta donde quiera que se lleve la división, no solo por los medios humanos, sino por las fuerzas de la naturaleza; o los cuerpos están constituidos de manera que llevada hasta cierto punto la división, se resuelvan todos en moléculas elementales, ulteriormente indivisibles, pero de diferente peso en los diversos cuerpos; o bien se resuelven todos en moléculas elementales de un peso invariable. En la tercera suposición el peso de cada cuerpo es el producto de la velocidad de gravitación por el número de sus átomos o moléculas elementales; i como la velocidad de gravitación es una cantidad constante, la cantidad de materia es el número de sus moléculas elementales, representado por el peso. En la primera i segunda suposición el peso de cada cuerpo es el producto de la velocidad de gravitación por un factor desconocido que se ha convenido en llamar cantidad de materia o de inercia, i que también es representado por el peso.

La primera de estas consecuencias se funda a mi ver en el principio de incompatibilidad; es la conclusión de un silojismo demostrativo (el que los escolásticos llaman *condicional* en el *modus tollens*): «si los cuerpos sublunares fuesen resolubles en fracciones desigualmente graves, caerían con diferentes velocidades en el vacío; caen con igual velocidad en el vacío: luego son todos igualmente graves.» Supongamos, en efecto, que los cuerpos sublunares

(1) Diferencia de peso bajo un volumen dado.

constasen de fracciones de diferentes gravedades, de manera que descendiendo en el vacío, fuesen desiguales los espacios recorridos por ellas en un tiempo dado, si pudiesen separadamente moverse. No es metafísicamente imposible que cediendo unas una parte de su velocidad a las otras para moverse todas juntamente, la velocidad resultante fuese igual en todos los cuerpos. Pero si se tiene presente la inmensa variedad de elementos i de estructuras de que constan los cuerpos; si se tiene presente que todas las composiciones i descomposiciones que se han hecho en las sustancias materiales no han producido una sola elemental o compleja, que parezca moverse con mas o ménos velocidad que las otras por la fuerza de gravedad, será preciso mirar como inmensamente improbable que en la suposicion de diferentes elementos con diferentes velocidades de gravitacion fuese constantemente una misma la velocidad resultante. Debíó pues recibirse como una verdad empírica de las mas incontestables la igual velocidad de gravitacion de todas las fracciones, i de todas las moléculas de la materia sobre la superficie de la tierra.

De cualquier modo que se considere la cantidad de materia, la densidad de los cuerpos es su cantidad de materia, su peso, bajo un volúmen dado; la densidad i gravedad específica son proporcionales una a otra. De manera que entre la gravedad específica i el peso hai la misma relacion que entre la densidad i la cantidad de materia.

Otra consecuencia matemática de la igual velocidad de gravitacion de todos los cuerpos i de sus mas pequeñas fracciones a la superficie de la tierra, es que el descenso de los cuerpos en el aire atmosférico se efectua precisamente con velocidades varias, en razon de la resistencia que les opone este fluido. La resistencia del aire no puede ménos de crecer con el volúmen de aire que el móvil solicita desalojar, i consiguientemente con el volúmen del móvil. Por tanto, una misma cantidad de materia, segun ocupe mas o ménos volúmen, perderá mas o ménos parte de su velocidad para desalojar el fluido en que se mueve. Si de una misma cantidad se rebajan cantidades desiguales, los residuos deben ser desiguales.

Vemos que la gravedad en cada paraje de la tierra es una fuerza continúa i uniforme. El cálculo dedujo de este hecho varias consecuencias importantes que nos contentaremos con indicar.

1.^a Los graves en su descenso se mueven con una velocidad

uniformemente acelerada, i por tanto las velocidades adquiridas desde el principio del movimiento son como los tiempos. Si la velocidad del grave al fin del primer segundo de su descenso es como 1, al fin del subsiguiente segundo será como 2, al fin del tercero como 3, etc.

2.^a Si en un instante cualquiera de la caída se concibe que la acción de la gravedad se suspende, el cuerpo continuará descendiendo en movimiento uniforme, i el espacio que ha corrido desde el principio de su caída hasta aquel instante será la mitad del espacio que corra durante otro tanto tiempo.

3.^a Si dividimos todo el tiempo del descenso del grave en porciones iguales, los espacios corridos en estas porciones de tiempo formarán la serie 1, 3, 5, 7, 9, etc. La observación, de acuerdo con el cálculo, manifiesta que el grave en el primer segundo corre como 16 pies: en el segundo como 48: en el tercero como 80; en el cuarto como 112, i así sucesivamente, corriendo en cada segundo cerca de 32 pies mas que en el precedente.

4.^a Los espacios corridos por el grave desde el principio del movimiento son como los cuadrados de los tiempos o de las velocidades adquiridas. Si al fin del primer segundo ha corrido el grave un espacio como 1, al fin del siguiente segundo habrá corrido un espacio como 4, al fin del tercero un espacio como 9 etc.

5.^a El espacio corrido por el grave en cualquiera porción de tiempo es igual al que hubiera corrido en el mismo tiempo moviéndose uniformemente con una velocidad media entre la velocidad inicial i la velocidad final.

6.^a Si se lanza un cuerpo en la dirección de la gravedad, la velocidad de la proyección que es constante, se añade a la de la gravedad que es uniformemente acelerada; i si se lanza un cuerpo en una dirección contraria a la de la gravedad, la segunda menoscaja continúa i uniformemente la primera hasta reducirla a cero. Llegado este caso, el móvil desciende por el efecto de la gravedad el espacio corrido, i en cada punto de su descenso tendrá una velocidad igual a la que tuvo en el mismo punto ascendiendo.

7.^a Los cuerpos lanzados en una dirección oblicua o perpendicular a la dirección de la gravedad, describen líneas parabólicas.

Estas consecuencias, sin embargo, ofrecen resultados que se diferencian algo de los reales; porque partiendo de una hipótesis, que es el movimiento de los graves en el vacío, no se toman en cuenta varias circunstancias que lo perturban i complican sobre la

superficie de la tierra, entre las cuales la resistencia del aire es la mas poderosa i constante. Calculóse esta resistencia; se procuró a lo ménos neutralizarla hasta cierto punto; i la aproximacion de los resultados reales a los resultados del cálculo fué bastante grande para confirmar la teoría.

De la verticalidad de la línea de gravedad en todos los puntos del globo terráqueo se sigue que los cuerpos, obedeciendo a esta fuerza, se mueven como si ella residiese en el centro del globo; lo que puede esplicarse o suponiendo que la ejerce un punto o masa central de la tierra, o suponiendo que ella resulta de la accion combinada de todas las moléculas que componen el globo. La posibilidad de las dos suposiciones se prueba matemáticamente, i la realidad de la segunda ha sido confirmada por observaciones i experimentos que no dejan lugar a la duda. Que esta fuerza de atraccion pertenezca a todas las moléculas de que se compone nuestro planeta, lo manifiestan tan claramente las ligeras inflexiones de la línea de gravedad, i las variaciones en la intensidad de esta fuerza (medida por la velocidad que produce) en virtud de las irregularidades de la figura de la tierra.

II.

«La gravedad es una fuerza que obra uniformemente sobre todas las partículas materiales en el globo terráqueo;» tal es la fórmula jeneral, que la analogía, estendiendo los primeros resultados empíricos, auxiliándose de la demostracion, i provocando a la esperiencia, elevó al fin al rango de una verdad empírica, de una lei natural indubitable.

El proceder intelectual que jeneraliza, asimila. La gravedad, en sí misma, es semejante en la piedra que cae i en los vapores que se elevan, en el descenso veloz i vertical del plomo, i en el descenso lento i fluctuante de la pluma, en el movimiento rectilíneo i en el movimiento parabólico.

La asimilacion comprobada por los medios que dejamos espuestos, es lo que justifica la jeneralizacion analójica, i le dá el carácter de lei. Si estos medios, en vez de comprobarla, diesen resultados incompatibles con ella, seria preciso descubrirla o corregirla.

La analogía procede sinténticamente; compone, agrupa en una fórmula los hechos que sabe i los hechos que conjetura, creyendo divisar entre los unos i los otros un vínculo de semejanza. El ra-

ciocinio demostrativo desarrolla las consecuencias de la fórmula; reúne en un todo los elementos contenidos en ella, todas las transformaciones de que es capaz en las diversas hipótesis a que es posible someterla; en una palabra, analiza. Las observaciones i experimentos, comprobando los resultados analíticos del cálculo, confirman la analogía.

Hemos encontrado la lei jeneral de la atraccion terrestre: ¿pero hasta donde se estienden sus efectos? ¿son puramente sublunares? ¿o la luna gravita hacia la tierra de la misma manera que los cuerpos colocados sobre la superficie de nuestro globo? ¿I qué motivo hai para suponer que a la tierra solo haya concedido el autor de la naturaleza este poder atractivo, i que todos los grandes cuerpos que describen órbitas al rededor del sol, como la luna al rededor de la tierra, no graviten hacia ese centro, como la luna al al rededor del globo terráqueo? He aqui una nueva asimilacion; una nueva e importante jeneralizacion, que el racionio demostrativo, desenvolviendo sus elementos, analizándola, debe confirmar o destruir.

Supongamos que un cuerpo sublunar ha recibido un fuerte impulso en direccion diversa de la vertical en que lo solicitó la gravedad. El cálculo demuestra que este cuerpo describirá una curva, cuya concavidad mirará hacia la superficie terrestre, i que cuanto mayor sea la fuerza de proyeccion, mayor espacio ha de atravesar antes de volver a la superficie: que si cae, es por el efecto combinado de la gravedad i de la resistencia del aire, las cuales disminuyen poco a poco el impulso: que a no ser por esa resistencia, un cuerpo lanzado con suficiente fuerza desde la cumbre de un alto monte, pudiera dar una vuelta completa al rededor del globo; i que en este caso, volviendo al punto donde habia partido, comensaria de nuevo su revolucion, i la efectuaría de la misma manera que la anterior. No caeria pues nunca i seguiria jirando perpetuamente como un satélite de la tierra. ¿No es este el caso de la luna? La analogía debió parecer tanto mas probable, que no vemos fallar la influencia de la gravedad en las cumbres mas elevadas, i no se alcanza razon para que no se estienda hasta mas allá de la luna.

Las mismas consideraciones pueden aplicarse a los otros satélites. ¿No pesarán, no gravitarán todos ellos al rededor de un planeta primario, como la luna hácia la tierra? ¿I no es de creer que los planetas pesan, gravitan del mismo modo hácia el sol, como

otros tantos satélites de este gran luminar? La analogía que de la semejanza de los efectos infiere la de las causas, indujo así a columbrar una causa jeneral a que se deben todos los conocimientos celestes.

Hasta aquí la gravitación universal no era mas que una conjetura plausible. Era necesario estudiar los movimientos celestes i determinar hasta qué punto se conformaban a la naturaleza de esta especie de fuerzas en cuanto era conocida por los fenómenos de la tierra. Afortunadamente, cuando el gran Newton arrojó este problema, las observaciones habian establecido de un modo incontestable tres hechos, tres leyes empíricas, las tres leyes de Keplero.

1.^a «Las áreas descritas por los radios vectores de los planetas en su jiro circumsolar, son proporcionales a los tiempos.» Newton dedujo de esta fórmula, por un cálculo riguroso, que la fuerza que solicita a los planetas se dirige al centro del sol.

2.^a «Las órbitas planetarias son elipses, i el sol ocupa uno de los focos.» Newton demostró, que, siendo así, la fuerza atractiva del sol sobre cada planeta decrece en razon inversa del cuadrado de la distancia entre ambos.

3.^a «Los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas son proporcionales a los cubos de su distancia media del sol.» De aquí se dedujo demostrativamente que la fuerza que parece como atraerlos al sol es una misma para todos, i solo varia de uno a otro en razon inversa del cuadrado, como respecto de cada planeta.

La primera lei revelaba en el sol una atraccion semejante a la de la tierra; las otras dos daban un nuevo elemento a la fórmula; elemento que no habia sido posible echar de ver en la gravitación sublunar, porque las variaciones de la distancia al centro de la tierra no eran sobre su superficie bastante grandes para producir diferencias sensibles.

Los cometas mismos se encontraron comprendidos en el imperio de la atraccion solar. Los satélites, a su vez, eran atraídos a sus primarios, como los primarios al sol; i la luna lo confirmó del modo mas claro, cuando un cálculo riguroso hizo ver que la fuerza con que obra en ella la tierra, es exactamente la que corresponde a la gravedad de los cuerpos sublunares disminuida en razon inversa del cuadrado de la distancia; averiguacion que introduciendo este elemento en la atraccion terrestre, acababa de com-

pletar la semejanza. Nuevas observaciones i nuevos cálculos la hicieron indubitable. La gravedad terrestre i el movimiento rotatorio de la tierra producen necesariamente la protuberancia del ecuador en nuestro globo. Luego la gravedad de la materia de que se componen los otros globos i su movimiento rotatorio deben producir en ellos iguales efectos: deducción comprobada por las observaciones hasta donde han podido estenderse.

Demos un paso mas. El catálogo de los planetas se aumenta. Orbes desconocidos a Newton habitan nuestro sistema planetario. Herschell anuncia el descubrimiento de Urano. Urano arrastra en pos de sí una comitiva de satélites, como Júpiter i Saturno. El primer dia de nuestro siglo es descubierto Ceres. Consecutivamente lo son Juno, Pallas i Vesta. He aquí sometida la teoría de Newton a una multitud de inesperadas pruebas. ¿Obedecen estos astros a las leyes de la atraccion, promulgadas por el filósofo inglés? Obedecen: i con puntual exactitud hasta donde han podido llevarse las observaciones. Las probabilidades se multiplican, i lo que resulta de su concurrencia asciende a un grado que apenas puede ya distinguirse de la completa certidumbre física.

Pero falta algo todavía. Los planetas no deben ser atraídos exclusivamente por el sol, no los satélites por sus planetas primarios: el sol debe ser también atraído por todos ellos, i todos ellos deben atraerse recíprocamente; i como las relaciones de todas estas fuerzas varían a cada momento, no pueden ménos de producirse perturbaciones continuas que desfiguren la elipticidad de las órbitas, que mude la situación de cada elipse en su plano, que hagan oscilar este plano, que haga fluctuar dentro de ciertos límites la velocidad normal de cada planeta i el tiempo de su revolución periódica. El raciocinio demostrativo lo anunció así; Newton lo reconoció; él mismo pudo calcular algunas de estas perturbaciones, i manifestar su conformidad con el gran principio; pero el estado de la astronomía en su tiempo no le permitió llevar a cabo un trabajo analítico tan delicado i complejo. Era necesario que la ciencia se proveyese de medios nuevos i de instrumentos mas perfectos. Estaba reservada esa gloria a los sucesores de Newton, i sobretudo al ilustre Laplace. El cálculo de las perturbaciones no es desmentido ni aun por los cometas en sus vastas i licenciosas órbitas. La teoría de Newton sale victoriosa de todas las pruebas, i tan completamente se halla ajustada a los hechos, que es ya capaz de determinarlos por sí sola; i si los fenómenos condujeron a

la teoría, ella puede a su vez anunciar los fenómenos i describirlos con mas exactitud que la observacion misma, incapaz de medir las últimas subdivisiones del espacio i del tiempo. He ahí el triunfo final de la atraccion newtoniana, i la probabilidad de las jeneralizaciones analójicas, sometidas al combinado criterio del cálculo i de las observaciones, elevada a un grado que no admite incremento.

Cada uno de los grandes cuerpos que pueblan el espacio hace gravitar hácia sí todos los otros cuerpos; *los atrae*; palabra con la cual no se pretende dar idea de la naturaleza de esta causa, sino solo indicar sus fenómenos. ¿Pero en qué razon están las diferentes potencias atractivas de estos varios cuerpos entre sí, medidas por las diferentes velocidades de gravitacion que producirian a distancias iguales? Las observaciones i cálculos demuestran que la cantidad de esta potencia atractiva no guarda proporcion con el volúmen del cuerpo atrayente. Hai, pues, un factor que combinado con la velocidad de gravitacion, mide la ajencia atractiva del cuerpo atrayente. Si este factor es el número de moléculas elementales o átomos, suponiéndolas todas de igual peso en una balanza terrestre, no tenemos fundamentos bastante sólidos para afirmarlo. Seria esto sin duda un proceder simple en el plan de la naturaleza; supuesta la teoría atomística. Pero ni este desvío está suficientemente probado, ni el principio de simplicidad es de aquellos que por sí solos inspiran confianza.

III.

Creo haber dado a conocer dos procederes de que se hace uso frecuente en las ciencias físicas: la síntesis analójica, que asimila i jeneraliza, i la análisis matemática, que desenvuelve las fórmulas de la analogía, para que nuevas i variadas observaciones las confirmen o las desmientan. Pero hai materias en que no es posible el cálculo. La analogía puede entónces servir en fuerza de lo completo i complejo de las semejanzas que presenta.

La semejanza que existe entre la organizacion de los brutos i la nuestra, entre los movimientos que ellos efectuan con sus órganos i los que nosotros efectuamos con los nuestros, entre los varios trámites de su existencia i aquellos a que la nuestra está sujeta, es una semejanza completa, que consta de un número que casi se puede llamar infinito, de semejanzas parciales, cada una de las

cuales es bastante notable por sí sola. Así es que no parece posible haya hombre alguno, que cediendo a tan poderosa combinacion de analogías, no reconozca en los animales, aun en aquellos cuya estructura difiere mas de la humana, una animacion como la nuestra, una sustancia sensitiva, un alma en que se producen fenómenos parecidos a los que la conciencia nos revela en nosotros, fenómenos que envuelven numerosísimas relaciones de causas i efectos, de medios i fines, en que se trasluce con la mayor claridad un tipo comun. El que se alucinase como Descartes hasta el punto de sostener que los animales son máquinas destituidas de sensibilidad, debería borrar la analogía del catálogo de los medios que sirven al hombre en la exploracion de la verdad (pues si ella pudiera ser rechazada en el caso presente, ¿en cual no debería serlo?), o mas bien solo conseguiria desacreditar él mismo la doctrina para cuya admision fuese necesario adoptar una regla repugnante al sentido comun.

Conocemos por la mas fuerte de todas las combinaciones analójicas la existencia de otros espíritus humanos. Percibimos en los otros hombres una organizacion exterior semejantísima a la nuestra, i de aquí colejimos la existencia de iguales semejanzas en las partes i cualidades que no están al alcance de nuestros sentidos. Reconocemos en ellos partes cuya semejanza es la misma que la de nuestros órganos sensitivos; luego ellos ven, oyen, huelen, gustan i palpan como nosotros. Percibimos movimientos semejantísimos a los que hacemos para procurarnos los objetos de nuestras necesidades, i para que estos objetos sirvan a nuestra conveniencia i placer; luego en todos los otros hombres hai necesidades i deseos, como los que experimentamos nosotros. Los vemos crecer i morir como nosotros; su lenguaje trasluce pensamientos como el nuestro. La fuerza de la analogía total es en razon compuesta de las infinitas analogías elementales concurrentes; i no hai racionio empirico que produzca una conviccion mas completa.

IV.

La analogía puede tambien sacar nueva fuerza de la constante repeticion de cierto plan de medios i fines en las obras de la naturaleza (1). Cuanto mayor es el número de conexiones de esta es-

(1) La analogía que procede de los medios a los fines es una expresion impropia—Debería decirse "la analogía en que de la semejanza de los fenómenos, uno

pecie que vemos ajustarse a un plan uniforme, tanto mas fuerte es, en virtud de la simplicidad i harmonía de las leyes que rijen el universo, la conviccion que nos formamos de que dichas cosas de la misma especie se ajustarán con igual uniformidad al mismo plan. Un mismo fin ha sido obtenido por ciertos medios, en un número infinito de casos; luego el mismo fin ha sido obtenido por los mismos medios en otros casos que no han estado sujetos a mis observaciones. De esto nos ofrece multitud de ejemplos la anatomía comparada. Como la diferente estructura de las varias especies de animales está en relacion con su jénero de vida, conociendo los órganos de un animal podemos de ellos inferir con bastante seguridad si la naturaleza lo ha destinado a vivir en la tierra o en el agua; si puede o no elevarse en el aire; de qué especie de alimento se sustenta, i si se lo procura de dia o de noche; si produce o no muchos hijos a un tiempo etc. A veces de la presencia de ciertos órganos se puede inferir que existen otros de distinto jénero; i basta, por ejemplo, conocer la estructura de los dientes para conjeturar mucha parte de los hábitos i caracteres naturales del animal. Cuvier observa que un colmillo destinado a despedazar la carne no se encuentra jamás combinado en ninguna especie con un casco o pezuña, que dá un buen apoyo al peso del cuerpo, pero es absolutamente inútil para asir o agarrar; de donde se sigue que los animales solípedos o bisulcos son todos herbívoros, i que un pié con casco o pezuña indica dientes molares chatos, un largo canal alimentario i un estómago voluminoso o mas de un estómago. La forma de los dientes, las involuciones i dilataciones del canal alimentario, la fuerza i abundancia de los jugos gástricos, se hallan exactísimamente adaptados entre sí, i tienen relaciones fijas con la composicion química, solidez i solubilidad del alimento; de manera que al ver una sola de estas partes, un observador experimentado puede predecir con bastante certeza la conformacion de las otras partes del mismo sistema de órganos, i aun conjeturar con alguna probabilidad la estructura de los órganos pertenecientes a otras funciones.

Pero ¿qué es lo que hace la fuerza de estas analogías? La constante repeticion de un mismo plan de medios i fines en numerosas

de los cuales sabemos que está destinado a cierto fin, inferimos que el otro está destinado a un fin semejante." Pero se ha querido designar cierta especie de analogía por una frase breve; el sentido es obvio; i la inexactitud de la expresion no puede producir error.

i diversas especies de animales. Un solo ejemplo contrario menoscabaria mucho nuestra confianza en ellas.

Al mismo fin parece referirse la fuerza de la deducción en el bello ejemplo que nos ha dado Stewart de la analogía que procede de una semejanza parcial a una semejanza mas grande:

«Las numerosas referencias i dependencias entre los mundos material i moral, que se presentan a la vista dentro del estrecho ámbito que abrasan nuestras observaciones en este globo, nos animan i aun autorizan para inferir que el uno i el otro son partes de un mismo e idéntico plan; inferencia que conjenia con los mejores i mas nobles principios de la naturaleza. Nada, en verdad, pudiera ser mas ajeno de aquella irresistible propension que induce a todo filósofo investigador a argüir de lo conocido a lo desconocido, que el suponer que cuando todos los diferentes cuerpos que componen el universo material están en manifiesta relacion unos con otros, como partes de un todo conexo, los fenómenos morales de nuestro planeta estuviesen enteramente aislados, i que los seres racionales que lo habitan, i para los cuales podemos razonablemente suponer que fué sacado a luz, no tienen relacion alguna con otras naturalezas intelijentes i morales. Lo que debe presumirse es que existe un gran sistema moral que corresponde con el gran sistema material; i que las conexiones que ahora rastreamos tan distintamente entre los objetos corpóreos que componen el uno, son como otras tantas intimaciones de algun vasto designio que comprende a todos los seres intelijentes que componen el otro. En esta hilacion, como en otras innumerables que sujere la analogía en favor del porvenir que nos aguarda, el proceder deductivo es de la misma especie que el que alentó a Newton a estender sus especulaciones físicas mas allá de la tierra. No hai mas diferencia sino que él tuvo la oportunidad de verificar los resultados de sus conjeturas apelando a hechos sensibles; pero esta circunstancia accidental (aunque tan satisfactoria i convincente para el astrónomo) no afecta los fundamentos sobre las cuales se formaron orijinalmente las conjeturas, ántes bien suministra una prueba experimental del aprecio que se debe al proceder racionativo que las produjo (1).»

(1) En esta última frase me he desviado de la expresion orijinal que es ésta: "una prueba experimental de la exactitud de los principios (las conjeturas) de que procedían." La primera analogía que condujo a la jeneralizacion de la gravedad tuvo sin duda su orijen en el pensamiento de asemejar los movimientos

V.

De lo poco que valen las conjeturas fundadas en la analogía, se pudieran citar muchas pruebas. La influencia que atribuye el vulgo a la luna sobre las mutaciones atmosféricas i particularmente sobre la lluvia parece deducirse de la que indudablemente ejerce aquel astro sobre las mareas; i sin embargo, está desmentida por observaciones exactas, continuadas gran número de años. A los fenómenos celestes en que se creía ver algo de extraordinario, como los eclipses i las apariciones de cometas, se atribuyó, por una analogía de la misma especie, aunque mas débil i distante, la producción de fenómenos físicos i morales igualmente extraordinarios; inundaciones, pestes i revoluciones. Se calculó bien o mal el tiempo que todos los cuerpos de nuestro sistema planetario, colocados en cierta situación recíproca, necesitan para volver a ella, i comenzar otra serie semejante de movimientos i aspectos; i se supuso un cielo de igual duracion a los fenómenos morales de la tierra, que restituida al punto de donde partió, debía presentar otra série idéntica de jeneraciones, destinadas a pasar por las mismas fases hasta encontrarse otra vez en el mismo punto.

Alter erit tum Tiphys et altera quæ vehat Argo
Delectos heroas; erunt etiam altera bella,
Atque iterum ad Trojam magnus mittetur Achilles (1).

En jeneral, el principio que hace la fuerza de las analogías es la armonía, la simplicidad, la unidad que atribuimos a las obras de la naturaleza; principio ménos seguro de suyo que el de las deducciones empíricas; lo primero, porque la naturaleza puede no ser siempre uniforme en sus medios; i lo segundo, porque en el mayor número de hechos no podemos instruirnos lo bastante para deducir su plan; i así como sucede que las discrepancias se reducen mejor entendidas a una lei uniforme, sucede tambien que las dis-

celestes a los sublunares; pensamiento confirmado despues por la exacta semejanza entre unos i otros, de que se dedujo la identidad de la semejanza de las causas. Pero en aquella primera analogía (que es la de que se trata) no descubro principios exactos, sino una presuncion verosímil.

(1) Estos versos que cita el señor Bello sin espresar el autor, son de Virjilio, Egloga, IV, 34, 35 i 36. "Entónces habrá otro Tifis i otra Argos que transporte héroes escojidos: habrá tambien otras guerras; i por segunda vez el gran Aquiles será enviado a Troya " (Los E. E.)

crepancias aparentes mejor entendidas se resuelven en verdaderas discrepancias.

Es preciso, pues, apreciar las analogías en lo que valen, i no recibirlas como verdades experimentales, sino despues de un largo exámen en que hayan pasado por numerosas i variadas observaciones, sin desmentirse una vez. Nuestra confianza en ellas no puede ser justificada sino por la comprobacion del cálculo, por la exactitud i *complejidad* de las semejanzas, o por la repeticion constante de un plan uniforme en las producciones materiales (1).

VI.

No será superfluo notar que lo que se llama observacion en las ciencias físicas es amenudo una serie vastísima de percepciones i de racionios. Conocidas las situaciones, figuras, distancias, movimiento de los cuerpos celestes, no sabemos mas que hechos individuales i leyes particulares; pero ¿qué de racionios, qué de cálculos, qué combinaciones ingeniosas de datos no han sido necesarios para llegar a estos conocimientos? Fijémosnos en un solo punto, que es al parecer el mas obvio: la situacion de los cuerpos que alcanzamos a ver en los espacios celestes. La situacion aparente no es la situacion real. Para deducir de la apariencia la realidad, se requiere primeramente determinar con precision el fenómeno cual se presenta a la vista, i luego emplear un cálculo cuyos procederes han sido deducidos de numerosas i variadas observaciones que han fijado los datos, i de cálculos anteriores, que ellos solos forman un extenso departamento de las matemáticas mistas. Mas para solo determinar cada elemento de la situacion aparente, la distancia angular, por ejemplo, a que un astro se halla del meridiano; ¿qué de conocimientos anteriores han sido necesarios, i qué de instrumentos ingeniosos i delicados, que ausilian a los sentidos, i han sido ellos mismos la obra de precedentes observaciones, ra-

(1) Creyóse algun tiempo que la presencia del oxígeno era necesaria en la combustion, i que este gas era el único principio oxidificante, porque no se habia notado combustion sin oxígeno, ni ácido de que el oxígeno no fuera un elemento esencial. Pero posteriores conocimientos manifestaron que este juicio habia sido precipitado, i que en la naturaleza existen varias sustancias gaseosas dotadas bajo uno i otro respecto de la misma virtud que el oxígeno. Hé aquí un caso en que la jeneralizacion analójica, aun estribando sobre un número no pequeño de conexiones fenomenales, fué al fin desmentido por la esperiencia.

ciocinios i cálculos? Apenas hemos podido dar un paso fuera de nosotros mismos, es decir, fuera del alma, sino a la luz de la experiencia, esto es, por medio de raciocinios fundados en nuestras primeras observaciones. De esta manera se hicieron las afecciones del alma signos de las cualidades i relaciones corpóreas, i todos los conocimientos del universo fisico que se deben a las ciencias se han adquirido de la misma manera. Ellos forman una fábrica inmensa levantada sobre el cimiento de las sensaciones.

Se atribuyen dos formas al raciocinio analójico. Un hecho se descompone a veces en varios hechos parciales, que nos revelan los pormenores de la produccion del primero. Sucédense unas a otras con perpétua regularidad las fases de la luna, i al principio creimos sin duda que cada una de ellas nacia de la precedente, como nos parece, por ejemplo, que en el alma el recuerdo nace de la percepcion, o en los órganos del cuerpo animado la fatiga es acarreada por el ejercicio. Pero las observaciones i los raciocinios nos manifestaron que estos diferentes aspectos resultaban de las diferentes posiciones que tomaba con respecto a nosotros el hemisferio iluminado de la luna. La idea de la luna mas o ménos iluminada a nuestra vista se convirtió en la idea de posiciones particulares de este astro que nos presentaba una parte mayor o menor de su hemisferio oscuro, i de su hemisferio alumbrado. I estas posiciones nos parecieron luego efectos de la revolucion periódica de este astro al rededor de la tierra; revolucion al principio aparente, que redujimos por último a la revolucion real, en que la luna jira al rededor de la tierra, i junto con la tierra al rededor del sol. «Luz del sol reflejada por una parte mayor o menor de la luna,» fué una idea reemplazada por ésta: «luz del sol reflejada constantemente por un hemisferio de la luna, que a veces se nos muestra entero, i a veces en parte, creciendo i menguando esta parte, segun la varia posicion que con respecto al globo que le da la luz i al globo en que la miramos, toma la luna en su movimiento al rededor de uno i otro.»

En este proceder del raciocinio se ha descompuesto un hecho: un eslabon de la cadena fenomenal se ha subdividido en varios eslabones elementales. Pero otras veces el raciocinio es una jeneralizacion que reconociendo la semejanza esencial de varios fenómenos al parecer diferentes, los clasifica bajo un mismo nombre. Así en el movimiento elíptico de un astro que se mueve alrededor de un centro trazando áreas proporcionales a los tiempos, se conje-

turó desde luego, el mismo fenómeno que el movimiento parabólico de los cuerpos sublunares lanzados en una dirección perpendicular u oblicua a la dirección de la gravedad terrestre; i el análisis confirmó la conjetura.

La descomposición, con todo, no es mas que la prueba *a posteriori* de una jeneralización conjetural anterior, o el camino que conduce a ella *a priori*, desenvolviendo todas las semejanzas que intervienen en la exhibición de los fenómenos. Porque para percibir la identidad, o mas bien, su esencial semejanza, su uniforme acarreo por una misma especie de causas, es necesario descomponerlos, compararlos uno con otro en todos sus pormenores, i averiguar de este modo si las diferencias aparentes no son mas que modificaciones producidas por circunstancias peculiares.

Sea que principiemos por la síntesis que jeneraliza, o por el análisis que descompone, la combinación de estas dos clases de raciocinio analójico es indispensable, pues, para obtener resultados seguros en el estudio de la naturaleza intelectual, moral i material.

ANDRES BELLO.

RASGOS BIOGRÁFICOS

DE JULIO MICHELET.

(LECTURA HECHA EN LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS).

EUPHORION.

*Immer hoher musz ich steigen
Immer weiter musz ich schaun*

(GOETHE).

¡Mas alto siempre subamos!
¡Mas léjos siempre miremos!

§ I.

El mundo de las letras, la rejion de las ideas, el universo de las intelijencias tienen eso de noble, de grande, de fecundo, de hermoso, de admirable, i sin embargo, fácil de concebir i de explicar: que en ellos, ni el tiempo ni el espacio—tan poderosos en el mundo físico—pueden nada, debería quizás decirse, nada significan. En ese mundo, en esa rejion, en ese universo acaba de pronunciarse—por la desaparicion de un grande escritor—un vacío que es fácil de contemplar, pero que será mui difícil de colmar.

¡Qué de años, qué de esfuerzos, qué de estudios, qué de combinaciones de circunstancias personales i nacionales, de necesidad i de azar, para llegar a formar otro Julio Michelet!

Michelet, el historiador poeta, que hacia revivir—viviendo él mismo—las diversas épocas de la variada historia de su país; Michelet, el escritor artista que hacia ver—viendo él mismo—los grandes personajes conocidos, los colosales cuadros animados i los progresos trascendentales que entre la sangre de los combates i

de los suplicios i el horror de las hogueras i de los hornos industriales, entre el crujir de las armas i el hojear de los libros, entre el dogma i el derecho, entre la Iglesia i el Estado, entre la voluntad de un individuo i la voluntad de un pueblo, entre la Revolucion i el antiguo Réjimen, entre la edad antigua i la edad moderna, entre la fé i la razon, entre la esclavitud i la libertad, entre las falsas ideas de gobierno, que todas se resumen en el interes de una oligarquía mas o ménos restringida, i las verdaderas que pueden resumirse en él de todos los habitantes de un país, ha venido realizando Francia desde Clodoveo a Napoleon; Michelet, el historiador poeta i escritor artista ya no narra ni pinta, ya no adivina ni cinsela el pasado, ya no conjetura ni prepara el [porvenir ¡ha dejado de existir!

§ II.

Cuando una voz como la de él, calla; cuando una pluma, como la de él, se detiene; cuando una vida como la de él,—vida que era irradiacion continua de luz—se acaba; por mucho que sea el estrépito de las cosas, por grandes que sean las distancias, por espesas que sean las paredes al rededor nuestro, el silencio que esa voz, el vacío que esa pluma i la oscuridad que esa vida dejan, se sienten hasta en lo mas íntimo, i cuanto más en ello se piensa, más i más adentro penetra el aguijon del pesar causado.

¡Un hombre de esa actividad i espontaneidad podia todavía producir tanto! ¡Un escritor de esa habilidad i erudicion podia todavía narrar tantos sucesos! ¡Un pensador de esa orijinalidad i sinceridad podia todavía descubrir i formular tantas verdades! ¡Un luchador de esa enerjía i constancia podia todavía desvanecer tantos errores i fantasmas! ¡Un enseñador de esa abundancia—sus lecciones i mas que todo, sus variados i tan nutridos libros lo prueban—podia todavía difundir i vulgarizar tantas ideas, tantos sentimientos i tantos conocimientos de qué tienen necesidad esta época i este mundo! ¡Un historiador de esa ciencia i ese arte podia todavía pintar tantas escenas interesantes, esculpir tantos personajes heroicos, arquitecturar tantos sistemas grandiosos!

§ III.

Pero muerto el hombre, inmóvil el escritor, callado el profesor i cuando se vuelve la vista a su obra—lenta, continua, variada, es-

tensa, profunda i mas que todo, viva i animada—meditando sobre lo que ella es i sobre lo que ella ha producido i puede producir para las jeneraciones i los paises a que era dirigida, no seria oportuno i no seria justo preguntarse, si lo que creemos que Michelet podia todavía hacer ¿no lo habria hecho ya? Yo creo i me atrevo a afirmar que sí.

El concienzudo e infatigable obrero del progreso habia realizado su colosal tarea; i poco, mui poco más que no fuese obra de adorno i embellecimiento, podria ya agregar al múltiple, sólido i brillante edificio, por él construido, desde 1821, en que él empezó su carrera de profesor, hasta 1874, en que la muerte vino a cortarla.

§ IV.

Si una vida tan llena como la de Michelet dejase todavía algo que desear,—no a sus amigos, a sus deudos, a sus admiradores que, con razon, han de ver en su desaparicion, un motivo de dolor i de pesar, a los demas;—si tal vida dejase algo que desear, seria menester creer que la palabra escrita i hablada, por hábiles, honradas i activas que fuesen, nada podrian hacer.

Una vida que fué toda estudio, laboriosidad, produccion; una vida que fué solo enseñanza i aprendizaje en todas sus formas i por todos sus medios,—leccion i conversacion, discurso i escrito, voz e imprenta, cátedra i libro;—una vida que fué iluminada i vivificada por la de un pueblo entero, por la de la humanidad misma, no puede haberse concluido sin haber dejado fruto, luz, verdad i progreso.

Echese una mirada escrutadora hácia esa larga época en que, empezando por la enseñanza privada de 1821 i el *Vico* i el *Compendio de historia moderna*, i acabando por la cátedra del Colejio de Francia i por la *Historia del siglo XIX*, Michelet figura constantemente entre los primeros, por la habilidad de mano, la sinceridad de espresion, la espontaneidad de sentimiento, la amplitud de horizonte i la elevacion de miras, i se comprenderá que se pueda afirmar i probar que la vida de semejante hombre no ha sido estéril, que su obra no ha sido inútil, que su nombre no es perecedero.

Si el autor sagaz i concienzudo de la introduccion i la traduccion de la *Ciencia nueva* i del *Compendio de historia moderna*; el

compilador honrado de las *Memorias de Lutero* i expositor leal de sus antecesores; el intérprete ingenioso i erudito de los *Orígenes del derecho frances*; el narrador majistral, i tan conciso como bien instruido, de la *Historia de Roma*; el discutidor, animado i animoso, de tantas grandes cuestiones i de tantos notables hechos, como son los que revelan sus lecciones del Colejio de Francia i algunos de sus libros (el *Pueblo*, de los *Jesuitas*, la *Bruja*, la *Biblia de la Humanidad*, etc.); el cantor entusiasta, pero no por eso ménos bien informado, del *Ave*, del *Insecto*, del *Amor*, de la *Mujer*, del *Mar* i de la *Montaña*; el vivificador de los sucesos i de los hombres, el reflejador, preciso i luminoso, de las cosas i de los tiempos de Francia en esa admirable historia que abarca desde cuatro siglos ántes de nuestra era hasta los tiempos de ahora, no se ha manifestado inferior ni infiel a su obra, ese hombre ha realizado, sin duda, al completar tarea tan colosal, mucha parte de lo que se puede desear i concebir i que nadie sino él, con su estupenda contraccion i con sus poderosísimas i variadas facultades, podia emprender i llevar a cabo.

Sus libros, instructivos e incitadores al estudio, siempre, admirables, a veces, darán al que los lea con candor, al que los estudie con detencion hasta comprenderlos con acierto i juzgarlos con serenidad, la mejor i la mas completa prueba de que el hombre que tal hizo no vivió en vano para su patria ni para la humanidad.

En ellos, en esos libros, estan i palpitan el hombre i el escritor; se ven el punto de arranque, el desarrollo i la meta de su pensamiento; se divisan i pueden mostrarse las bases, los caminos, los resortes, el rumbo, el método, los propósitos i los resultados de su sistema en historia, en política, en arte, en industria, en ciencia, en educacion; Michelet vive en ellos i gracias a su influjo, repitiendo el concepto del lírico latino, no ha muerto ni habrá de morir nunca por completo.

§ V.

Para que se mire de un solo golpe de vista, cuál ha sido la obra de Michelet, su constante laboriosidad i la variedad de sus esfuerzos, de sus estudios i de sus conocimientos, pongo en seguida la lista de sus escritos, espresando sus títulos i los años en qué aparecieron.

ESCRITOS HISTÓRICOS.		ESCRITOS DIVERSOS.	
Traducción de Vico.....	} 1827	Memorias de Lutero.....	1835
Compendio de Historia moderna (1).....		Orijenes del derecho frances.	1836
Introducción a la Historia Universal.....	1831	De los jesuitas.....	1843
Historia romana.....	1832	Del sacerdote, de la mujer i de la familia.....	1845
Historia de Francia, tomo 1.º i 2.º.....	1833	El pueblo.....	1847
— 3.º.....	1837	Lecciones profesadas en colejio de Francia (2).....	1847
— 4.º.....	1840	El ave.....	1856
— 5.º.....	1841	El insecto.....	1857
— 6.º.....	1844	El amor.....	1858
Revolucion, tomo 1.º i 2.º.....	1847	La mujer.....	1859
— 3.º.....	1848	El mar.....	1860
— 4.º.....	1849	La bruja.....	1862
— 5.º.....	1850	Polonia mátir.....	1863
— 6.º i 7.º.....	1853	La biblia de la humanidad.....	1864
Historia de Francia, 7.º Renacimiento.....	1855	La montaña.....	1867
— 8.º Reforma.....	...	Nuestros hijos.....	1868
— 9.º Guerras de Religión.....	1856	Francia ante Europa.....	1871
— 10.º La Liga.....	...		
— 11.º Henrique IV Richelieu.....	1857		
— 12.º Richelieu i la Fronda.....	...		
— 13.º i 14.º Luis XIV.....	1860		
— 15.º Luis XV.....	1863		
— 16.º Rejencia.....	1866		
Historia del siglo IX 1.º.....	1873		

Agréguense a esta nomenclatura algunas otras obras menores, cuyo nombre i cuya fecha no quiero recordar aquí i que tienen a veces por objeto, asuntos antiguos, como *el discurso sobre la educación de las mujeres*, la vida de *Zenobia*, o modernos, como las *Leyendas del Norte*, *Revolucion de la Rumania*, *Las Mujeres de la Revolucion* i se tendrá los elementos necesarios para apreciar la constancia de trabajo del autor de todas ellas.

Pero, para formarse un idea cabal de Michelet, es menester todavía, entre su salida del colejio i 1821, en que obtuvo una clase, tomar en cuenta su enseñanza como profesor privado; entre 1821 i 1827, sus lecciones en el Colejio de Santa-Bárbara; entre 1827 i 1837, en que la deja, su enseñanza en la cátedra de la Escuela Normal; entre 1838 i 1851, en que se la quitan, su prestigiosa i auste-

(1) Traducido por don Juan Bello, sirvió de testo, durante algunos años en el INSTITUTO NACIONAL.

(2) No conservando el volúmen que contenía esas lecciones, cito de memoria el título i la fecha de la publicación, como en los *Orijenes del derecho*.

ra enseñanza de la cátedra del Colejio de Francia que hizo tanto ruido i ejerció tanta influencia en provecho de las opiniones verdaderamente liberales, durante los últimos años del reinado de Luis Felipe.

¿Puede ocuparse mejor i más, la vida de un hombre? Puede llenarse con mas ahinco la de un escritor i un profesor?

¡Lástima que para el segundo, con la dispersion i la casi completa desaparicion de sus alumnos o auditores, no queden en Francia sino pocos recuerdos i las insuficientes indicaciones de los periódicos i de un libro, en los años en que su enseñanza, como la de su colega i amigo, el señor Quinet, llegó a ser un acontecimiento de importancia capital!

§ VI.

Hé ahí, descarnada i friamente, como acostumbra hacerlo la estadística, la obra i la vida de Michelet que podrian dar ocupacion a muchos meses i aun años de estudio i meditacion.

Oh! sin duda que no todos esos libros son cada uno un conjunto acabado i perfecto; cierto que algunos, los mas hermosos i trascendentales—como su historia de Francia, en la cual hai partes tan vivamente trazadas, i tan habilmente concebidas como las épocas de Juana Arco i de Luis IX, en la media edad; las del «Renacimiento,» la «Reforma» i la «Revolucion, en la moderna,—a veces contienen vacíos, ostentan defectos que se ha querido exajerar, pero que no han podido ni podrán, no digo eclipsar, pero ni siquiera disminuir el poderoso raudal de luz que brota i se desprende en catarata, de sus páginas luminosas, sábias i justicieras.

Con su pensamiento impetuoso, con su sensibilidad esquisita, con sus hábitos jeneralizadores, con su imaginacion creadora, con su erudicion refinada, con su ansia de la verdad, con su entusiasmo por la belleza, con su amor a la humanidad, con su culto por la patria, con su confianza en la libertad, con su veneracion por la naturaleza, i a pesar de su estenso saber, de sus constantes esfuerzos i de sus continuos i severos estudios, puede haber dejado en sus obras, mas de un lunar, en sus sistemas, mas de un error que señalar i que poder criticar; pero pocos escritores—quizá ninguno en el mundo austero de la historia—podrán mostrar tal número de páginas hermosísimas e inimitables, tal número de pen-

samientos orijinales i fecundos, tal número de aspiraciones i propósitos nobles i adecuados que despierten un eco i provoquen un reflejo mas duradero i mas activo en las almas de los que las han leído con detencion.

Su lenguaje espresivo, pintoresco, preciso, cortado, atrevido, a veces, hasta la temeridad, personal i animado, ótras, hasta el lirismo mas entusiasta; pero variado, enérgico, oportuno, elíptico i apropiado, da a sus relatos i sus ideas un relieve, un colorido, un movimiento i una vida que no podrian, aunque se quisiera, olvidarse.

Su estilo brioso, lleno de contrastes, abundante en faces donde la luz se quiebra, i en cavidades donde la voz se repercute, individual i característico hasta el exceso casi; ese estilo eléctrico, puede decirse, en qué chisporrotea la animacion i con el cual hace a veces el milagro de dar verdadera vida a las cosas que no la tienen, i de devolverla a los hombres que la tuvieron i la han perdido, podrá motivar un reproche, alguna vez fundado, pero es la condicion misma de su obra; obra de arte tanto como de ciencia, fruto de la intuicion tanto como del trabajo, resultado de la inspiracion tanto como del estudio, efecto del instinto tanto como del sistema.

El lenguaje, el estilo, la obra de Michelet son él mismo en sus diversas i necesarias manifestaciones con todas sus grandes cualidades i todas las que no podian serlo; siendo estas últimas, felizmente, en corto número i de mui reducida eficacia.

Michelet, se puede decir ha vivido sus libros, i para encontrarlo, reconocible, completo, con todo el séquito de simpatías i antipatías que debe despertar, bastará buscarlo en ellos.

I eso es lo que voi, ahora, a hacer.

§ VII

Tantos esfuerzos, tanto trabajo, tanta constancia, tanta enerjía, tanta fé, i en una palabra, tanta verdadera virtud en el hombre i en el escritor, no se esplican ni podrán comprenderse sino examinando i conociendo las condiciones de vida de aquel que fué capaz de exhibirlos.

I ni a él, ni a sus amigos, ni siquiera a sus lectores atentos, se ha escapado el significado como el orijen de esas notabilísimas cualidades: sus antecedentes de familia, la época de su nacimiento, sus condiciones de existencia, la forma de sus estudios, el carácter de

sus relaciones, su organizacion física, su temple moral, el brío de su intelijencia, la fuerza de su voluntad.

Por buena ventura i de un modo casi completo i en una forma atrayente, apelando a sus propios libros, repitiendo sus propias palabras, se puede reconstruir casi toda la vida de Julio Michelet i caracterizar su obra.

El se jactaba de ser trabajador i de merecer ese nombre, porque de no haberlo sido, el edificio que solo, en la historia, habia intentado, hubiera quedado incompleto, de seguro, insignificante, quizás.

¿Por qué no quedó ni pudo quedar así?

El mismo responde, dirijiéndose al señor Edgar Quinet.

«Porque yo tambien, amigo mio, he trabajado con mis manos. El apellido verdadero del hombre moderno—él *de trabajador*—yo lo merezco en mas de un significado. Antes de escribir libros, yo los he *compuesto* materialmente en la imprenta, yo he reunido letras ántes de reunir ideas i no ignoro las melancolías del taller ni el tedio de las largas horas...

«¡Triste época! era en los últimos años del imperio; todo parecia perecer para mí, a un tiempo: familia, fortuna, patria!

«Lo que tengo de mejor, lo debo indudablemente a esas pruebas; lo poco que valen el hombre i el historiador, es necesario atribuírselo a ellas. De esas pruebas, he guardado principalmente un profundo sentimiento del pueblo, el conocimiento pleno del tesoro que hai en él, *la virtud del sacrificio*, el tierno recuerdo de las almas de oro que yo he conocido en las mas humildes condiciones.»—(*Peuple*, páj. VI.)

El teson i la firmeza en el trabajo, así como la enerjía i el coraje en vencer, evitar i suprimir los obstáculos que se opusieran a su actividad i que son el verdadero timbre de honor del obrero que se prepara a la realizacion de una tarea, se manifiestan i están a cada instante patentes, en las vicisitudes de la existencia de Michelet.

Pero ese sólido fondo de su carácter, que él comprende i que nada ni nadie pudieran romper o falsear, provenia en pequeña o en gran parte, de sus antecedentes de familia, de sus antecedentes de raza.

¿Cuáles son?

§ VIII.

Hélos aquí, en su propio lenguaje i dirijiéndose al amigo a quien se acaba de citar.

Al hablar de la capacidad de sacrificio i de abnegacion que hai en el pueblo i asegurando que tendria a este respecto, «numerosas i bellas historias que contar,» agrega, pero «No puedo hacerlo. Sin embargo tengo una irresistible tentacion de contar a Ud., amigo mio, una sola de ellas; la de mi propia familia.»

«Ud. no la sabe todavía, porque nosotros conversamos mas frecuente de asuntos filosóficos o políticos que personales. Cedo, pues, a esta tentacion. Esta es para mí una rara oportunidad de reconocer los sacrificios perseverantes, heróicos que mi familia hizo por mí i de dar las gracias a mis deudos, jentes modestas, algunos de los cuales escondieron en la oscuridad dotes superiores i quisieron tan solo vivir en mí.»

«Las dos familias de las cuales procedo, picarda, la úna, i la ótra, ardenesa, eran, en su oríjen, familias de labriegos que, al cultivo de la tierra, juntaban un poco de industria. Siendo estas familias mui numerosas (doce, diez i nueve hijos) gran parte de los hermanos i de las hermanas de mi padre i de mi madre no quiso casarse, a fin de facilitar la educacion de algunos de los niños a quienes se ponía en el colejio. Primer sacrificio que apunto.

«En mi familia materna, particularmente, las hermanas, todas mui notables por la economía, la seriedad, la austeridad, se convertían en las humildes sirvientes de los caballeros sus hermanos i a fin de atender a sus gastos, ellas se enterraban en la aldea. Muchas de ellas, sin embargo, sin cultura i en esa soledad del borde de los bosques, no dejaban de tener un ingenio sobresaliente. A una de ellas, ya de bastante edad, he oido yo contar las viejas historias de la frontera tan bien como Walter Scott. Lo que les era comun a todas era una estremosa precision de ingenio i de raciocinio. Había entre los primos i parientes, cantidad de sacerdotes de varias especies, mundanos o fanáticos, pero no eran ellos los que dominaban. Nuestras juiciosas i severas niñas no les daban el menor asidero i contaban con gusto, que uno de nuestros tíos abuelos (¿llamado Michaud o Paillart?) había sido quemado en otro tiempo por haber escrito cierto libro.

«El padre de mi padre, que era maestro de música en Laon, des-

pues del terror, reunió sus pequeños ahorros i vino a Paris, en donde mi padre estaba ocupado en la imprenta de los asignados. En vez de comprar tierras, como lo hacian tantos entónces, confié lo que tenia a la fortuna de mi padre, su hijo mayor, i lo arriesgó todo en una imprenta a la buena o mala ventura de la Revolucion. Un hermano i una hermana de mi padre, para facilitar el acomodo, no se casaron; pero mi padre se casó; tomando por esposa una de las tan sérias niñas arduanas de las que poco há, yo hablaba. (*Peuple*—p. XIX a XXI.)

§ IX.

He ahí los antecedentes de familia que sirven de preliminar, que pueden servir de base a la vida misma que se trata de bosquejar.

La biografía de Michelet es sencilla i fácil en cuanto a su esqueleto, complicada i difícilísima en cuanto a su accion; pero 'yo me ciño a sus propias palabras que dicen:

«Yo nací en 1798, en el coro de una iglesia de monjas, 'ocupada entónces por nuestra imprenta, ocupada digo i no profanada, por que en los tiempos modernos ¿qué es la Prensa sino el Arca Santa?

«Al principio esa imprenta prosperó, alimentada por los debates de nuestras asambleas, por las noticias de los ejércitos, por la vida ardiente de ese tiempo. Pero, hácia 1800, fué herida por la gran suspension de los periódicos i no se permitió a mi padre sino un periódico eclesiástico; comenzada ya la empresa con muchos desembolsos, retirósele bruscamente la autorizacion para dársela a un sacerdote a quien Napoleon creía seguro i el cual bien pronto lo traicionó.

«Se sabe como este grande hombre fué castigado por los sacerdotes mismos, a causa de haber creído la consagracion de Roma mejor que la de Francia. En 1810 ya él vió claro. ¿Sobre quién cayó su cólera?... sobre la Prensa, a la cual hirió con diez i seis decretos en dos años. Mi padre ya medio arruinado por él, en provecho de los clérigos, lo fué entónces, por completo, en expiacion del pecado de ellos.

«Una mañana, recibimos la visita de un caballero mas cortés que lo que jeneralmente lo eran los ajentes imperiales i él nos hace saber que S. M. el Emperador ha reducido a sesenta el número de

imprentas, quedando con su negocio los mas importantes i *siendo suprimidos los pequeños*; pero, con una buena indemnizacion, a razon de cuatro sueldos por cada cuatro francos, poco mas o ménos. Nosotros éramos de los pequeños i no teníamos otra cosa que hacer sino resignarnos, morir de hambre. Sin embargo, teníamos deudas. El Emperador no nos otorgaba, como lo habia hecho para la Alsacia, plazo contra los judios. No hallamos mas que un solo recurso: imprimir para nuestros acredores algunas obras que pertenecian a mi padre. Ya no teníamos obreros, así es que ejecutamos el trabajo entre nosotros mismos. Mi padre, que atendia a los negocios de afuera, no podía ayudarnos en ese. Mi madre, enferma, se convirtió en encuadernadora i cortó i plegó el papel. Yo, niño, *compuse*. Mi abuelo, mui débil i viejo, se consagró a la dura tarea de la prensa e imprimió con sus trémulas manos.

«Esos libros que nosotros imprimíamos i que se vendian bastante bien, por su frivolidad, contrastaban singularmente con esos trájicos años de inmensas destrucciones. No eran sino mezquino ingenio, juguetes, entretenimientos de sociedad, charadas, acrósticos. No habia en eso nada para alimentar el alma del jóven *cajista*. Pero cabalmente la sequedad, la vaciedad de esas tristes producciones me dejaba tanto mas libre. Nunca, creo, he viajado tanto con la imajinacion como durante ese tiempo en que estaba inmóvil delante de la *caja*. Cuanto mas mis novelas personales se animaban en mi mente, tanto mas rápida iba mi mano, tanto mas lijero se alzaba la *letra*.

«Desde entónces comprendí que los trabajos manuales que no exigen estrema delicadeza ni gran despliegue de fuerza, no son en manera alguna, trabas para la imajinacion, i a muchas mujeres distinguidas he conocido quienes decian que no podian pensar bien, hablar bien sino haciendo tejidos. (*Peuple* páj. XXII a XXIV.)

§ X.

Se ha visto cómo el niño trabajaba i sufría, cómo vivía; véase ahora cómo estudiaba, qué aprendía i cómo se educaba.

El autor continúa:

«Yo tenia 12 años i todavía no sabia nada, fuera de unas cuantas palabras de latin, aprendidas donde un viejo librero, ex-majister de aldea, apasionado por la gramática, hombre de costumbres an-

tiguas, revolucionario ardoroso i que, no por eso, habia dejado de salvar, a riesgo de su vida, a algunos de esos emigrados a quienes detestaba. Legóme al morir todo lo que él tenia en el mundo. Un manuscrito, una gramática mui notable, incompleta aun por no haberle podido consagrar sino treinta o cuarenta años.

«Mui solitario, mui independiente, entregado, por la excesiva induljencia de mis padres, completamente a mí mismo, yo era enteramente imaginativo. Habia leído algunos volúmenes que me cayeron en las manos: una Mitología, un Boileau, algunas pájinas de la Imitacion.

«En las dificultades estremas, incesantes de mi familia, estando mi madre enferma, mi padre tan ocupado afuera, yo no habia recibido, hasta entónces, ninguna idea relijiosa. ¡I hé ahí que, en esas pájinas, diviso de repente, al fin de este triste mundo, el rescate de la muerte, la otra vida i la esperanza! La relijion recibida así, sin intermediario humano, fué mui robusta en mí. Me quedó como cosa mia, libre, viva, tan profundamente mezclada a mi vida que se nutrió con todo, fortificándose en el camino, con una multitud de cosas, tiernas i santas, en el arte i en la poesía, que, con injusticia, se le cree ajenas.

«¿Cómo decir el estado de ensueño a qué me lanzaron esas primeras palabras de la Imitacion? yo no leia, yo oia..... como si esa voz dulce i paternal se hubiese dirijido a mí..... Todavía veo la gran sala fria i desmoblada que me pareció, en verdad, iluminada por una luz misteriosa..... No comprendiendo al Cristo, yo no pude seguir mui adelante en ese libro, pero sentí a Dios.

«Despues de ésta, mi mas profunda impresion de infancia, es la que me dejó el «Museo de monumentos franceses,» tan desgraciadamente destruido. Allí, i no en ninguna otra parte, es en donde recibí, por primera vez, la impresion viva de la historia. Con mi imaginacion, yo llenaba esas tumbas; a través de los mármoles, sentia esos muertos; i no sin algun terror, entraba yo a las bóvedas bajas en donde dormian Dagoberto, Chilperico i Fredegunda.

«El lugar de trabajo, nuestro taller, no era casi ménos sombrío. Durante algun tiempo, lo fué un sótano, sótano para el *boulevard* en que morábamos, pero al raz del suelo, para la otra calle baja. Allí tenia yo por compañía, a veces, mi abuelo, cuando venia; pero siempre, mui asiduamente, una araña laboriosa que trabajaba cerca de mí i mas que yo seguramente.»

§ XI.

Pero si se sufre i se lucha, hai quien consuele i ayude en los esfuerzos por aprender i seguir adelante. Michelet prosigue :

«Entre privaciones mui duras i peores que las que soportan los obreros ordinariamente, yo tenia compensaciones; la dulzura de mis padres, su fé en mi porvenir, verdaderamente inesplicable si se piensa cuan poco adelantado estaba yo. Salvo las exigencias del trabajo, yo tenia una independendencia estrema, de la cual no abusé nunca. Yo era aprendiz, pero sin estar en contacto con jentes groseras, cuya brutalidad habria podido tronchar en mí esa flor de libertad. Por la mañana, ántes del trabajo, iba a casa de mi viejo gramático que me daba cinco o seis líneas de *lección*. De eso he sacado esto : que la cantidad de trabajo tiene ménos influencia en el estudio que lo que se cree; los niños no toman sino un poco en cada dia pues son como un vaso cuya boca es estrecha, en la cual, si echais poco, si echais mucho, no entrará mas que aquello de que sea capaz.

«A pesar de mis pocas aptitudes musicales que desolaban a mi abuelo, yo era mui sensible a la armonía réjia i majestuosa del latin; esa grandiosa melodía itálica me traía algo como un rayo del sol meridional. Yo habia nacido como una yerba sin sol entre dos baldosas de Paris. Ese calor de otro clima operó tanto en mí que, ántes de saber nada de la cantidad, del ritmo complicado de las lenguas antiguas, yo habia buscado i hallado, en mis temas, melodías romano-rústicas, semejantes a las *prosas* de la media-edad. Por poco que sea libre, un niño sigue precisamente la ruta que siguen los pueblos-niños.

«Eseptuando los padecimientos de la pobreza, mui grande para mí en el invierno, esa época, en qué se entremezclaban el trabajo manual, el latin i la amistad (tuve, durante algun tiempo, un amigo de quien hablo en este libro) es mui dulce a mi memoria. Rico de infancia, de imaginacion, quizá ya de amor, yo no envidiaba nada a nadie. Lo he dicho; el hombre, por sí solo, no conoceria la envidia; es menester que se la enseñen.

«Entre tanto, oscurecióse todo. Mi madre se pone mas enferma. Francia tambien. (Moscú!..... 1813!.....) Se agota nuestra indemnizacion. Un amigo de mi padre, en nuestra penuria estrema, le propone hacerme entrar a la imprenta real. ¡Gran tentacion pa-

ra mis padres! Otros no habrían vacilado. Pero, en nuestra familia, la fé habia sido siempre firme: primero, la fé en mi padre, ante quien todos se habian inmolado; despues, la fé en mí; en mí que habia de repararlo todo, de salvarlo todo.....

«Si mis padres, obedeciendo a la razon, me hubieran hecho obrero i se hubieran salvado a si mismos ¿me habria perdido yo? Nó; pues veo entre los obreros hombres de gran mérito, quienes, por el lado del ingenio, valen tanto como los literatos, i por él del carácter, más..... Pero en fin; ¡qué dificultades habria yo encontrado! ¡qué lucha contra la carencia de todos los medios! ¡contra la fatalidad del tiempo!..... Mi padre, sin recursos, i mi madre enferma, decidieron que yo habia de estudiar, sucediera lo que sucediere.

«Nuestra situacion urjía. Sin saber ni versos ni griego, yo entré a la *tercera*, en el colejio de Carlo-Magno. Se comprende mi embarazo, cuando yo no tenia maestro que me ayudase. Mi madre, hasta entónces tan firme, se desesperó i lloró. Mi padre, que no los habia hecho nunca, púsose a hacer versos latinos.

«En este terrible tránsito de la soledad a la multitud, de la noche al dia, lo mejor para mí fué, sin contradiccion, el profesor, el señor Andrieu d'Alba, un hombre de corazon, un hombre de Dios. Lo peor, eran los camaradas. En medio de ellos yo estaba cabalmente como un buho en pleno dia, todo espantado. Me encontraban ridículo i ahora, creo que tenian razon. Entónces atribuia sus risotadas a mi traje, a mi pobreza. Empecé a darme cuenta de una cosa, en ese tiempo: de que yo era pobre.

«Creí malos a todos los ricos, a todos los hombres; no veia ninguno que no fuese mas rico que yo. Caí en una misantropía, rara entre los niños. En el barrio ménos poblado de Paris, el *Marais*, yo buscaba las calles solitarias..... No obstante, en esa antipatía excesiva contra la especie humana, habia esto de bueno: no tenia ninguna envidia.

«Leer, el domingo o el juéves, dos o tres veces seguidas un canto de Virjilio, un libro de Horacio, era mi mayor encanto, lo que me ensanchaba el corazon. Poco a poco, yo iba conservándolos en la memoria; por lo demas, nunca he podido aprender de coro una leccion.

«Me acuerdo que en esta desventura completa—privaciones del presente, recelos del porvenir, estando el enemigo a dos pasos (1814!) i burlándose de mí, siempre los enemigos míos—un dia, juéves de mañana, me reconcentré en mí mismo; sin fuego (la nie-

ve lo cubria todo), sin saber con seguridad si en esa tarde llegaría el pan i cuando todo parecia acabar para mí, tuve, sin mezcla alguna de esperanza relijiosa, un puro sentimiento estoico; yo golpeé con la mano, reventada por el frio, mi mesa de encina (que he conservado siempre) i esperimé una alegría viril de juventud i de porvenir.

«¿Qué es lo que yo podría temer, ahora, amigo mio, yo que he muerto tantas veces en mí mismo i en la historia? ¿I qué podría desear?..... Dios me ha otorgado poder, por la historia, tomar parte en todo.

«La vida no tiene sobre mí sino un asidero, el que volví a sentir otra vez, el 12 de febrero último, cerca de treinta años despues. Volvíame a encontrar, en un dia semejante, igualmente cubierto de nieve, al frente de la misma mesa. Algo me subió al corazon: Tienes grata temperatura, los ótros, frio..... esto no es justo..... Oh! ¿quién me aliviará de la dura desigualdad?» Entónces, mirándome la mano que, desde 1813, ha guardado la huella del frio, díjeme para consolarme: «Si trabajases con el pueblo, tú no trabajarías para él..... Sigue i si das a la patria su historia, yo te absolveré de que seas feliz.

«Vuelvo a mi narracion. Mi fé no era absurda; se basaba en la voluntad. Creia en el porvenir porque lo hacia yo mismo. Mis estudios acabaron pronto i bien!»

I el alumno aprovechado i agradecido agrega en una nota con qué interrumpe este relato: «Mucho debí a las manifestaciones animadoras de mis ilustres profesores, los señores Willemain i Leclerc. Siempre me acordaré de que el señor Willemain, despues de la lectura de una composicion que le habia gustado, bajó de su cátedra i vino, con un movimiento de sensibilidad encantadora, a sentarse a mi lado, en mi banco de alumno.»

(*Peuple*, páj. XXVII a XXXII.)

§ XII.

Fuerte con los padecimientos soportados, animoso con el triunfo sobre los obstáculos esternos e internos que se le habian opuesto i amaestrado por la abnegacion i la confianza de la familia, tanto como ilustrado i fortalecido por los estudios, los profesores i los amigos de colejio, Michelet déjalo, por fin, i sigue diciéndonos:

«A la salida, tuve la felicidad de escapar a las dos influencias, que perdian a los jóvenes: la de la escuela doctrinaria, majestuosa i estéril, i la de la literatura industrial, cuyos ensayos, aun los mas desgraciados, acojia entónces fácilmente la librería, apénas resucitada.

«No quise vivir de mi pluma; quise un verdadero oficio i tuve el que me facilitaban mis estudios; él de enseñar. Desde entónces ya pensé como Rousseau que la literatura debe ser una cosa reservada, el precioso lujo de la vida, la flor interior del alma. Gran felicidad era para mí, cuando habiendo dado mis lecciones, en la mañana, volver a mi barrio, cerca del «Père-Lachaise,» i allí perezosamente leer todo el dia los poetas: Homero, Sófocles, Teócrito, i a veces, los historiadores. Uno de mis antiguos camaradas i de mis mas queridos amigos, M. Poret, hacia las mismas lecturas, acerca de las cuales conferenciábamos en nuestros largos paseos por el bosque de Vincennes.

«Esta vida sin cuidados, no duró ménos de diez años, durante los cuales, yo ni sospechaba que habia de escribir alguna vez. Yo enseñaba, al mismo tiempo, los idiomas, la filosofía i la historia. En 1821, el certámen me habia hecho profesor de un colejio. En 1827, dos obras que aparecieron juntas, mi *Vico* i mi *Compendio de historia moderna*, me hicieron profesor de la Escuela Normal (1).

«La enseñaniza me sirvió mucho. La terrible prueba del colejio habia cambiado mi carácter, me habia como apretado i cerrado, me habia vuelto tímido i desconfiado. Habiéndome casado jóven i vivido en gran soledad, yo deseaba, cada dia ménos, la sociedad de los hombres. La que encontré en mis alumnos de la Escuela Normal i de otras partes, me reabrió el corazon, lo ensanchó. Esas jóvenes jeneraciones, amables i confiadas, que creian en mí, me reconciliaron con la humanidad. Me sentía conmovido, entristecido, tambien muchas veces, al verlas sucederse, delante de mí, con tanta rapidez. Apénas sentia inclinacion hácia esos jóvenes i ya ellos se alejaban. ¡Hélos a todos dispersos, i muchos (tan jóvenes), ya muertos, pocos me han olvidado; pero yo, vivos o muertos, no los olvidaré nunca!

(1) Sentí dejarla en 1837 cuando llegó a ser dominante en ella la influencia ecléctica. En 1838, habiéndome elegido por su candidato el Instituto i el Colejio de Francia, obtuve la cátedra que hoi ocupo (la del Colejio de Francia).

«Me han hecho, sin saberlo, un servicio inmenso. Si yo, como historiador, tuviese un mérito especial que me sostenga al lado de mis ilustres predecesores, lo debería a la enseñanza que, para mí, fué la amistad. Esos grandes historiadores han sido brillantes, juiciosos, profundos, pero yo he amado mas que ellos.

«Tambien he sufrido más. Las pruebas de mi infancia me están presentes siempre; he conservado el sello del trabajo, de una vida áspera i laboriosa; he quedado i soi pueblo. (*Peuple* XXXII a XXXV.)

XIII.

Para suministrar mas datos relativos a esa época i señalar esas corrientes primeras que han influido de un modo tan notable, posteriormente, en el carácter i en la obra de Michelet, tomo de las notas de la *Introduccion a la Historia* universal, ese canto épico de la libertad i la unidad humanas, que podria llamarse tambien, segun su autor, «Introduccion a la historia de Francia», las noticias relativas a su modo de enseñar i los pormenores de esa influencia, benéfica e instructora a un tiempo, que los alumnos ejercian sobre el profesor.

«Habiendo entrado temprano en la enseñanza (desde 1817) sin haber tenido la ventaja de seguir los cursos de la Escuela Normal, me ha sido menester escojer yo mismo mi camino. Buena o mala, mi direccion me pertenece a mí. La necesidad en qué yo me encontré de enseñar sucesivamente, i muchas veces a un tiempo, filosofía, historia i lenguas, me hizo sentir i tener presente siempre la union íntima de los estudios de ideas i de los estudios de hechos, de lo ideal i de lo real. En el primer entusiasmo que este punto de vista no podia dejar de inspirar a un jóven, habia concebido yo i preparado un «Ensayo sobre la historia de la civilizacion encontrada en las lenguas». Pero mis trabajos sérios i continuos no han empezado sino en 1824, por un discurso sobre «La unidad de las ciencias que son el objeto de la enseñanza clásica», impreso pero no publicado.

«Siempre he encontrado un espectáculo atrayente en esas jeneraciones, incesantemente renovadas, que la enseñanza hace comparcer cada año a mis ojos, las cuales me escapan pronto i se deslizan dejándome, no obstante, cada una un recuerdo interesante. En la escuela Normal, principalmente, este espectáculo me impre-

sionaba con fuerza. Los alumnos que nos llegaban de todas las provincias i que tan candorosamente representaban los tipos de ellas, ofrecian, en su reunion, un resúmen de Francia. Entónces fué cuando yo comencé a comprender mejor las diversas nacionalidades de qué se compone mi país. Miéntas contaba yo a mis jóvenes oyentes, las historias del tiempo pasado, las facciones, los jestos, las formas del lenguaje de ellos me representaban, sin que ellos lo supiesen, otra historia mucho mas profunda i verdadera. En los únos, yo reconocia las razas injeniosas del Medio-dia, esa sangre romana o ibera de la Provenza o del Languedoc, por la que Francia se liga a Italia i España, i la cual, algun dia, ha de reunir bajo su influencia a todos los pueblos de lengua latina. Ótros me representaban esa dura raza céltica, el elemento resistente del mundo antiguo, esas cabezas de fierro con su poesía vivaz i su nacionalidad isleña en la tierra firme. En ótros encontraba yo a ese pueblo conquistador i disputador de la Normandia, el mas heroico, en los tiempos heroicos, el mas industrioso en la época industrial. Algunos, en su instinto histórico, caracterizaban la buena i robusta Flándes, país de bonitas hazañas i bonitos relatos, i que daba, alternativamente a Constantinopla, historiadores i emperadores. Por otra parte, los ojos zarcos i las cabezas rubias me hacian pensar con esperanza en esa Alemania francesa, echada como un puente entre dos civilizaciones o dos razas. En fin, la carencia de carácter indijena, las facciones indecisas, la aptitud pronta, la capacidad universal, me señalaban a Paris, cabeza i pensamiento de Francia.»—(Páj. 210, 228 i 229.)

§ XIV.

Llegando a la época en que él escribia i batallaba, Michelet esclama:

«Acabo de decirlo: yo he crecido como una yerba entre dos baldosas; pero esta yerba ha conservado su sávia, tanto como la de los Alpes. Mi desierto en Paris mismo, mi libre estudio i mi libre enseñanza (siempre libre i en todas partes la misma) me han engrandecido sin cambiarme. Casi siempre, los que suben pierden algo en ello, porque se transforman, llegan a hacerse mixtos, bastardos; pierden la orijinalidad de su clase, sin ganar la de ótra. Lo difícil no es subir, sino subiendo, quedar lo que uno es.

«Hoy día compárase frecuentemente la ascension del pueblo, su progreso, con la invasion de los *Bárbaros*. Pláceme la palabra i la acepto..... *Bárbaros!* Sí, es decir, llenos de sávia nueva i rejuveneciente. *Bárbaros*, es decir, viajeros hácia la Roma del porvenir, que marchan con lentitud, sin duda, no dando cada jeneracion sino un paso adelante, haciendo alto en la muerte, pero no dejan de avanzar.

«Nosotros, los bárbaros, tenemos una ventaja natural; si las clases superiores tienen la cultura, nosotros tenemos mucho mas calor vital. Ellas no tienen ni el trabajo pesado, ni tampoco la intensidad, la aspereza, la conciencia en el trabajo. Sus elegantes escritores, verdaderos niños gachones de la alta sociedad, parecen resbalar sobre las nubes, o arrogantemente escéuticos, no se dignan mirar hácia la tierra. ¿cómo la harian fecunda?

«Ella, esa tierra, necesita beber el sudor del hombre, impregnarse de su calor i de su virtud viva. Nuestros bárbaros le prodigan todo eso i ella los quiere. Estos aman infinitamente, demasiado, entregándose, a veces, a las minucias, con el santo encojimiento de Alberto Durer o con el pulimiento excesivo de Juan J. Rousseau, que no oculta el arte; por ese pormenor minucioso comprometen el conjunto. Preciso es no censurarlos demasiado, porque eso viene del exceso de la voluntad, de la superabundancia de amor, a veces, del lujo de sávia; esta sávia, mal dirigida, atormentada, se hace daño a sí misma, quiere producir todo a un tiempo: hojas, frutos, flores, i encorva i retuerce las ramas.

«Estos defectos de los constantes trabajadores se encuentran frecuentemente en mis libros que no tienen sus buenas cualidades. No importa! los que así llegan con la sávia del pueblo no dejan de traer al arte un nuevo grado de vida i de rejuvenecimiento, i cuando ménos, un gran esfuerzo. Colocan ordinariamente el blanco mas alto, mas léjos que los ótros, consultando poco sus fuerzas, pero sí mucho, su corazon. Que mi parte en el porvenir, sea, no haber alcanzado, sino haber marcado el objeto de la historia, haberla apellidado con un nombre que nadie habia empleado. Thierry la llamaba *narracion* i el señor Guizot, *análisis*. Yo la he llamado *resurreccion* i ese nombre le ha de quedar.

«¿Quién seria mas severo que yo, si hiciera la crítica de mis libros! El público me ha tratado con demasiado favor!,...etc.,

(*Peuple* páj. XXXV a XXXVII.)

§ XV.

Habiendo llegado a las alturas en que el hombre i el escritor reciben la luz del sol i pueden irradiarla de una eminencia superior i a mas dilatados horizontes, ántes de continuar narrando las incidencias de su vida i de ir señalando los esfuerzos de voluntad, los sacrificios de comodidad i las privaciones de placer, gracias a los cuales pudieron remontarse hasta aquellas, no será importuno ni ingrato, descender a los umbrosos i estrechos valles de la adolescencia i de la primera juventud, donde el personaje de que me ocupo, pudo gozar i sabe mostrarnos placeres puros i nobles; placeres en qué se hermanan el deseo de saber i la satisfaccion de amar.

Hé aquí lo que él nos refiere, al hablar de cuáles son las relaciones naturales e invariables del hombre, recordando a un amigo de entónces:

«No busqueis a mucha distancia. Mirad únicamente al hombre ántes que haya sido esclavizado por la pasion, quebrantado por la dura educacion, agriado por las rivalidades. Tomadlo ántes del amor, ántes de la envidia. ¿Qué encontrais en él? la cosa que es, entre todas, la mas natural, la primera: (ojalá que ella sea tambien la última) la amistad.

«Dentro de poco, ya seré viejo. Tengo, ademas de mi edad, dos o tres mil años que la historia ha amontonado sobre mí: tantos acontecimientos, pasiones i recuerdos diversos en que entran, confundidas, mi vida i la del mundo! I bien, ¡entre esas grandes cosas innumerables i esas cosas laceradoras, una domina, triunfa, siempre nueva, fresca, floreciente: mi primera amistad!

«Era, lo recuerdo bien (mucho mejor que mis pensamientos de ayer), era esa amistad un deseo inmenso, insaciable de comunicaciones, de confianzas, de revelaciones mútuas. Palabra ni papel bastaban para tanto. Despues de larguísimos paseos, íbamos i volvíamos a dejarnos en nuestras casas; ¡qué gusto, cuando venia el dia, por tener tantas cosas que decirse! Yo salia temprano, en mi fuerza i mi libertad, anheloso de hablar, de continuar la conversacion anterior, de confiar tantas cosas.—¿Qué secretos, qué misterios, preguntais?—Qué se yó! tal hecho histórico, quizás, o tal verso de Virjilio que yo acababa de aprender.....

«¡Qué de veces me equivoqué en la hora! A las cuatro, a las cin-

co de la mañana, iba, golpeaba, hacia abrir las puertas, despertaba a mi amigo. ¿Cómo pintar, con palabras, los vivos i lijeros resplandores bajo los cuales, en esas mañanas, brillaban, revoloteaban todas las cosas? Mi existencia tenia alas; aun siento la impresion de esto; se mezclaba a la mañana, a la primavera; yo sentia, vivia en la aurora.

«Edad digna de pesar, verdadero paraíso en la tierra, que no conoce ni odio ni desprecio ni bajeza; edad en qué la desigualdad es tan completamente desconocida, en que la sociedad es todavia verdaderamente humana, verdaderamente divina... Todo eso pasa pronto. Vienen los intereses, las concurrencias, las rivalidades..... I sin embargo, algo quedaria de eso, si la educacion trabajase tanto en reunir a los hombres cuanto se empeña en dividirlos!» (1)

(*Peuple*, páj. 228 a 230.)

§ XVI.

Para completar los datos biográficos de Michelet, hasta enero de 1846, fecha del libro del «Pueblo,» hai que agregar, a los ya espuestos i que se ha podido exhibir en su propio lenguaje i en su estilo tan individual, unos pocos i que son los siguientes:

No mucho ántes de ser un escritor de reputacion, se habia casado i tuvo una hija en su matrimonio, la cual, durante muchos años, llenó en el hogar doméstico, solitario, el vacío que el fallecimiento de la esposa, Paulina Rousseau, dejara en él, desde 1839.

Por estos años fué tambien cuando él pudo hacer sus viajes en Italia, Alemania, Inglaterra i Béljica, observando i estudiando esos pueblos en sus condiciones físicas e intelectuales, para comprender su accion i sus relaciones con su propia patria.

En muchas de sus obras se encuentran rasgos notables de esos viajes en los cuales no quiero ni puedo detenerme.

El estudio i el trabajo de Michelet, que era su consuelo habian sido tambien los canales por donde se habia difundido su buena reputacion, i por donde le llegaban, a veces, recompensas merecidas que aumentaban su nombradia i contribuian a asegurar i a acrecentar sus medios de subsistencia que para él, eran recursos i resortes de trabajo mayor i de mas numerosas i mas acabadas obras.

(1) A este amigo es a quien Michelet consagra un grato i honroso recuerdo en el final del Prefacio de la primera edicion de la *Ciencia Nueva* de Vico.

Ya se ha visto los puestos principales que Michelet alcanzara en la enseñanza privada i pública. Alcanzó tambien, despues de 1830, el destino de jefe de los «Archivos de Francia», profesor en la familia real, i poco despues, un asiento en la Academia de Ciencias morales i políticas i una cátedra en el Colejio de Francia, en reemplazo del célebre Daunou, en éste, i de Reinhard, en aquella.

La historia i la moral que eran la asignatura de su cátedra, i que habian sido el objeto constante de sus meditaciones i la materia de todos sus libros hasta 1838, continuaron, en adelante, siendo ademas, el asunto de sus lecciones semanales; lecciones que, gracias a la sinceridad i lealtad del profesor como a las intrigas cólericas de sus enemigos, por una parte, i a la tolerancia o la enemiga meticulosas e infidentes de la autoridad i al estado de los espíritus en Francia, por ótra, llegaron a ser, no solo un momento capital de suma importancia en la vida del escritor, sino tambien úno de no poca trascendencia en el desenvolvimiento, la agitacion i el triunfo de ciertas ideas en su pais.

Preciso es, pues, al trazar aunque mas no sea que algunos rasgos biográficos de Michelet, detenerse al pié de esa cátedra que, mansion ordinaria de los resultados de la erudiccion i de la filosofía aplicadas a la historia i a la moral, se vió rodeada repentinamente de estrépito i luz tales, que se asemejó, a veces, ya a la tribuna de un orador, ya al púlpito de un apóstol, ya a la trípode de un *veyente*, no por la voluntad i las artes del profesor, sino por las circunstancias, los hombres, las ideas en medio de los cuales ella se encontrara colocada.

Desde entónces Michelet no fué un mero escritor, un simple profesor a quienes se debe juzgar por sus actos i sus palabras de tales, atribuyéndole o denegándole sus méritos segun la justicia, sino que se quiso hacer de él una víctima para los recelos, las pretensiones o los odios de sectarios que cuando no se imponen a ótros i no los oprimen, acostumbran quejarse de que se les persigue i se les ultima. Jesuitas i ultramontanos i con ellos, los que medran con la intriga así como especulan con el silencio, quisieron intimidar, i por la intimidacion, hacer callar la libre voz del profesor; i ésta, quizá sin que nadie lo previese i para castigo i vergüenza de muchos, se vió, de modesta i paulatinamente enseñadora, convertida en coro de propaganda i de proselitismo irresistibles.

Vengamos a los hechos i a las fechas.

§ XVII.

Continuando en su erudita enseñanza que se movía en tan variados i tan amplios horizontes como ofrecen la historia moderna i la moral, Michelet había llegado, en 7 de abril de 1842 a «una lección mui grave, en la cual, contra los sofistas, él establecía la unidad moral del jénero humano.» (1) Esta lección fué el objeto de ataques, ya preparados e instigados por jentes que no estudiaban, contra el profesor que se vió apoyado, defendido i por fin, victorioso de semejante cábala, gracias al esfuerzo de la juventud que le escuchaba i sabía apreciar la seriedad de la enseñanza i la rectitud de conducta del maestro.

Los sectarios que empezaban el ataque i no obtenían la victoria en los anfiteatros del Colejio de Francia, salieron a las iglesias, a las plazas, a las calles, a la prensa, para reclutar refuerzos, acusando la enseñanza de Michelet i de otros profesores del Colejio, a los que despues agregaron todos los de la Universidad, de ser herética i anticristiana; i ellos que se pretendían cobijar bajo la bandera de la libertad de enseñanza, no solo perturbaban i azuzaban perturbadores del ejercicio de ella, sino que fueron, poco despues, hasta iniciar, correr i presentar *peticiones* a las Cámaras para que se suprimiesen los *cursos* de hombres como Michelet i Quinet.

Estos que, en el desarrollo de su plan de enseñanza, aun sin esas provocaciones, tenían que llegar, el úno, por la historia, i el ótro, por la literatura, a examinar las transformaciones relijiosas del espíritu europeo, a influjos de la lucha entre el protestantismo i el catolicismo, se encontraban cara a cara con el jesuitismo que, habiendo empezado por ser un instrumento de la iglesia católica, acababa por convertirse en el motor principal de ella, no podían, ahora que él se les presentaba aun como un peligro para su país, como un enemigo para su pensamiento, rehuir la ineluctable i fecunda necesidad de estudiarlo, de examinarlo, de darlo a conocer, en sus orígenes, sus medios, sus ajentes, sus propósitos i sus resultados.

El merecido prestijio del profesor, dentro i fuera del Colejio de Francia; la nombradía adquirida por sus libros; la intachable reputación de él; su laboriosidad, su honradez, la simpatía misma

(1) Introducción al libro *De los jesuitas*, páj. 38.

con que él habia estudiado i pintado a personajes que tanto lugar ocupan en la historia del cristianismo en Francia como Juana de Arco i Luis IX; todo era motivo para que la palabra que se habia querido apagar, estallase como un rayo que castiga i destruye.

Seria menester traducir casi enteros los libros de Michelet que se refieren a esa lucha en que el espíritu de sectas sin tolerancia ni intelijencia i el espíritu de partidos sin conviccion ni sistema, se unian para protestar, anular, impedir o desvirtuar la satisfaccion de una de las necesidades mas imperiosas de las sociedades modernas: el libre pensamiento; seria necesario traducir casi enteros esos libros— «De los jesuitas» «Del Sacerdote, de la Mujer i de la Familia» el «Pueblo» la «Bruja» la «Biblia de la Humanidad» i «Nuestros hijos»—para dar una idea de la enerjía, la elevacion, la constancia, la firmeza, la sinceridad i la lealtad con qué Michelet la sostuvo.

Sus enemigos que hallaban, en los cálculos erróneos i mezquinos de una política falsa, asidero para apoyar sus pretensiones, no dejaban de hacerlas valer hasta conseguir del gobierno, amonestaciones, amagos, i por fin, suspension o destitucion de los profesores.

Al gran poeta de Polonia, a Mickievicz, que ocupaba la cátedra de literatura eslava i que habia disgustado a los políticos oficiales como importunaba a los sectarios ultramontanos con sus opiniones, un decreto ministerial se la quitaba, así como dos o tres años ántes se la habia dado. A Edgar Quinet, el elocuente i recto contradictor de los «Jesuitas», i quien despues de los «Jesuitas» habia pronunciado las lecciones que forman los libros, el «Ultramontanismo» i el «Cristianismo i la Revolucion francesa,» so pretesto de salir de la esfera de su asignatura—«Literaturas del medio dia de Europa»—se le suspendia. A Michelet, cuya asignatura no podia servir de pretesto, se le circunvalaba, i al fin, poco ántes de la revolucion de 48 llegó (si mi memoria no me engaña) a suspendersele, no por lo que él dijera o hiciera sino por lo que iban a hacer i a decir en el sitio de sus lecciones, los *ajentes provocadores* que se enviaba para ocasionar los desórdenes, siempre pasajeros i sofocados por la concurrencia misma, que habian de dar márjen a una suspension mas o ménos duradera.

Con tal conducta i con tales ejemplos de lo que podia el espíritu jesuítico, difundido en la sociedad francesa i que llegaba a ostentarse prepotente en la política i en la relijion, en la sociedad i en el

gobierno, Michelet se sintió, no ya inclinado, sino arrastrado a la corriente que lo combatía i lo había de destruir.

¿Qué no se ha dicho en vida, qué no se dirá después de la muerte de Michelet, acerca de su actitud i de su lenguaje, desde entonces!

So capa de admiración por el escritor, por el artista, se anatematiza al pensador, se calumnia al hombre, se condena al ciudadano; pero será fácil probar que si en una que otra de sus obras, a las cuales llegó con demasiada violencia la llamarada del incendio cerca del cual se escribía, el arte puede tener reservas que formular, exigencias que hacer valer, la patria, el deber de escritor i de hombre no tendrían ninguna, absolutamente ninguna que levantar contra el autor que sacrificaba hasta sus obras mismas a lo que crea el bien de su país.

I éste, por eso, apesar de críticos i de lamentadores, no le volvió nunca la espalda, ni le cerró los oídos.

§ XVIII.

El laborioso i entusiasta erudito que se había visto obligado a salir de entre los numerosos i viejos libros, que aunque enemigos, saben dar enseñanza i tributar siempre respeto a la conciencia i a la inteligencia, para hacer frente, en defensa de sus ideas propias i de los intereses mas trascendentales de su país, a sectas i partidos, a corros i a individuos poderosos de la sociedad francesa, tomaba ahora todas las armas ofensivas i defensivas que tenía a su alcance i las blandía con una habilidad, un acierto i un coraje que irritaba cada día más, i con eso, hacia mas impotentes a sus enemigos.

Michelet, renunciando a continuar de seguido su hermosísima Historia de Francia, del principio de la época moderna en que la había dejado en 1844, pasa a esa erupción volcánica del mundo moderno que se llama la Revolución francesa, i escribe su tremenda *Introducción* que es el ocaso del misticismo de la Media-Edad i el alba racionalismo de la época actual.

Su personalidad i su palabra se acentuaban cada vez más, como contrarias al presente, i como inauguradoras o, por lo ménos, anunciadoras de un futuro enteramente distinto, i aun a veces, opuesto al pasado.

La lucha, tanto como el estado de los espíritus a cuya sed de li-

bertad i de verdad, Lamartine trae sus «Jirondinos» i Louis Blanc su «Historia de la Revolucion, aguija, estimula, sacude a Michelet escritor, cuando la casualidad, segun algunos, la necesidad, segun ótros, viene a hacer una profunda herida al hombre.

En el invierno de 1847 pierde a su padre, i acompañado por unos doscientos de sus auditores i amigos, en un dia nebuloso, sin pompa, sin ruido, sin ceremonia de ningun culto, pero envuelto en el dolor i en la simpatía de los que conocen al hijo o pudieron conocer al padre, vá a depositar, en el cementerio del «Père-Lachaise,» su cadáver en la tierra: cuna i fosa de todos los mortales.

Dolorosos dias de los cuales, al final de esa *Introduccion* que junto con la del volumen del *Renacimiento* forma una especie de *manifiesto* de Michelet en la guerra que le habian declarado i sostenian por todos los medios, los ultramontanos, ha dejado el recuerdo en estas palabras que traducimos literalmente:

«I como todo se mezcía en la vida, miéntras que yo tenia dicha en renovar la tradicion de Francia, se ha roto para siempre la mia. He perdido a aquel que tan frecuentemente me contó la Revolucion, a aquel que era, para mí, la imájen i el testigo venerable del gran siglo, quiero decir, del XVIII. He perdido a mi padre, con quien yo habia vivido toda mi vida—cuarenta i ocho años.

Cuando me aconteció esto, tenia mis ojos, yo estaba en otra parte, realizaba a prisa esta obra (La historia de la Revolucion) con la cual habia soñado tanto tiempo. Yo estaba al pié de la Bastilla, tomaba la fortaleza, enarbolaba en sus torres el inmortal estandarte..... Este golpe me vino, imprevisto, como una bala de la Bastilla,.....

«Muchas de esas graves cuestiones que me obligaban a sondear hasta el fondo, mi fé, se han discutido dentro de mí en la mas grave circunstancia de la vida humana, entre la muerte i los funerales, cuando aquel que sobrevivía—en parte ya muerto—estaba sentado, juzgaba entre dos mundos.

«En seguida, lleno de muerte i lleno de vida, he vuelto a emprender mi camino hasta el remate de esta obra, esforzándome en mantener mi corazon lo mas cerca de la justicia, afirmándome en mi fé por mis pérdidas i mis esperanzas i a medida que se deshacia mi hogar, apretándome al hogar de la patria.»

(*Prefacio de la Historia de la Revolucion p. 20 a 22.*)

§ XIX.

Poco despues de esto, vino a sorprender a sus enemigos que lo eran todavía más de todo verdadero progreso, la revolucion de febrero que, derrocando la dinastía de Luis Felipe, abrió noblemente los brazos a todo hombre de buena voluntad, i las puertas, a toda idea de reforma. Desgraciadamente, poco preparados, únos, mui atolondrados, ótros, no bien intencionados, muchos, i mal dirigidos, todos, los hombres a quienes ella fué entregada, una vez proclamada la República, no pudieron ni zanjar ancho cauce para la poderosa corriente de opiniones i sentimientos progresistas ni elevar barrera contra la de opiniones e intereses que veian i supieron explotar los recursos que la nueva situacion les proporcionaba.

El curso de los hábiles i ardientes profesores cuyas jenerosas aspiraciones tuvieron mas de un eco i encontraron mas de una confirmacion en los acontecimientos recientes, fué de nuevo continuado, recibiendo, de la situacion misma, una sancion que borraba la huella de las censuras e intrigas mezquinas que lo habian embrazado.

Michelet persistió en su senda i en su manera, ménos activa i abiertamente perseguido por los que ántes le habian atacado, dando cada semana sus brillantes i sustanciosas lecciones i publicando cada año uno de los volúmenes de su importantísima i bella historia de la Revolucion.

Naturalmente, las jornadas de junio de 1848 que destrozando, no solo las armas i los elementos de los partidos que podian consolidar la República, sino sus propios corazones i sus programas, abrieron la compuerta de la reaccion, hicieron en Michelet una profunda i dolorosa impresion.

Los acontecimientos que a aquellas siguieron i que cada dia iban acercando más un desenlace que habia de ser el coronamiento de las faltas de los partidos i de los hombres de progreso i él de las tramas de los hombres i los partidos de lucro i de ambicion, no dejaron a Michelet tranquilo ni podian serle indiferentes.

Electo Presidente de la República Luis N. Bonaparte i desarrollándose a cada momento una política abiertamente contraria al gobierno de verdadera libertad, el profesor del colejio de Francia fué destituido de su cátedra en 1851, para dar nueva prenda i nue-

vo ejemplo de que la reaccion habia alcanzado completo triunfo i de que se complacia en hacer ostentacion de él.

Pocos meses despues, tras el golpe de Estado, Michelet, por no querer prestar juramento al nuevo órden de cosas criado por un perjuro, fué destituido tambien de su puesto en los Archivos.

Epoca dolorosísima fué para él esa de los últimos cuatro años en que vió, no solo dispersarse la ávida e intelijente juventud que se agrupaba en torno de su cátedra, entenebrecerse el horizonte de Europa i de Francia, sino tambien lacerarse de nuevo su corazon, con la muerte de su hija única, ya casada con el señor A. Duménil.

A la presion tremenda de los acontecimientos exteriores i a la amargura de los sentimientos interiores, opuso su voluntad i su trabajo, logrando dar remate, pocos meses despues, a su historia de la Revolucion.

Cuando la veia desvanecerse casi, i sucumbir por completo aparentemente en las calles, en las plazas, en el gobierno, en el país, en Europa, él la contemplaba gloriosa i triunfante en las rejiones de la historia, en las cúspides que ya se columbraban, del porvenir.

Pero si la razon convencía i afirmaba, el corazon solia anhelar i podia lacerarse i habria llegado a despedazarse a no ser los nuevos auxilios i nuevos bálsamos que vinieron a reconfortarlo.

§ XX.

Por entónces, Michelet contrajo segundas nupcias con Atenaide Margarita Mialaret, i en su hogar reconstituido, pudo retemplar su antigua firmeza i su laboriosidad fecunda; no solo ahondando sus estudios sino estendiéndolos i multiplicándolos.

Oigámosle a él mismo decir cómo, al esponer, en su introduccion al bello libro el «Ave,» la manera en que fué conducido al estudio de la Naturaleza:

«El tiempo se hace mas pesado, gracias a la vida, al trabajo, a las violentas peripecias de nuestra época, a la dispersion de un mundo de intelijencia en el cual vivíamos i al cual nada ha reemplazado. Las rudas labores de la historia tenian por solaz la enseñanza que para mí fué la amistad. Ahora sus paradas no son mas que el silencio. ¿A quién, pues, sino a la naturaleza, pedir el descanso, el refrijerio moral?

«El pujante siglo XVIII que contiene mil años de combate, ha

descansado, al llegar a su ocaso, en el libro amable i consolador (aunque débil por el lado científico) de Bernardino de Saint-Pierre; concluyó oyendo esta palabra conmovedora de Ramon... Tantas pérdidas irreparables lloradas en el regazo de la naturaleza!...

«Cualquiera que sea lo que nosotros hemos perdido, pedíamos a la naturaleza otra cosa que lágrimas en la soledad, otra cosa que el bálsamo que apacigua los corazones lacerados. ¡Ibamos a buscar en ella un cordial para seguir caminando hácia adelante, una gota de las fuentes inagotables, una nueva fuerza i alas!

«Esta obra (el «Ave») cualquiera que sea, tiene el rasgo característico de aparecer como aparece toda verdadera creacion viva. Ha sido hecha al calor de una dulce incubacion, i ha resultado úna i harmónica, justamente porque ella provenia de dos principios diferentes.

«De las dos almas que la fomentaron, úna se encontraba tanto mas cerca de los estudios de la naturaleza cuanto que, en cierto modo, habia nacido en ellos i habia sabido conservar su perfume i su sabor, la ótra se avalanzó a ellos con tanta mas fuerza cuanto que, retenida en las ásperas sendas de la historia humana, habia estado mas alejada por las circunstancias.

«La historia no suelta al que una vez cojió. Quien ha bebido una sola vez de ese vino fuerte i amargo, seguirá bebiéndolo hasta la muerte. Nunca yo me alejé de aquella, ni aun en dolorosos dias; cuando se confundieron en úna, la tristeza del pasado i la tristeza del presente, i cuando, sobre nuestras propias ruinas, yo escribia 93, pudo mi salud desfallecer, no mi alma ni mi voluntad. Por la noche, yo escuchaba (no sin esfuerzo, al principio) algun pacífico relato de naturalista o de viajero. Escuchaba i admiraba, sin poder mitigar todavía mis pensamientos, ni arrancarme a ellos, pero conteniéndolos, al ménos, i esforzándome por no mezclar a esa paz inocente, mis cuitas i mi borrasca.»

I despues de hablar de los antecedentes i de la fisonomía del libro i de manifestar el modo de la cooperacion de él i su mujer en la obra, insertando una narracion de los primeros años de la vida de ésta, asi como diciendo los motivos de salud que obligaron a ámbos a salir de Paris, continúa, despues de una descricion de la casa que ocupan:»

«Esta mansion en Nántes habria sido de un encanto infinito para un espíritu ménos preocupado. Ese hermoso lugar, esa gran libertad de trabajo, esa soledad tan grata en tal sociedad, eran una

harmonía rara como casi nunca se la encuentra en la vida. Esa dulzura contrastaba fuertemente con los pensamientos del presente i con el sombrío pasado que entónces ocupaba mi pluma. Escribía 93. La heroica i fúnebre historia me envolvía, me poseía ¿lo diré? me consumía. Todos los elementos de felicidad que tenía a mi rededor i que yo sacrificaba al trabajo, aplazándolos para un tiempo que, segun todas las apariencias, no debía serme concedido, yo los lamentaba dia a dia i sin cesar, echaba hácia ellos una triste mirada. Era eso un combate diario de la naturaleza i del cariño contra los pensamientos sombríos del mundo del hombre.

«Ese combate será siempre para mí un grato recuerdo. El sitio, para mí, ha quedado como sagrado. I ya no existe sino en ella.....

«Entre tanto, cuando yo me acerqué al fin de mi trabajo, se iluminaron algunas sombras de esa brusca noche. Mis tristezas eran ménos amargas porque ya estaba yo seguro de dejar ese monumento de esperiencia cruel pero fecunda. Volví de nuevo a oír las voces de la soledad i mejor, creo, que en cualquier otro tiempo; pero con lentitud i con una oreja desacostumbrada, a la manera de aquel que habiendo estado muerto algun tiempo reapareciese de la tumba.

«Jóven yo, ántes de haber sido arrastrado por la implacable historia, habia sentido a la naturaleza, pero con un calor ciego, con un corazon ménos tierno que ardoroso. Mas recientemente, establecido yo en los alrededores de Paris, ese sentimiento habia vuelto a renacer. ¡Yo habia podido ver, no sin interés, a mis enfermizas flores en ese suelo, tan sensibles, todas las tardes, a la felicidad del riego, tan visiblemente agradecidas! ¡Cuánto más no debía yo tambien jerminalar i revivir con ese nuevo sentimiento en Nántes, rodeado de una naturaleza tan poderosa i tan fecunda, viendo a la yerba crecer por instantes i a la vida animal, multiplicarse al rededor de mí!».—(Páj. 43.)

M. A. MATTA.

(Continuará).

LA ACCION DEL CLERO

en la revolucion de la independendencia americana.

PRIMERA PARTE.

Seria un libro tan curioso como instructivo aquel que hiciese la historia clara i comprensiva de las dificultades de un órden moral que tuvieron que vencer los revolucionarios hispano-americanos de 1810 para alcanzar la independendencia. Los historiadores se han contraído especialmente a referirnos los esfuerzos materiales, por decirlo así, los trabajos sin cuento para levantar e instruir las tropas i para llevarlas al combate, i los sacrificios que aquellos se impusieron para proveerse de recursos; pero han olvidado, o a lo ménos no han dado toda su importancia, a los obstáculos de otro órden que les fué indispensable vencer.

I sin embargo, son estos últimos los que mas embarazaron su camino. Los padres de la independendencia americana encontraron en la situacion social de las colonias enemigos mas formidables que los ejércitos españoles. La ignorancia de las masas era causa de que los principios fundamentales de la revolucion no fuesen populares. Los hábitos inveterados de obediencia pacífica i resignada, basados en el prestigio secular de la autoridad del rei, influian poderosamente para que muchos espíritus se pronunciasen contra toda innovacion. El fanatismo religioso de las poblaciones, sostenido i alimentado por un clero numeroso que creia vinculado su prestigio i su influencia al mantenimiento del réjimen colonial, puso mas obstáculos al triunfo de la revolucion que todo el poder de Fernando VII.

Las colonias hispano-americanas contaban en 1810 siete arzobispados, treinta i cinco obispados, mas de seiscientos conventos de regulares, i un número de clérigos i de frailes que puede avaluarse

aproximativamente en cuarenta o cincuenta mil individuos (1). Por considerable que parezca este número, no era él lo que constituía propiamente la fuerza del clero. Las inmensas riquezas de que disponía, por una parte, i la facultad de que se les creía revestidos para dispensar gracias de un orden sobre natural como representante de Dios en la tierra, habían granjeado a los eclesiásticos un poder moral de que casi no llegamos a formarnos una idea aproximativa en nuestro tiempo. Su apoyo a la causa de la independencia habría facilitado extraordinariamente el triunfo de ésta, así como su hostilidad fué causa de obstáculos i embarazos que en muchas ocasiones parecieron invencibles.

En las páginas que siguen vamos a apuntar algunos hechos de este orden, es decir de las dificultades que los revolucionarios americanos tuvieron que vencer fuera de los campos de batalla para conseguir la deseada independencia. No pretendemos escribir la historia de estas resistencias, para lo cual son insuficientes los documentos que hemos recojido: nos limitamos solo a agrupar ciertas noticias que conviene conocer en su conjunto para estimar esta faz de nuestra revolución.

El vireinato de la Nueva España era la mas rica, la mas poblada i la mas culta de las colonias hispano-americanas. En ella era tambien donde el clero contaba con mayor número de miembros i con riquezas mas considerables. «La riqueza del clero mejicano,

(1) El vireinato de la Nueva España tenía el arzobispado de Méjico i los obispos de Puebla, Mechoacan, Oajaca, Yucatan, Guadaluajara, Durango, Nuevo Leon i Sonora, con 280 conventos; la capitania jeneral de Guatemala, el arzobispado de Guatemala i los obispos de Comayagua, Chiapas i Nicaragua con 34 conventos; el vireinato del Perú, el arzobispado de Lima i los obispos de Arequipa, Trujillo, Cuzco, Huamanga i Mainas con 115 conventos; la capitania jeneral de Chile, los obispos de Santiago i Concepcion con 45 conventos; el vireinato de Buenos Aires, el arzobispado de Chárca i los obispos de la Paz, Santa Cruz de la Sierra, Buenos Aires, Córdoba, Paraguai i Salta con 64 conventos; el vireinato de Nueva Granada, el arzobispado de Santa Fé de Bogotá i los obispos de Quito, Cuenca, Popayan, Cartajena, Santa Marta, Antioquia i Panamá con 66 conventos; la capitania jeneral de Carácas, el arzobispado de Carácas, i los obispos de Maracaibo i Guayana, con 12 conventos. En las Antillas existian ademas el arzobispado de Santiago de Cuba, i los obispos de la Habana i Puerto Rico.

Se ha estimado en 14000 el número de los eclesiásticos que habia en la Nueva España; en cerca de 5000 el de los que residian en el vireinato del Perú; i en mas de 3000 el de los que habia en el vireinato de Nueva Granada. Los que habia en las otras provincias, Guatemala Vanezueja, vireinato de Buenos Aires, Chile, Cuba i Puerto Rico no podian bajar de 18 a 20,000.

dice un juicioso historiador (1), no consistia tanto en las fincas que poseia, aunque estas eran muchas, especialmente las urbanas en las ciudades principales como Méjico, Puebla i otras, sino en los capitales impuestos a censo redimible sobre las de particulares; i el tráfico de dinero por la imposicion i redencion de estos caudales, hacia que cada juzgado de capellanías, cada cofradia, fuese una especie de banco. La totalidad de las propiedades del clero tanto secular como regular, así en fincas como en esta clase de créditos, no bajaba ciertamente de la mitad del valor total de los bienes raices del pais. Ademas de estas rentas, tenia el clero secular los diezmos que en todos los obispados de la Nueva España montaban a cosa de un millon i ochocientos mil pesos anuales, aunque de esta suma percibia el gobierno una parte.» Despues de estudios bastante prolijos, se ha calculado en 45 millones de pesos la renta anual de la iglesia mejicana ántes de 1810.

Estos capitales se administraban de una manera que merece recordarse, porque en cierto modo esplica el poder del clero mejicano. Prestaba éste los fondos disponibles, i los que pertenecian a las cofradías, a los propietarios territoriales bajo la garantía de una hipoteca i a un interes comparativamente moderado. De este modo, el clero habia llegado naturalmente i por la fuerza de las cosas, a tener la jestion de una especie de banco hipotecario, cuyos acreedores estaban sometidos al influjo poderoso e irresistible de los prestamistas.

La enorme renta que producian estos capitales estaba distribuida mui desigualmente entre los 14,000 eclesiásticos que contaba el vireinato. El arzobispo de Méjico tenia 130,000 pesos de entrada anual; 110,000 el de Puebla; 100,000 el de Valladolid; 90,000 el de Guadalajara; 35,000 el de Durango; 30,000 el de Monterey (Nuevo Leon); 20,000 el de Yucatan; 18,000 el de Oajaca, i solo 6,000 el de Sonora (2). La renta de muchos canónigos era mui considerable. Habia curatos que producian ocho o diez mil pesos al año, miéntras otros no alcanzaban a redituar mas de ciento o ciento veinte pesos. Este contraste en la posicion pecudiaria de los eclesiásticos, la opulencia en que vivian los unos i la miseria en que estaban sumidos los otros, era causa de rivalidades i de odios entre el alto i el bajo clero. Se comprende fácilmente que llegado

(1) Alaman, *Historia de Méjico desde 1808*, lib. I, cap. II, páj. 66, 67 i 68.

(2) Humboldt, *Ensayo político sobre la Nueva España*, lib. 11, cap. VII.

el momento de la revolucion, los desheredados de la fortuna, o a lo ménos una parte de ellos, habia de ponerse de parte de un movimiento que parecia destinado a reparar esas injusticias, i que los favorecidos por aquel estado de cosas habrian de declararse sus sostenedores. Esto fué, en efecto, lo que sucedió.

El movimiento estalló el 16 de setiembre de 1810 en el pequeño pueblo de Dolores, encabezado por el cura del lugar, don Miguel Hidalgo. Aunque éste no era del número de los menesterosos, puesto que su curato le producía una buena renta, i que era arrastrado a la revolucion por sentimientos de un órden mas elevado, luego fueron a agruparse al rededor de él otros individuos del bajo clero que se hicieron mas o ménos célebres en el curso de la revolucion.

Aquel movimiento revolucionario no pretendía atacar en nada la relijion del pueblo mejicano. Léjos de eso, Hidalgo comenzó por declarar que era católico, apostólico i romano, que acataba i defendía estas creencias, i que por eso tomaba por patrona de su ejército a la vírjen de Guadalupe, mui venerada en toda la Nueva España. Pero al saberse en la capital la primera noticia de la revolucion, el virei don Francisco Javier Venegas, no vaciló en invocar el nombre de la relijion para combatir a los insurjentes. «Entre otras providencias que tomó, dice un español que en esos mismos dias escribía un bosquejo histórico de los sucesos que presenciaba (1), fué exitar al arzobispo de esta capital, al tribunal de la inquisicion i a los obispos de Valladolid i de Puebla a que fulminasen escomuniones contra los autores de la insurreccion i sus secuaces, lo que contribuyó no poco a imponer silencio a los revoltosos de Méjico i otros puntos todavía libres del contagio.» El historiador de la revolucion mejicana, doctor don Servando Teresa Mier, que ha consignado estas noticias, agrega: «Tambien obligó el virei a todos los cuerpos a escribir proclamas i manifiestos, i solicitó a varios particulares a componer diversos escritos contra la insurreccion, a declamar en los púlpitos, confesonarios, etc., etc. (2).» Se quería poner en movimiento contra la insurreccion todo el poder de la iglesia.

(1) Este bosquejo histórico o diario de los primeros tiempos de la revolucion de Méjico, fué publicado en *El Español* de Lóndres.

(2) *Historia de la revolucion de Nueva España*, publicada en Lóndres en 1813 por el doctor Mier, bajo el seudónimo de José Guerra; tomo I, páj. 306 i 307. El doctor Mier era un sacerdote de mucha instruccion i un hábil escritor.

No se hicieron esperar los resultados de este plan de guerra. Por todas partes «se procuraba inspirar a la tropa realista horror por hombres a quienes se pintaba como escomulgados, traidores a Dios i a su rei, i enemigos de la iglesia, dice otro historiador mejicano (1). Esta era siempre la órden del dia. Sacerdotes destinados a este objeto, predicaban a la tropa, i la exortaban a estermi- nar a sus hermanos. Se hizo conducir a Méjico la imájen de la vírjen de los Remedios, patrona de los españoles, cuyo santuario está a tres leguas de la capital, i que es uno de los monumentos de la supersticion de los peninsulares. Fué revestida de las insignias militares; se la invocó como intercesora entre los realistas i la Divinidad, poniéndose como en una lucha las dos imájenes de la madre de Dios, a saber: la de Guadalupe, implorada por los insurjentes i la de los Remedios por los partidarios del gobierno español. ¿No es esto semejante a los combates de los dioses en la guerra de Troya, descritos por Homero? Los nombres son los únicos que han variado.»

Al llamamiento del virei respondieron inmediatamente los obispos.

Fué el mas ardoroso el doctor don Manuel de Abad i Queipo, obispo electo de Mechoacan, español notable por su intelijencia i su ilustracion, cuyos escritos sobre jeografía, estadística i administracion son justamente estimados. Desde su diócesis de Valladolid, lanzó el 24 de setiembre de 1810 el rayo mas terrible que podia fulminar, una solemne escomunion contra todos los revolucionarios. Vamos a copiar íntegra esta pieza como modelo de tantas otras que salieron en breve de manos de los mas implacables enemigos de nuestra revolucion. Héla aquí:

«El cura de Dolores don Miguel Hidalgo (que habia merecido hasta aquí mi confianza i amistad) asociado de los capitanes del rejimiento de la reina don Ignacio Allende, don Juan Aldama i don José Mariano Abasolo, seduciendo una porcion de labradores inocentes, les hizo tomar las armas; i cayendo con ellos sobre el pueblo de Dolores el 16 del corriente al amanecer, sorprendió i arrestó los vecinos europeos, saqueó i robó sus bienes; i pasando despues a las siete de la noche a la villa de San Miguel el Grande, ejecutó lo mismo, apoderándose en una i otra parte de la autori-

(1) Don Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico*, tomo 1, páj. 61.

dad i del gobierno. El viérnes 21 ocupó del mismo modo a Celaya, i segun noticias, parece que se ha estendido ya a Salamanca e Irapuato. Lleva consigo los europeos arrestados, i entre ellos al sacristan de Dolores, al cura de Chamacuero i a varios relijiosos carmelitas de Celaya, amenazando a los pueblos que los ha de degollar si le oponen alguna resistencia. E insultando a la relijion, a nuestro soberano Fernando VII, i a nuestra señora, que es un sacrilejio gravísimo, pintó en su estandarte la imájen de nuestra augusta patrona, nuestra Señora de Guadalupe, i le puso la inscripcion siguiente: *Viva la relijion. Viva nuestra Madre Santísima de Guadalupe. Viva Fernando VII. Viva la América. I muera el mal gobierno.*

«Usando pues de la autoridad que ejerzo como obispo electo i gobernador de esta mitra, declaro que el cura de Dolores i sus secuaces los tres dichos capitanes son sacrilegos, perjuros, i que han incurrido en la escomunion mayor del cánon *Si quis suadente diabolo*, por haber aprisionado i mantenido arrestado al dicho sacristan, cura i relijiosos. Los declaro escomulgados vitandos, prohibiendo que ninguno les dé socorro, auxilio i favor bajo la pena de escomunion mayor *latae sententiae*, en que desde ahora para entónces declaro incursos a los contraventores, como igualmente a la porcion del pueblo que trae seducido con títulos de soldados i compañeros de armas, si no le desamparan i se restituyen a sus hogares dentro del tercero dia siguiente inmediato al que tuvieren noticia de este edicto, i a todos los que voluntariamente se alistaren bajo sus banderas, o que de cualquier modo le dieren favor i auxilio. Item declaro que el dicho cura Hidalgo i sus secuaces son seductores del pueblo i calumniadores de los europeos.»

Antes de continuar la narracion de los hechos de que nos venimas ocupando, debemos hacer aquí una breve observacion. Al leer el edicto que acabamos de transcribir se creeria que la escomunion decretada por el obispo Abad i Queipo no era inspirada únicamente por un sentimiento ajeno a la relijion, como el de servir a los intereses políticos de la metrópoli, sino por el propósito de castigar a un sacerdote que toma las armas, que manda tropas, i que apresa i maltrata a otros sacerdotes. Los hechos vinieron a revelar en breve que la escomunion no tenia este segundo objeto, i que era una arma esclusivamente política. Cuando los obispos i otros clérigos empuñaron las armas en sus manos para combatir la insurreccion, a nadie se le ocurrió fulminar contra ellos una escomu-

nion; i aun léjos de eso, el espíritu marcial de estos guerreros de corona i de sotana fué mui aplaudido por el mismo clero que escomulgaba a los insurgentes. Cuando las tropas realistas fusilaban en varios puntos del territorio a los eclesiásticos que habian abrazado la causa de la insurreccion, los obispos, o a lo ménos el mayor número de ellos, no hicieron nada por impedir esas sangrientas ejecuciones. En vez de pronunciar los anatemas de la iglesia o de interponer su influjo para evitar los horrores de esas ejecuciones, algunos de los obispos mejicanos las aprobaron i aplaudieron. Como lo enseña la historia, i como vamos a demostrarlo en las pájinas siguientes, las escomuniones pronunciadas contra los insurgentes de Méjico, i las que se formularon con igual objeto en los otros pueblos americanos, no tenian por móvil un principio religioso sino un interés político, el de afianzar la dominacion española en nuestro continente. Las armas de la iglesia estaban, pues, al servicio de la causa del despotismo i de la opresion.

Abad i Queipo no era, como se ve, mas que obispo electo; pero, segun las leyes i las prácticas españolas, estos funcionarios por el solo nombramiento real, usaban en América distintivos episcopales i entraban a gobernar las diócesis. «Los obispos electos, dice Alaman, no usaban la vestidura morada propia de aquella dignidad, pero llevaban el sombrero grande de canal forrado en verde lo interior de la ala, i con unos cordones de seda verde al rededor de la copa, con borlas que colgaban hasta fuera» (1). Sinembargo, en el caso presente, podia suscitarse una dificultad. Abad i Queipo no habia sido designado obispo por el rei sino por la rejencia que gobernaba en España durante el cautiverio de Fernando VII; i los canonistas mejicanos discutian si en ese gobierno residia o no el derecho de patronato. El mismo Abad i Queipo tuvo dudas acerca de la estension de sus poderes; i para dar toda la validez al auto que acababa de lanzar, se dirijió el mismo dia 24 de setiembre al virei Venegas. «Anoche supimos, dice su nota, que el cura de Dolores i sus secuaces han ocupado a Celaya, Salamanca e Irapuato. I viendo la facilidad con que seduce los pueblos, me ha parecido conveniente escomulgarlo en los términos que se contiene en el edicto que formé esta mañana, i acompaño a V. E. para que, si es de su agrado, se circule en la *Gaceta de Méjico*.»

Era éste el periódico oficial del vireinato. El supremo manda-

(1) Alaman, *Historia de Méjico desde 1808*, lib. I, cap. II, páj. 37.

tario no solo aprobó la excomunion, sino que hizo salir un número extraordinario de dicho papel el 28 de setiembre, en que se publicó la excomunion lanzada por el obispo de Mechoacan, seguida de estas palabras: «S. E. recibió con la mayor complacencia esta justa resolución, tan propia de la sabiduría i celo de tan digno i benemérito prelado, i se ha servido corresponderle con las espresiones correspondientes a una demostracion tan brillante del celo, virtud, fidelidad i patriotismo que lo caracterizan.»

No quiso quedarse atras en estas medidas el arzobispo de Méjico don Francisco Javier de Lizana i Beaumont. Como jefe de la iglesia de la Nueva España, publicó el 11 de octubre del mismo año (1810) un edicto en que declaraba que la excomunion dictada por el obispo electo de Mechoacan estaba hecha por superior lejítimo, con entero arreglo a derecho, i que los fieles estaban obligados en conciencia i bajo pena de pecado mortal i de quedar escomulgados, a la observancia de lo que mandaba aquel prelado, cuya excomunion hacia estensiva al territorio de su propia diócesis (1). Pocos dias despues, el 18 de octubre, el arzobispo dirijia a todos los curas de su jurisdiccion una nueva pastoral en que los excitaba a impugnar la revolucion, i les mandaba que la leyesen a sus feligreses i la fijasen en todas las iglesias (2). La santa inquisicion de Méjico no quiso ser ménos; i en un largo edicto en que citaba al jefe rebelde a dar cuenta de su conducta ante el terrible tribunal en el plazo de treinta dias, imponia excomunion mayor, quinientos pesos de multa i todas las penas canónicas prescritas contra los herejes a todas las personas, sin escepcion, que aprobasen el movimiento revolucionario, recibiesen proclamas, mantuviesen relaciones de cualquier jénero con Hidalgo, le prestasen cualquier favor o no denunciassen o no excitasen a denunciar a los revolucionarios (3).

Pero este diluvio de excomuniones no llegaba al campamento de Hidalgo, o a lo ménos éste jefe se guardaba bien de darlas a conocer a sus soldados, temeroso ciertamente de las funestas consecuencias que podian producir. El ardoroso obispo Abad i Queipo redobló sus esfuerzos, i fulminó dos nuevos edictos o dos nue-

(1) Este edicto se publicó en la *Gaceta de Méjico* del 19 de octubre. Véase Alaman, obra citada, lib. II, cap. I, páj. 390.

(2) Publicada en la *Gaceta* de 23 de octubre.

(3) Publicada en la *Gaceta* de 19 de octubre.

vas excomuniones. «Los españoles europeos, decia en el de 30 de setiembre, son los únicos que los sediciosos procuran por ahora ofender; i es tal la prevencion del pueblo contra ellos que en todas partes ha sido un espectador insensible de sus males. Pero sabed que si proseguis en la insurreccion i moris impenitentes en este estado, vuestras almas serán destinadas a las penas eternas del infierno i vuestros cuerpos privados de sepultura eclesiástica servirán de pasto a los perros i a las aves». Parece que desde entonces, los realistas se creyeron autorizados por el cielo para dejar insepultos los cadáveres de los insurjentes muertos en el campo de batalla. Por el tercer edicto, que lleva la fecha de 8 de octubre, declara la insurreccion manifiesta i notoriamente herética, i a todos sus fautores excomulgados vitandos, e incursos en todas las penas de los perjuros, sacrílegos i herejes (1).

Los otros obispos del vireinato desplegaron igual celo para combatir la insurreccion, empleando cada uno de ellos diversos arbitrios para llegar al mismo fin. El ménos belicoso de todos fué el de Puebla, don Manuel Ignacio Gonzalez del Campillo, el único obispo mejicano de nacimiento en todo el vireinato, pero realista decidido e inflexible aunque hombre bondadoso i casi podria decirse conciliador. Persuadido del influjo que el clero podia ejercer en aquellos momentos, reunió el 27 de octubre en el coro de la iglesia catedral una junta solemne a que concurrieron el cabildo eclesiástico, los curas de la ciudad, los que pudieron concurrir de fuera, i todos los ordenados *in sacris*. Allí les espuso cuales eran sus deberes en aquellas circunstancias, i les exijió que prestasen juramento de no apartarse jamas de la obediencia al gobierno, de sostener los derechos de Fernando VII i sus lejítimos sucesores tanto en las funciones de su ministerio como en las conversaciones familiares, i de dirijir en este sentido la opinion pública, cuidando de averiguar si en los lugares de su residencia habia personas que fomentasen la insurreccion para dar cuenta al gobierno. Todos los presentes se ofrecieron a servir a estos principios con sus personas, su influjo i sus bienes (2).

El obispo de Oajaca, don Antonio Bergosa i Jordan, fué mas belicoso que el de Puebla. Antiguo inquisidor de Méjico, i hombre

(1) Este edicto fué publicado en la *Gaceta de Méjico* del 16 de octubre.

(2) Alaman, obra citada, libro II, capítulo I, tomo I, pájinas 390 i 391. El acta de esta asamblea fué publicada en la *Gaceta de Méjico* de 27 de octubre.

de reducida capacidad i de escasa instruccion, no se limitó a publicar pastorales para animar al pueblo contra los insurjentes, considerándolos herejes i escomulgados, sino que levantó cuerpos de tropas de artesanos i de eclesiásticos (1). Este prelado, dice el historiador Zavala, «levantó en Oajaca un rejimiento compuesto de eclesiásticos, cuyo coronel era el mismo obispo, que jamas llegaron a ver la cara al enemigo, como debe creerse de tales soldados, i que (dos años mas tarde, en noviembre de 1812) vieron entrar tranquilamente al jeneral insurjente Morelos en la ciudad, contentándose con tocar las campanas» (2).

Del mismo espíritu guerrero se sintió animado otro obispo, el de Guadalajara, don Juan Cruz Ruiz i Cabañas, español anciano (3), pero que por un momento se creyó trasportado a los tiempos de Godofredo de Bouillon, i no trepidó en empuñar la espada contra los pretendidos herejes. «Formó un cuerpo que se llamó de la Cruzada, con los individuos del clero secular i regular i otros que quisieron alistarse, los cuales llevaban por distintivo una cruz encarnada al pecho. Convocábaseles al son de la campana mayor de la Catedral a hacer el ejercicio, i salian del palacio episcopal, que era el punto de reunion, a caballo, sable en mano, llevando un estandarte blanco con una cruz roja, i los seguian grupos de jente del pueblo gritando: «viva la fé católica» (4). Este rejimiento de clérigos i frailes no sirvió sino de estorbo. Al acercarse a Guadalajara un cuerpo de tropas insurjentes, el obispo, apesar de que habia dado a la lucha el carácter de guerra de relijion, no manifestó muchos deseos de recibir la corona del martirio, i huyendo precipitadamente hácia la costa del Pacífico (noviembre de 1810), introdujo el desaliento en los suyos i facilitó los triunfos de la revolucion. Ni aun se creyó seguro en el puerto de San Blas, que estaba regularmente armado i guarnecido; i embarcándose de carrera para Acapulco, introdujo tambien el desaliento en aquella plaza que luego se rindió a los insurjentes.

Preciso es convenir en que este exceso de prudencia tenia su ra-

(1) Alaman, obra citada, libro V, capítulo II, tomo III, página. 319.

(2) Zavala, obra citada, tomo I, página 80.

(3) Ruiz i Cabañas fué nombrado obispo de Nicaragua en 1794. Antes de salir de la península se le trasfirió su nombramiento a la sede de Guadalajara que era mas importante i mas rica, de que tomó posesion en 1795.

(4) Alaman, obra citada, lib. II, cap. IV, tomo 2.º, pág. 5.

zon de ser. Los anatemas de la iglesia, si bien habian privado a la insurreccion de muchos partidarios i embarazado sus progresos, habian producido grande irritacion contra los eclesiásticos que así empleaban las armas espirituales para favorecer los intereses meramente mundanos. La repeticion de las excomuniones habia amedrentado a muchos; pero al mismo tiempo comenzaba a debilitar ante los espíritus mas cultivados el prestigio del poder eclesiástico. Los obispos, los clérigos i los frailes comenzaron a percibir las consecuencias de su plan de guerra, i evitaban el caer en manos de los insurgentes, temerosos de haber perdido el respeto con que ántes se les miraba. En enero de 1811, estalló la revolucion en Monterey, capital de la provincia de Nuevo Leon, encabezada por el mismo gobernador. Este movimiento no fué acompañado de desórdenes ni de horrores; pero el obispo de esa diócesis, don Primo Feliciano Marin, que habia desplegado mucho ardor contra los patriotas, abandonó su catedral i huyó a la costa para embarcarse con rumbo a Vera Cruz, donde esperaba hallar su salvacion (1).

Apesar de los triunfos alcanzados, la revolucion, exasperada por la resistencias i ensangrentada con horribles matanzas, fué vencida por un momento en 1811. Las venganzas de los vencedores no se hicieron esperar: el cadalso se levantó en varios puntos del vireinato; i los insurgentes prisioneros pagaron con la vida el crimen de patriotismo. Hidalgo i otros sacerdotes que servian en las filas revolucionarias fueron fusilados sin piedad. Uno de ellos, sin embargo, el cura de Guanajuato, doctor don Antonio Labarrieta, que fué procesado sin otra causa que el haber sido antiguo amigo de Hidalgo, recibió el indulto a condicion de que defendiese abiertamente los derechos del trono i predicase acerca de ellos a sus feligreses (2). El primer sermón que tuvo que predicar fué uno que pronunció en Guanajuato el dia que se colocó en una picota la cabeza de su amigo Hidalgo (3). Otro cura de quien se recelaba que abrigase simpatías por la revolucion, pero que aun no habia podido hacer nada por esta causa, fué privado de su curato por los jefes militares i remitido a Méjico a disposicion del virei. El arzobispo en vez de salir a la defensa de las inmunidades eclesiásticas, aprobó todo lo hecho con ese pobre cura (4).

(1) Alaman, obra citada, lib. II, cap. VI, tomo 2.º, páj. 96.

(2) Alaman, obra citada, lib. II, cap. V, tomo 2.º, páj. 67 i 68.

(3) Id. id., lib. II, cap. VIII, páj. 202.

(4) Id. id., lib. II, cap. V, páj. 69.

Una vez, sin embargo, las autoridades eclesiásticas salvaron del patíbulo a varios eclesiásticos que a no vestir el traje sacerdotal habrían sido fusilados. En agosto de 1811 se denunció al gobierno el proyecto de algunos revolucionarios de la capital para apoderarse del virei durante su paseo de cada día i llevarlo al campamento de los insurjentes, establecido en Zitácuaro. Los autores de este plan fueron condenados a muerte i ejecutados; pero las autoridades eclesiásticas, al paso que hacían grandes fiestas relijiosas para celebrar el descubrimiento i el castigo del complot, interpusieron toda clase de reclamaciones para sustraer de la acción de la justicia secular a tres frailes agustinos que estaban complicados en él, i que se salvaron del patíbulo (1). Este caso fué solo una escepcion: de ordinario, los frailes i los clérigos que simpatizaban con la revolución fueron ejecutados como los demas patriotas.

El fusilamiento de los sacerdotes iba siempre precedido de la vergonzosa ceremonia de la degradacion. El condenado, vestido con el traje sacerdotal, era conducido a presencia de otros eclesiásticos que habían recibido del obispo la facultad de degradarlo. Allí se le quitaba su traje pieza por pieza, i se le rapaba la cabeza para hacer desaparecer toda huella de tonsura, al mismo tiempo que se le leían ciertas oraciones contrarias a las de la ordenacion. Entónces se le entregaba a los ejecutores para que fuera pasado por las armas.

Antes de mucho tiempo, se vió el ejemplo de un prelado mejicano que declarase que esta ceremonia era innecesaria tratándose de los eclesiásticos que servían a la revolución. En un encuentro que tuvo lugar cerca de Valladolid en mayo de 1812, cayó prisionero i mortalmente herido el clérigo patriota don José Guadalupe Salto. Antes de la rebelion, este sacerdote había sido mui respetado por su virtud ejemplar, pero ni esta circunstancia ni el encontrarse moribundo, despertaron la compasion de sus enemigos. Llevado a la ciudad, se dispuso su ejecucion, pidiéndose al obispo que se sirviera degradarlo. Abad i Queipo, el mismo que en setiembre de 1810 escomulgaba a Hidalgo i sus secuaces por haber apresado

(1) Casi todos los documentos relativos a esta conspiracion i su castigo fueron publicados en la *Gaceta de Méjico* del mes de agosto de 1811. El *Diario de Méjico* de 29 de agosto (día de la ejecucion) publicó una relacion de este suceso, que reprodujo el *Español* de Lóndres, tomo IV, páj. 366. Alaman lo ha referido todo con su habitual prolijidad en el lib. III, cap. IV, tomo 2.º, páj. 367 i siguientes.

a un cura i a un sacristan, declaró con este motivo que la enormidad de los crímenes del reo hacian innecesaria la degradacion, habiendo perdido el fuero i privilejios concedidos por los cánones. El presbítero Salto fué llevado agonizante al patíbulo en una camilla, i espiró de resultas de sus heridas momentos ántes de la preparada ejecucion (1).

Este hecho revela hasta donde llegaba el furor de que estaban poseidos los prelados de la iglesia mejicana contra los revolucionarios. Para servir a la causa política en que estaban abanderizados, no habian temido echar mano de las armas espirituales de que disponia la iglesia, como las censuras i excomuniones. Ahora los vamos a ver emplear en contra de la independenciam de Méjico, la facultad de prohibir la lectura de ciertos libros.

Los revolucionarios publicaban en su campamento un periódico titulado *El Ilustrador americano*. Servíales para defender los principios de independenciam i libertad, para dar noticias de sus triunfos i para hacer circular los decretos que dictaban. En él no se atacó nunca la relijion o sus ministros: léjos de eso, sus redactores hacian ostencion de ser católicos fervorosos. Ese periódico era leído con avidez en todo el territorio, aun en los pueblos en que dominaban los realistas, cuyo poder contribuia poderosamente a desprestijiar. El virei no habia podido hacer nada para impedir la rápida i misteriosa circulacion del *Ilustrador americano*; i confió en que la iglesia viniera en su ayuda. En efecto, el cabildo eclesiástico de Méjico, que gobernaba la arquidiócesis en sede vacante (el arzobispo Lizana i Beaumont habia muerto en 6 de marzo de 1811), espidió el 3 de junio de 1812 un auto solemne por el cual ordenaba «so las penas establecidas en el derecho canónico para los fautores, encubridores i lectores de libelos sediciosos», que el *Ilustrador americano* quedaba prohibido i que nadie podia leerlo sin incurrir en pecado mortal. Entre los considerandos de este auto figuran estos dos puntos; «1.º Porque el *Ilustrador* habla mal del Excmo. señor virei, cuya dulzura i clemencia son notorias, i porque debe ser relijiosamente venerado por los hijos de esta iglesia de Jesucristo.» I 2.º «Porque en el *Ilustrador* se trastruecan i debilitan los triunfos de las armas del rei, ensalsando las de los insurjentes (2)». Este célebre auto tiene la gloria de haber abierto el

(1) Alaman, obra citada, lib. IV, cap. V, tomo 3.º, páj. 212 i 213.

(2) José Guerra, obra citada, lib. XII, tomo 2.º, páj. 97.

camino a las autoridades eclesiásticas de España, que en los años subsiguientes condenaban como heréticas todas las publicaciones desfavorables a Fernando VII.

Afianzado con este decidido apoyo que le prestaba el alto clero, el virei no vaciló en dar un paso mas atrevido. El 25 de junio del mismo año (1812) dictó un terrible bando, que en la historia mejicana se conoce con el significativo nombre de lei de sangre. Por él se declaraban reos de la jurisdiccion militar i de los consejos ordinarios de guerra a todos los que hubiesen hecho o hiciesen resistencia a las tropas del rei, cualesquiera que fuesen su clase, su estado i su condicion. Imponíase la pena de muerte a todos los jefes i oficiales revolucionarios de subteniente arriba, i a todos los eclesiásticos seculares o regulares que hubiesen tomado parte en la revolucion o servido en ella con cualquier título, aunque solo fuese con el de capellanes. Estos últimos debian ser juzgados i ejecutados como los legos, sin previa degradacion. El virei justificaba estas providencias, asegurando que con ellas «no se corria riesgo alguno de castigar a inocentes, ni de excederse en el castigo, por ser todos verdaderos bandidos, anatematizados por la iglesia (aludiendo a que los independientes habian sido escolmugados muchas veces), i proscritos por el gobierno, a quienes por lo mismo podia quitar la vida cualquiera impunemente (1)».

Este bando produjo grande irritacion entre los insurgentes. Algunos sacerdotes alzaron tambien su voz contra los artículos que se referian a los individuos de su estado a quienes el virei privaba por su sola voluntad de todos sus fueros i privilejios. El cabildo eclesiástico, como encargado del gobierno de la arquidiócesis, celebró una sesion solemne para tratar si debia darse algun paso en defensa de las inmunidades sacerdotales. Como en esa corporacion dominaban los españoles de nacimiento por su número i su prestigio, se decidió que en aquellas circunstancias no convenia tomar medida alguna. Al saber esta resolucion, ciento diez clérigos mejicanos presentaron al cabildo eclesiástico una solicitud en que reclamaban garantías i proteccion para las inmunidades de su orden; pero despues de inútiles tramitaciones, el bando del virei quedó en completo vigor (2).

(1) Bando del virei Venegas, publicado en la *Gaceta de Méjico* de 30 de junio de 1812.

(2) Alaman, obra citada, lib. IV, cap. V, tomo 3.º páj. 217.

Antes de un mes se empezaron a cumplir sus disposiciones mas duras. En julio de 1812 se hallaban en Durango seis eclesiásticos que el año anterior habian sido tomados prisioneros de guerra, junto con Hidalgo, el primer caudillo de la insurreccion mejicana. Condenados a muerte como revolucionarios, el obispo de esa diócesis don Francisco Gabriel de Olivares, aunque español i realista, se compadeció de aquellos infelices cuyos delitos no los hacian merecedores del último suplicio. Creyendo salvarlos de la muerte, se negó resueltamente a degradarlos. El brigadier don Bernardo Bonavia, intendente i comandante militar de la provincia, no se dejó vencer por esta resistencia; i con fecha de 15 de julio dió a uno de sus subalternos la órden siguiente: «Pasa el escribano de gobierno a notificar la sentencia a los reos eclesiásticos que se hallan bajo la custodia de Ud. A las veinticuatro horas la hará Ud. poner en ejecucion, haciéndolos pasar por las armas por la espalda, sin que les tiren a la cabeza i sin sus vestiduras eclesiásticas ni relijiosas que se les vestirán despues, i los conducirá Ud. mismo con toda su tropa al santuario de Guadalupe donde los entregará al cura para que les dé sepultura, avisándome su cumplimiento.» La sentencia se ejecutó fielmente: la falta de degradacion se subsanó con el hecho de haber respetado las sotanas i la corona de aquellos desgraciados patriotas (1).

Pareceria natural que estas horrosas ejecuciones así como el desprecio que los jefes españoles hacian de las prerogativas eclesiásticas hubieran resfriado el obstinado empeño con que los obispos mejicanos combatian la independenciam de ese país. No fué así sin embargo: despues del terrible bando de 3 de junio de 1812 i de los fusilamientos de 16 de julio, los obispos i el alto clero continuaron hostilizando la revolucion por todos medios, fulminando contra sus autores las mas terribles escomuniones, i poniendo al servicio del despotismo mas atrabiliario i ominoso todo su poder espiritual.

El mas moderado de todos fué todavia el de Puebla, don Manuel Ignacio Gonzalez del Campillo. Creyendo que por los medios de la suavidad se podrian conseguir mejores resultados que por el terror, este prelado envió un emisario cerca de los jefes insurjentes i les dirijió exhortaciones en que al paso que se

(3) Don Cárlos María Bustamante, *Quadro histórico de la revolucion de Méjico*, tomo 1.º, fol. 277—Alaman, obra citada, lib. II, cap. VIII, tomo 2.º, páj. 207.

declaraba partidario resuelto del rei de España i de sus representantes, pedia a aquellos en nombre de la relijion i de la humanidad que depusieran las armas para evitar los horrores de una guerra tan sangrienta. Los caudillos patriotas contestaron con respeto i templanza al prelado de Puebla, pero sostuvieron enérgicamente los derechos de la revolucion negándose a desistir de su intento (1). El obispo Campillo murió pocos meses mas tarde (26 de febrero de 1813) dejando a su patria sumida en una lucha encarnizada i terrible para alcanzar su independendencia.

Por el contrario, el obispo de Mechoacan don Manuel de Abad i Queipo siguió inflexible en su sistema de anatematizar a todos los insurjentes. Por edicto de 22 de julio de 1814 fulminó su cuarta escomunion contra ellos i en especial contra su jeneral en jefe don José Maria Morelos (2). En el mismo año escomulgó como hereje, por sus servicios a la revolucion, al doctor don José Maria Cos, eclesiástico ardoroso i apasionado. Este a su vez contestó en un manifiesto que no reconocia la autoridad del obispo, por que habia sido electo no por el rei sino por la rejencia española, por que era hijo ilejítimo i por que en años atras habia sido acusado ante la inquisicion. El doctor Cos declarando con grande arrogancia que el obispo de Mechoacan no tenia poder de escomulgar, por estar él mismo escomulgado, produjo grande impresion en el bajo clero de Méjico i acarreó no poco desprestijio a aquel prelado (3).

En Oajaca, el obispo Bergosa habia seguido disciplinando los cuerpos de artesanos i de clérigos que habia organizado para combatir la insurreccion. En premio de estos trabajos, la rejencia de Cádiz lo nombró arzobispo de Méjico, cuya sede, como hemos dicho, estaba vacante por muerte de Lizama i Beaumont (4). Sin embargo, teniendo que atender a los negocios de la guerra contra

(1) *Manifiesto del obispo de Puebla para desengaño de los incautos*, opúsculo de 166 pájinas, impreso en Méjico en agosto de 1812, i dedicado al virei. Este folleto contiene la correspondencia cambiada entre el obispo i los caudillos de la insurreccion. Dos de estos documentos han sido reimpresos por don Pablo de Mendivil en las pájs. 294 i 296 de su *Resúmen histórico de la revolucion de Méjico*, Lóndres, 1828.

(2) Alaman, obra citada, lib. VII, cap. I, tomo 4.º páj. 319.

(3) Don Carlos María Bustamente ha publicado estos documentos en el tomo 4.º, fol. 236 i siguientes de su obra citada.

(4) Zavala, obra citada, tomo 1.º páj. 80, i Alaman lib. III, cap. VI, tomo 2.º páj. 439.

los insurjentes, quedó en Oajaca hasta noviembre de 1812. Solo al saber la aproximacion del jeneral Morelos, fugó ocultamente de la ciudad, dejándola sumida en el mayor desaliento; i dirijiéndose a Tabasco, se embarcó allí para Veracruz i pasó en seguida a Méjico para seguir prestando sus servicios a la causa del rei.

Con todo, el arzobispo electo venia desencantado del fruto de sus trabajos como guerrero, i no volvió a pensar en organizar rejimientos de clérigos i de frailes; pero llegó a tiempo de dar proteccion i fomento al sistema de predicaciones relijioso-políticas que el virei habia planteado. Consistian éstas en sermones que se predicaban en los templos contra la revolucion i sus secuaces i en favor del réjimen español. En Querétaro, donde se fundaron tambien estas misiones, se estableció una especie de inquisicion: no solo se recomendó desde el púlpito la delacion de los revolucionarios, sino que los confesores negaban la absolucion a los penitentes si no iban a delatar a los que sabian o suponian que eran afectos a la independenciam (1).

Venciendo las inmensas dificultades que por todas partes le oponia el poder del alto clero i el fanatismo grosero e ignorante de las masas, la revolucion mejicana seguia lentamente su camino. Los revolucionarios, despues de conseguir importantes triunfos militares bajo el mando del jeneral Morelos, reunieron un congreso en el pueblo de Chilpancingo; i allí proclamó esta asamblea solemnemente el 6 de noviembre de 1813 la independenciam de Méjico. El espíritu relijioso de aquellos patriotas se deja ver en esta misma acta. Allí declaran que «no profesan ni reconocen otra relijion que la católica, ni permitirán ni tolerarán el uso público ni secreto de otra alguna; que protegerán con todo su poder i velarán sobre la pureza de la fé i de sus dogmas i conservacion de los cuerpos regulares.» Para que no quede duda sobre la sinceridad de estos sentimientos, bastará recordar que el mismo dia que el congreso proclamaba la independenciam nacional, espidió un decreto restableciendo el órden de jesuitas (2). Un año mas tarde, cuando ese mismo congreso reunido en Apatcingan dictaba la primera constitucion mejicana (22 de octubre de 1814), declaraba en su primer artículo que «la relijion católica apostólica romana es la única que se debe profesar en el Estado.»

(1) Alaman, lib. V, cap. IV, tomo 3.º páj. 394.

(2) Bustamante, *Cuadro Histórico* etc. tomo 2.º páj. 407.

Todo esto, sin embargo, no impidió que el alto clero mejicano continuase usando de las armas de la relijion para combatir a los independientes. Por edicto de 26 de mayo de 1815, el cabildo eclesiástico, asegurando falazmente que los constituyentes de Apatcingan habian proclamado la tolerancia de cultos, prohibió la constitucion i los otros papeles publicados por los patriotas bajo la pena de escomunion mayor, dejando sujetos a la misma pena a los que no delatasen a los que los tuviesen, «por ser reos de alta traicion i cómplices de la desolacion de la iglesia i de la patria» (1).

Este sistema de guerra puesto en ejercicio por el clero mejicano para combatir la causa de la independencia, aunque a la larga debia producir el desprestijio de las censuras i de las escomuniones, dió por resultado inmediato conflictos i embarazos en el seno de las familias i en el plan de operaciones de los insurjentes. Los obispos, los canónigos, i los mas altos magnates del clero regular i secular habian identificado a tal punto la relijion con la causa del despotismo, que solo se consideraba católico verdadero el que era partidario ciego i exaltado de la monarquía absoluta. El restablecimiento de Fernando VII en el trono español, la disolucion de las cortes, la derogacion del código constitucional de 1812 i de todas las leyes liberales que la España se habia dado, el restablecimiento del tremendo tribunal de la inquisicion, fueron sucesos que el clero celebró en Méjico en los últimos meses de 1814 con las mas ostentosas funciones relijiosas que jamas se hubieran visto en el vireinato. La inquisicion, por su parte, al entrar de nuevo en el uso de las terribles funciones de que habia estado privada por resolucion de las cortes españolas, se inauguró fulminando un edicto de 10 de julio de 1815, en que declaraba incursos en escomunion mayor no solo a todos los que tuviesen papeles impresos por los revolucionarios, sino a los que no denunciassen a quienes los habian leído o dádoles circulacion (2).

La restauracion de Fernando VII introdujo en la iglesia de Méjico innovaciones que no debieron ser del agrado de muchos de sus mas decididos i entusiastas partidarios. En su mania de declarar nulos todos los actos ejecutados por el gobierno español desde 1808 hasta 1814, el rei resolvió que los nombramientos de obispos hechos en su ausencia i en virtud del patronato, eran nulos por ser

(1) Edicto publicado en la *Gaceta de Méjico* de 20 de mayo de 1815.

(2) Alaman, libro VI, capítulo V., tomo 4.º, página 178.

éste una regalia personal. En esta virtud, anuló el nombramiento del obispo electo de Mechoacan, ordenando que este prelado pasase a Madrid a informarle acerca de los sucesos de Nueva España. Con la misma autoridad mandó que el arzobispo electo de Méjico don Antonio Bergosa, volviese a su diócesis de Oajaca, i confirmó la mitra arzobispal al canónigo don Pedro Fonte, hombre de mas inteligencia e instruccion i que tenia en la corte española el apoyo de un pariente altamente colocado, el famoso favorito don Tadeo Calomarde.

En esta época llegó tambien a Méjico un curioso personaje que iba a ocupar uno de los mas encumbrados i lucrativos puestos en el episcopado, i que debia desempeñar en la historia mejicana un papel mui singular. Era éste don Antonio Joaquin Pérez, nombrado obispo de Puebla por Fernando VII en 1815. Diputado a las córtes españolas de Cádiz como representante de su ciudad natal, Puebla, el clérigo Pérez se habia mostrado allí partidario decidido del réjimen constitucional, pero al mismo tiempo haciendo alarde de ser enemigo resuelto de la insurreccion hispano-americana. Sus opiniones sobre estos dos puntos eran las de la mayoría de aquella célebre asamblea. Así se esplica que Pérez alcanzara el alto honor de presidirla en diversos períodos, i de figurar entre los diputados que tuvieron el encargo de formar el proyecto de la constitucion liberal de 1812. Ocupaba el puesto de presidente de las córtes a principios de 1814, a la época de la restauracion de Fernando VII; i olvidando entónces su liberalismo i sus compromisos, no solo firmó la representacion denominada de los *persas*, por medio de la cual algunos diputados pedian la supresion del réjimen constitucional, sino que aplaudió ardientemente el restablecimiento del despotismo. «Una mitra con que le galardonaron despues, dice el historiador Toreno, dió fuerza a la sospecha concebida de haber procedido de connivencia con los destruidores de las cortes, i por tanto indigna i culpablemente (1).» Pérez, en efecto, compró la mitra de Puebla con su complicidad en aquel golpe de absolutismo (2).

(1) Toreno, *Historia de la revolucion de España*, libro XXIV, tomo 3.º, página 364, ed. de Paris.

(2) Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico* tomo 1.º, pájs. 95 i 370.—Como el obispo Pérez volvió a hacerse liberal cuando vió triunfante la revolucion mejicana, don Cárlos Le Brun lo ha presentado con colores mui favorables en sus *Retratos políticos de la revolucion de España*, página 124.

Antes de salir de España, dirigió a sus diocesanos una larga pastoral, destinada casi toda ella a despertar el amor i el entusiasmo por Fernando VII. «En este jóven monarca, dice el obispo, trabajó la naturaleza de concierto con su alto destino, dándole una noble fisonomía, en la cual está de asiento la majestad, con todos los atractivos de la benevolencia i de la ternura. Aunque Fernando no fuera rei, hai en su persona un no sé qué de amabilidad que dulcemente arrebató a amarlo sin término.» Describe en seguida las audiencias en que aquel monarca egoísta i crapuloso oía las peticiones del militar estropeado, de la mujer del preso, de la viuda del soldado muerto en la guerra, de cuyas audiencias todos se alejaban encantados. Las mujeres, añade el obispo, se retiran diciendo: «¡Hubiera querido abrazarlo i besarlo!» En esa misma pastoral hace a sus diocesanos la recomendacion siguiente: «Que el amor entrañable que teneis a Fernando VII se convierta..... no me ocurre de pronto otra espresion..... en racional delirio: la fidelidad que le guardais, en dominante pasion de lealtad; i la confianza en que vivis de su apacible i justificado gobierno, en fruicion anticipada de los beneficios que os ha de dispensar (1).»

Luego se presentó al obispo Pérez una nueva ocasion de hacer ostencion de su celo en favor del rei de España. El 30 de enero de 1816 el papa Pio VII dirigió a los obispos de América una encíclica en que los exitaba «a no perdonar esfuerzo para desarraigar i destruir completamente la cizaña de alborotos i sediciones (así llamaba Su Santidad a la guerra de la independencia americana) que el hombre enemigo sembró en esos países.» Para dar a conocer a los fieles ese documento, el obispo Pérez lanzó una nueva pastoral en que haciendo muchas reflexiones contra la revolucion de América i contra el sistema constitucional, volvía a hablar con entusiasmo de las virtudes del rei Fernando (2). Los otros obispos mejicanos aprovecharon este momento para fulminar de nuevo los mas terribles anatemas contra los partidarios de la independencia. Se distinguió particularmente el viejo obispo de Guadalajara don Juan Ruiz Cabañas, en cuya pastoral vertía «todo el espíritu del ultramontanismo mas perjudicial i de la funesta preponderancia

(1) Pastoral de don Antonio Joaquin Pérez, obispo de Puebla de los Angeles, de 30 de junio de 1815, impresa en Madrid.

(2) Mendivil, *Resumen etc.*, lib. III, cap. IX, páj. 272.

que algunos ministros de la relijion pretenden siempre ejercer en perjuicio de las sociedades políticas (1).»

Fácil es imaginarse la impresion que debieron producir estas pastorales en el ánimo del pueblo mejicano. Ya no eran solo los obispos los que condenaban la revolucion de América: era tambien el papa que lanzaba sus anatemas desde Roma. La insurreccion, agobiada por las derrotas, diezmada en los campos de batalla i en los patíbulos, se encontró entónces a punto de sucumbir. Fué necesario que ocurriese la revolucion constitucional española de 1820, para que renaciera el espíritu de independencia bajo una nueva faz. «Los eclesiásticos fanáticos, los ambiciosos empleados i todas las personas que estaban bien halladas con el goce de sus sueldos, honores i preeminencias, vieron con el mas profundo disgusto el motin del coronel Riego, i la marcha que tomaban las cortes españolas fulminando decretos que menoscababan sus intereses: hé aquí que por un impulso de desesperacion se determinaron los magnates i el clero mejicanos a trabajar todos en destruir el sistema constitucional, cortando relaciones con la antigua España (2).»

Un nuevo caudillo, don Agustin de Iturbide, vino a aprovecharse de esta situacion. Al grito de independencia lanzado en Iguala en 1821 corrieron a agruparse bajo sus banderas no solo los hombres que quedaban de la revolucion de 1810, sino muchos magnates que, habiendo combatido siempre contra ella, acababan por plegársele por temor al estado de incertidumbre de los negocios de España. El alto clero mejicano, odiando de corazon el réjimen constitucional inaugurado en la metrópoli, i creyendo posible la creacion de un imperio en Méjico con un príncipe de la familia de Borbon a la cabeza, no miró con mal ojo la causa de Iguala. Los obispos dejaron de escomulgar a los independientes; i en las pastorales de los que les eran mas hostiles no se descubria aquel tono violento i destemplado con que habían acogido la idea de una república. El de Durango, que figuraba entre los mas hostiles a la revolucion de Iturbide, se limitó a recomendar a sus diocesanos la

(3) Mendivil, obra citada, lib. IV, cap. III, páj. 311. A esta pastoral del obispo de Guadalajara alude Alaman en su *Hist. de Méjico*, parte II, lib. I, cap. I, tomo 5.º, páj. 39.

(1) Don Juan Suárez i Navarro, *Historia de Méjico i del jeneral Santa Ana*, cap. I, páj. 4. Alaman ha esplicado bastante bien esta situacion en la segunda parte, lib. I, cap. I de la obra citada.

fidelidad al rei, la obediencia al gobierno i la union entre sí (1). En cambio, el belicoso obispo de Guadalajara, don Juan Ruiz i Cabañas, el que en 1810 organizaba un rejimiento de clérigos para pelear contra los insurjentes, i en 1816 los escomulgaba en sus pastorales, abrió sus cofres bien surtidos de dinero para prestar a Iturbide 25 mil pesos (2), i luego se pronunció por la causa de la revolucion monárquica.

Pero el partidario mas entusiasta que Iturbide encontró en el episcopado fué don Antonio Joaquin Perez, obispo de Puebla, que poco ántes era un peninsular frenético. El cambio en las ideas políticas de este prelado, inesplicable al parecer, tiene sin embargo una razon mui sencilla. El obispo Pérez consideraba definitivamente perdida en España la causa de la monarquía absoluta. Los liberales vencedores habian sometido a juicio a los diputados a córtes que en 1814, traicionando su mandato, habian pedido la desaparicion del réjimen constitucional; i entre esos diputados estaba el mismo obispo, cuya situacion habia llegado a ser mui delicada. Por eso, al entrar Iturbide en Puebla, el 2 de agosto de 1821, Perez lo hospedó en el palacio episcopal; i tres dias despues, al hacerse en la catedral la jura de la independenciamexicana, predicó un ampuloso sermon en que hablaba de la libertad con tanto ardor como ántes habia puesto en combatirla. Méjico era para él «un pájaro que cojido desde pequeño en la liga se convierte al principio con lo mismo que lo aprisiona, hasta que siendo adulto i cobrando mas enerjía, hace esfuerzos para ponerse en libertad; o a una jóven gallarda, que habiendo llegado al término prescrito por las leyes para salir de la patria potestad, contrariada por sus tutores, se emancipa de ellos, siendo en uno i otro caso el resultado la libertad que con justo título se adquiere.» Una cita de David le servia para esplicar su amor a la independenciamexicana, de que habia sido enemigo tan apasionado (3).

(1) Edicto del obispo de Durango de 21 de marzo de 1821, publicado en la *Gaceta de Méjico* de 21 de abril.

(2) Alaman, parte II, lib. I, cap. III, tomo 5.º, páj. 127

(3) Ya ántes de esta época, el obispo Pérez habia dejado ver un cambio en sus opiniones políticas. En su pastoral de 27 de junio de 1820, tomando por tema estas palabras bíblicas: *tempus est tacendi tempus est loquendi* (hai tiempos de callar i tiempos de hablar), declara que ha llegado este último tiempo, recomienda a sus diocesanos el respeto a la constitucion española de 1811, contra la cual habia lanzado su condenacion episcopal en 1815. La Biblia servia a este obispo, como ha servido a muchos otros, para defender toda clase opiniones.

Hasta entónces, Iturbide no hablaba mas que de constituir en Méjico un imperio a cuya cabeza se pondria Fernando VII, u otro príncipe de la familia real española. Talvez hasta ese momento no abrigaba la ambicion de coronarse que lo perdió mas tarde i que acabó por llevarlo al patibulo. El obispo de Puebla fué quien despertó este sentimiento en el ánimo del vencedor, haciéndole así el mas funesto presente que éste podia recibir (1). Desde entónces, el obispo Pérez fué el mas íntimo consejero de Iturbide. Al acercarse a Méjico, éste nombró una junta de gobierno compuesta de treinta i ocho individuos; i en ella dió un lugar al obispo de Puebla que luego fué elejido su presidente (2). En este carácter, tuvo la honra de poner su firma, en segundo lugar, i solo despues de la de Iturbide, en el acta de la independenciam de Méjico (28 de setiembre de 1821). Antes de mucho tiempo, este obispo fué elejido miembro del consejo de rejencia.

Muchos otros individuos del alto clero, que habian sido enemigos frenéticos de la revolucion, se plegaban en esos momentos a Iturbide. No simpatizaban verdaderamente con la causa de la independenciam; pero considerando perdida para siempre en España la monarquía absoluta, se consolaban con poder quedar en Mejico bajo un imperio que creian estable i duradero. El doctor don Manuel de Bárcena, gobernador del obispado de Mechoacan i español de nacimiento, habia aceptado un puesto en la rejencia del imperio. El arzobispo de Méjico don Pedro Fonte no se habia manifestado ménos partidario de la nueva situacion política. Recibió a Iturbide en la catedral con una suntuosa fiesta, tratando de hacerle los honores que las leyes españolas disponian para los patronos de la iglesia. Juró solemnemente la independenciam del imperio mejicano; pero cuando se le eligió miembro de la junta de gobierno, el arzobispo renunció este puesto, evitando comprometerse mui directamente, i previendo que mas tarde podria talvez convenirle volver a España a servir al restablecimiento de la monarquía absoluta. El obispo de Guadalajara, don Juan Ruiz i Cabañas, despues de haber reconocido i jurado el nuevo órden de cosas (3) murió en 1822 dejando a Iturbide en la cumbre del po-

(1) Zavala, obra citada, tomo 1.º páj. 127—Alaman, part. II, lib. I, cap. VIII, tomo 5.º, páj. 261.

(2) *Gaceta Imperial de Méjico*, número 1.º de 2 de octubre de 1821.

(3) En 17 de noviembre de 1821. Véase la *Gaceta Imperial de Méjico*, núm. 39, de 15 de diciembre.

der i de los honores. El vicario capitular de Monterei, don José Leon Lobo i Guerrero, reconoció tambien las nuevas instituciones (1). El obispo de Durango, marqués de Castañiza, prestó tambien el juramento pocos dias despues (2).

El imperio mejicano no tenia hasta entónces una existencia estable. El príncipe español que se esperaba para que ocupase el trono, no vino nunca; i la fuerza de las cosas trajo por resultado la proclamacion de Iturbide con el título de emperador, en mayo de 1822. Se sabe cuan efímera fué la vida de este imperio: ántes de un año, en marzo del año siguiente, el emperador abrumado ante una revolucion a que no podia resistir, abdicaba la corona. Tras de él venia necesariamente la República.

Por entónces, la iglesia mejicana se hallaba privada de muchos de sus pastores. El imperio no habia podido cultivar relaciones amistosas con la santa sede, que no queria reconocer la existencia independiente de los estados americanos; i la ruptura con España hacia imposible que la antigua metrópoli llenase las numerosas vacantes que la muerte iba dejando en el episcopado mejicano. A la caída de Iturbide, la iglesia de Méjico no tenia mas que tres obispos, los de Yucatan, de Puebla i de Oajaca; i aun el primero no podia desempeñar las funciones de su cargo por su edad mas que octojenaria. El arzobispo de Méjico, que despues de haber jurado sometimiento al imperio habia sido su partidario decidido, cuando lo sintió vacilar, cuando lo vió próximo a caer, solicitó permiso para pasar a Roma; i una vez fuera del país, se trasladó a España a donde lo llevaban sus afecciones políticas. En Madrid, el arzobispo Fonte pudo asistir primero como testigo i luego como actor al restablecimiento de la monarquía absoluta i a la persecucion encarnizada de los partidarios de la constitucion. Sus relaciones de familia con el ministro Calomarde le valieron un asiento en el consejo de estado; i desde allí no volvió a acordarse de su rebaño de Méjico sino para fomentar las insensatas ilusiones que mantenía Fernando VII de reconquistar a viva fuerza sus perdidas posesiones de América.

El ejemplo del prelado fué seguido por muchos otros sacerdotes

¹¹¹
(2) En 18 de noviembre de 1821. Véase la *Gaceta Imperial*, núm. 69, de 21 de febrero de 1822.

(3) En 7 de diciembre. Véase la *Gaceta Imperial*, núm. 48, de 5 de enero de 1822.

mejicanos. Hemos dicho que al iniciarse la revolucion de la independencia habia en la Nueva España cerca de 14,000 eclesiásticos. En 1826, este número habia bajado a 3,463, fuera de algunos sacerdotes imposibilitados para todo servicio por su edad i sus enfermedades. El resto, es decir cerca de 10,000, habia vuelto a España a vivir bajo el amparo del rei Fernando (1).

La iglesia mejicana se halló, pues, en un estado de acefalia casi completa desde 1823. La mayor parte de sus diócesis estaba sin obispo (2). Sus relaciones con la santa sede estaban interrumpidas desde la proclamacion de la independencia; i la famosa bula lanzada por Leon XII en setiembre de 1824, dejaba ver que seria mui difícil restablecerlas. El gobierno mejicano lo solicitó sin embargo; pero solo en 1830, bajo la administracion del jeneral Bustamante, fueron provistos los obispados vacantes. No entra en el plan de estos artículos el explicar estas negociaciones; por eso pasaremos a referir sumariamente las dificultades que se suscitaron entre la revolucion i los obispos en los otros pueblos hispano-americanos.

DIEGO BARROS ARANA.

(1) Así se comprenderá el hecho siguiente. En 1826 la España tenia segun los mejores cálculos cerca de 104 mil eclesiásticos, como catorce mil mas que en 1808. Este aumento era debido a la emigracion de los religiosos i clérigos que no queriendo vivir bajo los gobiernos republicanos de América, iban a cobijarse al abrigo del despotismo de Fernando VII. ¿Cuántos de ellos serian víctimas de las matanzas populares de 1834?

(2) Seis años despues, en 1829, no habia un solo obispo en todo el territorio mejicano.

EL MINISTRO PORTALES.

En la historia de nuestras administraciones hai un hombre que lleva el título de Ministro por excelencia: ese hombre es Portales. Como si la autoridad hubiese sido hecha para él, o hubiese él nacido para la autoridad, bastóle ejercerla un tiempo relativamente corto para que sus contemporáneos i las jeneraciones posteriores le considerasen como la encarnacion misma del poder.

¿Cuál el secreto de este gran prestigio?

Portales no era rico. En tanto que se dedicó a sus negocios privados, pudo vivir con cierta holgura. Llegaba a la opulencia cuando cedió a la tentacion de emprender un gran negocio bajo los auspicios del Estado. El negocio paró en ruina. Cuando llegó al poder, Portales estaba mui cerca de la indijencia. I nada mas distante de aquel hombre altivo i severo que la idea de servir a su patria para vivir. Portales no admitió siquiera el sueldo de sus empleos.

Tampoco fué un hombre instruido en el sentido propio de esta palabra. Su educacion colejial fué somera. Dicen que medio entendia la lengua latina i habia leído unos pocos libros de la literatura española, contándose entre ellos el *Don Quijote*. Sin embargo, en algunos artículos que escribió en la prensa política i particularmente en el famoso periódico *El Hambriento*, nótese causticidad i chiste i no pocas veces precision i claridad. Pero en ninguna parte resaltan mas estas cualidades juntamente con los rasgos de un juicio recto i de un corazon vehemente, que en su correspondencia privada (1) donde el hombre aparece en su individualidad íntegra con todos sus perfiles i sombras, con todo su colorido. Allí

(1) Nos referimos en particular a las cartas que don Benjamin Vicuña Mackenna ha publicado en su interesante libro titulado *Don Diego Portales*.

se le vé exaltado patriota, amigo jeneroso i leal, modesto en sus deseos, altivo en su pobreza, honrado i celoso de su honra, despreciador de la pompa i de la lisonja, vivamente preocupado de los negocios públicos i de las evoluciones de los partidos, seductor cuando alhaga, imponente cuando reprehende, sensatísimo cuando amonesta; allí se le ve con frecuencia desatado en sus odios, hiriente, burlon, maldiciente, pero sin faltar a la lei de lealtad para con el enemigo. De esta manera, Portales toca en ocasiones la cuerda de la verdadera elocuencia i muestra dotes que, a estar auxiliadas por el estudio, le habrian adquirido reputacion de hombre de letras. Pero lo repetimos: Portales no era un hombre instruido. Por lo demas, sus grandes maestros en todos los negocios de la vida, fueron su juicio claro i su esperiencia.

Portales no se ejercitó en la tribuna cuando ya la elocuencia aunque tosca i desaliñada, era capaz de imprimir movimiento a los partidos i de exaltar las pasiones populares.

Portales por su familia estaba en la alta esfera de la sociedad chilena; pero en la misma altura de alcurnia habia muchos chilenos i no pocos mas arriba.

Portales no conocia el disimulo, cualidad que Voltaire consideraba esencialmente necesaria a los principes i a los hombres llamados a gobernar. La única vez que Portales empleó el disimulo, i esta es una conjetura nuestra, fué en el momento supremo en que el honor de su gobierno i el interes de la patria se lo mandaron como un sacrificio heroico. Aludimos a la reserva o sea, segun se ha creido jeneralmente, la incomprensible ceguedad con que marchó hasta el precipicio que una mano traidora le preparó en el Barón.

¿Dónde estaba pues el secreto del poder de Portales?

Una ilustre mujer, Catalina II, ateniéndose a los dictados de su propia esperiencia, ha dicho con una admirable exactitud, que hai tres elementos que concurren a labrar nuestra suerte i nuestro papel en el mundo, los cuales en el órden de su eficacia deben designarse así: en primer término el carácter, despues la intelijencia i como cómplices necesarios de estos dos poderes, las circunstancias.

Portales fué ante todo un gran carácter. Por eso habia en él un poderoso sentimiento de lo justo i una voluntad inquebrantable, siempre pronta para las resoluciones árduas. Con esto tenia bastante para dominar muchas voluntades. No conocia gran cosa los libros; pero conocia admirablemente a los hombres. Deseaba lo

bueno, i en vez de buscar en las letras la fórmula para resolver un problema, sabia encontrar la cabeza preparada para este objeto. Nada mas incompatible con el jenio de Portales que aquel pedantismo de ciertos hombres públicos que andan a caza de novedades en los libros para ostentarlas en disertaciones i proyectos o en inoportunas leyes; que ponderan sus obras mas por su número que por su calidad; que se apresuran a ofrecer lo que no se necesita, i no aciertan a dar lo que todo el mundo ha menester; i que acaban por abonar a la cuenta de su patriotismo i de sus méritos, sus fatigosos desvanecos, sus doctrinas inaplicables, sus novedades añejas, sus ensueños i sus buenas intenciones. Portales quiso la organizacion de la hacienda pública i halló a Renjifo; quiso la reforma de las leyes i la recta administracion de justicia i halló a Gandarillas, a Egaña, a Vial del Rio; quiso la regularidad en el réjimen interior, i halló a Tocornal. Quiso tambien que Chile fuese conocido, mediante el estudio científico de su naturaleza i vicisitudes sociales, i trató con Gay, que estudió en efecto la historia natural i política de nuestro suelo.

En honor de la intelijencia de Portales es preciso reconocer que en muchos de los negocios de administracion, su iniciativa no se limitó a espresar una idea jeneral, sino que llegó a formular hasta los menudos detalles de ejecucion.

En cuanto a las circunstancias, la historia de Chile no presentará otras mas adecuadas para el carácter de Portales, i al hablar asi nos referimos sobre todo, a los defectos i anomalías que solo un tal carácter podia remediar. Necesitábase en efecto un brazo tan poderoso como aquel para arrestar la anarquía i contener igualmente la reaccion. Hacer una revolucion con los elementos mas discordantes; tener por segundos a los que adoran lo desconocido i a los que lo aborrecen, desatar la anarquía i luego dominarla; destruir el edificio de bellas apariencias, pero sin base segura, para levantarlo otra vez con formas mas severas i sobre cimientos mas sólidos, todo esto supone una voluntad inflexible i templada para el sacrificio. Si a Portales le hubiesen exijido que espusiese i detallase sus planes políticos, acaso no habria podido espresar mas que ciertos puntos capitales, como la honradez i pureza en la administracion pública, la moralidad del pueblo, el trabajo como primer elemento moralizador i civilizador, la autoridad llevada al mas alto grado de respeto, etc. Puesto, empero, a la obra, entregado a su poderosa actividad aquel espíritu emprendedor tendia naturalmente a completar i de-

tallar su accion. El carácter de Portales fué pues todo un sistema en la época en que le cupo figurar. Pero aquel sistema, que, a diferencia de la helada letra de las teorías, llevaba en sí el embrión i el calor de la vida, estaba espuesto mas que cualquiera otro al contagio del mismo corazon que lo abrigaba. De aquí los mas grandes defectos i contradicciones de Portales como hombre público. Apuraba la altanería hasta humillar, i no queria que hubiese ni resentidos, ni cortesanos aduladores. Llevaba la chanza hasta la impertinencia, i queria que todos fuesen circunspectos. El, que consideraba la respetabilidad del individuo esencialmente necesaria al respeto de la autoridad, apodaba al empleado con motes ridículos i queria que esta fuese respetada. Soltaba la rienda a sus aficiones de calavera i ponía en brete el corazon de los demas.

Portales quiso en cuanto a sí mismo, separar en lo posible al hombre público del hombre privado. Este propósito no lo consiguió sino en parte. Entre sus íntimos era gárrulo, alegre, sencillo, casi abandonado. En su oficina de empleado ostentaba de ordinario una seriedad terca i exijía que todos, todos, hasta su padre, se acercasen al sillón del ministro, como los antiguos a la tripode del oráculo, salvo las ofrendas.

Es privilegio de los grandes hombres el que la tradicion, cuando no la historia, recoja hasta las nimiedades de su vida. Los contemporáneos de Portales refieren mil chascarrillos, mil anécdotas picantes que pintan su jenio burlón i travieso. Pero en vez de detenernos en estas jenialidades, acabaremos de delinear la figura del célebre estadista, dando una idea de su fisonomía. Era Portales de estatura delgada, flexible i poco mas que mediana. Su rostro ovalado, pálido i terco; su nariz prominente i recta; su frente elevada i descubierta mas de lo necesario por obra de una temprana calvicie; sus labios lijeramente sonrosados se plegaban bajo el sello de una vaga sonrisa que para los amigos era benévola i para los enemigos burlona i hasta sarcástica. Sus ojos un poco hundidos, de un iris claro, miraban con intensidad i a veces clavaban. La voz naturalmente varonil i limpia. Dicen que aquella fisonomía, que en el abandono de la tranquilidad era suave i aun respiraba candor, tenía una movilidad asombrosa, prestándose al jesto de todos los accidentes del alma, i es que aquel mecanismo delicado correspondía a todas las pasiones de que era capaz el corazon de su dueño, desde la ternura del amor, hasta el encono del odio, i correspondía igualmente a las percepciones de una intelijencia bastante clara para

observar i comprender todo lo que en los caracteres i sucesos humanos hai de grande i de pequeño, de heróico i de ridículo.

Tal era el hombre público, cuya vida en cuanto se liga con la marcha política i administrativa de la República, vamos a referir sumariamente.

Portales (Diego José Víctor) nació en Santiago de Chile el 16 de junio de 1793 i fueron sus padres don Santiago Portales i doña Maria Fernandez de Palazuelos.

Nada de particular nos ofrecen los primeros años de la vida de este hombre, a quien la naturaleza i las vicisitudes políticas condujeron a la mas alta celebridad como estadista americano. Despues de estudiar algunos ramos de humanidades i de iniciarse en el estudio del derecho, sin llegar a adquirir la profesion de abogado a que su padre le destinaba, optó por el comercio, industria con que mas se avenia su jenio activo i combinador, i que, sobre todo, prometia a sus deseos fantásticos i a su situacion desprovista i pobre, mas pronto i cuantiosos provechos. Pero ántes de adoptar esta carrera, urjido por la necesidad de procurarse una renta para dár la mano de esposo a una prima suya, tomó algunas nociones de docimasia, con que llegó a recibirse de ensayador de la casa de Moneda. Pocos meses despues, estando ya casado, abandonó aquel empleo para dedicarse al comercio, mediante la modesta habilitacion de un rico pariente suyo. Marchó con prosperidad en sus especulaciones; pero habiendo enviudado, trasladó el asiento de sus negocios al Perú, en sociedad con el comerciante don José Manuel Cea. Aunque el acierto coronó las negociaciones de esta compañía, Portales la trasladó a Chile despues de dos años con el propósito de dar un jiro mas atrevido a las especulaciones, i en efecto la casa de Portales, Cea i C.^a era hácia 1824 una de las mas respetables en el comercio chileno.

La república de Chile habia atravesado entre tanto un largo período en el cual desde el primer movimiento de emancipacion política (setiembre de 1810) habíanse sucedido casi sin respiro los peligros i los esfuerzos heróicos, los triunfos i los desastres. A las alternativas i caprichos de la suerte en la guerra con los sostenedores de la dominacion española, se habian mezclado las rencillas i parcialidades entre los mismos patricios que ensayaban la organizacion de la república independiente. En octubre de 1814 caía ésta de nuevo bajo el despotismo peninsular para espíar en afrentada opresion la gloria de sus triunfos i su amor a la libertad. Los

combates de Chacabuco i Maipo (febrero de 1817 i abril de 1818) le devolvieron la independencia, que bajo el gobierno de O'Higgins se afianzó mas, mediante la campaña chileno-argentina que sacudió el vireinato del Perú i proclamó en él la república (julio de 1821).

Aunque el archipiélago de Chiloé permaneció todavía hasta 1826 bajo el imperio de las autoridades españolas, la era de las grandes campañas militares de la independencia puede decirse que quedó cerrada para Chile con la citada expedicion al Perú, i desde entónces prestaron los gobiernos mas atencion a los ensayos políticos i administrativos. Mas era imposible que, habiendo de verificarse estos ensayos en medio de una sociedad donde las ideas nuevas i las antiguas preocupaciones, los hábitos del coloniaje i el anhelo de la novedad, las ambiciones i los intereses encontrados se mezclaban en continua ebullicion, no esperimentase la república los mas récios vaivenes i contrastes. Chile atravesó en consecuencia un período tormentoso, aunque breve, desde el gobierno autoritario i militar de O'Higgins (1817—1823), hasta la administracion del jeneral Pinto, en la que un congreso mas ilustrado que político, mas imbuido de ideas liberales, que dotado de esperiencia i tino práctico, dió al pais la constitucion de 1828.

Detengámonos un momento en la administracion del jeneral Freire, quien constituido supremo director de la república, en consecuencia de un pronunciamiento contra la dictadura de O'Higgins, fué el iniciador de una política tolerante i liberal, pero de funestos resultados para la nacion. A la sombra de esta política se diseñaron con mas precision los diversos partidos de la república, siendo los principales los O'Higginistas, los liberales, los conservadores i el partido novísimo de los federalistas, cuyo auge fué de mui corta duracion. Freire convocó el congreso de 1823, el cual elegido libremente i compuesto en su mayoría de individuos desafectos al gobierno, dió la constitucion política de aquel año, obra efímera que provocó la resistencia del poder ejecutivo, cuyas facultades limitaba demasiado, miéntras constituia una especie de dictadura en un senado conservador. La contradiccion entre el gobierno i el senado produjo en pocos meses la disolucion de este cuerpo amedrentado por las intrigas i las pobladas; i la constitucion de 1823 fué suspendida. Un nuevo congreso constituyente fué convocado en 1824.

Entre tanto habian tenido lugar algunas medidas i reformas no

poco osadas que alarmaron a una considerable parte de la sociedad. Fué la mas notable de ellas la espropiacion de los bienes de las comunidades relijiosas, los cuales debian pasar a manos del fisco, obligándose éste a suministrar una pensión proporcionada por cada individuo perteneciente a dichas comunidades. Al mismo tiempo procuraba el gobierno reducir en lo posible estos institutos. Así las cuestiones políticas vinieron a complicarse con las cuestiones relijiosas, i las protestas de las conciencias alarmadas precipitaron a las autoridades en nuevos i mas enojosos actos.

La hacienda pública, cuyo estado de penuria dió oríjen a la confiscacion de los bienes de manos muertas, fué todavía el objeto de otras medidas de una gran trascendencia política. Urjido el gobierno por la necesidad de pagar las cuotas del empréstito de cinco millones de pesos contratado en Lóndres en los últimos meses de la administracion de O'Higgins, se decidió a restablecer el estanco del tabaco incluyendo ademas en este monopolio el té, los licores extranjeros i otros artículos de ménos importancia.

En agosto de 1824, desempeñando interinamente la presidencia de la república don Agustin Eyzaguirre, en ausencia del jeneral Freire, i siendo ministro de hacienda don Diego José Benavente, se celebró un contrato entre el Fisco i la compañía de Portales i Cea, en virtud del cual fué cedido a ésta por el término de diez años el monopolio del tabaco, té, licores i naipes, obligándose los cesionarios a pagar en Lóndres la cantidad de 355,250 pesos anuales por intereses i amortizacion del referido empréstito de cinco millones, i la cantidad de cinco mil pesos por año a la caja de descuento de Santiago. A mas de la enajenacion del monopolio, el gobierno se obligó tambien a prestar a los empresarios bajo competente fianza, la suma de 500,000 pesos en dinero i especies estancadas.

Tal fué lo sustancial de aquella negociacion, que por mal combinada no tardó en burlar las esperanzas de ámbos contratantes, i que alcanzó cierta celebridad no solamente por sus desastrosos resultados económicos, sino tambien por haber enjendrado un verdadero partido político que bajo inspiracion de Portales se disciplinó i engrandeció i vino a ser una poderosa palanca en las manos de aquel hombre tan osado como perspicaz.

Sobre los errores de cálculo que dificultaron desde el principio la ejecucion del contrato, los empresarios se vieron ademas embrazados por la oposicion de la prensa i la resistencia jeneral a una

institucion que se consideraba funesta para la industria del país i que el espíritu de partido contribuyó todavía a desacreditar. El contrabando sobre todo se encargó de estrangular el odiado monopolio. A pesar de la inmensa actividad i enerjía de Portales, que gobernaba en jefe aquel malhadado negocio, la Compañía no pudo remitir oportunamente a Lóndres ni aun el primer dividendo para el pago del empréstito. La gritería de los enemigos del monopolio fué extraordinaria, i subió de punto cuando se supieron en Santiago las protestas de los tenedores de los títulos de la deuda chilena en Inglaterra, sobre lo cual el plenipotenciario de la república en aquel reino, don Mariano Egaña, escribia las mas alarmantes comunicaciones.

Ya en el congreso de 1824, que en vez de llenar la mision de dar una constitucion a la república se convirtió en el foco de bandos acalorados, i que despues de malquistarse con el gobierno, de hacerse odioso al ejército i de revolver mas la marcha del país, acabó por disolverse a virtud de una órden del supremo director (mayo de 1825), ya en este congreso, decimos, se presentó una mocion (febrero de 1825) para rever el contrato del estanco i obligar al gobierno a tomar las medidas necesarias para corregir la anómala situacion de la empresa. El congreso, sin embargo, no se atrevió o no quiso dar este golpe a los empresarios, i no consideró el proyecto.

A medida que se multiplicaban las intrigas i los ataques contra el monopolio i sus contratistas, apuraban estos su actividad i sus recursos para conjurar el peligro. Portales traia a la empresa nuevos socios de entre los hombres poderosos por sus riquezas o por su carácter e influencia política, para los cuales la especulacion del estanco se ofrecia aun con todos los atractivos de una asombrosa fortuna, con tal de vencer las resistencias del momento i de obtener del gobierno la proteccion indispensable para contrarrestar el contrabando i hacer respetar los derechos de la empresa. En este sentido dirijia, en efecto, Portales las mas enérgicas representaciones al gobierno, al propio tiempo que escusaba los atrasos de la sociedad en cuanto al cumplimiento de sus obligaciones.

Apesar de todo, los entorpecimientos continuaron hasta que el nuevo congreso constituyente de 1826 decidió por una lei de 6 de setiembre del mismo año, quitar el monopolio a Portales, Cea i C.^a i constituirlo definitivamente en manos del Fisco, mediante

la creacion de una factoría jeneral. Al mismo tiempo mandó abrir un juicio de liquidacion en que debia entender una junta de compromisarios.

Mas por este tiempo la Compañía empresaria habia conseguido que el gobierno la considerase simplemente como administradora i no propietaria del estanco, lo cual importaba un cambio completo en las condiciones del contrato orijinal. En esta virtud la Compañía se habia reservado un derecho de comision sobre el valor de las transacciones hechas por su conducto. Portales, perfectamente seguro de haber procedido con honradez i limpieza en el manejo de aquel desgraciado negocio, no vaciló en ofrecer una multa cuantiosísima para el caso de ser legalmente convencido de cualquier abuso. El resultado de la liquidacion fué declarar al Estado en la obligacion de pagar mas de 87,000 pesos a Portales, Cea i Ca., por razon de administracion, comisiones i pérdidas, saldo que la Compañía no se atrevió a cobrar, o mas bien no pensó en cobrar al gobierno, puesto que solo por una rara i jenerosa condescendencia de éste a cambiar las primitivas condiciones del contrato, habian podido los contratistas escapar de la mas completa ruina.

Terminado este compromiso, Portales pensó en reparar el destartalo de su fortuna. Pero aquel comerciante semi-arruinado se habia introducido demasiado en los vericuetos de la política para volver sobre sus pasos i dedicarse esclusivamente al servicio de sus intereses particulares. La esperiencia que habia adquirido de los hombres, las intrigas en que se habia mezclado, los sucesos de que habia sido testigo, los numerosos amigos que le rodeaban i le aplaudian por su firmeza i por sus sentimientos elevados; su misma conciencia en cuyas íntimas revelaciones habia advertido acaso los signos precursores de un alto destino, le detuvieron en la escena de la política, i entonces se sintió penetrado del deseo de servir a la patria, deseo tanto mas intenso i vehemente, cuanto habia dejado pasar no pocos años de su juventud en cierta indiferencia política, miéntras que muchos amigos i parientes i una multitud de jóvenes contemporáneos habian pagado el tributo de su sangre a la noble causa de la independendencia.

Reanudemos los sucesos políticos de mas trascendencia. Desde 1823 a 1826 la marcha de la república ha sido vacilante i trabajosa entre los hechos i conflictos de los mas altos poderes del Estado. El jeneral Freire, apesar de su popularidad i de su heróico

valor militar, no habia podido empuñar con mano firme las riendas del gobierno, i débil i perturbado a cada instante por las oscilaciones i vicisitudes de los partidos, habia abandonado repetidas veces el poder a gobernantes interinos para tomarlo otra vez en consecuencia de nuevos peligros i de nuevas intentonas revolucionarias. Su único hecho glorioso durante este tiempo habia consistido en debelar a Chiloé (enero de 1826) i someter esta isla a las leyes de la república. Pocos meses despues presentó la renuncia del mando al Congreso de 1826, que le dió por sucesor al jeneral Blanco Encalada.

No mas afortunado que los congresos precedentes, el de 1826, imbuido en las ideas de federalismo preconizadas por la fogosa elocuencia de Infante (don José Miguel) no hizo mas que traer un nuevo elemento de discordia al terreno ya demasiado espinoso de las opiniones e intereses de bandería. Un bosquejo improvisado i mal concebido de federacion que remató en el desengaño i el descrédito, fué la obra principal de aquella asamblea, que al fin cerró sus sesiones (junio de 1827), sin sancionar ninguna lei fundamental i despues de nombrar una comision con el encargo de preparar un proyecto de constitucion que seria sancionado por un nuevo Congreso.

Por lo demas, el período durante el cual funcionó la asamblea de 1826, nos ofrece una série de hechos escandalosos i alarmantes que hicieron temer los horrores de una larga anarquía. Chiloé, apénas arrancado a la dominacion española, se insurrecciona, invocando el nombre de O'Higgins, entónces desterrado. El presidente Blanco Encalada pide una lei de proscripcion contra el ilustre soldado de Rancagua i de Chacabuco, i el Congreso responde a esta demanda con una lei de indulto jeneral, i aceptando la renuncia de Blanco, nombra por jefe del Estado a don Agustin Eyzaguirre. El ejército, descontento porque no le pagan sus sueldos, amenaza el órden público, i algunos cuerpos de línea se desertan de la capital. Todos los partidos conspiran al mismo tiempo. En enero de 1827 el coronel Campino atropella con fuerza armada la asamblea legislativa i pretende imponerle condiciones, i la asamblea libra su defensa i la salvacion del órden a la espada prestigiosa de Freire, a quien entrega el gobierno de la República. Pero, no bien conjurado el motin de cuartel, Freire renuncia de nuevo i le sucede el vice-presidente don Francisco Antonio Pinto.

Si como militar no tenia gran reputacion, gozábala en cambio

el jeneral Pinto como estadista i administrador laborioso e ilustrado. Mas la tibieza de su carácter, quizás mas débil que el del jeneral Freire, fué una prenda de esperanza para los diversos partidos, pues el que no creyó poner en sus filas al vice-presidente, se lisonjeó, al ménos, de contar con su tolerancia para proseguir sin estorbo en el plan de hacer triunfar su bandera.

Llegamos al Congreso constituyente de 1828, en cuya eleccion trabajaron con extraordinaria actividad los partidos agrupados entónces en dos grandes bandos, el liberal o *pipiolo*, que queria la República unitaria, con un poder ejecutivo mui limitado en sus atribuciones; i el bando conservador o *pelucon* en que aparecieron aliados los antiguos conservadores, los partidarios de O'Higgins, los *estanqueros* i aun los federalistas. El partido *pipiolo*, al que visiblemente se inclinaba el vice-presidente de la República, obtuvo el triunfo en las elecciones, viniendo a figurar con una considerable mayoría en el Congreso constituyente. Temíase que el partido vencido capitaneado por Portales, Rodriguez Aldea, Meneses e Infante, tomase su desquite promoviendo asonadas i motines. La capital estaba en suma agitacion i no prometia seguridad alguna al Congreso, por lo cual determinó éste celebrar sus sesiones en Valparaiso, donde en agosto de 1828 acabó de sancionar la lei fundamental de la República. Un mes ántes dos cuerpos de línea habian sido sublevados en San Fernando por el coronel don Pedro Urriola en favor de la causa federal, i despues de batir en las cercanías de Santiago las fuerzas mal disciplinadas del vice-presidente Pinto, entraron en la capital i proclamaron presidente a don José Miguel Infante. Mas la actitud indiferente i aun hostil del pueblo de Santiago indujo a los amotinados a someterse al gobierno bajo la promesa de un indulto.

Jurada i promulgada la Constitucion, era necesario proceder a la eleccion de un nuevo Congreso ordinario, de presidente i vice-presidente de la República i otros altos poderes, en conformidad con la nueva lei fundamental. En junio de 1829 tuvo lugar la eleccion de diputados, en la que el triunfo fué todavía del partido liberal. Los colejios de electores de presidente i vice-presidente de la República designaron por mayoría absoluta de votos para el primer cargo al jeneral Pinto.

Aunque dueños de los mas altos puestos del Ejecutivo, los liberales se vieron colocados delante de una oposicion audaz e inflexible. El clero despojado de sus temporalidades, los mayorazgos

privados de sus expectativas por la disolucion de las vinculaciones, los federalistas, que veian contrariados sus deseos con la consagracion del principio unitario, los O'Higginistas que veian desvanecerse sus esperanzas de reinstalar en el poder a su jefe; los estanqueros que se sentian agraviados i excluidos, todos maniobraban con tal empeño i eficacia, que el gobierno se miraba vacilante i desorientado. En la misma majistratura judicial se organizaba cierta oposicion al Ejecutivo. El ejército cada vez mas desmoralizado, era una amenaza continúa, i las insurrecciones i motines se repetian con una frecuencia desesperante, en tanto que el gobierno hacia alarde de un linaje de liberalismo que consistia en no castigar los delitos contra el órden público, en mendigar la obediencia del ejército cerrando los ojos sobre su corrupcion, i en escrupulizar mui poco con respecto a la conducta i cualidades de los hombres públicos con tal que rindiesen su homenaje farisaico al platonismo político de la época. De esta suerte el principio de autoridad, que en toda situacion anormal debe levantarse indispensablemente sobre los elementos en choque para hacer respetar la justicia, para crear los hábitos de órden i preparar el reinado de la razon i de la libertad; el principio de autoridad, que las sociedades atrasadas no comprenden, ni respetan en la lei, sino en el hombre, aparecia humilde i abatido en la persona de unos gobernantes que creian resuelto el gran problema con haber abierto un código fundamental que el pueblo no comprendia i para cuya obediencia i ejecucion no estaba preparado.

Portales, con su espíritu eminentemente práctico i observador, veia perfectamente el lado flaco de esta situacion, i ninguna esperanza abrigaba de que la nacion llegase a organizarse i prosperar bajo la influencia de este órden de cosas. A este convencimiento se mezclaban en el futuro dictador de la República agravios que vengar, odios que satisfacer i una vehemente antipatía por algunos individuos que, sin merecimiento, ocupaban honrosos puestos en la administracion del Estado. Portales debia ser pues revolucionario, i para serlo le era indispensable ligarse con los descontentos de los demas bandos políticos, como quiera que las miras de éstos no fuesen ni las mas elevadas, ni las mas patrióticas.

Hemos dicho que los colejos electorales designaron por presidente constitucional al jeneral Pinto. Mas no habiéndose reunido la mayoría legal de votos a favor de ninguno de los candidatos para la vice-presidencia, llegó el caso de que el mismo Con-

greso perfeccionase la eleccion de vice-presidente, segun la lei. Para los dos partidos que se habian disputado el triunfo en las urnas, era de suma importancia esta eleccion, pues se sabia que el jeneral Pinto estaba resuelto a renunciar la presidencia, i con este motivo debia subrogarle el vice-presidente. El Congreso elijió para este cargo al coronel don Joaquin Vicuña, que en la eleccion por compromisarios habia alcanzado la tercera mayoria de votos, despues de don Francisco Ruiz Tagle i del jeneral don Joaquin Prieto. La oposicion sostenia que, segun la lei, el Congreso no podia elegir sino entre estos dos, i al ver en el elegido a un adicto del partido liberal, protestó contra el procedimiento del Congreso i dió por infringida la lei fundamental.

De aquí tomó pié la asamblea provincial de Concepcion para levantar una acta (octubre de 1829) en que acusó a la lejislatura de quebrantamiento de la Constitucion, i declarando nulos todos sus actos mandó que los cantones o partidos de la provincia retiraran los poderes que habian dado a sus diputados. A este acto revolucionario se siguió el pronunciamiento del ejército del sur que, bajo el mando accidental del jeneral Prieto, hacia la campaña contra el vandalismo de los famosos Pincheiras.

La revolucion se presentaba bajo un aspecto formidable, i no se podia dudar de que era el resultado de un plan préviamente combinado i puesto en ejecucion con destreza i con arrojo. Vióse en esta obra la mano de los O'Higginistas, i por tanto el propósito de llamar a O'Higgins para entregarle las riendas del poder.

La turbacion se apoderó del jefe del Estado hasta arrastrarle a proponer al Congreso la medida de disolverse para dar lugar a una nueva asamblea. La negativa del cuerpo lejislativo provocó la dimision de Pinto, i habiendo renunciado tambien el vice-presidente Vicuña con el propósito de conjurar la tempestad, recayó el mando supremo de la República en el presidente del senado don Francisco R. Vicuña.

Mas los revolucionarios contaban con elementos poderosos i habian concebido esperanzas de un cambio radical en el órden político, por lo cual no vacilaron en proseguir sus trabajos. En noviembre un gran comicio popular reunido en Santiago, depuso al jefe interino del Estado, declaró sin autoridad al Congreso i nombró una junta provisional de gobierno, compuesta del jeneral Freire, don Francisco Ruiz Tagle i don Juan A. Alcalde, poniendo al mando del primero la fuerza armada de la República. Habiendo

huido a Valparaiso el vice-presidente Vicuña, sin querer resignar el mando, ni tener tampoco las dotes i elementos indispensables para sostenerlo, quedaron la capital i los cuerpos de línea que la guarnicionaban, en la mas completa perplejidad. Los coroneles Viel, Tupper i otros oficiales notables que estaban al frente de aquella fuerza, íntimamente ligados al partido del gobierno, no quisieron reconocer la junta revolucionaria de noviembre. Pero viendo en ella al jeneral Freire, que apesar de todos los desaciertos de su reciente administracion, era todavía respetado i popular, sobre todo en el ejército, i cuyo nombre se imaginaban que aun podria servir de enseña de conciliacion, determinaron reconocerle por jefe superior del ejército, mas no por miembro de la junta de gobierno, resolucion que no habiendo sido aceptada por Freire, fué revocada por los jefes del ejército, viniendo a recaer el mando de éste en el jeneral Lastra.

Entre tanto el ejército revolucionario del sur se habia puesto en marcha para Santiago. El coronel Búlnes, al mando de la vanguardia, sorprendió en la cuesta de Prado una fuerza de artillería que el coronel Amunátegui conducia a la capital, i por el mes de diciembre de 1829 toda la division del jeneral Prieto se hallaba en Ochagavía, a una legua de Santiago. En el mismo mes estallaba tambien una asonada en Valparaiso, i huyendo de ella el vice-presidente Vicuña, iba a caer prisionero en manos de la revolucion triunfante en Coquimbo.

Despues de inútiles negociaciones de paz, durante las cuales las divisiones de Lastra i Prieto no dejaron de prepararse para el combate, ámbas fuerzas vinieron a las manos (diciembre de 1829) en el campo de Ochagavía, donde la victoria se inclinó al ejército de los liberales. Pero no bien seguros éstos de poderla completar i anadar la revolucion en todas partes, se prestaron a oír las proposiciones del jeneral Prieto, que inspirado entónces por la política ardidosa i arbitrista de Rodriguez Aldea, celebró con los contrarios un armisticio i luego un pacto (16 de diciembre de 1829) en virtud del cual ámbos ejércitos debian quedar bajo las órdenes del capitan jeneral Freire, i libres de toda persecucion los militares i paisanos que hubieren tomado parte en las cuestiones políticas. Quedó estipulado en el mismo pacto, que se nombraria popularmente una junta de gobierno que convocase un congreso de plenipotenciarios de todas las provincias de la República encargado de decidir si la Constitucion habia sido infringida, de nombrar

un nuevo gobierno interino i de proveer a la eleccion de un congreso jeneral.

El pacto de Ochagavía, mero arbitrio revolucionario del bando opositor i mera transaccion de la flaqueza i debilidad del bando gobiernista, no tuvo mas efecto que preparar las cosas al triunfo definitivo de la revolucion. Desde aquel convenio verdaderamente revolucionario, pues colocaba a la república en una situacion anormal, la oposicion marchó a paso de carga a la conquista del poder. En efecto, habiéndose elejido por una reunion de vecinos de Santiago, una nueva junta de gobierno compuesta de don José Tomas Ovalle, don Isidoro Errázuriz i don José María Guzman, el partido revolucionario halló en ella i particularmente en su secretario jeneral don Juan Francisco Meneses, un poderoso auxiliar que allanó el camino a los propósitos de la revolucion. La junta disolvió el cabildo de Santiago, nombrando otro por sí sola, introdujo algunos cambios en el personal de la administracion de justicia, i al decretar la eleccion de plenipotenciarios, no olvidó consultar los medios de facilitar la preponderancia del partido opositor.

Pero ante todo era preciso contar con el ejército. Lastra habia entregado su division al jeneral Freire inmediatamente despues del convenio de Ochagavía. Pero el jeneral Prieto permaneció al frente de la suya. Freire se habia apresurado a distribuir entre diversas plazas de la república los cuerpos de la division de Lastra, dejando solamente una pequeña fuerza en la capital. En esta sazón el jeneral Prieto movió su campo de Ochagavía i el 17 de enero de 1830 entró en Santiago donde para entregar su tropa pidió garantías que Freire se negó a conceder. La junta gubernativa confiere entónces a Prieto el nombramiento de jeneral en jefe de todo el ejército, en tanto que Freire, sorprendido i despechado huye a Valparaiso i procura a toda costa reunir fuerzas para comenzar de nuevo la lucha. A fines de enero habia conseguido reunir tres batallones de las plazas mas próximas a Valparaiso i con ellos se embarcó rumbo al norte.

La recrudescencia de la guerra civil era inminente, i el partido que se habia apoderado de la autoridad en Santiago, se aprestó para nuevos combates. En febrero de 1830 se instaló el Congreso de Plenipotenciarios estipulado en el pacto de Ochagavía. En esta virtud cesó la junta de gobierno. El Congreso nombró por Presidente de la República a Ruiz Tagle i por vice-presidente a Ovalle.

No encontrando el partido revolucionario en el presidente Ruiz Tagle la suficiente decision para arrostrar las dificultades, le indujo a renunciar el poder, que recayó entónces en el vice-presidente Ovalle, en cuyo ánimo ejercia Portales una gran influencia.

La organizacion del ministerio no ofrecia tampoco a los revolucionarios bastante confianza en medio de la crisis del Estado, i con este motivo se apresuró el vice presidente a confiar las cartteras de relaciones exteriores, de lo interior i de guerra i marina a don Diego Portales (6 de abril de 1830).

Miéntas tanto el jeneral Freire habia enviado a diversos puntos del sur de la República una parte considerable del ejercito que tenia a sus órdenes. La ciudad de Concepcion reaccionada habia vuelto a reconocer su autoridad. Los coroneles Viel i Tupper sitiaban a Chillan, i todo presajiaba las calamidades de una larga anarquía, sino tenia lugar una de esas batallas en que los partidos juegan radical i definitivamente su poder.

El jeneral Freire regresó desde Coquimbo i desembarcó en el puerto de Constitucion para reunir de nuevo su ejercito, cuyos diversos cuerpos hicieron en efecto un movimiento de concentracion, viniendo a acampar a la orilla derecha del Maule. Casi al mismo tiempo el jeneral Prieto iba a situarse con el grueso del ejército conservador a la orilla izquierda del mismo rio.

El 15 de abril el ejército liberal atravesó el rio i fué a situarse mui cerca de la ciudad de Talca, en una posicion bastante ventajosa, atenta la condicion de sus fuerzas compuestas en su mayor parte de infantería, mientras el ejército contrario contaba con una caballería abundante i bien disciplinada. Mas por una resolucion inesplicable el jeneral Freire abandonó luego aquella posicion i avanzó con la division al vecino llano de Cancha-Rayada, a donde lo siguió inmediatamente el jeneral Prieto, cortándole la retirada i obligándolo a dar batalla. Allí se empeñó durante cuatro horas uno de los combates mas sangrientos que recuerdan los anales de la guerra civil de Chile. Solo el denuedo de la division de Freire pudo sobrellevar durante algunas horas los inconvenientes de su falsa i angustiada situacion en aquel campo abierto i bien dispuesto para las maniobras de la fuerza contraria. Los liberales sufrieron un verdadero desastre (17 de abril). Freire, que habia tomado parte inmediata en la refriega, huyó hácia el norte con el grueso de la caballería, única fuerza que se salvó del desastre bajo la direccion del coronel Viel.

Esta es la funcion de armas que se ha llamado batalla de *Lircái*, del nombre de un estero que atraviesa el campo en que tuvo lugar.

El gobierno de los conservadores no se contentó con gozarse en su victoria. Portales, que no habia aceptado el poder sino para imponerse a su propio partido i dominar completamente la situacion anárquica de la República, entró resueltamente por el camino de una política severa e intransijente, i léjos de considerar a los vencidos bastante castigados con su derrota, creyó indispensable, para establecer el orden sobre sólidas bases, alzar una mano inflexible contra todos los enemigos del gobierno.

Ya con la misma fecha en que tuvo lugar la batalla de *Lircái*, el gobierno habia dictado un decreto dando de baja al capitán jeneral Freire i a los jefes, oficiales i tropa que estuvieron bajo sus órdenes con las armas en la mano.

Era necesario entretanto perseguir aquella parte del ejército liberal que habia sido salvada por el coronel Viel. Esta fuerza se habia engrosado i municionado en su marcha hácia el norte i habiéndose unido con otra pequeña division destacada de la provincia de Coquimbo, donde los liberales dominaban de nuevo, contramarchaba en actitud respetable sobre la capital de la República. El jeneral Aldunate salió entónces de Santiago con una corta i no bien equipada division para combatir a Viel. Pero no sintiéndose bastante fuerte para resolver la dificultad por las armas, se allanó a celebrar con el enemigo el pacto de Cuzcuz (17 de mayo de 1830) en virtud del cual el coronel Viel debia abandonar su actitud hostil, i los jefes i oficiales de su division debian continuar en los grados i empleos que tenian al tiempo de renunciar la presidencia de la República el jeneral Pinto. En el mismo pacto se convino que ningun individuo de la division del coronel Viel, cualquiera que fuese su clase o su destino, podria ser reconvenido por sus opiniones o por sus servicios en la guerra.

En consecuencia, la tropa de Viel fué desarmada i licenciada a los diversos lugares de donde habia salido. El gobierno, sin embargo, se negó a ratificar los tratados de Cuzcuz, i este acto de tremenda severidad que todo el mundo atribuyó a la voluntad esclusiva del ministro Portales, no dejó ya dudas al partido vencido acerca del plan con que el gobierno se proponia domeñar el jénio de las revoluciones.

Freire, oculto en Santiago, fué aprehendido i desterrado al Perú.

Desde Lircai la escena política quedó exclusivamente dominada por Portales, cuyo programa de gobierno comenzó a desarrollarse i definirse por una *série* de actos i medidas que, en resúmen, se encaminaron a levantar el poder al mas alto grado de respetabilidad, imponiendo a los enemigos políticos con todo el rigor de la lei i organizando la administracion del Estado sobre un pié de regularidad, de celo i honradez no conocido. Para llevar a efecto este difícil plan necesitaba ante todo establecer la unidad de miras i la disciplina administrativa en el mismo partido vencedor, compuesto, como hemos visto, de no pocos elementos contradictorios, puesto que en él figuraban caudillos i personajes con ideas, sentimientos i aspiraciones de diverso jénero. Rodriguez Aldea no abandonaba ni por un instante la idea de restablecer a O'Higgins en el poder; Infante soñaba con el sistema de la federacion; Meneses sentia una gran repugnancia por toda innovacion i estaba mui distante de poner su voluntad o su brazo al servicio de una política que no hubiese recibido el aliento de su propia inspiracion.

Portales no vaciló en apartar de la direccion de los negocios públicos a todos aquellos camaradas de oposicion, a todos aquellos amigos accidentales con quienes no podia contar para dar a la República la organizacion que deseaba. Meneses, que desempeñaba el Ministerio de Hacienda i era el único colega de Portales en el Ministerio, fué reemplazado por Renjifo. Rodriguez Aldea, que habia dirijido con tanta artimaña el curso de la revolucion del sur i que creia contar con la adhesion del jeneral Prieto para el restablecimiento de O'Higgins en la presidencia, se halló de repente aislado i sin medios de accion. Prieto habia acabado por entenderse mui cordialmente con el ministro Portales, en cuya osadia i en cuyo jeneroso desprendimiento tenia confianza. De este modo toda la *jerarquía* administrativa, desde el vice-presidente de la República hasta el último empleado, adquirió en pocos meses una homojeneidad i una disciplina que dieron gran espedicion i eficacia al sistema político del ministro i apoyaron su omnipotencia personal.

Entónces aparecieron instituciones i reformas de trascendencia. Se instituyó la guardia cívica, que aunque no desconocida en el país en épocas anteriores, vino a ser bajo la mano de Portales una novedad i una institucion formal por la ancha base en que fué planteada i por la organizacion i disciplina que desde el principio

recibieron los diversos cuerpos de ciudadanos armados. El mismo tomó a su cargo la comandancia de uno de estos cuerpos, a cuya disciplina se dedicó con una constancia ejemplar. El ejército, instrumento por tanto tiempo de las pasiones políticas, tuvo en la guardia cívica un contrapeso que debía disminuir con mucho su funesta i esclusiva influencia en la suerte de los gobiernos i de los partidos. A este contrapeso añadió Portales la preparacion moral i científica de los futuros jefes del ejército, mediante el establecimiento de la Academia militar de Santiago.

En setiembre de 1830 apareció el *Araucano*, con carácter de periódico de empresa particular, pero el ministerio lo constituyó inmediatamente en órgano de publicidad para todos los actos importantes del gobierno, i en especial para los balances del tesoro público i los gastos de la comisaría del ejército.

La hacienda pública comenzó a restablecerse, mediante un sistema de rigurosa economía, i los sueldos de todos los empleados públicos fueron pagados con regularidad.

Cuando Portales hubo aterrado i dispersado a los enemigos del gobierno; cuando vió a la república desenvolverse i marchar con aire próspero, i cuando la fortuna política le sonreía i halagaba con todos aquellos sucesos que tientan i justifican la ambición, resolvió abandonar el poder, como si hubiese querido dar a sus compatriotas un ejemplo clásico de desprendimiento i conjurar de un solo golpe los embates i las maquinaciones de la envidia. A mediados de 1831 renunció, en efecto, las dos carteras ministeriales que desempeñaba, i se retiró a Valparaiso para dedicarse allí a su modesto escritorio de comerciante. Su situacion económica era mala. Portales salía del ministerio en mayor pobreza que al entrar en él, puesto que no había querido recibir sus sueldos de empleado, sino que los había cedido en beneficio de la guardia cívica, en tanto que la esclusiva dedicacion a los negocios del Estado no le había permitido atender a los suyos propios.

Ya por este tiempo estaba hecha la eleccion del jeneral Prieto para la presidencia de la República, eleccion que Portales no había querido para sí. Pero había, sin embargo, obtenido los votos para vice-presidente de la República, cargo que se apresuró a renunciar, aunque la renuncia no fué admitida.

En medio de las atenciones de la vida de negociante, Portales se instruía con profundo interes de todos los actos del gobierno i espiaba con ojo escudriñador el movimiento de los partidos. Su

mostrador de mercader era un atalaya para los negocios de Estado. Si despreciaba las vulgaridades de la ambicion, si no gustaba del poder, dolíale ver al gobierno separarse, siquiera fuese accidentalmente, de la línea que él habia dejado trazada en el ejercicio de la autoridad. Molestábanle sobre todo las contemporizaciones i transacciones con los perturbadores de la paz pública i cualquiera relajacion de las penas autorizadas contra los delincuentes políticos i los reos de delitos comunes.

La poca firmeza del ministerio que se organizó despues de la renuncia de Portales, desazonó a éste hasta el punto de hacerle tomar cierta actitud de oposicion moderada al principio, pero que llegó mas tarde hasta el despecho i la amenaza. Aparte de su correspondencia privada que sus amigos tenian cuidado de comunicar i hacer conocer con prudente táctica, Portales inspiraba i escribia a veces artículos en la prensa periódica para hacer llegar un consejo o una amonestacion severa a los oídos del gobierno; i no abandonó esta actitud hasta que el Presidente de la República llamó al ministerio de lo interior a don Joaquin Tocornal (abril de 1832), amigo i admirador de Portales, i en cuyo carácter, laboriosidad i tino tenia éste bastante confianza. Desde el instante en que Tocornal tomó la cartera de lo interior, la voluntad de Portales volvió a prevalecer en todos los negocios del Estado. Las pasiones impetuosas del ex-ministro le arrastraban con frecuencia a intervenir en todos los actos administrativos que se rozaban con el interes personal de los individuos que no merecian sus simpatías. La colacion de un grado militar o de un empleo, cualquiera que fuese su importancia, era para Portales asunto de inmensa trascendencia i afectaba su corazon i sus disposiciones para con el gobierno en términos, que el ministerio llegó a considerar como un deber el consultar la voluntad de Portales aun para los nombramientos de ménos trascendencia.

En diciembre de 1832 aceptó la gobernacion de Valparaiso, i en los pocos meses que la desempeñó, se contrajo con asiduidad a la organizacion de la guardia cívica i a la moralizacion del pueblo de aquella provincia. Al mismo tiempo sujirió al gobierno notables medidas referentes al comercio i a la marina nacional. El gobierno de Portales en Valparaiso se hizo célebre por la actividad i vigor que desplegó en todos los actos administrativos, i particularmente en la persecucion i castigo de toda clase de crímenes. El nombre de Portales llegó a ser el terror de los delincuentes comu-

nes, como lo era ya de los conspiradores i revolucionarios políticos.

Los ódios de partido i la condicion desesperada de algunos enemigos del gobierno dieron pié, sinembargo, a varias intentonas para trastornar el órden público. La mas séria de todas fué la conjuracion de los puñales (julio de 1833) el mas osado i terrible de los planes revolucionarios que haya discurrido jamas el odio político en Chile. Un puñado de conjurados armados de puñales i pistolas, debian en una hora dada tomar por sorpresa el palacio del gobierno i principales cuarteles de la guarnicion de Santiago. La casualidad hizo abortar la empresa de los conjurados casi en el momento mismo de ponerla por obra.

Entre tanto tenia lugar la reforma de la Constitucion de 1828 bajo un programa de principios calculados para dar al poder ejecutivo una gran preponderancia. Así de aquí la Constitucion de mayo de 1833, que debia afianzar en el poder al partido conservador, o *pelucon*, al que Portales habia contribuido a dar entereza i prestigio con el atrevimiento i resolucion de su carácter personal.

No tardó, empero, en nacer cierta division en el mismo partido dominante. Entre los antiguos amigos i camaradas políticos de Portales algunos habia que no se avenian bien con el jénero de tutela que éste desempeñaba con relacion al gobierno. Entre éstos estaba el mismo Ministro de hacienda don Manuel Renjifo, quien habiendo alcanzado cierto grado de estimacion por su sistema fiscal, creyó llegado el momento de asumir una actitud independiente i aparecer a los ojos del país como el corifeo de un nuevo partido. Formóse entónces el círculo de los *Filopolitas* que, aprovechando el voluntario alejamiento de Portales de los negocios públicos (este habia dejado la gobernacion de Valparaiso para consagrarse a la administracion de una finca rural) se propuso ganar las simpatías del Presidente de la República e inclinar la balanza de la política en favor de un nuevo órden de cosas, que en verdad nunca fué bien definido, a pesar de tener su órgano en la prensa (*el Filopolita*) i que en último resultado vino a reducirse a una campaña de intrigas para derrocar la influencia personal de Portales i subrogarla por otras influencias personales. El gabinete en consecuencia quedó dividido, pues en tanto que Renjifo se colocaba al frente de los filopolitas, el ministro de lo interior Tocornal perseveraba en su alianza con Portales.

Con aparente indiferencia contemplaba éste desde la solitaria

estancia a donde se habia retirado, el curso de los partidos i de los negocios políticos; pero en realidad maquinaba como deshacer de un golpe la trama de sus enemigos i restaurar la unidad, la fuerza i la disciplina en la vacilante política del gobierno. Portales no solamente veia comprometido el órden público en esta escision que partia del mismo núcleo de la administracion; mas tambien se sentia provocado como hombre i como estadista a tomar una resolucion digna de sus antecedentes i de su fama. Sus amigos le llamaban, le suplicaban para que olviase al gobierno; el ministro de lo interior no se sentia bastante seguro en medio de las asechanzas i deseaba el auxilio de Portales; el mismo Presidente de la República cedia a la presion del nuevo partido mas por necesidad, que por simpatías, ni convencimiento. Los filopolitas habian cometido una torpeza imperdonable, atento su propósito de arrebatar a Portales toda influencia en los consejos del gobierno. La torpeza consistia en haber elejido al ministro de hacienda Renjifo por candidato a la próxima presidencia de la República, lo cual importaba dar un rival al jeneral Prieto, miéntras Portales i el ministro de lo interior estaban por la reeleccion del jefe del Estado. Prieto estaba seguro de que Portales no ambicionaba la presidencia i de que emplearia todos sus recursos en favor de la reeleccion, a cambio de aplastar con poderosa mano el partido de los filopolitas. Así fué que apenas se le hizo entender que Portales estaba en disposicion de volver al gabinete cuando se apresuró a firmarle los despachos de ministro de la guerra (setiembre de 1835). Fué este un golpe de sorpresa para el ministro de hacienda, que al llegar una mañana a su despacho supo que su temido rival acababa de ser nombrado ministro de la guerra i que se hallaba presente i en posesion de la cartera. La entrada de Portales en el gabinete era demasiado significativa para el jefe i candidato de los filopolitas, por lo cual resolvió pocos dias mas tarde renunciar la cartera de hacienda, que entró a desempeñar Tocornal, dejando el ministerio de lo interior al mismo Portales.

El partido filopolita enmudeció. El presidente Prieto fué reelejido (junio de 1836) i la administracion de la república adquirió de nuevo la unidad, la precision i vigor que estaban en el carácter del ministro omnipotente. Pero en esta segunda época de su poder Portales se manifestó mas intolerante que en la primera; su sistema de gobierno llegó a un grado de tension que hacia temer por la paz pública, puesto que al patriotismo indisputable del mi-

nistro, a sus medidas de organizacion, a sus miras elevadas i a su constante afan de hacer respetar la autoridad i la lei, se mezclaba cierta zaña personal i aquel jenero de hipocondria que suele acompañar a la posesion de un poder exorbitante.

La espedicion que en 1836 emprendió el jeneral Freire desde las costas del Perú para apoderarse de las provincias de Chiloé i Valdivia i revolucionar desde allí el resto de la República, encontró el corazon de Portales no solamente contra aquel mal aconsejado jeneral i su partido, sino tambien contra el gobierno del Perú, cuyas relaciones con el de Chile se hallaban de tiempo atras en una situacion crítica e irregular. Aquella espedicion compuesta, en la mayor parte, de algunos aventureros chilenos asilados en el Perú, pero emprendida en buques comprados al gobierno peruano i en los momentos en que las relaciones de Chile con aquella república se hallaban en mal pié i hasta amenazadas de un rompimiento, fracasó desastradamente, viniendo los espedicionarios i sus buques i el mismo jeneral Freire a caer prisioneros en manos del gobierno. Freire juzgado i condenado a muerte por un consejo de guerra, obtuvo alguna consideracion en la Corte marcial de justicia, que al rever la causa la enmendó i dictó solo la pena de destierro. Con este motivo Portales suspendió i acusó a la corte por torcida administracion de justicia i espidió un decreto por el cual se impuso a los tribunales la obligacion de fundar sus sentencias: medida indudablemente acertada i conducente a la recta administracion de justicia, pero que en las circunstancias en que fué dictada tomóse mas bien por un arbitrio del odio político. Seria, empero, temerario sentar que el ministro estaba resuelto a ejecutar la sentencia de primera instancia. Acaso, i esto es lo mas probable, deseaba que Freire, condenado a muerte en ámbas instancias, segun la lei, debiese la vida a la clemencia del mismo gobierno a quien habia venido a derrocar.

Sea de esto lo que fuere, Freire salió al destierro i su malaventurada espedicion no dió otro resultado que introducir nuevas perturbaciones en las relaciones de Chile con el Perú.

Por este tiempo la situacion política de la república peruana ofrecia un espectáculo harto sério que tenia preocupados i cuidadosos a algunos gobiernos del continente. Una guerra de facciones en que desde 1834 se venia prodigando la intriga i la sangre escandalosamente, habia dado al ambicioso jeneral Santa Cruz, presidente entónces de Bolivia, la oportunidad de intervenir en

los negocios del Perú. Dos de los principales caudillos de esta república, Gamarra i Orbegoso, que se disputaban el poder, en las alternativas de su fortuna habian tratado sucesivamente con Santa Cruz i lisonjeado su ambicion. Al fin en consecuencia de un pacto con Orbegoso el presidente de Bolivia atravesó la línea divisoria del Desaguadero (julio de 1835) al frente de un ejército bien provisto i disciplinado, con el cual i dándose el título de pacificador del Perú, emprendió la venturosa compañía que humilló en Yanacocha (agosto de 1835) al jeneral Gamarra, que se habia pronunciado contra la intervencion boliviana, despues de solicitarla, i batió en Socabaya (febrero de 1836) al bravo cuanto infortunado Salaberry. El resultado político de esta campaña fué el establecimiento de la confederacion Perú-boliviana, en que el Perú dividido en dos Estados, i la república de Bolivia, vinieron a reconocer la autoridad comun de Santa-Cruz bajo el título de protector.

La mala intelijencia entre los gobiernos de Chile i del Perú, que al principio no habia tenido mas causa que ciertas medidas mercantiles i la incompatibilidad de los medios con que cada Estado habia creído oportuno proteger los intereses de la industria nacional, se hizo mas ostensible i subió de punto con la aparicion de la Confederacion Perú-boliviana, entidad política que, no obstante las violencias que intervinieron en su creacion i los numerosos enemigos que tramaban su caida en ambos pueblos confederados, excitó los celos de las repúblicas vecinas i arrastró a Chile a las aventuras de una guerra exterior.

Portales, a quien los sucesos del Perú preocupaban mas que a nadie; que estaba convencido de que la espedicion del jeneral Freire no habria tenido lugar sin la connivencia i acaso sin las sugestiones del jeneral Santa-Cruz, i que no veia en este mas que un intrigante ambicioso que deseaba perturbar la paz interior de Chile i derribar por mano ajena a su gobierno, encaminó todo su poder i todos los recursos de su arrojado corazon a derribar el edificio de la Confederacion Perú-boliviana.

En agosto de 1836 el coronel Garrido a bordo del *Aquiles* de la marina chilena, sorprendia i apresaba en el Callao tres de los principales barcos de la marina peruana. Este golpe de mano inferido como una retaliacion de la espedicion de Freire, causó profunda indignacion al protector de la Confederacion Perú-boliviana, que acabó de convencerse de que el gobierno de Chile estaba

resuelto a entorpecer i burlar sus planes de engrandecimiento, para lo cual no vacilaria en llegar hasta la provocacion, cuando no tuviera causa para considerarse provocado. Procuró, sin embargo, el protector alejar a toda costa los pretextos de la guerra i neutralizar a Chile, en cuyo gobierno veia por entónces el único escollo colocado en la rota de su ambicion. Avínose por tanto a tratar con el emisario Garrido, con el mismo captor de los buques peruanos, i se firmó un tratado preliminar (28 de agosto de 1836) en virtud del cual debian continuar subsistiendo las relaciones de paz de ámbos Estados. El comisario chileno debia abandonar las aguas de los Estados peruanos, pero llevando en rehenes los buques sorprendidos en el Callao, hasta que ámbos gobiernos celebrasen un tratado definitivo. Mas a pesar de la humillacion que para el gobierno de la Confederacion envolvia este pacto, el gobierno de Chile no cejó de su propósito de hacer la guerra, pues ya la cuestion habia tomado por este tiempo un carácter de tal trascendencia, que su única solucion consistia en borrar del mapa político la Confederacion; i no siendo de esperar llegar a este resultado por la diplomacia, puesto que Santa-Cruz pasaria por todo, ménos por renunciar a su mas querido pensamiento, no quedaba mas arbitrio de resolucion que la guerra.

Portales, que comprendia toda la ambicion i toda la astucia del protector, se afirmaba en su determinacion de hacer la guerra a medida que aquel apuraba los arbitrios para conjurarla. Para el ministro de R. E. todas las condescendencias i hasta las humillaciones a que se allanaba el gobierno de la Confederacion en sus relaciones con Chile, no eran mas de un lazo para lisonjear el orgullo de esta república i asegurar su neutralidad, entreteniéndola en una falsa confianza. Así fué inútil el pacto de agosto de 1836, inútiles las promesas de ajustar un tratado en los términos mas convenientes para ambos Estados; inútil la medida que por via de economía tomó el protector de reducir a un pié insignificante la marina de guerra de los Estados confederados; inútiles, en fin, todas las prendas i seguridades dadas al gobierno de Chile en prueba de que solo se deseaba su amistad. Pero no fué del todo inútil esta táctica en órden a la opinion pública de Chile, pues contentado el amor propio nacional con estas demostraciones, la causa de la guerra con la Confederacion llegó a hacerse impopular, i los enemigos del gobierno vieron en ella un buen pretexto para atacarlo i señalar particularmente al ministro Portales como un tirano que en los desvaríos

de su poder se habia propuesto sacrificar la sangre i los recursos de la República a la satisfaccion de un capricho personal.

Como quiera que en el empecinamiento del gobierno por la guerra tuviesen mucha parte el orgullo i las pasiones particulares de Portales, es indudable que el criterio político del ministro abarcaba la cuestion con mas perspicacia i mayor prevision patriótica que el partido de oposicion. Portales remontó la corriente que tenia en contra i declarando en peligro la seguridad interior i exterior de Chile, alcanzó del Congreso plenas facultades para proceder en este conflicto como creyese mas conveniente a los intereses de la República.

A fines de octubre de 1836 se presentó en las aguas del Callao una escuadrilla chilena bajo el mando del vice-almirante Blanco Encalada. En ella iba tambien don Mariano Egaña como ministro plenipotenciario de Chile cerca del gobierno de la Confederacion. El objeto ostensible de esta visita era entablar negociaciones de paz. Pero como en realidad estaban rotas de hecho las hostilidades entre ambas partes i no era dudoso para el gobierno de la Confederacion que el de Chile queria a toda costa la independenciamútua del Perú i Bolivia, las negociaciones fracasaron, i el plenipotenciario de Chile abandonó las aguas del Callao, anunciando al gabinete de Lima que podia mirarse como declarada la guerra entre Chile i el gobierno de los Estados confederados. (11 de noviembre de 1836).

Entre tanto la escuadrilla chilena habia recorrido las costas del Pacifico hasta la rada de Guayaquil, procurando aislar i desbaratar las pocas fuerzas navales que quedaban al protector, i en consecuencia de la declaracion de guerra habia venido a situarse cerca de la isla de San Lorenzo para bloquear el Callao.

Miéntras estos sucesos tenian lugar en las aguas del Perú, abria negociaciones en Chile, a nombre del protector el plenipotenciario don Casimiro Olañeta. El gabinete de Santiago acabó de precisar de una manera clara i terminante las bases de un avenimiento, entre las cuales se espresaba «la independenciamútua de Bolivia i del Ecuador, que Chile mira como absolutamente necesaria para la seguridad de los Estados sud-americanos.» Semejante pacto equivalia a ceder la presa sin combate. Olañeta rechazó esta base aceptando las demas; pero al fin hubo de retirarse por la imposibilidad de un avenimiento en punto tan interesante. El gobierno de Chile se apercibió para la guerra, i entre otras medidas negoció la alianza

de la República Arjentina, que con tanta o mayor razon que Chile, miraba con desconfianza la Confederacion Perú-boliviana i se prestó fácilmente a los deseos del gobierno chileno.

En medio de los cuidados que miraban a la guerra, preocupaba tambien mas que nunca al gobierno la situacion de sus enemigos políticos, que desde la campaña electoral que dió por resultado la reeleccion del presidente Prieto, habian tomado una actitud hostil i apasionada primero en la prensa periódica, que el gobierno se apresuró a sofocar, i luego en las vias tenebrosas de la conspiracion. Diversos planes revolucionarios fueron, en efecto, descubiertos, los mas de los cuales estaban basados en la seccion de la fuderza armada. En la misma academia militar recien fundada i hasta en el Instituto Nacional el jenio revolucionario habia penetrado comprometiendo a jóvenes de tierna edad en temerarias empresas. Al ver así amenazada la paz interior en los momentos en que la República necesitaba de todas sus fuerzas para salir airosa del grave conflicto internacional en que estaba empeñada, el ministro Portales soltó la brida a su violenta enerjía i, sublevándose hasta la cólera en nombre de los mas santos de los sentimientos, el patriotismo, asestó golpes sobre golpes a los enemigos del gobierno. Todos los procesos de conspiracion fueron sometidos a las formas sumarias i rápidas de los consejos de guerra, i en el curso del año 1836 hasta principios de 1837, multitud de reos políticos condenados por esos consejos fueron deportados a la isla de Juan Fernandez, i en el pueblo de Curicó se alzó el cadalso para los tres fautores principales de una conspiracion que allí se descubrió. La pugna entre el gobierno i el partido de oposicion llegó a tomar el aspecto de una guerra sin cuartel.

El ejército entre tanto se aumentaba i se disciplinaba, i como los voluntarios no acudieron a engrosar sus filas en la cantidad necesaria, la leva forzosa arrancaba reclutas de las aldeas i fincas rústicas para llevarlos al campo de instruccion de las Tablas, cerca de Valparaiso. Allí sobre el cuadro del antiguo batallon Maipú se organizó en breves dias el brillante rejimiento del mismo nombre bajo la direccion del coronel don José Antonio Vidaurre, militar valiente i capaz, a quien Portales dispensaba particular aprecio i a quien reservaba un lugar distinguido en la division espedicionaria. En marzo de 1837 pasa ésta a ocupar el canton de Quillota i el coronel Vidaurre fué nombrado su jefe de estado mayor. Los aprestos militares marchaban con una gran rapidez i absorbian casi

del todo la actividad de Portales, que en verdad se sentia poseido de una febril impaciencia por ver de una vez al ejército chileno tomar el derrotero del Perú.

Vagos rumores circulaban de tiempo atras sobre que la expedicion al Perú no habia de verificarse. El mismo rejimiento Maipo i en particular su comandante Vidaurre, eran objeto de siniestras i anónimas profecías. No faltaban antecedentes para sospechar de la fidelidad de Vidaurre, i pocos dias ántes del acontnamiento del ejército en Quillota, habia recibido Portales un denunció sobre la existencia de un plan de revolucion que debia ejecutar aquel coronel. Portales, sea que le cegase la confianza, sea que a fuerza de finjirla quisiera ligar a Vidaurre con los lazos del honor i de la lealtad, no vaciló en comunicarle el denunció con aquel abandono i satisfaccion del que nada teme. En esta entrevista se habia limitado Vidaurre a decir al ministro: cuando yo le haga revolucion, será Ud. el primero en saberla.

Ninguna precaucion, ni pública, ni privada, al ménos que se sepa, tomó el ministro en consecuencia de estos rumores i denunciós, a no ser que el viaje que mas tarde emprendió a Valparaiso i luego a Quillota para revistar la tropa expedicionaria, tuviese por causa principal cierta desconfianza, pero tan cuidadosamente escondida, que lejos de traslucirla, los amigos del ministro vieron con disgusto su viaje de visita al canton militar de Quillota, recelando que llegase a ser víctima de su excesiva confianza.

Aunque Portales era mui capaz de desembarazarse de las situaciones mas complicadas, teniendo por táctica política arriesgar el todo por el todo, es indudable que, en el supuesto de estar convenido de la existencia de algun complot revolucionario i aun de la connivencia i complicidad de Vidaurre, debió sentirse maniatado para tomar todas las precauciones i medidas represivas conducentes a conjurar el peligro. ¿Cómo entrar en la larga i difícil investigacion de un proceso criminal, i dar al país el escándalo i a los enemigos exteriores la agradable sorpresa de desenmarañar i comprobar un gran complot fraguado en las filas mismas del ejército a quien el gobierno libraba la honra del pais en el exterior? ¿Cómo dar el primer paso siquiera en el camino de la precaucion o en el de la represion, sin precipitar el peligro mismo? Vidaurre era un jefe de prestigio; él habia formado en 1829 el batallon Maipo, ahora elevado a rejimiento; que constituia lo mas granado de la division expedicionaria. Los oficiales del rejimiento le amaban, i algunos

de ellos le pertenecian por los lazos de familia. El solo acto de separar de aquella fuerza a Vidaurre habria de seguro producido un motin militar. Por otra parte, en la division acantonada en Quillota estaban los militares de mas confianza del ministro; allí figuraban sus hechuras, sus favoritos, miéntras que en el resto del ejército los mas conspicuos militares eran sus enemigos o sus émulos. Búlnes al frente del ejército del sur le disputaba la influencia en el ánimo del presidente Prieto, de quien era sobrino. El jeneral Cruz, otro sobrino del presidente, profesaba al ministro una decidida mala voluntad. Los filopolitas, vencidos pero no anonadados, i los antiguos pipiolo, que jamas habian podido resignarse en su derrota, se habrian apresurado a tornear la situacion en beneficio propio, apenas hubiesen visto al gobierno en la obra de tomar los hilos de una nueva revolucion.

Quizás todo este embrollado conflicto lo comprendió i profundizó el ministro, i en consecuencia se preguntó: ¿qué hacer?—i en lo hondo de su alma encontró un arbitrio que podia ser peligroso i temerario, pero que tambien ofrecia la probabilidad de resolver satisfactoriamente el conflicto en pocas horas. Si la revolucion no estaba demasiado avanzada, si aun habia vacilaciones en los jefes, sobre todo en Vidaurre; si la lealtad para con el amigo i protector, i la honra de la República comprometida en una guerra exterior, podian todavía algo en el corazon de este jefe, i si en consecuencia de todo esto era posible embarcar la division i mandarla camino del Perú, el peligro estaba conjurado, pues al soplo de las brisas del mar aquella escuadra, que debia llevar por jefe al jeneral Blanco Encalada, sentiria serenarse sus pasiones de bandería para no pensar sino en cosechar laureles que traer en ofrenda a los lares de la patria.

En el mes de abril se trasladó el ministro a Valparaiso para ajustar personalmente la salida de la espedicion, i acariciando el pensamiento de marchar tambien con ella i dirijirla como comisario de la República.

La revolucion estaba ya de tal manera resuelta en el ánimo de sus fautores, que su estallido se esperaba por momentos. Algunas dificultades accidentales habian hecho que el coronel Vidaurre i los principales oficiales del Maipo, que formaban el núcleo principal del complot, divagasen por algunos dias en el plan definitivo, hasta que habiendo llegado a Quillota la órden de que los dos cuerpos de ejército que allí se encontraban (el rejimiento

Maipo i el escuadron de Cazadores) marchasen por destacamentos separados a Valparaiso para embarcarse inmediatamente, resolvieron hacer el pronunciamiento en llegando a esta ciudad. En ella se encontraba el batallon Valdivia, recién venido de la provincia de este nombre, para incorporarse en la division espedicionaria, i cuyo comandante i mas de un oficial estaban tambien comprometidos en la revolucion. Fuera de este batallon no habia en la plaza de Valparaiso mas que la fuerza cívica (dos batallones) organizada por el mismo Portales algunos años ántes.

A poco de haberse instalado en Valparaiso el batallon Valdivia, fué retirado su comandante Boza i reemplazado por el coronel Vidaurre (Leal) pariente próximo del que se hallaba en Quillota. Esta medida evidentemente calculada para asegurar la fidelidad del Valdivia, del cual se desconfiaba, fué el único acto de precaucion oficial que el ministro se permitió tomar a última hora con relacion a la division espedicionaria. El nuevo comandante del Valdivia, no obstante su parentesco con el jefe de la revolucion, no solo no tenia compromisos con él, sino que hasta cierto punto era su rival. Esta medida no era bastante para desconcertar a Vidaurre, pero le desazonó en gran manera. Tras esto tuvo noticia de que el ministro Portales habia salido de Valparaiso i debia llegar en pocas horas mas a Quillota donde se proponia pasar una revista a los cuerpos acantonados. Fué esta una nueva sorpresa para el contrariado comandante. El ministro, el amigo, iba a presentársele como un huesped confiado i a compartir con él en el vivac del campamento los cuidados i providencias de la campaña. Portales, en efecto, contrariando la voluntad i los consejos del gobernador de Valparaiso Cavareda i del jeneral Blanco, que ya se encontraba en esta ciudad para ponerse al frente de la division que iba a partir, se puso en marcha el 2 de junio camino de Quillota, acompañado del coronel Necochea i de una lijera escolta de húsares. En la noche de aquel dia llegó el ministro a dicho pueblo e inmediatamente se vió con el coronel Vidaurre i le previno que al dia siguiente juntase los cuerpos de tropa en la plaza de Quillota para revistarlos. No hubo en aquella conferencia una palabra de recelos o desconfianza. Solo Vidaurre se mostró un tanto distraido i meditabundo. Portales terminó su conferencia regalando al coronel una gorra militar que le habia llevado de Valparaiso, ¿Era un cálculo del sagaz ministro, que no podia desconocer cuanto obligan estas tiernas muestras de camaradería, cuando salen de un poten-

tado para con un subalterno? Creia que al partir su pan con la uncion del amor, se romperia en el pecho de Judas la traicion para dar lugar al arrepentimiento?

Al despuntar el alba del siguiente dia el ministro se dirijió a los cuarteles de la tropa; todo lo vió i de todo se mostró satisfecho. Horas despues estaba formada la línea del Maipo en el cuadro de la plaza de Quillota. Portales despues de pasear a lo largo de cada frente, observando con aire satisfecho el talante marcial de las columnas i dirijiendo a algunos de los capitanes i oficiales palabras de felicitacion, fué a situarse en un punto lijeramente elevado sobre el nivel de la plaza, como el mas apropósito para observar algunas maniobras i evoluciones de la tropa. De repente se destacan algunas columnas de la línea de formacion i vienen a formar cuadro en torno del ministro, i detras de este cuadro el capitán Arrisaga grita con voz colérica i empuñando una pistola: «Dése a preso el ministro.»

A poca distancia estaba Vidaurre contemplando con aparente impasibilidad esta escena. El comandante don Manuel García protesta, espada en mano, contra aquel movimiento i amenaza a Vidaurre; pero luego se calma i es reducido a prision. El escuadron de cazadores a caballo, en el cual habia algunos oficiales comprometidos a secundar el movimiento, tiene que someterse a la fuerza de las circunstancias i forma tambien en las filas de la sublevacion.

El motin estaba consumado. Vidaurre dió la órden de marchar para Valparaiso i al siguiente dia salió la division amotinada llevando preso i aherrojado al ministro.

En la seguridad de que el batallon Valdivia, que estaba en Valparaiso, haria eco a la revolucion tan pronto como llegase la noticia de ella a esta ciudad, Vidaurre adelantó algunas horas una vanguardia como de trescientos hombres i marchó en seguida con el resto de la division.

Las autoridades de Valparaiso se prepararon a la defensa, a pesar de la inferioridad de las fuerzas con que contaban, i al mando de ellas se puso el jeneral Blanco. Ya en el camino supieron los amotinados que no entrarian tambor batiente en la ciudad. Los batallones cívicos ocuparon las alturas del cerro del Baron a la entrada de la ciudad, i el Valdivia rechazó con vigor la vanguardia de los amotinados. Vidaurre exijió de su prisionero que escribiese a las autoridades de Valparaiso amonestándolas a desistir de

de Tabolango su célebre carta al vice-almirante Blanco i al gobernador Cavareda, en la que dándoles cuenta del motin que él conceptua mui ramificado en la República, les dice, entre otras cosas: «yo creo que ustedes no tienen fuerzas con que resistir a la que les ataca, i si ha de suceder el mal sin remedio, mejor será i la prudencia aconseja evitar la efusion de sangre: pueden ustedes i aun deben entrar en una capitulacion honrosa, i que sobre todo, sea provechosa al país. Una larga i desastrosa guerra prolongaria los males hasta lo infinito, sin que por eso pudiese asegurarse el éxito. Un año de guerra atrasaria 20 años a la República; con una transaccion pueden evitarse desgracias i conservar el país que debe ser nuestra primera mira.»

Blanco i Cavareda recibieron con desden al emisario i portador de esta carta, pues la supusieron escrita bajo la presion de la fuerza. En verdad se habia empleado la amenaza al exigir este documento al ministro. No obstante, habia en su estilo i sobre todo en sus juicios cierta serenidad, i lo que es mas, el ministro no hablaba de capitulacion honrosa, sino despues de decir: yo creo que ustedes no tienen fuerzas con que resistir a la que les ataca»..... Por manera que la capitulacion honrosa solo era aconsejada en la hipótesis de no haber fuerzas para rechazar el motin.

Vidaurre continuó su marcha a Valparaiso, dejando a retaguardia al ministro bajo la custodia del teniente Florin. Al amanecer del 5 de junio se empeñaba el combate sobre el mismo camino i las quebradas i ribazos inmediatos, sin que los cuerpos amotinados pudieran desplegarse bien i aprovechar el total de sus fuerzas. El rejimiento de cazadores se deserta i el desórden se introduce en las filas del Maipo. Portales metido en un birlocho i acompañado en él del coronel Necochea, contemplaba con ansiedad i sin desplegar sus labios las vicisitudes de la escena en cuanto la escasa luz del crepúsculo de la mañana i el rezago en que habia quedado con sus guardianes, se lo permitian. Las nutridas descargas de una i de otra parte continuaban. Un movimiento confuso i de vacilacion se notaba en la últimas filas. Florin cuchicheaba con ayudantes i emisarios que iban i venian entre las filas avanzadas que sostenian el combate i las que estaba atras. Las noticias que le llegaban eran malas e indudablemente comenzó a temer la derrota de los amotinados. Aquel teniente, a quien Vidaurre, su padrastra, habia confiado la custodia del ministro prisionero, era un jóven de 23 años i de bella estampa, pero de un corazon feroz i sanguina-

rio. En aquella hora, siguiendo sus propensiones torpes i viciosas, se habia embriagado. Acababa de hablar con un ayudante de Vidaurre, cuando se dirijió resueltamente al birlocho en que se encontraba Portales, i deteniéndose cerca dijo: baje el ministro.» Portales no dudó de que estaba resuelta su inmolacion. Pidió que alguien le ayudase a bajar, ya que los grilletes se lo impedian. Una vez apeado en medio del camino real, recibió una descarga de fusilería que le derribó destrozándole el pecho i horadándole la cabeza. Florin todavía mandó herirlo a bayoneta i él mismo le menudeó estocadas con la mas brutal ferocidad.

Miéntras este asesinato se consumaba, los defensores de Valparaíso ganaban terreno i la division amotinada se envolvía i desordenaba hasta perder toda esperanza de triunfo. Luego que corrió por las filas la noticia de que el ministro habia sido fusilado por Florin, el desórden fué todavía mayor, hasta terminar en la mas completa derrota, quedando prisionera la mayor parte de la fuerza revolucionaria.

Vidaurre i sus cómplices mas inmediatos espieron en el patíbulo su desacordada insurreccion.

Tal fué el desenlace de aquel gran motin militar i tal la suerte final del mas célebre hombre de Estado que ha tenido Chile.

Portales, como todos los hombres políticos de su temple, tuvo fanáticos partidarios i acérrimos enemigos. Aun hoi mismo están léjos de uniformarse los pareceres en órden al carácter, las ideas, los propósitos i las cualidades de este estadista que tanto hizo hablar de sí miéntras vivió, i que tan recordado ha sido despues de su muerte. Las pasiones que exitó con su sistema de gobierno i que han atravesado como un legado de jeneracion en jeneracion el espacio de cuarenta años, comprueba desde luego la talla extraordinaria de aquel gobernante. A diferencia de esos tiranos vulgares que no son mas que un accidente, talvez una espacion en la vida de los pueblos i que nada crean ni establecen, porque su tiranía es secante i demoleadora, Portales aparece a nuestros ojos como un poder esencialmente fecundo i creador. Los tiranos vulgares desaparecen sin dejar tras sí mas que el caos i, cuando mucho, efímeras creaciones i sin merecer una lágrima ni aun de sus mismos favoritos i protejidos. Portales legó a la República toda una organizacion. No fué todo obra de su jénio, ni podia serlo; pero su gran carácter i su resuelta actitud en la escena política dieron tiempo i ocasion para introducir i consolidar reformas saluda-

una defensa temeraria e inútil. El ministro escribió entonces desbles en la administracion de justicia, en el réjimen político, en la hacienda pública i multitud de instituciones i leyes orgánicas. Perseguidor incansable de los delincuentes tocó a veces en una severidad extrema que algunos han tachado de inhumana, para reprimir i castigar los delitos atroces. Fué Portales quien introdujo el sistema penitenciario de los *carros*, jaulas de fierro ambulantes destinadas a encerrar a los criminales de mas cuenta i tenerlos disponibles para el trabajo forzado de los caminos públicos. Pero es lo cierto que la criminalidad disminuyó maravillosamente i que la moral del pueblo se estableció i robusteció en gran manera. La víctima del Baron al sucumbir en hora impensada a manos de verdaderos asesinos, dejaba una inmensa herencia que la República aceptó i conservó con reconocimiento. La nacion en medio de su espléndido duelo no olvidó ninguno de los grandes propósitos de aquel hombre, i se aprestó con nuevos bríos a llevar la guerra a la confederacion Perú-boliviana, cuando muchos creian que este proyecto habria quedado sepultado juntamente con Portales. I tan resueltamente tomó a pechos la empresa, que pocos dias despues de la tragedia del Baron, daba la vela para las costas del Perú la division espedicionaria mandada por el jeneral Blanco Encalada. Habiendo ésta regresado a Chile sin combatir, despues de capitular honrosamente en Paucarpata, salió nueva espedicion al mando del jeneral don Manuel Búlnes, i no volvió sino despues de ilustrar el nombre de la República con brillantes triunfos, dejando derribado en Yungay el protectorado de Santa Cruz, prófugo al protector, destruidos sus ejércitos i restablecida la mútua independenciam de Bolivia i del Perú. Así continuó presidiendo a los destinos de la República el jénio de Portales.

Hai quienes pretenden someter a inventario las obras de este estadista i preguntan: ¿qué hizo al fin Portales? qué nos dejó Portales?—Qué hizo?—Sacó del cáos la República.—¿Qué nos dejó? Nos dejó la República.—Qué diferencia, se replicará, de la República de Portales a la República de hoi!—Pues buscad, contestamos nosotros, un retrato de vuestra infancia i ved si os reconoceis en él despues de 40 años. Por mas grandes que sean vuestros cambios i mudanzas, bien seguros estais de que ningun hombre os ha hecho nacer de nuevo.

En 1860 se le erijió a Portales una hermosa estátua en la plaza de la Moneda. La noble i altiva figura del estadista está mi-

rando al frente del palacio i empuñando con su mano derecha la Constitucion política como en actitud de exhibirla. El severo guardian del orden público, el honradísimo servidor de los intereses de la nacion, el impertérrito sacerdote de la justicia parece colocado allí para repetir en todos los momentos a los gobernantes: respetad las leyes.

RAMON SOTOMAYOR VALDÉS.

LA POLICIA DE SEGURIDAD

en las grandes ciudades modernas.

(LÓNDRES.—PARIS.—NUEVA YORK.—SANTIAGO.)

Las nociones verdaderas sobre la policía de seguridad comienzan apenas a jerminal entre nosotros.

Existe, es verdad, i de una manera poderosa, cierto instinto aun en las agrupaciones humanas mas atrasadas, el instinto de la conservacion, el deseo de la seguridad, las aspiraciones al órden. Pero no se reconoce por esto en nuestras ciudades a la policía social su carácter bienhechor i simpático. Al contrario, como sentimiento jeneral, la policía i sus agentes son para nuestro pueblo i aun para la sociedad en jeneral un objeto casi repulsivo al que siempre se juzga de mal ánimo i cuya intervencion se mira por todos, mas o ménos, como algo que desdora, que enfada o que enoja. El nombre mismo de *paco*, palabra peruana que significa «siervo», es ya un calificativo innato pero popular de desprecio, así como el calificativo de *ayuco*, apodo con que nuestros abuelos conocian hace un siglo los primeros guardianes del órden en la capital, es todavía sinónimo de satélite i adulador del poder.

Un caballero conozco yo, excelente vecino por lo demas, que practica una rara filantropía con el cuerpo de seguridad de Santiago, i es la de que, cuando tarde de la noche, al regreso del teatro o del club, encuentra algun pobre sereno recorriendo silencioso su puesto, desliza en su mano una moneda de veinte centavos, i pasa.

Pues bien, por cada uno de estos benévolos ciudadanos (en Santiago habrá a lo sumo dos o tres) yo conozco mil santiaguinos de levita que preferirian dar al custodio del órden que hallan a su

paso un punta-pié; i por cada mil de estos descendientes de los que tanto odiaron los *ayucos* de la colonia, estamos seguros de encontrar diez mil vecinos de poncho que darian al desamparado representante de la autoridad una puñalada ántes que una moneda.

Entretanto, en las grandes ciudades, en los turbulentos hacinaamientos que forman los pueblos que han alcanzado mediante el trascurso de los siglos una laboriosa civilizacion, las ideas de la seguridad pública se han desarrollado por un camino mui diverso. I esto es natural. El aprendizaje ha sido largo pero está ya hecho. Esas sociedades ya viejas han pasado por una série de alternativas como nosotros, insultadas unas veces por la muchedumbre feroz, atormentadas otras por la tiranía de los partidos, de los caudillos, de los impostores de robadores brutales; ultrajadas por los vicios, corrompidas por los ociosos, han llegado a convencerse de que era preciso crear, con un mediano sacrificio de la libertad i de la fortuna individual, una institucion colectiva que sirviera de salvaguardia a toda la comunidad.

De aquí esas admirables organizaciones que en las mas populosas capitales de Europa i de Estados Unidos han llegado a adquirir la consistencia i el prestigio de un poder bienhechor. De aquí, de este respeto colectivo, el aprecio, el cariño, la proteccion espontánea e individual hácia los variados agentes i representantes de esa institucion, el *policemen* de Lóndres, el *jendarme* de Francia, el *guarda civil* en España, el *detective* en Nueva York. La policía en las ciudades verdaderamente civilizadas comienza en la sociedad misma, en el hogar i en el espíritu, en la enseñanza i en la familia.

Ahí, en el seno de esas profundas i ajitadas masas sociales en que el jenio del mal azota las sierpes de su cabellera contra toda paz, contra toda virtud, contra todo derecho, el instrumento de la fuerza represiva que encarna el órden social ha llegado a hacerse profundamente respetable, sinceramente simpático, casi un ser mimado para la sociedad i la familia, desde el poderoso al desvalido, desde el opulento banquero que desee ver rodar desembarazada su carrosa de gala por las calles repletas de vehículos plebeyos, hasta el humilde mendigo que se siente morir de frio en las aceras i es llevado por mano amiga al abrigo del puesto vecino. La policía de seguridad en esos pueblos, es una entidad eminentemente protectora, i el pago en dinero i en socorro o afecto probado que le prodiga el pueblo, no es sino la prima que la comunidad ofrece por el

seguro de su morada, de su persona, de su reposo cotidiano, de su felicidad, en fin.

Creemos por tanto una obra provechosa i oportuna presentar a los ojos de nuestros conciudadanos, no solo de la capital, sino de toda la república, un resúmen de la organizacion especial que ese jénero de instituciones ha adquirido en sociedades mas adelantadas que la nuestra, porque de esa simple esposicion resultará el contraste de los vicios de la nuestra, a fin de inducirnos a escojitar los medios de llegar a ese progresivo i envidiable mejoramiento.

Elejiremos como tipos de estudio las ciudades modernas mas famosas, mas pobladas, mas ricas, i en las cuales, por lo mismo, la policia como institucion social se halla a mayor altura—Lóndres, Paris i Nueva York.

I.

La ciudad de Lóndres, metrópoli del mundo, i cuya poblacion no puede ser hoy dia inferior en mucho a cuatro millones, es decir, el doble de la que contiene nuestro pais entero, está custodiada por un verdadero ejército de hombres vestidos de frac i pantalon azul oscuro con altos sombreros de fieltro acantonados de charrol, que usan por única enseña una porra de madera. Son diez mil soldados de paz. Su cifra exacta i oficial era el 31 de diciembre del año último de 9,883.

Hállase organizada esta fuerza, tres veces superior a nuestro ejército de línea, de la manera siguiente:

Presídela con el título de *Commissioner of Police of the Metropolis*, un jefe superior, que en la actualidad es Mr. E. W. Henderson, quien, a su vez, depende directamente del Ministro del Interior (Home Secretary).

Suceden en jerarquía al *comisionado de la policia*, los *superintendentes*, a éstos los *inspectores*, a éstos los *sarjentos* i a los últimos los *constables*, o simples soldados, jeneralmente conocidos con el nombre de *policemen*.

Para los efectos de la distribución i ejercicio de este cuerpo considerable de custodios del orden público, se halla repartida la ciudad en veinte divisiones, cada una a cargo de un *superintendente*, o lo que es lo mismo, existen en Lóndres veinte *comandantes de policia independientes entre sí* pero ligados a la oficina central que rejenta el *comisionado de la reina*.

Esos distritos (*divisions* en Lóndres, *prescints* en Nueva York) son de mayor o menor importancia segun su ubicacion, su riqueza, su estension, el número de sus habitantes, la moralidad de éstos, i en esa misma proporcion se halla localizada la policía. Así, la mas central de las divisiones o superintendencias (la de Witehall o letra A.), en cuyo recinto se hallan situados los palacios de la reina i de la nobleza, está guardado por 553 hombres, no obstante de contener una área solo de 1.43 millas al paso que la de Hampstead (letra S), siendo la de mayor estension (84.69 millas) contiene 495 policemen. La superintendencia que cuenta un personal mas numeroso, es sin embargo, la de Islington (letra N) que cuenta 669 plazas a pesar de que su estension es con mucho inferior a la que la precede (59.37 millas). La área total de Lóndres, «esta provincia poblada de casas,» segun la llamaba hace medio siglo Juan Bautista Say, es la estension casi fabulosa de 688 millas, algo como al llano de Maipo.....

I ya que apuntamos este dato verdaderamente asombroso, no estará demas decir que en solo el año que acaba de pasar, i mientras nos jactábamos de haber visto alzarse sobre las aceras de nuestra polvorosa capital un centenar o dos de casas de humilde adobe, se edificaron en Lóndres no ménos de 7,687 casas, habiendo sido casi el doble el número de las construidas en el año precedente. En este solo año (1872) se construyeron en esa ciudad prodijiosa casi tantas casas como ha construido Santiago en tres siglos, esto es, 11,179. El número de las construidas i entregadas a la custodia de la policía en los veinticuatro años corridos desde 1849 a 1873 ha sido de 262,563, esto es, mucho mayor cantidad que la que contienen todas las capitales reunidas de la América del Sur,—Santiago, Buenos Aires, Lima, Rio Janeiro, Montevideo, la Paz etc.

Los superintendentes o comandantes parciales de policía son veinte, segun dijimos, i tienen un sueldo de 23 libras esterlinas mensualmente (5 £. 15 chelines i 5 peniques por semana), sueldo que va aumentando de año en año hasta ser en el décimo un tercio mayor (7 £. 13'. 11'. por semana) Mas o ménos gana un superintendente en Lóndres lo que un sarjento mayor entre nosotros, 120 pesos mensuales, o sea 1,500 pesos al año.

Los inspectores son 184 i tienen un sueldo de 65 pesos.

Los sarjentos son 770 i ganan 35 pesos.

Los constables son pagados como los anteriores por semana i

ganan 6 pesos (1 £. i 4 chelines) o sea 1 peso diario, no contando los festivos.

No puede ciertamente decirse que estos salarios sean excesivos, especialmente en una ciudad tan cara para la subsistencia cual es Lóndres, pero como el cuerpo de policía es abrigado i vestido (no alimentado) cómodamente por la ciudad, resulta que es un puesto apetecido por la mejor clase de la jente del pueblo, al punto de que nunca hai una vacante desocupada mas de un dia. En 1873 existia en servicio activo en la policía de Lóndres un constable o que se habia alistado en 1834, es decir, hacia 40 años! Veintidos habian entrado al servicio en 1845; veintitres en 1846; veintiuno en 1852 i no ménos que 1,042 servian desde 1868.

La renovacion e incorporacion de 1873 fué de 947 plazas.

Resulta de los estados pasados al Ministro del Interior en el año último por el jefe de la policía de Lóndres, i cuyos interesantes documentos tenemos a la vista, que mas de la mitad de la fuerza del cuerpo, esto es, 5,934 policemen, tenian mas de cinco años de servicio, prueba evidente de lo bien hallados que se sienten esos buenos aliados de la sociedad con su dura pero respetable i respetada tarea.

Mas que esto. Resulta de esos mismos documentos que solo diez i siete *policemen* habian sido castigados (sobre diez mil!) en el año de 1873 por la accion de la justicia. Cuatro de estos por ebriedad, cuatro por abandono del puesto, dos por bígamos i los demas por culpas leves. Ninguno por hurto. En 1870, hallándonos nosotros en Lóndres, los diarios dieron cuenta de haberse suicidado un antiguo i pundoroso policeman, sin mas motivo que una reconvenccion de su superior por no haber entregado en el momento debido unas pocas monedas encontradas en los bolsillos de un transeunte que habia muerto de repente.

Verdad es que aparecen 234 espulsiones simples del servicio, pero éstas son debidas solo al rigor extremo con que se mantiene el cuerpo, en cuya virtud no se tolera un solo descuido, una sola falta al cotidiano deber.

De esas espulsiones mas de la mitad (174) se referian a policiales que estaban en su primer año de servicio i por consiguiente en el duro aprendizaje de su carrera. Son los reclutas que caen enfermos en la víspera de la batalla o que quedan sembrados a lo largo de la marcha por la fatiga o la impericia.

Las muertes ocurridas en el cuerpo no pasan de 44, i con la

notable circunstancia de que todas las defunciones fueron de *muerte natural* (reumatismo i tisis principalmente), sin que nadie! a! hubiera perecido al filo del puñal o estrangulado en las fibras de cáñamo vil, como entre nosotros. El movimiento total de la policía de Lóndres en el año de 1873, por espulsiones, renunciaciones, sustituciones, muertes, etc., equivalió solo a un 9 por ciento del total.

I no se crea que el sistema de estímulos ofrecido a la policía inglesa para su conservacion e incremento sea excesivo ni pródigo. Durante los primeros cinco años nada mas que el sueldo. Desde los cinco años a los quince un mes de paga (20 \$) de gratificacion por año. Desde los quince a los veinte una 50.^a parte del sueldo asignado a cada uno de los años de servicio, i despues de los veintiocho años, las dos terceras partes del sueldo como gratificacion i recompensa, hé aquí todo el parco estímulo que a la larga se ofrece al cumplimiento de un penoso deber.

Olvidábamos decir que de los minuciosos estados que presenta a sus respectivos jefes el cuerpo médico de la policía de Lóndres resulta un término medio de 265 enfermos por dia, cifra que talvez ha de servirnos mas adelante para establecer una desconsoladora comparacion. Las principales enfermedades del cuerpo de policía son naturalmente, como las del soldado, las que se relacionan con la atmósfera en que vivimos, reumatismos, bronquitis i tisis. Ocurrieron tambien dieziocho casos de mal venéreo, pero los pacientes fueron inmediatamente espulsados del servicio, porque segun las ideas inglesas, un empleado encargado especialmente de vijilar i limitar los males que resulten de la prostitucion, no puede ser custodia pública del mismo delito del cual él se hace víctima voluntario.

Dadas estas condiciones de carácter, de sistema i de organizacion, ¿cumple debidamente la policía de Lóndres con su vasto i múltiple cometido?

Hé aquí una respuesta que la opinion pública del mundo civilizado que coloca esta institucion en la primera categoría entre las de su especie, resuelve satisfactoriamente.

Es en verdad una cosa verdaderamente admirable que en una ciudad que contiene cuatro millones de habitantes i en cuyos registros del crimen existen matriculados no ménos de 117,568 individuos (a razon de 30 mil inscripciones por año!) solo se aprehendan por la policía i se someta a los tribunales una cifra que, aunque abultada en sí misma, queda reducida a una mediana propor-

cion, una vez sometida a un estudio comparativo. En el año pasado la policia de Lóndres capturó en efecto solo 73,857 reos, de los cuales 20,245 fueron absueltos por los tribunales i 53,171 castigados por los majistrados de policia o por las cortes especiales i los jurados que entienden en los delitos de mayor i mínima cuantía.

La criminalidad de Lóndres en los últimos diez años se halla repartida de la manera siguiente:

1864.....	65,827
1865.....	70,224
1866.....	65,806
1867.....	63,042
1868.....	68,870
1869.....	72,951
1870.....	71,269
1871.....	71,961
1872.....	78,203
1873.....	73,857
	701,790

Un millon de criminales en quince años! Pero fíjese tambien la atencion del lector asombrado en la circunstancia de que Lóndres es la ciudad del crimen por exelencia, puesto que es la metrópoli de las necesidades mas dolorosas i de sus combates mas profundos: la ciudad donde viven señores feudales que tienen 600 mil libras esterlinas (tres millones de pesos) de renta anual, i donde habita una poblacion flotante de trescientos mil pordioseros que viven solo de la racion cotidiana de papas i bacalao que le propicia el Estado, mediante una contribucion pública de los ciudadanos.

Los delitos principales en que está clasificada la criminalidad de Lóndres, como la de todas las grandes ciudades del viejo i del nuevo mundo, son las tres siguientes:

Ebriedad: 29,75) (casi la mitad del total).

Hurto simple: 7,528.

Pendencias i desórdenes: 9,295.

De las demas contravenciones contra el órden social señalamos las siguientes cifras:—Asesinatos i homicidios 73.—Heridas 92.—

Bigamia 27.—Reglamento de cocheros 1,054.—Niños 977.—Mendigos 4,555.—I por último este delito especial de Lóndres i de Paris—la ciudad de Mathus i de Voltaire: 338 conatos de suicidio sin contar los suicidios consumados que pasan en mucho de esa cifra.

Otro de los delitos peculiares de esos grandes focos de las pasiones i de las miserias humanas, asociadas casi siempre inseparables unas i otras, como las parcas de la fábula, es el infanticidio. Sucede esto a tal grado, que en el informe especial que uno de los superintendentes divisionales de Lóndres, en el año de 1853, (Mr. A. C. Howard) pasó a la oficina central asegura que, a su juicio, debería establecerse en esa ciudad una oficina especial de registros para ese delito como existian instituciones de igual jénero en las Indias orientales, donde, como de todos es sabido, tal hábito, o mas bien tal necesidad ha dejenerado en sistema.

El cuerpo de policía de Lóndres a fin de contribuir por su parte al noble fin de dar vida i hogar a tanto desheredado, ha establecido de su propia cuenta en Twickenham una casa de huérfanos en la que actualmente asila no ménos de 124 niños recojidos por ella misma en las calles.

¿Podia la policía de Lóndres ofrecer una prueba mas alta de su moralidad, de su virtud i de su eficacia?

La policía de Lóndres no ha tenido que ocuparse esclusivamente de conducir a sus innumerables depósitos (solo en 1873 se instalaron ocho de estos completamente nuevos) que posee en aquella inmensa ciudad, pues ha debido vijilar, sino la moralidad, la salud de 42,211 prostitutas públicas i toleradas, inscritas en sus registros, fuera de un número talvez mayor de casas de prostitutas clandestinas. Ha tenido que mantenerse al acecho de millones de casas conocidas como receptáculos de especies robadas i sobre barrios enteros de ladrones. Ha debido tomar una participacion activa en no ménos de 2,868 accidentes personales ocurridos en las calles de los cuales 1,805 han ido a tener su desenlace en los hospitales. Los muertos por los carruajes de servicio público (coches i carretones) ascendian a 82 en el año pasado i los heridos a 1369, lo que dará una idea del espantoso movimiento de vehículos en esa poblacion, i del afan constante que él impone a la policía. Completará esta apreciacion el hecho de haberse concedido patente a 11,074 carruajes de los que 1,422 eran ómnibus, i la de haberse entregado al tráfico público en ese mismo año 154 nuevas calles

con 26 millas, o sea cerca de 9 leguas, la distancia de Santiago a Peñaflores. En los veinte años transcurridos desde 1854 a 1873 se ha abierto en Londres 6,578 nuevas calles con 1,158 millas (cerca de 400 leguas!) de estension.

La policia de Londres concurrió tambien en 1873 a no ménos de 573 casos de incendio en los que estuvo presente una fuerza colectiva de 14,387 policemen.

En ese mismo año, por último, recojió (detalle característico) 10,156 perros que fueron enviados al depósito especial (i esto es mas característico todavía) que para este jénero de huéspedes existe en uno de los suburbios de Londres (*Battersea Home*). I aquella cifra es la cosecha mas o ménos fija llevada cada año a la ramada de matanza de los fabricantes de guantes i de carteras de bolsillo, pues en los tres últimos años se ha recojido en la capital habitada por la raza humana mas afecta a esta raza de animales, no ménos de 29,129 individuos de la última especie.

Ni se ocupa tampoco exclusivamente la policia de Londres del servicio diario de las calles que patrulla permanentemente por turnos de ocho horas consecutivas en la noche i en el dia. Solo ocho mil hombres desempeñan este servicio, i los otros dos mil estan repartidos en comisiones especiales. Cerca de mil vijilan los diques del Támesis, o lo que es propiamente el puerto de Londres, poblacion ambulante i temible, enteramente diversa de la de tierra firme. Además, todos los establecimientos públicos estan custodiados por esta múltiple e infatigable tropa. Al Parlamento asistieron en 1873, 19 policemen diariamente; al Museo Británico (que es una ciudad en sí misma) 105; a los Parques (que son una provincia) 105; al teatro de Covent Garden 7, i así a los demas.

Un detalle curioso. Hai bancos particulares como el de Drummond que solicita i ocupa la policia. El Banco de Inglaterra, que es el banco de depósitos i de jiros del universo entero, no emplea un solo policial. Le bastan sus fosos profundos llenos de agua i un hombre gordo vestido de colorado que en tres visitas sucesivas (1853—1859—1870) hemos conocido, cada año mas gordo, en la puerta de aquel emporio de la riqueza universal.

II.

La organizacion de la policia de Paris contemplada en globo i en su forma exterior (aparte del vestido i del arma), no es del to-

do diversa de la de Lóndres, como es natural acontezca en dos ciudades que aunque profundamente distintas en su fondo, se asemejan en su civilizacion, en sus intereses, en su magnitud: las diferencias resaltan en los detalles, no en el conjunto.

Desde luego, la misma division administrativa. Por las veinte *divisiones* de Lóndres, Paris tiene sus veinte *arrondissements* o *mairies*. Por cada *superintendente* un *oficial de paz*, o comisario de policia. Cada comisario tiene a su cargo dos o tres *brigadas* de policiales, que ántes de la *Comuna* llevaban el nombre poco simpático para el pueblo parisiense de *sergent de ville* i ahora usan el mas apropiado de *guardianes de la paz*. Aquellos en 1870 eran 3,864 i en 1871, segun Maxime du Camp, 6,000. En un interesante estudio recientemente publicado en Chile i escrito en Paris por el doctor americano Ricardo Gutierrez, vemos que ese número se ha aumentado recientemente a ocho mil. I aquí advertiremos de paso que este estudio, asi como el que pocos dias mas tarde rejistró el *Mercurio* del escritor de circunstancias Anjel de Miranda, no es sino un extracto de los preciosos trabajos del ilustre escritor frances que acabamos de nombrar.

La administracion central de la famosa policia parisiense se halla situada en una de las calles mas miserables del viejo Paris, (la calle de Jerusalem) en el centro de la ciudad, i existen ochenta depósitos (*postes de police*) distribuido en todo el circuito de aquella turbulenta poblacion. Estos depósitos son mui inferiores a los *posts* de Lóndres, muchos de los cuales presentan el confort necesario para una familia acomodada: al paso que si compara los primeros con los depósitos-palacios de Nueva York, Boston i otras ciudades de Estados Unidos, cuyos planos i fachadas tenemos a la vista, no pasan los primeros de ser simples ratoneras. Algunas de éstas hemos conocido nosotros en los parajes mas centrales de Paris, como la de la calle de Richelieu, a pocos pasos de la Biblioteca Nacional, que no consisten sino en una bóveda subterránea, mal alumbrada por algunos respiraderos abiertos sobre la acera, mal ventiladas, con una vieja estufa i algunas sillas de paja por todo menaje. En una estrechidad existe lo que los franceses, que a todos ponen nombres ridículos, llaman *violon*, es decir, el calabozo de los detenidos que allí se conducen a todas horas, i que despues son llevados en carruajes celulares al depósito central de la calle de Jerusalem. Estos carruajes de invencion inglesa recorren constantemente la ciudad, como nuestro antiguo «carreton de los borrachos» i transportan los pri-

sioneros con comodidad i sin ser vistos del público. Los prisioneros en su tránsito no divisan a su turno la calle, pues son aquellos una especie de ómnibus herméticamente cerrados i con seis u ocho compartimentos. En cada depósito se hallan estacionados jeneralmente cuatro o seis guardianes de la paz. Los demas recorren la ciudad en grupos de dos, tres i hasta de seis. Los turnos fijos son como en Lóndres i en Santiago de ocho horas.

Por lo demas, el oficial de paz, o comisario del *arrondissement*, va todas las mañanas de madrugada a tomar órdenes al depósito central i cada cuatro horas pasa un parte por escrito, cuyo tenor obligado es como el de los policiales de Santiago cuando encuentran a uno de sus jefes «no hai novedad!»—*Rien de nouveau!* En Lóndres i en Nueva York esta ceremonia está suprimida porque todos los depósitos están comunicados por líneas telegráficas, i por tanto toda la policía se halla en comunicacion directa e instantánea. Admirable cosa es que tal ventaja no se haya planteado todavía en una ciudad como Paris.

En estas condiciones, la policía del Sena desempeña con bastante eficacia su difícil mision i captura cada año un número de delinquentes que se halla en una proporción adecuada con el de Lóndres, tomada la diferencia de sus habitantes. Los cuatro millones de Lóndres dan un resultado de 73 mil reos. Los dos millones escasos de Paris arrojan un término medio de 36 mil individuos. Verdad es que la progresion de la criminalidad en Paris va talvez en un aumento mucho mas rápido que el de la metrópoli inglesa. Así en 1837 el número de arrestados en Paris fué solo de 20,726 i en 1862 (veinticinco años mas tarde) lo fué de 24,953. Pero en 1867 el número fué de 31,437 i en 1873 segun el doctor Gutierrez, de 35,751.

Hé aquí ahora el agrupamiento en masa de los principales delinquentes.

Ebrios i vagos 14,095, de los cuales, 2,333 fueron en 1869 niños: los célebres *gamins* de Paris.

Ladrones, desde el simple ratero al forzado reincidente 8,698.

Mendigos, 2,588.

Pendencieros con resultado de heridas, 788.

Llama la atencion en este gran número de criminales la proporción entre los hombres de mayor edad i los menores, que acusa una juventud mucho mas depravada que la de Inglaterra. De esa suerte por 28,548 hombres conducidos al depósito central de la ca-

lle de Jerusalem en 1869, existieron 10,667 reos (la tercera parte) de menor edad. Para 3,168 mujeres, hubo 890 niñas.

Por nacionalidades, en esta ciudad eminentemente cosmopolita, hubo 32,673 franceses i solo 2,596 extranjeros. De estos la gran mayoría era de italianos (698) i de belgas (738). Los americanos, entre lo que es de seguro no faltaria algun chileno, fueron solo 70.

Pero lo que es verdaderamente notable i singular es la distribución de los reos en categorías por sus profesiones, pues nada da una idea mas cabal de la manera como está organizada la vida social de aquella gran ciudad que los guarismos de ese estudio. Así, nada tiene de particular, por ejemplo, que se haya arrestado en un año (1869) no ménos de 1,076 zapateros, 1,283 carpinteros, 1,991 albañiles, 1,076 costureras i 1,102 sirvientes domésticos, sin contar 333 cocineros; ni siquiera debe llamarnos la atención el número de los impresores (728) ni el de los obreros de joyería (718). Pero no sucederá lo mismo cuando se sepa que en Paris son llevados cada año a la policía no ménos de 10 abogados, 22 arquitectos, 57 agentes de negocios (corredores), 32 artistas dramáticos, 38 ingenieros, 35 institutores, 33 boticarios, 9 parteras i hasta 54 literatos i 8 clérigos..... Esta es la estadística exacta de 1870.

El gran delito de Paris es, sin embargo, el hurto, como en Londres i en Nueva York lo son el alcohol i la pendencia. En Paris, la ciudad deslumbradora de las tentaciones irresistibles, el hurto simple es tan habitual que el famoso Vidocq, jefe de la policía en esa capital hace mas de medio siglo (1817—1827) i ladron famoso él mismo, asegura que todos los años pasaban no ménos de 14 millones de pesos (70 millones de francos) de unos bolsillos a otros por medio de la conocida ajilidad de manos del pillo parisiense. Los grandes agujijones del robo i en jeneral de todos los crímenes que reconoce un filósofo, profundo conocedor de la ciudad moderna, puesto que la ha estudiado en sus mas recónditos secretos i refujios (Máximo del Camp) se hallan en mayor escala en Paris que en ciudad alguna del mundo; las mujeres, el vino i el juego. Con esto está esplicado todo.

Respecto de los placeres que mas universal fama han creado a Paris, por las 42 mil prostitutas que en Londres ejercen su triste destino con permiso de la policía, existen a orillas del Sena, segun el investigador social que acabamos de citar, no ménos de 120 mil desgraciadas que se sustentan clandestinamente con esa «profesion». De las rejistradas en los libros especiales de la policía, solo

se contaban en 1870 3,656 inscritas, con esta diferencia, sin embargo que las enfermedades sifilíticas producidas por unas i otras de las inscritas i sujetas a servicio médico i las prostitutas libres estaban en la siguiente proporcion. De las primeras habia una enferma en cada 116. De las últimas, entre cada 100 examinadas resultaron 61 enfermas.... En 1871 habia en Paris 140 casas de prostitucion toleradas por la policía. Un año habia transcurrido, i se habia abierto 67 establecimientos nuevos. (1872).

La prostitucion en Paris está como en Lóndres a cargo de la policía i constituye una de sus mas laboriosas ocupaciones. En la primera de esas ciudades, sin embargo, existe una seccion especial de cincuenta individuos que se ocupa particularmente de este ramo en relacion a la sanidad pública i a los delitos sociales que aquella enjendra i estimula. Otra seccion o brigada de cincuenta policiales, llamados inspectores, vijila i reprime las casas de juego. Otra el ramo de carruajes, otra los mercados i así todos los demás servicios.

Conocidas ahora en lo sustancial las administraciones de seguridad de las dos mas grandes i opulentas ciudades del mundo civilizado, ¿a cuál daríamos la preferencia?

Para nosotros no hai vacilacion.

Admirando la organizacion de una i otra, juzgamos que la policía de Lóndres, mejor elejida, mas civil en su sistema i en su recluta, mejor pagada, mas adecuadamente vestida, alojada con mayor comodidad, i mejor distribuida puesto que sus secciones son cuerpos casi independientes entre sí, es por mucho preferible, a la composicion mas militar que civil de la de Paris, así como ésta, por ejemplo, es mil veces superior a la de Berlin, donde cada policial es un rijido soldado i a la de San Petersburgo en que cada guardia es un cosaco o un kolmuco.

El policeman ingles es mucho mas afable, mas humilde, mas asiduo en el deber, mas protector como fuerza, mas *gentleman* como carácter. Lo que el policeman de Lóndres tiene en bondad, el guardian de la paz del Sur le ostenta en malicia i en sagacidad. Es éste en verdad mucho mas rápido, pero el ingles es mucho mas sólido. Uno no sabe porqué, pero desde que divisa en las calles de Lóndres un sombrero de fieltro, ya se siente completamente seguro en medio de la voráGINE del dia o en la sombra densa de la noche neblinosa. Pero si el *sergent de ville*, inspira confianza, no alcanza a infundir seguridad, porque como es un ajente petulante, irasci-

ble, muchas veces violento, no se siente cada cual completamente tranquilo sobre lo que habrá de pasarle. El ajente frances mas animoso, mas comedido, mas «entrador» (si la palabra es permitida) que el impasible guardian ingles, puede sacar mas rápidamente i mas valientemente a su honrado vecino de un mal lance, pero tambien puede meterlo a mayor hondura i meterse con él. El ingles no va nunca mas allá ni se queda nunca mas acá de su invariable línea de conducta, el *deber!*, aquel *english duty* que enarboló Nelson como señal de gloriosa victoria en los mástiles de Trafalgar. El frances como el policial chileno solo tiene una divisa: *Paentro!*

Por otra parte, como la policía inglesa es reclutada, por el sistema de la nuestra, entre las diversas clases del pueblo, elijendo solo los buenos tipos, i la de Francia al contrario se escoje entre los soldados i clases licenciadas honorablemente del ejército, resulta que los últimos poseen siempre cierta rudeza de maneras, cierta brusquedad de ademanes que les enajena la simpatia pública, como se observa demasiado en el pueblo parisiense, al paso que la jovialidad jenial del *policeman* del Támesis, le hace mas accesible i agradable. En Paris nunca os habla un policial sin levantarse el tricornio de la frente, pero no por esto deja de emplear una de sus manos para atufarse el bigote o acariciar su imperial miéntras está parlamentando con su interlocutor. El *policeman* ingles os recibe siempre risueño i humilde, mas como un servidor casero i antiguo conocido que como un protector oficioso que os está diciendo como el elegante guardian de Paris. «No tengais cuidado porque aquí estoy yo!»

Pero sí a nuestro juicio la policía de Lóndres se halla en un pié de mayor consideracion i en mayor harmonia con el carácter de la sociedad cuya defensa le está encomendada, poseen los franceses una institucion de defensa social tambien, en la cual por mas que se fuerzen sus vecinos del otro lado de la Mancha no llegarán jamas a obtener sino una mala copia: tal es lo que en Paris se llama la *sureté*, es decir, la policía secreta o *administrativa*. La otra seccion de que hemos hablado es la que se denomina policía *municipal*.

Hállase confiada aquella en Paris a una sola brigada de 150 hombres a cargo de un famoso sucesor de Vidocq i Delessert, llamando M. Claude, un vejete de poquísima apariencia, pero que tiene la mas refinada astucia i un conocimiento profundo del

mundo i en especial del mundo parisiense. M. Claude es un verdadero zorro hasta por su figura, pero sus 150 subalternos son verdaderos lebreles, i los que no son lebreles son sabuesos. Estos son los que saben la vida i milagros de los veinte o treinta mil rateros de Paris, de sus cien mil mujeres de mala vida, i de esos sesenta mil petardistas especiales de Paris que segun decia hace poco el conocido M. Pietry, prefecto de policia de Napoleon III, ven salir todos los dias el sol sin saber donde almorzarán ni donde comerán aquel dia i concluyen por comer i por almorzar mejor que cualquiera ciudadano que tiene casa puesta i dispensa i cocina propia.

La *sureté* visita diariamente todos los hoteles de Paris i sabe quienes entran i quienes salen de la ciudad por cada una de sus seis u ocho estaciones centrales de los ferrocarriles, estan en todos los teatros, en todos los clubs, en las iglesias, en los cementerios, en los palacios. Esos hombres no duermen. Se visten con todos los trajes, i se ha visto alguno restregarse el olin de un falso limpiador de chimeneas para acicalarse la corbata blanca i el guante flamante del caballero de industria que asiste a la ópera en palco propio. Tuve yo un conocido en Paris que inquieto sobre las ausencias que hacia cierta amiga suya todos los domingos para ir a visitar a su madre en Bourg la Reina (pueblecito de los alrededores) llamó a uno de estos sabuesos un sábado por la noche, i entregándole un billete de cien francos le pidió una explicacion de lo que pasaba. Al dia siguiente, mi amigo, tenia sobre su mesa, la relacion de la vida de aquella buena hija, lindísima mujer por lo demas. Era una criolla de la isla de Francia; su padre resultó ser guarda de la aduana del Havre, su madre habia muerto hacia algunos años, i las visitas a Bourg la Reina eran solo deliciosas orgías a que se entregaba con antiguos camaradas a uno de los cuales habia roto la cabeza ese mismo domingo hiriéndolo con una copa de champagne. Nunca mi amigo habia hecho mejor negocio que el pago de aquellos cien francos, pues con ellos ahorró mas de cien mil.

Es tan conocida i se halla tan jeneralizada la idea de la superioridad de la policia administrativa o secreta de Paris, que la administracion inglesa en todos los casos de apuro se consulta con M. Claude i manda sus mas finos satélites a tomar lecciones en la calle de Jerusalem de Paris.

Olvidábamos decir que la policia del Sena, i en jeneral las de

toda la Francia, se halla poderosamente secundada por una institucion análoga aunque de un carácter completamente militar. Tal es la famosa *Jendarmeria francesa*, que cuenta no ménos de veinticinco mil hombres repartidos en todo el territorio i especialmente en los campos, cuyos habitantes les deben, como los españoles a la *Guardia civil*, su única seguridad. En Paris, durante el imperio, existian acantonados dos o tres rejimientos de esta fuerza especial, tan apta para la guerra como para los pacíficos menesteres de las grandes ciudades.

Tiene la particularidad aquel cuerpo de reunir los hombres de mas bella planta de la hermosa raza de las Galias, i como visten lujosos uniformes i montan soberbios caballos, hacen un efecto considerable en la imaginacion del pueblo i aun de los extranjeros poco acostumbrados a los relumbrones. Recordamos de cierto hijo del Mapocho que habiendo ido a Paris en los buenos tiempos de Luis Felipe, al oir decir en un paseo que venia el rei, divisó a la distancia un jigantesco jendarme que marchaba abriendo camino a la real comitiva, i al pasar frente a su persona, tomándolo por el soberano, hizole nuestro paisano la mas profunda reverencia, que en su vida habia hecho a ser nacido...

III.

No ha sido la especial e intelijente planta dada a la policia de Nueva York calcada servilmente sobre las mas antiguas de Lóndres i Paris. Léjos de eso. Con el admirable espíritu de discernimiento i asimilacion que en todo ponen los americanos del norte, han conseguido copiar de una i otra lo que tienen de mas sobresaliente, agregando algunas mejoras de su propia cuenta.

De esta suerte, miéntras han impreso un carácter casi exclusivamente civil, a ejemplo de los ingleses, al cuerpo de policia (sobre la cual se ha pronunciado últimamente una considerable reaccion militar en Nueva York), han adoptado los americanos de lleno el procedimiento frances de la policia secreta (compañía de *detectives*), i uniendo ámbas en una sola mano, con solo la cuarta parte de la jente indispensable para guardar a Lóndres i a Paris, consiguen mantener en reposo i con mediana seguridad una de las ciudades de poblacion mas abigarrada i turbulenta que existe sobre la faz de la tierra.

I no se objete que Nueva York es una ciudad de poca cuenta, pues crece a la manera de jigante como el coloso del Támesis. Diez años hace ocupaba ya una área de 3,500 cuadras, tan grande como una de nuestras mejores haciendas del valle central, i media no ménos de 137 leguas de calles. Hoi este número es mui posible llegue a doscientas leguas, es decir, la mitad de la estension longitudinal que recorre diariamente la policía pedestre de la metrópoli inglesa.

Por lo demas, el sistema americano tiene suficientes analogías con el ingles. Existen en Nueva York 35 divisiones o *prescints*, algunas de las cuales (como las que llevan los números de orden 14 i 32) son verdaderos palacios dignos de un príncipe o de un embajador; i estos edificios, aunque mucho mas suntuosos i mas vastos, corresponden a los *posts* ingleses que por lo comun son aparentes solo para alojar un destacamento de seis u ocho policemen i dos o tres caballos.

Poseen tambien los americanos en su sistema un jefe superior como la policía de Lóndres con el título de superintendente. El jefe actual de la policía de Nueva York es Mr. James C. Kelso, como el de Lóndres es Mr. Henderson, el de Paris M. Claude i el de Santiago «el comandante Chacon.»

En su jerarquía de empleados los americanos reemplazan los superintendentes del sistema ingles con el empleo que ellos denominan de *capitanes*, cada uno de los cuales tiene a su cargo un *prescint* o distrito. Para facilitar el conocimiento i subdivision de éstos se ha litografiado un plan de la ciudad que simplifica mucho las operaciones del cuerpo de seguridad.

Vamos a apuntar ahora rápidamente algunas de las particularidades que los americanos han introducido con su jenial habilidad i espíritu de vijilancia en la custodia de sus ciudades.

Desde luego, el jefe o superintendente de la policía de Nueva York no depende como en Lóndres del Ministerio del Interior, sino que es nombrado por una comision de policía (*Board of police*) que a la vez es designada cada ocho años por la Lejislatura del Estado.

En seguida poseen tres empleados superiores que con el título de *inspectores* vijilan el cuerpo de policía en todos sus detalles.

Pero la verdadera i mas peculiar reforma de la policía americana consiste en el elevado salario que paga a sus ajentes, conforme en todo a las ideas de la raza. La renta reemplaza al número,

la idoneidad individual a la masa colectiva. Así, mientras el *sergent de ville* gana mil francos (200 \$) en París i 60 libras esterlinas (300 \$) el *constable* en Lóndres, el simple policial recibia de la ciudad de Nueva York en 1873 800 pesos, i despues se me ha asegurado que ha tenido un aumento de 200 pesos. De todas suertes, el custodio del orden en Nueva York gana cuatro veces mas que el funcionario de igual clase en París, i tres veces mas que en Lóndres.

La diferencia de personas corresponde naturalmente a esa alza en los sueldos. El policial en Nueva York ha alcanzado ya casi la categoría de un funcionario público. Aunque rondando la calle como un simple policial, mantiene el respeto de sus antecedentes, de su educacion, de su familia, de su propia situacion holgada. Viste bien, a su albedrio, i en sus maneras nadie conoceria que aquel caballeroso transeunte lleva en sus bolsillos las esposas con que ha de atar las manos del primer criminal que caiga entre las suyas. Recuerda el que esto escribe que cuando fué arrestado en Nueva York por causa e influjo de la famosa doctrina farisaica llamada de Monroe («América para los americanos») se presentaron en un modesto aposento de la calle *Novena* en Nueva York varios caballeros precedidos de un sujeto de mala catadura que iba mostrándoles el camino a guisa de portero. Pues el tal era nada ménos que el *marshall* o gran prevoste de Nueva York, empleado de grandes campanillas i de mayor sueldo. En cuanto a los *gentlemen*, eran éstos simplemente jóvenes policiales que escoltaban a su señoría. Uno de los últimos me acompañó esa noche a comer en el lujoso hotel Delmónico con el perfecto desenfado de un caballero de buen tono, i despues de pedirme mi palabra de honor me dejó libre en casa con la elegancia de modales de un cumplido jentil-hombre.

Otro de los rasgos característicos del sistema americano, es que así como tienen una compañía de *detectives* para descubrir los criminales, mantienen tambien una compañía especial encargada de la sanidad de la poblacion. A esta compañía están agregados no ménos de catorce cirujanos, que son otros tantos médicos de ciudad para la policía i para la poblacion misma.

El costo total de la policía neoyorquina no puede ser hoi inferior a un millon i medio de pesos, repartidos únicamente entre dos mil individuos. Hace catorce años (1860) a que ese gasto era de 1.250,000 pesos.

No poseemos datos recientes sobre la criminalidad de Nueva York con relacion a su policía, pero podemos con certeza asegurar que aquella se halla en una proporción mucho mas considerable que la de Lóndres i Paris, especialmente por causa de la turbulenta, incoherente i atropellada inmigración que recibe aquella desencuadrada ciudad. Así, en un solo trimestre del año de 1860, cuando Nueva York estaba léjos de poseer su actual población de millon i medio de habitantes, resulta que se aprehendieron por su policía no ménos de 18,162 individuos, lo que haria un total de 72,648 personas en un año, o lo que es lo mismo, una cantidad igual de casos de policía a los ocurridos en Lóndres el año pasado de 1873. La criminalidad de Nueva York se halla, por tanto, segun este dato, en la proporción de uno a cuatro respecto de Lóndres i casi en igual relacion con la de Paris, tomando en conjunto la población de estas tres grandes ciudades.

I tan cierto es que la emigración, de la cual la metrópoli americana forma el gran centro, es la que ocupa de preferencia la atención i los calabozos de la policía en aquella ciudad, que en el trimestre que dejamos recordado, resultaron por 3,595 irlandeses (la mas peligrosa, violenta e ignorante masa de emigrantes) 1,263 ingleses, 1,251 alemanes, 390 escoseses, 374 franceses 133 italianos i 409 negros.

El resto de los delitos i la proporción de las condiciones de los delincuentes se hallaban clasificados de la siguiente manera:

De los 18,162 individuos arrestados 12,535 eran hombres i 5,627 mujeres, lo que arroja una proporción enorme en contra de éstas, i precisamente acontece tal cosa en los Estados Unidos el país por exelencia de la emancipación de la mujer. Los niños menores de 10 años llegaron a 646.

Debe tenerse, sin embargo, presente que el total de casos no representa igual número de reos, pues muchos de éstos (al ménos un tercio) son reincidentes, es decir, individuos que son conducidos tres, cuatro, seis i mas veces en el año por ébrios, rateros, prostitución, etc., consideración que se aplica tambien a la estadística de las demas ciudades que dejamos recordadas.

Los casos mas especiales de la delincuencia de Nueva York son, como en las demas ciudades, la ebriedad (7,247 casos), las pendenencias (3,259 casos), la vagancia (800), la prostitución (1,247), etc. En esta ciudad, centro de los grandes crímenes nacidos de la sed del oro, los asesinatos recordados en un trimestre llegaban a diez,

o sea uno por semana. Triste punto de comparacion con nuestra ciudad en que ese crimen, nacido casi esclusivamente de la ebriedad, es el obligado acompañante el «parte diario» de la policía.

No faltan en Nueva York, como en Paris, algunos casos sociales de importancia entre los delincuentes. Así, en el período que dejamos recordado, fueron conducidos a los depósitos de la policía no ménos de 89 artistas, 26 actores dramáticos, 7 actrices, 20 doctores en medicina, 21 abogados i 5 *gentlemens*. Seis años mas tarde hubiera podido agregarse a esta cifra este otro «un embajador» por la gracia de dos grandes impostores llamados el uno Monroe i el otro Seward.

Todavía un dato desconsolador con relacion al incorrejible despotismo del vicio que flajela nuestra pobre naturaleza. De los 18,162 delincuentes aprehendidos por la policía de Nueva York 13,316, esto es, mas de los dos tercios del total, *sabian leer*.

IV.

Nos queda todavía, a fin de completar nuestra tarea de presentar bajo una faz compendiosa la organizacion i los resultados de la policía de algunas de las ciudades de mayor consideracion i de cuyo ejemplo podemos nosotros aprender, nos queda todavía, decíamos, por hacer el estudio de la policía de nuestra capital, punto objetivo de este breve análisis.

Desgraciadamente poco no es dable decir sobre una institucion que si bien es cierto ha mejorado de una manera rápida durante los veinte años últimos, se halla todavía mui léjos de alcanzar a la perfeccion relativa que esos cuerpos han alcanzado en pueblos mas cultos i mas ricos, i al mismo tiempo mucho mas antiguos que el nuestro.

En realidad, la policía considerada bajo el punto de vista de su verdadera mision i en su mas lejítimo alcance social, es una institucion moderna entre nosotros. Apénas data de Portales, i de su inmediato administrador local el intendente de Santiago don José Joaquin de la Cavareda.

Verdad es que ántes de la revolucion habian existido diez o doce *ayucos*, o esbirros pagados por la capitania jeneral, que así servian de escolta al presidente i de cargadores de andas en las procesiones como ejecutores de órdenes a los «alcaldes de corte» de

(ministros de la Real Audiencia) que desempeñaban cada uno en un barrio de la ciudad, el triple papel que hoy incumbe al comandante de la guardia municipal, al inspector de policía i al subdelegado o inspector de cada localidad. Los *ayucos* eran los vijilantes, los serenos, los receptores de menor cuantía, los ordenanzas o criados de servicio de los oidores, de los presidentes i de los municipales, i en caso preciso prestaban tambien una mano amiga al verdugo para atar a los ladrones en el *rollo* (que era la Penitenciaría de aquellos buenos tiempos) o echar sobre el pescuezo de los saltadores de camino la soga de la horca. De aquí el odio del pueblo a aquellos pobres hombres que han dejado todavía un nombre de desprecio sobre una noble profesion que de ello se resiente todavía. Por este camino acontécenos a nosotros, que no obstante el adelanto conseguido i la rehabilitacion que ese mismo progreso ofrece al ejercicio de la seguridad pública, preséntanse cada dia a la puerta del despacho personas que con una buena fé irreprochable van a solicitar un puesto de oficial de la policía, alegando que han llegado a este «último caso de miseria», despues de haber apurado todos los medios de proporcionarse un honorable vivir. Todavía en el tiempo que corre i aun en la clase media de la capital, es casi una especie de mengua ser «oficial de policía.» La sombra de los *ayucos* se pasea todavía por nuestras aceras.

La revolucion de la independendencia en medio de sus escaseses i turbulencias, hizo bien poco por la policía de las ciudades, es decir, por la policía de Santiago, única ciudad que entónces existía en el sentido moderno de esta palabra. Epoca hubo en que todo el cuerpo de seguridad de la capital estuvo concentrado en un solo hombre, en San Bruno; i por esto los santiaguinos lo mataron como a *ayuco* en 1817. Todo lo que pudo hacer la «Patria vieja» fué crear en sus agonías (setiembre de 1814) un juez de policía que lo fué el doctor Vera, al paso que la «Patria nueva» solo alcanzó a dividir la policía (1819) en dos categorías algo singulares, pues la *alta policía* era la que ejercía el gobernador intendente, teniendo por emblema el carreton de los borrachos, miéntras que la *baja policía*, es decir, el aseo de la ciudad estaba confiado al rejidor de turno. Verdad es que en esos benditos años las aceras estaban atestadas de bateas i de lavanderas, de trastos en que se cocinaba al aire libre i en plena calle de Huérfanos o del Estado, i que así como los cajoneros o baratilleros del *Portal de Sierra Bella* tendían los pañales de sus chiquillos de un arco a otro, segun lo

practican todavía los españoles en los balcones de la «Puerta del sol» en Madrid, así se cocinaba la comida de los presos, en un gran fondo en los portales de la cárcel, sofocando con el hervor de los porotos las deliberaciones de la Real Audiencia que en aquella vecindad tenia su asiento.

Pero don Diego Portales, que inventó los *carros* para los salteadores, inventó los *vijilantes* para los borrachos i para los rateros. Les dió sables, pitos, gorras redondas con una franja colorada i cierta organizacion de cuerpo de que ántes habian carecido por completo. Hasta por esos años los comisarios de policía tenian a su cargo cada uno una seccion de ocho o diez individuos, llamados alternativamente *hirvanados*, *padrecitos*, *asoleados* etc. que iban a tomar órdenes a su domicilio. El depósito central se hallaba en uno de los cláustros del Instituto viejo, calle de la Catedral.

La capital de Chile era manejada en esa época por las riendas de cuero i el sable de laton de un sarjento llamado Benavides, de célebre memoria por su bravura i su fealdad. Era un San Bruno republicano.

El cuerpo de serenos, que era mas antiguo (porque ántes no se robaba de dia en Santiago, i por consiguiente no se cuidaban sus vecinos de pagar guardianes) tenia cierta cohesion i respetabilidad. Sus individuos, sin embargo, salian a hacer su servicio en avios de pellones, provistos de estribos de palo, grandes como una casa. Apenas amanecia, se iba cada cual a su rancho, i quedaba la ciudad acéfala, sin mas amparo que el sol.

I fué precisamente en este cuerpo, donde apareció el hombre que debia crear la policía moderna de Santiago, i por su molde la de toda la República, tal cual hoi existe sino perfecta, lanzada al ménos en el camino de poder serlo.

Por el año de 1838, esto es, hace la fecha 37 años, estaba la compañía de serenos que constaba apénas de unos sesenta u ochenta jinetes, alojada en una mísera i fétida casucha en la calle de San Antonio, pared de por medio con el teatro (que a su vez era un gallinero); i vino a tomar servicio entre aquella buena jente de pellon i lazo un adolescente de buen ánimo que pretendia suplir a un camarada a quien no le gustaba trasnochar. Aquel neófito del deber no se afiliaba en el cuerpo de policía como los que lo solicitan hoi «por no hallar para donde tirar» (esta es la espresion chilena) sino por entusiasmo, por voluntad, o como suele tambien

decirse entre nosotros «por capricho». No pidió por tanto, ningun grado, ni una jineta siquiera, i sentó plaza de soldado raso. I sentia tal vocacion para la carrera de las privaciones, poseia tanta i tan tranquila suspicacia en los lances de apuro, tan probado valor en todos los casos de peligro, que el soldado de la calle de San Antonio, era capitan de policia a los seis u ocho años, cuando el cuerpo habia pasado a ocupar mas decente alojamiento en el edificio que es hoi cuartel jeneral de bomberos.

No necesitamos señalar por su nombre a ese bueno i antiguo servidor de la ciudad. Todos habrán conocido al popular «comandante Chacon,» quien habia ganado los galones de su kepí en una abierta lid a cuchilladas sostenida en la cancha del rio, de hombre a hombre con un salteador, a quien logró aprehender. Por este hecho su nombre fué leído durante un mes en todas las listas del cuerpo.

I ¡cosa singular! Casi al propio tiempo en que nacia del poncho de los *serenos* de Santiago, que ese nombre habian tomado de los de España, su rejenerador, se echaban las primeras combinaciones de que debia salir la policia secreta de Santiago, que completa aquella, ni mas ni ménos como la *Suret * de Paris completa la vasta organizacion de la policia municipal del Sena.

Existia en Santiago por el año de 1844 un famoso ladron, cuatrero i en casos de necesidad asesino, llamado Pedro Vilatema, que por flaco i por calvo oimos denominar en nuestra niñez solo por el apodo i apellido de «el Pelado Latema.» Creyó éste, despues de una larga e infame carrera mas cómodo i provechoso ocuparse de denunciar a sus antiguos cómplices que de seguirlos en sus empresas, i eliji  al capitan Chacon como depositario de sus denuncios. El capitan pag le estos avisos con parte de su escaso sueldo, porque por ese camino lograba limpiar la ciudad de bribones i de malvados mas aprisa que con cien galopes i mas eficazmente que con duras trasnochadas. El «pelado Latema,» especie de Vidocq santiaguino, llegó a ser por el año de 1850 una personalidad de cierta categoría en los anales de los juzgados del crimen de Santiago, i luego encontr  una digna aliada de sus fechorías en la famosa «Anita,» una mujer terrible i veleidosa que empuñaba por los cabellos al mas fornido bellaco, i lo arrastraba hasta hace poco a los calabozos de San Pablo. El «pelado» i la «Anita» debieran haber contraido matrimonio, por el ministerio de la policia, si los achaques de una vida borrascosa no les hubie-

ra arrebatado en su triste pero provechosa carrera. Ambos eran oriundos de Santiago i ámbos fallecieron en esta ciudad hace ocho o diez años.

Pero Vilatema habia dejado sucesores dignos de su nombre, como Vidocq dejara a Gisquet. El último representante de esa era fué el conocido Ciriaco Contreras, reconocido por todos como un salteador de caminos.

En Contreras, la organizacion de la policía secreta de Santiago, encontró sin embargo el último eslabon de un sistema que comenzaba ya a desacreditarse, porque no son precisamente los bandidos sino los hombres de valor i de sagacidad acostumbrados a perseguirlos i a luchar con ellos en la acechanza o cuchillo en mano, los que mejor manejan ese ramo del servicio público. Así sucedió que al entrar en la administracion un intendente que conocia alguna cosa de la policía secreta en otros países, una de sus primeras medidas fué espulsar del cuerpo a Ciriaco Contreras i a su célebre compañero Matus, antiguo soldado de cazadores a caballo que habia cambiado el sable por el puñal.

Uno i otro fueron enviados mas allá del Maule, i solo se dejó en el pequeño pero depurado cuerpo de policía secreta una docena de hombres mas capaces de arriesgar su vida que de arrebatarla a mansalva a un transeunte o a un compañero,

La policía secreta, que presta importantísimos servicios a la capital bajo la denominacion de *comisionados*, depende solo del comandante de policía, i se mantiene mediante una doble subvencion que pagan por mitad el Estado i la Municipalidad.

En cuanto a la policía municipal, de la que aquella es solo una sucursal, cada cual conoce sus defectos i sus buenas condiciones, i nos abstenemos por tanto de analizarla en sus detalles. Nos bastará decir que aunque reclutada entre la misma clase de individuos que la lei le encarga vijilar i corregir, presta a la ciudad servicios mui superiores los que seria dable exigir de ella. Justo es tambien agregar que desde los tiempos de los intendentes Bascuñan Guerrero i Echáurren Huidobro se ha hecho mucho por mejorarla en moralidad i en sueldo, en vestido i en respeto público.

Bajo estas condiciones que solo son susceptibles de un cambio paulatino (por la índole del único personal disponible) i admitida la enorme criminalidad de Santiago, especialmente por los tres grandes delitos indijenas heredados de padres a hijos i de jeneracion en jeneracion, es decir, la *embriaguez*, el *hacha* i el *cuchillo*, no puede de-

cirse que la policía de la capital, sea indigna de la cultura, de la seguridad i de la confianza de la última. Podria ser infinitamente mejor, pero solo en lo absoluto. En lo real se llega hoy dia hasta donde es posible llegar. Con los elementos que actualmente se posee es imposible ir mas lejos.

Así en el año último (1873), primero en que se introdujo el procedimiento de llevar una estadística prolija de los delitos de policía, el cuerpo de seguridad ha capturado no ménos de 6,777 individuos, i en lo que va corrido del presente (1.º de diciembre de 1874) hasta 5,921.

Equivale este resultado a una cifra (hablando del bulto de las cosas i no de los números) al doble de la criminalidad de Nueva York i al triple de la de Paris o de Lóndres, pues contando con que Santiago tenga una poblacion máxima de 150 mil habitantes, la de la última ciudad es treinta veces mayor. De suerte que Santiago, en la proporción actual de sus casos de policía, si albergase cuatro millones de habitantes registraria en los cuadros de su estadística criminal hasta 208,987 casos, siendo así que los de Lóndres son solo poco mas de 73,000, o sea la tercera parte de aquella enorme cifra.

La distribución de los delitos mas usuales aparece en los estudios que sobre el particular se hacen en el cuartel de policía, de la siguiente manera:

Ebrios, 2,853, o sea un 41.95 por ciento del total.

Rateros (incluyendo las sospechas de hurtos i los abusos de confianza) 1,616 casos, o sea el 23.84 por ciento del total.

Pendencias, heridas, salteos i asesinatos, 764 casos, o sea mas o ménos un doce por ciento del total.

En cuanto a las profesiones, las mas altas cifras corresponden naturalmente a los gañanes, es decir, a la ignorancia i a la brutalidad. Fueron éstos en 1873 no ménos de 2,842, esto es, casi la mitad del total.

Síguese en pos el mal reputado gremio de los zapateros (553); en seguida el de los carpinteros (427) i despues 308 sastres, 370 cocheros, 218 carreteros o carretoneros, i así las demas profesiones. Pero ningun abogado, ningun médico, ningun eclesiástico, ningun *gentleman*, como en Nueva York. Prueba irrecusable de que vivimos en república!

Del número total de aprehendidos hubo solo 602 mujeres i 157 extranjeros, o sea un 2.32 por ciento de los últimos sobre el total,

dato enteramente diverso del que arroja la criminalidad urbana de Nueva York, en la cual el elemento forastero, es decir, el emigrante, es el mas esforzado contribuyente.

Un último dato para cerrar este cuadro ya por sí solo bien triste de nuestra moralidad, pero que al mismo tiempo es un documento de honor para nuestra policía, por cuanto a sus esfuerzos se debe la aprehension i castigo de ese número considerable de reos.

Ese dato reservado para el postrer momento es el de que sobre el total de delincuentes, casi dos tercios no saben leer ni escribir: 3,987 contra 2,790.

Tales son las noticias rápidas si bien exactas i las reflexiones superficiales pero, a nuestro juicio, correctas que nos ha sujerido la comparacion del mecanismo i de las funciones activas de la policía de seguridad en algunas de las ciudades mas adelantadas de nuestra época. I por ello habrá venido en cuenta el lector de que si estamos todavía mui distantes de haber alcanzado el beneficio de las viejas instituciones de paises mucho mas ricos, no tenemos la razon que nos place atribuirnos cada dia para maldecir i desconocer una administracion reciente i especial, gracias a la cual vivimos en mediana paz i confianza en medio del profundo desórden que trabaja las rejiones inferiores del pueblo, en cuyo seno elejimos alternativamente nuestros esclavos i nuestros custodios.

Santiago, diciembre 1.º de 1874.

B. VICUÑA MACKENNA.

ALGO

sobre las momias peruanas.

He notado que la mayor parte de las personas que visitan nuestro museo i ven en él las momias peruanas, creen que ellas han sido embalsamadas, i que deben su conservacion a un procedimiento artificial, como las momias de Egipto. Pero esta opinion es errada. Todas las momias peruanas examinadas hasta ahora han resultado ser *momias naturales*. Se han secado las carnes i aun las vísceras solo en virtud del aire seco i de otras circunstancias que suelen impedir la putrefaccion i destruccion de las partes blandas del cadáver.

En muchos otros lugares se observa el mismo fenómeno, aunque sea solo en localidades determinadas, en las cuales concurren circunstancias especiales, como una corriente continua de aire i una temperatura bastante baja. Citaré solo como ejemplo la cripta subterránea del convento de los padres capuchinos en Palermo, en la cual todos los hermanos difuntos se hallan parados a lo largo de las paredes en estado de momias naturales; i la cripta de la iglesia matriz de Quedlinburg, en Alemania, que conserva entre otras la momia natural de la famosa condesa Aurora de Koenigsmark, una de las muchas queridas del célebre Augusto II, elector de Sajonia i rei de Polonia, la que tuvo de su amante real un hijo tan célebre por sus proezas militares como por sus extravagancias, el célebre mariscal frances Mauricio de Sajonia. La momia de la condesa Aurora está tan bien conservada, que algunas personas han creído reconocer todavía en ella la grande hermosura que la habia distinguido en su juventud, i de la cual podian

haber quedado solo restos a su muerte, pues que dejó la vida a la edad de cincuenta i ocho años, en 1728 (1).

No han faltado personas que hayan pretendido que todas las momias peruanas han sido embalsamadas. En 1828, don Francisco Barreda describió el procedimiento de que se servian los embalsamadores peruanos en una prolija disertacion, publicada en el *Memorial de ciencias naturales* de D. M. E. de Rivero, tom. II, páj. 106. Pero los señores don Mariano Eduardo de Rivero i don Juan Diego de Tschudi han refutado esta opinion con argumentos que no admiten réplica. Dicen en sus *Antigüedades Peruanas* publicadas en 1851 en Viena, páj. 206: «Segun nuestro parecer, esta descripcion (del modo de embalsamar los cadáveres usado por los antiguos peruanos), es un mero juego de fantasía del señor Barreda, compuesto segun el método que usaban los ejiptos al preparar sus momias. En ninguna de las conservadas en el Museo nacional de Lima se ha podido descubrir ni polvos, ni yerbas, ni otros preservativos, como lo asegura el distinguido direc-

(1) A los hechos recordados aquí por el señor Philippi, nos permitiremos agregar uno que hemos podido observar nosotros mismos.

La iglesia de San Miguel de Burdeos tiene un campanario aislado, situado al oeste, a una distancia de 30 metros. En la puerta de este campanario hai siempre un sacristan que por la propina de diez centavos conduce a los extranjeros a una bóveda subterránea, al rededor de la cual están colocados los cadáveres sacados de un cementerio vecino, cuyo terreno tenia la propiedad de conservarlos. Teófilo Gautier, ha hecho la descripcion que sigue de este desagradable museo:

“Los muertos, en número de 40, están formados de pié al rededor del subterráneo i afirmados a la pared. Esta actitud perpendicular que contrasta con la posicion habitual de los cadáveres, les da una apariencia de vida fantástica mui aterradora, sobre todo a la luz amarillenta i temblorosa de la linterna que oscila en la mano del guia i disloca las sombras de un instante a otro.

“La imajinacion de los poetas i de los pintores no ha producido jamas una pesadilla mas terrible.... Son figuras contorneadas que hacen jestos, craneos medio pelados, costados entre abiertos que dejan ver al traves de las costillas pulmones disecados como esponjas: aquí la carne se ha reducido a polvo i deja pasar el hueso: allí, no estando sostenida por las fibras del tejido celular, la cútis apergaminada flota al rededor del esqueleto como una segunda mortaja. Ninguna de esas cabezas tiene la calma impasible que la muerte imprime como un sello supremo o todo lo que toca: las bocas bostesan horriblemente, como si estuviesen contraidas por el incomensurable fastidio de la eternidad, o burlándose con la risa sardónica de la nada que se rie de la vida: las mandíbulas están dislocadas: los músculos del cuello hinchados; los puños se crispan furiosamente: las espinas dorsales se estiran con torsiones desesperadas: se diria que están irritados de haber sido sacados de sus tumbas i turbados en su sueño por la profana curiosidad.”

T. Gautier sigue describiendo particularmente el aspecto que presentan algunos de los cadáveres (D. B. A.)

tor de este instituto don Mariano E. de Rivero en su opúsculo *Antigüedades Peruanas*, páj. 42.

«Hemos examinado centenares de estos cadáveres así en las regiones calientes de la costa, como en la sierra frijida, pero nunca conseguimos hallar un preservativo. Es verdad que hallamos en casi todos los cráneos una maza rojiza o negruzca, ya sutilmente molida como polvo, ya en pedazos de diferentes tamaños; pero el análisis químico i microscópico, que hizo de esta sustancia nuestro amigo don Julio Vogel, célebre químico patológico, actualmente catedrático de clínica interna en la Universidad de Giessen, ha mostrado que tanto el polvo como los pedazos están compuestos de grasa cerebral i glóbulos de sangre secos, i que no es posible descubrir el menor vestijio de una sustancia vegetal, prueba irrefragable de que no han sido estraidos los sesos, como pretende Barreda. Podemos, pues, asegurar por esperiencia propia, que todas las momias contienen el cerebro i los intestinos, i que en ninguna se percibe incision alguna en el peritoneo.»

Segun el señor Barreda, los intestinos se sacaban por una pequeña cortadura hecha del ano al pubis.

«Entre las numerosas pruebas que militan contra una momificación artificial, citaremos pocas pero convincentes. En el año de 1841 hallamos en un sepúlcro de jentiles la momia de una mujer preñada, conservada perfectamente, de la cual sacamos el feto que todavía está en nuestro poder, i que, segun el dictámen de uno de los mas célebres profesores de partear, M. d'Outrepoint, tenia siete meses de edad fetal. Esta interesante momia se halla figurada en la lámina VI del atlas.

«Pocos años ántes, hallóse en Huichay, a dos leguas de Tarma, la momia de una mujer que habia muerto de dolores de parto, pues solo la rejion superior de la cabeza de la criatura habia salido a la luz.

«En la momia de un niño de diez a doce años, que halló el doctor don J. D. Tschudi en una Huaca de la costa, i que regaló a la academia imperial de Petersburgo, están las costillas del lado izquierdo desatadas del esternon; i la cavidad del pecho i en parte la cavidad del empeine abiertas, pudiéndose ver perfectamente el corazon envuelto en el pericardio, los pulmones avellanados, el diáfragma, el cólon transverso i parte de los intestinos delgados.

«Estos i otros hechos son concluyentes, i muestran la nulidad de

la hipótesis del señor Barreda i de otros, relativa a un proceder de embalsamar artificial i trabajoso.»

Pero si indudablemente las momias de la jente vulgar peruana son naturales ¿sucede lo mismo con las de sus incas i princesas reales? Los historiadores pretenden que estos personajes encumbrados han sido embalsamados despues de su muerte, i pretenden aun que el arte de preparar los cadáveres habia alcanzado una perfeccion «que parece haber superado aun en mucho al procedimiento de los ejiptios,» pues no se conocen momias de ninguna nacion en que las partes carnosas permaneciesen llenas, el cútis suave i blando, i las facciones de la cara inalteradas, como, segun los autores, ha sucedido con las momias de los Incas.

Los citados autores de las *Antigüedades peruanas* observan mui juiciosamente: «confesamos con injenuidad, que las noticias de los autores (Garcilaso de la Vega i el padre Acosta) sobre este asunto nos parecen inexactas, a lo ménos exajeradas; i cualquiera que conozca las mutaciones inevitables que sufren las partes blandas del cuerpo humano, a pesar de todos los medios preservativos, tan luego que cesa la vitalidad, participará de nuestra opinion.

«Ello es cierto que los cadáveres de los reyes eran incomparablemente mejor conservados que los demas, a consecuencia de cierto proceder; i la asercion que éste era secreto de la familia real, está fundada en el hecho de que no se han hallado otras momias artificiales que las de los reyes i reinas. Nada sabemos de qué modo efectuaban su proceder los maestros del arte de embalsamar, ni cuáles sustancias usaban para evitar la putrefaccion i dar cierta flexibilidad al cútis. Para llegar a saberlo seria necesario someter una de estas momias al análisis químico.» Véase páj. 204 de la obra citada.

¿Existe todavía una sola de estas momias? Garcilaso de la Vega que ha visto cinco, las describe del modo siguiente (*Comentarios reales que tratan del orijen de los Incas*, etc., lib. V, cap. XXIX): «En el aposento hallé cinco cuerpos de los Reyes Incas, tres de varon i dos de mujer. El uno de ellos decian los indios que era el Inca Viracocha, i mostraba bien su larga edad, tenia la cabeza blanca como la nieve. El segundo decian que era el gran Tupac Inca Yupanqui, que fué viznieto de Viracocha Inca. El tercero era Huayna-Capac, hijo de Tupac Inca Yupanqui, i tataranieto del Inca Viracocha. Los dos últimos no mostraban haber vivido tanto, que aunque tenian canas, eran ménos que las de Viracocha. La

otra era la Coya Mama Oello, madre de Huayna-Capac; i es verosímil que los indios los tuviesen juntos despues de muertos marido i mujer, como vivieron en vida. Los cuerpos estaban tan enteros que no les faltaban cabello, cejas, ni pestañas. Estaban con sus vestiduras como andaban en vida: los mantos en la cabeza, sin mas ornamento ni insignia de las reales. Estaban sentados como suelen sentarse los indios i las indias, tenian las manos cruzadas sobre el pecho, la derecha sobre la izquierda, los ojos bajos, como que miraban al suelo.»

Pero segun otros, Ganzalo Pizarro desenterró el cuerpo del Inca Viracocha en Haquijahuana i mandó quemarlo; i el cuerpo de Huayna-Capac fué trasladado de Patallaeta a Totocacha (1), donde se fundó la parroquia de San Blas. Luego estos dos Incas no estuvieron en el Cuzco, i Garcilaso de la Vega no pudo verlos allí. De la momia de Huayna-Capac dicen que estaba en tan buen estado, que parecia vivo, tenia hechos los ojos de una telilla de oro, tan bien puestos que parecian naturales, i todo el cuerpo aderezado con cierto betun. Aparecia en la cabeza una cicatriz de una pedrada, que le dieron en la guerra, i veíase su cabellera mui canosa i entera. Habia muerto como ochenta años ántes. El licenciado Polo Ondegardo, siendo virei don Andres Hurtado de Mendoza, segundo marqués de Cañete, trajo esta momia con varias otras de Incas de Cuzco a Lima. Finalmente fueron enterrados los restos mortales de estos poderosos i sábios monarcas en un corral del hospital de San Andres en Lima.

La costumbre de embalsamar los cuerpos de los reyes es mui jeneral. Aun en la actualidad se emplea este procedimiento con los monarcas de Europa; i se suelen extraer las vísceras i conservarlas por separado en un vaso apropósito. Lo mismo se hacia con los Incas. Sus vísceras, depuestas en vasos de oro, eran conservadas en el magnífico templo de Tambo, a cuatro leguas del Cuzco, i el cuerpo, sentado sobre una especie de trono en la posicion descrita arriba por Garcilaso, era colocado delante de la figura del sol en el templo de la capital durante algun tiempo.

Una costumbre análoga se observaba entre los Zipas de Bogotá, segun refiere don Joaquin Acosta. Cuando morian estos monarcas, los xeques les sacaban las entrañas, i llenaban las cavidades

(1) ¿Será el suburbio *Tococachi* (ventana de sal) de Cuzco, donde se fundó una iglesia de San Blas?

con resina derretida; i a esto talvez se habrá reducido igualmente el arte de embalsamar las momias de los Incas. Despues se introducía el cadáver en un grueso tronco de palma hueco, forrado con una plancha de oro por dentro i por fuera; i los xeques lo llevaban secretamente a sepultar en un subterráneo, que tenían hecho desde el mismo dia en que el soberano comenzaba a reinar, en parajes lejanos i ocultos.

Pasamos ahora a describir algunos objetos de oro i plata de los antiguos peruanos que existen en el museo nacional de Santiago.

El ídolo de plata representado en la lámina adjunta «fué encontrado en las cordilleras de Elqui por el señor cura de Paihuco, en un sitio en que se creía hallar un gran entierro de los indios. Es una pieza mui notable, por cuanto demuestra el grado de adelanto alcanzado por los indíjenas en las artes. El peinado de esta figurita es el mismo que usan todavía las indias de nuestros campos. Parece representar una vírjen del sol o la diosa de la honestidad por el aparato que cubre la parte inferior de su cuerpo.»

Así dice el *Catálogo razonado de la Esposicion del Coloniaje* celebrada en Santiago de Chile en setiembre de 1873, páj. 96 i 97.

El aparato mencionado era una lámina de plata delgada como papel, cuyos lados eran reunidos por detras por medio de un pedazo de alambre de plata bastante grueso. No puedo participar de la idea que la figurita representa la diosa de la honestidad, ni sé que los antiguos peruanos hayan adorado la tal diosa; i creo mas bien, que el dueño del ídolo se haya escandalizado de ver el sexo demasiado bien espresado, i haya cubierto del modo indicado la parte inferior del cuerpo. Si el escultor hubiese querido representar la tal diosa, habría seguramente dado desde luego vestido a su figurita.

Nuestro ídolo se parece exactamente a otro figurado en la lámina XLIV de las *Antigüedades peruanas* por don Mariano Eduardo de Rivero i don Juan Diego de Tschudi, señaladamente al del lado izquierdo. Tiene el mismo tamaño, las mismas proporciones, etc.; de modo que uno diría a primera vista que ámbas figuritas han salido del mismo molde; solo que el ídolo de las *Antigüedades peruanas* es en la mitad superior de oro, i en la inferior de plata. La esplicacion de la lámina dice, páj. 324: «Ídolo de plata i oro representando una mujer hueca i desnuda, con una especie de gorra en la cabeza, i con lazos que le caen sobre los hombros.» La otra figura de la misma lámina es un poco mas esbelta, i tiene los piés un poco mas apartados; por lo demas sus proporciones, la posicion de los

brazos, el adorno de la cabeza, en una palabra todo es idéntico, pero el material es diverso. En efecto, la página citada dice: «Ídolo de una mezcla de plata i estaño macizo con fajas embutidas de oro, plata i cobre puros, que parecen hacer una sola masa; llevando un gorro puntiagudo en la cabeza. Esta figura i la primera pertenecen al señor teniente coronel Gamarra. Se encontraron en Cuzco.»

«La especie de gorra» de la primera figura i el «gorro puntiagudo» de la segunda, como lo prueban claramente las figuras perfectamente idénticas en el adorno de la cabeza, representan seguramente, no una gorra, sino el peinado del pelo.

Un ídolo de plata que tiene exactamente las mismas proporciones, la misma actitud, el mismo peinado, la misma nariz, está figurado en la memoria de M. Tomas Ewbank, que lleva el título de: *A description of the Indian antiquities brought from Chile and Perú, by the U. S. naval astronomical expedition*, vol. II, pág. 141, fig. 1 i 2; pero esta figurita tiene solo dos pulgadas i media de alto i pesa solo la cuarta parte de un peso, siendo hecha de una hoja mui delgada de plata.

Otra figurita, casi igual a la de la lámina XLIV, que muestra fajas embutidas de oro, plata i cobre, se halla representada en la misma página de la memoria de M. Ewbank bajo los números 15 i 16. La única diferencia que encuentro es que la figura de Ewbank tiene las piernas un poco mas apartadas, las fajas de las piernas dispuestas de un modo distinto, i los ojos i tetas de oro.

Nuestro ídolo pesa $2 \frac{13}{16}$ onzas, peso de nuestros plateros, los que, sea dicho de paso, no saben todavía que una lei ha introducido en Chile un nuevo sistema de pesos i medidas. Mide 145 milímetros de largo. Como obra artística no vale gran cosa. La cabeza es desproporcionada, falta el occipucio, no hai el menor indicio de orejas (que faltan igualmente en los ídolos figurados por Rivero, Tschudi i Ewbank), la boca se halla en el medio del espacio que mide entre la nariz i la barba; los brazos puestos en el pecho se tocan por las manos, que se parecen mas bien a manos de gato que a humanas; las tetas están mui apartadas, el vientre es mas prominente que el trasero; las piernas son cilíndricas con una pequeña salida que representa las rodillas, los piés son simplemente láminas soldadas a estos cilindros, i cortadas en línea recta por delante, con cuatro incisiones, que representan los cinco dedos, etc. Mas la figurita prueba que la destreza del platero habia llegado ya a mucha perfeccion. Está trabajada de una lámina u hoja

de lata de plata, en la cual las partes prominentes han sido obtenidas por el batido. En su parte inferior, la lámina habia sido dividida en dos partes, i cada una de estas partes, arrollada en cilindro, habia dado una pierna. La soldadura de estos dos cilindros se conoce en la parte interior de las piernas, i la soldadura de la parte superior en el dorso. Limando esta parte habria probablemente desaparecido todo vestijio de soldadura. El peinado, que los señores Rivero i Tschudi habrian tomado por una gorra, es otra pieza, bien soldada, cuyo grueso se conoce en el extremo inferior. Es mui interesante que este peinado se haya conservado en la vecindad de Elqui desde el tiempo de los incas, miéntras esta moda parece haber desaparecido en el Perú, pues de otro modo los autores de las antigüedades peruanas no habrian tomado este peinado por una gorra.

Me adhiero perfectamente a lo que estos señores dicen respecto del desarrollo a que habia llegado la industria de los plateros al tiempo de la conquista del Perú, i me permito reproducir sus mismas palabras. Véase la página 216: «El arte de los plateros habia llegado a una gran perfeccion... Sabian fundir el metal, vaciarlo en moldes, soldarlo, embutirlo i batirlo. Usaban para la fundicion hornillos pequeños, provistos de cañutos de cobre por donde pasaba el aire. Los moldes estaban hechos de cierto barro mezclado con yeso, como lo ha demostrado el análisis de un molde de ídolo de un pueblo de jentiles en la sierra, que trajimos a Europa. Vacitados los metales, los cincelan con tanta perfeccion, que no se distingue en ellos la menor desigualdad resultante del molde... Mas admiracion causa aun la destreza con que hacian las obras batidas. No conocemos el procedimiento que usaban en este artefacto, pero probablemente era mui parecido al de nuestros plateros. Hai dos clases de obras: una consiste en figuras de hombres i de animales, batidas con láminas delgadas de oro i plata, i despues soldadas entre sí en su forma natural; la otra consiste en vasijas abiertas, en cuyos lados hai figuras algo toscas, batidas con la mayor sutileza, en términos que no se conoce golpe de martillo. Las soldaduras se distinguen por su solidez, rompiéndose primero el todo ántes que despegarse aquella, i por la exactitud de las partes soldadas. Algunos autores han pretendido (erróneamente), que en muchos de los ídolos huecos no hai soldadura; pero se descubren los puntos de reunion que están casi completamente borrados por un bruñido mui perfecto.»

Pero ¿qué representa nuestro ídolo? En vano he buscado alguna ilustracion en la obra de los señores Rivero i Tschudi. La esplicacion de la lámina se limita a lo que he copiado ántes. En el capítulo sétimo, donde se habla prolijamente de las deidades de los antiguos peruanos, no encuentro nada que se parezca a nuestro ídolo, ni entre las divinidades elementales, terrestres, históricas, ni entre las de familia e individuales, ni entre las conopas o canopas. Se sabe que adoraban la *luna* (quilla,) que pasaba, como en Atenas i Roma, por la deidad protectora de las mujeres en el trabajo del parto, pero no dicen nuestros autores cómo la representaban los peruanos.

Los *Huacas*, o dioses de pueblos o provincias, eran figuras de piedra o madera, i al parecer de gran tamaño. La circunstancia de conocerse ya cinco ídolos casi idénticos, los dos del Cuzco, dos figurados por Ewbank i el nuestro, no permiten suponer que este último haya sido la deidad de una provincia o de un partido, puesto que cada partido tendria su divinidad particular. La misma circunstancia no permite tampoco creer que haya sido un dios doméstico, *un conopa, canopa* o *chanca* (1). Me inclino a creer, pues, que representaba una diosa venerada jeneralmente, talvez la Luna o Venus (*chasqui*, el mas hermoso de todos los planetas).

Pero debo dejar la solucion de este problema a personas que hayan hecho un estudio especial de la relijion i de las antigüedades peruanas. El *Catálogo de la Esposicion del Coloniaje* dice que nuestro ídolo parece representar una vírjen del sol, o la diosa de la honestidad, pero no he visto en ninguno de los autores que he consultado, que los antiguos peruanos hayan representado las vírjenes del sol, ni venerado una diosa de la honestidad.

En otra figura se representa un vaso de oro, que es propiedad de don Joaquin Prieto; i el *Catálogo de la Esposicion del Coloniaje* refiere (páj. 96) que «fué encontrado en mayo de 1833 en un solar de la calle del Comercio, en la ciudad de Copiapó, a cinco cuabras al oriente de la plaza, por un peon de don Adrian Mandiola que cortaba adobes, i a la profundidad de cinco varas. Esta curiosísima reliquia de la era indijena acredita la gran ri-

(1) Bajo el nombre colectivo de *Conopa, Canopa* o *Chanca* significaban los peruanos todas las deidades menores adoradas solo por las familias e individuos, salvo las de chacras i acequias. Corresponden, pues, con corta diferencia a los "lares familiares" i los "penates" de los antiguos romanos.

queza, que tanto deslumbró a Almagro en Copiapó, i que desapareció súbitamente a la vista de sus rapaces compañeros a medida que avanzaban hácia los valles meridionales. Segun una informacion que envió al gobierno oficialmente en 1834 el intendente Melgarejo, se dice que esta reliquia debió pertenecer a los indios *orresques*, nombre que no hemos encontrado en ninguna crónica ni documento antiguo. El despechado cacique a quien pertenecia esta joya ¿la escondió de los conquistadores, o fué algun gran señor, que voluntariamente se enterró con ella, segun la usanza jentilica? Probablemente aconteció lo último, por que cerca del vaso se encontraron los restos pulverizados de un cadáver.

«Este curiosísimo resto de la industria i riqueza aborijenés de Chile, pesa 167 gramos, que al precio actual de 64 centavos por gramo, darian un valor de \$ 106, 88 cts., si bien su valor histórico es veinte veces mayor.

«El señor Mandiola lo regaló al jeneral Prieto, cuando era presidente de la república, i hoi es propiedad de su hijo don Joaquin Prieto.»

Debo a la amabilidad de este caballero el haber podido dibujarlo. Aunque desgraciadamente está mui magullado i tiene varios pequeños agujeros, seria bastante fácil, como me dijo un joyero, restituirle en gran parte su forma. Su alto es 144 milímetros, el diámetro de la boca 120, el del asiento 87 milímetros. Como lo muestra la figura, su forma es la de un cilindro que se ensancha paulatinamente hasta la boca; i muestra en su parte inferior dos listoncitos algo elevados, i otros dos ménos prominentes en la parte superior. Además, muestra tres caras humanas situadas a igual distancia, i cuyas cejas corresponden al segundo de los listones superiores. Se ven los ojos, la nariz, la boca abierta con dientes, pero ningun vestijio de orejas, ni tampoco el perfil de la cabeza. Todo esto es representado por listoncitos salientes, huecos en el interior, i es evidente, que todo el trabajo es hecho a martillo.

Los señores Rivero i Tschudi figuran en su lámina VIII una copa de oro, que se asegura haber sido hallada en las huacas del Cuzco i que se conserva en el museo nacional de Lima. Es casi de la misma forma que la del señor Prieto, pero mas angosta, i de un trabajo mas rico, pues, representa relieves, en forma de caras i plumas. En el medio se notan tres figuras, la una agarrando un baston adornado con una cara i una montera en el puño; a los pies hai unas fajas, i en la parte del asiento tiene labores entre

dos líneas; pesa 10 castellanos, es decir, solo la mitad de la nuestra. Su altura es de 87 milímetros, el ancho de la boca 47, el diámetro del asiento 29 milímetros, según la figura.

Ningun adorno de oro de los que solian llevar en su cuerpo los príncipes i princesas incas ha sido figurado por los señores Rivero i Tschudi, con escepcion de un anillo de oro, que no es mas que un simple alambre, como se ve en la lámina VIII. El señor Ewbank no habla tampoco de estos adornos. El señor don Joaquin Prieto posee un magnífico prendedor, que he dibujado en la lám. I, fig. 3; pesa 19 gramos, i tiene la lonjitud total de 97 milímetros. Se compone de una simple lámina en forma de media luna, con los ángulos redondeados, cuyas dimensiones son 72 milímetros de lonjitud por 31 milímetros de ancho; tiene ademas un alfiler mui largo. Los prendedores de plata, que usan las mujeres araucanas no muestran nunca esta figura. El *Catálogo de la Exposicion*, que menciona esta alhaja bajo el número 349, no dice dónde ha sido hallada.

A fines de julio de 1857, el museo ha podido adquirir del señor don Ignacio Rei i Riesco doce adornos hechos de láminas de oro, que pesaban 557 gramos; el oro tenia la lei de 21 quilates, de modo que su valor intrínseco como pasta de oro era de 338 pesos 87 centavos (1). Habian sido hallados en una *chulpa* (sepulcro) en el Cuzco, i se supone que pertenecia a uno de los príncipes de la sangre Inca. De ese mismo sepulcro se habian sacado en épocas remotas diversas curiosidades, entre ellas útiles del servicio particular. Como solo los príncipes usaban adornos de oro, es evidente, que estos adornos debieron ser de un príncipe i de su uso particular, pues éstos no se enterraban nunca con otros objetos sino con los suyos propios. Algunas personas, que se creian entendidas en las tradiciones, aseguraban, que aquella *chulpa* era el sepulcro del padre de Cora, princesa con la cual querian enlazarse Gonzalo Pizarro, Carvajal i algunos indios.

Desgraciadamente se han robado, en julio 24 de 1869, seis piezas de estos adornos, rompiendo un vidrio de la puerta i entrando por esta abertura en el salon del museo. No ha sido posible recuperar los objetos hurtados ni descubrir el autor del robo, a quien debemos aun quedar agradecidos por haber dejado la mitad; los

(1) El museo pagó por ellos 517 pesos 50 centavos, es decir, 179 pesos mas por su valor como antigüedad.

doce adornos se hallaban en el mismo cajón, i pudo sacarlos todos con la misma facilidad con que sacó seis. Siento mucho no haber hecho, al recibir los objetos, un dibujo de todos ellos; solo recuerdo que uno era una lámina circular, i otro un adorno que representaba probablemente de un modo algo tosco, el insecto que los españoles llaman *doncella de agua* i los chilenos *matapiojo*; he dado en la lám. II, fig. 8, una idea de su forma; era casi del triple tamaño.

Pasaré a describir los adornos que quedaron.

La figura 1 representa evidentemente una *alpaca*, pues tiene las piernas muy cortas. La cabeza muestra el ojo, la ventana de la nariz i la boca, indicados en un lado por especie de rodetes, en otro por depresiones, producidas por golpes de martillo; en la boca se ve en cada mandíbula un colmillo. Casi en el lugar de donde debía arrancar la cola, hai un agujero grande ovalado, del diámetro de casi 10 milímetros, i en el orijen de la nuca otro chico, que resultó haciendo pasar por el oro una ajuga u otro instrumento parecido, porque el borde sobresaliente que debió resultar de esta operacion es bien visible, aunque aplanado por golpes de martillo. La mayor longitud es de 120 milímetros, la mayor altura lo mismo. Pesa 36 gramos.

Fig. 2. Es un prendedor en forma de penacho. A un alfiler del largo de 80 milímetros, sigue una lámina transversal oblonga, con los ángulos redondeados de 65 milímetros de ancho, i 30 milímetros de alto; remata en un penacho de seis tiras, que tiene en su base el ancho de 38 milímetros, i en su extremo el de 88 milímetros; la division en tiras principia a la distancia de 21 milímetros de la lámina transversal que sirve de base al penacho. Cada tira muestra en su extremo una cara humana toscamente representada por golpes de martillo, que han hecho salir en relieve prominencias que figuran los ojos, la nariz i la boca. El borde sale un poco de cada lado como para recordar la prominencia de las mejillas, i el borde superior muestra en el medio una escotadura poco profunda, de donde resulta de cada lado una prominencia redonda. Este prendedor tiene su mayor grueso en el alfiler, i se adelgaza paulatinamente hácia arriba. Ha sido llevado a veces colgado, como lo prueba un pequeño agujero hecho en la boca de una de las caras que terminan las tiras del penacho. Pesa 52 gramos.

Entre los adornos robados habia otro prendedor de forma análoga, con un penacho compuesto de menor número de tiras.

Fig. 3. Anillo de una lámina de oro bastante gruesa, del diámetro de 112 milímetros, i del ancho de 28 milímetros; tiene dos agujeros bastante grandes, que prueban que lo han llevado colgado. Pesa 29 gramos.

No he figurado otro anillo del diámetro de 145 milímetros, porque no ofrece otra diferencia del anterior que una anchura menor, que es solo de 21 a 22 milímetros. Este pesa 55 gramos.

Fig. 4. Es un anillo mas delgado, que tiene el mismo diámetro que el anillo figurado bajo el número 3, pero el ancho es de 36 milímetros. Está todo adornado de pequeños golpes de martillo, i eso en ámbos lados, algunos paralelos a la circunferencia, otros en la direccion de los radios del círculo, pero no con mucha exactitud; son tan poco hondos que no han producido prominencias en el lado opuesto. Pesa 25 gramos.

He figurado tambien tres adornos de láminas de oro mas delgadas, halladas en huacas de Bolivia; el museo los debe al señor don Lorenzo Claro.

Fig. 5. Es una lámina casi cuadrada, rectilínea por tres lados, con solo el lado superior curvo; tiene 72 milímetros de ancho i 69 milímetros de alto, i muestra una cara humana bastante tosca, producida como las caras humanas en la copa del señor don Joaquin Prieto, i las que terminan las tiras de nuestro prendedor en forma de penacho, fig. 2, por golpes de martillo, que han producido relieves en una cara i depresiones en otra. Los ojos son circulares, i la boca abierta i cuadrada. En cada lado hai un agujero. Pesa $10\frac{1}{2}$ gramos.

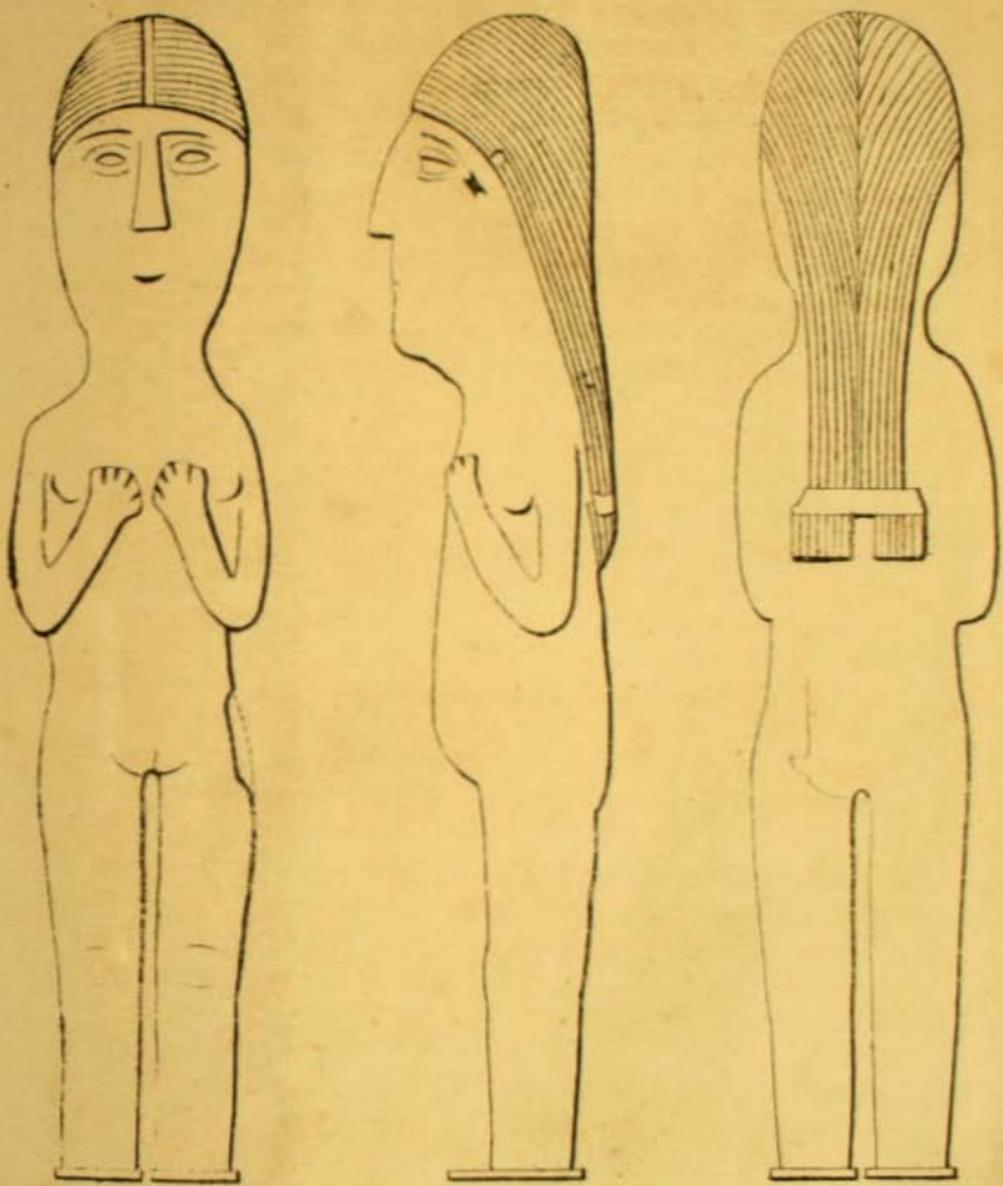
Fig. 6. Es una laminita cuya figura parece ser el resultado de dos óvalos puestos en cruz, de los cuales el uno, que tiene la direccion perpendicular, es mas alargado que el otro. La lonjitud es de 39 milímetros, la anchura de 27 milímetros; en el extremo superior hai dos agujeros, que han servido para colgar la joya. Pesa $1\frac{1}{4}$ gramo.

Fig. 7. Es una simple cintita de oro, del largo de 77 milímetros i del ancho de 7 milímetros, con un agujero en cada extremo. Pesa un gramo.

Es evidente que todas estas láminas han sido batidas, como lo prueba entre otros el prendedor fig. 2, que se adelgaza paulatinamente desde el alfiler hasta el extremo, ejecucion digna de ser admirada, pues no se ve ningun indicio de golpe de martillo, i el grueso es mui igual. El perfil i los agujeros mayores han sido cor-

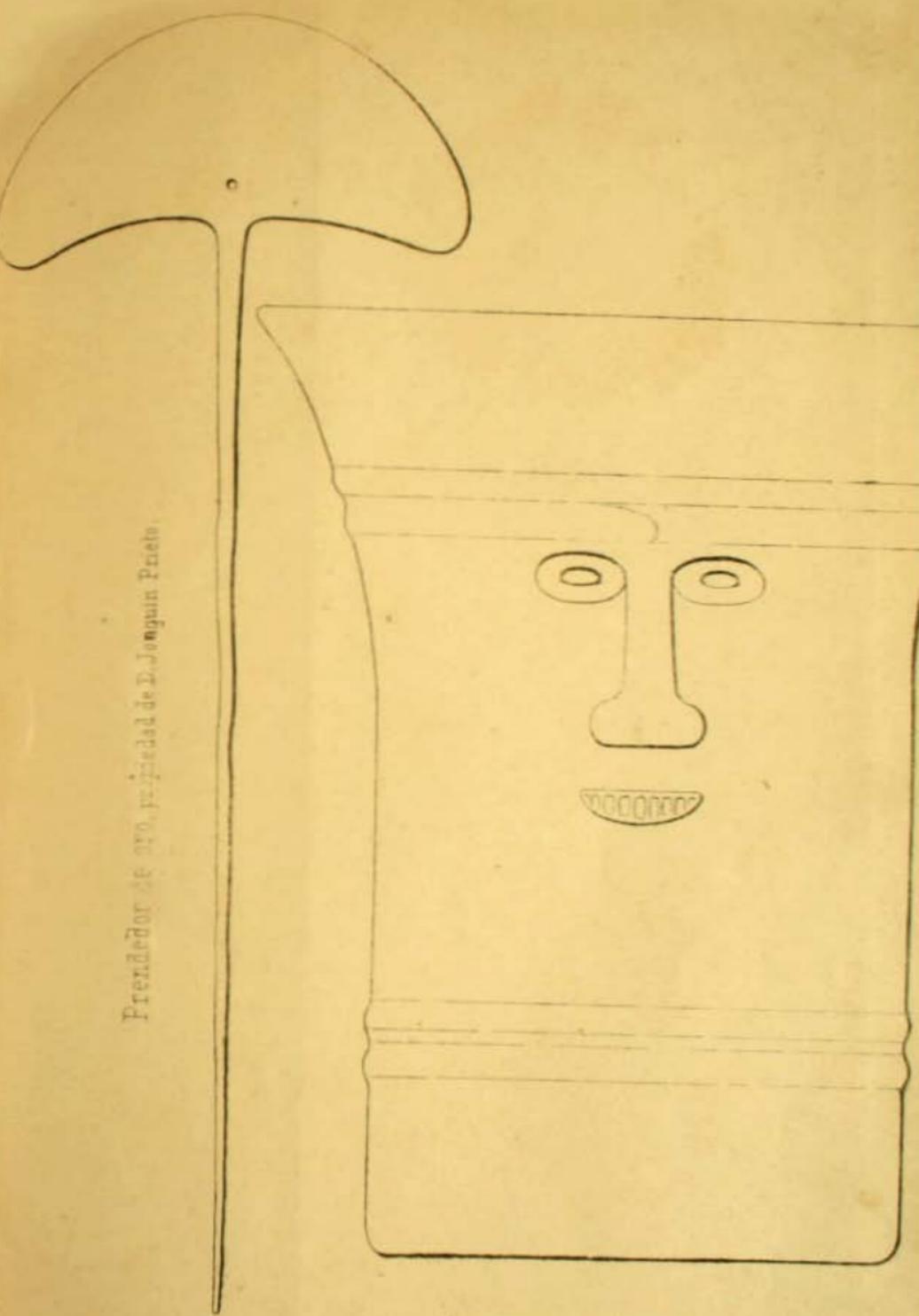
tados por una especie de cincel, como se ve claramente por lo anguloso del círculo interior de los anillos; se ven, además, en el anillo mayor, que no he figurado, i en las patas de la alpaca fig. 1, las impresiones del cincel. Pero el reborde, que debia haber quedado, i que se ve en los pequeños agujeros, se ha quitado, i la periferia exterior de los anillos es perfectamente circular.

R. A. PHILIPPI.

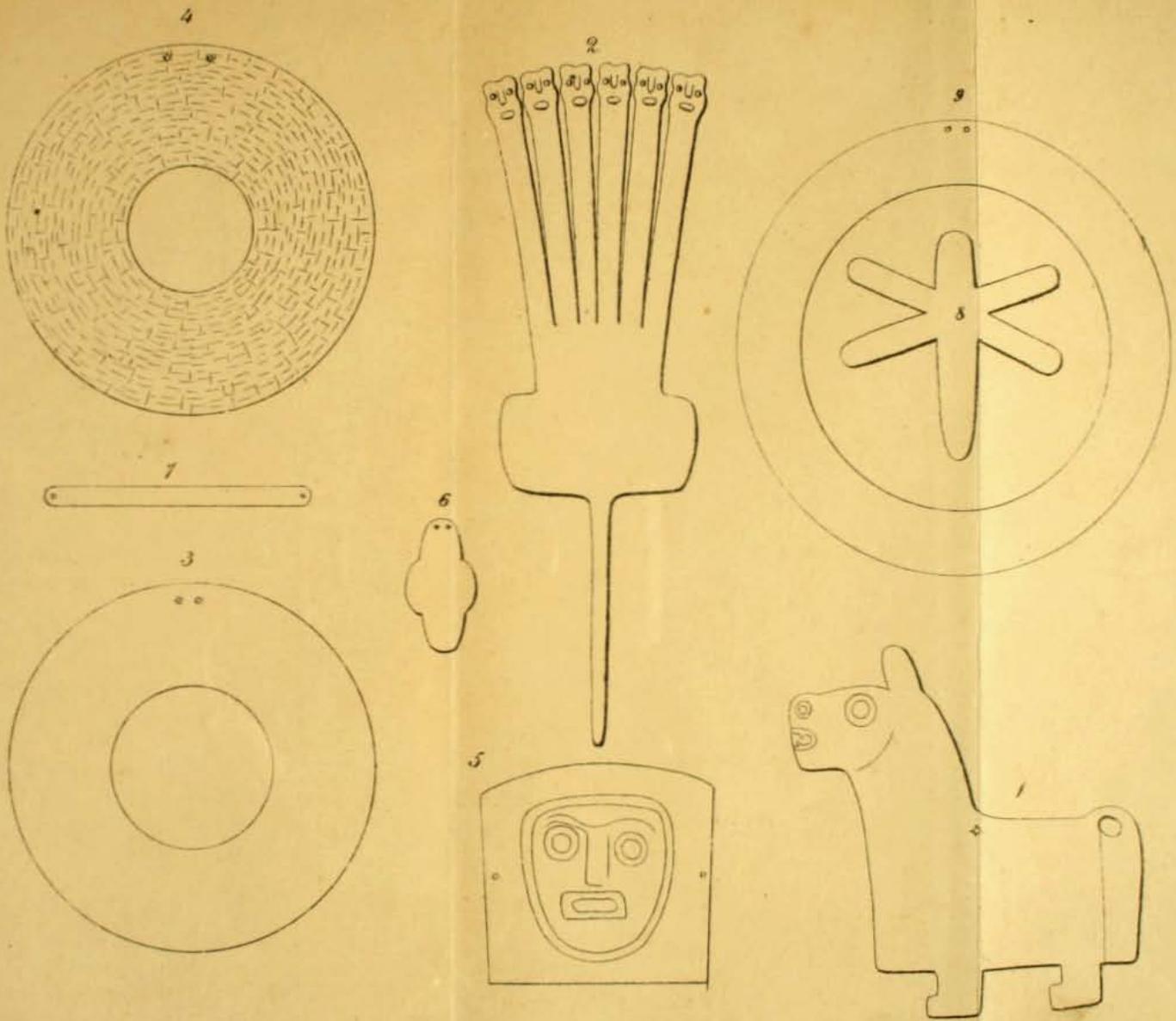


Idolo de plata, en posesion del Museo.

Prendedor de oro, propiedad de D. Joaquín Prieto.



Vaya de oro, propiedad de D. Joaquín Prieto.



Adornos hechos de hojas de lata de oro, las figuras son todas la mitad del tamaño natural.

POESIAS

DE DON GUILLERMO MATTA.

Trasformaciones.

El rayo de la nube
Baja al mar i entre alambres se encadena,
I de allí el rayo sube
I palabra del hombre es lei que enfrena.

Lo que destruye salva
I es gracia i armonía lo que aterra.
La noche es luz del alba,
Motor del mundo el sol, astro la tierra!

Todo eso tú lo explicas
O ciencia i por tus manos se reparte.
Tú al hombre multiplicas
I dás rumbo al progreso i forma al arte.



Misticismo.

Quien piensa con Dios habla! El pensamiento
Es un diálogo mudo en que el acento
No resuena en la boca;
Vibra en la mente, vibra en el oído,
Forma un idioma de íntimo sentido
I ama, bendice, invoca!

Quien piensa reza! El pensamiento humano
 Mide lo inmenso, acerca lo lejano
 I lo ignoto comprende.
 I ese anhelo invencible de lo inmenso
 Es divino esplendor en lo que pienso;
 Dios nuestra mente enciende!

*
 * *

Insomnio.

Ahoga las serpientes de la noche
 Con tus rayos, oh Sol! Las altas cumbres
 Cifñe con tu pupila luminosa
 I despierta del sueño flores i almas!
 Contigo viene el canto
 De las aves; i llegan los susurros
 De las brisas del monte
 I el silvestre perfume de los valles,
 I la grata algazara
 De afanosa ciudad! Contigo bulle
 Oh sol, la vida, la fecunda vida!

Como a las altas cumbres
 Llevas la luz, descienes al abismo,
 I en el fondo del mar doras la perla.
 La creacion desnuda
 Con tus rayos espléndidos se viste.
 I arriba, abajo, lo embelleces todo!
 Brilla oh sol! i en tus llamas ardorosas
 Envuelve los fantasmas,
 Quema las sombras del delirio humano;
 I una fúljida antorcha en esa pira,
 Para admirar la creacion enciende.

*
 * *

Meditacion.

De inmoble eternidad la faz movible
 Es el tiempo; ella muestra, ella refleja,
 Incógnita o visible,
 La hora que viene, la hora que se aleja.

Qué pasa con el tiempo? Nuestra vida;
 Lo que piensa la mente, lo que ella ama;
 I la hoja estremecida,
 Que arranca el viento de la mustia rama!

Vida del hombre, instantes fujitivos,
 Años felices, ilusiones bellas!
 Rápidos atractivos,
 Lluvia fugaz de límpidas estrellas!

Perplejo a veces en tu umbral me quedo
 Oh mundo, peregrino, fatigado!
 I sin dudas, sin miedo
 Escondo mi alma triste en el pasado!

Arte de magos.

Sondear del alma el fondo i en su abismo
 Sumerjir la razon; dormir soñando
 I en espacios de azul idealismo
 Vivir como un espíritu vagando;
 Sentir afuera i dentro de sí mismo
 La presion de lo ignoto i en el viento
 En la sombra oír voces;
 Escuchar en las ráfagas veloces
 Un susurro de labios i un acento;
 Evocar una imájen misteriosa
 I encarnar en su ser el pensamiento;
 Dar vida a la figura enamorada
 Que en la tumba reposa;
 Encender en sus cuencas la mirada
 I la sangre en sus venas;
 En el sepulcro incorporar la nada
 I en nobles goces traducir las penas;
 Asir todo latido,
 Respirar todo aroma,
 Este que flota, aquel que vá perdido,
 Por el sinuoso valle o la ágría loma;
 Borrar la realidad de la distancia

Con su incesante imaginar; del lodo
Cambiar el vapor tétrico en fragancia,
Purificar la excencia
Del dolor i en la estatua de la ausencia
Engarzar perlas i bruñir diamantes;
Májia divina que transformas todo
Tú eres arte de poetas i de amantes!



Nuestro siglo.

Salve, oh ciencia! Tú has roto
El cielo de cristal, cielo embustero;
I tú has trazado, para hallar lo ignoto,
Por soles i por mundos tu sendero!
Ya no es ese horizonte
De nuestro mundo el límite prescrito;
Atomo imperceptible es aquel monte,
Es un astro en fusion ese aereolito.
Ciencia, tú eres la grada
Del prodijioso altar de lo infinito;
Por tí la intelijencia
Su carne deja, ensancha su mirada
I llega a adivinar otra existencia.
Salve a tí, profetiza inmaculada,
Gloria de nuestro siglo, eterna ciencia!

POESIAS

DE DON VICTOR TORRES ARCE.

Versos perdidos.

Yo la amaba!... Es verdad que aún era niño
I el alma prodigaba su cariño
 Como la luz el sol.

Qué quereis! los amargos desengaños
Vienen despues: en los primeros años
 Hai fé en el corazon!

Como un loco la amaba: mi desvelo
Era por darle en este mundo un cielo
 De ventura i de amor.
Afanoso buscaba algun tesoro
Que poder ofrecerle, porque el oro...
 Humilla al corazon!

Así entónces creia!... las riquezas
Las glorias de este mundo i sus grandezas
 Miraba con desden:
Yo vivia soñando i en mi sueño
Todo era puro, celestial, risueño,
 Era todo un Eden!

Mas no es posible en este mundo odioso
De ilusiones vivir; siempre es forzoso
 Tocar la realidad!

La realidad! palabra aterradora!
 Todo un mundo de dicha se evapora
 A su eco funeral!

Pero yo, aún inocente, no pensaba
 Sino en mis ilusiones, i *la* amaba...
 Como a una ilusion.

I por eso los bienes mundanales
 • Miraba con desden...; todos mis males
 Proviene de ese error!

Queriendo darle de mi amor sincero
 Una prueba eficaz, tomo el tintero,
 I la pluma, i papel;
 Pido a las musas su celeste fuego,
 I a mi mente a acudir empiezan luego
 Los versos en tropel.

Escribo!... De mi alma el sentimiento
 Todo entero, vaciado en un momento
 En los versos quedó.
 Jamás mi inspiracion fué mas fecunda!
 Jamás pasion volcánica i profunda
 Así se describió!

Qué feliz era yo! cómo gozaba
 Cuando lleno de orgullo repasaba
 Uno i otro renglon!
 —Si este canto de amor, yo me decia,
 No la llegára a conmovier, tendria
 De hielo el corazon!

Vuelo a su lado... conmovido, inquieto,
 Mudo de incertidumbre i de respeto
 Los versos le entregué.
 Ella me mira con extremo asombro,
 El ceño arruga, levantando el hombro,
 I desdobra el papel!

Jamás probé una angustia semejante!
 No sé si aquel fué un siglo o fué un instante!
 Cuánto sufrí no sé!
 Yo la miraba, respirando apena,
 I ella... estaba glacial, muda, serena...
 ¡No sabia leer!!



Lo que va de tiempo a tiempo.

Ayer no mas, postrado de rodillas,
 En extática i muda adoracion,
 Loco, aturdido i trémulo
 Te pedia tu amor.



Tú comprendias ese amor ¿no es cierto?
 I me mirabas a tus piés morir!
 Indiferente, helada,
 ¿Qué hacias?... sonreir!



Tu sonrisa en mi alma penetraba
 Como la aguda punta de un puñal!
 I tú viendo mi llanto
 No aprendias a amar!



I miéntras yo lloraba, tú reias
 I estaba tu placer en mi dolor!...
 ¿Dónde estaba tu alma?
 ¿Tenias corazon?



Al mirarme a tus piés, humilde esclavo,
 Necio talvez tu orgullo me encontró!...
 Mi amor era mui grande
 Para llamarse amor!



Llegar a comprenderlo no pudiste,
 Alma mezquina, corazon vulgar!
 Tus ojos de la tierra
 No osaste levantar!

Mas tu mano, al herirme, descorria
 El velo que ofuscaba mi razon:
 Desperté!... cuán horrible
 Es perder la ilusion!

Desde entónces mi amor como una nube,
 Desvanecido por el aire fué;
 Necesitaba un ánjel
 I tú... eras mujer!

I hoi tú me acusas! i al llamarme ingrato
 Me echas en cara mi primer pasion!...
 Ahora dices que me amas;
 Pero... no te amo yo!

El dia que trascurre ya no vuelve:
 Así tampoco volverá el amor!
 Qué importa!... ahora podemos
 Sonreirnos los dos!!

*
 * *

Al Mar.

Solo aquí, en tu ribera abandonada,
 Atónito te miro! de tus olas
 El eterno rujido
 Turba mi corazon, mi alma anonada
 I ensordece mi oido!
 Qué pequeño me siento en tu presencia!
 Bastaria una sola de tus ondas
 Para estinguir por siempre mi existencia!
 I sin embargo, gigantesco Océano,
 Yo valgo mas que tú! tengo *conciencia!*
 Yo puedo en un instante
 Recorrer tus inmensas soledades,
 Bajar a tus abismos,
 Provocar tus tremendas tempestades
 O detener tu eterno movimiento...
 Al impulso veloz del *pensamiento!*

Todo, el hombre lo vence i lo domina:
 Sereno cruza tus movibles aguas,
 Pasa al través del áspera colina,
 Sube al espacio, vuela suspendido
 En las alas del viento.

Sus secretos arranca al firmamento,
 Todo lo puede!... i sin embargo ¡oh suerte!
 Con su poder i su saber profundo
 No evitará una lágrima en el mundo!

Una lágrima! cuántas han caído
 Sobre tu inquieto, formidable seno!
 Cuántas quejas tus vientos han oído,
 Quejas ¡ai! que sin eco se perdieron
 En el ronco clamor de tu rujido!
 Si pudieras hablar! si tus murmullos
 Los hombres comprendieran!
 Cuánta miseria i cuánta desventura
 Tus negras olas referir pudieran!

Quizá estas mismas que jugando llegan
 Mis piés a humedecer, quizá arrastraron
 Algun ser infeliz i su existencia
 Implacables troncharon!
 O quizá, traicioneras,
 Lanzádoze de pronto con violencia
 Inhumanas robaron
 Del seno de la madre acongojada
 La tierna creatura descuidada!
 Quizá estas mismas fueron
 Las que, viniendo de lejanas playas,
 La nave de Colon ráudas trajeron;
 O quizá enrojecidas
 Con sangre humana en hórridas batallas,
 En medio del estruendo
 Arrastraron las víctimas caídas
 I aquí i allá se fueron esparciendol...

Terrible mar! ¿quién puede
 Calcular los estragos

Los crueles males que te debe el mundo?
 Todo pasó! perdido
 Quedó en tu seno colosal, profundo!
 Profundo i colosal como el olvido!

I ahora... cuán tranquilo
 Con manso susurrar vas imitando
 Los ecos de una cántiga hechicera,
 Mientras vas lentamente a la ribera
 Tus trémulas espumas arrastrando!
 Qué bello estás así! cómo se riza
 Tu inmensa superficie al suave impulso
 De la nocturna brisa!
 Cómo bulle gozosa i se estremece
 La ola cristalina
 En que sus alas lánguida humedece,
 Hada invisible, misteriosa ondina!
 Qué bello estás oh mar! con tus rumores,
 Con tus olas, tus vientos i tus brumas!...
 I eres ¡ai! un abismo de terrores!
 I engañadoras flotan
 Sobre un nido de mónstruos tus espumas!

Oh mar! cuán impotente,
 Cuán mezquino ante tí se encuentra el hombre!
 Obra inmortal de un ser omnipotente,
 ¿Quién, al mirarte, negará su nombre?

REVISTA BIBLIOGRÁFICA.

Enero 1.º de 1875.

En esta seccion de nuestra *Revista* nos proponemos llamar la atencion de los lectores chilenos hácia las obras de la literatura contemporánea que por uno u otro motivo tengan algun interes particular.

No pretendemos remontarnos a consideraciones de alta critica literaria. Nuestra reseña es puramente bibliográfica. Damos el título de algunas obras nuevas indicando en pocas lineas las materias de que tratan.

En estas notas nos contraeremos particularmente a dar a conocer los libros que se refieren a América o que son escritos por literatos hispano-americanos.

Como no es posible que nosotros tengamos conocimiento oportuno de todas las publicaciones nuevas que puedan interesar en Chile, pedimos a nuestros colaboradores que quieran trasmitirnos las noticias que sirvan para completar esta revista.



La acreditada librería de Charpentier i C.^a de Paris, anuncia la publicacion de una serie de libros sobre la historia de la literatura contemporánea de los diversos pueblos de Europa. De esta coleccion no conocemos mas que un volúmen, quizá el único que hasta ahora se ha publicado.

Este volúmen se titula *Histoire de la littérature contemporaine en Italie sous le régime unitaire, 1859—1874*, i forma un tomo en 18.º de 424 pájinas. Su autor es un literato frances de cierta nombradía por su sólida erudicion i por su buen gusto, M. Amadée Roux, que hace cinco años dió a luz otra historia de la literatura italiana durante los primeros cincuenta i nueve años de este siglo.

El autor se propone investigar si el réjimen unitario i liberal que ha transformado la península italiana en el órden material, que ha decuplado la riqueza pública, que ha embellecido las ciudades, que ha fomentado la agricultura i que ha sido orijen de algunos de los trabajos mas colosales de nuestro siglo, si ese réjimen, repetimos, ha tenido influencia en el órden moral, en el campo de la literatura. El resultado de esta investigacion, emprendida con buen espíritu i continuada con laboriosa escrupulosidad, revela un gran progreso. La literatura italiana en los últimos quince años, apesar de las dificultades i embarazos de un sistema político que se establece contra las resistencias que oponen las viejas ideas, ha tenido un movimiento maravilloso, i puede exhibir con orgullo

un espléndido caudal de obras de poesía, de crítica literaria, de literatura i de filosofía. M. Amadée Roux se limita a hacer el inventario razonado de estos tesoros, i deja que el lector juzgue cuanto ha ganado la Italia en el orden moral con la rejeneracion consiguiente al establecimiento de la unidad sobre las ruinas de los solios de los tiranuelos que tenian dividido i esclavizado ese hermoso país.

El libro de M. Roux seria mas importante i útil todavía si este autor, saliendo de los límites precisos que se habia fijado, nos hubiese dado algunas noticias sobre los progresos de la instruccion pública i el movimiento científico de la Italia contemporánea. En uno i otro punto habria podido suministrarnos una enseñanza mui provechosa. Es sabido que la rejeneracion italiana ha tenido que combatir para cimentar una enseñanza útil i racional sobre la instruccion perniciosa i monacal que se daba en la mayor parte de las provincias de la península, i que al fin ha conseguido implantar en gran parte la reforma. Otro ilustrado escritor frances, M. Hippeau, ha referido la historia de esta lucha en un interesante artículo publicado en la *Revue des deux mondes* de 15 de setiembre último. En el campo de las ciencias exactas i naturales, el movimiento intelectual de la Italia rejenerada no es ménos importante; i muchos de sus sabios comienzan a hacerse oír con aplauso en el mundo científico.



Entre los caracteres distintivos del movimiento literario i científico de nuestra época sobresale el empeño que se pone en vulgarizar las nociones mas fundamentales en los libros que están destinados al vulgo de los lectores, a los que no han podido adquirir una instruccion sólida i a los niños que comienzan a estudiar. Cada dia se suprimen de los libros mas elementales esas esplicaciones de los hechos i de las teorías en que buscando la claridad se habia llegado a desterrar toda ciencia. En historia, en literatura, en filosofía se muestra un anhelo igual en dar a conocer los hechos i las doctrinas no en una forma concisa i despojada de toda sávia, sino con el colorido i la importancia que les dieron los grandes maestros.

Hace ocho años, un célebre profesor frances, M. Raffy, llevó a cabo con mui buen éxito una obra que con el título de *Lecturas históricas* formaba un excelente curso de historia universal compuesto de fragmentos habilmente escojidos de los mas grandes historiadores antiguos i modernos, enlazados entre sí por medio de notas compendiosas i bien concebidas. En seguida dió a luz su curso de *Lecturas jeográficas* con que, poniendo a contribucion a los mas ilustres jeógrafos i viajeros, llegó a formar una descripcion de la tierra, tan interesante por las formas literarias como instructiva por la solidez de sus nociones.

Lo que M. Raffy ejecutó con la historia i la jeografía, lo ha hecho otro profesor frances, M. Emile Charles, con la filosofía. Su libro se titula *Lectures de philosophie ou fragments extraits des philosophes anciens et modernes*, i forma dos gruesos volúmenes en 12.º Es un curso completo de filosofía en que cada cuestion, cada materia del programa, está tratada por alguno de los mas grandes filósofos. El trabajo de M. Charles se limita a elegir los mejores fragmentos, a disponerlos metódicamente i a coordinarlos por medio de notas sencillas i oportunas. Este libro tiene la ventaja de enseñarnos las nociones fundamentales de la filo

sofía, iniciándonos al mismo tiempo en el estudio de las obras de los mas grandes maestros de la ciencia. Las discrepancias de opiniones que deben resultar naturalmente en un libro de esta clase, han sido subsanadas o esplicadas con las notas del compilador.



Uno de los pensadores mas notables de la moderna escuela filosófica de Inglaterra es M. Henry Sumner Maine. Profesor de derecho de la Universidad de Oxford, i autor de muchos libros importantes, reúne a un talento de primer orden un saber profundo i sólido, i ha podido dar a la enseñanza del derecho una direccion que la aparta de la simple interpretacion de los artículos de una lei o del fallo de los tribunales, para dirijir el espíritu a la investigacion filosófica de principios mas elevados.

En 1861, M. Sumner Maine, daba a luz en Lóndres un volúmen titulado *Ancien Law; its connections with the early history of society and its relations to modern ideas*. Este libro, recibido con grande aplauso por los directores de la critica séria i elevada en Inglaterra (V. entre muchos otros un importante artículo en *The London Quarterly Review* de julio de ese año), alcanzó en poco tiempo a tener cuatro ediciones; pero habria quedado desconocida a la gran mayoría de los jurisconsultos i literatos extranjeros sin la traduccion francesa que acaba de hacer en París M. Courcelle Seneuil.

En 1874, nuestro antiguo profesor de economía política dió a luz esa traduccion con este titulo: *L'ancien droit considéré dans ses rapports avec l'histoire de la société primitive et avec les idées modernes*, un vol. en 8.º de 376 pájinas, precedidas de una estensa e importante introduccion escrita por el traductor. Este libro es un ensayo histórico acerca del nacimiento i del desarrollo de la lejislacion, en que se enseña por medio de ejemplos el verdadero método de investigacion, señalando principalmente las relaciones entre la lejislacion romana i la de la Europa moderna. Pero no se crea que su interés está limitado a la Inglaterra, o que solo puede interesar a los jurisconsultos. M. Sumner Maine considera la ciencia del derecho como una verdadera ciencia, en el sentido moderno de esta palabra, i la estudia como una rama tan interesante como considerable de la historia jeneral. Así es como nos muestra al derecho trasformándose poco a poco desde sus orígenes en algunas naciones bajo la influencia de las ideas dominantes de cada época. El libro de M. S. Maine nos enseña que muchas de las nociones que nosotros atribuimos a la civilizacion moderna, tienen un origen mui antiguo. Como historia de las ideas sociales al travez de los siglos, no conocemos mas que dos libros que puedan competir en importancia con el de M. S. Maine, *La Cité antique* de M. Fustel de Coulanges, i *L'hellenisme* de M. Havet; pero aunque ámbas han estudiado con mucha mayor prolijidad la edad antigua, i aunque han abarcado un campo mas vasto, miéntras el jurisconsulto ingles estudia especialmente las trasformaciones del derecho, el libro de éste es por lo mismo mas jeneral, pues ha comprendido en su cuadro los tiempos modernos.

Quizá para muchas jentes del foro pueda parecer extraño un libro de jurisprudencia que no cita los artículos del código o las decisiones de las cortes de justicia; pero los que deséen estudiar la lei en su origen, en las ideas morales o sociales

que la prepararon, i los que tienen gusto por los estudios sérios de historia, apreciarán en su justo valor el libro importante que recomendamos.



M. de Pressensé, uno de los escritores franceses mas fecundos, así como uno de los mas sérios i desapasionados, ha publicado hace pocos meses en Paris, por la librería Sandoz et Fischbacher, un interesante volúmen en 8.º titulado *La liberté religieuse en Europe depuis 1870*. En él se propone estudiar las cuestiones relijiosas de nuestra época, que tienen en Chile un interes de actualidad. Este libro es una relacion animada, con frecuencia elocuente, llena de hechos i de noticias exactas sobre la lucha que se sostiene en Alemania, en Austria i en Suiza desde el concilio del Vaticano entre el ultramontanismo i el estado laico. Un capítulo especial refiere las empresas de los ultramontanos en el terreno de la política francesa. Aunque M. de Pressensé pertenece a la iglesia reformada de Francia, piensa i escribe con la notable rectitud de intenciones i la independencia de juicio que le conocen los que están habituados a la lectura de la *Revue des deux mondes*. Liberal verdadero, equitativo para todos, desapasionado aun para juzgar a los adversarios de sus doctrinas, traza el cuadro animado e interesante de esta lucha, describe sus peripecias i establece su importancia en el estado actual de la sociedad moderna.

M. de Pressensé comienza su esposicion con un estudio mui instructivo, formado sobre documentos nuevos, acerca de Compañía de Jesus, a quien corresponde la principal responsabilidad en las resoluciones del concilio i en las exageraciones teocráticas del catolicismo contemporáneo; pero al mismo tiempo que declara que esta lucha será perjudicial a la causa relijiosa, hace a la Compañía plena justicia por el talento, la actividad infatigable i el celo particular i aun podria decirse heroico, que ha desplegado en la defensa de su causa.

Algunos de los capítulos de este libro habian sido publicados en la *Revue de deux mondes*; pero ademas de que éstos han sido completados, hai otros que solo ahora ven la luz pública.



Otro libro europeo de actualidad para nosotros.

Cuando se discute cuál sea la mejor manera de organizar el poder electoral, conviene conocer lo que existe a este respecto en los otros países.

Un publicista frances, M. J. Charbonier, ha hecho de este asunto la materia de un libro mui interesante. Se titula *Organisation électorale et représentative de tous les pays civilisés*, i forma un volúmen en 8.º de 500 páginas, dado a luz por la librería Guillaumin de Paris, en 1874. Como lo indica su titulo, este libro pasa en revista la organizacion electoral de todos los pueblos de la tierra, monárquicos o republicanos, donde alguna de las ramas de poder público deba su existencia al mandato popular, entrando en los convenientes pormenores cuando se trata de provincias o de estados de una nacion que tienen diversa organizacion electoral, como sucede en los estados confederados o en las colonias que, como el Canadá, la Australia i la India, tienen planteado un sistema diferente del que rige en la metrópoli. M. Charbonier ha desempeñado su tarea con un interes particular en ser exacto i en presentar sus noticias con una cla-

ridad tal que basta abrir el libro segun las indicaciones del índice para hallar el dato que se busca. En su obra se encuentran, es verdad, algunas inexactitudes de detalle, casi sin importancia; pero cualquiera que la consulte aunque solo sea por algunos minutos, no podrá desconocer el trabajo que ella ha impuesto al autor i la utilidad incontestable que presenta al lector. M. Charbonier no discute ni prefiere ningun sistema en su libro, se limita a esponer los hechos en su forma mas breve i comprensiva.



Se ha dicho muchas veces que la historia no debe ser escrita por los contemporáneos de los sucesos que se narran; i que es necesario que venga el tiempo a amortiguar las pasiones para que la historia pueda conocer la verdad i apreciarla con discernimiento. Seria fácil combatir este axioma con buenas i poderosas razones; pero bastará recordar que en contra de él se han producido i se producen libros de historia mui estimables. Así, por ejemplo, M. Taxile Delord ha empezado bajo el reinado de Napoleon III su interesante *Histoire du seconde empire*, que continúa bajo la república, mereciendo el aplauso a que lo hacen acreedor su independencia, su laboriosidad i su método de escritor.

Los sucesos que se han desarrollado en Europa desde 1870 han dado origen a millares de volúmenes, muchos de los cuales poseen un mérito verdadero. La mayor parte de ellos se contrae a uno o mas sucesos particulares; pero no faltan algunos de un carácter mas vasto i jeneral. Entre estas obras vamos a recomendar una que hemos leído con el mas vivo interes i que proporciona instruccion i placer.

M. Julio Claretie, jóven escritor frances de una rara fecundidad i de mucho talento, ha publicado en 1873 i 1874 dos grandes volúmenes en 4.º a dos columnas i de 800 pájinas cada uno, con el título de *Histoire de la revolution de 1870—71*. Contra lo que parece anunciar este título, la obra de M. Claretie contiene una historia completa i minuciosa de la Francia desde principios de 1870 hasta fines de 1873. Este libro, concebido con un espíritu liberal i templado, i escrito con facilidad i con buen gusto literario, refiere sin odios, pero tambien sin vacilacion i sin miedo, todo el terrible drama que iniciado por la guerra, no ha acabado aun de desenvolverse en Francia. Aunque escrito casi de carrera, i aun podria decirse sobre la mesa del periodista que redacta cada noche lo que ha pasado en el dia, la historia de M. Claretie da a todos los hechos un desarrollo proporcionado i conveniente, agrupa las circunstancias que pueden servir para su completo conocimiento, discute i señala las autoridades que le sirven de guia, i reúne los principales documentos sobre cada suceso. Para mayor instruccion i mayor agrado de los lectores, la obra de Claretie va acompañada de exelentes láminas, retratos, planos, fac-símiles, vistas de los lugares, etc. Estamos seguros que todas las personas que gustan del estudio de la historia contemporánea leerán ésta con el mismo interes que ha despertado en nosotros.



Pasamos ahora a ocuparnos de libros que tienen un interes mas especial para los americanos.

M. Gustave Hubbard, despues de haber residido doce años en Madrid, desde

1856 hasta 1868, ocupado en empresas industriales, se ha consagrado a escribir una *Histoire contemporaine de l'Espagne* desde 1808 hasta nuestros días. De esta historia solo conocemos la primera parte, que comprende el reinado de Fernando VII i que forma dos gruesos volúmenes en 8.º dados a luz en 1869 por la librería Armand et Anger de Paris; pero según el plan del autor, ellos no serían mas que la tercera parte de su obra. Ignoramos si se ha publicado algo mas de ella, i aun tenemos motivo para creer que el autor ha interrumpido o suspendido su tarea. Sabemos sí que en 1872 publicó en Versalles un opúsculo de 51 páginas en 8.º sobre la literatura, las ciencias i las artes en España durante el reinado de Fernando VII, que puede considerarse un complemento de aquella obra. Después de esto, M. Hubbard ha entrado al periodismo político i militante, i figura entre los redactores de la *République française*.

El libro de M. Hubbard es una buena monografía histórica de un período interesante, mal conocido jeneralmente i sin embargo muy digno de llamar la atención de las personas estudiosas, porque ofrece útiles i saludables lecciones. M. Hubbard comienza por mostrarnos a qué grado de prostración i de abatimiento habían llevado a la España de 1807, el absolutismo administrativo i político, la intolerancia religiosa i el predominio del clero, dueño de grandes riquezas i compuesto de cerca de cien mil individuos en España i de otros cincuenta mil en las colonias de América. Traza en seguida un cuadro lleno de interés i de relieve de la invasión francesa, de la guerra de la independencia i de los trabajos de las cortes para dar a la España una constitución liberal i en armonía con las ideas del siglo. Esas páginas dispuestas con método i escritas con elegancia, nos dan una idea fiel i bastante completa de aquella importante revolución.

Con la restauración de Fernando VII en 1814 entra propiamente en materia el libro de que nos ocupamos. Sin ser precisamente completa, puesto que M. Hubbard ha pasado de lijera sobre ciertos puntos importantes i aun ha dejado otros sin tratar, esta historia nos hace conocer los principales sucesos de aquel triste reinado, con mucha claridad, dando a cada hecho su verdadera importancia, i cautivando nuestra atención por el agrado i el interés que ha sabido comunicar a la narración. Concebida bajo el punto de vista de un liberalismo de buena ley, tan recto como sincero, esta historia señala con tanta templanza como oportunidad los sufrimientos de los liberales, sus esfuerzos para establecer el régimen constitucional, el despotismo desenfrenado del rei, su falsía para violar las mas sagradas promesas, i las atrocidades inauditas cometidas en nombre de la religión i de los principios conservadores. No conocemos ningun libro español o extranjero que nos dé una noticia tan cabal i animada acerca de ese reinado. Aun los tomos que a este mismo período destina don Modesto Lafuente, aunque son mucho mas minuciosos en la narración de los hechos, sin formar tampoco la historia completa del gobierno de Fernando VII, son ménos interesantes i aun podría decirse ménos instructivos.

Para los americanos, el libro de M. Hubbard tiene un interés especialísimo. Este autor ha comprendido que la historia de ese reinado es incompleta sino se hace entrar en él la historia de la revolución hispano-americana; i ha destinado a estos sucesos una parte considerable de su obra, cerca de trescientas páginas.

Como cuadro jeneral de esta historia, esas pájinas trazadas en estilo claro i bajo un plan bien ordenado, tienen un mérito recomendable. En ella se encuentra, en la narracion i en la apreciacion de los sucesos, una exactitud que en vano se buscaria en la mayor parte de los libros europeos en que se habla de América i de su historia. M. Hubbard no ha incurrido en esos errores tan numerosos como grotescos que circulan aun en libros bien reputados; i fuera del sábio i filosófico historiador aleman Gervinus, que ha juzgado con bastante acierto la revolucion americana en su grande *Historia del siglo XIX*, no creemos que se hallan en otros libros de historia jeneral europea noticias mas exactas sobre nuestros paises que las que ha reunido el historiador frances de Fernando VII. En los detalles, sinembargo, no es difícil señalar algunos errores en que el autor ha incurrido tal vez por falta de atencion, i que habria convenido evitar. No señalaremos mas que dos. En la pájina 185 del tomo 1.º, ocupándose de los principios de la revolucion chilena, ha confundido al doctor don Juan Martínez de Rozas con don José Antonio Rojas. En la pájina 352, hablando del jeneral español don Jerónimo Valdes, que se ilustró en el Perú, lo llama Cayetano, dando lugar, por un simple descuido, a que se le confunda con un célebre marino que desempeñó en España un papel mui importante.

El libro de M. Hubbard adolece de otro defecto. El autor rara vez cita las autoridades que le sirven de guia. En toda la obra no hemos visto mas que veinte i tres referencias a diversos documentos, que estracta algunas veces. La lectura de su libro seria mucho mas provechosa si M. Hubbard, siguiendo el ejemplo de los maestros del arte histórico, hubiera dejado en pié los andamios que le sirvieron para construir su edificio a fin de que sirviesen a todos los que quisieran recorrerlo atenta i prolijamente.

Despues de publicada la obra de M. Hubbard, otro escritor frances, M. H. Reynald, ha dado a luz en Paris por la libreria Germer Bailliére, un volúmen de 400 pájinas en 18.º con el título de *Histoire de l'Espagne depuis la mort de Charles III jusqu'a nos jours*, 1873. Este volúmen de lectura fácil i agradable, dictado por un espíritu liberal i recto, es un compendio jeneralmente exacto, pero mucho ménos estudiado que el libro de M. Hubbard.



En el siglo pasado se podia considerar incierta la historia del descubrimiento de América por los normandos en el siglo X. Robertson hablaba de este acontecimiento solo como de un hecho probable, en el IV libro de su exelente *Historia de América*, sin entrar a discutir una cuestion que se presentaba casi como impenetrable. En nuestro tiempo, se ha proyectado bastante luz sobre esos hechos, merced a los trabajos de muchos eruditos, entre los cuales ocupa el primer lugar el danes Cárlos Cristian Rafn. Traduciendo i comparando las antiguas crónicas danesas i noruegas, este laborioso investigador llegó a establecer la crónica de ese descubrimiento en una obra latina titulada *Antiquitates americanæ*, impresa en Copenahue en 1837. Desde entónces, la historia de los descubrimientos antecolombinos fué jeneralmente aceptada en el mundo sábio. La relacion de las esploraciones de los normandos figura desde hace años en los compendios de historia que se usan en nuestros colejios. Hace poco, se tomaban estas singulares expediciones como tema dramático para novelas históricas; i un escritor inglés,

M. R. M. Ballantyne, daba a luz una en Lóndres en 1872 con el título de *The norsemen in the west, or America before Columbus* (Los normandos en el occidente, o la América ántes de Colon).

No han faltado sinembargo los espíritus exépticos, aun despues de hechas aquellas investigaciones. El eminente historiador norte americano M. G. Bancroft dice en el primer capítulo de su *History of the Unites States* que si bien es posible que la intrepidez de los navegantes noruegos ha podido llevarlos de la Groenlandia al Labrador, "ningun testimonio histórico establece de positivo que ellos hayan efectuado ese pasaje."

En cambio, otros escritores han ido mucho mas adelante de lo que Rafn habia asignado como límite de los descubrimientos normandos en América. A este número pertenece M. Gabriel Gravier, normando de Francia, que despues de haberse ocupado de los viajes de los normandos en el nuevo mundo eu los siglos XVI i XVII ha querido referir los descubrimientos de sus antepasados en el siglo X.

Tal es el tema de un volúmen de 250 pájinas en 8.º de bellissima impresion, dado a luz en 1874 por la libreria de Maisonneuve de Paris, en una edicion de solo 150 ejemplares, manera caprichosa de publicidad que emplean ciertos editores para atraer la atencion de los bibliómanos que solo estiman los libros poco comunes, i que por lo mismo los pagan a precios mui subidos. La obra de M. Gravier se titula: *Découverte de l'Amérique par les normands au X siècle*, i va acompañada de una lámina que representa una antigua inscripcion i de tres mapas reproducidos de la obra de Rafn. Como el autor frances no conoce las lenguas del norte, no ha podido leer las antiguas crónicas mas que en la traduccion hecha por el célebre erudito de Copenhue.

M. Gravier ha escrito una historia completa i metódica de los viajes i descubrimientos de los normandos en América segun los documentos conocidos; i dejándose guiar talvez un poco lijeramente por ciertos hechos no bien comprobados, eva a sus héroes hasta la América central i el Brasil. En este último país, en la provincia de Bahia, habrian fundado una ciudad en que hubo una estatua que con el brazo estendido, mostraba el polo norte, segun las noticias del viajero Schuck. Dejando a un lado éstas i otras conclusiones que pueden ser mui discutibles, no se puede desconocer que el libro de M. Gravier es un trabajo interesante, que supone un sério estudio de la cuestion, que se lee con agrado i que está llamado a atraer la atencion de los sábios a un punto de historia que puede esclarecerse mucho mas todavía. Así, despues de haberlo leído nosotros mismos, hemos visto con interés un prolijo artículo crítico que le dedica una revista de Boston, *The north american review*, de julio del año que acaba de terminar.



El *Bulletin de la société de géographie* de Paris correspondiente a los meses de julio i agosto de 1872, publicó sobre ciertos puntos de la vida del descubridor de América una memoria que, aunque corta por su estension, es el fruto de un largo estudio i tiene un grande interes histórico. Esta memoria se titula *Année véritable de la naissance de Christophe Colomb et revue chronologique des principales époques de sa vie*. Su autor, M. d'Avezac, miembro de la academia

de bellas letras e inscripciones, la dió a conocer por primera vez leyéndola en la sesion trimestral de las cinco academias del Instituto de Francia, celebrada de octubre de 1871; i la ha publicado en 1873 en un opúsculo de 64 pájinas en 8.º

Se sabe que apesar de todos los estudios hechos acerca de la vida del célebre navegante, han quedado sobre algunos puntos esenciales, ciertas cuestiones que parecen irresolubles. El periodo anterior a su llegada a España ofrece sobre todo las mayores incertidumbres. La cronología referente a esta parte de su historia es tan poco segura que para la fecha del nacimiento de Colon, muy discutida entre los eruditos, se han asignado diversas cifras que recorren un periodo de mas de treinta i cinco años, entre 1430 i 1456. Cada autor que ha propuesto una hipótesis ha buscado su fundamento en los testimonios contemporáneos mas o ménos autorizados o en argumentos mas o ménos sólidos. Entre éstas, ha sido la del año de 1436 la mas jeneralizada por haber sido adoptada por Navarrete i Humboldt despues de largas consideraciones. M. d'Avezac discute con una notable erudicion ésta i todas las otras opiniones, compara las escasas i vagas indicaciones que se encuentran en las cartas de Colon i en los escritos de algunos de los contemporáneos, i adopta como la mas probable sino como segura la fecha de 1446, que en el siglo pasado habia sido indicada por el historiador español don Juan Bautista Muñoz. En seguida, M. d'Avezac estudia con la misma erudicion, i con una lójica cuya fuerza no puede dejar de convencernos, a lo ménos en muchos puntos, otras cuestiones, las campañas de Colon en el Mediterráneo al servicio de Jénova, su establecimiento en Portugal, su matrimonio en este país i su vocacion de descubridor. Apesar de lo mucho que se ha escrito sobre estas cuestiones, el opúsculo de M. d'Avezac se puede considerar orijinal en algunas de ellas. Este trabajo se cierra con un apéndice sobre una cuestion bibliográfica, de que nos ocuparemos en el parágrafo siguiente.

M. d'Avezac, muy conocido por su alta competencia en las cuestiones que se relacionan con la historia de la jeografía, ha demostrado en este pequeño opúsculo cuanta i cuan variada es la erudicion que en nuestro tiempo se pone en esta clase de trabajos.



La historia del hijo de Colon ha sido tambien objeto de un importante estudio casi reciente. Don Fernando Colon, fundador de la famosa biblioteca colombina que legó a la catedral de Sevilla, pasa por autor de una vida de su ilustre padre, cuyo manuscrito castellano se cree perdido, i solo se conoce por una traduccion italiana. Hasta ahora, nadie habia puesto en duda la autenticidad de ese libro; pero en nuestro tiempo todo se discute i se revuelve; i esta cuestion de historia literaria ha sido promovida en una obra de la mas esquisita erudicion en que se estudia la vida del hijo del célebre descubridor.

Esta vida habia sido objeto de un trabajo anterior. En 1850, don Eustaquio Fernandez de Navarrete publicó en el tomo XVI de la *Coleccion de documentos para la historia de España* una estensa biografía del hijo de Colon, ilustrada con noticias desconocidas hasta entónces. Esta biografía dejaba sin embargo mas de un vacío que llenar; i en 1871 acometió este trabajo un erudito norte americano, M. Henry Harrisse.

M. HARRISSE es un joven abogado de Nueva York que dotado de un talento maravilloso para las mas menudas investigaciones, i dominado por una pasion irresistible por los estudios bibliográficos, ha adquirido en pocos años una reputacion colosal en Estados Unidos i en Europa, donde se le considera con plena justicia el primero entre los conoedores de libros americanos. Como las obras de este célebre erudito son muy poco conocidas entre nosotros, se nos permitirá consagrarle algunas líneas antes de hablar de la historia de don Fernando Colon.

La primera obra de M. HARRISSE fué dada a luz en Nueva York, con el título de *Notes on Columbus* (notas acerca de Colon) en un volumen de 228 páginas en folio pequeño. Anunciado este libro como un simple trabajo bibliográfico, tiene sin embargo un interes histórico de primer orden. M. HARRISSE no se limita a hacer el catálogo de los libros i documentos que debe estudiar el historiador de Cristóbal Colon, sino que discute las autoridades, recomienda los mejores textos, reproduce fragmentos desconocidos de éstos i agrupa las diversas opiniones sobre ciertos puntos, dando tambien su juicio cuando cree poderlo hacer con seguridad. Este libro preparado desde tiempo atras, i empezado a imprimir en 1864, llamó sobre M. HARRISSE la atencion de los eruditos de Estados Unidos.

Se sabe que la bibliomania se ha desarrollado de una manera prodijiosa en aquel pais. Hai a lo ménos doce bibliotecas particulares que encierran las preciosidades mas valiosas en libros impresos i manuscritos sobre la historia americana. M. HARRISSE tuvo libre entrada a esos depósitos reunidos mediante enormes gastos, i en ellos preparó la obra que le ha granjeado su gran celebridad. Es ésta la *Bibliotheca americana vetustissima*, descripcion de obras relativas a América, publicadas entre los años de 1492 i 1551, que forma un hermosísimo volumen de 517 páginas en 4.º, impreso con todo lujo en Nueva York el año de 1866. Se formará una idea del mérito de este libro por el hecho siguiente. El bibliógrafo norte americano Rich habia catalogado 20 obras publicadas en aquel período, i la bibliografía del frances Ternaux-Compans, que pasa por completa, indicó 58. M. HARRISSE adelantó la investigacion hasta poder describir 308 piezas. Pero el valor de este catálogo no está en la enumeracion de las obras sino en el análisis de cada una, en la discusion de muchas cuestiones históricas i literarias, en la confrontacion de las autoridades, que hacen de este libro un auxiliar indispensable para conocer los progresos de los descubrimientos i de la jeografía, a tal punto que con justicia se ha dicho de ella "que no se ha publicado hasta ahora una obra mas útil para la preparacion de la historia americana del siglo XVI." Este libro va precedido de una interesante introduccion en que se hace la historia de todos los trabajos anteriores sobre la bibliografía americana.

Habiendo pasado a Europa poco despues, M. HARRISSE continuó sus exploraciones en casi todas las bibliotecas con tanto empeño i con tan buen éxito que en 1872 publicaba por la librería Tross de Paris un segundo volumen de su *Bibliotheca* con el título de *Additions*, hermoso libro de 240 páginas, impreso como el anterior con todo lujo. En este tomo, M. HARRISSE describe con mucha prolijidad ciento ochenta i seis libros americanos publicados entre 1492 i 1551, de los cuales dos terceras partes eran desconocidos hasta entónces a todos los bibliógrafos.

En 1871, M. HARRISSE se hallaba en Sevilla; i allí exploraba con su natural contraccion la biblioteca colombina, que, como hemos dicho, fué de don Fer-

nando Colon. Observó que este personaje tuvo la costumbre de escribir en cada libro que compraba su importe, el lugar i la fecha en que lo adquiria. Recorriendo estas indicaciones, M. HARRISSE llegó a fijar con toda precision la cronología de la mayor parte de la vida de don Fernando, indicando los países que visitó i corrigiendo errores que se habian escapado a otros escritores. Estudiando tambien la historia de Colon que corre con el nombre de su hijo, M. HARRISSE remonta al orijen de esa obra, cuyo manuscrito español que se considera perdido, fué traducido, se dice, al italiano i publicado en Venecia en 1571. La obra tal como la conocemos, abunda en anacronismos i en errores que no pudo cometer el hijo de Colon; i de aquí infiere M. HARRISSE que es apócrifa. Se sabe, agrega, que Hernan Perez de Oliva habia compuesto en 1525, probablemente a la vista de don Fernando Colon i con documentos suministrados por él, una vida del Almirante, cuyo manuscrito se ha perdido. M. HARRISSE supone que este manuscrito ha sido el orijen del libro italiano, al cual el falsificador agregó capítulos apócrifos. Sobre este tema el erudito bibliógrafo ha formado su obra *Don Fernando Colon, historiador de su padre*, publicada en Sevilla en 1871, en un precioso volumen de 220 páginas en 4.º El año siguiente ampliaba esta obra, dándola a luz en Paris en un volumen grande en 8.º de 231 páginas con el título de *Ferdinand Colomb, sa vie, ses œuvres*, lib. Tross. A esta obra destina cuatro páginas de tipo menudo M. d'AVEZAC en el opúsculo que hemos citado en el párrafo anterior, para probar la autenticidad del libro que corre con el nombre de don Fernando Colon. Los argumentos que da con este motivo parecen irrefutables.

No terminaremos esta reseña sin dar la nómina de los otros libros publicados por M. HARRISSE, que como los anteriores, revelan una gran ciencia.

Notes pour servir à l'histoire, à la bibliographie et à la cartographie de Nouvelle France et les pays adjacents, 1545-1700, Paris, 1872, un vol. en 8.º, de 367 páginas i 38 de introduccion. Esta obra no es una simple bibliografía, sino un estudio lleno de interes para conocer la historia del Canadá.

Introduccion de la imprenta en América, con una bibliografía de las obras impresas en aquel hemisferio desde el año de 1540 al de 1600, Madrid, 1872, en 4.º No hemos podido procurarnos un ejemplar de esta obra, que debe ser mui importante.

Les Colombo de France et d'Italie, fameux marins du XV siècle (1461-1492), d'après documents nouveaux ou inédits, etc. 1 v. en 4.º de 136 páginas. Este libro, leído a la academia de bellas letras e inscripciones de Paris, en 1874, ha sido impreso en 175 ejemplares, i se anuncia como mui interesante para conocer la historia de la familia de Colon; pero no lo conocemos hasta ahora sino por referencias.

Como se ve por esta enumeracion, M. HARRISSE ha publicado algunas de sus obras en ingles, otras en frances i otras en español. Parece que no emplea traductores, i que él mismo escribe indiferentemente, i con bastante correccion en cualquiera de los tres idiomas.

Todas las obras de M. HARRISSE son lujosamente impresas; i como solo se imprimen mui pocos ejemplares de cada una de ellas, los editores les fijan un precio de venta mui subido.



A fines de 1871, don Claudio Gay terminó la historia civil de Chile con la publicación de su octavo volumen, que hasta ahora conocen muy pocas personas en nuestro país.

Comprende este volumen la historia de Chile desde 1826 hasta la terminación de la guerra civil de 1829 i 1830, el establecimiento del gobierno conservador, i la estincion de las guerrillas i montoneras que hasta entónces cometian sus exacciones en las provincias del sur. En esta parte, mas que en cualquiera otra de su historia, estan de manifiesto las cualidades i los defectos de don Claudio Gay, porque es él quien ha escrito por sí mismo los cuatro volúmenes que comprenden los sucesos desde 1810 hasta 1830, al paso que encargaba a otras manos la redaccion de la mayor parte de los cuatro volúmenes anteriores.

Minucioso i prolijo en la investigacion i en la narracion de los hechos, el señor Gay ha reunido un número considerable de datos que espone metódicamente, pero sin relieve i casi sin colorido. Testigo personal de algunos de los sucesos que refiere, habiendo conocido i tratado a muchos de los personajes que figuran en ellos, i aun amigo íntimo de algunos, ha debido estudiar esos hechos en sus detalles, i por tanto ha podido escribirlos con todos sus pormenores. No quiere decir esto que no sea posible adelantar en lo sucesivo la investigacion: muy lejos de eso, creemos que los historiadores futuros, si bien deben aprovecharse ventajosamente de los materiales reunidos por el señor Gay, tienen todavia campo en que ser orijinales.

Por otra parte, en toda la narracion histórica se nota un empeño no diremos de ser imparcial, ni de escribir sin pronunciar juicio sobre los sucesos o las personas, sino de no herir susceptibilidades de ningun jénero, de no lastimar en lo menor a los actores de aquellos hechos ni siquiera a sus hijos o descendientes. Este sistema lleva al historiador a rasgos de una complacencia casi inconcebible, que lo induce a dejar pasar sin una palabra de censura o de desaprobacion verdaderas faltas, que el lector no puede apreciar por la manera como estan referidas. De la lectura de todo su libro, se desprende, sin embargo, que las simpatias del señor Gay estan por el partido conservador, i por los autores de la constitucion de 1833.

Apesar de todo, el volumen del señor Gay que damos a conocer, merece ser leído i estudiado. Aun se debe decir que bajo muchos conceptos es lo mejor que hasta ahora se ha escrito sobre aquellos sucesos.

D. B. A.

NECROLOJIA AMERICANA

DE 1874.

DON SANTIAGO ARCOS.—M. BRASSEUR DE BOURGBOURG.—D. FELIPE
LABRAZÁBAL.—D. JOSÉ ANTONIO MAITIN.—M. F. ROULIN.

ARCOS (don Santiago), escritor americano, nacido en Santiago de Chile en 1821 i muerto en Paris en setiembre de 1874. Era hijo de un ingeniero español que estaba al servicio del gobierno chileno, i de una señora chilena perteneciente a una de las familias mas notables del país. Don Antonio Arcos, este era el nombre de su padre, despues de haber servido en el ejército patriota durante las campañas de 1817 i 1818, se hizo proveedor de vestuario para la tropa, lo que le permitió crearse un capital que fué la base de su fortuna posterior. En 1822 abandonó a Chile con toda su familia, i fué a establecerse a Paris, donde pensaba dar mayor impulso a sus negocios i atender a la educacion de sus hijos.

Don Santiago Arcos, sin embargo, no recibió en el colejio la instruccion sólida que parecian reclamar su intelijencia despejada i el ardoroso entusiasmo de su corazon. Se le enseñó lo que los hombres favorecidos de la fortuna quieren de ordinario que aprendan sus hijos para que sean hombres de mundo, esto es, los idiomas vivos, la música, el dibujo, la egrima i el arte de sociedad. Su padre hubiera querido que fuese un negociante entendido, versado en el conocimiento de los hombres, i capaz de ayudarlo en las especulaciones de banco en que habia engrosado su fortuna. El jóven Arcos no tenia inclinacion por nada de eso; i mas que la práctica de los negocios le interesaban las especulaciones teóricas de la economía política i las reformas sociales que veia discutir en la prensa i en los libros. En medio de las agitaciones que precedieron a la revolucion francesa de 1848, Arcos sintió que simpatizaba con las ideas mas liberales; i desde entónces se formó el plan de conducta que siguió despues, para trabajar en la medida de sus fuerzas por el triunfo de esa causa.

Se sabe que aquella revolucion produjo grandes desconfianzas en el ánimo de muchos negociantes franceses, que creian cercano un espantoso cataclismo social i la ruina del comercio i de la industria. Don Antonio Arcos, apesar de la

claridad de su intelijencia, participó de estos temores, i se resolvió a establecerse en Chile con toda su familia para fundar aquí un banco de emision. Sus hijos debian ayudarle en esta empresa, desconocida a los negociantes chilenos; pero don Santiago no pareció ocuparse un solo momento de esas cuestiones. La franqueza de su carácter, la penetracion de su talento, su buen humor inagotable, su espíritu despreocupado, i sobre todo sus instintos democráticos que lo acercaban a los jóvenes en quienes creia descubrir algun mérito sin tomár en cuenta la posicion i la fortuna, lo pusieron naturalmente en contacto con los hombres que luchaban en la política por el triunfo de los principios liberales. La ignorancia de nuestro pueblo, la miseria de su condicion, el despotismo social mas bien que político que pasaba sobre él, le hicieron pensar en el remedio de estos males; i Arcos creyó hallarlo en la formacion de una sociedad que acercase a la clase trabajadora a algunos hombres ilustrados i de buena voluntad, que le proporcionase alguna instruccion i le enseñase a estimar sus derechos políticos. Este fué el orijen de la famosa sociedad de la Igualdad. Su verdadero fundador fué don Santiago Arcos, a cuyo llamamiento, hecho en nombre de los intereses del pueblo, acudieron Bilbao i muchos otros espíritus ardientes i liberales. Esta sociedad, mas conocida por las alarmas que despertó, fué acusada injustamente de propagar las ideas comunistas i desorganizadoras del orden social, i disuelta a los pocos meses de su creacion por un decreto gubernativo.

En esta misma época (1850), Arcos perseguido por su participacion en las ocurrencias políticas de aquel año, despues de la declaracion del estado de sitio, preparaba el primer escrito de alguna estension que hubiera dado a luz. Es éste un opúsculo de 147 pájinas en 8.º publicado en Valparaiso con el título de *La contribucion i la recaudacion*, en que trata teóricamente esta importante cuestion de economia política con un notable talento de pensador. Antes habia suministrado algunos artículos a los diarios de esta capital i uno a la *Revista de Santiago*.

Perseguido en Chile a causa de la revolucion de 1851, en que sin embargo no tomó gran parte, don Santiago Arcos residió algun tiempo en el Perú i luego pasó a la República Arjentina. Privado de los recursos que podia suministrarle su familia, o mas bien reducido a una módica pension que su padre le hacia dar, Arcos emprendió allí algunas especulaciones industriales mas o ménos desgraciadas, sirvió en la artillería del gobierno de Buenos Aires, i llevó en ese país la vida inquieta i accidentada a que lo arrastraba la actividad de su espíritu. Estas circunstancias le permitieron estudiar atentamente ese país i preparar el libro que le ha dado un puesto entre los escritores americanos.

En 1864, don Santiago Arcos entraba en posesion de una fortuna considerable, por muerte de su padre; i se trasladó a Francia, donde queria establecer definitivamente su residencia. Allí publicó por la librería Michel Levy un hermoso volúmen de cerca de 600 pájinas grande en 8.º, con el modesto título de *La Plata, étude historique*. Ese volúmen, escrito en lengua francesa i con una elegancia sostenida, contiene una historia jeneral de las provincias arjentinias desde los tiempos de la dominacion de los incas del Perú hasta 1862. Esta historia no se distingue por ese trabajo prolijo de concienzuda investigacion que asegura el crédito de las obras de esta clase. Arcos no habia hecho estensos estudios históricos, i se limitaba a escribir con estilo propio los hechos averiguados por

otros; pero ha sabido esponerlos con una claridad particular i juzgarlos con una elevación filosófica mui poco comun en los trabajos concernientes a la historia americana. Su objeto era dar a conocer a los lectores europeos la historia arjentina, i desvanecer los errores i las falsas apreciaciones de los escritores superficiales del viejo mundo, que oyendo hablar de las revoluciones i de la anarquia de los pueblos americanos, creen que éstos no progresan, i aun que se encuentran mas atrasados que las antiguas colonias de España. Don Santiago Arcos ha llegado a probar hasta la evidencia que en medio de las guerras civiles, la América española no solo no ha retrocedido sino que ha avanzado considerablemente, que los principios de libertad i de democracia han hecho conquistas indestructibles; la industria i la riqueza pública se desarrolla en una vasta escala; i todo promete un lisonjero porvenir a estos países que solo necesitan poblacion para explotar las riquezas que encierran. Este libro escrito con un exelente espíritu, se lee con agrado; i forma un compendio histórico tan interesante por la forma literaria como instructivo por el caudal de noticias que contiene, i por la enseñanza política que suministra.

Despues de la publicacion de esta obra, Arcos no volvió, a lo que creemos, a pensar en escribir ni en ocuparse en otra cosa que en la educacion de un hijo idolatrado, nacido tambien en Chile, al cual ha querido hacer artista pintor. Solo en 1868, despues de la revolucion liberal de España, tuvo don Santiago Arcos la ambicion de desempeñar en ella algun papel, haciendo valer la ciudadanía a que le daba derecho la nacionalidad de su padre. Quiso ser diputado a la constituyente; pero derrotado en el combate electoral, volvió a Paris para no volver a figurar en la carrera pública. Su fortuna le permitia llevar una vida independiente i tranquila; pero una enfermedad incurable de que padecia, i que lo habia hecho sufrir horriblemente, lo sumió en una melancolía profunda i acabó por precipitarlo al suicidio. Don Santiago Arcos puso término a sus dias arrojándose al Sena a fines de setiembre de 1874.



BRASSEUR DE BOURBOURG (Cárlos Estevan) viajero e historiador francés, nacido en la pequeña aldea de Bourbourg, en el departamento del Nord, en 1814, i muerto en Nisa en enero de 1874.

Hijo de una familia aristocrática pero de escasos recursos, pudo sinembargo, "por un conjunto de circunstancias imprevistas," como él mismo dice, pasar a estudiar a Paris, i satisfacer su gusto por los viajes, recorriendo la Italia, la Suiza, el Tirol, la Alemania i la Sicilia. En Roma, donde terminó sus estudios, recibió las órdenes sacerdotales; i luego fué invitado por uno de los superiores del seminario de Quebec para marchar al Canadá con el cargo de profesor de historia eclesiástica de aquel colejo. El abate Brasseur de Bourbourg aceptó la propuesta; i en 1845 partió para América, llevando ademas un título de misionero de la congregacion de propaganda. Mas de un año pasó en el Canadá i en los Estados Unidos; pero en vez de ocuparse solo en enseñar, se contrajo a estudiar la historia de ese país i a recojer documentos antiguos. Fruto de estos afanes fué su *Histoire du Canada, de son église et de ses missions, depuis la découverte de l'Amérique jusqu' a nos jours*, publicada en Paris en 1852 en dos volúmenes en 8.º, que talvez es la ménos estimada de sus obras.

De vuelta a Europa a fines de 1846, pasó dos inviernos en Roma, durante los cuales se consagró seriamente a la lectura de la historia americana, consultando las obras que sobre este particular posee la biblioteca del Vaticano. A principios de 1848 volvió a los Estados Unidos, i despues de visitar los grandes lagos, bajó por el Ohio i el Mississippi hasta la Nueva Orleans, i de allí partió para Méjico en octubre del mismo año. Una circunstancia inesperada iba a facilitar-le los medios de adelantar sus estudios. En el mismo buque en que hacia su viaje a Vera Cruz, iba M. le Vasseur, ministro plenipotenciario de Francia en Méjico; i éste dió al abate Brasseur de Bourbourg el título honorario de capellan de la legacion, que le valió un fácil acceso a las bibliotecas, archivos i museos que queria explorar. Los literatos mejicanos le dispensaron una favorable acogida i le suministraron todos los libros e indicaciones que podian interesarle. Desde esa capital hizo un viaje a California; i a la ida i a la vuelta pudo explorar una gran parte del territorio de la república. Brasseur de Bourbourg estudiaba al mismo tiempo los idiomas nacionales, exploraba los monumentos i las ruinas i recojia por todas partes libros impresos i documentos manuscritos que pensaba esplotar mas tarde.

En Méjico publicó sinembargo sus primeras opiniones sobre los orijenes de la historia americana. En 1851 dió a luz en esa ciudad en español i en frances un opúsculo titulado *Cartas para servir de introduccion a la historia primitiva de las naciones civilizadas de la América septentrional*. En las 75 pájinas en 4.º que forman ese ensayo, no se ve todavía un sistema fijo, sino solo la indicacion de algunas ideas que habia de sostener mas tarde. Con todo, ese opúsculo lo puso en comunicacion con muchas personas que se ocupaban en investigaciones de este jénero, con M. Jorje E. Squier, norte americano, explorador de la América central, i con M. Aubin, sabio frances que despues de haber pasado diez i ocho años en Méjico en el estudio de las lenguas indijenas, habia vuelto a Paris i se ocupaba en publicar sus trabajos.

Brasseur de Bourbourg volvió a Europa en ese mismo año de 1851. Fué entonces cuando publicó la historia del Canadá de que hemos hablado mas arriba. En Paris, continuó sus estudios mejicanos trabajando sobre los documentos reunidos por él, i los que habia coleccionado M. Aubin; i volvió a Roma donde estuvo nuevamente ocupado en la biblioteca del Vaticano. Parecióle indispensable visitar la América central para completar sus estudios; i con este objeto se puso en viaje para los Estados Unidos en julio de 1854; i de allí para Nicaragua en octubre del mismo año. El abate Brasseur de Bourbourg ha cuidado de contarlos en sus libros los sacrificios que le imponian estos viajes emprendidos con un objeto puramente científico. En Washington necesitó vender su capilla portátil de misionero i un vocabulario manuscrito de la lengua maya, para procurarse algunos recursos.

No se demoró largo tiempo en Nicaragua, país que no ofrecia un vasto campo a sus estudios. A principios de 1855 se trasladó a la república del Salvador, cuya capital habia sido arruinada el año ántes por un espantoso terremoto, lo que le permitió observar las ruinas de esa catástrofe que ha descrito en uno de sus libros. De allí siguió su viaje a Guatemala, que pensaba hacer teatro de sus estudios. En la capital de esta república, a donde llegó el 1.º de febrero de 1855, encontró un jeneroso e ilustrado protector en el arzobispo don Francisco

García Pelaez, autor de una obra estimada sobre la historia de Guatemala, i al cual en agradecimiento dedicó mas tarde uno de sus libros. Pelaez le dió el curato de Rabinal, distrito poblado por cerca de siete mil indijenas que hablan la lengua quiché.

Allí pasó cerca de dos años estudiando esa lengua, i las tradiciones de los indios, i traduciendo o interpretando los monumentos escritos o dibujados de la antigua civilizacion guatemalteca. Al fin, creyendo adelantados sus estudios, i temiendo que el clima comprometiese su salud, se trasladó a las colonias inglesas de Mozquito i de allí volvió a Europa en enero de 1857. El tiempo empleado en estos estudios no bastaba ciertamente para profundizar las diversas materias que la inquieta actividad de su espíritu habia pretendido abarcar.

Apénas llegado a Paris, emprendió la publicacion de su obra capital. Se titula ésta *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale durant les siècles antérieures a Christophe Colomb*, que forma cuatro gruesos volúmenes en 8.º, que fueron impresos entre 1857 i 1859. Esta obra, que se anunciaba como «escrita en vista de documentos orijinales i enteramente inéditos, hallados en los antiguos archivos de los indijenas» hizo cierta impresion en Europa en el momento de su aparicion. Se creyó encontrar algo mui semejante i mui cercano a la solucion del problema de los orijenes de los pueblos americanos i de su civilizacion. El abate Brasseur de Bourbourg comenzaba exhibiendo el catálogo de cuarenta i seis obras manuscritas que habia estudiado, muchas de ellas en lenguas indijenas, sobre las cuales daba algunas indicaciones, i esplicaba los jeroglíficos. Los tres primeros volúmenes de aquella estensa obra formaban la historia del pueblo mejicano hasta la venida de Cortes, i el cuarto refiere la conquista española. Todo esto explica la impresion producida por la aparicion de un libro que parecia destinado a echar la luz sobre una edad de las mas impenetrables tinieblas. Sin embargo, no tardó en percibirse que el autor no habia empleado la conveniente circunspeccion al tratar de las tradiciones primitivas, i que en su historia no se habia cuidado de deslindar los hechos averiguados de los que no pueden considerarse mas que como probables. Brasseur de Bourbourg, como sucede a algunos de los que hacen estudios de esta naturaleza, se habia dejado llevar en muchas partes por su imaginacion para interpretar las tradiciones místicas, i habia ido mui léjos por las ilusiones que a veces resultan de las esplicaciones etimológicas. En su obra hai verdadero estudio; pero nada autoriza a recibir sin reserva sus teorías sobre el orijen i el desarrollo de la civilizacion americana.

Apénas terminaba la impresion de esta obra, cuando su autor se puso por cuarta vez en viaje para el nuevo mundo. En efecto, en marzo de 1859 se embarcó para los Estados Unidos; i en mayo siguiente zarpaba de Nueva Orleans para Tehuantepec. Habia obtenido en Francia que M. Rouland, ministro de instruccion pública, le confiase una mision científica, cuyo título habia de facilitarle sus trabajos de investigacion. Brasseur de Bourbourg recorrió entónces el istmo de Tehuantepec, el estado de Chiapas i toda la porcion occidental de Guatemala, i volvió a Paris en octubre de 1860. En noviembre del año siguiente publicó una prolija relacion de este viaje en los *Nouvelles annales de voyages*, que fué tambien impresa aparte en un volúmen de 209 pájs. en 8.º, que lleva por título: *Voyage sur l'isthme de Tehuantepeans l'état*

de Chiapas et la republique de Guatemala dans 1859 et 1860. Es un libro importante para conocer la jeografia de esas rejiones.

Ese mismo año daba a la prensa el abate Brasseur de Bourbourg otra obra mas estensa. Emprendió la publicacion de una coleccion de documentos en las lenguas americanas, en gruesos volúmenes en 8.º; i dió a luz el primer tomo con el titulo siguiente: *Popol Vuh. Le livre sacré et les mythes de l'antiquité americaine*, precedido de un introduccion de 260 pájinas sobre los mitos de las tradiciones americanas i la probabilidad de antiguas comunicaciones entre el antiguo i el nuevo continente. Aquel libro redactado en lengua quiché, habria sido escrito en caracteres romanos, segun Brasseur de Bourbourg, diez o quince años despues de la conquista española. El se limita a reproducir ese testo acompañado de una traduccion francesa i de comentarios esplicativos. Una obra de esta naturaleza estaba destinada a producir gran sensacion en el mundo sabio. Sin embargo, fué mirada con desconfianza i no alcanzó el crédito a que aspiraba su autor. Hé aqui la razon de este contratiempo.

En 1860 otro clérigo frances, el abate Manuel Domenech, publicó en Paris a espensas del estado un lujoso volúmen de 128 pájinas de testo para esplicar 228 láminas primorosamente litografiadas, i destinadas, segun el editor, a reproducir un precioso libro escrito o dibujado por un indio del Canadá. El *Manuscrit pictographique americain*, era, segun el abate Domenech, un monumento del mas alto valor histórico, una compilacion de jeroglíficos no siempre decifrables, que contenian noticias singulares para la historia primitiva de los pueblos americanos. El abate Brasseur de Bourbourg, llamado a dar su opinion sobre esta obra ante la sociedad de jeografia de Paris, presentó un estenso informe en que proclama a su colega "el primero que haya hecho conocer a la Francia i a la Europa un monumento único probablemente en su jénero, que haya discutido su conjunto i sus detalles i demostrado que en su estado inculto, los indios salvajes del norte de América eran capaces de reunir de una manera injeniosa las recuerdos de un gran número de hechos." Este informe fué publicado en el Boletin de la sociedad de jeografia, pájina 146 del volúmen correspondiente al primer semestre de 1861.

Júzguese de la rechifla que se debió producir pocos meses despues cuando se vió caer al suelo todo este edificio de interpretaciones jeroglíficas i de revelaciones etnográficas ante la mas triste de las realidades. El abate Domenech habia sido víctima de una vergonzosa mistificacion. El precioso manuscrito no era otra cosa que un cuaderno escrito uno o dos siglos ántes por un muchacho de escuela de orijen aleman, que se complacia en dibujar en el papel las figuras toscas i con frecuencia indecentes que los niños trazan en las paredes i en los libros. Al lado de esas figuras habia algunas palabras alemanas imperfectamente escritas, pero que dejaban ver el orijen del libro. La prensa se apoderó de este hecho en Francia i en el estranjero para reirse de las inocentes víctimas de aquel engaño. El abate Brasseur de Bourbourg i sus libros sufrieron las consecuencias del desden que debia apoderarse de todos los espíritus despues de aquel horrible desengaño.

No se desalentó, sin embargo, por este contratiempo. Léjos de eso, continuó en el trabajo con mayor ardor; i en marzo de 1862 daba a la estampa el segundo volúmen de su coleccion. Está formado por una estensa gramática de la lengua

quiché, escrita por él mismo en idioma español, i dedicada al arzobispo Pelaez de Guatemala, i por una especie de composicion dramática escrita en esa lengua i traducida por él al frances con una disertacion sobre la poesia i la música de ese pueblo. Aquella gramática fué recibida con estimacion por algunos filólogos distinguidos.

El año siguiente hizo el abate Brasseur de Bourbourg un quinto viaje a América; pero en noviembre se trasladó a España para explorar los archivos i las bibliotecas. Allí, en la biblioteca de la academia de la historia, encontró un manuscrito mui interesante, la *Relacion de las cosas de Yucatan* de frai Diego de Landa, que copió fielmente i que tradujo al frances para publicarla como tercer tomo de su coleccion. En efecto, en 1864 daba a luz este volúmen acompañado de otras piezas, como la interpretacion de un calendario indijena i del alfabeto jeroglífico de la lengua maya con una gramática abreviada de este idioma. El volúmen iba ademas precedido de una introduccion de cien páginas sobre las fuentes de la historia primitiva de Méjico i de la América central segun los monumentos ejipticos. Esta introduccion, que corre tambien impresa en un volúmen por separado, era la ampliacion de una lectura hecha en la Sorbona el 2 de mayo de 1864 sobre los orijenes de la civilizacion americana. El abate Brasseur de Bourbourg formula allí algunas conclusiones que la ciencia no puede admitir como verdad establecida, i que han dado orijen a las burlas de muchos críticos. Los mejicanos, segun él, tenian una escritura fonética mas completa que la de los ejipticos; i por lo tanto es posible llegar al conocimiento exacto de su historia. La civilizacion de esas rejiones remonta a una antigüedad mui lejana: estuvo en comunicacion con los pueblos mas viejos del otro continente, i talvez éstos aprendieron de los mejicanos los principios de las artes i de las ciencias. Los monumentos, las pinturas i hasta la lengua mejicana revelan estas relaciones i esta prioridad americana. Un cataclismo jeológico sumió bajo los mares una gran parte de la América; i solo por levantamientos posteriores han vuelto a aparecer en la superficie algunos de los paises cuyas portentosas ruinas, como las de Palenque, estuvieron largos siglos debajo de las aguas. Estas i otras opiniones propuestas alguna vez por otros escritores como simples hipótesis, son sostenidas por el abate Brasseur de Bourbourg con un ardor que no puede nacer sino del convencimiento. En 1868 publicó el cuarto volúmen de su coleccion, un tomo de 460 páginas titulado *Quatre lettres sur le Mexique*, en que desenvuelve su sistema con grandes desarrollos i con un caudal vastísimo de hechos i de citaciones. Estas últimas obras, por mas que revelen un estudio detenido, fueron leidas con desconfianza i aun a veces criticadas con dureza. La prensa de Lóndres i de los Estados Unidos, que habia recibido sus primeros escritos con admiracion i aplauso, comenzó a deprimirlos. El *Lippinott Magazine* de enero de 1868, llegó a decir que las obras del abate Brasseur de Bourbourg estaban afeadas por numerosas relaciones apócrifas que habia recibido como documentos auténticos.

Pero cualquiera que sea la verdad que encierra esta dura apreciacion, el hecho es que, dejando aparte lo que hai de aventurado i de hipotético en el sistema histórico del abate Brasseur de Bourbourg, los escritos de este autor revelan estensos conocimientos sobre la historia antigua de América. A su saber en lenguas americanas, unia un estudio prolijo de las crónicas impresas i manuscritas

del tiempo de la conquista, i podia describir como mui pocos los monumentos de la antigua civilizacion americana. Sus viajes le habian permitido estudiar la jeografia de una vasta porcion del nuevo continente; i en Francia gozaba de una verdadera autoridad en estas materias. En 1862, cuando se disponia la invasion militar de Méjico, él pudo no solo dar informes jeográficos mui interesantes sino suministrar un mapa manuscrito que fué de grande utilidad al ejército expedicionario. En febrero de 1864, cuando Napoleon III, bajo la iniciativa de M. Durny, ministro de instruccion pública, organizó una comision científica para estudiar la jeografia, i las antigüedades de Méjico, se dió a Brasseur de Bourbourg un puesto en ella. En uno de sus libros refiere con una satisfaccion que no puede ocultar, las palabras lisonjeras que le dirijió el ministro el dia que reunió en su despacho a los miembros de aquella comision.

Esta fué ocasion para que el infatigable viajero emprendiese su sesta expedicion al nuevo mundo, a fines del año indicado. Cuenta él mismo que hallándose en Méjico, el emperador Maximiliano le ofreció con instancia el puesto de intendente jeneral de las bibliotecas i museos nacionales, por cuanto no conocia ningun hombre mejor informado sobre las cosas del país. Ofrecióle igualmente el ministerio de instruccion pública en una época en que se creia sólidamente asegurada la existencia del imperio mejicano; pero Brasseur de Bourbourg se negó a aceptar este honor. "El temor, agrega, de no hallarme siempre seguro de mí mismo para resistir el título seductor de ministro, me hizo apresurar mi partida de Méjico a fines de abril de 1865 para la América central." No permaneció, sin embargo, mucho tiempo allí: a fines del año siguiente se hallaba en Paris tomando una parte principal en los trabajos de la comision científica mejicana.

En los anales de ella, publicados con el título de *Archives de la comision scientifique du Mexique*, dió a luz desde 1864 diversas memorias sobre las antigüedades i las lenguas de ese país. Esas memorias, o a lo ménos las teorías históricas desarrolladas en ellas, estan consignadas en los otros libros de este autor. Pero al mismo tiempo emprendió para la comision dos trabajos mucho mas considerables. Fué el primero de ellos el texto esplicativo que escribió para una coleccion monumental de litografias publicadas en 1866 en un volumen en folio, impreso con gran lujo, que lleva este título: *Monuments anciens du Mexique, Palenque, Ocoingo et autres ruines de l'ancienne civilisation mexicaine, dessinées d'apres nature par de Waldeck*.

La otra obra a que nos referimos es una que lleva por título *Manuscrit trouvé. Etudes sur la systeme graphique de la langue des mayas*, en dos volúmenes en folio, publicados por la imprenta imperial en los años de 1869 i 1870. Esta obra es la reproduccion hecha por medio de la cromolitografia de una coleccion de pinturas mejicanas que el abate Brasseur de Bourbourg pretende poder interpretar por el conocimiento de los jeroglíficos mayas. Allí ha dado tambien colocacion a una gramática i un vocabulario de esa lengua, i a algunas piezas escritas en ella, que traduce él mismo al frances. La comision científica de Méjico, creyendo que esa interpretacion no descansaba sobre bases indestructibles, i aún que ella podia producir un chazco análogo al del abate Domenech, acordó que la publicacion se hiciera a espensas del estado, pero bajo la responsabilidad personal i esclusiva de Brasseur de Bourbourg.

Segun nuestras noticias, esta fué la última obra que dió a luz este infatigable escritor i viajero. Conviene, sin embargo, advertir que en esta reseña no damos cuenta ni de los artículos de revista que consagró a los estudios americanos, i que en su mayor parte hizo entrar en las obras que dejamos mencionadas, ni de muchos libros que escribió sobre otras cuestiones, como novelas históricas i morales de asuntos europeos o libros de historia eclesiástica. Brasseur de Bourbourg era un trabajador infatigable, que estudiaba mucho pero que escribía con gran precipitación, abusando de su fecundidad, i dañando por esto mismo a la solidez de sus obras. En ellas hai muchas hipótesis mui discutibles, i quizá inaceptables; pero se deja ver que el autor habia estudiado las materias que trató.

El abate Brasseur de Bourbourg poseía una excelente coleccion de libros impresos i manuscritos sobre la historia americana. Esos libros reunidos en treinta años de estudios i de viajes, corria riesgo de dispersarse; pero parece que el gobierno frances habia resuelto comprarlos para la biblioteca nacional de Paris.

En algunas compilaciones biográficas se hallan noticias acerca del abate Brasseur de Bourbourg; pero en todas ellas hai escasez de datos i falta de exactitud en la apreciación de sus escritos. Para formar esta rápida reseña de su vida i de sus trabajos, nos hemos visto en la necesidad de consultar prolijamente otros documentos i sobre todo sus propias obras, donde este escritor ha dado muchas noticias acerca de su vida.



LARRAZÁBAL (don Felipe), historiador i publicista venezolano, muerto en noviembre de 1873, en el naufragio del vapor *Ville du Havre*.

Son mui escasas las noticias biográficas que acerca de este distinguido escritor hemos podido recojer, apesar del empeño que hemos puesto en ello. Nos limitamos a la indicación de unos cuantos hechos que han llegado a nuestro conocimiento.

Larrazábal nació en Venezuela (probablemente en la ciudad de Cumaná) por los años de 1824. Despues de haber terminado sus estudios literarios i forenses, hizo su aparición en la política, en Carácas, como periodista figurando en las filas del partido liberal o federalista, que bajo la dirección de don Antonio Leocadio Guzman, combatía en 1845 la administración del jeneral Soublotte. Obligado a espatriarse de Venezuela a consecuencia de los sucesos políticos a fines del año siguiente, Larrazábal vivió en el extranjero hasta 1848. Parece que de vuelta a su patria, consagró ménos tiempo a la política para contraerse principalmente a los estudios históricos acerca de la revolución de la independencia de Colombia.

Desde su primera juventud, Larrazábal habia tenido pasión por coleccionar papeles inéditos concernientes a esos sucesos. Su espatriación de 1846 habia sido causa de que perdiera casi todos los documentos que habia reunido; pero puesto en esta obra con mayor entusiasmo, recojió ya en copia ya en su orijinal un número considerable de cartas i de otros escritos de Bolívar. Su pensamiento fué hacer una edición esmerada de esos papeles.

Ya ántes de esta época, entre 1826 i 1833, otro coleccionista venezolano, don Vicente Yañez, habia dado a luz en Carácas una obra análoga en 22 volú-

menes en 8.º que lleva por título *Coleccion de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia i del Perú, Simon Bolivar, para servir a la historia de la independencia de Sur América*. Pero esta obra, cuya edicion se agotó hace muchos años, ha llegado a ser una curiosidad bibliográfica, i necesita por esto que se la reimprima. Larrazábal, sin embargo, no pensaba en hacer una simple reimpresion. La obra que preparaba debia contraerse especialmente a la correspondencia de Bolivar; i contaba para ello cerca de 8000 piezas en gran parte inéditas, reunidas en los archivos públicos i en las colecciones de los particulares. Estos documentos debian ir acompañados de notas históricas e ilustrativas para facilitar su intelijencia.

En 1864, Larrazábal se trasladó a Nueva York para publicar allí la *Correspondencia jeneral del libertador Simon Bolivar*. Esta obra debia ir precedida de una *Vida de Bolivar*, escrita por el mismo coleccionador en vista de los documentos que tenia en su poder. Larrazábal comenzó a desempeñar su tarea dando a la prensa esta introduccion en 1865 en dos gruesos volúmenes en 4.º, que constituyen una estimable obra de historia americana, i el verdadero título de gloria literaria de su distinguido autor.

La *Vida de Bolivar* es, en efecto, una historia completa del famoso capitán colombiano, dictada por un sentimiento de admiracion que raya en fanatismo. Su mérito no reside solo en las minuciosas noticias que ha reunido acerca de la persona de Bolivar, sino en el cuadro detallado de la historia de una gran parte de la revolucion hispano-americana. Larrazábal, que ha podido aprovecharse de las investigaciones de los historiadores que lo precedieron, i particularmente de Restrepo i de Baralt, ha querido rectificar a veces i completar en muchas ocasiones las noticias consignadas por aquellos, dando a su obra un interés de novedad. Su libro, por otra parte, revela variados conocimientos en historia i en literatura; está escrito con ardoroso entusiasmo, a veces con elocuencia, si bien afecta formas declamatorias que no siempre son de buen gusto ni contribuyen a la mejor intelijencia de los hechos. Al lado de este elogio, que creemos merecido, es justo decir que se ha reprochado a Larrazábal el ser parcial no solo en sus constantes i exajeradas alabanzas a Bolivar, sino en llevar sus odios políticos al terreno mas elevado de la historia. Así, por ejemplo, en la *Autobiografía del jeneral Paez*, publicada por este ilustre patriota en Nueva York en 1868-69, protesta enérgicamente contra algunas de las pájinas del "autor menguado" que escribiendo la historia de Bolivar, no ha olvidado los odios encarnizados que reflejaban sus escritos contra el partido conservador de Venezuela. "El periodista que por ingratitud juró venganza contra mí i lo mios, dice Paez, no desperdicia oportunidad de pintarme como un salvaje, incapaz de razon i siempre dispuesto al alzamiento" (*Autobiografía*, tomo I, cap. IX, p. 135).

La obra anunciada por Larrazábal se detuvo aquí. La publicacion de los documentos que debian formar algo como diez gruesos volúmenes en 4.º, quedó sin hacerse. Su compilador creía con razon que una obra de esta naturaleza no podia emprenderse sin el apoyo de algun gobierno; i al efecto solicitó el de Venezuela i el de Nueva Granada, para cuyos países tenia un interés mas directo la publicacion anunciada. El mismo pasó a Bogotá con este objeto en 1872; i allí no solo encontró la proteccion que pedia para su obra, sino que

pudo recojer numerosos documentos históricos que pensaba publicar en ella. Larrazábal volvió entónces a Estados Unidos; pero creyendo mas ventajoso el hacer la edicion en Europa, se determinó a pasar a Francia a fines de 1873. Embarcóse con este objeto en Nueva York el 15 de noviembre a bordo de *La Ville du Havre*, el mas grande i poderoso de los vapores que hacian el viaje entre Europa i América, que fué destrosado en una espantosa catástrofe, antes de amanecer del 21 de noviembre. Don Felipe Larrazábal pereció en ese horrible naufragio.

El historiador de Bolívar no solo era un escritor distinguido, sino un músico de nota. Se ha dicho que al trasladarse a Europa pensaba dar a luz un diccionario de la música, como tambien algunas otras obras históricas i biográficas, cuyos manuscritos llevaba consigo junto con la valiosa coleccion de documentos concernientes a Bolívar. Todo esto se ha perdido en los abismos del océano. Esta desgracia es tanto mas sensible cuanto que una gran parte de esos documentos se hallaba en su orijinal, i no ha quedado copia alguna de ellos.

En el curso de su carrera literaria, Larrazábal publicó muchas obras de menor estension, i tambien ménos importantes que su *Vida de Bolívar*. De ellas solo conocemos las siguientes, cuyos títulos nos ha parecido útil recordar aquí.

"Memorias contemporáneas. Apuntamientos sobre la vida pública del ciudadano Antonio Leocadio Guzman, para servir a la imparcial historia de Colombia i Venezuela," con un retrato, opúsculo en 8.º de 79 pájinas. Carácas, 1846.

"Coleccion de artículos sobre la cuestion arzobispo de Carácas i Venezuela, publicados en *El Patriota*," opúsculo en 4.º, de 31 pájinas. Carácas, 1852.

"Historia de los seminarios clericales," opúsculo de 154 pájinas en 8.º Carácas, 1856.

"Memoria sobre las verdaderas causas del atraso de nuestra agricultura i los medios mas convenientes para restablecerla," opúsculo de 53 pájinas en 8.º, Carácas, 1869.

"Carta de F. Larrazábal al señor Antonio L. Guzman, ministro de relaciones exteriores, seguida de otra carta del mismo Larrazábal al señor jeneral Antonio Guzman Blanco en 1863," opúsculo de 32 pájinas en 8.º. Carácas, 1870.



MAITIN (don José Antonio) célebre poeta vnezolano, nacido en Puerto Cabello en 1806 i muerto en setiembre de 1874. En su primera niñez tuvo que experimentar las consecuencias de la guerra cruel i despiadada que los españoles hicieron en ese país para combatir la independéncia. En 1812, cuando el jefe realista Monteverde ejecutaba la reconquista de Venezuela, la familia de Maitin, temiendo que sus simpatías por la causa de la revolucion, fuesen el pretexto de venganzas i vejaciones, se embarcó en una nave que partia con bandera norte-americana para la isla de Curazao, entónces en poder de los ingleses. El capitan del buque, lo entregó a un corsario español; i la familia de Maitin fué conducida prisionera a Coro, i encerrada en una cárcel, donde pasó dos meses de amargos sufrimientos. Al fin, se le permitió trasladarse a la isla

de Cuba, i residir en la ciudad de la Habana, en donde a consecuencia de la tranquilidad de la isla, los americanos del continente podian vivir en quietud.

Allí hizo sus primeros estudios don José Antonio Maitin. Fué una fortuna para él que hácia el año de 1816 llegase confinado a esa ciudad el poeta neogranadino don José Fernandez Madrid en castigo de sus servicios a la revolucion de Nueva Granada. Este personaje que gozaba de una gran reputacion de político i de poeta, i que en efecto tenia talento e instruccion, tomó un particular cariño por el jóven Maitin, fué el guia de sus estudios, sino su maestro, i mas tarde su protector.

En 1824, Maitin pudo volver a Venezuela. Su familia poseia una regular fortuna, i queria enviarlo a Europa a que concluyera sus estudios viajando por Inglaterra i Francia. Para que este viaje fuese mas fácil, obtuvo para él en 1826 el título de agregado a la legacion de Colombia en Lóndres, que debia desempeñar don Santos Michelena. Cuando poco despues fué éste reemplazado por Fernandez Madrid, Maitin fué ascendido por su antiguo protector al rango de secretario de la legacion.

Este viaje sirvió a Maitin para completar su educacion. Adquirió un caudal no despreciable de conocimientos, i tomó aficion a la literatura i en especial a la poesia en que habia de conquistarse mas tarde un renombre literario. Parece que por entónces su ideal poético residia en la literatura clásica francesa, i su aspiracion era imitar a Racine i a Boileau. Por un exeso de desconfianza, se abstuvo de dar a luz las poesías que entónces escribia.

De vuelta a Venezuela, Maitin se contrajo principalmente a los trabajos agrícolas en una hermosa propiedad que poseia en los alrededores de Choroni, al occidente de Carácas; pero compuso dos dramas, *La prometida* en 1836 i *El inconstante* en 1838. Ambas son producciones de escaso mérito i que nos dieron una idea del porvenir literario que estaba reservado a su autor.

En 1841, la lectura de las primeras poesías de Zorrilla hizo nacer en su alma una inspiracion desconocida. El ardoroso entusiasmo del poeta español, la armonía i la facilidad de su versificacion, inclinaron a Maitin a este nuevo jénero de poesías. Fué entónces cuando escribió las poesías líricas que publicadas por la primera vez en los periódicos de Carácas, hallaron en 1847 colocacion en la *América Poética*, i fueron reunidas con sus obras subsiguientes en un volúmen de 163 pájinas grande en 8.º de hermosa impresion. Ese volúmen lleva por título *Obras poéticas de José A. Maitin*, i está acompañada de un retrato grabado en acero i de una biografia escrita por don Simon Camacho. La impresion de este libro, hecha en Carácas en 1851, honra a la tipografia venezolana. Fuera de dos leyendas poéticas de mui escaso mérito que hai en ese volúmen, todo el resto, ya sea que cante a la patria o a sus mas ilustres hijos, ya sea que llore la muerte súbita de su esposa, que recuerde los lugares en que pasó su infancia o que medite sobre la naturaleza o sobre la inestabilidad de las cosas humanas, revela un verdadero poeta.

Maitin ha escrito poco despues de la publicacion de ese volúmen, i aun parecia inclinado a vivir ajeno de todo lo que fuera publicidad i exhibicion de su nombre. Afiliado en el partido conservador templado que conocia ántes por cabeza al jeneral Paez, Maitin quedó fiel a la memoria de este ilustre caudillo, pero no tomó parte en la política i mucho ménos en las revoluciones que han

destrozado ese hermoso país. Pasaba muchas temporadas en su pintoresca posesion de campo; i de aquí provino que sus compatriotas lo llamasen comunmente el *Cisne del Choroní*.



ROULIN (Francisco D.), médico, naturalista i viajero frances, nacido en Rennes en 1796 i muerto en Paris en 5 de junio de 1874. Su padre, que era un ingeniero de cierto mérito, lo envió a Paris a estudiar la medicina, lo que le permitió seguir los cursos de Magendie i de Cuvier. En 1821, siendo ya médico, fué contratado por el gobierno de Colombia para enseñar la fisiología en Bogotá; i en efecto, Roulin se trasladó a este país cuando no estaba terminada aun la guerra de la independendencia, i cuando por esta circunstancia no podia plantearse una enseñanza formal i ordenada. El doctor Roulin se halló en Bogotá casi sin tener qué hacer, i desprovisto del sueldo que necesitaba para vivir. Concibió entónces el pensamiento de explorar ese territorio tan curioso bajo el aspecto de la historia natural; i Bolivar lo estimuló a llevar a cabo este plan con la esperanza de obtener exactas noticias topográficas del país.

El doctor Roulin exploró una porcion considerable del territorio neo-grandinino. Fué una fortuna para él encontrarse allí con otro sabio frances, que habia sido llevado a Nueva Granada como ingeniero de minas para dirigir las grandes explotaciones que pensaba plantear una compañía inglesa. Era éste M. Boussingault, que mas tarde conquistó el puesto de uno de los mas eminentes jeólogos de nuestro tiempo. Ambos hicieron importantes observaciones de jeografía física, i fijaron la latitud, la lonjitud i la altura de muchos lugares. El naturalista peruano don Mariano Eduardo Rivero, que acampañó en 1825 a los sábios franceses en una de esas exploraciones, la del rio Meta, ha consignado la historia de ese viaje en el tomo primero de su *Coleccion de memorias científicas*, publicada en Bruselas en 1857. La carta jeográfica que entónces levantaron fué despues incorporada por el coronel Acosta en el mapa jeneral de Nueva Granada. El doctor Roulin, refiriendo con gran naturalidad los sufrimientos que ocasionaban estos viajes, cuenta en una interesante carta publicada en el *Magasin pittoresque* de 1835 (páj. 111) que él i sus compañeros se vieron una vez obligados a alimentarse con el cuero de sus sandalias u ojotas.

En estas escursiones, Boussingault estudiaba particularmente la jeología. Roulin se contraia sobre todo a la zoolojía i la botánica, ciencias ambas a cuyo progreso habia de contribuir con nuevas observaciones.

En 1828 volvió a Europa el doctor Roulin, a lo ménos se vé por el Boletin de la sociedad de Jeografía de Paris, que el 19 de diciembre de ese año, se incorporaba como miembro de ella. Desde 1830 tomó parte en la redaccion de un diario célebre, *Le Temps*, en el cual inauguró una seccion destinada a dar a conocer el movimiento científico, i a hacer un resúmen prolijo i comprensivo de las discusiones de la academia de ciencias. Poco mas tarde dirijó tambien durante seis años una seccion análoga en la *Revue des deux mondes*, al mismo tiempo que publicaba en ella excelentes artículos de recuerdos de viaje a la América tropical. Por ese tiempo, ademas, al paso que insertaba noticias de ciencia popular en el *Magasin pittoresque*, daba a luz memorias de un órden mas elevado en los *Annales des sciences naturelles*, que se refieren a la historia

natural de América. Sobre estas materias dirijó tambien importantes comunicaciones a la academia de ciencias.

En 1832 el doctor Roulin obtuvo un empleo secundario en la biblioteca del Arsenal, cuya especialidad es mas literaria que científica; pero tres años mas tarde se le nombró bibliotecario del Instituto; i allí pudo prestar servicios mas efectivos i dar mayor impulso a sus estudios favoritos. La academia de ciencias creó entónces una revista que con el título de *Comptes rendus, etc.*, diera noticia de sus trabajos i un resúmen de las memorias que se le dirijian. El doctor Roulin fué encargado de vijilar esa importante publicacion; i desde 1835 hasta 1874 no se ha publicado un solo número que no haya sido revisado i corregido por su propia mano. En medio de los trabajos que le imponia esta publicacion, el doctor Roulin se dió tiempo para hacer una buena traduccion de la notable *Histoire naturelle de l'homme*, escrita en ingles por Prichard (2 vol. en 8.º, Paris, 1843), para suministrar importantes artículos sobre la zoolojia americana al *Dictionnaire universel d'histoire naturelle* emprendido bajo la direccion de M. Charles d'Orbigny, i de comunicar muchas notas a una nueva edicion del *Regne animal* de Cuvier. En premio de tantos trabajos, el doctor Roulin fué decorado en 1849 con la cruz de la lejon de honor, i en 1865 fué elegido miembro libre de la academia de ciencias de Paris. El último estudio suyo que hayamos visto es una memoria leida a esa academia en diciembre de 1873 sobre el hombre perro, a propósito de la exhibicion que se hacia de un individuo de esta especie.

Los escritos del doctor Roulin, como se ve por esta reseña, estan repartidos en colecciones costosísimas, algunas de las cuales constan de centenares de volúmenes. Esto es causa de que el conjunto de sus trabajos sea poco conocido, i de que su nombre goce solo de una modesta reputacion. Sin embargo, en 1849, el ingeniero e historiador neogranadino don Joaquin Acosta daba a luz en Paris un volúmen de poco mas de 300 pájinas en 8.º con el título de *Viajes científicos a los Andes ecuatoriales*, con el objeto de popularizar en América i en lengua castellana las memorias de M. Boussingault i del doctor Roulin sobre la jeolojia i la historia natural de la Nueva Granada. Algunos años mas tarde, la biblioteca J. Hetzel de Paris daba a luz sin fecha de impresion, un volúmen en 18.º de cerca de 350 pájinas, que lleva este título: *F. Roulin, Histoire naturelle et souvenirs de voyage*. Este pequeño volúmen contiene diez memorias científicas sobre diversas cuestiones de historia natural, perfectamente estudiadas escritas con claridad i elegancia. Llaman entre ellas la atencion las que se refieren al maís, al tapir i a los cambios observados en los animales domésticos trasportados del antiguo al nuevo continente. En esas memorias, el doctor Roulin prueba que no solo ha observado como naturalista diligente i entendido sino que conoce bastante los antiguos cronistas de América, cuyas impresiones se complace en recordar. Por esas memorias se vé que el modesto sábio que acaba de desaparecer habia estudiado concienzudamente la naturaleza del nuevo mundo en los libros i en la naturaleza misma.

DEL METODO,

i en especial del que es propio de las investigaciones físicas.

Método es propiamente el recto proceder del entendimiento en la investigacion de la verdad.

I.

En la investigacion de la naturaleza física, el método abraza dos procederes especiales, análisis i jeneralizacion.

Si analizamos, por ejemplo, el fenómeno del sonido, hallaremos que se compone de los fenómenos parciales que voi a enumerar.

1.º Se exita un movimiento en el cuerpo sonoro.

2.º Este movimiento se comunica al aire, o a otro medio interpuesto entre el cuerpo sonoro i la oreja.

3.º El movimiento se propaga sucesivamente por las partículas del medio hasta llegar a la oreja.

4.º En la oreja produce por su mecanismo particular, cierta afeccion de los nervios auditivos.

5.º Impresionándonos estos nervios, se produce en el alma una sensacion de cierta especie, la cual varia segun diversos accidentes, como la naturaleza del cuerpo sonoro, su tension, su distancia i situacion etc.

Pero algunos de estos fenómenos parciales pueden todavía subdividirse. El producirse una sensacion particular a consecuencia de cierta impresion que han recibido ciertos nervios, es un fenómeno que no admite ulterior análisis. Pero el primero de los fenómenos enumerados es evidentemente divisible. ¿Qué especie de

movimiento es el que experimenta el cuerpo sonoro, o en otros términos, qué serie de movimientos es la que se verifica en sus partículas? Lo mismo digo en orden al movimiento del medio, al mecanismo de la oreja, o a la impresion nerviosa.

Veamos ahora un ejemplo del proceder de la jeneralizacion. Hai gran número de sustancias transparentes que espuestas de cierto modo particular a un rayo de luz, a que se ha dado cierta preparacion haciéndole sufrir varias reflexiones o refracciones (i que en consecuencia han adquirido propiedades peculiares i se dice estar polarizadas), exhiben colores mui vivos i hermosos, dispuestos en rayas, fajas i otras formas regulares, que parecen nacer en lo interior de sus sustancias, i que por el hecho de sucederse en cierto orden, se llaman *colores periódicos*. Primera jeneralizacion deducida de las observaciones: ni los fluidos, ni la materia sólida opaca, exhiben estos colores periódicos. Segunda jeneralizacion: no los exhiben todos los sólidos transparentes sino solo aquellos en que se verifica otro fenómeno particular de que ya hemos hablado, el de la *refraccion doble*. Ambas jeneralizaciones pueden reducirse a una sola, espresada asi: El fenómeno de los colores periódicos se desenvuelve en sustancias bisrefringentes, espuestas a la luz polarizada. I tenemos asi la espresion de una lei natural, en que el fenómeno de los colores periódicos está asociado con el de la doble refraccion, o porque el uno es causa del otro, o porque ambos son efecto de una misma causa.

II.

En las investigaciones físicas el primer paso es la exacta observacion de los hechos, atendiendo a todas las circunstancias que pueden influir en ellos. En la caida de los cuerpos meteóricos se ve una nube que relampaguea, i se oye un ruido grueso i prolongado como el del trueno. Esto i el golpe i destruccion consiguientes, hicieron que se confundiese este fenómeno con el del rayo. Pero hai una circunstancia que los diferencia.—En el primero se ha notado varias veces que la luz i el estruendo emanan de una pequeñísima nube aislada en un cielo sereno; lo que nunca sucede en las tempestades atmosféricas.

III.

En todos los casos que admiten numeracion i medicion, es importantísimo obtener datos precisos que determinen el espacio, peso, duracion i cualquier otro jénero de cantidad. Es un carácter de las mas altas leyes naturales el ser susceptibles de espresarse por medio de fórmulas cuantitativas. Así la lei de la gravitacion universal no espresa solo el hecho vago de la mutua atraccion de todos los seres materiales, sino que establece una exacta proporcionalidad entre la cantidad de fuerza atractiva i la masa del cuerpo atrayente; ni nos dice vagamente que su influencia decrece por la distancia, sino que nos da la razon exacta de este decremento, la inversa del cuadrado de la distancia.

Como ninguno de nuestros sentidos nos da a conocer directamente la cantidad, a lo ménos de un modo preciso, es indispensable valernos de medios artificiales que nos proporcionen los datos necesarios para calcularla. No podemos por el solo esfuerzo que hacemos para sostener dos pesos, averiguar la exacta diferencia entre ellas: con el ausilio de una balanza la determinamos de un modo suficientemente exacto. La vista no puede juzgar de dos diferentes grados de iluminacion, aun teniéndolos ámbos presentes. Nuestros juicios sobre las cantidades de duracion, velocidad, calor, etc., adolecen de la misma incertidumbre. De aquí la necesidad de una multitud de instrumentos, sin los cuales las ciencias físicas hubieran progresado mui lentamente, i hubieran tenido que detenerse en sus primeros pasos o que abandonarse a hipótesis i conjeturas, cuya credibilidad habria sido imposible apreciar.

IV.

Una relacion de causa i efecto, para que la reconozcamos por tal, debe tener los caracteres siguientes:

1.º La invariable conexion de los dos fenómenos, esto es, la invariable subsecuencia del efecto a la causa, a ménos que intervenga otra causa, que contrarie la accion de la primera. Pero debe tenerse presente que en gran número de fenómenos naturales, el efecto se produce poco a poco, miéntras que la causa se mantiene en un ser, o va creciendo gradualmente; de modo que la antecendencia de uno de los dos fenómenos i la subsecuencia del otro

se hace difícil de averiguar, aunque realmente exista. Sucede otras veces que el efecto subsigue tan instantáneamente a la causa, que no puede percibirse intervalo, i es difícil decidir cual de los dos fenómenos debe mirarse como causa del otro.

2.º Que en las cosas que admiten mas i ménos, haya aumento o determinacion del efecto, cuando crece o decrece la causa; que haya proporcionalidad entre los dos, cuando no hai nada que estorbe o limite la accion de la causa; i que sean contrarios los efectos producidos por causas contrarias.

Sir John Herschell, a quien debo la materia de este estudio (1), deduce de estos caracteres varias reglas para dirigir el entendimiento en el estudio de las ciencias físicas, las mas importantes son las que siguen:

1.ª No debemos negar la existencia de una causa, a favor de la cual tenemos un conjunto de fuertes i concordés analogías, aunque parezca difícil esplicar su accion, en las circunstancias del caso.

2.ª Hechos contrarios u opuestos son tan instructivos para el descubrimiento de una causa, como los hechos que parecen probar su existencia. Por ejemplo, si se pone hierro humedecido en un vaso cerrado lleno de aire, se disminuye el peso del aire; porque una porcion se combina con el hierro i produce el orin. I si se examina el aire sobrante, se encuentra que no sirve ya para la combustion ni para la respiracion. Luego lo que sustenta la llama i la vida animal existe en la porcion de aire que el hierro separa i que lo cubre de orin. Luego el aire consta de dos elementos, el elemento que produce el orin en el hierro, i sirve para la respiracion de los animales i la combustion, i otro elemento diverso.

3.ª Las causas se nos revelan a menudo por la sola colocacion de los hechos en el órden de intensidad en que se muestra alguna cualidad especial. Por ejemplo, el sonido consiste en ciertos impulsos del aire sobre los órganos del oido. Si una série de impulsos de igual fuerza se comunican al oido a iguales intervalos de tiempo, primero en lenta sucesion, i luego mas i mas rápidamente, oímos al principio un sonido bronco i confuso, como el de una matraca, luego un sordo murmullo, i luego un zumbido, que por grados toma el carácter de una nota musical, sucesivamente mas i mas aguda, hasta que llega a serlo tanto que no puede apreciarla

(1) Véase su "Discurso sobre el estudio de la física," obra clásica que es como un catecismo de lójica para el estudio de las ciencias físicas.

el oído. Las vibraciones de una cuerda floja son separadamente audibles, pero a medida que se aumenta la tensión de la cuerda, sus vibraciones se aceleran, hasta que ya no percibimos más que una ancha línea de sombra en que se mueve la cuerda; i los sonidos que ántes se oían separados, se confunden por lo breve de los intervalos, i nos parecen formar un solo sonido uniforme i continuo, que constituye el tono de la cuerda en su estado actual de tensión. De aquí inferimos que lo más o ménos grave o agudo de las notas musicales proviene de la mayor o menor rapidez con que se comunican los impulsos al oído.

4.º Removiendo las causas que contrarían o modifican la acción de otra causa, o tomando en consideración su poder i su modo de obrar, podremos destruir las excepciones que parecen militar contra la segunda.

Si por observaciones o experimentos podemos encontrar dos casos que concuerden en todas sus particularidades ménos una, la influencia de esta particularidad en producir el fenómeno, puede por ese medio manifestarse. Si cuando falta del todo la particularidad de que se trata, no aparece el fenómeno, i cuando aquella existe, vuelve éste a presentarse, podemos inferir que la producción del fenómeno se debe a ella; i esta influencia será más segura, si encontramos una manifiesta correspondencia entre las modificaciones de los dos, i si invertida la una, se invierte el otro. Pero si la total presencia o ausencia de una particularidad, altera solo el grado o la intensidad del fenómeno, podemos inferir que es una de varias causas o condiciones que concurren a producirlo.

VI.

Fenómenos complicados en que concurren varias causas, pueden simplificarse, substituyendo el efecto de todas las causas conocidas, i dejando de ese modo un fenómeno *residual*, cuya explicación averiguaremos luego. Por ejemplo, la vuelta del cometa de Encke se verificaba en períodos que coincidían poco más o ménos con las épocas calculadas, tomando en cuenta las atracciones del sol i de los planetas, como solas causas; pero calculado con todo rigor el efecto de estas causas, se encontró que no correspondía exactamente con el movimiento verdadero del planeta; quedando por residuo una pequeña anticipación de su reaparecimiento, o en otros términos, una disminución de su tiempo periódico, que no puede expli-

carce por las solas leyes de la gravitacion, i cuya causa debe por tanto averiguarse. Hoi parece probable que esa concausa es la accion de cierto fluido tenuísimo derramado en el espacio; i cuya existencia se cree comprobada por otros fenómenos.

Otro ejemplo: M. Arago observó que colgada una aguja magnética por una hebra de seda, i puesta en vibracion, llegaba mas pronto al estado de reposo, cuando se la hacia oscilar sobre una plancha de cobre. En ambos casos concurrían dos causas, la resistencia que resiste i poco a poco destruye todos los movimientos que se ejecutan en él, i la falta de una perfecta movilidad en la hebra de seda. Pero conocido exactamente el efecto de estas causas por observaciones hechas en la ausencia del cobre, quedaba un fenómeno *residual*, producido por la presencia de este metal. Esto condujo al conocimiento de una nueva e inesperada cadena de relaciones entre la aguja magnética i el cobre.

Llegamos por los medios que hemos enumerado a uno de estos dos resultados: o el fenómeno que se observa se resuelve en leyes naturales anteriormente conocidas: o encontramos una nueva lei, una nueva conexion de dos fenómenos, el uno de los cuales acarrea constantemente al otro.

Si queremos una muestra de este proceder inductivo, supongamos que se desea saber la causa del rocío. Ante todo, es necesario que no confundamos el rocío con la lluvia, o con la humedad producida por la lluvia: el rocío es aquella humedad que aparece como espontáneamente sobre los cuerpos espuestos al aire, cuando no cae agua en forma de lluvia o bajo cualquiera otra forma visible.

Tenemos fenómenos análogos al del rocío en la humedad de que se cubre un metal frio cuando soplamos sobre él; en la que aparece por fuera en un vaso de agua, recientemente sacado del pozo, cuando hace calor; en la que aparece por dentro de los cristales de una ventana, cuando la lluvia o el granizo enfria súbitamente el aire exterior; en la que se ve descender por las paredes cuando a una larga helada sucede una temperatura suave: todos estos casos se asemejan en una cosa: el objeto que se cubre de rocío está mas frio que el aire contiguo.

¿Es esta diferencia de temperatura la causa del rocío nocturno? ¿El objeto que se cubre de rocío está mas frio que el ambiente? No parece que haya motivo de creerlo. Pero la analogía entre este caso i los anteriores es obvia: no debemos lijeramente rechazarla (regla

primera). Sometamos el caso presente a un experimento. Pongamos un termómetro en contacto con el objeto, i coloquemos otro a cierta distancia, de manera que el objeto no tenga accion en él: el resultado manifiesta una temperatura mas elevada en el ambiente que en el objeto. Siempre pues que un cuerpo contrae rocío está mas frio que el aire que lo circunda. ¿Pero esta mayor frialdad es causa del rocío o mas bien efecto, como imagina el vulgo? Para averiguarlo diversifiquemos las circunstancias (regla segunda).

Sobre la superficie de metales bruñidos, no se produce rocío alguno, pero sí, i en mucha abundancia, sobre el vidrio; lo que prueba que la naturaleza del cuerpo influye mucho en el fenómeno. Si se esponen al aire por la noche superficies bruñidas de varias sustancias, obtenemos una escala de grados en la produccion del fenómeno (regla tercera). Contraen menos rocío los cuerpos que esponemos al aire, a medida que conducen mejor el calórico: lei jeneral que se observa constantemente en los cuerpos pulimentados (1).

Si por el contrario esponemos al aire superficies ásperas, falta a veces la lei; lo que prueba que las diferencias de la superficie influyen tambien en el fenómeno. Espongamos al aire una misma sustancia, diversificando su superficie, i aparecerá otra escala de grados: las superficies que por la irradiacion pierden mas pronto su calor contraen mas copiosamente rocío (2).

Por otra série de experimentos descubrimos una nueva escala que depende de la contestura de los cuerpos. Los que la tienen compacta i sólida, como las piedras i metales, no contraen rocío con la facilidad i abundancia que se notan en las sustancias de contestura floja i rala, como el paño, la lana, el algodón; sustancias todas a

(1) Un pedazo de madera que arde por una de sus estremidades puede asirse sin inconveniente por la otra: en la madera no se propaga libremente el calor; lo mismo sucede en el vidrio. Por el contrario, colocada una brasa en una cuchara de plata, en pocos momentos se calienta la cuchara toda, i no podemos tocarla sin quemarnos; los metales son conductores del calor.

(2) Todos los cuerpos irradian continuamente calor, unos mas, otros ménos; efectúase de este modo un cambio constante entre cada cuerpo i los que le rodean. Los que tienen mas calor irradian mas que los que tienen ménos; aquellos pierden i estos ganan, i todos tienden así a equilibrar sus temperaturas. Las superficies pulidas i brillantes absorben ménos que las otras este calor radiante, i su potencia emisiva sigue la misma lei. Un vaso de metal bruñido pierde lentamente su calor, i reflejando casi todo lo que se le trasmite por la irradiacion de los cuerpos circunvecinos, se calienta con dificultad.

propósito para el vestido, porque no permiten el tránsito del calor de la cutis al aire; de modo que su superficie exterior puede enfriarse mucho sin que se propague el frío a la superficie interior i a la cutis.

Obsérvase tambien que el rocío no se deposita con abundancia en situaciones que no están espuestas al aire libre i que en las noches nubladas no se deposita absolutamente; pero si se disipan las nubes, empieza luego a formarse. Los cuerpos que están abrigados por otros, o por un cielo nublado, ganan por la irradiacion tanto o casi tanto como pierden; pero espuestos a un cielo sereno, una gran parte del calor que emiten se escapa al espacio i se pierde sin compensacion.

Todas estas observaciones establecen que si la superficie de un cuerpo se enfria mas que el aire que lo circuye, se produce en ella rocío; cuanto mas difícilmente se calientan (como el vidrio, la lana), cuanto mas fácilmente pierden su calor por la irradiacion, como sucede por la aspereza de la superficie, o por la ausencia de las nubes, tanto mas fácil i copiosamente se produce el rocío. Débese pues este fenómeno a la pérdida de calor que experimentan los cuerpos por la irradiacion i que hacen inferior su temperatura a la del ambiente; porque es bien sabido que los cuerpos frios que se hallan en contacto con una masa de aire que lo está mucho ménos, condensan los vapores húmedos contenidos en ella, i los hacen opacos bajo una forma líquida. Se enfria la superficie por un efecto de la lei jeneral de la irradiacion del calor, i la frialdad de la superficie condensa la humedad atmosférica por un efecto de otra lei jeneral a que están sujetos los vapores. El fenómeno del rocío se descompone así en dos conexiones fenomenales conocidas.

ANDRES BELLO.

RASGOS BIOGRÁFICOS

DE JULIO MICHELET.

(Conclusion.)

§ XIX.

Dejando a un lado casi dos pájinas relativas a un bonito e instructivo libro que le habia guiado, si no inspirado, para empezar i continuar su estudio de *historia natural*, Michelet prosigue de este modo.

«Apénas comenzaba yo mi libro, cuando me fué preciso salir de Nántes. Yo tambien estaba enfermo. La humedad del clima, el trabajo áspero i sostenido i, sin duda, mas todavía que todo, el combate de mis pensamientos, parecian haber afectado en mí ese nervio de la vitalidad sobre el cual nada habia dejado huella. Seguimos el camino que las golondrinas nos señalan: nos fuimos hácia el medio dia. Posamos nuestro móvil nido en un repliegue de los Apeninos, a dos leguas de Jénova.

«Admirable situacion, abrigo bien defendido, retraido, el cual, en esta costa de variable clima, tiene el asombroso privilegio de una temperatura idéntica. Aunque no se podia suprimir enteramente el fuego, el sol de invierno, caliente en enero, animaba a la lagartija i al enfermo, i les hacia creer en la primavera. No obstante ¿me atreveré a decirlo? esos naranjos, esos limoneros de inmutable follaje, harmónicos con el cielo de inmutable azul, no dejaban de tener su monotonía. Rara, mui rara era en ellos la vida animal. Pocas o ningunas aves; ninguna, de mar. El pescado, mui raro, no ama esas aguas trasparentes. Mi mirada penetraba hasta una gran profundidad sin ver en ellas otra cosa que la soledad i

las rocas blancas i negras de las que se forma el fondo de ese golfo de mármol.

«Esta costa, estremadamente estrecha, no es mas que una pequeña corniza, un borde mui angosto, una simple *ceja* de la montaña, como habian dicho los latinos. Subir su escalera para dominar el golfo es una gimnástica violenta aun para la jente sana. Yo tenia por todo paseo un maleconcito, o mas bien un escabroso camino de vijilancia que serpentea, teniendo frecuentemente tres pies de ancho, estrechado siempre entre las viejas paredes del jardin, los arrecifes i los precipicios.

«Profundo era el silencio, el mar, brillante, pero solitario, monótono, excepto el paso, a lo léjos, de algunas barcas. El trabajo me estaba prohibido; por la primera vez, despues de treinta años, estaba separado de mi pluma i habia salido de la vida de tinta i de papel en qué yo siempre habia vivido. Esta parada que yo juzgaba estéril, me fué, en realidad, mui provechosa. Miré, observé. Voces desconocidas se despertaron en mí.

«Algo distantes de Jénova i de los escelentes amigos que allí teníamos, nuestra única compañía era formada por la pequeña tribu de lagartijas que corren sobre las rocas, juguetean o duermen al sol. Graciosos, inocentes animales que todos los dias, a medio dia, cuando se come i el malecon está solitario, me divertian con sus vivas i ágiles evoluciones. Mi presencia, al principio, les parecia inquietante; pero no habian trascurrido ocho dias i ya todos, aun los mas nuevos, me conocian i sabian que nada tenian que temer de este pacífico soñador.

«Tal el animal, tal el hombre. La vida sóbria de mis lagartijas, para las cuales una mosca era un amplio festin, no diferia en nada de la de la *povera gente* de esa costa. Muchos hacian cocer yerbas, pero las yerbas no eran abundantes en la montaña árida i descarnada. La deznudez de la comarca era aun mayor que lo que se puede creer. Yo no me enojaba de participar de ella, de encontrarme en armonía con las miserias de Italia, mi gloriosa nodriza que crió tambien a Francia, i a mí, mas que a ningun otro frances.

«¿Nodriza? continuaba siéndolo, tanto cuanto podia serlo en su pobreza de recursos i en la pobreza de naturaleza a qué me reducía mi salud. Yo, incapaz de alimentos, recibia de ella todavia la única nutricion que soportase, el aire vivificante i la luz, ese

sol que permitia, en uno de los grandes inviernos del siglo, tener muchas veces la ventana abierta durante el mes de enero.

«En la ociosa vida de lagartijas que llevaba yo en esa playa, toda mi preocupacion fué la de la comarca, la de esa vejez aparente del Apenino i de las montañas que circundan el Mediterráneo ¿Seria sin remedio? o en sus declives desmontados ¿podria volverse a hallar las fuentes que recomenzasen su vida? Esa fué la idea que me absorbió. Ya no pensé en mi dolencia; ya no pensé en curarme. Gran progreso para un enfermo. Me olvidé de mí mismo. Mi ocupacion era, en adelante, resucitar a ese gran enfermo, el Apenino. A medida que se me demostró que él no se hallaba en un caso desesperado, que sus aguas estaban ocultas, no perdidas, i que volviéndolas a encontrar, se podrian renovar en él los vegetales, i por consecuencia, la vida animal, yo mismo me sentí mejor, refrijerado i renovado. A cada nuevo manantial que se le encontraba, yo me sentía con ménos sed; me parecia que yo los sentia brotar en mí.

«Fecunda es siempre Italia. Para mí lo fué ella por su desnudez i su pobreza. La aspereza del calvo Apenino, esa famélica costa liguriana, por el contraste, despertaron el pensamiento de la naturaleza, mas que lo que lo habia hecho la riqueza exorbitante de nuestra Francia occidental. Hiciéronme falta los animales, sintiendo yo su ausencia. Al follaje silencioso de los umbrosos jardines de naranjos pedia yo el ave de los bosques. Por la primera vez espermenté que la vida humana se vuelve triste desde que el hombre no está rodeado de la gran compañía de los seres inocentes cuyos movimientos, voz i juegos son como la sonrisa de la creacion.

«Efectuóse en mí una revolucion que quizá narre algun dia. Con todas las fuerzas de mi existencia enferma, volví a los pensamientos que habia emitido en 1846, en mi libro del *Pueblo*, a esa Ciudad de Dios, en la cual todos los humildes, los sencillos, labriegos i obreros, ignorantes i letrados, bárbaros i salvajes, los niños i todavía esos otros niños que llamamos animales, tienen su derecho i su lei, ocupan su lugar en el gran banquete cívico. «Protesto, por mi parte, que si queda alguno atras a quien la Ciudad rechaze i no ampare con su derecho, yo no entraré i que me pararé en el dintel de ella.»

«Habíame, pues, aparecido, entónces, toda la historia natural como un ramo de la política. Todas las especies vivas, en su dere-

cho humilde, llegaban a golpear la puerta para que se las admitiese en el seno de la Democracia. ¿Porqué los hermanos superiores arrojarían fuera de las leyes aquellos a quienes el Padre universal armoniza en la lei del mundo?

«Tal fué pues, mi renovacion, esa tardía *vita nuova* que, poco a poco, me trajo a las ciencias naturales. Italia que ha entrado por mucho en mis destinos, fué el sitio i la ocasion de ella, así como treinta años ántes, por Vico, me habia trasmitido la primera chispa histórica.

«¡Querida i bienhechora nodriza! Por haber, un momento, tomado parte en sus miserias; por haber padecido, soñado con ella, me dió algo que no tiene precio, que vale mas que todos los diamantes ¿Qué cosa? Un profundo acorde de espíritu, una comunicacion fecunda de los mas íntimos pensamientos, una perfecta harmonía del hogar en el pensamiento de la Naturaleza.

«Allí entrábamos por dos sendas distintas; yo, por el amor de la Ciudad, por el esfuerzo para completarla, asociándome a todos los seres; ella, por la idea relijiosa i por el amor filial hácia la maternidad de Dios.»—(El Ave páj. 44 a 50).

Refiriéndose, con estas últimas palabras, a la ayuda i cooperacion de su esposa en la obra de la cual traduzco las bellas i naturales pájinas, que siento no copiar por entero.

§ XX.

No teniendo ya su cátedra para enseñar i enseñando, poner a prueba la fuerza de sus opiniones i la precision i lealtad de sus estudios, como lo hacia anteriormente i lo pueden ver i señalar muchos de sus auditores que han leído, en los libros posteriores, capítulos importantísimos que habian oído i visto, se puede decir, preparar ante ellos mismos en el anfiteatro del Colejio de Francia, Michelet continuó con mas ardor su penosa i árdua tarea de la Historia de Francia, agregando ahora a ella, monografías que han llegado a ser sus obras mas populares, de asuntos, casi se debería decir, de personajes de Historia natural: como son el «Ave,» ya citada, el «Insecto,» el «Mar,» la «Montaña.»

Pero en estas obras, como en sus lecciones, como en toda su vida, él no se olvida de su mision de enseñar i de educar, de esa profesion sagrada que se le pudo impedir llenase en un Colejio

pero que no podia impedirle practicar en el mundo entero i para todo el jénero humano.

Tanta importancia daba a su puesto de profesor i a su tarea de historiador que, en el fondo i para los resultados definitivos, eran a sus ojos una misma cosa, que él no quiso, como se puede ver en una carta publicada entónces, aceptar los sufragios para Diputado a la Asamblea Nacional, despues de febrero de 1848, que le ofrecian muchos electores de Paris, por miedo de ser distraido i arrebatado de lo que él creia mision i deber de hombre i de ciudadano.

Enseñar, educar, por la historia i por el raciocinio, en la cátedra o en el libro, era para él lo principal, era su vocacion; aquello para qué habia nacido i a lo cual debia sacrificarlo todo.

Michelet es de los pensadores que han considerado la educacion como la cuestion primordial i la mas trascendental de todas aquellas que han podido ofrecerse a los individuos, los gobiernos i los pueblos de la época moderna: de ahí el principio i la continuacion de esa prolongada i fecunda lucha contra todas las autoridades, eclesiásticas o civiles, contra las corporaciones o los individuos, contra las doctrinas o los libros que la falsean para hacerla servir, no a lo que ella debe ser—desenvolvimiento gradual i natural de todas las facultades del hombre—sino a lo que ellos necesitan—la formacion de un instrumento pasivo que pueda emplearse en beneficio de tales o cuales intereses.

El mejor comentario, la esplicacion mas completa de las opiniones de Michelet, en esta materia, se encuentran en su libro «Nuestros hijos» (paj. 11 a 18 de la *Introduccion*) del cual traduzco, en seguida, estas notables palabras:

La cuestion «de la educacion nos obliga a examinar, a profundizar nuestros principios, la fé por la cual úno combate, el fondo de nuestra idea política i relijiosa. Si esta idea vacila, nuestra marcha será indecisa; es menester precisarla, saber bien lo que se quiere, tomar un partido.

«En política, úno divaga fácilmente, i aun en la accion, úno no se dá siempre cuenta de los principios que lo hacen obrar, contentándose mui frecuentemente con poco más o ménos. Esto no puede hacerse en la cuestion de la educacion que nos obliga a ver claro. No puede úno decir una palabra acerca de ella sin saber lo que quiere transmitir, ni enseñar, sin saber bien su regla o su ideal de porvenir.»

I despues de haber espuesto los distintos sistemas de educacion i de haberlos juzgado, continúa:

«Es menester que el alma jóven tenga un alimento sustancial; necesita una cosa viva. ¿Cuál? La patria; su alma, su historia, la tradicion nacional. ¿Qué otra cosa? La naturaleza, la patria universal. Hé ahí un alimento que regocijará, llenará el corazan del niño.

«Si nosotros no tenemos la fuerza i el jenio, tenemos la lucidez de un método superior. Nuestro estudio mas complicado es, sin embargo, mas claro. Por la perseverancia, i gracias a esfuerzos graduados, preparamos lejitimamente las cuestiones. Yo no he llegado a la de la educacion sino gracias a trabajos sucesivos.

«La sustancia de ella es la *tradicion nacional*, como ya lo he dicho. Lo que primero debe aprender el niño es la patria, su madre. «Tu madre es tú i tú eres el fruto de ella. ¿Qué ha hecho? ¿Cómo ha vivido? Eso es lo que necesitas saber. Allí leerás tu alma, te conocerás a tí mismo.»

«Esto es largo, estaba poco preparado, cuando yo me ocupé en ello. Encontré a la Patria deplorablemente borrada por nuestros trájicos acontecimientos, por la cruel leyenda de la idolatria militar, por la supersticion monárquica, por el culto de la fuerza, por el olvido del derecho. Durante cuantos años estuve trabajando en rehacerlo todo, desde la base a la cúspide, importa poco saberlo; pero es preciso decir el esfuerzo perseverante que yo necesité para arrancar, estirpar, en mi camino, esa selva de errores que nos mata con su sombra. Yo obtuve mi recompensa. Ví distintamente lo que simplifica todo: la unidad perfecta de las dos idolatrias i lo injusto i arbitrario del sistema del favor i de la gracia; i al otro lado, la justicia, el Dios nuevo a quien, con su nombre de guerra, llamamos *Revolucion*.

«Una educacion de justicia, fundada en libertad, igualdad, fraternidad: hé ahí el ideal mismo, destacado con precision de ese trabajo inmenso que fué el primero que dió la sustancia, el principio puro, el alma viviente de la educacion.

«¿Justicia? ¿Que es eso? dice la mujer. A mí no me han enseñado sino la gracia incierta, que ama o aborrece, salva o pierde a *quien le agrada*.»

«Si no conseguimos hacerle aceptar la justicia, reconciliar la justicia i el amor, la patria periclita i el hogar tambalea. Matri-

monio, entónces, es divorcio. ¡meditadlo bien, oh madres! si el hogar no está firme, el niño no ha de vivir.

«Un niño de dos cabezas, de dos cuerpos, no vive: tampoco el que tiene dos almas. En virtud de esta lei, en prevision de esto es que la naturaleza hizo la profunda unidad física del matrimonio. Por necesidad, el niño nace úno; i cuando tiene dos almas, gracias al desacuerdo de los padres, muere o se convierte en *fruto inútil*. No hai entónces ya que hablar de educacion.

«En este tiempo singular, existian dos corrientes; la de la ciencia cuyos descubrimientos establecen la fuerza del matrimonio, la de la Literatura que seguia mui tranquilamente su camino en sentido contrario. Cuando mis libros hicieron la advertencia, ésta se indignó casi tanto como el sacerdote. Yo respondí: Es preciso que el niño viva, i no vivirá si no volvemos a colocar el hogar en un terreno firme.»

«Los tres libros atacados (El «Amor» la «Mujer» el Sacerdote i la Familia) que sostenian esta paradoja enorme—la fijeza del matrimonio—duran i durarán porque tienen dos robustas bases: la base científica, la naturaleza misma, i la base moral, el corazon de un ciudadano. Por que, sin buenas costumbres, no hai vida pública. Yo decia en el «Amor» a tantos hombres frívolos que hablan de Patria «¿Podeis ser libres, con costumbres de esclavos?»

«Asi todos mis libros gravitaban hácia él de hoi. Los de historia natural que se creia diverjian de mis sendas morales e históricas, estaban en mi rumbo i en mi sulco. En el comienzo de la «Mujer», yo he dicho cuan dulcemente se hará la educacion, de nuestras hijas, principalmente, en esa grata comunión de la Naturaleza. I hácia la conclusion de la «Montaña», volviendo a entrar en ese asunto, sobre todo respecto al mozo, lo he llevado a los Alpes, a los Pirineos, dándole firmeza, engrandeciéndole el corazon con esas escursiones viriles, con esa altiva gimnástica, con esa arrogante aspiracion que dice siempre. «¡Mas arriba!»

«En resúmen, yo llego al fin, al gran problema, por las vias lejitimas, pacientes, de las cuales mis predecesores creyeron deber no hacer caso.

«Larga ha sido mi esperiencia: treinta años de enseñanza. Mas largo mi estudio que ha llenado toda mi vida.

«De nuestra historia nacional, del trabajo progresivo que ha efectuado el alma de Francia, he sacado nuestra fé, ese *credo* social que será el alimento i la vida de nuestros hijos.

«En el Hogar reconsolidado en ese credo comun, en la gravedad robusta de las costumbres republicanas—el ejemplo de los padres—he colocado la firme base en qué el niño se armoniza, toma la unidad moral que es la única que permite la educacion.

«Pero en estos largos trabajos de infinita exigencia los cuales, cada dia, tomaban lo mejor de mí mismo; i la sangre de mi corazon ¿cómo he durado, producido suministrado siempre? ¿Porqué revivimiento renacia yo siempre? Preguntadlo a la madre, a la gran nodriza Naturaleza, a el alma maternal que no se cansa de amantantar, reanimar, consolar al mundo. Lo que ella ha hecho para conmigo, habria yo querido hacerlo para con nuestros hijos i para con todos: sentar niños i hombres a ese banquete de juventud eterna, (19 de octubre de 1869).»

§ XXI.

Comprendida así, la educacion no solo abarca la instruccion sino que se confunde con la moral i con la política i aun con la literatura; i ese concepto dá la medida del carácter sagrado i trascendental que a ella atribuye Michelet, proporcionando una nueva prueba de cuan sincero fué en lo que se creyó por algunos i se ha repetido por muchos, vano deseo i vanagloria de lidiar i de hacer polémica, desde su cátedra de profesor i desde su bufete de escritor, con las sectas i los partidos que no tienen escrúpulos para abusar de ella.

De ese concepto tambien, la importancia que Michelet atribuye a la redaccion de un libro verdaderamente popular que él desea, proclama necesario, describe casi i que él se cree impotente para escribir, pero de cuyo advenimiento habla así:

«Ha de venir un gran libro de lectura popular, que a todos nos abra el Oriente, que dé a la mujer, al niño, al pueblo (¿i quién no es pueblo?) las hermosas rejiones de la luz. ¿Cómo es que se nos retiene siempre en este triste Occidente, en las neblinas de Europa? Cuando más se nos trasporta a la Arabia Petrea, al desierto Sinaico, al lúgubre paisaje de Judea. ¡Tengo lástima de la especie humana!»

I despues de enumerar las ventajas i desventajas de algunos libros como la *Biblia*, *el Ramayana*, *el Zend-Avesta*, agrega:

«Con qué gusto habria quemado yo mis libros por escribir ese! Ya es tarde, mui tarde. Yo no sé esas lenguas, esos remotísimos orijenés? Yo no he visto la fuente de los grandes rios que de allí

han caído i he mojado mis labios tan solo en sus últimos raudales. Sediento llegaba yo a ellos, de los polvorosos caminos de la Historia en qué, áspera i ciegamente, caminé mi vida. La Historia, esa hada violenta, me ha arrastrado por entre cien cosas de una enojosa realidad: he tenido que volver a vivir demasiadas miserias. Peregrino rezagado, llego a tiempo para beber, no para restablecer el curso de las grandes aguas. Otro mas jóven, otro mas digno lo hará i será bendecido.»—(*Nos fils, páys.* 104 i 106.)

El libro i el maestro que sean capaces de ilustrar i de guiar al niño, a la mujer, al pueblo, han sido una preocupacion constante de Michelet i podrian llenarse muchas pájinas con reflexiones, importantes por el fondo, bellísimas por la forma, acerca de esa fecunda materia que fué siempre para él, terreno de combate contra los hombres i las ideas del pasado, i terreno de siembra para las ideas i los hombres del porvenir.

Sus críticos, sus enemigos, todos aquellos que se veian turbados en sus ensueños o en sus goces, amenazados en sus propósitos o en sus ambiciones, combatidos en sus planes o en sus proyectos, no han dejado, miéntras Michelet vivió i no dejarán, despues que él ha muerto, de reprocharle que era indiscreto, temerario, insensato pretender lo que él pretendia.

Sin embargo, bien visto i estudiado todo lo que ha escrito Michelet, acerca de educacion, si úno puede tener reservas que hacer en puntos accesorios, distinciones que establecer en algunas materias secundarias, aun negaciones que formular contra asertos de poca importancia, no tendrá sino aplausos i, a veces, admiracion, por la fecundidad de miras, la elevacion de propósitos, la bondad de resortes, la perfeccion de plan i de rumbo que, en todas partes i de todas maneras, él manifiesta.

XXII.

Miéntras las nuevas jeneraciones traian medios, resortes, coraje, aspiraciones, propósitos i hombres nuevos, obligando al gobierno imperial i a los partidos en Francia a orientarse nuevamente i a finjir, si no a tomar, un rumbo enteramente distinto, la fermentacion i la actividad de los elementos confusos, heterójeneos, malos pero poderosos que habian elevado i sostenido el imperio durante veintiun años, traian una catástrofe que, pocos meses ántes, muchos entreveian i no pocos deseaban, i que cuando se pre-

sentó ya todos creían alejada a distancia inmensa, aplazada para siempre.

La violencia, la corrupcion, la codicia sin freno i sin escrúpulo i la traicion que levantáran el nuevo imperio napoleónico en 1852, lo hundian, entre el humo i la sangre, con la derrota i la mutilacion de Francia, para escarmiento de Gobiernos despóticos i de pueblos poco celosos de sus derechos i deberes, en la fosa mas tremenda i en la ruina mas completa que ha visto el siglo XIX.

Pero el Imperio i el Emperador, si habian sido la causa i el instrumento de la ruina, no fueron ni podian ser la víctima del cruento i doloroso sacrificio: Francia se vió invadida, vencida, traicionada o herida por malos hijos, esquilhada, escarnecida i mutilada por enemigos poco jenerosos i quizá pocos prudentes i cuerdos en la satisfaccion de intereses i de odios del momento.

Michelet no podia mirar esto sin sentirse lacerado en lo mas íntimo, no solo en sus fibras de patriota, sino en sus ideas i convicciones de escritor, en sus aspiraciones i su sistema de pensador, en sus anhelos i esperanzas de reformador, que veian i preparaban, en las naciones de Europa, un gobierno de justicia i de libertad, i principalmente en Alemania, uno de los elementos mas eficaces para el desarrollo i el perfeccionamiento de la civilizacion moderna.

El desenlace de la guerra franco-alemana le hizo lanzar un alarido que él tituló «Francia delante Europa» i que contiene una defensa de su país que la táctica i el Estado mayor de Alemania no habian de respetar, i una prueba que los cañones i las bayonetas no habian de acatar, como no habian de apreciarla i hacerla valer la Diplomacia i los Diplomáticos.

Recuerdo el pequeño volúmen en que está concentrado su inmenso dolor i sientto no tenerlo a mano para reproducir aquí algunas de sus elocuentes pero inútiles pájinas. El autor de ellas, acometido de una gravísima dolencia, casi sucumbió al peso de ésta.

Mas fácil es concebir que pintar la lacerante huella que, en el alma de Michelet, irian dejando i que grabaran los conocidos i luctuosos acontecimientos que empezaron en la atolondrada e injusta declaracion de guerra a Prusia i acabaron en el pacto preliminar de Versalles ratificado por el tratado Francfort i en las sangrientas resistencia i represion de la Comuna de Paris: no lo intentaré, pues.

§ XXIII.

La continuacion i el complemento de su gran tarea histórica, la cual fuera a veces, su tortura i verdugo, vinieron a ser ahora un lenitivo i un consuelo para su alma aflijida. Fruto de sus esfuerzos fué la Historia del siglo XIX en la cual trabajaba todavía en los momentos en que la muerte le sorprendió, el 9 de febrero del presente año.

Por motivos, no solo de estudio sino principalmente de salud, Michelet se habia retirado a Hyères, pequeña ciudad del departamento del Var, en Provenza, que, colocada en la pendiente de una colina, está mirando el campo azul del, a veces, terso i, a veces, revuelto Mediterráneo, del cual dista unos cuatro quilómetros.

Allí retirado con su esposa, vivia i continuaba ardoroso su nueva obra, de la cual han salido a luz dos volúmenes, sin que los años i los sufrimientos nublasen su mente ni detuviesen su mano cuando la muerte vino a oscurecer la una i a detener la ótra, para siempre.

Hé aquí, cómo, un testigo de vista, narra sus últimos momentos:

18 de febrero de 1874.

«La enfermedad que acaba de arrebatarse a Michelet sube al momento mas sombrío del año de 1871, cuando Francia tuvo que soportar una paz desastrosa.

«El señor Michelet entónces adolecía de una enfermedad de corazón que casi lo hizo sucumbir. Encontrábase entónces en Toscana, en donde acababa de escribir, con ardor febril, «Francia ante Europa» i de derramar, en esas páginas elocuentes, el exceso de su alma herida. Fué vuelto a la vida por la solicitud apasionada i por los cuidados de su esposa. Todos aquellos que conocen al señor Michelet saben tambien el mérito de la mujer distinguida que ha consagrado su juventud a la segunda mitad de la vida del gran historiador.

«Restablecido, apénas, de esta cruel enfermedad, el señor Michelet no tuvo sino un pensamiento: escribir sobre el siglo XIX una obra histórica, en la cual pudiese vaciar el tesoro de reflexiones que su larga vida le habia sujerido acerca de las cosas contemporáneas.

«Siempre habia sido retirado i ahora lo fué más; creía no tener sino poco tiempo que vivir i concentraba el resto de sus fuerzas para dejar tan adelantada cuanto fuese posible esta obra. Como un soldado desea morir en el campo de honor, así, héroe del trabajo, queria fenecer de pié; para él, vivir era producir, dar forma a las ideas que fermentaban en su cabeza i que tan bien sabian fecundar el corazon i la imaginacion. Levantado desde el alba, trabajaba hasta las once del dia. Esto era demasiado; así es que el cuerpo sufría ataques repetidos; pero el alma era de un temple demasiado vigoroso para que participase de esa alteracion, permaneciendo entera, jóven i viva. La víspera del dia en qué le acometió el mal, el señor Michelet habia efectuado su tarea matinal; yo, en la tarde, fuí a hacerle mi visita acostumbrada i le encontré volviendo de un corto paseo, con un ramilletito de camelias en la mano, que con, gracia, presentó a su esposa. Trabóse la conversacion i él la sostuvo con su viveza i orijinalidad acostumbradas. Desde hacia algunas semanas, habia vuelto a ser acometido por perturbaciones en la circulacion de la sangre, pero no parecia que el mal hiciese progresos.

«Al dia siguiente, una criada, toda asustada, vino a avisarme una desgracia: yo corro i, al entrar, en el pálido rostro de la señora Michelet, veo una espresion de desolacion tan amarga i en toda su persona un estremecimiento tan doloroso que adivino que ahora se trata de la crisis suprema. Cuéntame que, por la mañana, cuando ella entró por primera vez al cuarto de su marido, lo habia encontrado listo para levantarse, sereno i risueño. Un cuarto de hora despues, ella lo llama i él no responde; vuelve a entrar i lo encuentra, al pié de su cama, casi sin conocimiento. El doctor, a quien se llamó inmediatamente, nota una parálisis del lado izquierdo.

«El mal, en la tarde i al dia siguiente, habia disminuido algo; al subsiguiente, los síntomas alarmantes vuelven con una intensidad tal que la muerte parecia inminente: pero los hombres de esta pujanza mental tienen un escedente de vitalidad i, con asombro del doctor, cuatro dias i cuatro noches de una especie de agonía pasaron ántes de agotarlo. Durante estos siete dias, la débil señora Michelet, siempre en pié, sin dormir, sin descansar, sin perder, por un momento, de vista a su enfermo, se multiplicaba para rodearlo de los cuidados mas esquisitos; pero en esta vez la muerte no soltó su presa.

«El señor Michelet conservó hasta el fin la lucidez de su pensamiento; el entendimiento persistía a pesar de la parálisis siempre en aumento; ya no veía pero su oído fino percibía todo i el timbre de una voz querida le arrancaba respuestas breves, rectas, precisas, que iban al objeto. Durante estos siete días yo no le oí proferir una queja, ni lanzar un grito de dolor; ni una conmoción alteró la serenidad de su hermosa frente; leíase en ella la pureza de una alma sin mancha, leal, íntegra, constante en sus afecciones, benévola, i ántes que todo, profundamente humana. Michelet juntaba las delicadezas de la sensibilidad moderna a la varonil simplicidad de los antiguos: era un estoico trasportado a nuestros tiempos; se estinguió, como un sabio, en una calma admirable.

«Michelet murió como filósofo, tal cual había vivido; i su memoria será, por esto, mas honrada por los hombres leales que juzgan que la fidelidad a los principios es la base de la moralidad. En su última voluntad ordenó espresamente que su entierro hubiese de tener un carácter puramente civil i que la suma destinada ordinariamente a las ceremonias de iglesia se diera a los pobres.»

RODOLFO REY.—(*Rappel*, 18 de febrero de 1874.)

La muerte, si taciturna i solitaria casi, no desmintió esa vida activa, enérgica, sonora, luminosa, en qué mas de úno pudo beber aliento i esperanza para continuar i aconsejar que se continúe la tarea comenzada en este mundo, cualesquiera que sean las dolorosas i desfavorables circunstancias en qué ello haya de efectuarse (1).

§ XXIV.

Si al trazar estas páginas, se hubiera querido escribir, no unos rasgos biográficos, sino una verdadera biografía del gran escritor, sería preciso, despues de haber espuesto las condiciones i la época en que él vivió i murió, entrar a apreciar i a juzgar sus obras.

Mis lectores comprenden que esa empresa sobrepasa, con mu-

(1) Su testamento, escrito el 1.º de febrero, que ha llegado a mi conocimiento despues de escrito esto, confirma la serenidad con que él veía acercarse el momento de la partida, no turbado sino por los cuidados, referentes a su viuda i a sus nietos.

cho, a las fuerzas del que escribe los rasgos biográficos, i al tiempo i a la atención que hoy se pudiera otorgar a un estudio completo acerca de la vida i las obras de Michelet; i no es preciso largas consideraciones para explicar i justificar una tan necesaria i oportuna abstención.

Pero ¿será justo guardar silencio completo i no intentar decir, siquiera sea muy someramente, cual es el puesto que en la literatura, ocupa Michelet, cual la influencia que ha ejercido, cual la importancia de su obra?

En vida de él i a medida que avanzaba en el acabamiento de su colosal tarea, los enemigos, los indiferentes, los sibaritas del arte reprochaban a Michelet, por cada tentativa nueva, por cada volumen original, faltas, errores, desaciertos, fracasos, trayendo, no poco frecuentemente, en contra de la actualidad que vilipendian, un pasado que elogiaban con tanto más ardor i más ahínco cuanto que se quería hacerlo servir contra las ideas, contra el prestigio i aun contra la persona del incontrastable discutidor, agitador i vivificador del mundo intelectual que, en alas de la imaginación, solía remontar a sus mayores alturas, como, en brazos de la meditación i la erudición, descender a sus más recónditas profundidades.

Había, además, en esa grito i esa polvareda que levantaba principalmente cada volumen de su Historia de Francia, no solo el eco i el reflejo de las iras de secta, sino también el rujido de las ambiciones despechadas, la venganza de las vanidades rezagadas, el descorazonamiento de las presunciones impotentes que, por motivos diferentes i con propósitos opuestos, se encolerizaban de que el hombre a quien se quería aplastar, se elevase de tierra cada día más alto, de que la voz que se intentaba extinguir, resonase cada día con mayor estrépito i en más extenso espacio, de que las ideas que se perseguían o se temían, se acentuasen i se robusteciesen a cada momento más, de que la bandera de la libre conciencia, la libre palabra i la libre acción cobijara con sus luminosos resplandores, no ya a pensadores dispersos, raros, sino casi a todos los que se sentían con vigor i con méritos suficientes para entrar en la democrática liza del mundo de las letras. Adunábanse en contra de esos briosos atletas que venían a sacudir el edificio del pasado i a infundirle vida nueva i que se llaman «Renacimiento» «Reforma» «Guerras de religión», la serie, en fin, de la Historia de Francia en la época moderna, las cóleras de los seides,—honrados i mal

intencionados,—así de la Iglesia como de la Monarquía, igualmente intolerantes i a quienes heria, hostigaba i desesperaba, con su nombre i con su conducta, el valiente escritor, el elevado pensador que desdeñaba el número, altura i fuerza de sus agresores, sin contar a veces ni esperar el apoyo i el aplauso de sus compañeros i sus partidarios.

Pocos hombres mas discutidos, en sus obras i en su vida, en su esencia i en su forma, en su carácter i en su pensamiento, en sus intenciones i en su sistema, que Michelet, i en contra i en favor de quien se haya hablado con mas exaltacion desde que, sin atender a sus provechos i a su comodidad, i sin haber sido inconsecuente con su pasado ni renegar de él, rompió con las preocupaciones oficiales, las cuales estaban formando i pretendian perpetuar una atmósfera artificial en qué pudieran coexistir i amalgamarse el error i la verdad, la servidumbre i la libertad, el abuso i la justicia, gracias a una filosofia, a una historia, a un arte, a una literatura, a una ciencia de mera convencion que encontraban campo i elementos en una educacion de pura conveniencia.

Los enemigos verdaderos del progreso moderno, santones que creen servir a la Iglesia porque atacan a la Civilizacion i quisieran renovar, en todas partes i en todo tiempo, lo que hicieron en Alejandria i en los primeros siglos de la era cristiana, no ahorran, en vida, ni habrán ahorrado en muerte, a Michelet, todos los dicerios i todos los anatemas que podemos imaginarnos i que seria tan inútil como estéril repetir, porque en pequeña escala i por mas pequeños agentes i a causa de mas pequeñas cosas, los estamos oyendo aquí casi diariamente. Esos verdaderos enemigos de Michelet odiaban en él, su anhelo de verdad, su culto a la libertad, su adoracion de la justicia que, realizados i centuplicados por su incontestable honradez, su estremado talento, su vastísima erudicion i su prestigio, cada dia mas eficaz en las nuevas i antiguas jeneraciones de Francia, eran una arma terrible contra los proyectos, las doctrinas i los hombres que ellos sustentaban.

Muchos ótros—si no tan enemigos, cooperadores en el ataque—aparecian como estrictos i frios censores de la obra, a la cual, exhibiéndola como una muestra de las aptitudes del autor para elevarse al cielo de la perfeccion, mostraban por su lenguaje i sus resultados, hundida en el fango, para desacreditarla en sus ideas i en su influencia. Para esto—por refinamiento de un sibaritismo literario, o por exeso de apego a un partido—se establecia diferencias, distin-

ciones i contraposiciones entre las obras mismas i aun entre las opiniones i los pensamientos así como entre las épocas i las edades del autor, dando a las únas—las que se pretendia favorables a ciertas tendencias—toda clase de encomios i atribuyéndoles la mayor importancia, i mostrando en las ótras—las adversas a los gustos o a los intereses en mira—toda clase de defectos i peligros.

Puede ser que Michelet—historiador, a causa del torbellino en que ha escrito desde 1842 a la fecha, no dejara, al fin, una Historia de Francia tan simétrica, tan bien equilibrada, tan perfectamente unisona, como él habria podido escribirla i como demuestran que quiso i pudo hacerlo, no solo los seis primeros sino todos los volúmenes de ella; el cumplimiento de los deberes de ciudadano, de las obligaciones de hombre, de los dictados imperiosos del creyente, puede haber impedido la perfeccion, haber echado de por medio algunas irregularidades en la obra monumental del artista-pensador. Pero ¿son las jeneraciones, es el país, son las ideas, es el sistema, en favor de quienes, quizá con una completa conciencia de ello, el artista hizo el sacrificio de una parte de su ideal, los que podrian dirijirle reproches i exigirle temerarias cuentas?

Yo creo que se ha exajerado i se exajera demasiado las diferencias, distinciones i contraposiciones en las obras i las épocas de Michelet, así como las deficiencias i superfetaciones—poco numerosas i no siempre de gran trascendencia—de la tan hermosa i tan instructiva Historia de Francia.

Esta es todo Michelet; en ella ha vivido i para ella, tan solo vivió i pensó; para ella, se puede aun decir, trabajó i escribió.

Basta echar una ojeada a sus obras i a las épocas en qué las escribiera, agrupándolas despues, en séries diversas, para ver no solo esa significacion, sino la completa armonía, la unidad perfecta de la vida intelectual de Michelet que pudo irse desarrollando, i al desarrollarse, acentuar mas o ménos ciertos rasgos característicos, pero que fué úna en su creencia, homogénea en su composicion, aunque viviente i variada en su desenvolvimiento.

Las introducciones al *Vico* i a la *Historia Universal*, la *Historia Romana*, los *Oríjenes del derecho frances* preparan, sirven de amplio i admirable vestibulo, a la *Historia de Francia*. Los seis primeros volúmenes de ésta—*Historia de Francia durante la Media-Edad*, segun la denominacion que él mismo les dió—forman un conjunto, un todo completo en qué abundan una erudicion de buena lei, una sabia esposicion de sucesos i materias, una sana i

clara interpretacion de los hechos; en una palabra, la ciencia i el arte de un verdadero historiador que narra i enseña lo que es Francia desde sus primitivos tiempos hasta los de Luis XI, en el dintel de la época moderna. Los volúmenes destinados a la narracion de la historia en ésta i que comprenden desde el VII al XVI, en la entrada de la época contemporánea i que son de los que han provocado mas discusion, no desdicen, ni por el fondo ni en la forma, de los anteriores, aun cuando el lenguaje, a veces, por aplicarse a cuestiones i a hechos que viven i se ajitan todavia, aparezca mas agresivo contra ciertas instituciones i contra ciertas tendencias. Los siete volúmenes de la *Historia de la Revolucion Francesa* i los dos o tres de la del *Siglo XIX* que refieren los sucesos i las ideas de la época contemporánea, completan el edificio gigantesco i revelan la altura de intelijencia, la abundancia de conocimientos, la fuerza de imaginacion, la firmeza de juicio i la nobleza de propósitos del que a tanto se atrevió i pudo llevarlo a cabo.

Agréguese, como complemento de la vida intelectual del escritor, sus libros de historia natural, los de educacion i de cuestiones especiales, ya se refieran a doctrinas, a pueblos o a individuos, junto con sus importantísimos años de profesorado, durante los cuales jermnaron i se prepararon algunos de sus notabilísimos trabajos porteriores i se podrá ver, como en el espejo májico de Ariosto se veían i podian contarse las jeneraciones de la casa Estense, las fases diversas del pensamiento de Michelet, igual, por su esencia i por su meta, desde el principio hasta el fin de su historia, idéntico, en el fondo, al tratar de Juana de Arco o de Luis IX o las *Jacqueries* en la Media-Edad, o de Coligni, Hoche o las Federaciones, en la edad moderna, aun cuando el lenguaje i el estilo tengan, a veces, reflejos que no son siempre los de la tranquila luz de una mañana de otoño.

I no es esto una simple conjetura; se puede probar con las palabras mismas de Michelet que en una remota fecha,—la de la publicacion de sus dos primeros volúmenes de la *Historia de Francia*, en 1833,—sus tendencias eran las mismas que desarrolló i completó despues.

En el prefacio de éstos, despues de hablar de su método, de reconocer los servicios i los méritos de sus antecesores i despues de bosquejar un resúmen de la historia, indicando aun el número de volúmenes que habia de ocupar (cosa que ha resultado bien distinta) concluye así:

«Acabo de resumir la historia política, la historia exterior. Pero, en mi libro, está ésta ilustrada por la historia interior, por la de la filosofía i la religión, por la del derecho i la literatura. Si la obra no es grande, el intento lo es. No es nada ménos que una narración i un sistema; nada ménos que una fórmula de Francia, considerada, por una parte, en su diversidad de razas i de provincias, en su extensión jeográfica, i por otra, en su desenvolvimiento cronológico, en la creciente unidad del drama nacional. Es una tela cuyo hilo son el espacio i la materia, cuya urdiembre son el tiempo i el pensamiento. Tal es, a lo ménos, el ideal tras del cual hemos ido.»

Por eso es de estrañar que se haya insistido, a veces, tanto en señalar contradicciones en el modo de pensar del escritor, cuando los juicios i opiniones que se citan son accesorios a una transformación lójica i natural del pensamiento primitivo. Yo creo que mas bien que contradicciones verdaderas, hubo en Michelet evoluciones de su propio pensamiento que pudieron ser coloridas, pero que no fueron producidas, por los sucesos i los ataques en qué el vivió envuelto. (1)

Pero ¿a qué estenderse mas en ésto?

§ XXV.

Si no es Michelet un escritor voluble i contradictorio ¿qué fué en su vida, qué ha sido en sus obras?

-
- (1) Véase, en comprobación, todas las páginas citadas en seguida:
- | | |
|--|-------------------------------------|
| Ruina del Imperio romano, | T. I, página 95 i siguientes. |
| Acción del cristianismo, | " " 111 " |
| La Francia i el cristianismo, | " " 194 i 195 " |
| La iglesia en la sociedad bárbara, | " " 261. |
| El monaquismo, | " " 271 i siguientes. |
| Despotismo espiritual de la iglesia, | " II, páj. 388 i 389. |
| Los Municipios. | páj. 266. |
| Los libres pensadores, Abelardo, | páj. 278 hasta el fin del capítulo. |
| Efecto de la muerte de Tomas de Cantorbery, | páj. 285. |
| Inutilidad i perjuicio del tiempo del papado en la primera mitad del siglo XIII, | páj. 585. |
| Reflexiones sobre la muerte de San Luis, | páj. 622. |
| Consideraciones sobre la duda, | páj. 636 a 38. |
| Ojeada a los resultados i propósitos de la Media Edad, | páj. 698 a 98. |
| La monarquía, | T. III, páj. 31 i 32. |
| La iglesia, | " " 207 i 208. |
| La realeza | " " 230 i 231. |
| Estado político en el siglo XIV, | " III, páj. 879 a 424. |
- No quiero enumerar muchas otras opiniones posteriores que revelan la misma tendencia i la misma aspiración, superiores a la ortodoxia i a la intolerancia del catolicismo i de cualquiera otra secta.

¿Fue él, anti-católico, anti-cristiano, anti-religioso?

¿Han sido sus obras ineficaces, defectuosas, despreciables?

Yo no ignoro mucho de lo que se ha vociferado acerca de la irreligiosidad de Michelet; pero sé que si pensar, hablar, escribir i obrar como lo hizo durante toda su vida i en todas sus obras, es ser anti-católico, anti-cristiano, anti-religioso, el reproche caeria, no sobre el hombre i el escritor, sino sobre las sectas que, escluyendo de su recinto i de su dogma, estrechos e intolerantes, a la humanidad misma en lo que tiene de mas esencial—la libertad en todas sus fases i la fraternidad en todas sus relaciones—se encuentran juzgadas i condenadas por lo mismo que ellas alegan para acusar i anatematizar a ótros.

Tan difícil—por no decir imposible—como es clasificar la vida misma en la naturaleza o en el arte, analizando i esplicando los elementos de qué constan una persona, una imájen, un cuadro, un paisaje o una sinfonia que nos encantan con su belleza o nos dominan con su fuerza, lo es clasificar a Michelet como escritor i pensador i esplicar i analizar sus importantes obras.

Podria, si úno lo intentase, procederse por via de eliminacion, diciendo lo que no es Michelet i dejándose al auditor o al lector deducir lo que fuese; pero a mas de largo i engorroso, ese método seria casi estéril completamente.

En un hombre i en un escritor en quien la conciencia propia, la espontaneidad, la instruccion, el sentimiento, la sensibilidad, la erudicion, el trabajo, la intelijencia, la sinceridad, el amor a la verdad, a la patria i a la humanidad son cualidades tan inegables i activas como en Michelet, las obras de que es autor no se prestan a esa especie de *viviseccion* a qué muchas, mui importantes, son sometidas con buen éxito para el autor i el censor i con provecho para los lectores.

Michelet cria entidades animadas, personas casi que es menester recibir, examinar, juzgar i aceptar o rechazar como ellas son, sin pretender someterlas a una anatomía imposible e ineficaz. De ahí que sea tan comun haberlo ensalzado i deprimido, de que sea tan fácil tener por él antipatias o simpatias ardorosas, de ahí su notable, maldecida o bendecida, pero verdadera influencia en el mundo intelectual, ora por sus obras, ora por sus lecciones, las cuales han operado, en amigos i enemigos, mutaciones que, sin ellas, no habrian existido.

Michelet no es anti-cristiano ni irreligioso, sino que sale de la

esfera comun i convencional de un cristianismo i una religiosidad que pueden estar en harmonia con cierto fervor de creencias i ciertas ojerizas de dogma, pero que no se concilian con el pasado i con el desarrollo histórico de la humanidad i que no pueden, por consiguiente, estar de acuerdo con el porvenir de ella.

La *Historia de Francia*, como sus obras de polémica, hablan a este respecto demasiado claro i con una verdadera elocuencia. Michilet es un escritor que, al revés de Chateaubriand de quien se dijo, con razon, que caminaba hácia el porvenir con los ojos vueltos hácia el pasado, camina al porvenir mirando hácia él i teniendo conciencia de su rumbo, de su camino i de los medios i los tropiezos con qué ha de contar.

Moralista o historiador, refutador o dogmatizador, destructor o reconstructor, polemista o pensador, ciudadano o literato, hombre o profesor, siempre i como quiera que piense, hable i obre, afirma el mismo credo—la libertad;—anhela la misma altura—el ideal;—sigue la misma senda—la de la razon;—emplea el mismo resorte—la discusion;—tiene el mismo apoyo—la confianza en la humanidad;—abriga una misma fé inquebrantable en el progreso que no se contradice, en su mente, con lo que él ha llamado, a veces, *la maternidad de Dios*, activa i eficaz, pero no siempre fácil de distinguir i esplicar, en la historia i en la naturaleza.

Por eso, sus obras i su vida, si se las estudia, dejarán siempre en el alma del que pueda hacer ese estudio, una impresion i un consejo tan inolvidables como fecundos. La impresion es que la fuerza de voluntad, la independendencia de pensamiento, la constancia en el trabajo, la sinceridad en los propósitos, la honradez en los medios, la rectitud en los actos son todo para el individuo i pueden ser algo, para la patria i para la humanidad. El consejo es que no se debe desesperar en ninguna situacion, por dolorosa i agobiadora que ella sea, i que no se debe temblar ni postrarse ante ídolos, por respetados i temibles que ellos aparezcan i puedan serlo.

§ XXVI.

Es verdad que ese modo de pensar i de obrar le atrajo odiosidades numerosas i activas que no fueron, sinembargo, capaces de contrarrestar ni de aplastar a las satisfacciones de su propia conciencia i a los aplausos i cooperacion de la de muchos ótros, i las

cuales es probable que han de continuar, despues de muerto, pretendiendo negarle el alto puesto que le corresponde en el mundo de las letras.

Mui diferente, en su modo de pensar i escribir la historia, de Guizot, Agustin Thierry, Luis Blanc, en Francia, de Macaulay i Grote, en Inglaterra, de Gervinus i Ranke, en Alemania, para no citar sino los mas culminantes, Michelet no es inferior a ninguno como historiador, i tiene pájinas que nadie ha podido escribir como él i en que supera a todos.

Como pensador, como autor de un sistema preciso i que pueda concretarse en reglas i máximas de gobierno i de conducta, Michelet, siendo mui notable en los horizontes que descubre, en los caminos que señala, en los instrumentos que concibe, en los agentes que prepara, tiene muchos iguales i no pocos superiores a él.

Como simple prosista, como hombre de estilo, como artista, Michelet puede no ser inferior a dos o tres de los que mas sobresalen en Francia i que talvez son Jorje Sand i Victor Hugo, pero se coloca mui cerca de ellos, i a mucha distancia de escritores de nota i de nombradia universales.

Como vulgarizador i propagandista de grandes i nobles ideas, como ajente eficaz de progreso intelectual en Francia, sus títulos pueden medirse por la altura a que llegó contra él la cólera de los que veian atacar los antiguos ídolos i los vetustos altares de que sacaban prestijio, provecho i fuerza. La clausura de su cátedra en el Colejio de Francia manifiesta de un modo claro i preciso, cual era la influencia que él ejercia i cuanta la ira de los representantes de la reaccion que entónces se encontraban ser unos mismos con los reconstructores del Imperio Napoleónico.

No creo que en 1851 hubiese cambiado el carácter de la enseñanza ni el método i el estilo del profesor; pero habiendo sido yo de los centenares de auditores que, de las mas remotas partes del mundo, se reunian al rededor de su cátedra, en los años 1845 a 1848, bien puedo atestiguar la elevacion de las miras, la lealtad de los procedimientos, la solidez de los juicios, la independenciam de las sectas i de la rutina, el respeto a la verdad, el amor al estudio, el culto a la justicia, la confianza en la humanidad que campeaban en las lecciones de Michelet i que no han sido poca parte en la preparacion i formacion de ciertos acontecimientos i personajes, de los mas nobles i verdaderamente heroicos, que se han dejado ver en Francia despues de la revolucion de 1848. ¡Qué de preciosas i fe-

cundas semillas caídas en el corazón i el cerebro de un auditorio de tan diversos i lejanos países, al contacto de esa palabra luminosa i enérgica, como la chispa eléctrica, fueron a jermínar i fructificar a orillas del Danubio o del Plata, en las playas del Mar Negro o del Pacífico, en las faldas de los montes Cárpatas o en las de los Andes! ¡Qué de pensamientos formulados, en esa frase cortada, incisiva, toda músculo i toda luz, del lenguaje de Michelet, se fueron a revestir con la amplitud i el lujo orientales del madgiar, con la lozania i rusticidad del rumano, con la majestad i el brio del castellano! ¡Cuántos que, sin ser adeptos ciegos—pues siéndolo no habrían sido dignos apreciadores de Michelet—i sin poder ni deber decirse discípulos suyos, han conservado i pueden expresar sentimientos de respetuosa simpatía i de cariñosa admiración por el profesor, i de honrada gratitud por el país que elevaba para todos, una cátedra que tenía ese eco vividor i esa altura inmensa!

Como hombre i moralista, como escritor i ciudadano, como profesor i filósofo, Michelet se resume en esos dos versos alemanes de Goethe que van al frente de estos Rasgos biográficos i que en castellano dicen así:

¡Mas alto siempre subamos!
¡Mas léjos siempre miremos!

Esa podría ser la fórmula de todas sus obras i de todas sus lecciones, ese puede ser el epitáfio en su lápida mortuoria.

Rutina, bajeza, servidumbre, maldad, mentira, cobardía, fueron incompatibles con el temperamento de su cuerpo i con el temple de su intelijencia; i por eso, en la fiebre de la lucha como en la tranquilidad de la meditacion, en las congojas del hombre como en las aspiraciones del artista, en los disgustos de la polémica como en los padecimientos de la enfermedad, en los dolores de familia como en los desastres de la patria, no dejó de exclamar. ¡Mas arriba! ¡Mas léjos! ¡Allá donde se descubren mejores horizontes! Otro sol, otro cielo, otro universo! recibiendo en recompensa, si no la completa saciedad de su anhelo, refrijerio i brios para continuar i acabar la hermosa carrera de su noble i virtuosa vida.

§ XXVII.

Michelet era pequeño de cuerpo; enjuto, musculoso, a la vista, i probablemente, nervioso. De ojos vivos, de jesto expresivo, de ca-

bellera poblada i fuerte, de voz sonora i firme, de fisonomía enérgica pero bañada en una atmósfera de seriedad i meditacion, dando todo el conjunto del hombre, a su palabra que a veces se arrastraba en el final de algunas voces como en muchos parisienses, una eficacia i una penetracion que no eran quizá verdadera elocuencia, pero que se grababan como se graba el cuño en el oro o la plata.

En 1845 el medallon que de Michelet habia hecho el famoso escultor David de Angers, en su importatísima i preciosa coleccion de hombres célebres de Francia, espresaba, cuanto el buril i el bronce pueden alcanzarlo, el aspecto fisico del simpático profeta i del maravilloso escritor.

Yo no puedo pretender ni quiero, con la palabra, intentar lo que el buril i el pincel encontrarían dificultosísimo, sino tan solo, despues de haber dado una somera i bien incompleta idea de la fisonomía moral del escritor, recordar cual fué i donde puede tenerse una vaga semejanza de la figura corporal de este hombre, a quien sus aptitudes tanto como su virtud han conquistado i conservarán siempre el epíteto de grande.

Santiago, abril 11 de 1874.

M. A. MATTÁ.

EL ESPIRITISMO.

ARTÍCULO PRIMERO.

HISTORIA DE LA DOCTRINA ESPIRITISTA.—¿EL ESPIRITISMO ES UNA CIENCIA O UNA RELIJION?

I.

En 1846 vivia en la aldea de Hydesville, en Estados Unidos, una modesta familia cuyo jefe se llamaba Miguel Weckman. La noticia de su existencia no habria llegado hasta nosotros si la quietud de aquella familia no hubiera sido interrumpida por circunstancias mui extraordinarias. Un dia Weckman sintió golpear la puerta de la casa, como si alguna persona quisiera anunciarse de esa manera. Apresuróse a abrir, creyendo tal vez estrechar la mano de un amigo. Pero fué grande su sorpresa al verse solo, sin que nadie hubiera llamado. Un momento despues los golpes se repitieron; el dueño de casa acudió nuevamente, pero por segunda vez tuvo que desengañarse al ver que estaba solo. Sin saber qué pensar de lo que le sucedia, Weckman se puso en acecho i tomó toda clase de precauciones para descubrir la mistificacion de que ya se suponía víctima. Todo eso fué inútil, sin embargo. Los golpes se renovaron una i otra vez, pero no fué posible sorprender a nadie; el autor parecia escaparse como un ser vaporoso i quedó tan invisible como al principio.

Esta estraña aventura no tuvo por lo pronto otra consecuencia que infundir un terror supersticioso en el ánimo de Weckman. Pero no fué eso todo: desde aquel dia los ruidos continuaron repitiéndose, i los pacíficos habitantes de la casa de Hydesville no tu-

viéron ya seguridad de poder entregarse al sueño sin ser perturbados durante la noche. Habian llegado, sin embargo, a habituarse a este sistema de vida, que indudablemente no era el mas agradable. Mas Weckman, que desde el primer momento habia sido impresionado de una manera siniestra, se esplicaba el suceso atribuyéndolo a una causa sobrenatural, a seres impalpables que se complacian en arrebatarse su tranquilidad. Esta idea se convirtió en una terrible conviccion cuando, pasando el tiempo, los ruidos misteriosos se produjeron siempre con la misma insistencia. Abrumado por este pensamiento, Weckman se resolvió al fin a abandonar la casa de Hydesville que los huéspedes invisibles habian elegido para teatro de sus correrias.

Léjos de terminar aquí, la aventura referida solo era hasta entonces el preámbulo de fenómenos mas misteriosos aun. En la casa de Hydesville, desalojada por Weckman, se hospedó una nueva familia compuesta de Mr. Fox, su mujer i dos hijas. Antes de mucho tiempo se pudo reconocer que los seres vaporosos no habian emigrado con los primeros habitantes de aquella mansion privilegiada. Pareció, al contrario, que recibieron mui gustosos el cambio de personajes, pues sus manifestaciones tomaron luego un carácter mas en armonia con sus instintos de producir la admiracion i el asombro. ¿Podria alguien adivinar lo que sucedió? Los muebles de la casa principiaron a moverse solos, por sí mismos, sin que ninguna fuerza esterna los impulsara. ¿Era aquello una alusina-cion? Nada estaba mas léjos de los que asistian al espectáculo que la idea de ser víctimas de un engaño de sus propios sentidos. Si eso no era admisible, nada parecia mas lójico que aceptar la presencia de una mano misteriosa, de influencias sobrehumanas, de poderes invisibles para esplicar un fenómeno tan extraordinario. I luego, para desvanecer toda vacilacion en el ánimo de aquella jente fascinada, los mismos seres impalpables quisieron darse a conocer de una manera mas clara i evidente. Una noche, en el momento en que ellos visitaban la casa de Hydesville, la señora Fox se atrevió a interrogarlos, sin esperar tal vez que podria obtener la revelacion del secreto. ¡Cuánto debió ser su asombro al ver que los habitantes de ultratumba se dignaban responder a sus preguntas por medio de golpes, lenguaje que por mui extraño que fuera, no por eso parecia ménos comprensible! La esposa de Mr. Fox no habria sin duda exijido mas complacencia de los vivos. De esa manera, el misterioso personaje respondió que era un espíritu

desgraciado; i, como para no dar lugar a duda en cuanto a sus facultades sobrehumanas, cuando fué interrogado sobre la edad de las hijas de Mr. Fox, dió cierto número de golpes que indicaron precisamente el número de años que tenia cada una de ellas. El espíritu, que debia comprender mui bien la desconfianza maliciosa que envolvía esta última interrogacion, respondia, pues, aun a las indiscreciones sin dar por ofendida su susceptibilidad.

El acontecimiento era tan prodijioso que apenas se tuvo noticia de él en la vecindad, cuando la casa fué invadida por una multitud de personas ávidas de convencerse por sí mismas de la realidad del fantástico suceso. El espíritu siempre dócil para satisfacer las dudas i la curiosidad de aquella jente, dió a conocer entre otras revelaciones que sedujeron la imaginacion de la concurrencia, un dato terrible relativo a su propia historia. Despues de declarar su nombre, dijo que él era el alma de un individuo que en aquella misma casa habia muerto cinco años ántes víctima de la perfidia de un asesino cuyo nombre reveló tambien.

Aunque esta revelacion no haya sido comprobada hasta ahora como verdadera, el hecho es que entónces no se puso en duda su orijen sobrenatural. La familia Fox, considerada como depositaria de la confianza de los espíritus, no omitió medio alguno de su parte para aprovechar esta oportunidad que se le presentaba como un asomo de la fortuna. De Hydesville fué a establecerse a otra ciudad vecina para continuar siendo allí el oráculo de los espíritus, convertidos ya en dóciles mensajeros de ultratumba. Estos debian sentirse mui complacidos al entrar en relaciones amistosas con los vivos. Así al ménos lo manifiesta su buena voluntad para ser evocados por sus intérpretes predilectos. I a la verdad que tenían razon: no se les podria acusar de falta de tino en la eleccion que habian hecho de sus intermediarios entre ellos i los hombres. En efecto, la familia Fox organizó esmeradamente el servicio de los espíritus, estableciendo una oficina pública de consultas, una especie de *rendez-vous* de los vivos i de los muertos. Allí iba un hijo a conversar con el espíritu del padre que habia perdido, allí iba una madre a evocar el alma de sus hijos, allí iba un amigo a hacer revivir sus antiguas relaciones con una persona querida. ¿Podia imaginarse algun encanto con mas atractivos, algun prodijio mas fenomenal? Por supuesto, la familia Fox era siempre el intérprete obligado de las evocaciones: el eco de las tumbas se revelaba simplemente por combinaciones enigmáticas, que solo aquella familia sabia decifrar

con fidelidad, mediante un sistema de signos convenido con los mismos espíritus. Pero si éstos eran desinteresados hasta la abnegacion, sus intérpretes, en cambio, exigian una propina a todos los que utilizaban los servicios de los *mediums*. Miéntas queda en nosotros alguna forma humana, experimentamos necesidades que no se satisfacen sino con elementos materiales i positivos: eso solo bastaria ya para colocarnos a una distancia inmensa de los seres espirituales. Los mediums, que se consagraban al cultivo de los espíritus para hacer el bien i para buscar en otros mundos la verdad que no se halla en el nuestro, debian ser retribuidos jenerosamente por tantos beneficios. Parece, en efecto, que sucedió eso con la familia Fox, pues convirtió su oficio en una verdadera industria, que tal vez o sin tal vez, llegó a ser una de las mas productivas.

Por lo demas, nadie podia quejarse. Como dice Figuiet, hubo hombres graves, majistrados ilustres i ministros del altar que, convencidos de la verdad de las manifestaciones de los espíritus, las proclamaron como una nueva revelacion. Todos salian satisfechos de lo que habian visto i oido en el antro de las modernas sibilas (1).

Antes de un año despues de los acontecimientos que acabamos de referir, los mediums se habian propagado de tal manera que mui pocas ciudades importantes de los Estados Unidos escapaban al movimiento espiritista. Por todas partes nacia i se multiplicaban los prosélitos que predicaban la doctrina bienhechora. Esta, segun la palabra de sus profetas, estaba destinada a trasformar radicalmente el mundo moral bajo la inspiracion de las intelijencias sobrenaturales. ¡Cómo no conquistar simpatias con tan halagüena promesa!

Esto pasaba en el Nuevo Mundo, pero la Europa no tardó mucho en seguir el ejemplo. Las manifestaciones de los espíritus en ese continente datan desde 1852. A principios de ese año, en efecto, la Escocia tuvo la fortuna de hospedar al primer medium emigrado del Nuevo Mundo. Las mesas jiratorias i parlantes hicieron su estreno con tan favorable acogida que mui luego invadieron la Inglaterra, la Alemania, etc. La Europa no carecia de individuos dotados de las facultades especiales de los mediums. Segun Allan Kardec, sobre diez personas hai nueve al ménos que pueden ser mediums de primera fuerza. Nada tiene, pues, de estraño que, disponien-

(1) Luis Figuiet, *Histoire du merveilleux dans les temps modernes*, tomo IV, cap. XII.

do de numerosos elementos de comunicacion con el otro mundo, los europeos se agolpaban, como los americanos, al rededor de las mesas para asistir al espectáculo que un sábio espiritista, M. Mandrolle, ha calificado como el mas grandioso de la historia de la humanidad.

Hé aquí la descripción de una experiencia:

«Muchas personas se sientan alrededor de una mesa: se toma con preferencia una mesa redonda, lijera, cuya cubierta no sea de mármol i cuyos piés estén provistos de pequeñas ruedas; se elije un pavimento encerado, de modo que la mesa pueda moverse bajo el menor impulso. Los asistentes colocan sus manos estendidas sobre la cubierta del mueble; al principio se recomendaba que cada uno pusiese el dedo pequeño de su mano derecha sobre el dedo correspondiente de la mano izquierda del vecino, pero mas tarde se ha abandonado esta precaucion como inútil. Hai tambien algunos que prescriben el silencio i el recojimiento; pero muchas veces se ha tenido el mismo éxito, aunque no hayan dejado de conversar i de reir los miembros de la *cadena* (este es el nombre con que se designa el grupo de operadores). Se aguarda mas o ménos tiempo (de 2 a 50 minutos): con frecuencia sucede que muchas personas experimentan hormigueos en las manos i los antebrazos, i se siente que la mesa se mueve; ésta no ejecuta desde luego mas que movimientos mui pequeños que la hacen jirar sobre sí misma, ya en un sentido, ya en otro; despues de algunas tentativas, se decide en una dirección que parece preferir; cada movimiento hace describir a los puntos de la circunferencia un arco cada vez mayor; entónces los espectadores se levantan sin desarreglar las manos colocadas sobre la mesa. En fin, ésta jira con movimiento continuo, i los operadores jiran con ella, sin desarreglar aun sus manos. El movimiento de rotacion se acelera hasta el punto que los asistentes la siguen con dificultad, i aun a veces son obligados a retirarse.

«Cuando un mismo grupo de personas ha operado en repetidas ocasiones, el fenómeno se produce en un espacio de tiempo mas corto; no hai ya tentativas ni vaivenes preliminares; apénas la mesa principia a moverse, cuando se pone a jirar siempre en el mismo sentido» (1).

Una vez conseguido este resultado, la mesa no sólo obedece a las órdenes que recibe, sino que adivina tambien la voluntad del medium i de los otros operadores. Supóngase que se trata de in-

(1) A. S. Morin, *Du magnetisme et des sciences occultes*, páj. 352.

terrogarla. Se le dice, por ejemplo, que dé un golpe para responder afirmativamente i dos para manifestar lo contrario. «Se manda a la mesa que diga, por medio de golpes, la edad de tal persona o el número de monedas que tiene en su bolsillo: la mesa responde sin vacilar, a veces exactamente, a veces mas o ménos. Si el dato que se exige de ella es conocido por todos los operadores, la respuesta será seguramente exacta; si no es conocido mas que por algunos, habrá algunas probabilidades de error; si nadie lo sabe, como sucede cuando uno de los asistentes pregunta cuántas monedas tiene en su bolsillo, sin saberlo él mismo, hai casi la certidumbre de obtener una respuesta errónea i de que la mesa dará un número a la casualidad. Se puede ya entrever que la ciencia de la mesa no pasa mas allá de la ciencia de los operadores» (1).

Sea de esto lo que se quiera por ahora, el hecho es que las mesas parlantes llegaron a ser en breve la moda del día. Pero se conoció luego que las mesas no eran de necesidad absoluta para servir a las manifestaciones de los espíritus, i fueron reemplazadas ventajosamente por el primer objeto que se hallaba a la mano. Este progreso no fué tan útil como la invencion de un alfabeto, que podríamos llamar telegráfico. En efecto, el lenguaje de los espíritus, reducido a las dos palabras *sí* i *no*, era algo deficiente i no poco incómodo para las exigencias de los vivos. Se allanó esta dificultad representando cada letra del alfabeto por cierto número de golpes. Los espíritus, siempre complacientes, quisieron aceptar tambien ese sistema. Pero vamos ascendiendo en una escala de progresos i no debemos detenernos. Antes de mucho tiempo, el mismo alfabeto de que acabamos de hablar fué inútil. Bastó que un individuo se colocase en aptitud de escribir, teniendo su pensamiento concentrado en un espíritu; al cabo de algunos instantes, el medium sentia moverse su mano i escribia por un impulso extraño a su propia voluntad (así al ménos lo declaraba). Se habrá ya adivinado que era el espíritu el que dirigia la mano del medium. Pero, como si esto no fuera bastante todavía para establecer la comunicacion entre los mortales i los invisibles, éstos quisieron escribir tambien ellos mismos sin valerse de la mano de otro operador. El baron de Guldenstubbé tuvo la gloria de este descubrimiento (2).

(1). A. S. Morin, *Du magnetisme et des sciences occultes*, páj. 354.

(2) Emilio Deschanel, *Variétés morales et littéraires*, páj. 221.

Se vé con cuanta rapidez los espíritus se familiarizaron con los vivos, i el alto grado de perfeccion i de simplicidad a que llegaron los medios de comunicacion entre unos i otros.

II.

Despues de manifestarse i de hacer propaganda en el Nuevo Mundo, los espíritus, como dijimos, habian pasado el océano para ir a invadir con sus prodijios la Inglaterra, la Francia i la Alemania. Se puede decir que la escuela espiritista de nuestros dias data de esa época; pero seria un error creer que las ideas que constituyen actualmente el espiritismo tienen un oríjen moderno. Para hallar las primeras huellas de esta doctrina es preciso retroceder en la série de los tiempos hasta la cuna misma de los pueblos mas antiguos.

Detengámonos a dar una mirada retrospectiva.

Al hacer la historia del espiritismo es imposible dejar de notar las analogías que existen entre sus prácticas i los procedimientos que en todo tiempo se ha empleado, bajo diferentes formas, para fascinar la imaginacion. Parecerá sin duda algo estraña esta manera de discurrir tratándose del espiritismo, que sus adeptos han pretendido elevar al rango de las ciencias experimentales. Pero dejemos a un lado esta apreciacion, que nos ocupará mas adelante, para fijarnos por ahora en algunos detalles que conviene tener presente.

Se sabe que las sociedades primitivas tenian el sentimiento de su oríjen divino, i que las jeneraciones se trasmitian unas a otras el recuerdo de la intervencion de los dioses en el gobierno directo de los hombres. Las primeras leyes civiles i las primeras prácticas relijiosas habian sido confeccionadas por la divinidad, segun la tradicion. Pero despues de esto, los dioses no se habian ido para siempre de la tierra: volvian con frecuencia para instruir a los hombres, para dictarles nuevas leyes, o para socorrerlos en las circunstancias difíciles. Aun despues, cuando la divinidad no intervino personalmente en los asuntos humanos, hizo sentir todavía su influencia valiéndose de fenómenos maravillosos ejecutados por ella misma o por medio de sus elejidos. «Aparecen entónces, dice Figuiet, los oráculos, los reveladores, los profetas i los fundadores de instituciones nuevas. Pero todos ellos no pueden imponerse a las naciones i no llegan a subyugar su espíritu, sino justificando por pruebas irrecusables que su mision deriva de lo alto: se ven, pues,

en la obligacion de hacer prodijios. Las maravillas que operan delante de la multitud arrobada son las credenciales que los hacen reconocer como los emisarios, i por así decirlo, como los porta-vozes de la divinidad. Antes de aceptar el órden nuevo que se predica en nombre de ella, el pueblo exige la aparicion de algun hecho sobrenatural que lleve impreso su carácter celeste.»

Se comprende fácilmente esta disposicion de espíritu para suponer la influencia de poderes superiores i de fuerzas sobrehumanas, tomando en cuenta la ignorancia que entre los antiguos reinaba sobre la apreciacion de los fenómenos del universo. Bajo este punto de vista, nosotros estamos sin duda a una distancia inmensa de ellos. Los progresos de las ciencias de observacion, al mismo tiempo que han ensanchado todas las esferas de la actividad humana i mostrado horizontes nuevos al pensamiento, nos permiten hoy reducir a leyes precisas un gran número de hechos que en otro tiempo pasaban por sobrenaturales. Si muchos fenómenos que se verifican a nuestra vista resisten aun a toda interpretacion, eso solo revela la deficiencia de nuestros conocimientos, pero no prueba de ninguna manera que haya algo que escape a las leyes invariables, a la lógica inflexible a que todo obedece en la naturaleza. Cuando los elementos de investigacion no bastan para descubrir el origen i la filiacion de un hecho, nos valemos de hipótesis para explicarlo segun las leyes jenerales. La analogía, que nos induce a discurrir de esa manera, tiene para nosotros tanta fuerza que preferimos aceptar una hipótesis poco probable ántes que admitir las causas sobrenaturales en la produccion de los fenómenos del mundo físico. Confesamos nuestra impotencia para ver claramente la relacion que existe entre un hecho i la causa que lo produce, pero nos parece absurda toda suposicion que no está en armonía con las leyes fundamentales demostradas por la esperiencia i el raciocinio.

No sucedia lo mismo entre los antiguos. En la imposibilidad de esplicarse el órden tan constante de los fenómenos de la naturaleza, ellos llegaron a suponer la existencia de jénios o divinidades que intervenian en el gobierno del universo. «Los antiguos, dice Morin, estraños a toda nocion de física i sin sospechar siquiera la ciencia de los fenómenos de la naturaleza, lo esplicaban todo fácilmente por la accion de los dioses secundarios: el viento era el soplo de Boreas, las olas del mar eran agitadas por Neptuno, el carro del sol era conducido por Apolo i el de la luna por Diana, ca-

da corriente de agua tenia su náyade, cada árbol su driada» (1). Estas ideas, cuyo orijen se halla en los pueblos mas antiguos, favorecian de una manera admirable el instinto supersticioso i la credulidad; así, no es raro que se diese un carácter sobrenatural a todo aquello que presentaba algo de sorprendente o de inesplicable.

Sinembargo, seria un error creer que entre los antiguos nadie llegó a poseer las mas ligeras nociones de física o de otras ciencias. Es mas lójico pensar que hubo entónces, como ha habido en todo tiempo, algunos observadores que sorprendieron los secretos de la naturaleza. M. Eusebio Salverte, cuya autoridad sobre esta materia no puede ser puesta en duda, ha dilucidado la cuestion de que tratamos en una obra que lleva por título *Des sciences occultes, ou Essai sur la Magie*. Despues de un estudio atento de los prodijios que nos ha conservado la tradicion, M. Salverte deduce que en buena lójica se debe admitir que siempre los fenómenos maravillosos han tenido un fundamento científico, basado en principios de física, de meteorolojía, de historia natural, etc. Remontándose al orijen de las ciencias, M. Tissandier dice que todas ellas han sido constituidas en su principio por un pequeño número de nociones, de esperiencias, de conjeturas i de raciocinios. «Pero por mui imperfectos que fueran esos conocimientos, agrega el mismo autor, estaban fuera del alcance del mayor número; ellos daban, pues, a los que los poseian una incontestable superioridad sobre la multitud, entregada por completo a las ocupaciones i a los cuidados de la vida material. Esta autoridad i esta influencia que el vulgo daba a los sábios privilegiados, dieron luego a éstos la tentacion de abusar de su prestijio, exajerando su ciencia i su poder sobre los elementos. Todo el mundo conviene en que hai en todas las prácticas de la májia antigua un fondo de verdad, cierto conocimiento de los fenómenos naturales; pero todos convienen tambien en que no se tardó en agregar el artificio de la impostura i la habilidad de la supercheria, de suerte que este imperio sobre las almas, lejítimo al principio, se convertia en una usurpacion al tomar por base la mentira» (2).

Se ve que los poseedores de los primeros rudimentos científicos, se valieron de ellos para esplotar la ignorancia i la credulidad de sus contemporáneos. Ostentando apariencias misteriosas para do-

(1) A. S. Morin, *Du magnetisme et des sciences occultes*, pág. 227.

(2) J. B. Tissandier, *Des sciences occultes et du spiritisme*, pág. 9.

minar la imaginación de la multitud, pretendieron estar dotados de facultades superiores a las de los demás hombres i de un poder sobrenatural sobre los elementos. Por medio de ciertas fórmulas, incomprendibles para el vulgo, se ponían en relación con seres invisibles que les revelaban los secretos del pasado, del presente i del porvenir. La ciencia tenebrosa de que eran depositarios les permitía además hacer cosas sorprendentes que entonces parecían sobrepujar a todo esfuerzo humano. Los procedimientos empleados para conseguir tan extraordinarios efectos han recibido el nombre de ciencias ocultas.

Estas ciencias tuvieron principalmente por albergue los templos i los lugares sagrados, como más propios para las manifestaciones de los dioses. Así, la casta sacerdotal es casi siempre la que posee el privilegio de hablar directamente con las divinidades. «Todos los sacerdotes del antiguo Egipto estaban investidos de poderes sobrenaturales i misteriosos. En la India, eran los lamas i los brahmines del primer rango los que tenían el monopolio. Hacían comunicar el cielo con la tierra, el hombre con la divinidad, absolutamente como nuestros mediums actuales» (1). Estas mismas prácticas salieron del Oriente para propagarse bajo diversas formas. Los griegos, que las recibieron, las adaptaron a su gusto por lo maravilloso; tuvieron los oráculos i los adivinos. Los hebreos no desconocieron tampoco el arte de la adivinación; el arca de la alianza, cuyo cuidado estaba a cargo de los sacerdotes, hacía entre ellos el papel de las pitias o sibilas de los griegos; además, otros adivinos de un rango ménos elevado recibían consultas aun sobre negocios poco importantes.

Al lado de la adivinación se debe colocar otro prodigio, que constituye el principal poder de las ciencias ocultas. Queremos hablar de la evocación de los dioses i de las almas de los muertos. Esta práctica es tan antigua que sería imposible fijar su origen siquiera de una manera aproximativa; la hallamos, por lo demás, en todas las religiones, sin ser exclusivamente propia de ninguna de ellas. Los romanos, entre otros pueblos, evocaban los dioses tutelares de sus enemigos en medio de ceremonias solemnes, i los invitaban a establecer su residencia en Roma, donde les ofrecían nuevos altares i sacrificios. Esta operación religiosa era tan necesaria que creían casi imposible, i hasta peligroso, apoderarse de una ciudad cuyos

(1) Luis Figuier, *Histoire du merveilleux*, tomo I, introducción.

habitantes no habian sido abandonados aun por sus divinidades protectoras. Pero despues de la evocacion de estos dioses, despues de prometerles templos i dones, los romanos creian firmemente en la derrota de sus enemigos. La fórmula de que se valian para estas evocaciones habia sido hecha al principio para los cartajineses, pero fué adoptada en seguida para muchas ciudades de Italia, de la Grecia, de las Galias, de España i del Africa.

Mas frecuentes que éstas han sido las evocaciones de las almas de los muertos, que casi siempre tambien se han practicado con un aparato mas solemne, con ceremonias mas misteriosas. «Este arte dice Morin, era conocido de los judios: la lei de Moisés prohibe interrogar a los muertos (Deut. XVIII, 11); Saul promulgó edictos de esterminio contra los que violaban esta prohibicion; así, tuvo que disfrazarse para ir a consultar, contraviniendo a sus propios decretos, a la hechicera de Endor, que a peticion suya le hizo aparecer a Samuel (I, Reyes, XXVIII); el profeta Isaias condena severamente a los que van a consultar a los muertos sobre lo que interesa a los vivos (Is. VIII, 19), i reprocha a sus contemporáneos por dormir en las tumbas (LXV, 4) para obtener sin duda sueños lúcidos con el concurso de los muertos» (1). Heródoto dice que esta última creencia era jeneral en algunos pueblos africanos; los manes inspiraban durante el sueño lo que se deseaba saber.

Entre los griegos esta práctica existió desde el tiempo de Homero. Habia allí templos dedicados especialmente a los manes, los cuales eran servidos por los ministros del culto. Se refiere que Pausanias evocó en uno de esos templos, una sombra que lo perseguia, i que Periandro, tirano de Corinto, i uno de los siete sabios de la Grecia, consultó los manes de Meliza. A la época de las conquistas de Alejandro en Asia, los griegos que se establecieron allí penetraron en los templos de la Frijia i de la Siria para instruirse en la ciencia de los sacerdotes.

Las evocaciones se hallan tambien en la mente de los poetas. Homero describe en la Odisea el viaje de Ulises al país de los cimerios para evocar la sombra de Tiresias, célebre adivino de Tébas. El viaje de Orfeo a los infiernos para rescatar a su esposa Eurídice no es talvez mas que una evocacion. En el excelente *Diccionario de biografía i de historia* de MM. Dezobry i Bachelet, se leen las palabras siguientes que corroboran aquella apreciacion: «La

(1) A. S. Morin, *Du magnetisme et des sciences occultes*, pág. 419.

mayor parte de las poesías atribuidas a Orfeo son verdaderos cantos de evocacion. Las prácticas de que hablamos no tenían muchas veces otro objeto que poner a los vivos en relacion con las manes de las personas que les habían sido queridas. Pero con mas frecuencia, las evocaciones servían para averiguar los sucesos futuros o para predecir los destinos reservados a los mortales.» Las ceremonias del acto no en todo caso eran las mismas, pero casi siempre revestían un carácter sombrío i aterrador. Sucedió esto principalmente cuando los encantos de los májicos perturbaron el silencio de las tumbas. De ordinario, el lúgubre aparato tenía lugar en los sepulcros mismos de los que se deseaba evocar: en medio de la oscuridad de la noche se inmolvaban a los manes ovejas negras en alturas que ofrecían un aspecto mortuorio, con sus adornos de cintas i ramas de ciprés; se sacrificaba también un gallo que, al disiparse las tinieblas con la proximidad del día, indicaba el término de la ceremonia; ésta concluía, en fin, con preces misteriosas i contorsiones. La famosa *Enciclopedia* del siglo XVIII, de la cual tomamos estos detalles, descritos en la palabra «evocacion», continúa como sigue: «Así se llegó a persuadir al vulgo ignorante i estúpido, que esta májia tenía un poder absoluto, no solo sobre los hombres, sino sobre los dioses mismos, sobre los astros, sobre el sol, sobre la luna, sobre toda la naturaleza, en una palabra.»

No necesitamos ir mas léjos en este terreno. Al principio de este párrafo decíamos que la doctrina que en la actualidad lleva el nombre de espiritismo tiene su verdadero oríjen, no en los tiempos modernos, sino en las épocas mas remotas de la historia de la humanidad. La breve exploracion que acabamos de hacer basta para justificar esta asercion.

Hemos visto que los antiguos hacían remontar su oríjen hasta convertirse en descendientes de los dioses, i que, continuando bajo esta tutela, solo vieron la influencia de las divinidades donde un criterio mejor dirijido debía hallar despues las leyes constantes de la naturaleza. Esto, a la verdad, tiene poco que ver con el oríjen del espiritismo; pero hemos querido apuntar esa observacion porque se refiere a un hecho que ha tenido una grande influencia en las prácticas mencionadas anteriormente. Observemos que el pensamiento de los dioses, concentrando la actividad de la imaginacion antigua, hizo nacer bien pronto una fé ciega en todo lo sobrenatural, lo que equivalía sencillamente a agregar a la deficiencia de espíritu la abdicacion completa de la razon. Se vé que la ignorancia

supersticiosa sacó de la nada las divinidades, i que éstas a su vez favorecieron la ignorancia i la supersticion que las habian enjendrado.

Merced a este estado de los espíritus, las ciencias ocultas adquirieron fácilmente un gran prestigio. Basta recordar los medios de que se valian los iniciados en esas ciencias para ver que todo su secreto se limitaba a producir la fascinacion, sea que con este fin solo empleasen ceremonias lúgubres para dominar el espíritu maravillado de la multitud, o sea que, bajo apariencias misteriosas, se valieran de algunos fenómenos naturales incomprensibles entónces para el vulgo. Pero sea de esto lo que se quiera, lleguemos ya a las prácticas que han precedido desde tiempos tan remotos al espiritismo moderno. Hemos recordado el gran poder, la reputacion fabulosa de que gozaban entre sus contemporáneos los oráculos, los adivinos, las sibilas. Pues bien, entre éstos i los mediums que hoi dia nos transmiten los pensamientos i la voluntad de los espíritus no hai mas que una diferencia insignificante, es la diferencia de nombres. Unos i otros, recibiendo sus inspiraciones de lo alto, han querido hacer desaparecer toda solucion de continuidad entre el mundo real i el mundo invisible, entre los hombres i los espíritus. Unos i otros, explorando los misteriosos arcanos de la naturaleza merced a la cooperacion de intelijencias superiores, han pretendido sujerirnos conocimientos que estaban vedados para los demas mortales.

Hemos visto que los dos grandes prodijios que principalmente han constituido la importancia de las ciencias ocultas, son la facultad de la adivinacion i el poder de evocar las almas de los muertos. El espiritismo moderno, enarbolando estos mismos principios, no ha hecho mas que hacer revivir creencias mui antiguas, que en nuestros dias no tienen siquiera el mérito de la novedad, pues se ha conservado, bajo formas múltiples, como el patrimonio de todos los tiempos. Instituido el espiritismo con la cooperacion de agentes sobrenaturales, debe lójicamente colocarse al nivel de las ciencias ocultas, que tienen por base el mismo principio, los mismos elementos de investigacion. Pero los mediums reemplazando a los adivinos i a los evocadores tenebrosos de otra época, han simplificado los procedimientos hasta hacerlos accesibles a todo el mundo. Las manobras ocultas han envejecido como tantas otras prácticas inútiles.

III.

Hemos visto el entusiasmo con que fueron recibidas las mesas jiratorias i las rápidas conquistas hechas por los espíritus en el terreno de la opinion. La nueva doctrina se anunciaba en nombre de ideas tan fecundas i tan seductoras que parecia destinada a rejenerar el mundo. A la luz de esta ciencia inspirada por las almas de los muertos, iban a disiparse los problemas que en el trascurso de los siglos habian resistido a la penetracion del espíritu humano i de la filosofía. ¿No era eso decretar la última hora del escepticismo?

A pesar de tan hermosas promesas, el espiritismo no hizo furor, sin embargo, sino por mui corto tiempo. Las mesas dejaron de danzar, i volvieron luego a la calma impasible de ántes. Pero los espíritus no desaparecieron por eso; sus adeptos, sus iniciados, sus apóstoles, reuniendo las inspiraciones que les habian sido dadas, i agregando nuevos hechos, han establecido definitivamente las bases de la nueva doctrina. En el número de estos sectarios figura en primera línea Allan Kardec, cuyo nombre de bautismo es Hipólito-Leon-Denizard Rivail (1). Allan Kardec es autor de varias obras que contienen los principios fundamentales de la doctrina espiritista. Una de esas obras lleva en la primera página un título que es una verdadera descripcion, un cuadro detallado de las materias que encierra. Basta el título para darse a conocer:

PHILOSOPHIE SPIRITUALISTE.

Le livre des esprits

Contenant les principes de la doctrine spirite sur l'immortalité de l'âme, la nature des esprits et leurs rapports avec les hommes; les lois morales, la vie présente, la vie future et l'avenir de l'humanité; selon l'enseignement donné par les Esprits supérieurs à l'aide de divers médiums; recueillis et mis en ordre par Allan Kardec.

Como se vé por esto, el *Libro de los espíritus* es la expresion je-

(1) Nació en Lion el 3 de octubre de 1803, i murió el 1.º de abril de 1869. El nombre Allan Kardec es una revelacion de los espíritus, los cuales hicieron saber a M. Rivail que su alma habia pertenecido a un breton llamado Allan Kardec. Desde entónces llevó este nombre con que es conocido como escritor.

nuina de los seres invisibles que lo han dictado; «no hai nada en él que no sea la manifestacion de su pensamiento i que no haya sido examinado por ellos.» Pero hai mas aún: la primera edicion no se hizo sino despues de «haber sido cuidadosamente revisada muchas veces i correjida por los espíritus mismos»; i como si esto no fuera bastante, las ediciones posteriores han sido «objeto de un nuevo i minucioso exámen de su parte». M. Deschanel recuerda lo que Rousseau escribia en el *Emilio*: «La Iglesia decide que ella tiene el derecho de decidir ¿no hai ahí una autoridad bien probada?» i observa en seguida que Allan^{*} Kardec ha procedido de la misma manera al fundar el espiritismo sobre las revelaciones de los espíritus. «¿No es una demostracion bien filosófica? Es el espíritu el que afirma i dice: yo soi el Espíritu» (1). Como quiera que sea, el *Libro de los espíritus* es sin duda la mejor fuente donde se puede ir a conocer las bases del espiritismo; por eso vamos a copiar algunas pájinas en que el autor resume los puntos mas culminantes de la doctrina dictada, correjida i aumentada por los espíritus.

«Dios es eterno, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso, soberanamente justo i bueno. El ha creado el universo que comprende todos los seres animados e inanimados, materiales e inmateriales.

«Los seres materiales constituyen el mundo visible o corporal, i los seres inmateriales el mundo invisible o de los Espíritus. El mundo de los Espíritus es el mundo normal, primitivo, eterno pre-existente i que sobrevive a todo. El mundo corporal no es mas que secundario; podria dejar de existir sin alterar la existencia del mundo de los Espíritus. Los Espíritus revisten temporalmente una capa material perecedera, cuya destruccion por la muerte, les vuelve la libertad.

«Entre las diferentes especies de seres corporales, Dios ha elejido la especie humana para la encarnacion de los Espíritus que han llegado a cierto grado de desarrollo, esto es lo que le da la superioridad moral e intelectual sobre todos los otros.

«El alma es un Espíritu encarnado, a quien el cuerpo no sirve mas que de envoltura.

«En el hombre hai tres cosas: 1.º El cuerpo o ser material análogo a los animales i animado por el mismo principio vital; 2.º el

(1) Emilio Deschanel, *Variétés morales et littéraires*, páj. 199.

alma o ser inmaterial, *Espíritu* encarnado en el cuerpo; 3.º el lazo que une el alma i el cuerpo, principio intermediario entre la materia i el *Espíritu*.

«De este modo, el hombre tiene dos naturalezas: por su cuerpo participa de la naturaleza de los animales, cuyos instintos tiene; por su alma participa de la naturaleza de los *Espíritus*.

«El lazo o *periespíritu* que une el cuerpo i el *Espíritu*, es una especie de cubierta semi-material. La muerte es la destrucción de la capa mas grosera; el *Espíritu* conserva la segunda que constituye para él un cuerpo etéreo, invisible para nosotros en el estado moral, pero que puede hacerse accidentalmente visible i aun tangible, como sucede en los fenómenos de las apariciones.

«Así, el *Espíritu* no es un ser abstracto, indefinido, que solo el pensamiento puede concebir; es un ser real circunscrito, que en ciertos casos es apreciable por el sentido de la vista, del oído i del tacto.

«Los *Espíritus* pertenecen a diferentes clases i no son iguales en poder ni en inteligencia, ni en saber ni en moralidad. Los del primer orden son los *Espíritus* superiores, que se distinguen de los otros por su perfección, su conocimiento, sus aproximaciones a Dios, por la pureza de sus sentimientos i su amor al bien: estos son los ángeles o *Espíritus* puros. Las otras clases se alejan mas i mas de esta perfección; los de las clases inferiores están inclinados a la mayor parte de nuestras pasiones, al odio, la envidia, los celos, el orgullo, etc., se complacen en el mal. Entre éstos hai algunos que no son ni muy buenos ni muy malos; mas bien embrollones i chismosos que malos, la malicia i la inconsecuencia parecen ser su fuerte: estos son los *Espíritus* duendes, o lijeros.

«Los *Espíritus* no pertenecen perpétuamente al mismo orden. Todos mejoran pasando por diferentes grados de la jerarquía espiritista. Este mejoramiento tiene lugar por la encarnación que se ha impuesto a los unos como espiciación i a los otros como misión. La vida material es una prueba que debe sufrir muchas veces hasta que haya alcanzado la perfección absoluta; es una especie de tamiz o de filtro de donde salen mas o menos purificados.

«Dejando el cuerpo, el alma entra en el mundo de los *Espíritus*, de donde habia salido para volver a tomar una nueva existencia material despues de un tiempo mas o menos largo, durante el cual se halla en el estado de *Espíritu* errante.

«Debiendo pasar el *Espíritu* por muchas encarnaciones, resulta

que todos nosotros hemos tenido muchas existencias i que tendremos aun otras mas o ménos perfeccionadas, sea en la tierra, sea en otros mundos. La encarnacion de los Espíritus tiene siempre lugar en la especie humana; seria un error creer que el alma o Espiritu puede encarnarse en el cuerpo de un animal.

«Las diferentes existencias corporales del Espiritu son siempre progresivas i jamas retrógadas, pero la rapidez del progreso depende de los esfuerzos que hacemos para llegar a la perfeccion.

«Las cualidades del alma son las del Espiritu que está encarnado en nosotros; de modo que el hombre de bien es la encarnacion de un Espiritu bueno, i el hombre perverso la de un Espiritu impuro.

«El alma tenia su individualidad ántes de su encarnacion, i la conserva despues de su separacion del cuerpo. Cuando vuelve a entrar en el mundo de los Espíritus, encuentra allí a todos aquellos que ha conocido en la tierra, i todas sus existencias anteriores se reflejan en su memoria con el recuerdo de todo el bien i de todo el mal que han hecho.

«El Espiritu encarnado está bajo la influencia de la materia; el hombre que se hace superior a esta influencia por la elevacion i la depuracion de su alma, se acerca a los buenos Espíritus con los cuales estará un dia. El que se deja dominar por las malas pasiones i pone todos sus goces en la satisfaccion de los apetitos groseros, se acerca a los Espíritus impuros, dando la preponderancia a la naturaleza animal.

«Los Espíritus encarnados habitan los diferentes globos del universo. Los Espíritus no encarnados o errantes no ocupan una rejion determinada i circunscrita; estan por todas partes en el espacio i a nuestro lado, viéndonos i codeándonos sin cesar; es toda una poblacion invisible que se ajita al rededor nuestro.

«Los Espíritus ejercen sobre el mundo moral, i aun sobre el mundo físico, una accion incesante; obran sobre la materia i sobre el pensamiento, i constituyen uno de los poderes de la naturaleza, causa eficiente de una multitud de fenómenos hasta ahora inexplicables o mal esplicados, i que no encuentran una solucion racional mas que en el espiritismo.

«Las relaciones de los Espíritus con los hombres son constantes. Los buenos Espíritus nos inclinan al bien, nos sostienen en las pruebas de la vida i nos ayudan a soportarlas con ánimo i resig-

nacion; los malos nos inclinan al mal: se alegran al vernos sucumbir i que nos parezcamos a ellos.

«Las comunicaciones de los Espíritus con los hombres son ocultas u ostensibles. Las comunaciones ocultas tienen lugar por la influencia buena o mala que ejercen sobre nosotros sin saberlo; a nuestro juicio toca el discernir las buenas o malas inspiraciones. Las comunicaciones ostensibles tienen lugar por medio de la escritura, de la palabra u otras manifestaciones materiales, lo mas amenudo por la intervencion de los mediums que les sirven de instrumento.

«Los Espíritus se manifiestan espontáneamente o evocándolos. Se pueden evocar todos los Espíritus, tanto los que han animado hombres oscuros como los de las personas mas ilustres, cualquiera que sea la época en que han vivido; los de nuestros parientes, amigos o enemigos, i obtener de ellos, por comunicaciones escritas o verbales, consejos, noticias sobre su situacion de ultratumba, sobre sus pensamientos con respecto a nosotros, así como las revelaciones que les sea permitido hacernos.

«Los Espíritus son atraídos en razon de su simpatía por la naturaleza moral del círculo que los evoca. Los Espíritus superiores se complacen en las reuniones formales en que domina el amor al bien i el deseo sincero de instruirse i mejorarse. Su presencia ahuyenta los Espíritus inferiores, que encuentran por el contrario un libre acceso i pueden obrar con toda libertad entre las personas frívolas o guiadas por la sola curiosidad i que tienen malos instintos. Léjos de obtener de ellos buenos consejos i noticias útiles, no deben esperarse mas que necedades, mentiras, bromas de mal gusto o mistificaciones, porque muchas veces usan nombres venerados para inducir mejor el error.

«La distincion de los buenos i malos Espíritus es mui fácil; el lenguaje de los Espíritus superiores es constantemente digno, noble, con el sello de la mas alta moralidad, desprendidos de toda baja pasion; sus consejos respiran la sabiduria mas pura i tienen siempre en vista nuestro perfeccionamiento i el bien de la humanidad. El lenguaje de los Espíritus inferiores, al contrario, es inconsecuente, muchas veces trivial i aun grosero; si algunas veces dicen cosas buenas i verdaderas, dicen mas falsas i absurdas por malicia o por ignorancia; se alegran de la credulidad i se divierten a espensas de aquellos que les preguntan, lisonjeando su vanidad, entreteniendo sus deseos con vanas esperanzas. En resúmen, las

comunicaciones formales, en toda la acepcion de la palabra, no tienen lugar mas que en los círculos formales, en aquellos cuyos miembros están unidos por una comunión íntima de pensamientos que tienden al bien.

«La moral de los Espíritus superiores se resume, como la de Cristo, en esta máxima evangélica: Obrar con los otros, como quisiéramos que los otros obrasen con nosotros mismos, es decir hacer bien i no hacer mal. El hombre encuentra en este principio la regla universal de conducta para sus mas pequeñas acciones.

«Nos enseñan que el egoismo, el orgullo, la sensualidad, son pasiones que nos aproximan a la naturaleza animal, sujetándonos a la materia; que el hombre que desde aquí en la tierra se desprende de la materia por el desprecio de las vagatelas mundanas i el amor del prójimo, se acerca a la naturaleza espiritual; que cada uno de nosotros debe hacerse útil segun sus facultades i los medios que Dios ha puesto en sus manos para probarle; que el fuerte i el poderoso deben apoyo al débil, porque el que abusa de su fuerza i su poder para oprimir a su semejante, viola la lei de Dios. Enseñan, por último, que en el mundo de los Espíritus, no pudiendo haber nada oculto, el hipócrita será descubierto i todas sus farsas manifiestas; que la presencia inevitable en todos los instantes de aquellos contra los cuales hayamos obrado mal, es uno de los castigos que nos están reservados; que en el estado de inferioridad i de superioridad de los Espíritus, hai penas i goces que nos son desconocidos en la tierra.

«Pero nos enseñan tambien que no hai faltas irremisibles, que no puedan ser borradas con la espiacion. El hombre encuentra en las diferentes existencias el medio de adelantar en el camino del progreso i hácia la perfeccion que es su objeto final.»

IV.

Hai en lo que se acaba de leer todas las apariencias de una doctrina puramente relijiosa. ¿No confirma tambien esta idea la alusion evangélica que resume la moral de los Espíritus? Pero se tendrían nociones mui incompletas del espiritismo, sino le diéramos mas alcance; es preciso agregar que ese sistema constituye, a juicio de sus adeptos, una ciencia que reposa sobre bases tan sólidas i tan estables como la física, la química, como todas las ciencias esperimentales. «El espiritismo, dice Allan Kardec, tiene

por objeto la comprobacion i el estudio de la manifestacion de los Espíritus, de sus facultades, de su situacion, i de su porvenir, en una palabra, el conocimiento del mundo invisible» (1). He ahí un programa que cada uno puede resolver mediante sus propias investigaciones. Como las ciencias naturales, el espiritismo no pretende, pues, imponerse como un dogma, solo quiere dominar en virtud de la obediencia de sus principios. Pero hai mas aun: los espiritistas, no satisfechos con estar a la altura del hombre científico, no ocultan el desden que les merecen las otras ciencias, las *ciencias vulgares, que descansan sobre las propiedades de la materia* (2).

Detengámonos aquí un momento. Examinemos si el espiritismo tiene los mismos títulos que la física o la química para ser verdaderamente una ciencia esperimental. Se sabe que recibiendo un haz luminoso del sol al traves de un prisma, los colores simples de la luz blanca sufren el fenómeno de la dispersion, i se obtiene una imájen de diversos matices que constituyen el epectro solar. Dada a conocer la primera vez por Newton, la descomposicion de la luz es desde entónces un hecho que repetimos diariamente a nuestra voluntad; pero no nos es posible modificar de ninguna manera este fenómeno ni impedir que se produzca. Hagamos todavia llegar la luz del sol a una mezcla de volúmenes iguales de cloro i de hidrójeno. ¿Qué sucede? Se produce una detonacion violenta e instantánea, el frasco que contenia la mezcla de los gases se rompe i sus fragmentos son arrojados con fuerza. Bajo la influencia de la luz del sol, el cloro se ha combinado en este caso con el hidrójeno para formar un cuerpo cuyas propiedades son diferentes de las de los elementos que lo constituyen.

Los hechos que acabamos de mencionar son ejemplos de los fenómenos que están en el dominio de la física i de la química. Una lei uniforme i constante se muestra en la produccion de cada uno de ellos, lei que no está sujeta a los caprichos de nuestros deseos porque solo depende de las propiedades mismas de la materia. ¿Quién podria impedir la descomposicion de la luz que atraviesa el prisma, o neutralizar la influencia de los rayos solares sobre la mezcla de cloro i de hidrójeno? Estos hechos se reproducen del mismo modo siempre que se trate de verificarlos, cuales-

(1) Allan Kardec, *Qu'est-ce que le Spiritisme*, 4.^a edicion, página 76.

(2) Id. *Le Livre des Esprits*, introduccion.

quiera que sean las condiciones físicas, morales o intelectuales del experimentador. Lo que decimos de estos fenómenos es igualmente aplicable a todos los otros que nos ofrece el estudio de la materia. Si Allan Kardec consultaria gustoso i con toda confianza a un químico sobre una cuestion de análisis, a un físico sobre la electricidad, a un mecánico sobre la fuerza motriz, no es sin duda porque cree que la materia ha favorecido con el privilegio de sus secretos a esos individuos. Las ciencias que el autor del *Libro de los Espíritus* ha calificado desdeñosamente con el nombre de vulgares, tienen un carácter importante que sirve para distinguir las, i este es que no hai nada de caprichoso ni de arbitrario en sus fenómenos, pues todos ellos obedecen de una manera fatal a leyes invariables.

No tratemos de hallar nada de parecido en el espiritismo. Aquí los fenómenos no se producen a nuestra voluntad; los Espíritus tienen afecciones, antipatias, algunos son sensibles i capaces de pensamientos jenerosos, otros al contrario, son vengativos i se complacen en burlarse de nuestra debilidad. «Los Espíritus, dice Allan Kardec, son verdaderos poderes mas temibles de lo que se cree; ellos podrian mui bien, como lo han hecho ya, hacer pesar su brazo sobre los que los desprecian» (1). Si Vulcano i los ciclópes no hubieran envejecido, las fraguas donde se forjaban los rayos para Júpiter, habrian sido ya invadidas por los Espíritus. La nueva doctrina tiene, pues, amenazas para los escépticos. Si esto nos parece absurdo, inconcebible, tratándose de las ciencias vulgares, no sucede lo mismo con la ciencia espiritista, que en su furor de innovaciones no ha respetado lo que se llama el buen sentido.

«Todos los fenómenos del espiritismo, *sin escepcion*, dice Allan Kardec, son las consecuencias de leyes jenerales; nos revelan unos de los poderes de la naturaleza, poder ignorado o, por mejor decir, no comprendido hasta aquí, pero que la observacion demuestra estar en el orden de las cosas» (2). Esto está en armonia con la idea que han tenido los Espíritus de establecer una Filosofia Racional. Pero interrogando a los invisibles, ellos mismos responden que elijen los seres que les son simpáticos para dispensarles sus favores. ¿No es bien curioso que en una ciencia natural se hable de favoritismo? Pero dejemos la palabra a los par-

(1) Allan Kardec, *Qu'est-ce que le Spiritisme*, páj. 53.

(2) Id. *Le Livre des Esprits*, conclusion.

tidarios de esas ciencias. «La práctica del espiritismo, bajo el punto de vista experimental, presenta un gran número de dificultades, i no deja de tener inconvenientes para cualquiera que carezca de la esperiencia necesaria. Ya sea que uno experimente por sí mismo, o que sea simple observador, es esencial saber distinguir las diferentes naturalezas de Espíritus que pueden manifestarse, conocer la causa de todos los fenómenos, las condiciones en que pueden producirse, los obstáculos que pueden oponerse, a fin de no exigir lo imposible: no es ménos necesario conocer todas las condiciones i todos los escollos de la medianimidad, la influencia del medio, las disposiciones morales» (1).

Despues de leer esto uno se inclina a pensar que los espiritistas se han esforzado en aglomerar tantas circunstancias difíciles para impedir la evocacion de los muertos a cualquiera que no participe de sus creencias. En efecto, para apreciar las diferentes cualidades de los espíritus, para conocer la causa de los fenómenos a que dan origen i las condiciones en que éstos se verifican, es preciso estar ya, no solo instruido en la doctrina, sino familiarizado con los invisibles. Como consecuencia rigurosa, se desprende de aquí la necesidad de ser espiritista para poder recibir las inspiraciones de los muertos; lo cual equivale, en otros términos, a decir que para convençerse del espiritismo es indispensable haber creído ántes en esa doctrina. Los espíritus, no diremos que temen, pero muestran una repugnancia bien manifiesta siempre que se les exige delante de los incrédulos algun prodijio, un solo prodijio de los infinitos que se les atribuye (2). ¿No es una filosofía racional bien estraña esta que han fundado los espíritus? ¿Quién habia sospechado ántes que pudiera haber una ciencia natural cuyos fenómenos fuesen solo visibles para cierto número de individuos? I luego, el jefe de los espiritistas dice que la facultad que utilizan los mediums para ponerse en relacion con los seres de ultratumba, es un don de Dios (3). ¿No es esto proscribir del santuario de la nueva ciencia a los no

(1) Allan Kardec, *Qu'est-ce que le Spiritisme*, páj. 84.

(2) M. Morin, en la obra que ya hemos citado, recuerda que los taumaturgos se han quejado siempre de los escépticos. "Se dice en el Evangelio, agrega, que Jesus no pudo hacer milagros en Nazareth a causa de la incredulidad de los habitantes (Marcos, VI, 2-6). He oido algunos espiritistas sostener mui seriamente que los incrédulos emiten un fluido malsano que basta para poner en fuga los Espíritus i para impedir la manifestacion de los milagros." Véase el libro de Morin, *Du magnetisme et des sciences occultes*, páj. 437.

(3) Allan Kardec, *Qu'est-ce que le Spiritisme*, páj. 92.

favorecidos por la fortuna? ¿Dónde están, pues, las leyes jenerales de la naturaleza que invoca Allan Kardec?

Parece que los espíritus, disgustados por la desconfianza del escepticismo, se resolvieran por momentos a negar a sus intérpretes toda la proteccion que ellos desearan. ¿Por qué, se atreve a preguntar Allan Kardec, si el espiritismo es un progreso de la humanidad, cómo los espíritus no han predicado su doctrina en todos los tiempos? ¿Por qué los seres invisibles no se revelan hoi mismo de una manera tan evidente que hagan llegar la conviccion a todos los incrédulos?—«Vosotros, responden los espíritus, no enseñais a los niños lo que enseñais a los adultos, i no dais al recién nacido un alimento que no podría digerir; cada cosa tiene su tiempo. Ellos (los espíritus) han enseñado muchas cosas que los hombres no han comprendido o que han desnaturalizado, pero que pueden comprender ahora. Por su enseñanza, aunque incompleta, (los espíritus) han preparado el terreno para recibir la semilla que hoi va a fructificar» (1). Tal es la respuesta de la primera interrogacion. Se vé que no puede ser mas satisfactoria; solo el poco desarrollo de nuestra intelijencia habia retardado el advenimiento del espiritismo; a la jeneracion presente toca la gloria de haber llegado a una altura en que puede ya digerir las elucubraciones de la filosofía racional espiritista. Pero casi dudamos del criterio de los seres impalpables cuando discurren de esa manera. Ellos han debido dirijir desde el principio, pero con mas tino, la actividad de la razon humana para que hoi no se viese el absurdo donde los espíritus muestran la verdad. Aunque ellos están convencidos de haber preparado el terreno para que su ciencia sea fecunda, tememos mucho que eso no pase de ser una esperanza mui efímera.

Pero veamos lo que responden los espíritus a la segunda interrogacion de Allan Kardec:—«Vosotros quisierais milagros, dicen, pero Dios los siembra a manos llenas a vuestro paso, i sin embargo hai hombres que reniegan de él. ¿El mismo Cristo convenció acaso a sus contemporáneos con los prodijios que hizo? ¿No veis como los hombres niegan hoi los hechos mas patentes que pasan a su vista? ¿No hai entre vosotros quien dice que aun cuando viese no creeria?—No; no es por los prodijios como Dios quiere conducir a los hombres; en su bondad quiere dejarles el mérito de que se convenzan por la razon» (2). ¡Siempre la razon es el devaneo

(1) Allan Kardec, *Le Livre des Sprits*, libro III, cap. VIII.

(2) Id. id. id. id.

constante de los espíritus! Pero uno queda desorientado al ver que se habla de ella con la misma facilidad con que se hace intervenir a Dios. Si el espiritismo es verdaderamente una ciencia racional, como lo pretenden sus sectarios i como lo afirman los invisibles, deje estudiar i analizar sus principios sin salir de la esfera de la razon. Esto es propio de las ciencias racionales. Pero tanto los espíritus como sus intérpretes se empeñan a cada paso en armonizar su doctrina con la Biblia, con el Evangelio, con los padres de la Iglesia, olvidando que han querido establecer los cimientos de una filosofía racional. Unos i otros, sin embargo, consideran como un reproche el creer que el espiritismo tiene mas bien las apariencias de una relijion.—No, nó, repiten; comprobad los hechos por la observacion esperimental.—I bien, para que esta esperiencia dé resultados útiles, se exigen algunas condiciones: es preciso que la evocacion de las almas sea hecha *en nombre de Dios, con recojimiento i por motivos sérios* (1). ¿Quién no vé aquí una ceremonia relijiosa en vez de una esperimentacion científica? Las ciencias ocultas, es verdad, no habrian desdeñado esas fórmulas para realizar sus sombríos prodijios, pero no hai fenómeno alguno en todas las otras ciencias que necesite de tales condiciones para verificarse. Como dice Tissandier, el respeto i las invocaciones a Dios entran poco en los hábitos de la ciencia.

Algunas palabras todavia.

«El espiritismo afirma que los hechos en que reposa son tan numerosos, tan bien establecidos, comprobados i demostrados como los que sirven de base a todas las ciencias esperimentales, pero apenas cita algunos; en esta ciencia nueva todo es mistero, los fenómenos i los adeptos.....El que quiere observar con buena fé, debe, no digo creer en la palabra de otro, sino despojarse de toda idea preconcebida; no querer asimilar cosas incompatibles; esperar, seguir, observar con una paciencia infatigable...» (2). «Por otra parte, *los espíritus no tratan de convencer a ciertas personas*, como nos lo aseguran los espiritistas. Comprendeis qué embarazo deben dar a la ciencia estos espíritus. En fin, como lo veremos mas adelante, hai espíritus engañadores, mentirosos, que se burlan de nuestros deseos i de nuestras investigaciones, se nos escapan i no consultan mas que sus caprichos. Es preciso convenir en que estas son condi-

(1) Allan Kardec, *Qu'est-ce que le Spiritisme*, pájs. 63 i 82.

(2) Allan Kardec, *Qu'est-ce que le Spiritisme*, páj. 22.

ciones singulares, condiciones únicas para la ciencia. I se nos repite incesantemente que el espiritismo no es una relijion sino una filosofía. ¡Qué certidumbre para una ciencia! ¡Qué medio de asegurarse de la verdad! Principio a creer que para observar bien los fenómenos espiritistas hai condiciones de que no habla Allan Kardec. Hai una gracia de estado que se obtiene por la invocacion a Dios que se nos recomienda; hai condiciones intelectuales i morales que se dicen al oido i que solo los iniciados conocen. I sin embargo, se trata aquí de una ciencia, ciencia superior, es verdad, a todas las que tienen por objeto la materia; pero en fin, se asegura firmemente que el espiritismo es una ciencia de observacion.....He aquí una ciencia nueva que se da como auxiliar de la filosofía, que llega a establecer lo que ésta no ha podido enseñar a nadie; que decide donde esta balbucea, que hace tocar con el dedo lo que ésta nos muestra a una distancia oscura i confusa.....El espiritismo afirma que es una ciencia, sin darnos el secreto de sus descubrimientos, i se nos presenta como una revelacion» (1).

Hasta ahora solo hemos trazado la historia de la doctrina espiritista, discutiendo al mismo tiempo si el espiritismo es una ciencia o una relijion. En un artículo subsiguiente analizaremos el principio fundamental de la doctrina.

EULOJIO CARRASCO.

(2) J. B. Tissandier, *Des sciences occultes et du spiritisme*, pájs. 67, 71.

LA ACCION DEL CLERO

en la revolucion de la independendencia americana.

SEGUNDA PARTE.

Al pasar en rápida revista en nuestro artículo anterior la historia de la revolucion de Méjico, hemos podido señalar con algun detenimiento las dificultades i embarazos que el clero opuso en ese país al triunfo de la independendencia. El gran número de publicaciones de que ha sido objeto la historia mejicana, i la posesion de muchos documentos impresos en América i en Europa, nos han permitido señalar los principales hechos de esa lucha trabada en contra de la libertad del pueblo mejicano en nombre de la relijion.

Desgraciadamente, no poseemos iguales datos respecto de los otros pueblos hispano-americanos, cuya historia no ha sido estudiada aun con tanta prolijidad. Por otra parte, en el resto de la América, la guerra de la independendencia no tomó ese carácter tan pronunciado de lucha relijiosa; por que para combatir la revolucion, los medios de accion del clero fueron mas reducidos, i su influencia se hizo sentir en una escala mas limitada, pero con no menor resolucion.

La capitanía jeneral de Venezuela contaba, como ya dijimos, solo tres diócesis ántes de 1810. La mas importante de ellas, el arzobispado de Caracas, producía al prelado una renta de 40,000 pesos; la segunda, el obispado de Mérida de Maracaibo, tenía una renta de cerca de 20,000 pesos, i por último, el obispo de Guayana recibía de la corona el sueldo anual de 4,000 pesos. El clero secular, bastante numeroso en las grandes ciudades, gozaba de cuantiosas rentas en capellanías i fundaciones piadosas;

i el clero regular, mucho mas reducido en su número, ecepto en Guayana, donde los padres capuchinos administraban las estensas misiones de la provincia, contaba tambien con el producto de sus valiosas propiedades territoriales. Entre los miembros del clero venezolano figuraban muchos individuos de la mas alta clase social de la colonia; i como en este país la revolucion fué encabezada por la aristocracia, algunos de esos individuos tomaron una parte principal en aquel movimiento, pero la mayoría de ellos, i sobre todo los obispos i los eclesiásticos europeos de nacimiento hicieron servir su influjo i su poder contra la independendencia.

Se sabe que la revolucion de Venezuela comenzó por la deposicion del capitán jeneral don Vicente Emparan el 19 de abril de 1810, i por la creacion de una junta nacional de gobierno. En el primer momento, el triunfo de la revolucion pareció inevitable, i todas las autoridades españolas de la capitania jeneral reconocieron resignadamente el cambio gubernativo o fueron depuestas por el nuevo gobierno. La rejencia española, sin embargo, resolvió desde luego combatir la insurreccion venezolana, i en efecto dió el título de capitán jeneral de Venezuela, en reemplazo de Emparan, a quien los revolucionarios habian hecho salir para los Estados-Unidos, a don Fernando Miyares, gobernador hasta entónces de Maracaibo, con órden de reunir tropas i someter de nuevo la provincia al antiguo réjimen.

Miyares no podia hacer nada contra la revolucion por falta de elementos militares. La provincia que mandaba, como la vecina de Coro, quedaba sometida a la autoridad de la España; pero en el resto del territorio la revolucion se hallaba triunfante. En esa situacion no quedaba otro arbitrio que fomentar movimientos contrarevolucionarios en las provincias sometidas al gobierno de Carácas. En Guayana, donde la revolucion habia sido reconocida, e instaládose una junta gubernativa patriótica en la ciudad de la Angostura, se habia hecho sentir el primer impulso reaccionario. A instigacion de los misioneros capuchinos, algunos españoles que formaban parte de aquella junta, tramaron una conspiracion, restablecieron el antiguo órden de cosas, apresaron a los principales patriotas, i los remitieron a Cuba i Puerto-Rico para ser sometidos a juicio (1). Igual cosa se quiso hacer en breve en

(1) Baralt, *Resúmen de la Historia de Venezuela desde 1797 hasta 1830*, tomo 1.º páj. 41.—Restrepo, *Historia de la revolucion de Colombia*, part. 11, cap. II, tomo 1.º, pájinas 544 i 545.

Carácas i en otros puntos en que eran respetadas las nuevas autoridades.

La junta de Carácas se creía perfectamente afianzada en el poder, i aun estaba persuadida que no tenia nada que temer de la accion del clero. El 31 de julio de ese año (1810) llegó de España don Narciso Coll i Prat, arzobispo de aquella diócesis, español de nacimiento, que gozaba de la reputacion de mucha virtud. Al encontrarse allí con la revolucion que habia estallado tres meses ántes, el arzobispo, sea porque no midiese todo el alcance del cambio gubernativo o por que creyera que no era posible resistir a la revolucion, se apresuró a reconocer solemnemente la junta de gobierno i se manifestó dispuesto a sostenerla con el influjo de su ministerio. Dos meses mas tarde, sin embargo, los realistas de Carácas tramaban una conspiracion contra el nuevo órden de cosas. El arzobispo, uno de los canónigos de la catedral i uno de los curas de la ciudad, no solo estaban iniciados en el complot, sino que debian formar parte del gobierno provisorio de Venezuela que los realistas debian establecer miéntras llegaba el gobernador Miyares. Los conspiradores habian sobornado a una parte considerable de la guarnicion; pero la noche ántes de dar el golpe, el complot fué denunciado por dos de los oficiales comprometidos (el 30 de setiembre); i la junta pudo prevenirlo oportunamente i castigar a algunos de los autores, sin llegar sin embargo al esclarecimiento cabal de la verdad (1).

Miéntras tanto, el obispo de Mérida de Maracaibo, que estaba establecido en un punto en que dominaban los realistas, no tenia que guardar reserva ni disimulo para manifestar su simpatía por la causa de España. Un solo hecho revelará la actitud asumida por este prelado. La junta gubernativa habia enviado emisarios al extranjero i a las provincias vecinas a anunciar su instalacion. Uno de ellos, el famoso canónigo chileno don José Cortes Madañaga, habia sido enviado a Bogotá, i en su viaje tuvo que tocar en Mérida. Oigamos a este mismo personaje lo que escribia acerca de su corta residencia en esta última ciudad. «Continuamos sin novedad en medio de las imponderables incomodidades i riesgos que hemos probado en el camino i nos restan que sufrir, todo con

(1) Don José Domingo Diaz, *Recuerdos sobre la rebelion de Carácas*, Madrid 1829, páj. 27 i siguientes. Diaz, que era un médico caraqueño mui enemigo de la independencia de Venezuela, tuvo una parte principal en esta conspiracion, i ha podido revelar circunstancias que no aparecieron en el proceso.

pacieñcia i con provecho en cuanto a la causa del dia; i puede Ud. creer que, a no haber tomado yo a mi cargo la comision que llevo, ya el demonio se habria reido de la emancipacion de Carácas: jamás me corresponderá la provincia los esfuerzos i fatigas que aplico en su obsequio. Ud. lo graduará así, acercándose a Roscio e instruyéndose de los partes, etc. Me he visto arrestado i escomulgado por el mentecato de Milanés (este era el obispo de Mérida); pero con presencia de ánimo he triunfado de sus asechanzas. A no aventurar el suceso, estaria este sátrapa en viaje para esa, montado en un asno: no merece otra cosa con su secretario Talavera i algunas personas mas de su comparsa» (1). Por esta carta se verá el caso que el arrogante canónigo i tribuno hacia de las escomuniones lanzadas por los obispos para mantener en América la dominacion secular de los reyes de España.

Estas hostilidades puestas en planta por la iglesia venezolana contra la revolucion de la independenciam, si bien no hacian vacilar en sus convicciones a los jefes de ella, ejercian un gran poder en las masas i arrastraban a muchos hombres del pueblo a enrolarse en el ejército realista. En Cumaná estalló un movimiento contrarevolucionario (5 de marzo de 1811), dirijido principalmente por los misioneros capuchinos, que estuvo al punto de triunfar, pero que al fin fué sofocado por las autoridades patriotas (2). Poco ántes los mismos misioneros habian dirijido con ménos éxito todavía una tentativa de insurreccion en Maturin (3).

Sin arredrarse por estas dificultades, la revolucion marchaba siempre adelante. La junta habia invitado a los pueblos a elegir diputados para un congreso jeneral; i éste se habia reunido en Carácas el 2 de marzo de 1811. Este acontecimiento, no tenia por entónces la importancia que le dió el curso inevitable de las cosas. El congreso, segun el juramento exigido a los diputados en el acto de la apertura, tenia por objeto «conservar i defender los derechos de Dios i de Fernando VII, mantener pura, ilesa e inviolable nuestra sagrada relijion i defender el misterio de la Concepcion inmaculada de la vírjen María, nuestra señora» (4). Este jura-

(1) Carta del canónigo Cortes a don Francisco Berrio, escrita en la hacienda de Estanques, jurisdiccion de Mérida, el 10 de febrero de 1811.

(2) Restrepo, obra citada, parte II, cap. III, tomo 2.º páj. 8.

(3) Baralt, obra citada, tomo 1.º páj. 62.

(4) Véase la forma testual de este juramento en Restrepo, tomo II páj. 2.

mento fué prestado con una rara solemnidad en la catedral de Carácas, delante del arzobispo Coll i Prat que pontificaba con sus mas ostentosos trajes. No podia, pues, caber duda acerca de los religiosos propósitos de aquellos lejisladores; pero el arzobispo, despues de prestar tambien a aquella asamblea el juramento de obediencia, la felicitó ardorosamente por su instalacion, i le pidió que protejese i conservase en toda su fuerza la relijion católica, como la base de la moral pública. En la tarde de ese mismo dia se reunió el congreso, i allí se acordó que una comision de diputados llevase al arzobispo la contestacion que reclamaba. Por ella el congreso se comprometia a proteger i mantener ilesa la relijion que profesaban los venezolanos.

Esta franca i sincera manifestacion no sirvió de nada. El clero siguió combatiendo contra la revolucion con el mismo ardoroso entusiasmo. Se distinguieron sobre todo los misioneros capuchinos, que sin cesar exitaban al pueblo a tomar las armas para defender el réjimen anterior. «Estos fueron, dice el juicioso historiador Restrepo, los enemigos mas decididos de la revolucion de Venezuela, i en el curso de ella hicieron cuantos esfuerzos les fueron posibles para contrariarla, persuadiendo a los pueblos que el separarse de la España i no obedecer a su rei era un crimen atroz i una herejía imperdonable» (1).

Los caudillos revolucionarios, i sobre todo el impetuoso jeneral Miranda que mandaba las tropas de Venezuela i dirijia la opinion, creyeron que no habia otro remedio para desarmar esa constante hostilidad, que declarar desde luego la independecia nacional. El congreso discutió detenidamente esta cuestion; i al fin, el 5 de julio hizo la solemne declaracion que fué firmada por todos los diputados, i reconocida bajo juramento por todos los altos funcionarios del estado. En este juramento se respetó la forma que se habia usado a la época de la instalacion del congreso; es decir, se juraba reconocer la independecia nacional, conservar pura e ilesa la relijion católica como la única de Venezuela i defender el misterio de la inmaculada concepcion. El arzobispo Coll i Prat, que apesar de su caracter de español, se manifestaba ardiente partidario de la independecia, se apresuró a prestar el juramento exigido, pronunciando en ese acto un breve discurso en que al paso que se

(1) Restrepo, obra citada, parte II, cap. III, tomo II páj 14.

felicitaba por aquel suceso, pedia proteccion para la iglesia (1). A juzgar por estas manifestaciones, no podia haber duda del civismo republicano del ilustrísimo arzobispo de Carácas.

Sin embargo, continuaron las conspiraciones de los realistas excitadas por el fanatismo del clero. Enseñaba éste que la religion habia sido ultrajada por los revolucionarios; i en nombre de Dios estimulaba sin cesar a las poblaciones a rebelarse contra las autoridades nacionales. El 11 de julio estalló en las cercanías de Carácas un levantamiento que fué sofocado i reprimido en corto tiempo; pero el mismo dia se hizo sentir un movimiento mucho mas formidable en la ciudad de Valencia, que no pudo ser vencido sino con pérdida de cerca de 800 hombres i despues de dos meses de cruda guerra. Los promotores de este movimiento fueron algunos eclesiasticos, i en especial frai Pedro Hernandez, provincial de la órden de franciscanos. En su exaltacion, estos caudillos se habian asociado con dos famosos salteadores de camino, Palomo i Colmenares, i habian llamado a las armas a los negros esclavos, ofreciendoles la libertad; i estos auxiliares cometieron todo jénero de exesos i fueron los mas obstinados en la resistencia (2). Aunque el padre Hernandez, jefe de esta revolucion, fué condenado a muerte por la justicia militar, el congreso lo indultó jenerosamente (3); lo que no impidió que continuase siendo uno de los enemigos mas implacables de la revolucion venezolana.

Aun en medio de los afanes de la guerra, el congreso seguia trabajando en Carácas en las reformas políticas que constituian el objeto de la revolucion. Despues de dictar algunas leyes sobre diferentes materias, sancionó el 21 de diciembre de 1811 la constitucion política de la nueva república. Aquel código de 228 artículos garantizaba al pueblo venezolano el goce de todas las libertades, i la supresion de la inquisicion, del tormento i del tráfico de esclavos. Los constituyentes dispusieron por el artículo 1.º que la religion católica, apostólica romana era la del Estado, i la única i esclusiva de los habitantes de Venezuela, declarando tambien que su proteccion, conservacion, pureza e inviolabilidad era

(1) Este discurso, publicado entónces en la *Gaceta de Carácas*, fué reproducido por *El Español* de Londres en su número XX, de 30 de noviembre de 1811.

(2) Restrepo, obra citada, parte II, cap. III, tomo II, páj. 27.

(3) Diaz, obra citada, páj. 36.—Larrazábal, *Vida de Bolívar*, cap. VI, tomo I, páj. 101.

uno de los primeros deberes de la representacion nacional, que no permitiria jamás en todo el territorio ningun otro culto público ni privado, ni doctrina contraria a la religion de Jesucristo. Aquel código no podia ser mas terminante o la espresion del espíritu relijioso; pero el art. 180 contenia esta otra declaracion: «No habrá fuero alguno personal.» El fuero eclesiástico quedaba, pues, definitivamente abolido en Venezuela.

El clero alzó el grito a los cielos por esta reforma. Mui probablemente se habria inquietado ménos por una innovacion de mas alcance, como la declaracion de la libertad relijiosa; pero la supresion de la prerogativa de que gozaban los eclesiásticos de ser juzgados por tribunales especiales, lo enfureció sobremanera. El arzobispo Coll i Prat, llamándose siempre partidario de la independencia, elevó al congreso las mas exigentes representaciones, en que pedia la inmediata derogacion de aquel artículo. Los clérigos i frailes, mucho mas francos que su prelado, dijeron que la abolicion del fuero eclesiástico era una obra de herejes i continuaron su propaganda político-relijiosa contra la revolucion. En efecto, cada dia fué mas tenaz la resistencia que las nuevas instituciones hallaban en todas partes, como fueron mas vigorosos los esfuerzos que hacian los realistas al verse apoyados por el fanatismo de las masas. Las memorias contemporáneas refieren que el arzobispo, que se habia retirado a Narauli, i que desde allí no cesaba de representar su adhesion al nuevo orden de cosas, dirijia desde su retiro los fanáticos esfuerzos i las intrigas del clero en favor de España (1).

Luego se presentó al arzobispo de Carácas la ocasion propicia para obrar con ménos disimulo. Los realistas estaban organizados en los llanos del Orinoco; i ausiliados poderosamente por los misioneros, sostenian la guerra en aquella rejion. Dueños tambien de las provincias situadas en el extremo opuesto, de Maracaibo i de Coro, en donde habian recibido los refuerzos enviados de las Antillas, peleaban allí con ventaja, ayudados por los curas i otros eclesiásticos, i bajo el mando de don Domingo Monteverde, oficial realista, que adquirió en breve por sus crueldades una funesta celebridad. Ocurrió en esas circunstancias el espantoso terremoto de 26 de marzo de 1812 que arruinó en pocos momentos a Carácas i otras ciudades i produjo la muerte de cerca de 20,000 personas.

(1) Restrepo, *Historia de la revolucion de Colombia*, parte II, cap. IV, tomo 2.º, p. 64.

«Apénas habia pasado el fenómeno, refiere un historiador, cuando el padre prior de los dominicos frai Felipe Lamota i el padre don Salvador García de Ortigoza, del oratorio de San Felipe Neri, levantados sobre una mesa en medio de la multitud aturdida i consternada, predicaban ser el terremoto un manifiesto castigo del cielo, azote de un Dios irritado contra los novadores que habian desconocido el mas virtuoso de los monarcas, Fernando VII, el unjido del Señor. I como habia empeño en corromper la opinion i propagar el error, el clero, en jeneral, partidario de la España, se aprovechaba de los mas pequeños accidentes para formar pruebas de la patente voluntad de Dios manifestada contra los independientes» (1). En otros lugares se repitieron estas mismas predicaciones con caractéres mas alarmantes todavía. En Barquisimeto i en Yaritagua, los sacerdotes, aprovechándose del terror que se habia apoderado de las jentes, hicieron, despues de sermones furibundos contra los patriotas, que el pueblo proclamase de nuevo a Fernando VII (2).

En medio de la turbacion jeneral que estos sucesos debian producir, Monteverde avanzaba sin encontrar la resistencia formal que habria hallado en otros momentos. Acompañábalo una falanje de frailes i de clérigos que por todas partes proclamaban la ruina de los patriotas como un castigo evidente del cielo. Entre los mas ardorosos figuraban el provincial Hernandez, el mismo a quien pocos meses ántes el congreso de Carácas habia indultado de la pena de muerte. Eran «todos apóstoles del despotismo, cuyos sermones, agrega un historiador, valieron a Monteverde mas que sus obuses» (3).

Por un instante, el gobierno revolucionario creyó que podia conjurar esta tormenta. Recordando que el arzobispo Coll i Prat se habia manifestado ántes patriota decidido, i como tal habia jurado reconocimiento a la independenciam nacional, le dirijió una nota en que le pedia que inmediatamente circulara órdenes a los curas de su diócesis «inculcándoles la estrecha obligacion en que se hallaban de no alucinar a los pueblos con las absurdas insinuaciones de

(1) Larrazábal, *Vida de Bolívar*, cap. VI, páj. 109.—Puede también verse sobre este punto a Baralt, obra citada, tomo 1.º, páj. 90, i a Restrepo, tomo 2.º páj. 62 i siguientes.

(2) Restrepo, tomo 2.º, páj. 66.

(3) Larrazábal, tomo I, páj. 114.

que las revoluciones políticas han orijinado el terremoto del veinte i seis de marzo, sino que por el contrario empleen la fuerza de su ministerio sacerdotal en animar e inspirar aliento a sus feligreses para que sostengan valerosos la causa de la libertad». El arzobispo, como ya hemos dicho, se hallaba retirado en Naraulí. Dejó pasar algun tiempo sin cumplir este encargo, pero cuando vió que se acercaba el desenlace de la guerra, i que éste debia ser favorable a los realistas, espidió una pastoral en un sentido contrario al que se le exijia. El terremoto era, segun él, un efecto de causas naturales; pero Dios se habia valido de él para castigar la corrupcion de costumbres, la irreligion i la impiedad en que habian caido los habitantes de Venezuela.

Ya podrá comprenderse la irritacion que esta conducta debió producir en el ánimo de los caudillos revolucionarios. El jeneral Miranda, que mandaba las tropas de la república, resolvió apresar al arzobispo i hacerlo salir del territorio venezolano. Esta medida, que habria contribuido a reprimir los desmanes del clero en otras circunstancias, no pudo llevarse a efecto por la oposicion de algunos patriotas que la consideraban inoportuna (1).

La revolucion venezolana fué sofocada por entónces. Monteverde, posesionado del poder i rodeado de los eclesiásticos que habian sido sus mas decididos ausiliares, ejerció las mas atroces venganzas en los infelices patriotas. Horroriza leer en la historia las crueldades inauditas i las perfidias sin nombre de que estos fueron objetos. El arzobispo, que voluntariamente se habia colocado poco ántes en las filas de los independientes, quedó cerca del nuevo gobernador i, a lo que parece, no hizo nada para reprimir los instintos feroces de ese mandatario.

Antes de un año, el arzobispo Coll i Prat tuvo que cambiar de conducta.

Bolívar, salvado de aquella catástrofe, habia buscado un asilo en Nueva Granada; i formando ahí una pequeña columna de tropa, invade de nuevo el territorio venezolano, i despues de una série de victorias, cuya narracion parece pertenecer mas a la epopeya que a la historia, llega a las puertas de Carácas. Hallándose en el pueblo de Trujillo, dió a luz el 15 de junio de 1813 una célebre proclama por la cual declaraba la guerra a muerte para escarmantar al enemigo i poner término a los horrores sin cuento que éste

(1) Restrepo, parte 1.^a, capítulo IV, tomo 2.^o páj. 77.

habia cometido. El arzobispo temió que aquella declaracion pudiera comprenderlo a él; i ántes que sufrir la muerte o siquiera una prision, prefirió abjurar sus principios realistas i volver a alistarse entre los independientes. Recibió a Bolivar en la capital con un repique jeneral de campanas, tomó parte en los festejos con que el pueblo lo saludaba libertador de Venezuela, i en medio de una ostentosa ceremonia, recibió en sus manos el corazon del ilustre patriota Jirardot que acababa de perecer en la guerra, para trasportarlo solemnemente a la catedral, donde se le dió colocacion. Todavía hizo algo mas aquel prelado para demostrar su amor a las nuevas instituciones i hacer olvidar su conducta de 1812.

Como los realistas, exitados siempre por los misioneros de Guayana, sostenian aún la guerra en los llanos del Orinoco, el arzobispo publicó una pastoral el 18 de setiembre de 1813. En ella recordaba al clero i a los fieles de su diócesis que el pueblo venezolano en pleno congreso habia declarado solemnemente la independencia nacional; i que si esa lei habia quedado sin vigor durante la reconquista española, era deber de todos acatarla i obedecerla desde que la patria habia sido reconquistada por las armas republicanas. «El propio Dios que manda obedecer las leyes de los reyes i emperadores en los estados monárquicos, agrega el arzobispo, ese mismo manda obedecer las de las potestades sublimes e intermedias que bajo diferentes denominaciones presiden o pueden presidir en los estados republicanos. Nadie puede resistirlas i cada particular está obligado a obedecerlas.» El arzobispo terminaba su pastoral recomendando a los soldados realistas que depusieran las armas para poner término a una guerra que aflijía la relijion i que empapaba en sangre el suelo americano (1).

Pero este nuevo período de patriotismo del arzobispo Coll i Prat no debia durar sino miéntras los independientes fuesen vencedores. A mediados de 1814, la revolucion sucumbió de nuevo. Bolívar en la necesidad de abandonar el territorio de Carácas para buscar en otra parte los auxilios necesarios con que recomenzar la guerra, salió de la capital el 6 de julio seguido por una larga columna de hombres i mujeres que querian sustraerse a la zaña implacable de los realistas. El arzobispo, que habia quedado en la ciudad, se apresuró a abrir

(1) Esta pastoral, que fué publicada con mucha profusion en Venezuela en 1813, ha sido reproducida por el jeneral Paez en su *Autobiografia* tomo 2.º, páj. 126.

sus puertas a los jefes españoles, intercediendo con ellos para que no cometiesen allí los desórdenes i exesos que habian ejecutado en otros pueblos. Es justo recordar este hecho en honor de aquel prelado que cambiaba de principios políticos segun las circunstancias, i que segun ellas tambien ponía a Dios de parte de los realistas o de parte de los patriotas.

Este fué tambien el último acto de su vida pública. Aunque despues de las derrotas de los independientes el arzobispo habia vuelto a ser partidario de Fernando VII i de la causa de España, el general Morillo, nombrado por el rei pacificador de Venezuela i de Nueva Granada, no quizo perdonarle esos cambios de opinion ni aún a pretesto de que siendo realista verdadero no habia hecho mas que simular a veces sus convicciones para servir a la causa española. El jefe pacificador dió al arzobispo en 1814 la órden de salir para España, dejando así sin jefe a la iglesia venezolana. Carácas no volvió a tener un prelado hasta despues de consumada la independendencia. Asi se explica que los patriotas de ese país no se vieran envueltos en nuevas dificultades con el poder eclesiástico en el curso subsiguiente de la guerra.

Los mismos sucesos, con circunstancias mas o menos análogas, se repiten en el vireinato de Nueva Granada.

La revolucion encontró tambien allí un enemigo decidido casi en cada obispo; pero como algunas provincias estuvieron sometidas a los realistas hasta el fin de la guerra, la accion de los prelados no tuvo para qué ejercerse con la enerjía que manifestaron en otras partes. Provincias hubo tambien que se encontraban sin obispos al iniciarse la revolucion, como sucedía en Bogotá i en Popayan; i por esta circunstancia las hostilidades eclesiásticas fueron quizá menos tenaces de lo que podia esperarse.

El primer acto de la revolucion de Nueva Granada fué la insurreccion de Quito i la creacion de una junta gubernativa el 10 de agosto de 1809. Los patriotas, queriendo dar prestijio al nuevo gobierno, llamaron a la vice presidencia de la junta al obispo de aquella diócesis, doctor don José de Cuero i Caicedo, prelado de una virtud sólida i de mucho prestijio. Americano de nacimiento, (era natural de Calí, en la provincia de Popayan) tenia un amor verdadero a su patria; pero aunque parecia simpatizar con la causa de la independendencia, no hizo por ella los esfuerzos que empleaban los obispos realistas para servir al mantenimiento de la opre-

sion. Llevado a la junta de gobierno, el obispo se mantuvo tan alejado como le fué posible del movimiento político. «Negóse a asistir a la primera reunion i a cualquiera otra subsiguiente,» dice un testigo respetable de aquellos sucesos (1).

Conviene decir que su situacion era mui difícil, porque al dia siguiente de instalado el nuevo gobierno, el clero de Quito se habia pronunciado en su mayor parte contra aquella innovacion. Circulábanse versos manuscritos en que insultaban desapiadadamente a los patriotas, «anteponiendo a cada estrofa un testo latino sacado de las escrituras o de los santos padres. En los mas se invoca la relijion, como que la creian espuesta a perderse, arbitrio ajitador que se tiene mui de viejo i que será repetido por siempre» (2).

La sublevacion de Quito fué vencida prontamente. Batidas sus tropas por los soldados del virei del Perú, la junta capituló i repuso en el mando al gobernador depuesto bajo la promesa de completo olvido. A pesar de esto, mes i medio despues, el 4 de diciembre de 1809, los caudillos revolucionarios, en número de mas de 60, eran apresados i sometidos a juicio. Un escritor americano, testigo de estos sucesos, refiere que el obispo Cuero «fué envuelto en aquella 'persecucion'» (3); pero este hecho no aparece confirmado por otras autoridades. Léjos de eso, el obispo continuó gozando su antiguo prestijio; i cuando ocurrió la sublevacion popular del 2 de agosto de 1810, con el objeto de libertar a los patriotas que permanecian presos, i las matanzas con que fué reprimida, el prelado salió a la calle a hacer valer el respeto que se le tenia para calmar los ánimos irritados i evitar en lo posible aquellas horrosas escenas. Tres dias despues, el presidente de Quito celebró una junta de los mas altos funcionarios de la ciudad para buscar el remedio de aquellos males. El obispo estaba a su derecha; i desde allí señaló con heroica entereza, que los causantes de tan dolorosos sucesos eran los que habian aconsejado al presidente que violase la palabra empeñada a los revolucionarios de 1809 (4). Esta conducta del obispo Cuero, tan contraria a la de los otros prelados

(1) W. Bennet Stevenson, *Historical narrative of twenty years' residence in South America*, tomo III, páj. 13. Este escritor, a pesar de ser inglés, era en 1809 secretario del presidente español de Quito.

(2) Cevallos, *Resúmen de la historia del Ecuador*, tomo III, cap. I, páj. 40.

(3) D. Agustin de Salazar i Lozano, *Recuerdos de la revolucion de Quito*, páj. 33.

(4) Stevenson, obra citada, tomo III, páj. 31.

de América, la mayor parte de los cuales atizaban con sus predicaciones i sus consejos el furor de los gobernantes españoles, le ha valido los aplausos de la historia. La misma conducta observó mas tarde (octubre de 1810), cuando los revolucionarios de Quito le dieron la presidencia de una nueva junta gubernativa, que acababan de organizar, como veremos mas adelante. Se ha dicho de él que fué el único obispo americano de la época de nuestra revolucion que no se alistase resueltamente en las filas de los opresores. Los jefes realistas, por su parte, no supieron apreciar esta conducta: hubieran querido que el obispo de Quito hiciera lo mismo que entonces ejecutaba el de Cuenca, que como vamos a ver, se mostraba enemigo irreconciliable de la revolucion; i si la edad de aquel prelado i el prestigio de su rango lo salvaron de las persecuciones, su sobrino don José Manuel Caicedo, provisor de la diócesis, i eclesiástico de mucho crédito que lo habia ayudado a tranquilizar al pueblo el dia de la sublevacion, fué desterrado a Filipinas en 1813 (1).

Las matanzas del 2 de agosto de 1810 no pusieron término a la revolucion de Quito. Por el contrario, al saberse allí que en la capital del vireinato se habia formado una junta gubernativa, los quiteños organizaron otra igual (22 de setiembre), i formaron un cuerpo de tropas encargado de someter a su autoridad las provincias mas meridionales del vireinato. En Cuenca apareció entonces uno de esos obispos batalladores que, como algunos de Méjico, se ocupaba mas de organizar ejércitos que de predicar el evangelio. Mientras el gobernador de la provincia, coronel don Melchor Aymerich, daba sus órdenes para que se le reuniesen los destacamentos de milicias, el obispo don Andres Quintian i Aponte, «uno de los enemigos mas fervorosos de la revolucion,» como dice el historiador Cevallos (2), se empeñaba en disciplinarlos. «Con un crucifijo en una mano i una espada en la otra, dice el secretario del presidente de Quito, el obispo Quintian pasaba en revista a los indios i los exhortaba con elocuencia mas que pastoral, a armarse contra

(1) Cevallos, *Resumen de la historia del Ecuador*, tomo III, cap. II, pág. 74. Junto con el provisor fué desterrado otro eclesiástico, doctor don Miguel Antonio Rodríguez, predicador mui elocuente. El principal delito de que se les acusaba era el haber aconsejado la templanza a las autoridades realistas. El destierro de ambos duró hasta 1820, año en que las córtes españolas publicaron una amnistía jeneral.

(2) Obra citada, tomo III, cap. II, pág. 90.

los enemigos de la monarquía» (1). Apesar de este belicoso entusiasmo por una causa que él llamaba la causa de Dios, el obispo de Cuenca no aspiraba en manera alguna a conquistar la corona del martirio. En el momento que supo que los insurjentes mandados por don Carlos Montufar se hallaban a diez leguas de la ciudad, agrega Stevenson, Quintian huyó precipitadamente hácia Guayaquil, i abandonó su rebaño a merced del mismo hombre que la víspera presentaba como un lobo hambriento. «Afortunadamente para la revolucion, dice Restrepo al referir estos sucesos, el obispo murió de enfermedad en Guayaquil el año siguiente. Era acaso, añade, el español mas decidido por la causa de Fernando VII» (2).

En Bogotá, miéntras tanto, la revolucion habia tenido que luchar con las resistencias que a cada paso le suscitaba el poder eclesiástico. Allí no habia por entónces arzobispo. Nombrado para este cargo desde 1804 el clérigo español don Juan Bautista Sacristan, se habia limitado éste a enviar a Bogotá sus bulas, i se habia quedado en España delegando sus atribuciones en el doctor don Juan Bautista Pey, dean de la catedral, i en el doctor don José Domingo Duquesne, que habia desempeñado el cargo de vicario capitular en la sede vacante. Solo en 1810, cuando ya el pueblo neo-granadino habia hecho la revolucion i creado una junta de gobierno, llegó a Cartajena el arzobispo Sacristan. La junta de Bogotá, temiendo con razon que aquel prelado fuese a producir perturbaciones en el interior, le envió un comisionado para pedirle que permaneciese allí por algun tiempo. El arzobispo se mantuvo en Cartajena mas de un año; pero la junta gubernativa habia dispuesto su viaje a la capital i al efecto le habia enviado seis mil pesos para sus gastos, cuando llegó a manos del gobierno de aquella ciudad un oficio de la secretaría de estado de la rejencia española. En ese oficio dirijido al arzobispo de Bogotá, se le decia que la rejencia habia recibido tres notas suyas en que brillaba el espíritu de lealtad que lo animaba i sus deseos de contribuir al restablecimiento del gobierno antiguo en su diócesis; i dándole las gracias por la resolucion en que estaba de no reconocer al gobierno revolucionario, le encargaba que continuase acreditando el justo concepto que se tenia de su relevante mérito. Al tener noticia de esta comunicacion, el jeneral Nariño que dirijía el gobierno en

(1) Stevenson, tomo III, cap. II, páj. 40.

(2) Restrepo, *Hist. de la revol. de Colombia*, parte I, cap. IV, tomo I, p. 112.

Bogotá, reunió la representacion nacional; i despues de una larga discusion se resolvió que no debia permitirse que llegara a Bogotá el prelado que venia de España dispuesto a hostilizar la revolucion. Su espulsion del territorio neogranadino fué decretada por el congreso. En cumplimiento de ella, el gobierno de Cartajena le hizo salir para Cuba, donde no podia dañar, a lo ménos directamente, a la revolucion americana (1). Como veremos mas adelante, el obispo Sacristan alcanzó a volver a Nueva Granada para prestar su apoyo a la cruel represion que se siguió a la reconquista de 1816.

Pero si la revolución se habia desembarazado por entónces de un enemigo formidable, i si en esa misma época i por causa idéntica abandonaba su diócesis el obispo de Cartajena i se marchaba al extranjero, permanecian dentro del pais muchos eclesiásticos que no cesaban de poner obstáculos al gobierno nacional. Los doctores Pey i Duquesne, que administraban la arquidiócesis, eran a este respecto los directores de la reaccion; i bajo su amparo la gran mayoría del clero no cesaba de hostilizar a la causa de la independencia.

Desde los primeros dias de la revolucion, las cuestiones relijiosas habian versado en Nueva Granada sobre tres principios capitales, el patronato, los diezmos i las bulas. El gobierno revolucionario sostenia que el derecho de patronato que en América habian ejercido los reyes de España, correspondia a la autoridad en cuyas manos estaba depositada la soberanía nacional; pero el clero no queria reconocer esta prerogativa porque, segun él, el patronato era un privilejio concedido por el papa al rei en persona, i que por tanto caducaba desde que el pueblo neogranadino no estaba sometido al monarca español. A este respecto, el clero de ese pais queria independizarse absolutamente del poder civil para no reconocer otra soberanía que la del papa. Por razones idénticas, el clero sostenía que los diezmos, como contribucion de orijen divino, correspondian a la iglesia i a ella se le debian pagar íntegramente; porque si bien el papa los habia concedido bajo ciertas condiciones a los reyes, i si éstos eran los que los distribuian para el sustento del culto, una vez segregado el pais de la autoridad real, la contribu-

(1) Estos hechos han sido referidos por Restrepo en la obra citada; pero se hallan consignados con mayor acopio de pormenores en un librito mui noticioso e instructivo, que se titula *Almanaque de Bogotá* para 1867 por J. M. Vergara V. i J. B. Gaitan. Es un verdadero compendio histórico. Véase la páj. 357.

cion debia quedar por completo en manos de la autoridad eclesiástica, sin injerencia alguna del poder civil. El tercer objeto de dificultades era la venta de bulas, privilejio concedido por el papa a los reyes españoles; i que las autoridades nacionales no querian usar hasta no celebrar un acuerdo con la sede pontificia. «Prevalidos los enemigos de la independenciam de la falta de bulas, dice el historiador Restrepo, i especialmente muchos eclesiásticos fanáticos, seculares i regulares, figuraban a los ciudadanos mil peligros en sus conciencias, ponian dificultades para absolverlos en la confesion i no permitian que comieran carnes en los dias que la iglesia romana habia señalado como de abstinencia; en una palabra, querian persuadir que con la declaratoria de la independenciam absoluta ya no existian los privilejios de las bulas; que faltando éstas, las puertas del cielo se habian cerrado para los granadinos» (1).

Deseando allanar esta dificultades, el congreso neogranadino, compuesto casi en su totalidad de católicos fervientes, concibió el proyecto de establecer comunicaciones con el papa. En abril de 1813 espidió un decreto por medio del cual invitaba a los gobernadores del arzobispado de Bogotá para que convocasen una reunion del clero en que se fijaran las bases bajo las cuales habian de dirigirse las preces a Roma, i las personas que en este caso deberian tomar la representacion nacional. Esta medida que consultaba los intereses de la iglesia neogranadina, no contentó al clero. Los gobernadores de la arquidiócesis se negaron a contestar la nota del congreso i fué necesario que éste los requiriese ásperamente para que al cabo de seis meses espusieran los peligros que habria en suscitar novedades de este jénero, que ni los gobernadores del arzobispado ni el cabildo eclesiástico tenian facultad para convocar aquella asamblea, i que la reunion de ella seria mui perjudicial por cuanto se obligaria a los sacerdotes i particularmente a los curas, a desatender sus obligaciones. El congreso insistió sin embargo en su primer acuerdo; pero los canónigos Pey i Duquesne, apoyados por la mayoría del cabildo eclesiástico, frustraron este proyecto. Así pues, al mismo tiempo que la mayoría del clero clamaba contra la independenciam, acusándola de querer destruir la relijion, por una manifiesta contradiccion de principios, oponia todo linaje de dificultades a que se diese fijeza i consistencia a la iglesia bajo las bases de un arreglo con la se-

(2) Restrepo, parte I, cap. VII, tomo 1.º, páj. 270.

de pontificia. En realidad, como lo observa el historiador Restrepo despues de referir estos sucesos, lo único que querian esos sacerdotes era «sostener el despotismo i la dominacion de la madre patria, sosteniendo que Dios nos habia sujetado a los reyes de España, i que era un crimen irremisible no obedecer a estos príncipes, segun el precepto de la sagrada escritura.»

A la sombra de esta situacion, el clero no habia cesado un momento de suscitar embarazos a la revolucion. En algunas provincias, como sucedia en Panamá i en las mas meridionales del vireinato, Cuenca, Loja i Guayaquil, habian contribuido poderosamente a que se mantuviese la dependencia al réjimen español. En otras, como Santa Marta, habian ayudado a derrocar las autoridades revolucionarias i a restablecer las antiguas autoridades. Por fin, en aquellos lugares donde la revolucion se habia asentado mas sólidamente, el clero trataba de minarla i de combatirla, como lo hacian en Bogotá i como lo ejecutaron en Cartajena. Dos curas, don Jorje i don Pedro Antonio Vazquez, encabezaron allí una contrarevolucion a mediados de 1813; i su ejemplo fué seguido por otros sacerdotes (1).

No es este el lugar de referir todos los incidentes de aquella lucha. La revolucion neogranadina combatida dentro de su propio suelo por enemigos obstinados i principalmente por el clero, sucumbió al fin en los primeros meses de 1816 ante el poderoso ejército del jeneral Morillo. La reaccion triunfante se señaló en todas partes por las atrocidades mas injustificables. El jefe vencedor hizo fusilar 125 hombres mas o ménos notables, haciendo alarde de estas ejecuciones por haber «espurgado el vireinato de doctores i letrados, que, segun decia, siempre son los promotores de rebeliones.» Morillo habia dado a la lucha el carácter de guerra religiosa. Los españoles publicaban en sus papeles i decian por todas partes que su ejército venia a restaurar la relijion destruyendo los principios heréticos de la independendencia. Para probarlo, restablecieron el tremendo tribunal de la inquisicion, i mandaron quemar todos los libros que se hallaron, esceptuando solo los que estaban escrito en español i en latin. En esta obra de destructora ignorancia i de bárbara crueldad, Morillo no encontró en el clero por regla jeneral mas que aplaudidores; pero en su saña implacable,

(1) Véase sobre esto a Restrepo, parte I, cap. V, tomo 1.º, páj. 173 i siguientes.

no quiso dejar sin castigo ni aun a los eclesiásticos que simpatizando con la causa del rei no habian hecho armas directa i enérgicamente contra la independendencia. Los gobernadores de la arquidiócesis de Bogotá, como muchos otros sacerdotes conocidamente adictos al rei, fueron confinados en número de 95 a la provincia de Venezuela. El arzobispo Sacristan, que habia llegado de Cuba despues de la reconquista española, se recibió del gobierno eclesiástico el 4 de diciembre de 1816, i pudo presenciar muchos de estos actos de cruel represion. Un ataque de apoplejia lo arrebató de este mundo dos meses despues; i la arquidiócesis volvió a quedar en sede vacante.

El triunfo de los realistas no fué sin embargo definitivo. En 1819, Bolívar invade la Nueva Granada, i despues de la batalla de Boyacá afianza la independendencia de todo el vireinato. El gobierno nacional se manifestó dispuesto a obrar con toda resolucion para reprimir las hostilidades del clero. Habiendo llegado a Bogotá las bulas de un nuevo arzobispo, don Isidro Dominguez, que enviaba el rei de España, el jeneral Santander, que mandaba en la Nueva Granada, declaró solemnemente que aquel prelado no seria admitido, i dirijió al mismo tiempo una protesta al papa para justificar su conducta.

Esta medida era indispensable para afianzar la independendencia. Poco tiempo antes, el rei de España habia provisto la sede de Popayan, vacante desde ántes de 1810, nombrando obispo de ella a don Salvador Jimenez de Padilla, eclesiástico de buen nombre, pero enemigo irreconciliable de la independendencia. Desde aquella ciudad, tanto él como su provisor don José María Grueso, americano, natural de Popayan, habian fomentado la obstinada guerra que los realistas hacian en la provincia de Pasto. El obispo no solo acudió con fuertes sumas de dinero para el sostenimiento de las tropas realistas, sino que escomulgó repetidas veces a los patriotas i a todos los que les prestaron ayuda i auxilio de recursos i de víveres (1). Redoblando sus anatemas, decia en 1821: «Son herejes i cismáticos detestables los que pretenden la independendencia. Así, pues, los que defienden la causa del rei combaten por la relijion; i si murieren, vuelan en derecha al cielo.» Con estos i otros sermones semejantes emanados de la boca de un obispo i de

(1) Restrepo, *Historia de la revolucion de Colombia*, parte III, cap. I, tomo 3.º páj. 42.

un clero fanático, dice Restrepo, los ignorantes pastusos corrieron, como siempre, a las armas para degollar insurjentes, o con la muerte conseguir el martirio peleando por su amo el rei» (1). Un clérigo de aquella diócesis, don Francisco Benavides, cura de Huachi, adquirió una gran celebridad como guerrero peleando contra los independientes (2).

La actitud belicosa de ese prelado en aquella provincia se mantuvo mientras los realistas tuvieron recursos para sostener la guerra. Batidos éstos en mayo de 1822 por Bolívar, i derrotado en ese mismo mes el presidente de Quito por el jeneral Sucre, los jefes españoles tuvieron que capitular en uno i otro punto. El obispo Jimenez, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para prolongar la lucha, comenzó a predicar la paz a los mismos hombres a quienes habia impulsado a una guerra desastrosa, i sobretudo a los clérigos i curas, que sin desalentarse por las derrotas querian oponer una resistencia desesperada a las instituciones republicanas. A pesar de esto, Jimenez no podia resignarse a reconocer el gobierno independiente; i por eso se apresuró a pedir a Bolívar un pasaporte para regresar a España, «en donde solo apetezco, decia, vivir retirado en un rincon de un cláustro para concluir mis dias con tranquilidad i reposo.» El libertador de Colombia se negó a darle ese permiso; i en una carta, escrita con verdadera elocuencia, le exigió que quedase a la cabeza de su diócesis. «El mundo es uno, decia Bolívar; la relijion es otra. El heroismo profano no es el heroismo de la virtud i de la relijion..... Por tanto yo me atrevo a pensar que V. S. I., léjos de llenar el curso de su carrera relijiosa en los términos de su deber, se aparta notablemente de ellos abandonando la iglesia que el cielo le ha confiado por causas políticas, i de ningun modo conexas con la viña del señor» (3). Estas palabras indujeron al obispo a cambiar de determinación: reconoció a las nuevas instituciones i se quedó gobernando su diócesis sin oponer mas resistencias a la república.

El obispo de Quito don Leonardo Santander, que habia venido de España a reemplazar al virtuoso obispo Cuero, no siguió este ejemplo. Enemigo irreconciliable de la república i de la independencia, Santander habia visto hundirse el poder español en la bata-

(1) Restrepo, *Historia de la revolucion de Colombia*, cap. II, páj. 97.

(2) Cevallos, obra citada, tomo 3.º cap. V, páj. 245 i siguientes.

(4) Larrazábal, *Vida de Bolívar*, cap. XLIV, tomo 2.º, páj. 138 i 139.

lla de Pichincha; i negándose resueltamente a reconocer las nuevas instituciones, se acojió al convenio por medio del cual los realistas de esa provincia tuvieron permiso para volver a España. Muchos eclesiásticos lo imitaron en su obstinacion: pidieron sus pasaportes al gobierno republicano i salieron para siempre de Colombia (1).

A consecuencia de estos sucesos, i habiéndose ausentado del mismo modo otros obispos, la iglesia de Colombia se halló a principios de 1823 en un estado de casi absoluta acefalía. De los once obispados que comprendia su vasto territorio, solo dos, el de Popayan i el de Mérida de Maracaibo, no se hallaban en sede vacante. El gobierno de la república, católico verdadero, i deseando mantener esta relijion como la del estado, determinó enviar una mision a Roma para obtener del papa el nombramiento de los obispos i arzobispos que debian llenar las nueve diócesis vacantes.

El enviado colombiano, don Ignacio Tejada, llegó a Roma en momentos mui desfavorables para el desempeño de su mision. Los principios liberales, triunfantes un momento en Europa en 1821, habian sido vencidos completamente dos años despues. Fernando VII acababa de ser restaurado en el trono español como monarca absoluto con el auxilio de un ejército francés. En el orgullo insensato de su triunfo, el rei de España no pensaba mas que en ahogar todo jérmen de libertad en la península i en reconquistar con los socorros de la Francia o de la Rusia sus perdidas posesiones de América. El papa Leon XII aplaudia desde la sede pontificia el triunfo de la reaccion i apoyaba las pretensiones del monarca español. El ministro colombiano se vió desairado; no solo no se le reconoció su carácter diplomático, sino que se le hizo salir de los estados de la Iglesia a requisicion de los agentes de Fernando VII. Hizo mas todavia el papa para complacer a este rei: fué entónces cuando Leon XII lanzó su memorable encíclica de 24 de setiembre de 1824 en que condenando la revolucion hispano-americana, aconsejaba a los obispos i a los sacerdotes del nuevo mundo que se mantuvieran fieles al monarca español.

(1) Ceballos, obra citada, tomo 4.º, cap. I, pág. 10.—Esta misma conducta observaron otros obispos españoles en América cuando vieron irremisiblemente perdida la causa del rei. Nos bastará citar a don frai Ramon Casaus i Torres, arzobispo de Guatemala, que abandonó su diócesis cuando vió triunfante la causa de la república, i fué a asilarse a Cuba, donde obtuvo mas tarde el obispado de la Habana.

Tejada entretanto se habia retirado a Bolonia. Desde allí dirigió al gobierno pontificio una enérgica representacion en que hacia ver los males sin cuento que aquella conducta habia de producir a la religion católica en los pueblos americanos. En efecto, no era difícil descubrir que la obstinacion del papa para no tratar con los independientes de América mientras no se sometiesen de nuevo a la dominacion española, debia ser la causa de un cisma o de algo mui semejante, desde que no era posible esperar que los nuevos estados renunciasen a su autonomía i a su libertad por obedecer a los planes políticos de la corte romana. Estas representaciones, sin embargo, no habrian valido nada si la guerra se hubiera prolongado mas largo tiempo en América; pero a principios de 1824 se publicó en Europa la noticia de la victoria de Ayacucho, despues de la cual la independendencia americana quedaba perfectamente afianzada. Los estados extranjeros comenzaban a reconocerla como un hecho consumado e irresistible. El papa no pudo vacilar mas largo tiempo; i desoyendo las representaciones de Fernando VII, que persistia siempre en sus proyectos de reconquista, llamó de nuevo a Roma al ministro Tejada, i confirmó al fin a los obispos i arzobispos que proponia el gobierno colombiano (1). Solo entónces cesaron para siempre las hostilidades que algunos clérigos ejercian aun contra la independendencia.

En las provincias que formaban el vireinato de Buenos Aires o de la Plata, la guerra entre el clero i los partidarios de la independendencia nacional fué ménos encarnizada. El gobierno patrio marchó allí con mucha mas resolucion contra este jénero de obstáculos, pudo arrollarlos enérgicamente, i se salvó de los embarazos que en las otras colonias embarazaron la marcha de la revolucion. Vamos por esto mismo a referir mui de lijera estos sucesos.

Al iniciarse la revolucion de la independendencia era obispo de Buenos Aires don Benito de Lue i Riega, español apasionado i vehemente, que desde los primeros dias de aquel movimiento, se mostró enemigo tenaz de todo cambio de gobierno. Desconfiando del virei don Santiago Liniers, cuya nacionalidad francesa hacia temer a los españoles que no defendiese cumplidamente la causa de la

(1) Véase sobre este punto a Restrepo, *Historia de la revolucion de Colombia*, parte III, cap. IX, tomo 3.º, páj. 469 i cap. XIII, tomo 4.º, páj. 44; como igualmente el almanaque de Bogotá, ya citado, páj. 259.

metrópoli, el obispo Lue fraguó una conspiracion que debia estallar el 1.º de enero de 1809. Ese dia, en efecto, miéntras el cabildo hacia la eleccion de sus nuevos miembros, las campanas tocaron a rebato i la jenerala resonó por las calles. El obispo, despues de presentarse en la sala del cabildo a confortar a sus amigos, pasó al palacio de Liniers a pedirle su renuncia. Por un momento, la revolucion pareció triunfar; pero al fin las milicias nacionales i el pueblo entero se pronunciaron contra las pretensiones de los españoles, i el movimiento fué sofocado felizmente (1).

El mismo empeño puso el obispo para impedir la formacion de una junta gubernativa en mayo de 1810. Enemigo declarado del proyecto de crear una autoridad nacional, Lue no dejó resorte por tocar para que quedase en su puesto el virei Cisneros, que habia venido de España a reemplazar a Liniers; pero en esta ocasion fué tan desgraciado como lo habia sido en 1809. El pueblo, representado i dirigido por hombres de una gran resolucion, impuso su voluntad apesar de las resistencias i protestas del obispo (2). La entera i enerjía desplegadas por los patriotas anularon por completo la autoridad de un prelado que ponía la relijion al servicio de una causa enteramente mundana, i que triunfando habria importado solo el mantenimiento del réjimen colonial en aquellas provincias.

Despues de este triunfo de la causa liberal, no volvieron a hacerse sentir directamente en Buenos-Aires las influencias del clero para combatir la revolucion. Pero en las provincias no sucedió otro tanto. En Córdoba, donde se hallaba retirado el ex-virei Liniers, éste, el intendente de la provincia don Juan de la Concha, el obispo, doctor don Rodrigo Antonio de Orellana, i otros empleados españoles, no solo desconocieron las nuevas autoridades, sino que se prepararon para combatirlas. Se sabe cuál fué el resultado de aquella empresa. Fujitivos ante las fuerzas mas considerables que contra ellos despachaba el gobierno de Buenos Aires, esos funcionarios no tardaron en caer prisioneros, i fueron pasados por las armas el 26 de agosto de 1810, por disposicion de la junta gubernativa i por órden inmediata de uno

(1) Véanse sobre estos sucesos la estensa introduccion de la *Coleccion de arengas* del doctor Moreno, páj. 110 i siguientes, i la *Historia de Belgrano* por don Bartolomé Mitre, cap. VII, tomo 1.º, páj. 170 i siguientes.

(2) Aunque estos sucesos han sido referidos por muchos autores, la narracion que de ellos hace Mitre en los cap. VIII i IX del primer tomo de su exelente *Hist. de Belgrano* es la mejor i la mas completa que existe.

de los miembros de ella, el doctor don Juan José Castelli. El obispo Orellana i su capellan don Pedro Jimenez fueron sinembargo salvados del patíbulo; pero se les confinó a un lugar lejano (1).

La junta de Buenos Aires quiso justificar su conducta por esos fusilamientos; i con ese fin lanzó el 9 de setiembre de 1810 una estensa e importante esposicion de sus principios i de sus propósitos. Aludiendo allí al indulto pronunciado en favor del obispo de Córdoba, decia lo que sigue: «Prelados eclesiásticos, haced vuestro ministerio de pacificacion i no os mezcléis en las turbulencias i sediciones de los malvados; todo el respeto del santuario ha sido preciso para sustraer al de Córdoba del rigor del suplicio de que su execrable crimen le hizo acreedor; pero nuestras religiosas consideraciones no darán un segundo ejemplo de piedad si algun otro abusase de su ministerio con insolencia. El castigo será entre nosotros un consiguiente necesario del delito, i el carácter sagrado del delincuente no hará mas que aumentar lo espectable del escarmiento» (2). Estas enérgicas palabras pusieron término a las hostilidades del clero en aquellas provincias. Los sacerdotes que por entónces hablaban de sus deseos de recibir la corona del martirio en defensa de su relijion i de su rei, sintieron que su entusiasmo se apagaba desde aquel día.

Las tropas que acababan de desarmar a los reaccionarios de Córdoba siguieron su marcha a las provincias del Alto-Perú para hacer reconocer al nuevo gobierno. Allí, despues de derrotar las fuerzas que los mandatarios españoles pretendieron oponerles, Castelli hizo fusilar en Potosí a los jefes enemigos mas importantes, entre ellos al gobernador de esa ciudad i al presidente de la provincia. Ese vehemente caudillo estaba resuelto a no detenerse ante ninguna consideracion para aterrorizar a los enemigos de la junta revolucionaria. Los realistas temblaron ante aquellas ejecuciones, i se abstuvieron de dejar percibir sus opiniones miéntras llegaban del Perú las tropas que habian de espulsar de allí a los independientes.

(1) Estos sucesos han sido prolijamente referidos por don Ignacio Nuñez en sus *Noticias históricas de la República Argentina*, cap. XIII, obra importante por el caudal de noticias que contiene. Don Mariano Torrente ha publicado una relacion de los mismos hechos escrita por el clérigo Jimenez, en la *Historia de la revolucion hispano-americana*, tomo 1.º, páj. 69 i siguientes.

(2) Este manifiesto fué publicado en la *Gaceta de Buenos Aires* del 11 de octubre de 1810, i reimpresso en el *Español* de Lóndres núm. X de 30 de enero de 1811.

El alto clero de Chárca no se limitó a esto solo. El arzobispo de esta ciudad, don Benito María Moxó, era un catalan de talento i de una vasta instruccion (1), pero realista exaltado que en los disturbios de 1809 habia dejado ver su odio por toda innovacion. Su ardoroso entusiasmo, mui pronto para manifestarse en las mas enérgicas pastorales cuando no habia ningun peligro que correr, se resfrió considerablemente al acercarse el terrible ejército de Castelli, i acabó por inducirlo a aplaudir fervorosamente la conducta de este tribuno. En efecto, cuando Castelli penetró en Chárca, ensangrentado aun con las recientes ejecuciones de los jefes españoles en Córdoba i en Potosí, el arzobispo Moxó se apresuró a hacerle la mas ostentosa recepcion. En su iglesia se celebró una solemne misa de gracias el 6 de enero de 1811, por los triunfos alcanzados por las armas revolucionarias; i allí, en presencia de Castelli, predicó el arzobispo un sermon que respira la mas baja i servil adulacion. «Los motivos que tenemos hoy para dar a Dios las mas humildes i sinceras gracias, decia en él, son ciertamente mui grandes i extraordinarios. Puede la imajinacion representarlos; puede el corazon sentirlos; pero no puedo la débil elocuencia humana espresarlos como ellos se merecen. La marcha rápida de ese valiente ejército auxiliador que desde las orillas del majestuoso rio de la Plata ha penetrado con tanta felicidad hasta estas elevadas montañas; los repetidos triunfos que ha conseguido bajo los auspicios de V. E.; los laureles que ha cojido en el campo de Marte sin derramar la sangre de sus conciudadanos; la jenerosa humanidad con que V. E. un instante despues de la memorable victoria de Suipacha ha mandado a sus intrépidas tropas que presentasen el olivo como símbolo de paz i de confianza..... todos estos beneficios estrechan hoy nuestra alma, gravitando sobre nuestro corazon como un peso inmenso» (2). El

(1) El arzobispo Moxó habia residido algunos años en la Nueva España, donde recojió una gran cantidad de objetos de antigüedades americanas. En el Alto Perú siguió coleccionando objetos de esta clase, i escribió dos obras, una sobre el antiguo Méjico i otra sobre el Perú. Habiendo muerto en 1816 sin publicar ninguna de ellas, su sobrino don Luis, baron de Juras Reales, plajió escandalosamente la primera en un libro que dió a luz en Barcelona en 1828, en dos volúmenes en 4.º con el título de *Entretenimientos de un prisionero*. Los amigos del arzobispo se decidieron entónces a imprimir su manuscrito en Jénova con el título de *Cartas mejicanas*. Su obra sobre el Perú no ha sido publicada nunca.

(2) El sermon del arzobispo Moxó fué publicado en la *Gaceta de Buenos Aires* de 14 de febrero de 1811, i reimpresso en el *Español* de Lóndres núm. XVI. de

atriota mas ardiente no habria celebrado con mas entusiasmo los triunfos de la revolucion.

Sin embargo, el patriotismo del arzobispo de Chárcas no duró sino el tiempo que esta provincia estuvo ocupada por las tropas revolucionarias de Buenos-Aires. Batidas éstas por Goyeneche en junio de 1811, se vieron obligadas a replegarse al sur; i el antiguo réjimen volvió a restablecerse en aquellas provincias. Desde entónces, i en todo el resto de la guerra, Moxó fué lo que habia sido ántes, un realista resuelto i decidido, que apoyaba por todos medios la causa de la metrópoli. En 1813, tuvo ocasion de desplegar su interes por esa causa. El ejército realista, que habia invadido las provincias argentinas hasta Tucuman, fué derrotado dos veces por las fuerzas patriotas que mandaba el jeneral Belgrano. En la última de esas jornadas, en la de Salta, los vencidos debieron su salvacion a la jenerosidad del jefe patriota que los dejó en libertad de volver a sus hogares bajo el juramento de no tomar mas las armas contra la república. ¡Pues bien! el arzobispo de Chárcas don Benito María Moxó i el obispo La Santa de la ciudad de la Paz, predicaron a sus diocesanos que eran nulos los juramentos prestados a los insurjentes, i que por tanto los juramentados de Salta estaban absueltos por Dios de todo compromiso, i podian incorporarse de nuevo al ejército del rei (1). Aunque estas predicciones no surtieron todo el efecto deseado, alcanzó a formarse un batallon de los soldados que esta vez faltaron a su juramento. La doctrina de esos prelados fué tan bien recibida por los jefes españoles, que el diario del jeneral Pezuela, que conservo inédito en mi poder, mira con desprecio a los soldados i oficiales que fueron fieles a la palabra empeñada.

Despues de estos sucesos, la guerra se continuó doce años mas en aquellas provincias. Los obispos siguieron sirviendo a la causa del rei; pero al mismo tiempo, muchos eclesiásticos, i particularmente los curas que ocupaban una posicion humildísima respecto de la de los opulentos prelados, fueron partidarios decididos de la revolucion. Allí, como en Méjico, defendian el antiguo réjimen todos los sacerdotes que mediante aquel sistema gozaban de rentas inmensas i tenian un rango brillante en la colonia.

80 de julio del mismo año. Es una pieza notable por su forma literaria, que revela un verdadero escritor.

(1) Mitre, *Historia de Belgrano*, cap. XX, tomo 2.º, páj. 152 i 153.

La revolucion de la independenciam del Perú, presenta caractéres diferentes a la de los otros pueblos americanos. Se sabe que en este vireinato los gobernantes españoles mantuvieron casi sin resistencia la sumision al rei hasta el año de 1820, en que el jeneral San Martin desembarcó en sus costas a la cabeza del ejército independiente que habia llevado de Chile.

Solo la insurreccion iniciada en el Cuzco el 2 de agosto de 1814 habia interrumpido aquel período de paz i tranquilidad interior. Era entónces obispo de esa diócesis don José Perez i Armendárez, viejo de mas de noventa años, que sea por el debilitamiento de intelijencia i de voluntad consiguiente a tan avanzada edad, o sea por el miedo que debieron infundirle los actos de rigor con que se ensangrentó la revolucion, no hizo nada por combatirla o condenarla, i aún pareció prestarle su apoyo (1). En cambio, el arzobispo de Lima don Bartolomé María de las Heras, que habia sido obispo del Cuzco hasta 1806, viviendo lejos del foco de la rebelion, i por tanto distante de todo peligro, dirijió desde la capital del vireinato, i con fecha de 26 de agosto de 1814, una pastoral a sus antiguos feligreses para pedirles que depusieran las armas i se sometiesen a la autoridad real. Ese documento escrito en nombre de la relijion, i con los ojos anegados en llanto por los sucesos del Cuzco, segun dice su autor, condena la revolucion como obra del demonio. «Los espantosos ahullidos del lobo infernal, son sus propias palabras, parece han resonado ya en el seno tranquilo de ese apasible rebaño» (2). Los jefes revolucionarios contestaron al arzobispo dándole las gracias por sus buenos sentimientos, pero se negaron a obedecerle i prefirieron ser vencidos i castigados duramente.

La tranquilidad interior de que siguieron disfrutando los realistas del Perú, fué causa de que los obispos no tuvieran ocasion de hacer alarde de sus sentimientos realistas para combatir la idea de la independenciam. Pero desde que se anunció el próximo arribo de la espedicion libertadora que mandaba San Martin, los prelados de

(1) Véase la *Memoria de la insurreccion del Cuzco*, escrita por el rejente de la audiencia de esta ciudad don Manuel Pardo, i publicada por don Benjamin Vicuña Mackenna en *La revolucion de la independenciam del Perú*, páj. 194 i siguientes. El pasaje referente al obispo se halla en la páj. 208.

(2) Esta pastoral del arzobispo de Lima, impresa varias veces, ha sido publicada en 1873, en la páj. 258 i siguientes del tomo III de los *Documentos históricos del Perú* que da a luz el coronel don Manuel Odriozola.

la iglesia peruana no dejaron resorte por tocar para mantener el gobierno del rei. Don frai José Calisto de Orihuela, que acababa ser designado obispo del Cuzco, anunció a sus diocesanos este acontecimiento por una pastoral publicada en Lima en 1820 en que, probando que el catolicismo es contrario al movimiento liberal de nuestro siglo, i a la revolucion de América, trascribia íntegra la famosa encíclica del papa Pio VII (de 30 de enero de 1816) por la cual condenaba la independendencia de los pueblos hispano-americanos (1). En la provincia de Trujillo, el obispo don J. Carrion Marfil, sacerdote de setenta i cuatro años, defendió con la enerjía de un jóven las antiguas instituciones, se opuso resueltamente a la creacion de una junta patriótica de gobierno en diciembre del mismo año, (1820), i ofreció los caudales de su tesoro particular para crear tropas con que combatir a los insurjentes. Burlado en sus proyectos, fué remitido como prisionero al jeneral San Martin. Este célebre caudillo no solo trató benignamente al obispo Marfil, sino que lo dejó en libertad para que se fuese a Lima a seguir predicando la cruzada contra la independendencia (2).

Los otros obispos observaban por entónces una conducta análoga. Combatian con celo rabioso contra la independendencia del Perú, empeñando en el servicio de su causa todo el prestigio de su carácter episcopal i todas las armas de la relijion. San Martin habia abierto la campaña libertadora enviando a la sierra una division que bajo las órdenes del jeneral Arenales, llevaba el encargo de sublevar las provincias del interior. En el pueblo de Huancayo se habian reunido tres de esos encarnizados enemigos de la revolucion i discutan los medios de combatirla. Eran estos Orihuela, el obispo del Cuzco, don Pedro Gutierrez Cos, obispo de Huamanga, i don Diego Antonio Martin de Villodres, obispo de la Concepcion de Chile, i arzobispo electo de Chárcas. Este último personaje, despues de haber combatido cuanto le fué dable la revolucion de Chile hasta 1813, habia fugado de este pais temiendo verse perseguido por los patriotas vencedores (3), les habia lanzado desde Pasco una so-

(1) *Carta pastoral que sobre las obligaciones del cristianismo i la oposicion de éste al espíritu revolucionario de estos últimos tiempos dirige a los fieles de la santa iglesia del Cuzco el Illmo. i Rmo. señor don José Calisto de Orihuela*, opúsculo publicado en Lima en 1820.

(2) Paz Soldan, *Historia del Perú independiente*, cap. VII, tomo 1.º páj 121.

(3) Es curioso ver como el obispo Villodres explica esta fuga en su memorable pastoral de 15 de enero de 1814. Segun sus palabras, abandonó su diócesis no tanto por miedo sino a "ejemplo de Jesus, que no solo huyó a Ejipto cuando

lemne escomunion, i se habia establecido allí para reponerse de sus trabajos i de sus sustos. En 1816, a consecuencia de la muerte del arzobispo Moxó, de Chárca, el rei habia premiado al obispo Villodres elevándolo a esta arquidiócesis que producía 80 mil pesos de renta anual; pero el estado de guerra en que se hallaba el Alto Perú fué causa de que Villodres no pudiera llegar a su destino; i se quedó desempeñando el curato de Pasco para proporcionarse alguna renta.

De las conferencias que celebraron estos tres prelados para resistir a la revolucion, no resultó al fin ningun plan determinado (1). El arzobispo Villodres se internó a la sierra para ir a reunirse con los padres de Ocopa, que misionaban al otro lado de los Andes, i allí murió poco despues. El obispo de Huamanga se marchó a Lima, donde dominaba todavía el vírei; i el del Cuzco, tan ardoroso enemigo de los independientes, se quedó en Huancayo, donde se presentó a Arenales para pedirle algun dinero con que seguir su viaje a la cabecera de su diócesis. El jeneral patriota fué bastante jeneroso para socorrer a aquel realista apasionado e intransijente.

Si el obispo de Arequipa, doctor don José Sebastian de Goyeneche, aunque adicto de corazon a la causa del rei, no se atrevia por timidez a espresar sus sentimientos en pastorales i escomuniones, hubo en cambio otro prelado que hizo alarde de su ira en esos mismos dias. Fué éste don frai Hipólito Sanchez Ranjel, primer obispo de Mainas, español de espíritu violento i destemplado. Habiéndose proclamado la independencía en Chachapoyas, huyó de allí i luego lanzó a sus diocesanos una pastoral que respira solo rabia i desesperacion, para pedirles que se armen contra los patriotas. «Salid, hijos, les decia, contra esas gavillas de bandidos i bribones: presentad vuestros pechos al acero ántes de condescender a un juramento (el de la independencía), que os hace perjuros para Dios i traidores a vuestro rei, a vuestra patria i a vuestra nacion..... Os quieren obligar a ofrecer incienso a Baal, despreciando al Dios de Israel ¡Ingratos! ¡Inhumanos!... El nombre solo de independencía es el nombre mas escandaloso. Huid de él, hijos, como del infierno... Por lo que a Nos toca, cualquiera de nuestros súbditos que

lo buscaba Herodes, sino muchas veces de un lugar a otro para evitar las asechanzas de su propia jente, *quandiu nondum venerat hora ejus.*" Véase la páj. 59.

(1) Paz Soldan, obra citada, cap. XI, tomo 1.º páj. 187.—Carta de Arenales al jeneral San Martín escrita en Canta el 27 de diciembre de 1820.

voluntariamente jurase la escandalosa independencia lo declaramos escomulgado vitando i mandamos que sea puesto en tablillas: si fuere eclesiástico lo declaramos suspenso; i si lo hiciere alguna ciudad o pueblo de nuestra diócesis, le ponemos entredicho local i personal; i mandamos consumir las especies sacramentales i cerrar la iglesia hasta que se retractare. Si algunos de nuestros hijos obedeciere a otro obispo o vicario u oyere misa de sacerdote insurgente o recibiere de él los sacramentos, lo declaramos tambien escomulgado vitando por cismático i cooperador del cisma político i relijioso, que es toda la obra de los insurgentes» (1).

Al contrario de estos fanáticos realistas, el anciano arzobispo de Lima se mostró en cierto modo conciliador con los independientes. Cuando a consecuencia de las operaciones militares de San Martín, los españoles tuvieron que abandonar la capital del Perú en julio de 1821, el arzobispo Las Heras se quedó allí como si nada tuviera que temer de los patriotas. San Martín, en efecto, lo felicitó por esta conducta (2), i a su entrada a Lima lo invitó a una reunion solemne que debia celebrar el cabildo con asistencia de los prelados de las órdenes relijiosas i de muchos vecinos importantes, para resolver de la suerte del Perú. En esos momentos, i a consecuencia de las noticias que se tenian de la revolucion de España, muchos realistas creian que no solo era inevitable sino conveniente la declaracion de la independencia peruana. El arzobispo era de este número; i si en aquella memorable sesion se opuso tenazmente a que se adoptase esa medida, una vez promulgada, le prestó el juramento solemne, i siguió viviendo en Lima en las mejores relaciones con el jeneral patriota.

Esta cordialidad no duró sin embargo mas que un mes. Repuestos los españoles de sus repetidos quebrantos, se preparaban para tomar de nuevo la ofensiva. Muchos eclesiásticos aprovecharon aquella ocasion para renovar sus prédicas contra la independencia, i exaltar el fanatismo de las masas. Las casas de ejercicios espirituales de Lima fueron el teatro elegido por esos fanáticos para continuar su guerra a las nuevas instituciones. San Martín era demasiado enérgico para dejarse burlar por esta clase de enemigos; i

(1) Esta curiosa pastoral, que no podemos publicar íntegra en este artículo, puede verse en la páj. 188 i 189 de la obra i volúmenes citados de Paz Soldán.

(2) La nota de San Martín, así como la contestacion del arzobispo, han sido reimpresas por Odriozola en el tomo IV de la coleccion citada. Véanse las pájinas 284 i siguientes.

mandó que su ministro de la guerra don Bernardo Monteagudo exijiera del arzobispo que mandase cerrar esos establecimientos hasta que se les pusiera bajo la direccion de eclesiásticos patriotas que no hiciesen de la predicacion relijiosa una arma de partido. El arzobispo contestó el mismo dia (22 de agosto), pero evasivamente i sin querer dictar la órden que se le pedia. El jeneral San Martin, resuelto a hacerse obedecer, mandó que su ministro de estado don Juan Garcia del Rio, replicase al arzobispo con toda firmeza. «S. E. advierte con dolor, decia la nota de éste, que V. E. I. se resiste a dar cumplimiento a su órden, i me manda comunicar a V. E. I. que, supuestos los escrupúlos de conciencia que tiene para obedecer esta disposicion del gobierno i los que en adelante pudieran asaltarle respecto de otras que fuesen igualmente necesarias, será conveniente que V. E. I. calcule los males que se seguirán de no estar en buena armonía la autoridad civil i la eclesiástica i se decida por el partido que conviene adoptar a V. E. I., en la intelijencia de que las órdenes de S. E. serán irrevocables.» En vista de esta actitud, no quedó al arzobispo otro partido que renovar una renuncia que habia hecho de su mitra algunos dias ántes, cuando San Martin llegó a Lima. Esa renuncia fué aceptada en una forma que equivalia a un destierro. El prelado debia salir de Lima en el término de 48 horas, lo que se efectuó puntualmente (1). Ese eclesiástico, estimado en Lima por sus virtudes, i provisto de una tenacidad de que no se le habia creído poseedor por contar cerca de ochenta años, delegó sus atribuciones en el cabildo metropolitano, i se embarcó para España. Año i medio despues, en enero de 1823, falleció en un convento de trinitarios descalzos de Madrid.

Este acto de enérgica resolucion puso término a las hostilidades que el clero no cesaba de ejercer contra la independendencia del Perú, a lo ménos en la parte del territorio que ocupaban los patriotas. Lejos de allí, en las provincias en que dominaban los españoles, esta guerra no llegó a su término sino despues de la espléndida victoria de Ayacucho.

Esta rápida reseña en que hemos pasado en revista los principa-

(1) Paz Soldan ha publicado en las páj. 211 i siguientes de su obra citada algunas de las notas cambiadas entre el arzobispo i los ministros de San Martin; pero es mas completa aun en esta parte la publicacion del coronel Odriozola. Véase el tomo IV, pájinas 340 i siguientes.

les hechos de la lucha que el clero sostuvo en América para combatir la revolucion, envuelve una alta enseñanza (1). Si las censuras i escomuniones de tantos obispos no pudieron impedir el triunfo de la independenciam americana, ¿ahora, cuando la difusion de las luces ha hecho tantas conquistas, podrán esas mismas armas atajar el progreso de las ideas i la reforma liberal de las instituciones?

DIEGO BARROS ARANA.

(1) En esta reseña no hemos dado noticia de las resistencias que el clero opuso a la independenciam en Chile, que habrian servido para completar este cuadro jeneral. Tenemos sobre este punto tantos documentos que la esposicion de esos hechos habria de llevarnos demasiado lejos, dando a estos artículos una estension desmedida. Tal vez, mas tarde, tratemos esta materia en un estudio especial.

UNA VISITA

al Museo histórico-indígena del Santa Lucía.

I.

La esposicion pública que se llamó apropiadamente «del coloniaje» i que se celebró en setiembre de 1873 en los salones del antiguo palacio de los capitanes jenerales del «reino de Chile», estuvo mui léjos de ser infructuosa. Fué un espectáculo curioso; i a fuerza de contener cosas viejas hasta el número de seiscientos objetos, llegó a aparecer a las jentes como una cosa enteramente nueva.

Pero mas que una curiosidad, aquella resurreccion efímera del pasado fué una enseñanza i una fundacion.

Como enseñanza no careció de interés esa vasta i variada coleccion de memorias i de cosas, de vestijios i de reliquias, por cuanto es evidente que no hai mejor manera de reconstruir la historia bajo sus bases mas jenuinas i naturales que recojer los maderos mas o ménos robustos del andamio en que los siglos han venido agrupándose uno en pos de otro hasta formar el gran cuerpo de unidad que se llamó la vida del linaje humano. De esa suerte, por lo ménos, han comprendido la investigacion histórica i la historia misma los mas grandes escritores filosóficos del siglo desde Agustin Thierry a Macaulay, desde César Balbo en Italia a Michelet, si bien el último con cierta vehemencia i exajeracion, pues le ha bastado en ocasiones la efijie de una reina esculpida en una medalla por escribir una biografía, como la de Margarita de Valois, o para hacer de una cisura en las carnes de un monarca toda una época, como la que ha llamado la «fistola de Luis XIV.»

Mas sea de ello como quiera, pues está averiguado que aun en esta concepcion de la historia hai materia de disputas i de escuela, lo cierto i lo probado hoi dia es que las artes plásticas han sido llamadas al campo de las investigaciones no solo como los mas incansables apoyos de la verdad histórica sino como sus mas grandes i luminosos divulgadores. Así, Layard ha reconstruido a Ninive i Babilonia en las escavaciones de sus ruinas, como hoi algunos sábios alemanes reconstruyen a Troya desde la época del rei Priamo hasta la fuga de Eneas. El Museo británico, colosal depósito de ruinas acumuladas por la paciencia i el caudal británico durante un siglo, ya en Grecia, ya en Tébas, ya en las antiguas i sepultadas ciudades del Indostan, es el mas fehaciente i el mas compendioso libro de historia universal, que hayamos leído, i al propio tiempo el mas accesible al pueblo que puede hojearlo a todas horas, apénas se abren con la luz del sol sus pájinas de granito. Por esto, buscando esa difusion constante, fácil i amena de los conocimientos humanos, especialmente con relacion a la historia, ajítase desde hace años en el parlamento inglés la apertura nocturna de ese gran establecimiento universal a fin de acercarlo mas i mas al obrero, a la juventud, al pueblo que el trabajo diario o de encierro del taller absorbe en la vida de cada dia.

Por otra parte, la imprenta, el grabado, la cromolitografía i en los últimos tiempos la oleografía, se aplican de consumo a renovar con la fuerza de los colores i la fidelidad del dibujo aun los menores detalles de la vida casera de los pueblos en épocas remotas. Knight en su *Historia pintoresca de Inglaterra*, i Guizot en su famosa *Historia familiar de Francia*, sobre cuyas hermosas pájinas la muerte acaba de detener su mano octojenaria, se han esforzado en reproducir hasta en sus menores detalles los trajes, los muebles, los retratos, los facsímiles de todo jénero de la vida antigua. Al propio tiempo, el famoso librero Didot da a la estampa con el costo de mil francos para cada uno de sus suscritores, un mil de ricas reproducciones de objetos, tejidos, mobiliario, vestidos, asuntos de arqueología de la mas variada naturaleza, i todo perteneciente a la época feudal de la civilizacion francesa. I, ¡coincidencia singular! al paso que se organizaba en la capital del antiguo reino de Chile una feria de vejezes que a algunos parecia estraña i quizá estravagante, tenia lugar en la ciudad de Tours, capital del antiquísimo reino de Turena en Francia, una exhibicion enteramente análoga, a la que

contribuyó la nobleza de aquella patriótica provincia con todos los tesoros guardados en sus palacios i en sus castillos feudales.

Como estudio de novedad i como aprendizaje popular, la esposicion del coloniaje reunió pues en cierta manera una faz nueva de nuestra historia propia; i desde ese dia no ha cesado de aficionarse mas i mas nuestra laboriosa juventud a ese jénero de investigaciones acaudilladas esta vez como otras por nuestros mas infatigables i esforzados escrutadores de nuestra existencia nacional, los ilustrados editores de la *Revista chilena*.

La *enseñanza* debia naturalmente traer en pos de sí el acopio; i éste la *fundacion* a que ya hemos aludido.

II.

Ha tenido la última su hora i su lugar en un sitio que parecia destinado para tales fines, en una de las mesetas de la colina que con los siglos ha de ser el Acrópolis de la sabiduría en nuestra tierra. Elijióse para esto el último edificio que la era colonial legara a la capital en la forma de un formidable calabozo destinado a comprimir i a castigar la revolucion que precisamente ha dado vida a las ideas de investigacion que hoi perseguimos. La cárcel que construyó Marcó del Pont, último presidente de Chile, ayudado por el brazo de su satélite San Bruno i por el consejo de su inspirador el fraile Melchor Martinez, este San Bruno místico de la reaccion colonial, fué adaptado para la instalacion de todo lo que esa era nos habia legado i que poco a poco ha de ir acomodándose en sus armarios.

No era sencilla la empresa de convertir en un museo un calabozo, ni en biblioteca pública un sucio cuerpo de guardia de Talaveras. Pero púsose manos a la obra con el entusiasmo i con la pólvora. Abrió ésta las viejas murallas en arcos elegantes de comunicacion, i derribó los cimientos de dura canteria que separaba unos de otros los aposentos, i estrajéronse los guijarros que servian de pavimento; abriéronse los muros sobre los bajos umbralados; cubriéronse con una sólida plataforma de madera i asfalto; pintáronse los techos con diseños propios de la época, reproduciéndose en uno de los salones los colores i el dibujo de la techumbre de la iglesia de San Francisco, i por último plantóse un bosque i un jardin donde habian estado sobre sus cureñas los cañones destinados primitivamente a bombardear a la insurjente Santiago. La parte exterior

del edificio fué tambien completamente trasformada, conservándose solo en la parte del oriente cuatro de las antiguas ventanas de fierro de Viscaya que daban a la antigua *batetería Santa Lucía*, despues «Castillo de Hidalgo», el aspecto de una melancólica prision. En un año, de setiembre de 1873 a setiembre de 1874, la trasformacion estuvo completamente terminada.

Es en este edificio asi dispuesto a donde nos proponemos conducir por la mano al discreto lector, a fin de mostrarle primero por grupos i en seguida por individualidades algunas de las reliquias de mas considerable nota que existen bajo sus artesones.

III.

Comenzando por el grupo aborijene, el primero en órden de épocas, parécenos talvez el mas pobre, en razon de la apatía que nuestras jentes ponen en la conservacion i en el aprecio de las cosas pertenecientes a la edad jentil. Apénas algunos objetos de barro obtenidos en 1874 mediante escavaciones practicadas en la aldea de los Maitenes, departamento de Quillota. Una hacha de piedra i una imaginada masa del toqui Caupolican, es todo lo que existe por ahora. Pero esta descarnada seccion está llamada a adquirir una riqueza considerable tan luego como los propósitos del museo indijena se hagan camino en los puntos mas remotos de la república, especialmente en los pueblos de la frontera que en el dia desateran a la par el pico i la bayoneta, como Angol, Cañete i Puren. En el Museo Nacional existen tambien algunas piezas notables entre las cuales quizá la mas preciosa ha sido honrada contribucion del museo del Santa Lucía al de la calle de la Catedral, cual fué el ídolo de plata encontrado en la cordillera de Coquimbo que vino a la Esposicion del Coloniaje i que el sabio señor Philippi ha analizado i reproducido en un dibujo en el primer número de la *Revista Chilena*. Otra preciosidad de este jénero es el vaso de oro encontrado en Copiapó, i que ha sido ofrecido al Museo histórico por su actual propietario señor don Joaquin Prieto Warnes, cuando este establecimiento ofrezca la debida garantia de órden i conservacion, lo que parece está ya por demas conseguido. Por manera que si la incorporacion de esos preciosos objetos fundamentales del Museo indijena tiene lugar, será la del primero a título de restitution i la del último en pago de una noble promesa.

A falta de artículos verdaderamente indijenas i propios del con-

tinente, no escasea un mediano acopio de bárbaros artefactos de la Tierra del Fuego, debidos a la expedición Pertuisset en 1874.

El grupo de la conquista, sino mas numeroso, es mucho mas rico e interesante, porque no faltan ni las espadas, ni las corazas, ni siquiera las estriberas de los invasores de Chile, ni las armas de guerra de sus leñones, como las famosas bombardas de Hernando de Aguirre.

Suben en importancia los recuerdos de la era de la independencia agrupados sobre lo que podria llamarse con propiedad «el altar de la patria», pues sirvió de altar portátil en sus campañas. La espada del jeneral Benavente «el gran sableador de Chile», está allí entrelazada con los sables de los famosos granaderos a caballo i las cuchillas de abordaje de los asaltantes de la *Esmeralda*, sin que se note tampoco la ausencia de algun glorioso trofeo, como el estandarte del Burgos, cojido en Maipo, que hace sombra i da relieve a este templo de nuestras glorias.

El mobiliario colonial no es demasiado abundante en este museo improvisado, pero las paredes de uno de los salones está cubierta con la tapicería lejitima de uno de los antiguos estrados de Santiago, i lo adorna entre pesadas i vetustas «sillas de baqueta,» el primer piano que sonó en nuestras tertulias.

De los objetos de uso doméstico no se ha hecho hasta aquí mala cosecha, particularmente en obras de cristal, que por su naturaleza son precisamente de precaria conservacion, i otro tanto puede decirse de los vestidos i artículos de moda. Si bien falta un lejitimo *faldellin* de lama de oro, podria éste confeccionarse holgadamente con materiales jenuinos, si resucitara un sastre del pasado siglo; i otro tanto sucederia con los trajes de gala de los mas encopetados caballeros de la Real Audiencia o de la Universidad de San Felipe, si hubieran de ser citados de nuevo en audiencia pública.

Del arte religioso del país se encuentran pocas pero valiosísimas muestras en el Museo histórito del Santa Lucía.

La publicacion del catálogo de este Museo vendrá a revelar la existencia de los tesoros arqueológicos que han podido reunirse en este Museo en el espacio de dos años.

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.

EL DIARIO DE UNA LOCA.

I.

¡Ah! Estoy sola. Gracias a Dios!.....

Son las dos de la mañana. ¡Qué lindo es mi reloj! ¡Pobre muchacho! El me lo regaló el día en que casó con mi hija. ¿Qué será de ella? ¿A dónde estará?.....

¡Ah! estoy libre, sola!..... Pero no, esa monja horrible, mi guardian, está allí. Está tranquila, merced a mi estúpido sueño, i no estoy libre. Esa pesada puerta está con llave, ni es posible moverla siquiera. Pero la ventana ¡oh, qué alegría! ¡De par en par! ¡Dios mio! ¡Qué reja tan enorme!

Habrán sabido sin duda que mi mas vehemente deseo, mi deseo de tantos años, es matarme. Mas no saben que soi tan cobarde! Mil veces he podido acabar con esta vida espantosa, pero he tenido miedo!.....

¡El suicidio! Si, recuerdo las palabras de aquel célebre escritor, amigo de mi marido. ¡Qué bella era aquella tarde! Vino de visita i lo recibimos en el corredor de la quinta, con vista al río.

Recuerdo que estábamos tomando mate. El sol se habia escondido en la pampa, i las aguas del Plata se dilataban a nuestra vista mansas i blancas, formando un inmenso horizonte. ¡Qué fisonomía tan enérgica la de aquel hombre! No recuerdo su nombre, pero tengo viva su imájen, i sus palabras resuenan todavía en mis oídos!.....

«Los pesares profundos, dijo, matan o enloquecen, cuando no hai fuerza de espíritu para recibirlos de frente i sonreírlos. Los cerebros débiles se dejan dominar por la idea del dolor i se gastan o se desorganizan, hasta el punto de hacerse maniáticos, o de debilitar el organismo i hacerlo pasto de las enfermedades naturales o artificiales. El suicidio es una enfermedad artificial, voluntaria.»

¡Cierto! Mi organismo firme i robusto me ha salvado de las enfermedades naturales, i de esa enfermedad artificial, que se llama suicidio. El ha predominado por su fuerza vital, i ha hecho prevalecer sobre el deseo de morir la necesidad de vivir. Mi cobardía no es mas que esa necesidad imperiosa de vida que tiene mi sér. Pero mi cerebro es débil, i no se ha resistido a la locura.....

¿Será cierto que soi loca?

Qué noche tan oscura! ¡Qué calor tan sofocante! El Pan de Azúcar se vé aquí cerca, como una sombra jigantesca. La bahía de Botafogo apénas se dibuja por la oleada fosfórica de la orilla. El mar no hace ruido. Pero esa luz blanca que estalla pausadamente, de cuando en cuando, contra la ribera, indica los latidos de su hondo seno.

Si, estoi en Rio, lo conozco. Allí se ven las luces de la calle, que se reflejan en los boscajes inmóviles de los jardines. Todo duerme. Pero yo velo, i casi siempre estoi velando, cuando todos duermen.

¿Será cierto que soi loca?

¿Qué se han hecho los míos? ¡Ah! Dicen que han muerto! I me han dejado aquí, sola, en una casa de locos!

Lo recuerdo bien. Si estuviera loca, no lo recordaria. O será que cuando lloro mucho, despierto de mi locura. Sí, mi pañuelo está empapado de lágrimas. Siempre está así, cuando me pongo a pensar i a escribir. I antes de llorar ¿qué ha sido de mí? ¿He estado dormida, o he estado loca? Pero lo recuerdo bien: un dia me llevó mi marido a una gran casa. Bajamos del coche. Entramos a un gran vestibulo. Subimos las escaleras. Allí habia otro vestibulo espacioso con dos estátuas bronceadas que representaban hombres vestidos a la moderna. Parecían negros. ¿Serian estátuas de negros? Tambien habia una estátua blanca que dijeron era del emperador. Nos recibieron mui bien.....

Desde entónces no recuerdo mas. Los recuerdos me vienen solamente cuando he llorado mucho. ¡Oh, el llanto es el rocío del alma! La mia es seca i helada como un páramo. Necesita de ese rocío para vivificarse.

Sí, comprendo. Soi loca. Por eso me trajeron aquí. Lo recuerdo bien. Llegué buena, pero profundamente triste. Algo de mui raro sentia yo en mi pecho. Hubiera dado mi vida en aquel momento por llorar, i no podia!.....

¡Qué multitud de fisonomías! En un salon habia muchos hom-

bres a lo largo de una mesa. Los ví al pasar. Todos jesticulaban i trabajaban; pero estaban en silencio, i unas monjas de caridad los vijilaban. Mas allá entraban en ese momento a otro salon muchas mujeres en fila, todas vestidas uniformemente, i venian custodiadas tambien por monjas. Contigua a la salita a que me condujeron (¡oh! ¡es esta misma, la misma colgadura, los mismos muebles!) habia otro aposento en que se paseaba con lijereza una mujercita fea, de ojos saltados, vestido aseado; pero era horrible. Dijeron que era una porteña rica, que se llamaba..... no sé cómo. Entramos aquí, nos sentamos, ¿i entónces?..... ¡Entónces!

¡Ah! Sí, él. Pasó ese infame. Lo ví, la misma figura, la misma sotana, el mismo breviario en la mano..... ¡Oh! Sí, lo ví. ¡Infame! ¡Sacrilego! ¡Demonio! ¡Satélite infernal de mi hermano! ¡Ah! ¡Ah! ¡Me muerdo! ¡Socorro!..... ¡Quita allá, monja del diablo!..... Yo no te llamo, no te quiero!.....

II.

Bueno: que se vaya en paz. Pobre monja. Es bondadosa. Con qué risa tan cordial me contaba el trabajo que le costó sujetarme anoche, i cuánto habia hecho por hacerme callar. Dice que la ultrajé mucho; pero lo decia con una alegría que muestra el candor de su alma, que dá donosura a su seco rostro i gracia a su enorme boca llena de largos dientes. ¡Pobre monja! ¡Qué paciencia necesitan estas mujeres para soportar su oficio!

Son las dos de la tarde en mi lindo reló. He dormido mucho; pero tengo fiebre. ¡Ah! ¡qué seca está mi mano, qué negra i arrugada! Soi vieja, sí, vieja de cuerpo; pero mi pobre corazon se resiste a envejecer.

Es él quien me atormenta. Es él quien tiene la memoria de lo pasado. Es él quien ama todavía. Mi razon solo le ha servido para ocultar sus deseos, para disfrazar sus latidos, para disimular sus arranques, sus delirios, sus dolores; pero jamas lo ha dominado, jamas le he puesto freno.

¡Ah, corazon! ¿Por qué no envejeces como mi cara, como mis manos? Si hubieras envejecido, yo habria sido feliz. Mi vida habria corrido tranquila como el Plata, luciente como ese pequeño golfo que diviso al traves de la reja, serena como el Illimani.....

¡Ah! Mi cerro, mi monte querido, el compañero de mi infancia, el blanco de las profundas miradas de mi juventud. ¡Mi cerro! ¿Te

acuerdas de mí? Yo miraba tu blanca cabeza todas las mañanas al levantarme, i me extasiaba mirándote. Cuando el sol del ocaso te doraba, tú atraías mis ojos i hermanabas tu eterna juventud con mi juventud pasajera. Yo tambien resplandecía entónces. ¿Te acuerdas? Cuando una cortina de gaza cubria tu inmensa majestad, yo estudiaba los graciosos pliegues de tu velo para imitarlos en mi traje.

Todos me llamaban bonita. Talvez lo seria. No, realmente lo era. Este elevado talle que aun me queda era flexible i gracioso como una tierna tacuara. Mi color i mi cútiz, enrojecidos por el dolor, eran de rosa: i mis ojos, cárdenos i marchitos ahora, tenian tus luces i tus relámpagos, hermano mio, caro Illimani.....

Tú estás siempre allá, inmóvil en tu base de oro. Yo soi un tizon de tus yaretas arrancadas para el fuego. Nunca me lo imaginé. Creia vivir siempre contigo, i siempre como tú. ¡Cuántos juramentos hice a tu presencia, creyéndolos eternos, como tú eres! ¿No te acuerdas? Una noche paseaba yo a tu vista, descansando amorosamente en el brazo de Fructuoso. La luna lo abrazaba todo con su luz de turqueza, i tú apagabas sus hondas con el reflejo de tu cumbre nevada.

—Mira como se hermanan, me decia Fructuoso, la luz del Illimani con la de la luna. Se podria señalar la línea en que se confunden.

—Son la imájen de tu alma i la mia, le replicaba yo, con aquel acento imperceptible que solamente oyen los corazones que se adoran.

—Pero la imájen mengua i desaparece, Pepa querida,—dijo él suspirando como quien llora.

—I vuelve siempre, eternamente, i no acabará jamás, como mi amor, le repuse, estrechando su brazo dulcemente.

En ese momento paraba nuestra comitiva i guardaba silencio para oír. Nosotros, que íbamos adelante tambien paramos. Se sentia una sonora guitarra, pulsada con maestría. Aquellos acentos eran deliciosos. Yo temblaba i no era dueña de mí. Una voz varonil i dulce, acompañada de la música, cantaba un yarabí cuyos últimos versos se me quedaron grabados en el corazon:

El que jura amor eterno,
Triste, se olvida
De que amor no es el infierno,
Sino la vida.

I exclamé entónces con toda la fuerza de mi alma:

«Prefiero que el mio sea un infierno, para que no acabe.»

—No, alma mia, será un cielo, que tambien es eterno, murmuró Fructuoso a mi oido.

¿Cuál de los dos anunció la verdad en aquel momento de felicidad, de que tú fuiste testigo, Illimani portentoso?

Mi deseo se cumplió. ¡Mi amor ha sido i es un infierno!.....

Estoi loca. En los accesos de mi mal debo amar furiosamente. Las palabras i los actos que me recuerda la monja, como para correjirme, lo dicen. El llanto apaga ese incendio: pero entónces quedo amando, como ahora, con el dolor punzante del recuerdo, con el fuego concentrado de un volcan que se esconde debajo de su cráter. Siempre mi amor es un infierno.....

¡Ah! Si yo pudiera salir de aquí, navegar libremente en ese lindo golfo, sentada a bordo de esos pequeños vapores que lo cruzan, oyendo la música de las harpas i violines de los italianos, que ganan su vida tocando! ¡Qué feliz fuera yo!

Allí aparece uno. Rompe audaz las olas serenas, levantando espumas. ¡Cuál viene la jente! ¡Qué movimiento, qué alegría! Pero no se acerca aquí. Esta playa es desierta. ¡Han aislado la mansion de la locura!.....

¿Por qué no aislan tambien las ciudades? ¿No son todos locos? ¡Oh, sí, el mundo tambien está aislado! Será porque está habitado por locos. ¿A quién hacia yo mal? ¿No devoraba en silencio mi dolor? ¿No callaba? ¿No me ocultaba para llorar? ¿Por qué me han puesto aquí? ¿Quién podrá libertarme, si todos los míos han muerto?.....

¡Sí! Fructuoso! ¡Oh qué muerte tan horrible! ¡El clérigo! Allí, allí aparece.....

No, no os alarmeis, sor María. Entrad sin cuidado. No estoi loca. Hablaba sola, porque estoi escribiendo lo que hablo. Sentaos, i dejadme llorar, las lágrimas me ahogan.....

III.

Mucho lloré ayer, i despues me dormí profundamente. ¿Qué será el llanto, qué serán las lágrimas?..... ¿Por qué el dolor del alma se desahoga mas por los ojos que por los suspiros del corazon? Parece que el fuego del alma produce la lluvia, como los rayos de que se corona el Illimani producen los torrentes que se desbordan de sus

faldas. Aquí tambien el fuego de este cielo abrasador sofoca a veces, i cuando los rayos estallan con su espantoso estampido en la cumbre del Corcobado, el cielo se deshace en lágrimas, i con el fresco de la humedad, se restablece la calma. ¿Será que él tambien padece i llora como yo?.....

¡Ah! Es preciso no llorar! Quien llora como yo, es encerrado en un asilo de locos..... Los cuerdos no lloran, rien de todo. Para ser cuerdo, es necesario no tener fuego en el alma. Eso que llaman gran mundo en la sociedad tiene un páramo en su cerebro, siempre helado, siempre yerto, jamás ardiente.

¡Prefiero ser loca.....!

Pero esta mañana se ha admirado el doctor de mi mejoría, i le repetia a sor María: «que ella duerma, cuidad de su sueño, que duerma mucho, aunque lllore mas. Los ojos, cansados de llorar, se cierran pronto..... Hacedla pasear por las galerías».....

¡Pasear! ¿Para qué? Para presenciar aquel cuadro espantoso?

Los locos desfilaban a hacer su almuerzo en el comedor. Iban callados i en órden, como los niños de un colejio. Abajo, en ese hondo patio, separado por rejas de las galerías que lo rodean, habia unos cuantos, de ropas desgarradas, de caras siniestras, dispersos i léjos unos de otros. Ni se miraban. Uno vestia casaca. Era militar. Su alma, sin duda, no fué un páramo.....

¿Quiénes son esos? pregunté a sor María, que me hablaba en ese momento de la vírjen.

—Son los furiosos,—me respondió.

—¡Ah! ¿Tan pocos hai?

—Todos los demas, añadió ella, con cierta intencion, están en sus celdas separadas, i tienen cada uno un guardian.... como yo....

¿Seré yo furiosa? dije entre mí.....

A la sazón les tiraban el almuerzo por la verja a los furiosos. El militar lo arrojó con la punta del pié, se quitó la casaca, la dobló con prolijidad, i poniéndola de cabecera, se tendió en las piedras.

Los otros comieron. No he visto jamás nada mas horrible! Solo el tigre come así, devorando, aspirando el alimento, mirando a todas partes, gruñendo tal como si hubiera otro tigre para arrebatárselo, lanzando rayos por los ojos. En un minuto no habia nada sobre las losas, i los furiosos gruñian todavía. Estaba allí solamente el animal. El espíritu se habia volatilizado.....

Me admiré. Me aflijí, temblé de miedo.....

¿Así como yo? pregunté a sor María, llena de vergüenza.

¡Oh! No, señora mia, mi pobre señora! Usted no come cuando está con el accidente, me replicó la monja.

—¿Hago como el militar?

—Sí, mi señora, pero nadie la vé, sino yo, que la cuido, yo que la quiero tanto!.....

—¿Quién es ese oficial?

—Un frances, un compatriota mio, que dejó aquí un navío que vino a repararse, de paso para la Guayana, llevando prisioneros del golpe de Estado. El pobre se volvió loco a bordo. Solo se enfurece el 2 de cada mes, i se lleva tres dias combatiendo por la república.

—¿Tambien enloquece el amor a la libertad?.....

—Debe ser así, porque en mi país hai muchos de esos locos.....

—Los tiranos no enferman así, porque la locura es su elemento. Están como el pez en el agua. Son los reyes de los locos, de toda esa turba que se cree cuerda, porque no tiene alma, i que hace casas como esta para los que la tienen. Vamos, sor María, me siento mal.....

IV.

En efecto, aquello me enfermó. He reposado. Sor María me ha dejado sola.

¡Qué dia tan espléndido, pero cuán ardiente! No hai brisa. El golfo no se mueve. Hé ahí a Rio de Janeiro, con sus colinas resplandecientes de verdura i cuajadas de blancos edificios. Allá el Rosario, mas acá las palmas del Largo de Machao, todos esos boscajes que suben son los jardines de Larangeiras. ¡Qué lindas quintas! Mas acá se perfila el barrio de Botafogo, con sus elegantes casas aisladas i rodeadas de verdes mangueiras, de plateadas magnolias, i de aquellos arbustos de hojas purpurinas i amarillas, que tan bello contraste forman entre esos abundantes i ricos colores. ¡Qué naturaleza!

¡I esa es la mansion de un pueblo de cuerdos, que ha construido en este sitio un palacio para sus locos! ¿A dónde está la razon, allá o aquí? Allá, si la razon consiste en ajustar la vida a las conveniencias del egoismo i a las exigencias de la sociedad: aquí, si únicamente tienen alma los que saben pensar i sentir sin egoismo, sin esclavitud, sin miedo, sin estupidez.

¡La humanidad no piensa, i se llama racional i se dice la reina

del mundo! Solo piensa una mínima porcion, i de esos que piensan, los unos no hacen mas que estudiar el modo de esclavizar el espíritu i de sujetar a la sociedad a un sistema de ideas i de intereses, propio para dominarla: los demas que piensan, i no piensan de ese modo, son locos.

Pero todos sienten i se dejan llevar de sus instintos. El que sabe gobernarlos en provecho propio, saciándolos en secreto, i disimulándolos en público, para ajustarse a las conveniencias de la sociedad, ese es cuerdo. En eso consiste la racionalidad, la superioridad del hombre. Solo los brutos no calculan, ni especulan con sus instintos. Tambien los locos..... El cerebro que no calcula i se deja dominar de una idea, de una pasion, es cerebro descompuesto. Va al hospital.

¿Tiene una la culpa de ser así? ¿Por qué nos aprisionan entonces, como a los criminales? ¡Ah! porque somos béstias feroces, no somos racionales.... El cerebro desorganizado carece de razon....

Yo no soi racional, porque me he dejado dominar de un amor tan inmenso como desgraciado....

¡El era tan hermoso, tan valiente, tan noble! La primera vez que lo ví, muchacho aun, con su uniforme punzó, a la cabeza de un batallon vistosamente vestido, me pareció un ángel que irradiaba, que deslumbraba.... Mi primer movimiento fué entrar a mi aposento i postrarme delante de la Virjen, con el corazon anhelante, a pedirle que salvara de la muerte a aquel precioso jóven, que le tuviera de su mano en los combates, en los peligros de la guerra.

Volví a los balcones, en el momento de la partida. Iban a la campaña del Perú. Todo era movimiento en aquella plaza, todo bullicio; pero las músicas militares llenaban el aire con sus melodías, i parecia que lloraban. Sus acentos atravesaban el alma i humedecian todos los semblantes con dulces lágrimas.

Fructuoso montaba un potro blanco, que no marchaba sino que piafaba.

Frente a mis ventanas estuvo mucho tiempo, i yo me extasiaba mirándolo.

El sol reflejaba mas sobre el blanco mate de su cara, que sobre sus bruñidas armas. Parecia tranquilo, pero triste i severo. Su cabeza levantada dejaba ver toda su hermosura.

Sus ojos se fijaron muchas veces en mí, i cuando los mios se encontraron con ellos, me parece que se unieron i confundieron

dos rayos de luz, que él cortó, moviendo graciosamente su espada para saludarme....

¡Ya nos amábamos!....

Una hora despues estaban desiertas la plaza i las calles. Pero yo creia divisar todavia a Fructuoso entre la nube del polvo que dibujaba por la senda del Alto la columna en marcha.

Me parecia oir todavia la vaga armonía de la música que se despedia, i sentía mi corazon opreso con aquella angustia del amor en ausencia.

El recuerdo de ese dia me hace llorar i mis lágrimas van borrando lo que escribo. ¿Este dolor tan dulce será locura?....

V.

Basta de lágrimas. Pero no quiero reanudar esos recuerdos.

Yo no sé tampoco si viví o no durante aquellos largos meses que pasaron hasta que Fructuoso volvió con los laureles de Yanacha i Socabaya.

Era coronel i estaba aun mas bello, mas dulce, mas adorable.

Tenia veintitres años, i no habia una mujer que no se muriera por él.

En el primero de los grandes bailes con que se celebraban aquellos triunfos, se atraia todas las miradas. Allí estaba la corte de la Gran Confederacion. El Protector i sus jenerales brillaban por el oro de sus trajes i la pedrería de sus cruces.

Fructuoso, vestido sencillamente, brillaba entre todos por la elegancia de su porte, por la serenidad i hermosura de su rostro.

El Protector lo presentó a mi madre i a mí, i cuando él estrechó mi mano, pidiéndome una contradanza, me desvanecí, no sé si de gloria o de amor....

Cuando bailábamos, me dijo él:

—Usted es la reina del baile, segun el voto de todos; pero yo la he visto a usted mas bella i mas deslumbradora en otra ocasion.

—¿Cuándo?

—En aquel momento de mi partida a la campaña. Cuando nuestras miradas se cruzaron, confundiendo nuestras almas en un ardiente amor.

—Señor!

—Para qué disimular? Nuestros corazones se comprenden, i no

es justo que nosotros los tiranicemos, haciéndolos disfrazar su intimidad.

En efecto. Desde ese instante nos hablamos i nos comunicamos como si hiciera largos años que nos tratábamos. Eramos uno.

Seis largas filas de contradanza, infinitos grupos de cuadrillas se organizaban en aquel vasto recinto, cubierto de luces i de flores que enbalzamaban el ambiente, i a mí me parecía estar sola con él.

Nada veía, sino su dulce fisonomía; nada escuchaba, sino sus encantadoras palabras al través de los vivaces compases de la música.

Cuando paseábamos, yo reclinada en su brazo i lánguida de emoción, se abrían para darnos paso aquellas turbas de oficiales brillantes i alegres, que parecían saludar con entusiasmo una nueva aurora de amor que se levantaba; i yo entónces veía la aprobación i el aplauso en todos los semblantes.

Si era tan simpática la union de nuestros corazones, ¿por qué fué despues tan cruelmente desgarrada, por qué he venido a llorarla en una casa de locos?

¡Oh! El amor feliz es simpático, no hai duda; pero cuando la desgracia lo hiere, todos apartan de él sus miradas. La sociedad no gusta de la desgracia, no quiere que la imájen del dolor se le presente en su camino. Por eso hace hospicios. Por eso no se acuerda de los que lloran, i los deja resagados a un lado de la senda, para que mueran léjos de su vista.

Su caridad consiste en tener depósitos para que el dolor se albergue léjos, mui léjos de su bullicio.

¡Maldita sociedad! Amasijo de egoismo, de estupidez i de fatuidad! Yo no te necesito para llorar. El horrible crimen que tronchó los lazos de mi amor fué tu triunfo. Si no lo aplaudiste, como aplaudes toda infamia, lo aprobaste; o callaste de miedo, lo que es peor! La virtud que habia estrechado aquellos lazos fué la víctima. ¿Cuándo has tendido tu mano a la virtud? Jamás, sino cuando esperas que te aplaudan, o cuando ganas!

La virtud que tú respetas es la que te humilla, la que te amenaza, esa virtud que te habla a nombre de Dios, i que a nombre del infierno te esclaviza! ¡Qué bien te conocen tus amos, los que te despotizan!.....

VI.

Hoi ha leído el doctor algunas pájinas de mi diario.

—¡Bien! exclamó, Dejadla escribir, sor María. La pluma, el

llanto i el sueño van a curarla pronto. Ya lleva una semana de mejoría, i todo se debe a.....

—Acabad, doctor, agregué yo. ¿A qué se debe?

—Dejadme mirar vuestros ojos. ¡Ah! Estais tranquila.....

¿No es así? Parece que ese apóstrofe que lanzasteis a la sociedad os desahogó. Lanzad cuantos os vengan a la imaginacion. Vaciad vuestra alma en el papel. Prefiero verla en tinta, ántes que en lágrimas.....

—Dejad las chanzas, doctor. ¡Decidme a qué se debe todo!.....

—¡Eh! Ya vais a tomar otro barreno. Todo se debe a que os quité de la vista al que habiais tomado.....

—No entiendo, doctor. Por piedad, hablad claro. Ya sabeis que la mejor panacea que tomo es vuestra conversacion, i ella no ha sido jamas enigmática. La claridad de vuestras ideas es lo que ha iluminado mi espíritu. Hablad, hablad.....

—No tengais aprensiones, señora. Principiad a curaros de vuestra susceptibilidad. Lo que he dejado de deciros es una niñería. Atendedme, pero prometedme no preocuparos. He notado que muchas veces os causaba el acceso un pobre loco que paseaba libremente por estas galerías, i he dispuesto lo pongan en otra parte. Eso es todo. ¿Comprendéis?

—¡Un clérigo!.....

—Sí, un clérigo. Sentaos. Perdeis el color. ¡Dios mio! Fijaos bien en mis palabras. Desechad recuerdos. Ese clérigo os recordaba algo, pero no es él quien puede haberos hecho mal. Es un pobre que tiene la rareza de haber pasado de tonto a loco. Nunca ha salido del Brasil. No podeis haberle hallado en otra parte.

—No por cierto. Es que se parece a otro que a decir verdad no me ha hecho mal; a otro que ayudó a bien morir a.....

—¡Señora! Fijaos en mí. No recordeis nada. ¡Agua, sor María! El pomo.....

—¡I despues se reía!.....

—¡Tomad un poco de descanso! Hablemos de otra cosa. Es un rico olor el de ese pomo, ¿verdad? ¡Venid, venid a la ventana, el emperador pasa! Va a la Lagoa, al Jardín de Plantas.....

.....
 Este es el diálogo que he tenido con el doctor esta mañana. Lo he copiado por encargo suyo. Quiere ver si es exacto i darme en premio patente de sanidad. Si os falta un ápice, me dijo, si hai

inexactitud, es prueba de que aun estais mal. Yo no recuerdo si mediaron otras palabras. No sé que refirió sobre la visita del emperador al jardin.....

—¡Oh! si tuviera yo una persona que me hablara así, como ese viejo doctor, tan alegre, algunas horas todos los dias! El portugues me parece una lengua hermosísima en su boca. ¡Qué bien habla! ¡Cómo resplandecen sus lucientes ojos en su negra cara i bajo esa cabellera blanca como la nieve! Es un médico mui sábio. Es médico de locos.....

¡Qué diferencia con sor María! Siempre me habla de Dios en su jerga gabacha, sin salir de su tema. Quiere convencerme de que Dios prueba a sus criaturas mandándoles fuertes pesares, horribles pasiones, grandes dolores. ¡Qué ocupacion! Yo habria preferido que no me probase! Si él sabe que soi débil, ¿por qué me puso entre el crimen i el amor? ¿Por qué no inspiró mejor al criminal, para ahorrarme el dolor en mi inocencia, para ahorrarme la locura!.....

¿Esta monja sabrá mi historia tal vez? En mis raptos de dolor se me habrá escapado. Siempre alude a lo mal que hace una mujer cuando ama sin reserva, i sin temor de Dios, a un hombre. ¿Será necesario amar a medias, sujetar el amor al temor de las iras de Dios?

Talvez se podrá hacer eso, cuando se ama tranquilamente, sin obstáculo, a un hombre que debe ser esposo; o cuando se ama a un hombre con quien no podremos unirnos jamas; i es necesario que la razon prevalezca para salvarnos de una vergüenza, de una deshonra.....

¿Pero era alguna de esas mi situacion?

Yo respeté las leyes de Dios i del honor, mientras mi amor era aplaudido de todos, mientras mi madre lo bendecia, i Fructuoso era mi prometido. Entónces corrian felices nuestros dias. Fructuoso me trataba libremente i queria hacer bendecir nuestra union ántes de que se emprendiera una nueva guerra. Se decia que los chilenos trataban de declararla a la Confederacion.

Un dia llegó mi hermano, mi terrible hermano, del ejército. Yo temblé; sabia que odiaba entrañablemente a mi prometido. Fructuoso desapareció durante largos dias. Yo estaba llena de angustias. Mi madre se mostraba severa: mi hermano mústio i sañudo. Al fin, recibí furtivamente una carta que conservo en la memoria:

«Mi Pepa querida, ídolo mio, insisto en escribirte, aun que no

me contestas. Tal vez no has recibido mis cartas; pero creo que esta llegará a tus manos. Tu madre me ha intimado romper toda relacion contigo. Tu hermano se ha atrevido a declararme que me matará si intento verte. He tenido que sufrir el ultraje. Es tu hermano. Por conservar tu amor, toleraria que él me matara.»

«Somos nuevos Romeo i Julieta, pues mi tio i tu hermano son Mantegon i Capuleto. Esto lo dice todo. ¿Qué haremos? Necesitamos ponernos de acuerdo. Pienso que la nueva campaña que se anuncia puede obrar un cambio eficaz.

«Yo partiré al Perú i despues de la guerra, tal vez tu hermano se saciará de honores i de poder, i los pagará concediéndome tu mano. Mi tio, estoi seguro, lo olvidará todo por nuestra felicidad.

«Alma mia, mi Pepa, ten valor. No para reñir, no; una lucha ahora romperia para siempre nuestras esperanzas. Confia i espera. Mas es necesario que ordenemos de acuerdo nuestro plan, para vencer a nuestro enemigo.

«Si no puedes escribirme, ni verme, está todo perdido. Es preciso que nos veamos. Habla con esa buena amiga que te entregará esta carta con un millon de cariños de tu—Fructuoso.»

Esa carta me lo revelaba todo. No sé por qué me reí al leerla, si de furor o de amor. ¡Mi hermano! ¿Qué títulos tenia él para dominarme así? ¿Era mi padre? ¿Por qué me hacia la víctima de sus ódios? Mi anciana madre podria cederle. Yo, no, mil veces no. Desde ese momento lo miré frente a frente, desafiándolo, i delante de él mismo interpele a mi madre sobre su intimacion a Fructuoso.

La señora calló i se deshizo en lágrimas. El quiso tratarme como a un soldado, haciéndome callar i obedecer. ¿Para qué recordar aquel ardiente diálogo? El tuvo que callar i aceptó mi declaracion de guerra con su mirada i un movimiento de cabeza, sin decirme una palabra. Tal vez no quiso aumentar el dolor de mi madre que tenia su cara cubierta con el pañuelo en que enjugaba su llanto.....

VII.

Ayer estuve mal. Los recuerdos que escribí el dia anterior me hicieron daño.

El doctor ha extrañado mucho el quebranto, i como es mi confidente, tuve que confiarle la causa. Leyó i me consoló. El

quiere que me habitúe a hacer estos recuerdos con tranquilidad, que tenga valor i serenidad para afrontar el pasado. Su conversacion me ha fortalecido, i él me ha prescrito que la narre aquí: es su receta.

—No recuerdeis, me ha dicho, esa catástrofe que tanto os espanta, i que yo no quiero saber. Contadme solamente vuestro amor. Su recuerdo puede ser un bálsamo para vuestro corazon. ¿Os visteis con Fructuoso?

—Sí, muchas veces, a pesar de la vijilancia de mi hermano, que me tenia rodeada de guardianes i de espías.

—Los guardianes son temibles. Los espías no.

—Con efecto, los espías fueron pronto míos o de Fructuoso. Los guardianes se olvidaban de su cargo, cuando se ausentaba mi hermano.

—¿I vuestra madre?

—Ella me queria, me hacia justicia, i tal vez se imaginaba que al fin se santificaría nuestra union. Pero no creo que supiera que Fructuoso me veía.

—Era peligrosa vuestra situacion. Una jóven no puede exponerse jamás a un amor clandestino.

—Lo sé, ¿pero tenia yo la culpa? ¿Deberia yo apagar, aniquilar mi amor, en obsequio de los ódios de mi hermano? ¿Deberia someterme a su capricho i condenar a mi amante a un eterno olvido? ¿Qué razon habia para exijirme tal sacrificio? ¿Qué conveniencia? Mi amor no habria sido amor, si hubiera cedido a semejante obstáculo..... Al contrario, él se exaltaba i se hacia mas ardiente a presencia de tal injusticia.

—Comprendo. Era lo natural, sobre todo cuando no mediaba el respeto al amor o al interes de nuestros padres que en ocasiones merece el sacrificio de una hija amante.

—¡Oh! si esa hubiese sido mi situacion, Fructuoso mismo me habria fortalecido para arrostrarla. Era tan noble, tan leal; i me amaba tanto, que, apesar de no ser otra la causa de nuestra desgracia que un capricho indigno de respeto, él me trataba siempre como a la esposa que queria recibir pura i honrada.

—¡Admirable jóven!

—¿No es cierto? Si, ¡era admirable, era adorable!..... El primer beso que estampó en mi frente fué tan puro como su amor, i no se ocultó de nuestra amiga confidenta.

—¿I cómo creéis no haberos salvado de una vergüenza?

— Por que al fin fuí madre..... Si ello es mi vergüenza, no la siento. Si es una falta, la he purgado mui severamente...

— No, no lloreis, amiga mia, haced vuestros recuerdos con tranquilidad. Referídmelo todo.

— La última noche, víspera de la partida de Fructuoso a la segunda campaña al Perú, la pasé en sus brazos, desvanecida, extasiada... No tengo ideas fijas... Ni quiero tenerlas... ¿Fuí débil? No lo sé. Pero, ¡Dios mio!...

— ¡Basta, no lloreis! Yo os absuelvo con toda la efusion de mi amistad paternal.

— ¡I vos llorais tambien, i no quereis que yo llore! Todos me han absuelto. Mi madre, mi pobre madre tambien! Méenos mi hermano!...

— ¿Volvisteis a ver al padre de vuestro hijo?

— Sí. Fructuoso volvió con los restos del ejército de Yungai. La campaña habia sido desgraciada. Mi hermano se aprovechó de aquella inmensa desgracia de la patria para llenar su ambicion. Se hizo poderoso...

— Se frustró el plan de vuestro novio...

— Sí, pero él creyó alcanzar mi mano a fuerza de constancia. Se sometió a todo, continuó en el servicio bajo las órdenes de su enemigo, con la esperanza de reducirlo a fuerza de sumision i lealtad... ¡Ah! no puedo mas! Doctor mio, me viene a la memoria aquella horrible catástrofe! Favor, piedad!...

— Llorad, llorad ahora. Venid aquí, a la ventana, respirad la brisa del mar, enjugad vuestros ojos... Tomad este calmante, que os hará dormir dulcemente. Vamos a olvidar todo eso. Solamente os prescribo que me narreis otro dia, con calma, vuestro matrimonio, vuestra peregrinacion al Plata, cosas así, que os sean gratas, que no os hagan llorar. Recostaos. Yo i sor María vamos a velar vuestro sueño...

VIII.

¡Mi hijo! ah! ¿vive aun o muere? Nada sé de él. ¿Se parecerá a su padre? ¿Será bello, valiente, noble, como él? ¡Tener un hijo, saber que vive, i no conocerlo, no saber como es, no haberle oido jamás!..... ¿Hai una cosa mas rara?

Mi voto mas ardiente es que mi hijo no sea jamás el satélite de un déspota. El debe vengarnos, i para vengarnos tiene que ser el

azote de todos los tiranos, el paladin de la inocencia i de la justicia!

¡Los tiranos! ¿Hai nada mas horrible? ¿Hai nada mas irracional? ¿Cómo es necesario ser para vivir odiando, para vivir matando, para vivir en lucha constante con todos i con todo, con la justicia, con la honra, con la verdad, con la amistad, con el amor?..... ¿Cómo se esplican esos odios tenaces, fervientes, implacables, que la política aborta, i que, unidos en una alma de fiera, producen lo que se llama un déspota? ¡I para estos locos no hai hospicios! Solo hai honores, riquezas, sumision, humillacion, vileza! ¡Ah! ¡que mi hijo, Dios mio, no sea jamás el siervo de una locura semejante!.....

Si él tiene en su alma una chispa de la mia, sabrá ántes morir que someterse a esa infamia, que es propia solamente de esa turba de tontos i egoistas que llaman pueblo.

Yo, ¡jamás me sometí, jamás me humillé! Si el cielo no pone en mi camino a un hombre de gran corazon, que, por amor o por lástima, me sacara de la esclavitud, juro que todavía jemiria en ella, pero sin someterme!

—Tu matrimonio está arreglado, me dijo un dia mi hermano, consiento en él!.....

—¡Hola! ¿Consientes? le contesté yo; lo mismo daria que no consintieras, si él, tan caballero como es, quiere salvarme de tu opresion.

—¿Todavía estás loca? Yo no te oprimo.

—Pero has asesinado mi corazon, me has vuelto loca. Mi desgracia es tu obra. Sacrificaste mi amor en aras de tus odios.

—Quise vengarte i salvarte de la perdicion.

—¿Vengarme? ¿de qué? ¿de ser amada? ¡Hipócrita! ¿Salvarme de la perdicion? ¿Quién me perdió si fuí perdida, sino tu infamia, tus odios, tu venganza!.....

—Te perdió quien te sedujo, i el que seduce a una niña es un criminal.

—Tú lo dices. ¿I el que seduce a las esposas de los servidores, de los amigos? ¿I el que no se sácia jamás de seducir, prevalido del poder?.....

—Ese tiene el derecho de hacer todo lo que dices, porque puede.

—Pero no debe asesinar a azotes al que supone amante de su mujer! Ni debe matar a sus propios hijos, por suponerlos de otro hombre! Ni debe asesinar al esposo de la hermana!.....

—¡Estás mas loca que nunca! Te haré encerrar otra vez, en el acto, hasta que te vuelva la razon.....

—¡Oh! No; ahora no. Soi la prometida de un hombre jeneroso, que me salvará, i a quien tú no podrás asesinar!.....

—¡Loca! Necia! ¡Ese hombre sabrá tu historia repugnante i te abandonará!

—Ya sabe mi historia desgraciada, no repugnante, i a pesar de eso me toma por esposa i me salva de tí.....

—¿Quién se la ha referido, dí, habla?.....

—Solo un infame puede imajinar que una mujer desgraciada sea capaz de engañar al hombre noble que se compadece de ella i que liga a ella su suerte. ¿Te imajinas que yo callaria i no revelaria mi pasado al amigo jeneroso que me ofrece su mano? ¿Crees que yo le haya mentido amores, o le haya ocultado la verdad? Le he abierto mi corazon, le he presentado mi pasado. Todo lo sabe, ménos, sí, te lo juro, ménos tu crimen!.....

—¡Ah! Respiro! Has obrado como quien eres, como la hermana de un hombre como yo.....

—Si hubiera obrado como tu hermana, habria mentido, habria engañado, habria traicionado, habria.....

—Calla, Pepa. Tu ódio a mí te pierde. Esa es tu locura. Sé racional por tu propio interés. Vamos a separarnos. El dia de tu matrimonio será para mí el principio de mi descanso. No volvamos a hablar. ¡Por nuestra santa madre, te pido que me olvides!.....

—¡Perdonarte, sí. Olvidarte, nó! ¿Cómo puede olvidar la víctima a su verdugo?

—Muriendo.

—Matándola. Tú debes saberlo. ¿Por qué no me has muerto a mí? Harto lo he deseado. He deseado mas. He querido matarme yo misma. Desde que tú asesinaste mi corazon, hace ya algunos años, no he tenido otro anhelo.....

—No estarias ahora de novia.

—Sí, no estaria ahora obligada a asirme de esa única tabla de salvacion. Si quieres, la trueco por la muerte. Me caso por salvarme de tí. Por conseguir lo mismo, me mataria, dejaria con gusto que me mataras; i talvez seria mejor. ¡Quién sabe lo que me va a suceder!

—¡Eso no me importa!—dijo él dando vuelta las espaldas, i retirándose despechado, talvez furioso.

Yo quedé desahogada. Hacia años que no hablaba con él, que ni lo miraba siquiera.

No sé cuánto tiempo habia pasado encerrada, sin más asistencia que la de dos cholas, que cuidaban de mí, i que a menudo lloraban conmigo..... Decian que estaba loca. Tomaban por locura mi dolor; pero era porque no se queria que mis lamentos revelasen la verdad. Al fin me sacaron a la sociedad. ¿Seria porque habia dejado de lamentarme? Talvez. Ya entónces mi dolor era mudo, impotente, resignado, no hacia daño.....

En la sociedad, fui muda. Tenia la relijion del dolor i me encerraba para rendirle culto, el culto de mis lágrimas. Todos me compadecian, i no disimulaban su compasion. Cada cual se esmeraba en protestarme sus buenos deseos. ¡Qué consuelo! El desgraciado sabe bien lo que valen los buenos deseos de los felices. Le dan risa. Solo estima las simpatías de otros desgraciados.

¿Mi marido lo seria? ¿Por qué simpaticé con él? ¿Por qué me comprendió él, i se intimó conmigo? Tal vez porque era jeneroso, i no sabia mentir los buenos deseos con que ofenden los afortunados.

El dia de nuestro enlace volví a hablarle, a decirle la verdad, porque aun era tiempo de que desistiese de tomarme por esposa. El se reia con aquella injenuidad que le hacía tan amable. Me dijo que le bastaba que yo le tomase como libertador, aunque no lo amara, que su oficio era libertar, i que en esta vez lo ejercia conmigo porque me amaba. Si soi capaz de libertar a los que no conozco, me agregó, ¿con cuánta mas razon no me sacrificaria por libertar a la mujer que amo i a quien elijo por compañera de mi vida? Pepa, tranquilizaos, me vais a deber amor i libertad!

Así fué. Cumplió como caballero. Pero como el cielo no me ahorró dolores, tambien me arrebató a mi libertador.....

IX.

¡Oh, qué sublime! Todo está iluminado por la luz de la borrasca! Son las dos de la mañana. Es imposible dejar de contemplar este espectáculo, por mas que el doctor me ordene dormir en paz toda la noche, sin levantarme.

La tempestad asusta. A mí me deleita. Una luz verdosa, pero vivamente ajitada, intermitente, fosfórica ilumina todo el horizonte. Es un relámpago perpétuo. El trueno no acaba, redobla en to-

dos los ámbitos, i solo es sobrepujado por el estampido de los rayos que caen acá, allá, mas léjos, en todas direcciones, describiendo violentos ángulos con su fuego, i bordando las nubes con cintas i culebrillas rojas i azuladas. Es un solo trueno, un solo relámpago, pero los rayos i centellas son a millares.

El mar ajita sus olas, que parecen de fuego i de esmeralda. Es una esmeralda en combustion, que se liquida i hierva. Sus resplandores dibujan la ribera, e inundan los edificios i los árboles, que parecen fantasmas que danzan i se ajitan convulsivamente.

La lluvia es un torrente que se desploma. ¿Por qué no hunde este asilo i la ciudad misma bajo su peso? ¡Cómo reiría el *Gigante!* ¡Ese Gigante recostado sobre la sierra que circunda la bahía! ¿Estará en este momento siempre tendido, siempre dormido? ¿No se ajitan, ni se despliegan su enorme nariz i su puntiaguda barba con una risa atroz?

¡No, ya el cielo se apaga, el trueno se retira, la tempestad corre, i solo deja en pos el torrente que se desprende de las nubes!

¡El pecho se ensancha! ¡Qué grato es respirar este ambiente húmedo i fresco! ¡Qué lejos se oye el trueno! ¿Por qué pasa con tanta lijereza la borrasca? Ya el mar no se vé. Se oye solamente, como se oyen rodar los torrentes que bajan de la montaña!...

¡Imájen de la vida! El cielo tropical es el remedo de nuestra vida. Aunque seamos de los polos, de las alturas o del llano, nuestra vida tiene borrascas como las de este cielo. ¡Cuándo las borrascas son perpétuas, oh, viene la locura!...

¿No ha bastado para enloquecerme una sola que demoró sobre mí mas de lo que debiera? ¡I aun hoy todavia pesa sobre mi corazón!

Ayer escribia para mi doctor la historia de mi matrimonio. Ese episodio fué en la borrasca de mi vida el viento que refresca, pero el trueno no cesó. Aunque a lo lejos, su estampido no se apagó, como se ha apagado ahora el de la borrasca que acaba de pasar.

El cambio de vida, la variacion de la escena reaccionaron en mí favorablemente. Viví consolada, pero siempre triste. El bullicio de la sociedad me distrajo, sin impresionarme. Las nuevas relaciones me impusieron deberes que me fastidiaron i que por lo mismo distrajeron mi dolor.

Mi llegada al Plata fué de buen agüero. Llegué en dias de fiesta, que a mí me parecieron de alarma, de conflicto. Las calles se veian llenas de jentes que corrian, de corrillos que discutian, de

transeuntes que se atropellaban, de pesados carretones que asordaban el aire, de carruajes que volaban. Todo era por que se aproximaban las dos de la tarde, hora en que el cañon del Parque anunciaba que estaba abierto el carnaval. Aquellos dias de agua, de ruido i de algazara, de mascaradas, de bailes i saraos me impresionaron vivamente; pero me iniciaron en la vida alegre de aquella risueña ciudad, vida que restituyó la calma a mi espíritu, aunque no cauterizó jamas su herida.

Cuando pasó la novedad de mi instalacion cuando mis ojos se habituaron a aquel inmenso horizonte, cuando se me hicieron familiares el rio, la pampa, los boscajes de la ribera, entonces mi imaginacion me trasportó al Illimani. Ya no veía lo que me rodeaba. Solo veía a mi patria, sus altas cumbres, sus torrentes, sus profundos senos... Una cruel memoria volvió a atormentar a mi pobre corazon.

X.

Un afan, al cual nunca me habitué, i un amor cuyos encantos se disiparon, fueron la principal ocupacion de mi vida durante aquellos años de calma.

El afan de disimular el tenaz recuerdo de mi pasado. El amor del ángel que vino a consagrar mi union, el amor de mi linda hija.

Dedicada a los deberes de mi estado, tenia siempre en mi alma la punzante espina de mi dolor. Nada lo calmaba, i a todo instante vivia en mortificante alarma, temiendo que mi marido sorprendiese mi pena. Conversaba, sin ideas fijas; trabajaba, absorta en mis recuerdos; paseaba sin ver el paisaje, dormia despertando sobresaltada de temor de que mi ensueño me denunciara; i cuando oía música, huía con cualquier pretesto, para que las lágrimas no me traicionaran.

¡Qué afan tan crudo! Era mi locura. Todos lo veían al traves de mi triste semblante, de mis lánguidas miradas, i me preguntaban qué tenia, qué sufría, haciéndome estremecer con esta terrible pregunta. Solo mi marido no me lo preguntaba jamas. Lo sabía todo.

Entre tanto mi hija crecía, i sus gracias, su anjelical belleza, crecían con ella. ¿Pero mi maternal cariño bastaba a consolarme? Nó. Mientras mas dulce i graciosa me parecía, mas temia que ella, como yo, llegase a ser víctima de un amor desgraciado. Miétras

mas cariñosa era con migo, mas me recordaba a mi otro hijo, perdido para siempre. No sabia como inspirarla, como dirijirla. Su enseñanza me era grata, pero su educacion, la formacion de su espíritu me arredraba, porque temia contajiarla con mi locura...

Esta niña, me decia su padre, solo hace su voluntad. No hai quien la dirija.—Déjala que goce, le contestaba yo, es única i puede ser la reina de mi casa. ¡Quién sabe que porvenir la espera!

Ella no fué desgraciada, como yo lo temia. Su primer amor fué bendecido por nosotros. No hubo un tirano que la sacrificase a sus venganzas. Mi ambicion fué satisfecha. Pero parece que con ello tomó nueva fuerza mi antiguo dolor.

¿Por qué sucede esto? me preguntaba yo. ¿Es acaso envidia de la felicidad de mi hija lo que aviva en mí el dolor de mi desgracia? No, no era envidia. La hija que se emancipa por el matrimonio no pertenece ya a su madre. Es la rama de un árbol trasplantada a otro terreno feraz; ésta i el árbol paternal son dos seres distintos, por mas que la sávia de su vida sea una misma. Desprendida de mí aquella parte de mí sér, separado de mí aquel ángel, que no debia jamas participar de mi dolor, yo tambien me sentí libre para sufrir, i mi terrible recuerdo, comprimido por tan largo tiempo, volvió a dominar mi corazon. El temor de disgustar a mi marido se disipó. Me habia habituado a creer que él era el único de quien no podia ocultarme, i naturalmente pasé a no poner cuidado en disimular delante de él.

Los años no habian bastado. La edad habia sido ineficaz. ¿Pero qué pueden los años, ni la edad, cuando se ama a una sombra ensangrentada, cuando se ama a un cadáver destrozado en medio del bullicio i de la curiosidad de un pueblo? ¿Es ese un amor que se apaga, un amor que se olvida? ¿Hai algo en el mundo, algo en la vida, que sea capaz de hacer olvidar la imájen de un patíbulo?

Mi linda hija pudo eclipsar esa imájen. El eclipse terminó. La imájen brilló de nuevo. Sola yo, mi recuerdo empezó. Me faltó la fuerza para dominarlo. Me entregué a él, i las forzosas ausencias de mi marido quitaron toda valla a mi dolor. Los dias huyeron de mí. No los sentí, no los ví, no supe si pasaban. Solamente recuerdo que algunas veces me rodeaban en mi lecho mi marido, mi hija, mis amigos, que me trataban como enferma, que se alegraban de poder hablar conmigo, i me preguntaban qué sentia, qué necesitaba.

No sé cuanto tiempo pasó así, ni recuerdo cómo llegué aquí. Pero ahora debo estar sana, puesto que siento los días, veo la luz, respiro la brisa del mar por la noche, siento las tempestades i me recreo en ellas, escribo i lloro, sabiendo lo que hago. El doctor tambien lo dice, que estoi buena...

¡Oh! El entra, le mostraré mi última frase...

XI.

Mucho temo que ella sea tambien la última de su diario. ¡Pobrecita! Pobre mujer, tan noble como desgraciada.

Yo talvez tengo la culpa. He apurado demasiado.

¿Cómo es posible que un médico viejo i experimentado, como yo, haga esto?

Pero ella estaba ya en la plenitud de su razon. Se habia habituado a escribir con calma sus impresiones, sus recuerdos; i hablaba conmigo, abriéndome su corazon i su clara intelijencia, con tanta lucidez, que me imaginé que ya era tiempo de probar su situacion. La prueba era sensible. Me proponia hacerla que me refriese con calma la catástrofe cuyo recuerdo le habia causado la locura.

Lo hizo así aunque con rapidez, sin detalles, porque era necesario no apurar demasiado su sensibilidad. Pero al fin su tierno corazon estalló... La furia ha reaparecido. La fiebre la devora. Su estado es alarmante.

Mientras velo su vijilia, ese sopor que la fiebre causa en su cerebro, voi a continuar su diario. Ella tendrá placer de ver trazado por mí su terrible diálogo, cuando mejore. Talvez, leyéndolo una i otra vez, a mi lado, con mis consuelos i reflexiones, se acostumbre a afrontar su espantoso recuerdo.

—Ved lo qua acabo de escribir, me dijo eyer, cuando entré a verla.—«El doctor tambien lo dice, que estoi buena.»

Sí, le contesté. Efectivamente, hace tiempo que no sorprendo en vos ningun síntoma de vuestro mal. Ahora mismo leo aquí que decis que amais a una sombra ensangrentada, que recordais un patíbulo; i a pesar de eso, veo que continuais vuestra narracion con toda cordura. Esto es un progreso inmenso.

—¿Lo creis así? Pues entonces estoi buena. Escribí eso sin llorar, i recordé sin estremecerme el último instante de mi amor. Podria referíroslo, aunque talvez lloraria...

—Lo que no seria peor. Hace días que no llorais, me parece...

—Eso no. Lloro diariamente, i casi siempre despierto por la noche llorando, porque sueño con Fructuoso muerto.

—Nunca dejareis de representárosle así?

—¡Jamás! No puedo recordarlo jamás, sino en sus últimos momentos.

—¿Qué murió a vuestro lado?

—¡Oh! No....

—No contengais vuestras lágrimas. Desahogad el corazon, pobre amiga mia. ¿Tal vez hubo jente bastante temeraria que os hizo la historia de su muerte, o vos lo fuísteis para oirla o leerla. ¿Pero no seré yo tambien un temerario al haceros hablar de esto?

—No, no, doctor. Es preciso que lo sepais todo. Lo necesitais para curarme. Si hubo temeridad, solo fué de mi parte. En la víspera de aquel terrible dia, presté el oído imprudentemente a una conversacion que ciertos infames satélites de mi hermano tenian en una antesala.

Uno se jactaba de haber prestado una declaracion en las mismas palabras que estaban en el papel que se le habia dado. Otro le reprochaba que esa fidelidad podia ser causa de que fusilaran al coronel injustamente. No será mia la culpa, replicaba el primero; he cumplido con la órden que se me dió, aunque sé que el coronel es inocente, i que si lo fusilan es en castigo de su amor... No por conspiracion, pero a mí, ¿qué me importa? Al contrario, me darán un grado, para que calle...

Esta conversacion me hizo estremecer. Hacia muchos dias que no sabia de Fructuoso, que no hallaba noticias suyas. Mi inquietud fué terrible. No comí, no dormí; lloré, me desesperé, i llegué al extremo de intentar salir a la calle esa noche, a las tres de la mañana, en busca de Fructuoso. No lo conseguí. No pude forzar ninguna puerta, ni escalar ningun techo, ni seducir a ningun sirviente, a ningun soldado...

Al dia siguiente, apenas se abrió mi casa, salí para ir a la iglesia. En la puerta de calle, un soldado me detuvo, diciéndome que no se podia salir. Todo fué inútil. Nadie me obedeció, nadie me oyó siquiera.

Volví a mi aposento, llorando amargamente. Me eché en un sofá, fuera de tino, llena de dudas, de aprehensiones, de temores, que desechara o admitia, que combatia o aceptaba. Un coronel, víctima inocente. Pueden haber varios. ¿Por qué ha de ser Fructuoso? Pero será fusilado en castigo de su amor... ¿Acaso los amores

no son parte principal de la política de mi hermano? Habrá tantos castigados por causa de su amor! ¿Por qué ha de ser precisamente Fructuoso?...

I estas reflexiones eran justas en ese momento. La plaza, las calles estaban de fiesta: destacamentos militares con sus músicas, jentío, bullicio, gritos, silbos, risas de alegría. Todo era movimiento i algazara. No era día de castigo, no era posible que se tratara de ajusticiar a nadie. ¿El pueblo podia estar tan alegre?

Casi me tranquilicé. Pero temblaba de acercarme al balcón, aunque la curiosidad me devoraba. La música habia cesado, el bullicio se apagaba. Yo daba un paso al balcón i dos atras. Algo me sujetaba. No sabia qué. La angustia me sobrecoje de nuevo. Me reprendo. ¡Qué cobardía! ¿Por qué me formo fantasmas? ¡Estoi loca! ¡Vamos, serenidad!...

¡Un redoble! Una voz de mando, ruido de armas! Silencio... Un tambor sordo se acerca, tocando una marcha que aun ahora me retumba en el corazon—tan—tamatan—tan... ¿Qué será? ¿Por qué ese silencio? ¡Ese tambor siniestro!...

Me lanzo a la ventana. Miro: era él, Fructuoso, sí, Fructuoso, rodeado de soldados; un clérigo con un Santo-Cristo en las manos le acompañaba i le hablaba. El marcha sereno, firme, airoso. Al pasar me saluda con la mano, llevándosela al corazon. Pasa... Yo no creo lo que veo. No lo comprendo. No me lo esplico. No sé, no...

—Basta, basta, amiga mia, no continéis.

—Sí, no continué. Me desvanecí. Me doblé, me desplomé sin vida; pero veía, oía, sentía... Silencio profundo. Una descarga, música, bulla...

—¡Oh, estoi despierta! Era todo ilusion. Me levanto, pero como de una pesadilla, con un vértigo que me despedaza la cabeza. Miro, veo gran movimiento; allí, allí, donde mismo le habia conocido seis años ántes, bizarro, deslumbrador; sí, allí donde el sol me habia iluminado su bello semblante; allí mismo estaba sentado en un banquillo, su bella cabeza inclinada hácia atras, su pecho desgarrado, cubierto de sangre....

Todos pasaban. El clérigo, rodeado de varios, con el crucifijo en una mano, un libro en la otra, accionaba con viveza i reia a carcajadas...

Sí, reia como yo... ¡Ahaaaa, jajaja!.....

—No, Pepa, amiga mia, no riais...

¡Qué no veis que es la carcajada de las lágrimas!... ¡I vos no reis, vos! ¡Ahora! todos rien, el clérigo, los hombres, las músicas, los niños. ¿No los veis? La sangre hace reir, las lágrimas hacen reir, el gusto hace reir, el dolor hace reir!... ¿I por qué no? ¿Qué le importa al mundo que muera un hombre querido, un hombre inocente? No mueren los malvados? Por qué no han de morir los buenos? Todo da risa, todo da llanto. ¿I qué diferencia hai entre el llanto i la risa? ¡Oh! miradle, allí, venid a la ventana i vereis que no miento. ¿No es verdad que está lleno de sangre? ¿No es verdad que rodean el patíbulo muchos curiosos, que se retiran, unos callados, otros hablando, riendo; sí, todos rien, como el clérigo, como su Santo-Cristo, como yo. ¡Aha-ja-ja-ja!...!—

Sor María, ayudadme a levantarla; pongámosla en su lecho; está desmayada...

XII.

Me fué imposible contenerla. Su narracion nerviosa, intermitente, violenta, no me daba lugar. La impresion misma que me causaba me impedia dominar el caso: la sensibilidad triunfaba de la ciencia. Yo no era médico en aquel instante. Su delirio la abatió, i a mí me despertó. Pero todo fué inútil, ineficaz, en aquel momento de crisis. La fiebre ha sobrevenido. El letargo cerebral ha dominado. ¡Ah! si él bastara a restablecer el organismo! La reaccion suele restablecer las funciones... Pero la debilidad, la atonía...

¡Oh! no, ella despierta, se incorpora, se sienta, su mirada no está turbada. Voi, amiga mia...

XIII.

Sí, fui a su lecho...

¡Pero para recoger su último suspiro!

—Doctor, me dijo, estoi buena. Me habeis vuelto la razon, pero para morir. Me siento morir... No con el corazon desgarrado por las balas, como él. El mio está sano para consagrarle su último suspiro!... ¡Dios bendiga a mis hijos! Dios los salve de la infamia, que es la locura de los cuerdos...

Su voz se apagó. Su busto cayó dulcemente sobre el lecho. Era un cadáver....

LA MUJER-HOMBRE.

DRAMA EN TRES ACTOS.

PERSONAJES:

FLORENTINA.

RICARDO.

LUISA.

JULIO.

CLARA.

JORJE.

GREGORIA.

JUAN.

La escena en Valparaiso i en nuestros dias.

ACTO PRIMERO.

Sal amodestamente amueblada.—Dos puertas al foro.—Dos mas laterales, una a la derecha i otra a la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

JUAN I GREGORIA (*foro, izquierda*).

Greg.—Eres mui curioso, Juan.

Juan.—Pero, hija.....

Greg.—I mui imprudente. ¿Si te oyese la señorita Luisa?

Juan.—¿Qué mas daba, cuando a ella misma se lo voi a preguntar?

Greg.—¿Estás en tu juicio, hombre de Dios?

Juan.—Sí, se lo pregunto, como tú no me saques de la curiosidad. ¿Qué mal hai en eso? Quien pregunta no yerra.

Greg.—¿Pero qué te va ni qué te viene con que don Florentino sea lo que sea?

Juan.—(Con misterio). Está bien: yo tampoco he de contarte una cosa que acabo de saber.....

Greg.—Cómo! ¿qué cosa es esa?

Juan.—Una cosa..... en que a tí nada te va ni te viene.

Greg.—Me la has de contar ahora mismo. ¿No sabes que un buen marido nunca tiene secretos para su mujer?

Juan.—Sí, cuando la mujer no los tiene tampoco para su marido.

Greg.—(Con cariño). Vamos, Juanito, te prometo no decir nada; cuéntame....

Juan.—Nó, cuéntame tú primero.

Greg.—Si yo nada sé.

Juan.—Mentira: tú conoces desde niño a don Florentino i a toda su familia.

Greg.—Sí, es verdad, pero..... ya te he dicho que no son mas que aprensiones tuyas.

Juan.—No es cierto; yo tengo mis motivos.... En fin, me voi...

Greg.—(Deteniéndolo). Ven acá, hombre..... pero cuéntame tú primero.

Juan.—Nada; primero tú. Yo soi el hombre i tengo la preferencia.

Greg.—Jesus! Qué porfiado!

Juan.—Mas porfiada eres tú..... En fin, me voi.....

Greg.—Oye, Juan.

Juan.—Ya oigo.

Greg.—Yo te dijese..... pero ¿me prometes?.... Nó, nó, tú eres mui hablador.....

Juan.—Luego hai algo.

Greg.—Yo nada te he dicho.

Juan.—Se acabó entónces. (Intenta irse.)

Greg.—Pero aguárdate..... Que siempre has de salirte con la tuya..... ¿Me prometes no revelar a nadie lo que voi a confiarte?

Juan.—Si es un secreto.....

Greg.—Sin duda. ¿Pero tú tambien me prometes contarme lo que sabes?

Juan.—Por de contado. (Vaya que son curiosas estas mujeres!)

Greg.—Déjame ver primero si no hai álguien..... (Tan curiosos estos malditos hombres!) A nadie veo. La señorita está entretenida en su cuarto.... Sentémonos.

Juan.—¿Tanto tienes que decirme?

Greg.—Al contrario, es mui corta la historia.... ¿Te acuerdas cuando nos casamos?

Juan.—¿I a qué viene eso, Gregoria?

Greg.—Escucha no mas. ¿Recuerdas que entónces te hablé de una pobre señora, una santa mujer, que habia sufrido mucho con su marido?

Juan.—Creo que sí.

Greg.—¿No recuerdas tambien que me prometiste no ser tú tan malo conmigo?

Juan.—I te lo he cumplido ¿no es cierto?... Pero ¿qué tiene que ver?...

Greg.—Oyeme, Juan, i no me interrumpas: ese caballero de que te hablo era el padre de la señorita Luisa i de don Florentino.

Juan.—Ah!!

Greg.—Cuando murió, sus hijos estaban todavía pequeñitos....

Juan.—Pobrecitos!

Greg.—Pero nada hubiera sido eso, Juan; es el caso que al morir el caballero no tuvo siquiera el consuelo de dejarles con que comer. Ya podrás imaginarte los sufrimientos de aquella pobre viuda! I tan buena la señora! Dios la tenga en su santa guarda! Cada i cuando me pongo a contemplar a la señorita Luisa, no puedo por ménos que acordarme de ella; porque has de saber, Juan, que la señorita Luisa es el vivo trasunto de su madre.

Juan.—Como tambien no sea tan desgraciada!

Greg.—Eso es lo mismo que yo estoi temiendo..... Pero como iba diciéndote, la pobre señora, sin saber qué hacer ni para dónde tirar con sus criaturas, comprendió al momento que su situacion era desesperada. Afortunadamente la señora tenia talento i resolucion. Apenas dió sepultura a su finado, se vino con sus hijas a Valparaiso i..... (*Mirando recelosa a su derredor.*)

Juan.—¿Qué mas? Continúa.

Greg.—Es todo lo que sé.

Juan.—¿No me engañas?

Greg.—Desde entónces no tuve noticia ninguna de la señora ni de sus hijitas.

Juan.—¿Hijitas? Es decir que don Florentino.....

Greg.—Yo no sé qué decirte, Juan, porque, si he de hablarte

con franqueza, a mí también me sorprendió mucho cuando, al llegar aquí, le encontré hecho todo un hombre i ocupando tan buena posición en casa de su patron don Jorje. Es verdad que todo esto, como él lo suele decir, se lo debe a su pobre madre, porque ella misma lo educó con un esmero que..... ya lo ves: es un caballerito por los cuatro costados.

Juan.—Será todo lo caballerito que tú quieras; pero yo sería capaz de apostar que don Florentino no es lo que parece..... I luego lo que acabas de decirme.....

Greg.—Yo nada te he dicho; eres tú el malicioso. Dónde se te ha puesto..... Acabas de entrar en la casa i ya supones unas cosas.....

Juan.—Pero ¿no le has preguntado a la señorita Luisa?

Greg.—Dale! Esas cosas no se preguntan, Juan, por Dios!

Juan.—Entonces yo me encargaré de averiguar si don Florentino..... o doña Florentina.....

Greg.—Cuidado, Juan! Ni de bufonada lo digas!

Juan.—(Yéndose). O salgo de mi curiosidad, o que no me llamen Juan.

Greg.—Cómo! ¿Te vas? Ahora te toca a tí.

Juan.—¿Qué cosa?

Greg.—Lo que ibas a contarme.

Juan.—¿Yo?

Greg.—Sí, tú. Hazte el leso ahora.

Juan.—¿I me has creído, tonta?

Greg.—Ah! embustero!... qué pícaro!.....

Juan.—Calla; la señorita Luisa.

ESCENA II.

DICHOS I LUISA (izquierda.)

Luisa.—¿Disputaban ustedes?

Greg.—No lo acostumbremos, señorita.

Juan.—Eso no lo hacemos nosotros los buenos casados, señorita, sino un tal que vez.

Luisa.—Bien: ¿está ya todo arreglado?

Greg.—Todo, señorita,

Luisa.—¿I las luces?

Juan.—Vamos por ellas al momento.

Luisa.—(a *Greg.*) ¿Te has acordado de llevar las flores a Clara?

Greg.—Sí, señorita (*Vase.*)

Luisa.—Oye tú, Juan; tengo que darte una orden.

Juan.—Las que mande su merced.

Luisa.—Siempre que me halle sola i venga Ricardo, no estoy en casa, ¿entiendes?

Juan.—Perfectamente.

Luisa.—Vete ahora: es cuanto tenia que decirte; pero no lo olvides. Acuérdate del nombre, Ricardo.

Juan.—Pierda cuidado, que lo tendré mui presente. (*Yéndose, foro izquierda, repitiendo:*) Ricardo..... Ricardo.....

ESCENA III.

LUISA I FLORENTINO. (*foro, derecha.*)

Florent.—¿Llego a tiempo?

Luisa.—Cómo! ¿No has comido aún?

Florent.—Sí, sí, no te afijas. ¿Me has esperado mucho?

Luisa.—Una hora..... Pero ¿dónde has comido?

Florent.—En el café, con Julio. Hemos tenido que trabajar tanto..... Vengo rendido. (*Se sienta.*)

Luisa.—Te afanas demasiado. Tomas tal interes, que ya no pareces un simple empleado de la casa.

Florent.—Qué quieres! Se ha depositado en mí toda confianza, i esto solo compromete mi delicadeza.

Luisa.—Sí, pero tú haces sacrificios superiores a tus fuerzas.

Florent.—¿Sacrificios?... Nó, Luisa. Eso que tú llamas sacrificios es para mí felicidad, gloria, orgullo! Cuánto no halaga mi vanidad esto de poder decir: vivo de mi trabajo! soi un hombre útil! i sobre todo ¡soi libre! Ah! tú no puedes comprender esto, Luisa!

Luisa.—Casi, casi te encuentro razon. ¡Si yo pudiese decir otro tanto!

Florent.—Ah! nó; tú eres mujer. Desgraciada! Cuando más, te espera la felicidad del matrimonio, si es que algun hombre quiere cargar contigo.

Luisa.—Es verdad!

Florent.—Confiesa que por lo ménos es dudoso tu porvenir. El matrimonio! Dios me libre de él! I cuenta que ganando la partida,—casándote quiero decir,—todavía te falta dar con un hombre que no pretenda hacerte su esclava. ¿I qué ménos? ¿No vas a vivir a sus espensas?

Luisa.—Eso es demasiado. Te vuelves un pesimista inexorable en tratándose del matrimonio.

Florent.—¿No ves que él me recuerda el martirio de nuestra pobre madre?

Luisa.—Una escepcion.

Florent.—Como hai muchas en el mundo.

Luisa.—¿I qué hacer? Asi es la vida.

Florent.—Es asi en efecto; pero no debiera serlo.

Luisa.—Qué quieres! condicion de la humanidad!

Florent.—Nó, condicion del hombre; su orgullo, su despotismo....

Luisa.—Siempre con esas ideas.....

Florent.—Sí, siempre, porque, o tengo razon, o no he nacido para amar a trueque de sacrificar mis derechos. Convéncete, Luisa: la lei i la sociedad son injustas con la mujer. Para ella toda responsabilidad i toda resignacion; para el hombre toda libertad i todo derecho. En mí tienes un ejemplo: yo mujer, ¿qué sería de mí? qué sería de las dos? Yo hombre, ya lo ves: bienestar, respeto, consideraciones, nada nos falta. Mi patron me estima, sus hijos me quieren, sobre todo Clara..... Ah! qué buena es Clara! i cuánto la debo!

Luisa.—¿Sabes que tendria celos de Clara si eso fuese posible?

Florent.—Como yo de Ricardo, si ente semejante fuese capaz de inspirar amor.

Luisa.—Sin embargo, tú me has dicho que pretende a Clara i que ella tambien.....

Florent.—Es verdad, pero yo la salvaré! Me intereso tanto por su suerte, como si se tratase de la tuya, Luisa, porque la quiero, la amo como a una hermana, como a tí misma.... i no te pongas celosa, Luisa mia. (*La abraza.*) He temido tanto por la suerte de Clara viéndola constantemente asediada por Ricardo, como confianza he tenido siempre en tí, porque sé que le odias.....

Luisa.—Nó, no le odio; te equivocas.....

Florent.—Qué dices!?

Luisa.—Pero estoi mui léjos de amarlo.....

Florent.—Ah!

Luisa.—I aunque quisiera, no podria hacerlo: mi corazon ya no me pertenece.

Florent.—¿Es posible!? ¿Tú amas?.....

Luisa.—El no te lo ha dicho?

Florent.—El? Pero quién es él?

Luisa.—Julio.

Florent.—Ah!! (Dios mio! Tambien ella le ama!) Pero eso es imposible, Luisa. No puedo creerlo..... Sin decirme una palabra..... Soi tu hermana mayor, casi tu padre; en fin, tú no eres libre!

Luisa.—Es verdad! No soi libre ¡soi mujer! i como mujer, no tengo ni el derecho de amar!

Florent.—Nó..... yo no he querido decir.....

Luisa.—Comprendo. Tú te has rebelado contra esa tiranía; i pues ya eres libre, es decir, *hombre*, ¿qué te importan los derechos de la mujer?

Florent.—Luego tú te rebelas ahora?.....

Luisa.—Qué quieres? Sin pensarlo hemos cambiado los papeles....

Florent.—No prosigas, Luisa. Confieso que he sido injusta i hasta cruel contigo. Tienes derecho de amar: ámale pues..... Pero ¿por qué no me lo has dicho ántes?

Luisa.—¿I por qué hoi ha de ser tarde? Si Julio no es digno de mí, dímelo, Florentina, que aun es tiempo de renunciar a su amor.

Florent.—Nó, nó, jamás; eso es imposible.

Luisa.—¿Imposible? ¿Por qué?

Florent.—¿I me lo preguntas a mí!

Luisa.—Una palabra tuya, i verás que soi capaz de un sacrificio; sí, sacrificio, porque le amo, Florentina, le amo!.... Pero a qué esplicarte, si tú no puedes comprender esta pasion, ni menos mi sacrificio!

Florent.—¿Que no los comprendo! Eres tú, Luisa, la que no puedes comprenderme a mí. ¿Por qué te digo que le ames? ¿Por qué dudo de tu sacrificio?

Luisa.—Es decir que.....

Florent.—Te suplico, te ordeno que sigas amándole.

Luisa.—Gracias, hermana mia! (*Abrazándola.*) Tú le querrás como yo, ¿no es cierto?

Florent.—Nó.... yo no le quiero.....

Luisa.—Cómo! Por qué!....

Florent.—Sí, le querré..... como le he querido siempre..... como siempre nó..... es decir..... Ah! Luisa! Luisa! tú me estás haciendo sufrir!.... Déjame!.... quiero estar sola! (*Se pasea.*)

Luisa.—(*Yéndose, izquierda.*) (Pobre hermana! Me quiere tanto, que está celosa del amor de Julio!)

ESCENA IV.

FLORENTINA.

Florent.—No hai remedio: yo debo renunciar a esa pasion. Por fortuna nadie sabe, ni Julio mismo, que yo le amo. Morirá conmigo este secreto, i Luisa será feliz!.... ¿Pero lo amaré ella tanto como yo? Imposible! Entónces ¿por qué hago este sacrificio?.... Nó, nó, yo tengo mejores derechos..... En todo caso, disputaremos i veremos quién vence.... Qué digo, Dios mio! Estoi delirando! ¿Yo rival de mi hermana? Jamas! Confieso que me estoi conduciendo como una mujer!

ESCENA V.

FLORENTINA i JUAN con luces.

Juan.—(Aquí está don Florentino.)

Florent.—Pero nó, sabré portarme como hombre. (*Váse, derecha.*)

Juan.—(No hai que darle vuelta: mujer i mui mujer. Esos tranquitos, ese pié tan chico, esa mano tan fina, esa cintu..... nó, que de aquí no es mui fina.)

ESCENA VI.

DICHO i GREGORIA con mas luces.

Greg.—Toma, Juan; recibe esto i colócalo en la otra mesa..... ¿Que no oyes?.... Pronto!

Juan.—I tú ¿por qué no lo haces?

Greg.—No lo hago porque..... porque no me da la gana.

Juan.—Pues a mí tampoco me da la gana de obedecerte. ¿Tú me mandas a mí?

Greg.—Por supuesto, i debes obedecerme, así como yo tambien te obedezco cuando me mandas alguna cosa.

Juan.—Pero es que yo tengo derecho de mandarte.

Greg.—¿I yo nó?

Juan.—Nó, porque yo soi el marido.

Greg.—¿I yo no soi la mujer?

Juan.—Sí, pero las mujeres no tienen derecho de mandar a sus maridos.

Greg.—¡Qué me cuentas, Juanito!

Juan.—¡Lo que oyes, Goyita!

Greg.—La lei del embudo.

Juan.—Del matrimonio. Acuérdate que cuando nos casamos nos dijo el señor cura.....

Greg.—El señor cura!.... ¡Bien saliamos si hiciésemos cuanto nos dicen los señores curas!

Juan.—(Esta mujer ha perdido hasta la relijion con haberse venido a este puerto.)

Greg.—Pero ¿en qué quedamos, Juan?

Juan.—Eso es lo mismo que yo digo: ¿en qué quedamos? Siquiera me pidieses las cosas por favor, ya seria distinto; pero con esa prosa, ni la patrona.

Greg.—Juan! Juan! no me incomodes! Recíbeme esto, te digo! Mira que ya me voi cansando.....

Juan.—Si estás cansada, ya ves; ahí está la mesa: con dar dos pasos.....

Greg.—Es decir que no me obedeces!

Juan.—Si eres tú, mujer, quien no me obedece a mí. ¿No te mando que lo pongas ahí?

Greg.—Está bien: ya me pedirás alguna vez un favor..... (*Va a colocar el candelabro.*)

Juan.—Trae, trae, mujer!

Greg.—Esta me la has de pagar, i ahora mismo..... Toma; agárralo bien..... (*Al entregar a Juan el candelabro, simula que se le escapa de las manos; Juan da un grito, i ella váse corriendo i a carcajadas.*)

Juan.—Me la pegó!.... Estas mujeres son el mismo demonio! Ha-

cen con nosotros lo que se les antoja, i todavía no están contentas, porque dicen que quieren ser libres, que no las mande nadie.....

ESCENA VI.

DICHO I JULIO.

Julio.—¿I tu señorita?

Juan.—¿Cuál de las dos?

Julio.—¿Cómo cuál de las dos? ¿Cuántas señoritas hai en esta casa?

Juan.—Ah!.... Es verdad!.... (Qué bruto soi!)

Julio.—(Mis sospechas se confirman.)

Juan.—Yo creí que usted me preguntaba por la señorita Luisa, o por la otra señorita.....

Julio.—¿Cuál otra señorita?

Juan.—La Gregoria..... mi esposa, para servirle. (La enmendé.)

Julio.—Qué tengo yo que ver con tu Gregoria.....

Juan.—Pero yo sí.

Julio.—Te pregunto por la señorita Luisa.

Juan.—Ah! eso ya es otra cosa. La señorita Luisa no está en casa para..... ¿No es usted don Ricardo?

Julio.—(Pobre hombre; todo lo hace al revés.) Yo no soi Ricardo; me llamo Julio.....

Juan.—Ah! Ese mismito fué el que me dijo la señorita Luisa, ahora que me acuerdo..... Julio, sí, Julio; por mas señas que me pareció así como nombre de extranjero ingles.

Julio.—(Levantando la voz.) Vamos, ya te he sufrido demasiado: dí a Luisa inmediatamente que don Julio está aquí.

ESCENA VII.

DICHOS I LUISA.

Luisa.—¿Qué has hecho, Juan?

Juan.—Lo que usted me dijo, pues, señorita.

Luisa.—Vete, infeliz.

Julio.—Tu criado, Luisa, es de los que cojen el rábano por las hojas.

Juan.—(*Saliendo.*) (Si yo hubiese sabido que él era rábano.....)

ESCENA VIII.

DICHOS, *ménos* JUAN.—FLORENTINA *en acecho.*

Julio.—Con que a Ricardo se le recibe aquí con ciertas reservas. No me lo habias dicho, Luisa.

Luisa.—Es tan majadero. I como Florentino tampoco le quiere..... Pero no hablemos mas de ese hombre..... ¿No te sientas? (*Le da el ejemplo.*)

Julio.—Sí, pero con una condicion.

Luisa.—¿Cuál?

Julio.—Que ha de ser a tu lado.... así..... cerquita.... (*Va a tomarle una mano, que Luisa retira suavemente.*)

Luisa.—Cuidado... mas bajo... que Florentino está en su cuarto.

Julio.—Ah!

Luisa.—Aunque no es un secreto ya para él...

Julio.—Cómo! ¿Le has dicho?...

Luisa.—Todo.

Julio.—Temo que haya sido una imprudencia.

Luisa.—Imprudencia ha habido en ocultárselo.

Julio.—I bien, ¿qué dice Florentino?

Luisa.—Lo que siempre dice todo buen hermano: que sea feliz.

Julio.—I lo serás, Luisa, te lo juro, porque tu felicidad es tambien la mia.

Florent.—(*Al paño.*) (Ah! Julio con Luisa?)

Luisa.—Quiera Dios que algun dia no tenga que recordarte estas palabras!

Julio.—Nó, Luisa: mi corazon te pertenece; este amor que me has hecho sentir, que tú has despertado en mi alma, es todo tuyo, i nadie en el mundo, sí, nadie, tiene derecho a reclamar nada de mí, ni en cambio de una mirada siquiera!

Florent.—(I yo ¡insensata de mí! vivo muriendo por él!)

Luisa.—Ah! Julio! Si tú no te rindes mas que al amor, i si es cierto que los ojos son el espejo del alma... mírame! con.

templa la mia!... Dime ahora si yo puedo temer a una rival!...

Florent.—(Cuánto le ama!)

Julio.—Luisa adorada! Cierto, cierto que me amas! Tus ojos me lo dicen... Pero nó, no los apartes de los míos; sigue mirándome. Un momento mas, i mi fascinacion será eterna!

Florent.—(Basta de sufrimiento!) (*Abre la puerta con violencia.*)

ESCENA IX.

LOS MISMOS.

Luisa.—Florentino!

Julio.—(*Levantándose i turbado.*) ¿Qué hacías?... Te esperaba hace rato.

Florent.—En vano te empeñas en disimular: lo he oído todo.

Julio.—Muy mal hecho, amigo mio. Pero ya que has querido oírlo...

Florent.—Luisa, déjanos solos.

Luisa.—(*Acercándose.*) Estás ajitado... serénate...

Florent.—Te suplico que nos dejes.

Luisa.—Obedezco. (*A Julio bajo:*) Prudencia, por Dios! (*Váse.*)

ESCENA X.

DICHOS, ménos LUISA.

Florent.—Sentémonos, Julio.

Julio.—Ya lo estoi: habla, pues.

Florent.—¿Por qué tan léjos? Mas cerquita, hombre... Vamos, haz de cuenta que yo soi Luisa; aquí, a mi lado.

Julio.—¿Sabes que estás de mejor humor del que yo creía? (*Se aproxima.*) (Ah! recuerdo ahora la indiscrecion del criado.) (*Mira a Florentino con curiosidad.—Pausa.*)

Florent.—Qué me miras tanto?

Julio.—Eso mismo iba yo a preguntarte.

Florent.—(Dios mio, no sé qué siento!) (*Se separa disimuladamente.*) Concluyamos de una vez.

Julio.—Empecemos, querrás decir.

Florent.—Tú amas a Luisa.

Julio.—Nó, no la amo, Florentino; la adoro! i tanto, como te he querido a tí, amigo mio, hermano de corazón! (*Le abraza.*)

Florent.—Ah! Qué feliz va a ser Luisa!

Julio.—I yo tambien, si así lo quieres tú.

Florent.—¿I puedes dudarlo, cuando de esa felicidad voi a participar? ¿Ni cómo ha de ser indiferente quien sabe lo que es amor?

Julio.—¿Acaso tú amas, Florentino?

Florent.—¿Por ventura no tengo corazón?

Julio.—Pero ¿por qué te has ocultado de mí? Vamos, sé franco: ¿quién es ella?

Florent.—No puedo decírtelo: es un secreto.

Julio.—¿Un secreto? ¿I lo es para mí tambien?

Florent.—Para todo el mundo.

Julio.—Qué significa esto!... (Pero hoi salgo de dudas.) Veo que hai aquí, mas que un secreto, un misterio, Florentino. Soi tu amigo, me considero ya tu hermano, i es preciso que confirmes o destruyas mis sospechas: quiero que me digas al fin, pero de una manera terminante...

ESCENA XI.

DICHOS, RICARDO (*con una flor en el ojal del levita i un ramito en la mano*) i luego JUAN.

Ricardo.—¿Se puede entrar?

Julio.—(Importuno!)

Florent.—(Quién!)

Ric.—¿No incomodo?

Florent.—Ah! Es Ricardo... Adelante.

Juan.—(¿Ricardo? Este es el *musiú*. Pero cómo se me pasó!)

Ricardo.—No pensé encontrarlos aquí. Acababan de decirme que hace poco los vieron en el café.

Julio.—En efecto...

Julio.—(Qué va a decir ahora la señorita Luisa!)

Florent.—Fuimos a comer, nada mas que a comer... i aquí nos tienes... ¿ocurre algo?

Ric.—Nada de nuevo.

Juan.—(Voi a avisarle que ha llegado...) (*Se dirige al cuarto de Luisa.*)

Ric.—¿I Luisita?

Florent.—Buena.

Juan.—No está en casa, señor.

Ric.—Qué entrometido es tu criado, Florentino.

Juan.—Mas entremetido será él.

Florent.—Silencio, insolente!

(*Juan, asustado, se precipita por la puerta del cuarto de Luisa.*)

Ric.—Jesus! Qué criado tan... mal criado!

Florent.—Creyó talvez que Luisa habia salido...

Ric.—Entónces está aquí! Cuánto me alegro!... ¿Qué te parecen, Julio, estas flores?

Julio.—Bonitas.

Ric.—Acaban de regalármelas.

Julio.—¿Es posible?

Ric.—De veras.

Julio.—Me alegro mucho.

Ric.—Me las regaló... Pero ¿no me preguntas quién me las regaló? Qué poco curioso eres... Huele... ¿Qué tal?... Si tú supieras quién me las regaló!...

Julio.—Pero lo supongo: alguna buena moza.

Ricardo.—Aquella, aquella gordita de que te he hablado..... Hombre! está loca por mí!

Florent.—(Qué tonto!)

Julio.—Envidio tu suerte, Ricardo; vaya que eres feliz en esto de amores!

Ricardo.—Ah! es que yo sé pillarlas, pues, amigo.

Julio.—Creo que las pillas al vuelo..... ¿no es verdad, Ricardito?

Ricardo.—Nó, tanto como eso nó.

Florent.—(¿I esto es un hombre!)

ESCENA XII.

DICHOS, LUISA, i tras ella JUAN, que se irá por el foro.

Ricardo.—Luisita!.....

Luisa.—Caballero.....

Ricardo.—¿Estás buena, hijita?..... Qué interesante te encuentro..... Ese peinado.....

Juan.—(Qué maricon!) (Váse.)

Ricardo.—No le falta mas que..... ¿no tienes flores?..... Toma, toma, colócate éstas.....

Luisa.—Cuánta galanteria!

Julio (a Florent.)—¿Qué tal? Le dá las flores de la gordita.....

Luisa.—Pero estas flores.....

Ricardo.—Sí, hijita, son unas flores.....

Luisa.—Las mismas..... ¿Por qué me las devuelves, Julio?

Julio.—¿Yo?

Luisa.—Esta tarde he mandado dos ramos con Gregoria, uno para Clara i este para tí.

Ricardo.—(Me han pillado.....Serenidad.)

Julio.—No puede ser, Luisa; te equivocas: esas flores son de Ricardo. Acaba de obsequiárselas.....

Luisa.—¿Quién?

Florent.—Una gordita.

Julio.—(a Florent.)—Qué mentira tan grande! Por eso nos decia que era gordita.

Ricardo.—Voi a decirte la verdad, Luisa. Les he jugado una broma i me la han creído.

Julio.—(Sí, mucho!)

Ricardo.—¿Puedes imajinar que yo habia de traerte flores de tercera mano? Las encontré en casa de Clarita, i como no sabia que fuesen para Julio.....

Julio.—Pues si son mias, vengan. (Las huele con placer.)

Ricardo.—(a Florent.) A propósito de Clara, te necesita esta noche no sé para qué asunto importante. Me dijo que te esperaba al té.....Ah pícaro! qué feliz eres! Clarita se muere por tí.

Florent.—¿Qué me cuentas? Hai una gordita que se muere por tí; ahora es Clara la que se está muriendo por mí. ¿Qué epidemia es esta, Ricardo?

Luisa.—(a Julio.)—Ha sido orijinal el lance.

Julio.—Como obra de Ricardo.

Ricardo.—Ah! Tambien tengo una carta de su papá.....

Florent.—¿Carta de don Jorje? ¿Para quién?

Ricardo.—Para tí; toma.

(Florentino empieza a leer para sí, inmutándose por grados.)

Ricardo.—¿Aun rien ustedes?

Luisa.—No ha sido para menos la broma que usted nos ha jugado. Tiene tanto ingenio!

Julio.—I sobre todo mucho chiste. (*Huele intencionalmente las flores.*)

Ricardo.—Mas vale así. Mucho me alegro de que hayan tenido oportunidad de reir un poco. ¡Son tan tristes en esta casa! Ya se vé, este pícaro mundo nos da tan pocas ocasiones para reir!.....

Florent.—Qué es esto!!

Julio.—Florentino está afectado!

Luisa.—Qué ocurre, por Dios!

Ricardo.—¿No lo decia? Si la felicidad es un ave de paso.

Luisa.—¿Qué carta es esa?

Julio.—¿De quién es?

Florent.—De tu padre.

Julio.—¿De mi padre?

Florent.—Que me arroja de su casa.

Luisa.—Dios mio!

Ricardo.—(*con sorna*) Es posible!? Cuánto lo siento!

Julio.—Pero no puede ser.

Florent.—Toma, lee.

Luisa.—Dime, Florentino, el motivo de semejante afrenta!

Florent.—(*Dejándose caer sobre una silla*) El motivo! La fatalidad es la que empieza a perseguirnos, Luisa; i a la fatalidad nunca le faltan motivos.

Julio.—(*leyendo la carta*) (¿Amores con mi hermana?.....¿I dice mi padre que tiene pruebas?.....No comprendo.....Luego Florentino no es.....(*Mira a Florentino.*) Qué misterio es este!.....Yo lo sabré!)

Florent.—(*levantándose i con resolucion.*) (Aquí hai un infame..... ¡Yo lo descubriré!)

Ricardo.—Dime, Julio: ¿se pueden oler? (*Aplica las narices al ramo, que Julio retira con rabia.*)

Cae el telon.

ACTO SEGUNDO

Sala-despacho en casa de don Jorje.—Una puerta al foro.—Dos mas laterales a la izquierda.—Otras dos a la derecha: la del primer término corresponde a la caja, i la del segundo a la habitacion de don Jorje.—Mesa de centro a la derecha con recado de escribir.—Es de noche.—Reloj.

ESCENA PRIMERA.

DON JORJE I CLARA.

Jorje.—Nunca lo hubiera creído! Fijarte en ese muchacho, un pobrete que Dios sabe cómo llegó a mi casa!

Clara.—No hables así, papá. Florentino es digno de mejor tratamiento. Su conducta, sus virtudes, su laboriosidad i las demas cualidades que le han hecho acreedor a toda tu confianza.....

Jorje.—Mi confianza! Ya ves cómo ha abusado de ella!

Clara.—Pero él no tiene la culpa. Mas bien he sido yo.....

Jorje.—¿I te atreves a confesarlo en mi presencia?

Clara.—¿Por qué no? ¿A quién mejor que a tí puedo hacer confesion de mis faltas, si falta hai en dejarse llevar por los mas puros sentimientos del alma?

Jorje.—Pero ¿desde cuándo estás dejándote arrastrar por esos sentimientos? Me parece que Ricardo.....

Clara.—Sé lo que vas a decirme; pero estás en un error: yo no he amado nunca a Ricardo.

Jorje.—No puede ser.

Clara.—Es la verdad: prudente, no hice mas que tolerar sus impertinencias.

Jorje.—¿Qué palabras son esas? Ricardo no merece tus insultos, Clara. Un jóven de esmerada educacion, un caballero en toda la significacion de la palabra, de maneras tan distinguidas, tan fino, tan..... en fin, un jóven que parece una dama..... Vamos, medita bien i verás la diferencia entre él i el otro.....

Clara.—No prosigas, papá; es inútil que te empeñes en convenirme.

Jorje.—Es decir que te rebelas contra mi voluntad i hasta rechazas mis consejos. Está bien. (*Levantándose.*) Ya que así lo quieres, sea.

Clara.—Cómo! ¿Qué piensas hacer, papá?

Jorje.—Mostrarme inflexible como tú. Ya he dispuesto que Florentino salga de mi casa, no importa que sufran mis intereses. Acabo de mandarle una carta con Ricardo. Luego tomaré otras medidas.

Clara.—Despues de esa determinacion, no comprendo qué otras medidas.....

Jorje.—Silencio!..... Retírate, que álguien llega.

ESCENA II.

DON JORJE I RICARDO.

Ricardo.—Aquí me tiene usted de vuelta.

Jorje.—¿No le has encontrado?

Ricardo.—Sí, señor.

Jorje.—I.....?

Ricardo.—He cumplido su encargo.

Jorje.—¿Qué ha dicho? ¿La leyó?

Ricardo.—En mi presencia.

Jorje.—Talvez le haria mucho efecto.

Ricardo.—Un poquito.

Jorje.—(Pobre muchacho! Casi me pesa lo que he hecho.)

Ricardo.—Pero eso es natural en temperamentos como el de Florentino: ya se le pasará la primera impresion.

Jorje.—Por supuesto que quedaria mui arrepentido de su conducta.

Ricardo.—Al contrario, se hace el inocente, i hasta creo que va a venir a pedirle esplicaciones.

Jorje.—¿A mí? Habrá insolencia!

Ricardo.—¿No se lo he dicho a usted? Tiene unas ínfulas ese mocito.....

Jorje.—Que venga, que venga; ya le arreglaré yo las cuentas.....

Ricardo.—Sí, señor, eso es, las cuentas, porque hace tiempo vengo notando en la caja.....

Jorje.—Cómo! Qué dices!

Ricardo.—Lo que usted oye. Quién otro puede ser? Es cierto que yo no dejo de tener alguna culpa por hacer demasiada confianza de quien no la merece.

Jorje.—En efecto; ya te he reprendido muchas veces por esa maldita costumbre de dejar la caja abierta cuando te retiras..... ¿I es mucha la falta?

Ricardo.—Afortunadamente nó, señor; pero temo que en estos dias..... Ahora mismo voi a dar un tanteo..... (*Se va al cuarto de la caja.*)

ESCENA III.

DON JORJE.

Jorje.—Pues era lo que faltaba! I parecia un muchacho tan honrado, tan juicioso..... Ya se vé, las malas compañías..... Algunos amiguitos que lo habrán inducido..... ¡Está hoi tan perdida la juventud!.....

ESCENA IV.

DON JORJE I FLORENTINO.

Florent.—Buenas noches, señor.

Jorje.—Hola! ¿Es usted, caballero? Ya vendrá a pedirme esplicaciones.

Florent.—Sí, señor.

Jorje.—Me gusta la franqueza. Mui bien: tome usted asiento.

Florent.—Mil gracias.

Jorje.—¿No ha recibido usted una carta mia?

Florent.—Sí, señor.

Jorje.—Entónces me parece que soi yo quien debe recibir una esplicacion.

Florent.—Usted me despide de su casa porque se la estoi deshonorando. La causa de esta deshonra es la única esplicacion que yo deseo. Siento, es verdad, perder esta casa, pero mi trabajo i mi honradez me darán otra.

Jorje.—Mi honradez!.....

Florent.—Cómo! ¿Usted duda acaso?

Jorje.—Nó, no dudo..... pero vamos al asunto principal. Usted, amiguito, ha abusado de mi bondad i de mi confianza..... no hablo como patron, sino como padre...

Florent.—Ah!

Jorje.—Para salir luego a pregonar sus triunfos por plazas i cafés, haciendo de mi pobre hija un objeto de diversion i de ludibrio para los ociosos.....

Florent.—(*Alzándose.*) Basta, señor; usted me calumnia.....

Jorje.—Cómo!.....

Florent.—Pero nó, no me atrevo a hacerle semejante insulto..... Creo mas bien que usted delira..... ¿Yo difamador de su hija? Yo, que tanto la debo? Yo, que tanto la aprecio?.....

Jorje.—Demasiado.

Florent.—¿Cómo demasiado?

Jorje.—No lo niegues, porque lo sé por ella misma.

Florent.—Ah!..... cierto..... lo confieso..... pero ese es un amor que usted no comprende, señor.

Jorje.—Lo que yo no comprendo son tus ingratitudes..... Yo que te quise siempre como a un hijo!..... Así me pagas!

Florent.—Señor, soi inocente!

(*Lo que sigue mui rápido*)

Jorje.—Inocente!

Florent.—Se lo juro a usted!

Jorje.—I el honor de mi hija.....

Florent.—Falso, señor.

Jorje.—Lo sé mui bien.

Florent.—Lo han engañado a usted.

Jorje.—Puedo probártelo.

Florent.—Imposible.

Jorje.—Tengo un testigo.

Florent.—Su nombre!

ESCENA V.

DICHOS I RICARDO.

Jorje.—Ricardo!.....

Florent.—Ah!!

Jorje.—Nó, nó..... no es él..... no he querido decir.....

Florent.—Infame! Todo lo comprendo ahora!

Ricardo.—¿Qué tiene este muchacho, señor?

Jorje.—(Turbado.) Nada, nada, Ricardo; déjanos solos..... Cálmate, Florentino; ya arreglaremos esto.....

Florent.—Nó, señor; aquí debe hablar ahora mismo este miserable.....

Ricardo.—Jesus! Qué grosero!.....

(*Florentino avanza un paso hácia Ricardo i éste retrocede.*)

Jorje.—Florentino!

Ricardo.—Voi a buscar los criados, señor, para que le arrojen.....

Florent.—(Cojiéndole de un brazo.) A quién, cobarde!

Jorje.—Qué haces, Florentino!

Ricardo.—Suéltame.....

Florent.—Nó, habla!.....

Ricardo.....¿A mí te atreves, imberbe?

Florent.—Toma! (*Le da una bofetada.*)

Ricardo.—Ah!..... (*Llévase la mano a la cara.*)

Jorje.—Qué atrevimiento!

Florent.—Si eres hombre, pide ahora esplicaciones a este imberbe.

Jorje.—Fuera de mi casa el insolente!

ESCENA VI.

DICHOS, CLARA i varios criados que acuden al alboroto.

Florent.—(Clara! Qué vergüenza!)

Clara.—Qué ocurre, papá! Qué has hecho, Florentino!

Ricardo.—(A los criados.) ¿No han oido ustedes? Que arrojen a ese atrevido.....

Jorje.—¿Sale usted de mi casa, o mando a mis criados.....

Florent.—(Qué humillacion!)

Jorje.—¿No ha oido usted?

Florent.—Obedezco, señor..... Pero ántes.....

Jorje.—Ni una palabra mas!

Florent.—Antes, perdóneme usted!

(*Don Jorje, despues de una corta vacilacion, va a dejarse caer ajitado sobre una silla.*)

Clara.—¿Por qué tanta crueldad? Pobre Florentino! (*Se acerca a él disimuladamente, i tras ella Ricardo.*)

Florent.—Adios, señor!..... Clara, adios!

Clara.—Adios! (*Ven mas tarde; te necesito.*)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos FLORENTINO.

Ricardo.—Muy bien, Clarita.

Clara.—¿Qué!

Ricardo.—Eres un poco imprudente.

Clara.—¿Cómo! ¿Has oído?

Ricardo.—Pierde cuidado: no diré una palabra, sobre todo a don Jorje.

Jorje.—Ricardo.....

Ricardo.—Señor.

Jorje.—No te vayas; quiero hablar contigo.

Ricardo.—Está bien.

Jorje.—Clara, ¿has oído?

Clara.—Me retiro, papá.

ESCENA VIII.

DON JORJE I RICARDO.

Jorje.—Toma asiento.....

Ricardo.—(¿Qué querrá de mí?)

Jorje.—Déjame respirar un poco..... Estoy sudando con la incomodidad.....

Ricardo.—A mí también, señor, me corre un sudor frío; pero no crea usted que es de miedo.

Jorje.—Mucho he sentido lo que acaba de pasar.

Ricardo.—(*Pasándose la mano por la cara.*) Mas lo he sentido yo, señor; pero cómo ha de ser.

Jorje.—¿Te alcanzó a dar?

Ricardo.—Con toda la mano, señor. Me ha dejado ardiendo la cara.

Jorje.—Si te habrá lastimado..... A ver?

Ricardo.—Nó, señor; si no fué mas que una bofetada. ¿No vé?

Jorje.—Llévalo en amor de Dios. No vayas a hacer ninguna cosa.....

Ricardo.—Al contrario: ahora mismo voi a buscar.....

Jorje.—Qué!.....

Ricardo.—Un poco de árnica.....

Jorje.—Eso es distinto. Quiero decirte que no vayas a cometer el disparate de pedirle esplicaciones.

Ricardo.—Ah! nó; pierda usted cuidado.

Jorje.—Mui bien.

Ricardo.—Cómo habia yo de descender.....

Jorje.—Así me gusta: despréciale.

Ricardo.—Le compadezco.

Jorje.—Eso es. (Noble corazon!)

ESCENA IX.

DICHOS I JULIO.

Julio.—¿Qué ha sucedido, señor?

Jorje.—Cosas de tu amiguito Florentino.

Julio.—Pero ¿por qué le arroja usted tan ignominiosamente? Le acabo de encontrar, i apenas ha tenido valor para hablarme.

Jorje.—Pues que no te hable mas, porque te prohibo desde ahora toda relacion con ese..... mal agradecido.

Julio.—¿Por qué, señor?

Ricardo.—¿No sabes, Julio, lo que ha hecho ese pícaro? Tócame, tócame por gusto la cara.....

Julio.—No hablo con usted, caballero.

Jorje.—Qué es esto! ¿Tambien tú vienes dispuesto a reñir con él?

Ricardo.—(Nó; lo que es esta vez no me dejo yo pegar.) (*Se coloca de manera que quede protegido por el cuerpo de don Jorje.*) (Aquí estoi mas seguro.)

Julio.—Talvez usted no conoce las pretensiones de este mozo.....

Ricardo.—¿Cómo es eso?

Julio.—Usted acusa precisamente a Florentino de las faltas de este mentecato.....

Jorje.—No le insultes.

Ricardo.—Sí, no me insultes, Julio, porque de lo contrario.....

Julio.—Qué!

Ricardo.—Puede incomodarse tu papá.

Jorje.—Vas a decirme talvez que Ricardo ama a Clara. I bien: ¿qué tiene eso de estraño?

Ricardo.—Nada. ¿Tú tambien no amas a Luisa?

Jorje.—Qué oigo!

Ricardo.—¿Qué tiene, pues, eso de particular?.....

Jorje.—(con rabia) Mucho que tiene!

Ricardo.—Ah! sí.....es verdad que tiene.....

Jorje.—Pero qué es lo que está pasando aquí, Dios mio! De manera que esos dos hermanos se habian propuesto surtirse de mi casa.....

Julio.—Señor, esa es una injuria.....

Jorje.—Silencio!..... Poco ha faltado para que a mí tambien..... Me gusta la audacia!

Ricardo.—(Qué es lo que he ido a hacer!)

Jorje.—Ricardo, déjanos: quiero hablar a solas con él.

Ricardo.—Al momento, señor. (No deseaba otra cosa, porque esto se va encrespando.)

ESCENA X.

DICHOS, *ménos* RICARDO.

Jorje.—Ya estamos solos. Ahora quiero que me hables con toda franqueza.

Julio (con humildad).—Yo, señor..... nada tengo que decir.....

Jorje.—Escrúpulos a un lado: soi tu padre. ¿Amas a esa muchacha?..... Vamos, habla.

Julio.—Sí, señor, la amo.

Jorje.—¿Pero qué clase de amor es el tuyo?..... Porque como ahora se ama de tantos modos.....

Julio.—Yo no conozco mas que uno, señor.

Jorje.—¿Cuál?

Julio.—El de mi padre. Amo como él supo amar.

Jorje.—Te equivocas, que yo no he amado a nadie..... escepto

a..... pero no hai para qué traer ahora a la memoria.....

Dime: ¿serias capaz de dar tu nombre a Luisa?

Julio.—¿I por qué nó, señor?

Jorje.—Pobre muchacho! ¿Por ventura sabes tú lo que es el matrimonio?

Julio.—Dicen que es el cielo de la vida.

Jorje.—Otros dicen que es el infierno.

Julio.—Es verdad que eso dicen muchos; pero..... ¿usted qué dice, señor?

Jorje.—¿Yo?

Julio.—Sí, usted.

Jorje.—Pero a qué viene.....

Julio.—Yo quiero atenerme a lo que diga mi padre. ¿Qué otra opinion puede ser para mí mas digna de fé i respeto?

Jorje.—En efecto..... en eso tienes razon..... Te diré, pues, que el matrimonio, en primer lugar, es mui peligroso para los jóvenes.....

Julio.—Es verdad que no tengo mas que 24 años, miéntras que usted se casó.....

Jorje.—A los 25, es cierto. Pero si yo me casé tan jóven, fué porque como entónces era todavia un muchacho sin esperiencia.....

Julio.—No pensó usted en la desgracia que le aguardaba.

Jorje.—Nó, no diré que fuí desgraciado, pero..... en fin, no hablemos de lo que no viene al caso.

Julio.—Tiene usted razon, porque debe ser triste, mui triste para usted el recuerdo de esa época de su vida!

Jorje.—Nó, de ningun modo..... por qué ha de serme triste..... al contrario..... (Pero qué maldito empeño en estarme trayendo a cuento.....)

Julio.—Ah! señor! Usted no es franco conmigo!

Jorje.—Cómo que no soi franco!

Julio.—Si quiere que yo renuncie al matrimonio, ¿por qué me oculta sus padecimientos de esposo i de padre? ¿Por qué no me dice lo que ha debido sufrir usted con nosotros i sobre todo con mi pobre madre!.....

Jorje.—Calla, calla, por Dios!..... Tu madre era una santa!

Julio.—Ah, señor! Si pudiese oir esas palabras, ella que tanto le quiso a usted!

Jorje.—Basta, Julio!

Julio.—Gracias, señor, por ese recuerdo!..... Permítame usted..... ¡en nombre de mi madre!..... (*Abre los brazos.*)

Jorje.—Ven, hijo de mi corazón!

Julio.—Padre de mi alma! (*Se abrazan. Pausa.*)

Jorje.—Bien: ahora vete a dormir. Me siento mal.

Julio.—Pero, señor, ¿en qué quedamos?

Jorje.—Ya es muy tarde; mañana hablaremos..... Me has hecho pasar un mal rato.

Julio.—Buena noche, señor. (*Váse.*)

Jorje.—Buena noche.

ESCENA XI.

DON JORJE.

Jorje (cerrando las puertas).—Casarse! Como si hoy fuera tan fácil encontrar las mujeres de mis tiempos!..... Es cierto también que los maridos de ahora no son como los de entonces. Todo, todo, se va relajando en este siglo que llaman de las luces..... I a propósito de luces..... (*Empieza a apagar las velas, dejando solo una encendida, que se llevará a su cuarto.*) I creo que ya es muy tarde. Qué ve! ¿Las doce marca el reloj?..... En efecto, las doce en punto..... Yo debía estar ya en mi cama..... Vamos allá..... Pero cómo se me ha ido el sueño!..... Ya se vé, con las incomodidades que me han hecho pasar..... (*Entra en su cuarto.*)

ESCENA XII.

CLARA.

Clara.—(*Desde la puerta de su cuarto.*) Está oscuro.... nadie debe haber... (*Adelantando.*) ¿I la puerta?... Pero nó, no debo abrirla. Puede venir Ricardo, porque él oyó mi cita a Florentino. Sí, sin duda, como que me lo dió a entender... Qué haré, Dios mio!... ¿I si viene Florentino? Yo debo hablar con él... Pero no sé por qué me asalta un temor..

¡Terrible indecision la mia!... Ah!... parece que han remecido la puerta... Si será él... Veamos... (*Se detiene.*) ¿I si no es?... Entónces-oi voces... Pero nó, eso podria comprometerme... Ya me está pesando lo que he hecho... ¡Estoi temblando!... Ah! vuelven a empujar la puerta... ¡El corazon me dice que es Florentino!... Voi a abrirla... Pero examinemos ántes. (*Se acerca de puntillas al cuarto de don Jorje.*) Nada... (*Id. id. al de su hermano.*) Nada tampoco: silencio completo... Todos duermen... El momento es oportuno. (*Abre la puerta.*)

ESCENA XIII.

CLARA I FLORENTINO.

Florent.—(*Entrando.*) Clara!

Clara.—Ah! eres tú, Florentino!

Florent.—¿I quién otro...

Clara.—Chit! Mas bajo... Tienes razon: ¿quién otro sino tú puede inspirarme tanta confianza i tanto valor?...

Florent.—Silencio!... Me parece que he sentido rumor...

Clara.—Sí, pero creo que es en la calle.

Florent.—En fin, no perdamos el tiempo. Ya sabes cuanto acaba de pasar: he sido espulsado... ¿Otra vez? ¿No has oido?... Eso no es en la calle.

Clara.—Pero dónde...

Florent.—Aquí cerca... ¿Sientes?

Clara.—En efecto... Si será...

Florent.—¿Quién?

Clara.—Ricardo.

Florent.—Qué dices!

Clara.—El oyó mis plabras cuando te citaba...

Florent.—Entónces no lo dudes: él es. Huye, Clara; déjame solo con él.

Clara.—Nó, huye tú tambien.

Florent.—Jamás; aquí le espero.

Clara.—Imprudente: ¿no ves que comprometes mi honor?

Florent.—Ah! es verdad!... Pero por dónde salgo... Huye, huye tú, que ya no hai tiempo... Yo veré modo de escurrirme...
(*Clara corre a su cuarto i Florentino se coloca a la derecha de la puerta principal.*)

ESCENA XIV.

FLORENTINO, RICARDO i dos agentes de policía, uno de ellos OFICIAL.

Ric.—Ya ven ustedes: la puerta abierta.

Ofic.—(*Al soldado.*) Tú quedas aquí apostado: nadie sale.

(*Florentino, en puntillas, sigue por la derecha, tocando suavemente las puertas hasta que llega a la última, que encuentra abierta i desaparece por ella, cerrándola en seguida.*)

Ofic.—(*Siempre desde la puerta.*) Aquí nada veo.

Ric.—Pero ¿cómo se encuentra esta puerta abierta? ¿Quiere usted explicármelo?

Ofic.—En eso tiene usted razon... ¿Entramos?

Ric.—Por supuesto.

Ofic.—Está bien: pase usted...

Ric.—Nó, primero usted...

Ofic.—Usted...

Ric.—Tenga la bondad...

Ofic.—(*Entrando.*) Encenderemos luz.

Ric.—Yo traigo fósforos.

Ofic.—Tambien yo tengo. (*Prende un fósforo i luego una vela del candelabro.*) Ya ve usted. Nada. Sin embargo, si quiere usted que registremos...

Ric.—Sí, sí, registre usted mientras yo despierto al dueño de casa.
(*Váse al cuarto de don Jorje.*)

ESCENA XV.

LOS MISMOS, menos RICARDO.

Ofic.—Yo lo veo todo aquí en buen orden... Talvez este caballero ha sufrido una equivocacion... I suponiendo que hayan

abierto esa puerta, ya habrán tenido buen cuidado de escaparse por otra. Los enamorados i los ladrones estudian mas las salidas que las entradas... ¿No estará aquí? (*Remece la puerta por donde entró Florentino.*) Cerrada. Vamos a ver las otras.

ESCENA XVI.

DICHOS I RICARDO.

Ric.—¿No parece todavía?

Ofic.—Voi a examinar esas otras puertas, porque ésta se halla cerrada.

Ric.—Cómo cerrada! Entónces ahí está.

Ofic.—¿No le digo que está cerrada?

Ric.—Por lo mismo. Yo la he dejado abierta, i como tambien quedó abierta la caja... No se mueva usted de esa puerta. Voi a traer a don Jorge... Aquí viene.

ESCENA XVII.

DICHOS I DON JORJE (*de bata*).

Jorje.—Dónde, dónde está ese muchacho...

Ric.—Aquí, señor. ¿No le habia dicho a usted que estaba echando de ménos...

Jorje.—(*Empujando la puerta.*) Abre, Florentino, abre; yo te lo mando!

ESCENA XVIII.

DICHOS, FLORENTINO, CLARA I JULIO.

Florent.—Señor!...

Jorje.—Desventurado! Qué has hecho! Venir a estas horas, como un bandido, a asaltar la caja...

Florent.—Qué! Ah!... ¿Yo ladron!!... Mentira! (*Mucha enerjía.*)

Clara.—Sí, mentira!... Florentino no puede ser... Yo sé...

Ric.—(A ella, bajo). Qué haces! Tu honor se pierde para siempre!

Clara.—Ah!!

Florent.—(Comprendo mi situacion! Estoy perdido!)

Jorje.—Retírate, Clara. Tu presencia está de mas.

Clara.—Pero nó, no es posible...

Ric.—(Siempre a ella sola.) Le hemos pillado infraganti. I no es la primera.

Clara.—No puedo creerlo.

Jorje.—Clara, obedece.

(Clara entra en su cuarto.)

Julio.—Qué ha ocurrido!

Florent.—Ah, Julio! Julio! compadéceme!

Julio.—De qué!... habla!

Jorje.—Le he prohibido a usted toda relacion con este jóven...

Florent.—(Esto mas!)

Jorje.—I con mayor razon ahora que está deshonorado...

Florent.—¿Yo deshonorado!... Eso nó, jamás! Lo confesaré todo, sí, i entónces...

Ofic.—Entónces, si usted es inocente, el juez sabrá hacerle justicia.

Florent.—(Ah! nó, nó!... nunca! ¡Seria una infamia!... ¡La perderia!... ¡Hágase tu voluntad, Dios mio!) (Al oficial con resolucion). Estoy dispuesto: marchemos. (Parten).

Ric.—(A don Jorje, con marcada hipocresía.) Pobre muchacho! Tan jóven todavia! ¡Qué lástima!...

Cae el telon.

ACTO TERCERO.

La misma sala.—Es de día.

ESCENA I.

CLARA.

Clara.—Qué noche he pasado! Ah! cuál habrá sido la de Florentino!.....Cómo habrá sufrido su pobre hermana, que tanto

le quiere!..... ¿I quién tiene la culpa de todo esto? Yo, nadie mas que yo! Justo es entónces que sufra el castigo. Estoi decidida a salvarle, i le salvaré, aunque me cueste un sacrificio.... Pero ¿de qué manera?.... ¿Con quién?.... Alguien viene.....

ESCENA II.

CLARA I JUAN.

Juan.—¿El señor don Jorje?

Clara.—Para qué le quieres?

Juan.—Traigo esta carta.....

Clara.—¿De quién?

Juan.—De parte de la señorita Luisa.

Clara.—Ah!..... ¿cómo está Luisa?

Juan.—Cómo ha de estar: hecha un mar de lágrimas.

Clara.—Pobre Luisa!..... ¿I han sabido algo de Florentino?

Juan.—Sí, señorita: hemos sabido que lo tienen incomunicado.

Clara.—Cuánto debe estar sufriendo!..... ¿Esta carta exige contestacion?

Juan.—Así me lo dijo al ménos la señorita Luisa.

Clara.—Entónces voi a entregarla..... Pero ántes dime: ¿pudieras acompañarme?

Juan.—¿Yo?

Clara.—Sí, quiero ver a Florentino.

Juan.—¿No le digo que está incomunicado?

Clara.—No importa. ¿Me acompañas?

Juan.—Pero..... ¿i la contesta, señorita?

Clara.—Pierde cuidado: yo me encargo de eso.

Juan.—Si es así.....

Clara.—Voi a avisarle. (*Se dirije al cuarto de don Jorje i toca la puerta.*)

Juan.—(Con tan amable compañía.....)

Clara.—Le buscan a usted con urgencia.

Juan.—(¿Para qué querrá ver a don Florentino?)

Clara.—Ya viene. En cuanto te dé la contestacion, sales sin decir una palabra, que yo te seguiré.

Juan.—Muy bien, señorita.

Clara.—(*Dirigiéndose presurosa a su cuarto.*) (Valor! valor! es lo que yo necesito ahora! No me lo niegues, Dios mio!)

ESCENA III.

JUAN I DON JORJE.

Jorje.—¿Me necesitas?

Juan.—Traigo esta carta para usted.

Jorje.—A ver..... Siéntate por ahí.

Juan.—Muchas gracias. (*Se sienta con encojimiento a la izquierda de la puerta del foro.*)

Jorje.—(*Leyendo la carta*) ¿Qué conferencia será esta que me pide Luisa? Tal vez para implorar mi clemencia..... I ahora qué puedo hacer yo?..... En fin, veremos qué quiere de mí..... (*Se sienta, dando la espalda a la puerta del foro, i empieza a contestar la carta, poniendo ésta a la vista sobre la mesa.*)

ESCENA IV.

DICHOS I RICARDO, *que entra cautelosamente sin apercibirse de Juan.*

Ricardo.—¿Qué estará escribiendo tan temprano? Despues de lo de anoche, es preciso andar con cautela..... Estos viejos suelen tener el corazon muy blando..... No se le haya ocurrido pedir la libertad..... ¿Qué carta es esa?..... A ver si alcanzo..... (*Se inclina cuanto puede por sobre don Jorje*) Es de Luisa..... Hola! Le pide una entrevista..... ¿I él qué le dice? Se la concede! Yo debo asistir..... (*Se vuelve i ve a Juan.*) Ah!..... pero está distraido.

(*Juan aparentará mirar, boqui-abierto, al lado opuesto, como embobado en algo.—Ricardo sale en puntillas.*)

ESCENA V.

DICHOS, *menos* RICARDO.

Jorje.—(*Plegando la carta*) (Ya está. No tendrá que quejarse de mí.) Toma tú: aquí tienes la contestacion; llévala al instante.

Juan.—¿Esto es cosa de secreto, señor?

Jorje.—¿Por qué? ¿Acaso tú querrás saber?..... No faltaba mas!

Juan.—Yo se lo preguntaba a usted, señor, porque como estuvo aquí imponiéndose ese caballero que hace poco salió.....

Jorje.—¿Qué caballero?

Juan.—Ese futrecito.....

Jorje.—¿Futrecito?

Juan.—Sí, señor; uno mui *entraor*, que siempre se cuela sin decir nada.

ESCENA VI.

DICHOS I JULIO.

Jorje.—¿Ese talvez?

Juan.—Nó, señor, el otro.

Julio.—Aludirá, sin duda, a Ricardo, que acabo de verlo salir.

Juan.—Ese, ese señor Ricardo fué el que estuvo..... así, que ya se comia la carta (*toma la posicion de Ricardo con exajeracion*) i viendo tambien lo que escribia el caballero.

Jorje.—Aunque así haya sido, no importa. No se trata de ningun secreto. Llévate de una vez esa carta.

Juan.—Corriente; adios, i que lo pasen bien sus mercedes.

(*Váse, i tras él sale Clara ocultando un abrigo.*)

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* JUAN.

Julio.—Pero, señor, haya o nó secreto en su carta, me parece que es mui reprehensible la conducta de Ricardo. Yo en lugar de

usted, le pediria por lo ménos esplicacion de semejante atrevimiento.

Jorje.—Vamos, como le has tomado ojeriza, abultas demasiado el mas pequeño desliz que le veas cometer.

Julio.—Al contrario, señor; es usted quien le disculpa i deposita en él una confianza que ojalá no le sea a usted funesta mas tarde.

Jorje.—Falta todavía que sea cierto lo que ha dicho ese criado.

Julio.—Yo, señor, creo que es exacto.

Jorje.—Pero ¿en qué te fundas?

Julio.—En que Ricardo es un perverso, i que algo está tramando para acabar de perder a Florentino.

Jorje.—Te equivocas; le calumnias: yo mismo le he oido condolerse de la desgracia de ese pobre jóven.

Julio.—Con que se ha condolido..... i es él quien viene con fuerza para prenderle.

Jorje.—¿Qué querias que hiciese? Estaba comprometida su honra i era preciso que descubriese al ladron.

Julio.—¿I cree usted que Florentino es quien ha robado la suma que falta de la caja?

Jorje.—Así parece al ménos.

Julio.—Nó, señor; eso es imposible.

Jorje.—¿I cómo se explica entónces el suceso de anoche? ¿Qué hacia aquí a esa hora i dentro de ese cuarto? ¿Por qué cerró la puerta? ¿Cuáles han sido sus esplicaciones, siquiera sus excusas? Nó, Julio; ese muchacho ha cometido una lijereza, propia de su edad sí tú quieres, pero que no por eso deja de ser una lijereza. Todas las circunstancias le condenan.

Julio.—No seria la primera vez, señor, que hubiese una víctima inocente condenada por las apariencias. I quien como yo conozca a Florentino, ese modelo de honradez i delicadeza, tendrá mayores motivos para resistirse a dar crédito a simples sospechas.

Jorje.—Cómo simples sospechas!..... Mira, mira, tú eres mui jóven aun i te dejas arrastrar mui fácilmente de las simpatías. Mejor será que no hablemos mas de este asunto.

Julio.—Al contrario, señor; quiero convencerle a usted de que Florentino no es un ladron.

Jorje.—Creo que no lo conseguirás, hijo mio, si continúas su defensa como hasta aquí. Yo desearia convencerme, créeme-

lo; pero ¿dónde están las razones, las pruebas, en fin, algo que me haga dudar siquiera?

Julio.—¿I no son buenas pruebas, señor, los irreprochables antecedentes de Florentino? ¿Nada valen tampoco la nobleza de sentimientos, la pureza de costumbres.....

Jorje.—No prosigas, Julio. Mas tarde hablaremos. Quiero dejarte tiempo para que medites un poco mas lo que quieras decirme en defensa de tu amigo. (*Váse a su cuarto.*)

ESCENA VIII.

JULIO.

Julio.—No hai duda: mi padre se ha dejado dominar por Ricardo, o mejor dicho, Ricardo ha conseguido engañar a mi padre. I a fé que en esto yo no dejo de ser culpable: he estado mostrándome demasiado indiferente; pero desde hoi he de intervenir en todo, porque tengo derecho para ello, sí, mucho mas derecho que ese advenedizo..... Siento pasos..... Talvez sea él..... (*Corriendo a su cuarto.*) Entremos desde luego en accion. (*Se pone en acecho.*)

ESCENA IX.

JULIO I RICARDO.

Ricardo.—(*Observando.*) No veo a nadie; pero Luisa no debe tardar mucho..... Es preciso que no sepan que estoi aquí..... ¿Desde dónde podria oír?..... Dificilillo me parece.

Julio.—(¿Qué estará fraguando?)

Ricardo.—Si yo pudiese ocultarme en el cuarto de don Jorje..... Pero cómo! I pueden tambien descubrirme.....

Julio.—(No hai duda, algo prepara.)

Ricardo.—Luego va a llegar Luisa, i mi presencia aquí tampoco es conveniente..... Miétras tanto, me iré a mi escritorio..... sí, es lo mejor. Allí estaré encerrado, i como nadie me ha visto entrar.....

Julio.—(¿A dónde va?)

Ricardo.—No perdamos tiempo. (*Entra i cierra la puerta.*)

ESCENA X.

JULIO i luego LUISA.

Julio.—(En la escena.)—Se ha encerrado. Voi a sorprenderle.....

Nó, talvez nada conseguiria con esto. Mejor le observaré.

El ha de salir..... ¿Quién?

Luisa.—(Desde la puerta.) Ah!..... Julio solo.....

Julio.—Luisa mia!

Luisa.—Busco a tu padre.

Julio.—¿A mi padre? ¿para qué?

Luisa.—¡I me lo preguntas!

Julio.—Ah! comprendo! Pobre Luisa!... Pero entra... Mi padre está aquí... iré a llamarle...

Luisa.—(Entrando.) Debo hablar con él sin pérdida de tiempo. Llámale, Julio, porque debe esperarme.

Julio.—Luego voi... Siéntate... Me hago cargo de tu situacion. Pero no eres tú la única que sufres. ¡Ya sabes cuánto aprecio a Florentino! No me tendrás ódio ¿no es verdad? Ah! si de mí dependiese la suerte de tu hermano!...

Luisa.—Lo creo, Julio, porque eres muy bueno.

Julio.—Pero no desesperes! Confia en Dios!... Voi a avisar a mi padre. (Váse)

ESCENA XI.

LUISA I RICARDO.

Luisa.—Confia en Dios! Como si yo pudiese tener otra esperanza, despues de haberme arrebatado el único apoyo que me queda en el mundo!

Ric.—(Abriendo un poco la puerta.) (Ya está aquí Luisa... Que no me vea.)

Luisa.—Sin embargo, Julio está aun de nuestra parte; i espero que don Jorje, despues de mis revelaciones, ha de modificar tambien completamente sus juicios.

Ric.—(Aun está sola... ¿Qué querrá de don Jorje?)

Luisa.—De quien temo aun es de Ricardo... Es tan malo!

ESCENA XII.

DICHOS, DON JORJE I JULIO.

Jorje.—Buenos dias, Luisa.

Luisa.—Ah! señor! Gracias por haberme concedido esta entrevista. Tengo que hablar a usted de asuntos de la mayor importancia.

Jorje.—Estoi a tu disposicion, hija mia.

Julio.—Me retiro, señor; hasta luego, Luisa. (*Váse.*)

Jorje.—Creo que estaremos mejor en mi cuarto... Ten la bondad de pasar, Luisa.....

Luisa.—Gracias, señor.

Jorje.—Allí hablaremos tranquilamente i sin que vengan a interrumpirnos. (*Don Jorje deja la puerta a medio entornar.*)

ESCENA XIII.

RICARDO I JULIO.

Ric.—(*Seliendo con precaucion.*) Se han ido.... pero ¿a dónde?.... Sin duda al cuarto de don Jorje; sí, allí debe ser la entrevista..... Veamos..... Parece que siento rumor. Ah! están aquí... (*Mirando a todos lados.*) Pero observemos ántes... Sí, estoi solo... Julio debe haber salido: veo la puerta de su cuarto cerrada. No hai, pues, cuidado. Oigamos ahora. (*Se acerca bien a la puerta i aplica el oido.*)

Julio.—(Ah, ah! Eso queria! Mui bien!)

Ric.—Hablan de Florentino. Ya lo suponía yo. Su buena hermana querrá sin duda que le den libertad. Mui difícil me parece.

Julio.—(Qué interes! No quiere perder una palabra... No sé como me contengo!... (*Hace ruido, pero inmediatamente cierra la puerta.*)

Ric.—Eh!?... ¿álguien viene? (*Pausa.*) Nada... Creí haber sentido... Me parecería... (*Vuelve a aplicar el oido a la puerta.*) Habla ahora don Jorje... Que no puede hacer nada por Florentino... Bien! ¡firme el viejo!... ¿Ya empezaron las lágrimas? En vano lloras, Luisita: tu hermano está perdi-

do. Cometi6 la torpeza de venir a profanar el sagrado templo del Dios Dinero... (*Pequeña pausa.*) Bien, bien: don Jorje se queja ahora de los amores de Florentino con Clarita. Con esto no contaba la pobre Luisa... ¿Falso, dices? Por fortuna su padre lo sabe tan bien como yo... (*Mui alarmado.*) Pero qué oigo!...

Julio.—(¿Qué lo habrá sorprendido?)

Ric.—Sí, mui claro lo ha dicho!... lo he oido perfectamente!... Luego no pueden existir esos amores... porque seria imposible... Nó, no puede ser! Luisa está loca! (*Se acerca mas a la puerta.*) Don Jorje está impresionado, i no es para ménos...

Julio.—(¿Qué habrá oido?)

Ric.—Yo mismo me siento mal... me ha entrado un temblor... Cómo no he conocido!... En efecto; Florentino tiene cierto no sé qué de mujer... I lo peor es que esto viene a destruir mis planes...

Julio.—(Aquí hai algo de sério! Esa agitacion de Ricardo...)

Ric.—Cómo! ¿Don Jorje desconfia ahora de mí? (*Pausa.*) I va a pedir que la justicia indague... Estoi perdido! Si me toman residencia, quedo descubierto. Qué hago!... No hai mas remedio: el todo por el todo.... I no debo perder un instante. (*Se dirige a la caja.*)

Julio.—¿Qué va a hacer?... Es preciso que yo sepa... No sé qué presentimiento... Pero obremos con prudencia... (*Sale de su cuarto i le acecha desde la puerta por donde Ricardo penetró precipitadamente i que dejará entreabierta de manera que Julio pueda observarlo sin ser visto.*) Ah!!... Está sacando de la caja... Esa precipitacion... Nó, no puedo engañarme... (*Se coloca a un lado de la puerta.*) Aquí le espero... Si es inocente, nada tiene que temer de mí; pero si es criminal... veremos!

Ric.—(*Saliendo precipitadamente i dejando escapar de las manos, al ver a Julio una cartera llena de billetes.*) Ah!!...

Julio.—*Con gran serenidad.*—¿Qué tienes?... ¿Qué es eso?... (*La cartera.*)

Ric.—(*Pretendiendo disimular, pero turbándose cada vez mas.*) Nada,... nada,... Julio... Tengo que ir... (*Intenta alejarse.*)

Julio.—¿A dónde?... Pero ven: ¿no recojes eso que se te ha caido?

Ric.—Ah!... es verdad!

Julio.—(Que se ha apresurado a recojerla.) Hola! Billetes... Gruesa suma parece... Toma... Porque supongo que son tuyos...

Ric.—(Recibiéndola, pero intentando devolverla inmediatamente todo convulso.) Sí, míos... nó, nó... toma, toma... ya vuelvo... espérame...

Julio.—¿Qué tienes, Ricardo?

Ric.—Nada, nada... toma...

Julio.—No parece sino que esa cartera estuviese, como una áscua, quemándote las manos...

Ric.—(Haciendo siempre esfuerzos para ponerla en las manos de Julio, pero éste irá retrocediendo para no admitirla.) Ahí la tienes... no digas nada... toma, toma... (Cae al suelo la cartera.) Yo me voi... ya vuelvo...

Julio.—(Deteniéndolo.) Nó, tú no sales de aquí... estás en mi poder... infame!... ladrón!!...

Ric.—Ah! no grites, por Dios!... Déjame!... Suelta...

Julio.—Primero dejas aquí la vida, miserable!... (De una estirada lo obliga a caer de rodillas.) Así, así...

Ric.—No me pierdas, Julio! Compadécete!...

ESCENA XIV.

DICHOS, DON JORJE I LUISA, (que salen alarmados al ruido.)

Jorje.—¿Qué significa esto?

Julio (a Ricardo).—Contesta tú mismo.

Ric.—Señor!....

Jorje.—(Acercándose) Déjale... Levántate.... ¿I esta cartera?
(La recoje.)

Julio.—(Maliciosamente) Es de Ricardo...

Jorje.—Contiene billetes.

Julio.—Son de Ricardo...

Jorje.—Cómo! De dónde...

Julio.—De la caja.... de Ricardo...

Jorje.—¿Qué burla es esta, Julio?

Julio.—Esta burla, señor... es de Ricardo. Hace tiempo que viene burlándose de usted i de todos nosotros... pero acabo de sorprenderle.

Ric.—Calla, Julio!

Jorje.—Habla!

Julio.—Le acabo de sorprender...

Jorje.—¿Dónde?

Julio.—En esa puerta, asistiendo a la entrevista de ustedes.

Luisa.—Ah!

Jorje.—Insolencia!

Julio.—I debió serle mui poco agradable la conversacion...

Luisa.—(Lo ha oido todo!)

Julio.—¿No es verdad, Ricardo?

Ric.—Yo nada sé...

Julio.—¿Cómo se esplica entónces tu ajitacion? Yo te observaba desde mi cuarto...

Ric.—Ah!

Julio.—I luego te ví correr a la caja, i trémulo abríla, i salir desatentado, i ciego tropezar conmigo...

Jorje.—Luego esa cartera...

Julio.—Se le cayó a mis piés, no se atrevió a recojerla, quiso huir, yo le detuve... Lo demas lo saben ustedes.

Luisa.—Justicia de Dios!

Jorje.—(Toca la campanilla). Justicia de los hombres...

Luisa.—Florentino se ha salvado!

Ric.—(Yo estoi perdido!)

Jorje.—Esa, esa es la justicia que yo debo invocar contra el culpable!

Ric.—Señor! señor! Perdóneme usted! Por el nombre de mi familia!

Jorje.—I qué me importa a mí el nombre... (Da órden secreta al criado.) Al momento.

Luisa.—Estoi impaciente, Julio! Con cuánto placer va a recibir Florentino esta noticia!

Julio.—I tambien la pobre Clara. Voi a llevársela... No sé por qué no ha salido...

Jorje.—Paciencia, Luisa; luego tendremos aquí a Florentino.

Luisa.—Gracias, señor.

Julio.—(Alarmado.) Clara no está en su cuarto!

Jorje.—Imposible! ¿A dónde ha podido ir tan temprano?... ¿I con quién?...

Julio.—Aquí está!

ESCENA XI.

DICHOS I CLARA.

Jorje.—¿De dónde vienes, hija?

Clara.—De cumplir con mi deber.

Jorje.—Ah! vienes de la iglesia.

Clara.—Nó, señor, de salvar a un inocente.

Jorje.—¿A un inocente?

Clara.—A Florentino.

Jorje.—Qué dices!

Clara.—La verdad.

Jorje.—Espílicate.

Clara.—Florentino ha sido acusado de ladron, i no tiene otra culpa que haber obedecido a mi cita.

Jorje.—Es decir que...

Clara.—Lo he confesado todo.

Luisa.—(¡Noble corazon!)

Jorje.—Desgraciada! Qué has hecho!...

Clara.—Obedecer a la voz de mi conciencia!

Jorje.—Te has deshonrado!

Clara.—Qué importa! El me ama!...

Luisa.—(Cielos!)

Jorje.—Infeliz!

Clara.—Infeliz!? ¿I por qué?

Jorje.—Porque tú i Florentino ¡oh fatalidad! no pueden amarse!

Clara.—¿Quién lo ha dicho? Nos amamos ya.

Jorje.—Sí, pero ese amor no puede ser mas que... fraternal.

Julio.—(Qué oigo!)

Clara.—Dios mio! ¡Florentino mi hermano?

Jorje.—Sí... nó... no es tu hermano, hija mia, pero...

Luisa.—Es mi hermana.

Clara.—¿Hermana? ¿De quién hablas?

Luisa.—De Florentina.

Clara.—Luego es... Ah!... Qué ilusion! (*Se deja caer sobre un asiento.*)

Julio.—(Tarde se confirman mis sospechas!)

Ric.—(Si yo pudiera aprovechar este momento...) (*Intenta escaparse, pero al llegar a la puerta retrocede, situándose a la derecha i siempre cerca de la salida.*)

ESCENA XVI.

DICHOS i el CRIADO con el mismo OFICIAL del acto anterior.

Oficial.—(*Desde la puerta.*) ¿Cuál es el caballero?

Jorje.—(*Señalando a Ricardo.*) Ese.

Ric.—¿Yo!?

Ofic.—¿No fué usted quien me trajo aquí anoche?

Jorje.—Pues ahora es usted quien va a llevarle a él.

Ofic.—Si es así... Tenga usted la bondad... (*Le indica la puerta.*)

Ric.—Ya le sigo... pase usted...

Ofic.—Nó, usted... no se moleste...

(*Parte Ricardo, seguido del oficial i del criado que se retira.— Al llegar a la puerta, aparecerá Florentino, pero retrocederá para franquearles el paso.*)

ESCENA XVII.

DICHOS I FLORENTINO, ménos los que ocaban de partir.

Florent.—¿Luisa aquí?... Ah! Ven a abrazarme!

Luisa.—(*Corriendo a su encuentro.*) Florentina! Hermana mia!

Florent.—Silencio! Imprudente!

Luisa.—Ya es inútil: todo lo saben.

Florent.—(*Cubriéndose el rostro con las manos.*) Oh! qué has hecho, Luisa!

Luisa.—No era posible ocultarlo por mas tiempo.

Julio.—(I qué bella la encuentro ahora! Pero cómo he podido ser tan ciego!.....)

Clara.—Julio! Amale tú, hazle feliz, i será ménos grande mi dolor!

Julio.—Sabes que siempre le he querido....con mas razon ahora...

Florent.—Luisa: yo mujer, todo, todo lo perdemos.....El mundo es mui cruel con nosotras! No habrá hombre que no se crea con derecho a ultrajarnos!.....

Jorje.—Nó, nó, aquí estoi yo; aquí está su padre! Hijas mias!
(*Las abraza.*)

Julio.—¿Padre de veras?

Jorje.—De todo corazon!

Julio.—Entónces, señor padre, pido a usted la mano de.....

Florent.—Ah! qué haces, Julio!

Julio.—Sí, pido a usted la mano de una de sus hijas.

Jorje.—Concedida por mi parte.

Julio.—Gracias, señor!

Jorje.—Elije, pues.....Pero qué necio soi! Es verdad que tú amas a.....

Julio.—Florentina: aun reconozco tus derechos de hombre i de hermana mayor: ¿me concedes la mano de Luisa?

Clara.—(Qué oigo!)

Florent.—(Dios mio!)

Julio.—¿Dudas acaso?

Florent.—No, Julio, no dudo; pienso.

Julio.—¿En qué?

Florent.—En mí misma.....en mi desdicha!

Julio.—No comprendo.....la felicidad de tu hermana.....

Florent.—Es tambien la mia, tienes razon.

Julio.—I bien!

Florent.—Pero, Julio, ¿no ves que me llevas el corazon.....llevándote a mi hermana?

Jorje.—(Cuánto la quiere!)

Luisa.—(*Abrazándola*) Perdóname, Florentina, si soi la causa de tu dolor. Yo debiera sacrificarme por tí, bien lo sé; pero.....¡le amo tanto!

Florent.—Pues si tanto le amas, te pertenece. (*A Julio.*) Tú le amas tambien, ¿no es verdad, Julio?

Julio.—Con toda el alma!

Florent.—Tuya es entónces! (*Se la entrega.*) I a mí, ¿qué me queda ahora?

Jorje.—Tú padre, hija mia!

Florent.—Ah, señor! (*Le abraza.*)

Clara.—I yo, Florentina, ¿no soi tu hermana?

Florent.—Mas que mi hermana, mi salvadora! (*Se abrazan i besan con efusion.*)

Jorje.—Así me gusta. (Como ahora no hai cuidado.)

Florent.—Pobre Clara! Qué desgraciada te he hecho! Ya se ve: en algo habia de parecer hombre! I si esto hacen los hombres falsos, qué no harán los verdaderos!.....Pero perdóname.

Clara.—Que te perdone, cuando te debo mi felicidad?

Florent.—A mí?

Clara.—¿Quién sino tú me ha salvado de.....

Jorje.—De Ricardo.....Ese sí que es hombre falso i pícaro verdadero.

Clara.—Ya ves, Florentina, como te debo un gran servicio.

Jorje.—Cierto. ¿I cómo pagártelo, hija mia?.....Ah! si yo pudiera quitarme treinta años de encima!.....Pero ya encontraremos un buen marido.....Voi a asignarte como dote.....

Florent.—No prosiga usted, señor. ¿Dote para mí?

Jorje.—¿I por qué nó?

Florent.—¿Yo comprar a un hombre? Eso nunca! Como siempre, viviré de mi trabajo, i dueña seré de mis acciones! Acepto los deberes i hasta las preocupaciones que me impone mi nueva condicion, pero jamás haré el sacrificio de mis sentimientos ni de mis derechos de mujer. Quede para otras la humillacion de suscribir ese contrato *leonino* que se llama el matrimonio, en el cual el hombre es todo, la mujer nada!

Luisa.—Florentina!

Florent.—Ah! es verdad!.....Pero esto no te toca a tí; nó, nó. Tú amas tanto a Julio! I cuando así se ama, ¿qué importa ser esclava? (*Con amargura.*) Yo en tu lugar ¡ah Luisa! tal vez hubiera hecho otro tanto! ¿Quién no se somete a tan dulce cautiverio?

Jorje.—(Treinta años ménos, señor!)

Florent.—Amale, ámale siempre, hermana mia, i no temas la tiranía del hombre! El triunfo está en tu mano: vécele, humíllale con tu amor, i él será tu esclavo!

Julio.—A ese precio, ¿quién no vende su libertad?

Jorje.—Qué felices van a ser! Dios os bendiga, hijos míos! Yo mismo me siento otro. No sé qué hiciese por ustedes en este instante.....Pero como Florentina no ha querido aceptar dote ni nada de este pobre viejo.....Vamos, tú no

rehusarás, hija mia, (*a Luisa*) este pequeño regalo de boda. Toma, para alfileres.

Julio.—¡La cartera de Ricardo!

Jorje.—Ah! Es verdad que es de Ricardo! Debemos devolvérsela: nunca me ha gustado quedarme con lo ajeno. Tú te encargarás de mandársela.....Toma. (*Entrega la cartera vacia a Julio, i pasa los billetes a Luisa.*)

Florent.—Cómo! ¿Vacía?.....Eso nó. Dámela, Julio: yo me encargaré.....Cumpla en buena hora la justicia con su deber, pero tambien cumplamos nosotros con el nuestro. Pobre Ricardo!

Luisa.—Sí, sí, pobre!.....Toma, Florentina. (*Le pasa algunos billetes.*)

Jorje.—Me gusta la idea: la apruebo.

Luisa.—Llévaselos en nombre de don Jorje.....

Jorje.—Nó, en el de Luisa..... porque eso ya es tuyo, hija mia.

Luisa.—Nó, nó.....

Julio.—En el de Florentina es mas justo, porque esa noble accion le pertenece.

Jorje.—Tienes razon, en su nombre.....

Florent.—Esto irá, señor, en nombre de.....nadie.

Jorje.—Cómo!

Florent.—Siempre fué anónima la verdadera caridad.

Jorje.—Pero al ménos quien la practica como tú ahora.....

Florent.—Cumple solo con un deber. La caridad no tiene mas que un autor; i pues se empeñan ustedes en respetar el derecho de propiedad, lo mandaré en su nombre, ¡en nombre de Dios!

Cae el telon.

ROMAN VIAL.

POESIAS.

EN LA TUMBA DE.....

Qué leccion tan severa
Es la tumba de este hombre!
Ayer sábio i filósofo, grande era
I hoi no tiene ni lápida ni nombre!
I es cierto, era un filósofo, era un sábio:
Provechosa enseñanza, útil doctrina
Vertia de su labio.
Mas ai! a esa profunda intelijencia
Que el límite abarcaba de la ciencia,
Le faltaba una luz, alba divina,
Que las obras humanas ilumina
Con su esplendor eterno, ¡la conciencia!

Sin ella, por abismos solo anduvo,
I al basar la verdad en su egoismo
Un error concibió i errores tuvo.
Ni amor ni patriotismo,
Ni tierna simpatía
Educaron a esa alma solitaria;
Amistad i entusiasmo no tenia
I no tiene en su tumba una plegaria!

La humanidad, al hombre intelijente,
Estrecha cuenta pide.
A mas egreja mente
Mas deber, mas conciencia!

Ai del sábio egoista que lo olvide!
Quien envilece al hombre
Envilece a la ciencia.
Oro quiso acuñar tu intelijencia,
Nadie hoi quiere acordarse de tu nombre!

GUILLERMO MATTA.

LAS DOS AVES.

I.

Alegre un dia, al hombro la escopeta
I con aire marcial,
Por la ribera del boscoso rio,
Salí a cazar.

El rubio bozo apénas me apuntaba
Dándome gravedad;
I amaba como un niño, heróicamente!...
Eso es amar!

¿Quién me igualaba? quién? Enamorado
Petrarca no era mas;
I en lo audaz i valiente no cedía
Ni a don Roldan.

¿Esperiencia? ¿Quince años no es bastante,
Acaso no es demás
Para saber del mundo los misterios?...
Feliz edad!

Una cosa tan solo me faltaba,
Si no me acuerdo mal,
I era, conquistador de pobres pájaros,
Ir a cazar!

Nuevo Nemrod de gorra i escopeta,
 Terciado mi morral,
 Atisbé i apunté, cerré los ojos...
 Fuego! allá vá!...

Qué estraña sensacion! Talvez la pólvora...
 Talvez la vanidad;
 O acaso aquel instinto satisfecho
 Ai! de matar!

Nervioso dejé el arma i fuí corriendo
 Mi víctima a buscar;
 Oh! cielo santo! la avecilla trémula
 Muriendo está!

Lánguido el cuello delicado inclina,
 I su dulce mirar
 Como un tierno reproche aquí en el alma
 Clavado está!

—«¿Por qué me matas?» pareció decirme,
 A mí que no he hecho mal!...
 Por qué del nido la inocente calma
 Vas a turbar?»

—¿Aman las aves? preguntéme entónces,
 Con zozobra mortal:

—¡Aman las aves! pareció decirme
 Muriendo ya.

En tí inocente víctima, algo mio
 He venido a encontrar;
 Tú tambien amás! Todo el universo
 Vive de amar!

Quién pudiera volverte a tus amores
 I al canto matinal!
 ¿Por qué no es dado reparar los males?...
 Ah!... duerme en paz!

Triste ese dia, al hombro la escopeta
 I vació el morral,

Volví sobre mis pasos, bien resuelto
A no cazar.

II.

Pasaron quince años; volví a aquel paraje,
El cual no he podido jamas olvidar:
Sentia en el alma la escena tan fresca
Que quise llorar.

Llorar, i a los treinta! Nemrod de quince años,
Bien pude sensible, llorar i jemir
Al ver en mis manos la tierna avecilla
Temblando morir.

—«Feliz el que llora! Mitiga las penas
El llanto que sale llevando el dolor.»
Así me decia la niña olvidada
I enferma de amor.

Allí, en aquel sitio la hallé suspirando,
Los ojos hundidos, marchita la tez;
Su frente, cual lirio doblado, cubria
Mortal palidez.

«¿Conoces, me dijo, conoces, acaso
Al bello i apuesto, feliz cazador.
A aquel que me trajo tan suaves palabras
De dicha i amor?»

Se pasan las horas, se pasan los dias
I en vano le aguardo; pero, él volverá!
¿No es cierto que me ama? ¿No es cierto que envano
No sabe jurar?

Le dí de mi pecho la flor escondida,
Le dí cuanto tengo, le dí cuanto soi!...
El me ama, ¿no es cierto? Sin él solitaria
Muriéndome estoi.

¿Por qué tarda tanto? Las flores que cojo
I adornan mi frente, marchitas están:

Yo quiero estar bella; mas ¡ai! mis encantos
Como ellas se van!...

Aquí, de sus ojos los rayos certeros,
Aquí, dentro el pecho, viniéronme a herir:
Qué triste i oscura, qué amarga es la ausencia!...
Me siento morir.

Murió el ave herida, llamando al amante
Con dulces acentos i quejas de amor!
Pero él ni se acuerda... Qué importan las penas
Al cruel cazador!

Cruzando los valles, alegres canciones
De amor i de caza, se le oye entonar:
Quien goza en la muerte de un ave sencilla
No puede, nó, amar!»...

Sabed, lindas niñas, los hombres sensibles,
Jamás en las flores colocan el pié,
Ni hieren las aves, ni juran amores
Con púnica fé.

Quien ama respeta la fé i la inocencia,
Quien ama no engaña ni causa dolor;
Amor, cuanto toca, depura i ensalza,
Que Dios es amor.

1875.

E. DE LA BARRA.

ALMA DE NIÑO!

—Por el amor de Dios, señor anciano,
Una limosna para un pobre enfermo!
Ved esta enjuta mano,
Ved este cráneo yermo,
Ved esta vida que el dolor devora!
Ved herida esta frente

Por el baston de un fúcar inclemente
 A quien mi diestra importunó en mala hora!
 He llegado al palacio de un magnate
 A cojer un mendrugo,
 I mi sangre ha pagado este rescate,
 Méenos duro, en verdad, que el duro yugo
 Que mi cabeza abate.
 Aun voi, señor, de aquel mendrugo en pos,
 Avido, moribundo
 I vejado del mundo...
 Una limosna por amor de Dios!
 —¿No tienes brazos, dí?
 Ea! a ganar tu pan: largo de aquí!

—Por el amor de Dios, jóven dichoso,
 Una limosna para un pobre hambriento!
 Ved este pecho ansioso,
 Este cansado aliento
 I aquestos ojos que la fiebre embota!
 Ved el sudor que brota
 Este rostro febril i macilento!
 He demandado en mi mortal fatiga
 A un rico despiadado
 De su festin rëal la última miga,
 I con burlesca risa me ha mostrado
 Un cordel i una viga
 Como el mejor festin de un desgraciado.
 Salvad, oh jóven, mas piadoso vos
 La existencia precaria
 De este mísero pária...
 Una limosna por amor de Dios!
 —Qué! ¿no eres hombre acaso?
 Pues a ganar tu pan: déjame el paso!

—Por el amor de Dios, niño inocente,
 Una limosna para un pobre viejo!
 Oid esta voz doliente,
 Ved este horrible espejo
 En que la faz siniestra se retrata
 Del hambre que me mata!

He llamado a las puertas de un amigo
 A quien ántes mi mano
 Ayudó en la miseria i el destierro,
 I ha sido echado el infeliz mendigo
 A disputar en vano
 Las sobras de su mesa con su perro.
 I ya siento mi espíritu cercano
 A dar al mundo el postrimer adios!...
 Mirad, bella criatura,
 Cuan negra desventura...
 Una limosna por amor de Dios!
 —Ai, pobre limosnero!
 Toma mi pan, mis dijes, mi dinero!

—Alma de niño, providencia amiga,
 Encontrada a las puertas de mi fosa,
 Que el cielo te bendiga
 Volviéndote limosna mas preciosa!
 ¿Qué aberracion, Dios mio, qué inclemente
 Misterio de la edad,
 Seca en el alma esta esquisita fuente
 De innata caridad?
 Oh! no maldigo en mi dolor al hombre
 Sin piedad, sin ternura, sin cariño:
 Lo perdono en tu nombre,
 Mano providencial, alma de niño!

Valparaiso, diciembre de 1874.

HÉCTOR ALVAREZ.

LA NUBE.

Blanca nube fujitiva
 Que en los espacios te ciernes
 Queriendo rasgar el velo
 De la esfera trasparente.
 Ora orgullosa te elevas,
 Ora confusa descienes

En vagas ondulaciones
En alas de los ambientes.

Ora con livianos jiros
En pedazos te desprendes
I flotando sin concierto
Solícita a unirte vuelves.

Ora tomas formas varias
I colores diferentes
Mil paisajes figurando
Que se aumentan o decrecen.

Ora en chispas de brillantes
I en ópalo te conviertes,
I al fin te haces invisible
I en las alturas te pierdes.

A la esperanza del hombre
Cuánto, oh nube, te pareces!
A los ensueños de gloria!
A las quimeras alegres!

Nube es la dicha en la vida,
Nube el amor de los seres,
Nube que ajitando el alma
Alegre o triste se mueve.

Nube es el bien que se busca
Sin que jamas logre verse,
Nube que al hombre acompaña
Hasta el umbral de la muerte.

M. A. HURTADO.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

Febrero 1.º de 1875.

En la revista bibliográfica de nuestro número anterior anunciamos la publicación del primer volumen de una serie de tratados sobre la historia de literatura contemporánea que da a luz la librería de Charpentier i Ca. de Paris. Ahora tenemos que comunicar la aparición de otro volumen de la misma serie de obras.

M. F. Odysse Barot, periodista de reputación en Francia, i conocido sobre todo por sus artículos contra la expedición francesa en Méjico, i por haber fundado en 1863 las dos revistas llamadas *des cours scientifiques et littéraires*, ha dado a luz en noviembre último un tomo de 500 en 18.º, que se titula *Histoire de la littérature contemporaine en Angleterre* (1830—1874). Este volumen, por la exactitud de las noticias que contiene i por la manera como estan espuestas, es digno de figurar al lado del libro de M. Roux sobre la literatura contemporánea en Italia de que hablamos en nuestro número anterior. Los aplausos que la prensa inglesa ha tributado al libro de M. Barot prueban suficientemente su mérito.

Una revista inglesa justamente estimada por sus artículos de crítica literaria (*The Athenæum*, de 21 de noviembre de 1874), dice de ese volumen: "El excelente libro de M. Barot alcanza hasta el mes presente, i es muy superior a muchos libros ingleses de esta clase." Señala también algunas equivocaciones que considera inevitables en un libro escrito en el extranjero i que no son de importancia, como el haber elegido entre dos apellidos de un escritor el ménos usado para darle preferencia en el índice alfabético, o el haber omitido (éste es el mas grave descuido que se le señala) el nombre de Mr. Russell Lowell en una lista de poetas americanos. En seguida añade el *Athenæum*: "En su conjunto, la obra es muy buena i merece traducirse, aunque algunos pasajes (los indicados) deberían ser modificados por el traductor, i debería agregársele un capítulo sobre los escritores teológicos."

El libro de M. Barot se abre con una interesante introducción de 130 páginas en las cuales pasa en revista la historia de la literatura inglesa desde sus oríje-

nes hasta 1830. En seguida, entra en materia dándonos a conocer no solo el movimiento literario de la Gran Bretaña, como parece indicarlo su título, sino tambien el de los Estados Unidos, cuyos principales escritores, prosistas o poetas, están convenientemente analizados.

En el volúmen de M. Odysse-Barot, de que damos cuenta, se anuncia hallarse en prensa otro tomo de esta importante coleccion, la *Histoire de la littérature contemporaine en Russie*, por M. C. Courrière.



La librería académica de Didier i C.^a de Paris ha dado a luz hace pocos meses un volúmen de 454 pájs. en 8.º, que lleva el título de *La nature et la vie*. Es formado por una serie de trece artículos científicos, publicados casi en su totalidad en la *Revue des deux mondes* por M. Fernand Papillon, jóven escritor frances, muerto hace poco mas de un año en toda la plenitud de su talento, i cuando veia delante de sí un lisonjero porvenir literario.

En estos artículos están tratadas muchas cuestiones científicas de un interes palpitante, como la constitucion jeneral de los cuerpos vivos, la luz, el calor, la electricidad i los medicamentos en sus relaciones con la vida, los injertos i las rejeneraciones animales, las grandes epidemias, el cólera, la fisiología de la muerte, la muerte aparente i la muerte real, i la herencia fisiológica en lo físico i en lo moral. M. Fernand Papillon no solo poseia sólidos conocimientos sobre todas estas cuestiones, sino que estando dotado de un notable talento de escritor, ha podido tratarlas con una claridad indisputable i con una grande elegancia en las formas literarias. Los que han leído algunos de estos estudios en la revista mencionada, celebrarán la oportunidad que la publicacion de este volúmen les ofrece de leerlos reunidos en un libro en que todo es agradable e instructivo.



A los que gustan de los estudios estadísticos, a los que necesitan consultar datos de esta naturaleza i a los que, como los periodistas, no pueden disponer de mucho tiempo para hacer estas investigaciones, recomendamos un anuario que desde hace once años se publica en Londres con el título de *The statesman's year book* (el anuario del estadista), bajo la direccion de M. Frederik Martin. Este anuario, que en los últimos años ha tomado mucho desarrollo, ha llegado a ser una de las publicaciones mas importantes entre las de su jénero. El tomo correspondiente a 1874, que tenemos a la vista, consta de un volúmen de 755 pájinas en 8.º, fuera de una introduccion de 44 pájinas.

En esa introduccion hai un resumen cronológico de los principales sucesos del año anterior, noticias estadísticas i comparativas sobre los diferentes cultos, la poblacion, los ferrocarriles, los telégrafos, el comercio, la deuda pública de todos o de la mayor parte de los pueblos del orbe. Todos estos datos están espuestos con mucho método, en cuadros sinópticos que es fácil consultar casi con una sola mirada.

El cuerpo de la obra está dividido en capítulos, cada uno de los cuales corresponde a un estado diferente. Allí se hallan noticias sobre la constitucion, el gobierno, las rentas públicas, el ejército, la escuadra, el territorio, la poblacion, el comercio, la industria, los ferrocarriles, los telégrafos, las posesiones coloniales,

los pesos i medidas, i por último la lista de los libros en que se pueden hallar los demas datos que interesen al lector. Estas noticias, estudiadas jeneralmente con una rara exactitud, i redactadas con mucha precision, bastan para dar una idea de la situacion política e industrial de cada país; i mui probablemente tomarán mayor desarrollo en los tomos sucesivos, por el interes que los editores manifiestan por recojer informes seguros i rectificaciones.

El Anuario del estadista no es, como se sabe, la única publicacion de este jénero. Bastaria citar el célebre *Almanaque de Gtha* i el *Anuario de la economía política*; pero el libro ingles que acabamos de mencionar, si bien carece de algunas de las noticias que contienen los otros dos, sobre todo el primero que es tan útil como guia diplomático i jenealójico, consigna datos de un grande interes que no se hallan en los otros anuarios, i ciertas indicaciones bibliográficas sobre cada país que pueden servir para adelantar la investigacion.



Vamos a hablar ahora de algunos libros que tienen para nosotros un interes mas directo.

Los diccionarios enciclopédicos manuales han llegado a ser un objeto indispensable en nuestro tiempo para todos los que se dedican al cultivo de las letras o de las ciencias. No puede discutirse la ventaja que resulta para el escritor, o simplemente para el hombre de estudio, de tener sobre su mesa uno o dos volúmenes en que pueda consultar fácilmente un hecho, una fecha o una doctrina que necesita recordar.

La literatura moderna ha producido un gran número de libros de esta naturaleza, sin contar las grandes enciclopedias ni los diccionarios especiales sobre una ciencia dada, algunos de los cuales constan de muchos volúmenes. Los diccionarios de Bouillet, exelentes para la época en que se publicaron por primera vez, han tenido mas tarde mas de veinte ediciones; i circulan en el mundo literario prestando un servicio real i efectivo en número de algunos centenares de miles de ejemplares.

Mui superiores a ellos son otros libros dados a luz posteriormente por la libreria francesa de Ch. Delagrave i C.* Uno de éstos, el de biografía, de historia i jeografía, que forma dos hermosos volúmenes con mas de 3000 pájinas de esmerada impresion, i compuesto bajo la direccion de dos distinguidos eruditos, Ch. Dezobry i Th. Bachelet, i con la colaboracion de muchos profesores, es una verdadera obra maestra por el inmenso cúmulo de datos que contiene, i por el método, la claridad i la exactitud con que están espuestos. Esta obra puede considerarse un ausiliar indispensable para todas las personas aficionadas al estudio de la historia política i literaria, i de la jeografía. Por desgracia, este libro es mui incompleto en todo lo que se refiere a América, i aun contiene en esta parte errores de trascendencia.

La literatura castellana carece casi absolutamente de libros de esta naturaleza. Una traduccion de Bouillet que se hizo en Madrid entre los años de 1846 i 1850 con la agregacion de artículos referentes a España, i una reimpression de esta obra, hecha posteriormente en Méjico con importantes agregaciones sobre este último país, es lo mejor que conocemos hasta ahora en castellano en mate-

ria de diccionarios históricos i enciclopédicos, i sinembargo dejan mucho que desear.

La libreria de Garnier hermanos de Paris ha querido satisfacer esta necesidad, emprendiendo una publicacion que no puede hacerse sino mediante el desembolso de un capital considerable. Pero en vez de tomar por base el diccionario de Dezobry i Bachelet, que, como hemos dicho, es lo mejor que existe en su jénero, ha tomado otro publicado tambien en frances por M. Louis Grégoire, i lo ha hecho traducir al castellano ampliándolo i adicionándolo en la parte de España i América "por una sociedad de escritores españoles i americanos."

Esta obra se ha publicado en Paris en 1874, en dos grandes volúmenes en 4.º, a dos columnas, de cerca de 1200 pájinas cada uno, i en tipo mui menudo con el título de *Diccionario enciclopédico de historia, biografía, mitología i jeografía*. Se comprende que una obra de esta clase ejecutada con estudio i con cuidado, i tratando de evitar los groseros i numerosos errores en que abunda la mayor parte de los libros europeos que tratan sobre América, seria de una importancia indisputable para los pueblos americanos. En las líneas siguientes vamos a ver si "la sociedad de escritores españoles i americanos" ha sabido desempeñar su cometido.

En un libro de esta naturaleza no debe exijirse, por cierto, que se consignen noticias de todos los hombres medianamente célebres; pero pueden cometerse omisiones imperdonables. En el libro de que damos cuenta hai noticias mas o menos sumarias de muchos personajes americanos cuyos nombres no figuran en otras compilaciones de esta especie, pero hai tambien omisiones casi inconcebibles. En efecto, no se comprende que un diccionario biográfico que aspira a ser útil a los americanos no contenga noticia alguna sobre los personajes siguientes: don Rafael Maria Baralt, historiador i filólogo venezolano; don Manuel Belgrano, célebre jeneral i político arjentino; don Andres Bello, el primer literato americano; don Anastacio Bustamante, jeneral i presidente mejicano; don José Canterac, famoso jeneral español en el Perú; don Manuel Dorrego, famoso presidente arjentino; don Ramon Freire, jeneral i presidente de Chile; don Vicente Guerrero, célebre jeneral mejicano; don Agustin Gamarra, jeneral i presidente del Perú; don José La-Mar, jeneral i presidente del Perú; don Santiago Mariño, jeneral venezolano; don Mariano Moreno, político i escritor arjentino; don Guillermo Miller, jeneral ingles al servicio de Chile i del Perú; don Francisco Javier Mina, jeneral español en Méjico; don Juan Ignacio Molina, historiador chileno; don Bernardo O'Higgins, fundador de la república de Chile, i cuya omision es verdaderamente imperdonable; don Diego Portales, político chileno notablemente célebre; don Manuel Piar, jeneral venezolano; don Francisco de Paula Santander, jeneral i presidente neogranadino; don Felipe Santiago Salaverry, jeneral i presidente del Perú; don Carlos Soublette, jeneral i presidente de Venezuela; don Bernardino Rivadavia, célebre político i presidente arjentino; don Vicente Rocafuerte, escritor, político i presidente del Ecuador; don Justo José de Urquiza, jeneral i presidente arjentino; don Jerónimo Valdes, jeneral español en el Perú; don Guadalupe Victoria, jeneral i presidente mejicano; don Lorenzo de Zavala, político i escritor mejicano. Basta esta lista, que podriamos alargar todavia sin apuntar nombres de segunda

importancia, para demostrar las notables omisiones del *Diccionario enciclopédico* que analizamos.

Se comprende fácilmente que la parte concerniente a la biografía española debe estar mucho ménos descuidada en este diccionario, desde que hai tantos libros análogos que es fácil aprovechar. Sin embargo, aun en esta parte hemos hallado omisiones verdaderamente incomprensibles. Nos bastará decir que este diccionario no contiene noticia alguna respecto a don José Blanco White, don Jaime Villanueva i don Modesto Lafuente, que figuran entre los escritores mas notables de España en el siglo XIX.

En el exámen que hemos hecho de este diccionario, que como se comprende no ha podido ser tan prolijo i minucioso como para recorrer todos sus artículos, hemos hallado tambien noticias biográficas notables por los numerosos e importantes errores que contienen. En una reseña bibliográfica de la naturaleza de la presente no es posible señalar individualmente todos los errores que hemos encontrado; pero debemos siquiera recordar los artículos en que esos errores son mas evidentes.

Casi todo lo que se dice de don José Fernando de Abascal, virei del Perú, en una biografía de solo nueve líneas, está perfectamente equivocado.

El artículo destinado al historiador mejicano don Lucas Alaman contiene errores, está escrito con mucha vaguedad, i ni siquiera da noticia de las obras importantísimas que dió a luz este escritor.

La biografía del sábio neogradino don Francisco José de Cáldas, nacido en 1770 i fusilado en 1816, es tan inexacta que se le hace nacer en 1686 i morir en 1770.

Don José Miguel Carrera, uno de los pocos chilenos que aparecen en esta compilacion, ha merecido una biografía de doce líneas, verdaderamente notable por cuanto su autor revela que no tiene la mas remota idea de la historia de nuestro país. Vamos a transcribirla fielmente para que se vea que no exajeramos: "Carrera (don José Miguel), jeneral americano, nacido en Santiago Chile; mayor de granaderos en la guerra de la independendencia de la América del Sur, obligó al Congreso a deponer la junta i reemplazarla con una comision, de la cual él formó parte. En 1812, la contrarrevolucion le apeó; estuvo preso con su hermano i ambos se fugaron en 1814 i provocó luego una nueva revolucion. La España recobró una parte de Chile i él entonces, a la cabeza de 800 hombres, mantuvo tres años de guerra contra los jenerales enemigos. Hecho prisionero en la punta de Médano, el año de 1821 fué pasado por las armas."

La biografía del jeneral venezolano don José Antonio Paez es notable por la vaguedad con que se han querido redactar hechos que no se conocen para evitar los errores.

La biografía de don Joaquin de la Pezuela, virei del Perú, es mas notable aun por los numerosos errores que contiene, o mas bien por no contener casi una sola noticia que no sea un error.

Don José de San-Martin ha merecido tambien doce líneas en esta compilacion. En ellas se le llama Juan, se le hace nacer en la Plata (Chuquisaca), i se dan otras noticias ménos erradas que las dos anteriores, pero que no esplican en manera alguna la grande importancia de este ilustre caudillo.

El jeneral don Antonio José Sucre ha andado mas infeliz todavía. En las ocho líneas que se le destinan, se han equivocado su nombre i casi todos los datos relativos a su vida.

Creeríamos abusar de la paciencia de nuestros lectores si hubiéramos de seguir señalando los errores que hemos hallado en la mayor parte de las biografías americanas que contiene el *Diccionario enciclopédico*. Nos parece que bastan los hechos indicados para que se conozca cuan poco cuidado se ha puesto en este trabajo.

En compilaciones de esta naturaleza tienen una grande importancia las indicaciones bibliográficas sea sobre las obras de cada autor, sea sobre lo que se ha escrito acerca de su vida. Esas indicaciones que sirven para adelantar la investigación, son siempre mui cuidadas en todos los diccionarios biográficos. Los traductores del de M. Grégoire se han limitado a reproducir el orijinal con tan poco estudio, que al ver que hablándose de los escritores estranjeros se señalan las traducciones que de éstos se han hecho, ellos señalan a su vez las traducciones francesas sin recordar las versiones castellanas. Este descuido es imperdonable cuando tratándose de Homero, de Lucano i de Hume, por ejemplo, no se dice que el primero de estos escritores fué traducido al castellano por Hermosilla, el segundo por Jaúregui i el tercero por Ochoa. Algunas ocasiones han traducido del frances los títulos de las obras españolas, cometiendo errores inconcebibles. A Lope de Vega se atribuye una comedia titulada *El lucero de Sevilla*, que llaman la mejor de sus obras dramáticas, en lugar de decir *La estrella de Sevilla*, verdadero título de esta obra. En algunas de las biografías añadidas por los traductores, estos descuidos bibliográficos son mas graves todavía. Así, en el artículo *Ladrilleros* se atribuye a don Martin Fernandez de Navarrete la *Relacion del último viaje al estrecho de Magallanes*, que escribió don José Vargas Ponce. No queremos alargarnos haciendo otras rectificaciones de esta especie.

La parte jeográfica adolece de defectos análogos. Hai mucha deficiencia de artículos, aun sobre nombres de importancia; i hai errores notables en los artículos que contiene. Sin querer hacer un análisis detenido de estas dos clases de descuidos, vamos solo a señalar tres o cuatro puntos que se refieren a la jeografía chilena.

El *Diccionario* confunde a la Serena con Coquimbo, haciendo a aquella puerto, i a éste capital de la provincia.

El volcan, el rio i la ciudad de Chillan están en el Perú, segun la obra de que damos cuenta.

En Chile hai un volcan denominado de Copiapó, "célebre por sus frecuentes erupciones."

El pico de Aconcagua es uno de los tres volcanes que hai en la provincia de este nombre.

Al hablar de Santiago a cuya descripcion se destinan nueve líneas, con algunos errores, se señala como su industria única o principal, las ollitas de las monjas.

No es necesario insistir mas para que se vea con cuan poco cuidado ha sido ejecutada la edicion castellana del libro que nos ocupa. Los editores Garnier hermanos han tenido el buen propósito de publicar un libro útil para los españoles i para los americanos; pero en vez de confiar la tarea de traducir i completar la

obra francesa, a una o varias personas realmente conocedoras de la historia i de la jeografía de América, han cometido el mismo error en que incurrió la casa de Rosa i Bouret cuando confiaba a don Baldomero Menendez la redaccion de un compendio de historia de Chile i a don J. Mesa i Leompart la redaccion de otro compendio de historia americana. Se sabe que el resultado de ambas empresas ha sido mui poco lisonjero. La publicacion del *Diccionario enciclopédico de historia, biografía i jeografía* no ha sido mas feliz.

Aunque somos enemigos de las críticas que recaen sobre el uso de las palabras, nos ha parecido indispensable señalar algunos descuidos de traduccion que imperfeccionan este libro, por cuanto ellos pueden hacer caer en error. No damos mucha importancia a que los traductores de M. Grégoire digan que Pedro van Aa *editó* muchas obras, i a que llamen *romancero* al novelista Longo; pero nos parece mas grave que se nombre conde de Cinchon al conde de Chinchon, viri del Perú; i que en la biografía del poeta e historiador ingles Roberto Southey se le dé por autor de una historia de las Indias occidentales (América), traduciendo en esa forma las palabras West Indies, que solo designa las Antillas.



Actualmente se están publicando en Lima dos colecciones de documentos históricos i literarios que nos proponemos describir aquí por creerlas casi enteramente desconocidas en Chile. El director de ambas es don Manuel de Odriozola, coronel de caballería.

La primera lleva por título *Documentos históricos del Perú en las épocas del coloniaje, despues de la conquista i de la independenciam hasta la presente*, i consta hasta ahora de cinco tomos en 4.º, cada uno de los cuales tiene entre 350 a 400 pájinas.

Esta coleccion se comenzó en 1863 con la publicacion del primer volúmen, todo él destinado a una relacion histórica i a una compilacion de documentos acerca de la rebelion de Tupac Amaru en 1780. Este material, incluso el discurso preliminar, está fielmente tomado del V tomo de la *Coleccion de obras i documentos relativos a la historia de las provincias del Rio de la Plata*, publicada en Buenos Aires por don Pedro de Angelis; de manera que aquel volúmen no tiene la menor novedad para los que conocen la importante obra que acabamos de mencionar.

El segundo tomo de la coleccion del coronel Odriozola fué publicado en 1872. Contiene una parte de la notable relacion del gobierno del viri Abascal, escrita por este mismo en 1816 para presentarla a su sucesor, como era práctica en las colonias españolas. Este documento de la mas alta importancia para la historia de la revolucion americana, no es conocido mas que por algunos fragmentos que han visto la luz pública. El mismo coronel Odriozola no ha podido dar a luz mas que 206 pájinas, por haber perdido el manuscrito que poseía. Para reparar este mal, ha impreso en seguida una coleccion de documentos concernientes a los sucesos de España i del Perú desde 1808 hasta 1823, que ocupa mas de cien pájinas de aquel tomo i los tres restantes de su obra hasta terminar el V, que fué publicado en 1874. Esa compilacion está formada esclusivamente con los do-

cumentos insertos en esos mismos años en los periódicos de Lima i de Santiago, o publicados en hojas sueltas. Sin ser verdaderamente completa, puesto que faltan algunas piezas importantes, tiene un gran valor histórico i presta un servicio indispensable a los aficionados a este jénero de estudios, permitiéndoles poseer i consultar documentos que es casi imposible proporcionarse. No es exajerado decir que sin este trabajo no se podria estudiar convenientemente la historia de la independencia del Perú.

La segunda compilacion se titula *Coleccion de documentos literarios del Perú*, i consta al presente de cinco volúmenes iguales a los de la otra obra, publicados tambien entre los años de 1863 i 1874. Hai en ellos piezas de mui diversos méritos i de diferente importancia, pero como conjunto es de suma utilidad para conocer la literatura peruana de la era colonial.

Se abre la compilacion con el poema de don Pedro de Peralta Barnuevo titulado *Lima fundada*. Esta obra, impresa por primera vez en Lima en 1732 en dos volúmenes en 4.º, habia llegado a ser una curiosidad bibliográfica; i aunque su mérito literario es bien reducido, posee un gran valor histórico, tanto por el texto como por las numerosas notas e ilustraciones que lo acompañan. Ocupa este poema solo el primer volumen de la coleccion del señor Odriozola. Los cuatro restantes están llenos de piezas diversas en prosa o en verso, amontonadas sin seguir ni un órden de materias ni un órden cronológico; i aunque este inconveniente está en parte salvado con el auxilio de los índices, habria sido preferible adoptar desde el principio un plan mas metódico. Entre las piezas publicadas son las mas numerosas las que se refieren a la historia civil; i algunas de ellas tienen un grande interes.

Nos permitiremos llamar la atencion del lector a dos volúmenes de esta coleccion.

La Descripcion de las provincias pertenecientes al arzobispado de Lima por el doctor don Cosme Bueno, ocupa casi todo el tomo III. Era Bueno un médico aragones que vivió en el Perú desde 1730 hasta su muerte, ocurrida en 1798. Dedicado tambien al estudio de las matemáticas i de la astronomía, desempeñó los cargos de profesor de estas ciencias i de cosmógrafo mayor del Perú. En este último carácter debia publicar cada año un almanaque perfectamente revisado. El doctor Bueno aprovechó esta oportunidad para dar cada año a la prensa algunas disertaciones sobre la fisica, la medicina etc.; i tambien una serie de memorias históricas i geográficas que se publicaron en los almanaques desde 1763 hasta 1776. La primera de ellas es una reseña biográfica de los vireyes del Perú, que no ha sido reimpressa por el señor Odriozola, i las siguientes son las descripciones del arzobispado de Lima, obispados de Arequipa, de Trujillo, de Huamanga, del Cuzco, arzobispado de la Plata o Chárca, i obispados de la Paz, Paraguá, Santa Cruz de la Sierra, Tucuman, Baenos Aires, Santiago i Concepcion. Estas descripciones, hechas en vista de los mejores datos i por un hombre estudioso i observador, constituyen un trabajo jeográfico de primer órden, i forman un volumen en 8.º de 525 páginas. Pero, para poseer ese volumen, era menester reunir los catorce almanaques publicados en Lima entre 1763 a 1776, i arrancar de cada uno las 30 o 40 páginas que contienen la descripcion jeográfica; i ya se comprenderá que un libro organizado de esa manera no puede estar al alcance de muchas personas. La reimpre-

sion del coronel Odriozola ha venido a facilitar el que aquellas importantes memorias puedan ser consultadas.

Otro volumen está formado por el *Diente del Parnaso*, coleccion de poesias humorísticas i satíricas escritas a fines del siglo XVII, por don Juan del Valle i Caviedes, especie de Quevedo limeño, dotado de una gran facilidad i de un notable ingenio, que empleaba principalmente contra los médicos. Este volumen de poesias que circulaba en copias manuscritas, i que por tanto estaba espuesto a sufrir adulteraciones i talvez a perderse, ha sido impreso por los cuidados de don Ricardo Palma. Este distinguido literato peruano, al darlo a luz en el tomo V de la coleccion del señor Odriozola, lo ha ilustrado con una importante biografía del autor i con otras memorias muy interesantes sobre la poesia peruana del tiempo de la colonia. Recomendamos particularmente este volumen a los que quieran estudiar la historia de la literatura peruana bajo el vireinato.



De ocho años a esta parte, i con motivo de la guerra i de las revoluciones que han sacudido al Paraguai, este pais ha sido objeto de numerosos libros i opúsculos históricos i jeográficos que han venido a dar luz acerca de sus instituciones, sus costumbres i los últimos acontecimientos que allí se han desarrollado.

Algunos de esos estudios se recomiendan por la seriedad con que han sido escritos i aun por el arte literario que se ha empleado; pero en este párrafo no vamos a hablar sino de un libro de un alcance mucho mas modesto, i que sin embargo tiene un verdadero interes para el lector i puede prestar un señalado servicio a los que deseen conocer el estado social i político de aquel curioso pais.

Este libro se titula *Episodios de la vida privada, política i social en la república del Paraguai*, i forma un tomito de 285 pájinas en 8.º, impreso en Madrid en 1873. El autor de este libro es un abogado español, oriñinario de Sevilla, llamado don Idefonso Antonio Bermejo, que habia adquirido cierta nombradía en su patria como autor dramático. Hallándose emigrado en Paris en 1854, a consecuencia de la revolucion ocurrida en España en ese mismo año, Bermejo, publicó en el segundo tomo de la *Revista española de ambos mundos*, una serie de artículos sobre la historia de esa revolucion que lo pusieron en contacto con los americanos que tenian interes en el sostenimiento de aquella revista. Conoció entónces a don Francisco Solano Lopez, hijo del presidente del Paraguai i ministro plenipotenciario de esa república en Paris. Este personaje, que es el mismo que adquirió mas tarde tanta celebridad por su resistencia a las fuerzas combinadas del Brasil i de la República Argentina, tenia el encargo de contratar en Europa militares i otros hombres útiles para el gobierno paraguayo. Ofreció a Bermejo el puesto de oficial, consultor o redactor del ministerio de relaciones esterores de la Asuncion; i habiendo aceptado éste la propuesta, se embarcó para América, i llegó al Paraguai en febrero de 1855.

En ese pais residió Bermejo siete años, al cabo de los cuales se decidió a volver a Europa. Su posicion oficial le permitió conocer la administracion i el estado social del Paraguai, i si hubiera querido o hubiera podido escribir una obra sería i reunir datos históricos, jeográficos i estadísticos, habria podido hacerlo mejor que cualquiera otra persona. Bermejo, sin embargo, no ha tenido tales

pretensiones: ha querido solo publicar sus recuerdos, los hechos que vió, las noticias que recojió de buenas fuentes, i ha formado así una série de anécdotas sobre la vida política i social en el Paraguai, escrita con naturalidad i soltura, i sin pretensiones literarias. En todo su libro no se hallan esas observaciones que revelan la sagacidad i la penetracion del viajero, ni tampoco las noticias de un tratado puramente histórico; pero ese conjunto de noticias familiares, esa multitud de hechos privados relativos al presidente de la república, a sus ministros, a algunos gobernadores locales i a otras personas caracterizadas, a quienes el escritor conoció de cerca, nos da una idea tan nueva como interesante del estado de la sociedad paraguaya ántes de la guerra que ha cambiado la faz de ese país. Bermejo ha trazado el cuadro de un despotismo abrumador, ejercido por un solo hombre sobre un pueblo pobre, miserable, sumiso, ignorante, en que no hai opinion pública, en que los ministros son, en toda la estension de la palabra, sirvientes domésticos del jefe supremo del estado. En una parte nos refiere que el ministro de relaciones exteriores, que estaba obligado a firmar sin leer las notas que habia escrito el mismo Bermejo, no tenia ocupacion mas séria que empaquetar los números del *Semanario*, periódico oficial de la Asuncion, que debian remitirse al extranjero. En otra parte vemos al ministro de hacienda trepándose, por orden del presidente, a los tejados de la casa que se habia preparado para la habitacion de Bermejo, con el objeto de ver si habia murciélagos. Estos i otros incidentes mucho mas dolorosos, que están contados al correr de la pluma i con todo aire de verdad, no serian creidos, sin embargo, si el autor dejara de repetir con insistencia que no inventa cosa alguna i que solo escribe fielmente sus recuerdos.

El librito de Bermejo de que solo podemos dar una idea mui jeneral i sumaria, se lee como una novela i enseña como una obra séria de historia. Si el autor no deja ver una intelijencia superior para juzgar de las cosas que ha visto, escribe con agradable facilidad; i por medio de esa série de recuerdos personales ha pintado un cuadro lleno de colorido i de animacion. A los que conozcan este cuadro, no parecerá exajerado que se diga de él que por medio de ese conjunto de historias caseras, por decirlo así, ha hecho Bermejo una obra mas instructiva que ciertos libros escritos con grandes pretensiones criticas i filosóficas.



En 1872, con motivo del centenario del nacimiento del famoso baron de Humboldt, celebrado en 1869, se publicó en Leipzig una obra mui importante sobre la vida de este ilustre sabio. Trabajaron en ella tres hombres distinguidos en el mundo científico, Julio Löwenberg, el doctor Roberto Avé-Lallemant i el doctor Alfredo Dove; i se encargó de dirigir la edicion el profesor Carlos Bruhns, director del observatorio de Leipzig.

Hasta ahora, la mejor biografía de Humboldt era la de Klencke, escrita en vida del célebre viajero, i completada despues de su muerte, reimpressa muchas veces i traducida a varios idiomas, entre ellos al ingles i al frances. El libro de Klencke, cuya traduccion francesa forma un volumen de 330 pág. en 12.º, es un estudio exelente sobre la vida i las obras de Humboldt, en que está perfectamente apreciada su importancia en la historia de los progresos científicos de nuestro siglo. Resultado de un estudio prolijo i concienzudo de los hechos, escri-

to con buen método i con un estilo animado i agradable, esa obra puede considerarse un modelo de biografía.

Sin embargo, el nuevo libro que ahora anunciamos, ha sobrepujado a aquella biografía. Los tres escritores arriba mencionados han emprendido un trabajo de grande estudio; i utilizando los escritos dados a luz despues de la muerte del ilustre sabio, i sobre todo las diferentes compilaciones que se han hecho de su correspondencia, han podido escribir su vida con mayor estension i con un grande acopio de noticias.

Tenemos a la mano la traduccion inglesa de esta obra publicada en Londres en 1873 con el título de *Life of Alexander von Humboldt, compiled in commemoration of the centenary of his birth* (Vida de Alejandro de Humboldt, compilada en conmemoracion del centenario de su nacimiento). Forma dos hermosos volúmenes grandes en 8.º de mas de 400 páginas cada uno. La obra ha sido traducida al ingles por las señoras Juana i Carolina Lassell. Como ella es en cierto modo americana por cuanto refiere la vida del mas famoso sabio que haya explorado nuestro continente, se nos permitirá destinarle algunas líneas mas.

Los viajes científicos de Humboldt en América i en Asia forman la segunda parte de la obra. Ha sido ésta escrita por Löwenberg. Para ello ha tenido a la vista no solo las relaciones de viajes i los otros libros relacionados con ellos que dió a luz el ilustre viajero a su vuelta a Europa, sino muchas cartas suyas dirigidas a su hermano o a otras personas, que contienen noticias mui interesantes. "Las cartas escritas por Humboldt durante su viaje, dice el biógrafo, son naturalmente mui inferiores en materia de detalles, así como en jeneral por el interes científico, a la relacion ordenada de sus viajes publicada en sus obras; pero poseen la ventaja inestimable de reflejar el ardor i la juventud de los sentimientos individuales, exitados por las impresiones del momento i de retratar al vivo la fisonomia del escritor" (tomo I, páj. 286). Estas palabras esplican suficientemente la importancia de los documentos que el biógrafo ha reunido i publicado para completar el cuadro de la historia de los viajes de Humboldt. Hai, en efecto, en un espacio de noventa páginas, un resúmen compendioso de la historia de esa famosa expedición, con ciertos datos nuevos, i arreglado de manera que es fácil formarse una idea cabal de la importancia que ella tiene en la historia de las ciencias físicas i naturales. Aunque Löwenberg ha trabajado esta parte de la vida de Humboldt con bastante cuidado, no ha podido impedir que se le deslicen algunos errorcillos de detalle. Así, por ejemplo, en la página 255 (tomo 1.º) ha confundido al abate Gili con el padre Gumilla. Allí mismo ha llamado Gaulin al historiador Caulin.

En la tercera parte de la biografía, escrita por Avé-Lallemant, hai noticias mui curiosas acerca de las obras de Humboldt, concernientes a la América. El biógrafo se ha empeñado en darnos a conocer quienes fueron los colaboradores del ilustre sábio, el continjente de luces que le prestó cada uno, los esfuerzos i sacrificios que le impuso la publicacion de libros cuidadosamente impresos, de numerosas láminas i de muchísimos mapas grabados con todo primor. Esta parte, que podríamos llamar la cuestion financiera de ese viaje memorable, contiene noticias mui curiosas. Bastará decir que segun se lee en la página 20 del tomo II, el grabado de las planchas de cobre para las láminas de las diferentes obras relacionadas con su viaje a América, costó 600,000 francos; i 840,000 el

papel i la impresion de esas mismas láminas. Así se comprende el alto precio a que se han vendido los ejemplares de esas diferentes obras.

La traduccion inglesa, así como el orijinal alemán de la nueva vida de Humboldt, está adornada de tres buenos retratos de este célebre personaje, grabados en acero. Se juzgará del interes que tienen estos tres retratos cuando se sepa que el primero lo representa a la edad de 26 años, el segundo a los 44 i el tercero a los 80, i que los tres son reproducciones fieles de pinturas ejecutadas por buenos maestros en 1796, en 1814 i en 1850.



Las revistas inglesas de los últimos meses han aplaudido mucho una obra publicada en Lóndres en 1873 en dos volúmenes en 8.^o con el título de *Two years in Perú, with exploration of its antiquities* (Dos años en el Perú, con investigación acerca de sus antigüedades). El autor de este libro, M. Thomas J. F. Hutchinson, miembro de algunas sociedades científicas de Lóndres, residió en el Perú los años de 1871 i 1872 en calidad de cónsul inglés en el Callao, viajó en el interior de ese país, estudió sus antigüedades i ha podido escribir una obra que sin ser merecedora de los elogios que se le han hecho, i que prueban lo poco que se conocen en Europa las cosas de América, vale mucho mas que una gran parte de los libros superficiales de los viajeros que han escrito sobre estos países.

M. Hutchinson fué testigo de la rebelion de los Gutierrez en 1872, de los horrores que entónces ensangrentaron la ciudad de Lima i de la elevacion de don Manuel Pardo a la presidencia del Perú. En la obra de que damos cuenta, ha referido estos hechos con ciertas particularidades que mas tarde podrá aprovechar la historia, aunque el cónsul inglés no ha podido mantenerse frío i desapasionado en sus apreciaciones. No puede imaginarse un entusiasmo mas ardiente que el que manifiesta en favor del presidente Pardo, a quien pinta dotado de todas las virtudes i de todos los talentos. No le ha bastado dedicarle la relacion de sus viajes en una página llena de los mas encomiásticos epítetos, sino que ha colocado en el frontispicio el retrato de este mandatario. Se nos asegura aún que la publicacion de esta obra ha sido hecha a espensas del gobierno peruano. Las páginas que destina a la relacion de los sucesos de que M. Hutchinson fué testigo, así como otras que contienen noticias estadísticas i comerciales, no carecen de interes; pero el mérito principal de su libro se encuentra en otra parte.

En efecto, el reciente explorador del Perú ha estudiado con particular empeño las ruinas que nos quedan de la antigua civilizacion indijena, los edificios, las momias, los utensilios de barro o de metal que se han salvado de la accion destructora del tiempo; i ha hecho servir todas las nociones adquiridas, para la demostracion de un sistema que ha podido ofrecer alguna novedad a ciertos escritores europeos que no conocen suficientemente la historia americana.

M. Hutchinson cree que la civilizacion peruana es de un orijen mucho mas antiguo que el que se le asigna vulgarmente, que es anterior a los incas, que de ordinario son llamados los civilizadores de ese país, i opina que esa civilizacion fué sofocada por las conquistas posteriores de pueblos de otra raza. Si su libro no llega a la demostracion cabal i completa de esta teoría, no puede decirse por eso que no ofrezca datos importantes para el estudio de esta cuestion. Bastaría señalar en su honor el hecho de haber publicado un gran número de graba-

dos que representan ruinas, sepulturas, momias i utensilios de muchas clases, i el haber jeneralizado así los elementos mas indispensables para el estudio de estas cuestiones.

Al recomendar este libro a los lectores chilenos, debemos decirles que M. Hutchinson, que vino al Pacífico por la via del estrecho, habla tambien de nuestro pais, que visitó de carrera, en los tres primeros capítulos de su libro. De Santiago, donde solo residió 24 horas, da una descripcion que no carece de verdad; pero lo que mas le ha llamado la atencion en la historia de nuestra capital es el incendio de la Compañía.

Hemos dicho anteriormente que M. Hutchinson es uno de los escritores europeos ménos superficiales que se han ocupado de asuntos hispano-americanos; Sinembargo incurre en un defecto comun a casi todos ellos, que consiste en estropear desapiadadamente los nombres de los lugares i de los personajes americanos. Así, Hutchinson en el tomo 1.º página 136 llama *padre Olairda* al escritor peruano don Pablo Olavide; i en la página 27 del mismo tomo, hablando del actual intendente de Valparaiso, lo nombra señor don Francisco Echáurren Hindorro.



En 1834, el célebre escritor norte-americano M. Jorje Bancroft, de edad entónces de treinta i cuatro años, publicó el primer volúmen de una obra monumental que lleva por título *History of the United States from the discovery of the american continent* (Historia de los Estados Unidos desde el descubrimiento del continente americano). Este volúmen, recibido con los mayores aplausos por la prensa de ese país i de Europa, fué seguido de otros que colocaron a M. Bancroft en el número de los mas notables historiadores de nuestra época. Investigacion paciente i prolija de los hechos, buen método de esposicion, un estilo serio aunque no siempre parejo, rectitud en sus juicios, elevacion i templanza en la critica, tales son las dotes principales que caracterizan a este ilustre historiador.

Mientras M. Bancroft escribía la historia de las colonias que hoy forman los Estados-Unidos, pudo avanzar en su trabajo sin grandes dificultades; pero desde que entró en la historia de la revolucion de la independenciam, el mismo prestigio de su libro fué causa de que los hijos i los descendientes de los revolucionarios lo asediaron con reclamaciones de todo jénero que lo embarazaban en su camino. El historiador estaba obligado a marchar con lentitud, i aun parece que por algun tiempo estuvo inclinado a suspender su obra.

Al fin, despues de cuarenta años de labor, M. Bancroft ha dado cima a su historia, publicando el décimo volúmen con que se termina. Comprende éste los sucesos ocurridos desde 1778 hasta 1782, es decir hasta la terminacion de la guerra de la independenciam. Aunque sobre esta época se han publicado libros mui apreciables i un inmenso cúmulo de documentos, el último tomo de M. Bancroft tiene un mérito propio, i ademas la importancia de completar una obra verdaderamente monumental, que recorre la historia de ese país desde sus primeros dias hasta dejarlo constituido en un estado independiente. M. Bancroft, que durante muchos años desempeñó diversas misiones diplomáticas en diferentes países de Europa, aprovechó esa situacion para es-

plorar muchos archivos i bibliotecas. Ella le ha permitido dar el interés de la novedad a muchas páginas de su último volumen.



Los señores M. G. i E. J. Mulhall, propietarios i editores de un diario ingles (*The Standard*) de Buenos Aires, han publicado recientemente en Lóndres un volumen titulado *A hand-book of River Plate Republics, comprising Buenos Aires and the provinces of the Argentine Republic and the republics of Uruguay and Paraguay* (Guia de las repúblicas del Plata, comprendiendo Buenos Aires i las provincias de la República Arjentina i las repúblicas del Uruguai i del Paraguai). Este libro, al paso que contiene una descripcion jeográfica bastante cuidada de esos países i las noticias que pueden interesar a los extranjeros que los visitan, tiene el propósito de atraer hácia ellos la emigracion europea i sobre todo la de los ingleses, que hasta ahora se encuentran allí en minoría. Los autores no cesan de señalar desde las primeras páginas las ventajas que ese país ofrece al emigrante, representándole bajo los colores mas lisonjeros las libertades de que gozan i el halagüeño porvenir industrial que se les espera. "La República Arjentina, dicen en la página 45, es el Dorado de los pobres;" i cuentan cómo los pobres encuentran un trabajo bien retribuido desde el momento de pisar aquella tierra.

Seria de desear que se hiciese un libro análogo sobre nuestro país, para darle circulacion en Europa. Al paso que él estimularia la emigracion, haciendo conocer las ventajas reales i positivas que la paz i la prosperidad de Chile ofrecen al extranjero, contribuiria a desterrar de los libros i de los periódicos europeos los numerosos errores que se cometen cuando se habla de la jeografia i del estado social e industrial de nuestro país.

D. B. A.

HISTORIADORES DE CHILE.

Don José Perez García.

El que ahora treinta o cuarenta años hubiese querido hacer un estudio jeneral de nuestra historia, o formarse una idea mas o ménos exacta de su conjunto, no habria podido dispensarse de consultar una obra que hasta hoi permanece inédita i escrita en dos enormes volúmenes en folio, con el título de *Historia jeneral, militar, civil i sagrada del reino de Chile* por el teniente coronel don José Pérez García. Hasta la época de la publicacion de la historia que lleva el nombre de don Claudio Gay, aquella obra era el conjunto mas estenso i completo de noticias históricas i jeográficas que existieran sobre Chile desde los tiempos mas antiguos hasta 1808. Solo podia competir con ella, bajo este aspecto, la historia inédita del coronel don Vicente Carvallo i Goyeneche, cuyo manuscrito orijinal estaba en poder de un erudito coleccionista de Buenos Aires, i que por esto mismo solo de nombre era conocida entre nosotros.

La reputacion de la historia inédita de Pérez García era verdaderamente colosal ántes de 1840. Los herederos de éste guardaban con un relijioso respeto el manuscrito orijinal; pero los pocos hombres que, como don Mariano Egaña, querian hacer el estudio de nuestro pasado, habian hecho sacar copias que conservaban como un verdadero tesoro histórico. Otro curioso coleccionista, cuyo nombre no nos es conocido, tuvo la idea de copiar el manuscrito introduciendo en su redaccion algunas correcciones que, si han mejorado algo el estilo, han perjudicado a su fondo. Aun se sacaron copias para enviar al extranjero; i la biblioteca pública de Buenos Aires, conserva una de ellas, revestida con la firma del historiador.

Ya veremos que el aprecio que se hacia de este manuscrito no era en modo alguno injustificado. Pero, para proceder con método, vamos a comenzar nuestro estudio dando a conocer la vida del autor.

Don José Pérez García era orijinario de España. Nació en 1721 en la pintoresca villa de Colindres, situada a pocas leguas al oriente de Santander, i en el antiguo señorío de Vizcaya. Eran sus padres don Francisco Pérez Piñera i doña Antonia García Manrueza, «caballeros nobles, hijosdalgos, de sangre i naturaleza, de casa infanzona i solariega, pendon i caldera,» como dice su ejecutoria de nobleza. Entre sus mayores, contaba esa familia algunos hombres mas o ménos distinguidos. El tercer abuelo de don José, don Pedro Pérez Quintana, fué caballero de la órden de Calatrava i jeneral de la real armada bajo el reinado de Felipe III.

No parece que don José Pérez García hiciera estudios literarios. Adquirió los pocos conocimientos que en esa época constituian la preparacion intelectual de los que querian dedicarse al comercio, i a la edad de veinte años pasó a América al lado de un hermano mayor, don Santiago, que hizo mas tarde una fortuna colosal en el Alto Perú, i que mantenía una casa de comercio en Buenos Aires, que era el puerto por donde importaban las mercaderías europeas i esportaban los productos americanos los comerciantes de Chárca i Potosí. Don José Pérez García permaneció en aquella ciudad cerca de diez años, ocupado en los trabajos mercantiles. Allí estuvo tambien alistado en los cuerpos de tropas que guarnecian la ciudad, primero como cadete de dragones, cargo que sirvió mas de dos años, i luego como alférez de milicias de la compañía de forasteros, a que perteneció otros cinco. Es probable que contando con la proteccion de su hermano mayor adquiriera en Buenos Aires la base de la fortuna que poco mas tarde incrementó considerablemente en Chile.

¿En qué año pasó Pérez García a este país? No encuentro esta noticia en ninguno de los documentos que acerca de su vida he podido consultar; pero del estudio detenido de su historia infero que fué en 1752, o a lo mas en los primeros meses del año siguiente. Tiene este cronista la buena práctica de citar al pié de sus páginas la fuente de donde ha tomado sus noticias, refiriéndose con frecuencia a las conversaciones con los personajes que intervinieron en los hechos o los presenciaron, i apelando tambien a sus propios recuerdos para manifestar que escribe como testigo de vista. Desde

los sucesos de 1753 comienza a apoyarse en su testimonio personal, poniendo en sus notas las palabras: «lo hemos visto.» El primer suceso que certifica de esta manera es el establecimiento del estanco de tabaco en el reino de Chile, i la prohibicion de cultivar esta planta en su territorio. En otra parte de su historia dice que vino a Chile por el cabo de Hornos, pero no espresa la fecha de su viaje. «Vi- niendo en la *Guipuzcoa*, dice, ví estrellarse en sus peñas sus en- crespadas aguas, que con el sol que salió a mostrarnos el riesgo, parecian un cardúmen de estrellas que formaban un mar de plata.»

Establecido en Santiago, don José Pérez García vivió ocupado principalmente en sus especulaciones mercantiles. Dotado de una intelijencia clara, de un injénio alegre i festivo, de una notable probidad, se labró en el comercio i en la sociedad una de esas reputaciones que atraen a los hombres el respeto i la estimacion de los que los conocen. A los diez años de hallarse en Chile, el 10 de marzo de 1763, contrajo matrimonio con doña María del Rosario Salas i Ramirez, señora principal de Santiago, e hija de un rico comerciante español, natural tambien de la villa de Colindres (1). Este enlace, que fué causa de que estableciera definitivamente su hogar en Chile, lo relacionaba por los vínculos de familia con algunas de las casas mas aristocráticas de Santiago.

Pérez García llegó a ser todo aquello a que podia aspirar en esa época un honrado i noble vecino de esta ciudad. Fué tesorero i director de algunas *cofradías relijiosas*, cargos a los cuales se daba entónces una importancia que han perdido en nuestro tiempo; capitan de una compañía del batallon de número de las milicias de infantería (por nombramiento del 19 de diciembre de 1768); capi- tan del rejimiento de infantería del rei (por nombramiento de 19 de setiembre de 1777); diputado de comercio, o lo que es lo mis- mo, jefe del tribunal especial en asuntos mercantiles, en dos oca- siones diferentes, en 1781 i en 1793, i por último, miembro del ca-

(1) El suegro de Pérez García se llamaba don Manuel Jerónimo de Salas: i su suegra, que era chilena relacionada con las mas altas familias de Santiago, fué doña Ana Josefa Ramirez. Hijos de éstos fueron, entre otros, doña Rosa, casa- da con el maestre de campo don José Cruzatt, que fué alcalde ordinario de San- tiago en 1757; doña Antonia, casada con don Martin José de Larrain, natural de Aranaz, villa de Navarra, alcalde ordinario de Santiago en 1759, i padre de una numerosa familia que se ilustró en la revolucion; i doña Josefa, casada con el comisario don Salvador de Trucíos, natural de Vizcaya.

Don José Pérez García tuvo varios hijos, de los cuales los mas distinguidos fueron don Francisco Antonio, gran patriota de 1810, i don Santiago, padre del señor don José Joaquin Pérez, ex-presidente de la república.

bildo de Santiago. Sus relaciones i sus amigos se contaban entre los hombres mas altamente colocados en la colonia. En las notas de su libro alude con frecuencia a sus conversaciones con el presidente de Chile don Ambrosio O'Higgins, con el correjidor de Santiago don Luis de Zañartu, i con otras personas distinguidas por su fortuna o por el destino que desempeñaban. Agréguese a esto que Pérez García logró formarse en el comercio un capital considerable que aseguraba su independencia i el prestigio de su posicion. Cuando creyéndose demasiado viejo para atender los negocios comerciales, quiso balancear su fortuna i retirarse a su casa, se encontró dueño de poco mas de cincuenta mil pesos, riqueza mui considerable a fines del siglo anterior. Poseia entre otros bienes, una gran casa en el centro de Santiago (1), i la estensa i valiosa hacienda de Chena, que llegaba entónces hasta cerca de los suburbios de la capital, comprendiendo algunos miles de cuadras, i que ahora representa un valor de mas de un millon de pesos.

Hallándose resuelto a no salir de este país de sus afecciones i de su familia, recibió el nombramiento puramente honorífico de alcalde ordinario de su pueblo natal. Pérez García guardó este nombramiento como un título de honor; pero no pensó en volver a España. Mas adelante, en 1789 solicitó del rei otra distincion. En un estenso memorial, hacia valer sus servicios como oficial de milicias, manifestando que habia desempeñado todas las comisiones que se le confiaron, representaba su calidad de caballero hijodalgo, i pedia se le confiriera el título de teniente coronel de ejército a que se creía merecedor. En la vida colonial, los grados de esta clase, no se concedian siempre como un premio de servicios efectivos, sino como un timbre de honor que daba gran prestigio al que lo recibia. Pérez García buscaba en él la satisfaccion de un sentimiento de vanidad natural entre sus contemporáneos, así como él i los mas encumbrados vecinos de Santiago pedian el título de cadete en los cuerpos de milicias para cada uno de sus hijos, cuando éstos acababan de nacer. El nombramiento de capitán o de coronel les daba derecho para vestir casaca militar, para asistir a todas las fiestas públicas i para recibir los honores correspondientes a ese rango.

(1) Situada en la actual calle de la Bandera, cuadra i media al sur del palacio de los tribunales, que don José Pérez García habitó hasta su muerte. Hasta hace veinte años se conservaba en el mismo estado que tenia en tiempo de este historiador. Tiene actualmente el número 26.

Pérez García, sin embargo, no obtuvo de la corte el nombramiento que solicitaba. Recibió solo el de teniente coronel de milicias, que le autorizó para usar el resto de sus días la casaca militar, pero que lo colocaba en un rango inferior a aquel a que había aspirado. Tal vez, no pudo darse nunca cuenta de la causa que había impedido que su solicitud tuviera mejor resultado. Nosotros hemos podido descubrirla entre el polvo de los archivos, i vamos a revelarla. El presidente de Chile don Ambrosio O'Higgins, enemigo decidido de que los títulos militares fueran solo un objeto de vanidad i no la recompensa de servicios efectivos, dirijió a la corte la siguiente nota reservada:

«Exmo. señor: Encamino a U. E. un memorial de don José Pérez García, capitán del rejimiento de infantería de milicias del Rei, de esta capital, en que representa tener contraídos mas de 41 años de servicios en varios destinos i otros méritos, solicitando por su edad i dolencias retiro con algunas preeminencias que especifica, a que su coronel le reputa acreedor; i supuesto que en mi informe de 24 de setiembre de 1789 número 156 al Exmo. señor don Antonio Valdes le acredité para teniente coronel de milicias, contemplo que será suficiente concederle retiro de este grado, i escusar el de ejército que pide. Nuestro Señor guarde la importante vida de U. E. muchos años.—Santiago de Chile, 24 de octubre de 1791.—Exmo. señor,—AMBROSIO O'HIGGINS VALLENAR.—Exmo. señor conde de Campo Alanje.»

Hemos dicho mas atras que don José Pérez García no habia hecho en su juventud los estudios que preparan al hombre para el cultivo de las letras. Sin embargo, contra lo que podia esperarse de su educacion i de las ocupaciones de toda su vida, poseia un amor apasionado a la lectura, i lo que es mas curioso, a la lectura de los libros de historia americana. Afanábase por recojer i estudiar cuanto papel impreso o manuscrito tuviera alguna atinjencia con la historia i la jeografía de Chile; i mediante muchas dilijencias i probablemente no pocos gastos, llegó a formar una copiosa coleccion de libros i documentos que estudió con toda prolijidad. Examinó ademas los archivos públicos a que pudo tener acceso, i sobre todo el del cabildo de Santiago, que nunca habian sido estudiados con un propósito histórico. Al fin llegó a conocer nuestro pasado como no lo habia conocido nadie ántes de él. Su versacion en los libros i documentos, i el caudal de noticias que en ellos habia recojido, le granjearon a fines del siglo anterior la reputacion de un erudito

profundo a quien todos consultaban para recojer informaciones referentes a cualquier hecho relacionado con nuestra historia.

En 1789, el presidente de Chile don Ambrosio O'Higgins recibió orden del rei de España para buscar los manuscritos históricos que habia dejado en Chile el ex-jesuita Miguel de Olivares. Como la relacion de éste llegaba solo hasta el año de 1717, O'Higgins creyó conveniente completarla haciéndole añadir una reseña de los sucesos posteriores, i confió este trabajo a don José Pérez García. Esa reseña parece definitivamente perdida, como lo parece igualmente la segunda parte de la historia de Olivares, a la cual debia servir de complemento; pero sí consta que fué remitida a España en agosto de 1790.

Apesar de estos estudios preparatorios, Pérez García vaciló mucho ántes de emprender definitivamente la obra que le ha dado celebridad. Como es fácil comprender, la sociedad colonial no ofrecia mucho estímulo para acometer trabajos de esta naturaleza. El autor podia estar seguro de que su manuscrito quedaria sepultado en la oscuridad, como tantos otros libros i papeles concernientes a nuestra historia. No solo no existia la imprenta en Chile, sino que era escusado pretender dar a luz fuera del país una obra de esa clase, porque las dificultades que presentaba esta empresa eran casi insubsanables. Apesar de estos graves obstáculos, i teniendo que vencer otro mucho mayor todavía, la edad de ochenta i tres años a que habia llegado, don José Pérez García acometió en 1804 la obra de dar cohesion a sus apuntes i recuerdos, i de escribir por fin una historia jeneral del reino de Chile.

Seis años enteros de un trabajo incesante empleó en el desempeño de esta tarea, superior sin duda a la preparacion literaria del autor, i mas superior todavía a las fuerzas de un anciano octojenario. En esos seis años escribió de su puño i letra setenta i cuatro gruesos cuadernos de papel de hilo, que dividió en dos cuerpos, cada uno de los cuales fué cosido i empastado en un enorme volumen de cerca de mil pájinas. Por fin, el 21 de junio de 1810 pudo anotar en el último pliego de su manuscrito las líneas siguientes: «Hasta el dia 19 de este mes (marzo del año de 1808) me he propuesto llegar con mi historia jeneral del reino de Chile, dejando al pulso de mejor pluma referir que por renuncia del señor don Carlos IV subió al trono el señor don Fernando VII, coronado en Madrid este dicho dia, mes i año, para ser el monarca español mas desgraciado. Santiago de Chile, dia del Santísimo Corpus

Christi, 21 de junio de 1810.—**JOSÉ PÉREZ GARCÍA**. En esos dias frisaba en los noventa años.

En esa edad avanzada, en que la mayor parte de los hombres que la alcanzan han perdido el uso de sus facultades intelectuales, Pérez García habia conservado la enerjía moral i física para resistir durante seis años a un trabajo i abrumador, i para terminar al fin una obra que, dadas las circunstancias del autor i el tiempo en que escribió, puede llamarse monumental. Su vida iba a estar sometida a otra prueba no ménos penosa, a que resistió algunos años mas, pero que al fin le costó la vida.

El mismo año en que terminó su historia se inició la revolucion chilena contra la dominacion secular de la metrópoli. El movimiento de 1810, pacífico en apariencia, debia ser el orijen de turbulentas convulsiones, cuya proximidad no podia ocultarse a la penetracion de un hombre intelijente como lo era Pérez García. Los hijos de éste se enrolaron desde el primer dia en las filas revolucionarias; i el mayor de ellos, el doctor don Francisco Antonio Pérez, comenzó desde luego a figurar entre los patriotas mas ardorosos i exaltados. Don José, español de nacimiento, empapado en las ideas de obediencia ilimitada i absoluta al rei, viviendo del recuerdo de la grandeza i del poder de España, creyó que la revolucion era no solo un desacato a la autoridad real sino un acto de locura, puesto que la América no podia resistir a los ejércitos de la metrópoli tan luego como ésta se viera libre de la invasion francesa, que segun sus cálculos, no podria durar largo tiempo. Procediendo, sin embargo, con una prudencia que casi no debia esperarse de sus convicciones, no hizo ningun esfuerzo para influir sobre sus hijos a fin de que abandonaran la causa que habian abrazado. Puede decirse que aunque realista de corazon, Pérez García se mantuvo neutral en la lucha que se iniciaba.

Vivió, en efecto, léjos del movimiento político, sin querer apoyarlo con el prestijio de su nombre, pero tambien sin pretender combatirlo por ningun medio. Pero cuando vió que la revolucion tendia a propagar la instruccion entre los habitantes de Chile, a mejorar su condicion jeneralizando entre el pueblo los conocimientos útiles, i a preparar reformas basadas en el resultado que arrojaban los pocos estudios estadísticos que entónces existian, el ilustrado historiador se apresuró a suministrar el concurso de sus luces. Por decreto de 29 de enero de 1812 el gobierno revolucionario invitó a todos los chilenos a concurrir con sus estu-

dios i su esperiencia a esta obra civilizadora proponiendo medidas útiles a la prosperidad pública. *La Aurora de Chile*, que iba a publicarse en pocos dias mas, debia ser el órgano de propagacion de esas ideas. Don José Pérez García olvido entónces sus reservas, i suministró sus conocimientos para la discusion de las mas altas cuestiones. El padre Camilo Henriquez, redactor en jefe de ese periódico, pudo así escribir en el número 3.º un importante artículo que lleva este título: *Observaciones sobre la poblacion del reino de Chile*, en que ha agrupado un gran número de curiosísimos datos históricos i estadísticos. Al terminar ese artículo, el ilustre publicista tiene el cuidado de añadir estas palabras: «Todo esto consta por la historia manuscrita de don José Pérez García, que es el único que hasta ahora ha tenido la bondad de comunicarnos sus papeles con celo filantrópico.»

Pero la revolucion que debia hacer tantas víctimas en los campos de batalla, iba a arrastrar tambien al anciano historiador. El papel que en ella habian desempeñado sus hijos no debia pasar desarpecebido ni quedar sin castigo bajo la reconquista española de 1814. Don Francisco Antonio Pérez, el mas comprometido de ellos, se sustrajo por algunos dias a las persecuciones ocultándose en Colina, en la hacienda de sus primos, los Larraines i Salas. Sorprendido al fin, fué llevado precipitadamente a Valparaiso, sin permitirle ver a sus parientes. Allí fué embarcado en un buque que zarpaba del puerto. Se le enviaba al presidio de Juan Fernandez; pero sus deudos i amigos que quedaban en Chile, ignoraron por algun tiempo el lugar de su confinacion.

Indecibles fueron las amargas por que pasó el venerable historiador de Chile. Persuadido de que no volveria a ver a su hijo idolatrado, creyendo que se le habia llevado a algun lugar desierto donde pereceria de hambre i de miseria, pasaba el dia llorando lágrimas de profundo dolor o implorando a Dios en sus fervorosas oraciones por el alma del que creia ya difunto. Sin embargo, nada hacia presentir su próximo fin. Pérez García, a pesar de sus 93 años, se levantaba cada dia; i fuera del abatimiento que se habia apoderado de su espíritu, llevaba la vida ordinaria de sus mejores tiempos. Una mañana fué acometido por una fatiga repentina, i pocos momentos despues espiró rodeado de los deudos i amigos que las persecuciones políticas no habian arrancado de su lado. Ocurria esto a fines de noviembre de 1814. Su cadáver fué sepultado en la iglesia de San Francisco, con toda la pompa que co-

rrespondia al lustre de su familia, i a la injente fortuna que habia sabido labrarse. Sobre su tumba, sin embargo, no se puso ninguna inscripcion, de tal suerte que hoi no se conoce el sitio de su sepultura.

Don José Pérez García habia reunido una copiosa coleccion de obras impresas i manuscritas concernientes a la historia de Chile, i muchos documentos del mas alto interes que cita a cada paso en las pájinas de su libro. De algunos de ellos no tenemos mas noticias que las que él mismo nos ha dado en sus notas, como una historia manuscrita de Chile por Antonio García, la obra grande de Jerónimo de Quiroga, de que no conocemos mas que un compendio publicado por Valladares en el tomo XXIII del *Semanario Erudito*, i la segunda parte de la historia civil del padre Olivares. Todos estos libros i documentos han desaparecido. La familia de Pérez García no ha conservado mas que el manuscrito de la historia que este mismo escribió.

En esta corta reseña hemos reunido todas las noticias que hemos podido recojer acerca de la vida de don José Pérez García. Ellas servirán en cierto modo para comprender el espíritu de la obra que compuso, i de que vamos a hablar en las líneas siguientes.

La *Historia jeneral, natural, militar, civil i sagrada del reino de Chile* por don José Pérez García, es una de las obras mas serias que se hayan compuesto sobre Chile, sea que se considere su estension i el período de tiempo que abarca, sea que se tome en cuenta el estudio prolijo que ha exijido i la ordinaria exactitud de su narracion. Hemos dicho al comenzar este estudio que ántes que vieran la luz pública los trabajos emprendidos en los últimos treinta años, esa obra era la fuente abundante de informaciones históricas a que tenian que ocurrir todos los que deseaban estudiar nuestro pasado.

Se abre el libro con una dedicatoria a la vírjen del Socorro, «descubridora, conquistadora i pobladora del reino de Chile,» cuyos milagros recuerda apoyándose no solo en las crónicas que los contaron, sino en los sermones que cada año se predicaban en el templo de San Francisco en honor de esa preciada efíjie. Pasa en seguida a discutir el orijen de los americanos, si este continente fué poblado ántes del diluvio, si estuvo en él el apóstol Santo Tomas i otras cuestiones análogas dilucidadas con el auxilio de algunos cronistas españoles de la escuela histórico-teolójica, que tuvieron particular empeño en no omitir absurdo alguno en sus

escritos. Todas las primeras páginas de Pérez García no tienen, pues, importancia ni interés alguno. No se le pueden reprochar los errores que en ella ha amontonado, copiándolos de otros libros; pero ellos sirven para formarse idea de los extravíos a que la superstición de la colonia arrastraba aun a los hombres más inteligentes e ilustrados.

Después de estos primeros capítulos, tan inútiles para la historia, ha colocado Pérez García una prolija reseña geográfica del territorio chileno. Ha reunido con este motivo curiosos datos históricos i estadísticos, i ha agrupado un grande acopio de noticias que, si no bastan para constituir un cuadro completo de la jeografía de Chile en 1804, año en que fué escrita esta parte de su obra, puede servir de punto de partida para un buen trabajo de esa clase.

Más adelante, destina Pérez García muchas páginas a dar a conocer las costumbres de los araucanos, su industria i su lengua, su organización social i civil; i de aquí pasa a tratar de la historia natural de nuestro territorio. En todas estas materias se limita a seguir más o ménos constantemente los escritos del abate Molina, de modo que en su libro se encuentra solo una que otra indicación que no sea jeneralmente conocida.

Pero el mérito real del manuscrito de Pérez García reside en la relación histórica, que constituye cerca de las tres cuartas partes de toda la obra. El escritor se había preparado con sólidos estudios de las crónicas anteriores, así inéditas como impresas, i de todos los documentos que llegaron a sus manos; i aunque con olvido completo de las formas literarias, pudo hacer un libro que tiene un valor verdadero i que puede consultarse con provecho aun después de haberse descubierto tantos documentos i de haberse comenzado a rehacer con la ayuda de éstos la historia de la conquista i de la colonia. La razón de la superioridad de la historia de Pérez García sobre las que le precedieron se encuentra en que el autor no ha aceptado siempre como verdad incuestionable lo que hallaba escrito por otros autores; que ha tratado de comprobarlo por sí mismo i mediante la confrontación de esas relaciones con los documentos, i que por fin ha rectificado en muchos puntos numerosos errores, i ha consignado hechos bien averiguados que no registraban las otras crónicas. Estas cualidades son más dignas de estimación cuando se considera que la jeneralidad de los cronistas, esceptuando es verdad a los que refirieron los hechos en que figu-

raron como testigos i como actores (a cuyo número pertenecen Góngora Marmolejo i Mariño de Lovera, que Pérez García no conoció), no hacen otra cosa que copiarse mas o ménos fielmente los unos a los otros, reproduciendo así sin crítica alguna los errores que encontraban escritos. Pérez García tuvo bastante sagacidad para descubrir los vicios de ese sistema, i se apartó de él cuanto se lo permitieron los medios de comprobacion que tuvo a su alcance i la limitada luz que podia darle su reducida preparacion literaria. Así se le vé que al paso que refuta terminantemente a los otros cronistas cada vez que los encuentra en contradiccion con los documentos, i sobre todo con las actas del cabildo de Santiago que conocia mui bien, les dá fácilmente crédito en todo aquello que no podia refutarles. Lo lójico i atural habria sido mirar con desconfianza i no aceptar sin reservas las narraciones en que se habian podido encontrar repetidos errores.

Importa tambien decir aquí que el espíritu crítico, si bien ha permitido a Pérez García explicar muchos hechos i corregir muchos errores, lo ha inducido algunas veces a varias equivocaciones. Así, por ejemplo, queriendo rectificar la cronología histórica de los últimos años del gobierno de don García Hurtado de Mendoza, ha hecho cierta confusion de sucesos, que sin embargo fascinó al autor de esa misma parte de la historia civil que lleva el nombre de don Claudio Gay, el cual ha exajerado considerablemente los errores de Pérez García. Apesar de éste i de otros descuidos de menor importancia, puede decirse que, por regla jeneral, sus rectificaciones son útiles i bien estudiadas. Aun podria añadirse que en el caso referido, el error de Pérez García proviene de haber dado autoridad histórica a la continuacion de la *Araucana* escrita por don Diego Santistevan i Osorio, siguiendo en esto el ejemplo del abate don Juan Ignacio Molina.

Otro defecto de la obra de Pérez García proviene de la desigual estension con que ha tratado las diversas materias de la historia. Prolijo i minucioso en la relacion de los hechos concernientes a la historia de la conquista, pasa mas de carrera en los sucesos posteriores, como si fatigado del trabajo que habia emprendido, quisiera salir de él rápidamente. Este defecto se explica mas fácilmente cuando se considera que el historiador comenzó a ejecutar la redaccion definitiva de su obra a la avanzada edad de 83 años. Por lo demas, aunque su historia da preferencia particular a los sucesos puramente militares, nunca olvida de consignar los hechos

que tienen relacion con la historia civil i administrativa i aun con las cuestiones meramente sociales i económicas. Bajo este último punto de vista, su libro consigna noticias que en vano se buscarian en los otros cronistas.

Pero, preciso es reconocerlo, Pérez García investiga regularmente los hechos, los espone en orden, aunque no puede darles su verdadero colorido, ni presentarlos con la luz necesaria para apreciarlos debidamente. Su obra, mas que una historia en que se destacan las figuras de los personajes que en ella intervienen i el aspecto de los tiempos que recorre, es un conjunto metódico de indicaciones i de hechos fatigosos para la lectura, pero que el historiador puede aprovechar porque le facilita una parte del trabajo de investigacion.

Pérez García no es tampoco un escritor. Bajo este aspecto queda mui atras de casi todos los antiguos cronistas de Chile. La edad avanzada en que escribió, la deficiencia de su preparacion literaria anterior, son causa de que su estilo adolezca de las mas graves faltas, o mas propiamente de que carezca casi absolutamente de estilo. Su frase es incorrecta, cortada, muchas veces incompleta, i en ocasiones se presta a un sentido que sin duda no es el que el autor quiso darle. Aun su ortografía adolece de todo jénero de faltas no solo en la escritura de las palabras sino en la puntuacion. El autor distribuye de ordinario los puntos i las comas sin razon ni medida, de manera que es menester hacer abstraccion de ellos para hallar el sentido de la cláusula. Este defecto, mui comun aun en los escritos de algunos autores estimables de los siglos pasados, choca ménos que al vulgo de los lectores a los que tienen alguna práctica en el estudio de los papeles viejos.

El libro de Pérez García no podria ser publicado sin hacer ántes una prolija revision para evitar estos defectos que podriamos llamar ortográficos. Pero aun sin entrar en hacer correcciones de estilo i de lenguaje, la impresion de la obra que damos a conocer, seria de suma utilidad para popularizar un monumento histórico, defectuoso sin duda, sobre todo bajo el punto de vista literario, pero de un valor real i sólido para el estudio de nuestro pasado.

DIEGO BARROS ARANA.

AL TRAVES DE LOS LIBROS (1)

La India primitiva.

(LECTURA HECHA EN LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS.)

Todo se liga en la naturaleza. Toda trasformacion se hace lenta i gradualmente. De la especie al jénero, del jénero a la familia, de la familia al órden, hai un encadenamiento necesario. Del mineral amorfo al cristal, del cristal a la planta inferior, de ésta a la yerba, de la yerba al árbol, del árbol al infusorio, del infusorio al insecto, del insecto al crustáceo, del crustáceo al pez, del pez al mamífero i de éste al hombre, hai una escala ascendente, clara, i netamente dibujada. En nada hai bruscas transiciones ni cambios repentinos; la cadena inmensa de los séres ostenta en toda su magnificencia la lei armónica de la naturaleza.

Obedeciendo a esa misma lei, las manifestaciones del injénio humano han debido desarrollarse de un modo idéntico, sucediendo un pueblo a otro pueblo, una idea a otra idea, sirviendo una civilizacion de base a la que viene tras ella.

Buscar la primera forma animada, el primer destello de ese fuego divino que llamamos vida, tal ha sido una de las mas interesantes investigaciones de la ciencia moderna.

Descubrir la piedra angular de la civilizacion, el granito primitivo sobre que descansan, tal por otra parte, ha sido el deseo de ese minero infatigable que denominamos historiador. Siguiendo el hilo

(1) Louis Jacolliot: La Bible dans l'Inde.—Id. id.: Les fils de Dieu.—Id. id.: La Genèse de l'humanité.—Philarète Chasles: Etudes sur l'antiquité.—Emile Burnouf: La science des religions.—Max Müller: Essai sur l'histoire des religions.

que los trabajos intelectuales le daban, él ha ido escavando día tras día sin alcanzar, sino hace mui poco, a descubrir el primer país en que la antorcha de la civilizacion alumbra las tinieblas de la humanidad en la infancia.

No ha mucho, Grecia i Roma, con su falanje de jénios nos aparecian como el punto de partida de la civilizacion europea. Sin embargo, sérias dudas asaltaban al que meditando sobre la magnitud e importancia de esas obras se preguntaba si podian ser fruto de un par de siglos de civilizacion.

Homero, Heródoto, Platon, Sócrates, Esquilo, Aristofanes, Horacio, Esopo, Virjilio, eran, i son todavía, modelos inimitables en sus jéneros respectivos. La importancia de esos jénios parecia indicarnos que la intelijencia humana retrocedia en vez de avanzar i la estátua simbólica del progreso se cubria ante nosotros con el denso i negro velo de la duda.

Sin embargo, de cuando en cuando, como decíamos, alguna duda tímida salia a luz. Se recordaba que Platon i Heródoto habian visitado el Ejipto, i aun que el primero habia iniciado en los misterios de las pirámides. Falta de mas datos, la investigacion se detenia. Era menester que la ciencia moderna, con su escrupulosa investigacion, viniera a descorrer el velo que aun hoi ocultaba a la Isis simbólica de los jerofantes, que ella interrogando a la esfinge muda nos diera la clave del problema.

La lectura de los jeroglíficos i de algunos escasos fragmentos literarios nos mostró en efecto, que el Ejipto tenia derecho para reclamar cierta paternidad sobre la civilizacion griega. Esa influencia, mas importante talvez de lo que creemos, parece difícil de precisar por las nubes en que el simbolismo sacerdotal, aun no decifrado por completo, envolvía sus ideas.

La civilizacion ejipticia tuvo ese rasgo característico—aunque no orijinal—de ser solo para los privilegiados, para los que, despues de rudas pruebas, eran admitidos en la tumba de las pirámides. Sus símbolos i sus emblemas, mudas figuras para el vulgo de las jentes, eran para los iniciados, luz resplandeciente i clara.

Las nociones incompletas que poseemos, no nos permiten fijar de una manera clara la filiacion de la civilizacion ejipticia. Sin embargo, podemos asegurar que ella ha sido solo un reflejo de la civilizacion i doctrinas de la India, como lo era por su parte la Persia.

Las recientes investigaciones de M. Auguste Mariette, nos muestran que la lucha del doble principio, de *Osiris* i de *Hathor*,

del bien i del mal, formaba el fondo de las creencias relijiosas del Ejipto, como formaba la base de las creencias persas el perpétuo combate de *Ormuzd* i *Ahriman*; cambio de nombres simplemente producido por las tendencias de la lengua o por el deseo de atribuir a una inspiracion divina esas creencias que son tan viejas, como es vieja la civilizacion i el sacerdote. Los magos, que tal era el nombre de los intérpretes de la divinidad en el Ejipto, llevaban el mismo i ejercian las mismas funciones en la Persia, dando con esto un nuevo testimonio del oríjen comun que ámbas relijiones tienen. Por otra parte, Apis que no era considerado sino como una perpétua encarnacion de la divinidad, un dios hecho buei, muestra bien claro cómo estas creencias emanan de la India donde las encarnaciones sucesivas de la divinidad fueron inventadas por vez primera.

Vemos ademas que Manes, el jefe mitolójico de las primeras edades del Ejipto, no es sino un recuerdo de Manú (el lejislador en sanscrito) a quien atribuian los brahmanes sus primeras leyes.

Tras del estudio de los jeroglíficos i a la par con él, los hombres de ciencias proseguian sus investigaciones.

William Jones revelaba el sanscrito (*samscroutam*) a la Europa i los filólogos estupefactos encontraban en él el oríjen innegable de la lengua griega. Tras de Jones, Colebrooke, Dubois, Knoma Koresi, Burnouf Eujenio, Weber, Schelegel, los dos Humboldt, avanzaban los trabajos iniciados por aquel i de entre las manos de estos ardorosos e infatigables obreros se elevaba imponente i majestuosa esa civilizacion India, producto de miles de jeneraciones, que el polvo del pasado oculta entre las ruinas de sus monumentos i ese idioma admirable, base i oríjen de todos los demas que denominamos sanscrito.

En los tiempos modernos, Burnouf Emilio, Max Müller, i multitud de otros sabios, han continuado la obra por aquellos iniciada.

Partiendo de una base conocida, sus trabajos han tomado mas vuelo i desarrollo; de estudiar la lengua se ha pasado a estudiar al pueblo i a tratar de reconstituir la historia primitiva de esa nacion cuyo presente es tan triste cuanto fué grandioso el pasado.

Escasos de datos, i viviendo fuera del país que trataban de estudiar sus investigaciones, han debido necesariamente reducirse a meras hipótesis o deducciones sobre bases problemáticas.

No se ha encontrado en tal situacion Louis Jaccoliot, quien, des-

pues de recorrer las islas de la Polinesia, por varios años, ha ido a establecerse en el centro mismo de la India, a fin de dedicarse a estudiar la literatura sanscrita. Viviendo con los brahmanes i trabajando con ellos, captándose su voluntad a fin de obtener la comunicacion de sus obras sijilosamente guardadas, él ha podido revelar a la Europa los tesoros inapreciables que aquellas obras, antiguas en su mayor parte, encierran. El nos ha mostrado cuán lejítimos son los títulos de la India para llamarse cuna de la civilizacion; él nos ha probado cuán indiscutible es la cronolojía brahmánica—cuyas mui remotas fechas nos admiran i llenan de estupor—llevada en un doble archivo i acompañada en cada época notable de su zodiaco correspondiente; él, por fin, nos ha iniciado en aquella relijion ortodoja cual ninguna, cuyos libros sagrados, *los Vedas*, son sin duda los mas antiguos monumentos literarios que poseamos.

Tributémosle nuestro homenaje i procuremos a nuestro turno diseñar lo que fué aquel pueblo, el primero en que la civilizacion trasformó al hombre dándole leyes i reglas de vida, i por qué influencias pudo dejenerar desde aquel ideal de felicidad de la época patriarcal, hasta llegar al embrutecimiento e inactividad en que hoy yace sumerjida en la India.

Las creencias relijiosas forman la base de los pueblos, ellas nos indican de una manera precisa su grado de cultura o adelanto. Ellas son como la sombra de las sociedades que sin mostrarnos los detalles finos i delicados nos muestran por lo ménos el conjunto i sus contornos principales.

Pero esta importancia es mayor aun, si remontamos el curso de las edades i llegamos hasta aquellos tiempos en que la historia, falta de datos, guarda silencio; para esa época, solo los libros relijiosos pueden servir de clave, solo ellos pueden darnos alguna luz sobre la infancia de los pueblos.

Procurar discernir en esos libros cuál es la parte positiva i cuál la dogmática o de simples creencias, tal es el trabajo que tenemos que emprender.

La India antigua era esencialmente monoteista como los pueblos que de ella derivaron. Su monoteismo era por cierto bien diferente del de los pueblos occidentales i mui diferente aun segun las épocas. Sucesivamente pasó la India del monoteismo a la trinidad (*trimourti*, en sanscrito) i por fin, desarrollando mas esta idea a la triple personalidad de Brahma, Vischnou i Siva.

Obra de los brahmanes (hijos de Dios, ministros del culto) esta dejeneracion se mostró necesariamente con ellos; hasta la época en que el primer brahman apareció, el padre de familia, jefe temporal de la casa, era tambien el encargado de los oficios relijiosos, sus invocaciones sencillas como todo lo que conocemos de aquellas épocas remotas se dirijen directamente a Zeus, a Dios, dándole, segun la fantasía oriental, los mas diversos nombres.

Dejemos la palabra a Valmiki uno de los mas antiguos poetas cuyo nombre conozcamos.

HIRANYAGARBA

(Al que ha salido de la matriz de oro.)

La noche de Brahma se acaba, el pralaya toca a su fin, el huevo de oro va a romperse dejando escapar de su interior el pensamiento eterno del que existe por sí mismo i que se reposaba en la oscuridad.

* * *

O Brahmatma (alma divina), tú que no estás al alcance de nuestros sentidos, tú a quien nadie puede comprender, tú a quien solo el espíritu divisa, alma de todos los seres, intelijencia suprema, regulador de los espacios i de los mundos, desarrolla tu esplendor, dinos los misterios de tu reposo i de tu movimiento: por qué la nada, por qué la creacion?

* * *

Astro de mil rayos que siembra en el abismo de los espacios sin fin la vida i la luz, causa eterna e imperceptible, jérmen inmortal por quien todo es fecundado i a quien todo debe volver. Divino Pouroucha (jenerador celeste) como el búfalo errante sobre los bordes del rio.

* * *

O Narayana (espíritu que se mueve sobre las aguas) pura esencia, espíritu sùtil, inamovible voluntad! a qué hora de tus noches

ha sido concebida la naturaleza, con qué fuerza has poblado el cáos, iluminado los mundos i creado la vida?



Qué alegría debió apoderarse de tí, que motivo de orgullo debió ser para tu poder cuando una mañana por el solo efecto de tu pensamiento, este resplandeciente sol se levantó entre los mundos, iluminando el aire, las tierras i el vasto Océano?



Despues las plantas, los árboles i las flores surjieron de todas partes, i las aguas se poblaron de peces i el aire i la tierra de animales diversos, i el hombre nació con una parte de tu intelijencia; *divinidad inferior* que tú lanzabas al espacio para gozar de tu obra i acordarse de tí.



Tú has dado al hombre la conciencia, soberano dueño de nuestros pensamientos, voz celestial, luz interior que nos dice: hé aquí el bien, hé aquí el mal; aquí la recompensa, allí el castigo: i tú le has dado tambien la *intelijencia (boudhi)* de donde emanan los cinco principios de percepcion esterna.



I tú le has dado todavía la voluntad, porque de la voluntad sola puede nacer la accion libre e independiente i de la accion libre e independiente el principio de justicia que recompensa o castiga.



I apénas nació el hombre cuando sintió en sí un vivo deseo de volver a subir hácia tí, de abismarse en la gran alma, de volver, él rayo celeste estraviado, al foco inmortal de donde habia bajado.



Catorce épocas divinas (manwantaras) han pasado i la tierra ha alimentado ya mil i mil jeneraciones de hombres, de minuto en minuto las almas de los justos suben hácia el Gran Todo como la

gota de agua que va a perderse en los rios, como los rios que van a morir en el mar.

El hombre ha envejecido sin dejar de esperar i de creer en tí. O Zeus! disipa la oscuridad que te rodea, el silencio de la vida me asusta: viajero perdido en medio de las arenas del desierto, pescador extraviado en las olas, yo imploro una gota de agua, yo busco la ribera, hazte conocer de mí! yo he ejecutado fielmente los santos preceptos, me he retirado a los bosques, desde largo tiempo mi piel se ha arrugado i mis cabellos han blanqueado, soi dueño de mis sentidos i he perdido la memoria de los hijos de mis hijos.

He dado todo lo que poseía, renunciado a todas mis afecciones i trayendo el fuego consagrado i la vara del sacrificio he huido léjos de los lugares habitados, para que nada viniera a apartar mi pensamiento de tu contemplacion.

He dejado crecer mi barba i mis uñas i mis cabellos están afeitados, no como sino granos puros, yerbas i raices de las que sirven de alimento a los mounis (personajes santos) i al vanaprasthra (habitante de los bosques) i nunca el sol al levantarse o al ocultarse me encuentra dormido.

No tengo sino mi baston i mi calabaza, i mis vestidos son hechos de corteza de árboles i yo hago cada dia las tres abluciones prescritas, pronunciando las palabras consagradas de la sâvitri (invocacion ordenada por el Veda), la sílaba misteriosa *Aum!*

A la primera hora del dia yo arreglo el fuego consagrado segun el modo vitana i sobre el altar rodeado de frutos de la tierra, ofrezco a Dios i a la creacion el sacrificio del savarmeda en el que Cristna mismo es la víctima.



I desprendiendo mi cuerpo de toda afeccion terrestre, dirijiendo mi espíritu hácia el cielo, no pensando sino en la partida última yo comento el veda, que es la divina palabra del Señor de todas las cosas, revelada a su creatura.



Del mismo modo que un tronco de árbol se aleja de la ribera sin cuidarse de la ola que lo lleva, del mismo modo que una ave deja su nido sin echar ménos la rama que la vió nacer, de ese mismo modo yo dejaré esta envoltura miserable que retiene mi alma léjos de los cielos.



O Brahma! desde que con delicias, yo medito sobre tí, sin tener ninguna necesidad, inaccesible a todo deseo, sin otra sociedad que mi pensamiento en la esperanza de la celeste felicidad yo no he llegado a conocerte i adorarte mejor que un niño en la cuna cuyo murmullo es una oracion.



Sin embargo el Veda ha dicho: «Vivid de la limosna i su mano os dará, llorad i os consolará, pedid i os concederá, sumerjios en su contemplacion, i él se os revelará.»



¿Eres tú el relámpago que hiende el espacio, el trueno que brama en la nube, el Gánjes de aguas consagradas, o el misterioso Océano? Eres tú la gran voz que habla a las tempestades en las cimas del Himavat (Himalaya)?



¿Eres tú ese viento sobrenatural (nirgahta) que levanta las arenas del país de Madyadisa como olas encolerizadas? Eres tú la brisa de la noche que jime sobre las aguas de los lagos, que murmura en el follaje de los grandes bosques e inclina al pasar la yerba divina del cusa?



¿Eres tú el cielo (swarga) que los ángeles (devas) habitan, que los sábios miran como el término del destierro? Eres tú el éter inmenso donde se ajitan millares de estrellas? Eres la tierra o las aguas, el fuego que devora o el sol benéfico?



Eres la vida, manantial de toda vida, el alma de todas las almas, el principio de todos los principios? Eres el amor que une a los seres, la fuerza que conserva, destruye i renueva? Eres la muerte, eres la nada?....



No te conozco, pero sé que todo no existe sino por tí i nada fuera de tí: que tú existes por tu propio poder, que el infinito, la inmensidad, el espacio son nada para tí. Yo no te conozco oh Narayana, pero sé que tú eres i has sido siempre i esto me basta para esperar el fin que será mi vuelta a tí.

En la época en que Valmiki se dirijia con tales palabras al Creador no habia todavía ni sacerdote ni rei, el pueblo pastor no se ocupaba en discutir sus creencias ni en formar sistemas teolójicos; cada cual se dirijia al Creador de la manera que mejor le parecia conformándose solo con lo prescrito en el libro sagrado, el *Veda*, anterior aun a esta época.

El culto era sencillo como todo lo que es puro i sin mezcla de especulacion ni de lucro; ferviente como las manifestaciones espontáneas del espíritu. A Dios se dirijian invocaciones i ruegos, aspiraciones i actos de fé. Como moral se tenian los preceptos que la conciencia dicta al que la interroga sinceramente.

El padre de familia, el jefe nato de ella, era el encargado de cumplir las ceremonias indispensables para establecer el lazo de union entre el Creador i los que creian en él.

Al nacimiento de un hijo el padre se dirijia al arroyo o fuente mas cercana i sumerjiendo al recién nacido en el agua por tres veces, decia.

«Os doi gracias, Señor, por esta nueva vida dada a mi carne i

a mi sangre. Haced que esta agua benéfica purifique su cuerpo i dé fuerzas a sus músculos, es una voz mas en la casa para cantar vuestras alabanzas». (*Prasada*.)

El niño llevado en seguida a la casa permanecía sin nombre hasta que alguna circunstancia especial de conformacion o algun accidente acaecido en esos dias viniera a procurárselo.

Si un huracan que habia arrancado los campos respetaba las propiedades de la familia, el niño era denominado *Parjanya* (en sanscrito, *señor de la tempestad*.) I así con cualquier suceso importante para la casa. Si su nacimiento costaba la vida a su madre recibia necesariamente el nombre de *Paryasyama* (*que ha muerto a su madre*.) Cualquiera que fuese el nombre solo al padre de familia correspondia el darlo.

Si por accidente, el padre moria ántes de haberlo designado, el niño conservaba por el resto de su vida el de *Aparyasa* (*el olvidado*,) salvo que fuere posible recordar algun calificativo con que delante del padre se hubiese llamado el niño, en cuyo caso, en virtud de que se suponía que el difunto habia oido repetir ese nombre se fingía que era él quien lo habia dado.

Si era niña la recién nacida era llevada al agua por la abuela o a falta de ésta por una de las parientes mas cercanas de la madre. A esta última pertenecía esclusivamente la designacion del nombre que era casi siempre el de alguna cualidad moral o el de alguna flor como *Rasita*, jasmin rosa, *Tamali*, *soplo embalsamado*, etc.

Llegado el dia de dar el nombre, el jefe de la familia reunía a los parientes i amigos i en presencia de ellos pronunciaba las palabras siguientes:

«Que el nombre de Brahma sea bendecido, este es mi hijo i se llamará *Parjanya*, escuchadlo bien a fin de que os lo recuerdeis.»

En seguida se plantaba un árbol conmemorativo de la fecha i se repartía a cada uno de los asistentes una copa de madera con ciertos signos que recordaban el nombre del niño.

Este era en seguida entregado a las mujeres encargadas de su cuidado i vivía separado de los hombres hasta que su edad i su desarrollo lo ponían en aptitud de compartir las tareas de éstos.

Llegado el dia de hacerlo cambiar de vida, el padre le hacia ejecutar sus abluciones, le afeitaba los cabellos dejando solo un pequeño espacio con ellos i le decia:

«Ha llegado, hijo mio, el momento de que ocupes tu lugar entre los hombres, que nada impuro manche tu cuerpo, que tu pen-

samiento se dirija siempre hácia el bien, porque Brahma va a comenzar a conocerte por tus acciones.»

Desde este día el niño dejaba los juegos de que se había ocupado casi exclusivamente hasta entónces i comenzaba a tomar parte en los trabajos i asistir a las dos invocaciones diarias, reemplazando aun a veces a su padre si era el primojénito.

Las fórmulas de esas invocaciones eran:

INVOCACION DE LA MAÑANA.



«Feliz el hombre que vive en el pensamiento de Brahma, feliz aquel para quien la meditacion en el Señor creador de todas las cosas, es un descanso para sus trabajos!



Feliz aquel que canta sus alabanzas, que sigue sus preceptos i permanece fiel a su lei! Es para él para quien Brahma ha creado la luz, para él para quien maduran las cosechas.



Para él crece la yerba en las llanuras, los animales se multiplican, los árboles dan fruto, las abejas miel i para él la tierra se cubre de flores.



Aquel que meditando sobre su poder conserve durante toda su vida el temor de ofender a Brahma se apagará lleno de dias en medio de sus hijos que le abrirán la morada celestial por las purificaciones que harán sobre su tumba.



Será en la tierra como el sándalo que embalsama todo lo que busca la frescura de su sombra, aquel que no pase un solo día sin invocar a Brahma.» (*Nikara.*)

INVOCACION DE LA TARDE.

Oh Brahma! ¿qué misterio es éste que se renueva cada noche despues de las labores del dia cuando cada cual vuelve de los campos, cuando los rebaños están encerrados i ha sido terminada la comida de la tarde?



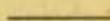
Cada cual se acuesta sobre su lecho, los ojos se ciérran, el cuerpo entero se aniquila i el alma se escapa para ir a conversar con las almas de sus antepasados.



Vela sobre ella, oh Brahma, cuando, abandonando al cuerpo que reposa, ella se va a flotar sobre las aguas, a errar en la inmensidad de los cielos o bien penetra en las sombrías i misteriosas grutas de los valles i los grandes bosques del Himavat.



Oh Brahma, Dios omnipotente que mandas a las tempestades, Dios de la luz i de las tinieblas, haz que mi alma en esta carrera vagabunda, no se olvide en la mañana de volver a animar mi cuerpo i que al hacerlo me traiga un recuerdo de tí. (*Nikara.*)



Si el hijo era el primojénito, su importancia en la casa era mui grande desde que habia llegado a la adolescencia. Se le investia del *cordón de autoridad* i adquiria por este solo hecho una autoridad casi igual a la de su padre. Nada importante se hacia sin consultarle, sus demas hermanos estaban enteramente bajo su dominio i ordinariamente cuando su padre habia llegado al tercer período de su vida (setenta años) le entregaba la direccion de la casa i de los negocios de la familia.

A los dieziseis años, llegaba por regla jeneral la edad del matrimonio. El jefe de la familia reunia a los parientes i amigos i en presencia de ellos se traia a la prometida, i el padre, uniendo sus manos a las de su hijo, pronunciaba la invocacion de estilo:

«Que Brahma una vuestras almas con un lazo indisoluble: que la virtud sea ese lazo. Que en vuestros corazones no entre nunca ni

el disgusto ni el olvido; un marido que desdeña a su mujer, maldito está de Dios! Una mujer que desdeña a su marido no puede esperar la entrada a la mansion celestial.

Respetad en vuestra union las épocas que no son favorables, porque aquel que en todo tiempo se entrega a los placeres del amor ofende al Señor que por eso no le concede numerosa posteridad.

Consagrareis a Dios el mayor de vuestros hijos porque es él quien ejecutará sobre vuestra tumba las ceremonias fúnebres que lavan las últimas manchas i que os permitirán entrar a la mansion de las almas purificadas.»—(*Prasáda*).



Seguian a esto los obsequios, entre los cuales, el arroz tostado que ámbos esposos debian comer juntos i las palomas blancas, símbolo de la inocencia que se obsequiaban a la novia, eran de regla.

El jóven, jefe de familia desde ese instante, se ocupaba del cultivo de los campos i el cuidado de los ganados, únicos empleos que podia tener la actividad en aquellas épocas de infancia.

Los trabajos agrícolas, como base que eran de la riqueza de aquellos pueblos i elemento indispensable para su vida, se ejecutaban con algunas ceremonias relijiosas destinadas a solicitar de Brahma la proteccion necesaria. Entre estas ceremonias las mas importantes eran la de las siembras i la de las cosechas, cuyas invocaciones transcribimos.

INVOCACION DE LAS SIEMBRAS.

(*Niyama-Nelli.*)

«Calentada por los besos de Sourya la tierra ha entreabierto su seno fecundado i ha recibido la semilla que ha de devolver centuplicada i estremeciéndose bajo los rayos de su amante celestial, su seno se ha vuelto a cerrar.

Así, la prometida cuando ha sido conducida a la casa del bien amado siente ajitarse su pecho i estremecerse sus entrañas; es el misterio que se cumple en la embriaguez i la alegría, es la vida que se renueva.

Oh Brahma! manda a los vientos del oeste que respeten el tra-

bajo misterioso de la tierra; haz que el agua sea siempre abundante sin que las lluvias inunden los arrozales, sin que los rios salgan de madre.

Cuando llegada la época oportuna se habian hecho las cosechas i guardado las semillas, i los graneros llenos de arroz i de pequeños granos aseguraban un feliz año, el jefe de la familia reunia a los servidores que habian trabajado en los campos i despues de dar a cada cual una túnica nueva, de algodón o de seda segun su categoría, se arrodillaban i dirijian la siguiente oracion a Brahma:

INVOCACION DE LAS COSECHAS.

(*Niyama-Masa.*)

«Recibe, oh Brahma, los agradecimientos de tus humildes creaturas; si jamas alguno de nosotros olvida tus beneficios, que atacado de lepra sea objeto de disgusto para su familia i que vea caer en trozos su carne i sus huesos.

«Te hemos implorado para las semillas i los frutos i por tu órden la tierra se ha cubierto de verdura; la yerba de las praderas i los arrozales amarilleaban produciendo las semillas nutritivas, los árboles se han cargado de flores i las flores han producido frutos.

«Oh Señor, creador de todo lo que existe, tú por quien todo se trasforma en la naturaleza para recibir nueva vida, haz que estos frutos i estos granos que nos has dado purifiquen nuestro cuerpo como la creacion i la meditacion de tu nombre purifica nuestra alma.»

Si entre los parientes que asistian a la ceremonia se encontraba alguno que una inundación, o sequía habia privado de su cosecha, todos los demas le daban una parte de la suya a fin de permitirle existir hasta la próxima estacion.

Así tranquila i apacible pasaba la vida de aquellas familias cultivando los campos o apacentando los ganados i agradeciendo a Brahma que les hacia fácil el vivir hasta que la muerte del jefe de la familia venia a contristarla. Esa muerte que hacia necesario se le diera un sucesor acarreaba tambien lo mas importante de las

ceremonias religiosas de la India: la purificacion de las últimas faltas obtenida por las oraciones del hijo. Sin esta purificacion se creia que el alma no podia jamas entrar a la mansion de Brahma o de la eterna felicidad.

Era pues necesario e indispensable que todo hombre ántes de morir dejara un hijo que pudiera ejecutar sobre su tumba las ceremonias prescritas. El que no lo tenia debia, a medida que avanzaba en edad, velar con el mayor cuidado sobre sus acciones a fin de cometer las ménos faltas posibles, puesto que debia sufrir por completo el castigo que Brahma le impusiera por las últimas culpas.

Pero ántes de llegar a ese medio que por lo ménos era aventurado, cada cual procuraba por los medios estatuidos en el Veda obtener un hijo. Si la mujer era estéril, ella misma debia buscar una segunda esposa para dar un hijo a su marido i este niño era considerado como hijo de la mujer lejitima a condicion de que la concubina hubiera sido buscada por aquella.

Pero aun habia otros medios de procurar un hijo al que no habia podido obtenerlo.

«Cuando no tiene hijos, dice Manú, (Lib. XI, Sloca 59 i sig.) la projenitura que se desea puede ser obtenida por la union de la esposa convenientemente autorizada con un hermano u otro pariente.

Una vez obtenido el fin que se deseaba, menester es que las dos personas, el hermano i la cuñada, se traten en sus relaciones recíprocas como padre i nuera.»

Claramente se vé que solo una creencia religiosa fuertemente arraigada podia autorizar en una sociedad esencialmente moral como la India una violacion semejante de las leyes naturales. I todavía, debe notarse que esto solo era permitido cuando no habia otro medio de obtener el hijo necesario.

Al que no queria recurrir a tal arbitrio quedábanle todavía dos caminos: la vida cenobítica en el desierto i la adopcion.

He aquí como encontramos sentado en un fragmento de *Soumati* el orijen de la costumbre de la adopcion.

«A las maceraciones, ayunos i oraciones del hermitaño *Tarpana* se ha debido el medio de procurarse un hijo por adopcion.

»Habiéndose retirado en la tarde de su vida a los bosques para vivir solo con Dios i meditar sobre su grandeza, su poder i la belleza de sus obras, algunas veces jemia i decia:

»Señor, en sus madrigueras i espesos escondrijos de los bosques tienen las bestias sus cachorros i yo oigo cada tarde cuando el hermoso Surya abandona la tierra los ahullidos de la madre que conduce sus hijos al bebedero i los gritos de alegría de éstos.

»Si alzo la vista mirando el follaje sombrío, veo por todas partes millares de avecillas que se ayudan a revolotear en la primavera bajo la direccion de su madre i oigo el *guhugú* de las palomas que traen a los nidos alimento para sus hijos.

»En los lagos de aguas profundas, en los rios de curso rápido i en las misteriosas soledades, los búfalos de corta edad juegan en las elevadas yerbas bajo la direccion de las madres que los protejen i el cachorro del elefante salta alegremente al lado de su madre.

»Si me acerco a los lugares habitados por los hombres, en todas partes los rebaños pacen en las llanuras i despues de la estacion de los amores nacen a miles las crias que las madres alimentan con su leche, cada oveja tiene su cordero, no hai vaca que no tenga su ternero.

»¿Por qué, señor la hija del hombre, que ha salido de tí es estéril? por qué con tanta frecuencia no puede ella concebir?

»Es justo i es bueno, es conforme a la lei que el hermano continúe manchando el lecho del hermano.....? Se ve acaso dos leones en la misma madriguera, dos javalíes en el mismo pozo, dos aves machos en el mismo nido?

»Habiendo implorado así al Señor i habiéndose sumerjido por dias i meses en profunda meditacion sobre este asunto, el santo hermitaño Tarpana imaginó la adopcion para la santidad del lecho conyugal i la perpetuidad de las ceremonias funerarias, de expiacion.

»I con el cuerpo inclinado hácia la tierra i ayundándose de un baston para asegurar sus pasos bajó a los lugares habitados a fin de enseñar esto a los hombres.....»

(SOUMATI.)

El otro camino que quedaba al que no tenia un hijo era retirarse al desierto a fin de que meditando sobre Brahma i evitando en lo posible las faltas, pasara a la otra vida tan puro como pudiera. Pocos, sin embargo, debian recurrir a este medio: la alternativa era dudosa i ya el Veda habia dicho:

«El hombre que pasa de esta vida a las tinieblas misteriosas de la otra, sin dejar tras de sí un hijo que por él rece, se asemeja al pescador que se aventurase en el océano inmenso en una barca sin timon, sin velas i sin remos, i que pretendiera llegar al puerto.»

Obtenido ya el hijo por cualquiera de los medios permitidos, el padre podia dormirse tranquilo en el eterno sueño, seguro ya de tener entrada en la mansion feliz, gracias a los rezos que éste ha de hacer sobre su tumba en todos los aniversarios de su muerte.

Así, desde su nacimiento hasta su muerte, era el sectario de Brahma, acompañado con ciertas ceremonias relijiosas que le habian de recordar su dependencia constante del Criador i las relaciones que con él lo ligaban. Las escasas ceremonias que constituian su culto no necesitaban de un ministro encargado de ellas, bastaba el jefe de familia.

Resumiendo, pues, la relijion primitiva de los patriarcas de la India, tenemos:

Como creencias, Brahma, Zeus, el Dios irrevelado, el que existe por sí mismo, es el único a quien se debe rendir homenaje; el alma humana, inmortal en su esencia, debe recorrer una escala de transmigraciones para poder llegar al seno de Brahma. Esas transmigraciones se prolongarán o abreviarán segun las malas o buenas obras hechas en la tierra, constituyendo así la única recompensa o pena de ultratumba.

En cuanto al culto, el jefe de familia reemplazaba al sacerdote que aun no habia nacido.

Al nacer eran bañados los niños en el agua pura, i una invocacion a la divinidad saludaba su entrada en el mundo.

El matrimonio era consagrado por invocaciones en que se pedia a Brahma su proteccion para el lazo que se contraia i para los hijos que de él resultaran.

A la muerte, el hijo debia purificar a su padre de las últimas faltas con sus ruegos, para que le fuera permitida la entrada a la mansion celestial.

Al despertar i al acostarse i ántes de cada comida una nueva invocacion a Brahma, i del mismo modo al entregar las semillas a la tierra i al recojer la fértil cosecha.

I eso bastaba a aquellos pueblos relijiosos cual ningunos; esas sencillas ceremonias i la creencia en el Veda, constituian toda su relijion.

Relijion sin ministros, sin altares i sin templos, pero a pesar de

eso—o talvez por eso—mas pura i mas grandiosa que las que vieron tras ella con todo su lujo de ceremonias, con sus mil instituciones destinadas a dar holganza a los que se llaman intérpretes de la Divinidad i a pervertir las primitivas creencias.

Largo tiempo duró aquel período de paz i tranquilidad en la vieja India, hasta que relajándose poco a poco las ceremonias, fué formándose un grupo de hombres que se llamaban brahmanes (hijos de Brahma) i que se pretendian encargados de explicar el Veda i de hacer las ceremonias del culto.

La institucion se fortificó dia a dia, i los brahmanes tomaron cada vez mas influencia sobre los habitantes, hasta que les impusieron sus leyes i sus preceptos, como principios emanados de Dios.

En ellos se reconocia que el brahman estaba sobre todos los hombres i aun sobre el rei; que éste i los guerreros (*chatria*) formaban la segunda casta, que bajo ella venia la de los *vaysias* (comerciantes) i por fin, bajo todos, i sometido a todos, la de los parias (*tchandalas*,) infelices fuera de la lei, sin derecho a comer ni beber, i obligados bajo las mas severas leyes a no mezclarse con los hombres de casta.

Tras esta division, mantenida i explicada con cuidado esquisito, venian las diferencias necesarias en el traje i las fórmulas de saluacion i aun en los mas insignificantes actos tendentes todas, a habituar al hombre a que estas barreras eran infranqueables i a que no podia existir relacion alguna entre los miembros de una casta i los de las otras, salvo las que el trabajo imponia.

Planteada esta institucion, la obra de explotar en provecho propio a todo un pueblo fué sencillísima para los brahmanes, puesto que tenian el nombre i el poder de Dios de que disponer. Así, no es de estrañar, que bien pronto modificaran las creencias multiplicando a Brahma e inventando una lejion de grandes dioses, semi-dioses, devas, etc., etc., i que hicieran adorar al pueblo a todos estos seres miéntras ellos se reservaban las creencias puras de las primitivas edades.

Tras de la modificacion del dogma siguió la del culto i aquí como que era la parte práctica para ellos les dieron los mas minuciosos detalles sobre los deberes relijiosos de cada casta i la obligacion en que estaban de recurrir al brahman para cada acto importante de la vida. Creáronse los sacramentos i con ellos el impuesto forzo-

so que cada hombre debia pagar desde su nacimiento hasta su muerte al que le servia de intermediario con Dios.

Los resultados del sistema, los frutos que debia producir, están aun hoy dia patentes. Degradacion i abyeccion en los hombres como resultado del servilismo; supersticiones e ideas absurdas en religion, obra del fanatismo; i desunion, completa desunion, entre los que nacidos en un mismo suelo debieran protegerse. En vano ha querido la India, en convulsivos sacudimientos, libertarse de la mano de hierro que la oprime, en vano ha querido algunas veces doblegar al brahman; Dios está con él i él sabe explotarlo. Por eso ese pueblo trabajador e intelijente que marchó por tantos siglos a la vanguardia de la civilizacion, está ahí moribundo i viviendo solo de recuerdos! Sea él ejemplo i enseñanza!

Antes de concluir, permítaseme tocar lijeramente siquiera la cuestion de las influencias literarias, bajo el punto de vista de lo que han heredado de la India los pueblos occidentales.

«Los antiguos asiáticos—dice Moises de Corena, cinco siglos ántes de nuestra era—i especialmente los Indios, Persas i Caldeos poseian un gran número de libros históricos i científicos. Esos libros fueron en parte extractados, en parte traducidos en lengua griega, sobre todo, desde que los Tolomeos establecieron la biblioteca de Alejandria i alentaron a los literatos con sus liberalidades, de manera que la lengua griega se hizo el depósito de todas las ciencias.»—(Moises de Corena, *Historia de Armenia*.)

Así, pues, casi la totalidad de los setecientos mil volúmenes que contenia la famosa biblioteca provenia de la India i no es de extrañar que mas tarde se imitaran tan palpablemente las obras i los símbolos de aquel pais.

Pero no necesitamos ir allá para buscar los fundamentos de la paternidad literaria de la India. Casi todos los jéneros literarios fueron allí cultivados, i entre los viejos monumentos que encierran los pagodas se encuentra cada dia el orijinal de alguna de las mas portentosas obras del jénio griego. Allí están los antecesores de Sófocles i de Eurípides, de Homero i de Píndaro, de Esopo i de Teócrito, sin que esto disminuya en nada la importancia de estos talentos respetados con justo título en el mundo literario. No es la orijinalidad de invencion, es el arte con que se trabaja una obra, es el brillo con que se pintan los caracteres, es por fin la revelacion

del jénio del autor al traves de las pájinas a que ha dado su nombre lo que constituye la grandeza i la inmortalidad.

Las ideas pasan al traves de los siglos ataviándose en cada uno con las galas propias de la época i recibiendo nuevas formas de las manos que las elaboran. Así una concepcion primitiva es trabajada, pulimentada, rehecha por los pueblos i civilizaciones que se suceden i la mano prolija del erudito puede, remontándose al traves de las edades, rebuscando entre el polvo i las ruinas del pasado, llegar i exhumar los restos de la obra primitiva.

Sigamos con Philarète Chasles las peregrinaciones de una fábula nacida en las riberas del Ganjes.

Encontramos en el *Pancha Tantra* el apólogo siguiente:

«Habia en la India no léjos del Ganjes un campesino ya entrado en años que vivia con su esposa. El labriego era viejo, la mujer jóven; un galan se presenta i persuade a la mujer a que parta con él. Ella hace un paquete de todo lo que posee i en una ocasion favorable huye de la casa en compañía del galan. Juntos van viajando i llegan a las orillas de un rio. ¿Cómo pasarlo? El paquete de que están cargados es un inconveniente. Se delibera i el amante propone atravesar a nado i trasportar así los objetos de su querida al otro lado del rio, volver i pasarla entónces a ella. La dama consiente; él se lanza al rio con su carga, lo atraviesa i huye llevándose las riquezas de su amante. La pobre mujer queda sola a la orilla del rio, llora i se arrepiente.

Un chacal se aproxima al rio con un trozo de carne en el hocico. Divisa un pez jugueteando en el agua clara i trasparente, deja su presa para atraparlo i ensaya inútilmente el hacerlo; mientras tanto, un milano se apodera del trozo de carne.

La mujer abandonada ha visto esta escena i apesar de su dolor no puede ménos de echarse a reir; el chacal irritado se vuelve hácia ella:

—«Tú que te ries de lo que he hecho, le dice, tú eres tan loca como yo; ahí estás sola, desnuda i desolada al borde de este rio que no puedes atravesar. Tú no tienes marido ni amante ya; yo no tengo ni la carne ni el pez.»

Tal era la doble fábula primitiva. Tal fué concebida i redactada esta leccion de moral en la antigua lengua sanscrita.

El árabe Lockman la toma i suprimiendo la primera parte solo copia la segunda cambiando el chacal en perro. Otro persa, el autor de *Kalila* i *Dimna*, la toma a su turno alterando la historia

pues hace que el perro vea, no un pez, sino la sombra del trozo de carne que lleva en el hocico. «No procedais como él, dice el autor, no renunciéis a lo que es real para buscar lo que es quimérico.»

Bajo esta nueva forma aparece en un libro de orijen sanscrito el *Sendabad*. Una imitacion árabe, una traduccion hebráica i una reproducción griega (*Suntipas*) de este orijinal sanscrito han llegado hasta nosotros.

Tras estos primitivos escritores cae en manos de Esopo que la resume en unas cuantas líneas; Fedro la toma de éste, i de Esopo o Fedro la copian el monje Gabrias, Romulus, Nilantius, Galfred i Faërne, modificándola cada cual a su manera i segun el alcance de sus inteligencias.

Los Minnesingers alemanes se apoderan de ella; Accio-Zucco, Truppo, Verdizetti la adornan al estilo italiano; Maria de Francia relata a los barones ingleses esta fábula bajo una forma nueva; un cenobita frances la coloca en su *Mar de historias*; tras él, Alciat, Guillermo Corrozet, Guillermo Handens la inscriben en sus trabajos; Vicente de Beauvais hace de ella un sermon i el buen Tomas Morus la hace leccion de moral. De aquí cae en manos de Benserade i de Lenoble, que la hacen perder su mérito. Ya ántes de ellos Isopet-Avionnet e Isopet II, habian publicado en Francia esta historia.

Por fin cae en manos de Lafontaine i el gran fabulista restaura con su brillo i orijinalidad característicos esta obra que decenas de siglos habian trabajado.

Así, el arroyo caudaloso, aumentando el curso de sus aguas al pasar por ciertas tierras, dejando una parte de ellas en las que son áridas i estériles, corre i corre sin cesar llevando al Océano las muestras del paraje primitivo de donde partió.

Pocos ejemplos podrian mostrarnos de una manera mas concluyente el perpetuo jiro de las ideas que heredándose de pueblo en pueblo van acusando su filiacion i orijen.

Damos a continuacion un idilio del poeta Indio Viradj-Snata que estamos ciertos debió inspirar mas de una vez al gran Teócrito a quien han imitado todos los demas autores antiguos i modernos que han escrito en este estilo. Es de notar sin embargo que si él tenia razon de ser en aquellos tiempos pastoriles, mas tarde solo ha podido considerársele como una violenta ficcion.

AVRITA I AVANY.

AVRITA.

Ven conmigo, querida Avany, a las apacibles orillas del Ganjes, haremos juntos nuestras abluciones.

AVANY.

¿Te atreves a hablarme así? apenas catorce primaveras han florecido sobre mi cabeza.....

AVRITA.

Es la edad de los amores.

AVANY.

No, yo quiero adornarme, aun una vez, en la próxima fiesta con coronas tejidas con la planta divina i con los botones no abiertos de loto, símbolo de las vírjenes. ¿Qué dirían mis compañeras si fuese a las abluciones sola con un pastor?

AVRITA.

Ven a mi lado, vamos a esos bosquecillos llenos de sombra i te cantaré un himno que he compuesto en honor de los jénios benéficos que protejen las cosechas.

AVANY.

Deja de hacerme oír tu voz seductora; quiero permanecer vírjen en la morada de mi padre i entrar como tal a la morada de mi esposo.

AVRITA.

¿No has oído nunca en el silencio de la noche a los vientos ardientes de las llanuras de Channaurwar decirte palabras de amor?

AVANY.

Los he oído.

AVRITA.

¿No has visto nunca en sueños el rostro del que debes amar?

AVANY.

He hecho la invocacion necesaria i lo he visto.

AVRITA.

¿Dónde está el que tu corazon ha elejido? ¿por qué no viene a hablarte el lenguaje del bien amado?

AVANY.

¿Quién te dice que él no me haya hablado ese lenguaje?

AVRITA.

Yo sigo tus pasos i solo yo hasta ahora te ha dicho que eres hermosa; ¿es mi rostro el que tu corazon ha divisado en tus sueños?

AVANY.

No puedo responderte.

AVRITA.

No hai una sola de tus compañeras que no deseara recibir el talí de mis manos i comer el arroz tostado bajo el umbral de mi casa.

AVANY.

Mira, la noche se acerca, déjame partir, porque viéndonos juntos los espíritus burlones de los bosques van a dirijirnos mil observaciones burlescas.

AVRITA.

Yo te llamaba Avany la hermosa, pero no quiero ya nombrarte sino Avany la cruel..... ¿Por qué rehusas mi amor? Al extremo de este sendero está mi casa construida a la orilla de un estanque en cuyas aguas juegan un par de cisnes negros; ven, quiero dárte los.

AVANY.

Qué! llevas tu mano profana a mi túnica! Teme mi cólera!... Pero nó! mírame a tus piés, escucha mis súplicas..... la noche turba mis sentidos, tengo miedo.... acompáñame hasta mi casa i creeré en tu amor.

AVRITA.

Partamos, está bien, pero es la última vez que oyes mis palabras.....

Solo estoi en la casa de mi padre para cerrarle los ojos i cumplir sobre su tumba las ceremonias fúnebres. Antes de mucho se oirá una voz quejumbrosa i como el elefante que ha perdido su cachorro, mi padre se lamentará al pié de la tumba de su hijo.....

AVANY.

Qué, ¿quieres morir?

AVRITA.

Estrujaré en mis lábios la flor del calpa i para mí comenzará la noche sin mañana.

AVANY.

Tú no harás eso.

AVRITA.

Desde esta tarde; a la hora en que M^A sube silenciosa al medio del cielo, yo iré a cojer las flores.

AVANY.

Yo te amo, aceptaré el talí de tus manos i comeré el arroz tostado bajo tu techo. No quiero que mueras.

AVRITA.

Tú lloras, Avany, déjame beber en un beso las perlas que se escapan de tus largas pestañas....

AVANY.

Tengo miedo.....

AVRITA.

¿Por qué tiembles en mis brazos?

AVANY.

Por piedad déjame!

AVRITA.

Recibe estas caricias, estos besos ardientes sobre tu corazón.

AVANY.

Dónde ocultarme!...

AVRITA.

No temas nada, todo está en silencio a nuestro alrededor.

AVANY.

Piensa, piensa en mi padre.... El no me oye!

AVRITA.

Deja, mi bien amada, deja inclinarse tu hermoso cuerpo sobre mis brazos...

AVANY.

Ha desatado mi túnica!

AVRITA.

Libre de esos velos importunos recibe ahora, querida Avany, el primer beso de tu esposo.

¿Puede concebirse algo de mas tierno, de mas sencillo? ¿No se divisa al traves de estas líneas aquellos tiempos felices en que la humanidad entera gozaba de su infancia?

Tal era esa India patriarcal, tal fué la cuna de los pueblos modernos.

Así, divisamos en la bruma en que los tiempos la han envuelto, aquella época, ese período luminoso que el Veda nos revela, que los sacerdotes nos esplican.

De toda aquella civilizacion, de todo aquel pueblo solo queda el monumento medio destruido, las ruinas ennegrecidas i caidas por tierra, pero que aun hoi dia conservan los vestijios de la ciencia i del trabajo, i ese otro monumento, símbolo eterno e imperecedero que denominamos el libro.

Cuando los tiempos pasan i las civilizaciones se apagan, cuando el brahman ahoga la voz libre del hombre para convertirlo en el fanático que se coloca bajo el carro de Djadgernat, el *Veda* se levanta como muda protesta, como recuerdo de aquel tiempo en que no deseaba Dios sacrificios humanos, en que no era Dios el mayor de los brahmanes!

I ese pueblo, cuyos oríjenes se pierden en el abismo del tiempo, tiene una leccion que darnos para cada cuestion, una solucion para cada problema, porque el hombre de hoi es el hombre de ayer, porque las ideas de hoi fueron las de ahora mil años, porque las instituciones i los sistemas de hoi fueron tambien instituciones i sistemas de aquellos lejanos tiempos, i en esta rotacion perpétua, en este subir i bajar de las civilizaciones i los pueblos, de las ideas i los hombres, nada o casi nada hai nuevo! Al pié de la estatua del progreso solo una palabra puede hoi dia esculpirse: CIENCIA.

BENJAMIN DÁVILA LARRAIN.

PUBLICISTAS AMERICANOS.

Don Juan Bautista Alberdi.

La vida del señor Alberdi es un doloroso ejemplo de las consecuencias que enjendran las rencillas políticas.

Las grandes cualidades de su corazón i de su espíritu no han podido influir en la marcha de la República Argentina en los aciagos momentos en que necesitó del concurso de todos sus hijos.

En esa época de luchas i de temores, de inquietudes i de sobresaltos, el señor Alberdi saboreaba en el extranjero la amargura de la ausencia.

Las funestas divisiones civiles obligaron al ilustre publicista a mantenerse alejado de las costas de América, mientras que su infortunada patria, cuyo porvenir era cada día mas sombrío, se veía privada del contingente eficaz de su ilustración i de su experiencia.

La distancia no le impidió hablar la verdad ni revelar con una franqueza patriótica el fondo de su alma. Pero las obras venidas del extranjero no tienen jamás en la marcha de un país la influencia decisiva de las obras nacionales: la ausencia i la distancia neutralizaron la influencia de la palabra de Alberdi.

Ese mismo alejamiento no alcanzó a preservarlo de los tiros de la venganza i del despecho, lo que ha contribuido a crearle la falsa posición en que ha vivido durante los últimos años.

Hablemos claro. El señor Alberdi ha estado desterrado de hecho durante la administración del señor Sarmiento, i no ha podido volver a su patria porque, como él mismo lo dice en un documento público, le faltaba la *seguridad*.

Es triste tener que añadir un nuevo nombre a la lista ya dema-

siado numerosa de los patriotas americanos que han ido a pedir al extranjero un asilo i la libertad.

Le queda al señor Alberdi una triste compensacion: sus sufrimientos actuales son los mismos que acongojaban la grande alma de Rivadavia, de Rodriguez, de Paez, hasta que las nuevas jeneraciones, mas justicieras que las contemporáneas, han envuelto sus memorias en la doble auréola de la gloria i de la persecucion.

La gloria no es completa sino cuando la «cinta negra» de la desgracia, ha enlutado las sienes del héroe! cuando la ingratitude i los silbidos del odio se han mezclado a los vitores del triunfo.

La verdad tiene un nacimiento difícil i una adolescencia tempestuosa; desde la cuna está obligada a luchar como Hércules con los dragones del error; pero tiene como el Dios pagano, la fuerza necesaria para crecer a despecho de todo lo que la rodea. La verdad siempre vence; solo es cuestion de tiempo.

El mismo pueblo que rompe las ventanas del ilustre Thiers el dia en que se oponia a la guerra de Prusia, se presentaba poco despues como suplicante, ante sus mismas puertas, reconociendo su error i solicitando sus consejos. Llegará el dia en que la República Arjentina reconozca cuán inmerecidas fueron las injurias que se prodigaron al inquieto patriotismo de Alberdi durante la guerra del Paraguai.

Para nosotros, espectadores lejanos de esa memorable lucha, bástenos hacer notar que la causa que Alberdi defendió con tanto celo, es al mismo tiempo, que la de la prevision i de la verdad, la de la moral i del derecho comun.

Nos complacemos en hacer resaltar esta circunstancia. No se atropella impunemente la soberanía de un pueblo libre. Las alianzas desaparecen i solo queda en pié la ambicion i el *precedente*. Que esa usurpacion violenta de la libertad del Paraguai no pese sobre la independendencia de la República Arjentina!! Por no respetar la soberanía del Paraguai, ha puesto a un país vecino en el caso de no respetar la suya propia. Profunda i aterradora lójica de los sucesos! Ella es la defensa de los pueblos débiles i la leccion de los fuertes.

§

El señor Alberdi nació en Tucuman, provincia del norte de la República Arjentina. Su padre, don Salvador de Alberdi, aunque de orijen vasco, fué uno de los mas ardientes promotores de la

emancipacion de la América. Era uno de los pocos habitantes de América, que en aquella época apartada se interesara en el movimiento intelectual i científico de Europa. Desde mui jóven explicaba el «Contrato social» a la juventud de Tucuman.

Cuando el Congreso de Tucuman proclamó la independendencia de la República Argentina el año 1816, don Salvador de Alberdi obtuvo el insigne honor de ser nombrado espontáneamente ciudadano de la nueva República.

Hai un hecho de su vida que habla mui alto en favor de la honradez i de la sinceridad de su patriotismo. Siendo miembro del Senado de Tucuman, su hermano se apoderó del Gobierno i quiso hollar los derechos de la provincia haciéndose acordar por el Senado facultades omnímodas. Alberdi era Senador i estuvo presente en la sesion en que se decidia de la libertad de su patria. Casi todos sus compañeros sancionaron los caprichos del dictador; Alberdi tomó la pluma, pero no pudo firmar, su mano temblaba bajo el peso de la responsabilidad que siempre envuelve el renegar las opiniones de su conciencia; por fin, la dejó caer de la mano alegando una enfermedad repentina. Un rato despues se retiraba de la sala.

Pero no en vano Alberdi habia presenciado silencioso i contenido por respeto de las conveniencias, la ambicion sórdida de su hermano; todo su sér estaba trastornado; a las doce del dia se alejaba de la sala del Senado i pocas horas despues dejaba de existir.

Estos antecedentes del padre servirán para hacernos comprender mejor la vida del hijo.

Don Juan Baustista Alberdi fué educado desde jóven en el respeto de los principios liberales. La tradicion de su padre i el noble hecho que marcó el último dia de su vida, se conservaban cuidadosamente entre las tradiciones de familia, que son el piadoso tesoro del hogar i una regla de conducta siempre presente ante la vista de los hijos.

Alberdi pasó en Tucuman los primeros años de su infancia. Su niñez se deslizó en ese sitio pintoresco que la naturaleza ha revestido de una eterna verdura. La contemplacion de ese lugar matizado de una vejetacion exuberante contribuyó a desarrollar su imaginacion i el sol que robustece la vejetacion de Tucuman con sus rayos abrasadores, hizo su espíritu enérgico i ardiente.

El espíritu del hombre se forma por el concurso múltiple de la naturaleza i del hogar. El espectáculo de la naturaleza, variable segun las zonas i las latitudes, marca su sello en los espíritus: es

una segunda educacion, tanto mas eficaz cuanto que es involuntaria i constante. Montesquieu reveló este fenómeno a la Europa desde el siglo pasado, i despues de él todos están acordes en decir que el hombre es una planta que nace en la tierra, que la familia dirige i cultiva i que la educacion desarrolla.

• Su niñez no fué estudiosa. El me ha contado, volviendo sobre aquellos años de la infancia que jamas se recuerdan sin un poético dolor, que en su primera edad miraba con horror a sus profesores i a sus libros. Entónces le cupo la suerte de tener a su lado a un hermano mayor, espíritu penetrante i jovial, que ha ejercido grande influencia en su vida, por el jiro que supo imprimir a sus estudios infantiles.

Los primeros pasos en la vida, son muchas veces los que deciden de ella. La incuria de los primeros años suele tener mas tarde consecuencias fatales. Un hermano corrigió el disgusto de Alberdi por los estudios escolares, empleando la jovialidad i la astucia, en vez de la amenaza i del rigor. Esto bastó para que el jóven principiante abrazara con placer la carrera de los estudios.

Las naturalezas superiores no necesitan para desarrollarse de un renovado auxilio; les basta un consejo oportuno, una mano amiga que sepa encaminarlas en los primeros pasos; el estudio i el tiempo hacen el resto; ya está dado el impulso.

Alberdi se distinguió en sus estudios desde los primeros años de su adolescencia i fué desde temprano haciéndose un lugar en el cariño i en el respeto de sus compañeros. Alberdi era querido i respetado. Ejemplo raro en la vida de las aulas! Un colejio es un mundo pequeño, cuyas murallas traspassa la vida exterior; las pequeñas ambiciones, las rivalidades mezquinas asoman en él sus cabezas juveniles. En esos mundos microscópicos, nadie descuella sin llevar contra sí un enjambre de ambiciones frustradas, i como sucede mas tarde en el gran mundo de la vida, el triunfo de unos, implica la derrota de muchos.

Alberdi no se vió perseguido por esas ambiciones vencidas. Sus discípulos mismos aplaudian sus triunfos, lo que no se explica sino por su excesiva modestia, que ha sobrevivido a su juventud i que es hoi dia una de las cualidades distintivas de su espíritu. Alberdi poseia todo lo que hace el trato agradable i simpático: la moderacion de ideas, la palabra fácil i chispeante, el talento de la música i la pasion del arte.

Desde jóven, fué artista de aficion i de sentimiento, pero jamas

dió al arte en sus estudios su verdadera importancia. Sin la menor pretension, componia canciones que daban la vuelta de Buenos Aires i que tenian un éxito popular.

El jóven estudiante dedicaba sus dias a objetos mas sérios. Leia i meditaba con entusiasmo febril a Locke, a Bentham, a Rossi, a Montesquieu i especialmente a Rousseau. En aquel tiempo, la juventud de Buenos Aires estaba embebida en las huecas i elocuentes teorías de Rousseau. El filósofo de Jinebra empezaba a perder su prestigio en la opinion europea. El tiempo i la reflexion habian dejado ver la brillante vaciedad de su sistema. Sin embargo, no desertaba todavía por completo, i buscaba refugio en las universidades i en las inteligencias juveniles, como en un baluarte inespugnable. El brillo deslumbrador de su palabra, el resplandor de sus imájenes contribuia a fascinar a los espíritus entusiastas.

La juventud europea habia sufrido esa atracción i esa influencia. Su lenguaje brillante i poético habia enjendrado una jeneracion de poetas, entre los que descuellan Byron, Chateaubriand i Goethe. La filiacion de los Mártires a las obras de Rousseau, es un hecho que ya nadie duda. La madre de Byron llamaba a su hijo con el sobrenombre de Rousseau, por el entusiasmo con que le veia releer las pájinas del *Emilio*. El *Emilio* era su lectura diaria, favorita, i Rousseau fué el maestro de su grande espíritu. ¿Qué extraño es que su prestigio se extendiera hasta los jóvenes educandos de la Universidad de Buenos Aires?

La admiracion de Alberdi por Rousseau sobrevivió a sus años de estudiante. El me ha contado que siendo ya hombre viajaba por Europa, acompañado de don Juan María Gutierrez, i que de paso por Chambéry, apesar de haber tomado billete para Jinebra, resolvió quedarse allí por conocer ese sitio en que se habia deslizado la juventud de Rousseau. ¿Hubiera sido natural que Alberdi, que habia estudiado el *Emilio* con todo el entusiasmo de la niñez, dejara de hacer el viaje que se impone todo viajero por conocer el pequeño i escarpado cerro coronado por la casa hoi humilde, en que el jóven Rousseau, entónces copista de música, recibia de Madama Warens una franca hospitalidad, i a quien, segun Chateaubriand, desacreditó por vanidad?

No se crea que Alberdi se haya dejado seducir por Rousseau hasta adoptar ciegamente sus principios.

«El marchó con su tiempo, i poco a poco Rousseau tomó en

» su espíritu el rango accesorio que le dan los ulteriores progresos » del espíritu humano.» A Rousseau, como sus favoritos, sucedieron Chateaubriand, Bentham, Michel, Chevalier, Adam Smith, Tocqueville, Montesquieu i Courier.

Al que estudie con detencion la historia de sus ideas, le toca revelarnos la parte de influencia que ha tenido cada uno de estos célebres escritores en su estilo i en el jiro de sus ideas. En este exámen rápido me basta el hacerla notar.

Al mismo tiempo que Alberdi robustecía su espíritu en los estudios filosóficos, la Confederacion Arjentina estaba oprimida por el caudillaje de Rosas.

Este gobierno tiránico habia conseguido enardecer los sentimientos patrióticos de la juventud.

Todo habia cedido bajo su despótico poder. Los ciudadanos honrados jemian en el destierro: las familias pudientes habian huido de Buenos Aires. Las Universidades, empapadas en el espíritu liberal de la ciencia europea, eran los únicos centros de resistencia. Los jóvenes estudiantes se reunieron con el objeto de sacar a su patria de ese lastimoso estado. Entre ellos estaba Alberdi. Ese concurso de nobles intenciones se propuso elaborar un programa de reforma social i política. Los jóvenes mas distinguidos se repartieron la tarea segun el órden de estudios a que se dedicaban de preferencia. Alberdi fué designado para presentar un cuerpo de instituciones adaptables a la situacion i a los antecedentes de su patria. Esta primera prueba la desempeñó con la lucidez i la claridad que caracterizan sus escritos posteriores. Sus frases eran ya concisas; sus observaciones juiciosas i políticas, su espíritu práctico. La juventud de Buenos Aires se apasionó de su joven campeón i los viejos *politiqueros* lo aplaudieron a dos manos. Buenos Aires dió espresion a su entusiasmo i a sus aplausos: en fin, una auréola de popularidad rodeó el nombre del joven escritor.

Los espíritus desprevenidos veian alzarse un noble atleta sobre la arena política. Se entreveia un porvenir para la desgraciada República Arjentina. Esa aparicion súbita de una juventud vigorizada en los mas altos estudios, debió parecerle el preludio de la rejeneracion de la República martirizada por la opresion de Rosas. Entre los que aplaudieron ese triunfo juvenil de Alberdi, se cuentan los mismos que hoi atacan sus opiniones i su influencia. Sin embargo, sus ideas no han cambiado. El ha perseverado en ellas con la tenacidad de las fuertes convicciones.

Una particularidad de la vida de Alberdi es haber sido siempre consecuente con sus primeras opiniones. Todo ha variado a su alrededor, hombres i cosas; solo él se ha mantenido en su primer terreno. Las mismas ideas que defendia en sus escritos de adolescente son las que forman su conciencia moral en su edad madura.

«Su espíritu i su labor no se han separado un dia de la gran » tarea de crear un gobierno nacional patrio, cuya institucion fué » el objetivo principal de la revolucion americana de su país, contra » la dominacion colonial de España, en el nuevo mundo.»

Los compañeros i aliados de su estreno de armas, se han alistado mas tarde bajo las diversas banderas de la opinion; el humo de la lucha les impide distinguir que sus tiros actuales son dirigidos contra la mismas opiniones a que ellos rindieron homenaje. En cambio, Alberdi permanece inquebrantable en sus primeros principios que el tiempo no ha hecho mas que arraigar en su espíritu i en su conciencia.

Aferrado al pabellon de la *causa nacional*, Alberdi ha resistido, con un valor digno de elojio, a los ardientes ataques venidos de todas partes. Su puesto de hoy es el mismo de hace 30 años, no ha dado un paso atras; no ha jirado siquiera sobre sí mismo para presentar el flanco a sus enemigos. El les ha opuesto siempre las mismas cuestiones, i defendido con una franqueza persistente la misma solucion.

La Universidad fué el molde de su espíritu; de ella salió el joven Alberdi armado de las ideas de toda su vida, de todo el vigor de su pluma, de toda la entereza de su alma!

§

Hemos visto de qué modo se formaba el espíritu de Alberdi en la lectura i en la Universidad. Entramos ya en una nueva faz de su vida, a aquella que marca la transicion de dos edades: de la vida estudiante a la de hombre.

Bajo el gobierno de Rosas, los aspirantes al título de abogado, debian prestar un juramento de obediencia a la dictadura; Alberdi se resistió a rendir homenaje a ese gobierno despótico i se retiró a Montevideo.

Montevideo debió a su posicion jeográfica el honor de ser el asilo de la libertad perseguida. El gobierno de Buenos Aires lo miraba,

con temor. Montevideo, como en otro tiempo Jinebra, abría sus puertas hospitalarias a todo el que salía de su patria por abrigar algún sentimiento de libertad. Fué durante algún tiempo el hogar del pensamiento arjentino, el cerebro en que se elaboraban las ideas que debían mas tarde suplantar a Rosas.

La corta distancia que separa a las dos ciudades hacia que la palabra de los emigrados llegara a Buenos Aires con todo el calor de la lucha i que produjera un grande efecto en el pueblo.

Desde Montevideo los emigrados arjentinos conspiraban incessantemente contra el despotismo de Rosas i peleaban a mansalva ocultos tras del muro de la inviolabilidad del Uruguai. Montevideo era el fuego en la casa: un volcan en ebullicion i no era difícil prever que en un tiempo cercano *ceci tuerait cela*. Alberdi llegó a ese centro ardiente de pasiones i de esperanzas en 1838.

En Montevideo presentó exámenes i obtuvo el título de abogado. Alberdi no era rico; pero la reputacion que le habian granjeado sus primeros escritos, le dió luego una numerosa clientela.

En 1840, una fiebre violenta estuvo a punto de cortar los dias del jóven publicista. Montevideo seguía con ansiedad los períodos del mal que amenazaba tronchar en su primera alborada a esa juventud brillante; pero el cuidado de dos célebres médicos lo conservaron a sus amigos i a las letras americanas.

Los trabajos del foro no hicieron olvidarse a Alberdi de los estudios literarios. En los momentos que robaba a su profesion escribía artículos satíricos que publicaba en los diarios de Buenos Aires.

Alberdi habia conocido de cerca a los jefes del partido unitario. Esas viejas reputaciones habian tenido en una época de oscurantismo un rato de esplendor pero no estaban a la altura de la instruccion i del progreso a que habia alcanzado el país. El prestigio pasajero que habian tenido durante algún tiempo, hacia que se acatara sus palabras i sus acciones con un respeto fanático.

Alberdi se propuso reducir a su verdadera talla a esos envejecidos campeones, pasando el cartabon de su ingenio i de su sarcasmo sobre su falsa grandeza.

La juventud de Buenos Aires se disputaba el primor de esos artículos aunque no sabia quién era el autor: las conjeturas se sucedían por conocer el nombre del que hacia reir periódicamente al pueblo de Buenos Aires. Nadie pensaba en Alberdi, porque no se creía que ese jóven que descollaba en los estudios serios, pudiera manejar con el mismo talento el racionio i la burla.

Rivera-Indarte, su único confidente en el secreto, leía en los salones unitarios esos artículos Rabelescos. Los viejos caudillos creían reconocerse mutuamente bajo esa alegre chanza, i se señalaban unos a otros en medio de la risa que les producía la lectura.

En Montevideo escribió mas tarde una pieza que tituló el *Jigante-Amapolas*. Este trabajo corto ha merecido los entusiastas elogios del poeta arjentino Echeverría. Todo él es una alusion casi profética del destino de Rosas, tratada con una gracia i un buen humor que le asignan uno de los mejores lugares entre los escritores satíricos americanos. Con el producto de sus estudios profesionales, Alberdi resolvió viajar a Europa para restablecer su salud, un tanto quebrantada. Don Juan María Gutierrez, el afectuoso amigo de su vida, lo acompañó en su viaje.

§

« Navegando en un buque italiano, *El Eden*, que Garibaldi hizo » conocer de Alberdi en Montevideo, los dos amigos escribieron bajo » ese mismo nombre de *El Eden* una especie de poema atlántico, en » esta forma: lo que Alberdi redactaba en prosa por la mañana, Gu- » tierrez lo ponía en verso por la noche. Ese trabajo se publicó en » Chile i se ha repetido en Buenos Aires».

Su primera permanencia en Europa, no presenta nada de resal- tante en su carrera de escritor. Su paso por Italia no fué sin em- bargo infructuoso para las letras. En Jénova escribió un pequeño volúmen que publicó mas tarde en Valparaiso con el título de *Veinte dias en Jénova*. En medio de muchas pájinas dedicadas al arte i a la incomparable belleza de esos sitios, Alberdi ha encontra- do ocasion de deslizar un estudio del Código Albertino, que era uno de los mas liberales de la Europa. El estilo de esas pájinas de viaje es conciso i claro, pero sin desdeñar ni las imájenes ni una so- bria elegancia. Los literatos encontrarán pájinas de una notable be- lleza en aquellas en que Alberdi desarrolla sus ideas sobre el arte. En ese dominio un tanto vago, sabe tomar su rumbo, fijar sus ideas con el mismo criterio que emplea en los estudios judiciales. El arte no es, como muchos lo creen, objeto exclusivo del sentimien- to; la razon tambien tiene su parte: ella juzga i examina el senti- miento, luz de la intelijencia, i da al arte verdad i vigor.

No debemos sentir que Alberdi no escribiera mas durante su re- sidencia en Europa. « Quien observa no escribe » ha dicho Armand

Carrel. El espíritu del hombre, por fuerte que sea, necesita replegarse; i ese estado latente es la gimnástica del pensamiento. El espíritu se vigoriza en el silencio; se robustece en el secreto. Ese trabajo oculto, no es ménos productivo que el trabajo de expansion. Son las dos etapas del espíritu: la reflexion equivale al estudio; la publicacion no puede venir sino despues de él.

Alberdi fijaba sus ideas en Europa, las aclaraba, les daba fuerza. La Europa habia reemplazado a sus libros; era un gran libro abierto que estudiaba con cuidadosa atencion. Sus opiniones anteriores se iban fortificando en la esperiencia del mundo i en la observacion de los paises. En una palabra: ese primer viaje es uno de los que mas han influido en sus tendencias i en su espíritu.

De Europa, Alberdi se dirijió a Chile. Su deseo hubiera sido volver a la República Argentina; pero la misma causa que lo habia hecho emigrar, subsistia todavia. Rosas continuaba ejerciendo su sangriento dominio. La juventud liberal de Buenos Aires estaba en el destierro; entre otros, Mitre, Sarmiento, Mármol. Los pocos patriotas que habian osado afrontar la dictadura, quedándose en Buenos Aires, habian pagado su temeridad en el patíbulo.

Pero la libertad, felizmente, no perece con el destierro. No es una planta exótica que se marchite con ser trasplantada. Por el contrario, en Montevideo i en Chile se formaban núcleos de resistencia, que sirvieron favorablemente mas tarde a los planes de Urquiza. Por desgracia, los emigrados argentinos, en vez de agruparse en torno de su patria martirizada, se alistaron en los partidos políticos de Chile. Cada uno llevó al círculo de sus convicciones el contingente de sus conocimientos i de su pluma. Alberdi abrazó la causa conservadora, Sarmiento tomó la redaccion de un periódico liberal. El primero hizo valer las grandes cualidades de escritor que ya caracterizaban sus primeras producciones. Sarmiento, su pluma fácil, resuelta, caprichosa, reñida muchas veces con el sentido comun i con las conveniencias que se deben a un país extranjero. Alberdi tuvo en su mano los honores i los rehusó. Se hicieron jestioncs cerca de él para que adoptase la ciudadanía chilena; condicion necesaria para obtener el alto puesto de Senador, con que se halagaba su juvenil ambicion. Alberdi desechó estos avances prefiriendo a todos los honores, el de ser ciudadano del país de su cuna i de su infancia.

Pero no en vano Sarmiento i Alberdi se habian alistado en dos bandos diversos. La lucha política produjo un resfriamiento de

amistad. Sobrevino en esa misma época la caída de Rosas. Sarmiento, en vez de sostener al vencedor de la dictadura que anunciaba su gobierno con la práctica leal de los principios liberales, se enroló contra él en una violenta oposicion. Alberdi permaneció fiel a Urquiza.

En vez de debilitar su naciente autoridad, se esforzó por robustecerla i por hacerla consistente. Alberdi defendió la buena causa: la de la libertad i la del derecho. La libertad estaba interesada en hacer fuerte ese gobierno, que se imponía al mas sangriento despotismo i que trataba de poner un freno a la anarquía i a la demoralizacion del país. Ese país convulsionado hubiera vuelto contra su salvador, si el nuevo gobierno no hubiera tenido la autoridad necesaria para resistirle. Cuando una vez la anarquía se ha filtrado en las costumbres no se detiene en sus primeras exigencias; sus pretensiones jamas se agotan, solo cambian de objeto con las variaciones sociales.

Tales fueron los antecedentes de la enemistad que se produjo entre Alberdi i Sarmiento. Sarmiento asaltó la brecha con su temeridad habitual, escribiendo a Alberdi una carta de *desafío literario*, hecha en términos capaces de agraviar la dignidad ménos susceptible. Alberdi se preparó para contestarle, pero por un resto de deferencia a su «ex-amigo,» llamó al señor Sarratea para que pidiera a Sarmiento la cesacion de las hostilidades. Alberdi se ofrecía a romper sus cartas ya escritas, siempre que Sarmiento se comprometiera a no atacarlo. Sarmiento rehusó la propuesta i a consecuencia de este rechazo Alberdi publicó sus celebradas *Cartas Quilloganas*.

Por mi parte, considero esas cartas como una de las mejores producciones de su pluma. El ingenio i el sarcasmo juegan sobre un estilo colorido i animado. Alberdi encierra a su enemigo en las redes de su dialéctica, lo acosa con su ingenio malicioso, lo persigue con su encarnizamiento burlesco. Su risa explota toda la persona, los hechos i el carácter de su rival i puede decirse de sus cartas que son la carcajada de un hombre de ingenio. Bajo esa apariencia fútil, hai estudios de primer orden sobre las cuestiones palpitantes, observaciones delicadas sobre la literatura i sobre la política i un estudio literario sobre las obras del señor Sarmiento, hecho con un tanto de noble encono que vigoriza sus observaciones: estudia sus opiniones sobre política americana i tiene sobre estas materias delicadas, salidas brillantes i oportunas.

Sarmiento contestó con otras cartas que tituló *Las ciento i una*. Apesar del interes que he puesto en procurármelas me ha sido imposible obtenerlas. Las *Cartas Quillotanas* tienen aun lectores: el brillo de su estilo ha resistido al tiempo i a las circunstancias que las hicieron nacer. En Buenos Aires se ha hecho en el año último una cuantiosa edicion.

Hai una circunstancia que habla mui claro en favor de las *Cartas Quillotanas*. Sarmiento era en aquella época miembro correspondiente del Instituto Histórico de Francia. Esta sábia corporacion tenia por presidente al marques de Brignoles, que unia a la aristocracia de su nombre una vasta instruccion. El Instituto recibió las *Ciento i una*, pero no las tomó en consideracion; en cambio, el marques de Brignoles ocupó durante largo tiempo al ilustre cuerpo con un caloroso elojio de las *Cartas Quillotanas*. El señor Alberdi era hasta entónces desconocido en el Instituto. ¿Por qué el Instituto el estudiar sus cartas, no tomó en consideracion la respuesta? ¿Por qué sacrificó a su miembro correspondiente por rendir tributo a las cualidades de su feliz rival? Preguntas son éstas que basta solo enunciarlas. Cualquier espíritu imparcial no encontrará dificultad en resolverlas.

Ya es tiempo de que nos separemos de estas fútiles cuestiones en que Alberdi hizo con tanto brillo sus primeras armas. Apesar de la pequeñez del debate, supo elevarle a la altura (si no a la serenidad) de la crítica, i su espada juvenil arrojó resplandores que han sobrevivido a la circunstancia. Entremos cuanto ántes a la grande obra de su vida, a la que marca su existencia de una gloria imperecedera. Hemos visto a Alberdi literato, veamos a Alberdi lejislador; veámosle en su obra capital, desplegando bajo una pluma fácil todos los recursos de la esperiencia i del saber. Pero examinemos los antecedentes que prepararon su tarea, para que pueda ser bien comprendida.

§

El año 1852 el jeneral Urquiza derrotó a Rosas en la jornada de Monte-Caseros. Esta noticia sorprendió a Alberdi en Valparaíso.

Las circunstancias de su patria eran escepcionales. A la antigua dictadura sucedia un gobierno reparador. Todo estaba por hacerse: el país i el pueblo. Uno i otro se resentian de su larga opresion.

Era necesario rejenerar a ese pueblo con estimulantes enérgicos i apropiados: dotar al país de la vida que le habia arrebatado la tiranía de Rosas: civilizarlo, educar a su juventud estraviada en el espectáculo de la opresion. Para llenar ese objeto, Alberdi publicó en Valparaiso sus «Bases para la organizacion de la República Arjentina.» Este libro, escrito con la precipitacion de los acontecimientos, ha sido juzgado como una obra capital. El mismo me ha dicho que lo escribió en dos meses: con la rapidez de los sucesos que se desenvolvian en el Plata.

Ese volúmen hecho en 70 dias era el producto de 20 años de estudios. El gobierno de Urquiza comprendió su importancia i ordenó que se hiciera a costa del estado una edicion de 3,000 ejemplares. Sus considerandos merecen recordarse. Dicen así: «Con-»
 » vencido el gobierno nacional de la benéfica influencia que ejer-»
 » cen sobre la opinion pública los escritos sobre política i derecho»
 » público arjentino, dado a luz por el ciudadano don Juan Bautista»
 » Alberdi; deseoso de hacer una manifestacion solemne del apre-»
 » cio que merecen los servicios desinteresados i espontáneos, que»
 » como publicista ha prestado a su patria el mismo ciudadano;»

« I con el fin de estimular los talentos a contraerse a trabajos de»
 » igual naturaleza, tanto mas necesario, cuanto que se resiente el»
 » establecimiento de las instituciones constitucionales en la Repú-»
 » blica Arjentina, se decreta, etc. »

Este decreto, hermoso timbre del gobierno de Urquiza, es una de las brillantes páginas de la vida de Alberdi. Honra igualmente al publicista ilustre que obtenia de su patria tan elocuente recompensa, i al mandatario victorioso que daba un alto ejemplo de constitucionalismo i de respeto al mérito.

Todos, sin escepcion, elojieron la conducta de sus principios de gobierno; el alto criterio que domina en su obra, las ideas claras i sanas que se proponia defender. La influencia de esta obra fué inmensa; ella sirvió de norma a los constituyentes arjentinos del año 1812. Alberdi resumió sus opiniones en un ensayo de constitucion que obtuvo la aprobacion del congreso.

Alberdi alcanzó entónces el mas alto honor a que se pueda aspirar en un país republicano: el ser el lejislador de su patria. Ese honor insólito es superior a las mas encumbradas posiciones administrativas i políticas.

El lejislador traza al país el sendero i la marcha, arregla su mecanismo interior, combina i separa alternativamente las fuerzas so-

ciales; pone la máquina en movimiento, después de haber arreglado su rodaje i allanado su camino. El presidente es el guardian de esa máquina, que el legislador ha creado; el alto ejecutor de las combinaciones que le ha dictado su ingenio i esperiencia. Los presidentes pasan i las constituciones quedan: muchos se han renovado sucesivamente en el puesto de Urquiza; *de todos ellos queda la memoria*; en cambio la constitucion de 1852, continúa animando a la República Argentina con su soplo civilizador i constitucional.

Para comprender bien el alcance de las *Bases* trasportémonos por un instante a aquel momento aciago en la vida de la Nacion Argentina.

Don Juan Manuel Rosas se habia refugiado en Inglaterra. Las frecuentes guerras que habia sostenido contra algunos paises de Europa, durante su gobierno, habian producido una violenta enemistad contra el extranjero. El pueblo no queria oír hablar de los europeos en quienes veia con la exajeracion de la ignorancia sus enemigos naturales.

El partido unitario habia espiado en los cadalsos la enerjia de sus principios. Todo hombre liberal habia sufrido una cruel persecucion de los esbirros de Rosas.

La instruccion pública era ya un recuerdo. Los sentimientos brutales de las masas se daban libre expansion bajo un gobierno que era el primero en practicarlos. Se repitió entónces lo que habia sucedido en Francia, durante la revolucion francesa. Los jefes influyeron en la moral del pueblo: los bárbaros decretos del gobierno hicieron al pueblo sanguinario i feroz. Este fenómeno moral recibe cada dia una nueva aplicacion. El pueblo es una entidad maleable, que unos pocos hombres amoldan a la medida de sus deseos i de su ambicion. El ejemplo constante que el pueblo recibia de sus primeros mandatarios, habia corrompido su espíritu i su moral. Era preciso corregir esas malas tendencias; poner un dique a esos sentimientos funestos.

La política de Rosas habia acostumbrado a la nacion a mirar como un hecho natural la clausura de los rios argentinos. Esos caudalosos raudales que llevan la fertilidad hasta el corazon de la América, estaban cerrados al comercio. Con ese sistema se desperdiciaba el mas poderoso medio de grandeza con que la naturaleza hubiera dotado a ese venturoso país. Sus aguas silenciosas que serpentean graciosamente por sus pintorescas orillas, estaban condenadas a arrastrar silenciosamente sus aguas, sin que la navega-

ción i la Europa llevaran a sus riberas el movimiento i la civilización.

El interior del país languidecía en el atraso i en la pobreza: las provincias no tenían en la patria comun la parte que correspondía a su importancia i a su población. Añádase a esto el desquiciamiento social, fruto de los continuos desórdenes: la inseguridad material de los campos; el profundo trastorno físico i moral, i se tendrá una idea talvez alejada del triste estado de la República Argentina en 1852.

Alberdi se propuso remediar tantos males con los recursos de su experiencia. Era necesario empezar por fortalecer a esa nación enferma: reanimarla en seguida con el estimulante de sólidas instituciones i civilizarla con el concurso de la lei i del trabajo. Veamos de qué medios se valió Alberdi para reanimar a su patria desfalleciente.

En las *Bases* empieza por examinar la nueva situación que ha creado a la América la emancipación de la España. Ese brusco sacudimiento que hizo trizas una forma social, produjo un cambio profundo en la existencia de los pueblos americanos. El antiguo régimen desapareció en los campos de batalla; las tradiciones que lo sostenían i que le daban consistencia, huyeron con sus soldados fugitivos. La América se encontró de improviso en una situación excepcional. La antigua autoridad había desaparecido; era preciso reemplazarla.

La revolución que destruyó el poder militar de la España, necesitaba reponer un gobierno, en el lugar que había dejado vacío la autoridad colonial. La base de la existencia i del progreso de un país reside en el orden: era preciso crearlo, volver a implantarlo en el suelo de la América, destrozada física i moralmente por el cambio de gobierno i de sistema. Fecunda pero difícil tarea!

En ella se han consumido los esfuerzos de muchas repúblicas.

En efecto, para el observador juicioso los trastornos que han convulsionado a los países americanos, no son, sino las diversas faces del mismo problema; del que se propone reemplazar la fuerte autoridad colonial, por otra igualmente vigorosa i respetable. La revolución americana creó muchos elementos que no existían en el período del coloniaje: el militarismo por ejemplo.

El poder militar es el privilegio de los pueblos libres: ningún país esclavo puede tener un militarismo independiente i nacional. Estos mismos elementos que contribuyeron a su independencia,

son otros tantos poderes, que necesita someter a su límite de acción la nueva autoridad creada por la revolución.

Chile ha salvado los peligros de su organización con el concurso patriótico que todos los elementos sociales prestaron a su engrandecimiento. Un ejército que jamás ha conocido otra ambición que la de las nobles acciones en el terreno de la ley, ha mantenido el orden en el interior i el prestigio nacional en el extranjero. Desde temprano comprendió su gran misión i cooperó con un entusiasmo jeneroso al establecimiento de una fuerte autoridad. Nuestros hermanos en la causa común de la emancipación, no han conseguido domar los elementos que surgieron de la revolución. Su historia desde el año 1810, hasta el presente, es un continuo choque entre el poder constituido i el poder ambicioso que quiere suplantarlo. ¡Ojalá que esa lucha vergonzosa que ha regado de sangre tantos campos de batalla concluya cuanto antes! tal es el voto sincero que hacemos los chilenos en nombre del respeto de la América i del prestigio de la forma republicana.

Alberdi se propuso dominar la desorganización social con los sabios preceptos que constituyen el fondo de sus *Bases*. A su juicio, la necesidad más urgente es garantizar la paz interior. El progreso i la civilización nacerán más tarde sin esfuerzo. El comercio vendrá naturalmente, i la civilización, hija de la paz, brotará por sí sola en esos países nuevos, como las flores silvestres en nuestras vírgenes selvas. Pero ¿cómo conciliar la concentración de las fuerzas sociales en manos de un gobierno, con el respeto i las garantías de la libertad? La respuesta de Alberdi es categórica. Hagamos, nos dice, un poder fuerte; es la primera necesidad del momento; luego vendrá la reivindicación de nuestros derechos necesarios por medio de la voluntad nacional libremente expresada. Quisiera que el lector se diera el placer de recorrer las páginas calorosas, en que reivindica la libertad de las elecciones. ¡Con qué noble energía defiende ese derecho, largo tiempo menospreciado! con qué calor patriótico sostiene esa prerrogativa, fuente de toda libertad!

La libertad i la autoridad son dos hermanas gemelas, unidas por el hecho mismo de su existencia: son los dos costados de un mismo prisma. La libertad no es posible si no hai una autoridad que garantice su ejercicio: si cedemos una parte de nuestra autoridad, es para que se haga respetar nuestra libertad. El depositario de ese poder común es el poder ejecutivo. En vez de tratarlo con desconfianza, debemos apoyarle con nuestros esfuerzos personales, i

la libertad quedará tanto mas garantizada, cuantos sean los recursos de que dispone ese poder ejecutivo para hacerla efectiva. Hé aquí lo que Casimir Périer dijo en un momento célebre con su ordinaria elocuencia: «Los pueblos que aspiran al honor de ser libres, no deben olvidar que la libertad es el despotismo de la lei.»

La libertad civil i política no será siempre mas que una engañosa máscara si no está protegida por la libertad elecctoral. Todo paso que tienda a hacer del congreso un espejo en que se reflejen los diversos matices políticos es un progreso en el camino de la libertad.

No temamos a la fuerza de que dispone el poder ejecutivo, mientras el pueblo pueda hacer llegar, por el órgano de un congreso popular, sus quejas, sus esperanzas i sus temores a los oídos del gobierno.

El poder ejecutivo no es el enemigo de la libertad: no es su rival mas temible; por el contrario, será mas bien una garantía de la libertad, siempre que sienta vijilada su marcha por la mirada atenta del poder lejislativo. Si por el contrario el gobierno i el congreso son una misma entidad bajo distintas faces, se puede decir adios por largo tiempo a la libertad i a los derechos del pueblo.

Fortalecido el poder central con la autoridad necesaria a su gran mision, era preciso formar el rodaje constitucional que diera a sus actos independencia i enerjía. Su sistema de gobierno se detiene en un término medio prudente: se aleja con igual horror de todos los excesos de la demagogia i de la reaccion. La historia le ha enseñado que la política es una cadena de reacciones que vuelven hácia atras con un empuje proporcionado a la fuerza de tension. Jamas la licencia ha dejado de producir una reaccion despótica: siempre el despotismo enjendra ideas inmoderadas de licencia. Adoptemos un término medio razonable, que escape a la exajeracion de ámbos sistemas. Ese terreno neutral es el constitucionalismo. Por él se decide Alberdi.

Hé aquí bosquejado a grandes rasgos el sistema constitucional de Alberdi. En este rápido ensayo de ideas, no me ha sido posible trazar sino el marco de su sistema político.

El debía dar al gobierno la estabilidad i la fuerza necesaria para mantener el órden. Veamos ahora qué medios arbitra para sacar a ese país ya tranquilizado a la civilizacion i al progreso.

La emigracion extranjera es el eje de su sistema. El hizo comprender a sus compatriotas que las necesidades habian variado con el cambio de los tiempos: que el odio al extranjero, que fué ne-

cesario durante la guerra de la emancipacion, era en el dia un sentimiento funesto que no podia enjendrar sino males, que por el contrario, debian atraerlos, porque ellos representan el progreso pacifico, que es la necesidad primordial de la presente época. Alberdi condensa todo su pensamiento en un dilema que ha pasado al estado de máxima: «Gobernar es poblar» (1). Pide la apertura completa de los rios i de sus afluentes. A este fin el gobierno de Urquiza, inspirado por él, obtuvo que la Inglaterra, el Brasil, los Estados Unidos i la Francia, firmaran tratados que comprometen las decisiones futuras de la Nacion Argentina. Segun la opinion de un distinguido escritor frances (2) «ninguna constitucion ha dejado tantas facilidades a la emigracion». Si hoi vemos a los hijos de Europa precipitarse en tropel a las riberas del Plata, es debido a esas formas constitucionales que respetan su relijion i su familia, que garantizan sus derechos i facilitan sus aspiraciones.

De todas las cuestiones que pueden presentarse al estudio de un estadista americano ninguna es mas importante que la de la emigracion. La América no ocupará su puesto lejítimo en el mundo hasta que el europeo nos haya revelado el secreto de su industria i de su civilizacion; hasta que haya llevado a nuestros campos des poblados el auxilio de sus brazos; hasta que nos haya enseñado a utilizar los elementos de prosperidad que encierran nuestros vírjenes paises. Nos bastará copiar la máquina complicada de la civilizacion que la Europa ha creado a fuerza de tantos sacrificios. Con una numerosa inmigracion podemos con el tiempo superar a la Europa, doblando a sus adelantos los nuestros, poniendo sobre su civilizacion nuestra intelijencia i nuestros descubrimientos.

El verdadero objeto de la emigracion europea, no es solo aprovechar nuestros recursos naturales con el comercio i la industria. Ella está llamada a remediar el mal, tantas veces deplorado, de la ignorancia de nuestras clases trabajadoras.

La rudeza primitiva del pueblo en América es un capítulo que

(1) A este propósito dice el sábio historiador Gervinius:

“Como Alberdi (el actual lejislador de la República Argentina), Rivadavia hacia desde esa época una viva oposicion al *americanismo* antipatriótico, i al odio contra los europeos que dominaba entre conciudadanos.

Estaba convencido, como lo está Alberdi de que la raiz de toda civilizacion, i que todo su porvenir se encuentran únicamente en la civilizacion europea; hé aqui por qué en sus reformas morales i políticas Rivadavia no temia desafiar por el poder del espíritu las groseras fuerzas materiales de que se veia rodeado.

Histoire du siècle XIX par Gervinius. 9.º volúmen páj. 275.

(2) Mr. Jules Duval, *Histoire de l'Emigration*.

ha presentado sobrado tema a la declamacion, para que hasta aquí muchos se hayan preocupado seriamente de él. Quejumbrosos oradores han recargado con una afluencia de razones tanto mas válidas, cuanto que todos las conocen, i que nadie las contradice, sobre los inconvenientes de la pérdida de los talentos; sobre la necesidad de asentar nuestras instituciones liberales en la educacion i en la cultura jeneral. Pero ¿qué medios nos proponen? Todos a una voz repiten que la difusion de la instruccion primaria será el *cúralo todo* de nuestros males sociales. La necesidad de difundir la instruccion popular en Chile es una verdad que ha pasado al estado de dogma político, i me felicito de ello. Los partidos sin distincion de matiz, se empeñan en propagar las escuelas, i ponen un celo rival en aparecer cada uno como el campeon de la instruccion nacional. Nada mas digno de elojio que ese celo jeneroso empleado en una causa útil. Pero es permitido dudar de que los resultados correspondan a las esperanzas. La instruccion escolar es la llave de la ciencia; pero no es la ciencia misma. El saber leer o escribir es tener en la mano los elementos indispensables para adquirir una vasta instruccion: de ella necesitó Montesquieu para estudiar la lejislacion universal i Bossuet para grabar sus grandes pensamientos en sus pájinas inimitables; pero no basta el poder escribir o leer para ser Bossuet o Montesquieu. La instruccion primaria es una arma de trabajo; es el instrumento que talla la piedra; pero no es la piedra misma. El trabajo supone el instrumento, tambien supone otra voluntad i otro esfuerzo; pero el instrumento no supone el trabajo. Hé aquí por qué la instruccion primaria es indispensable i por qué ella sola no basta. La instruccion pública jeneralizada no supone civilizacion; un hombre puede ser tan incivilizado con ella, como el que no la tiene; como el trabajador que posee una barreta puede ser tan inútil como el que no se ha dado el trabajo de comprarla. El verdadero modo de hacer rendir a la instruccion popular sus benéficos efectos, es civilizar al pueblo en sus gustos i en sus costumbres. Esto no puede realizarlo sino la emigracion; el contacto es la mejor escuela; el ejemplo permanente es el mejor maestro: «la repeticion es la mas poderosa de todas las figuras de retórica» segun las ingeniosas palabras de un célebre escritor (1). El europeo comunicará a nuestro pueblo sus gustos elevados, su limpieza, sus hábitos de cultura, las ideas

(1) Cherbuliez, *Allemagne Politique*.

que les ha sugerido el gran espectáculo de sus avanzados países; estas nociones introducidas en el espíritu de nuestras clases laboriosas, mejorarán sus gustos, refinarán su moral, civilizarán su espíritu. Entónces podrán usar con ventaja del arma que la instrucción primaria depositó en sus manos: las ideas llaman a las ideas; i las que adquiriera el pueblo en el espectáculo del comercio i de la civilización floreciente, impulsarán su espíritu a la lectura i a la observación.

Es un error creer que el espíritu del hombre se civiliza solo en los libros. Como la instrucción primaria es la llave de la ciencia, la vista es la llave del espíritu. Las nociones prácticas que se adquieren en el espectáculo del trabajo civilizado, son las que mas robustecen el espíritu. A mi juicio mucho mas aprovecha un hombre ignorante viendo una fábrica de seda, por ejemplo, que leyendo un libro sobre la fabricación de la seda. Las nociones sensibles son las únicas que se graban en su espíritu.

Empecemos por cambiar los hábitos domésticos de nuestras clases bajas, haciéndolas vivir en el contacto de jente mas civilizada. Reformemos sus falsas nociones morales, que las mas veces nacen de su escasa cultura; en fin, elevemos nuestro pueblo a la altura que le corresponde como a seres morales susceptibles de progreso i de civilización. Alberdi hace notar de una manera palpable la diferencia que existe entre el tener el espíritu amueblado de los primeros rudimentos i el verdadero adelanto. Esto es lo que distinguió Troplong con su habitual claridad, llamando a una la instrucción i a la otra la educación.

El objeto de la instrucción pública es dar al pueblo los medios de instruirse; el de la emigración es *educarlo*: sin educación no puede haber verdadera instrucción. Hé aquí lo que Alberdi supo comprender ántes que tantos otros i que desarrolló en las *Bases* con un estilo sobrio i severo. En ese volúmen no hai nada perdido; cada frase es una idea, cada capítulo está nutrido de observaciones sagaces i profundas. Es difícil llevar mas léjos la profundidad en el estilo i la elegancia en el lenguaje: elegancia sobria, contenida en las necesidades de la lójica o en el desenvolvimiento del raciocinio.

Las *Bases* son las que conservan mejor el sello de su jénio i de sus estudios. Su mirada penetrante no se aparta jamas de la cuestion: la abraza bajo todas sus faces i la estudia en cada una de sus puntos de vista especiales i nuevos.

Antes de terminar este ligero bosquejo de las *Bases*, quiero presentar a la vista del lector el juicio que emite sobre ellas el ilustre historiador Gervinius en su erudita historia del siglo XIX. «Si hai algo, dice, que permita esperar un porvenir mejor para la América española, es la percepcion clara i exenta de toda ilusion de los males que desolan a esos paises: percepcion a la cual han llegado algunos hombres superiores, tales como los Lerdo en Méjico, i los Alberdi en la República Arjentina», etc.

I en seguida añade:

«Alberdi ha podido esponer i recomendar en documentos oficiales (las *Bases*) i ayudar a introducir en gran parte en su patria ideas que tocan al fondo mismo de estos males i al mismo tiempo a las preocupaciones que sus compatriotas aman mas. Sin embargo, adoptándolas al estado de cosas en España, nadie podria espresarlas del mismo modo en este último pais.»

«Alberdi se ha puesto en oposicion directa con los Rojas i los Francia que han fundado su estado sobre los gauchos, i sobre la poblacion semi-indijena de los estados fluviales de la Confederacion Arjentina, que han apoyado su autoridad sobre el *americanismo* violento de los habitantes i sobre su odio contra los europeos.

«Alberdi, por el contrario, ha tratado de hacer comprender a los criollos que tendiendo la mano a los indijenas, formarian una funesta alianza con la barbarie, alianza que, relacionándola con el tiempo, recularia mas de tres siglos las tierras del interior de la civilizacion aunque relativamente al espacio no estuvieran separados sino por algunas leguas; alianza, en fin, que mantendria al pais i al pueblo en la miseria de que se le deberia libertar, como se libertó en tiempo de la revolucion del yugo de los españoles.

«El mismo escritor ha reivindicado el porvenir de la América no por los indijenas, sino por los europeos que, naturalizados americanos, deben en ciertos territorios participar del gobierno, destinado, como es justo, a caer en lote a los mejores de entre ellos. Ha demostrado a sus compatriotas que las repúblicas de la América no son sino el resultado, la manifestacion viva de la accion ejercida por la Europa sobre el Nuevo Mundo: que la independencia de este continente no es sino la Europa, establecida en América; que su revolucion representa únicamente la division de un poder i de una civilizacion en dos mitades; que todo lo que no es en ella barbarie pertenece a la Europa; a la que deben su lengua, su ciencia, sus leyes, su constitucion, su relijion i hasta sus

santos; que todas sus necesidades actuales, su prosperidad, su comercio, su industria, la emigracion, no pueden ser satisfechas sino por la Europa; en fin, que son estas solas necesidades las que deben determinar la lejislacion, la administracion i la constitucion que le reserva el porvenir» (1).

Podria transcribir seis o siete pájinas mas que dedica Gervinius a la obra del señor Alberdi, pero temeria caer en repeticiones sobre lo que ya he manifestado anteriormente, o esponerme a salir del cuadro que me ha trazado, entrando sus pormenores, mas propios de una obra de largo aliento que de estos rápidos apuntes biográficos.

No se contenta el sábio historiador ya citado con emitir un largo i favorable juicio sobre las producciones literarias i políticas del señor Alberdi, sino que lo cita con frecuencia en su obra, cuando quiere apoyar en alguna autoridad séria sus apreciaciones sobre política americana.

Tales son las *Bases* consideradas en sus líneas jenerales. Hemos desechado, al hablar de ellas, las sombras que inevitablemente se mezclan a la belleza del colorido; porque no ha sido nuestro objeto abrir sobre ellas una discusion minuciosa i profunda.

Nos basta el haber presentado a la vista del lector las líneas mas sobresalientes de este gran edificio, levantado por el talento del señor Alberdi a la gloria de su patria i a la honra de las letras americanas.

El estilo de las *Bases* es sencillo i correcto: no espereis encontrar en ellas una florida elegancia; Alberdi sacrifica todo a la claridad. Desecha, quizas con demasiado desden, las imájenes ingeniosas, i las frases de efecto, pero emplea siempre un estilo proporcionado a la importancia i a la elevacion de la materia que lo ocupa. Su lenguaje es cortado i cortante; sacudido, si es permitido llamarlo así, no balancea al lector en el dulce terreno de la poesía i de la imajinacion, pero en cambio lo conduce de la mano por el camino del buen sentido: i es tal la claridad de sus espresiones i de sus ideas, que el lector, al verse rodeado de las mas difíciles cuestiones políticas i administrativas i financieras, cree viajar en país conocido i tratar cuestiones familiares.

Esta difícil sencillez» de su lenguaje es la cualidad mas sobresaliente de su estilo.

(1) Gervinius, Histoire du XIX siècle 10 volúmen páj. 362.

§

La necesidad de presentar en conjunto los estudios jurídicos del señor Alberdi, me ha obligado a pasar en silencio sobre un período de su vida que no carece de interés.

Cuando Alberdi se dirigía a Chile de vuelta de Europa, el buque que lo conducía estuvo a punto de zozobrar en los tempestuosos mares del Cabo de Hornos. Durante algunos días, los tripulantes se creyeron perdidos; i lo que hacia mas angustiosa su situacion, era pensar que no encontrarían asilo en tierra firme; que por el contrario el mar insondable, sería mas clemente con los náufragos, que los antropófagos de la Tierra del Fuego.

Los indios espían esas heladas costas en busca de algun desgraciado, que les sirva de alimento en sus sangrientos festines. Ese momento de terrible ansiedad le sujirió la idea de un poema marítimo que tituló el *Tobias*. En medio de chanzas que apenas ocultan la seriedad de su raciocinio i la gravedad de la cuestion, Alberdi se pregunta quién es el lejítimo poseedor de esas tierras apartadas. En vez de hacer desfilar ante su espíritu los dudosos derechos, tantas veces alegados, el señor Alberdi sostiene, que el propietario natural de esas playas, es la civilizacion; el interés superior del comercio i del progreso jeneral. Ningun título histórico puede justificar el que una nacion impida que los países civilizados lleven a ese suelo salvaje i lejano, la seguridad i la proteccion, el que se dé al comercio i a la navegacion los recursos que necesiten i el que se quiera mantener en la barbarie primitiva a un país que puede prestar servicios importantes a la humanidad. Le pido al lector que hojee esas páginas impresas de tanta elevacion de espíritu, en que el autor ha sabido elevar la cuestion; elevándose a su vez sobre todo interés esclusivo.

El *Tobias* tiene en el día una palpitante actualidad. Sus páginas cobran doble interés, con el debate reciente entre la República Arjentina i Chile a propósito de la Patagonia. ¡Qué contraste de lenguaje i de ideas, entre ese volumen, hijo de una alta inspiracion, i las recientes notas de la cancillería arjentina!

Es honroso para nosotros el hacer notar que Chile ha empezado a realizar el voto del señor Alberdi. Desde hace 32 años tenemos una Colonia en el Estrecho de Magallanes que hemos mantenido a costa de grandes sacrificios. El que hace poco era un insignificante establecimiento penal, se convierte en una colonia adelantada que

aumenta rápidamente su poblacion, su emigracion i su trabajo. Debemos esperar que en un dia no lejano irradiara desde ella la civilizacion al resto del Estrecho como hoi irradia la seguridad. El comercio no tendrá que temer el aventurarse en ese mar borrascoso, porque sabe que Chile está ahí, pronto a darle la proteccion, los víveres, los recursos que necesite i ademas una franca i leal hospitalidad.

¡Qué diferencia! Dios mio, entre el lenguaje del señor Alberdi i el que hoi emplea el gobierno de su patria! ¡Qué dirá su espíritu imparcial i sereno, cuando sepa que Chile no ha podido continuar su obra de paz por los obstáculos que le ha opuesto la República Arjentina, que no ha podido guarnecer de faros esas costas en que reinan perpétuas tormentas, por dar oido a las reiteradas protestas del ministro arjentino!

Salgamos de este círculo estrecho en que vemos ajitarse la ambicion i la susceptibilidad mezquina de un pueblo: dirijamos nuestra vista a una esfera mas ancha: volvamos al *Tobias*, en cuyas pájinas elegantes resalta el espíritu vasto, despreocupado i altamente civilizado del señor Alberdi. Nadie leerá sin provecho ese pequeño poema: el amante de la forma, se deleitará en su estilo ameno i colorido: el que vaya al fondo encontrará un depósito de ideas que se armonizan con las finas i graciosas formas del lenguaje.

§

El año de 1854 el jeneral Urquiza nombró al señor Alberdi ministro plenipotenciario en los Estados Unidos: poco tiempo despues en Francia e Inglaterra. En ámbos paises obtuvo una acogida simpática. Inglaterra agradecia el celo liberal con que habia defendido el *européismo* en las riberas del Plata; uno i otro pueblo apreciaban sus antecedentes i en particular la influencia de sus trabajos en la obra constitucional de la República Arjentina.

En esa época la República Arjentina tenia pocos ministros acreditados en Europa, de modo que los pocos existentes debian sobrellevar toda la carga de los numerosos arreglos diplomáticos pendientes. A Alberdi le cupo una gran parte en esa pesada pero gloriosa tarea. Habia pasado ya por tres paises, cuando recibió el encargo de trasladarse a Roma i a España, a tratar dos graves cuestiones: a obtener del Santo Padre la division de la diócesis de

Buenos Aires; i a negociar con España el reconocimiento definitivo de la Independencia de la República Argentina.

La primera cuestion tan sencilla en apariencia era difícil en realidad. A ella se vinculaban algunas concesiones por parte de Roma que no era fácil obtener. El señor Alberdi ventiló la cuestion con el cardenal Antonelli, i luego con el mismo Santo Padre. Las negociaciones fueron largas i delicadas. Por fin, Pio IX acordó jenerosamente lo que solicitaba la República Argentina.

La cuestion con España era mas grave; el orgullo nacional español estaba aun resentido por la separacion de las colonias; era poner el dedo sobre una herida que no estaba aun cicatrizada.

Varios hombres distinguidos se habian estrellado contra las exigencias de la España. Rivadavia habia ofrecido a la España pagarle una enorme suma por el reconocimiento de la independencia de la Nacion Argentina.

Alberdi se presentó sin otras armas que las de su buen derecho; sin mas ofertas que las de la amistad de un pueblo libre. Se comprende cuántas dificultades tendria que vencer para armonizar en un tratado internacional, la susceptibilidad i la honra de dos naciones rivales. La España es una nacion difícil. La mas lijera i retencion del extranjero alarma la hidalguía castellana. Su orgullo tradicional se resentia de recibir condiciones de sus antiguos subordinados: era necesario tocar a esa nacion susceptible con la delicadeza de un viejo diplomático. Cómo conciliar esa tirantez dictada por el orgullo con el respeto de los derechos de la República Argentina! Despues de animados i difíciles debates el marques de Pidal, entónces ministro de Estado, firmó con el señor Alberdi un tratado que daba plena satisfaccion a las exigencias de su patria.

Sin embargo, su patria no aceptó el tratado i nombró un nuevo negociador. El señor Balcarce, comisionado para renovarlo concluyó por adoptar el antiguo tratado de Alberdi con lijeras variaciones, que no alteran su espíritu ni sus rasgos fundamentales. Este es el mayor triunfo de su carrera diplomática, porque fué acordado por manos de sus enemigos.

En el año 1861 subia a la presidencia de la República Argentina el jeneral don Bartolomé Mitre. Alberdi disientia con él de opiniones políticas i dió su dimision. Para comprender la gravedad de esta resolucion, echemos una mirada hácia las circunstancias que le obligaron a ella.

Hai en la República Argentina una eterna cuestion, que se ha

venido reproduciendo bajo diversas faces en todo el curso de su historia: es la lucha de Buenos Aires i de las provincias. La rivalidad entre esas dos partes integrantes de la misma nacion, forma el capítulo mas triste de su historia.

Buenos Aires se abrogaba la supremacía sobre las provincias; éstas resistian en nombre del derecho igual de todas las partes de una misma nacion. Buenos Aires monopolizaba el comercio de la Europa con la clausura de los rios navegables, i concentraba en sí la civilizacion de toda la República. Buenos Aires era la puerta obligada de la casa por donde tenian que pasar las artes de la Europa su comercio i su emigracion. Las provincias quedaban incomunicadas con el resto del mundo i relegadas vergonzosamente al rincón de sus tierras. Buenos Aires percibia los derechos de aduana sobre las mercaderías introducidas para toda la nacion: las provincias exijian que el producto de esas entradas fuera empleado en beneficio de la nacion entera. Buenos Aires no lo entendia así i destinaba a su adelanto municipal las contribuciones impuestas sobre todos los ciudadanos de la República.

Tal situacion no podia prolongarse. Una violenta enemistad habia surgido entre Buenos Aires i las provincias. Alberdi tomó parte por estas últimas. El hijo de Tucuman no podia desatender los derechos de su suelo natal. Por otra parte, el sentimiento de la justicia podia mas en su ánimo que toda ajena consideracion. Su espíritu sereno, i colocado sobre las rivalidades domésticas, no podia ver sin disgusto esa situacion escepcional hecha por una provincia a las demas de la República. Sus conocimientos de derecho, luchaban con ese desequilibrio social que producía otro análogo en el espíritu de la nacion. Desde entónces, se propuso defender la causa de la justicia i del interés nacional.

Ya en las *Bases*, habia dilucidado estensamente la idea de hacer a una ciudad del interior la capital de la República, para poner un dique a las tendencias absorbentes de Buenos Aires. Desde entónces creía que la República Arjentina no podia entrar en la plenitud de sus derechos, miéntras Buenos Aires fuera el asiento del gobierno central. El porvenir ha venido a revelar cuánto habia de profundo en sus previsiones. En esa época no habia, como no la hai todavía en el dia, una capital de *derecho* en la República Arjentina. Buenos Aires es capital transitoria, el gobierno federal se hospeda en ella pero no tiene obligacion de habitarla. Alberdi pedia que se designase por los poderes legales la capital de la República.

La organizacion federal hace indispensable la creacion de una capital. En un país unitario, el gobierno puede trasladarse de un lugar a otro, sin menoscabo de su prestigio, porque siempre lleva consigo la fuerza i el respeto: los elementos morales i materiales que constituyen su poder se trasladan con los mandatarios. Las provincias son los miembros subordinados del mismo cuerpo; los diversos satélites que obedecen a la atraccion central. El primer mandatario encuentra en todas ellas autoridades subordinadas que reconocen su supremacia i que respetan su poder.

En un país federal, cada provincia es un estado aparte, constituido segun su voluntad independiente, que no reconoce la autoridad de las leyes nacionales, sino en ciertos casos precisos, determinados de antemano. Cada provincia tiene una lejislatura soberana en la órbita de su accion: un poder ejecutivo que no depende del poder central. ¿Cómo encontrar un *modus vivendi* para que en una provincia no haya competencia entre la respetabilidad del poder nacional i la independencia del poder provincial? Esas dos soberanías se encontrarán a cada instante en colision i debilitarán sus fuerzas mútuas en incesante competencia.

Los Estados Unidos han resuelto la cuestion adoptando a Washington por capital de la República. El poder central puede reunir allí sus elementos de fuerzas, sin violar los derechos de ningun gobierno provincial. El Presidente tiene la posicion superior que corresponde a su cargo i a su dignidad, porque no vé su influencia disminuida por la del gobernador de la provincia que tiene, es preciso no olvidarlo, un poder *independiente* del presidente federal, i que, escepto en casos especialísimos, lo mira como un igual, no como un superior.

Un presidente en una provincia federal es un huésped que vive en una casa ajena; es un subordinado. Esos tropiezos en su accion inmediata debilitan el prestigio de su accion lejana: su autoridad se rebaja i desvirtua con los inconvenientes de su falsa posicion. Los partidarios de la creacion de una capital que hiciera entrar a Buenos Aires a la lei comun, fueron conocidos con el seudónimo de provincianos, en contraposicion de los porteños, calificativo con que se designa a los defensores de la supremacia de Buenos Aires. El jeneral Mitre era porteño; Alberdi se apresuró a mandarle su dimision, i se cruzó en el mar con un decreto del jeneral Mitre revocando los poderes del señor Alberdi, como Ministro Plenipotenciario en Paris.

§

El año 1866 se formó una confederación americana, bautizada con el seudónimo de la *triple alianza*, entre el Brasil, el Uruguay i la República Argentina. El objeto de esa estraña union, compuesta de elementos tan heterojéneos, era combatir al Paraguai. El lector no habrá olvidado el sentimiento unánime de simpatía que despertó en el alma de todos los chilenos la causa del Paraguai. Nuestros votos i nuestras esperanzas siguieron a ese puñado de héroes paraguayos, que sucumbieron por la independencia de su patria. Algunas de las naciones beligerantes declararon, al entrar en lucha, que no harían la guerra al Paraguai, sino a Lopez: manera astuta de desgranar de la defensa a los enemigos del presidente Lopez; pero que se estrelló con el patriotismo inalterable del pueblo paraguayo. De ese noble pueblo, hace poco floreciente i próspero, no quedan sino los sangrientos destrozos. La guerra i sus consecuencias redujeron de 343,000 seres humanos la población del Paraguai: (1) los ancianos murieron mezclados con los niños i las mujeres en los últimos combates, i sobre esa hecatombe inmensa se hizo inmolar su ilustre jefe; como si hubiera sido necesario de una nueva víctima, de la mas gloriosa de todas, para sellar esa defensa heroica! Me dirijo a cualquier espíritu imparcial preguntándole si alguna nacion tenia derecho para librar de su *tirano* al Paraguai, que se inmoló por él. Un pensamiento mal encubierto de usurpacion asomaba bajo ese raciocinio.

Alberdi estaba en Europa; desde la distancia pudo observar la lucha con imparcialidad, desaprobó la alianza desde el dia de su formacion: la combatió en su forma i en sus tendencias. Su patriotismo alarmado no pudo presenciar sin inquietud que su país vinculara sus intereses a los del imperio del Brasil. Hai entre ellos una diferencia de poder demasiado grande para que las condiciones de una alianza puedan ser duraderas. El ejército brasilero iba a recorrer el territorio arjentino, conducido de la mano por los mismos soldados arjentinos. Ellos iban a descubrirles el secreto de sus fuerzas, a hacerles contar sus recursos, a familiarizarlos en sus costumbres i con su país, ¿i quién no vé la imprudencia de semejante

(1). *Journal des Economistes*,—octubre 1874. "Esta República del Paraguai que contaba 1.343,000 habitantes, no cuenta en la actualidad sino 1.000,000." Charles Boissay. La population de la terre.

determinacion? ¿Quién podia asegurar a la República Argentina que mas tarde, cambiadas las condiciones que habian enjendrado la alianza, el Brasil no aprovecharia contra ella de los mismos elementos que habia puesto a su alcance su imprevisora confianza? ¿Acaso los antecedentes históricos de ámbas naciones le daban derecho para confiar en un porvenir amistoso i unido?

A estos fuertes argumentos que asaltaron desde luego el espíritu i la prevision de Alberdi, se añadia el respeto por la soberanía del Paraguai. En el acto adoptó su partido. La vacilacion no ha cabido jamas en su alma, siempre apasionada del derecho i de la justicia. Atacó resueltamente la política de su patria en algunos folletos desligados que reunió mas tarde con el título de «El Imperio del Brasil ante la Democracia de América.» En ellos se contrae a demostrar que la alianza no puede ser sincera por parte del Brasil: que su política histórica lo hace dirijirse siempre hácia el Sur, en busca de territorios templados: que el Brasil al estenderse en esa direccion obedece a las necesidades naturales de su condicion climática. El no cree que el Brasil abandone sus pretensiones por corresponder a la amistad de su aliado. Las tendencias estensivas hácia el Sur, son el resultado de causas profundas e invariables. El Brasil está persuadido de que el árbol no adquirirá la savia que necesita para su crecimiento, sino cuando sus raices penetren en un suelo templado, en que pueda desarrollarse la emigracion que haga subir hasta sus ramas el adelanto i la civilizacion.

La prensa de Buenos Aires se desencadenó contra esas ideas, que calificó de antipatrióticas i en su exaltado patriotismo llegó hasta tildar de *traidor* al hombre honrado que no hacia sino obedecer al grito de su conciencia. Esa prensa *liberal*, hubiera querido que el señor Alberdi se alistara humildemente tras del coro unánime que ensalzaba las ventajas de la alianza. Si su conciencia de hombre libre, si su espíritu alumbrado por otras ideas, contradecia el raciocinio jeneral, se le exijia silencio. Se queria ahogar la voz previosa del único hombre que en medio de ese concierto discordante, les señalaba el abismo a que se lanzaba la república.

Su patria se ha convencido de su error: vuelve, aunque tarde, hácia las ideas del señor Alberdi. Tardía pero necesaria compensacion de las injurias que asaltaron sus escritos a su aparicion. Si el señor Alberdi no se hubiese formado en la escuela de la lucha i de la adversidad, su espíritu se hubiera sentido oprimido bajo el peso de tantos furores combinados. El permaneció firme en su puesto;

el tiempo i la lucha no hicieron sino robustecer sus convicciones sobre los inconvenientes de la alianza.

Esta conducta firme i leal le ha valido numerosos enemigos, ella ha influido notablemente en su vida posterior.

Su franqueza de aquella época le ha impedido volver a Buenos Aires. El mismo ha esplicado estensamente los motivos que le obligan a prolongar su ausencia, en un folleto que publicó en París en 1874, en que abraza con su golpe de vista práctico las cuestiones palpitantes de la política argentina. «Las palabras de un ausente» son un panfleto de jénio, escrito con la pluma cortante de Paul Louis Courier.

El mismo motivo que obligó al señor Alberdi a emigrar de su patria en 1838 lo mantiene hoy léjos de ella. Entónces salió a buscar al extranjero la libertad de defender sus opiniones i hasta hace poco no podia volver a su patria por haber manifestado con franqueza sus ideas.

Triste concordancia de dos épocas que se diferencian tanto en su espíritu i en sus tendencias! Lamentable gloria la de un gobierno que hace subsistir para con sus ciudadanos mas esclarecidos el sistema de don Juan Manuel Rosas!

La particularidad mas notable de esta vida tan noblemente empleada, es la constancia invariable en los principios. El señor Alberdi ha aclarado sus ideas con el estudio i la esperiencia; pero ha dejado subsistente el fondo de sus primeras opiniones. El podría firmar hoy los primeros folletos de su pluma i sus últimos trabajos no son sino el desarrollo natural de las ideas de su juventud, modificadas en sus detalles por la esperiencia de la vida.

El carácter del señor Alberdi es una mezcla rara de timidez i de independencia. Jamas ha vacilado un momento cuando se ha tratado de defender una causa que ha creído justa.

A ese noble entusiasmo por la libertad ha tenido que sacrificar la posicion, el rango, i lo que es mas querido, la tranquilidad. Alberdi jamás ha economizado la verdad, ni aun cuando le ha sido necesario combatir el error altamente colocado. A él puede aplicarse lo que dice Laboulaye refiriéndose a Tocqueville: «Tenia dos defectos de que no se corrigió jamás: dos defectos que no dañan a la mediocridad, pero que mas de una vez han perjudicado al mérito: era mui independiente de carácter, llevaba la modestia hasta la temeridad.»

La Europa no ha economizado sus honores al señor Alberdi. El

marques de Brignoles leyó ante la academia de la historia de Francia un luminoso exámen sobre las opiniones de las *Bases*. Varias sociedades científicas europeas, le han abierto sus puertas, entre otras, la Sociedad de Jeografía i la de economistas de Francia, la Sociedad de Jeografía de Berlin, i en los últimos meses ha sido creado miembro correspondiente de la Academia Española. El título solo de estos célebres cuerpos científicos basta para hacer comprender el honor de figurar en ellos.....

Aquí termino estos rápidos apuntes biográficos, de un espíritu que está en su lozanía.

El camino que ha de recorrer ántes de entrar en su ocaso, será talvez mas brillante que el atravesado. ¡Ojalá una indiscrecion me permitiera revelar lo que debo a su cariñosa amistad. El me ha confiado sus manuscritos inéditos i en el secreto de la intimidad he podido apreciar cuantas sorpresas reserva a los que se interesan en el progreso científico de la América.

Este ensayo de biografía no abraza mas que la mitad de su carrera literaria, la otra parte está por escribirse. Hagamos votos por que las letras americanas se enriquezcan cuanto ántes de esos estudios inéditos. I así, uniendo los dos polos de su vida, podremos apreciar como en un haz las cualidades de su grande alma, dotada de las facultades que se combinan mas dificilmente de un injénio fácil i ameno i de la profundidad filosófica.

Antes de terminar estos apuntes, séame permitido espresar un voto, que no dudo que sea escuchado; es que la República Arjentina abra de nuevo sus puertas al señor Alberdi. Al actual presidente le incumbe esa honrosa mision: la de hacer volver al seno de su patria i de sus afectos al ilustre publicista; realizando así los votos que él mismo espresaba hace pocos meses en Paris cuando escribia al pié de un elegante artículo en el album de una señorita americana.

Hereux qui meurt parmi les siens
Aux bords sacrés qui l'ont vu naitre.

GONZALO BÚLNES.

LOS ASILOS DE ENAJENADOS.

Humanidad, toda la humanidad posible: hé aquí el secreto de la curacion de la locura. Organizar los asilos de enajenados en armonía con esos sentimientos humanitarios ha sido siempre una aspiracion de los corazones jenerosos i es ahora un precepto ineludible de la ciencia.

Al lado de los establecimientos que revelan las múltiples manifestaciones del progreso, hai en nuestras grandes ciudades un lugar de tristes meditaciones para el filósofo i de luchas amargas para el médico. Es el último refugio «de los heridos de la civilizacion,» como llama Renaudin a los asilos de locos.

Allí vé el filósofo la naturaleza humana en la mas completa desnudez. Puede seguir paso a paso la elaboracion de nuestras mas grandes i mas pequeñas miserias delante de esos vicios que se exhiben sin pudor i esas pasiones que se muestran sin disfraz, delante de las monstruosidades del sentimiento i las perturbaciones de la razon que se dejan ver en su mas triste disformidad.

Los rasgos humanos se exajeran al pasar por el prisma de la locura i eso mismo hace mas valiosa esta exhibicion en que se muestran mas espresivos i acentuados esos caractéres de la fisonomía moral de nuestro tiempo que la civilizacion i los hábitos sociales han llegado a disfrazar u oscurecer.

Fuera de la enajenacion, solo hai un momento en que se pueda sorprender desnudo a nuestro espíritu: es cuando está bajo la influencia de la embriaguez. Pero las revelaciones son fugaces en esa locura pasajera, son incompletas como el delirio que les da oríjen. En la locura son mas permanentes i acentuadas, mas claras i com-

prensibles; no exigen la viveza intelectual que es necesaria para apreciar un hecho que pasa fugazmente; al contrario, a fuerza de ser inalterables acaban por grabarse hasta en la imaginacion mas distraida.

Pero hai ahí algo mas triste que esas exhibiciones de la pasiones disformes i de los vicios desnudos, algo que impresiona de una manera mas dolorosa que las escentricidades de esos espíritus enfermos.

La locura es casi siempre el último eslabon de una cadena cuyo primer anillo forma el sufrimiento. Esos cerebros que el dolor ha destrozado en la lucha de la vida, ántes de llegar aquí han tenido que pasar por todas las facas de la angustia, por todas sus tremendas metamórfofis.

En el enajenado vemos algo mas que un enfermo: vemos la personificacion del infortunio, la concentracion de todos los sufrimientos en ese sufrimiento último i terrible que se llama la locura.

Cuando la imaginacion proyecta sobre esos séres desgraciados la luz de tan amargas reflexiones, sentimos una de esas *sensaciones ideales* de que habla Hegel, sentimos por un momento el peso de esa cadena abrumadora que ellos están condenados a arrastrar en medio de padecimientos que quizás no tendrán fin!

Sentimos no sé qué vértigo al mirar en las profundidades de ese abismo i una idea estraña viene a sacudir el alma con las angustias del terror i es la idea de que uno mismo pudiera llegar a verse reducido a esa miseria intelectual. Podemos halagarnos, decia Esquirol, hablando de este terror instintivo, con no tener que sufrir la vindicta de las leyes, con no ver nunca nuestro nombre deshonrado por actos culpables, pero ¿quién está seguro de que no puede llegar a ser loco?

Para el médico—si es aquí posible separarlo del filósofo—ese cuadro se presenta con otros caractéres.

Satisfecha la curiosidad científica se encuentra delante de un grupo de enfermedades vagas i mal definidas i del deber claro e imperioso de curarlas. Por un lado la incertidumbre, los recursos escasos e infieles de la ciencia, por otro lado una conviccion profunda de que cada hora, cada minuto que pasa se lleva para siempre una probabilidad de curacion. El problema terapéutico se presenta en medio de dificultades desconocidas en el tratamiento de las enfermedades ordinarias i a esa oscuridad viene a añadirse la necesidad terminante de resolverlo sin demora.

En otras enfermedades el médico puede aguardar, aquí nó; puede vacilar, aquí nó; puede contar con el auxilio de la naturaleza, aquí solo puede contar con sus perfidias. Porque todo, hasta la naturaleza misma, que presta auxilios tan sábios, auxilios casi providenciales para arrebatarse otros órganos a los estragos de la enfermedad, no solo abandona al cerebro que devora la locura sino que tambien se hace cómplice de su destruccion.

Nada viene en ayuda del médico. La naturaleza lo abandona, el enfermo se resiste, la tenacidad del mal lo desespera; la insubordinacion i el desórden lo irritan i despiertan esos bajos instintos de violencia, esos sentimientos brutales que la educacion solo consigue adormecer. Pero es necesario luchar con la naturaleza, luchar con el enfermo, luchar consigo mismo i en medio de esa batalla abrumadora, desesperante i ajitada debe todavía conservar la plenitud de su intelijencia, mas que eso, las intuiciones de la inspiracion para aprovechar del momento fugitivo en que la indicacion se presenta.

Pero este espectáculo tiene colores mas sombríos cuando la sociedad nos niega su cooperacion i condena nuestros esfuerzos aislados a una esterilidad tristisima, nuestras esperanzas i nuestros cálculos a una eterna burla. Entónces a la amargura que arrastra consigo la impotencia viene a unirse el desaliento del que mira su porvenir incierto, mas que eso, del que presiente la ingratitud i el olvido como el término de sus duros sacrificios. ¿Qué recuerdo de gratitud podrá aguardar el que vé a la sociedad abandonar a los locos en medio de su desgracia, el que vé a las familias abandonar sus deudos mas queridos en medio de una casa de Orates?

De todos modos, es un espectáculo triste i una dura lucha la que estamos condenados a presenciar todos los dias. I ya que la pluma insensiblemente nos arrastra hácia una confidencia, queremos hacerla completa. Será para muchos un honor, para otros un ejemplo jeneroso i tambien por desgracia para algunos un rasgo de quijoteria inverosimil. Pero en fin, es necesario que la sociedad sepa qué es lo que alienta al médico en ese combate eterno, qué es lo que sostiene su espíritu delante de ese cuadro dos veces repulsivo i antipático, para que pueda apreciar en lo que vale esa fuerza del deber, esa aspiracion de ser útil a la humanidad, de servirle, de hacer parte del elemento progresivo que la vivifica i engrandece, ¡noble aspiracion que el estudio de la medicina tiene el poder maravilloso de hacer jerminal en nuestro espíritu!

Sí, nos debemos a la humanidad en cuerpo i alma: lo sentimos con nuestro corazón, lo afirmamos con nuestra vida.

Formamos parte de la humanidad i no podemos ni aislarnos, ni sustraernos a nuestros deberes, no podemos encerrarnos en un estéril egoísmo. No podemos presentarnos como «el individuo manchado i que léjos de concurrir al desarrollo de la humanidad solo es para ella una planta parasita, inútil o peligrosa.»

Hé aquí lo que hacen i lo que han hecho los médicos para curar muchas veces i consolar siempre a esos seres desgraciados que abandona la razón.

Ahora ¿qué ha hecho la sociedad? No necesitamos ponerla frente a frente de sus deberes:—los conoce. Solo queremos ponerla delante de un capítulo de su historia que talvez ha olvidado. Será un capítulo duro i ojalá que llegue su dureza a despertar un remordimiento en los corazones jenerosos, será un capítulo preñado de nobles ejemplos que ojalá lleguen a servir de estímulo a las almas elevadas!

I.

La historia de los Asilos de Enajenados sorprende de una manera profunda al que la ojea por primera vez: principiamos por admirar la fuerza con que las preocupaciones i el error nos encadenan en el mal i acabamos por admirar la energía con que la voluntad intelijente i tenaz nos arrastra hácia el bien.

La lentitud con que se desenvuelve el progreso ha llegado a inculcarse de tal modo en nuestro espíritu que nos sentimos naturalmente inclinados a creer muy antigua la existencia de los Asilos de Enajenados viendo esos establecimientos elegantes, salubres i casi pintorescos que en nuestros días ofrecen a los locos su hospitalidad tranquila i apacible. A ese grado de desarrollo corresponde una larga jestion. Nos imaginamos que si los primeros establecimientos de esta especie no podian ofrecer a los enfermos las comodidades faustosas que en muchas partes ahora les prodigan, la caridad debia en cambio derramar en ellos los sentimientos humanitarios, i la ciencia los recursos de que pudiera disponer dado el grado de desarrollo en que se hallaba.

Bien distinta es sin embargo la verdad de las cosas, verdad triste pero lójica.

No era posible que esos Asilos existiesen ántes de que se consi-

derara la locura como una enfermedad, i esta manera de mirarla solo ahora ha penetrado en las capas superiores de nuestras sociedades; no podian existir miéntras no se desarrollara ese sentimiento de jenerosa compasion que la vista de los enajenados nos produce i ese sentimiento, completamente contemporáneo, ha jermidado al calor de la civilizacion de nuestros dias, como una noble prueba de que la ciencia, léjos de apagar el sentimiento, lo vivifica i ennoblece.

Era pues necesario que la ciencia penetrara en el corazon del pueblo a elaborar en su seno emociones aun no sentidas, ántes de que apareciese el primer Asilo. Esta elaboracion ha sido larga.

Solo a mediados del siglo último se abrió en Europa el primer establecimiento destinado al servicio esclusivo de los locos.

Antes de esa época no habia para ellos ni un solo refujio, ni una sola esperanza. La compasion les solia abrir en algun apartado monasterio las puertas de una celda que no volverian a abrirse miéntras él viviera; la caridad toleraba algunos en los hospicios i hospitales; la policía encerraba otros en sus calabozos revueltos con vagamundos i asesinos; i, para decirlo todo en una palabra, el mejor Asilo en que la humanidad albergaba esos desgraciados eran pequeñas salas de doce piés cuadrados en la enfermería de San Jerman.

El abandono o el sistema de la violencia mas brutal eran la doble espresion del tratamiento a que estaban condenados; tratamiento que puede resumirse en una fórmula inhumana que el pueblo ha convertido en un adajio: *el loco por la pena es cuerdo!* (1).

Pero no se crea que junto con fundarse un Asilo adecuado para ese objeto se consiguió estirpar este sistema.

Nó. La Inglaterra, que como veremos mas tarde se ha puesto a la cabeza de las ideas jenerosas, daba en Bedlam tristes exhibiciones que producian al erario nacional una entrada de 400 libras esterlinas. Los curiosos no solo tenian derecho para visitar las jaulas en que los locos estaban encerrados, sino tambien para exitarlos i martirizarlos hasta hacerlos entrar en frenesí. Ese bárbaro espectáculo ha alcanzado hasta 1770!

(1) Debemos, sin embargo recordar, haciendo justicia a la antigüedad, que no era este sistema el que dominaba en la medicina de los griegos i romanos. Léjos de eso, las bellas pájinas de Soranus citadas por Trelat son una de las protestas mas elocuentes que se haya escrito para combatirlo, i como esas pájinas pudiera fácilmente citar muchas.

La Irlanda en 1848 contaba 1041 locos encerrados en las cárceles.

Willing en un viaje que hacia por Alemania en 1856 dice que «en A.... se encierran locos furiosos en jaulas, las de los hombres están al lado de las de mujeres i no se les puede hablar sino al traves de rejas. Los tranquilos, hombres i mujeres, están revueltos».

Aludiendo Griessinger a los años 1833 i 1834, nos cuenta que todavía se encontraban en algunos pueblos de Francia locos encerrados en jaulas i en algunos Asilos ingleses series enteras de enfermos encadenados.

Hace 30 años, escribia Brière de Boismont en 1852, hemos visto a los locos del hospicio jeneral de Rouen encerrados en calabozos húmedos i sin tener mas que un poco de paja en que acostarse: las visitas públicas eran permitidas i habia con frecuencia personas que se complacian en exitarlos.

El mismo autor, hablando de Jénova, dice que en 1830, ha encontrado allí un número considerable de locos encadenados en sus lechos en una pequeña sala.

Al lado de estas citas, que son una de las revelaciones mas tristes de la sociabilidad moderna, recordamos con cierta envidia el ejemplo que han dado los Estados Unidos de la América del Norte. Apenas vino el censo a revelar la existencia de algunos enajenados se mandó construir el asilo de Bloomingdale. En 1791 se fundó esè asilo que seis años despues solo contaba 80 enfermos en su vasto recinto. Esto hará ver la prontitud con que se trató de poner remedio a un mal de que las sociedades europeas solo principiaron a ocuparse cuando se contaban sus víctimas por millares en los presidios i las cárceles.

Pero al lado de esta corriente de las preocupaciones cuyos últimos impulsos alcanzaron en Europa hasta los años que dejamos apuntados, principió a desarrollarse la poderosa corriente de sentimientos humanitarios i mas civilizados a que deben su orijen los progresos modernos.

Fué, como ya hemos dicho, en Inglaterra i a mediados del siglo último, donde se abrió el primer hospital únicamente destinado al tratamiento de los locos. Ese hospital fué el de San Lucas en Lóndres. Poco despues los Cuáqueros de York abrieron otro i con eso se detuvo el primer impulso de ese esfuerzo jeneroso i compasivo.

En el resto de Europa continuaron siempre con el sistema an-

tiguo de encerrar los locos en calabozos estrechos i malsanos, húmedos i pestilentes; haciendo dormir a los mas tranquilos de a tres i hasta de a cuatro en una cama, confundidos con los presidiarios i asesinos i cubriendo de cadenas a los furiosos, cuya guarda se confiaba a la violencia.

¡Ni una sola voz se levantaba en contra de ese sistema de grosera crueldad, ni una sola protesta, ni siquiera una queja!

Llegaron, por fin, los grandes dias de la revolueion francesa i en esa noble tribuna en que todos los derechos violados tuvieron un defensor elocuente, en que encontraron un eco todos los sentimientos jenerosos, Ténon i La Rochefoucault se levantaron para denunciar al pueblo la situacion inaudita en que se hallaban esos desgraciados. Esa fué la primera mirada de indignacion que las sociedades del continente europeo lanzaron en el interior de sus asilos.

Entre tanto, principi6 a repercutir en Francia la poderosa voz de Howard i crecia entre las murallas sombrías de Bicêtre el jénio de Pinel. Por una coincidencia singular en el mismo patio i en los mismos dias en que un médico concebía i ensay6 la guillotina, otro médico concebía la rehabilitacion de la desgracia i solicit6 de la comuna de Paris una autorizacion para romper lo que él llamaba «la edad de fierro de los locos».

Pero en aquellos tiempos que tenian toda la sublimidad i todo el horror de una tempestad, al lado de los sentimientos mas humanitarios jermnaban los instintos mas bajos de que es susceptible el corazon del hombre. A esa solicitud de Pinel que representaba el aspecto magnífico i glorioso de su edad, respondió la comuna manifestando sus temores de que las reformas proyectadas en Bicêtre no tuviesen mas objeto que preparar un refujio a los aristócratas; de este modo se revelaba la sospecha, desapiadada i mezquina manifestacion del odio.

Couthon fué enviado a hacer investigaciones personales en nombre de la comuna.

Los gritos, los aullidos feroces, todas las espresiones que el dolor solo encuentra en sus paroxismos, se confundian con las carcajadas sin fin i el ruido de las cadenas arrastradas por aquel patio «que parecia una cloaca inmundada».

Delante de aquella escena inesperada el sombrío jacobino se sintió desorientado.

—¡Ciudadano! exclamó dirigiéndose a Pinel, es necesario estar loco para querer desatar esos animales.

—Ciudadano, le contestó tranquilamente el célebre alienista, tengo la convicción de que estos locos son intratables porque se les priva de aire i libertad.

—Haz lo que quieras! fué la respuesta que dió Couthon a esta frase que tiene el sello característico de esos días.

Estas palabras le pareció a Pinel que lo autorizaban para realizar sus propósitos. Inmediatamente entra en la jaula en que desde hacia cuarenta años estaba encerrado un capitán inglés, que acababa de matar a un guardian en uno de sus arranques de furor. Pinel lo desata i desde aquel momento ese loco furioso queda transformado en un sumiso auxiliar.

Nos detendríamos con gusto en los menores detalles de ese día memorable en los anales de la ciencia pero sería prolongarnos demasiado i nos limitaremos a recordar otro incidente por la influencia que tuvo sobre la vida misma de Pinel.

Entre los que desató ese día estaba un atleta llamado Chevingé que poco despues lo arrancó de manos de una gavilla que lo llevaba a horcar.

Pinel le debe pues a tan noble iniciativa su vida, su mas bello título a la gloria i la gratitud de los corazones sensibles que vale mas que la vida i que la gloria.

El movimiento comunicado por Howard i Pinel se propagó con rapidez por el continente europeo. Para vencer las preocupaciones contaba la ciencia con el doble apoyo del sentimiento que aplaudia sus ensayos i de repetidas esperiencias que le daban la confirmacion inamovible de los hechos.

Gracias a ese impulso los trabajos de Langermann encontraron una favorable acogida en Alemania. Esta preparacion le permitió establecer desde el primer momento un asilo para los casos agudos i otro para los que se reputaban incurables.

Howard habia demostrado la necesidad de asilos especiales, Pinel habia introducido en ellos la humanidad i Langermann la ciencia. (1)

(1) Morel es uno de los pocos alienistas franceses que han hecho justicia al mérito de Langermann. Pero sus palabras no solo deben ser citadas como un rasgo de justicia sino como una caracterizacion clara i filosófica de los trabajos del alienista alemán. "Ha sido Langermann, dice, el primero en formular de una manera neta i precisa el fenómeno maravilloso de la conservacion de la con-

Hé aquí el primer ciclo de la historia de estos asilos que se ha desarrollado en medio de las preocupaciones políticas de Inglaterra, de las agitaciones revolucionarias de Paris i las convulsiones del amor patrio que se sentia herido en Alemania.

II.

Sin embargo, la gran obra que habian acometido esos representantes del sentimiento i de la ciencia estaba aun mui léjos de su fin. Howard no habia establecido los asilos perfectos, Pinel no se atrevió a romper completamente con los procedimientos violentos, Lagermann no alcanzó a resolver todos los problemas de la psiquiátria. Al morir esos ilustres jénios nos dejaron como herencia su obra aun no concluida i la prueba alentadora de que era posible realizar bellos propósitos siempre que se pusiera a su servicio toda la enerjía de una voluntad perseverante.

Durante algunos años continuaron estas ideas su desenvolvimiento espontáneo, siguieron flotando sobre el océano de la ciencia, arrastradas aquí i allá por la corriente caprichosa de las opiniones que alternativamente dominaban.

Fué la Inglaterra la primera que se atrevió a tomar otra vez la iniciativa, a recojer esas ideas flotantes i dirijirlas resueltamente hácia un fin nuevo.

El asilo de Hanwel situado en las goteras de Lóndres, era en 1830 uno de los tres asilos de enajenados que poseia esta ciudad. Bajo la administracion del doctor Ellis i su señora habia seguido una marcha próspera hasta 1838 en que ámbos tuvieron que abandonar su direccion. Durante un año una administracion descuidada dejó que todo lo invadiese una sensible decadencia, que la direccion de Conolly vino a detener. Pero este ilustre médico no solo volvió a Hanwel la prosperidad que habia perdido; con una enerjía verdaderamente prodijiosa colocó ese establecimiento a la cabeza de cuantos entónces existian.

El secreto de esa transformacion estaba en el sistema de tratamiento a que sometia sus enfermos. Charleswoth i Gardineri Hill habian ensayado con cierta timidez la proscripcion de la violencia.

ciencia i de la posibilidad para el loco de poder, en una infinidad de circunstancias, distinguir el bien del mal. Sobre este principio tan fecundo en resultados nos apoyamos para imponer al loco una disciplina i una regla en virtud de la cual regularizamos sus actos i conseguimos hacer converjer hácia un objeto útil tantos elementos de desórden, de turbacion i exitacion".

Conolly erigió en sistema esa proscripción i tuvo la audacia de llevarlo a la práctica; al método coercitivo que se traducía por la camisola, las ligaduras i la silla de fuerza, sustituyó el método del *no-restraint* que tenía por divisa: *ni cólera, ni severidad, ni venganza, ni engaño, ni desden para con los enfermos.*

En estos últimos años la Inglaterra ha hecho ese método estensivo a todos sus asilos.

Sus partidarios han sostenido que esa supresion completa i absoluta de toda violencia no solo es el método de tratamiento mas humano, el que ménos lastima la dignidad, de que sin duda conservan los enfermos una conciencia clara aun en medio de su desequilibrio intelectual, sino que es tambien el que los calma con mas facilidad i los cura con mayor rapidez. «Desde que se ha adoptado este sistema, decia Conolly, en 1847, los enfermos son mas tranquilos, mas alegres i sumisos; las curaciones son mas numerosas i mas sólidas.»

Estas afirmaciones atrevidas, que mas tarde han venido plenamente a confirmar la vastísima práctica de los alienistas ingleses, han tenido que soportar rudos ataques en Francia i Alemania. Pero poco a poco van haciendo su camino, van penetrando en la conciencia médica i ya hai en todas partes profesores eminentes que han puesto al servicio de este órden de ideas su posicion i su prestigiosa autoridad.

Griesinger, uno de los hombres que hacen mas honor a la ciencia contemporánea, principió por combatir el *no-restraint*; pero mas tarde, viendo el mismo la aplicacion de ese sistema, ha pasado a ser uno de sus propagadores mas celosos i elocuentes.

«Es verdad que he visto, dice, en un asilo de cerca de mil enfermos, un enajenado cuya nariz estaba cubierta de sangre; es verdad que he oido romper un vidrio pero ¿acaso no sucede lo mismo en los asilos en que se hace un uso diario de la camisola i de la silla de fuerza?—Lo que me ha sorprendido agradablemente es ver con qué facilidad por una especie de diversion moral se llega a tranquilizar completamente enfermos que estaban a punto de tener un acceso i a quienes sin duda se habria aplicado en el continente las camisas de fuerza. ¡Que no se diga pues que este método es inaplicable! En Hanwel, donde hai una poblacion de mas de mil enfermos, no se han atado desde hace 36 años ni un solo pié, ni una sola mano, ni de dia ni de noche! Colney Hatch es un enorme asilo que contiene 1200 enajenados, está abierto desde 1849 i

todavía no se ha recurrido en él una sola vez a la camisola; Bedlam i San Lucas en que solo se reciben casos agudos han adoptado desde hace tiempo este sistema; en fin, ninguno de los asilos en que se ha aplicado el *no-restraint* ha vuelto jamas a los antiguos medios de contencion.

«No digamos que solo se ha cambiado en ese sistema la camisola antigua por la reclusion en una celda. Sobre cinco a seis mil enfermos encerrados en muchos asilos ingleses, Morel solo ha encontrado tres que estuviesen en celda i todavía no los tenian allí por mucho tiempo. Que se compare esta cifra con el número de individuos que se encierran con o sin camisola en algunos asilos del continente en que se afecta mirar el *no-restraint* como una quimera.

«I no se diga que este sistema solo conviene a los ingleses, que se someten con mas facilidad que los habitantes del continente; ántes de Conolly tambien se creia en Inglaterra que no era posible tratar a los enfermos sin ningun medio de contencion, hasta el punto de que en 1843 en Bedlam i en San Lucas se ataba en hilera a los enfermos que estaban mui ajitados!

«Que no se nos diga que el uso de los medios de contencion es bueno i solo su abuso reprochable; ¿quién puede decir dónde principia el abuso tratándose de violencia?

«Se puede pues seguir con confianza la nueva via, añade Griesinger dominado por el entusiasmo santo que despiertan las ideas jenerosas, se romperá con los hábitos antiguos pero es menester no olvidar que se asume al mismo tiempo una responsabilidad nueva i que es necesario aumentar los cuidados porque la mas pequeña omision abrirá otra vez las puertas a la violencia. El ejemplo de la perseverancia con que los médicos ingleses han aceptado los nuevos principios es sin duda alentador, pero lo es mas todavía el éxito que han obtenido..... Las objeciones que ahora se hacen al *no-restraint* son las mismas que hace 70 años se dirijian a Pinel cuando pedia que se librara a los locos de sus cadenas i collares.» (1.)

A esta proscripcion radical de la violencia mas tarde vinieron a añadirse esos procedimientos tenaces i admirables, esos verdaderos prodijios de paciencia para educar a los imbéciles i utilizar a los idiotas. Este es el triunfo mas hermoso de las almas abnegadas

(1) Griesinger, *Maladies Mentales*, páj. 561.

que consagran sus fuerzas a la elevacion de la especie humana i que han llegado hasta la creacion admirable de la intelijencia artificial!

La humanidad que siente no puede hacer mas por la humanidad que sufre.

Pero cuando el hombre ya ha agotado las revelaciones del sentimiento, cuando el corazon, incapaz de seguir mas adelante en su jenerosa tarea, cae impotente i fatigado; cuando todas las emociones se concentran i resumen en la desesperacion, aun queda una fuerza capaz de realizar esos sueños del sentimiento, esas aspiraciones del corazon; aun queda algo que pueda sostenerlo en la caida i transformar la desesperacion en un triunfo fecundo: aun queda la ciencia!

Los enfermos tenian ya un asilo, los sentimientos humanitarios ya habian proscrito la barbarie primitiva, pero necesitaban algo mas que el abrigo de la caridad i los cuidados de la compasion, necesitaban que una mano vigorosa rompiera ese círculo tremendo en que los encerraba la locura, necesitaban una voz que despertara en esos espíritus adormecidos los jérmenes humanos que encerraban.

Esa mano golpeaba inútilmente las puertas del asilo. Nadie queria escuchar aquella voz tan llena de promesas. La preocupacion cerraba la puerta. I ¡cuántos años de esfuerzos tenaces ha necesitado la ciencia para poder entrar!

Se mantenía esa clausura en nombre de los derechos mas sagrados de la humanidad i de la desgracia. Se decia que las miradas curiosas e indiscretas iban a turbar la paz de esos asilos, a humillar a esos enfermos con sus burlas; que su furor i su delirio iban a exasperarse con esas forzadas confianzas de sus mas íntimas desgracias.

Aislar a los enfermos, se decia, es el propósito a que responden estos asilos, fruto de tantos sacrificios; ¿cómo es posible que se vaya a destruir ese aislamiento permitiendo la entrada a los estrafios?

Por otra parte, si ahora las familias entregándonos sus locos nos confian el secreto de una debilidad que tienen empeño en ocultar ¿nos mandarían tambien sus locos cuando ese secreto protector no exista?

Leyendo las refutaciones de este falso sentimentalismo experimentamos un movimiento de sorpresa involuntaria cuando vemos

al pié nombres de alienistas que viven todavía o cuya palabra hace poco resonaba en las escuelas europeas.

Vamos a transcribir una página de Falret, escrita en Francia i en 1852, para contestar los cargos en que se fundaba la oposicion a las clínicas de enfermedades mentales. No nos damos el trabajo de traducir esa página como una refutacion de las apreciaciones infundadas que combate. Esa refutacion la declaramos con orgullo completamente supérflua entre nosotros. Solo queremos dar con ella una prueba de la prolongacion de los obstáculos que se oponian a la introduccion de la ciencia en los asilos.

«Acusando las clínicas, dice el profesor francés, de falsear el principio de aislamiento, se olvida que el aislamiento como prescripcion terapéutica moral, significa alejamiento de los parientes, de los amigos, de las personas antiguamente conocidas i no privacion de todo contacto con sus semejantes. Se concibe mui bien en efecto, i la esperiencia lo prueba todos los dias, que la presencia de los parientes i de las personas conocidas desde tiempo atras irrita a los locos i fomenta su delirio, sea por condescendencias intempestivas, sea por sus reproches, sea en fin por el poder de los recuerdos. Pero precisamente nada de eso se encuentra en los visitantes ordinarios i mucho ménos en los alumnos. La presencia de estos visitantes al contrario despierta i satisface el sentimiento mas inherente a la naturaleza humana, el sentimiento de sociabilidad. Por otra parte es una distraccion agradable en un asilo en que todo está sometido a una regla uniforme, si no severa. La curiosidad puede ser despertada por un concurso de visitantes i el ejercicio de esa inclinacion tan natural da casi la dulce ilusion de la libertad i por lo ménos prueba que toda relacion con sus semejantes no está rota, al mismo tiempo que cautiva la movible intelijencia de algunos locos, rompe momentáneamente la fijeza de las preocupaciones enfermizas en algunos otros i produce en un gran número la suspension del delirio.» (1.)

Esta cita es la triste i concluyente prueba de que en Francia, en medio de su progreso i el amplio desarrollo de la instruccion superior, el establecimiento de una clínica especial para el estudio de las enfermedades mentales era un problema dudoso para muchos.

I sin embargo de la instruccion del médico en este jénero de

(1) Falret, *De l'enseignement clinique des maladies mentales*, en los *Annales medico-psychologiques*, 1849.

estudios depende a cada paso la libertad i la fortuna individual desde que en sus informes tiene que apoyarse la justicia para pronunciar la interdiccion!

III.

En el párrafo anterior dejamos rápidamente bosquejados los progresos que los sentimientos i la ciencia han hecho en los asilos. Vamos ahora a señalar el estado material en que se encuentran.

Renunciamos a calcular el número de los establecimientos de esta especie que actualmente prestan sus servicios i mucho ménos a buscar la proporcion en que se encuentran con la poblacion i con los locos.

El doctor Lunier en su exelente artículo del *Nuevo Diccionario de Medicina i Cirujía* solo ha podido agrupar a este respecto algunas cifras inconexas, a pesar de que escribia en el centro de Europa (1).

No podemos tampoco transcribir la descripcion de los asilos mas notables sin salir de los límites que encierran estas páginas.

(1) La lista de los Asilos publicada por Lunier es la siguiente con algunas agregaciones que hemos podido hacerle:

En la Confederacion Jermánica, que en 1865 tenia 46 millones de habitantes, habia 92 Asilos públicos i 49 privados que encerraban 19,550 locos; es decir un loco por cada 2,358 habitantes.

Los Estados Unidos, que elevaban su poblacion a 38 millones en 1868, tenían en 57 Asilos públicos i privados 7,229 locos, es decir, un loco por cada 5,256 habitantes.

La Béljica en 1869 tenia 48 Asilos i 6,022 locos que guardaban la proporcion de un loco por cada 768 habitantes.

La Inglaterra i el país de Gales en 1871, contaban 56,755 enajenados, que tomando en cuenta su poblacion en ese tiempo, arroja la proporcion de un loco en cada 618 habitantes.

En Escocia, en 1869, habia 7,207 enajenados, es decir, uno por cada 519.

En Irlanda, en ese mismo año la proporcion era de uno por cada 536.

En Holanda, uno en cada 1,102 habitantes.

La Confederacion Suiza, en 1867, tenia 2,100 enajenados, es decir, uno en cada 896 habitantes.

En España, en 1862, habia un loco por cada 1,667 habitantes.

En Roma, en 1869, uno por cada 722 habitantes.

En Francia, en 1869, uno por cada 412 habitantes.

Lunier cree que esta cifra no espresa todavía toda la verdad i apoyándose en la estadística hace la triste reflexion que desde 1835 el número de enajenados es cinco veces mayor tomando en cuenta el aumento progresivo de la poblacion. El número de los Asilos era ese año 102.

Segun estos datos la Francia es entre todas las naciones europeas la que presenta mas casos de locura! I los Estados Unidos el pueblo en que se encuentran ménos.

Basta a nuestro objeto hablar de aquellos que por su organizacion característica puedan presentarse como tipos.

Principiaremos por la COLONIA DE GHEEL, pequeña aldea situada en el centro de las estériles landas de la Béljica i que desde el siglo XV ha sido el gran asilo de locos de los Países Bajos. (1)

«Este pueblecito, dice Esquirol, no tiene mas que una calle principal que es ancha; las casas no tienen jeneralmente mas que un piso i son bastante bien edificadas; los habitantes se encargan de recibir como pensionistas uno, dos o tres locos, nunca mas. Si estos desgraciados son furiosos o sucios los acuestan sobre paja simplemente o sobre un saco lleno de paja i colocan su lecho en un reducto; cuando son limpios se acuestan en camas como las de sus hospedadores i comen con ellos. Los que viven en la ciudad, están mucho mejor que los que habitan con los paisanos; he visto algunos que estaban mui bien acostados, mui bien alojados, *pero el mayor número estaba mui mal.*

Los locos andan libremente sin que nadie parezca preocuparse de ellos; si tratan de evadirse, se les pone ligaduras en los piés; si están furiosos se les encadena. En todas las casas se vé al lado de la chimenea i con frecuencia junto al lecho un anillo en que se fija la cadena destinada a contenerlos.

Entre los hombres, cincuenta mas o ménos, están empleados en trabajos agrícolas, i casi todas las mujeres se ocupan de hilar, hacer encajes, o en oficios domésticos. Cincuenta o sesenta asisten a la iglesia.

Segun el doctor Backer, los locos que se lleva a Gheel son jeneralmente incurables i solo los asisten cuando les sobreviene alguna enfermedad accidental. Se ha observado la curacion de algunas locuras intermitentes cuando se ha podido hacer trabajar al loco durante la intermitencia. La poblacion en 1821 era de 400 individuos, casi tantos hombres como mujeres; se curaban al año, mas o ménos, doce a quince enfermos. La mortalidad era un poco mayor que la de los habitantes de la comuna.» (Esquirol, *Enfermedades Mentales*, t. II, p. 707).

Así pintaba el eminente Esquirol los postreros dias del primer período de la colonia, que bien pudiera llamarse el PERÍODO DEL

(1) Un breve del papa Eujenio IV dado en 1400 prueba que en esa época se enviaban locos a Gheel.

Lunier dice que las peregrinaciones principiaron en el siglo VII, pero como no ha citado en qué apoya su asercion no nos hemos atrevido a formularla.

ABANDONO CIENTÍFICO. Los enfermos eran entregados a cuidadores que disponian de ellos a su antojo, sin mas freno que el interes individual i sin mas conocimientos que las vagas revelaciones de una práctica grosera. Se aguardaba la curacion confiados en la saludable influencia del aislamiento, en la vivificante accion del aire libre, los cuidados de la mujer i las ceremonias supersticiosas que reemplazaban a la ciencia. (1)

Cuando veinticinco años despues la visitó Brière de Boismont el aspecto de la colonia era diverso. La poblacion alcanzaba a 7 u 8 mil almas i contaba dos iglesias que podian ser el orgullo de una gran ciudad. En vez de chozas llenas de humo, sucias, infectas, encontró casas bien aireadas, limpias, a que se llegaba por un buen pavimento; calles anchas bien ventiladas i casi tiradas a cordel. Una plaza grande, cuadrada, con bastante sombra i rodeada de casas, señala la avenida que conduce a la iglesia de San Amándo, cuya arquitectura i riquezas interiores llaman la atencion.

(1) La historia de esas prácticas supersticiosas nos hace remontarnos a los orígenes de Gheel.

A fines del siglo VI la hija de un rei de Irlanda vino a refugiarse aquí en compañía de un santo anacoreta que la habia convertido al catolicismo. No solo buscaba allí un asilo para resguardar su fé sino tambien un refugio en que evitar la persecucion de su padre violentamente enamorado de ella. Su padre descubrió el refugio i no pudiendo vencer su resistencia la mató. Tal es la historia lejana de Santa Dymphna. Su martirio, que segun la tradicion, fué público, produjo entre los testigos una impresion tan profunda que muchos locos que lo presenciaron recobraron la razon. Esta curacion milagrosa le valió su puesto entre los santos i el título de patrona de los locos. Muchos de éstos afluyeron luego a la pequeña iglesia que le dedicaron en Gheel a solicitar su intercesion i así principió a formarse la colonia.

Este es tambien el orijen de las peregrinaciones tan frecuentes hasta mediados de este siglo, peregrinaciones que se hacian a celebrar el novenario que presenció Esquirol.

Durante nueve dias, segun este autor, el enfermo era colocado en una casa adjunta a la iglesia; lo encerraban solo o con otros compañeros de infortunio en un cuarto i bajo la vijilancia de dos viejas. Un sacerdote venia todos los dias a decir la misa i recitar las oraciones. Los locos tranquilos, rodeados de niños i devotos, daban vuelta al rededor de la iglesia, tres veces por dentro i tres veces por fuera, durante esos nueve dias. Cuando los enfermos estaban detras del lugar en que está encerrada la caja que contiene las piedras del túmulo de la santa, se arrodillaban i se arrastraban debajo de esa caja, tres veces, es decir una en cada vuelta por el interior. Si el loco estaba furioso se pagaba a algun pobre del pais para que lo representara en la procesion. Mientras el enajenado hacia sus tres procesiones, sus parientes estaban en el interior de la iglesia rezando a la santa para que lo librara de su enfermedad. El noveno dia se decia la misa i se dirijian exorcismos al enfermo; algunas veces se recomenzaba una segunda novena.

En 1821, cuando Esquirol visitó la colonia, esta ceremonia se verificaba a la entrada de cada loco; 25 años despues dice Brière de Boismont que solo 7 u 8 la pedian en un año i así ha ido desapareciendo poco a poco hasta perderse por completo.

Las casas eran limpias, amuebladas con decencia i provistas de todo lo que era necesario para la vida humana. Los cuartos en que vivian los locos eran pequeños, bien ventilados i blanqueados con cal. Casi siempre hai un solo loco en cada casa, mui rara vez hai dos o tres.

Las ideas humanitarias habian trasformado el aspecto de la colonia. Sin embargo, todavía se encontraban cadenas colgadas de las murallas, sillas de fuerza i los instrumentos de violencia a que la civilizacion nos inspira tanto horror.

Los locos hacen vida de familia siguiendo en todo las costumbres de la casa; comen en la misma mesa i los mismos alimentos.

Naturalmente que varian las consideraciones i cuidados segun sea mayor o menor la pension que se paga al locatario. Hai unos que dan 1,800 francos anualmente, i otro solamente 24. Estas dos cifras estremas, traen como obligado corolario la diversidad de condiciones. La jeneralidad paga de 170 a 200 francos al año; los epilépticos, i en jeneral los que exigen cuidados mas asíduos, son los que pagan 200.

A pesar de lo bajo del salario i de los sacrificios que imponen estos huéspedes tan singulares como incómodos, los habitantes de Gheel se disputan la preferencia para recibirlos.

Para ellos es un honor i un motivo de orgullo la entrada de cada huésped nuevo i miran como un castigo su cambio de domicilio.

Los locos llevan una vida completamente independiente, van i vienen por las calles, entran i salen de las casas confundidos con los otros habitantes, entregados a sus labores o siguiendo sus caprichos.

Mas de los dos tercios viven ocupados en trabajos agrícolas, servicios domésticos i diversos oficios.

En medio de tan amplia libertad, hai dos hechos que llaman la atencion: la falta de nacimientos ilegítimos i la falta de intentos de evasion.

Lo que explica este doble fenómeno son las costumbres profundamente honradas i la enerjía de los principios de moral tan arraigados en la raza flamenca, i por otra parte los cuidados que rodean al enfermo, las comodidades de su vida, de su alojamiento, i mas que todo eso, la saludable influencia que ejercen sobre su ánimo la libertad, la vida de familia i la presencia de la mujer.

Así continuó viviendo Gheel durante su segundo período; atra-

yendo a los viajeros curiosos de observar las costumbres abigarradas, caprichosas i charivarescas de esa poblacion de enajenados i atrayendo a los médicos que querían estudiar en todo su desarrollo el sistema de la espectacion pura i sencilla.

La hijiene i la humanidad han progresado pero al lado de ese tratamiento moral del buen sentido, no se encontraban todavía los poderosos ausilios de la ciencia médica. No habia en todo Gheel un solo baño, ni siquiera habia enfermería.

Brière de Boismont no suministra los datos estadísticos que seria necesario para poder apreciar este sistema, pero felizmente podemos disponer de los estudios del doctor Garot, que nos permiten salvar este defecto.

Segun este autor, en 1850 habia 343 enfermos enviados por Bruselas, de los cuales en el curso del año, se curaron 17 i murieron 25. Esta cifra bien poco alentadora, era sin embargo, mirada con envidia por algunos alienistas franceses.

Hé aquí el segundo período, *el período de la hijiene, del aire libre i la vida de familia.* (1)

La intervencion del gobierno i la direccion del doctor Bulckens, reorganizaron ese Asilo perfeccionando lo que tenia de defectuoso i llenando sus vacíos.

Tenemos a la vista el informe que ha pasado este célebre alienista al ministerio de justicia, i nos serviremos de él para dar a conocer su situacion en esa fecha.

La poblacion total de la colonia era 11,206 habitantes de los cuales 3,312 vivian en el interior de la ciudad i el resto en las granjas que la rodean.

El número de casas habia subido a 1,913 de las que 618 estaban dentro de los límites urbanos.

Habia 617 hospedadores contando los 233 que se encontraban en el interior de la ciudad.

El número de locos asilados eran 800, de los cuales 676 eran nacionales, i 124 extranjeros de Inglaterra, Alemania, Francia i otros paises.

Desde el 1.º de enero al 31 de diciembre de 1859 habian entrado 121 enajenados, habian curado completamente 17, mejorado 6,

(1) Véase Brière de Boismont, *Une visite a la Colonie de Gheel* en los *Annales medico-psychologiques* 1852; Dr. Garot, *L'air libre et la vie de famille dans la commune de Gheel*. Bruselas 1852; Moreau de Tours, *Lettres médicales sur la colome d'aliénés de Gheel*, 1843.

i muerto 73. Para juzgar esta cifra es necesario no olvidar que en su nueva organizacion solo se admiten en Gheel enfermos que han recorrido un largo período de su mal i que las curaciones son tanto mas raras i difíciles cuanto mas ha durado la locura.

Pero aun cuando no contaran todavía las reformas, en el año a que aludimos, con brillantes resultados era lójico aguardarlos desde que la organizacion nueva aumentaba las probabilidades de buen éxito o por lo ménos disminuía las condiciones desfavorables.

Antes los enfermos habian vivido cada cual donde mejor les parecia o donde circunstancias casuales lo llevaban, ahora la administracion va a fijar el domicilio.

Los hemos dividido, dice Bulckens, en pensionistas internos i externos. La primera division comprende los enajenados que viven en el aglomerado de la ciudad. Son los locos tranquilos curables e incurables de formas mórbidas variadas: todos son dóciles, disciplinados i limpios.

La segunda division comprende a los que habitan en las granjas de los alrededores. Esta categoría es la de los epilépticos, los ajitados, los turbulentos, los gritones i los sucios.

Ahora en cada una de estas divisiones se coloca a los enfermos mas o ménos cerca del centro, segun sean mayores o menores los cuidados que requieren.

« Todos los cuidadores viven con sus pensionistas en el pié de una igualdad fraternal; solo hai entre ellos la desigualdad de la razon. Esta vida libre i en comunidad de familia, presenta un espectáculo verdaderamente notable, en que todos los dias se ven las escenas mas tiernas. Es, en efecto, un fenómeno digno de admiracion, i quizas sin análogo en el mundo, el de ver mas de 800 locos de diversas naciones, hablando idiomas distintos, con condiciones sociales, con costumbres, hábitos i creencias diferentes, circulando libremente en el seno de una poblacion de 11,000 almas compuesta de campesinos flamencos, sencillos, modestos, injenuamente católicos;—ver esos numerosos locos, hombres i mujeres, vivir con toda seguridad en familia i gozar, con cierto discernimiento, de la libertad que se les concede.»

Desde noviembre de 1858 principi6 a funcionar la enfermería. Ademas de los servicios ordinarios de medicina i cirujía, i de las salas de baño, habia en el nuevo establecimiento un pabellon para examinar a los locos que llegaban. Allí durante algunos dias se

estudiaba su enfermedad i se indicaba el cuidador cuyo carácter i cuya situacion le convenian al enfermo.

En suma, reduciendo el tratamiento de Gheel a su mas sencilla expresion, encontramos que sus elementos fundamentales son: *el aislamiento, la vida de familia, el trabajo i los recursos de la terapéutica ordinaria.*

El aislamiento no es la secuestracion, no es el encierro en un calabozo. Así no lo ha entendido nunca la ciencia. Es la separacion de la familia, el alejamiento de los testigos de sus primeros desórdenes. Es, permítaseme la expresion, un cambio de atmósfera moral, un cambio en la elevacion de las ideas, en el nivel del círculo que lo rodea. Ese cambio está destinado a producir sobre la intelijencia una accion comparable con la que ejerce sobre nuestra organizacion una variacion de clima i de atmósfera sensible.

Pero lo que tiene de especial el aislamiento de Gheel es que no solo separa al enfermo de su círculo íntimo sino tambien de los otros enfermos i de este modo suprime la influencia que ejerce sobre el moral como sobre el físico lo que se llama *la imitacion*, es decir, la tendencia orgánica i fatal que nos arrastra a repetir lo que vemos hacer a los demas. Suprime la accion que ejercen unas sobre otras esas intelijencias perturbadas, accion tan natural e inevitable como la que se desarrolla entre las intelijencias sanas.

La vida de familia satisface una de las necesidades mas naturales e imperiosas del corazon del hombre. Si el médico se vé obligado a romper esos lazos del cariño, el respeto i el amor, es porque al rededor del loco circula una corriente de desconfianzas que lo abruman. Esas caras tristes, esas miradas inquietas de la familia i los amigos lo exasperan tanto como las precauciones de que lo rodean i los temores que le manifiestan.

En Gheel una familia nueva se esfuerza en reemplazar el cariño i el respeto de ese antiguo hogar. Si bajo este aspecto no gana nunca lo que ha perdido, gana en cambio por la tranquilidad de los que están con él. Esa confianza lo reanima, lo hace olvidar sus penosas impresiones, lo distrae, i acaba por arrancarlo del círculo de sus ideas enfermas.

El trabajo no hace mas que acentuar esas distracciones, obligan a la imaginacion a preocuparse de ideas estrañas al delirio. Contri-

buye todavía ese trabajo al aire libre como un tónico poderoso para la rehabilitación del organismo.

Las diversiones públicas, las fiestas, los espectáculos teatrales, la música, la lectura son otros tantos elementos curativos que manejados con talento pueden llevar i llevan en efecto a los mas admirables resultados.

Hé aquí Gheel tal como se nos presenta en ese informe.

IV.

Pasaremos ahora a ocuparnos de *Greatford*, que caracteriza ese sistema intermediario entre el sistema colonial de Gheel i el conventual de otros asilos.

Greatford es una aldea de Lincolnshire, pequeña, pobre, aislada en esa rejion pantanosa que llaman los *Fens*. Solo tiene dos o tres granjas i una multitud de pequeñas cabañas desparramadas en su monótona campiña.

Apesar de su aspecto triste, melancólico i brumoso, a pesar de sus pesados honorarios, que ascienden a tres guineas semanales por persona, la reputación del doctor Willis lleva a *Greatford* un inmenso número de enfermos.

Este eminente alienista, que ha consagrado su larga vida al estudio de la ciencia, era ya un práctico ventajosamente conocido en Inglaterra ántes de llevar a cabo la curación del rei Jorje III a que debió su celebridad europea. El retrato suyo que tenemos a la vista lo pinta en los últimos años de su vida, viejo, afable i enérgico; con esa fisonomía movable i poderosamente espresiva, que segun Esquirol es un atributo físico indispensable para la práctica de este ramo de la ciencia i el distintivo inequívoco de los grandes alienistas.

Su fisonomía de ordinario benévola i risueña solia trasformarse en presencia de los locos que se le presentan por primera vez i espresar con energía cierto autoritarismo que los hacia sentir su posición delante del médico.

El doctor Willis es una personificación bien característica de la escuela del terror, pero no del terror salvaje i brutal, no de ese terror físico que inspira un carcelero, sino del terror moral, de esa emoción de miedo que produce en el enfermo la conciencia de que está sometido a una fuerza superior a su voluntad, inflexible i vigorosa en su dominio.

Por lo demas Willis practicaba en Inglaterra ese foco de sentimiento frio pero luminoso, de modo que sus tendencias personales, que talvez lo habrian arrastrado a la violencia, se encontraban limitadas i paralizadas en la patria del *no-restraint*.

Los locos de Greatford gracias a esa jenerosa influencia gozaban de la mas completa libertad. Vivian unos en casa del doctor sometidos al réjimen i al método de los asilos ingleses i los otros en las granjas vecinas i las cabañas de los alrededores bajo un sistema semejante al que hemos estudiado en Gheel.

Andaban solos por los caminos siempre que se les permitiera su guardian que era directamente responsable de la conducta del enfermo.

El resultado de este sistema en que la libertad tenia tan gran parte i en que era, por otra parte, tan estrecha la vijilancia especial de cada enfermo, ha llegado a la cifra fabulosa de nueve curaciones en cada diez enajenados, siempre que éstos fueran conducidos ántes de los tres meses de enfermedad.

Esta cifra le parece a Baillarger tan exorbitante que llega a creerla equivocada. Por nuestra parte es una impresion bien diversa la que experimentamos delante de esa cifra: no nos domina el escepticismo, nos entristece i nos sumerge en reflexiones penosas el espectáculo de los bellos resultados que soñamos, a que aspiramos con toda la enerjía de nuestra alma i que, ¡cosa triste! no tenemos elementos para poder realizar.

En Alemania el doctor Roller ha tratado de popularizar este sistema que él llama «*el sistema de las granjas*» pero carecemos de datos para apreciar sus trabajos.

V.

Como tipo de los asilos que caracterizan el sistema que hemos denominado conventual, vamos a tomar la *Salpetrière*, el mas bello de los hospitales que la Francia muestra con orgullo al extranjero.

Para darlo a conocer basta a nuestro objeto hacer un extracto de las pájinas en que el doctor Linas lo pinta con la enamorada paleta de un artista.

En el fronton de su pórtico nos dice se lee en grandes caracteres: *Hospicio de la vejez—Mujeres*. Tal es el título oficial desde

1823. Pero el viejo nombre popular ha prevalecido; la llaman ahora i la llamarán siempre: *Salpêtrière*.

En su recinto se levantaba en tiempo de Luis XIII, el pequeño Arsenal, llamado la *Salpêtrière*, «porque ahí se fabricaba el salitre». En 1856 se publicó un edicto de Luis XIV que mandaba construir ahí un *Hospital jeneral* para «encerrar a los pobres mendigos de la ciudad i sus arrabales». Gracias a la munificencia real, a las liberalidades i jenerosa cooperacion del cardenal Mazarino, del presidente Pompone, la duquesa de Aiguillon i muchos otros; gracias al celo piadoso de Vicente de Paul i la activa direccion de los arquitectos, «los diversos cuerpos de edificios del Arsenal fueron transformados en asilos mediante 40,000 libras» i dos construcciones nuevas se añadieron a las antiguas. En 1857 el hospital abrió sus puertas a 628 «pobres, mujeres, ciegos, locos e imbéciles, impotentes, estropeados, inválidos, sordos; a muchos mendigos casados; a 192 niños, de 2 a 7 años lejitimos i bastardos, espósitos abandonados, enfermos de escrófulas, etc.» En 1684 se construyó en el centro del hospital la prision de la *Force* a donde se encerraban a las mujeres de mala vida. En fin, en 1756, la marquesa de Lassay, hizo construir a sus espensas el soberbio edificio que lleva su nombre i que hace juego con el edificio de Mazarino, al otro lado de la iglesia.

En esa época presentaba la *Salpêtrière* la poblacion mas estrañamente mezclada que se pueda concebir. Desde fines del siglo último i sobre todo desde los principios de éste datan las primeras tentativas de transformacion de «esa cloaca horrible». De 1801 a 1804 se evacuó la *Force* i sus huéspedes impuras fueron enviadas a *Lourcine*; los niños fueron transferidos a los huérfanos, las locas separadas de los inválidos i colocadas en barrios especiales. De 1815 a 1823, despues de un informe memorable de Pastoret, los calabozos fueron destruidos, los dormitorios ensanchados i vastamente ventilados, las plantaciones arregladas, las plazas i las calles desembarazadas de los obstáculos que las estorbaban; el mobiliario renovado i el réjimen alimenticio mejorado. En fin, para borrar los recuerdos se le dió el nombre de *Hospicio de la vejez*. Otras reformas realizadas, sobre todo en 1836, 1845, 1848 i 1851, hicieron de este establecimiento lo que es ahora, el mas grande i el mas bello de los hospicios franceses.

La *Salpêtrière* ocupa una superficie de 31 hectáreas. Las construcciones que comprenden 45 cuerpos de edificios atra-

vesados por 4,682 corredores, cubren un espacio de 14 áreas mas o ménos. Se necesita un dia entero para visitarlas en detalle. La poblacion total pasa de 5,000 almas; 778 empleados de diversas categorías, 1,500 locos, 2,750 viejos o inválidos. Los gastos suben anualmente a 2.000,000 de francos. Es una verdadera ciudad, mas grande, mas bella, mas salubre i mejor administrada que algunas cabeceras de departamentos. Tiene una iglesia, un buzón, una oficina de tabaco; una carnicería, alumbrado de gas, una abundante distribucion de agua, lavaderos, almacenes, un mercado o mas bien un bazar en que se venden todos los artículos de consumo: especies, pasteles, legumbres, frutas, artículos de casa; calles denominadas segun los puntos a donde se dirijen: calle de la iglesia, de la lavandería, de la cocina etc.; vastos paseos i lindos jardines, plazas, patios, *squares* que llevan el nombre glorioso de un fundador, de un donatario, de un bienhechor, de algun médico célebre o de algun santo ilustre por su caridad.

Esta gran ciudad de la indijencia i la locura depende de la administracion jeneral de la asistencia pública. Su gobierno local se compone de un director, un ecónomo i 11 empleados. En otro tiempo la Salpêtrière tenia un médico en jefe i varios médicos adjuntos, desde 1851 ha desaparecido esa desigualdad chocante i ahora 7 médicos con títulos iguales hacen su servicio. Hai ademas un cirujano, 8 internos en medicina i cirujía, un farmacéutico, 8 internos en farmacia i 14 externos. El servicio relijioso es desempeñado por cuatro sacerdotes católicos i un pastor protestante. A esto se junta un sinnúmero de empleados subalternos.

La gran entrada de la Salpêtrière es precedida de un patio irregularmente triangular, tranquilo i casi desierto cinco dias de la semana; bullicioso, lleno de mercaderes ambulantes, de pequeñas tiendas i ventas al aire libre los juéves i los domingos, desde las doce hasta las cuatro de la tarde, horas en que se permite al público visitar a los enfermos.

Pasando el umbral de la verja se entra al *patio de San Luis*, vasto jardin, rodeado por una avenida de tilos i dividido por tres caminos diverjentes, en macizos regulares cubiertos de verdura, de arbustos i de flores. Mas allá la vista se detiene con admiracion en la espléndida fachada del edificio principal cuyo dibujo grandioso, cuyos muros imponentes i bellas líneas arquitectónicas revelan el siglo en que fué construido. La iglesia ocupa el centro i lo domina con su cúpula. Detras de la iglesia, mas allá

del cuerpo principal i en las partes laterales, se levantan los otros edificios ménos bellos que los primeros pero mui dignos de llamar la atencion.

Administrativa i médicamente, la Salpêtrière está dividida en cinco barrios subdivididos en cuarteles o secciones en que están repartidos i clasificados los diversos habitantes del establecimiento.

La quinta division; especialmente consagrada al servicio de los locos ocupa la estremidad meridional del edificio. Desde hace ochenta años ha sufrido una verdadera transformacion. Pinel, colocado en 1795 a la cabeza de este servicio, lo dotó de los mismos beneficios que acaba de realizar en Bicêtre. Suprimió las cadenas, las ligaduras i las esposas que agobiaban a los enfermos; hizo llenar de tierra los calabozos subterráneos en que las pobres locas medio desnudas «tenian a menudo los piés roídos por los ratones o helados por el frio del invierno». Se construyeron alojamientos mas espaciosos, i celdas salubres. De 1818 a 1836, Esquirol, el discípulo, el sucesor i el amigo de Pinel, introdujo nuevas reformas en beneficio de los locos. Bajo su direccion el número de las celdas de 333 que eran fué reducido a 116; se instalaron nuevos edificios, salas de baños, galerías cubiertas, talleres etc. Los enajenados fueron ocupados en diversos trabajos i reducidos, en lo posible, a las condiciones de la vida normal.

Ahora el barrio de los locos está dividido en cinco secciones designadas con los nombres de Rambuteau, Esquirol, Sainte Laure, Pariset i Pinel. Cada seccion, provista de un servicio de medicina i vijilancia, se compone de una sala de admision en que permanecen los recién llegados de diez a doce dias para ser sometidos a un exámen médico; de un barrio destinado a los enfermos tranquilos i semi-tranquilos; de un barrio para los ajitados; otro para los *gateuses*; una enfermería; una sala de baños i duchas; un taller; sala de reunion; comedores i dormitorios; patios i prados. Rambuteau, construido en 1836 siguiendo las indicaciones de Esquirol, puede pasar por la seccion modelo. Llama la atencion su barrio de los furiosos denominado *La aldea suiza* por los catorce pequeños chalets que lo componen. El taller del barrio Esquirol merece tambien una mencion especial. No se ha omitido nada que pudiera hacerlo agradable. Es una vasta galería entre dos jardines, abundantemente iluminada, encerada, amueblada de encina. Ahí mas de 200 locas se entregan al trabajo con una docilidad, una calma, una disciplina i un ardor que se encontraria difícilmente

en los talleres de costureras i modistas que se dicen razonables. Es tambien ahí donde en ciertas épocas del año, sobre todo el domingo de pascua, se organizan las fiestas i bailes de los locos.

La mayor parte de las celdas de los furiosos son grandes de un aspecto agradable i mui bien iluminadas.

En el local estrecho, sucio i defectuoso en que están amontonados 80 idiotas, solo hai dos cosas notables: un soberbio gimnasio i la sala de estudio en que dos institutrices con un celo admirable enseñan la lectura, la escritura, el cálculo, la jeografía, i la historia a esas pobres creaturas decaídas.

Habria mucho todavía que decir sobre la estrechez de algunos dormitorios, sobre el número todavía mui grande de catres de madera, i el número demasiado restringido de paseos cubiertos; sobre la magnificencia de las salas de baños i la ausencia casi completa de aparatos hidroterápicos i en fin sobre el estado de abandono i el aspecto siniestro del edificio para los epilépticos.

La Salpêtrière ha sido la cuna de la psiquiátria en Francia. Fué ahí donde Pinel echó las bases de la medicina mental e inauguró la enseñanza clínica a que las lecciones de ESQUIROL debían dar tanto brillo i renombre. Hace pocos años Baillarger i Falret reunían al rededor de su cátedra, hoy muda, numerosos i ávidos oyentes. Fué en la Salpêtrière donde Esquirol i su sobrino Mitivié han tratado de curar alegremente la locura, el uno con la música i el otro con el vino Champagne. La Salpêtrière tambien ha tenido como médico a Parisset, el elocuente secretario de la academia real de medicina; Lelut, antiguo diputado, miembro del instituto i autor de dos obras en que trata de probar, con gran escándalo de muchos, que Sócrates i Pascal no estaban desprovistos de un grano de locura. Un sabio dulce i modesto, hombre de corazon i hombre de bien, ex-ministro de la república, autor de un bello libro sobre la *locura lucida*, M. Trelat, habita actualmente el pabellon Bellièvre.

VI.

Si el aislamiento en que viven los pueblos de América no fuera tan profundo, las páginas que hemos consagrado a pintar la Salpêtrière, habrían sido ocupadas por la descripción del asilo de Botafogo. Pero solo hemos podido reunir algunos datos demasiado

vagos sobre el grande i suntuoso asilo brasilero para que pudiéramos presentarlo como tipo.

Entre esos datos están las pocas líneas que el ilustre Agassiz le ha dedicado en su *Viaje al Brasil*, líneas que no podemos dejar de transcribir como un homenaje a los sentimientos jenerosos i elevados de los que han construido a la desgracia esa opulenta nacion.

El edificio, dice el ilustre viajero, está frente a la bahía de Botafogo cuya playa llega hasta sus piés; a la derecha está la pintoresca barra de que forma un costado el Pan de Azúcar i a la izquierda se estiende el admirable valle del Corcovado; así, frente al mar i rodeado de montañas tiene a todos lados las perspectivas mas grandiosas.

Es una elegante construccion de piedra, quizá demasiado larga en proporcion a su altura; se compone de pabellones paralelos, trasversalmente unidos por corredores i rodeados de patios plantados de árboles i flores que forman lindísimos jardines.

Despues de habernos detenido en una especie de taller en que los enfermos se ocupan de la fabricacion de objetos de fantasía, bordados i flores artificiales, entramos al hospicio.

Las salas mui espaciosas i altas se abren sobre vastos corredores que caen a los jardines; algunos dormitorios tienen hasta veinte camas pero la mayor parte son pequeños cuartos.

Con pocas escepciones, todos los enfermos se encontraban ocupados, las mujeres en la costura i el bordado, los hombres en trabajos de ebanistería, zapatería, sastrería o en hacer cigarros.

Un comedor nos condujo a la sala de baños que es realmente construida con lujo. Un gran número de baños de mármol están hundidos en el suelo, tienen profundidades diversas i pueden recibir al enfermo de pié, sentado o acostado. Distintos mecanismos permiten hacer caer el agua en duchas, lluvia o sábana delgada.

Este hospital, añade Agassiz, es un modelo de órden i limpieza.

Por nuestra parte podemos añadir que es un fenómeno en la América del Sur i que forma con los demas establecimientos de su especie, el contraste mas triste i doloroso.

Algo tan singular como su existencia es la manera como ha sido construido. El señor don José Clemente Pereira, uno de los mas distinguidos filántropos del Brasil, concibió la jenerosa idea de llevarlo a cabo. Solo exijió del gobierno una série de cartas de

nobleza para darlas en cambio de los recursos que les suministrarán los particulares. Este singular procedimiento para exitar la caridad, dió por resultado una suma superior a la que era necesaria para realizar su proyecto. Aludiendo a este orígen de los fondos con que habia sido construido el asilo, uno de sus primeros i mas ilustres visitantes exclamaba: «Hermoso asilo construido por los locos para los locos.»

Sí, hermoso asilo i digno de un pueblo civilizado que siente el deber de poseer un hospital en que curar a sus locos i no queda satisfecho con haber construido una prision disimulada en que encerrarlos para que no lo moleste con sus delirios, ni lo disgusten con el espectáculo de su miseria en medio de la alegre indiferencia de su vida.

Un asilo como el de Botafogo es digno del corazon elevado, noble i sério de un gran pueblo, pero un asilo que sirve solamente para la secuestracion de los enajenados en su forma mas grosera i primitiva solo es digno del corazon gastado i mezquino de un pueblo sibarita.

IV.

Antes de principiar este artículo reunimos cuidadosamente los datos que es posible adquirir sobre nuestra *Casa de Orates*, pero no nos sentimos con bastante valor para exhibirlos al lado de las pájinas que acabamos de escribir.

¡Que se nos perdone esta dolorosa reticencia que el amor patrio nos impone i que nuestro orgullo nacional exige!

Para nosotros que no tenemos el criterio pervertido por las tradiciones del odio, i que al nacer a la vida de pueblo independiente no heredamos un pasado que vengar; para nosotros que no hemos sido corrompidos por la educacion de ningun absolutismo, el fin social a que debemos aspirar como nacion se nos presenta claramente.

Nadie ha creido que para realizar ese fin debamos correr jadeantes tras el fantasma de la gloria militar, todo por el contrario nos aparta de esos delirios vertiginosos que perturban el criterio de otros pueblos; todo nos hace sentir que nuestras aspiraciones deben desarrollarse en la tranquila esfera de hacer lo bueno i realizar lo justo, todos sentimos que el amor a la patria es el amor al bien i la justicia.

Sí, porque si la patria no es la encarnacion de nuestro ideal, la

realizacion de nuestros sueños, de las esperanzas que acaricia el corazon, de los vivos anhelos de nuestra alma..... si la despojamos de todo lo que la hace amable i bella, solo queda un pedazo de tierra que podemos hollar indiferentes pero nunca mirar enternecidos, solo queda la patria del salvaje. Otra cosa es lo que queremos.

Démonos pues el noble placer de contemplar la felicidad que nosotros hemos creado, de ver crecer las flores sobre la tierra risueña.

Pero seriamos injustos si ántes de concluir no consagráramos una palabra, que será un homenaje, a los jenerosos cuidados con que el directorio de la CASA DE ORATES i en especial el señor don Pedro Marcoleta i el administrador don José Antonio Campos, tratan de levantar ese establecimiento.

Si ellos no han hecho mas, es porque no pudo nunca hacerlo todo la abnegacion.

Sin embargo, todo nos hace esperar que ese estado de aislamiento durará bien poco i que a esos esfuerzos ahora condenados a una esterilidad bien triste sucederá la accion fecunda.

El problema de la CASA DE LOCOS, postergado pero no olvidado, recibirá a no dudarlo la misma solucion elevada que han encontrado los problemas sociales en el espíritu progresista del gobierno.

Arrojamos ahora la pluma renunciando con tristeza a describir la situacion actual de nuestra CASA DE ORATES, pero acariciamos al dejarla la esperanza de que no pasará mucho tiempo ántes de que volvamos a tomarla para pintar un establecimiento digno de nuestra cultura i en armonía con el progreso que hemos alcanzado.

AUGUSTO ORREGO LUCÓ.

MERCEDES.

I.

Corria el año 1831, i Alejo cursaba estudios mayores en Santiago de Chile. Hacía cuatro años que había llegado a esa ciudad, niño aun, solo, sin guia i armado de una recomendacion que le aseguraba la asistencia que un estudiante forastero puede necesitar en una gran ciudad para completar su carrera.

Vivia en un barrio apartado i solitario, algo mas, un barrio peligroso; i aunque él era valeroso, o a lo ménos indolente, cuidaba sin embargo de que las sombras de la noche no le tomaran fuera de su casa. Todos los vecinos hacian lo mismo.

Las historias de los peligros de aquella calle venian de muy atras. Se contaba que en otro tiempo una viuda la cuidaba de noche, viuda terrible, espantosa, que perseguia a todos los transeuntes. Un respetable vecino de Santiago, don José Olmedo, salia una madrugada al campo por esa calle, su caballo se espantó al enfrentar un matorral, i mientras don José le afirmaba las espuelas, la viuda saltó a las aneas, saliendo de entre las ramas. El jinete quiere derribarla i su brazo se estrella con un cuerpo de bronce, duro i helado, que le hiela a él la sangre i le heriza los pelos. El caballo no podia correr a pesar del látigo i la espuela: solo marchaba jadeando i casi doblándose con el peso de la viuda. Al salir de la calle, la vision se desmontó tranquilamente i desapareció.

Hacia tiempo que los vecinos no tenian noticias de la viuda; pero casi todas las mañanas, cuando Alejo salia hojeando su libro para recordar la leccion, las comadres del barrio le referian que el penitente habia desnudado a alguno o le habia herido, o se habia contentado con quitarle la bolsa.

Entonces estaban en uso unas bolsas de tejido de malla, que eran una comodidad para el penitente.

Este recorría la calle con el busto desnudo, un fustan blanco a la cintura i la disciplina en la mano; pero llevaba una máscara. Los vecinos sentían desde su encierro los azotes que se descargaba sobre las espaldas, i los que se arriesgaban a transitar por allí los oían desde lejos. Al encontrarlos el penitente, los detenía con esta frase sacramental:—La bolsa o la vida.—El transeunte largaba la primera i confiaba a la lijereza de sus piernas la segunda.

Alejo hacia bien en encerrarse temprano. ¿Qué curiosidad podría tener de ver a un penitente, él que había visto tantos en sus cuatro años de residencia en la capital?

Aislado, desconocido, había seguido a las turbas con su libro debajo del brazo, para ver fusilar al teniente Villegas en la plaza de San Pablo, a los oficiales Trujillo i Paredes en el Tajamar; a un negro del Pudeto en el Basural, por atentado de lujuria contra su señora.

Luego había estado en la plaza por la madrugada, i en el cuartel de San Pablo por la tarde, el día de la sublevación de la escolta de coraceros. Ese día se habían cerrado las aulas, pero el café de la *Nación* había abierto sus mesones de balde a todo el mundo, incluso los estudiantes. Alejo había llenado con toda severidad su deber; sin abandonar su libro i sin dejar de hacer honor a cuanta botella se había destapado, estuvo en el ataque de la tarde colgado a una reja de ventana para verlo en todos sus detalles. ¿Qué más podía haber hecho?

En la derrota de las tropas cívicas en la Aguada, él estuvo divertido detrás de unas tapias; i al día siguiente fué de los que más gritó en la plaza, unido al pueblo, contra el batallón sexto i los dragones vencedores de la víspera.

Durante la campaña del ejército del Sud en Ochagavía, a fines de 1829, Alejo, aunque el colejio estaba cerrado casi todos los días, llegaba a sus puertas religiosamente con su libro estrechado al pecho. ¿Las hallaba con llave? Seguía de paso redoblado hasta los Olivos de Ovalle, donde acampaba el ejército constitucional, i allí pasaba hasta la tarde, siguiendo con vivo interés todos los encuentros diarios, los tiroteos de avanzadas, las escaramuzas i los asaltos. Al anoecer estaba encerrado, estudiando con toda atención, i sin curarse del penitente de su calle.

Alejo hallaba a Santiago muy divertido, muy alegre, i no tomaba

a lo sério nada de lo que veía. Solo dos cosas le habian impresionado vivamente, un muerto i una casa misteriosa. Ninguna relacion habia entre ambas cosas, pero en su memoria estaban asociadas. El recuerdo del muerto le hacia estremecer i le asaltaba a menudo, sobre todo en la cama. La casa misteriosa le causaba una curiosidad que rayaba en inquietud.

II.

Era una mañana fria del invierno de 1828. Alejo entraba a la plaza de la Independencia por la calle de las Monjitas, recitando de memoria su leccion i apresurando el paso para llegar a tiempo al colejio. El frio le hacia dar diente con diente, pero él, mui en cuerpo, estrechaba sus codos para abrigarse i apretaba las manos sobre el pecho.

Al enfrentar al pórtico de la cárcel, un grupo de curiosos le llama la atencion. Rodeaban un cadáver que estaba estendido de espaldas sobre el empedrado. En ese tiempo se esponian allí los muertos que se encontraban abandonados. Hoi parece que es costumbre conducirlos al hospital, como a los enfermos.

Alejo se acercó, miró i quedó absorto. El muerto era un jóven de veintidos años, de elevada estatura, bello i elegante; pelo negro, abundante i sedoso, como sus patillas; largas i crespas pestañas. Su traje era rico i esquisitamente arreglado: pantalon bombacho, al uso de la época, de color tórtola i menudamente plegado en la cintura; fraque azul de botonadura dorada, camisa bordada i chaleco amarillo. Una gruesa cadena de oro, terminada con tres enormes sellos de lo mismo, pendia de la relojera del pantalon i se estendia hasta el suelo en que yacia el cadáver.

No habia sangre. ¿Cómo habia muerto?

Uno de los soldados de la guardia satisfizo la curiosidad.

—La herida está en la espalda, dijo, i debe haber sido de daga, porque es mui chica i no tiene sangre.

—Pero ¿a dónde fué encontrado?

—En la calle de Santa Rosa afuera, cerca del Cequion, añadió el mismo soldado; i los serenos de la calle han declarado que tarde de la noche vieron salir en un caballo colorado a un hombre flaco, que llevaba a otro por delante, sujetándolo con mucho trabajo, porque se iba para los lados como borracho. Despues volvió solo el mismo hombre en su caballo.

—¡Pobrecito! exclamaron algunos, ¡Dios lo haya perdonado!
¡Tan niño! ¡Tan buen mozo!

Alejo callaba, siempre absorto, i devoraba todos los detalles del cadáver con sus miradas. ¡Esta cadena! decia para sí, yo la he visto, pero ¿a dónde? Todos las usan iguales, mas una noche yo he encontrado a un jóven alto como este, que me llamó la atencion porque iba de prisa i llevaba una cadena parecida que se cimbraba i sonaba al andar. ¿Seria este mismo? ¿Cuándo fué eso? Sí, hace pocas noches, cuando se me pasó la hora viendo jugar una partida de billar en el café de la Nacion. El jóven iba, sí, por mi calle. ¡Ah! El penitente, ya estoi. Pero no, el penitente le habria quitado por lo ménos el reló.

Alejo se retiró del pórtico despues de largo tiempo i siguió su camino, siempre absorto en sus reflexiones. ¡No, no puede ser, decia continuando su monólogo; hai tantos iguales! ¡Fuera malos juicios! Yo no he de ser el juez de este crimen. ¡Qué jóven tan hermoso! ¡Qué bien vestido! Debe ser mui conocido. Pues sí, yo creo haberlo visto muchas veces!...

Balbuciendo estas i otras frases, llegó al colejio. La hora habia pasado. Alejo volvió a su casa dominado de la misma impresion. No pudo estudiar. El cadáver estaba tenazmente a su vista. En la tarde se le pasó tambien la hora, i faltó al colejio. Por la noche se sintió mal, tomó la cama; pero su sueño fué una larga pesadilla con el muerto.

En 1831, todavía tenia viva la imájen del cadáver, i no habia acontecimiento de los muchos que habia presenciado, en aquella época ajitada, que le hiciera olvidar al muerto. Lo mas raro es que jamas habia podido adquirir la menor noticia que le aclarase el misterio. Muchas veces habia escuchado con interes las conversaciones del café sobre el muerto, pero lo único que habia sacado en limpio era que nadie, ni la misma justicia, habian podido adquirir dato alguno sobre el asesinato. El jóven habia sido mui conocido i estimado; pero Alejo no habia sabido de él otra cosa que su nombre. Se llamaba Manuel P.... Todo lo demas que habia oido eran conjeturas, como las que él mismo habia formado. El nombre de su calle no habia figurado jamas en las hablillas del café.

III.

Aquel muerto habia quitado muchas horas al estudio i al sueño de Alejo.

No se las habia quitado ménos la casita misteriosa de su barrio. Pero ¿qué tenia de particular esa casa? Nada. Unicamente se distinguia de los demas caserones vetustos del barrio, interceptados por anchos solares tapiados o aportillados, en que tenia al frente un altillo, un solo balconcito, que eternamente estaba cerrado. Así lo estaba tambien la puerta de calle, que era talvez la mas alta i decente de toda la calle.

Alejo conocia a todos los vecinos, o mejor dicho, sabia quiénes eran. Pero siempre que preguntaba quién vivia en la casita, le respondian que unos viejos godos, como la mayor parte de los propietarios del barrio. Su nombre no lo sabian, o las vecinas se disputaban entre sí sobre cuál era el verdadero.

Cualquiera jóven habria pasado por alto estas menudencias.

Pero Alejo era curioso, i sobre todo mui inclinado a lo misterioso. Regularmente se sentaba en el umbral de su puerta de calle a leer o estudiar, pero atisbando siempre la casita, i jeneralmente, despues de largas horas, tenia que entrarse, sin haber visto nada, sin haber siquiera sentido moverse las puertas de la casa misteriosa.

Al fin se propuso olvidar esa pesadilla, i se impuso el deber de no mirar a la casita; pero sus ojos le desobedecian, la curiosidad le vencia, i él tenia que renovar con juramento todos los dias su propósito.

Un domingo de otoño, Alejo subió al cerro de Santa Lucía a tomar su paseo de descanso. Los rayos tibios del sol de la tarde inundaban la ciudad i la campiña, i el aura ténue i deliciosa refrescaba el ambiente. Las arboledas i las viñas amarillaban al lado de los verdes potreros, al Oriente i al Sur; el rio corria solitario i serpenteaba a lo largo del tajamar, dejando a la orilla opuesta un blanco pedregal que se iba a perder en las lejanas arboledas de San Cristóval; i al poniente estendia la ciudad sus largas calles de techos brillantes, sobre los cuales se alzaban los templos i uno que otro edificio público. Hermoso panorama! Alejo estaba embebedo, i sobre todo no podia apartar sus ojos de los claustros del Cármen Alto, que tenian para él el atractivo del misterio por su soledad,

apénas interrumpida de tarde en tarde por el bulto de una monja que se escurria a lo largo de un corredor. Alejo pensaba en la austeridad de aquel aislamiento, i esta idea le recordó aquella casita, que tambien estaba aislada allí en su barrio.

La tenia a sus piés, la dominaba con su vista. ¡Prodijio! ¡qué veo! exclamó Alejo.

En efecto, un batiente de la puerta del balcon estaba despejado. Se afirmaba contra la hoja una mujer que, leyendo un libro, estaba como escondida, dando su frente al cerro, pero sin que saliese ni siquiera el ruedo de su vestido al balcon. Desde la calle era imposible verla. Pero desde los altos peñascos en que estaba sentado Alejo, se la veia como era, pequeña de estatura, pero mas bella que el lucero que aparece al alba coronando los Andes.

Alejo creia verla tan bien como si la tuviera a su lado; veia el jiro luminoso de sus grandes ojos sobre el libro, sus labios entrea-biertos, su perfilada nariz, su tez de rosa; creia sentir su respiracion i ver las oscilaciones de su ancho seno, que apénas estaba velado a medias por el corpiño gracioso de su vestido.

El sol llegaba ya a su ocaso i Alejo no sentia el tiempo. Solo despertó de su arrobamiento cuando la bella lectora cerró su libro, paseó sus ojos por el cielo, suspiró mirando a los peñascos en que estaba Alejo, i como sorprendida juntó violentamente la puerta.

Desde entónces, Alejo estableció su bufete de estudio en los peñascos de Santa Lucía; pero jamas volvió a ver a aquella mujer, que ya era el ídolo de su alma. El misterio se complicó.

IV.

Alejo tenia una alma tan ardiente como sensible. Estaba en la edad en que se ama todo, si se tiene un corazon bien puesto, como el suyo. Los espíritus tímidos o apocados no conocen esa época de la vida. La pasan entre la fé ciega i el miedo, habituándose al cálculo. Calculan para defenderse contra los fuertes de su círculo. Calculan para ocultar sus inclinaciones i sus sentimientos de miedo de que se les castigue en esta o en la otra vida. Calculan, en fin, para pasarlo bien con Dios i con los hombres, porque temen al uno i a los otros. En ellos prende de veras el santo temor de Dios, que es el arte de saber vivir.

I ellos son despues los hábiles, los felices, los afortunados en la sociedad. El corazon jeneroso i desprendido, el espíritu indepen-

diente i noble, que no aprendió a calcular desde temprano, que se dejó arrebatado por el ideal de lo bello, de lo bueno, de lo justo, entra a la sociedad a luchar, no a eludir las batallas de la vida, a sacrificarse, no a medrar.

Alejo era de estos últimos, i su juventud despuntaba entre el ardor de las pasiones jenerosas i el anhelo por lo grande, por lo desconocido, lo maravilloso, lo bello. Su curiosidad por aquella casa misteriosa se habia satisfecho, convirtiéndose en un amor, tanto mas ardiente, cuanto era imposible. Desde entónces compartió su tiempo entre sus libros i su bella desconocida; pero a menudo era ésta la que ocupaba mas su espíritu, i su imájen andaba siempre barajada con los temas de sus estudios. —

Todos los dias ideaba i abandonaba nuevos proyectos para penetrar el misterio, para llegar hasta aquel ángel de sus ilusiones. Pero en vano. El tiempo trascurría, i él no adelantaba.

Habia momentos de desesperacion, de cruel desengaño, pero su amor volvía con mas violencia i le reanimaba. Hacia un bello aprendizaje de constancia, que talvez, mas tarde, debia servirle en mucho, aunque no fuera mas que para investigar una idea, como ahora investigaba un amor de niño.

Salía una mañana de su barrio a la hora de costumbre, a las siete, i tuvo un encuentro que habia dejado de llamarle la atencion, porque era casi diario. Pero esta vez iba enardecido, casi iracundo.

El insomnio de la noche le habia fastidiado, i pasaba por uno de aquellos instantes de decepcion, que le habrian hecho incomodarse del aire.

Al salir de la calle encontró a un viejo a quien encontraba siempre casi en el mismo sitio.

Era un viejo albino, de ojos colorados, como los de un conejo blanco. Sombrero bajo i una capa cuesco de lúcumo, que jamas se apartaba de sus hombros, hiciera frio o calor, i que cubria su cuerpo vestido de chaqueta i de calzon de pana negra. El calzon se ajustaba a la rodilla con una hebilla de acero i dejaba libres unas medias blancas como la nieve, que terminaban en zapatones de pana igual a la del traje.

—Esta estampa me choca, murmuró entre dientes Alejo. Es un viejo brujo que debe vivir por este lado. ¡I que no haya sido yo capaz de averiguar quién es! Lo he de seguir, aunque falte a clase.

Dicho i hecho. Volvió sobre sus pasos, i tuvo que acortarlos al tenor de los del viejo.

—¡Que haya todavía estafermos a la laya! pensó Alejo. ¡I conservan sus vestidos! Todo pasa sobre ellos, como sobre esa piedra de esquina!

Distraido así, se acercaba en ocaciones demasiado al viejo, i paraba para tomar distancia. Pero en una de las veces en que mas se le habia acercado, sin saberlo, el viejo paró, sacó una llave, abrió una puerta, i al entrar se encontró con otro hombre flaco, seco, de color verdoso, que le dice:

—Buenos dias, Miguel, ¿ya oiste tu misa?

—Sí, Ramiro, contestó el albino, i te encomendé a Dios.

Ambos se cruzaron, la puerta se volvió a cerrar, i Alejo estaba en el mismo umbral, convertido en estatua de piedra. Ramiro le miró al soslayo i dijo:

—¿Qué quiere este babieca?

Pero siguió su camino.

Cuando volvió Alejo de su vértigo, de su pasmo, exclamó:

—Luego esta escena se repite todos los dias! ¡I mientras yo estoi en el colejo!... ¡Qué estúpido! Nunca he acechado a estas horas. ¡Talvez ella tambien sale!...

La puerta en que exclamaba de este modo, la puerta que se habia abierto i cerrado, para dar paso a Miguel i a Ramiro, era la puerta de calle de la casita del misterio.

Alejo echó casi a correr para alcanzar a Ramiro, que tenia tranco largo, porque era alto i de largas piernas, i le llevaba mucho adelantado.

Quería verle de cerca, saber a dónde iba i averiguar quién era.

A las cuatro cuadras estuvo cerca de él; pudo estudiarle. Llevaba fraque verde oscuro de angostas puntas que le pasaban de las corbas, i de ancha solapa cuyos pequeños picos se le veían desde atrás recostados sobre los hombros. Sombrero alon de campana, pantalon de brin blanco, i grueso garrote por baston.

Alejo acertó el paso i guardó una respetuosa distancia. A dos cuadras de la plaza, en la calle de la Catedral, Ramiro se paró, abrió una puerta de par en par, i entró. Alejo pasó despues, mui quedito, i vió que aquel cuarto era una fábrica de tacos de billar i de otros útiles de lo mismo.

—Este hace tacos i tambien bolas, dijo para sí. ¿I aquel *chon-*

chon de ojos de ají ¿qué fabricará? ¡El misterio se aclara! ¡Paciencia i esperar! Yo no tengo que barajar como Durandarte en la cueva!...

V.

En el poco tiempo trascurrido desde que le atrapó el amor en las rocas de Santa Lucía, Alejo se habia transformado. Su alma habia abandonado aquellos vagos horizontes en que revolotea el alma de un jóven, cuando es ardiente, como las mariposas amarillas de verano en un jardin.

Tenia un horizonte fijo, volaba al rededor de una sola flor.

I esa flor le hacia pensar sériamente.

No solo eso: le hacia tambien calcular sus propias fuerzas; i como entre las que el amor emplea, figuran en primera línea las de los atractivos personales, el espejo pasó a serle tan importante como sus libros, i el sastre entró a ser uno de sus primeros auxiliares. Tenia la esperanza de que su bella desconocida le mirase i le viese en la ocasion ménos pensada.

Dejó de vagar por las calles en las horas de ocio. Dedicó las primeras de la noche al café, i casi abandonó las relaciones de sus camaradas de estudio.

El café de la Nacion i el de Hevia, que acababa de establecerse en la plaza de la Independencia, eran entónces los centros de la primera sociedad. Los comerciantes i los jóvenes de mundo los invadian a todas horas. Los aristócratas i sus retoños acudian a refrescar por la noche, i a pasar algunas horas en tertulia. Para éstos, aquellas casas hacian el oficio que hoi desempeñan los clubs.

La juventud de Santiago no estaba por esos años tan adelantada como ahora. Quizá la aristocracia tendria en ella algunos estafadores que la representaran. Talvez no faltaban cortabolsillos elegantes, de esos que, llevando nombre i fisonomía de caballeros, despojan de su reló al primero de los suyos que encuentran beodo, o que escamotan su portamonedas al primero que entra en una partida de juego por aturdirse i pasar mejor su noche. Eso es de todos los tiempos i paises, i las familias que se dicen nobles no se preocupan de tener en su seno un calavera, porque saben que para él no se han hecho las leyes. Lo que era desconocido entónces entre los jóvenes era ese tipo aristocrático del letrado injerto en je-

suita, que profesa i mantiene la relijion de sus padres, ardiendo en odios piadosos, i que no vé el progreso ni halla la libertad fuera de la iglesia romana.

Aquellos jóvenes no adoraban al Papa, ni al becerro de oro. Eran mas bien jentiles que sacrificaban a Venus, a Terpsicore i a Baco; eran unos perdidos que no sabian especular, haciéndose los santurrones o los siervos del poder para enriquecer i hacer carrera. No hablaban ni del confesor, ni de sermones, ni del retiro de los domingos, ni de los herejes, ni de los gobiernos ateos, ni de los escándalos de los impíos.

Hoi se sabe vivir mejor.

Un devoto, o como se dice un *pechoño*, no solo cuenta con los respetos, sino con la proteccion de todos los poderes i de los potentados. Un rico con solo serlo, es respetado, aplaudido, adulado: nadie tiene que averiguar como llegó a la fortuna. Para él todos los aplausos, todos los elojios, todas las atenciones; así como para el que ejerce algun poder, sobre todo si tiene un gran poder. Para el verdadero mérito, hai siempre alguna palabra de desprecio, siempre algun desden, si no alguna calumnia. ¿Qué mérito puede haber sin poder o sin riquezas? ¿Prueba que lo tiene quien no ha alcanzado a hacer fortuna, quien no ha logrado un alto empleo?

En aquel tiempo, un usurero, un estafador de los que amasan riquezas a costa de los sudores i de las lágrimas de los pobres, i quizá de algo mas, era simplemente un ladron, i no se le estimaba de otro modo. Las lenguas andaban sueltas, no al oido, sino al aire libre, contra los bribones, porque siempre el brazo estaba listo para sustentar las sentencias de la opinion. El arte de don Basilio no estaba todavía en uso. La calumnia i la maledicencia andaban solo en letra de molde, pues la prensa no era aun el instrumento de la verdad i de la discusion, sino una máquina de hacer ruido i de arrojar lodo, sin ser visto: allí se parapetaban los calumniadores.

Hoi ha variado todo eso. Solo calumnia o ultraja en letra de molde el que emplea la prensa para representar el pasado; i ello es lójico, porque no se puede defender el atraso contra las invasiones del progreso i de la libertad, sin mantener la prensa diaria en su situacion incipiente. En los tiempos que recordamos, la sociedad vieja estaba vencida i carecia de defensores en la prensa. Ni aun en Francia habia aparecido entónces el escritor católico, ese que hoi en todas partes se llama *diarista clerical*, cuya definicion nos

da en estos términos un pintor de costumbres: «El diarista clerical es una especialidad aparte, como escritor, que adora las polémicas i las querellas empenachadas de injurias i de palabrotas. Fuera de la esfera de sus ideas, no hai salvacion. En lugar de esponer los principios conservadores i relijiosos en lenguaje sencillo, prefiere morder a sus adversarios mas abajo de los riñones. Las cuestiones de forma, las cuestiones secundarias—hé ahí su estribillo. Sublevar desacertadamente cuestiones inútiles, espinosas, en que Roma i el clero no llevan la ventaja—hé ahí su fuerte. Su oficio es irritar a todo el mundo i no convencer a nadie»..... Este tipo de la edad moderna no era conocido.

Aquella era una sociedad en embrion. Como entónces no habia sino mui pocas fortunas i el poder aun no se habia consolidado, el imperio no pertenecia ni a los gobernantes, ni a los ricos. Estos apenas comenzaban a emprender para alcanzarlo i hacerlo suyo en todas partes, de arriba a abajo.

Aquella sociedad era de todos, pertenecia a todos; i como no habia quien la dominase, quien la empujase por una sola vía, cada cual hacia de las suyas i era señor de sí mismo. Por consiguiente habia una franqueza casi salvaje, sin disimulo, sin hipocrecia, sin sujecion a conveniencias determinadas, ni a creencias regladas.

La juventud no era brillante, sino atolondrada. Hablaba recio i claro, aunque sin presuncion. Le faltaban todas las condiciones del buen tono: la voz ronca, el hablar trapeso, desgachado, desgana-do, que sienta tan bien a un elegante, sobre todo cuando afecta suficiencia i decide majistralmente hasta sobre lo que sucede en la luna; el andar en el paseo, como en casa, hablando a gritos i riendo a carcajadas, lo que es una gracia; el tutear a todos i maldecir de todos; el mirar con cara abobada, pero con ojos de maton, sin saludar. Le faltaban en fin todas las gracias de la buena nobleza i todos los síntomas del buen tono. No andaba en coches, porque no los habia; ni oia su misa los domingos, porque no necesitaba ir al templo para hacer negocio o para ver a las amigas; ni salia atropándose i encimándose de la platea del teatro, ántes de caer el telon, para verlas salir, formándoles calle en el vestibulo. Era aquella una juventud perdida, que frecuentaba el café, que charlaba i discutia en público sobre todo, hasta de relijion i política, que paseaba a caballo i en carreta, a la luz del medio dia, i que bailaba todas las noches, en todas las casas, sin necesidad de *soirée*, de *sarao*, ni ambigú.

Ya se puede comprender qué haría en aquella sociedad, sin tutores ni directores, un jóven como Alejo, que no los tenía de su parte, porque parece que sus padres le habían lanzado solo a aquel gran mundo, confiando quizá demasiado en su juicio i en su afición al estudio.

Pero Alejo creía que podía ser buen estudiante i tener un amor, aunque fuese platónico, para entretenerse agradablemente. I con efecto, él nunca faltaba a sus deberes, a pesar de que amaba locamente, i de que jugaba al billar en el café, poniéndose a veces su mejor camisa, para jugar una partida a fraque quitado, como lo hacían los elegantes de la época en las noches de verano. Alejo usaba diariamente el fraque, como todos, i para tiempos frios no le faltaba su chaqueta ricamente encordonada, para debajo del capote de paño con tres o cuatro esclavinas sobre la espalda.

No había nadie que no le conociera, quien no gustara de su osadía i despercudimiento; pero él prefería a los tertulianos del café de la Nación, porque eran pipiolos, i por supuesto jente mas abierta que la que rodeaba las mesas del gran patio del café de Hévia, donde no se hablaba mucho de amores ni de política. Aquí solía llegar con otros estudiantes, i regularmente veía al fabricante de tacos de billar, solo, fumando, pensativo i tocando alguna marcha sobre la mesa con sus dedos encorvados.

¡Qué hombre tan seco, tan verde de cara, tan anguloso, tan militar en su porte! ¿Quién es este? decía siempre Alejo a sus compañeros. ¡Quién sabe! respondían los otros con desden, porque entonces no había costumbre de averiguar quién era un vecino a quien se le ocurría andar por la calle, o entrar al café, o pasearse en el tajamar. Con ménos poblacion, Santiago era ménos curioso de saber la vida i milagros de sus habitantes.

VI.

Eso sí, Alejo tenía una costumbre contraria, la de seguir la pista a Ramiro i al viejo albino, para conocer quiénes eran, de dónde venían i a dónde iban. Diariamente saludaba con gran cortesía al albino,—¡Dios lo guarde, señor don Miguel!—Pero a Ramiro, no se atrevía ni a mirarle de frente.

El albino le contestaba cariñosamente, i a fuerza de oírle saludar, ya le conocía desde léjos cuando le encontraba por la mañana, o le veía, a pesar de sus ojos de sangre, arrodillado cerca de él en

la Merced, oyendo misa. Siempre que Alejo podía, entraba a la Merced a observar al viejo, i cuidaba de pasarle la mano mojada en agua bendita, cuando, al salir del templo, se acercaba don Miguel a la pila.

Un domingo salieron juntos, saludándose como antiguos amigos.

—Parece que llevamos el mismo camino, dijo el viejo.

—Como no, señor don Miguel, le respondió Alejo; si somos vecinos, i yo lo conozco a usted tanto, i lo quiero de gracia.

—Dios se lo pague, amiguito. Eso prueba buen corazón, i su Divina Majestad premia siempre a los niños que honran a los pobres viejos ciegos, como yo.

—No diga usted eso, señor; usted no es un pobre viejo, sino un caballero de respeto que merece honra i consideración.

—¡Qué bien hablado el muchacho! Tú no debes ser de estos tiempos, hijito; pues eres el único de quien oigo tales cosas. Todos los días me rempujan i me insultan en la iglesia i en la calle. No oigo otra cosa: allá va la lechuza—quita allá lechuza....

—Vea usted que desvergüenza! Disimule usted, señor don Miguel, no haga caso de eso.

—Oh! si yo les hiciese caso, ya estaria loco, como mis hermanos. Se lo orezco todo a Dios, i paso mi camino; llevo a casa i me encierro hasta el otro día. De casa a la iglesia, i de la iglesia a casa. Hace muchos años que no salgo de aquí, ni sé cómo está la ciudad.

—Pero el señor Ramiro sí que anda mucho, ¿Me parece que vive con usted?

—Sí, a veces llega a comer o a dormir. Como es casado con mi sobrina Mercedes....

—¡Pobre señorita! Tan sola que lo pasa. No se la ve nunca. Parece que no hubiera mujer en la casa!

—Así es. Ni ella ni su madre se mueven, ni siquiera a misa. O son judías o locas. Yo no las entiendo. La Mercedes no baja de su cuarto, ni siquiera a comer. Los domingos suele bajar a saludarnos.

—¿Qué hace sola?

—Se lleva leyendo, i siempre manda buscar papeles, como ese que llevas en la mano. ¿Qué papel es ese?

—El *Trompeta*, continuación del *Defensor de los Militares*, señor don Miguel. Un papel muy bien escrito, que le gustaria mucho a la señorita Mercedes.

—¿De los militares? ¡Será de los insurjentes! ¿Cómo pueden defender a esos condenados?

—Nó, señor, no se trata de insurjentes, sino de los caidos, de los nuestros, que tarde o temprano han de volver...

Los nuestros no caen, niño de Dios. ¿Qué estás creyendo tú en los triunfos de los insurjentes? ¡Dios no lo permita! Dios no lo permita, repetía el albino, abriendo la puerta de calle, i cerrándola despues de él i de Alejo, que se habia deslizado con él del modo mas natural.

Al entrar en la salita, el viejo fué interrumpido en sus imprecaciones contra los insurjentes por otra vieja que le preguntaba a quién traía. Miguel presentó a Alejo, como vecino i antiguo conocido, i la señora hizo que el jóven se sentara cerca de ella.

La sala era pequeña i tenía una tarima, como de un pié de alto, que cubria una tercera parte de su ancho, i estaba colocada desde la puerta de entrada hasta la cabecera de la pieza. Sobre la tarima se estendia una alfombra de motas de todos colores, mui espesa i blanda, i a la orilla de la pared corria una hilera de taburetes forrados en baqueta. Al extremo se sentaba la señora sobre unos cojines de filipichin rojo. El resto del ajuar eran taburetes de brazo arrimados a la pared, i una mesa de nogal, de patas arqueadas i talladas, que sustentaba, al arrimo de la pared, un rico crucifijo de marfil, dos urnas a los lados con la Virjen i San Juan, i algunas conchas de perla que servian como de floreros. Los ladrillos del piso estaban soplados.

El albino arrojó su capa i su sombrero i se sentó en la tarima de medio lado, afirmando su nano izquierda de plano sobre la alfombra. Una muchacha de pollera azul le pasó mate i un pan blanco, que el viejo partió con trémula avidez.

La señora tenia su blanca cabeza cuidadosamente peinada. Un paño blanco doblado en triángulo le ceñía el cuello i cubria el seno, formando armonía con un estrecho vestido de angaripola de fondo rojo oscuro, con flores blancas i azules. Su semblante era dulcísimo i lleno de inocencia.

VII.

Doña María, que así se llamaba aquella amable matrona, hizo a Alejo un fuego graneado de preguntas, i en dos por tres le averiguó sus antecedentes i consiguientes, su pasado, presente i

porvenir, i hasta sus intenciones; congratulándose mui cordialmente de que el muchacho no fuera insurgente i de que se le mostrara afecto a la causa, como se decia entónces, i firmemente persuadido, como lo estaban la vieja i el viejo, de que Quintanilla se mantenía fuerte en Chiloé, i de que los patriotas habian sido deshechos en abril del año treinta sobre la misma Cancha Rayada, donde lo habian sido en marzo de 1818.

Alejo se portaba sériamente, i aunque era un patriota exaltado, i mas que eso, un pipiolo intachable, se hizo el godo i juró por el rei Fernando. El mate, entre tanto, pasaba de mano a mano entre el viejo i la señora, i Alejo sintiéndose mas fuerte en su repugnancia a la bombilla, que en su patriotismo, habia resistido tenazmente a las invitaciones que se le hacian para que aceptase un matecito. La sirvienta debia cebarlos mui sabrosos, porque los tomadores se mostraban complacidos i hacian gargantear la bombilla de lo lindo.

Entre mate i mate, doña Maria exclamó:—«Mira, chivata, todavía no le has llevado el chocolate a tu amita!»—Su merced dijo que bajaria a tomarlo aquí—respondió la muchacha.

Al acabar la frase, una lijera sombra se deslizó en la sala, i ántes de que nadie se fijara, Mercedes estaba saludando a su madre i abrazándola. Miéntas la señora le contestaba i la reconvenia por que no habia bajado el dia anterior, Mercedes en pié, puesta blandamente su mano derecha sobre el hombro izquierdo de su mamá, se quedó mirando con sorpresa, pero con graciosa dulzura, a Alejo, que en pié tambien i lánguido de emocion esperaba un saludo.

Siéntese usted, caballero, le dijo Mercedes, rechazando con la mano a la muchacha que le presentaba el chocolate, i señalándole la mesa para que colocase el plato. Luego saltó de la tarima i fué a sentarse frente a frente de Alejo, en un taburete al lado de la mesa.

—Aquí tienes, dijo la señora, a un vecinito nuestro, que se ha hecho amigo de Miguel. Pobre niño, solo i forastero.....

—Estoi reconociéndolo, replicó Mercedes con viveza.

—¿A mí, señorita? añadió Alejo sorprendido.

—A usted, caballero. ¿No vive usted mas arriba, casa de.....?

—Justamente, señorita; pero estraño tener la dicha de que usted me conozca.

—¿Por qué? No pasa usted tantas veces al dia por mi ventana?

—Pero como la ventana está siempre cerrada.....

—I los postigos tienen vidrieras, que dejan ver para fuera, i hasta me permiten verlo a usted estudiando entre los peñascos del cerro.....¿No tiene usted allá su estudio?

—¿Entre los peñascos estudia don Alejo? preguntó la señora, riéndose.

—¡Qué lindo nombre! exclamó Mercedes ¿Usted se llama Alejo?

—¿Le gusta a usted de veras? contestó éste.

—¡Mucho! ¡Tengo los recuerdos mas gratos de un Alejo que me ha gustado tanto! ¿Conoce usted *Alejo o la casita en los bosques?* Justamente aquel dia, hace meses, ¿recuerda usted? aquel dia en que usted miraba desde los peñascos del enfrente, yo leia esa novela i estaba afirmada en la puerta de mi balcon, gozando de aquella tarde tan deliciosa.....

—Yo era entónces actor en otra novela que podria titular—Alejo i la casita misteriosa, replicó el jóven con intencion.

Una graciosa risotada de Mercedes, que le hizo descubrir sus dientes de plata mate i su boca de corales, dejó frio i casi avergonzado al pobre enamorado. Mercedes comprendió, i agregó:

—Escribale usted. Yo me rio porque recuerdo que en aquel instante era tambien personaje de otra novela que ideaba. ¿Qué papel tiene usted en la mano?

—El *Trompeta*.

—¡Ah! mi papel. ¿Trae mucho de bueno?

—No he leido mas que una graciosa letrilla que tiene este estribillo:

«El uno se llama Diego,
El otro José Tomás.»

—Tenga usted la bondad de leerla.

Alejo leyó con esa voz fresca i plateada de un pecho bien organizado, con aquella unción que se les derrama a los enamorados. A cada verso Mercedes reia i apostillaba con agudeza, i cuando acabó la lectura esclamó:

—¿Qué bien lee usted, Alejo! ¡Oh si yo tuviera quien me leyera así!.....

—Nada mas fácil, señorita. Para mí seria una dicha ser su lector en las horas desocupadas que tengo, en la noche por ejemplo.

—Usted ganaria en eso, dijo doña María, pues dejaria de ir al

café, i no lo pasaria tan solo. Figúrate, Mercedes, que no tiene con quien hablar en su casa, ni amigos en el barrio, ni niños conocidos, i se ve obligado a ir al café, a riesgo de adquirir malas costumbres, o de que una noche lo encuentre el penitente, i.....

—Sí, añadió Mercedes, véngase usted a casa, no tiene mas que llamar a la puerta.

—Que siempre está cerrada, dijo la señora, desde que murió el finado....

—I que no se abrirá, segun dice su merced, hasta que vuelvan a gobernar los godos, añadió Mercedes. Pues ahora ya están en el gobierno. ¿Qué son ese Diego i ese José Tomás de que habla la letrilla? ¿No son i han sido godos toda su vida?

—No está en eso la monta, dijo el albino que hasta entónces habia permanecido callado; lo que importa es que se sometan a su señor natural, porque nosotros ni el reino ganaremos nada con que ellos sean realistas, si se usurpan el poder real.

—¿Para qué estamos con esas? exclamó doña María, la puerta no está cerrada de dia sino por tu marido, que no quiere que nadie entre en la casa!...

Mercedes se puso pálida i un lijero tinte violado coloró sus párpados; pero mostrando una habilidad ejercitada, se echó a reir, i probó con hechos convincentes que todos tenian la culpa del encierro misterioso: su mamá por el duelo, su tio i su mamá de miedo a los ladrones, ella por hábito de soledad i encierro, su marido por celos infundados; i en fin, todos porque se sentian mejor en el aislamiento de su pobreza...

Alejo, mostrándose satisfecho con las esplicaciones, afectó una injenuidad infantil, i les refirió, causádoles gran hilaridad, que él habia vivido tan preocupado con aquel encierro, que durante algunos años, la *Casita misteriosa* habia sido su pesadilla.

—¡Ya está deshecho el encanto, disipado el misterio! acentuó Mercedes con gracia fascinadora. Puede usted venir a la *Casita misteriosa* como a la suya; la puerta se abrirá apénas usted la toque, i adentro hallará jente pobre i sencilla que le ofrece cariño i amistad.

Alejo lució su donaire espresando sus agradecimientos, i creyendo oportuno aquel momento para retirarse produciendo buen efecto, hizo una despedida tan graciosa, que dejó encantados a los ancianos i fascinada a Mercedes.

VIII.

I ya era tiempo. La visita se había prolongado un tanto. Pero Mercedes estaba tan encantadora, que el día entero no le habría bastado al estudiante para admirarla i adorarla.

I en efecto que Mercedes era bonita.

Sus ojos coronados de crespas i largas pestañas, i algo relevados, despedían luces a torrentes, i su aire espresivo, su habla viva i dulce la daban un atractivo tan poderoso, que casi no se podía estar con ella, sino oyéndola i admirándola.

Vestia entónces traje celeste de anchas i enfaroladas mangas, i de falda tan alta, que dejaba ver un pequeño pié calzado de zapato de cabritilla bordada, i su pierna cubierta de una rica media de seda encarnada, sobre la que cruzaban anchas cintas negras, sujetando el calzado. Una bufanda de punto, crespa i elástica, de seda rosa i verde, apénas velaba su ancha escotadura, cayendo desde el cuello a la falda. Su pelo profuso, negro i sedoso estaba arreglado en gruesos crespos sujetos en peinetas sobre las sienes, i atrás recojido en trenzas al rededor de una peineta de carei tan ancha como su cabeza i alta, en forma de corona de condesa.

Mercedes no salía de casa, pero diariamente consagraba a su tocador algunas horas, teniendo a menudo que desnudarse, por la noche, sin que otros ojos que los suyos hubiesen gozado de su tocado i de su belleza.

Su salita, adornada con ajuar moderno, tenía en un rincón un tálamo matrimonial de bronce, que parecía poco usado, i al lado una pequeña alcoba que le servía de dormitorio a ella sola.

Todo estaba allí bien colocado, todo limpio i brillante, i las flores vivas, cuidadosamente colocadas en ramilletes sobre pequeños floreros, embalsamaban el ambiente.

Los libros, únicos compañeros de aquella preciosa solitaria, se veían en las mesas i en las sillas, i uno o dos estaban siempre en el costurero de caoba, revueltos con cintas i muselinas, con carretes i almohadillas.

El marido solía llegar. No era su costumbre; i cuando llegaba a aquella perfumada estancia, era para dormir la siesta, entre una i dos de la tarde, o para pasar la noche solo en el tálamo.

Cuando llegaba, Mercedes estaba siempre recojida en su alcoba.

Nunca se veían, cuando mas se oían. ¿Por qué esa incomunicación? No lo sabemos.

Lo cierto es que Ramiro, cuando estaba en casa, solo charlaba con la suegra i el tío, i no subía a dormir la siesta, sino cuando aquellos se dormían ántes, i no le prestaban una almohada para echarse sobre la alfombra de la tarima.

Ramiro tuvo noticias de la nueva amistad, i oyó callado i osco los elojios que su suegra hizo del vecino. Despues subió a los altos con pesados pasos, se acercó a una de las mesas de arrimo donde habia tintero i algunos cuadernillos de papel, tomó la pluma i con buena letra española trazó esta línea:

«¿Hai otra vez moros en la costa? ¡Cuidado!»

No volvió hasta los cuatro dias a la misma hora, i acercándose a ver lo que habia escrito, halló debajo, de puño i letra de Mercedes, esta respuesta:

«El tigre sueña. Tiembla de una paloma. ¡Qué risa!.....»

El semblante cetrino del fabricante de tacos se puso anaranjado, i eso fué lo único que reveló su vergüenza, porque no se movió un solo músculo de su cara, i sus ojos quedaron firmes i airados como siempre.

Dió la vuelta i se echó a la cama, donde permaneció despierto, pero inmóvil, por mas de una hora.

Se levantó, se acercó de nuevo a la mesa, volvió a leer, i salió, sonriéndose i meneando la cabeza.

Ninguno de sus movimientos se habia ocultado a Mercedes.

Durante aquellos cuatro dias, Mercedes, sin embargo, no habia podido olvidar a la paloma con la cual soñaba el tigre.

Mercedes soñaba tambien con ella, i casi no se habia apartado del postigo de su ventana, con el libro o la costura en la mano, pero sin leer una línea, ni dar una puntada.

¿Qué se habria hecho Alejo? No le habia vuelto a ver.

IX.

Era que Alejo tenia el pudor del niño, i mas que todo se estimaba demasiado para arriesgarse a pasar por importuno. Su eclipse no era efecto de un cálculo de enamorado. Nadie sufría mas que él, eclipsándose en aquellas circunstancias; pero tuvo bastante fuerza para no hacerse sentir de Mercedes, i hasta para no pasar por su balcon en esos dias, sin embargo de que de noche no apar-

taba su vista de la luz que alumbraba la estancia de Mercedes, hasta que las vidrieras de la ventana dejaban de reflejarla.

No sabía a qué horas debía hacer su segunda visita, i esta fué una cuestion que le preocupó tanto, que por resolverla no estudiaba ni atendia a las esplicaciones de su profesor. Al fin se decidió por las horas del medio dia, i se acercó una vez temblando a tocar la puerta de calle.

La muchacha le abrió, i en cuanto le reconoció le dijo:

—Suba arriba, señor, que mi amita Mercedes me ha mandado que le diga que allá lo recibe.

La sangre de Alejo estaba paralizada. Un vértigo le turbaba la cabeza i la vista. Al subir la escalera dió unos cuantos tropezones con paso pesado, de modo que Mercedes se perturbó, i arrojando el libro que tenia en las manos, se levantó murmurando esta frase:—«¡Ramiro a estas horas!» i corrió a encerrarse en su alcoba, donde se puso en acecho.

Al entrar a la estancia, Alejo respiró, ensanchando sus pulmones con aquel ambiente embalsamado que se respira en el hogar de una mujer bonita i elegante. Se apretó los ojos, casi los enjugó, volvió en sí, i no viendo a nadie, se apoyó en el sillón de Mercedes. Levantó un pañuelo que habia caído, lo acercó dulcemente a sus labios, respiró su aroma i quedó extasiado. El pañuelo se le desprendió i volvió a caer en el momento de aparecer Mercedes, radiante i llena de contento, en la puerta de su dormitorio, saludándole con toda la expansion de una mujer que comprende que es adorada.

—¡Qué mal cumple usted! dijo Mercedes tomando su asiento i señalando otro a Alejo. ¿Ahora no mas se acuerda usted de que me prometió ser mi lector?

—No he tenido tiempo, murmuró Alejo avergonzado.

—¡Hola! ¿Le falta a usted el tiempo para mí? I de noche, ¿qué hace usted?

—Señorita, dijo Alejo con viveza, no sé disimular, no soi para rodeos. No he venido de.....

—De cortedad, acabó Mercedes.

—Algo mas, de vergüenza, de miedo talvez.

—¡Miedo! ¿A qué, a quién? preguntó Mercedes un poco sobrecojida.

—No lo sé. Es lo cierto que no deseo otra cosa que venir aquí,

i sin embargo no puedo. Hai algo que me sujeta, algo que no me esplico i que corta a cada instante mi determinacion.

—¡La falta de costumbre! Es que todavía no sabe usted visitar, no sabe usted tener amistades, exclamó riéndose Mercedes; pero, observando que Alejo se avergonzaba, agregó: ¿quiere usted que yo sea su maestra? Venga aquí como a su casa, i le aseguro que en mui breve tiempo se acostumbrará usted al trato de señoras. Yo no soi de sociedad, no tengo mundo; pero al fin soi diferente de sus condiscípulos, únicas personas a quienes usted trata; i quizas, quizas podré acertar a iniciar a usted en el trato con las damas. Seria una dicha para mí que usted mas adelante, cuando sea un jóven notable en los estrados, se acordase de que una pobre ermitaña como yo le dió las primeras lecciones.

Esto, dicho con candor i amabilidad, cayó sobre el espíritu de Alejo como el riego sobre una flor marchita a las horas en que el sol se pone. Su cabeza se irguió, se estremeció de vida i de placer, sus ojos se purificaron, i su voz i sus palabras brotaron entónces seguras i sonoras.

Alejo tuvo confianza. Replicó a las ofertas de Mercedes con gracia i desenvoltura; pero calló, quedó meditabundo i serio. Una idea le habia asaltado. «¿Puedo yo ofender con mi amor a una mujer tan noble, tan buena, tan afectuosa conmigo, siendo esta mujer la esposa de otro?»

—¿Qué tiene usted? le dijo Mercedes; parece que piensa usted en la ruina del mundo.

—Talvez pienso en lo que lo aruina, replicó Alejo.

—¿En el odio, en las venganzas, en los crímenes de la ambicion, de la codicia, de la ingratitud?

—¡En los de la traicion! agregó con énfasis el estudiante, i Mercedes palideció.

—¿Cuándo se hace traicion? exclamó Mercedes serenándose.

—Cuando se falta a la fé jurada, cuando se promete para no cumplir, cuando se finje para engañar, contestó Alejo.

—¿I si jura usted o promete sin saber lo que hace, por obedecer?

—Yo distinguiria. Cuando se jura o promete sin saber lo que se hace, yo absolveria la falta. Pero cuando se jura o promete por obedecer, porque obedeciendo sacamos algun provecho, entónces queda ligada nuestra voluntad i no podemos faltar sin hacer traicion.

—¡Qué severo es usted, Alejo!

—Mas yo he salido de mi cuestion. No hablaba de esa especie de traicion. Me referia a la que se hace engañando. ¿Le parece a usted, Mercedes, que uno seria inculpable, fingiendo amistad para conseguir la satisfaccion de otra pasion, como la de la codicia, por ejemplo?

—¡Seguramente que no! Pero parece usted un estudiante de moral. Yo tenia un hermano mui querido que cuando estudiaba moral en el Instituto, me hacia leer sobre las pasiones el cuaderno impreso por su profesor don Miguel Varas, i allí se hablaba de la amistad como usted me está hablando.

—Justamente. Ese es mi estudio ahora. ¿Pero no cree usted que mi observacion es justa?

—A no dudar, Alejo. Mas ¿quiere usted decirme cómo es que usted ha saltado tan alto, para salir de una conversacion tan llana como la que teníamos?

—¡Qué quiere usted! no sé hablar de otra cosa que de lo que tengo entre manos. I como usted me brindaba tan sinceramente su amistad, no estrañe que al jurar acá en mi pecho ser su verdadero amigo, haya yo remontado el vuelo hasta hablar de las traiciones que pueden hacerse a un juramento.

—¿Luego usted estaba jurándose amistad entre sí?

—No, precisamente. Estoi dudoso. No me atrevo todavía a hacerle a usted ese juramento.

—¿Es posible, Alejo? ¿No se atreve usted a ser mi amigo?

—¡Ah! No diga usted eso, Mercedes, no sé lo que seré para usted. Seré un esclavo. No mas por ahora. No me pregunte ni me exija mas. No sabria qué responder, qué hacer. ¡Hablemos de otra cosa!.....

Mercedes, disimulando un suspiro con una risa de encantadora gracia, tomó el libro que estaba en su costurero, i hojeándolo dijo:

—«Sampreerá a Julia.» Vaya, mi esclavo, mi favorito esclavo blanco, lea usted ahí.....

Alejo leyó con amor i dulzura una carta de la *Julia* de Rousseau, miéntras Mercedes plegaba unos encajes, dándole furtivas miradas, i revelando a cada paso las impresiones i observaciones que le sujeria la lectura.

Al acabar la carta, Alejo exclamó:

—¿Se podrá engañar así a una niña inocente i pura? ¿No es esto hacer traicion?

—El hombre que seduce por darse el placer de una conquista, dijo Mercedes, es simplemente un infame, algo mas que un traidor. El que ama de veras, el que en amores no hace el oficio del cazador, acechando la tórtola para dispararle, es otra cosa.....

—I el que ama sabiendo que no debe amar, que no puede amar, llega a ser tan infame como el que finje amor para seducir, agregó Alejo.

—¿Pero se puede vencer un amor verdadero por la sola consideracion del deber? preguntó Mercedes.

—Ahí está la virtud, la fuerza de espíritu para vencer al corazon, para sofocar los afectos extraviados.

—¡Bella teoría! ¡Pero cuán difícil en la práctica! Yo creo que nadie es mas filósofo que el amor, Alejo, para argüir i contestar las razones del deber.

—No lo he experimentado. Talvez eso depende de la fuerza moral de cada cual, de las circunstancias de cada caso. Yo no sé qué hacer. No sabria qué hacer si amara a una mujer que no fuese libre para corresponderme.....

—A una mujer casada. Yo, por ejemplo. ¿No es esto?

—Sí, por ejemplo. Si yo la estimara i la respetara como la estimo a usted i la respeto, no me atreveria a amarla. Tendria fuerza para no amarla.

—¡Solo por estimacion, no por respeto al matrimonio! ¿Es así?

—Mercedes, el matrimonio es un pacto, un compromiso de lealtad entre los esposos, con el cual nada tienen que ver los estraños, sobre todo si no deben amistad al marido.

—¿Eso le enseña a usted su profesor de filosofía? ¡Jesus! qué teorías!

—No precisamente. Es lo que discurro.

—¡De modo que si usted no estimase a la esposa, ni tuviese amistad con el marido, se permitiria amarla!

—Creo que no podria amarla sin estimarla. Desde que la amara de veras la estimaria, i huiria de hacerla faltar a su deber. Pero si mi amor fuera pura galantería, talvez procederia de otro modo.

—Parece que usted ha pensado mucho sobre el asunto. ¡Tiene ideas tan fijas!

—Lo he pensado, i he tenido gran interés en pensarlo.

—¿I se ha puesto usted en el caso de un matrimonio descompuesto, que exista solo en el nombre?

—Seria inútil. Estimando i respetando a la mujer a quien se ama, la situacion es igual, porque tanto vale hacerla faltar a su esposo, como hacerla faltar a la sociedad.

—Le repito a usted que es mui severo, Alejo.

—Talvez de palabras. No sé si podré practicar mis ideas.

—Justamente ese es un punto que discutí muchas veces con mi pobre hermano. El tenia convicciones fijas. Salido al mundo, se echó de lleno en la gran política. No le veíamos en casa sino al levantarse. Algunas mañanas estaba profundamente triste.—¡Cómo tiene uno que modificar sus ideas en el mundo! me decia; no te puedes imaginar, Mercedes, cuánto tengo que sufrir. Casi nadie piensa como yo; a cada paso tengo que hacer cosas que no apruebo.—Eso solo prueba tu debilidad, le replicaba yo. Sometes tus convicciones al interes de los demas, en lugar de convencerlos.—Pero no es posible vivir con los demas, me decia él, sin cederles, sin seguir la corriente.—Eso harán los egoistas, los especuladores, objetaba yo; un hombre de carácter puede condescender, puede sacrificarse, pero en sus conveniencias, mas no en sus ideas: es preciso hacer lo que se dice i decir lo que se hace.

Alejo escuchaba con admiracion aquellas palabras de Mercedes, las cuales caian una a una estereotipándose en su mente.

Mercedes calló, enjugando una lágrima que le arrancaba el recuerdo de su querido hermano; i Alejo, sin poder reprimirse, le arrebató una mano i estampó en ella un ardiente beso.

—¡Sí! dijo, juro practicar siempre mis ideas, i en esto seré, Mercedes, su fiel discípulo, mas que en aprender el trato de las damas.

—Será usted, Alejo, un desgraciado. El mundo no sufre a los hombres que tienen ideas propias, i se subleva contra toda superioridad. ¡Testigo ese pobre muchacho, cuyo recuerdo me hace llorar todos los días!

—¿A dónde está ahora?

—En el destierro..... ¡Talvez para siempre!.....

—¡Ah! si yo pudiera reemplazarle! exclamó Alejo con viveza.

—¡Imposible! dijo Mercedes sollozando.

—Sí, imposible es ocupar su lugar en el corazon de usted, Mercedes; pero no es imposible que yo la ame a usted como él, mas todavía, si un hermano puede adorar a una hermana.....

El horizonte de aquellos dos interlocutores se habia estrechado, se habia oscurecido. Cuando ámbos volvieron en sí, Alejo estaba de rodillas inundando de lágrimas las manos i el regazo de Mercedes.

Mercedes le miraba con lánguida sonrisa i con ojos velados por el llanto i profundamente dulces.....

X.

Aquella primera visita habia fijado de un modo definitivo las relaciones de Alejo i de Mercedes.

Esta le amaba como ama una mujer de gran corazon i de espíritu independiente, con pasion i sin reserva. Alejo amaba a Mercedes como a una hermana de alta superioridad, con acendrada veneracion i no poca admiracion.

Ambos amores estaban en contraste, pero solo era Mercedes quien lo notaba i quien se sentia contrariada.

Alejo aprendia mucho con su trato, i ella se habituaba poco a poco a amarle como hermano, i se enorgullecia de su superioridad sobre aquel niño cuyo corazon disciplinaba, i a cuyo espíritu abria anchos horizontes.

La intimidad crecia. Muchas veces Alejo, despues de hacer una larga lectura que encantaba a Mercedes, o despues de discutir con ésta los temas de sus estudios, reclinaba la cabeza en el blando regazo de su amiga i se dormia sintiendo un beso en la frente, o desmayándose bajo la cariñosa mano de Mercedes que resbalaba por sus cabellos i jugaba con ellos.

Pero en ocasiones el corazon se sobreponia al espíritu, i entonces Mercedes era la que mas se dejaba arrastrar por él, en tanto que Alejo era el que con mas severidad refrenaba sus ímpetus, pues su voluntad era poderosa. De esas luchas ardientes, mudas pero violentas, Alejo salia siempre satisfecho de haber cumplido su juramento de venerar al ídolo de su alma. Mercedes le admiraba i sin decir por qué, ni sin que viniera al caso, terminaba siempre con esta exclamacion, que Alejo no comprendia i que ya le era habitual:

—¡Tú vas a ser un grande hombre!

No sabemos cuánto tiempo duró aquella escuela de amor i de virtud entre esta mujer extraordinaria, que unia a todas las graciosas i dulces debilidades de su sexo un espíritu elevado, i aquel

estudiante que se estrenaba en la vida equilibrando las fuerzas de su carazon con las de su alma, para hacerlas marchar unidas i mas poderosas. Lo cierto es que aquella gimnástica hizo un hombre de un niño de diez i ocho años.

Alejo no aspiraba mas que a ser digno de Mercedes, e idolatrababa en ella.

XI.

I bien lo probó en cierta ocasion.

Era el medio dia de un domingo de verano, i los salones del café de Hevia estaban llenos de jentes que tertuliaban o jugaban al billar. El café de la Nacion habia decaido con el partido pipiolo: uno que otro rezagado se veia en sus mesas, mústios i hablando jeneralmente en secreto.

El gobierno pelucon triunfaba en toda la línea, persiguiendo sin piedad a los vencidos, dispersándolos o encarcelándolos. En el café de Hevia no se oia mas que su elojio, i eran naturalmente sus mas ardientes partidarios los políticos del café.

Entre éstos figuraba como el primero, por su locuacidad i arrogante presencia, un jóven que acababa de volver a Chile, despues de haber derrochado una fortuna en el estranjero, i que pretendia recobrarla al calor del sol que se levantaba. Era un espadachin de primera fuerza, i entre sus muchas aventuras, la que le allegaba mas fama era la de haber dado muerte en duelo a dos hermanos que, pretendiendo vengar el honor de una hermana seducida por él, le habian desafiado, cada uno en distinta ocasion i en paises diferentes. Todos le respetaban o le temian, i el gobierno le trataba como a uno de sus mejores adeptos.

Aquel domingo el brillante seductor jugaba guerra, en una mesa con Alejo i otros, habiendo colgado su frac verde de botones de oro, para lucir una camisa de estopilla ricamente bordada.

Se hablaba mas de política que de los lances del juego, i el seductor tenia la palabra, justificando el destierro de muchos pipiolos notables, sobre todo el del hermano de Mercedes, a quien maldecía cada vez que le nombraba. Alejo le habia replicado varias veces con moderacion i firmeza, i sus réplicas habian enardecido al novel pelucon, que dando suelta a su lengua, agregó:

—Una cosa buena tenia ese infame gallego, su hermana jeme-la, a quien le hice el amor algunos dias, i me gustó; para qué lo he de negar.

—¡Un caballero no habla así de una señora! dijo Alejo con serenidad, mirándole de frente.

—¡Pero sí de una mujer! replicó con insolencia el politicastro, al tiempo que Alejo le quebraba la punta de su taco en la cabeza.

El agredido tiró un estileto italiano i se lo perdió en el hombro izquierdo al estudiante, cayendo en el acto derribado i con la cabeza abierta por la masa del taco que éste le descargó con violencia.

Toda la concurrencia del café se agolpó al sitio de la catástrofe, i la atencion jeneral se contrajo al caido, creyéndole muerto.

Alejo salió sin ser sentido, i despues que pasó la primera sorpresa, i se vió que el caido estaba vivo i sin peligro, todos los circunstantes buscaban al estudiante para felicitarle, i no se alzaba una voz que no fuera en su defensa.

Entre tanto, él habia llegado a casa de un su amigo, que tenia la gracia de ser uno de los dos únicos estudiantes de medicina que habia en aquel tiempo, i allí sentado en una silla, medio desnudo, habia recibido la primera curacion de su peligrosa herida, para tomar despues la cama, haciendo decir en su casa que le habia atrapado el contagio de la escarlatina, que hacia poco habia diezmado a la poblacion de Santiago.

XII.

Ramiro, constante parroquiano del café, conoció aquella aventura a las pocas horas, pero guardó silencio.

Mercedes, ignorante de lo sucedido, comenzó a inquietarse de la ausencia de Alejo, cuando pasó sin verle tres dias. ¿Es posible, decia ella, que haya salido de vacaciones mi Alejo sin despedirse? ¿A dónde se ha ido? En la semana anterior todo fué ocuparse de sus exámenes, pero llegaba aquí por momentos a noticiarme sus triunfos. El dia en que dió su exámen final en público i a presencia del presidente i los ministros, vino a descansar en mis faldas. Desde entónces no le he visto a derechas. Ahora ha desaparecido. ¿Habrà mandado por él su familia sin dejarle tiempo de venir?

Tales conjeturas quitaban a Mercedes su tranquilidad, su sueño. Los dias corrian, i ella no tenia noticias de su querido. Al fin arriesgó un billetito primorosamente escrito i doblado con amor; pero se lo devolvieron con la respuesta de que Alejo no estaba en casa. Le fué imposible resistir mas: bajó su escalera, i corrió a la

casa vecina, en la cual no tenia relaciones. Entró temblando de amor, de dudas, de vergüenza, i se quedó estática, desvanecida, cuando supo que Alejo tenia la escarlatina i que estaba asistido con esmero paternal en casa del doctor Moran.

Sin ser dueña de sí misma, Mercedes salió de allí, i a poco despertó en los umbrales de una casa situada a las espaldas del templo de la Merced, donde era recibida con esquisita urbanidad i conducida al lecho de Alejo.

El momento fué solemne. Ambos se abrazaron en silencio, i pasados algunos minutos, Mercedes se desplomó en la silla de la cabecera sollozando. Los circunstantes guardaron silencio respetuoso, pues conocedores de la aventura del café, respetaban aquellas lágrimas, que juzgaron derramadas por la gratitud, no por el amor.

Alejo se habia desmayado. La fiebre le devoraba, la inflamacion de su herida era mortal. Los médicos estaban en junta, el doctor Moran sostenia que debia abrirse de nuevo la herida i prolongarse, so pena de perder al enfermo; i agregaba que si su hijo hubiera hecho aquello desde el principio, el jóven estaria ya sano.

—Lo salvaremos, padre mio, lo salvaremos! repetia el hijo; pero los demas doctores opinaban que la operacion, aunque indispensable, era sumamente peligrosa. Sin embargo, el anciano Moran no desmayaba. Con el ascendiente que le daban su talento, su lenguaje enfático i persuasivo, sus ojos vivaces i espresivos, su cabeza de nieve que formaba contraste con el color moreno de su semblante, dominó a la junta e hizo adoptar su parecer.

Todos los doctores llegaron al lecho del enfermo, cuando él habia vuelto de su desmayo i cambiaba algunas palabras con su madre, una señora jóven i hermosa, i con Mercedes, cuya belleza se realzaba con el dolor. El doctor Moran principió por hacer salir a la primera i a los demas circunstantes, pero Mercedes persistió en permanecer al lado de su amigo, i éste lo exijió tambien, diciendo que estaba dispuesto al trance.

Hechos los preparativos, el viejo doctor exclamó con voz acentuada:

«Nunc opus, Eneas! Nunc pectore firmo.»

Eso me sobra, replicó Alejo. Tengo mucha voluntad de vivir; i tendió a Mercedes su mano derecha con una sonrisa encantadora.

Mercedes estrechó aquella mano de fuego con efusion, i al sentir el rasgo de la horrible cuchilla, dada con mano firme por el an-

ciano, reclinó su frente sobre la de su querido, i casi selló sus labios con su boca de rosas.

Alejo no habia hecho mas que suspirar, pero de nuevo se habia desmayado. Mercedes cayó de rodillas i sin color.

El doctor Moran la alzó con dulzura, i la condujo a fuera, persuadiéndola con amabilidad de que debia retirarse.

Mercedes se encontró sola en el patio. Todas las puertas estaban cerradas, i no se atrevió a tocar a ninguna. Una hora pasó allí enjugando sus lágrimas, hasta que salieron los médicos de la junta a montar a caballo para retirarse.

—¿Vive? preguntó temblando al mas anciano.

¡Todavía! le respondió éste, agregando que nada se podia asegurar hasta que pasaran veinticuatro horas; pero que era necesario mucho silencio i que nadie se acercase al lecho del moribundo,.....

Mercedes salió desolada tras de los médicos a la calle. El sol reverberaba en las dos aceras. Todo estaba solo. No se oian mas que los galopes de los doctores que se retiraban por diferentes rumbos.

Cuando llegó a su casa, el postigo de la puerta de calle estaba entornado. Subió a su aposento i se echó en su sillón, sin sentido i agobiada de calor i de fatiga.

XIII.

¿Quién no conoce esas horas de dolor, en las cuales no se vive, ni se muere? Todos los instintos se apagan, el alma no tiene mas que una sola idea, si tiene alguna.

Una especie de vapor envuelve nuestro sér, una noche tenebrosa, en la cual no reluce mas que una sola estrella, la del dolor.

El tiempo pasa lento i pesado; pero el corazón no lo siente, i aun lo halla corto para su pesar.

Así habia pasado aquel dia infausto para Mercedes, i las sombras de la noche habian oscurecido su salón, sin que ella lo notase.

Mas de repente un prolongado silbido la despierta i sobresalta. Fija su oído, i terminado el silbo, cantaba el sereno del barrio:

«¡Ave María purísima! Las diez han *dao i nublaaaaao!*»

Mercedes salta de su sillón i en pocos momentos mas, penetra en puntillas en la casa del doctor Moran.

Todo estaba en silencio i a oscuras. Pero en la puerta del aposen-

to que conducía al de Alejo, a un lado había un brasero encendido con tetera encima de las brasas, i al otro lado una mujer sentada en una silleta pequeña.

Mercedes se acercó lentamente, la mujer se levantó, i respondió a sus preguntas, noticiándola de que el enfermo estaba malo, i que solamente entraban a su cuarto la madre i el doctor jóven, que no se separaban del lecho.

Mercedes rogó a la mujer que le permitiera estar con ella i ayudarla a trasnochar.

La mujer le cedió su sillita de paja i se sentó a su lado en el suelo.

El silencio era profundo. La noche estaba borrascosa i el calor sofocante. A menudo relampagueaba, i la luz eléctrica iluminaba aquellos dos bultos negros.

La mujer, como acabando de rezar, se santiguó, i suspirando dijo por lo bajo:

—La noche está de muerte.

Mercedes se estremeció i preguntó:

—¿Cree usted que morirá Alejo?

—Así dicen, señorita, i tendremos otra ánima que pene en esta casa, además de las muchas que ya hai.

¿Aquí hai ánimas que penan?

—¡Ah! no se puede figurar su merced cómo nos tienen; pero el patron no cree, i cada vez que la señora le cuenta alguna mano, se echa a reír i nos trata de tontas i majaderas. Yo creo que este caballero enfermo se va a morir, porque desde que está aquí, entran hasta de la calle las ánimas.

—¿Cómo es eso? replicó con viveza Mercedes.

—Sí, señorita. Nunca se había visto lo que ahora. Algunas noches se aparece aquí en el patio, sin saber cómo, una fantasma que pregunta por el enfermo i se desaparece. Nadie sabe quién es, ni le puede ver la cara.

—¿Vendrá esta noche?

—Puede ser, porque hace dos o tres noches que no se aparece. Vea, señorita, hablando del rei de Roma: allí la tiene en el zaguan. Madre mia del Cármen, favoréceme! Jesus, Jesus!.....

Un hombre alto, mui alto i seco, acechaba desde el zaguan, i los primeros rayos de la luna que entraban por la puerta de la calle dibujaban sus perfiles.

Luego, paso a paso se acercó a las dos mujeres i en voz mui baja preguntó:—¿Cómo está el jóven?

La cuidadora, haciendo la cruz con una mano i tapándose los ojos con la otra, le respondió:

—No pasa de esta noche.

El fantasma quedó inmóvil i medio inclinado hácia las mujeres. Mercedes se cubrió con su mantilla.

Momentos despues, el fantasma estiró su largo brazo i asiendo del puño a Mercedes, la levantó i arrastró con ella a la calle, diciéndole:

—¡Tú no debes estar aquí, imprudente!

La luna menguante se elevaba sobre los Andes entre nubes negras, cuyos bordes teñia de ópalo i zafiro, e iluminaba la vereda del sur de la calle de la Merced.

—Vamos a la sombra, dijo Ramiro, sin soltar el puño de Mercedes, que temblaba de coraje.

—¡Me persigues hasta en mi dolor, hombre siniestro! dijo Mercedes casi llorando.

—No, cálmate, Mercedes. Comprende. Piénsalo bien. ¿No basta que yo sea el órgano de tu gratitud?

—¿Mi gratitud? ¡Quieres decir de mi amor! ¿Tú el órgano de mi amor?.....

—Espera. Sé que amas a ese muchacho; pero ¿puede convenirte a tí ni a mí que el mundo crea que él ha hecho eso porque es tu amante? ¡Qué gracia tendria entónces! Por el contrario, nadie sabe que te conozca, i todos creen que ha obrado de puro noble i valiente. Precisamente por eso paso siempre a informarme de su salud, i hoi he estado al morirme de cólera, al saber que tú habias venido.

Mercedes calló. No entendia ni una palabra de este lenguaje, i pensó un momento que su marido estaba loco. Pero a medida que éste insistia en persuadirla de que no debia ver a Alejo, comprendió que habia algo de mui grave, que ella no conocia i se interesó en la conversacion de Ramiro.

Cuando llegaron a la casa, ya Mercedes estaba instruida de la aventura del café, i su corazon latia con violencia.

El español entró a su aposento, diciéndole con toda la dulzura de una fiera:

—Prométeme, mujer, no ir otra vez a casa del enfermo. Yo te traeré noticias de él.....

—¡No puedo! Me moriría si no fuera a verlo siquiera una vez al día

—Pues muérete. No irás. Desde ahora, yo cargaré la llave de puerta, dijo Ramiro, cerrando con ímpetu la de la alcoba.

Todo quedó en silencio en la habitación. A lo lejos se oía el triple i sonoro tañido de la campana de las Capuchinas, que llamaba a los maitines de la media noche.

Mercedes sintió la necesidad de Dios, i cayó de rodillas a pedirle favor, a rogar por la vida de su amigo.

XIV.

Al día siguiente, Ramiro estaba sentado en uno de los salones de billar del café de Hévia. Era domingo.

Varios estudiantes, que aun permanecían en Santiago, jugaban una partida con gran ruido i algazara.

—¿Qué será del defensor del gobierno? decía uno de los jugadores.

—¿Cuál, preguntaba otro, el de la camisa de estopilla?

—Sí, agregaba un tercero, el de la cabeza abollada.

—¡Oh! Dicen que ha habido que raparle a navaja i ponerle un parche de mate, exclamaba aquél.

—No, decía el de mas allá, yo he visto en la calle al tal asesino. Sale de noche, pero todavía con la cabeza atada. Ha hecho cama muchos días, i lo ha asistido el médico de palacio.

—¿Quién? ¿Indelicato? Por supuesto, su compañero en la tertulia de Portales, exclamaba uno de los jugadores, gritando en seguida: Pásame la de Alejo, billarero, que esa es la que merecen todos esos tunantes.

El billarero le alargaba la maza, i el estudiante ántes de tirar, la blandió en señal de amenaza.

¿Qué será del pobre Alejo? dijo en voz baja el otro jugador, al picar de pasa-bola la suya, i se quedó mirando su rumbo con todos sus sentidos.

—Todos callaron.

—Ninguno ha ido hoi a saber de él, exclamó un momento despues otro estudiante que no jugaba.

—¿Para qué? dijo uno ¿Para recibir la tremenda noticia, i pasar un mal día de fiesta? En ese momento entraba otro, i varios de los de adentro le preguntaron a un tiempo: ¿Has sabido de Alejo?

—Debe de ser alma del purgatorio en este momento, respondió el que llegaba. No me he atrevido a ir a saber de él.

—¿Por qué lo dices?

—Porque anoche estuve en una casa, donde el doctor Polar estaba descuerando al viejo Moran, porque se habia salido con hacer una operacion, contra el parecer de todos los médicos. Ellos opinaban que debia desarticularse el brazo, por lo imposible que era penetrar en la fosa del estileto del asesino, para abrir de nuevo la herida; pero el viejo se salió con la suya, echándose toda la responsabilidad. ¡Quién sabe!

—¡Morir tan jóven!... Pero con honor!...

Ramiro, que habia permanecido impasible, se conmovió al oír tal exclamacion, i salió de prisa del salon.

Ninguno de los circunstantes sabia que ese hombre era el marido de la mujer, cuya honra habia defendido Alejo. Pero, sin saber por qué, todos le miraron a un tiempo, cuando se levantó.

—¿Quién será ese pejegallo? dijo riendo uno de los estudiantes.

—Algún espía!

—Compañero del de la camisa bordada.

—Justamente, debe serlo, exclamó uno de los jugadores. Jamas habia visto en los billares a ese as de bastos, sino en las mesas del patio. Pero desde el suceso de Alejo, su presencia aquí parece suplir la ausencia del de la cabeza remendada.

La partida se terminaba en ese momento.

—En fin, dijo uno, tirando el taco: no se diga de nosotros que somos indolentes i mataperros. Vamos todos a saber de Alejo. Si el viejo Moran ha acertado su cuchillada, seguimos de largo hasta los baños de Alexandri, donde acabaremos alegres el dia, para irnos esta noche al Parral de Gomez.

—¿I si el viejo ha echado bolas a la raya? preguntó el último llegado.

—Tambien seguiremos de largo, pero solo a bañarnos. Haremos duelo por ese bravo muchacho; i escarmentaremos en él. Por lo que a mí toca, aunque hable de mi madre el primer pillo que llegue, me callaré la boca. ¡Pues ahí es nada, que por cosa de mas o ménos le entierren a uno el puñal, i lo despachen en los albores de la vida!

—¡Qué bestia! exclamó aquél. Hablas como un canalla!

—¿Así piensan en el Maule? preguntó otro.

—Cada uno para sí i Dios para todos, respondió el interpelado. Ya pasaron los tiempos de don Quijote.

—Pero el tiempo de los caballeros i de las almas nobles no pasa nunca, concluyó el que le llamaba bestia.

Los estudiantes salieron, sin cuidarse de los que oían su conversacion, i al salir por el gran patio, encontraron a Ramiro que volvía sereno i casi alegre a tomar asiento en una de las galerías del jardin.

—¿A dónde iría tan de prisa este lagarto? exclamó uno de los estudiantes.

—A saber de Alejo, respondió con fisga otro, sin saber que acertaba en la verdad.

Al cruzar para los viejos portales de la plaza, los estudiantes vieron pasar al galope, en un caballo blanco, al doctor Moran i exclamaron: parece que va contento el señor don Pedro. Buenas señas!

La carabana se dirijió a la calle de la Merced.

XV.

Varios dias habia pasado Mercedes en su estrecha prision. Ya no tenia lágrimas en los ojos. La fiebre la consumía.

Ramiro, que contra sus hábitos habia estado mas a menudo en casa, durante esos dias, se habia acercado algunas veces al dormitorio de Mercedes, i dando tres golpecitos en la puerta, le habia dicho secamente:—«El enfermo está fuera de peligro.»—«Tu amigo convalece rápidamente.»

Cada vez que Mercedes oía algunas de estas palabras, exclamaba:—«¡El tigre se divierte!»—«¡El infame se burla!»

El silencio volvía a reinar en los aposentos, i solo era interrumpido por hondos suspiros, por ayes de angustia, por sollozos sofocados.

Mil medios habia tentado Mercedes para salir a la calle, pero en vano. Hasta habia creído posible lanzarse por el balcon.

Mediante la bondad de su madre, a quien habia confiado su pesar, se habia aprovechado de las salidas indispensables de la muchacha sirvienta, para informarse de Alejo; pero sin avanzar nada.

En la casa vecina, la muchacha no habia podido penetrar. Estaba sola i permanecía cerrada.

En casa del doctor Moran, que la sirvienta habia tardado en hallar, nunca le daban contestaciones fijas, i siempre la habian despedido en la puerta.

Al fin un dia Mercedes oyó decir a su tio el albino, que en la noche precedente habia estado en los *Desagravios*, en la Merced.

—¿Cómo pudo usted salir de casa, mi tio? preguntó Mercedes.

—Por la puerta, dijo don Miguel secamente.

—¿Pues qué, ya no tiene la llave Ramiro?

—Nó, hace dias que me la entregó, diciéndome que ya no la necesitaba.

—¿Se fijó usted, mi tio, en la casa que está a los piés de la iglesia? ¿Notó usted algo?

—¿Cuál, la del médico? Sí, estaban tocando el piano i creo que bailaban.

Mercedes se cubrió con las dos manos la cara.

—¡Oh mundo! exclamó. ¡Ayer un muerto, i hoy música i baile!

—El muerto al hoyo i el vivo al pollo, dijo sonriéndose don Miguel.

—¿Podríamos ir, mamita, a los *Desagravios* esta noche? preguntó con cariño Mercedes, i agregó: ¿no le parece a usted que Ramiro no me prohibirá ir a la iglesia?

—¡Quién sabe! exclamó la señora. ¡Hace tanto tiempo que no puedo salir a la iglesia!

—Por favor, dijo Mercedes, abrazándola; iremos al paso, se apoyará su merced en mí, i descansaremos donde sea necesario.

—Anda, mujer, añadió don Miguel. Cuando la hija te pide que vayas a la iglesia, es porque Dios habla por su boca.

La señora se inclinó hácia su hija i la dijo en voz baja:

—¿Por qué no vas tú sola? Desde que tu marido ha dejado la llave i no te vijila, se entiende que no reina su prohibicion.

—No obstante, mamita, le respondió Mercedes estrechándola, no me atrevo a salir sola, ni quiero rebajarme a preguntar a ese hombre si puedo salir. Acompañeme su merced. Haga este sacrificio por su hija desgraciada!

Mercedes se inclinó llorando sobre el seno de su madre. Esta la besó en la cabeza i le dijo:

—Cálmate. Iremos al anochecer.

—Al cabo Dios tocó tu corazon empedernido, exclamó el albino, levantándose de la mesa, donde los tres habian hecho su comida.

Mercedes estaba ya mas familiarizada con la idea de la muerte

de su querido. Había pagado el primer tributo de angustias i de desesperacion que produce la separacion eterna de un ser amado; le quedaba aquel dolor que es tanto mas sereno miéntras mas profundo, en el cual suele cebarse el corazon. Por eso anhelaba conocer los detalles de la muerte de Alejo. La curiosidad la molestaba cada dia mas, desde que su marido habia dejado de dar los tres golpes en su puerta para decirle en seguida una frase de consuelo, que ella recibia como un sarcasmo.

Al anoecer de aquel dia, bajaban lentamente por la vereda del sud de la calle de la Merced dos mujeres de luto, con lijeras i angostas mantillas sobre la cabeza que cubrian los perfiles de sus rostros.

Las chilenas no acostumbraban entónces a vertirse de monjas, con anchos mantos, para asistir al templo.

De trecho en trecho se paraban a descansar. Una de ellas, que era la madre de Mercedes, se apoyaba en ésta, i se sentaba si el sitio ofrecia un asiento.

Al entrar en la cuadra de la Merced, ambas afirmaron su marcha. Mercedes se sintió fuertemente conmovida al oír el piano de la casa del doctor, cuyos acordes en ese instante parecian estar en la calle, porque estaban todas las puertas abiertas. Las ventanas del estudio estaban de par en par, i adentro conversaban en alta voz el anciano con varios amigos. ¡Qué contraste para el pobre corazon de aquella hermosa!

Mercedes no sabia cómo hacer. ¿Entraria en la casa? ¿Llamaría para tomar informes del primero que saliera? ¿Pasaria de largo, perdiendo el objeto de su excursion?...

Pero al enfrentar a la puerta, el doctor jóven salia i se encontró frente a frente de Mercedes. Esta tuvo valor i le detuvo.

—Por favor, señor, le dijo; ¿podria usted oirme una palabra?

El jóven vaciló un momento. Mas al reconocerla, exclamó:

—¡Oh qué fortuna! Desde hoi tengo una carta para usted, señorita, i me proponia hacerla llegar a sus manos esta noche misma. Me encaminaba a buscar su casa.

—¡Una carta! repitió Mercedes.

—Sí, de Alejo, que me escribe por primera vez, desde que nos separamos.

Mercedes sintió paralizarse la sangre de sus venas. No comprendió nada i se quedó mirando estupefacta al jóven.

—¿No oyes? la dijo la señora sacudiéndola: ¡una carta de Alejo!

—Sí, de Alejo, continuó el jóven, que está de carnaval en Rancagua, en donde ha asistido a dos bailes de máscaras. Su familia vino con él a pasar allí los últimos dias, despues de haber estado un mes en la hacienda a donde yo lo dejé ya sano.

—¡Sano! repitió Mercedes conservando la carta en la mano con la misma actitud en que la habia recibido.

¿No lo crees? ¡Qué niña! exclamó la señora sacudiéndola del brazo otra vez.

—¡Oh! Su sanidad quedó asegurada al otro dia de la terrible operacion, prosiguió el jóven. Luego creimos conveniente sacarlo al campo, e hicimos con la familia el viaje en carreta. Yo no me vine sino cuando ya lo dejé paseando a caballo. El me encargó que la visitara a usted, i me confieso reo de la falta. Pero entre tanto pasaremos adentro. No se diga que yo las recibo a ustedes en la calle.

—No, gracias, contestó la señora, es imposible...

La despedida fué cariñosa, ménos de parte de Mercedes, que apenas tuvo aliento para dar las buenas noches.

Ambas volvieron sobre su camino. Mercedes anhelante, ahogada en suspiros i lágrimas, arrastraba mas bien que conducia a su madre.

—¡Vive! exclamaba a veces. ¡Alejo vive! ¡Dios mio! i estrechaba a su corazon la carta i la besaba con efusion.

—Sí, añadía la señora, vive. Dios es justo. Ya lo decia yo: ese jóven no podia morir.

La mañana siguiente era espléndida. Una lijera tormenta de verano la habia refrescado i las auras jugueteaban sin rumbo.

Los balcones de Mercedes estaban abiertos.

Ella vestia de blanco i tenia todo su negro i joyante cabello estendido sobre las espaldas. Un lijero tinte violado en sus párpados, resto de su agudo pesar, formaba contraste con la alegría que se irradiaba de su bello semblante.

Eran las diez de la mañana i a esas horas todavía leia Mercedes, por milésima i una vez, las siguientes cartas:

» ¿Qué es de tí, hermana querida, mi Mercedes, mi amiga idolatrada? ¿Por qué no me has escrito?

» ¿Sabes por qué no lo habia hecho yo ántes de ahora? Porque es-

» taba en una hacienda, donde ademas de no conocerse el papel,
» ni mas plumas que las de las aves del corral, no me dejaban ha-
» cer otra cosa que pasear i aburrirme.

» La última noticia que tuve de tí, era que habias sido arrebatada del patio del doctor, una noche, por un fantasma que te
» arrastró por los aires, despidiendo raudales de chispas.

» Todos los dias hacia yo repetir esta conseja a mi sirvienta,
» testigo de vista. Su seriedad nos hacia reir, pero su fé solia ser
» contagiosa, pues mi madre i la señora del doctor no se reian en
» ocasiones.

» Al tiempo de mi partida, dejé encargo de que te avisaran,
» dándote mi direccion para que me escribieras. Por eso es que no
» he podido explicarme tu silencio.

» ¿Te diré que pensaba i pienso en tí a toda hora, i que mi alma te pertenece aun en sueños? Si así no hubiera sido, no habria
» yo convalecido. Quería vivir para tí. Quería sanar para tí. ¿Tengo yo otro halago en la vida?

» Me parece que te oigo a cada momento, i a menudo, aun estando profundamente pensativo, me sobresalto, porque siento
» que tú murmuras mi nombre a mi oido. ¡Te amo tanto Mercedes!

» Pero no. No tengo para qué escribirte una carta de amor.

» Ni sé hacerlo, ni tú necesitas que lo haga.

» He tomado la pluma para noticiarte que estoi bueno i próximo
» a trasladarme a Santiago. Pero no ya para vivir cerca de tí. Sigo
» a mi familia a otra casa.

» ¿Mas me será posible verte, como ántes?

» Se me olvidaba esto, que es lo que me preocupa, i lo que mas
» necesito comunicarte.

» Estoi lleno de sobresalto, desde que recibí la carta que te incluyo. Es de tu marido i te aseguro que me da miedo. Ya te he
» dicho otras veces que el único hombre que me ha inspirado terror en mi vida es él. ¿Hará conmigo lo que promete?

» Mira, mi adorada Mercedes, tú debes creerme que por tí moriría con placer. Mas despues de haber sacrificado mi corazon
» por honrarte i ser digno de tí, ¿es posible arriesgar la vida para
» deshonorarte i perderte?

» No sé qué hacer. No hallo otro arbitrio que entenderme con
» él i exigirle que fie en mi probidad, i me permita verte. No me
» siento capaz de adoptar un plan para burlar su vijilancia, porque

» desde que nuestra amistad fuera furtiva, declinaria, i mi Mercedes dejaría de ser mi ánjel.

» Seria necesario que yo te amara ménos, para prostituírte. ¿I podría yo arrancar del trono de mi corazon, para arrastrar en el fango, al sér que mas venero, a la mujer que mas amo, a esa alta intelijencia que ha abierto los horizontes de mi espíritu, que ha educado mi corazon, que me ha hecho lo que soi?...

» Necesito de tí. Ya lo ves. Principié alegre esta carta, i ahora me siento abrumado de pena, de incertidumbre. La luz de alegría que me iluminaba al saludarte, se ha convertido en tinieblas. Se me ha cerrado el mundo. ¿No lo ves? Necesito de tí.

» ¿Cuándo hablaremos? Te buscaré el siguiente dia de mi llegada, el primero del entrante, a las tres de la tarde. ¿Oyes? Creo que a esa hora podremos estar solos. Hablaremos. Definiremos nuestro porvenir.

» Adios, hasta entónces. Te abrazo desde este momento. Entónces te dará un beso tu

Alejo»

¡Alma de oro! exclamó Mercedes. ¿Hai alguién mas noble en el mundo? ¿Ni mas inocente, ni mas puro? No, ídolo mio, no serás tú el sacrificado! Antes que esa fiera te toque, yo la enfrenaré!.... La haré caer a mis piés!

¿Es esto posible? ¿que se haya atrevido este infame a escribir esa carta al que por defender su honor, el de él, el infame! hubo de perder la vida? ¡Alma de cieno!..... ¡Oh cuánta es mi desgracia!.....

I Mercedes estrujaba la carta de Ramiro a Alejo; i despues la extendía i la releía con una risa sarcástica en su graciosa boca:

«Señor D. Alejo.

«Muy señor mio i mi dueño:

« Como usted ya está bueno, segun se me asegura, creo de mi deber advertirle que en llegando a ésta, será usted perseguido por aquel asesino del café. Si usted quiere salvarse, es necesario que le desafíe ántes i tenga seguro que le admite.

« En tal caso, yo reclamo su lado, pues ningun otro que yo

» debe ser su padrino. Mas ántes es preciso que usted reciba algunas lecciones. Yo sé estocadas que nadie conoce, i puedo adiestrarle a usted en dos horas.

« Con esto pago a usted mi deuda, i a fuer de caballero leal, debo declararle que allí terminarán nuestras relaciones.

« Conozco sus amores con mi esposa, i no está en mi dignidad tolerarlos. Espero que usted será bastante caballero para no ponerme en el caso de probarle que tengo un pulso mas certero que el de aquél tunante. Que no le vea a usted, por Dios, en mi casa, ni cerca, pues no quisiera cumplir el juramento que le hago, de cortar con el acero los amores que usted, si es honrado, debe cortar voluntariamente. Soi de usted.

Ramiro.»

—¡Los amores!—¡Mi esposa!—¡A fuer de caballero leal! repitió Mercedes sonriendo.

—I en efecto, la carta está calculada para inspirar terror a un niño como Alejo. ¿Niño? No. Es un hombre. Es valiente. Pero es mas que todo caballero i honrado. Sí, es necesario salvarlo del tigre! Lo salvaré.

—No debo pagarle su amor, su jenerosidad, su defensa de mi honor con esponerlo a ser..... ¡Ah! Sí, Dios mio! ¡A ser asesinado! ¡A mis plantas! ¡Por mí!.....

—No. Valor. Soi yo quien debo sacrificarme. Sí, me sacrificaré. Salvaré a mi hermano, a mi querido 'Alejo. Es fácil. Lo veré..... sí, una sola vez. Me despediré de él para siempre!.....

Mercedes lloró. Mas tranquila despues, se levantó casi contenta.

—Qué ¿no podré yo amarlo, sin tenerlo a mi lado? ¿No podré adorarlo desde léjos? Oh, sí: lo amaré siempre. Sabré de él. Sus triunfos serán mi alegría. Lo buscaré, lo miraré a la distancia. Lo adoraré i no lo perderé.....

Mercedes dejó las cartas i se pasó a su tocador; al mirarse en el espejo exclamó:

—¡Oh! sí. Entónces se criaban hijas bonitas para darlas al primer mastin que las apetecia. ¡Qué tiempos! I hai mujeres casadas a la antigua española que son felices! ¡Almas de cántaro!..... Ya

se vé, no les habrá tocado un taco de billar por marido! ¿Qué un taco? ¡Un asesino!.....

Calló i se estremeció.

XVII.

El dia de la cita se acercaba, i entre tanto Mercedes leia siempre las cartas i meditaba. El tono de su mirada i la tranquilidad de su semblante anunciaban que habia tomado una resolucion.

Llegado ese dia que era de fiesta, los transeuntes pudieron verla a cada instante en su balcon, primorosamente ataviada i espléndidamente hermosa.

Entre tres i cuatro de la tarde, la calle estaba solitaria, i Mercedes distinguió mas con el corazon que con los ojos, a Alejo que se acercaba lentamente i como receloso: al instante bajó a la puerta de calle. Allí esperó tranquila, serena.

Alejo, al verla, se precipitó, i llegó tendiéndole los brazos. Mercedes le tomó de la mano sin desplegar sus lábios, i le condujo a su salon, cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí.

Un abrazo mudo, estrecho, prolongado, precedió a las caricias i a las lágrimas de aquellas dos almas ardientes que se idolatraban.

Entre risas i suspiros, Mercedes hizo a su querido la historia de sus sobresaltos durante la ausencia. Alejo la escuchaba enternecido, i le pedia perdon, culpándose a sí solo de no haber tenido cuidado de informarla directamente, cuando ella le suponía muerto.

—Ahora, tenemos que fijar nuestro porvenir, dijo Mercedes, sobresaltándose instantáneamente.

Pesados pasos hacian crujir la escalera.

Mercedes toma violentamente a su querido i le empuja a la alcoba. Allí le encierra en un ancho ropero tallado i cuajado de labores de concha de perla, i coloca la llave en su pecho. Alejo habia obedecido en silencio. Mercedes se habia recostado en su lecho.

En ese momento, la puerta de la alcoba se abre. Ramiro aparece airado, ceñudo.

Mercedes se endereza con mirada furibunda, blandiendo convulsivamente en su mano derecha, que apoya de puño en la cama, un pequeño i agudo puñal.

—¿Qué quieres? le dice.

—Nada, creí que no estabas sola, respondió el español, dando vuelta la espalda i cerrando de nuevo la puerta.

Por un momento se sintieron los pasos de Ramiro. Luego el ruido del tálamo indicó que se echaba a reposar, como solia hacerlo a veces.

Ella permaneció en la misma actitud, pensativa, con los ojos fijos en la puerta, inmóvil, sus labios entreabiertos. Pasó mucho tiempo.

Reinaba un profundo silencio, que solo era interrumpido a veces por el que reposaba en el salon. A cada ruido, Mercedes se ajitaba, asechaba, i en cierto momento se acercó a su puerta en el ademan de la fiera que se lanza sobre su presa.

Allí quedó fija como una estatua, pálida, los ojos desencajados, un pié hácia adelante, su mano derecha hácia atrás, pronta a levantarse para descargar el puñal.

Los pasos de Ramiro, que se repitieron, no la conmovieron. Esos pasos se sintieron de nuevo en la escalera. Mercedes abrió su puerta i salió espiando.

Cuando él estuvo en el patio, ella volvió i se encontró de sorpresa con Alejo, que habia abierto por dentro el ropero i la seguia de cerca.

Ambos se encontraron. El puñal cayó i Mercedes estalló en sollozos i convulsiones violentas, cayendo tambien al suelo.....

Alejo la colocó en el sillón i le suministró los recursos que tuvo a mano para mitigar el ataque. Cuando Mercedes pudo respirar i dar expansion a sus suspiros i lágrimas, él la cubrió de caricias.

Los últimos lampos del crepúsculo de la tarde alumbraban aquella escena.

Mercedes jemia aun i por momentos se sofocaba. El se puso de rodillas, para estrecharla mejor. Mas ella, lanzando un ¡ai! profundo, se levantó bruscamente exclamando:

—¡No! No! Por Dios, Alejo, no: él estaba así cuando ese monstruo lo asesinó a mis pies.....

—¿Quién? gritó Alejo, levantándose, i volviendo a sentar a Mercedes.

Esta se incorporó, tomó aliento i haciendo sentar a su lado a Alejo, continuó:

—Sí. Es preciso que lo sepas todo. Tu eres el único que puede absolverme.

—Habla, alma mia. Tú no puedes tener secretos para tu hermano. Confía en mí, le dijo Alejo acariciándola.

—Mi primera culpa es tu amor, Alejo idolatrado. Antes no fui culpable. Solo fui coqueta por curiosidad, yo no lo amé jamás. Admití sus obsequios, como una muchacha que desea conocer qué es amor. El me perseguía i te juro que yo a veces me sentía contrariada, i le oía sin atención, i aun le dejaba mi mano por indolencia. Jamás le cumplí sus deseos, diciéndole que le amaba. Te lo juro por nuestro amor, Alejo mio!

Mercedes calló i lloró. Alejo no sabía qué pensar.

—Mas una tarde como esta, continuó Mercedes, cubriéndose la cara i llorando amargamente, él llegó aquí a estas horas. Me halló en este sillón i se precipitó a mis piés, repitiéndome sus protestas de amor. Yo principié por reír. Luego sentí vergüenza i gran inquietud. Traté de levantarlo. Quise levantarme yo misma i él me sujetó. Esta lucha no me dejó oír.....

Los sollozos ahogaban a Mercedes. Alejo estaba estupefacto. Mercedes continuó con palabras entrecortadas i apénas perceptibles:

—Mi marido habia penetrado hasta aquí..... El no lo vió..... Yo dí un grito; i ví caer en el estrado..... atravesado de una puñalada.....

—¡A quién! gritó Alejo.....

—A Manuel.....

—¿A Manuel P.?..... interrumpió Alejo.

—Sí, murmuró Mercedes.

—¿Cuyo cadáver fué espuesto en el pórtico de la cárcel al día siguiente? volvió a interrogar Alejo.

—Sí, repitió Mercedes. Sí, pero ese cadáver estuvo aquí muchas horas. Yo me habia desmayado. Cuando volví en mí, me hallé a oscuras i encerrada. No tenia como encender luz. Abrí los balcones. Con la vislumbre de la calle distinguí el cadáver en el mismo sitio. Vacilé, pero con la intención de salvarlo aun, me acerqué, lo toqué i sentí que estaba yerto. Volví a caer sin sentido.

Alejo estrechó a Mercedes a su corazón i lloró con ella.

—¡Pobre hermana mia! Tranquilízate. No hables si te mortificas.

—No, Alejo mio. Debes saberlo todo..... Yo me habia refugiado de terror a mi dormitorio, i aunque apretaba los ojos, veia todavía el cadáver de aquel desgraciado. Me desesperaba..... ¡Ah!

no puedo recordar esas horas!..... Tarde de la noche, sentí pasos. El tigre llegó hasta mí, i tomándome de un brazo me condujo diciendo: «Ayúdame a bajar a tu amigo!.....» El arrastró el cadáver escalera a bajo i me forzó a conducirlo hasta el patio, donde estaba un caballo ensillado..... El asesino colocó a su víctima en la montura, no sé cómo, i montó detras. «Abre la puerta» dijo, «ciérrala otra vez i espérame aquí mismo.» Al venir el dia volvió, i fué a reconocer si quedaba sangre en algun sitio. No halló nada.....

El silencio sucedió por largo tiempo entre los dos interlocutores. Mercedes sollozaba. Alejo estaba abismado. Habia plena oscuridad. De repente, Mercedes se levantó i tomando a Alejo de la mano, le dijo:

—Ahora, hermano mio, sálvate! Quizá yo no podré defenderte! Vamos, despedámonos para siempre..... Acepta el juramento que te hago de ser tuya, aunque vivamos separados. Si te compadeces de mí, has que yo pueda verte alguna vez.....

Mercedes conducia al mismo tiempo a Alejo por la escalera, i llegó así hasta la puerta de calle, que abrió con cautela.

—No, Mercedes, dijo Alejo: nos volveremos a ver, i convendremos en la manera de vernos en adelante. Yo no puedo despedirme así de tí. ¡Imposible!

—Para verme, replicó Mercedes, espera a que yo te cite. Ahora apresúrate. El va a llegar.....

Se abrazaron i Alejo partió paso entre paso, todavía abismado.

Marchaba así por la calle, i de sorpresa se siente detenido al frente por un hombre.

—¿Viene usted de casa, amigo? le pregunta Ramiro.

—¿Solo usted vive en esta calle? le contesta Alejo.

—¡Cuidado! exclamó el español.

—¿Amenazas? dice Alejo. ¿Tú, infame asesino, amenazarme a mí? Te he de arrastrar de la lengua al patíbulo, canalla! Cuidado que me molestes, i que yo sepa que molestas a tu desgraciada esposa por celos conmigo!

El español habia saltado hácia atras. Estaba inmóvil, estático.

¡Paso! esclama Alejo apartándole con violencia. Que no te vea yo otra vez, porque irás a pagar en el banquillo tu crimen!

Alejo prosiguió de prisa. El español quedó allí como un poste.

XVIII.

¡Hace cuarenta años!

¿Se han vuelto a ver Alejo i Mercedes?

Jamas.....

¿Se han olvidado?

Nunca.....

Las crónicas refieren que el español desapareció desde aquellos momentos. Hai quien asegura que realizó su negocio, que partió a Valparaiso, i se embarcó, no se sabe para dónde.

¿Tendria miedo al patíbulo?

Mercedes le vió desaparecer, pero temió una acechanza. Creia verle llegar todos los dias.

Talvez por eso no dió la cita prometida.

I Alejo, ¿por qué no volvió a ver a Mercedes?

¿Cuáles fueron las reflexiones que le hicieron dominar su pasion?

Talvez, la misma fuerza de voluntad, que empleó para conservar pura a Mercedes, le sirvió para apartarse de ella para siempre.

Pero él mismo se sorprendió muchas veces al rededor de la casita misteriosa, sin saber cómo.

Las puertas aparecian cerradas, siempre cerradas, como en la época en que Alejo viera aquel cadáver en el pórtico de la cárcel...

Mercedes se habituó al aislamiento. El se acostumbró a no turbar su encierro. Los triunfos de escuela, i talvez puede decirse, nuevos amores distrajeron el alma del estudiante.

Pasado el tiempo, Alejo miró todo aquello como una novela.

J. V. LASTARRIA.

ALGUNAS FACES

DE LA INTERNACIONALIDAD AMERICANA.

La política de la Union Americana en el dia está contajada de militarismo. Este mal accidental, nacido de la guerra magna causada por la esclavitud, tiende a hacerse crónico, si en la próxima eleccion presidencial no cae el partido que lo ha sustentado en los dos últimos períodos.

Despues de la guerra, el presidente Johnson tuvo el mérito de hacerse el baluarte de las tradiciones civiles en la política americana, combatiendo o moderando la influencia del elemento militar, que aspiraba a predominar en las leyes de reorganizacion política. Pero el pueblo americano olvidó por un momento los consejos de Washington, i por intereses de partido elevó a la presidencia al representante mas conspicuo del ejército, el jeneral Grant, que tan a menudo ha confirmado la verdad de que los militares no saben ni pueden hacer otra cosa que mandar arbitrariamente, cuando son jefes, i obedecer ciegamente, cuando son subalternos.

Sin embargo el jeneral fué reelecto para el período siguiente, porque el partido político a que pertenece no sabia conservar el poder de otra manera; i como verdadero militar, atropella ahora las instituciones i las prácticas de su gran nacion, i hace a un lado la doctrina i el ejemplo de Washington, de Jefferson, de Harrison i de Johnson, aspirando a ser reelegido por tercera vez. Entretanto, solo fia, para alcanzar su aspiracion, en la fuerza de las armas, i por una parte hace que el ejército permanente, que con tanto amor ha mantenido a las órdenes de Sheridan i otros cofrades, os-

tente en lo interior su superioridad sobre el pueblo, i por otra lo halaga con la esperanza de conflictos exteriores, que su gabinete provoca por distintos rumbos, como para elegir el que mas conyenga.

Esta doble táctica está en pleno ejercicio en estos momentos. El jeneral Trobian invade a la cabeza de sus tropas la legislatura de Luisiana para arrojar de ella a los demócratas a punta de bayoneta; i el jeneral Sheridan asume el mando del departamento del Golfo por medio de una proclama, sin embargo de que el gobernador Kellogg, que es de su partido, tendria medios constitucionales de escluir de la asamblea a los demócratas cuya eleccion fuese nula. Esta intervencion, abiertamente contraria a las prácticas constitucionales de la Union, produce una agitacion esplosiva en los pueblos; pero el jeneral Grant la defiende, haciendo decir por un lado que los dos partidos la habian reclamado, i declarando en un mensaje al congreso que ella ha tenido por objeto impedir la efusion de sangre, i que él está dispuesto a conservar la paz—fórmula sacramental de todos los despotismos, que no podia ser olvidada por el militarismo norte-americano en los momentos de su triunfo.

Por otra parte, la cuestion de Cuka, cuya solucion el gobierno de Grant ha podido facilitar pacíficamente, ofrecia en esta coyuntura una complicacion con la España, que podia aprovechar al militarismo americano mucho mas que una política favorable a la independendia de Cuba, análoga a la que el gabinete británico observó en otro tiempo respecto de las antiguas colonias de América. El jeneral Grant escoje el momento solemne en que por la constitucion debia dar cuenta de su política al congreso, para aconsejar una intervencion osada en la política española, que no podia dejar de sublevar el qui jotismo peninsular; i aun ántes de la presentacion de su mensaje, el extracto de su pensamiento belicoso atraviesa el Atlántico en la noche del 6 de diciembre, por el telégrafo, i es conocido en Europa, en el momento mismo en que el gobierno de Grant encuentra a mano otro conflicto ménos peligroso i mucho mas lucrativo para su militarismo. El tono del mensaje es modificado en el acto, pues ya no era necesario estrellarse con la España en beneficio de la independendia de Cuba, porque los conflictos con Méjico ofrecian una presa mas valiosa i un porvenir mas brillante a la soldadczca, que hasta esos momentos se entretenia en pinchar demócratas en Luisiana.

El gabinete de Washington podia mostrarse altanero con España i con Méjico, pues siendo ambas potencias relativamente débiles, no habia peligro en aplicarles el tratamiento puesto a la moda por Lord Palmerston; bien que era mas cómodo, para los fines del caso, preferir a la segunda, ya que solo se trata de hacer un despliegue de fuerzas que halague i distraiga al pueblo americano, i le haga aceptar la tercera eleccion del representante de sus glorias militares.

M. Michel Chevalier, estudiando las vicisitudes del Derecho Internacional en los tiempos presentes, observa que poco a poco se ha introducido la terquedad en las relaciones diplomáticas, i que ha llegado a ser de buen gusto afectar respecto del extranjero un falso punto de honor i una vana severidad, confundiendo la arrogancia con la independendencia i proponiéndose por modelo a los señores feudales mas altaneros. «Un ministro de relaciones estereiores circunspecto, equitativo, que toma en cuenta la dignidad de los gobiernos extranjeros al mismo tiempo que cuida de la del gobierno de que es miembro, está cierto de no ser popular, dice. Se le acusa de envilecer a la nacion porque, conociendo las calamidades de la guerra, se consagra a evitarlas, o declara que quiere la paz, a todo precio. El ministro que por el contrario adopta respecto del extranjero un tono vecino a la impertinencia, adquiere una inmensa popularidad. Es un patriota, un gran ciudadano. Los partidos le tejen coronas, i se hacen un deber de restaurarlo, cuando ha tenido la desgracia de ser exonerado del poder.»

Esta falsa tendencia de la opinion, que tiene su oríjen en el orgullo nacional, el cual tanto se parece a la fatuidad individual, porque ambos son enjendro de la propia estimacion inmoderada; esta falsa tendencia, repetimos, es fomentada por la prensa de todos los partidos, que, sin sentimiento alguno de responsabilidad, se apodera de las cuestiones internacionales para tratarlas segun su interes peculiar, exaltando el patriotismo en favor de su manera de ver, i estraviando el juicio público en provecho de aquel interes. Son rarísimos, aun en las grandes naciones, los diarios serios que moderan esa falsa tendencia, presentando a la opinion pública datos imparciales i juicios rectos, para ilustrarla en sentido de un patriotismo elevado i bien entendido. A menudo falta esa influencia saludable, i en los pueblos nuevos que comienzan a ensayar la discusion libre por la prensa, cada diarista se cree con títulos suficientes, no solo para emitir un parecer sobre una cuestion diplo-

mática, por árdua i complicada que sea, sin estudiarla seriamente, sino para imponer la lei a la opinion pública, llevando el abuso de su iniciativa, como sucede entre nosotros, hasta el exceso de hollar todos los respetos debidos al extranjero, i aun los que se deben a la persona del representante, a quien no se ahorra a veces ni el insulto.

La prensa europea i la norte-americana no llegan a tales extremos, pero frecuentemente se inclinan a aplaudir toda vana severidad i toda terquedad para con el extranjero, discerniendo la popularidad al ministro de Estado que tiene mas arrogancia i que es mas impertinente. M. Chevalier recuerda que ese era el caso en Inglaterra, cuando a propósito de la pacífica solucion que Lord Aberdeen i Robert Peel habian dado a la cuestion de Tahiti, echándose encima un desborde de furiosos clamores, subió al ministerio de relaciones exteriores Lord Palmerston. Con el empeño de ganar popularidad, el nuevo ministro trató desde luego de halagar aquel patriotismo bullicioso, sublevando contra la Grecia el ridículo incidente de don Pacífico, i mandando bloquear el Pireo, i capturar los bajeles helénicos, por obtener una indemnizacion que al fin fué avaluada en 150 libras. Despues sé siguieron entre otros incidentes análogos, el de Hopkins i el de Constatt contra el Paraguai, el del capitán White contra el Perú, el de la *Forte* i del *Prince of Wales* contra el Brasil. La nueva escuela hizo fortuna, i los sucesores del belicoso Lord han tenido que seguir el rumbo de la popularidad que él les trazó, bajo la pena de ser acusados de enemigos de los intereses británicos, como lo acaba de ser Mr. Gladstone, al bajar del ministerio, porque en la direccion de los negocios extranjeros imitaba la circunspeccion i prudencia de Aberdeen i de Peel. Su sucesor, aunque conservador, se ha visto en la necesidad de satisfacer las exigencias del patriotismo quisquilloso, estrenándose con Chile, por cuenta de las injustas susceptibilidades del capitán del *Tacna*.

Con todo, aquella escuela de popularidad barata, a costa de las naciones débiles, no solo ha hecho fortuna en la Gran Bretaña, sino que tambien ha sido imitada i proseguida por todos los gobiernos en las situaciones que presentan una proporcion sin peligros. I lo raro no está en que el emperador Nicolas hubiera traído la guerra de Crimea por sostener la actitud injuriosa contra la Puerta de su ministro Menzikóf; en que la misma Inglaterra hubiese amparado contra Méjico los planes de Napoleon III i de la España aliándose en el escandaloso tratado de Lóndres; en

que esta última nacion hubiese aspirado a conquistar el puesto de gran potencia ensañándose contra la debilidad de las repúblicas americanas; sino en que estas mismas hayan adoptado semejante táctica con una puerilidad lamentable, retándose entre sí con la alteza que empleaba don Quijote en sus fáciles aventuras. Sin traer a la memoria muchos ejemplares desgraciados, cuyo recuerdo podria talvez dar ocasion a que se nos supusiera un ánimo hostil que no tenemos, no podemos dejar de recordar que nuestra patria ha sido víctima de tan necio estravío, precisamente en la situacion mas peligrosa que ha atravesado desde que consolidó su independencia; pues estando rodeada de las armas aventureras de Isabel II, algun ministro de un gobierno embrionario de América, aprovechó la situacion para tratarla con mayor insolencia que la que Lord Palmerston gastara con la Grecia, i para vejar a su representante. Eso se esplicaba naturalmente por la influencia poderosa del enemigo de Chile en aquel gobierno de ocasion i sin fundamento; pero lo que no se explica sino de una manera dolorosa, recordando nuestra insipiencia i la desgraciada facilidad con que hacemos ocupar a nuestros odios personales el lugar de los intereses nacionales, es que una parte de la prensa de Chile hiciera coro a la del gobierno insultador, para censurar al diplomático que asumió un tono serio en defensa de su dignidad i de la de su patria, que eran insultadas con el vituperio que se lanzaba a la conducta de su gobierno. ¡Cuán diversa fué la accion de la prensa brasilera, defendiendo la actitud que tomó el baron Pinedo ante el gobierno británico, con ocasion de las cuestiones de la *Forte* i del *Prince of Wales*!

No necesitamos recordar otros casos, que están en la memoria de todos, para comprobar cuánto ha sido funesta, de treinta años a esta parte, la imitacion inconsiderada de la inmoral escuela de la terquedad introducida en el trato de los negocios internacionales por aquel célebre ministro ingles, que por tantos años dirijió los asuntos diplomáticos de la Gran Bretaña. Para el propósito de estos apuntes, nos basta hacer notar que uno de los gobiernos que mas de lleno se echó en la nueva senda fué el de Washington, luciendo con preferencia su altanería contra el gabinete de San James, como para enfrenar la terquedad de que éste hacia alarde con los débiles. Sin aludir a otros incidentes, ahí está el del *Alabama* en que la diplomacia norte-americana ha hostilizado hasta la humillacion al gobierno británico.

Pero, cosa notable! Los Estados Unidos han economizado mucho su impertinencia, es preciso reconocerlo, en sus relaciones con las demas repúblicas americanas, i de algunos años hace, han adoptado el sistema de someter todas sus controversias con ellas a la decision de tribunales mistos. El mismo gobierno militar de Grant ha recurrido a este arbitrio mui a menudo, i solo hace hoí una escepcion, por intereses de partido, talvez como una simple evolucion de conveniencia interna, haciendo que su ajente en Méjico formule el insolente i excesivo ultimatum que acaban de dar a conocer las noticias, sin embargo de que con esa misma república tiene ahora cuestiones sometidas a tribunales mistos.

Por desgracia, el señor Lafragua, ministro de relaciones exteriores de Méjico, casi no deja otra salida que la guerra a este conflicto, aplicando en su contestacion al ultimatum el método de Palmerston, en la ocasion en que mas convendria olvidarlo. Un gobierno, como un particular, pueden sufrir *indignacion* al oír una pretension injusta; pero no pueden declararlo impunemente en tono amenazante, porque eso vale tanto como dar al adversario un derecho, el derecho de suponerse ofendido en la manera como se califica la exigencia que él hace como justa. Todavía mas. El señor Lafragua pudo indignarse, pero su indignacion no le autoriza para ofender al diplomático i a la nacion que representa, declarando que aquél i ésta no son los empeñados en la cuestion, sino *un partido que estoi bien seguro*, dice el ministro, *dominará solo temporalmente*. Pero esta es la terquedad de moda, este es el tono que la prensa aplaude, i que hace decir al *Federalista* de Méjico, que la contestacion al ultimatum es un *monumento diplomático* que honra a su autor i que pone mui alto el nombre de la nacion de Hidalgo i de Juarez. ¡No podemos dejar de ser andaluces!

Con todo, la actitud de la diplomacia norte-americana en Méjico, siendo completamente escepcional como es, en la práctica mantenida por tantos años, no debe considerarse sino como un recurso político del militarismo, que será enérgicamente improbadó por el partido adverso, si por desgracia la terquedad de la cancillería mejicana no subleva en su contra el nacionalismo de los Estado Unidos, i presta asidero a las ya olvidadas pretensiones de los antiguos filibusteros del sud, que tan caras fueron alguna vez a los demócratas, i que tanto caudal han suministrado a los enemigos de la libertad americana, para acusar a aquella gran nacion de aspiraciones absorbentes i conquistadoras.

Si tales aspiraciones han podido alguna vez traducirse en la idea de redondear el dominio de la Union con la América Rusa i las posesiones inglesas, no conocemos ningun gran político americano que las haya estendido hasta la conquista de los territorios hispano-americanos que se dilatan hasta el istmo de Panamá, por mas que en la política de los Estados esclavócratas hubiese aparecido esta pretension, como un medio de ensanchar su riqueza i su poder. Semejante pretension habrá permanecido talvez en estado latente, mantenida por la profunda distancia que separa la vida i la civilizacion norte-americana de la vida i civilizacion de los paises españoles; pero ella no ha sido jamas una base de política para el gobierno de Washington, ni mucho ménos un ideal de progreso i de poder para los estadistas ni para los partidos de la Union.

Aquella profunda distancia de que hablamos es un mal que los hispano-americanos no solo no hemos sabido remediar, sino que hemos conspirado a mantener con nuestra conducta, sin darnos cuenta de que nuestro interes supremo estaba en intimarnos con los Estados Unidos, ántes que con ninguna otra potencia. Los pueblos de oríjen ingles, como lo hace notar Stewart Mill, no han aceptado en su política las tradiciones romanas, ni las ideas teológicas ni las metafísicas han encontrado jamas favor en ellos, ni aun entre los hombres del partido popular extremo, que han preferido fundar sus reclamaciones, no en los derechos llamados naturales, sino en las tradiciones históricas de su propio país i en la conveniencia práctica jeneral. Su grande obra ha consistido en dejar libre el desarrollo individual i social, limitando el poder político a la esfera esclusiva del derecho. Pueblos semejantes no pueden ménos de considerarse esencialmente diversos i aun superiores a los que aun en este siglo se empeñan en mantener las tradiciones romanas, hasta el extremo de bautizarse de *raza latina* por su propia autoridad, empeñándose en rejirse por ideas metafísicas i teológicas, a fuer de *latinos*, i en organizarse bajo poderes absolutos que anonadan al individuo i sojuzgan a la sociedad.

Tal diverjencia por sí sola ya seria bastante para separarnos. ¡Cuanto mas, si nosotros mismos nos empeñamos en hacerla mas profunda, formándonos un antemural en nuestra supuesta *raza latina*, presentándonos como enemiga a la familia inglesa, i empeñándonos en sostener un antagonismo que no existe, sino en los cálculos e intereses de los déspotas i de sus doctrinarios, que tiem-

blan, no a la invasion de la *raza anglo-sajona*, sino a la invasion de sus libertades i de su civilizacion!

Esta desgraciada preocupacion, que tan inconcienciadamente fomentamos, es la que nos ha alejado de cultivar, como debiéramos, las relaciones i la intimidad con la gran nacion americana; i nuestro alejamiento nos trae su indiferencia, talvez su antipatia, i sobre todo nos coloca, respecto de ella, en la situacion de cualquiera otro pueblo remoto, atrasado i desconocido. Jamas están en Washington representadas todas las repúblicas hispano-americanas, i cuando algunas, por accidente i por temporadas, lo están, sus diplomáticos, es doloroso decirlo, no lo parecen i pasan desapercibidos. Los mejicanos, los cubanos, los colombianos i venezolanos que con frecuencia viajan a los Estados Unidos, van dominados por su españolismo, dispuestos a hallar solo defectos, a juzgarlo todo con su criterio casero, i empeñados en cultivar un pretense antagonismo, que atribuyen a la *raza latina* de que con orgullo se suponen representantes, para desdeñar la civilizacion anglo-americana, i conservar las *tradiciones romanas*, que es lo único que tienen de latino i por consiguiente de contrario a la civilizacion moderna i al interes actual de las naciones. Si hai escepciones en esta desgraciada tendencia, son raras.

Varias veces nos hemos encontrado fuera de Chile con eminentes estadistas i escritores norte-americanos que nos han dado tristes testimonios de estos hechos. Una vez nos preguntaba el historiador Squyrs en Lima, por qué fatalidad, habiendo tantos hombres distinguidos por su ilustracion i sus méritos, como él conocia en las repúblicas americanas que habia visitado, se confiaba siempre la representacion de estos paises en Estados Unidos a personas que no estaban a la altura de la civilizacion de su propia patria; i nos agregaba que si Chile merecia allí consideracion, lo debia al señor Carvallo, que era uno de los pocos hispano-americanos distinguidos que habian desempeñado una mision diplomática en Washington. En otra ocasion, se tocaba este mismo punto entre varios diplomáticos residentes en Rio, todos ellos conocedores de las Américas, i comparando la diplomacia brasilera con la hispano-americana, ellos daban testimonio de que ésta no solamente no representa en jeneral el estado de progreso de sus países, sino que aun carece de ilustracion i hasta de los atractivos de una educacion distinguida, salvas las escepciones, que, mas por casualidad que de propósito, suelen hacerse en el sistema segun el cual se

prefiere para aquellos puestos al adepto político, sin consideracion alguna al interes nacional i a la necesidad de hacerse representar dignamente en el extranjero.

¡Qué mucho entónces que los norte-americanos no tengan por estas repúblicas el respeto i la estimacion que nosotros no hemos sabido inspirarles, ni hemos querido conquistar! ¡Qué mucho que el militarismo se sienta ahora tentado de sacrificar a sus pretensiones a uno de estos países que no tienen títulos para llamarse hermanos de la gran República! Varios publicistas europeos han notado aquel hecho tan singular, i M. Chevalier, dando a la declaracion de Monroe el verdadero carácter de grandeza, de nobleza i dignidad que tiene, i recordando que la Francia tuvo de ella un sério testimonio durante el segundo imperio, agrega, que sin embargo se puede dirijir a los Estados Unidos este reproche:— «Que despues de haber proclamado la doctrina de Monroe como una medida defensiva en provecho del nuevo continente, se hayan servido de ella, cuando se han sentido mas fuertes, mas bien para desafiar a la Europa, que para favorecer los progresos de los Estados del Nuevo Mundo. Ellos no han considerado a aquellos Estados, que deberian haber tratado como hermanos.»—Realmente así parece, cuando no se considera que ni ellos tenian antecedentes sociales i políticos que les inspirasen un interes fraternal por pueblos estraños, ni éstos han hecho jamas nada sério para borrar aquella diferencia, para conquistar la fraternidad, ni para inspirar intereses i estimacion al único pueblo que por sus condiciones está llamado a protegerlos.

Sin embargo siempre hai tiempo para eso, como para afianzar la unidad hispano-americana, que no *latina*, buscándole su apoyo mas sólido en su intimidad con el pueblo que lleva la delantera en la senda que tienen que seguir estas repúblicas. Todas ellas sienten ahora i han sentido siempre la necesidad de esta union, i como síntoma de esta necesidad, sienten un anhelo universal i constante de darse a conocer; bien que por una falta de meditacion preferirian ser conocidas de la Europa, sin embargo de que los intereses que deben atraernos la realizacion de este deseo son de un desarrollo mucho mas lento i tardío, que los que podríamos hacer valer para conquistar mas fácilmente la amistad de los Estados Unidos.

Pero la unidad hispano-americana existe latente en los hechos sociales, i en ella tendrá su parte el pueblo brasilero, cuando se

cure de ese tubérculo americano, que se llama el *Imperio*, protuberancia enfermiza producida por el injerto de la monarquía en el árbol naciente de la república. Solo falta a aquella unidad, su manifestación, su existencia práctica; i eso no vendrá mientras las facilidades del intercambio i los medios de comunicación no sean mas numerosos i efectivos. Sucede entre estas repúblicas, unas con otras, lo que a algunas de ellas en particular les pasa con sus propios pueblos, que suelen estar aislados e incomunicados, a pesar de que son unos social i políticamente. Un Presidente peruano, de esos que los partidos oligárquicos suelen llevar a los gobiernos, sin capacidad para gobernar siquiera un batallón, nos decía una vez, que las provincias de ultra-sierra, Chachapoyas i Loreto, estaban destinadas a ser brasileras mas bien que peruanas. Nosotros le replicábamos que podríamos decir los chilenos algo parecido de Chiloé si no tuviéramos buques que nos ligaran con esta provincia, aludiendo a que el Perú necesitaba facilitar su intercambio con Chachapoyas i Loreto, para que no se realizara el estafalario pensar de su presidente.

Son pues los gobiernos los que mediante un empleo juicioso de su poder facultativo pueden i deben apresurar la realización de la unidad internacional, como de la unidad nacional. La sociedad i los individuos no pueden obrar en el mismo sentido, sino por intereses; i si éstos no existen o son lentos en su desarrollo, no pueden suplirlos ni la buena voluntad, ni las inspiraciones del patriotismo. Son buenos todos los medios que éstas sugieren a los que se preocupan de semejantes asuntos: una propaganda sistemada, como la que propone el *Mercurio*; una publicación destinada a facilitar a los americanos su conocimiento mútuo, como lo indica el *Ferrocarril*, todo eso es aceptable i laudable. Mas ni estos arbitrios, ni otros análogos podrán jamas tener la eficacia de una diplomacia consagrada a mantener i cultivar las relaciones políticas i las sociales de esos pueblos, i la que pueden aparejar otros medios que, como las exposiciones internacionales, solo pueden emplear los gobiernos, si se proponen hacer provechosa i tanjible la unidad de nuestras repúblicas.

Las mismas reflexiones se aplican al propósito de buscar el apoyo de esta unidad i de nuestro porvenir internacional en la amistad con la Union Americana. Ya es tiempo de que todos nuestros gobiernos se consagren a cultivarla, confiando tan esencial interes a personas que puedan servirlo, i que por su carácter i

su valer personal sean capaces de entrar en relaciones respetables con los hombres públicos de Estados Unidos, con sus cuerpos sábios, con la prensa, con la industria i el comercio de aquella gran nacion, para facilitar a todos esos centros de poder los datos positivos i verídicos que puedan inspirarles interes por nuestras repúblicas i darlas a conocer.

La aplicacion de este sistema simultáneamente a nuestras propias relaciones hispano-americanas, i a las que debemos cultivar con los Estados Unidos, talvez seria lenta en los resultados sociales que debe producir; pero sus resultados políticos no se dejarian esperar mucho tiempo. La armonía internacional que desde luego produciria esta práctica, quizá nos llevaria facilmente a la realizacion del gran pensamiento de un congreso anfictiónico, que ya en otro tiempo era el ideal de Bolivar, de Adams, de Webster, de Clay i de otros grandes hombres del Nuevo Mundo; e indudablemente ella serviria para poner a raya los apetitos filibusteros, o el desprecio altanero de nuestra debilidad, que pueden concebir los partidos personales, de que no está libre ni aun la Semecracia Americana, como lo prueba hoi su militarismo novel.

I esta es la ocasion de entrar en la nueva via. La esposicion internacional que los Estados Unidos preparan para celebrar su primer centenario en 1876, ofrece a los gobiernos hispano-americanos una brillante oportunidad de llevar a aquella República las protestas de su adhesion, testimoniada por la lujosa exhibicion que pueden presentar de sus progresos intelectuales i del desarrollo asombroso de sus industrias, de su comercio i de sus codiciables producciones. Abrigamos la esperanza de que Chile, ya que ha olvidado de utilizar eficazmente su diplomacia en América para dar mas esplendor a la Esposicion que prepara para setiembre, no dejará pasar la ocasion de ir a presentar en Filadelfia la prueba de sus progresos, i en Washington su amistad por la patria de Washington, que se nos quiere presentar como un peligro para nuestra fortuna.

J. V. LASTARRIA.

POESIAS.

MERLIN EL HECHICERO.

Cuando Merlin cantaba, i el sonoro
Canto las hondas selvas repetian,
Se dice que caian
De las espesas ramas frutos de oro!

La selva tenebrosa,
La oscuridad que espanta
Es la vida; i Merlin el hechicero
Eres tú, poesía luminosa,
Amor que todo atrae i todo encanta!
Como ese Mago austero
Al contacto de nobles emociones,
Disipa el huracan de las pasiones;
Engasta en la virtud lo verdadero,
Siembra en los corazones,
Poeta, i en tu lóbrego sendero
Fulguren tus canciones;
Inspírate en Merlin el hechicero.

A LA ENTRADA DE LA PRIMAVERA.

En las selvas del alma,
O luna del recuerdo, tú iluminas
Las sombras del pasado
I tornan sus imágenes divinas.

Se encarnan i en mis ojos
 Se reflejan las formas ideales;
 Efimeras visiones
 Que yo creyera formas inmortales.

Bellísimas mujeres,
 Hijas de la esperanza i el deseo;
 Espectros melancólicos,
 Qué tristes i qué pálidas os veo!

I así, espectros, os ama
 I os busca i os abraza el alma inquieta.
 O luna del recuerdo,
 Irradia en las visiones del poeta!

GUILLERMO MATTA.

MISERIA HUMANA.

Pálida i blanca, de mirada ardiente,
 Suave como el perfume de una flor,
 Anjélica, ideal, amante i bella:
 Así era mi Leonor!

Cuántos sueños i cuántas esperanzas
 Nacieron a la sombra de su amor!
 Cómo temblaba yo cuando sentia
 Latir su corazón!

Cómo huían las horas a su lado
 Rápidas, dulces, llenas de embriaguez!
 ¿Qué me importaba el mundo i sus afanes?
 Yo estaba en el Eden!

Ninguna dicha se igualó a la mía!
 Era mi vida un sueño celestial!
 Aún se embriaga mi alma al recordarlo:
 Ser amado i amar!

La suerte al fin nos separó. Qué triste
 Es vivir en la ausencia! cuánto afán,
 Cuántas dudas i cuántas aprensiones
 Nos vienen a asaltar!

Si no existiera la esperanza!.... en vano
 El corazón quisiera resistir!
 Qué valiera vivir si ante nosotros
 No hubiera un porvenir!

Mas yo esperaba: de mi alma nunca
 Se apartaba la imájen de Leonor:
 A verla volveria; aquella ausencia
 Eterna no era, nó.

Por fin llegó el momento!.... Qué impaciencia
 Por volar a su lado! qué ansiedad!...
 Cuán horrible es el tiempo!.... en una hora
 Sentí la eternidad!

Llego, la frente de sudor bañada,
 Temblorosas las manos i la voz,
 Errante la mirada, el lábio ardiente.....
 Me ahogaba la emoción!

Entro, la miro!... yo no sé!... una nube,
 Una nube de sangre me envolvió!...
 ¿Qué era aquello? ¿qué hacia? ¿dónde estaba?
 ¿Qué fué lo que pasó?

Ah! si el dolor al ménos nos matara!
 Qué importaba el dolor!... I hai que vivir!..
 Suerte espantosa! el alma moribunda
 No acaba de morir!.....

Ella estaba en el lecho, su cabeza
 Adornada de flores.... ¡qué irrisión!
 Cubrir con el emblema de la vida
 De la muerte el horror!

¿I era aquella Leonor?... ¿era su frente
 Aquella frente enflaquecida, azul?....

Ese cadáver demacrado, horrible,
Mi Leonor ¿eras tú?...

Ah! qué se hizo la beldad sublime,
La hada hechicera, la celeste huri?
Al marcharse hácia el cielo ¿qué ha dejado
La Diosa en pos de sí?...

Miseria humana! un lívido cadáver
Recuerda su belleza i su virtud!.....
Un puñado de lodo repugnante,
Oh mundo! eso eres tú!!

VÍCTOR TORRES A.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

Marzo 1.º de 1875.

La historia del budhaismo ha sido objeto de muchos i mui importantes estudios. Una relijion que cuenta mas de trescientos millones de adeptos, i que ha dominado por mas de veinticinco siglos en un país cuyos habitantes han ejercido una grande influencia sobre la civilizacion del mundo, merece de justicia la atencion que le presta la ciencia moderna.

Sinembargo, los estudios hechos hasta ahora tienen el inconveniente jeneral de la mayor parte de los trabajos de primera mano, encierran un gran saber, pero no están puestos al alcance de la gran mayoría de los lectores. La misma erudicion, el recargo de consideraciones i de fundamentos que se discuten, hacen que esos trabajos sean casi inabordables para los hombres que no tienen una considerable preparacion adquirida por medio de estudios anteriores. Recientemente, una distinguida escritora francesa, Madama Mary Summer, ha publicado por la librería Leroux de Paris, un pequeño volúmen de verdadera ciencia, i que tiene la importante ventaja de estar puesta al alcance de toda clase de lectores. Ese volúmen es ademas una biografía completa del famoso fundador de esa relijion, la mas completa que conozcamos. El título de ese libro es *Histoire du Bouddha Sákya-Mouni*.

Antes de señalar la importancia del libro que nos ocupa i de la distinguida autora que lo escribió, daremos un corto resúmen de su contenido, siguiendo casi fielmente un excelente artículo crítico que tenemos a la vista.

El nacimiento del Budha es milagroso como su vida. Por un privilejio singular, el cuerpo de la reina Maya, su madre, era diáfano, i se podia distinguir al futuro Sakia-Mouni sentado, con las piernas cruzadas, en el costado derecho de su madre, en una especie de silla hecha para un niño de seis meses. En esta postura recibía los homenajes de los visitantes, hombres o dioses. Cuando éstos se presentaban, el pequeño Budha saludaba estendiendo la mano i encontraba medio de no herir a su madre.

El parto se verificó con la mayor facilidad. Maya habia bajado al jardin. Habia andado de un grupo de árboles en otro para buscar un lugar de elevacion propicia, cuando percibió una enorme higuera que se inclinaba como para lla-

mar su atención i la saludaba profundamente. Conmovida por esta delicada atención, Maya se tendió a su sombra; i el Budha, dado a luz, reveló inmediatamente sus cualidades sobrenaturales.

Apénas se puso de pié, anduvo siete pasos hácia cada uno de los puntos cardinales, exclamando con una voz de león: "Soy el mas grande de todos los seres: venceré al demonio i pondré término al nacimiento, a la vejez, a la enfermedad, a la muerte." Mientras pronuncia este discurso, todo tiembla en los alrededores: el trueno hace furor: el Himalaya vacila sobre su base, i los elefantes i otros animales nacen en gran número.

La juventud de Sakia-Mouni confirma estos felices principios. Cuando llegó la época de llevarlo a la escuela, se le presentó a un célebre profesor llamado Visvamitra.—¿Qué escritura vas a enseñarme? pregunta el augusto niño con un tono burlon, i enumera sesenta i cuatro escrituras de cuya mayor parte el maestro ignoraba hasta la existencia. El buen Visvamitra no halla nada mejor que hacer que prosternarse a los piés del niño i confesar su ignorancia. Alguna vez se ha comparado este hecho con la historia del niño Jesus discutiendo con los doctores en el templo.

En breve fué necesario pensar en casarlo. El rei su padre, asediado por las solicitudes de su cortesanos, cada uno de los cuales propone una hija, sale de embarazos con el discurso siguiente:—"Señores, dice, quizá seria conveniente consultar a mi hijo: el jóven es mui difícil, i elejirá él mismo la mujer que le conviene. Las mujeres no tienen cualidades; pero al fin se buscará para mejor." Así habló este sabio.

Nos hallamos en presencia de una escena que recuerda el desfile de las jóvenes judias delante de Asuero. El jóven príncipe habia tenido la precaucion de formar la lista de las cualidades que debia poseer su esposa:—"Que sea hermosa, decia, pero sin orgullo por su hermosura; que ni aun en sueños tenga jamas deseos por otro hombre que no sea su marido; que le sea sumisa como una esclava; que no tenga pasion ni por la música, ni por la danza, ni por los perfumes; que sea sabia en los ritos prescritos por los libros sagrados, pero que no sea demasiado devota ni tenga un gusto inmoderado por los dioses i sus fiestas; que desconozca la coquetería i esté vestida solo del pudor; sin pereza, activa en su casa, que sea la última que se duerma i la primera que se levante."

El augusto novio, como se vé, estaba lleno de sabiduria; pero este rigoroso programa no desalentó las ambiciones femeninas. El batallon mas encantador fué a desfilar delante de él. Las jóvenes subian unas tras de otras las gradas del trono donde estaba sentado el hijo del rei, distribuyendo graciosamente anillos, brazaletes i collares. Apesar de su deseo de agradar, fueron obligadas a bajar los ojos ante la mirada del príncipe. Todas las alhajas habian sido distribuidas cuando entró Gopa.

Gopa era la hija del señor Dodapani, de la familia de los Sakias. Leyendo la lista escrita por el Budha, se habia dicho con la mas franca injenuidad: "¡Gran Brahman! yo tengo todas esas cualidades!"

Sin vacilacion, sin temor, marchó directamente hácia el trono i miró fijamente a Sakia-Mouni sin pestañar. El diálogo es mui curioso:—"Jóven, le dice ella, ¿qué ofensa te he hecho para que me desdeñes así?"—"No te desdeño, pero tú llegas mui tarde." I ya seducido, el príncipe, que no tenia joyas, se sacó un bra-

zalete i lo colocó en el brazo de Gopa.—“¿Conviene que reciba de tí semejantes cosas?” dijo como asustada de tan rápida victoria.—“No temas nada, respondió él: esto i todo lo que yo tengo te pertenece: llévalo.”—“¡Pues bien! replicó la jóven; hasta el presente yo no tenia joyas: ahora que tengo me ataviaré con ellas.”

Sin embargo, no se hace el matrimonio. Dodapani el padre cree que hasta entónces la vida del príncipe ha sido demasiado pacífica. ¿Qué es un príncipe al cual no son familiares la esgrima, el pujilato, el ejercicio del arco?

“¿Eso no mas os inquieta?” esclama el Budha. E inmediatamente se convoca a los jóvenes Sakias a un solemne torneo. El príncipe no tiene mas que tocar a sus adversarios con una mano para tenderlos por tierra. Destroza todas las armas que se le presentan. Va a buscar el famoso arco de su abuelo Sinhahana: ninguno de los jóvenes consigue levantarlo; pero él lo dispara con un solo dedo, i su flecha atraviesa siete tambores de fierro para llegar a herir la imájen de un jabalí que le sirve de blanco. Como esto podria parecer imposible, la tradicion recuerda que en el lugar donde cayó aquella flecha se formó un pozo que aun ahora tiene el nombre de Sarakupa (pozo de la flecha).

Pero el matrimonio no es feliz. Es necesario que el destino se sobreponga en el destino del Budha está que debe vivir bajo la lei relijiosa. Nada puede resistir a una vocacion irresistible. En vano su padre i su esposa lo instaban con tiernas súplicas. En vano el rei ha multiplicado las guardias al rededor del palacio, los centinelas sobre las murallas para impedir su salida de la ciudad, Sakia-Mouni, llegada la noche, salta sobre su caballo blanco, i el sueño amortigua el párpado de las guardias, i las puertas de la muralla se abren como por encanto.

Entónces comienza la larga historia de sus ayunos, de sus tentaciones, de sus triunfos sobre el demonio. En su ayuno se somete luego a tales mortificaciones que llega a trazar de él mismo el siguiente retrato: “Mis costillas, dice, se pusieron tan salientes como patas de jaiba i mis articulaciones tan visibles como los nudos de la planta asitatee: mi espina dorsal se parecia al tejido desigual de una trenza, el cráneo de mi cabeza a una botella rota i la pupila de mis ojos hundidos a una estrella reflejada en el fondo de un pozo. El color brillante de mi cútis desapareció para ser reemplazado por un tinte azulejo, i las jentes de la vecindad se burlaban de mí diciendo: “¡Ved, pues, al hermoso relijioso! Tiene ahora el color del pezcado madgoura; se le tomaria por un espíritu de los cementerios.”

Despues de haber triunfado del ayuno, Sakia-Mouni triunfa de las tentaciones de la carne. En seguida se hace apóstol; va a predicar su doctrina a los lugares mas remotos. Se une a su esposa Gopa, que llama “su hermana” i a quien pone a la cabeza de un convento de mujeres. Convierte a los herejes, i los monasterios nacen literalmente bajo sus pasos. Sus discípulos son innumerables; ha llegado al colmo de la popularidad; está lleno de dias, i su muerte va a ser una enseñanza suprema i edificante. Sintiendo tocado del mal que debe arrebatarlo, el Budha resume su doctrina en algunos rasgos característicos. Cuando siente que el frio de la muerte lo invade, estiende la mano para bendecir a los relijiosos; i se escapa por tres veces de sus lábios desfallecidos el siguiente llamamiento: “Si teneis dudas sobre el Budha, la lei i los fieles, hacedlas conocer

que yo las declararé." Un silencio solemne acoje estas palabras, nadie responde. "Puedo, pues, morir en paz, mis mui queridos relijiosos. Todo es perecedero i pasajero; esforzaos en adquirir méritos sin perder un instante. El pensamiento dominante del Budha debia ser la última palabra que se encontrase en sus labios. Cierra en fin los ojos, i la tierra tiembla varias veces: los dioses llenan los aires i participan del dolor de los hombres. El Budha habia nacido 623 años ántes de Jesu-Cristo i murió en 543. Habia, pues, vivido ochenta años.

El librito de madama Mary Summer contiene en estenso la vida que aparece abreviada en las líneas anteriores. Es una obra popular, escrita para el mayor número de lectores, con formas agradables e interesantes pero que revela un conocimiento estenso de la materia. Con el nombre de madama Mary Summer, conocido en la literatura moderna por varias obras de mérito, una de las cuales es una corta historia de las relijiosas budhaistas, publicada en 1873, se oculta una mujer de mucho talento i de vasta ilustracion, llamada Carlota Fillon, esposa de M. Foucaux, célebre orientalista frances, profesor del colejio de Francia, i autor de algunas obras mui notables sobre la lengua i la relijion de la India. La autora del libro que damos a conocer por medio de estas líneas, aprovecha las investigaciones de su esposo, i las populariza en escritos ménos graves, despojados de toda pretencion de ciencia, pero tan agradables por la forma literaria como instructivas por el fondo.



Entre los libros destinados a popularizar las nociones científicas que han caido en nuestras manos en el último tiempo, llama particularmente la atencion uno impreso en Lóndres en 1873 en un volumen de 124 pájinas en folio, que lleva por título *Physical geography* (jeografía física) por Arnold Guyot. El autor de esta obra es un sabio suizo que ocupa un puesto importante en una universidad de Nueva York, i que es bien conocido por otro libro análogo titulado *La Tierra i el hombre*, que circula en ingles i en frances.

El nuevo trabajo de Guyot es un tratado elemental de jeografía física destinado a completar un curso jeneral de jeografía que habia emprendido. La manera como están tratadas todas las cuestiones de física terrestre, la claridad en la esposicion, la seguridad en las noticias que se dan, todo revela que esas pájinas han sido trazadas por un hombre mui versado en la ciencia i que escribe con pleno conocimiento de causa. En partes, sinembargo, no hace mas que enunciar las cuestiones sin entrar propiamente en ellas, sin duda por no creerlas adaptables a la intelijencia de los jóvenes principiantes; pero aun esas nociones sumarias que dá son siempre exactas i siempre claras.

El libro de Guyot se recomienda mas aun que por el mérito del testo por el valor científico de las numerosas láminas i cartas jeográficas que lo acompañan. Bajo este concepto, es uno de los trabajos mas completos i mas útiles que conozcamos. Casi no hai hecho alguno de meteorolojia, de hidrografia, o de cualquiera faz de la física terrestre que no esté perfectamente explicado por medio de un dibujo o de un mapa en que se hace notar junto con la precision científica, el injenio para representar con toda claridad por medio de una lámina un principio o una teoría.

M. Guyot se empeña en demostrar en el prólogo de su libro cuán grande es la utilidad que el estudio de la geografía física tiene para toda clase de personas, para el navegante, para el agricultor, para el hombre de estado, para el comerciante, etc. etc. Pero la mejor demostración de esta opinión se encuentra en el libro mismo, donde se hallan en cada página noticias del mas alto interés, i cuya utilidad se comprende aun con una rápida lectura.



Con el título de *Biblioteca de educacion i de recreo*, la librería J. Hetzel de Paris publica en hermosos volúmenes, muchos de ellos con buenos grabados, una colección importantísima de obras de ciencia popular, destinada a los niños i que puede servir para las personas de todas las edades. En ella se han dado a luz las afamadas obras de Julio Verne; la botánica de Grimard i muchos otros escritos justamente célebres.

Por ahora vamos a llamar la atención de nuestros lectores hacia dos nuevos volúmenes de un gran mérito.

M. Viollet-le-Duc, arquitecto de gran saber i de un gusto esquisito como crítico de bellas artes, autor de obras monumentales sobre arquitectura, ha acometido con mui buen éxito la tarea de popularizar las nociones de esta arte en libros escritos con todo el interés de la novela mas entretenida.

Su primer ensayo, publicado hace algunos meses, fué la *Histoire d'une maison*. Bajo este título, M. Viollet-le-Duc inicia al niño en todos los secretos de la arquitectura. «Jamás antes que él, dice un célebre crítico, se había unido tanta precisión científica en los detalles, a tanto encanto en la exposición i a un arte mas consumado en el desenvolvimiento de la acción.»

Alentado por el buen éxito de esa obra, M. Viollet-le-Duc ha lanzado a la publicidad otro volumen titulado *Histoire d'une forteresse*. «Desafiamos al juez mas severo, dice el mismo crítico de quien hemos copiado las palabras anteriores, M. Le Reboullet, a que ojee este admirable volumen sin sentirse desde luego maravillado de la suma de conocimientos acumulados, de erudición especial i de invención literaria que exige una obra de esta importancia. Jamás en Francia ni en el extranjero la ciencia accesible a todo el mundo ha visto elevarse un monumento tan duradero i de proporciones tan perfectas. Este libro es el resumen de la ciencia estratégica. M. Viollet-le-Duc ha sabido encerrar en el cuadro de su narración un compendio de la historia militar de Francia, con todo el movimiento en la acción i con una tan escrupulosa exactitud en los detalles que su libro se lee como la mas conmovedora de las concepciones novelescas, al mismo tiempo que cada página inicia al lector en los triunfos i en los reveses de la defensa nacional desde los tiempos mas remotos hasta nuestros días.»

En efecto, el autor refiere la historia de una fortaleza establecida en una meseta situada entre Langres i Dijon, desde las primeras invasiones de la Galla hasta nuestros días, señalando todos los principios de estrategia i todos los procedimientos de construcción que han sido empleados en el trascurso de los

siglos, hasta explicar las necesidades creadas por los poderosos elementos de ataque inventados en nuestros días, para la defensa de las plazas militares.

El libro de M. Viollet-le-Duc, del cual se ha dicho que señalará una fecha en la historia de la literatura científica de nuestro siglo, es, pues, un excelente trabajo de popularización de la ciencia de construcción militar i de estrategia.



El nombre de M. Louis Figuier, tan famoso hace algunos años por sus esfuerzos para popularizar los conocimientos científicos, ha sido oscurecido en cierto modo por los trabajos de los que siguiendo su ejemplo lo han sobrepasado por el saber i aun por el arte literario. Ha contribuido también a este resultado el descuido con que ha procedido en algunos de sus últimos escritos. Creyéndose afianzado en su reputación i trabajando casi al correr de la pluma, sus libros se han resentido de superficialidad i de errores mas o ménos graves.

Cualesquiera que sean los defectos de los últimos trabajos de M. Figuier, es indudable que ha prestado importantes servicios a la difusión de las ciencias i a crear en muchas personas el amor que se tiene por ellas. Algunas de sus obras son leídas aun con interés, i merecen de justicia un puesto de honor entre las producciones útiles de nuestro tiempo. A este número pertenece su historia de las invenciones modernas, reimpresa hace pocos años, i después de una escrupulosa revisión, en cuatro gruesos volúmenes con cerca de dos mil grabados, i con el título de *Les merveilles de la science*.

Recientemente ha comenzado a publicar otra obra que tiene por objeto completar aquella. Con el título de *Les merveilles de l'industrie* ha dado a luz dos volúmenes en 8.º, a dos columnas, i con cerca de ochocientos grabados, para describir los procedimientos industriales mas adelantados de nuestro tiempo i de la historia de sus transformaciones. Esos volúmenes hacen la historia de la fabricación del vidrio, del cristal, de la losa, la porcelana, el jabón, la soda, las potazas, la sal, el azufre, el ácido sulfúrico, la azúcar, el papel, los papeles pintados, los cueros, el caucho, la guta-percha i los tintes. Todas estas materias están tratadas con tanta claridad, i las láminas sirven tan bien a su objeto, que no es posible ojear estos volúmenes sin agrado i sin interés, aun cuando se busque en ellos la satisfacción de una simple curiosidad. Para los industriales tienen un interés mucho mayor, pero como obras de simple lectura merecen la aceptación con que han sido recibidos.



Hace algunos años el distinguido literato argentino don Juan María Gutiérrez publicó en Valparaíso un librito titulado *El lector americano*. Estaba for-

mado de trozos escogidos de escritores americanos, que importa dar a conocer a los niños que hacen sus primeros estudios. Posteriormente se hizo en Valparaíso una segunda edición de esta obra, considerablemente modificada i aumentada.

El señor Gutierrez a su vez acaba de hacer una nueva edición en Buenos Aires. En 1874 ha impreso en esa ciudad un volumen de 426 páginas en 16° que lleva este título: *El lector americano, colección de trozos escogidos en prosa i verso de autores americanos sobre moral social, maravillas de la naturaleza, historia, política, biografía i otras materias relativas a la América del habla castellana*. Aunque el trabajo del señor Gutierrez se ha limitado a extraer i a ordenar los fragmentos literarios que componen este libro, supone una vasta ilustración, el conocimiento de un gran número de obras, i buen gusto en la designación de las piezas que lo forman. El señor Gutierrez, además, ha acompañado esos fragmentos con notas biográficas i críticas de grande utilidad.

La obrita que recomendamos tiene un valor propio, i puede servir para llamar la atención de los estudiantes hácia los autores americanos, jeneralmente mui poco conocidos fuera del país en que escribieron. Si alguna censura hubiera de hacerse sería la de ser demasiado reducida. En efecto, habría convenido darle mayores proporciones, agrupar mas fragmentos i aun dar mas estension a las notas que ha puesto el colector. Pero aun en su estado actual, es un libro que se recomienda por sí solo.



Les Atlantes es el título de un volumen de cerca de 600 páginas en 8.° publicado hace pocos meses por la casa de Germer Bailliére de Paris. Su autor, M. Roisel (nombre que talvez es un seudónimo), ha querido esponer bajo este título singular, una teoría ligada con las mas oscuras cuestiones prehistóricas. Según él, en tiempos mui remotos ha existido en el centro del océano Atlántico un continente que estaba unido a la Europa por la España i a la América por las Antillas. Ese continente, la Atlántida de Platon i de otros escritores de la antigüedad, habría servido de vínculo a la civilización de la Europa i de la América en una época de que la historia no conserva el mas ligero recuerdo, pero cuya existencia no es dudosa para el autor en vista de los hechos jeológicos que menciona, i de las relaciones que cree encontrar entre las tradiciones, las ideas religiosas i los monumentos del antiguo i del nuevo mundo.

Este libro, cuyas conclusiones no son completamente nuevas, parecerá aventurado en muchas de sus partes, absurdo quizá; pero lo que no se puede poner en duda es que es el fruto de un estudio estenso, i que tiene el mérito de llamar la atención hácia cuestiones importantes.



La casa de Garnier hermanos ha publicado hace poco tiempo en Paris (en 1873) una nueva edición de los *Principios de derecho internacional* por don

Andrés Bello. Esta edicion, merced a los medios de publicidad de que disponen los libreros europeos, ha circulado profusamente en Europa i en América, i aun han llegado algunos ejemplares a Chile. En la simple reproduccion de esta obra notable se ve cuán poco se conoce en Europa el movimiento intelectual de nuestros paises.

Se sabe que el libro del señor Bello ha sido publicado tres veces en Chile. La primera edicion se hizo en Santiago en 1832, la que fué reproducida en Europa i en América, i escandalosamente plajada en España. La segunda edicion, con importantes modificaciones, fué hecha en Valparaiso en 1844. I por último, en esta misma ciudad se hizo en 1864 la tercera edicion con muchas pájinas que no figuraban en las dos anteriores, como puede verse, sobre todo, en el capítulo octavo de la segunda parte. Pues bien, los editores franceses al hacer la reimpression de la obra del señor Bello, han tomado la segunda edicion, que han reproducido fielmente, i como si fuera el trabajo definitivo del ilustre sabio americano.

La nueva edicion de la obra del señor Bello tiene sin embargo una novedad que conviene conocer. Es esta una estensa carta escrita en Bogotá en 1846 por el distinguido literato i diplomático americano, don Antonio José de Irisarri, en que hace el mas cumplido elojio de los *Principios del derecho internacional*.



Un viajero norte-americano, Mr. Samuel Hazard, conocido en el mundo de las letras por un libro pintoresco sobre Cuba (*Cuba with pen and pencil*), Cuba con pluma i lapiz), ha publicado hace poco en Lóndres un hermoso volúmen de mas de 500 pájinas en 8.º con el título de *Santo Domingo, past and present, with a glance at Hayti* (Santo Domingo, su pasado i su presente, con una mirada sobre Haití).

Es tan poco lo que se sabe acerca de la república dominicana, de su historia como de su estado presente, que un libro de esta naturaleza no puede dejar de llamar la atención. Aparte de esta circunstancia, la obra del viajero norte-americano merece conocerse porque posee un mérito propio.

Mr. Hazard no pertenece al número de esos prolijos investigadores que estudian un asunto hasta conocerlo a fondo; pero ha explorado por sí mismo el territorio dominicano, ha conocido por observacion propia el estado político i social de esa república i los sucesos contemporáneos, i ha estudiado en los libros los hechos pasados que consigna en su obra con regular exactitud. Son notables sobre todo los capítulos que destina a la historia moderna i contemporánea de Santo Domingo i de Haití, porque contienen noticias que en vano se buscarian en otros libros. Además, ha hecho preceder su obra de una estensa bibliografía sobre la historia i la jeografía de esos dos estados, que servirá para que los hombres de estudio puedan adelantar la investigacion sobre ambas materias.

El trabajo de Mr. Hazard se recomienda tambien por otro título. Aparte de un buen mapa de la isla española, contiene cerca de doscientos hermosos grabados en madera que representan vistas de algunas ciudades o monumentos, re-

tratos de personajes célebres, escenas de costumbres, diversas localidades como bosques i campos cultivados, producciones de la isla u otros objetos, todos los cuales facilitan la intelijencia del testo i hacen mas agradable su lectura.



Otro libro ingles referente a América.

Con el título de *The western world. Picturesque sketches of nature and natural history in north and south America* (El mundo occidental. Bosquejos pintorescos de la naturaleza i de la historia natural de la América del norte i del sur), Mr. William H. G. Kingston ha publicado en Lóndres en 1874 un hermoso volúmen de mas de 700 pájinas en 8.º Es una especie de jeografía física del continente americano en que el autor estudia la configuracion i naturaleza de las tierras, llanuras, montañas, i mesetas, los animales, las plantas, las razas indijenas i a veces los monumentos que dejaron de su pasada grandeza, i hasta las producciones minerales.

El libro de Mr. Kingston es agradable para la lectura, i populariza ademas los conocimientos científicos que se encuentran en las obras de los mas célebres viajeros i jeógrafos. Aunque no puede considerársele exento de errores de detalle, aunque dista mucho de ser completo, puesto que deja porciones del territorio casi completamente olvidadas, como sucede con una gran parte de la América meridional, i aunque pasa mui de carrera sobre algunas otras a paso que se estiende mucho al tratar de aquellas acerca de las cuales tiene datos mas abundantes, su libro tiene un verdadero interes i el mérito particular de llamar la atencion hácia cuestiones de jeografía i de historia natural poco conocidas en Europa.

Como la obra recomendada en el párrafo anterior, la de Mr. Kingston se recomienda por la abundancia i la belleza de los grabados. Representan éstos muchos paisajes, montañas, llanos i selvas; pero su mayor número está destinado a la reproduccion fiel de los animales i de algunas plantas casi desconocidas de los europeos. Bajo este aspecto, el trabajo de que damos cuenta es de un mérito indisputable.



Las crónicas de las órdenes relijiosas en el nuevo mundo son un auxiliar necesario para estudiar la historia de América. Se sabe la importancia que esas congregaciones, i particularmente la de jesuitas, tuvieron en la colonia, el prestigio de que gozaron i el influjo que ejercieron; i se comprende que los libros en que se ha contado su historia, por mas que estén llenos de absurdos i de milagros i que contengan numerosos errores, contribuyen poderosamente a darnos a conocer el pasado, pintándonos una faz mui importante de la vida colonial. Las historias de los jesuitas en Méjico por el padre Alegre, en Nueva Granada por el padre Cassani, en el Paraguai por el padre Lozano, i en Chile

por el padre Olivares, son entre otras muchas obras de esta naturaleza, útiles documentos para estudiar i escribir la historia civil de estos paises.

Ultimamente, un escritor neogranadino ha dado a luz una crónica de esa clase. Don José Joaquin Borda i Bermudez, nacido en Tunja en 1835, i educado en un colejio de jesuitas en Bogotá, aunque dedicado a la carrera del comercio, ha hallado tiempo para cultivar la poesía i para escribir la historia de los jesuitas en Nueva Granada. En 1872 ha publicado en Poissy (Francia), dos volúmenes en 4.º, de hermosa impresion, de cerca de 250 pájinas cada uno, que llevan el título de *Historia de la Compañía de Jesus en la Nueva Granada*.

En 1741 el jesuita español José Cassani, escritor mui fecundo i laborioso, habia publicado en Madrid con un título casi igual un volúmen de 618 pájinas en folio lleno de las mas curiosas noticias sobre la historia de la Compañía en aquel país. El señor Borda, que ha tenido constantemente a la vista esa obra, dice que habiéndola leído con avidez encontró que no le satisfacía. "Escrita, dice, con poco criterio, en un estilo que no es el de nuestra época, tenia ademas la desventaja de no contener dato alguno sobre las misiones del sur i de no llegar sino hasta principios del siglo XVIII." Entónces resolvió aprovecharse de lo que consideraba bueno en aquel libro i completarlo para dar una muestra de gratitud a la Compañía. Para ello, hizo un compendio de la obra del padre Cassani, agregándole algunas noticias que éste no ha consignado, i completándola con un resúmen de la historia de los jesuitas en Nueva Granada hasta su espulsion en 1767, su momentáneo restablecimiento en 1842 i su destierro definitivo en 1861. El trabajo del señor Borda, por mas que puede creerse otra cosa, está reducido a estas modestas proporciones.

Antes de continuar este lijero análisis, nos permitiremos decir que disentimos por completo del juicio que acerca de la obra del padre Cassani ha emitido el señor Borda. Aquel jesuita es un escritor distinguido, que conocia perfectamente la lengua castellana i que la manejaba con habilidad i soltura. Fué uno de los autores del primer diccionario de la lengua castellana que compuso la Academia española, i aun escribió el importante prólogo de esta obra. Como historiador, no es precisamente escaso de criterio: cuenta es verdad muchos milagros, como lo hacen los otros historiadores de su órden i de su tiempo, i ensalza desmedidamente a la Compañía, pero ha consignado en su obra bastantes noticias para reducir las cosas a su verdadero tamaño.

El señor Borda profesa por la Compañía la misma admiracion que profesaba el padre Cassani. Cuenta su historia con el mismo espíritu i aun podria decirse con mas pasion. Suprime de ella casi por completo los milagros, que en nuestro tiempo no sirven mas que para desprestijiar los libros que los refieren; i deja de contar muchos hechos de que un historiador ménos preocupado puede sacar consecuencias contrarias a las que él quiere deducir del estudio de la historia de los jesuitas. Aun de los documentos que copia, suprime los pasajes que no son favorables a su causa, como la real cédula de Fernando VII de 3 de mayo de 1816 por la cual mandó restablecer la Compañía de Jesus en América, de la cual ha quitado un pasaje mui importante que habria perjudicado al espíritu de su historia.

A pesar de esto, la obra del señor Borda, escrita con sobriedad de estilo i con regular método, tiene interes para los aficionados al estudio de la historia ameri-

cana. Aunque no se percibe en ella el trabajo de prolija investigación tan indispensable cuando se escribe la historia, i aun cuando se notan en ella muchas deficiencias, nacidas unas de falta de mas minuciosa investigación, i otras del espíritu de secta que no quiere referir mas que lo que conviene a su causa, hai en ese libro bastantes noticias que dan una idea jeneral de los sucesos que se refieren.



En 1874 se ha publicado en Paris por la librería de Bouret hijo, un volúmen de 340 pájinas en 8.º que lleva el título siguiente: *Recuerdos del regreso de Europa a Bolivia i retiro a Tacna del jeneral Narciso Campero en el año 1865*. Mitad manifiesto político escrito por el autor para vindicar su conducta de las imputaciones que se le hacian, mitad relacion histórica de sucesos contemporáneos trazada por un testigo i actor de ellos, los *Recuerdos* del jeneral Campero forman un libro que por mas de un título interesa a los aficionados al estudio de las cosas de América.

Los sucesos consignados en este libro, dados a canocer en parte en Chile por uno de los libros del señor Sotomayor Valdes, se refieren a los primeros tiempos del gobierno del jeneral Melgarejo, a la invacion del territorio boliviano por el jeneral Belzú, a la muerte de éste, de que fué testigo presencial el jeneral Campero, i los sucesos inmediatamente posteriores. El autor ha consignado estas noticias sin otro plan que el órden estrictamente cronológico, segun estaban anotadas en sus apuntes, sin pretenciones literarias i con una llaneza de estilo que podrá chocar a los que buscan mas arte en los escritos, pero en que no fijan su atencion los que solo buscan en esta clase de libros la esplicacion de los hechos históricos. Por eso creemos que aun sin reconocer un valor literario a esta obra, i sin juzgar que deba prestarse a sus noticias una confianza ilimitada, la obra del jeneral Campero tiene una verdadera importancia histórica.

La edicion está acompañada de 24 grabados en madera, que si no se recomiendan por una gran belleza artística, no carecen de interes. Diezinueve de ellos son retratos de otros tantos personajes notables de Bolivia, mas o ménos célebres bajo el gobierno del jeneral Melgarejo.



El Diario de los reinados de Jorge IV i Guillermo IV, por Cárlos Greville; esq. secretario del consejo de esos dos soberanos, acaba de salir a luz en Londres (1874 3 tomos en 8.º). En estas memorias, sin disputa las mas interesantes i curiosas que en los últimos años se hayan publicado en país alguno, como de su propio título se colije, hemos encontrado una noticia histórica, relativa a las repúblicas hispano-americanas, hasta ahora ignorada. Habíamos creído sobre la fé de los historiadores que la política inglesa en jeneral era favorable a la emancipacion de las colonias españolas: pero Mr. Greville, cuya

severa imparcialidad i franqueza resalta en cada una de las pájnas de su diario, escrito ex-profeso para la posteridad, asevera fundándose en la autoridad de Lord George Bentinck, que el duque de Wellington se opuso tenazmente al reconocimiento de las nuevas repúblicas americanas, i que en semejante negativa fué apoyado por el rei Jorje IV, quien desde el principio recibió de mal grado las propuestas de Canning, i solo cedió a ellas viendo que no era posible resistir al grande hombre de estado i ministro. El rei no solo se reconcilió con la idea de proclamar la independenciam de las colonias españolas, sino que al fin pretendió ceñirse los laureles de iniciador i patrocinante. Quando Canning en su célebre discurso exclamó: "Yo dí a luz un nuevo mundo para contrabalancear al antiguo," dice Mr. Greville que el *yo* no era admitido con gusto por sus colegas. El duque de Wellington sospechaba que Canning intrigaba con los Whigs i le era poco afecto: sin embargo, reconoció que su talento era sorprendente i evitaba contrariarlo a fin de no hallarse envuelto en el consejo de ministros en un altercado personal con Canning. Este hablaba poco, pero mantenía sus opiniones con un teson extraordinario. Aunque Greville no tenía amistad personal con Canning, lo conoció bastante como secretario del consejo; i sobre todo adquirió noticias exactas acerca de este ministro influyente por medio de Lord Georje Bentinck quien le sirvió en calidad de secretario privado. El testimonio de Bentinck es demasiado encomiástico, pues llega a afirmar que cree "que hombre semejante no existió jamas": pero Greville, a pesar de su admiracion, resume el jenio de Cauning en los términos severos que acostumbra, i que aplica a todos los hombres públicos que durante mas de *cuarenta años* fueron sucesivamente pasando bajo el ojo escrutador de su fina i punzante crítica.

Su diario remonta a 1819; i el autor vivió hasta 1865; pero los albaceas i el editor Enrique Reeve, archivero del consejo privado, han debido reservar la parte que se refiere a una época demasiado contemporánea, i han limitado la publicacion a los tres tomos que concluyen en 1837, año de la elevacion de la reina Victoria. Nadie tuvo como el escritor iguales oportunidades para adquirir datos e informar acerca de los hombres-públicos de su tiempo, i acerca de los acontecimientos políticos. Ademas, su posicion social le facultaba entrada a la corte; i a los círculos parlamentarios i diplomáticos. Tienen sus memorias un singular carácter: consigna las impresiones del momento, escritas para una publicacion póstuma, se aparta de toda lisonja, i revela sin error todos los defectos i debilidades de los reyes, sus ministros, embajadores i cortesanos; i cuando el escritor en una época posterior ha cambiado de opinion, tiene cuidado de anotarlo al márgen, siu eliminar el testo primitivo. Las reflexiones de un observador tan sagaz e instruido no pueden ménos de interesar al estudiante de la historia de Europa, si quiere enterarse de las causas que influyeron en el movimiento político de la Inglaterra durante los años que abrazan estos tomos. El duque de Wellington es una de las figuras que en ellos hace el gasto principal, porque, ya en los consejos del rei, o ya en la oposicion, debia ejercer una influencia escepcional. Mr. Greville, tuvo ocasion de conversar con el célebre jeneralísimo ingles, sobre sus campañas en España, sobre la batalla de Warterloo, i otros puntos relativos a su carrera militar. No es estraño que las memorias contengan nuevas apreciaciones i aun rectificaciones curiosísimas.

Así, por ejemplo, Wellington era de opinion que de todos los jenerales franceses contra quienes combatió el mejor era Massena.

No tenemos espacio para entendernos mas; i solo nos resta recomendar esta interesantísima obra al lector chileno. En ella hallará reunida la amenidad de la novela con la seriedad de la historia, i aprenderá de una manera mas clara i exacta que en las crónicas ordinarias, como se desarrolló en Inglaterra desde 1818 el movimiento liberal, i un sin número de detalles sociales i literarios, que no es fácil ver recopilados sino en las memorias de alguien que como Mr. Greville pudo vivir en medio de los actores mismos de este grande i siempre variado drama que se llama *politica*.

Esta obra, cuyo título orijinal es *A journal of the Reigns of King George IV and King William IV by the late Charles C. T. Greville Esq. Clerk of the Council to those Sovereigns*, tiene, ademas, como ya hemos dicho, un interes especialmente americano por cuanto contine revelaciones acerca de la manera como se reconoció la independéncia de estos paises.



Se sabe que durante los años trascurridos de 1866 a 1869 el gobierno ingles ha mantenido en el estrecho de Magallanes i en la rejion vecina un vapor llamado *Nassau*, cuyo comandante, el capitan Mayne, ha tenido el encargo de levantar una prolija carta hidrográfica de aquellas costas. El resultado de este trabajo ha sido un mapa del estrecho mui superior a cuanto conocíamos. Aun se puede decir que la esploracion hidrográfica de algunos lugares ha llegado a conclusiones definitivas.

Al mismo tiempo que el capitan Mayne ejecutaba ese trabajo, otros de sus compañeros emprendian investigaciones de otro órden. Uno de ellos, Mr. Robert O. Cunningham, que tenia el título de naturalista de la espedicion, ha estudiado la zoolojía i la botánica de esa rejion; i a su vuelta a Europa ha publicado en Edimburgo un hermoso volúmen de 500 pájinas en 8.º que lleva por título *Notes on the natural history of the strait of Magellan and west coast of Patagonia* (Notas acerca de la historia natural del estrecho de Magallanes i de la costa occidental de Patagonia).

Como lo anuncia el título de este libro, Mr. Cunningham no ha pretendido hacer una verdadera historia natural del estrecho en que sus producciones animales i vejetales estuviesen distribuidas por jéneros i por especies. Ha hecho una relacion jeneral de su viaje, en que se detiene principalmente cuando habla del clima o cuando describe un animal o una planta; pero sus notas i observaciones, repartidas así en una narracion agradablemente escrita, al paso que revelan en el autor notables conocimientos científicos, tienen una grande importancia para formar la historia natural de aquella parte de nuestro suelo. Mr. Cunningham conoce bastante los trabajos análogos anteriores, i sobre todo las observaciones de Darwin, que con el mismo carácter exploró ese país durante la espedicion de los capitanes King i Fitz-Roy; pero a los datos consignados por aquellos ha podido agregar un gran cúmulo de hechos observados i recojidos por él mismo durante cuatro años casi completos de estudio i de trabajo. Su libro,

ademas, está adornado de muchas litografías que sirven para completar las noticias contenidas en el testo.

La obra de Mr. Cunningham, que nos interesa mui de cerca por tratarse de nuestro propio país, mereceria ser examinada mas estensamente a fin de dar a conocer la importancia que tiene para formar la historia natural definitiva de Chile. Talvez alguno de nuestros colaboradores emprenda en breve esta tarea. Por lo que a nosotros toca, nos limitamos a dar noticia de su publicacion, para llamar sobre ella la atencion de los que en nuestro país se dedican al estudio de las ciencias naturales.

D. B. A.

NECROLOJIA AMERICANA.

(DON FLORENTINO GONZALEZ.)

Don *Florentino Gonzalez* nació en la ciudad del Socorro, en Nueva Granada, el año de 1805. Su padre fué un patriota ardoroso que despues de haber coadyuvado a la sublevacion de la provincia en que residia, se enroló en el ejército independiente, i murió en la campaña de 1816. El jóven Gonzalez fué recojido por un eclesiástico amigo de su familia, i llevado poco mas tarde al lado de ésta, que se habia asilado en Bogotá. Allí vivia oculta bajo el gobierno opresivo del jeneral Sámano, que habia cometido todo jénero de crueldades para afianzar la reconquista española.

Libertado de nuevo ese país en 1819 por el jeneral Bolívar, don Florentino Gonzalez corrió a enrolarse en un cuerpo de tropas de nueva creacion; pero ántes de muchos meses abandonó el servicio militar, sin haber salido del rango de cadete. Habiendo tenido que asistir con el batallon en que servia a la ejecucion de los jefes i oficiales españoles que cayeron prisioneros en Boyacá, Gonzalez se sintió horrorizado por este espectáculo, renunció a la carrera de las armas i se incorporó como estudiante en un colegio de la capital.

Seis años mas tarde, don Florentino Gonzalez habia adquirido el título de abogado. Sus triunfos como estudiante le granjearon tal reputacion que al terminar apénas sus cursos de leyes, se vió honrado con el nombramiento de profesor de lejislacion civil i penal. Este estudio esencialmente teórico, debia hacerse por las esplicaciones del profesor. En el desempeño de su cátedra tomó por guia las doctrinas de Bentham, que sostuvo mas tarde en algunos de sus escritos con variaciones mas o ménos sustanciales.

Al mismo tiempo Gonzalez ocupaba un puesto principal en la prensa política de Bogotá. Redactor de dos periódicos, del *Conductor* primero, i del *Zurriago* en seguida, servia en ellos los intereses del liberalismo exaltado i de los enemigos

de Bolívar i del militarismo. En esta campaña no solo desplegó la audacia del escritor que arrostra los peligros de una época de dictadura, sino ese valor resuelto que sabe resistir a los ataques de la fuerza bruta. Se refiere que en una ocasion impuso respeto a un coronel que habia querido golpearlo para castigar la destemplanza con que Gonzalez atacaba a sus compañeros de armas.

La exaltacion de sentimientos de los jóvenes que combatian con tanto ardor la política del Bolívar, se tradujo por otros actos de mayor violencia que los escritos de la prensa periódica. Se conspiró contra la vida del ilustre libertador de Colombia. En la noche del 25 de setiembre de 1828, los conspiradores pusieron en ejecucion el complot. El palacio fué asaltado a mano armada; los centinelas fueron heridos o muertos; i Bolívar no halló su salvacion sino huyendo por una ventana i yéndose a reunir, despues de muchas peripecias, con un cuerpo de tropas que permanecia fiel i que le ayudó a sofocar el motin. La justicia procedió desde el dia siguiente contra los autores de aquel criminal atentado. Algunos de ellos fueron fusilados: otros merecieron el indulto jeneroso del libertador. Don Florentino Gonzalez, que habia tomado una parte activa en la conspiracion, fué de estos últimos. Condenado a muerte por los tribunales, obtuvo la conmutacion de esa pena por la de prision solitaria en los castillos de Bocachica. Despues de dieziocho meses de detencion, Bolívar mandó ponerlo en libertad.

Don Florentino Gonzalez pasó entónces a Venezuela, que acababa de separarse de Colombia para formar una república aparte. Allí se le confió la redaccion de la *Gaceta oficial*, cargo que desempeñó hasta que por muerte del jeneral Bolívar, quiso volver a Bogotá a principios de 1831. De esta época data su verdadera entrada a la vida pública. Secretario primero de la convencion constituyente, sin ser miembro de ella, redactor del periódico oficial o de otras publicaciones políticas, diputado al congreso en 1833, oficial mayor de los ministerios de relaciones exteriores i de hacienda, ministro accidental de este ramo, i por último gobernador de Bogotá, Gonzalez desplegó en todas partes talento i actividad, i se atrajo la consideracion pública a punto de ser contado desde esa época entre los mas notables políticos de su patria. En la prensa i en las cámaras, Gonzalez sostuvo desde entónces la separacion absoluta entre la iglesia i el estado, que no vino a realizarse sino algunos años mas tarde.

El crédito de hombre de ciencia de que gozaba valió en breve otro honor a don Florentino Gonzalez. En 1839 fué elegido rector de la Universidad de Bogotá, de que era uno de los mas distinguidos profesores; pero las hostilidades del gobierno de don José Ignacio Márquez le impidieron desempeñar ese cargo, i luego le atrajeron una tenaz persecucion como instigador del movimiento revolucionario de 1840, hasta verse obligado a abandonar el territorio de Nueva Granada. Gonzalez se dirijió a Europa, i vivió allí consagrado casi esclusivamente al estudio hasta el año de 1846. Este viaje modificó notablemente sus ideas políticas. En 1840 habia publicado un curso de derecho administrativo, destinado a servir a sus discípulos de la Universidad de Bogotá. Era entónces un liberal intransigente, enemigo de todo principio autoritario. La edad, el estudio inmediato de la política europea, los desengaños sufridos en la lucha, modificaron sus opiniones de tal suerte que aun quedando en las filas liberales fué mucho mas templado en sus principios.

A su regreso de Europa, Gonzalez halló al jeneral Mosquera a la cabeza del

gobierno neogranadino. Antiguo adversario de este caudillo, que figuraba entónces como jefe de los conservadores, don Florentino Gonzalez fué sin embargo llamado al ministerio de hacienda, desde donde pudo introducir en la administración notables reformas económicas. Pero duró poco tiempo en ese puesto: mal avenido con algunos de sus colegas, Gonzalez prefirió el destino de encargado de negocios en Francia, que desempeñó hasta 1850.

Su corta permanencia en el ministerio señala la época de mayor prestigio de don Florentino Gonzalez en la escena política de la Nueva Granada. Es cierto que en 1852 fué elegido senador, i que desde este punto contribuyó eficazmente a que se sancionase la famosa constitucion de 1853 que separó a la iglesia del estado, estableció el sufragio universal i dispuso que todos los altos funcionarios públicos fuesen nombrados por eleccion popular; pero Gonzalez pareció descontento de aquella obra, i prefirió volver por tercera vez a Europa. Talvez se habria establecido allí para siempre; pero el año siguiente fué elegido por ochenta mil votos procurador jeneral de la nacion, o lo que es lo mismo, fiscal de la corte suprema de justicia. Volvió entónces a Bogotá a desempeñar este cargo; i allí cometió el error que lo arruinó como hombre público. Desde su puesto oficial propuso la anexion de la república neogranadina a los Estados Unidos. Esta proposicion, como debe suponerse, produjo una verdadera tempestad, despues de la cual Gonzalez quedó perdido como hombre público.

Con el deseo de alejarse de su patria, mas que con la esperanza de prestarle nuevos servicios, don Florentino Gonzalez aceptó en 1859 el puesto de ministro plenipotenciario cerca del gobierno del Perú que le ofrecia el presidente Ospina. El año siguiente se le trasfirió a Chile con igual rango; pero cuando apénas habia entrado en el ejercicio de sus funciones, ocurrió en la Nueva Granada la revolucion radical que cambió la faz de los negocios públicos. Don Florentino Gonzalez se halló separado de su puesto cuando ménos lo esperaba; i desde entónces resolvió pasar en el extranjero el resto de sus dias.

Quería por entónces fijar su residencia en Chile i ejercer aquí la abogacía. La Universidad, reconociendo su competencia en materias jurídicas, le dió el diploma de licenciado en leyes, dispensándolo de toda prueba. Gonzalez residió algun tiempo en Santiago i luego en Valparaiso, consagrado a las tareas del foro, pero sin hallar en éstas las recompensas a que justamente se creia acreedor. Esta circunstancia le permitió contraerse a trabajos teóricos que fueron recibidos mas o ménos favorablemente por el público, al mismo tiempo que colaboraba a la redaccion de uno de los diarios de Valparaiso. En 1861, cuando aun desempeñaba el cargo de ministro plenipotenciario de Nueva Granada, dió a luz, a espensas del gobierno chileno, un *Proyecto de código de enjuiciamiento*; poco mas tarde publicó un *Diccionario del derecho civil chileno*; i por último, en 1865 imprimió una traduccion castellana del *Gobierno representativo* de J. S. Mill. Don Florentino Gonzalez escribió todos estos libros con la misma precipitacion que muchas veces pone el periodista en el desempeño de su tarea. Al paso que en el primero se descubre que el autor no conoce suficientemente la organizacion judicial chilena que pretende reformar, en los otros dos se notan descuidos que no pueden atribuirse a otra causa que a la rapidez con que Gonzalez escribía.

Poco tiempo despues, en 1866 segun creemos, don Florentino Gonzalez determinó abandonar a Chile, donde no habia hallado la situacion a que aspiraba.

Fué a establecerse a Buenos Aires, cuya Universidad le ofrecia el puesto de profesor de derecho constitucional. Allí pudo ejercer la profesion de abogado; i halló siempre tiempo para llevar a cabo nuevos trabajos. Fué uno de ellos un proyecto de constitucion provincial para el estado de Buenos Aires. Mas tarde, en 1870, dió a luz un volúmen de 479 pájinas en 8.º que lleva este título: *Lecciones de derecho constitucional para servir a la enseñanza en la Universidad de Buenos Aires*, obra que no conocemos por nosotros mismos, pero que hemos visto recomendada por jueces mui competentes en la materia. Se sabe que don Florentino Gonzalez profesó toda su vida un amor particular al estudio del derecho constitucional, i que habia llegado a poseer vastos i profundos conocimientos en este ramo de la ciencia.

Este libro le granjeó una gran reputacion en Buenos Aires. En 1871 el gobierno arjentino le encargó que en union de don Victoriano de la Plaza formase un *Proyecto de lei sobre el establecimiento del juicio por jurado i de código de procedimiento criminal en los casos que conoce la justicia nacional*. Dos años mas tarde, Gonzalez habia llenado su cometido. Acerca del mérito de esta obra, queremos dejar hablar al distinguido publicista chileno don José Victorino Lastarria que ha tenido ocasion de conocerla i apreciarla.

“El proyecto de código fué impreso en Buenos Aires el año de 1873 en un volúmen de 488 pájinas, que mereció ser premiado por su primor en la Exposicion Nacional de Córdoba con medalla de oro.

“El informe sobre las bases de los dos proyectos contiene 174 pájinas i revela una sabiduría notable, no tanto por la vasta erudicion en jurisprudencia criminal i politica, sino por la profunda habilidad con que se adaptan las instituciones del gobierno libre en materias jurídicas a la situacion de una república hispano-americana, como la Argentina. Los informantes, comparando la situacion de esta república con la que asumia el congreso de Estados Unidos cuando dictaba leyes adaptando a la justicia federal las instituciones ya practicadas en los Estados de la Union, dicen con justicia que su tarea es mucho mas difícil, porque tienen que crear la institucion del jurado, que no existe en el país, eliminar el procedimiento inquisitorio i la instruccion secreta del juicio, i establecer en su lugar la instruccion i el procedimiento público, para poner en armonía el departamento judicial con los principios que sirven de base sólida a una organizacion republicana. I a la verdad, llenaron espléndidamente tan árduo propósito, formulando un código que será una verdadera gloria para la República Argentina i para su principal autor el hábil político americanista don Florentino Gonzalez.

“El código de procedimiento criminal tiene 786 artículos redactados en lenguaje preciso i claro, que contienen toda la sabiduría de las lejislaciones modernas de los pueblos ingleses sobre la materia.”

Este debia ser el último triunfo alcanzado en su carrera política i literaria. Despues de cerca de setenta años de una vida pasada en el trabajo i ajitada por todo jénero de contrariedades, don Florentino Gonzalez ha fallecido en Buenos Aires en enero de 1875. Sus servicios a la causa de la difusion de los principios liberales, no pueden ser apreciados en su justo valor en esta breve reseña necrológica, i merecen que se haga sobre ellos un estudio atento i prolijo que no nos ha sido posible formar aquí.

DE LAS CAUSAS DE ERROR.

Las causas de error son jenerales o particulares. Las primeras constituyen defectos o vicios inherentes a las facultades intelectuales o a los instrumentos de que ellas se sirven; las otras se limitan a la materia de que se trata.

I.

Las jenerales se pueden reducir a estos siete capítulos: predisposiciones i estados orgánicos; predisposiciones i estados morales; hábitos intelectuales; deslices de la memoria; precision de la imaginacion; abuso de las ideas-signos; imperfeccion del lenguaje, de que proviene que una misma palabra sea tomada en sentidos varios por diferentes individuos, i no pocas veces por uno mismo en diferentes ocasiones.

1.º Para apreciar la influencia de la organizacion sobre los actos del entendimiento, basta comparar bajo este punto de vista los dos sexos: el hombre es ménos sensible a las impresiones lijeras; se fija solo en los objetos que lo conmueven fuertemente; pero en recompensa, su atencion es capaz de mas prolongados esfuerzos, sus percepciones son mas profundas, sus ideas mas exactas i mas dificiles de borrar. En el sistema intelectual de la mujer hai mas movilidad, i en el del varon mas vigor i constancia.

De esta diferencia esencial proceden ventajas e inconvenientes relativos: la mujer no es tan apropósito como el hombre para los estudios que exigen largas i profundas meditaciones, un fondo ma-

yor de conocimientos, i una mas dilatada cadena de racionios; i el hombre a su vez no lo es tanto como la mujer para las materias que requieren tino i sagacidad mas bien que fuerza, observaciones minuciosas i delicadas, i un cálculo fácil que se desliza sobre la superficie de los objetos.

Encontramos diferencias no ménos características en las edades, aun prescindiendo de lo que contribuye al acierto de las operaciones intelectuales, el caudal de la esperiencia que crece continuamente con la edad. La lijereza i precipitacion del entendimiento juvenil es proverbial; la vejez, al contrario, cuanto mas vacilante i desconfiada es en la formacion de sus juicios, tanto mas es tenaz en adherirse a las que una vez ha abrazado. La memoria del jóven es fácil i pronta, sus fantasías vivas i rápidas; el viejo aprende con dificultad, es olvidadizo, no recuerda distintamente sino las ideas ya adquiridas en las épocas anteriores de la vida, i si su entendimiento no flaquea, por lo ménos su imaginacion se hace cada dia ménos vigorosa i exitable.

¿I quién ignora los matices diversos que da a las funciones de la razon el temperamento? La facilidad alegre i ardiente es el distintivo de la complexion sanguínea; la enerjía i la constancia caracterizan al temperamento bilioso; la profundidad acompañada de timidez o reserva, al melancólico; la continuidad de esfuerzos vigorosos, al flemático. El desarrollo inmoderado de las necesidades materiales, embota las facultades intelectuales, tanto como las aguza i exalta el predominio de la exitabilidad nerviosa.

El pensamiento se modifica considerablemente, no solo por diferencias constitucionales i permanentes, sino por otras que ocurren en un mismo individuo, i que varian con los accidentes físicos de cada momento, i con lo que llamamos *humor*. Asi como hai personas cuyo carácter jeneral es jovial o sombrío, tenemos tambien dias i horas en que pasamos de uno de estos caracteres al otro, i que dan diversos rumbos i tintes a nuestras ideas i juicios.

Ni son ménos conocidos los efectos de las enfermedades. Algunas llegan hasta producir un desórden completo en las funciones del entendimiento. Pero dejando a un lado estos casos extremos, i el de la embriaguez causada por la bebida espirituosa o el opio, ¿cuán diferentes suelen ser nuestros juicios despues de una diversion moderada i durante una dijestion laboriosa!

Fácil es coleccionar de lo dicho la influencia de las predisposiciones i estados orgánicos en la verdad de los juicios. Lo mas o ménos con-

centrado de la atención, lo más o menos paciente i prolijo de las observaciones nos hará más o menos aptos para percibir las calidades de los objetos i para concebir sus relaciones i someterlas a un proceder analítico riguroso. Una memoria infiel introducirá falsos datos i omitirá los verdaderos. Una imaginación ardiente se figurará lo que no es, i desnaturalizará los hechos. Seremos exesivamente sensibles a ciertas cualidades de los objetos, i pasaremos por alto las otras. En suma, adoptaremos muchas veces premisas inexactas, de que deduciremos lójicamente consecuencias erróneas. Por otra parte, si la movilidad de los actos intelectuales facilita i multiplica las comparaciones, la lijereza i precipitación que a menudo las acompañan, nos hacen menos circunspectos en el proceder deductivo, adoptaremos jeneralizaciones aventuradas; propenderemos a exajerarnos el valor de las analogías. I el mismo peligro corremos cuando las influencias orgánicas nos induzcan a alguna especie particular de juicios: el melancólico evaluará las probabilidades de las contingencias desgraciadas, como el sanguíneo las alternativas halagüeñas i alegres.

2.º Las predisposiciones i estados morales obran de la misma manera: por una parte llamando la atención con más fuerza a ciertos objetos, a ciertas cualidades i relaciones, i dándoles así una prominencia indebida; o por otra, viciando el proceder deductivo, haciendo que el entendimiento se adhiera a sofismas, o exajere el valor de las consecuencias lejitimas. Así, los que están en posesión de los altos destinos públicos, se representan regularmente las cosas bajo una luz favorable, mientras que sus menos felices rivales las pintan con otros colores; i aunque mucha parte de esta discrepancia deba atribuirse a la falta de sinceridad de unos i otros, otra parte no pequeña proviene de otras afecciones morales i de los diferentes matices con que la fortuna próspera o adversa presenta a los espectadores unos mismos objetos.

Pero además de este efecto jeneral de las pasiones, hai ciertas predisposiciones morales que nos estravian o nos embarazan en el ejercicio de la razón, ya inspirándonos una exesiva confianza en nuestros juicios, ya espantándonos con dificultades imaginarias, que nos hacen exesivamente reservados i circunspectos, i turban la marcha natural i segura del entendimiento, ya haciéndonos ceder irreflexivamente a todas las impresiones i a todas las vislumbres de razón o probabilidad, e incapacitándonos para la adquisición de conocimientos sólidos i durables. fruto de convicciones profundas,

3.º Los hábitos intelectuales son a menudo causas de error (1).

Hai hombres cuyo entendimiento se fija habitualmente en los caracteres específicos e individuales, en los pormenores de los objetos; otros prestan una atencion preferente a las jeneralidades, a las observaciones; hombres prácticos los unos, cuya autoridad es lo que ellos llaman *esperiencia*, tomada esta palabra en la significacion limitada de la esperiencia familiar i ordinaria; hombres especulativos los otros, que investigan las leyes jenerales, i ven en cada hecho particular la aplicacion de un principio.

Cada uno de estos hábitos tiene sus ventajas i sus inconvenientes peculiares. Las especulaciones científicas disminuyen en cierto modo la aptitud del entendimiento para las aplicaciones especiales en el ejercicio de las artes i en la conducta de la vida pública i privada. Acostumbrados a pensar en abstracciones a que se adoptan con facilidad las ideas simples del raciocinio vigoroso, ofusca i confunde a los hombres especulativos la complejidad de las cosas concretas, i les falta de ordinario el tino sagaz de los hombres prácticos, que están familiarizados con sus varios aspectos de formas; tino que consiste, a mi ver, en una multitud de pequeñas analogías, que sin embargo de no espresarse en fórmulas i reglas precisas, los dirige con bastante seguridad en las cosas comunes. Los principios jenerales no nos dan en materias de hecho sino verdades aproximativas: cada uno de ellos espresa una conexion fenomenal aislada; i en la naturaleza, las conexiones fenomenales se mezclan i perturban continuamente unas a otras. Los principios jenerales, por consiguiente, son inaplicables a los hechos reales i a la práctica, si no los acompaña una apreciacion exacta de las influencias perturbadoras, i de las especialidades. De aquí es que el mero teorista se espone tan frecuentemente en las aplicaciones prácticas a la burla de los hombres que por la inferioridad de las luces desprecia.

En la mecánica se prescinde de la vara i del peso. La palanca se considera como una línea matemática inflexible; las cuerdas como líneas matemáticas de una flexibilidad perfecta; la materia de esta ciencia entra así en el dominio de la demostracion jeométrica; pero sus teoremas representan de un modo inexacto los fenómenos naturales. Una máquina ajustada a ellos produciria movimientos muy diversos de los calculados. De la misma manera, la política

(1) Nos sirve de guia Dugald Stewart, *Philosophy of the Human Mind*, ch. IV, sect 7.

reduce las varias formas de gobierno a ciertas clases jenerales a que atribuimos ciertas tendencias características; i sin embargo de que todo gobierno es mas o ménos misto, si no en su teoría legal, por lo ménos en su modo de obrar i en sus efectos reales, discurrimos acerca de las ventajas i los inconvenientes de la monarquía, la aristocracia i la democracia, como si hubiese instituciones políticas que correspondiesen exactamente a nuestras definiciones. Hai mas. Suponiendo una forma de gobierno perfectamente pura, sus efectos se modificarían en gran parte por la concurrencia de un sin número de causas: los antecedentes del pueblo rejido por ella, el clima, la relijion, el estado industrial, la cultura intelectual, i otras varias; cosas todas que, obrando de consuno, producen resultados complexos dificultosísimos de avaluar. De aquí la duracion borrascosa i efímera de algunas constituciones improvisadas, cuyos artículos son otras tantas deducciones demostrativas de principios abstractos, pero solo calculados para un pueblo en abstracto, o para un pueblo que careciese de determinaciones especiales que los contrarian o modifican; suposicion moralmente imposible.

Por otra parte, si los meros prácticos están dotados de cierto tino en sus miras i planes, es solo dentro del limitado círculo de su esperiencia diaria; mas allá no pueden dar un paso. Son incapaces de aplicar sus conocimientos a nuevas combinaciones de circunstancias; incapaces de llenar los puestos importantes que exigen ideas estensas; incapaces hasta de enriquecer con inventos orijinales las artes mismas que ejercitan.

Hai pues dos hábitos opuestos igualmente fecundos en errores, el del entendimiento que desestima las especialidades i se ocupa de abstracciones i jeneralizaciones; i el de aquellos hombres que dando una atencion esclusiva a los aspectos i formas que están al alcance de la esperiencia diaria, no se remontan a principios jenerales i miras estensas.

4.º La vocacion esclusiva de una ciencia suele tambien hacernos ménos aptos para raciocinar acertadamente sobre los objetos no comprendidos en ella. No podemos resistir al placer de copiar lo que dice el Dr. Reid sobre esta materia.

«El mero matemático tiene el prurito de aplicar medidas i cálculos a cosas que buenamente no los admiten. Cierta ingenioso autor se empeña en medir con razones directas i con razones inversas los afectos humanos i el mérito i demérito de las acciones morales. Un matemático eminente se propuso averiguar por medio

del cálculo la razon numérica en que la certidumbre de los hechos decrece con el trascurso del tiempo, i fijó el período preciso en que la de los hechos en cuya certeza reposa la verdad del cristianismo, se convertirá en una cantidad evanescente, i en que no habrá fe ni relijion en la tierra. Los antiguos químicos acostumbraban esplicar todos los misterios de la naturaleza, i aun de la relijion, por sus tres elementos, sal, azufre i mercurio. Creo que es Locke el que habla de un rústico que creía de buena fé que Dios habia criado el mundo en seis dias i descansado el séptimo, porque solo hai siete notas en la escala diatónica. Yo conocí un hombre de la misma profesion que pensaba no podia consistir la armonía sino en tres partes, bajo, tenue i tiple, porque solo hai tres personas en la Divina Trinidad. Otros admiran exesivamente la antiqüedad, i miran con desden todo lo que es moderno; otros dan en el extremo contrario: los primeros son regularmente personas que han pasado la vida en el estudio de los autores antiguos; los otros personas que no tienen los conocimientos necesarios para juzgar de su mérito. Otros se espantan de dar un paso fuera del camino trillado; otros gustan de singularidades i de todo lo que tiene un aspecto de paradoja. La mayor parte tiene una predileccion decidida a favor de las opiniones de su secta o partido, i especialmente a favor de sus propias invenciones i sistemas.»

El matemático avezado a deducciones demostrativas, visibles o en cierto modo mecánicas, se encuentra desorientado con objetos apénas susceptibles de definiciones precisas, entre semejanzas i diferencias que se ocultan i se confunden por sus imperceptibles graduaciones, i en el uso de palabras vagas, ambiguas, de significado variable. Se engañan por eso los que creen que la jeometría es una lójica práctica; como si el ejercicio de una sola especie de raciocinio, sobre materias que no se parecen a otra alguna en la claridad i distincion de sus objetos, que exeden a todos en la facilidad i uniformidad del proceder deductivo, i en que un conflicto de argumentos i de opiniones es poco ménos que imposible, fuese capaz de proporcionar una jinnástica adecuada a las facultades intelectuales. Tanto valdria decir que el ejercicio continuado de un solo músculo o de un solo miembro seria bastante para formar un atleta.

Pero bajo este punto de vista es mucho peor la filosofia escolástica, reducida a emplear por único instrumento el silojismo, i perdida en abstracciones sutiles que no tenian como las matemáticas

aplicacion alguna ni a las ciencias naturales, ni a las ciencias sociales, ni a las artes. Al estudio exclusivo de la jurisprudencia se ha imputado tambien este inconveniente de ser un sesgo peculiar al entendimiento, i de practicarlo aun para el acertado ejercicio de la jurisprudencia misma. El estudio de las lenguas se ha considerado como un medio práctico de habilitar al entendimiento para la percepcion de relaciones delicadas i varias; pero no es igualmente a propósito para el desarrollo de miras estensas; ejercitase mucho mas el exámen analítico, que las concepciones sintéticas; i pudiera habituarnos demasiado al trabajo de menudencias, i a tener en ménos la sustancia que las formas exteriores del pensamiento.

La mejor educacion del entendimiento, la que mas facilita la investigacion de la verdad en las ciencias i en los negocios de la vida, es la que desde temprano pone en ejercicio todas las facultades intelectuales.

Los hábitos que hemos notado no son males sino porque son exclusivos; hai otros esencialmente perniciosos.

No hai semilla mas fecunda de errores que la costumbre de pagarnos de palabras i definiciones que no entendemos. El primer libro que se pone en las manos de un niño suele ser la gramática de la lengua, i en la nuestra yo no conozco una sola que se adapte a los alcances de la primera edad. El niño aprende a distinguir unas de su suyo palabras no por las definiciones que se le dan, ininteligibles para él, i aun para los adultos vagas o falsas, sino por medio de aquellas analogías instintivas que se desarrollan en él mui temprano, i le guian en los primeros ensayos del habla. La análisis de la oracion es una cosa que excede mucho a su intelijencia, i que debiera reservarse para mas tarde.

De otro vicio contrario, pueden adolecer los libros elementales destinados a la primera edad. Es necesario que el niño entienda lo que aprende; pero puede serle perjudicial que se le facilite i allane de todo punto la adquisicion de sus primeros conocimientos. No debe formársele un receptáculo pasivo de ideas ajenas, a que él no tenga que añadir ninguna especie de elaboracion. Debe acostumbrársele desde temprano a luchar con las dificultades. El arte que se emplea en facilitar exesivamente la enseñanza, paraliza i sofoca aquellas cualidades naturales que no puede dar ningun arte, i cuyo desenvolvimiento es el objeto primero de la educacion intelectual.

Todo error enjendra errores; pero los hai mas o ménos fecundos.

5.º La memoria nos engaña, ya introduciendo en el raciocinio una premisa falsa, que creemos haber ántes reconocido por verdadera, ya suprimiendo algunas de las premisas que hemos reconocido por verdaderas, i cuya presencia es importante para la exactitud del raciocinio.

Esta falencia de la memoria puede tener lugar hasta en el raciocinio demostrativo; i como apénas hai caso en que no sea posible, Hume dedujo de aquí que aun las verdades demostradas no son nunca para el entendimiento sino meramente probables. La consecuencia es rigorosa; pero al mismo tiempo es innegable que cuando la cadena de raciocinios que forman la demostracion no es exesivamente dilatada; cuando por medio de diagramas o de signos escritos hacemos en cierto modo visible el encadenamiento; cuando estamos seguros de emplear la debida atencion en cada trámite del proceder demostrativo; cuando repetimos la operacion muchas veces, i la repiten por su parte otros hombres, i siempre con un resultado invariable; i cuando ademas de todo esto se puede comprobar una demostracion por otras i otras, a la manera que comprobamos la division multiplicando el divisor por el cociente para reproducir el dividendo, la confianza da nuestro asenso, no deja el mas mínimo lugar a la duda, i es incontestablemente superior a la que nos inspiran las verdades físicas, por asegurados que estemos de ellas. Ni es necesario que todas esas circunstancias concurren: la atencion i la repeticion bastarán casi siempre para darnos una seguridad completa; i aun la comprobacion por sí sola producirá igual efecto.

6.º La conciencia activa que contempla afecciones espirituales i concibe relaciones entre ellas, es toda la razon humana; pero aun este proceder intuitivo puede algunas veces engañarnos; i de que no es tan infalible como algunos suponen, tenemos una prueba irrefragable en los sistemas i doctrinas de las diferentes escuelas relativamente a los fenómenos psicolójicos.

Desde que la imaginacion se figura una cosa, le da una especie de existencia en el alma, i si es el alma misma el objeto que estudiamos, ¿quién nos asegura de que no equivocamos con sus afecciones espontáneas, las obras de la *folle du logis* (1) ¿Yo creo ver distintamente que el espacio es una pura abstracion; para otros entendimientos el espacio es un ser *real infinito* tan eterno como

(1) Así llamaba Mallebranche a la imaginacion.

Dios, tan indemostrable como Dios. La cuestion rueda toda sobre la verdadera apreciacion de un concepto, de un hecho psicológico. Si yo me engaño, mi imaginacion me engaña haciéndome ver una pura abstraccion donde hai una realidad; si los otros se engañan, su imaginacion los engaña, haciéndoles ver una realidad donde hai una pura abstraccion. ¿Quién dirime la cuestion?

En el influjo de las predisposiciones orgánicas, de las predisposiciones morales, de los hábitos intelectuales, la imaginacion tiene siempre alguna parte, combinando, agrandando, separando, etc. Desfigura las ideas, i desnaturaliza de este modo el significado de las palabras. Prohija a la memoria lo que solo es en realidad obra suya. En una palabra, cuando no es la sola culpable del error, es o la seductora o la cómplice.

7.º Las ideas-signos nos engañan haciéndonos atribuir al objeto significado lo que solo pertenece a su imájen. Así el *hombre en jeneral*, segun se lo figura el hombre salvaje, no podrá ménos de diferir mucho del *hombre en jeneral*, segun se lo figura el hombre civilizado. Las ideas-signos metafóricas nos engañan, haciéndonos atribuir al objeto cualidades que solo tienen una semejanza vaga i distante con sus cualidades verdaderas: como cuando nos figuramos que las ideas se imprimen en la memoria a la manera que los cuerpos duros en una sustancia blanda, i nos valemos de esta simple metáfora para explicar los fenómenos de la memoria; explicacion que si la tomamos por otra cosa que por una metáfora continuada nos hará formar ideas falsísimas de nuestra constitucion intelectual. La realidad que los hombres han atribuido a las cualidades abstractas que por designar los sustantivos nos parecen tener una existencia independiente, es una ilusion de esta especie. En cuanto a las ideas signos-parciales, no creo que envuelvan otra contingencia de error que la que consiste en la variacion del significado, del mismo modo que sucede en las palabras i en todas las otras especies de signos.

8.º Los peligros de errar en el uso de las palabras consisten:

a. En que no nos hemos formado un cenepto exacto i preciso de su significado segun jeneralmente se entiende; de que resultará que nuestros juicios i los ajenos se refieran a distintas ideas representadas por una misma palabra; i que combinando en nuestro entendimiento los unos con los otros formaremos juicios de monstruosos i de verdaderos absurdos.

b. En que muchas palabras tienen significados varios entre los

cuales hai gran semejanza; lo que hace que pasemos sin percibirlo de uno a otro.

c. En la complejidad del significado de muchas palabras, que hace perdamos a veces de vista alguna parte esencial de la idea que representan.

El abuso de las palabras coincide en parte con el de las ideas-signos, porque siempre que exajeramos el valor de una de éstas, alteramos el significado de la palabra que lo representa.

II.

Las causas especiales de error llamadas *sofismas*, se pueden reducir a dos órdenes: las unas adulteran los fundamentos del juicio: las otras vician el proceder deductivo.

§ 1. *Petitio principii.*

Al primero de estos órdenes pertenece el vicio racionativo que llaman los lójicos *petitio principii*.

Hai *peticion de principio* cuando nos valemos, para probar una proposicion, de un argumento que lo supone.

Hemos hecho mencion del racionio con que algunos pretenden probar que todo nuevo fenómeno tiene necesariamente una causa. Segun ellos, un fenómeno sin causa tendria la nada por causa, i la nada no puede serlo. Pero los de contraria opinion responden que el que niega la necesidad de una causa, niega por el mismo hecho la necesidad de referir un fenómeno a la nada, como causa que lo produzca. Oponiéndole la nada como causa, es precisamente dar por supuesto lo que se disputa.

Samuel Clarke prueba de un modo semejante la necesidad de las causas: Decir que una cosa es producida i no reconocer una causa que la produce, es como decir que una cosa es producida i no es producida. Los adversarios contestan que el que dice que una cosa no tiene causa dice por el mismo hecho que no es producida; no reconociendo una causa es claro que no reconoce produccion, ni producente; reconocen en el efecto un hecho nuevo, pero no un hecho producido. Para los que creen la necesidad de las causas, empezar a existir i producirse o ser producido son una misma cosa. Para los que las niegan son cosas diversas. Parece, pues,

que en la contradiccion que se les atribuye hai una peticion de principio.

Pudiera talvez replicarse: La nada no puede ser causa de cosa alguna, es una proposicion evidente, un axioma; toda proposicion en que se supone que la nada puede ser causa, envuelve contradiccion, porque *ser causa* es obrar, i *obrar* es ser. ¿Pero no es evidente tambien que el no tener causa alguna positiva es tener por causa la nada? ¿Qué diferencia puede concebirse entre lo uno i lo otro? La conversion de no tener causa en tener por causa la nada es evidente; i una conversion evidente que transforma la proposicion que se refuta en una proposicion manifiestamente absurda porque envuelve una contradiccion tan patente, no es una peticion de principio.

El modo mejor de volver la fuerza del argumento de Clarke i de otros análogos, es aplicar la misma forma de raciocinio a un caso familiar de aquellos en que el entendimiento no puede ser deslumbrado por una ilusion aparente. Si supuesta la verdad de las premisas se saca la consecuencia, es preciso condenar como vicioso el proceder deductivo.

Ahora bien, la conversion de no tener causa en tener por causa la nada, es enteramente semejante a la conversion de no tener una persona enemigos en ser la nada enemiga de esta persona; consecuencia absurda que atribuye a la nada una cualidad positiva, i de que se sigue por fuerza, o que la suposicion de no tener aquella persona enemigos envuelve un absurdo, o que el proceder deductivo es cierto. La primera de estas dos alternativas es evidentemente falsa; luego es preciso admitir la segunda.

En efecto, si fuese posible que alguien hiciese un raciocinio como el anterior, se le responderia: usted procede sobre una suposicion falsa, que es la de que esa persona haya de tener *necesariamente* enemigos: no hai tal necesidad; i por tanto la consecuencia que usted saca es ilegítima.

La conversion, pues, de *no tener causa en tener por causa la nada*, no es legítima sino en la suposicion de que toda nueva existencia haya de tener precisamente una causa. Por consiguiente, el argumento con que pretende probarse que la negacion del principio de causalidad envuelve contradiccion, o supone la necesidad del principio, i entónces adolece del vicio que los lójicos llaman *petitio principii*, o no la supone, i entónces la deducion no es legítima.

Los argumentos con que se ha querido probar tambien que la negacion del principio de la razon suficiente envuelve contradiccion, adolece del mismo defecto; porque en sustancia se reducen a decir que el no tener una existencia una razon suficiente, es tener por razon suficiente la carencia de toda razon, es suponer en la nada una virtud determinativa para que una cosa sea lo que es i no otra cosa, es atribuir a la nada una operacion positiva.

Hai, pues, principios irrecusables, principios a que el entendimiento humano se siente compelido a aceptar por una lei de su naturaleza, i cuya negativa, sin embargo, no envuelve contradiccion alguna; en una palabra, hai principios sintéticos *a priori*. Las pretendidas demostraciones envuelven una peticion de principio.

§. 2.—*Círculo vicioso.*

Tiene alguna semejanza con el precedente el vicio racionativo que se llama *círculo vicioso*.

Hai en el raciocinio círculo vicioso cuando dos proposiciones se prueban recíprocamente una por otra.

De este vicio nos presenta a veces manifiestos ejemplos la apreciacion que suele hacerse del mérito de los escritores antiguos bajo ciertos respectos. Hé aquí uno:

Juzgamos que las espresiones de Homero son las mas propias posibles, porque han sido empleadas por Homero; i encarecemos luego la esquisita propiedad del lenguaje de este gran poeta, porque decimos que emplea siempre las espresiones mas propias. La verdad es que nosotros no podemos apreciar esta cualidad del lenguaje de Homero, porque para ello seria necesario que conociésemos bien la lengua que se hablaba en su tiempo i pais, i ni aun sabemos con certidumbre en qué tiempo i pais floreció. I en el mismo error se hallaban con corta diferencia, edades posteriores a la de Homero.

Sucede a veces que un gran poeta se aparta de la propiedad del lenguaje; i sus licencias mismas, apadrinadas por un nombre ilustre, se reciben despues como pruebas del jenuino significado de las palabras. Calificamos entónces de lejítimo i propio lo que en su orijen fué verdaderamente abusivo. Se llama propia una espresion porque la emplea el gran poeta, i uno de los méritos que atribuimos al gran poeta es la constante propiedad de las locuciones que emplea.

Pero este círculo vicioso de la dición literaria no se limita al lenguaje. En la apreciación de las bellezas de Homero entra el juicio anticipado de que todo lo que corre bajo su nombre es admirable i perfecto. Si un pasaje es verdaderamente bello nos exajeramos su belleza; si, como sucede a veces, no hai en él ninguna cosa que lo recomiende, encomiamos la sencillez, la naturalidad, el candor. Juzgamos *a priori* sobre el conjunto de que todo es excelente en Homero; i luego calificamos *a posteriori* de excelente todo lo que se encuentra en sus obras.

Ciertas teorías de las leyes métricas de la tragedia griega, nos parecen adolecer de este vicio. Se proponen ciertos cánones métricos como fundados en el uso universal de los escritores: se encuentran escepciones; i se corrijen los textos para acomodarlos a la doctrina. Procediendo sobre este principio evidentemente gratuito de que lo que parece acaecer raras veces no se hizo nunca, se establece por las correcciones la universalidad de los cánones, i con la universalidad de los cánones se justifican las correcciones.

§ 3.—*Ignoratio elenchi.*

En la ignorancia del argumento se sustituye una proposición o doctrina a otra, i se hace volver a favor o en contra de la segunda lo que hace militar a favor o en contra de la primera.

En la refutación de lo que el doctor Reid llamaba la teoría ideal, entendiendo por tal la teoría común de las ideas en su tiempo, hai una manifiesta *ignoratio elenchi*.

Se puede dar a las ideas el título de imágenes en dos sentidos: en el primero, que fué el de la antigua filosofía, se consideraban las ideas como imágenes de los objetos; en el segundo, las ideas son solo imágenes de las percepciones, i no representaban los objetos sino como causas desconocidas que producen en el alma ciertas afecciones percibidas por la conciencia, entre las cuales i las correspondientes entidades materiales no hai ni puede haber semejanza alguna. Esta era con algunas modificaciones accidentales la doctrina común, cuando escribió el doctor Reid; los argumentos con que refuta las groseras hipótesis de los antiguos, representadas por la poesía de Lucrecio, no tocan el pelo de la ropa (si se me permite esta espresion) a la teoría moderna. «Al tiempo de la publicación de Reid, dice el doctor Brown, las imágenes de los objetos en el alma eran una pura metáfora, no una espresion literal, como en

la antigua escuela; eran una mera reliquia de la rancia i desechada teoría de las percepciones, como el nacer i el ponerse el sol de que todavía se hace uso en el lenguaje de los astrónomos, son una mera reliquia de aquella astronomía absoluta en que se suponía que este grande astro daba todos los dias una vuelta al rededor del pequeño astro que recibe su luz.»

El doctor Reid, destruyendo lo que él llama teoría ideal, cree haber construido sobre sólidas bases la creencia en el mundo material, o en la sustancialidad de la materia. Pero sus argumentos contra las ideas no debilitan en lo mas mínimo la lójica de los espiritualistas. El cree que, destruidas las ideas, cae por tierra la teoría de Berkeley. Pero para sostenerlo contra sus ataques no hai mas que cambiar un término; sustituir a la palabra ideas, la palabra afecciones del alma. Los Berkeleyyanos no dirán como ántes que solo percibimos ideas, no objetos, i que entre lo uno i lo otro no puede haber la menor semejanza. Pero podrán decir mui bien que la percepcion directa de Reid es una afeccion del alma como otra cualquiera; i que solo percibimos verdaderamente nuestras afecciones, i no los pretendidos objetos corpóreos, entre los cuales i las afecciones de un espíritu no hai ni puede haber la menor semejanza.

El verdadero mérito de Reid no consiste, como él pensaba, en la refutacion de una teoría de que nadie se acordaba cuando él escribió. La *percepcion directa*, con que creyó conjurar las consecuencias tan espantosas para él de la filosofía espiritualista, es un hecho falso, una quimera; a despecho suyo, nuestras nociones de los objetos corpóreos no pueden ser sino representaciones simbólicas, que solo tienen con sus causas semejanzas de relaciones, i nada nos dicen ni pueden decirnos sobre la naturaleza i las cualidades absolutas de esas causas. El gran mérito de Reid consiste en haber dirigido la atencion a los principios ocultos del racionio, i en haber demandado su existencia i su valor con argumentos irrefragables (1).

III.

Pasamos a los sofismas que consisten en algun vicio del proceder deductivo.

(1) Consúltese sobre esta materia las lecciones 27 i 28 de Brown, *Phylosophy of the Human Mind*.

1.º El primero es el llamado por los escolásticos *fallacia accidentis*. Se incurre en él, cuando tomamos lo accidental por esencial, o en otros términos, una conexión casual de fenómenos por una conexión necesaria. El sofisma llamado *non causa pro causa*, o el que califica de causa lo que no lo es, puede mirarse como una especie de la falacia de accidente; error mas frecuente que el de equivocar con la causalidad la sucesion fortúita: *Post hoc: ergo propter hoc*. Muchas equivocaciones vulgares, i no pocas deducciones históricas reposan sobre este solo fundamento. Se atribuye, por ejemplo, a la colonizacion de las Américas la despoblacion de España, que se debió solamente al pésimo sistema administrativo establecido en todo el imperio español. Con una emigracion igual o proporcionalmente mayor, no se ha disminuido el número de habitantes de la Inglaterra ni de la Suiza.

2.º Los escolásticos contaban entre los sofismas el *de dictu secundum quid ad dictum simplicium, et vice versa*: esto es, el que consiste en tomar una misma palabra ya en un sentido jeneral i absoluto, ya en un sentido determinado; el de *sensu divisu ad sensum compositum et vice versa*. El primero entra evidentemente en el de *la ambigüedad de las palabras*, que es otra de las especies enumeradas por los aristotélicos, pero a que no dieron toda la estension debida.

3.º En realidad, las falacias que dependen de un vicio del proceder deductivo son muchas i varias; pero puede decirse que todas consisten en aplicar a la relacion de que se trata un axioma tipo que no le pertenece. Recordaré solo que el mejor medio de poner a la vista un vicio del proceder deductivo en los racionios de esta especie es aplicarlo a un ejemplo análogo pero sencillo, familiar, donde pueda verse palpablemente que procediendo del mismo modo en relaciones de la misma especie, se hace de premisas indudables una consecuencia errónea.

El célebre silojismo con que Zenon aparentaba demostrar que no habia movimiento en el universo, no ha hecho jamas ilusion a persona alguna; i pudiera mas bien servir de molde para calificar de espurios los racionios que se le asemejan. Por un medio parecido a éste sería siempre fácil mostrar la ilejitimidad de una deducccion en los argumentos demostrativos.

4.º En las deducciones de las analogías hai siempre algun peligro de error, como lo hemos explicado en otra parte. Es neccsario apreciarlos en lo que valen, i no exajerar sus probabilidades.

Erramos a menudo en ellas dejándonos llevar sin exámen de una propension del entendimiento a figurarse cosas desconocidas por las que conocemos familiarmente. Juzgamos de los otros hombres por lo que somos nosotros, o por lo que hemos observado en el pequeño círculo que está a nuestro alcance. El egoísta cree que la jenerosidad i el sincero desprendimiento son apariencias hipócritas, i el hombre jeneroso está demasiado dispuesto a dar crédito a exentricidades plausibles. En las imaginaciones científicas hai una tendencia igual a explicar los hechos ménos conocidos por las leyes racionales de que tenemos conocimiento, propasándonos hasta negar la existencia de lo que no puede concebirse por ellas.

El atractivo de una aparente simplicidad o armonía es otra de las causas que nos inducen a dar demasiada fé a las analogías. Hai sin duda una bella simplicidad en las obras de la naturaleza, i por todas partes vemos muestras de una maravillosa armonía en los variados fenómenos del universo. Pero guiados de este principio nos engañamos a menudo, porque para juzgar de lo que verdaderamente es simple i armonioso, necesitaríamos el conocer a fondo los medios que emplea, los fines que se propone, i todas las relaciones de los varios materiales de que se sirve; condiciones que no podemos realizar las mas veces.

Las obras de la naturaleza no son como las humanas. Un hombre podrá comprender una de éstas a fondo, i juzgar si el artífice se ha valido de los medios mas sencillos, i si todos los pasos de la obra se adoptan perfectamente unos a otros. Pero es una sabiduría mui superior a la del hombre la que preside al encadenamiento de los fenómenos naturales: sus planes, sus primeros muelles, la naturaleza de los materiales que emplea, se nos revelan de un modo parcial e imperfecto, i a menudo se nos pierde de vista entre el complicado juego de acciones i reacciones que se manifiestan a nuestra vista i la confunden i abruman.

5.º Creo necesario hacer mencion particular de dos especies harto frecuentes de deducciones ilejítimas; el sofisma de la autoridad que nos hace asentir irreflexivamente a las opiniones de un hombre o de un autor de escuela favorita (*ipse dixit*), i el de la preocupacion contraria que nos hace desechar sin exámen las opiniones de aquellos a que justa o infundadamente miramos con aversion o desconfianza.

«Hai muchas cosas, dice Reid, de que no somos jueces idóneos, i en ellos es razonable que demos acceso al juicio ajeno si nos pa-

rece competente i desinteresado. Aun en las materias que no son ajenas de nuestro conocimiento, la autoridad tendrá siempre i deberá tener mas o ménos peso en razon de los antecedentes que conocemos, i de lo que pensamos acerca del juicio i buena fé de aquellos que se apartan de nuestras opiniones o se conforman con ellas. El hombre modesto, que tiene la conciencia de su propia fallibilidad, está en peligro de conceder demasiado a la autoridad; el presuntuoso, de no concederle lo bastante. Así como hai personas en el mundo de tan abatido espíritu que mas bien quieren deber la subsistencia a la caridad ajena, que trabajar para labrársela, hai hombres tambien que se pueden llamar pordioseros i mendigos respecto de sus opiniones. Perezosos e indolentes, dejan a los otros la tarea de buscar la verdad o de combatir el error; i de segunda mano tienen cuanto necesitan para lo que puede ofrecérseles. No tratan de saber cuál es la verdad sobre una cuestion dada, sino lo que se dice o piensa en órden a ella; i su entendimiento, como su vestido, está siempre a la última moda.—Esta enfermedad del entendimiento ha echado tan hondas raices en muchísimos hombres, que apénas puede decirse que juzgan de nada, sino de lo que conviene inmediatamente a su interes personal; i no es peculiar de los ignorantes; inficiona todas las clases. Podemos adivinar las opiniones de la mayor parte de los hombres desde que sabemos dónde nacieron, qué educacion han recibido, con quiénes se asocian. Estas circunstancias determinan su modo de pensar en religion, política i filosofía.»

Es mucho ménos frecuente la preocupacion contraria. Si desconfiamos del juicio o de los sentimientos de un escritor, éste será un motivo para que pesemos con mas cuidado sus razones, o a lo ménos para mantenernos en duda; pero nunca puede serlo para condenar una opinion como errónea, solo porque viene de algun orfjen sospechoso.

No se nos ocultan los defectos de la clasificacion anterior. Hai causas de error colocadas entre las especiales, que talvez parecen pertenecer a las jenerales i permanentes, como el abuso de las analogias, i la preocupacion a favor de la autoridad. La verdad es que hai ciertos individuos con propensiones habituales del entendimiento, las que en otros no son mas que determinaciones posibles, nacidas de las circunstancias.

Hai tambien causas de error que pueden parecer repetidas, i considerarse una misma bajo diversos nombres, como en el círculo vicioso i en la peticion de principio, en el abuso de las ideas-signos i en el abuso de las palabras. Mi objeto ha sido no solo hacer una enumeracion de las varias causas de error, sino presentarlas bajo sus diferentes aspectos. De esta manera será mas fácil reconocerlas i evitarlas.

ANDRÉS BELLO.

COMO EN SANTIAGO.

COMEDIA DE COSTUMBRES EN TRES ACTOS.

PERSONAJES.

DON MANUEL, hermano de
DOÑA RUPERTA, mujer de
DON VICTORIANO, padre de
DOROTEA, prometida de
SILVERIO, hijo de don Manuel.
INES, sobrina de don Victoriano.
FAUSTINO, amante de Dorotea.
UN ESCRIBANO.
UN RECEPTOR.

La escena pasa en la capital del departamento de Z.^o, en casa de don Victoriano. El lugar de la escena es una sala modestamente amueblada, con dos puertas laterales i una puerta i una ventana en el fondo, que dan a un patio exterior.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Ines (Entretenida en su costura canta una canción cualquiera).

ESCENA II.

INES, DOÑA RUPERTA.

Doña *Ruperta*.—Ines! ¿Qué bulla es esa?

Ines.—Cantaba, tia, para entrenarme i hacer ménos pesado mi trabajo.

Doña *Ruperta*.—Sí! pero debieras tener presente que tu prima está durmiendo.

Ines.—Como ya es tarde, creia que Dorotea se hubiera levantado.

Doña *Ruperta*.—¿I cómo piensas, inconsiderada muchacha, que una niña tan delicada i tan nerviosa como mi hija haya de levantarse ántes de las once del dia? ¿Has olvidado que estuvimos anoche en el baile con que este pueblo festejó a nuestro simpático diputado?

Ines (*Aparte*.—Vaya si lo habré olvidado, cuando no quiso llevarme!) Pues por eso mismo, tia mia, por lo mismo que Dorotea es débil i enfermiza, no debiera recojerse tarde!

Doña *Ruperta*.—¿Qué dices?

Ines.—Que acostándose temprano, podria Dorotea levantarse tambien temprano.

Doña *Ruperta*.—¿I quién te mete a tí venir con reglas sobre lo que no entiendes? ¿qué sabes tú de bailes i de recojidas temprano o tarde?

Ines.—Nada sé de eso, tia; pero.....

Doña *Ruperta*.—Sabe que mi hija se levanta a la hora que le da la gana, porque es rica, i tiene con que darse gusto!

Ines.—Pero, tia, cálmese usted: yo no he dicho eso, sino porque.....

Doña *Ruperta*.—No faltaba mas sino que tú vinieras a enseñarme a mí las reglas del buen tono; a mí que he nacido, que he crecido en Santiago, i que crio i educo a mi hija como conviene a una persona de su clase! ¿Te parece que en Santiago se va a un baile a prima noche, para recojerse a horas de cenar? ¡Pobre muchacha provinciana! Venir a enseñarme estas cosas a mí, que acabo de hablar con él..... Si tú lo hubieras oido hablar anoche, habrias comprendido.....

Ines.—¿A quién, tia?

Doña *Ruperta*.—¿A quién ha de ser sino a nuestro simpático diputado, don Faustino Quintalegre, que anoche estuvo divino?

Ines.—Ah!

Doña *Ruperta*.—Qué talento de hombre! qué maneras tan distinguidas, que aire tan cortesano, qué movimientos tan elegantes, i sobre todo, qué galan con las niñas! No se separó en todita la noche de Dorotea, i bailó ocho veces con ella.

Ines.—Ocho veces!

Doña Ruperta.—Sí, sí; ocho veces. Las llevé en cuenta, con las cuentas de mi rosario.

Ines.—Todo eso podrá ser, tia; pero ¿quiere que le diga una cosa?

Doña Ruperta.—Habla!

Ines.—Es que usted le está metiendo a mi prima mucho mas bulla que yo.

Doña Ruperta.—Es verdad que como tengo una voz tan vibrante, segun me lo dijo anoche Faustino..... ¿Sabes tú lo que significa esta palabra *vibrante*? Él tambien me lo explicó..... Ah! voi a ver si esa pobrecita duerme. Es tan nerviosa, como yo, cuando tenia su edad. (*Váse.*)

ESCENA III.

INES. (*Llorando.*)

Ines.—Ah! pobreza! ¿Quién no te debe su desdicha? Madre mia! Cuando al morir me entregaste a mi buen tio don Victoriano, creiste haberme dado un padre, i moriste tranquila.... No me quejo de mi tio; pero su mujer..... esta mujer, a quien me veo en la necesidad de dar el título de hermana de mi madre! ¿por qué se te parece tan poco, madre mia? ¿Por qué me ha de estar echando todos los dias en cara mi pobreza, como si yo tuviera la culpa de ser desgraciada? Tú, que estás en el cielo, madre mia, ruega por tu hija, por tu Ines, cuyos mas íntimos pensamientos conocias! Ah! si tú vivieras; si yo pudiera abrazarte como en tiempos mas felices, yo te diria al oido mi desdicha! Yo te diria: madre mia, amo a un hombre, i ese hombre se casará bien pronto con mi prima! I tú llorarías conmigo; i tus caricias consolarían mi pobre corazon, miétras que ahora..... (*Se pone la cabeza entre las manos con muestras del mas profundo dolor.*)

ESCENA IV.

INES.—DOROTEA.—(*Vestida fantásticamente*)

Dorotea.—Ines! Ines! qué desgracia la mia! yo quisiera llorar, pero no puedo....

Ines.—¿Qué tienes, Dorotea?

Dorotea.—Mis lágrimas se resisten.....

Ines.—Pero dime ¿qué es lo que te pasa?

Dorotea.—I la frialdad con que me lo preguntas! (*Aparte.* Estas almas vulgares no saben sentir).—¿No echas de ver por mi semblante, el profundo dolor que me abrumba?

Ines.—Pero yo quisiera saber.....

Dorotea.—Ah! si el cielo te hubiera dotado de mi esquisita sensibilidad, habrias adivinado en mis ojos, i hasta en la inflexion de mi voz, este cruel dolor que me atormenta. Pero te lo diré, ya que es necesario. ¿Te acuerdas del peinador de cuerpo entero que mi papá me encargó a Santiago?

Ines.—Sí me acuerdo.

Dorotea.—Pues bien, cuando esperábamos que habia de llegar en estos dias, recibió anoche mi papá una carta, en la cual le dicen que la carreta que lo traia se ha quebrado en el camino.

Ines.—¿I no es mas que eso, Dorotea?

Dorotea.—¿I te parece poco, Ines, el encontrarme sin mi peinador, ahora que tanto lo necesito? Ah! si tuvieras mi sensibilidad, me comprenderias. ¡Mi peinador de cuerpo entero! (*Llora*).

Ines.—Cálmate, prima mia. Si ese espejo se ha quebrado, mi tío te encargará otro.

Dorotea (*con un imperioso movimiento de niña antojadiza*).—Es que yo lo necesito ahora, porque es preciso que yo le parezca bien... I ¿cómo he de parecerle bien, sino puedo vestirme ni adornarme con esquisita elegancia? Compadécete, Ines, de mi desgracia!

Ines.—No te aflijas, Dorotea.....

Dorotea.—Véome obligada a vestirme delante de un espejito de estos que no parece sino que se están riendo de una, pues en vez del retrato, se ve allí la caricatura. Oh! es un mar-

tirio horrible!... ¿Cómo he de poder presentarme ante mi pretendiente?

Ines.—Pero, Dorotea, oye, por Dios! Tu amante es un jóven que te ama, no por los adornos postizos de tu cuerpo, sino por las cualidades de tu alma.....

Dorotea.—Es que tú no lo conoces, Ines! No hai un hombre mas apasionado por la belleza que él; i tiene una alma tan sensible, que hasta un lazo de cinta mal colocado le da mal de nervios. El mismo me lo dijo anoche. Figúrate que, estando para casarse en Santiago...

Ines.—¿El?

Dorotea.—Oye. Al tiempo de ponerle las bendiciones, notó que la novia llevaba guantes de color patito, por lo cual dijo redondamente *nó*, i dejó a la tal novia plantada, delante de todos sus parientes.

Ines.—Dios mio! ¿Estoi soñando?

Dorotea.—Para que aprenda a manejarse como debe... Así seria ella de ignorante....

Ines.—Pero eso es es increíble, Dorotea!

Dorotea.—I sin embargo, nada es mas natural. Si tú estuvieses dotada de mi delicadeza de sentimientos, comprenderias la enormidad de aquella falta. ¿Cómo crees que un hombre de corazon se case con una mujer que en el acto mas sério e importante de la vida, se atreve a presentarse con guantes color patito? Esa mujer no sabe amar!

Ines.—Si eso fuera cierto, creeria que Silverio estaba loco, cuando.....

Dorotea.—Silverio! Ja! ja! jáá! ¿Tú crees que te hablo de Silverio?

Ines.—Así lo pensaba, Dorotea. ¿No es Silverio el amante preferido por tu corazon, i al cual tus padres te tienen prometida por esposa?

Dorotea.—Es verdad que existe ese compromiso; pero he comprendido al fin que mi corazon no podrá nunca amar a un hombre tan vulgar como Silverio....

Ines.—Ah! (*Aparte.* ¿Será verdad?)

Dorotea.—Bien claro se lo demostré anoche.

Ines.—I entónces ¿quién es?...

Dorotea.—El rival favorecido? Es Faustin o Quintalegre, el héroe del baile de anoche.

Ines.—¿Ese caballero recién llegado de Santiago?

Dorotea.—¿El mismo, Ines, el mismo. No me dejó en toda la noche. ¡Qué jóven de tanto talento! Por eso el gobierno lo mandó elejir de diputado por este pueblo! ¡Qué amabilidad! Bailó conmigo ocho veces, por lo cual todas me miraban con envidia. Yo creo, Ines, que será un marido modelo, porque viste como un figurin, habla i baila como un figurin..... Mira tú si una mujer de mis sentimientos no gozará al lado de un hombre tan fino, tan delicado.....

Ines.—I tan figurin...

Dorotea.—Así es! ¿No es verdad, mamá?

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA RUPERTA.

Doña Ruperta.—Dices bien, hijita. ¿Qué era lo que decias?

Dorotea.—Le estaba contando a Ines mi conquista de anoche.

Ines.—Pero ¿cómo has podido adelantar tanto, Dorotea, en una noche?

Dorotea.—Es que un jóven como Faustino hace, en una sola noche, lo que otros en un año: porque no creas tú que él me hablaba así como suelen hacerlo los mozos de provincia, que se andan por las ramas, i qué es necesario que una les ayude. Nó! nó! Me hablaba como en Santiago, clarito como el agua, pues es jóven educado que sabe decir las cosas con una claridad encantadora; i aunque una se defienda, él porfía sin descanso, hasta que la hace decir a una todo lo que él quiere. En el segundo baile, ya yo le habia correspondido, sin quererlo, a sus apretoncitos de manos, dados, eso sí, con la mas esquisita delicadeza. En el tercero, me hizo suspirar mas de dos veces; en el cuarto, tuve que mirarlo fijamente, para reprocharle su atrevimiento; pero no acabó el quinto, sin que yo hubiese vuelto a mirarlo, para manifestarle mi desenojo. ¿Para qué te he de decir mas sino que en el sexto, me arrancó mas de cinco *síes*, i que ántes de llegar al octavo, nos habíamos jurado un amor eterno?

Ines.—No se puede negar que el negocio marchó un poco a prisa.

Dorotea.—Al vapor, niña, al vapor, como sucede en Santiago. Allá se marcha al vapor, en los asuntos amorosos. ¡Con decirte que si un matrimonio no se realiza en un mes, contado desde la primera conversacion de los amantes, ya se pone aquello fiambre i de mal gusto!

Doña *Ruperta.*—Así mismo es; i hai matrimonios que en una sola noche de baile, se arman, se desarman; pelean los novios; vuelven a reconciliarse, i se casan al otro dia...

Ines (riendo).—¿Para divorciarse al dia siguiente?

Dorotea.—No importa. Así es como una mujer ha gozado en una semana, una vida entera de ilusiones.

Ines.—No comprendo, Dorotea, cómo es que.....

Doña *Ruperta.*—No te admires, Ines; esas son maneras de la alta sociedad, que tú no sabes porque no has estado en Santiago.

Dorotea.—No se canse en balde, mamá. No todas las almas tienen las mismas tendencias. Ines piensa de un modo i yo de otro; i no puede ser de otra manera, porque las dos tenemos diversa manera de pensar. Esto es claro. Yo he nacido para la alta sociedad; un marido de provincia me mataría, i desde anoche sueño con los paseos, bailes i tertulias de Santiago. Mi alma estaba aletargada, cuando creia amar a Silverio, quien jamas me ha espresado su pasion con aquel fuego, aquella gracia, aquel sentimiento, en fin, de Faustino Quintalegre.

Doña *Ruperta.*—Es que Faustino te decia eso como se dice en la capital.

Dorotea.—Así es que estoi resuelta a no acordarme mas de Silverio.

Ines.—¿I tu palabra empeñada? ¿I el amor que le has jurado a ese mozo?

Dorotea.—¿I crees tú, pobre Ines, que una mujer que empeña hoi su palabra, ha perdido la libertad de desempeñarla mañana?.....

Doña *Ruperta.*—¡Eso si que nó! La mujer tiene derechos inalienables, i el mas santo de todos esos derechos es el de anular mil *síes* con un solo *nó*.

Dorotea.—Sobre todo, cuando a ello nos obliga este tirano que llevamos dentro del pecho.

Doña *Ruperta.*—Tales son las leyes que rijen el gran mundo.

Dorotea.—Así me lo esplicó Faustino anoche. Hablando con él,

me parecia estar en Santiago. Ya se ve. El tambien me dijo que yo era una verdadera santiaguina.

Ines.—¿I si mi tio quisiera obligarte a que le cumplieses la palabra a Silverio?

Doña Ruperta.—No la obligará, porque aquí estoi yo!

Dorotea.—Ah! si mi papá fuera tan cruel que me obligase a casarme con un hombre que no sabe ponerse la corbata, me moriria.....

Doña Ruperta.—No te aflijas, hija mia. ¡No te casarás con él!

Dorotea.—Figúrate, Ines, que anoche se atrevió Silverio a ir al baile con corbata de color! Pero ahora que me acuerdo ¿qué te parece mi peinado? Mírame bien el vestido por detras. ¿Hace bulto elegante i de gusto? Es una verdadera desgracia que no haya llegado mi espejo de cuerpo entero!

Ines (examinando el vestido).—Si he de decirte la verdad, Dorotea, a mí me parece un poco exajerado este bulto.

Dorotea.—¿Qué llamas tú exajerado, cuando este vestido ha sido hecho en Santiago por la modista recién llegada de Paris? Pero alguien viene...

Doña Ruperta.—Esa es la voz de Victoriano, que ha ido, por mi órden, a visitar a nuestro diputado.

Dorotea.—Bien hecho, mamá. Voi a preguntarle a mi papá qué le he parecido (*Va hácia la puerta del fondo i vuelve corriendo*) Mamá! mamá! Mi papá viene con él!

Doña Ruperta.—¿Con Quintalegre?

Dorotea.—(*Hace señas de que sí, como embargada por la emocion.*)

Doña Ruperta.—Quién sabe si en Santiago se usa ahora venirse con el visitante, para pagarle a renglon seguido la visita?

Dorotea.—Preciosa moda! Pero salgamos..... La emocion debe haberme puesto colorada, i no debo presentarme a él con con este color tan provinciano..... ¡Se muere por las mujeres pálidas, mamá!

Doña Ruperta.—Pues entónces, ven acá a ponerte los polvos de arroz.

Dorotea.—Ven, Ines, a ayudarme a inflarme un poco mas el vestido.....

Ines.—Pero ¿no estás ya bastante inflada?

Dorotea.—Todavía no, Ines! Ven pronto! (*Vase con doña Ruperta.*)

ESCENA VI.

INES.

Que par de locas! Me han dado ganas de conocer al galan, i este plumero me servirá de pretesto. (*Coje un plumero, i se pone a sacudir las mesas, manifestando distraccion.*)

ESCENA VII.

INES, DON VICTORIANO, FAUSTINO.

Don Victoriano (en la puerta).—Porque como yo soi municipal..... Señor don Faustino, entre usted!

Faustino.—Sírvase usted pasar, señor don Victoriano.

Don Victoriano.—No lo permitiré de ningun modo! Pase usted! (*Entra Faustino.*) Porque, como yo soi municipal.... Ines, ve a decir a la Ruperta, que una visita la espera aquí. (*Ines hace una cortesía a Faustino*) Voi allá al momento. (*Aparte Parece un títere el señor diputado del gobierno.*) (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DICHOS ménos INES.

Don Victoriano.—Porque como yo soi municipal..... Siéntese usted, señor.

Faustino (sentándose).—Gracias. ¿Decia usted?

Don Victoriano.—Decia que, como yo soi municipal, estuve toda la noche ocupado en el cabildo, i me fué imposible asistir al baile. Pero la Ruperta me encargó encarecidamente esta mañana que fuese a hacerle a usted la visita de cumplimiento.....

Faustino.—I por eso no he querido tardar en venir a dar las gracias a tan cumplida i amable señora.

Don Victoriano.—En cuanto a eso, es la mujer mas cumplida del

mundo; vive pendiente de la moda, i no se le escapa un pelo de las reglas de la etiqueta. Ya se vé! criada i nacida en Santiago.

Faustino.—Eso se conoce a la distancia.

Don Victoriano.—Usted la tratará de cerca, i verá qué cabeza aquella! ¡Le aseguro que a mí me tiene como un reloj! No me deja pasar una, porque ella está siempre al cabo de todo lo que sucede en Santiago: así es que ha educado a nuestra hija que da gusto. Ya se vé, la muchacha tiene un memorion que es para dejar pasmado, cuando uno la oye recitar una novela de Alejandro Dumas.

Faustino.—Ah, señor! anoche fué Doroteita la reina del baile.

Don Victoriano.—¡No es verdad, señor, que parece una verdadera santiaguina? Perdónele a un padre esta franqueza. ¡Quiero tánto a mi hija!

Faustino.—Esos sentimientos honran a usted i a toda su familia, señor. (*Aparte*—Es un viejo orijinal.)

Don Victoriano.—Sí, amigo mio, todos mis esfuerzos se cifran en mantener a la debida altura la honra i el tono de mi familia; i desde que soi municipal, he tratado de poner mi casa bajo el pié que corresponde a la dignidad que invisto, como dice mi mujer.

Faustino.—Hace usted mui bien.

Don Victoriano.—Verdad es que me cuesta algunos pesitos al año; pero la Ruperta no es mujer que se mira en gastos, cuando se trata de seguir la moda; i desde que hago parte del municipio de este pueblo, puedo decir a usted... .. Pero aquí vienen ellas.....

ESCENA IX.

DOÑA RUPERTA, DON VICTORIANO, DOROTEA, FAUSTINO.

Doña Ruperta.—Señor don Faustino ¡cuán dichosa soi con ver a usted en esta casa!

Faustino.—Mayor es mi dicha, señora, en poder presentar a ustedes mis respetos.....

Dorotea.—Mil gracias, señor (*Aparte* ¡qué elegancia!)

Faustino.—Me he apresurado a venir, porque, como por desgracia

mia solo puedo permanecer hasta mañana en esta encantadora ciudad.....

Dorotea.—Ah!

Doña Ruperta.—¿Tan pronto se vuelve usted a Santiago? Ya se vé! este pueblo no presenta alicientes.....

Faustino.—Qué dice usted, señora! Aquí no echa nada de ménos un viajero de la capital (*Aparte:* Casi me han muerto de hambre en eso que llaman hotel.) Belleza, gracias femeniles, sociedad escojida, todo, todo se encuentra en este pueblo, que con mucha justicia merece el nombre de *Santiaquito* (*Aparte*—No hai mas que alabarles su pueblo a los provincianos.)

Don Victoriano.—Eso mismo digo yo; pero hai aquí jentes enemigas del señor gobernador que por el gusto de hacer oposicion al gobierno (que es un gusto que yo no entiendo), no cesan de vociferar por esas calles que el pueblo no adelanta, i cierran los ojos para no ver cuanto hacemos los municipales. Mire usted: desde que soi cabildante, que hará como trece años, se han gastado solo en componer veredas, mas de doscientos pesos largos.

Doña Ruperta.—Son jentes rojas esas que hablan, i solo por envidia lo hacen.

Don Victoriano.—Asi es. No hai vereda de las de los municipales que no esté arreglada; i solo cuando llueve mucho no mas suele cortarse el tráfico en algunas.

Doña Ruperta.—De aquí nace la envidia; i como ven que en todas las elecciones gana siempre la lista en que se halla Victoriano.....

Don Victoriano.—Es decir la del gobierno: por que ha de saber usted que el ministerio ha tenido siempre a bien el que yo represente los intereses de esta localidad.

Faustino.—Esto no prueba sino la honorabilidad de usted.

Doña Ruperta.—I tambien que esta municipalidad es como la de Santiago, es decir, formada de las personas mas respetables.....

Don Victoriano.—No todas por desgracia, pues los rojos consiguieron meter uno de los suyos este año; i allí tenemos que sufrir aquel hombre, que se lleva dale que le darás, oponiéndose a todo. I luego quieren que un pueblo adelantante! Mire usted: anoche tuvimos una sesion mui acalo-

rada; i desde que soi municipal, no he visto nada parecido.

Faustino.—¿I sobre qué asunto se trató?

Don Victoriano.—Sobre la reja que habia de rodear el jardin que pensamos poner en la plaza.

Dorotea.—Ah! ¿Vamos a tener jardin, como en Santiago?

Don Victoriano.—Sí, hija. Comenzamos por discutir sobre si se pondria o nó la tal reja. El rojo se opuso, diciendo que la municipalidad estaba pobre.....

Doña Ruperta.—Pero ¿no les dijiste que en Santiago.....

Don Victoriano.—Vaya si se los dije! Les ganamos la votacion. Luego volvieron a dividirse los pareceres; el rojo opinaba por que la reja fuese de madera, fundándose siempre en la pobreza del municipio.....

Doña Ruperta.—Siempre la misma razon para todo!

Don Victoriano.—Así son ellos. Tambien les ganamos esta votacion, así como la siguiente, sobre el color de la reja.....

Faustino.—¿I qué se decidió?

Don Victoriano.—Que fuese verde como la de Santiago.

Faustino.—Por manera que ustedes no perdieron ninguna votacion.

Don Victoriano.—Si no las perdemos nunca, señor mio! ¿No vé usted que formamos el partido de mas peso? Desde que el supremo gobierno me tiene aquí de cabildante, no he perdido jamás una sola votacion.

Doña Ruperta.—¿I de qué le serviria al gobierno tener el mando, si no elijiera de lo mejor?

Faustino (Aparte.—Son los dos cortados a una tijera).

Don Victoriano.—Pues, señor, como el maldito rojo es incansable, se opuso a que plantásemos en el jardin flores extranjeras, porque costaban caro.....

Doña Ruperta.— ¡Qué hombres tan empecinados! No conocen otra razon que la de la pobreza.....

Faustino (Aparte.—I no deja de ser una buena razon). ¿Por supuesto que ustedes salieron vencedores?

Don Victoriano.—Sí, señor; i tambien en la última, sobre si plantaríamos en la plaza árboles traídos de Santiago o de nuestras montañas.

Doña Ruperta.—¿Apuesto a que ellos eran por plantar árboles bru-

tos del cerro, en lugar de los extranjeros de la quinta normal?

Don *Victoriano*. ¡Adivinaste, mujer! (*A Faustino*.—Ya vé cómo esta mujer no tiene un pelo de tonta). El partido de los locos decia que plantásemos aquí peumos, maitenes, litres, como si no los tuviésemos de sobra en esos cerros.

Doña *Ruperta*.—¿Dando siempre por razon, la pobreza?

Don *Victoriano*.—No, sino que debíamos hacerlo así para cultivar nuestros árboles, i estudiarlos de cerca, por patriotismo i qué sé yo que mas. Pero yo me les encaré i les dije: ¡bárbaros! ¿Hasta cuándo serán ustedes porfiados i rojos? ¿No ven que les hemos ganado todas las votaciones; i que esta, que es la moza, tampoco la hemos de perder? Vengan acá i díganme ¿qué árboles son los que hai en la plaza de Armas de Santiago? ¿Han visto allí algun maiten, quillai o boldo? ¿I piensan ustedes ser mas patriotas que el gobierno, cuando por puro patriotismo, está allá en la casa de Moneda cumpliendo con la comision que le dió el gobierno pasado, de rejir al país, i de elejir patrióticamente al gobierno que viene? En fin, fué tanto lo que les hablé, que....

Faustino.—¿Se dieron por vencidos?

Don *Victoriano*.—Nó, señor, pero salieron vencidos, que es lo que importa. ¡Nunca habia trabajado tanto desde que soi cabildante!

Dorotea.—De todos modos, tendremos jardin con flores extranjeras, i árboles de la quinta normal, como en Santiago ¡qué gusto, mamá!

Don *Victoriano*.—Sí, hija mia, tendremos todo eso, una vez que la ilustre municipalidad encuentre un prestamista que facilite el dinero.....

Dorotea.—¡Pero, papá! ¿a qué esperar eso del prestamista, para hacer el jardin?

Don *Victoriano*.—¿Qué dices, niña?

Dorotea.—Que hagan primeramente el jardin, i despues arreglarán el otro asunto del prestamista, o qué sé yo.

Doña *Ruperta* (*aparte, i dando con la rodilla a Dorotea*.—Calla).

ESCENA X.

DICHOS. INÉS.

Inés (A don Victoriano).—Un caballero que lo aguarda en su cuarto necesita hablar urjentemente con usted.

Don Victoriano.—Debe ser de la municipalidad. Estas cuestiones del jardin nos tienen a todos revueltos en este pueblo. No me dejan descansar; i luego dicen los rojos que no hacemos nada! Dile, Inés, que me espere.

Faustino (A doña Ruperta).—Yo creia que usted no tenia sino una sola hija.

Doña Ruperta (A media voz).—Así es, señor; esta muchacha.....

Faustino.—Es una preciosa niña.

Doña Ruperta (En el mismo tono).—Es una sobrina de mi marido, a quien he recojido por caridad.

Don Victoriano.—Dispéñseme, señor don Faustino; un asunto importante me obliga a separarme de usted.

Faustino.—¡Oh, mi señor don Victoriano! cumpla usted con los sagrados deberes de su dignidad consejil: yo estoi mui léjos de querer privar a la patria de sus importantes servicios.

Doña Ruperta (Aparte a Inés.—¿Quién es ese caballero que espera?)

Inés (Aparte a doña Ruperta).—Silverio.

Doña Ruperta.—Está bien. Véte de aquí.

Don Victoriano.—Queda usted en su casa, señor don Faustino.

Faustino.—Mil gracias.

Don Victoriano.—I en cuanto a lo del arriendo, haremos negocio.

(Bajando la voz). Basta que usted sea como yo, de los elejidos por el supremo gobierno. ¿Está usted?

Faustino.—Sí, señor mio. Comprendo i le agradezco a usted, porque el pueblo me ha gustado, i veo que adelanta con pasos de jigante.....

Don Victoriano.—Oh! sí, señor, de jigante.....

Faustino.—En razon a que sus intereses locales están a cargo de una municipalidad tan escojida.....

Don Victoriano.—¿Qué quiere usted? escojida por el supremo gobierno, que tiene en donde elejir a su gusto.

Faustino.—Un pueblo que sigue en todo las huellas de la capital.

Don Victoriano.—¡Por supuesto! I seguiremos con pasos de gigante esas huellas mientras el gobierno siga las gigantescas huellas de.... del gobierno. ¿Me esplico?

Faustino.—Perfectamente, i confio en que usted.....

Don Victoriano.—Yo seré siempre un amigo dispuesto a servirle con todos mis posibles, no solo en esta casa sino en la municipalidad. Cuento con mi fundo.

Doña Ruperta (*Hace imperiosamente una seña a Inés para que se retire.*)

(*Vanse Inés i don Victoriano.*)

ESCENA XI.

FAUSTINO, DOÑA RUPERTA I DOROTEA.

Faustino.—¡Qué caballero tan cumplido! Parece criado en Santiago.

Doña Ruperta.—I sinembargo, no ha estado jamas en la capital.

Dorotea (*Aparte.*—¡Qué visita tan inoportuna la de Silverio! ¡Ahora lo aborrezco!)

Faustino.—Pero yo sé el secreto de esto.....

Dorotea.—No lo crea, señor. Ese mozo que ha venido, a ver a mi papá es un.....

Doña Ruperta (*Aparte.*—Calla, niña!)

Faustino.—Digo que yo sé por qué don Victoriano, sin haber estado jamas en la capital, posee esas maneras tan elegantes.

Doña Ruperta.—¿Por qué?

Faustino.—Porque ha vivido a su lado, señora.

Doña Ruperta.—Favor que usted me hace, señor. Verdad es que conozco la alta sociedad, i trato de que mi familia se imponga de los usos i maneras sociales.

Dorotea.—En cuanto a eso, yo puedo estar orgullosa de mi mamá. No deja nunca de enseñarme los usos sociales; i ya sé cómo se va a los bailes, cómo se hacen los paseos, cómo debe una niña conducirse en la filarmónica, i en fin todos las maneras de la alta sociedad.

Faustino.—Por eso decia yo que don Victoriano ha vivido aquí como en la capital.

Dorotea.—El nombre de las calles, las plazas, todo me lo ha enseñado mi mamá, así es que puedo pasearme con la imaginación por todo Santiago. Pero como ella no ha visto después de transformado, el cerro de Santa Lucía, nada ha podido decirme..... Dicen que Vicuña Mackenna lo ha puesto muy lindo.

Faustino.—¡Ah señorita! El intendente de Santiago es un verdadero Mago, que con su varita de virtud ha escrito sobre aquellas rocas la palabra *buen gusto*, convirtiendo aquel montón informe en un grupo de cristales, obeliscos, pirámides, agujas, rampas, esplanadas i escaleras. Hoy ruedan vehículos por donde ayer solamente volaban los pájaros. Las cumbres del histórico cerro se han alegrado al sentirse oprimidas por el diminuto pié de las hermosas. El arte ha ido allí a auxiliar a la naturaleza; i auxiliado también por ella misma, ha convertido las rocas en estatuas; las ha hecho hablar con el murmullo de las aguas que aparecen por entre sus grietas corriendo, ondulando o despeñándose en espumosas i chispeantes cascadas, i las ha engalanado con árboles, flores i arbustos de mil colores i formas.

Dorotea.—Ah! mamá! ¡qué cosa tan encantadora! Yo daría todo cuanto tengo por ver tanta belleza. ¿Por qué la municipalidad no hará también aquí un cerro de Santa Lucía?

Doña Ruperta.—Yo se lo diré a tu padre, i él hablará en el cabildo sobre el particular.

Faustino.—Este pueblo, siguiendo como hasta ahora los pasos de la capital, una vez que tenga un cerrito, por pequeño que sea, se convertirá en un verdadero paraíso.

Dorotea.—¿Lo cree usted así, señor?

Faustino.—Sí, señorita; i aun creo que, sin necesidad del cerrito, merece desde luego el nombre de paraíso, una ciudad como esta en donde hai tantos ángeles.

Dorotea.—¡Ah!

Faustino.—Pido a ustedes permiso para retirarme.

Doña Ruperta.—¡Tan pronto!

Dorotea.—¿Cuándo apenas ha comenzado usted la visita?

Doña Ruperta.—Ruégole que no sea esta la última vez.

Faustino.—No tiene para qué rogarme una cosa que yo tan ardentemente deseo. Señora, beso a usted la mano. Señorita, a los piés de usted.—(Vase.)

ESCENA XII.

DICHOS, ménos FAUSTINO.

Dorotea (*Abrazando a doña Ruperta*).— ¡Mamá! ¡mamá! ¡Este hombre..... Este..... hombre!

Doña Ruperta.—Cálmate, niña, porque no es bueno que una muchacha sea así tan impresionable, tan sentimental, tan

Dorotea.—¡Pero, mamá, por Dios! Este hombre es el único con quien puedo ser feliz. Anoche soñé con él..... Mamá ¿quiere que le diga una cosa? como usted me ha dicho que una hija no debe ocultarle nada a su madre.....

Doña Ruperta.—Dime ¿qué cosa es esa?

Dorotea.—Que me casaría con él ahora mismo, para que me llevase a Santiago.

Doña Ruperta.—¡Qué niña de tanta sensibilidad! Cálmate, Dorotea..... Pero ¿de qué me admiro, si yo era lo mismo que ella cuando tenía su edad?

Dorotea.—I cuando estuviéramos en Santiago, nos pasearíamos en vehículo por donde ayer volaban los pájaros. ¿Se fijó usted en eso que dijo?

Doña Ruperta.—Sí me acuerdo. Pero no te impresiones tanto.

Dorotea.—Es que temo.....

Doña Ruperta.—Ten confianza, porque te miraba con unos ojos que..... Yo tengo experiencia, i sé mui bien lo que aquellas miradas querían decir.

Dorotea.—¡Pero se va! ¡se va!

Doña Ruperta.—Si él es fino, ha de volver, querida mia.

ESCENA XIII.

DOÑA RUPERTA, DOROTEA, DON VICTORIANO.

Don Victoriano.—¿Sabes lo que me ha pasado, Ruperta?

Doña Ruperta.—¡Habla, hombre!

Don Victoriano.—Es el caso que, despues de haber hablado cõo Silverio sobre su matrimonio con Dorotea.....

Dorotea.— ¡Ah, papa!

Don Victoriano.—Que el muchacho desea realizar pronto.....

Dorotea.—¡Papá! ¡papá mio! usted no querrá ver muerta a su hija!

Don Victoriano.—¿Qué significa esto, Dorotea?

Dorotea.—Es que.....

Doña Ruperta.—Calla, niña; i tú, Victoriano, prosigue.

Don Victoriano.—Prosigo. Pues, señor, cuando yo salia de mi cuarto, me encontré con don Faustino, quien, sin mas acá ni mas allá, me pidió la mano de Dorotea.

Doña Ruperta.—¡Lo estaba adivinando!

Dorotea.—¿I usted qué le contestó, papá?

Don Victoriano.—¿Qué habia de responderle, sino que tenia mi palabra empeñada, i que acababa de hablar con tu novio?

Dorotea.—¡Ah! ¡yo me muero! (*Se desmaya*).

Doña Ruperta.—¡Padre desnaturalizado! Has muerto a tu hija.

Don Victoriano.—¿Yo desnaturalizado? No entiendo. Dorotea, ¿qué tienes?

Dorotea.—¡Papá desnaturalizado, usted ha muerto a su hija!

Don Victoriano.—Esplicame, Ruperta, qué significa esto.

Doña Ruperta.—Esto significa que Dorotea no quiere casarse con Silverio.

Don Victoriano.—¿Por qué razon?

Doña Ruperta.—Porque ama a Faustino.

Don Victoriano.—¡Ah! Yo no sabia.....

Doña Ruperta.—Por eso te he dicho que jamas tomes una determinacion séria, sin consultarme.

Don Victoriano.—Pero mujer ¿qué necesidad tenia de consultarte ahora, cuando sé que hemos de cumplir la palabra que le hemos dado a Manuel, de casar a Dorotea con su hijo Silverio, i sobrino tuyo?

Doña Ruperta.—Pues entre mi sobrino i el diputado, prefiero al diputado.

Dorotea.—I yo tambien.

Don Victoriano.—¿I la palabra que tenemos empeñada?

Doña Ruperta.—¿Qué sabes tú de palabras, hombre sin educacion?
¿No ves lo que sufre tu hija?

Don Victoriano.—Pero, Ruperta, yo no sé.....

Doña Ruperta.—¿Quieres enseñarme a mí cómo se conduce la jente ilustrada, en casos semejantes? ¿Te parece que en Santia-

go respetan estúpidamente una palabra dada, cuando se trata del establecimiento de una hija, hombre sin corazón?

Don *Victoriano*.—Pero, Ruperta, si yo no tengo corazón, tengo honradez, i mis padres me han enseñado.....

Doña *Ruperta*.—¿I qué sabian tus padres, pobres provincianos que jamas divisaron la plaza de Armas? Corre al momento a deshacer lo que has hecho. No te detengas. Ve i dile que has reflexionado mejor, i que prefieres que él sea el esposo de nuestra hija.

Don *Victoriano* (*empujado por doña Ruperta, va a salir i vuelve*).—Lo peor es que, por esta negativa mia, se ha deshecho un negocio que teníamos palabreado.

Doña *Ruperta*.—¿Qué negocio es ese?

Don *Victoriano*.—Has de saber que don Faustino me queria arrendar mi fundo de la Rinconada; i esta mañana hablamos largamente sobre el particular. Solo nos faltaba convenir en el cánon, cuando este incidente ha venido a entorpecer el negocio.

Doña *Ruperta*.—Razon mas para ir a desdecirte de tu negativa.

Don *Victoriano*.—Yo creo que él la ha recibido mui mal.

Doña *Ruperta*.—¡Razon de mas, Victoriano!

Don *Victoriano*.—I que desea casarse con Dorotea, tanto como arrendar el fundo.

Doña *Ruperta*.—Razon de mas, razon de mas, ¡hombre de Dios! Toma tu sombrero, ántes que la cosa se enfrie, i no pierdas tiempo.

Don *Victoriano* (*encaminándose hácia la puerta*) voi allá, voi. (*Vuelve a la escena*).—Pero dime, mujer ¿estás bien segura de que, siendo como soi un hombre honrado, puedo faltar a mi palabra?

Doña *Ruperta*.—Si no estuviera segura, Victoriano, no te lo aconsejaria. ¿No ves que se trata del porvenir de nuestra hija querida?

Dorotea.—¡De mi porvenir, papá!

Don *Victoriano*.—Pero mi dignidad de cabildante elejido por el gobierno.....

Doña *Ruperta*.—Razon de mas para que puedas faltar sin escúpulo a tu palabra, i desdecirte, sin que tu honor sufra en lo mas mínimo. Es cosa que he visto yo mil veces en Santiago!

Don *Victoriano*.—Pues siendo así, voi al momento.

Doña *Ruperta*.—I no le pidas mui caro por el arriendo, porque al fin i al cabo, todo quedará en casa. (*Vase don Victoriano.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, *ménos* DON VICTORIANO, *despues* INES.

Doña *Ruperta*.—¿No te lo decia, Dorotea? Aquellas miraditas significaban algo!

Dorotea.—Ah! mamá; ¡no me cabe el corazon en el pecho! ¿qué pasos son esos?

Ines (*Mirando por la ventana hácia el patio exterior.*—Es Silverio que viene.....

Dorotea.—¡Jesus! ¡qué hombre tan mal criado! No sabe llegar nunca a tiempo. ¡Lo aborrezco! ¡Vámonos, mamá!

Doña *Ruperta*.—Vámonos, hija mia; pero ten calma.

Dorotea.—¡Nó, nó, mamá! ¡Lo aborrezco, lo aborrezco!

ESCENA XV.

INES, SILVERIO.

Silverio.—Ines, creí haber oido hablar aquí a mi tia.

Ines.—Acaba de retirarse: voi a llamarla.

Silverio.—Gracias, querida prima, por haber adivinado mis deseos.

Ines (*Aparte.*—¡Pobre Silverio! ¡Qué golpe tan cruel va a sufrir!

I tan digno de ser amado!

Cae el telon.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

SILVERIO (*Paseándose ajitadamente a lo largo de la sala.*)

No sé qué pensar de la conducta de mi tia, pues no parece sino que tratase de huir de mí, segun ha sido su prisa en retirarse de aquí. Porque si ella no me vió, Ines debió decirle que era yo quien venia a visitarla. ¿I Dorotea? ¿Qué motivo he podido darle para que se condujera como lo hizo conmigo anoche, en el baile? Solo tenia miradas para el héroe de la fiesta, i no pude conseguir que bailase una sola vez conmigo. Cuando llegué, ya estaba comprometida para todos los bailes con el tal don Faustino.

ESCENA II.

SILVERIO, INES.

Silverio.—Dime, Ines, ¿por qué me hace esperar tanto mi tia? ¿Qué ha sucedido? ¿Se ha enfermado ella, o bien Dorotea...

Ines.—No, Silverio; ambas gozan de perfecta salud; pero tu tia me ha encargado decirte.....(*Aparte.*—No sé cómo darle este descortés recado.)

Silverio.—¿Qué te ha dicho mi tia?

Ines.—Que no saldrá a recibirte.

Silverio.—¿Por qué razon?

Ines.—No me ha dicho la causa, sino solamente que tú, como persona que has estudiado en Santiago, debes sacar la consecuencia de esta negativa.

Silverio.—¿Qué significa esta conducta? ¿Acaso he cometido alguna falta que me haga merecedor de tal desprecio? ¿I Dorotea?

Ines.—Dorotea me encargó que te dijese lo mismo.

Silverio.—Gran Dios! aquí hai algo que yo no comprendo..... algun chisme, sin duda..... Porque no puedo persuadirme

de que Dorotea haya olvidado, sin motivo alguno, sus protestas de amor..... Dime, Ines ¿me aprecias?

Ines, (Conmovida).—¿Yo? ¿I cómo pudiera no apreciarte, Silverio?

Silverio.—Gracias, Ines. Tú eres buena, prima mia, i no dudo de que tu corazon de ángel sabrá comprender mi dolor.

Ines, (Aparte.—Mi corazon! Si supiera él lo que mi pobre corazon sufre!)

Silverio.—Querida Ines, dime: ¿qué le has oido decir a mi tia o a Dorotea, de mí?

Ines.—¿Yo? Nada..... (*Aparte.*—Cómo he de tener fuerzas para decirle.....)

Silverio.—Pero es preciso, Ines, que esta accion de mi tia tenga alguna causa. Es preciso que Dorotea tenga algun motivo sério para romper conmigo. Los vínculos formados por un amor de seis años no se cortan en un dia. Sin embargo, Dorotea se ha conducido conmigo, en el baile de anoche, como si yo fuera indigno de su cariño. ¿Por qué esta mudanza tan repentina? No puedo creer que sea causada por un nuevo amor, porque esto seria insultar a Dorotea. Dime, Ines, por Dios, si sabes que álguien haya venido a calumniarme ante ella!

Ines.—No es eso, Silverio.

Silverio.—Ah, Ines! Dices que no es eso: luego tú sabes el motivo de tan repentino desvio. Ah! dímelo, Ines, por lo que mas quieras; hazme saber la causa de mi desdicha, tú que hasta ahora has sido la mas querida de mis amigas!

Ines, (Aparte.—Corazon mio, no me vendas!) Antes de contestarte, dime, Silverio, si podras dejar de amar a Dorotea.

Silverio.—¿I por qué me preguntas eso? Aun cuando pretendiera olvidar este amor, que ha constituido la dicha de mi corazon i la única aspiracion de mi alma.....

Ines, (Aparte.—¿Cuánto la ama!)

Silverio.—Aun cuando lo pretendiera, Ines, yo no podria dejar de pensar en Dorotea.

Ines, (Aparte.—Dios mio! dame fuerzas para cumplir con mi deber!) ¿Ni aun cuando vieras que ella ama a otro?

Silverio.—A otro! Eso es! I tú, Ines, que pretendes ser mi verdadera amiga, ¿me das una noticia que me causará la muerte? Ella ama a otro!

Ines.—Oye, Silverio; cálmate. Esto no es mas que una suposición.....

Silverio.—¿Amar ella a otro? ¿I desde cuándo? Ayer me juraba un amor eterno..... Pero ese hombre la ha seducido con engañosas palabras. Yo debí haberlo comprendido anoche..... Ines, querida amiga mia, dime a quién ama Doretea!

Ines.—No lo sé, Silverio, (*Aparte.*—I sin embargo, me seria tan fácil dividirlos!)

Silverio.—Tienes razon, Ines, para estar enfadada conmigo. Perdóname; he sido injusto contigo, Ines; pero ya sabes el lugar que ocupas en mi corazon. Es imposible hablar contigo sin quererte.

Ines (*Aparte.*—Ah! si yo no viera en sus palabras otra cosa que el reflejo de su amor por otra mujer.)

Silverio.—¿Qué tienes, Ines? ¿Por qué no me contestas? Tú estás enferma!

Ines (*Apoyándose en una de las sillas.*)—¿Yo? No es nada..... El calor de esta pieza.....

Silverio.—Yo te he aflijido, Ines, con mis duras espresiones. Perdónaselas a un hombre loco de amor!

Ines (*Aparte, sentándose desfallecida.*—Qué martirio!) Ya te digo, Silverio, que.....

Silverio.—Feliz tú, amiga mia, que no conoces este dolor de verse despreciado por la persona que uno ama!

Ines, (*Aparte.*—Ojalá no lo conociera!)

Silverio.—Lo que he oido me basta para comprender mi desdicha; pero quiero oir pronunciar mi sentencia por la boca misma de Doretea. Voi a hablar con mi tia. (*Se encamina hácia la puerta de la derecha, a tiempo que don Victoriano aparece en la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

DICHOS, DON VICTORIANO.

Don *Victoriano* (*En la puerta.*)—Ruperta! Negocio hecho! El hombre se avino a todo..... Ah! Silverio! Se me habia olvidado.....

Silverio.—Aquí me tiene usted, señor, para recordarle lo que acabamos de hablar ahora poco rato.....

Don Victoriano. (*Aparte.*—En buena me he metido) ¿qué es lo que quieres, Silverio?

Silverio.—Que me diga el por qué he merecido el desprecio de ustedes.

Don Victoriano.—Hombre! Si yo no te he despreciado jamás! Eres el hijo de mi buen cuñado Manuel ¿cómo he de despreciar yo a un tan buen muchacho como tú?

Silverio.—No obstante, mi tía acaba de eviarme un recado que importa una verdadera despedida de su casa.....

Don Victoriano.—Cosas de tu tía, hombre; pero yo no.....

Silverio.—Como usted es el jefe de la familia.....

Don Victoriano.—¿Quién puede dudarlo?

Silverio.—Por eso quiero que usted me explique esta acción de mi tía.

Don Victoriano.—¿Explicarte yo las acciones de la Ruperta, hombre? Te confieso verdaderamente que aun cuando yo soi el jefe de la familia, casi siempre me quedo en ayunas de lo que tu tía hace. Ella tiene sus reglas para todo; i tú, que has vivido en Santiago, debes entenderlas mejor que yo. Pero si no las entiendes, ella te las explicará de pe a pa. (*Se encamina a la puerta de la derecha*) Ruperta! Ruperta! (*Aparte.* Esta mujer me suele meter en unos pantanos, que...) Ruperta!!

ESCENA IV.

DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA, INES, SILVERIO.

Doña Ruperta.—¿Qué gritos son esos, Victoriano? ¿Es esa la manera como debe conducirse una persona educada, que ocupa un rango en la edilidad de este pueblo?

Don Victoriano.—Perdóname, Ruperta. Hai veces que grito como si estuviera en el campo, porque se me olvida que soi cabildante. Pero aquí está Silverio, que quiere pedirte explicaciones.....

Doña Ruperta.—¿I qué desea que yo le explique, el señor don Silverio?

Silverio.—Aunque ahora no merezco el título de sobrino con que

siempre me ha honrado usted, quisiera saber por qué me ha enviado con Ines ese descortés recado.

Doña *Ruperta*.—¿I de qué te sirve, Silverio, haber estado ocho años en Santiago, si no comprendes lo que te hemos querido significar?

Don *Victoriano*.—Eso mismo le he dicho yo. Debiera haberlo comprendido al momento, i no venir a que yo le esplicase las acciones de mi mujer.

Silverio.—Si esto es una burla, tia, le aseguro que es de mal gusto; i si es de veras.....

Doña *Ruperta*.—Pero mira, niño, ¿no echas de ver que cuando la madre de una novia no quiere recibir al novio, es como si le dijera que se da por terminado aquel noviazgo?

Don *Victoriano*.—Esto es evidente.

Silverio.—¿Con que esto es lo que usted me ha querido decir?

Don *Victoriano*.—Eso mismo, hombre. ¿No te decia que ella te lo habia de esplicar en un santiamen?

Silverio.—Sin embargo, como este es un asunto que solo Dorotea debe decidir, espero oir de su propia boca el *no* que usted me ha querido significar.

Doña *Ruperta*.—Ya que así lo quieres, yo misma iré a buscar a mi hija, sin embargo de que debieras ahorrarnos este modo grosero de darte calabazas.

Don *Victoriano* (*aparte a doña Ruperta, mientras ésta va a salir por la puerta de la derecha*). Dile a la niña que el hombre ha pasado por todo, i que se ha llevado el arriendo barato.—(*Vase doña Ruperta.*)

ESCENA V.

DICHOS, ménos DOÑA RUPERTA.

Silverio.—Señor tío, si yo no hubiera sido testigo de esta vergonzosa escena, no la creeria; i no entiendo cómo es que.....

Don *Victoriano*.—Pues, hombre, a mí me pasa lo mismo: casi nunca entiendo estas cosas, sino despues que la Ruperta me las ha explicado.

Silverio.—¿Qué le contestará usted a mi padre, cuando le venga a exigir el cumplimiento de su palabra empeñada?

Don *Victoriano*.—¿Entonces crees tú que yo tengo obligacion de cumplir.....

Silverio.—Pues no ha de tenerla! Todo hombre debe.....

Don *Victoriano*.—Ya sé que el hombre lo es por su palabra, i el buel por el asta; pero advierte que yo soi un hombre de dignidad consejil, un cabildante de los elejidos por el gobierno; i por consiguiente, puedo faltar, sin menoscabo de mi honor.....

Silverio.—¿Qué dice usted?

Don *Victoriano*.—Es tu tia quien lo dice; i cuando ella lo dice, bien sabido se lo ten irá.

Silverio.—Al contrario, señor: por lo mismo que es usted un hombre de dignidad, está mas obligado a cumplir lo que promete.

Don *Victoriano*.—Así me salen volviendo loco! Pero aquí viene la Ruperta.....

ESCENA VI.

DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA, INES, DOROTEA, SILVERIO.

Don *Victoriano*.—Este es un embolismo que no entiendo, Ruperta. Por un lado me dices tú que puedo faltar honorablemente a mis compromisos con Manuel, porque soi cabildante del gobierno; i por otro, me dice Silverio, que no puedo, por la misma razon. Ustedes dos han vivido en Santiago: ¿a quién debo creerle? ¿O bien se usa en la capital dar una misma razon para probar el pro i el contra?

Doña *Ruperta*.—Calla la boca, Victoriano, i tú Silverio, oye a Dorotea.

Silverio.—Dorotea, para creer lo que mi tia me ha dicho, necesito oirlo de tu propia boca.

Dorotea.—Ya que tú lo exijes, Silverio, te diré que no puedo ser tu esposa.

Silverio.—Pues bien, Dorotea, ya que así lo quiere mi fatal destino, tendré que renunciar a la dicha de vivir contigo. Adios, ingrata: me voi de este pueblo..... Me voi a morir léjos de aquí.

Ines.—Ah!—(Vase *Silverio*.)

ESCENA VII.

DICHOS, *ménos* SILVERIO.

Don Victoriano.—Ruperta! eres un prodijio para salir bien de los trances apurados! Ven acá i te contaré cómo arreglamos el negocio. Ya la escritura de arriendo se está redactando. (*Vase con doña Ruperta.*)

ESCENA VIII.

INES, DOROTEA.

Ines.—No te vayas, Dorotea: ven. Permítele a tu prima i amiga el que te pregunte: ¿has pensado maduramente lo que has hecho?

Dorotea.—¿Qué llamas tú pensar maduramente?

Ines.—Digo si has reflexionado con detencion sobre lo que acabas de hacer. Considera que desechas un amante, cuyas buenas cualidades te son conocidas por otro a quien solo conoces de nombre. Advierte que estás segura del amor de Silverio, miétras que el otro solo te ha dicho al oido palabras que pueden ser falsas. Nada te diré de tus compromisos, ni de tus juramentos de amor, que ya te tenian atada a tu futuro esposo: no te hablaré de esos nudos que a tí no te era dado desatar, sin degradarte. Solo te ruego, Dorotea, que reflexiones un momento. Silverio te ama; i tú lo sabes mui bien. ¿Crees que ese otro pretendiente pueda amarte como él, despues de saber que tú has faltado a tus compromisos?

Dorotea.—¿I a qué viene este sermon?

Ines.—Esto no es un sermon, sino advertencias de amiga. Todavía puedes deshacer el mal que has hecho.

Dorotea.—¿Cómo?

Ines.—Llamando a Silverio. El te..... ama!

Dorotea.—¿I qué me importa que Silverio me ame, cuando yo amo al otro?

Ines.—Pero si ese otro, Dorotea, es un..... Vaya! te digo que no puede amarte, prima mia!

Dorotea.—¿Cómo te atreves a decir eso? Sabe que me ama mas que a su propia vida..... Pero ya caigo!

Ines.—¿Qué dices?

Dorotea.—Que ahora vengo a comprender bien el objeto de tus palabras.

Ines.—Mis palabras son hijas del interes que tu felicidad me inspira.

Dorotea.—No solo es eso, Ines, no solo es eso: yo creo adivinar el móvil que te impulsa.

Ines.—No puedo negarte que tambien me interesa la suerte de Silverio.

Dorotea.—No me refiero a Silverio, cuando pienso que tú te interesas por álguien. Te he adivinado, Ines!

Ines.—No sé lo que quieres decir, Dorotea.

Dorotea.—Quiero decir que tu verdadero interes es que quede libre Faustino Quintalegre.

Ines.—¿Yó? ¿Estas loca?

Dorotea.—Lo he conocido desde las primeras miradas que le lanzaste: pero no seas insensata, Ines; no mires tan alto, que eso se queda para las que tenemos mejor posicion social. Guarda tus consejos para otra mas necia que tú. (*Vase.*)

ESCENA IX.

INES.

Ines.—Mas necia que yo! Tienes razon, Dorotea! Ha sido una necedad de mi parte el pretender que marches por el camino de la razon. ¿Yo amar a ese hombre, a quien ni aun podria odiar por el mal que ha hecho? Si estuviera para reir, me reiria; pero mi pobre corazon solo late de dolor en este momento. Es preciso que Dorotea sea mui necia, para que no haya conocido la repugnancia con que le aconsejaba que llamase a Silverio. Mas ¿podia yo aconsejarle otra cosa? La dicha de Silverio es mi propia dicha; i aun cuando su union con Dorotea abra un verdadero abismo entre nosotros, quiero verlo feliz al lado de la mujer que ama..... I sin embargo, esta idea me punza el corazon, sin poderlo remediar..... Gracias, Dios mio, por haberme dado fuer-

zas para cumplir con el deber que me he impuesto de ocultar este amor que forma mi mayor delicia i mi mas cruel martirio.

ESCENA X.

INES, SILVERIO.

Silverio (*Saliendo precipitadamente por la puerta de la izquierda.*) Ines! Ines querida! Eres un ángel!

Ines.—Silverio! ¿qué haces? ¡Dios mio! Yo.....

Silverio.—Deja, Ines, que te abrace de rodillas; deja que bese tus plantas; déjame pedirte perdon por no haber sabido adivinar que me amabas!

Ines.—¿Qué dices?

Silverio.—Cálmate, Ines. Cuando salí de aquí, hace poco, entré en esa pieza, por el corredor (*Mostrando hácia la izquierda.*) Lo he oido todo detras de esa puerta!

Ines.—¡Gran Dios! ¡Me he vendido!

Silverio.—No, Ines, tú te has dado a conocer. Bendita sea la hora en que te he conocido, ángel de bondad! Tú abogabas por mí, contra tus mas ardientes deseos; i ahogando tus lágrimas, que caian como una lluvia de espinas sobre tu corazon, no te acordabas sino de mi felicidad ¿cómo he podido verte sin amarte? He sido un loco, Ines; un loco que corría fascinado tras de una luz fosfórica, sin reparar en la amorosa luz de tus ojos. No te diré ahora que te amo, Ines querida! tú no me lo creerias, porque aun resuenan en este lugar mis palabras de amor dirigidas a otra mujer! Adios (*Vase.*)

ESCENA XI.

INES.

Ines.—Ah! vuelve, vuelve! Sí, te creo, Silverio! Pero ¿qué es lo que digo? Insensata de mí! ¿No pueden sus palabras ser hijas de la gratitud, ántes que del amor? Yo sé que él no

ha de querer engañarme; pero ha podido engañarse, al decir que me ama. ¿Cómo he de creer que me ama, cuando acabo de ser testigo de sus palabras de amor dirigidas a Dorotea? Sin embargo, puede haberse curado de su pasión por mi loca prima. Dorotea no sabe amar, i es incapaz de inspirar un amor verdadero. ¿Cómo podría ser feliz Silverio con el amor de una mujer que no sabrá jamás estimar las prendas de un amante como él? I yo, que siento en mí la conciencia de poder hacer su felicidad, ¿he de dejarlo hundirse en la desgracia, sin tenderle una mano, que sabrá mejor que ninguna otra enjugar sus lágrimas? Sí! seré al fin feliz, amándolo ante todo el mundo, yo que he tenido que ocultar este amor durante tantos años de martirio! Mas ¡oh, Dios mio! Estoy delirando! (*Llora.*)

ESCENA XII.

INES, DOÑA RUPERTA.

Doña *Ruperta*.—Ines ¿por qué lloras?

Ines.—¿Yo, tia? No.....

Doña *Ruperta*.—En balde tratas de ocultármelo: Dorotea me lo ha dicho todo.

Ines.—¿I qué le ha dicho mi prima?

Doña *Ruperta*.—¿Tu prima? Siempre luciendo el parentesco! Pero mejor seria que tratases de merecerlo, imitando a Dorotea. ¿Crees tu que con ser pariente de una persona encumbra da se gana algo, si una no hace nada por elevarse a esa altura? Aun cuando tú seas prima de tu prima, ella será siempre la primera, i tú la segunda: no lo olvides.

Ines.—Ojalá pudiera olvidar, tia, los malos tratamientos que no merezco!

Doña *Ruperta*.—¿I todavía te crees mas merecedora? Despues de que te tenemos en casa, i te damos un abrigo, a la sombra de nuestra familia, i te elevamos a nuestra altura, i te ponemos en contacto con nuestra escogida sociedad; despues de hacer tanto por tí, ¿vienes a decirme en mi cara que te crees mas merecedora? Eres una ingrata i presuntuosa,

pues solo a tu atrevimiento le es dado pensar en el amor de Faustino.

Ines.—¿Yo, tia? ¿yo?

Doña Ruperta.—Sí, sobrina, tú, tú! No debieras ver sino los favores que has recibido en esta casa, para no arrebatarle su amante a Dorotea.

Ines.—Si no pienso en tal cosa, tia de mi alma!

Doña Ruperta.—I aun cuando lo pensaras, convéncete de que eso es una locura. ¿Crees poder competir con mi hija, porque tienes esa carita de muñeca inglesa? No, Ines; tú estás mui léjos de poseer las distinguidas maneras de tu prima; i esto es lo que mas estiman los mozos de Santiago, como Faustino. Tambien estás tú mui distante de poseer la rica dote de mi hija; i no creas que esto es lo que los mozos de Santiago estiman ménos.

Ines.—Tia, una vez por todas le diré a usted, que yo no me estimo en tan poco, para que desee casarme con ese caballero.

Doña Ruperta.—¡No digo yo, pues! ¿Acaso piensas casarte con un príncipe?

ESCENA XIII.

DICHOS, DON VICTORIANO.

Don Victoriano.—Así es, Ines; con un príncipe, no. Créele a tu tia, porque ella dice siempre lo justo.

Ines.—Ah! tío mio! usted es bueno, i no puedo dejar de hallar un apoyo en su corazon. (*Lo abraza.*) ¿En dónde lo buscaré sino en el hermano de mi madre? (*Llora.*)

Don Victoriano.—No llores, Ines, hija mia! Díme, Ruperta ¿qué le estabas diciendo a esta pobrecita?.....

Doña Ruperta.—Le estaba enseñando los usos sociales.....

Don Victoriano.—Consuélate, Ines: esto no es sino que tu tia te estaba enseñando los usos sociales.

Ines.—Yo no quiero un maestro que sea mi verdugo. Acuérdese, tío, de que mi madre, al morir, me dejó encargada a su cariño de usted.....

Don Victoriano.—Dices bien. ¡Pobre hermana mia! Mira, Ruperta,

enseñale a Ines los usos sociales; pero no a modo de verdugo!

Doña *Ruperta*.—¿Yo verdugo? I te atreves a decirlo, Victoriano!

Don *Victoriano*.—Yo no me atrevo, mujer: lo que yo digo es.....

Doña *Ruperta*.—Debieras ver que esta muchacha criada en los campos, tiene todos los resabios de una provinciana; i si ha de vivir con nosotros, es preciso que bote el pelo de la Dehesa.

Don *Victoriano*.—Eso es lo mismo que yo digo. Mira, Ines, es preciso que te se quiten esos resabios, i que botes el pelo de la..... ¿cómo dijiste, Ruperta?

Doña *Ruperta*.—Oigo pasos..... El es, sin duda. (*A Ines.*) Vete para adentro, i dile a tu prima que salga al salon.

Don *Victoriano*.—Talvez será el escribano que viene con la escritura para que yo la firme. (*Asomándose a la puerta del fondo.*) Ah! nó! Es Manuel.

ESCENA XIV.

DOÑA RUPERTA, DON VICTORIANO, DON MANUEL.

Don *Manuel*.—Sí, Victoriano, yo soi, que vengo a preguntarte desde cuándo.....

Don *Victoriano*.—Pregúntalo a la Ruperta, Manuel. Yo no sé desde cuándo.....

Don *Manuel*.—Digo, ¿desde cuándo has dejado de ser hombre?

Don *Victoriano*.—¿Yo he dejado de ser hombre? Pregúntaselo a la Ruperta.....

Doña *Ruperta*.—Déjalo hablar, Victoriano.

Don *Manuel*.—No eres hombre, desde que olvidas tus compromisos, Victoriano.

Don *Victoriano*.—Ah!

Don *Manuel*.—¿Qué delito ha cometido mi hijo Silverio, para que ustedes le nieguen la mano de Dorotea? Tú has olvidado tu palabra empeñada; mi hermana Ruperta ha llegado a desconocer los vínculos de la sangre, i el amor de Dorotea se ha convertido en odio. Ahí me encontré en la calle con el pobre muchacho, que iba huyendo de esta casa, como un loco. ¿Por qué han alimentado ustedes las esperan-

zas de mi hijo, si al fin habian de cometer con él tan negra felonía? ¿Es así como se conduce una familia honorable? ¿Piensa de este modo alcanzar Dorotea fama de mujer honesta i prudente? ¿I tú, Victoriano, dime si tus padres te enseñaron a ser honrado faltando a tu palabra?

Don *Victoriano* (*Aparte*.—Esto es lo que me sucede por creerle siempre a mi mujer!) Mira, Ruperta: bastantes veces te repetí que no nos era dado faltar a nuestros antiguos compromisos.

Doña *Ruperta*.—Calla, Victoriano; i tú, Manuel, óyeme. En primer lugar, no debes admirarte de que Victoriano te falte a su palabra, pues segun los usos admitidos en toda sociedad culta, el padre no puede obligar a su hija a que dé su mano a quien no ama, sin ser un tirano.....

Don *Victoriano*.—Ya ves, Manuel, que yo no puedo tiranizar a Dorotea.

Don *Manuel*.—Yo no pretendo que la tiranices, sino que ejerzan ustedes sobre ella la influencia de padres, para que la muchacha no haga disparates. I si no, díganme ¿qué han hecho ustedes para disuadirla de su locura?

Don *Victoriano* (*Aparte*.—Aquí sí que tiene razon Manuel.) Es verdad, Ruperta, que hemos andado un poco lijeros en.....

Doña *Ruperta*.—¿Te callarás al fin? cuando se trata de la felicidad de los hijos, toda prontitud es tardanza. ¿Querrias tú que, por andar mirando en detalles, dejáramos escapar la oportunidad de establecer ventajosamente a nuestra hija?

Don *Victoriano*.—Es evidente, Manuel. ¿Cómo habíamos de dejar escapar esta oportunidad?

Don *Manuel*.—No comprendo.....

Don *Victoriano*.—Aun cuando no entiendas, hombre, créele a la Ruperta, pues nadie sabe mas que ella en esto de las oportunidades.

Doña *Ruperta*.—Ahora por lo que toca al repentino cambio de Dorotea, bien echarás de ver, Manuel, que una niña de tan exquisita sensibilidad i criada en tanto regalo, está espuesta a sufrir repentinos trastornos en su corazon.

Don *Victoriano* (*Aparte*.—Esta mujer es el diablo, Dios me perdone! Tiene razones para todo.) Sí, Manuel, convéncete de que estas son cosas que pasan en Santiago todos los dias.

Don *Manuel*.—¡Bonita razon! ¿I qué me importa a mí que en San-

tiago obren así o así? ¿No es bueno sino que nosotros los provincianos hemos de ser lo mismo que los monos, para andar a la santiaguina, comer, hablar i casar a nuestros hijos a la santiaguina? ¿No somos acá cristianos de veinticinco arriba, para que necesitemos ver cómo saludan, cómo bostezan i cómo estornudan allá en la capital? ¿qué te parece, Victoriano? ¿Somos acaso unos niños de teta, para no conocer los piés que nos cargan? ¿Por qué hemos de convertirnos en títeres, para que los santiaguinos jueguen con nosotros?

Don *Victoriano*.—¡Eso sí que nó! todo podemos ser; pero no títeres! ¿No te parece, Ruperta?

Doña *Ruperta*.—Lo que me parece es que tú debes oír i callar.

Don *Victoriano* (*Aparte*.—Esta mujer quiere que yo viva oyendo i callando.)

Doña *Ruperta*.—Dime, Manuel ¿qué cosa mas puesta en razon que imitar en todo i por todo a nuestra capital, que es nuestro centro de civilizacion, de riqueza, de buen gusto....

Don *Victoriano* (*Aparte*.—Está de Dios que esta mujer tenga razon siempre). Ya ves, Manuel que Santiago es nuestro centro.....

Don *Manuel*.—De todo lo bueno i de todo lo malo. Por eso digo que debemos imitarlo solo en aquello que Dios manda, así como ellos nos deben imitar a nosotros en lo poco o mucho que tengamos de razonable.

Don *Victoriano*.—En cuanto a eso, es claro que Santiago nos debe imitar.....

Doña *Ruperta*.—¿Estás loco, Victoriano? ¿Cómo puedes dejarte convencer por tales razones?

Don *Victoriano*.—No se te dé nada, Ruperta: aun cuando Manuel me convenza veinte veces... (*Aparte*—mi voto será siempre tuyo!)

Don *Manuel*.—Pero despues de todo, yo quisiera saber cuál es el novio por quien Dorotea desprecia a mi hijo.

Doña *Ruperta*.—El novio es nada ménos que.....

Don *Victoriano*.—Déjame, Ruperta, que esta me toca responderla a mí: i tú, Manuel, nos hallarás razon, cuando sepas que el novio que pretende a Dorotea es nada ménos que nuestro diputado.....

Doña *Ruperta*.—I vas a conocerlo, porque aquí viene.

ESCENA XV.

DICHOS, FAUSTINO, EL ESCRIBANO.

(*La escena se divide en dos grupos. Hacia la izquierda don Victoriano i don Manuel, hablan en voz baja; i hacia la derecha, se ponen Doña Ruperta, Faustino i el escribano a conferenciar sobre el arreglo de la escritura indicada en el diálogo.*)

Faustino.—Señora, a los piés de usted..... Señor don Victoriano, aquí trae el señor escribano la escritura hecha, para que usted la lea i la firme.

Doña Ruperta.—Pase usted para acá, señor Quintalegre. Aquí leeremos la escritura en comité.

Don Victoriano.—Dices bien, Ruperta; yo la leeré despues. (*Se vuelve a donde está don Manuel.*)

Don Manuel.—¿Con que este pájaro es nuestro diputado?

Don Victoriano.—Sí, hombre; pero no creas que es un diputadillo de esos que bota la ola, sino todo un diputado de los de buena lei, de los elejidos por el supremo gobierno.

Don Manuel.—Así será él!

Don Victoriano.—Un diputado, hombre, de esos que no pierden votacion jamas, porque nunca dejan de tener razon: ahí tienes al que va a ser mi yerno.

Don Manuel.—Buena pró te haga, Victoriano. Ya tenia yo noticias del tal pajarraco.

Doña Ruperta.—Aquí falta una coma, señor escribano Mire usted: esta palabra debe escribirse con letra mayúscula!

Don Victoriano.—Mira Manuel, ¿qué mujer tan sabia es tu hermana! No se le escapan ni las comas, i es capaz de enseñar a escribir al mismo escribano.

Don Manuel.—¿Qué escritura es esa?

Don Victoriano.—Voi a contarte. (*Hablan en voz baja.*)

Doña Ruperta.—Estos dos puntos deben ser punto i coma.

Escribano.—Lo pondremos así, señora. (*Toma la pluma i escribe.*)

Doña Ruperta.—Sí, señor escribano; es preciso cuidar mucho de la puntuacion. Mire que yo he visto en Santiago pleitos ruidosísimos ocasionados por un punto i coma. ¿No es verdad, señor Quintalegre?

- Faustino*.—¿I cómo podría dejar de serlo, diciéndolo usted, señora mia?
- Doña Ruperta* (*Aparte*.—Cuando en estos asuntos comerciales es tan galan ¿qué será en los asuntos del corazón?)
- Faustino* (*Aparte*.—Con tal que el viejo pase por el precio que le he puesto al arriendo, yo pasaré por todas las comas i puntos de la señora).
- Don Victoriano*.—¡Pero, hombre de Dios! ¿por qué te parece mal este caballero, cuando ya te digo que es de los elejidos por el gobierno; i siendo así, claro es que no será un rana.
- Doña Ruperta*.—Vea, señor escribano; agregue usted esta clausulita que acabo de redactar.
- Escribano*.—Mui bien, señora. (*Escribe, mirando el papel que le ha pasado doña Ruperta.*)
- Faustino* (*Aparte*.—¿I se permite agregar cláusulas a la escritura, sin consultarme? ¿Qué sería si ya fuese mi suegra? Pero no lo será, gracias a Dios.)
- Don Victoriano*.—¿Te parece que el gobierno es un tonto, para que no sepa elejir mejor? Ya ves tú que yo tambien soi municipal de los elejidos por la gubernatura.
- Don Manuel* (*Aparte*.—Quiero conocer de cerca a este buena alhaja.) Mira, Victoriano, será bueno que me presentes a él, porque al fin i al fallo, ha de ser mi sobrino político.
- Doñ Victoriano*.—Ah! ya sabia yo que al fin te habias de dar a la razon. (*Se acerca al otro grupo.*) ¿Está ya en punto de firmar, señor escribano?
- Escribano*.—En dos minutos mas, señor.
- Don Victoriano* (*Aparte a doña Ruperta*.—Oye, mujer; he convenido a Manuel, ¿quiere amistarse con nuestro yerno. Es preciso que se lo presentes con todas las formalidades de estilo.)
- Doña Ruperta* (*Aparte a don Victoriano*.—Mui bien: Dile a Manuel que se acerque.)
- Faustino* (*Aparte*.—En atrapando el arriendo, ya veré cómo deshacerme del matrimonio.)
- Don Victoriano* (*Aparte a don Manuel*.—Ven acá, Manuel; Ruperta te presentará: yo no he podido acertar jamas en esto de las presentaciones.)
- Doña Ruperta*.—Señor Quintalegre, tengo el honor de presentarle a mi hermano Manuel, tio de Dorotea.

Faustino.—Tanto la cualidad de hermano de usted, señora, como la de tío de Doroteita, son mas que suficientes motivos para que el señor don Manuel encuentre siempre en mí un amigo de corazón i un servidor decidido.

Don Manuel.—Mil gracias, señor. Ojalá alcance a merecer con mi sincera amistad el honor de la suya. (*Habla en voz baja con Faustino.*)

Doña Ruperta (Aparte a don Victoriano.)—¿I cómo pudiste reducir a Manuel?

Don Victoriano (Aparte a doña Ruperta.)—Es que yo tambien tengo mi elocuencia. Ya sabes que jamas pierdo cuestion en el cabildo.)

Don Manuel.—Porque siendo usted el diputado elegido por este departamento.....

Don Victoriano.—No, Manuel! Mucho mas que eso todavía! Ya te he dicho que el señor es elegido por el ministerio!

Don Manuel.—Bah! ¿Por acaso el ministerio es el encargado de elegir por nosotros?

Don Victoriano.—Qué hombre este tan sin esperiencia del mando! No es el ministro, sino el señor gobernador el encargado de elegir nuestros diputados.

Don Manuel.—Ah! Dices bien!

Don Victoriano (Aparte a Faustino.)—Dispénsele, señor, estas inocentadas al pobre Manuel. Es un hombre de provincia, que no está al corriente de los usos de Santiago.)

Don Manuel.—Sin duda que ha merecido usted representarnos en el congreso, por el mucho conocimiento que tendrá de nuestro departamento.

Faustino.—Es la primera vez que vengo aquí, señor. (*Aparte.*—Yo creo que este provinciano tiene mas de pillo que de tonto.)

Don Victoriano.—¿I qué necesidad tiene el señor Quintalegre de trajinar por todo el departamento, para conocerlo de punta a cabo? ¿No ves que este caballero es de la capital, que es donde está el centro, como dice la Reperta, el centro de..... el centro, en una palabra?

Don Manuel.—Sinembargo, como es preciso conocer prácticamente nuestras localidades, para.....

Doña Ruperta.—Sabe, Manuel, que una persona educada en San-

tiago, conoce por la jeografía, las provincias mucho mejor que todos los provincianos juntos.

Don Manuel.—Pero yo quisiera saber cómo una persona que no ha pisado nuestro departamento, puede conocer nuestras necesidades locales.....

Don Victoriano.—Qué cabeza! Las conoce por la jeografía, pues, hombre! No parece sino que fueras rojo, por las inocentadas que dices.

Faustino (Aparte.—Yo creo que este pícaro viejo se quiere reír de mí.) Pero ya es tiempo de firmar, señor don Victoriano.

Escribano.—La escritura solo espera las firmas.

Don Victoriano.—Pues entónces, manos a la obra! Tome usted la pluma, señor don Faustino.

Faustino.—Sírvese usted firmar primero, señor mio.

Don Manuel.—¿I Dorotea? ¿En dónde está mi sobrina? ¿No sería bueno, Ruperta, que viniera a presenciar este acto?

Doña Ruperta.—Dices bien, hermano mio. (*Se acerca a la puerta de la derecha.*) Dorotea! Dorotea!

ESCENA XVI.

DON VICTORIANO, DON MANUEL, DOÑA RUPERTA, FAUSTINO,
DOROTEA, ESCRIBANO.

Faustino (A Dorotea.)—Soi mui feliz, señorita, con haber tenido el placer de verla a usted dos veces en este dia. (*Habla en voz baja con Dorotea.*)

Doña Ruperta (Sujetando de un brazo o don Victoriano, para que no se acerque a Faustino.—Déjalos que hablen un rato a solas, hombre de Dios!)

Don Victoriano (Aparte.—I será bien visto, Ruperta, que sin estar casados todavía.....)

Doña Ruperta (Aparte.—No seas tonto! Déjate de esas antiguallas.)

Don Victoriano.—Bueno! Bueno! Traiga la pluma, señor escribano, para estampar mi firma. (*Toma la pluma, i se prepara a firmar.*) Yo necesito de tiempo, para esto de firmar.

Don Manuel (Aparte a doña Ruperta.—Mira, Ruperta, yo creo

que el diputadito no desea tanto casarse con Dorotea, como obtener el arriendo barato.)

Doña *Ruperta* (*Aparte a don Manuel.*—¿Qué no desea casarse, cuando está que se le hace agua la boca por la muchacha?)

Don *Manuel* (*Idem.*—Pues observa cómo se va a poner pálido, con lo que voi a decir.) No firmes todavía, Victoriano.

Don *Victoriano.*—¿Que no firme, cuando llevo mas de la mitad del nombre puesto?

Don *Manuel.*—Es que quiero hacerte presente una cosa, como tambien al señor Quintalegre.

Faustino.—¿Qué cosa, señor don Manuel?

Dorotea (*Aparte.*—¿I me deja sin contestarme lo que le pregunto?)

Don *Manuel.*—Es el caso que como Victoriano le compró esa hacienda a don Pedro Cámos, el cual acaba de quebrar en Concepcion.....

Don *Victoriano.*—¿I qué tiene que ver la quiebra de don Pedro Cámos con esta firma, que ya tengo medio trabajada? Es cierto que le compré la hacienda a don Pedro, i por mas señas, se la pagué en onzas de oro. Si él ha quebrado, peor para sus acreedores.

Don *Manuel.*—Pero sabe que Cámos te vendió una estancia que no le pertenecía.....

Faustino.—¿Cómo es eso?

Don *Victoriano.*—No te entiendo, Manuel.

Don *Manuel.*—Pues voi a esplicártelo. La hacienda de la Rinconada fué legada ahora setenta años, por su dueño, al convento de San Francisco; pero habiéndose estraviado el testamento, pasó el fundo, de mano en mano, hasta llegar a poder de don Pedro. Ahora ha parecido el dicho testamento, que yo he visto por mis propios ojos; i el síndico del convento piensa ponerte pleito. Yo les hago esta advertencia, para que despues no haya entre ustedes tropiezo alguno. La buene fé ántes de todo.

Don *Victoriano.*—¿Pero será verdad?

Don *Manuel.*—Para que veas que es cierto el caso, voi a pedirle al síndico ciertos papeles que lo ponen de manifiesto.

Doña *Ruperta.*—Ve, Manuel; corre, hermano mio! ¿Cómo es que no sabíamos esto?

Don *Manuel*.—Voi corriendo: en un cuarto de hora estoi de vuelta.—(*Vase.*)

ESCEN XVII.

DICHOS, *ménos* DON MANUEL.

Escribano.—Si ello es verdad, como debemos creerlo, desde que el señor don Manuel lo ha dicho, paréceme, señores, que ustedes no deben firmar, hasta no examinar bien esos documentos.

Doña *Ruperta*.—Así es, señor escribano. Puede usted retirarse; i en cuanto veamos esos papeles.....

Escribano.—Con el permiso de ustedes, mis señores. (*Váse.*)

ESCENA XVIII.

DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA, FAUSTINO, DOROTEA.

Doña *Ruperta* (*Aparte*.—Creo que Manuel tiene razon: Faustino se ha impresionado mas de lo que debiera). Ya que hemos quedado solos i como en familia, voi a decirle a usted una cosa, señor Quintalegre.

Faustino.—Hable usted, señora, que nuestro deber es oír.....

Don *Victoriano*.—Sí; ese es nuestro deber, (*Aparte* i callar, además, como dice la Ruperta).

Doña *Ruperta*.—Ya mi marido me ha hablado del honor que usted nos hace en pretender la mano de nuestra hija....

Faustino.—Señora, cuente usted con mi eterna gratitud, por haber consentido en mi felicidad....

Dorotea (*Aparte a Faustino*.—I sin embargo, usted me ha dejado con la palabra en la boca, cuando habló mi tío.....)

Faustino.—Ah! perdone usted, Doroteita....

Doña *Ruperta*.—Calla, niña. Usted, señor don Faustino, sepa que hemos convenido con Victoriano, desde algunos años atrás, en dar nuestra estancia de la Rinconada al esposo de Dorotea, para que trabaje en ella.

Don *Victoriano* (*Aparte*.—No me acuerdo de ese convenio; pero....)

Doña *Ruperta*.—Ahora, ya sea verdad o no la noticia que nos ha dado Manuel, debemos comenzar por.....

Faustino.—¿Por firmar la escritura?

Doña *Ruperta*.—Nó, nó!

Faustino.—Es que, si no hubiera nada que temer de ese testamento, podríamos arreglar primero el negocio del arriendo, i despues.....

Dorotea.—¿Esa es la fuerza de su amor, señor mio?

Faustino.—Adorada *Dorotea*, si pienso ántes en el arriendo que en nuestra union, es por darte una mayor prueba de mi cariño. ¿No ves, hermosa mia, que si comenzara por casarme, podia álguien decir que me habia casado contigo por obtener la estancia? Prefiero el que digan que arriendo el fundo, con el fin de acercarme a tu hermosura.

Doña *Ruperta*.—Apesar de eso, señor *Quintalegre*, no hemos de faltar a lo que hemos convenido con mi esposo, que está presente.

Don *Victoriano*.—Sí, señor! Así lo hemos convenido, (*Aparte*).—Esta mujer me hace mentir a cada rato, con sus usos sociales!) I como usted no debe ignorarlo, cuando marido i mujer convienen en una cosa, es preciso.....

Doña *Ruperta*.—Primeramente se casará usted, i despues recibirá la hacienda, pues yo creo que la noticia de Manuel es falsa.

Don *Victoriano* (*Aparte*.—¿Ahora sí que entiendo! La *Ruperta* teme... Esta mujer vale un Perú!)

Doña *Ruperta* (*A Faustino*.—Usted tiene un cuarto de hora para resolverse. Luego llegará Manuel, i veremos qué crédito merecen esas palabras. Sírvase usted aguardarnos aquí, miéntas tanto.

Don *Victoriano*.—Hasta luego, señor don *Faustino*. (*Aparte, a doña Ruperta al salir por la puerta de la derecha*.—Ah! *Ruperta*! Tú sabes mas que *Salomon*!) (*Vánse*).

ESCENA XIX.

FAUSTINO.

Ines.—I se van! Pues, señor estoi en capilla!

Cae el telon.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

FAUSTINO.

Faustino.—Pero ¿quién había de imaginarse que estos provincianos fuesen capaces de adivinar mis intenciones? Ya comienzo a creer que no tendrá lugar este arriendo, i es lástima, porque el negocio prometia una fortunita, en tres o en cuatro años. Doña Ruperta no volverá atrás; i como a mí me será imposible cumplir con la condicion impuesta..... No es nada! casarme con su hija! Ni aun cuando me la dieran confitada, jamás podria yo tragar una almendra tan amarga..... Presuntuosa, ignorante, casquivana, amiga del lujo i de las diversiones... Vaya! tiene todas las jenerales de la lei, i luego, fea, con la señora suegra de yapa.... Ni aun cuatro haciendas juntas como la de la Rinconada alcanzarian a neutralizar tan gran número de cualidades..... Sí, señor! Esta muchacha es un verdadero tesoro de inconvenientes para la felicidad conyugal... Que la goce otro, con Rinconada i todo, ya que la señora madre no quiere entregar el fundo, sino entregando tambien a la niña. Pero ¿cómo dejar escapar este negocio? Si no estuviera de por medio la señora suegra, nada me costaria llevar del cabestro a don Victoriano... I luego ese otro viejo de don Manuel, que ha venido a echar bolas a la raya.... Estos provincianos, cuando no son tontos, se hacen tontos... Es para lo que tienen habilidad... Pero si yo llego a averiguar que el tal don Manuel se ha querido burlar de mí, nos veremos las caras.... De todos modos, seguiremos la farsa, i lo que suene sonará. Puede ser que don Victoriano caiga en el garlito, apesar de su maliciosa mujer.... Lo importante es seguir enamorando a Dorotea, i su amor me servirá de anzuelo para cojer este suspirado arriendo... Oh! farsa! farsa! Tú eres la reina del mundo, i dictas la lei al vulgo de las jentes. Si la farsa de mi popularidad me ha dado un asiento

en el congreso ¿por qué la farsa de mi amor no me ha de proporcionar un arriendo productivo? Sigamos, pues, la farsa, que todo lo puedo esperar de mi talento i de la simpleza de estas jentes, que es en lo que consiste el talento de muchos. (*Saca el reloj*). Pero ya se ha pasado casi el doble del tiempo, i doña Ruperta no viene... Estos provincianos andan siempre con el reloj atrasado.

ESCENA II.

FAUSTINO, DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA.

Doña *Ruperta*.—Señor Quintalegre ¿ha reflexionado usted sobre lo que le conviene hacer?

Don *Victoriano*.—¿Ha reflexionado usted?

Faustino.—Sí, señor; ya he tomado mi partido. No firmaré la escritura de arriendo.

Don *Victoriano*.—¿Por qué?

Doña *Ruperta*.—¿Renuncia usted a la mano de nuestra hija?

Faustino.—Ah! señora! No diga usted eso. ¿Cómo ha de renunciar el hambriento al sabroso manjar que se le presenta? ¿Cómo no ha de querer el ciego la luz para sus ojos? ¿Cómo.....

Doña *Ruperta*.—I entónces ¿por qué renuncia usted?.....

Don *Victoriano*.—Sí, señor, ¿por qué renuncia?

Faustino.—Doroteita es la luz de mis ojos, el delicioso manjar de mis apetitos, el abrigo de mi corazon, el delicioso néctar de mi sed.....

Don *Victoriano*.—Pues entónces, arriende usted la Rinconada, i tendrá néctar i abrigo, i.....

Faustino.—Nó, señor; he pensado sériamente en este asunto. Si ustedes no están arrepentidos; si Doroteita sigue correspondiendo a mi amor, seré su esposo; pero no puedo obligarme a tomar la estancia en arriendo, ni cosa parecida.

Don *Victoriano*.—Lo siento, señor, porque como yo estoi ya viejo, queria separarme de los trabajos del campo, i darle la estancia al marido de mi hija, por un cánon bajo.

Faustino.—Pero es el caso, señor, que yo no soi hecho para vivir en el campo; i si Dorotea quiere seguirme a Santiago....

Doña *Ruperta*.—Lo seguirá, amigo mio, lo seguirá a usted hasta

el mismo Paris i Lóndres, si quiere, porque no hai niña mas dócil i condescendiente que mi hija.

Faustino.—Pues entónces, ponga en conocimiento de su preciosa hija mi última resolucion.

Doña Ruperta.—Así lo haré; pero como esta muchacha es tan sentimental, no estraño que desee la realizacion.....

Faustino.—¿Del dulce vínculo? Hoi mismo, si ustedes quieren.

Don Victoriano.—¿Hoi? Pero si no se ha arreglado nada todavía.

Faustino.—Entónces mañana u otro dia.....

Doña Ruperta.—Miéntras mas pronto se hagan estas cosas, tanto ménos sufre el honor de las niñas.

Don Victoriano.—I será bien visto, mujer, que así tan de repente.....

Doña Ruperta.—Calla, hombre, i déjate de antiguallas, te he dicho!

Don Victoriano.—Pero el bien parecer.....

Doña Ruperta.—El bien parecer consiste en seguir los usos sociales; i las leyes del buen tono nos permiten acelerar el acto. Si tú supieras lo al vapor que se arreglan en Santiago los asuntos amorosos! Allá en lo antiguo, todo era trabas para el sagrado nudo; pero ahora se ata con todas las facilidades que el siglo diez i nueve presenta.

Don Victoriano.—¿I se desata lo mismo?

Doña Ruperta.—El cura es mi amigo, i tiene permiso para dispensar todas las formalidades, pues está lo principal, que es la voluntad de los contrayentes.

Don Victoriano (Aparte.—Segun como marcha este siglo, llegará a dispensarse hasta las mismas bendiciones).

Doña Ruperta.—¿No le parece a usted, amigo Quintalegre?

Faustino.—Sí, señora: estoi dispuesto para que hoí mismo el señor cura me dé el derecho de llamarme hijo de ustedes. Ahora permítanme ir a disponerme como conviene.

Doña Ruperta.—Mui bien. Vaya usted, hijo mio, i deje todo lo demas a mi cuidado. El cura es todo mio, i Dorotea cumplirá con su deber, como niña sumisa.

Faustino (Aparte.—Pero ¿cómo me llevo al viejo a la escribanía?)

Doña Ruperta.—Tú, Victoriano, debes ir al momento a decirle al cura que desee hablar con él.

Faustino (A don Victoriano.)—¿Sale usted? Pues tendré el gusto de andar algun trecho con mi señor suegro.

Don Victoriano.—Qué me place! Vamos, amigo mio. (*Vánse.*)

ESCENA III.

DOÑA RUPERTA.

Se hará hoy mismo! A mí me gusta la actividad en estos asuntos.

ESCENA IV.

DOÑA RUPERTA, DOROTEA.

Dorotea (Llorando).—Mamá, mamá! Estoy muerta!

Doña Ruperta.—Ah! niña, ¿qué tienes?

Dorotea.—Mamá de mi vida! No sé cómo decirle lo que he visto.
¡Soi muy desgraciada!

Doña Ruperta.—Pero ¿me dirás al fin qué significa ese llanto?

Dorotea.—Este llanto significa que soi muy infeliz..... Lo he visto por mis propios ojos.

Doña Ruperta.—¿Qué has visto, por Dios?

Dorotea.—Mi desdicha.... Soi muy....

Doña Ruperta.—Habla, Dorotea, porque si no.....

Dorotea.—Voi a decirle.—Ha de saber que por la ventana del cuarto de mi papá, estaba ahora hablando Ines con el traidor de Silverio.

Doña Ruperta.—¿Ines?

Dorotea.—Ella era. La ví con estos dos ojos! En la calle estaba Silverio.....Es un desleal, un traidor..... I despues de haberme jurado que no amaria nunca sino a su Dorotea! Estoy segura de que le juraba a Ines un amor eterno.

Doña Ruperta.—No se te dé nada! Yo sabré castigar la liviandad de esa muchacha!

Dorotea.—Que no se me dé nada, cuando aun resuenan en mis oidos los juramentos de amor de ese embustero! ¿No vé usted que él se ha estado burlando de mí todo este tiempo? Lo aborrezco, mamá, lo aborrezco.... I crea usted en el amor de los hombres! (*Llora*) Ah! soi muy.... des.... gracia....a....daaa!

Doña Ruperta.—Qué muchacha tan sentimental! No llores; cálmate.... Lo mismo que yo, cuando tenia su edad.... Déja-

te de llantos. ¿Qué te importa que Silverio te ame o nó, cuando tú puedes estar segura del amor de Faustino?

Dorotea.—¿I cree usted que lloro por su amor? Nó, mamá; lo aborrezco. Si lloro, es porque me ha estado engañando durante seis años, i diciéndome que se moria por mí, cuando él solo amaba a Ines! Es un embustero!

Doña *Ruperta.*—Cálmate, niña, i acuérdate solo de tu nuevo i único amor.

Dorotea.—¿Faustino?

Doña *Ruperta.*—Sí, porque está dispuesto a ser tu esposo, cuando tú lo determines!

Dorotea.—Ah! no, mamá! no, por Dios..... Si he de decirle la verdad, Faustino ha comenzado ya a disgustarme.

Doña *Ruperta.*—¿Tan pronto, i cuando aun no te has casado con él?

Dorotea.—Yo no sé lo que me pasa, mamá. Soi mui desgraciada! Desde que he sido testigo de la falsía de Silverio, ya no me acuerdo de Faustino.... I luego que éste es un descortés....

Doña *Ruperta.*—¿Por qué dices eso, niña, cuando Quintalegre es la cortesía personificada?

Dorotea.—Mire usted: cuando él salió de aquí con mi papá, yo estaba en la esquina del corredor..... Él me vió, sin duda; pero pasó de largo, sin saludarme.

Doña *Ruperta.*—No te vería.....

Dorotea.—Pues mal hecho que no me haya visto, cuando yo me puse allí para que me viera, al pasar. Jamas me habia sucedido esto con un hombre!

Doña *Ruperta.*—Perdónale, Dorotea, esa pequeña distraccion, que cuando sea tu marido.....

Dorotea.—Las hará mayores. Usted misma me ha dicho que los hombres comienzan por pequeñas distracciones i concluyen con distracciones mayores..... Usted puede perdonarlo; pero no yo, que voi a casarme con él. Una i otra vez tosi para llamarle la atencion; pero él pasó, como si tal cosa; i solo tenia palabras para mi papá.....

Doña *Ruperta.*—¿Qué le decia a Victoriano?

Dorotea.—Le nablaba del arriendo de la Rinconada.

Doña *Ruperta.*—Ah! quién sabe si ha llevado a Victoriano a la escribanía.....

Dorotea.—Le aseguro, mamá, que siento haber despedido a Silverio.

Doña *Ruperta*.—I como mi pobre Victoriano es un bendito, habrá firmado la escritura.

Dorotea.—Ah! mamá! usted no me comprende.

Doña *Ruperta*.—Sí, te comprendo, hija; pero.....

Dorotea.—Yo quiero hablar con Silverio!

Doña *Ruperta*.—¿Para qué?

Dorotea.—Para echarle en cara su falsía. Es menester que usted reprenda a Ines. Ambos se han estado burlando de las dos, durante todo este tiempo. (*Se asoma a la puerta de la derecha.*) Ines! Ines!

ESCENA V.

DICHOS, INES.

Ines.—Aquí estoi, *Dorotea*.

Dorotea.—Mi mamá te quiere preguntar sobre qué hablabas con Silverio por la ventana.

Ines.—No sé con qué derecho pueda hacérseme una pregunta que envuelve una verdadera reconvencion.

Doña *Ruperta*.—¿Te has olvidado, Ines, de que yo, como la señora de la casa, tengo el derecho i aun el deber de velar sobre tus acciones? ¿Crées que he de consentir nada contra el decoro.....

Ines.—Yo no he cometido, tia, ninguna accion indecorosa.

Doña *Ruperta*.—¿I te parece honesta la conducta de una muchacha soltera, que se pone a platicar por las ventanas con los mozos que pasan por la calle?

Ines.—Yo no sé por qué en mí es malo lo mismo que he visto muchas veces hacer a mi prima, sin que nadie le dijera una palabra.

Doña *Ruperta*.—Es que *Dorotea* lo hacia con mi permiso.

Dorotea.—Porque Silverio era mi novio.

Ines.—Pues entónces, yo no he hecho mal en hablar con Silverio, por la ventana.

Doña *Ruperta*.—¿Qué dices?

Ines.—Porque Silverio es mi novio.

Dorotea.—Ah! ¿I te atreves a decirlo?

Doña *Ruperta*.—¡Desvergonzada!

Ines.—Como no es ningun delito.....

Dorotea.—¡Embustero, infiel! Me engañaba.....

Ines.—Eres injusta, Dorotea. Silverio te amaba.....

Dorotea.—I me ama todavía... ¿Entiendes? ¡Me ama!

Ines.—Creo que no, Dorotea.

Doña Ruperta.—¡Qué atrevimiento! Te prohibo que te acerques a esa ventana.

Dorotea.—¿Tan segura estás del amor de tu Silverio? Pues yo te juro que no te casarás con él. ¡Mamá! yo quiero ver a Silverio. Envíelo a buscar al momento..... yo quiero echarle en cara su deslealtad... quiero que me diga si es a mí a quien ha amado... quiero ver qué cara pone el fementido.....

Ines.—Cálmate, Dorotea, yo misma enviaré a llamar a Silverio.

Dorotea.—¡Retírate de mí, alma de Cain! Me arrepiento de haberte llamado prima hasta el presente... ¡Mamá! ¡Mamá de mi corazon! ¡yo me muero! (*Cae desmayada.*)

Doña Ruperta (Sosteniendo a Dorotea).—¡Mira tu obra, malvada!

Ines (Rociando con agua la cara a Dorotea).— Yo no tengo nada que reprocharme, tia.

Doña Ruperta.—¡Nada! ¿Así fué la educacion que recibiste? Ah! si tú hubieras sido criada i educada, como mi hija, por una madre severa i cristiana!

Ines (Con viveza).—¡Señora! hasta aquí he sufrido sus insultos, porque yo sola era el objeto de ellos; pero desde que usted se atreve a insultar la memoria de mi madre.....

Doña Ruperta.—¿Qué dices?

Ines.—Que si hai algun nombre que no se pueda pronunciar sin veneracion, es el de mi santa madre! Adios, señora, i tú, Dorotea, adios. (*Se encamina hácia la puerta del fundo.*)

Dorotea.— ¡Deténgala, mamá! Mire que se va a casa de mi tio Manuel.....

Doña Ruperta.—Te prohibo que salgas de aquí!

Ines.—Te engañas, Dorotea. Yo voi a buscar a mi tio Victoriano, para rogarle que me busque una casa en donde vivir, porque en esta yo no puedo estar ni una sola hora mas. Prefiero servir de criada en cualquiera otra casa del pueblo. (*A tiempo de salir Ines, aparecen en la puerta don Manuel i don Victoriano.*)

ESCENA VI.

DON VICTORIANO, DON MANUEL, DOÑA RUPERTA, DOROTEA, INES.

Don *Victoriano*.—¡Ruperta! ¡sabes lo que me ha pasado, mujer! ja, ja! ja!! ¿Por qué lloras, Dorotea? Manuel les contará el caso. ¿I tú Ines, qué tienes? Si es para reir, ja, ja! ja!!

Doña *Ruperta*.—Tanto hablar, para no decir nada. ¿Qué ha sido eso, Manuel?

Don *Manuel*.—Voi a decirte. Cuando yo me volvia, despues de haber hablado con el síndico.....

Don *Victoriano*.—Figúrate, Ruperta, que como posee este don Faustino el don de la palabra, me llevaba sumamente entretenido, por esa calle abajo, cuando al enfrentar a la oficina del escribano, me propuso entrar a descansar. Entramos, i sin saber cómo, me vi con la escritura en frente.

Doña *Ruperta*.—Lo decia yo! ¿I firmaste?

Don *Victoriano*.—Alcancé a concluir i reteñir bien el nombre, i a comenzar el apellido; pero a ese tiempo entró Manuel i... ja, ja! ja!! cuéntales tú, hombre, la cosa.

Don *Manuel*.—Afortunadamente entré yo, i al ver a Victoriano escribiendo, le pregunté: ¿estás firmando esa escritura, hombre de Dios? ¿No echas de ver a lo que te espones, realizando tan de repente este contrato?

Don *Victoriano*.—Estas palabras me recordaron el compromiso que tenemos con la Ruperta, i volví atras al momento..... quiero decir, que no pasé adelante, que es lo que yo llamo volver atras; i la firma quedó hasta poco mas allá de la mayúscula del apellido.

Doña *Ruperta*.—¡Pero, hombre de Dios! Cuando te encargué espresamente que no firmases!

Don *Victoriano*.—Asi fué: confieso mi pecado; pero como el diputadito es de los que se entran por el ojo de una aguja, no estrañes que me haya casi hecho caer en el garlito.

Doña *Ruperta*.—Mala espina me da el tal diputado.

Dorotea.—¿Por qué, mamá?

Doña *Ruperta*.—Porque me juró que no se interesaba por el arriendo, i ahora veo que me ha engañado.

Dorotea.—¡Si cumplirá lo mismo todos sus juramentos!

Don Victoriano.—¡Eso si que nó! Es un hombre de pró, como de los escojidos por el gobierno para representarnos.

Don Manuel.—¿Hombre de pró, dices, i olvida su palabra por hacer un negocio?

Don Victoriano.— ¡Vaya, Manuel, que eres inocente! Te parece que, porque el gobierno nos ha elejido, hemos de dejar de hacer nuestro negocio? ¿Crees que el gobierno anda buscando tontos para representar los intereses de los pueblos? Mientras mas vivo sea un hombre para su negocio, mas bien sabrá atender al negocio de sus representados.

Doña Ruperta.—Calla, Victoriano. I tú Manuel ¿traes ese testamento?

Don Manuel.—No pude ver al síndico, pero luego hablaré con él. Voi a buscarlo a casa de un amigo en donde yo sé que se halla.

Dorotea.—Tio! No se vaya usted todavía.

Don Victoriano.—Yo voi a verme con el señor cura.

Doña Ruperta.—Tú no saldrás en todo el dia de aquí, Victoriano.

Don Victoriano.—¿I por qué razon?

Doña Ruperta.—Por el bien de tu hija.

Don Victoriano.—No comprendo.....

Doña Ruperta.—Despues lo entenderás.

Don Victoriano.—¡Vaya que sea! (*Aparte.* Siempre vengo a entender despues estas cosas.)

Dorotea.—Tio Manuel, yo quiero hablar con Silverio al momento.

Don Victoriano (*Aparte.*—En la municipalidad me pasa lo mismo: despues de la votacion, es cuando vengo a comprender bien la materia.)

Don Manuel.—¿I para qué quieres hablar con mi hijo, Dorotea, despues de lo que has hecho con él?

Don Victoriano.—Lo mismo digo yo.

Dorotea.—He sido dura con mi primo, i yo quisiera desenjarlo.

Don Manuel.—Pero, Silverio no vendrá, miéntras no sea letra de Dorotea.

Dorotea.—Entónces voi a escribirle. (*Se sienta a escribir.*)

Don Victoriano.—¡Mira, niña, lo que haces! ¿I si Quintalegre sabe que andas escribiendo cartitas a tus antiguos pretendientes?

Doña *Ruperta*.—Aun cuando lo sepa ¿qué tiene eso de malo? Te parece que Faustino es un hombre sin mundo, para que se aflija por billete mas o ménos? ¡Un jóven de Santiago!

Don *Victoriano*.—Ah! ¿Con que así se usa por aquellos mundos?

Doña *Ruperta*.—Escribe, Dorotea.

Don *Victoriano* (*Aparte*.—¡Estos usos sociales! Hai algunos que no me entran.)

Dorotea (*Entregando un papel plegado a Don Manuel*).—Tio, entregue este papelito a Silverio.

Don *Manuel*.—Voi, sobrina mia.—(*Váse.*)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos DON MANUEL.

Ines.—Ahora, tio, yo tengo que hablar con usted.

Don *Victoriano*.—¿Qué quieres, Ines?

Doña *Ruperta* (*A Ines*).—Sal de aquí, muchacha sin pudor!

Don *Victoriano*.—Vete a mi cuarto, Ines. Yo iré allí luego, i tú me dirás lo que deseas.

Ines.—Allí lo espero, tio.—(*Váse.*)

ESCENA VIII.

DON VICTORIANO, DOÑA RUPERTA, DOROTEA.

Doña *Ruperta*.—¡Qué idea! (*Aparte a Dorotea*.—Ve, niña, al cuarto, i cuando entre Ines, cierra la puerta, i tráeme la llave.)

Dorotea.—Voi, mamá.—(*Vase.*)

ESCENA IX.

DICHOS, ménos DOROTEA.

Don *Victoriano*.—Mira, Ruperta: ¿Sabes que me está haciendo cosquillas una cosa, aquí dentro?

Doña *Ruperta*.—¿Que cosa es esa?

Don *Victoriano*.—Yo tambien he sido jóven, *Ruperta*, i me acuerdo mui bien de aquellos tiempos, cuando te pretendia.

Doña *Ruperta*.—¿Qué quieres decir con eso?

Don *Victoriano*.—Que si yo hubiese sabido de que tú andabas con esquelitas a otro.....

Doña *Ruperta*.—¿Todavía no te convences, hombre, de que estos son usos admitidos en la alta sociedad?

Don *Victoriano*.—Sí, estoi convencido, *Ruperta*; pero se me hace mui cuesta arriba tragar estos usos sociales de las esquelas amorosas a otro que no sea el verdadero novio.

Doña *Ruperta*.—Es que una mujer no sabe cuál es el verdadero novio, sino despues de puestas las bendiciones.

Don *Victoriano*.—Eso tambien es cierto. No habia caido en ello!

Doña *Ruperta*.—Antes de las bendiciones, todos los novios son falsos; i te aseguro que *Dorotea* ha hecho bien en querer desagraviar a *Silverio*.

Don *Victoriano*.—Pero ahora que la muchacha está a pique de casarse con *Quintalegre* ¿qué le importa estar bien o mal con *Silverio*?

Doña *Ruperta*.—Importa mucho, hombre! Te parece que una niña bien educada rompe del todo con sus antiguos pretendientes, solo porque va a casarse con el mas moderno? Nó, *Victoriano*: esto no es cordura, i te confieso que hemos andado bien imprudentes en echar con cajas destempladas a *Silverio*. Una niña que estima en algo su porvenir no debe hacer esto con sus amantes, sino tenerlos en suspenso, i como si dijéramos a medio amor o a cuarto de amor, segun sus méritos.

Don *Victoriano*.—Ya! ya!

Doña *Ruperta*.—Porque bien puede fallar el que posee el amor entero, i entónces vienen a suplir la falta esas otras fracciones de amor que quedan para las *resultas*.

Don *Victoriano*.—¿Con que *Dorotea* quiere ahora desenojar a *Silverio*, para las *resultas*?

Doña *Ruperta*.—Eso es.

ESCENA X.

DON VICTORIANO.—DOÑA RUPERTA.—DOROTEÁ.

Dorotea (*Aparte a doña Ruperta, entregándole la llave.*—Aquí está la llave, mamá. La he dejado encerrada.)

Doña Ruperta.—Mui bien. (*A don Victoriano.*) Ahora es preciso que sepas, que Ines ha tenido el atrevimiento de decirme en mi cara palabras insultantes.

Don Victoriano.—¿Ella? Pero si es una paloma sin hiel la pobrecita!

Doña Ruperta.—Tú no la conoces, Victoriano. Dorotea se ha llegado a desmayar oyendo a su prima.

Don Victoriano.—Es que Dorotea ha adquirido la costumbre de desmayarse por quita allá esas pajas.

Dorotea.—Ah! papá! usted no me ama!

Don Victoriano.—¿Por qué razon, dices eso, Dorotea? ¿Por qué no creo en los desmayos de las mujeres?

Doña Ruperta.—Calla, hombre sin nervios!

Dorotea.—Ah! papá, si usted tuviera mis nervios!

Doña Ruperta.—Ahora es menester que te convenzas.....

Don Victoriano.—¿De que no tengo nervios?

Doña Ruperta.—De que no debes hablar con Ines.

Don Victoriano.—I se me habia olvidado! Voi al cuarto.

Doña Ruperta.—Es inútil, tengo aquí la llave.

Don Victoriano.—¿Qué quiere decir eso, Ruperta?

Doña Ruperta.—Que la tengo allí encerrada, porque es preciso castigar de algun modo su atrevimiento.

Don Victoriano.—Ruperta, ¿por qué has hecho eso con esa pobre niña?

Dorotea.—Pobre niña! Papá, usted no ama a su hija. Me voi.

Don Victoriano.—¿Qué muchacha! ¡Ven acá, Dorotea; sí te quiero mucho!

Dorotea (*Al salir por la puerta de la derecha.*)—Nó! nó! Me voi de aquí!

(*Vase.*)

ESCENA XI.

DICHOS, *ménos* DOROTEA.

Doña *Ruperta*.—¿No ves, Victoriano, de lo que es capaz un hombre desnaturalizado como tú?

Don *Victoriano*.—¿Yo desnaturalizado? ¿I por qué?

Doña *Ruperta*.—Porque manifiestas interesarte por tu sobrina, delante de tu hija, que como te he dicho es tan nerviosa... Pero doblemos esta hoja, i hablemos de otra cosa.

Don *Victoriano*.—Dices bien, Ruperta. Hablemos de otra cosa.

Doña *Ruperta*.—Por supuesto que no has visto al cura.

Don *Victoriano*.—Así ha sido, porque como me sucedió aquello de la oficina..... Pero puedo ir al momento.

Doña *Ruperta*.—No quisiera dejarte ir solo.

Don *Victoriano*.—¿Crees que tengo miedo?

Doña *Ruperta*.—No! Soi yo la que tengo miedo de tí.

Don *Victoriano*.—¿De cuándo acá has comenzado a tenerme miedo, Ruperta?

Doña *Ruperta*.—Quiero decir que temo el que no vayas a cometer otro disparate.

Don *Victoriano*.—Acabáramos! Talvez tienes razon en decir eso, despues de lo sucedido. Pero ahora te prometo irme derecho a la parroquia.—(*Vase.*)

ESCENA XII.

DOÑA RUPERTA.

Voi a asomarme por la ventana, para ver si este hombre toma el camino de la parroquia. (*Al salir por la puerta de la derecha, se encuentra con Dorotea.*)

ESCENA XIII.

DOÑA RUPERTA.—DOROTEA.

Dorotea.—Mamá! Mamá! Qué gusto!

Doña *Ruperta*.—¿Qué hai niña?

Dorotea.—Que Silverio me ha contestado. Lea usted la carta.

Doña Ruperta (*Toma la carta que Dorotea le pasa i lee.*)—«Mil gracias, querida Dorotea, por haberme devuelto tu amor. Pronto estaré contigo, para manifestarte los sentimientos de mi corazon, tan enamorado como sincero.»

Dorotea.—¿Que le parece, mamá? ¿Podrá querer a Ines, cuando me dice eso a mí?

Doña Ruperta.—Silverio sigue amándote; i seria peligroso el que se encontrase aquí con Faustino.

Dorotea.—Pues eso es lo que yo deseo. ¿No ve usted que una vez que Faustino se aperciba del amor que Silverio me tiene, se apresurará a...

Doña Ruperta.—Ya entiendo.

Dorotea.—I ademas, quiero ver aquí a Silverio, para que Ines se convenza de que no la ama. Déme la llave, mamá: voi a dar libertad a mi prima, para que venga a leer esta carta.

Doña Ruperta.—No, no: yo iré.—(*Váse.*)

ESCENA XIV.

DOROTEA.

Dorotea.—Yo no sé lo que por mí pasa. Yo no quiero casarme con Silverio, i sin embargo tengo celos de Ines. ¿Amaré, por acaso, a mi primo? Ah! no: son resabios de un estinguido amor. Pero ¿por qué me punza el alma solo la idea de que él ame a Ines? ¿Qué misterio es este? Faustino me adora; yo lo amo, i sueño despierta, pensando en la vida de alegría que hemos de pasar en Santiago... Mas yo no sé qué secreto presentimiento me atormenta; i siempre veo a Silverio entre Faustino i yo. ¿Será que mi corazon no ama a Faustino? Pero yo deseo casarme con él; i ¿cómo puede desear una mujer casarse con un hombre a quien no ama? ¡Si amaré talvez a los dos! ¡Dios mio! ¿pueden caber dos amores en un solo corazon? Con todo, yo suspiro por ser la esposa de Faustino, i deseo que Silverio no deje de amarme. Hai aquí un misterio que yo no comprendo. ¡Gran Dios! ¿Por qué no nos es dado comprender lo que pasa en nuestro corazon..... aquí, dentro de nosotros mismos! (*Miran-*

do por la puerta del fondo).—Aquí viene mi mamá con Ines.... Ah! me parece que despierto de un sueño.... Jamas creí que pudiera aborrecer tanto a mi prima!

ESCENA XV.

DOÑA RUPERTA, DOROTEA, INES.

Ines.—De todos modos, tía, la acción de Dorotea es indigna.

Doña Ruperta.—¿No te digo que Dorotea ha hecho esto, por orden mía?

Ines.—Eso no quiere decir otra cosa, tía, sino que hai mujeres que obran a veces como chiquillas.

Dorotea.—Hablas tan resueltamente, porque te crees amada. (*Le pasa la carta de Silverio*).—Lee ese papel, i en él verás si es a tí a quien Silverio prefiere.

Ines (*Leyendo*).—¡Dios mio! ¿qué he hecho para merecer este engaño?

Doña Ruperta.—¿Qué has hecho? Ser ménos digna que tu prima, para merecer el amor de mi sobrino.

Dorotea.—Convéncete Ines, de que Silverio no puede amar a otra que a mí!

Ines.—No seas cruel, Dorotea!

Dorotea.—Sí! a mí! a mí! Yo lo he visto suspirar por mi amor, durante años enteros.

Ines.—¡Dorotea! por Dios!

Dorotea.—Tú has sido testigo de su constancia ¿cómo puedes creer que su corazón haya cambiado en dos horas?

Ines.—Dios mio! es verdad! (*Aparte*.—Ah! dicha de un momento!)

Dorotea.—Todo cuanto ha podido decirte es falso.

Ines.—Por piedad, prima mía! por piedad!

Dorotea (*Aparte*.—Estoi vengada!) (*Váse Ines*).

ESCENA XVI.

DOÑA RUPERTA, FAUSTINO, DOROTEA.

Faustino.—A los piés de usted, señora... I usted, Doroteita, permítame estrechar su encantadora mano.

Doña *Ruperta*.—Tenia deseos de verlo, señor Quintalegre.

Dorotea.—I yo tambien.

Faustino.—Oh! eso es para mí una felicidad que casi no me atrevia a esperar.

Doña *Ruperta*.—Deseaba preguntarle si usted me dijo que ya no se interesaba por el arriendo.

Dorotea.—I que solo aspiraba a.....

Faustino.—A la mano de usted. Así lo dije.

Dorotea.—Sin embargo, usted ha pasado cerca de mí, sin mirarme.

Faustino.—¿Eso he hecho? talvez porque he tenido la desgracia de no verla.

Dorotea.—El amor verdadero adivina cuando no vé.

Faustino (*Aparte*. Quisquillosa es la niña).—Pero ¿cómo puede usted dudar de mi cariño?

Doña *Ruperta*.—I ademas, ha tratado usted de sorprender a mi marido.

Faustino.—Ya yo presumia que ustedes, sin conocimiento de causa, habian de traducir esta accion como contraria a mi honrabilidad; i por esto es que he venido a imponerlas de la verdad del hecho. ¿Nada les ha dicho el señor don Victoriano?

Doña *Ruperta*.—Nada, sino que usted lo habia arrastado a la oficina, para hacerlo firmar esa escritura.

Faustino.—Las apariencias me condenan; pero óigame usted, señora. Repito ahora lo que dije ántes: yo no pretendo entrar en otros negocios que en los de mi corazon.... Créamelo, *Doroteita*. Pero al salir de aquí me acordé de que mi hermano *Tristan* deseaba venirse a trabajar en una hacienda del sur, i se lo dije a don Victoriano. El entónces aceptó la idea de firmar la escritura, poniendo el nombre de mi hermano en lugar del mio.

Doña *Ruperta*.—Ah!

Faustino.—I cuando estaba el caballero poniendo su firma, entró don Manuel.....

Doña *Ruperta*.—Ya Manuel me ha contado eso.

Faustino.—Pero no les ha dicho la verdadera causa de esta determinacion. Ya se vé! Nada tiene de estraño que don Victoriano se olvide de estas pequeñeces, en medio de sus multiplicadas atenciones municipales. (*Saca un papel del bol-*

sillo) Aquí tienen ustedes la contestacion telegráfica de mi hermano, en la cual me dice que por el correo me enviará su poder para que yo firme por él esta escritura.

Doña *Ruperta*.—Pero ya sabe usted que no pensamos poner la hacienda en otras manos que en las del esposo de Dorotea.

Faustino.—Entónces, me resuelvo a tomar el fundo. El amor de Doroteita me da valor para esto i mucho mas.

Doña *Ruperta*.—Mui bien. Pronto tendré el placer de poderlo llamar hijo mio.

Dorotea (*Tapándose la cara con las manos*) Ah mama! (*Aparte*.—¿Por qué no llegará Silverio?)

Doña *Ruperta*.—He mandado buscar al cura; i él nos dirá si puede quedar arreglado el asunto esta noche.

Faustino (*Aparte*—La señora suegra anda al vapor.) Sin embargo, señora, yo quisiera hacer a usted una observacion.

Doña *Ruperta*.—Le escucho, amigo mio.

Dorotea (*Se oye ruido afuera*).—(*Aparte*) Es Silverio! (*Se asoma a la puerta del fondo*) Ah! es mi papá!

ESCENA XVII.

DICHOS, DON VICTORIANO, DON MANUEL.

Don *Victoriano*.—Estaba usted aquí, señor don *Faustino*.

Faustino.—Sí, señor.

Don *Victoriano*.—Tanto mejor.

Doña *Ruperta* (*A don Manuel*).—Trajiste esos papeles?

Don *Manuel*.—No quiso prestármelos el síndico; i tuvo razon para ello.

Don *Victoriano*.—Ya te he dicho, Manuel, que todo eso debe ser ilusion de tus sentidos.

Doña *Ruperta*.—Pues yo voi creyendo lo mismo.

Faustino (*Aparte*.—I a mí tambien me parece que esto del testamento no es mas que mentira de este viejo pícaro.)

Doña *Ruperta* (*Aparte a don Victoriano*.—¿Hablaste con el cura?)

Don *Victoriano* (*Aparte a doña Ruperta*.—Sí, mujer; i me dijo que todo se arreglaria hoi.)

Faustino.—¿Qué cosa, señor?

Don Victoriano.—Lo del casorio pues, amigo. Este párroco es un sacerdote mui activo!

Faustino.—Pues a pesar de mi justa impaciencia, debo prevenir a ustedes que aun no he tenido tiempo de prepararme, de una manera conveniente.

Dorotea.—¿Se arrepiente usted?

Faustino.—No, Doroteita; pero una noticia que acabo de recibir por el telégrafo me impide.....

Dorotea.—Quien encuentra tantos inconvenientes no ama de veras!
(*Aparte*—I Silverio, que todavia no llega!)

Faustino.—Mi amor es mas verdadero que la verdad misma, Doroteita.

Dorotea (*A media voz*).—Si así fuera, no encontraria usted tantas dificultades, i me veria al pasar.

Faustino.—(*Bajando la voz*—Ya te digo, alma mia, que.....)

ESCENA XVIII.

DOÑA RUPERTA, FAUSTINO, DOROTEA, DON VICTORIANO, DON MANUEL,
UN RECEPTOR (*Con unos papeles en la mano.*)

Don Victoriano (*Al receptor*) ¿Qué se le ofrece a usted?

Receptor.—Vengo a hacerle una notificacion al señor don Victoriano Siempreviva.

Don Victoriano.—Yo soi. ¿Sobre qué es la notificacion?

Receptor.—Es una demanda del síndico del convento de San Francisco.

Don Victoriano.—¿Sobre mi estancia de la Rinconada?

Receptor.—Creo que sí, señor. Impóngase usted de la demanda
(*Le pasa los papeles.*)

Don Manuel (*A Faustino, miéntras don Victoriano i doña Ruperta leen los papeles*).—Pues ahora vengo a caer en la razon por qué el síndico me negaba el testamento.

Faustino (*Aparte*.—Se broceó la mina!)

Doña Ruperta.—Mira, Manuel! Lo que nos decias era verdad.

Don Manuel.—¿I lo dudabas tú?

Dorotea.—¿Qué es eso, mamá?

Doña Ruperta.—Que nos quieren quitar la hacienda, hija mia?

Faustino (*Aparte*.—Estoi decidido).

Doña *Ruperta*.—Pero sostendremos el pleito.

Faustino (*Aparte*.—Yo no arriendo hacienda en litijio.)

Don *Victoriano* (*Pasando los papeles a don Manuel*).—Yo no entiendo palabra de estas cosas, Manuel.

Don *Manuel* (*Leyendo*).—La demanda está en regla; i se funda en el testamento, cuya copia se acompaña.

Doña *Ruperta*.—¿Contestamos esa demanda?

Don *Victoriano*.—Voi a verme con un abogado.

Doña *Ruperta*.—¿Para qué necesitamos de buscar abogado, cuando podemos decir ya que tenemos uno en la familia? ¿No es verdad, señor don Faustino?

Faustino.—Es verdad que soi abogado; pero hace ya tanto tiempo que no defiendo..... (*Aparte*.—Es preciso salir pronto de este atolladero).

Doña *Ruperta*.—Pero, señor i amigo mio; si yo le doi a usted mi hija, es a condicion de que defienda sus intereses.

Faustino (*Aparte*.—¿Mujer con pleito? Cargue otro con ella.) Señora, en cuanto yo vuelva de Santiago.

Don *Manuel* (*A Faustino*).—¿I piensa usted marcharse, ahora que sus ilustrados consejos le son tan necesarios a mi cuñado?

Faustino.—Es un asunto urjente, señor.....

Don *Manuel* (*Aparte a doña Ruperta*.—Mira como el novio se ha arrepentido, porque se le aguyó el negocio.)

Doña *Ruperta* (*Aparte a don Manuel*.—Lo he conocido al momento. (*Idem a Dorotea*.—Antes de que él te desprecie, adelántatele, niña.)

Dorotea.—Señor don Faustino, puesto que usted tiene necesidad de ir luego a Santiago, le deseamos tanta felicidad por allá, que no se acuerde usted de este pueblo.

Faustino (*Aparte*.—Gracias a Dios, que ella misma me saca del apuro!) Comprendo, señorita..... Viniendo de usted, hasta las calabazas son sabrosas.

Doña *Ruperta*.—Para que usted vea que tambien aquí se saben dar como en Santiago.

Faustino.—Ahora solo me falta manifestar mi gratitud a Dorotea.

Dorotea.—¿Su gratitud? ¿Luego usted deseaba deshacerse de este compromiso? ¿Cree usted que yo estaba tan deseosa de casarme? Pues sepa que no es usted el primero a quien desprecio!

Faustino.—Ojalá no sea el último, señorita.

Dorotea.—I advierta que si quisiera casarme, podría hacerlo en este mismo instante..... Tío Manuel, ¿por qué no ha venido Silverio?

ESCENA XIX.

DICHOS, SILVERIO, *despues* INES (*Acercándose a Silverio, sin ser notada.*)

Silverio.—Aquí estoy, mi querida prima. Estaba ahí en el corredor, i dudaba de si debia entrar.

Dorotea.—¿I cómo podias dudar, primo mio, cuando yo misma te he llamado?

Doña Ruperta (*Aparte a don Victoriano.*—Mira si es conveniente tener su novio para las resultas!)

Dorotea.—Te he llamado, Silverio, para pedirte que me perdones, i para decirte que te amo mas que nunca.

Faustino (*A media voz.*) Ah! no me acordaba de que teníamos primito de por medio!

Silverio.—Nada tengo que perdonarte, Dorotea: solo tengo que agradecerte, i en cuanto al cariño de que me hablas, sabré corresponder a él como merece.

Ines.—¡Dios mio!

Dorotea.—Mire usted, señor Quintalegre, si yo le decia la verdad!

Faustino.—Ah! señorita! Hasta en esto se parece este pueblo a la capital.

Doña Ruperta.—Acabemos esto. Sobrino, abraza a tu esposa.

Silverio.—Agradezo a usted, tia mia, el permiso que me da, i del cual quiero aprovecharme. (*Vuélvese hácia Ines, i la abraza.*) Ines mia!

Ines.—Gracias, Dios mio! (*Abraza a Silverio.*)

Dorotea.—Traicion!

Doña Ruperta.—¿Estoi soñando?

Faustino.—¡Caracoles! Esto es aun mejor que en Santiago!

Don Victoriano.—Pues yo no entiendo palabra de lo que estoi oyendo.

Don Manuel.—¿Qué significa esto, Silverio?

Don *Victoriano* (*Aparte.*—Me está pasando lo que con las discusiones embrolladas, en el cabildo.)

Silverio.—Esto significa, padre mio, que yo amo a Ines con delirio, desde que la coquetería de Dorotea me ha curado hoi de la locura de amarla a ella.

Dorotea.—Ah! yo me muero! Mamá!

Silverio.—Por eso te dije, Dorotea, que no solo te perdonaba sino que te agradecia lo que habias hecho conmigo.

Don *Manuel.*—¿I tú, Ines?

Ines.—Yo, señor, he amado a Silverio desde que tuve la dicha de conocerlo; pero me juré a mí misma ocultar este amor, pues veia que él amaba tan ardientemente a mi prima.

Silverio.—I ha sufrido en silencio seis años de martirio. Hoi mismo la he oido, padre mio, rogar a Dorotea que no me rechazase.

Don *Manuel*, (*abrazando a Ines*).—Ven acá, hija mia!

Ines.—Padre mio!

Don *Manuel.*—Amala, Silverio, como ella lo merece; pero ¿por qué no me abriste tu corazon? Así me habrias ahorrado el tener que hacer una farsa.

Silverio.—¿Qué farsa es esa, señor?

Don *Manuel.*—La de esta demanda i ese testamento que he tenido que inventar.

Faustino, (*a don Manuel.*)—¿Entónces la historia del testamento es falsa?

Don *Manuel.*—No es mas que invencion mia, como esta demanda.

Faustino.—Ah!

Don *Manuel.*—Para que usted vea que aquí tambien sabemos inventar comedias como en Santiago. (*Toma los papeles i los hace pedazos.*)

Faustino (*Aparte.*—Pícaros provincianos! Me han quitado un negocio de las manos!)

Cae el telon. 3

Noviembre, 7 de 1873.

DANIEL BARROS GREZ.

ACTUALIDAD.

MOVIMIENTO POLÍTICO—SEPARACION DE LA IGLESIA.

Talvez vamos a predicar en desierto, como tantas veces; pero hoy necesitamos hacerlo para explicar nuestra opinion con aplicacion a la actualidad de la política.

Se nos pregunta a cada paso por qué no tomamos parte en el movimiento político, teniendo una opinion que lo favorece i que pudiera serle útil. Prescindiendo de motivos personales que nos alejan de la política militante, debemos una explicacion a los amigos.

Varias veces ellos nos han desoido, tomando nuestras advertencias como excentricidades de carácter, como ilusiones de un hombre que no es práctico ni conoce al país, o como indicaciones contrarias al interes de partido. Pero a pesar de todo eso, nos han hecho siempre justicia, ya sea perdonándonos lo que tomaron por excentricidades, ya sea confesándonos que habia estado la razon de nuestra parte.

Hé aquí por qué les debemos esta explicacion, presentándoles en conjunto compendioso nuestro modo de pensar, tómenlo o no como advertencia, acéptenlo o no como una indicacion saludable i digna de ser considerada: basta que la reciban como respuesta.

Si ellos están ahora en el error, tendremos la pena despues de oír su confesion. Si el error está en nosotros, nos lo perdonarán con su bondad de siempre, en gracia de nuestra sana intencion.



El movimiento político que se inicia es tan excéntrico i estraviado, como el móvil que le ha dado existencia—las exajeradas pretensiones del clero ultramontano. ¿Qué hai en el fondo de ese movimiento sino la lucha entre los privilejios del Estado i los de la iglesia oficial?

Un enemigo de todos esos privilejios no podria hacer otra cosa que arrimar fuego a los polvorines de los dos ejércitos. Abolir los privilejios de la Iglesia i dejar en pié los del Estado, es simplemente preferir un despotismo a otro. Aquella es la lucha de Güelfos i Gibelinos, del emperador con el papa, lucha en que el pueblo nada tiene que ganar, porque se disputan los privilejios del poder político i de la Iglesia. ¿Por qué toma entónces parte el pueblo de Chile en semejante movimiento? Porque como lo difícil, en circunstancias como éstas, es conocer nuestro deber, hai personas que se estravian i que estravian al país con la suposición de que venciendo al clero, se conquista la libertad. Meditémos un poco.

¿En dónde hallan la solucion del problema los que desean que la Iglesia católica se reduzca a su ministerio espiritual i no aspire a la dominacion de la sociedad ni del gobierno? En la separacion de la Iglesia i del Estado—i esta es la solucion única, en sentir de los que se imaginan que basta decretarla para desarmar a la Iglesia. Mas esta no es propiamente una solucion en un país como el nuestro. Es el mismo problema. Ciertó seria que, careciendo la Iglesia de una alianza legal con el Estado, no tendria un poder coactivo para dominar a la sociedad, ni derechos que hacer valer contra el órden político. ¿Pero dejará por eso de aspirar siempre a esa dominacion? ¿Dejará de emplear los medios que su poder espiritual le dá para dirijir la creencia, i para obrar sobre la sociedad i el gobierno por medio de la creencia? Esta es la cuestion en un país de las condiciones políticas i sociales de Chile.

La separacion de la Iglesia i del Estado es el problema por excelencia, el mas complejo que puede presentársele a una nacion que haya vivido bajo el réjimen de una iglesia oficial, con relijion de Estado i sin libertad de creencias, ni de cultos. No hai mas que ver cuánto tarda en resolverlo la Italia, que fué la nacion donde ántes que en ninguna otra fué planteado por su grande hombre de estado, Cavour, bajo la fórmula de—*la Iglesia libre en el Estado libre.*

Ese problema implica cuestiones políticas, cuestiones civiles, cuestiones administrativas, i todavía, una vez resueltas todas esas

cuestiones, necesita una larga preparacion política i social. Por eso se ha dicho con verdad que la separacion de la Iglesia i del Estado no es una reforma política, sino una *Reforma Social*.



CUESTIONES POLÍTICAS.—Chile tendria que reformar su Constitucion en todos los artículos que establecen la relijion de Estado i que se refieren a ella; i esta reforma deberia consistir en garantizar la completa libertad de creencias i de cultos, dejándola fuera del alcance del poder político; en declarar libre de todo gravámen en favor de uno o varios cultos el tesoro público, que se forma con las contribuciones de todos los habitantes, cualquiera que sea su relijion; en asegurar la independendencia completa del réjimen interior de todos los cultos; en garantizar al Estado, a la sociedad i al individuo contra todo avance derogatorio del derecho comun ejecutado por i a nombre de una relijion; i en adoptar, dentro del plan político jeneral, las medidas convenientes para que los ministros de los cultos no salgan del círculo de sus funciones relijiosas, injiriéndose en los dominios de la política o de las otras instituciones sociales, por medio de asociaciones o empresas dirigidas a dominar la sociedad o perturbar el réjimen político.

CUESTIONES CIVILES.—Casi todas las cuestiones políticas resueltas por la Constitucion del Estado son temas que deben ser desenvueltos i esplicados en los códigos civil, penal i de procedimientos; de modo que hai que alterar en el primero de estos códigos lo relativo al matrimonio, al estado civil de las personas, a la personería jurídica i a las asociaciones de propaganda relijiosa, cuyos derechos, aunque mui efectivos, no pueden estenderse a derogar los de la libertad individual, ni el réjimen comun de la propiedad i de la industria. En el Código penal, que está destinado a reprimir todo acto intencional i voluntario que ataque el principio de justicia o el derecho, produciendo una preturbacion en el órden social i comprometiendo la seguridad, es preciso introducir una reforma que no reduzca las bases de la moral universal a las doctrinas de un culto determinado i privilegiado, sino que por el contrario facilite a todos los cultos el órden de sus respectivas congregaciones, asegurándoles la penalidad que necesitan para el amparo de sus derechos, de su réjimen i de su libertad relijiosa, como base de sus relaciones mútuas i de su posicion respecto de la sociedad

i del Estado. El Código de procedimientos debe corresponder a todos estos principios, facilitando a todos los cultos el amparo de una sola jurisdiccion, la del Estado, para que tanto sus congregaciones, como sus ministros, tengan la seguridad de su independencia i de sus derechos personales bajo la lei comun, sin exenciones, ni escepciones.

CUESTIONES ADMINISTRATIVAS,—tales como las que se relacionan con el sistema tributario, con la enseñanza pública, con las manifestaciones públicas del culto, con las funciones del rejistro civil, con los cementerios, i con la inspeccion de los establecimientos de caridad i de beneficencia. Cuestiones son estas que en jeneral afectan la vida ordinaria en muchas de sus faces, pero las de los dos órdenes primeros implican tambien una importancia política i social. Desde que la Iglesia católica quede separada del Estado, como los demas cultos, es preciso abolir todas las leyes i prácticas que convierten al gobierno en órgano de la Iglesia para asegurarle una renta i para velar sobre la enseñanza de sus dogmas. Los nuevos canonistas dicen que no conocen mas que dos pactos entre la Iglesia i el gobierno de Chile: uno por el que se ha concedido al Estado el derecho de cobrar la contribucion eclesiástica del diezmo, con la obligacion de subvenir a los costos del culto, i otro que le permitió despues sustituir esa contribucion por la agrícola con el mismo carácter i la misma obligacion. Si esto es efectivo, o siquiera cuestionable, es necesario principiar por abolir las leyes relativas a semejante contribucion, para que el Estado secularice su sistema de impuestos, porque donde haya libertad de creencias i de cultos, el Estado no puede imponer contribuciones para mantenerlos, ni prestar su autoridad para que se impongan. Los demas puntos de administracion enumerados necesitan de igual reforma.



La enunciacion jénérica, aunque comprensiva, de todas esas cuestiones indica por sí sola que la decantada separacion de la Iglesia i del Estado no consiste, como creen algunos, en declararla simplemente; ni mucho ménos, como creen otros, en establecer que los *poderes* espiritual i temporal se limiten a obrar cada uno en su propia esfera de accion. Aquellos olvidan que aunque el Estado deje de intervenir en los arreglos de una iglesia oficial, no

pierde por eso el deber de suministrar todas las condiciones de derecho a las creencias religiosas i de arreglar las relaciones jurídicas que tienen su oríjen en esta esfera de la actividad social; i los segundos incurren en el grave error de suponer que hai un *poder espiritual*, que puede coexistir al lado del poder del Estado i rejir a medias con él los derechos de la sociedad. Por eso es que los primeros se equivocan suponiendo que la separacion de la Iglesia i del Estado se opera por el hecho solo de abolir la iglesia oficial, como si el Estado pudiera escusarse i quedar exento de toda accion jurídica respecto de la religion i de los cultos. Por eso es tambien que los otros van hasta sostener que la supresion de la iglesia oficial implica solamente la abolicion de las leyes que llevan la intervencion del Estado al réjimen de la Iglesia católica, como las del patronato, del execuatúr i de la venia para la reunion de sínodos; suponiendo que la Iglesia católica debe permanecer como un *poder*, con jurisdiccion propia i sin recursos de fuerza, con facultad de formar corporaciones i fundaciones de suficiente personalidad jurídica para adquirir i poseer bienes, sin mas trabas que las que ella misma se imponga, i con atribucion de cobrar por sí la contribucion agrícola, si es que el Estado no sigue recaudándola, para entregársela íntegramente; i no advierten que esto seria dar a la sociedad dos Estados, uno temporal i otrò espiritual, el cual no pertenecería a todos los cultos, sino a uno solo, que dejaba de ser Iglesia oficial para convertirse en gobierno independiente.

Desde luego ahí teneis tres procedimientos para resolver el problema. El primero es el justo, pues está arreglado a los principios fundamentales del derecho; el segundo es el empírico, pues no trata sino de cortar de un tajo el nudo gordiano, dejando todo lo demas en un estado anárquico; el tercero es el católico, que no tiene consideracion sino a los intereses de la Iglesia romana, atropellando los derechos de la sociedad i desconociendo la naturaleza del Estado i del poder político. ¿Cuántos hombres teneis preparados para comprender i aplicar el primero de estos procedimientos, en lucha abierta con los que querrian que la Iglesia quedara como un verdadero poder político espiritual al lado del poder político temporal? ¿Formarán siquiera una minoría al frente de los numerosos defensores de lo que se ha dado en llamar derechos de la Iglesia católica? I si la solucion ha de ser pacífica, como en Italia, i no revolucionaria, como en Méjico, ¿cuál será la accion de los que creen en el segundo sistema? ¿Será tambien pacífica i se adherirán

a los primeros, para resolver por medio de la razon i la justicia aquellas infinitas cuestiones políticas, civiles i administrativas? ¿Cuántas presidencias regulares se necesitarian para consumir una reforma, que por ser parcial, concreta i limitada, como ésta, estravia i malgasta las fuerzas activas que deberian emplearse en una reforma completa i radical del sistema político, en la cual se comprenderia aquella, perdiendo su carácter alarmante?

Pero suponed que un presidente fuese bastante hábil, enérgico i persistente, i sobrado feliz para contar con una mayoría formidable que le ayudara a realizar en paz esta reforma parcial contra el interes poderoso de la Iglesia, en su período de cinco años. ¿Qué habriais conseguido al fin de cuentas con la separacion legal de la Iglesia i el Estado? ¿El reducir a la Iglesia católica a su esfera espiritual i colocarla al nivel de todos los demas cultos que no aspiran a sojuzgar a la sociedad ni a gobernarla políticamente? ¡Ilusion! Libre la Iglesia católica en un pais gobernado por un réjimen político como el nuestro, hará mejor su juego, i llegará pronto un dia en que ella sea la que gobierna, apoderándose de los mismos elementos que le facilita ese réjimen.

No teneis mas que miraros en el espejo de la Béljica, que tiene un réjimen político análogo al de Chile, aunque mas liberal, i un pueblo católico como el nuestro, aunque con una gran poblacion disidente que nosotros no tenemos. Allí la Iglesia católica es independiente, i utilizando las libertades modernas que ella misma condena, se ha hecho dueño del poder político i no deja a los belgas disidentes esperanza alguna de emancipar de ella a la sociedad, si no es recurriendo a espedientes que no son de la edad moderna i que no podrian tener efecto sino cambiando todas las condiciones de la misma libertad.



Ved la pintura que acaba de hacernos un publicista belga de gran reputacion de saber i de probidad, M. Laveleye, en su artículo—*La reciente crisis en Beljica*, publicado en la *Revue des deux Mondes*, de enero de 1872. «La Iglesia, dice, marcha a volver a tomar la direccion suprema de la sociedad civil. Hé aquí las razones en que se funda. La sociedad civil i el Estado reposan sobre ciertas nociones de derecho i de moral. Si castigais el asesinato, el robo, el atentado contra las costumbres, es porque conside-

rais estos hechos como malos i criminales. Si estableceis la propiedad, la herencia, la santidad de los contratos, es en virtud de ciertos principios de justicia; mas estos principios de lo justo i de lo injusto, del bien i del mal, no alcanza a descubrirlos la razon tan débil i tan incierta del hombre, sin las luces de la revelacion. Las opiniones humanas, siempre variables i ordinariamente contradictorias, no pueden decretar esas leyes inmutables que son las únicas que pueden servir de base a la sociedad. Para encontrarlas, es preciso recurrir a la razon divina manifestada perpetuamente por el órgano de su vicario infalible. Es pues el Papa el juez supremo de las leyes civiles i políticas: él solo puede decidir soberanamente lo que es bueno i justo: en consecuencia, todos los jefes del Estado, asambleas, presidentes i reyes le deben obediencia. Las naciones que desconozcan su autoridad caerán en una irremediable anarquía.—Si se admiten estas premisas, por una parte la impotencia de la razon humana para descubrir lo bueno i lo justo, i por la otra la infalibilidad del Papa, no hai nada sério que responder. Los fieles, a ménos que se insurreccionen contra la autoridad de la Iglesia, son conducidos lójicamente a reconocer la suberanía suprema del Papa i de sus delegados los obispos, aun sobre los negocios civiles.»

«En Béljica, esta doctrina está mas cerca de realizarse que en ninguna otra parte. Ella se enseña en los colejos de los jesuitas i en la universidad de Lovaina, donde se forma la mayor parte de la juventud. Un profesor de esta universidad, escritor de talento i correspondiente del Instituto, M. Cárlos Périn, acaba de esponer estas ideas en un estudio titulado *Las libertades populares*, en que busca las condiciones de salud de las sociedades contemporáneas. «Lo que Dios prescribe, dice M. Périn, i lo que El prohíbe, eso es el deber i el fondo obligado de todas las leyes. La infalibilidad del poder establecido por Dios, para promulgar e interpretar su lei da las garantías esenciales de toda libertad social, miéntras que la infalibilidad de los poderes humanos nos espone a todas las servidumbres. Por pequeña que sea la parte que el hombre tome, en virtud de un derecho que le fuese propio, en la determinacion de los principios que constituyen el órden espiritual, se amenguará la autoridad de estos principios..... O bien, en razon de la incompetencia de los poderes civiles en materia de moral, se deberia renunciar a no reprimir nada, i eso seria la licencia; o bien se deberia reprimir a nombre de la mayoría i por su sola autoridad, lo cual seria lo

arbitrario.» De este modo se establece que los laicos i la sociedad civil que ellos constituyen son incompetentes en materia de moral; de lo que se sigue que no pueden ni decretar el derecho, ni castigar el crimen sin las luces i la autorizacion del jefe infalible de la Iglesia. El Papa es, pues, el soberano de los pueblos i de los reyes, i todos deben obedecerle. Esta es la pura doctrina del *Syllabus*. No se debe admirar que se la enseñe en Lovaina, puesto que ella es un dogma.»

«En la edad media, en su lucha memorable con el imperio, el papado no consiguió hacer reconocer su soberanía universal. Hoi, en los países católicos, tiene la probabilidad de conseguirlo sin violencia, simplemente sacando un partido hábil de las mismas libertades que él mismo anatematiza. Si el clero, por medio del confesonario, llega a nombrar para las funciones electivas a los hombres de su devocion, se hace dueño de todos los poderes, i por su intermedio, realmente es el Papa el que gobierna, como lo quiere M. Périn. En Béljica, este fin está casi conseguido: los electores de opinion católica obedecen a los curas, los curas a las órdenes de los obispos, i los obispos a las órdenes del Papa. De este modo los representantes católicos no son mas que los delegados del episcopado, i el primado de Béljica, arzobispo de Malinas, es el verdadero soberano, puesto que él puede hacer obrar a su gusto a la mayoría del parlamento, que hace las leyes, que designa los ministros i gobierna.»

«El episcopado en Béljica no usa de su poder para establecer el réjimen político que Roma considera como el único lejítimo, porque todavía los hombres políticos que le sirven son mas bien conservadores que sectarios i su número es aun considerable. Pero estos hombres, que conservan las ideas conciliatorias de 1830 desaparecen, i son reemplazados por los alumnos i los amigos de los jesuitas, dispuestos a hacerlo todo para asegurar el triunfo de la Iglesia. Cuando las dos cámaras estén pobladas de hombres de este matiz, como lo esperan los obispos, entónces éstos harán adoptar los medios que deben reducir al partido liberal a la impotencia i convertirán en definitivo el reinado de los conventos i de los padres de la Compañía de Jesus».....

«La cátedra i el confesonario, cuando el clero se atreve a emplearlos como un medio de influencia política, le dan un poder casi irresistible en todo país en que se halla viva la fé. La lucha llega a ser imposible para los liberales belgas en las campañas. Hai

dos medios de propaganda, la palabra i el diario. Los liberales no pueden servirse ni de la una ni del otro para ganar adherentes a su causa. Si fueran a hablar en los villorrios, serian desdeñados como malhechores, si no arrojados a pedradas. La suscripcion a sus diarios está prohibida, i el que los lee, no recibe la absolucion. Si los envian gratis, el cura los confisca en las tabernas, en las manos del factor, o en las casas particulares. El café o fumadero que los recibiese, seria denunciado en la plática como un mal lugar de que todo hombre honrado debe apartarse. Solo se atreven a resistir aquellos que no hacen caso de la estimacion ajena o que desafian el respeto humano, i estos no contribuyen a aumentar la autoridad del partido que sostienen. El libro no penetra en los lugares sometidos a la influencia del clero, i aun en las ciudades populosas, ricas e industriales, no hai un librero que se atreva a vender otra cosa que libros de misa o de milagros e imágenes de piedad. ¿Cómo podrán los liberales luchar contra la cátedra i el confesonario, sin palabra, sin diario i sin libro?»

«En semejante medio, los conventos se multiplican a sus anchas. En 1846, se contaban 779 con 11,968 relijiosos, es decir, tantos como a fines del siglo dieziocho, cuando José II creyó que era urgente reducir su número. El último censo publicado en 1866 da 1,314 conventos con 18,162 relijiosos. En diez años se ha doblado el número i desde 1866 el aumento no ha cesado. Hoi existen ya dos conventos para tres comunes, i pronto cada comun tendrá uno o dos. Estos establecimientos disponen de gran influencia electoral: educan niños i cuentan con el voto de los proveedores de todos los artículos que consumen. Eludiendo la lei, se han constituido sociedades perpétuas, que se enriquecen sin cesar. El miedo del purgatorio es una fuente abundante de legados piadosos, i la confesion *in articulo mortis* arranca a los célibes liberalidades considerables que aumentan cada año la fortuna de las corporaciones relijiosas. Sus casas se engrandecen, pero sus propiedades raices no se estienden: eso atraeria las miradas i las dejaria espuestas a los derechos del fisco. Mejores son las acciones al partador, que se pueden escapar de toda inspeccion i de la confiscacion. En Holanda, en Alemania i en Francia, el número de conventos crece regular i rápidamente. En Italia misma apénas se suprimen como personas jurídicas, renacen como sociedades colectivas. No examinaré la influencia social de estas instituciones: quiero solamente mostrar que, disponiendo ellas de una verdadera influencia política,

son en manos de la Iglesia instrumentos poderosos para llegar a establecer con seguridad, por medio de las elecciones, su supremacía sobre el Estado.»

«El partido que obedece al clero no solo tiene a su disposición las armas de la edad media—la cátedra, el confesonario i los conventos—sabe además servirse de los medios de lucha empleados en los países libres, de los cuales desconfiaba ántes, los meetings, las asociaciones electorales, las peticiones, las agitaciones, la caza de sufragios. En las ciudades, los católicos han fundado, como los liberales, círculos, sociedades de música, bibliotecas, conferencias, juegos populares, reuniones donde se discuten programas i donde se arregla la lista de candidatos dictada de antemano por el obispo. Ni aun temen coaligarse con los radicales i con los jefes de la *Internacional* para echar abajo a los liberales, a quienes llaman doctrinarios. En la campaña el negocio es más fácil, el cura es el gran elector, i tiene todas las probabilidades de vencer a sus adversarios. Está animado de la fé, i obedece puntualmente a una palabra de orden; obra con perseverancia, siempre con las mismas miras, trabajando durante veinte años en atraerse una familia, en voltear a un enemigo, o en conquistar un voto en el consejo municipal. Los liberales son desunidos i sus esfuerzos no son duraderos. Si hoy se ocupan en política con ardor, mañana no piensan más que en sus asuntos particulares. De esta manera se vé por un lado una fuerza violenta a veces, pero ordinariamente intermitente, luchando con otra fuerza constante e incesantemente activa. A la larga, la segunda debe de triunfar sobre la primera.»

«Los conventos lo invaden todo, pero lo que garantiza mejor la influencia del clero en el porvenir es que se hace dueño de casi toda la enseñanza. Los niños del pueblo, de la burjesia i de la nobleza son todos alumnos de los conventos, i es imposible, o poco ménos, establecer instituciones rivales, porque el episcopado las mata con su anatema. Todas las mujeres son, pues, formadas por el clero, i ponen su influencia, que es enorme, al servicio de la Iglesia. La escuela primaria está bajo la mano del cura, porque la dirige como autoridad. En la enseñanza media, los colejos de jesuitas tienen más alumnos que los ateneos reales, i la universidad de Lavaina tiene tantos como las dos universidades del Estado juntas. En tanto que los liberales estaban en el poder, los establecimientos del Estado podían hacer contrapeso a los del clero; pero si los católicos permanecen en el ministerio, poblarán las institu-

ciones públicas de profesores de su opinion, i entónces, a ménos que los liberales no establecieran escuelas libres, lo que es poco probable, la enseñanza entera quedará sometida a la Iglesia i se convertirá en el órgano de las doctrinas del *Syllabus*.»



¿No es casi igual la situación del clero en Chile? ¿No son idénticos los medios que emplea para mantenerla i afianzarla, con solo la diferencia de que aquí no está contenido por un partido conservador, como el de Béljica que repugna todavía los medios estrechos? Los conservadores de 1830 en Chile han desaparecido ántes que en Béljica. Quedan en su lugar los sectarios. Aquellos no habrían votado en las cámaras de 1874 lo que aprobaron los amigos i los discípulos de los jesuitas.

Hace diez años, no existia un partido clerical. Los sectarios eran un círculo vergonzante que a favor de las coaliciones políticas procuraba servir a la causa clerical. Pero el terreno estaba preparado por los jesuitas que desde veinte años hacian su labor como el gusano de seda. Les ha bastado el favor de una alianza desgraciada que duró mas de lo que debiera para llegar a ser formidables i aspirar a imponer su influencia en la política. Ya tienen base, ya son partido i el episcopado posée los medios de disciplinarlos, i aun de vencer todas las veleidades de desunion que pudieran surgir de la pretension de hallar conservadores que no fueran sectarios.

Al frente de esta secta, suponed a la Iglesia desligada ya del Estado, aunque no sea segun su exigencia de quedar como un *poder político con jurisdiccion, con renta o contribuciones, con facultad de autorizar corporaciones de personalidad jurídica para adquirir i conservar bienes*. No. Haced como hicieron al principio en Méjico i Colombia todas las reformas civiles i administrativas que requiere el establecimiento de la libertad absoluta de creencias i de cultos. Con ello conseguireis ese resultado que se llama separacion de la Iglesia i del Estado i limitareis en este órden el poder político a su esfera propia. ¿Pero creéis que por eso desquiciais siquiera en una línea el poder de la influencia del clero católico?

No, en un país de uniforme creencia católica como Chile, en que la Iglesia ha dominado como participe del poder coactivo del Estado, aquellas reformas destinadas a establecer solamente la libertad de

creencias no le quitan su infalibilidad, su confesonario, su predicacion, sus conventos, todo eso que formó su gran arsenal en la edad media i que lo forma todavía; ántes bien, la refuerzan con los medios de la democracia moderna—el sufragio, la prensa, los meetings, las reuniones electorales, los clubs, los círculos, las bibliotecas, las conferencias, i sobre todo con la enseñanza pública, cuyo monopolio conquista por medio de los conventos i que puede completar, si los liberales mismos la ayudan a suponer i finjir que la libertad de enseñanza consiste en abolir la que costea el Estado como enseñanza libre, no confesional.

Pronto, mui pronto llegaríamos así, teniendo ya sobre nosotros el peligro en que se halla la Béljica, a la realizacion del poder espiritual completo de la Iglesia católica sobre la sociedad: i esa secta político-relijiosa, que ella ha constituido, conquistaria para los obispos el poder político, ocupando con mas facilidad que en cualquiera otra parte el gobierno, las cámaras, los tribunales, la universidad. ¿Qué le falta en Chile para consumir esa conquista, sin salir del órden del réjimen político que nos domina? Todo lo ha *cristianizado* ya, no solo la enseñanza, la prensa, las elecciones, la familia, la sociedad, hasta los capitales! En Béljica ha fracasado la empresa de M. Langrand para *cristianizar* los capitales, emprendida con la bendicion del Papa, concentrando la riqueza en manos de las familias devotas a la Iglesia, dando a los servidores de la fé la direccion de los resortes económicos, porque los capitales eran paganos i bárbaros i era necesario colocarlos bajo la lei de la Iglesia, para independizar a las familias católicas de la necesidad de contraer compromisos que por razon del interes ilícito son prohibidos por las leyes divinas, como decia Su Santidad en su carta a M. Langrand. En Chile no hai necesidad de tanta especulacion, pues que los capitales están *cristianizados*, desde que los ricos son servidores de la Iglesia, o por su fé, o por miedo al infierno, o porque así se gana mas. Para hacer fortuna es necesario ser clerical.



¿Qué haríais entónces con la separacion de la Iglesia i del Estado, i con la Iglesia mas poderosa que en la época de la union para dominar a la sociedad i al Gobierno, dictando la lei i definiéndolo todo con su infalibilidad? ¡Ah! buscaríais remedios violentos o procuraríais salir de la situacion por reformas filosóficas o relijiosas como los belgas.

Allí se teme todo del partido clerical, porque no es conservador, como se llama, porque pone sobre el interés nacional su causa sagrada, i puede trastornar el orden social i el político. De aquí se concluye que aquel partido es un peligro que es necesario conjurar. ¿I cómo? ¿Será preciso ponerlo fuera de la lei, fuera del derecho comun, negar a los católicos la ciudadanía, ponerlos en entredicho? Eso es temerario, violento i sobre todo imposible en una nacion civilizada, que aspira a tener un gobierno libre. Puede haber una guerra relijiosa, puede repetirse la guerra de treinta años, las mantanzas relijiosas de Carlos IX i de Luis XIV. Todo eso es posible en nuestra edad, despues de las restauraciones del barbarismo de que acaba de dar muestra la Prusia. Pero aquello no es derecho, no es libertad, no es progreso, no es posible en una civilizacion normal.

Los liberales belgas buscan la solucion, no en la separacion de la Iglesia i del Estado, que existe casi completa por el artículo 16 de la constitucion, sino en otros arbitrios: unos ponen su confianza en el rei i sobre todo en el sufragio limitado, temen que una vez establecido el sufragio universal, las campañas triunfarian completamente sobre las ciudades, dando la mayoría del parlamento a los clericales. El temor es justo en el sistema de la mayoría numérica para las elecciones, pues no conocen el correctivo del sufragio proporcional como medio de evitar que el universal diese el triunfo a la poblacion ignorante i preocupada. Otros, sin abandonar estos medios políticos, forman i sostienen la asociacion del *Pensamiento libre*, que tiene por objeto sustraer de la intervencion de todo culto el nacimiento, el matrimonio i los funerales; pero se comprende a primera vista que esta no es una creencia, sino un compromiso de oposicion a la Iglesia, que no tendrá mas prosélitos que los enemigos del catolicismo, que no puede satisfacer la necesidad de una creencia, puesto que es su negacion, i que de ninguna manera puede contrarestar la influencia del catolicismo político, cuyos medios i cuyo poder espiritual mantienen su supremacia en presencia de esa secta puramente filosófica.

Por fin, otros liberales ponen toda su esperanza en una liga que se proponga una reforma relijiosa que emancipe las conciencias del yugo de Roma, sea adoptando una reforma católica como la que inician en Alemania, sea aceptando alguna de las comuniones del protestantismo liberal. ¡Reformas relijiosas en el siglo XIX!

¿Se puede volver a los tiempos de Lutero? ¿Se puede volver a emprender una campaña de tres siglos para dar al pueblo una nueva relijion? Los que se halagan con esta ilusion creen con razon que el ateismo no tendrá jamas ni gran fuerza de expansion ni gran perseverancia para luchar contra el catolicismo triunfante. ¿Pero quién puede suponer que el ateismo tenga hoy el carácter de una fuerza social, ni siquiera de un medio político destinado a contener la invasion católica, sea bajo el régimen de una Iglesia oficial, sea bajo el de la completa libertad de creencias? Mas por eso mismo que no es un elemento de lucha, es una fuerza de inercia que desbarataria toda tentativa de una reforma relijiosa en este tiempo. Tambien creen aquellos que, habiendo pasado la moda de incredulidad del siglo XVIII, los liberales de hoy dia se ven precisados a vivir en una peligrosa contradiccion, porque, admitiendo por un lado la necesidad de una creencia relijiosa para el pueblo, para la familia, tienen por otro que admitir un culto como el católico, cuyos ministros son sus adversarios políticos. ¿Pero desapareceria esa contradiccion si fuérais bastante felices para proporcionarles otro culto con la facilidad con que se decreta i se verifica un cambio de gobierno? El incrédulo no dejaria de serlo porque se adoptase la reforma de Döllinger o la de los presbiterianos, i si bien los ministros de estos cultos no atacasen la independenciam del poder civil, como el clero romano, no por eso dejarian de estar en contradiccion con los liberales no creyentes; i la reforma seria un recurso inútil, si no atentatorio. Lo que hai es que la incredulidad ha dejado de ser una especie de secta, como en el siglo XVIII, porque en el presente la relijion es una potencia social contra la cual nadie se atreve a luchar por impotencia o por conveniencia. Pero la incredulidad existe latente en el campo liberal, como en el católico, como en el protestante, si bien se oculta, o porque es preciso tener una relijion *por si acaso*, o porque conviene finjirla para vivir mejor.



Se vé claramente que los arbitrios ideados por los liberales de Béljica, o son estremosos o son ilusorios, i de todos modos son impotentes para poner a raya la invasion ultramontana, como lo es la separacion de la Iglesia i del Estado en un régimen político de privilejio igual al nuestro i al de Béljica. Ni las reformas adminis-

trativas i civiles destinadas a injertar en un réjimen semejante la libertad de creencia i de cultos, desligando al Estado de la Iglesia católica; ni el sufragio limitado para impedir que el clero abuse de su influencia en las campañas i las ciudades; ni la secta filosófica del Pensamiento libre; ni una reforma relijiosa destinada a emancipar de Roma las conciencias; ni el ateísmo ni la incredulidad, nada de todo eso será bastante a contrarestar el poder de la cátedra, del confesonario, de los conventos, i de la enseñanza clerical ausiliados del empleo que la Iglesia católica hace de las libertades políticas que ella misma anatematiza.

*
* *

¿Pero acaso es este un peligro sin remedio? No. Estudiad la naturaleza de ese peligro, ved que todo él está en el plan que desarrolla la Iglesia romana para restablecer sin contradiccion i sin transaccion el antiguo réjimen, utilizando todos los elementos dispersos, todos los resabios que aun quedan de él en las sociedades modernas, i hallareis que el verdadero remedio está en plantear i fortificar de una vez el nuevo réjimen político, para impedir la resurreccion del antiguo. Ella ha proclamado por medio de su primer escritor una base que toda su prensa sostiene. M. Veuillot, dice Laveleye, espresa la verdadera doctrina romana sancionada por la autoridad infalible del Papa, cuando esclama:—«No hai ni puede haber catolicismo liberal. Los católicos liberales que son verdaderamente católicos no son liberales, i los que son verdaderamente liberales no son católicos.» Ella, como lo observa aquel publicista citando los profundos estudios históricos de Quinet, ha abolido todas las prácticas que hacian del cristianismo en su origen una democracia igualitaria i libre en que todos los poderes emanaban de la eleccion. «Desde que el cristianismo se ha convertido en el catolicismo, éste se ha asimilado sucesivamente, en una evolucion histórica de quince siglos, la organizacion del imperio romano. (De aquí el empeño de convertir a todos los pueblos católicos en *raza latina*) «La proclamacion de la infalibilidad del Papa trae al majestuoso edificio su coronamiento obligado. Hoi el gobierno de la Iglesia presenta la imájen de un despotismo tan perfecto i tan bien obedecido como el que existia en Roma bajo los emperadores. El Papa nombra a los obispos, los obispos a los sacerdotes, i todos deben obediencia sin límites al

supremo árbitro de la verdad, al maestro de las conciencias. La eleccion por el pueblo, jeneral al principio, ha cedido su lugar a la institucion por los superiores jerárquicos. Toda deliberacion está suprimida, el concilio mismo, admirable tipo del réjimen parlamentario, resto venerable de los tiempos de libre discusion, ha sido reemplazado por la decision papal *ex cathedra*.»

Esta es una perfecta reaccion emprendida con lójica, con tizon i con enerjía, sin admitir otra escepcion que la que es necesario hacer en el procedimiento para utilizar las ventajas que deja el sistema indeciso de los gobiernos democráticos. Se va a un fin, a la manera de un conquistador, que utiliza los campamentos que abandona el enemigo, que aprovecha las sementeras de los campos conquistados i que saca de las ciudades que ocupa todos los recursos que necesita. Se va al antiguo réjimen, no como la monarquía constitucional o como la república oligárquica, transijiendo con la libertad moderna i adoptando arbitrios para limitarla en favor del poder absoluto, sino francamente condenando toda libertad, todo derecho, todo progreso que se oponga a la plenitud del triunfo, sin perjuicio de apoderarse de las ventajas que la libertad, el derecho i el progreso pueden ofrecer al conquistador que va tras de su ruina.

Por eso se ve a la Iglesia católica aliarse con Napoleon III, con los Borbones, que quieren una restauracion completa, como ella, i despreciar a los demas monarcas constitucionales que fundan su estabilidad en la alianza de su poder con ciertas libertades políticas que sirven para entretener la reforma i alejarla. La falta de lójica en el sistema de estos causa su debilidad, i el partido ultramontano que utiliza con su lójica inflexible los elementos i los resabios del antiguo réjimen, que estos desperdician, obtendrá el triunfo.

¿Quereis evitar ese peligro a Chile? No dejeis que la reaccion se complete, i ved i comprended bien que ella se completaria, si persistiéseis en mantener el réjimen político que nos gobierna i si os contentáseis con proclamar la libertad de creencias para separar a la Iglesia del Estado, i dejarla mas desembarazada para completar su obra. En materia de reformas liberales no se puede andar a medias, aceptando hoi una libertad i dejando las otras para despues, porque el antiguo réjimen de que hemos querido salir paulatinamente, con circunspeccion i moderacion, tiene hoi un campeon que a nombre de Dios recoge sus antiguas ruinas i sus

potentes cimientos para reconstruirlo. Aquello de que la libertad se conquista poco a poco i de que los radicales deben conformarse con algo, tiene un sentido tan lato como relativo. Bueno estuvo eso para dicho por Julio Simon, a nombre del partido radical de Francia, al frente de un despotismo rigurosamente latino como el de Napoleon III i del poderoso e inquebrantable monarquismo de aquella nacion. Pero Chile no está en ese caso, pues además de no estar gobernado por tiranos, sabe por la historia moderna que la libertad puede conquistarse entera i verdadera, que no puede ser de otro modo si se trata de los derechos de la libertad individual i social, i que si hai algo de cierto en que las libertades políticas pueden aprenderse i adquirirse por partes, también es indudable que hai algunas de ellas, como el derecho de sufragio, que vale mas no tener de ningun modo si no se posee completo. Como quiera que sea, al frente de una propaganda divina para restablecer el antiguo réjimen, no se debe permitir reforzarse i afirmarse al enemigo: miéntras marcheis al paso, recojiendo a pocos las ventajas de la libertad, sin plan, sin lójica, i viviendo al día, él vá de frente, con admirable osadia, con fuerzas superiores; i llegará a su fin cuando vosotros no podais hacer otra que esclamar con los liberales belgas—«que un país católico que, como la Bélgica, intentase fundar hoí un réjimen de libertad, tendria que sostener una lucha a muerte contra el clero, porque el ideal de gobierno no puede ser para este sino el despotismo teocrático, i es inseguro que los amigos de la libertad venganzan».....

* *

Entónces, no malgastéis en verificar una reforma parcial el tiempo que podeis aprovechar en realizar una reforma completa del réjimen político, que os traerá la separacion de la Iglesia en el verdadero réjimen del derecho; en tanto que si buscáis este mismo resultado por medio de una reforma aislada i parcial, os colocareis en la situacion de la Bélgica i llegareis a un extremo en que sea ya imposible fundar el verdadero réjimen de la libertad.

* *

Todavía no hemos llegado a este extremo. Evitémoslo. ¿A donde funciona sin peligro para la sociedad la separacion de la Iglesia, como resultado de la completa libertad de creencias? Allí donde

esta libertad se ha fundado paralela e integralmente con la libertad de pensamiento, de que ella es una parte, con la libertad personal, con la libertad de trabajo, con la libertad de asociacion, con la igualdad de derechos, con la independenciamunicipal i la autonomia de todas las fracciones nacionales que forman otras tantas unidades sociales que deben gobernarse por sí mismas; para dejar los derechos individuales del hombre i de la familia fuera del alcance del poder político, i al municipio i a las unidades sociales libres de toda presion i centralizacion, a fin de que el hombre i la sociedad se desarrollen con toda la energía natural que les es propia. Eso es lo contrario del *antiguo régimen*, eso es lo que se llama *self government*, semecracia o gobierno de sí mismo, que exige para el Estado una organizacion política especial, un régimen político electivo, alternativo, responsable, federal i fundado en el sufragio jeneral, proporcional, independiente i directo.

Observad los hechos experimentales. Donde quiera que los derechos individuales i sociales existen de un modo positivo, sin estar sujetos a la accion del poder político, allí se desarrollan libremente el hombre i la sociedad, i no hai propaganda capaz de esclavizarlos en favor de un régimen absoluto, sea relijioso, sea político, si el gobierno es semecrático federal. Ante un gobierno semejante, toda propaganda filosófica, relijiosa o política contra la libertad fracasa, aunque tenga sectarios, que nunca faltan porque siempre hai hombres que se hallan mejor en la esclavitud. ¡Cuántas de esas propagandas predicadas a nombre de la libertad o de la salud del alma se han estrellado contra la inconvencional organizacion semecrática de Estados Unidos! En Europa se cree, por ejemplo, que el mormonismo es un problema de la civilizacion americana. ¡Error! Ni esta relijion, que se considera como el fanatismo del fraude, ni el espiritismo en que ella tomó oríjen, ni la secta filosófica del amor libre, ni otra alguna podran jamas alterar los deberes sociales i políticos de aquel pueblo *organizado* en el verdadero régimen del derecho. Se las puede dejar en libertad, como a la propaganda del antiguo régimen emprendida por los ultramontanos, sin peligro alguno para las condiciones del gobierno libre.

Pero todas esas condiciones son congruentes, integrales, i no puede faltar una, sin faltar a la lójica de los hechos, i sin dejar una puerta franca al antiguo régimen, a sus violencias i trastornos. En Inglaterra los derechos de la libertad individual i social i la independenciamunicipal están garantidos, pero bajo un gobier-

no monárquico-aristocrático i unitario. Por eso es que la libertad relijiosa, que es uno de aquellos derechos, no ha bastado para evitar esa larga série histórica de horrores i crueldades contra los católicos, afin de impedirles que dominen la política. Luis Blanc, enumerando esos atentados i apoyando el dicho de Fox, que sostenia que la causa de las restricciones contra los católicos era puramente *política*, dice que—«Jamás la excelencia del principio de la libertad relijiosa ha sido negada en Inglaterra, ni aun por aquellos que temblaban de ver a los papistas aprovecharse de ella. No, jamás se ha pretendido, ni aun por estos últimos, que los papistas debieran ser escludidos del ejercicio de sus derechos civiles, a causa de sus *creencias relijiosas*. El grito de *No Popery* ha tenido siempre, al otro lado del Estrecho, un sentido esencialmente político, ha significado siempre que la organizacion de los católicos ultramontanos, su sumision a un poder extranjero, su doctrina de derecho divino, su ardor por subordinar toda soberanía temporal a la soberanía espiritual de Roma, constituian un enorme peligro para la libertad por una parte, i para el Estado por otra.» Eso prueba que la libertad de creencias i la consiguiente separacion de la Iglesia por sí solas, no son bastantes para neutralizar la invasion de aquella organizacion ultramontana, cuando el Estado es unitario i presta en sus privilejios un asidero a la política de Roma; i en nuestros dias tenemos otra confirmacion de esta verdad en lo que está sucediendo en el imperio Aleman.

Otros ejemplos que nos conciernen mas de cerca. Cuando el inmortal Juárez promulgó en Méjico las llamadas *Leyes de Reforma* para plantear la libertad relijiosa, separar a la Iglesia católica i limitar su poder, no estaba establecido aun el nuevo réjimen semecrático, i la federacion pugnaba en todas partes con el antiguo réjimen. El ultramontanismo i sus sectarios, que por cierto no constituian un partido político, como en Chile, con representantes activos en todas las instituciones del Estado, tuvieron sinembargo medios de atizar la guerra civil, i una vez sojuzgados por el imperio de la lei, no trepidaron en aliarse con el militarismo para mendigar en Europa un amo para su patria, e imponerlo con la bendicion del Papa i el apoyo de las armas de Napoleon III.

Léjos estamos de temer otro tanto de los ultramontanos de Chile, si en un réjimen centralizado i de privilejios, como el nuestro, se introducen aquellas leyes de reforma limitada i parcial. ¿Pero quién nos asegura que ellas no trajeran una guerra civil de diez

años, como en Nueva Granada, donde tambien se promulgaron ántes de la reforma completa i radical del réjimen político, que solo vino a consolidarse en la Constitucion de los Estados Unidos de Colombia, dada en Rio Negro el 8 de mayo de 1863?

Todo eso es lójico, i los hechos en que se funda nos conducen a una deducion, a saber: que solo pueden salvarse de la dominacion ultramontana i del restablecimiento del antiguo réjimen en la sociedad i en el gobierno, que pretende la Iglesia católica, los pueblos que, poseyendo el uso completo de sus derechos individuales i sociales, están gobernados por un réjimen federal que deja libre todo desarrollo social, como los Estados Unidos de Norte América, como la Suiza de hoy, como los de Méjico, como los de Colombia, como los de Venezuela. Es solamente allí donde la Iglesia católica, separada del Estado como todas las demas, tiene que reducirse a su mision espiritual para progresar sin obstáculos, sin peligros, sin contrastes ni resistencias; i es solamente allí donde su propaganda de dominacion no puede ser universal, ni eficaz. Si ella se apodera del gobierno federal, no por eso se hace dueño de los Estados federados, i si alcanza a dominar algunos de estos la independencia de los otros es un elemento de salvacion para todos. ¿Ni qué intereses podria abrigar el ultramontanismo por conquistar el poder en gobiernos como esos que carecen de medios de dominar a la sociedad, que no ejercen un poder absoluto? No así en un gobierno unitario, centralizado, de antiguo réjimen, donde si el partido católico domina el ministerio, sojuzga tambien a la nacion entera.

Tal es lo que comprenden la Francia, donde no se habla de separacion de la Iglesia i del Estado; el Austria, que a pesar de haber roto el concordato de 55 i establecido el matrimonio civil, el registro civil, la escuela inconfesional, el cementerio laico, no piensa en eso; la Italia, que habiendo sido la primera en proclamar la separacion, no renuncia todavía a la Iglesia oficial. Estos gobiernos saben que un Estado de privilejios, que los mantiene a fuerza de transijir con las exigencias de la libertad moderna, no puede independizar a la Iglesia para tener un competidor que le dispute el uso esclusivo del antiguo réjimen, i se reservan su patronato para luchar con ella i mantenerla a raya.

Mas de estas tres situaciones,—un gobierno de privilejios, con iglesia oficial, en pugna con ella para disputarle el uso esclusivo del antiguo réjimen;—otro gobierno igual sin iglesia oficial, que la

deja separada e independiente para luchar i absorberlo todo;—i un gobierno semecrático de réjimen federal que la coloca dentro del derecho comun al igual con todos los cultos i que, fiando en su organizacion, no teme, ni tiene por qué temer a la reaccion retrógrada;—la última es la estable, la sólida, la única en que pueden funcionar todas las libertades, porque solo en ella pueden coexistir todos los derechos i hacerse valer todos los intereses colectivos de la sociedad. La primera es inestable, convulsiva, anormal i tiene que modificarse, si no por la razon, por la fuerza. La segunda es insostenible i tiene que ser devorada por la revolucion, por la guerra civil o por la guerra relijiosa.

Hé aquí por qué hemos podido decir con razon en otra parte que son las leyes de los países católicos, que se hallan en conflicto con la Iglesia, las que han dado márgen a las exigencias ultramontanas que hoi dificultan el establecimiento de la verdadera teoria de la sociedad civil; i que a pesar de lo absurdo de estas exigencias, la realizacion pacífica del progreso que se desea seria fácil, si se comprendiera en todas partes que *es condicion de toda reforma social, por árdua que sea, (como la separacion de la Iglesia i el Estado,) la reforma radical en política.*



En presencia de estas ideas, de esta esperiencia, de estas conclusiones fundadas en las leyes racionales de la humanidad i en los fenómenos sociales, no podemos dejar de considerar como mui crítica la situacion que hoi atraviesa Chile,—que en visperas de renovar sus poderes lejislativo i ejecutivo, se ajita por una aspiracion mal definida i cuyos resultados no están bien estudiados. A los que entran de lleno en ese movimiento, apoyando i fomentando aquella aspiracion, les incumbe el deber de no malgastar las fuerzas activas del pueblo liberal, encaminándolas por un mal rumbo. Demasiado hemos errado hasta aquí, para que fuésemos a coronar nuestro errores con independizar a la Iglesia en un réjimen absoluto, irresponsable, absorbente i centralizado, como el nuestro, que deja infinitas ventajas a la organizacion ultramontana, fuertemente consolidada en las creencias populares, para subordinar a la soberanía espiritual de Roma toda soberanía temporal, toda libertad, toda actividad social; no quedando a los liberales otro azar que el de recurrir a los choques sangrientos del odio i de la guerra civil.

El error mas grave que se ha cometido es el de creer que se podría servir a la libertad con los espedientes del antiguo réjimen, con las leyes i prácticas del poder absoluto. No es racional persistir en ese error, para tratar de conquistar hoi la separacion de la Iglesia bajo el amparo de ese réjimen, de esas leyes i prácticas.

Tal error es hijo del miedo infundado con que se ha mirado toda reforma política, pues se ha creído poder deslizar las libertades poco a poco, transijiendo con ese miedo, por medio de la conservacion del antiguo réjimen. Hoi no es posible semejante procedimiento, porque ya está concluida la lucha que la libertad ha tenido que sostener para triunfar: su causa está ganada, todos la aceptan, hasta los mismos que la anatematizan i condenan, como contraria a la Iglesia romana, pues se sirven de ella i la utilizan como instrumento bueno para sus fines.

Hoi no falta mas que organizar la libertad por medio de la discusion intelijente, leal i serena, buscando en ella la base mas sólida de la organizacion política, para modificar por medio de ésta la organizacion social. Esto es lo lójico. Esto es comenzar por el principio.

Entónces, los que fomentan el movimiento político contra la Iglesia, solo podrán acertar si lo dirijen contra el antiguo réjimen, contra el poder absoluto, que es el ideal de la Iglesia, al mismo tiempo que es el verdadero i mas temible enemigo de la sociedad moderna. Antes de pedir la separacion de la Iglesia, pidamos la *separacion de la libertad individual i del Estado*, pidamos la reforma de nuestro réjimen político; ántes de gritar—abajo los clérigos—griteamos—abajo el antiguo réjimen, fuera el poder absoluto, irresponsable, centralizado! Venga la consagracion de todos los derechos individuales i con ellos la libertad relijiosa, de modo que la lei no pueda limitarlos ni dominarlos, porque solamente así podrá llegar sin peligros la separacion de la Iglesia. Venga el derecho completo del sufragio i el gobierno responsable, limitado, descentralizado, por ahora, para llegar mas pronto al réjimen federal, única salvaguardia contra toda tentativa, contra toda propaganda para restaurar el poder absoluto del imperio latino.

DERECHOS INDIVIDUALES—GOBIERNO RESPONSABLE, FUNDADO EN EL DERECHO COMPLETO DE SUFRAJIO—EMANCIPACION MUNICIPAL: —hé aquí lo que hoi seria mucho mas sólido, mas efectivo, mas urgente, mas patriótico que la incierta fórmula de separacion de la

Iglesia i del Estado, con tal que aquellas reformas se realizaran sinceramente i sin trampas. Tal es nuestra opinion, i es mas que probable que sea tambien la de todos los matices liberales, incluso el que gobierna. ¿Por qué no seria tambien la del pueblo? ¿Por qué no preferiria éste modificar su réjimen político ántes que el de la Iglesia? ¿No valdria mas dar a aquel réjimen la unidad de la libertad, miéntras que la Iglesia, por sostener el antiguo réjimen, se divide tan profundamente entre ultramontanos i viejos católicos?

J. V. LASTARRIA.

LA SITUACION.

I.

PREÁMBULO.

No porque el aspecto de la política sea pacífico, deja de haber, en el fondo de ella, una fermentacion característica, digna de estudio, i que es menester comprender para darse cuenta de muchas cosas que han sucedido i de muchísimas más que podrán todavía suceder.

Las apariencias pacíficas han engañado i pueden engañar a amigos i enemigos de la situacion política actual, acerca de los elementos que la han producido, de los que la han modificado i de los que todavía tienen que alterarla en muchas, si no de sus condiciones esenciales, de sus tendencias i de sus consecuencias mas importantes. La calma de la superficie oculta o disfraza una poderosa corriente i quizá no esté fuera de lugar el: ¡Guárdate del agua mansa!

La fermentacion interna de jérmenes, cuya existencia ántes se ha querido i se ha podido negar i desconocer, se revela hoi dia, por efectos tan visibles, tan evidentes i tan numerosos en nuestra política, que los que navegan en sus olas o la contemplan desde las playas, no solo la confiesan ya, sino que tratan de comprenderla, para darse cuenta de sus orígenes i de sus efectos, anhelando dirijirla o aprovecharse de ella. Cuanto ménos vasta la cuenca en que las aguas de un lago se reunen i menor su profundidad, mas fácil i mas profundamente los ajentes, internos o externos, pueden

moverlas, sacudirlas i ajitarlas: en la de nuestra política está sucediendo—desde meses há se vé—lo que sucede en los lagos.

La superficie se arruga, cabrillea, olea aun, no con mucha fuerza ni con demasiada continuidad, pero sí con las suficientes para hacer sentir que, no habiendo resortes ni agentes visibles externos, la pujanza creciente de esa accion interna que la mueve, debe ser mui respetable para que el lago se haya conturbado i empiece a dar muestras de que en él existian diversas corrientes que luchan por seguir su rumbo particular, arrastrando o absorbiendo a las que no les son conformes.

La esperiencia gradual i sucesiva que los hombres i los grupos políticos han ido adquiriendo no contribuye hoí poco, a que se mantenga ese aire de bonanza en la política que inspira a cada uno i a todos, diferentes recelos i esperanzas diversas.

Se ve, se siente, se está perfectamente convencido de que hai en la situacion un carácter pronunciado de transicion, de próximas alteraciones, de mutacion i de cambios vitales i, aunque se teme la actualidad, se temeria aun más el contrarestarla i tratar de resistirla.

Esa conviccion ha dado, a ciertos debates del Congreso o de la Prensa i a ciertos actos del Gobierno o de los Partidos, una significacion pronunciada, aun cuando no se la tome todavía en cuenta tanto como se debiera, i que es la que define, la que individualiza la actual situacion. Esta, aunque ménos belicosa i apasionada que en otras épocas, por su aspecto, es capaz, en el fondo, de producir mejores frutos al país i de dar mas provechosas lecciones a los hombres i a los partidos que los que hasta aquí se han visto i que talvez se pueden prever.

Para formarnos una idea de la situacion i tener nosotros, así como suscitarlo en nuestros lectores, un juicio acertado, analicemos sus elementos, comparémoslos, confrontémoslos i deduzcamos las consecuencias que de ellos han de emanar, reconociendo i señalando, al mismo tiempo, la lei que los rije i el rumbo hácia donde se encaminan.

II.

ELEMENTOS DE LA ACTUALIDAD.

Buenas o malas, castizas o espúreas, censurables o plausibles, las palabras *situacion*, *atualidad* han penetrado ya en el uso comun

del lenguaje político i difícil sería sustituirlas por ótras que llevasen a la mente del lector, con mas prontitud, una idea de lo que con ellas se espresa. Nosotros no decimos nada en contra sino que aceptándolas i empleándolas, cuando queramos precisar con claridad i con exactitud su contenido, trataremos—como en el caso presente—de definir las, o mas bien, de describir las circunstancias i las cosas a que ellas se aplican.

La palabra *situacion* recibirá su verdadero significado, del tenor de este opúsculo; i en este párrafo, vamos a establecer él de la *actualidad*.

En este momento i desde muchas semanas i aun meses há, lo que impera principalmente en la conducta de los grupos i de los hombres políticos, así como lo que reina en la atmósfera oficial, es la inquietud, la ansiedad, la indecision i hasta la contradiccion que dejan la puerta franca a numerosos recelos i a no ménos numerosas esperanzas, acerca de los propósitos, los proyectos i los actos definitivos de los hombres que están a la cabeza del Gobierno. Los diversos elementos, confundidos en la política oficial, gracias a la accion constante de la sociedad, ilustrada i ajitada por algunos, han empezado a separarse—a precipitarse, diria un químico—i se han de cristalizar, segun su propia naturaleza i sus tendencias adecuadas.

A pesar de que todos los grupos i los hombres políticos profesan pública e incesantemente que no temen la reforma ni rechazan la libertad, en realidad, i cuando se rompe o se tira la máscara, cada uno aparece con sus facciones características que le han dado su fisonomía, que le han atraído simpatías o antipatías, adherentes o adversarios, triunfos o derrotas: cada uno aparece como reaccionario o reformista, como estacionario o progresista, obedeciendo a los impulsos i a las preocupaciones del pasado, o cediendo a los consejos i a las fascinaciones del porvenir.

Bajo estos dos grandes rubros—reaccion i estagnacion o reforma i progreso—pueden clasificarse todos los grupos o partidos políticos de un país; i podríamos tambien, comprender todos los nuestros, si tratásemos tan solo de filosofar sobre la situacion política, sin descender a la aplicacion de lo que tenemos que decir acerca de cada uno de aquellos, como obstáculo o fomento de nuestras libertades i de nuestras garantías de hombre i de ciudadano.

Reaccionarios o estacionarios i reformistas o progresistas son todos nuestros hombres, grupos o partidos políticos; pero sonlo en

grados diferentes i en mui diversa medida. Los clericales, los conservadores, con todos los matices de los primeros así como de los segundos—pues que en ámbos existen, por lo ménos, dos fracciones—pueden clasificarse bajo el rubro de la reaccion i arrastrando tras de sí algunos individuos aislados o pequeños grupos que tienen importancia personal pero no una verdadera significacion política. Los liberales, con sus diversos colores, de liberales moderados, *reformistas*, radicales, pueden ser clasificados bajo el rubro del progreso.

Pero eso que bastaria para ideas jenerales i teóricas, no basta para aplicaciones prácticas i concretas, que es lo que se necesita para comprender i dar a comprender la actualidad, tan contradictoria i tan confusa en apariencia, como es satisfactoria i puede ser fecunda, en realidad.

Los individuos i los grupos políticos, no solo desconfian i están inquietos por la actitud de sus adversarios, sino que vacilan, titubean, cambian en sus caminos, sus doctrinas i sus resortes i hasta suelen hacerse fuego entre sí. Por eso se vé que de los conservadores o clericales—siempre i hasta ahora poco, tan ciegos e intolerantes ministeriales—que han pasado a ser—con ventajas para el país—enemigos declarados del Ministerialismo i aun del Presidente, se han formado varias entidades que pueden reducirse a dos, claramente diseñadas: la entidad eclesiástica i la laica, o la sacerdotal i la seglar. De los liberales moderados—partido oficial—se han formado varios grupos distintos que pueden resumirse tambien en dos: el liberal ultramoderado que quisiera poder llegar a pactar con la reaccion, uniéndose de ese modo con los conservadores o ultramontanos i el que quiere llevar a cabo las conquistas de la libertad, estrechándose con los mas adelantados i mas constantes para confundirse con el país, en sus aspiraciones de reforma i de verdadero gobierno republicano.

A fin de conocer cómo han obrado, cómo pueden obrar en las rejiones de la política estos elementos, es necesario enumerarlos, examinarlos, discutirlos, historiarlos i hacerles dar el significado de lo que son i han sido.

I esto se puede i vamos a hacerlo, dejando lo personal que no sea indispensable para que nuestro pensamiento se entienda; porque sin citar los antecedentes, los propósitos i los resortes de los partidos ¿cómo se podrá distinguir i mucho ménos, juzgar, la actualidad que tiene hoy un aspecto casi, no solo para cada partido, sino

para cada porcion, para cada individuo de los que la componen? Las dos caras del antiguo dios Jano son demasiado poco para simbolizar las de la actualidad, como serian pocas las tres fauces del Can-Cerberos para dar idea de sus ladradoras pero no muy mordedoras bocas.

En todo país representativo en que la fuerza i el fraude no hayan suprimido, por completo, la actividad de la vida política, ésta, en cualquiera circunstancia i en cualquiera época, se encuentra casi entera en los partidos o en los grupos políticos que se hacen los órganos de la sociedad para formular i llevar a cabo sus aspiraciones.

Enunciar, clasificar i juzgar los partidos de un país i de una época es suministrar los elementos i los datos para que se aprecie en lo que valen, su política i su civilizacion.

Entremos en la tarea, pues, i empecemos por el que ha estado con i en el poder, desde há mas de doce años.

III.

EL PARTIDO LIBERAL MODERADO.

Heredero, alumno e hijo casi del antiguo partido pipiolo, el liberal moderado, fué—como era natural—en su principio, tan solo liberal; nombre que, como contraste del conservador, cuadraba mejor a las jeneraciones jóvenes i a las ideas nuevas que, en los apodos, *pelucon* i *pipiolo*, habian visto pasiones, intereses, errores que empezaban a chocarles.

La lucha que, en el decenio de la Administracion-Montt, se hizo tan costante i tan cruda hasta concluir en los luctuosos acontecimientos que todos conocen i pueden recordar, acentuó las tendencias reformistas del partido liberal que contaba, entónces, i aspiraba a conservar en sus filas i bajo su bandera, casi toda la juventud de Chile.

El partido conservador ministerial, entónces en el gobierno, obedeciendo a necesidades del momento i a exigencias de las circunstancias, se vió obligado a cohonestar su ruptura con una fraccion disidente, invocando otras opiniones que tendian a suprimir, de la discusion, todas las cuestiones verdaderamente políticas, i dejó así al partido liberal mas ancho campo i mas fácil corrida a su accion sobre el país.

La fraccion conservadora disidente, que no podia disputar el poder a la ministerial i ni siquiera atacarla con alguna probabilidad de buen éxito, tuvo que engrosar las filas de la Oposicion i dejar al Gobierno la incumbencia de oponerse i perseguir a la reforma i a los reformistas.

Lo que se llamó *fusion* en 1858, entre el partido liberal i la fraccion disidente del partido gobiernista que se habia separado de la Administracion-Montt, dejó casi por muerta políticamente a esa fraccion que era representada por individualidades notables, pero que no pudo continuar viviendo como partido.

El liberal, que aprovechaba esa accesion de elementos conservadores, no podia dejar de aspirar a utilizar, i aprovechó, en efecto, de la cooperacion independiente que trajeron a la lucha hombres nuevos i jóvenes con aspiraciones i principios que no eran los que por aquel comunmente se invocaban.

La pendiente por la cual se dejó resbalar la política oficial i que no podia ménos que obligar a una conducta parecida en la oposicion, esa accion i reaccion recíprocas que se iban agravando, trajeron, primero, la guerra civil sangrienta, i despues, la larga compresion que hizo al partido liberal aparecer con un vigor i con unos recursos, con una uniformidad de resortes i con una unidad de miras que no tenia, ni ha podido, ni podria talvez, dados sus antecedentes i sus propósitos, alcanzar nunca.

Por eso, cuando en 1861, se pronunció un movimiento favorable a la relajacion del sistema represivo, el partido liberal, cuyos principales jefes estaban en situacion de aprovecharlo i de acelerarlo, buscó i encontró, en la rejion oficial misma, los elementos ántes opuestos, con los cuales ideó amasar nuevas barreras contra la marea de libertad i de reforma, cuyo ímpetu i cuyo rumbo le eran quizá mejor conocidos que a los demas.

Con esperanza, por otra parte, de conseguir, cediendo a personas i a doctrinas de la reaccion, lo que ellas creian era algo de su patrimonio cuando no era sino la heredad de ótros, contra quienes se preparaba celadas, miéntas ellos se afanaban en defenderla i cultivarla a riesgo de su quietud i de su vida, el partido liberal, por sus mas conspicuos jefes, realizó lo que ántes de la revolucion de 1859 se habia llamado *la fusion*, dándole por fin, en vísperas de las elecciones de 1864, su significado, su alcance, su nombre i sus resortes: todos, en el sentido de la mas triste sumision a la autoridad del ejecutivo. De tal suerte que casi entregó el

país entero a la pequeñísima fraccion de pretendidos conservadores, dispersos, diseminados, impotentes i que no tenian, entónces, por apoyo i por armas, mas que la credulidad del liberalismo i la complicidad de los elementos gobiernistas que continuaban sirviendo a la nueva, como habian servido a la pasada Administracion.

Por eso, fuera del nombre i fuera de esa necesidad ineludible de relajacion del sistema represivo, todas las doctrinas i todas las prácticas, mas contrarias al credo i a la historia del liberalismo chileno mismo, se vieron continuar imperando en la lejislacion i en la administracion, en las elecciones i en las discusiones.

Felizmente que el disfraz bajo el cual se amparaban entónces todo abuso i todo propósito erróneo—el odio al monttvarismo—dió ocasion i oportunidad para que llegaran a la rejion oficial algunos de los que se habian hecho mas conspicuos en su oposicion contra la política del decenio anterior, i entre los cuales se contaban mas hombres de tendencias reformistas que reaccionarias. Estos, i la escasez de personajes que quisiesen confesar i practicar el credo conservador, junto con el *dejad hacer* que era tambien una consigna i una disculpa, hicieron que el país se fuese habituando a sentirse obrar, a verse vivir i a distinguirse de la autoridad i de ciertos grupos de hombres en quienes se habia acostumbrado a creerse gobernado, representado i hasta transfigurado.

La llamada guerra con España vino a alterar profundamente la corriente de la política i a proporcionar al partido liberal, ocasiones, medios, resortes i agentes con qué rehacer, si no su prestigio que iba declinando a toda prisa, sus filas i sus fuerzas oficiales, convirtiéndose en mero elemento autoritario, en bando gobiernista.

Las tristes jenuflexiones i las duras condiciones que le impuso su desacertada i pusilánime conducta para con los aliados, los neutrales i los enemigos, en los años de 1865 a 1868, llevaron al partido liberal hasta caer casi en las manos de la fraccion ménos numerosa pero mas activa de los fusionados: la de los reaccionarios; i habria caido en ellas, por completo, si éstos, careciendo ya de hombres que supiesen dirigirlos como M. A. Tocornal, hubieran tenido tacto, habilidad i cierta deferencia por los fueros de sus protectores, i algun aparente respeto por los derechos i los intereses mas sagrados de los pueblos.

Pero, despues i a medida que veian que eran impotentes, o por falta de número o por falta de idoneidad, para adueñarse del po-

der escluyendo a los liberales, se fueron los reaccionarios acercando a la Iglesia, hasta convertirse en parabolantes de los jefes i de las pretensiones de ella, creyendo quizás ganar en recursos, algunos, i obedeciendo, ótros, a sus estrechas i sinceras creencias.

De aquí el renacimiento del vigor i casi de un nuevo prestigio del partido liberal moderado que quiere hoi hacer lo que ántes: aprovechar, en favor de su bandera, los elementos i los hombres que han servido para defender aun contra él mismo, la reforma i la libertad, el verdadero buen gobierno i el progreso del país.

Necesario es tomar en cuenta, en este renacimiento del liberalismo moderado, la influencia personal de hombres contra quienes, despues de no haberlos podido convertir en instrumentos ciegos de sus pretensiones, el partido reaccionario los ha convertido en blanco de sus iras, sus diatribas i su inescrupulosa cuanto violenta persecucion.

De este modo, hoi dia el partido liberal moderado encuéntrase compuesto de los que obedecen i están ligados a la mano oficial, de los antiguos liberales que se fusionaron con los reaccionarios i de algunos ótros que hallando sembrado de flores el camino ántes sembrado de abrojos, pueden defender la libertad, seguros de que se acercan a la autoridad.

Si sus filas, su programa i su significado como partido verdadero, han sufrido ya i pueden sufrir todavía alteraciones profundas, el volúmen, la masa, la accion i la eficacia del partido liberal moderado quedan en el mismo o en mejor estado que anteriormente.

Al rededor de la autoridad que es centro i vínculo de los mas poderosos i activos en Chile, por razon de sus leyes i de sus costumbres, el partido liberal moderado recobró sus antiguos brios, i quisiera recobrar su antiguo prestigio, llamando a su seno a los hombres importantes que se le habian separado i convidando a los nuevos que se hacen notar i tienen la ventaja de suscitar muchas esperanzas sin despertar enojosos recuerdos.

Ahora, con esa actitud que no es repelente ni abiertamente hostil a ninguna reforma i con la probabilidad, si no la seguridad, del buen éxito en lo que él emprenda como su obra, el partido liberal moderado, siendo Presidente, Congreso, Gobernadores i Municipalidades, casi Gobierno, tiene una fuerza innegable que ciertos defectos i ciertas lacras pueden disminuir pero no anular.

Si él, como puede hacerlo i ya lo intenta, se populariza, será,

por el momento, irresistible; pero, para conseguir popularidad necesita dar prendas mas preciosas i mas numerosas a las aspiraciones progresistas del país.

¿Las dará?

Eso pueden solo decidirlo la actitud i el tacto de los hombres i de los grupos políticos mas importantes en la vida del país.

Entre tanto i para resumir lo que hemos venido diciendo acerca del partido liberal moderado, concluimos: él es más de hombres, de circunstancias i de espedientes que de principios, de doctrinas i de sistema. De allí le ha venido toda su debilidad i toda su fuerza; i de allí, su impotencia absoluta, en ciertos grandes momentos, i su omnipotencia, en momentos de marasmo o de vacilaciones de la opinion. Dispuesto a absorber i a lanzar los elementos que le convenga, apoyado en la autoridad i merced al influjo multiforme e incesante de ésta, ha conseguido, en el pasado, conseguirá talvez, en un inmediato futuro, resistir a justos i poderosísimos ataques, conservando las riendas del gobierno i sacrificando, contradiciendo o desdennando lo que se ha creído artículos de su credo i prescripciones de su programa.

Sin carecer de patriotismo ni de habilidad, está inclinado siempre a confundir el primero con su permanencia en el gobierno i la segunda, con la neutralizacion—cualesquiera que sean los medios—de las pretensiones, las quejas i las armas de sus adversarios.

Mucho debe esforzarse, i más todavía debe disciplinarse la opinion, para esperar hacer suyos los esfuerzos i las conquistas de un partido semejante que no tiene voluntad ni ocasion actuales para combatirla de frente, pero que tampoco la serviria con decision si ella no sabe mostrarse fuerte, intelijente, unida, capaz, en una palabra, de dar i asegurar la victoria.

I la victoria es el Gobierno, al cual él se ha consagrado i del cual no quiere separarse.

IV.

EL PARTIDO CONSERVADOR O CLERICAL.

Gran parte de su historia i quizá la principal, en cuanto a ciertos aspectos de esta fraccion de partido, dividida ella misma en diversos grupos, está indicada i aun trazada en la del *liberal mo-*

derado, de quien ha sido, a veces, apéndice, i a veces, cabeza, irritable i activa, pero siempre poca cosa por sí mismo solo, i mucho i hasta gran cosa, por la autoridad a quien él se ha agregado i cuya fuerza i cuyo prestigio, en Chile, ha tenido el empeño i el arte de hacer pasar,—aun sabiendo los mas hábiles de sus filas que no lo eran,—por suyos propios.

De ahí sus fáciles victorias, en que se ha mostrado tan exigente con sus jefes i sus aliados como intolerante con sus adversarios; i sus derrotas no ménos fáciles, cuando entra en choque con la autoridad de qué i por quién únicamente ha vivido i puede vivir.

Las exigencias del amor propio i de los intereses i las preocupaciones del *statu quo* que llegan naturalmente, no solo hasta la resistencia de toda innovacion, sino hasta el empeño de resucitar cosas muertas, han perturbado, inficionado i corrompido las fuentes—en realidad respetables, tanto como son duraderas—del espíritu de resistencia a lo nuevo que ha dado en Chile, como en todo país, oríjen al partido conservador, i ocasion, al clerical.

Ese, apellidado en las páginas de nuestra historia con varios apodos, *estanquero*, *pelucon* i ótros, ha imperado en el gobierno durante cuarenta años, i ha aprovechado, para su prestigio, de los progresos de Chile, efectuados sin su cooperacion i en pugna abierta, a veces, con muchas de sus leyes i con casi todas sus pretensiones.

Herederero inconsciente, en mucha parte, i deliberado promotor e imitador de usos i prácticas coloniales, en alguna, el partido conservador—como antítesis del liberal—se ha visto sujeto a vicisitudes, percances, peligros i dislocaciones notables, i a reproches e imputaciones mui duros i no siempre injustos.

Constituido en una oligarquía, a medida que el país adelantaba, se ha alarmado, e instigado por pasiones e intereses que no eran de los mas perspicaces, ha creído mas de una vez que le era posible detener la marea, irresistible aunque lenta, de la libertad en Chile. De ahí, la Constitucion en 1833, i las muchas leyes i las muchas prácticas políticas i administrativas que, agravando sus tendencias reaccionarias, han provocado i quizá hecho nacer luctuosas i sangrientas guerras civiles.

Entronizado por el triunfo de una de éstas, quizá las creyó siempre mas fáciles que lo que pueden ser en nuestro país i se preocupó solo de lo que él creía i ha llamado despues *robustecer el principio de autoridad*.

Este principio se ha confundido i es natural i lójico que se confunda, con el plan de la pequeña fraccion de la oligarquía que estaba en el gobierno, cuyos intereses, cuyas pasiones, cuyos propósitos, erróneos o acertados, mezquinos o elevados, patrióticos o personales, pasaban a ser los de la nacion i eran defendidos como tales, sinceramente, en la mayor parte de los casos.

Pero ese personalismo en la política, acostumbrando a los hombres de la oligarquía dominante a no encontrar obstáculos ni tropiezos en la autoridad ni en la sociedad, vino a ser, años mas tarde i cuando parecia haber obtenido un triunfo señalado contra sus adversarios i todavía querer trasformarse cuerda i hábilmente, causa e instrumento eficaces de la division i casi ruina del partido conservador.

Los hombres se enemistaron i partieron filas de 1856 a 1858—quedándose,—como en 1840 a 1842—los más, con el jefe del Estado, i otros, yéndose a formar bando aparte, bajo el amparo de ciertos altos dignatarios de la Iglesia.

Desde entónces, el partido conservador no ha tenido cohesion ni ha conseguido reconstituir su personalidad propia, viviendo solo de transacciones i de expedientes con el Gobierno o con la Oposicion que le aseguraban ciertas influencias i preeminencias, pero que le hacian vacilante el suelo en qué pisaba, i amenazante, el porvenir que se acercaba.

La oligarquía conservadora se veia despedazada i ayudaba ella misma, por miedo justo a peores males, a deshacer i cortar los vínculos personales i las tradiciones coloniales que le daban cuerpo verdadero i prestigio i fuerza aparentes.

I al fin, para colmar la copa de sus conflictos, las pretensiones exorbitantes i los personajes intransijentes de la Iglesia, atribuyendo un sesgo teolójico i una significacion eclesiástica a todo i a todos, han venido, como en otras épocas i en otros países, a dar el golpe mortal al único i verdadero partido conservador, posible, i con tradicion i raices respetables en Chile, al de Rodriguez Aldea, Egaña, Ortúzar.

Las pretensiones i los agentes sacerdotales que, desde la guerra de la Emancipacion, en Chile, como en todo Sud-América, han estado en alianza con los seides i las doctrinas del coloniaje, no han desperdiciado nunca el momento, en que viendo a sus auxiliares sin direccion o sin entusiasmo, i a sus adversarios, divididos entre sí i

en lucha con la autoridad, para hacer valer sus anti-republicanas i anti-democráticas pretensiones.

La soberbia i la intolerancia involuntarias que nacen de ciertas creencias i que se aumentan con la actitud sumisa i hasta servil que las circunstancias le han dictado, han hecho i harán siempre, aquí i en todas partes, que el partido eclesiástico se concite, cuando no alcanza a supeditar a un país i a un gobierno, como en Guatemala, ántes, i como en el Ecuador, hoi, las iras i los ataques de todos los partidos i grupos políticos, sin escluir a la fraccion conservadora misma, a cuya sombra ha vivido i estado cobrando fuerzas.

En Chile, i miéntras no se llegue a la única solucion racional i radical,—la separacion entre la Iglesia i el Estado—el *eclesiasticismo*—para no emplear epítetos que se tomarian por apodos—se ha ostentado i se ostentará haciendo armas contra el gobierno i la sociedad a cada cierto período; cuando él ha querido reclamar i no ha conseguido una supremacia absoluta.

La duracion de los períodos depende de lo propicio o adverso que haya encontrado el terreno para criarse resortes i procurarse agentes que le sirvan con abnegacion, en llevar a cabo sus miras de predominio absoluto en este mundo i en el ótro.

Por eso—sin llevar los ojos a la historia de otros países—en Chile, hemos visto al *eclesiasticismo* o *sacerdotalismo* levantarse, queriendo arrogarse la supremacia sobre todos los partidos i adueñarse de la direccion del gobierno, en varias épocas, siempre con el mismo desenlace: una derrota completa.

Así, en 1840 a 41, quiso hacer armas i mui legales, i se vió en pugna con la autoridad i sin apoyo en la sociedad, derrotado, despues de haber comprometido i debilitado al partido conservador.

Así, en 1851 hasta 1858, quiso dominar i no pudo sino recibir duras lecciones, destruyendo muchos de los fuertes apoyos que en la rejion oficial tenia i que él podia acrecentar en número i en solidez.

Así en 1869 a 1872, cuando habiendo obtenido, merced a la obcecacion de algunos i a la impotencia de ótros, tantos elementos en las rejiones oficiales; ha venido a mostrar que él no se cree ligado por nada i con nadie, i que necesita usar i abusar de la autoridad i dé la lei para satisfacer a su conciencia i a su consigna que dependen de superiores i miran a rejiones que no están en nuestro país ni se sujetan siquiera a juicios humanos.

Por eso, ese antagonismo, esa antinomia inevitables en las filas

en que él ha crecido i a qué debe sus fuerzas i que no puede acabar sino sometiéndose los seculares a los sacerdotales o los eclesiásticos a los laicos; puesto que ha de prevalecer o la Iglesia—que es fé, dogma, direccion i sumision absolutas—representada por sus dignatarios i feligreses, o el Partido—que es discusion, actualidad i transaccion continuas—personificado en sus jefes i en sus soldados.

I de cualquiera manera que se zanje el antagonismo, una parte, una fraccion importante, tiene que sucumbir políticamente, neutralizándose e inhabilitándose ámbas, si no para una lucha intemperante, para un desarrollo político, para una vida i una influencia sociales que quedan a cargo i en manos únicamente de sus adversarios.

Las aspiraciones teocráticas i las pretensiones eclesiásticas—gracias a instigaciones esternas i a cualidades personales—si han podido i pueden seguirse formulando en Chile con tal furia, no pueden contar—i como van—jamás contarán con el concurso de grupos o individuos que sepan lo que es relijion i lo que es política i que tengan el respeto que merecen, a los intereses, a los sentimientos i a los principios a qué dan fórmula i prestan cuerpo una Iglesia o un Estado.

Esto se ve obrando, sin que quieran confesarlo algunos i sin que lo vean casi todos sus adherentes, en las filas clérigo-conservadoras; i de ahí procede que no logran siquiera ponerse de acuerdo en el nombre con qué quieren ser designados, i mucho ménos, en el programa por el cual han de ser juzgados.

Pero ambas fracciones, siendo ardientemente personales i abrigando pasiones que gustan—para el amor como para el odio—incorporarse, hacerse carne en un individuo, pueden avenirse en una persona i adunarse contra un hombre.

I esa es su debilidad ante la nacion, aun cuando sea su fuerza ante sus adeptos que creen que de allí pueden brotar raudales de elementos para luchar incesantemente i al fin, vencer.

Cuando entre sí se hayan puesto de acuerdo, ambas fracciones, se podrá hablar de programa: por ahora tienen aspiraciones i abrigan ojerizas que doran i disfrazan con doctrinas que pueden ser las de uno que otro individuo, pero que no han sido i que no pueden ser nunca las de hombres que quieran denominarse conservadores—católicos, o meramente católicos, como quisieran ser llamados, o retrógados i clericales, como quiere el pueblo llamarlos.

Habiendo en Chile elementos—i no pocos—en hombres, en opiniones i en preocupaciones, para formar i que exista un verdadero partido conservador, éste no existe, ni quizá ha existido, quedando siempre sus funciones i su influencia todas, entregadas a la accion de la autoridad, a la voluntad i a la mano del Gobierno.

El eclesiasticismo i el ex-ministerialismo que quieren darse hoi dia por un partido conservador, son nada mas que grupos, mas o ménos numerosos, que pueden servir de núcleo a una organizacion futura, i no pueden decirse partido ni tendrán influencia de tal.

Un partido se compone de hombres i de recursos, pero tambien de opiniones i principios que puedan servir para ayudar a una sociedad a asegurar todos sus derechos, a desarrollar todas sus facultades físicas e intelectuales i a satisfacer todas sus lejítimas aspiraciones.

Los pretendidos conservadores i católicos de ogaño, si tienen algunos recursos i algunos hombres, no tienen opiniones i principios que les puedan dar i conservar existencia i fuerza políticas, a lo ménos, por ahora.

V.

EL PARTIDO MONTT-VARISTA I ÉL DE LOS CLUBS DE LA REFORMA.

Esa abundancia de opiniones i preocupaciones de resistencia i aun de réaccion contra el movimiento i el espíritu de progreso de la vida moderna, en Chile i que es la que ha dado a sus gobiernos fuerza i consistencia, es tambien la que, conservando recuerdos, simpatías, pesares i aun importantes individualidades, hace creer, a algunos de sus abnegados adeptos i a algunos de sus adversarios suspicaces, en la subsistencia del antiguo partido *montt-varista*.

Este, una vez fuera de las rejiones oficiales, donde nació, creció i echó poderosas i estensas raices, no ha presentado ni podia presentar batalla sino en grupos personales, mas o ménos prestigiosos, en nombre de la importancia de personajes, pero no en nombre de principios, de doctrinas i de propósitos diferentes de los que hacian valer los otros grupos políticos, dentro i fuera de la atmósfera oficial.

Sin desconocer la influencia que han tenido los grupos *montt-varistas*, desde 1864 en que hicieron, apoyados en muchos elementos i resortes que emanaban de su dominacion anterior, i 1866

en que se movieron siguiendo una corriente patriótica i bajo hombres que no hacian valer sino una bandera perteneciente a los demas, propiamente no se han mostrado ni podian mostrarse como partido político verdadero; i era natural i lójico que así sucediera.

Una parte de sus elementos constitutivos—en hombres i en doctrinas—era de aquellos que no le pertenecian en propiedad sino por accidente, pues son de toda autoridad en Chile: la otra parte, distinta, al principio, i contraria, despues; de la ótra, se ha encontrado en la necesidad de examinarse, contarse i confesarse como dividida, por lo ménos, en dos fracciones. La úna—cediendo a sus antecedentes de orijen i quizá, a necesidades de educacion—se ha reconocido adieta a las ideas i a las opiniones de *statu quo* i contraria al progreso, diferenciándose de los que representan oficial o públicamente esa tendencia, tan solo en las cualidades i las simpatías i antipatías personales. La otra fraccion—compuesta de los mas jóvenes que habian alcanzado a militar en las filas gobiernistas de 1861 i de los que llegaban por primera vez a la vida política—no pudiendo someterse al pasado ni queriendo deseconocer la marea de libertad, a la cual, con gusto i en conciencia se ha entregado, vino en contraposicion, aun cuando con marcada deferencia a la primera, a entregarse a la propaganda i a la accion en favor de la reforma.

Para esto, así como la otra fraccion reconocia sus oríjenes i habria buscado con gusto sus alianzas i su palanca en las filas del Gobierno, siempre conservadoras por cuanto resisten a la innovacion, buscó i halló, en el programa i en la masa del partido radical, sus elementos para abrirse camino i darse una bandera.

Pero como los elementos i los hombres de conservacion no daban a una fraccion la posibilidad de vivir i obrar como partido diferente del gobierno, los elementos i los hombres de los clubs de reforma, no se la han dado a la ótra, para vivir i obrar como partido diferente del radical.

Antiguos *montt-varistas* i *reformistas* nuevos han quedado i producen el buen resultado de mostrar i hacer palpar la série de trasformaciones de las ideas que, verificándose en la mente de los individuos, pasa a formar parte de la sociedad, a encarnarse en la historia de los pueblos.

Los antiguos *montt-varistas* unidos, por la doctrina i el sistema, al Gobierno i a los intereses i preocupaciones de la conservacion, han dado la medida de lo que son ese sistema i esa doctrina, sin la

autoridad—de ahí, el valor i la importancia personal de algunas individualidades;—los nuevos reformistas, tendiendo a confundirse, si no confundidos, por los principios i los propósitos, con el radicalismo, han facilitado i allanado los caminos para que se reunan, siguiendo un solo rumbo, todos los grupos i todos los individuos que, sin desconocer las condiciones de la estabilidad política i social, tienen confianza en la libertad i en la reforma mas ámplias.

Por eso es que siendo el vínculo de union con el pasado o con el porvenir, pudiendo servir para explicar i comprender el uno i el otro, el *montt-varismo* i el *reformismo* tienen esta colocacion i sirven de trancision a lo que vamos a decir del radicalismo.

Quizá digan sinceramente algunos que es poco reconocer a estos dos matices intermedios, no proclamándolos como partidos políticos verdaderos; pero a eso responderemos que no se es partido porque unos pocos o muchos hombres quieran llamarse así, sino porque se tiene propósito, se tiene bandera, se tiene recursos i se tiene conducta de tales, diferentes de aquellos que ostentan los otros partidos o grupos políticos. Esto, en caso necesario, podria apoyarse i demostrarse con la conducta misma de los que, siendo jefes o representantes mui conspicuos de esos grupos, están probando, desde hace años, que no aspiran a ejercer ni han ejercido una influencia de partido político, subsistente por sí mismo. El cariño, el respeto, la continuidad de prestigio pueden hacer la ilusion óptica de una vida de partido ante los ojos de algunos adoradores, pero no la constituyen en realidad, i es conocer quizá mal los antecedentes i las condiciones de ese prestigio, el atribuirlos a una fuerza política distinta i contraria de las colectividades activas mas o ménos acentuadas.

El antiguo *montt-varismo* como conservador, no lo es más ni puede pretender serlo que el Gobierno i los que se llaman tales. ¿Podria, pues, subsistir en ese carácter?

Asumir el papel de reformista i reformador, seria desconocer su historia i entrar al campo de ótros en que hai una bandera i un programa decididos i reconocidos.

La moderacion misma en el liberalismo es fruto de la rejion oficial, tiene adeptos i representantes que, por la lei de impenetrabilidad no le dejarian tampoco lugar.

La parte viva i la mas jóven es la que, desde 1868, ha venido alejándose del sistema de doctrinas del coloniaje para acercarse al de las de la vida moderna e independiente.

VI.

EL PARTIDO RADICAL.

Este partido, al cual en ciertas rejiones i en los momentos mas escandecentes de la discusion, se ha querido negar el título a la existencia, así como, durante tantos años, se le ha querido negar el derecho a la accion i a la menor influencia en las rejiones de la autoridad, tiene, sinembargo, mejor comprobadas que ningun ótro, su fé de bautismo, su filiacion, su hoja de servicios, sus timbres de numerosas derrotas i sus diplomas de victorias.

No es que haya tenido ni tenga ahora todo lo que se necesita para triunfar i para imponerse; pero nunca ha carecido de lo que se necesita para vivir, luchar, ser derrotado i renacer de cada derrota, mas brioso i unido, aumentando o fortaleciendo él mismo la conciencia de su fuerza i haciéndola reconocer de los demas.

El partido radical no ha empezado a existir ni ha continuado existiendo porque así lo quisieran o lo dijeran unos pocos individuos, sino porque ha sido el verbo de las aspiraciones de Chile que no han tenido otro órgano que él, durante muchos años, en las mas difíciles situaciones.

Las fusiones de 1858 i de 1861 a 1864 que iban arrebatando sus hombres al antiguo partido liberal hasta convertirlo, primero, en ajente tímido, i despues, en adversario avieso, de toda reforma séria, echaron las bases del partido radical, sobre las cuales, las nuevas jeneraciones que venian con nuevas ideas, construyeron el edificio que ha resistido, no solo a toda clase de ataques premeditados sino a vicisitudes imprevistas, i ha servido de amparo a elementos i a hombres que no eran de los que parecian llamados a ampararse i a abrigarse en él.

Siendo el partido, a quien desde que empezó a vivir, todos los ótros han querido, i a veces, habian creido, matar para siempre, el radicalismo se encuentra hoi dia sirviendo de arsenal de recursos — recursos poco sinceros i eficaces quizá, pero recursos — de Oposicion, así como es — con mas eficacia — elemento de Gobierno.

Sorpresa, ira, asombro puede ello causar a algunos; pero esa es la verdad de las cosas i la realidad de los hechos.

Habiendo el radicalismo atendido solámente a los intereses, los fuéros i las aspiraciones del país, no descuidando el encadenamien-

to i la integridad de su doctrina, se ha encontrado, al cabo de trece años, cuando todas las otras fracciones se han visto separadas por ambiciones o por opiniones opuestas, que era el único que presentaba soluciones que traen la conciliacion a los intereses, i el apaciguamiento a los ánimos porque son lójica, patriotismo i justicia.

De ahí el que, para atacar al Gobierno, se haya tomado parte del programa radical; i de ahí tambien que el Gobierno, para defenderse i prestijarse ante el país, haya invocado otra parte de él.

Ello era tan natural como puede ser provechoso.

La propaganda de las grandes bases de toda organizacion republicana—el pensamiento, libre en todas sus manifestaciones, i el voto, eficaz en todas sus formas,—propaganda que el partido radical ha hecho por todos los medios de la palabra escrita o hablada i que ha confirmado en todos sus actos de carácter público o privado; esa propaganda, aceptada, comprendida i consagrada por el pueblo, ha debido imponerse a opositores i a ministeriales, quienes le han traído así el último resorte i el postrer empuje para que acabe de triunfar, convirtiéndose en lei i en práctica de gobierno.

El partido radical, desde un principio, proclamó e hizo flamear un programa que se quiso condenar como utópico, para venir todos, a la postre, a reconocerlo, como el único previsor, el único verdaderamente práctico.

Su mera enunciacion, ha hecho que fracciones opuestas recobren su conciencia i que el país, atendiendo i haciendo honor a promesas de reformas, aguarde confiado la apertura de las urnas que han de decidir i fijar la solucion de las cuestiones pendientes.

El partido radical ha suplido el prestigio i el brio que da el ejercicio de la palanca i de los instrumentos oficiales, con la enerjía, la lealtad i la constancia de la lucha i la cual si le traía derrotas, le dejaba timbres i con ellos, mejores i mayores elementos para renovarla. Él sabia que el buen vino no se hace sino despues que la uva ha sido reventada, fermentado su jugo i purificado i distribuido convenientemente; por eso, consciente o inconscientemente en todos sus adherentes, dejaba que el tiempo pasase, los acontecimientos se aglomerasen, los intereses se entrechocasen, sin faltar a sus deberes para consigo mismo, esponiendo sus doctrinas, ni a sus obligaciones para con el país, denunciando los errores, i atacando los abusos de los gobernantes.

Su programa completo en política exterior e interior, le ha traído simpatías i antipatías poderosísimas, pero le ha proporcionado, en la fuerza incompresible de las ideas, un elemento de resistencia superior al peso de los hombres i autoridades que lo atacaban i se imaginaban haberlo desmenuzado. Sin mas resortes ni recursos que la voluntad de cada uno de sus adeptos para propagar i defender sus doctrinas que se encontraban ser la fórmula de las aspiraciones del país, el radicalismo, segun los tiempos i los casos, ha tenido mas apóstoles i mas soldados, no solo que los que sus adversarios creían, sino que los que contaban i esperaban sus mismos adherentes.

I esa ha sido la demostracion práctica, la prueba concreta, por decirlo así, de que el programa radical era el que mejor se adaptaba a las necesidades i a las aspiraciones de Chile.

Sus hombres—en privado o en público, por escrito o de palabra—no han tenido sino que mantenerse en comunidad de opinion con los pueblos, cuidando de no dejarse cegar ni por el odio, ni por la simpatía, ni por la ambicion, en la defensa que hacian de los principios radicales o en la censura de los desaciertos o desafueros de los otros partidos o del Gobierno.

El programa radical, desarrollo i estension inevitables del antiguo credo liberal, se resume en pocas palabras i ha sido formulado cien veces por las Asambleas electorales i por la prensa del radicalismo.

Reforma de la Constitucion i de las leyes para asegurar al individuo, todos sus derechos, al municipio, toda su esfera de accion, al ciudadano, toda la eficacia de su influencia, a la nacion, todo su prestigio i toda su prosperidad: hé ahí, en globo i jenéricamente, lo que en cada eleccion, lo que en cada lejislatura, lo que cada campaña, lo que en la prensa, ha venido sosteniendo el partido radical desde hace trece años.

¡Qué mucho que hoi se encuentre, teniendo por ausiliares a los que eran ántes sus adversarios!

Para rejir a un país, recibiendo de él recursos i elementos, es menester comprenderlo en sus principales faces, seguirlo en sus aspiraciones vitales, apoyarlo en sus destinos esenciales; i eso es lo que Gobierno i partidos empiezan hoi a ver con entera claridad, merced al trabajo i al esfuerzo del partido radical, cuya cooperacion es, sin duda, hoi mas deseable para conseguir un noble

fin: la realizacion de la primera parte de un plan de reformas verdaderamente progresistas.

Frente a frente con el Gobierno, por mas que se diga, no ha habido, hasta hace mui pocos meses, otro partido que el radical; i de allí proviene que cuando aquel se aleja del retroceso o de la reaccion, busque naturalmente, i encuentre el apoyo leal i desinteresado, como ántes la resistencia i el ataque decididos, en las doctrinas i en los hombres del radicalismo.

I esto nos conduce a hablar del último i mas importante elemento de la situacion actual: del Gobierno.

VII.

EL GOBIERNO.

En todo país, la entidad colectiva llamada Gobierno, tiene un peso i una influencia decisivos casi siempre; pero entre nosotros, i desde 1830 hasta la fecha, ese peso i esa influencia son todavía mayores.

El Gobierno aquí no se ha limitado a sus únicas i verdaderas funciones, segun la esfera en que una autoridad individual o colectiva, tiene que preparar, discutir, aplicar o ejecutar la lei; no. El Gobierno ha sido más aun; ha sido partido i autoridad, estado i sociedad; i de ahí que entre nosotros, recordando i viendo que el Gobierno lo hace todo i que, en el Gobierno, el poder ejecutivo es lo principal, i en el ejecutivo, el Presidente es el único que tiene voluntad i decision eficaces: Gobierno es tan solo otro nombre—mas ampuloso—del Jefe supremo, criado por la Constitucion.

Es necesario concebir i tener presente siempre ese carácter del Gobierno para comprender muchas de las páginas de nuestra historia política i para poder esplicarse i desatar muchos de los conflictos i de las vicisitudes en qué se han hallado los personajes i los partidos de nuestro país.

Haciéndolo así, todo se aclara, se clasifica, se coloca en su verdadera luz i en su sitio adecuado.

No ha habido ni ha podido haber en Chile uno o mas partidos en el Gobierno, sino tan solo gobernantes o Presidentes que hacian, gracias a los recursos i a los resortes de la autoridad pública, en todas sus formas—ejecutiva, lejislativa, judicial, administrativa—obra i vida de partido.

No son los partidos los que han llegado al poder i los que han formado el Gobierno; es éste, es el Ministerio, es el Presidente, quienes han hecho i deshecho partidos, dentro de esa especie de oligarquía, que ha reinado sirviendo al Gobierno i amparada por él.

De ahí procede que todos los Gobiernos—desde 1830 a la fecha—han tenido una conducta distinta de la que los antecedentes i los hombres de la situacion oficial hacian esperar o temer.

El Presidente i sus consejeros i secuaces, sintiéndose instrumentos omnipotentes, una vez en la esfera gubernativa, han obrado i vivido como mejor cuadraba a los intereses, a los propósitos i a las preocupaciones que se harmonizaban mejor con su Gobierno personal. Sin poner en ello malicia i sin haberse dado ni querer o poder darse cuenta de la fuerza que los impulsaba i del norte que los guiaba, todos los gobiernos de Chile—hijos de la conspiracion i la sangre, como él de 1830, o de la intriga i las urnas, como los posteriores—han tenido una política, si bien siempre en el fondo i por su propósito, de reaccion i resistencia, opuesta en parte, a lo que exijian los fautores i promotores de ellos.

Los gobernantes, aunque conservadores i quizá por serlo jenuinamente, han antepuesto sus opiniones propias i las condiciones mismas de su prestigio o de su seguridad, a todo lo que podia ser credo, programa o sistema de verdadero partido político; i anteponiéndolas han tendido a criar i lo han logrado miéntras han permanecido en el poder, un círculo o ejército personal que se ha bautizado, a veces, de mui buena fé, i que se ha disfrazado, ótras, de mui mala, de partido tal o partidos fusionados, siendo tan solo, masa i armas gubernativas.

Esto ha ofuscado la mente de los adeptos i de los adversarios i ha sido durante muchos años, uno de los sérios obstáculos para que, así en las rejiones oficiales como en las opositoras, se tuviesen ideas, netas, claras, sérias, i se formularsen juicios atendibles, acerca de la política i de los políticos de Chile.

Inocentemente, adherentes i contrarios a la política gubernativa, creian ver fuerzas, elementos, doctrinas, principios de partido, en lo que era resortes indebidamente movidos, abusos cometidos, fraude o violencia legalizados por una autoridad irresistible tanto como irresponsable. De esta persuasion errónea emanaba tambien otra creencia que ha influido en la ambicion, la caida, i a veces, la ruina de hombres i de grupos políticos que se imaginaban crédula-

mente valer lo que el ejercicio de la autoridad los habia hecho valer; testimonio de esto, en el primer quinquenio de la Administracion Prieto, los partidarios de O'Higgins; en el segundo, don Joaquin Tocornal i sus partidarios; en el segundo período de la Administracion-Búlnes, don Manuel C. Vial i los suyos; en el primero i segundo períodos de la Administracion-Pérez, los jefes i algunos adherentes importantes de la Administracion Montt. La ilusion se esplica i se comprende con facilidad i no ha sido nunca una realidad: hombres i grupos omnipotentes, en el poder i obrando de acuerdo con la autoridad, han sido hasta aquí impotentes fuera de él i obrando en contra de ella.

Pero no queremos alejarnos de nuestro rumbo, dejándonos llevar por la tentacion de aglomerar ejemplos que serian numerosísimos, i volvemos a ese rasgo característico de nuestra historia política que consiste en que los Gobiernos sean i hagan partidos, contradiciendo a los grupos, a los intereses i aun a las preocupaciones que los elevaran.

Recuérdese cómo han subido todos i cómo se han conducido i se verá que lo que parece una paradoja es una palpable realidad; señalaremos solo dos ejemplos memorables. El ohiginismo, por una parte, i la defensa de la Constitucion de 1828, por ótra, fraguan atizan, hacen estallar i triunfar la revolucion de 1830—el gobierno no es a satisfaccion ni de acuerdo con esos grupos, busca i cria otros grupos personales: el *conservadorismo* i aun el *clericalismo* furioso entronizan el gobierno de 1851 i éste se desvia de ellos, i dando a su sistema personal el barniz casi del *doctrinarismo* frances del tiempo de Guizot, se desvia i se hace temer de los que lo entronizaron.

I esta contradiccion es consecuencia lójica de las diversas situaciones.

Prevaleciendo en éstas, juicios, intereses, grupos personales, una vez que se vé i se palpa que ellos no pueden quedar a flote ni llegar a puerto, navegando contra la marea de la opinion, se proponen ceder su parte a la corriente de ésta, i contrariando a sus doctrinas i a sus antiguos correligionarios, sirven, si no de buena gana quizá ni con intencion desinteresada, a las ideas i a los propósitos de sus adversarios a quienes creen poder dejar sin bandera i sin armas.

Por eso, tambien, ha sucedido que los partidos vencidos en los campos de batalla i en las urnas pero que tenian prestigio i raiz en

la sociedad, se han visto fortalecer con las concesiones que los gobernantes creían con justicia, urgente i provechoso hacer.

I por eso es, también, que los partidos i los hombres políticos no han esperado ni han sabido llegar al poder i servirse de él i servir al país como tales, siendo fieles i consecuentes a su credo i a su bandera, i sabiéndolo sacar todo, de la voluntad popular i no de la complacencia oficial.

Lo que es una esplicacion jeneral de las situaciones políticas anteriores, eslo también de la situación actual.

Sin duda, el Gobierno actual fué criado por el pasado, con un propósito i por resortes mui diferentes de los que hoi día tienen el aplauso i el apoyo de la inmensa mayoría del país; i como los otros Gobiernos, él se ha visto, so pena de entrar en pugna con la opinion pública i de dificultarse i esterilizarse toda su accion, en la necesidad de ceder a lejitimas i poderosas exigencias, en cuya satisfaccion los pueblos encuentran garantías i ventajas, i los gobernantes, elementos i recursos indispensables, a sus lejitimas ambiciones.

El Gobierno—partido de hoi no es diverso de los Gobiernos—partidos de ayer, sino en cuanto tiende mas resuelta i mas francamente a la libertad i a la reforma. La consecuencia necesaria de su conducta, si hai lójica i congruencia en ella, es despensalizar la política, sacarla de las rejiones oficiales, alejarla de las Secretarías de Estado, i popularizarla, dejándola entregada a los individuos, a los grupos, a los partidos, a los pueblos que obren al amparo i en el respeto de la lei.

Pero ¿llegará hasta ahí? Eso lo saben i podrán efectuarlo todos los partidos de progreso que, queriendo asegurar los medios i el camino espeditos de una reforma séria, no renuncien a sus banderas, a sus armas, a sus doctrinas ni a sus prácticas, sino que las hagan servir, uniéndose todos en un terreno comun, a un esfuerzo i a un propósito también comunes.

De los partidos, tanto como de los gobernantes, depende hoi que el Gobierno—en su carácter i en sus funciones de tal—deje de obrar como partido i continúe siendo el obstáculo insuperable para que la vida democrática se desarrolle i se acentúe. De ellos depende que el Gobierno, contando con apoyo para afianzar la reforma, no pueda arrepentirse de sus buenos propósitos ni persistir en los que no lo sean, si es que llegara a abrugarlos.

Los resortes i los recursos de todos los grupos políticos progre-

sistas pueden i deben servir a propósitos franca i patrióticamente populares i no a planes personales o de círculo, por bien intencionados que éstos sean o pretendan ser.

Si el Gobierno es poderosísimo i si hasta aquí ha sido invencible, es porque ha ocultado, disfrazado i cohonestado su accion con la connivencia de pretendidos partidos, suscitados, mantenidos i vigorizados por él i que no existian sino por él i para él; partidos de los cuales tenia imprescindible necesidad para perpetuar la cuasi monarquía decenal que era el elemento esencial del predominio i de la oligarquía gobernante: hija i madre a un tiempo, de la tenaz e insaciable *oficinocracia*.

El gobierno no puede, sin la complicidad de muchos grupos i hombres políticos de progreso, disfrazarse como se disfrazó en años anteriores de fusion conservadora-liberal o de fusion liberal-conservadora, para propugnar i sacar triunfantes sus personajes i sus planes, no todos de patriotismo ni de sana i cuerda política.

Esa fusion—la de 1864 contra la cual tanto se hizo por sus adversarios i que habia resistido a sus esfuerzos—se ha visto, minada i deshecha por los mismos que la formaran i mas la habian usufructuado.

El deber, el interes, el honor de los grupos i hombres políticos de libertad están en que aquella no se rehaga; i parece que no se halla en la voluntad ni entra en el plan del Gobierno que vuelva a rehacerse; puesto que dejando de oponerse a ciertas soluciones verdaderamente liberales i adoptando la reforma electoral, se ha acercado ántes, i cada vez se acerca más, a las soluciones del radicalismo que son las que, en la política, mas han dividido a todos de éste i lo han alejado de las rejiones gubernativas, acercándolo a las rejiones populares.

Por los medios que están a su alcance i en la medida de sus fuerzas, respetando sus convicciones i conservando sus armas, el partido radical ha hecho lo que debia para quitar todo incentivo i todo prestesto a una tentativa oficial—única temible porque ha sido i podria volver a ser eficaz—para que renazca la fusion.

¡Que 1875 deshaga—i para siempre—esa union híbrida llamada la fusion i que no ha podido existir sino por el aliento i los vínculos de la autoridad, i los males que ella produjo a Chile, en el interior i en el exterior, se habrán notablemente compensado, ya que es imposible que desaparezcan!

Que los partidos, obrando por sí, muestren i prueben que pue-

den ser Gobierno, i éste no tendrá tentaciones ni ocasion quizás de presentarse intentando o ejecutando lo que ellos debian hacer, i suplantando al país en el ejercicio de su principal i mas respetable prerogativa: la de elejir.

Con la desaparicion de la fusion, desapareceria el último i pernicioso disfraz de la candidatura oficial.

El Gobierno no puede ser partido ni puede tener candidato: es solo ejecucion de las leyes, garantía de derechos, fiel de pretensiones opuestas, vara de represion i espada de justicia.

El Presidente actual que ha entrado i hecho entrar a la política i a las filas oficiales en la nueva evolucion que hoi todos ven o esperan, al mirar a los hombres i grupos políticos en sus puestos ¿no tendria voluntad e interes de respetarlos?

Su propia ambicion, i su obligacion mas fácil i mas clara, le dictan esa conducta demasiado terminantemente para que él no la siga.

El Gobierno-partido tiende hoi a devolver a los pueblos el ejercicio de derechos i de resortes que a ellos solo pertenecen. ¿Querrian los pueblos i no sabrian usar los únos i emplear los ótros?

VIII.

LA SOCIEDAD ACTUAL.

Si como lo ha dicho Leibnitz i se ha repetido tantas veces despues de él, el presente está preñado del porvenir, es tambien cierto que el presente ha sido siempre enjendrado [por el pasado: veamos, pues, la sociedad en el pasado, para comprenderla en el presente.

El Gobierno que parcial o completamente, voluntaria o involuntariamente, tiene siempre que ser instrumento, órgano i mano de la sociedad, a la cual rije, so pena de verse destituido de los medios de sostenerse, hacerse obedecer i producir ninguno de los resultados que la ambicion o el patriotismo o el credo político de los que lo componen, anhelan i exigen, ha sido en Chile, durante toda esta época, órgano parcial, instrumento, intermitente quizás pero constante, mano débil i pusilánime del país que ha ido desarrollándose, física e intelectualmente i transformándose i reformándose, sin cesar, para convertirse, de colonia española que fué

a yer, en verdadera República americana, que será mañana. Por eso, desde cuarenta años há, con hombres que han subido al poder con ideas i preocupaciones coloniales de estagnacion, de reaccion i aun de retroceso, el Gobierno, sin quererlo, pero para neutralizar a algunos adversarios o para captarse algunos partidarios, se ha ido dejando arrastrar por la lenta pero irresistible marea de la libertad i de la reforma que muchos pueden temer i maldecir pero que nadie ha podido ni podrá impedir que siga abarcando cada dia mas estension, hasta llenar toda la capacidad de nuestras instituciones.

Las luchas electorales, sostenidas por la prensa, por el club i por el voto libre en nuestros dias i que se han sustituido a las luchas políticas por la conspiracion i la insurreccion de otros tiempos, han venido, por eso, i apesar de ser, como los antiguos complots i las batallas, en apariencia, ganadas por la autoridad, produciendo en las rejiones oficiales, frutos correspondientes, no a los programas i hombres frenéticamente autoritarios, sino a los de hombres de libertad i de progreso.

Es cierto que siempre, las soluciones de libertad i de reforma introducidas en la lejislacion, han sido mutiladas deliberadamente i hasta deslizadas subrepticamente, sin consideracion a lójica de sistema ni a decoro de país, pero ellas han venido probando que los esfuerzos i los anhelos de la sociedad, hechos carne en los votantes de las urnas o en los combatientes de los campos de batalla, eran una realidad tan irresistible como eran innegables su necesidad i su oportunidad.

De ahí proviene, en la historia de Chile, un hecho que parece paradójal i que es confirmado i esplicado por todas las circunstancias de filiacion, de fechas i de lugar; i el cual consiste en que el Gobierno-partido—órgano decidido i deliberado de resistencia, cuando no de reaccion—despues de sus victorias,—debidas al abuso casi siempre—efectúa socarrona, parcial o atropelladamente lo que sus adversarios o sus enemigos sostenian por el fusil o por el voto: testimonios de ellos son la segunda mitad del decenio-Búlnes, la primera mitad del decenio-Montt, todo el decenio-Pérez i el tercer año del quinquenio-Errázuriz.

Sin la presion de la sociedad misma, sin su accion continua e invisible pero mui eficaz, trasmitida a las rejiones oficiales por todos los conductos de la actividad mental i corporal de un pueblo, ese fenómeno de que los principios derrotados, perseguidos i anatematizados el dia anterior, sean proclamados i victoreados, en

parte, al día siguiente, no se habría visto en Chile con tanta persistencia: la ley del desenvolvimiento liberal i progresista del país ha tenido sus efectos en el Gobierno, rara vez, a sabiendas, muchas, sin su participación, casi siempre, a despecho de las preocupaciones, las ligas, los compromisos i los intereses personales.

El tener el Gobierno que disfrazarse de partido i que obrar en ese doble e incompatible carácter, si bien le ha facilitado el uso i el abuso de los resortes de la autoridad, le ha puesto siempre en contacto i bajo la influencia de círculos personales demasiado exigentes i tan desatentados que lo han hecho pensar i ampararse en las filas de la opinión, creyendo que, después de servirse de ellas contra el círculo enojoso, le sería fácil crear otros más dóciles i más adecuados a sus planes.

El terrible mal del gobierno personal, no pudiendo i no habiéndose atrevido a ser, franca i descaradamente, la autocracia de un solo individuo como era su tendencia, ha dejado ese pequeño bien de que, periódicamente, cada cinco, cada diez años, i para rehacerse el mismo, ha tenido que contribuir a que se vigorizase, se ensanchase, por su propia virtud i en ejercicio de su propia actividad, la vida social.

Por eso, i aun cuando muchos crean que ello es solo coincidencia, ha habido relaciones de sucesividad i quizás de encarnación verdadera entre el vencimiento de las fuerzas i banderas políticas liberales i progresistas i el despertamiento i desarrollo notables de la prosperidad privada i la pública, después de 1830, de 1837, de 1841, de 1847, de 1851, de 1861 i de 1871.

El afán i el buen éxito en las empresas industriales i comerciales de tan diverso género—acentuados quizás por algunas circunstancias eventuales, como California o Caracóles—que han venido a hacer contrapeso i lenitivo contra la mano vencedora del Gobierno-partido, al mismo tiempo que centuplicaban el vigor i la importancia de los individuos i de los pueblos, disminuían o iban quebrantando los antiguos i mohosos resortes de lucha i de victoria oficial.

¿Qué extraño, entonces, que, sin deliberada i maligna intención de ruptura de compromisos anteriores, se haya visto, antes, se vea, ahora, a los gobernantes que se pleguen i cedan al impulso de libertad que domina al país? Lo que debía extrañarse, lo que ha debido censurarse más de una vez, en nombre de un verdadero patriotismo, i en interés de una legítima ambición, es que esa con-

ducta gubernativa, aparezca como simples complacencias, meras condescendencias, cuando debia ostentarse como frias convicciones, como únicas condiciones estables de un Gobierno sinceramente aspirante a ser lo que tiene derecho i obligacion de ser: el representante autorizado de todos los intereses lejítimos i el ejecutor legal de las solemnes voluntades de un Pueblo.

¿El Gobierno del señor Errázuriz ha comprendido así su mision i la realizará deliberadamente en toda la estension que hoi comportan las rejiones oficiales i exigen las distintas fracciones i los partidos de la sociedad?

Ese es el secreto de tiempos inmediatos i será, en mucho, la obra de los partidos i los hombres políticos que sepan comprender sus deberes, conozcan sus derechos i empleen los resortes que la lei i el espíritu público ponen en sus manos.

Hoi, cooperando a un fin patriótico, legal i comun, todos los partidos i los individuos de alguna importancia i que tengan decision por la causa del progreso, pueden, sin borrar ningun artículo de sus programas respectivos, sin ocultar ningun rasgo de sus fisonomías, sin desveir ningun color de sus banderas, propender a que, por fin, en los gabinetes del Gobierno, como en las plazas de la sociedad, se sustituya, a la falsa i caduca política de expedientes, disfraces i enbustes, la tan poderosa como honrada política de principios, sinceridad i verdad, que a nadie ni a nada da o quita mas de lo que le corresponde; esa política que, dejando a cada cual, franco el campo de su accion i libre la enunciacion de sus doctrinas, puede i debe mostrar a todos cuáles i cuántos son los puntos de afinidad o de repulsion que les aconsejen o les impidan esfuerzos, resortes, propósitos, sitios i planes comunes.

La personalidad de los partidos i de los fragmentos de partido, formulada i reconocida respectivamente en el terreno de la política, no solo no es un obstáculo a una accion comun, eficaz i fecunda, sino que es la condicion de ella.

Como en la vida social, hai órganos diversos, ajentes diferentes, grupos de vocaciones varias, actividades de rumbos diverjentes que contribuyen a un efecto jeneral, del cual nace harmónico el progreso mental i material, en la vida política, los partidos i los fragmentos de partido, sin desaparecer i por lo mismo que obran cada cual segun sus antecedentes i sus tendencias, pueden i deben alcanzar cualquier propósito que sea el objeto de sus esfuerzos uniformes.

Si no lo hai, faltaria a la política una de sus condiciones esenciales i la creacion o promocion de ella incumbiria a aquel que la reconociese como necesaria i como provechosa.

Pero no es el deber i la conducta de los partidos i del Gobierno en el porvenir, sino la situacion actual lo que nos hemos propuesto diseñar o dilucidar i volvemos a nuestro asunto, dando remate a este ya quizá prolongado artículo.

IX.

CONCLUSION.

Conocidos, señalados i confrontados esos antecedentes i elementos, bien podemos determinar i precisar cuál sea hoi la situacion política.

En primer lugar i ántes que todo, los rasgos característicos de ella son de risueñas i poco amenazantes expectativas mas bien que de recelos i desencantos, aun para aquellos que la han visto i la están viendo amoldarse i acentuarse en un sentido contrario a sus tentativas, cuerda o locamente efectuadas o por efectuarse.

No hai en la atmósfera hoi ni será posible soplar, de la noche a la mañana, esas ráfagas de persecucion contra hombres o cosas que han solido pasar perturbadoras i destructoras por sobre la superficie del mar de nuestra política. El Gobierno está seguro i tranquilo en las rejiones oficiales ejerciendo sin estorbo i sin inquietud, las atribuciones de su autoridad, i el País está quieto i activo ejecutando, en las esferas multiplicadas i fecundas del trabajo, los esfuerzos que necesita para resguardar i acrecentar su prosperidad i preparándose, sin duda, para asegurar la garantía i el desarrollo de todos los derechos i todos los intereses políticos que son la condicion esencial de la riqueza i de la paz, sólidas i fecundas.

Por actos i por promesas ejecutados oportunamente en la rejion oficial i recibidos bien en la rejion popular, el viejo antagonismo entre la autoridad i la sociedad, en Chile, se ha debilitado mucho, tiende a neutralizarse i aun a desaparecer.

Pero ¿desaparecerá?

Esa es la palabra misteriosa de la situacion misma i esa es el que deben aclarar, preparar i realizar los que principalmente están en aptitud de desarrollar algunos de sus aspectos favorables, i de alejar o esterilizar algunos de los que le son adversos.

Ganoso el país de reforma, de libertad, de progreso, no desconfía, no espera del Gobierno i de los partidos, sino porque vé sus deseos atendidos o burlados, servidos o menospreciados.

Prueba de ello, innegable, evidente, palpable, son la actitud i las palabras de las principales ciudades de la República al tratarse de espresar su aplauso a medidas acertadas i patrióticas, realizadas o en via de realizarse, i las promesas solemnes i algunos actos—¡lástima que no podamos invocarlos todos!—del jefe o de los principales agentes de la Administracion.

La situacion, pues, no tiene en sí nada que se oponga a la libre i fecunda accion, tanto de todos los resortes del mundo oficial cuanto de todos los recursos i todos los agentes de la opinion pública.

En ésta, si es que los partidos, los grupos i los hombres políticos tienen ambicion i títulos a su apoyo, están latentes, aguardando salir a la superficie, todos los elementos de propulsion en la carrera del progreso; elementos, cuya accion i cuya influencia, mirados de reojo i aun contrarestados abiertamente por la autoridad, ántes, se encontrarán, mañana, con el paso franco i el camino espedito, para ejercerse i surtir todos sus benéficos efectos.

La division, la persistencia, la afirmacion de los partidos distintos i aun de los grupos i los individuos políticos importantes, no serán parte nunca a que esa accion i esa influencia se esterilicen o se disipen; porque, debiendo cada uno someterse a las circunstancias i respetar sus antecedentes i sus convicciones, no pueden ni deben ejercer accion e influencia decisivas sino acerca de propósitos, en terrenos i por medios convenidos, discutidos i aceptados universalmente.

El radical, el liberal-moderado, el montt-varista, el reformista, el conservador ilustrado i el gobiernista reformado tienen campo comun, pueden abrigar i llevar a cabo propósitos comunes, deben buscar i hallar medios i resortes, tambien comunes, que sirviendo a intereses patrióticos jenerales de la actualidad, no contradigan ni empañen su bandera ni su historia respectivas.

Los partidos i los hombres políticos, órganos verdaderos de la sociedad en sus aspiraciones hácia el progreso intelectual i material, no pueden ni deben desconocer las exigencias de los tiempos ni la lójica i necesaria aplicacion de sus doctrinas.

¿Por qué, hoi, por ejemplo, cuando muchos obstáculos han desaparecido, i se han aumentado i aparecerán muchos impulsos favorables, no se habria de intentar, con buen éxito, lo que ayer se ejecutó en una situacion mas difícil i peligrosa?

Las leyes reformatórias de imprenta, de elecciones, de constitucion que garantizan i ensanchan la accion de los individuos i los partidos; las prácticas, ya elevadas a regla invariable de conducta, de discusion libre, sincera, franca, sesuda i razonada casi siempre en la prensa, en el club, en el meeting, en la Asamblea electoral; las aspiraciones a un réjimen de verdad i eficacia en el juego de nuestras instituciones, manifestadas por todos los grupos i los partidos en lucha en las rejiones de la sociedad i en las del gobierno—sea ello como una conviccion o como una careta, como arma del momento o como norma de conducta—son un augurio, una promesa, una seguridad, debe decirse, de que se hará por todos, lo que cada uno concibe como necesario i provechoso al gobierno del pueblo, por el pueblo i para el pueblo.

Esos son los elementos i los aspectos propicios que podríamos dilucidar i desmenuzar, aumentando mucho las consideraciones a que dan lugar.

Pero en toda situacion—i en la actual ménos que en ninguna ótra—faltan elementos i aspectos contrarios que, por dicha, para la de hoi, se resúmen i pueden resumirse en uno solo: el personalismo.

Este, poderosísimo ya por sí mismo en la rejion oficial, puede fortificarse aun con el prestijio alcanzado i con el apoyo de los hombres i de los partidos que esperan de la iniciativa gubernamental el empuje mas decisivo en el camino de la reforma, produciria, si se ofuscase o se descarriase, sérios disturbios i suscitaría vallas casi insuperables, una vez que entrase o quisiera entrar en pugna con las aspiraciones i con los esfuerzos de la opinion pública, representada por los partidos del movimiento i del progreso.

Pero, aun suponiendo que por la actitud i las conviciones de los que están en el Gobierno, ese peligro no estuviese alejado ¿no habria, no hai en la situacion, elementos, partidos, hombres que podrian concitarlo i neutralizarlo? Sí; i en esto, arriba como abajo, en las filas del Ministerio como en las de la Oposicion, se ha dado pruebas de sinceridad, de lealtad i de patriotismo, que lo hacen esperar, puesto que individuos i grupos han efectuado esfuerzos uniformes, conservando sus filas, sus armas i aun sus consignas. A nadie se ha exijido que se entregue desarmado, nadie se ha creído obligado a abdicar ni renegar de simpatías ni de antipatías, de conviciones ni de doctrinas anteriores, lejítimamente manifestadas i lealmente sustentadas, para entrar a apoyar, o para pedir i

recibir el apoyo de proposiciones o de medidas que eran patrióticas, porque resguardan el interes de todos, i eran liberales porque garanten el derecho de cada uno.

El personalismo, si no ha desaparecido por completo, ha disminuido ya i tendrá que disminuir todavía más en las filas del progreso, dejando franco el paso a las opiniones, a los planes, a los propósitos del mayor número posible de partidarios, ya que todos no pueden permanecer en ellas.

El personalismo que siempre ha perjudicado i puede intentar hacerse campo en los partidos que no están en el Gobierno, tiene hoy barreras mas fuertes que nunca i su perniciosa influencia seria tan efímera como poco estensa. Cada individuo es algo, pero no hai ninguno que pretenda ni pueda serlo todo, en gobierno ni en sociedad, en las rejiones administrativas ni en las rejiones populares.

Hai, ademas, contra el personalismo, oficial o nó, una série de prácticas introducidas ya en la agitacion política que, en un momento dado, pueden constituir seria valla contra sus intemperantes i perniciosas invasiones.

Por otra parte, la lójica i el encadenamiento de los actos i pensamientos humanos que ántes, cuando la fusion, desde 1861 a 1871, obligaban a los hombres de Gobierno, fuesen liberales o conservadores ilustrados, a ejecutar solo medidas que eran de resistencia o de mutilacion del progreso, acrecentando siempre el peso i el predominio de ciertas individualidades, obligan, hoy, i obligarán mañana, cuando la fusion se ha destruido i no puede volver a reconstruirse, a los hombres de gobierno que propenden i deben, cada dia, unirse mas con los hombres de libertad, a dar a la opinion de los partidos, a la voz del pueblo, la importancia i la atencion que merecen, i que se complacen ya en reconocerles.

La situacion, con partidos de progreso que se distinguen entre sí por gradaciones de mas o ménos, sin estar en contradiccion esencial, i de partidos de retroceso, separados por pretensiones que tienden forzosamente a que una fraccion supedita o absorba a la ótra, no habiendo entre ámbos, un Gobierno personal i con planes antipatrióticos, es úna, mui clara, halagüeña i segura.

Pero no hai nada tampoco que induzca al Gobierno a asumir ese difícil i peligroso papel, abundando, por el contrario, en los espíritus i en las cosas, la tendencia a que las soluciones—sea en cuanto a lejislacion, sea en cuanto a candidaturas congresales i

presidenciales—que interesan a todos, se tomen por todos, tambien, despues de preparadas, discutidas i aceptadas por todos.

Una Administracion que va a concluir i que necesita, si su huella no hubiera de ser en nuestra política como la fosforescente estela que la nave deja en el mar durante la noche, adherirse a principios, sancionar leyes, autorizar prácticas, incorporarse en hombres que den testimonio i sean prueba evidentes de que si rompió con sus correligionarios i se unió con sus adversarios, de que si se entregó a las solicitudes del pasado o a las demostraciones del porvenir, fué, porque, anhelando hacer el bien, buscó, donde creyó encontrarlos, los ajentes, los medios i los recursos para realizarlo: una Administracion semejante, si no es impulso, no podrá ser obstáculo, a la manifestacion del pensamiento i de la voluntad de los pueblos.

Tal situacion—de partidos de libertad i progreso que no hostilizan al Gobierno i que no son hostilizados por él i de partidos de resistencia que se le han alejado i no quisieran unírsele sino con condiciones perjudiciales—es halagüeña i es honrosa; i deja tanta facilidad i provecho a los gobernantes como traeria aliento i concordia a los gobernados, suscitando la accion espontánea, independiente, patriótica i casi impersonal en las filas de todos los grupos i partidos políticos: ella es tambien quizá la mas propicia a las reformas que se haya presentado en Chile, porque el pueblo, apoyándose en las llevadas a cabo, puede aspirar a ótras i debe realizar todas las que necesite para gobernarse por sí mismo i para sí mismo, llegando a ser una verdadera República democrática i americana.

La situacion actual que todos—hombres de Gobierno i de Oposicion, partidos de resistencia i de progreso—han venido creando i desenvolviendo con sus esfuerzos i con sus ideas, daria sus frutos, en obsequio i para gloria tambien de todos, si cada hombre, cada grupo, cada partido político, busca i prepara el terreno comun en dónde, por medios i para fines legales, deben desenlazarse las cuestiones que han dividido i que dividen a nuestra sociedad.

Si ella no produjera sus buenos efectos, culpa seria de los hombres, los grupos i los partidos políticos que no habrán sabido o no habrán querido hallar, en la opinion, luz, fuerza i prestigio para obtenerlos.

Enero 28 de 1875.

M. A. MATTA.

LA LITERATURA ESPAÑOLA

EN 1874.

Una notable revista literaria de Lóndres, *The Athenæum*, en su número de 26 de diciembre último, ha publicado una série de artículos mui interesantes acerca del movimiento de la literatura en los diversos pueblos de Europa durante el año de 1874. Cada uno de esos artículos, escrito por un hombre especial en la materia, constituye una reseña histórica mas o ménos sumaria de la literatura de cada pueblo en ese año. La seccion destinada a la España lleva la firma de don J. F. Riaño; i aunque solo consta de poco mas de seis columnas de la citada revista, contiene una ojeada bastante completa. Tomando por punto de partida el referido artículo, i ensanchando sus noticias con las que hallamos en otras publicaciones periódicas, i con nuestro propio conocimiento de algunas de las obras dadas últimamente a luz en lengua castellana, vamos a hacer aquí una breve reseña mas bien bibliográfica que crítica, que interesará talvez a algunos de nuestros lectores, aunque no sea por otro mérito que el de suministrar noticias poco conocidas.

Se sabe que la actividad literaria de nuestra antigua metrópoli es mui inferior a la que se observa en la mayor parte de los pueblos europeos. Los escritos de amena literatura, aunque muchos de ellos poseen un mérito real, no solo son mucho ménos numerosos que los que se publican en otros paises, sino que tienen ménos valor. Las obras de investigacion histórica i arqueológica, en que la España contemporánea ha hecho grandes progresos, no alcanzan todavia, ni por su número ni por su ciencia, a competir con los enormes trabajos emprendidos i terminados en Francia, Alemania,

Inglaterra e Italia. Las ciencias exactas i naturales que ahora comienzan a cultivarse, están reducidas a simples traducciones o a libros que tienen una limitada circulacion. Por lo que toca a los estudios filosóficos i especulativos, casi se puede decir que apénas existen en España. Sin embargo, es curioso observar cómo, apesar de las guerras civiles i de la indiferencia tradicional de ese pueblo por todo lo que no lo afecta directa e inmediatamente, la España se levanta de su postracion intelectual, toma caminos desconocidos en su antigua literatura, i aspira a ocupar un puesto respetable entre las naciones civilizadas.

El grupo de las producciones científicas en 1874 es mas considerable que el de otros años. Muchas de ellas son simples traducciones, principalmente del frances; pero las escritas orijinalmente en español forman el mayor número. Casi todas ellas están destinadas a satisfacer una necesidad de las universidades españolas i de los establecimientos de instruccion secundaria i superior; i por esta razon son manuales o textos de enseñanza de filosofía, economía política, lejislacion, medicina i de otros estudios basados en las ciencias naturales i matemáticas. Los volúmenes publicados por los señores Ortiz, Azcárate i Silvela sobre derecho i lejislacion comparada, merecen una mencion especial, como igualmente la *Jeometría descriptiva* de Eizalde, *El Manual del navegante* de Ferri, i la *Historia Natural* de Gonzalez.

Entre un gran número de libros que tratan de asuntos especiales, i que pueden ser incluidos en el círculo de las publicaciones científicas, hai dos que merecen una recomendacion particular. Uno de ellos es la *Memoria sobre los montes de las Filipinas*, escrita por el ingeniero don Sebastian Vidal i Salet. En ella se consignan importantes noticias sobre las producciones vejetales de aquellas islas, la fertilidad i riqueza de su suelo i el porvenir agrícola i comercial que se les espera, i termina con una bibliografia de ese archipiélago en que están catalogadas 1523 obras sobre muchas de las cuales añade algunas observaciones críticas. El señor Vidal ha publicado ademas un opúsculo titulado *Estudios sobre el clima de las Filipinas*, que contiene la traduccion castellana de tres escritos alemanes que tratan esta cuestion.

La segunda obra de carácter científico es un *Diccionario militar etimológico, histórico, tecnológico, con dos vocabularios franceses i aleman*, comenzado a publicar en Madrid en 1869, i terminado ahora en dos grandes volúmenes en 4.º con 1218 pájinas a dos columnas,

fuera de otras 16 que le sirven de introduccion. Esta obra es el resultado de muchos años de estudio. Su autor, don J. Almirante, conoce bien la historia militar de España; i apoyándose en las crónicas antiguas, en las ordenanzas i en otros documentos, demuestra que muchas palabras usadas en los tiempos modernos en el ejército español, i que parecen de fresca data, eran usadas en la península i en Europa durante la Edad Media i el Renacimiento.

El diccionario del señor Almirante se relaciona, como es fácil comprender, no solo con las ciencias exactas e industriales, sino con los estudios históricos i arqueológicos. Pero en este último orden, la España ha visto producirse en 1874 otros escritos de mérito recomendable. El primero de ellos, por referirse a los tiempos mas antiguos, es un suplemento a los *Bronces de Osuna*, que dió a luz el año anterior el señor Berlanga. Estos broncees, interpretados por este erudito anticuario, constituyen el descubrimiento mas importante que en nuestro tiempo se haya hecho acerca de la epigrafía romana. El señor Berlanga, no solo llama la atencion hácia la *Lei Julia*, cuyo testo está consignado en esos broncees, i hácia una lei municipal desconocida hasta el presente, sino que añade eruditas interpretaciones i comentarios que sirven para ilustrar el testo. Este volúmen ha sido orijen de publicaciones especiales en Alemania; i los trabajos del señor Berlanga han merecido la aprobacion de sábios tan eminentes como Mommsen i Hübner.

En el mismo orden se coloca un estudio sobre la *Poesía heroico-popular*, dado a luz en Barcelona, por un antiguo profesor de esta universidad, don Manuel Milá i Fontanals. Discute en él el orijen de la poesía popular en España, la influencia de los árabes i de los pueblos europeos, i señala las primeras muestras de esa poesía en el siglo XIII. No solo esplica la forma de esos primeros ensayos poéticos sino que añade detalles referentes a los personajes i a los acontecimientos históricos. El señor Milá, que es favorablemente conocido en España por otros volúmenes sobre asuntos análogos, ha merecido grandes elojios en su patria i en el extranjero por el libro que acabamos de mencionar.

Los trabajos de las academias, aunque ménos considerables en 1874 de lo que han sido en otros años, no carecen de interes i se relacionan con este orden de estudios. En la Academia de la historia, uno de sus miembros, el señor Barrantes, leyó una erudita memoria acerca de los orígenes i el desarrollo de esta corporacion, enumerando las obras que ha publicado i los servicios

que le debe la historia española. Otro de sus miembros, don Alejandro Llorente, leyó tambien una importante memoria sobre la vida del historiador i diplomático español don Carlos Coloma, que sirvió con brillo en los Países Bajos, cuyas guerras refirió con grande exactitud i con un notable acopio de pormenores.

La Academia de la lengua, o la Academia española como se la llama comunmente, no ha publicado por su parte en el año que espira ningun trabajo verdaderamente notable; pero se ha ocupado en dos obras importantes que tocarán a su fin en poco tiempo mas. Una de ellas es la revision completa i radical de la gramática de la Academia, en la cual se quiere introducir el método elevado i filosófico de la filología moderna. La otra es un diccionario de la rima, trabajo de vastas proporciones, mas estenso i estudiado que todos los que se conocen hasta ahora, i dirijido no tanto para servir a los versificadores cuanto para establecer definitivamente la acentuacion prosódica de las palabras. Ambas obras son esperadas con verdadera ansiedad por todos los amantes de los estudios filológicos.

Algunas corporaciones libres i varios individuos se han consagrado igualmente a trabajos de esta naturaleza. Cervántes ha sido el objeto de estudios particulares. El señor Mainer publica desde hace tiempo en Cádiz una revista dedicada esclusivamente a los cervantistas, es decir, a estudiar la vida del autor i los antecedentes históricos i literarios de su obra inmortal. En Barcelona se acaba de terminar la reproduccion fidelísima de la primera edicion del *Don Quijote* por medio de la foto-litografía, con un curioso suplemento de notas críticas e históricas arregladas por don Juan Eujenio Harzenbusch. En la misma ciudad, un distinguido profesor de literatura, don José Coll i Vehí, ha publicado un interesante volúmen con el título de *Los refranes del Quijote ordenados i glosados*. Por último, el conocido literato gaditano don Adolfo de Castro ponía en circulacion el 23 de abril de 1874, aniversario de la muerte de Cervántes, un volúmen de 474 pájinas en 8.º cuidadosamente impreso, con el título de *Varias obras inéditas de Cervántes*. En realidad, solo 160 pájinas de este volúmen están formadas por escritos atribuidos al insigne escritor (4 entremeses, 2 canciones i 1 diálogo sobre la vida del campo), que el señor Castro ha hallado en las bibliotecas, i que atribuye a Cervántes despues de una detenida discusion. El resto del volúmen lo constituyen diversos estudios históricos i literarios sobre la vida del autor ilustre de *Don Quijote*.

La literatura española contemporánea se presta a una curiosa observacion. Aunque se cree que este país está dominado por el espíritu religioso, el número de las publicaciones teológicas, a lo ménos de aquellas que poseen cierto mérito, es sumamente reducido. Entre los mui pocos libros que sobre esta materia han aparecido en el último año, solo merecen recordarse los *Estudios religiosos* por frai Ceferino Gonzalez. Si en algunos detalles este escritor demuestra que no está mui al corriente del movimiento científico de nuestra época, despliega en muchas ocasiones una vigorosa inteligencia, i cuando discute las opiniones religiosas de otros autores, manifiesta poseer aquella urbanidad i cortesía que se echan de ménos en las obras de muchos de los que se ocupan de esta materia. El padre Gonzalez debe principalmente su reputacion literaria a sus trabajos sobre la filosofía de Santo Tomás.

La filosofía puramente especulativa ha hecho pocos progresos en España. Fuera de algunos libros elementales, i de ciertos escritos de corta estension, casi puede decirse que los estudios filosóficos son desconocidos en ese país. Sin embargo, en los últimos años se ha comenzado a publicar en esta lengua las obras de Aristóteles i de Platon, i se ha tratado de popularizar la filosofía de Hegel i de Kant. Un célebre literato que acabamos de nombrar, don Adolfo de Castro, queriendo probar que la literatura española es ménos pobre de lo que jeneralmente se cree, ha organizado uno de los gruesos volúmenes de la biblioteca de autores castellanos de Rivadeneira con una compilacion de escritos de los antiguos filósofos españoles, desde Séneca hasta el siglo XVIII, con noticias biográficas, juicios críticos e ilustraciones literarias. Aunque contra la opinion del señor Castro creemos que las ciencias filosóficas no han de ganar mucho con la exhumacion de estos escritos, no desconocemos la importancia científica, literaria i filológica del trabajo que acaba de llevar a cabo.

Las obras de imaginacion son mucho mas populares en España i cuentan con un gran número de lectores. Pero ni por su abundancia ni por su número son comparables a las producciones del mismo jénero de algunas de las otras literaturas europeas. En el jénero novelesco dominan casi absolutamente dos escritores de talento, don Manuel Fernandez i Gonzalez, i don Enrique Perez Escrich, que dejándose arrastrar por su notable fecundidad, han querido mas bien dar a luz un gran número de novelas que producir obras regularmente acabadas i duraderas. El primero, que en el

año último ha publicado una novela histórica titulada el *Rei hambriento*, sobre los sucesos del reinado de Enrique IV de Castilla, ha adquirido el hábito de encadenar mas o ménos habilmente muchas i mui variadas aventuras que entretienen al vulgo de los lectores; pero no se descubre en sus novelas el estudio atento de la historia ni la pintura fiel de los tiempos pasados. Como novelista histórico, Fernandez i Gonzalez pertenece mas bien a la escuela fecunda pero superficial i lijera de Alejandro Dumas, que a la del gran maestro del jénero, Sir Walter Scott.

El señor Perez Escrich pertenece a otra escuela. Aunque en una de sus novelas, la mas popular sin duda, ha hecho protagonista a Jesucristo, no cultiva el jénero histórico novelesco, prefiriendo los estudios de pasion, en que sabe impresionar muchas veces a sus lectores por medio de una accion bien inventada i de un estilo fácil. Pero tiene dos defectos que no es posible desconocer. Escribe de carrera, abusando de sus dotes, i produciendo por esto mismo novelas poco meditadas, con caractéres no siempre bien estudiados, con escenas i situaciones repetidas i con formas algo descuidadas. Por otra parte, no parece poseer una gran preparacion literaria; i en sus reminiscencias históricas, jeográficas i literarias suele incurrir en descuidos incomprensibles. Apesar de esto, el público español lo estimula con sus aplausos; i tanto en España como en América sus obras se reimprimen i se espenden en abundancia. En 1874 ha obtenido un nuevo triunfo con la publicacion de *La Caridad cristiana*, segunda parte de *El cura de aldea*.

Desde hace poco tiempo compite en popularidad con esos dos novelistas un jóven autor que en pocos años se ha conquistado una brillante posicion en la literatura española. Es éste don B. Pérez Galdós, escritor de verdadero talento, que maneja la pluma con soltura i gallardía, que pinta bien los caractéres i las costumbres i que ha estudiado la historia moderna de España para popularizarla en sus novelas. Despues de haber escrito dos obras de esta clase que obtuvieron cierta boga, emprendió la tarea de referir por medio de novelas la historia de España desde el combate de Trafalgar hasta la espulsion de los franceses en 1813. El plan de su obra es evidentemente imitado de los dos novelistas franceses que se han hecho tan populares uniendo sus nombres i formando el de Ereckmann-Chatrion. Se sabe que éstos han publicado una exelente historia de la revolucion francesa con las apariencias de un libro de memorias de un pobre campesino que se supone testigo i ac-

tor oscuro de muchos incidentes de ese gran drama; consiguiendo así, i gracias a un estudio prolijo de los hechos i a un notable arte literario, poner la historia séria i filosófica al alcance de los lectores mas superficiales. El señor Pérez Galdós supone igualmente que un pobre muchacho de Cádiz refiere su propia historia desde que se embarcó como paje en la escuadra que fué destrozada en Trafalgar, i que cuenta en lenguaje familiar todo lo que vió i todo lo que oyó. En esta empresa, el novelista español ha andado ordinariamente feliz. Conoce la historia, cuenta con animacion i con colorido, describe bien e interesa casi constantemente al lector. Hasta ahora ha publicado siete partes de esta historia novelesca (*Trafalgar, La corte de Carlos IV, El motin de Aranjuez i el 2 de mayo, Bailen, Napoleon en Chamartin, Zaragoza, Jerona*), i en todas ellas se ostenta su superioridad como escritor, si bien no es difícil descubrir que, engañado por su propia facilidad, ha descuidado algo los últimos volúmenes. A diferencia de los escritores franceses que le sirven de modelo, Pérez Galdós deja ver poco sus opiniones políticas, no defiende como aquellos los principios liberales, ni pretende propagar cierto orden de ideas entre sus lectores. A diferencia de ellos tambien, no escasean en su libro las salidas epigramáticas en vez de las reflexiones que habrian de servir para formar el juicio del vulgo de sus lectores. Bajo estos dos aspectos, es incuestionable la superioridad de los escritores franceses; pero el novelista español sabe pintar los caractéres, encadena bien la accion jeneral adornándola con accidentes i cuadros de pura imaginacion, i ha conseguido instruir divirtiendo.

El año de 1874 ha visto aparecer en España muchas otras novelas que poseen mas o ménos mérito. Una de ellas titulada *Pepita Jimenez*, por don Juan Valera, es la historia de un jóven estudiante que, creyéndose con una vocacion decidida por el sacerdocio, i estando a punto de recibir las órdenes, se enamora con una viudita encantadora, cuelga las sotanas i se casa con ella. Hai en esta novela, junto con un buen estudio de pasion i del carácter español, una pintura animada e interesante de las costumbres del sur de España. La prensa ha aplaudido igualmente *El sombrero de tres picos*, novela basada en una tradicion popular, por don Pedro Antonio Alarcon; i *Berta*, historia complicada i poco edificante de una niña que, víctima del mal trato que le dá su madrastra, se casa con un anciano a quien no ama, i se vé arrastrada al mal camino i a una vida llena de desgracias i de incidentes vio-

lentos i dramáticos. Esta novela, publicada bajo el velo del anónimo, es la obra de la condesa de Vilches, fallecida poco despues de la publicacion de *Berta*.

En este mismo órden deben clasificarse dos obras que, sin ser propiamente novelas, tienen cierta relacion con ellas i se leen con casi igual curiosidad. Es una de ellas un volúmen de 300 pájinas publicado por don Antonio de Trueba con el título de *Mari-Santa, cuadros de un hogar i sus contornos*. Contiene unos cuarenta i dos bocetos de la vida de familia en Vizcaya, escritos con una naturalidad inimitable, i en los cuales ha querido tratar a la lijera i como por pura charla, diversas cuestiones de literatura, de moral i de sociabilidad. La segunda obra a que nos referimos es el *Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*, libro humorístico de don M. Osorio i Bernard en que al paso que agrupa muchas noticias históricas acerca de ese lugar que ocupa el centro de la capital de España, bosqueja los mas variados cuadros de costumbres españolas.

Un libro de un carácter mucho mas serio todavía, pero que está escrito con todo el interes de una obra de imaginacion, es *La Alpujarra* por don Pedro Antonio Alarcon. Como se sabe, con este nombre se designa una sierra o cadena de montañas mui famosa en la historia de España, i cuyas producciones, que varian mucho segun la mayor o menor altura del terreno, son de una riqueza extraordinaria. Allí fué donde los moros, rebelados contra la opresion española, sostuvieron la famosa guerra de 1568. Este país ha sido estudiado con bastante prolijidad por el señor Alarcon, quien despues de visitarlo, lo ha descrito bajo los aspectos histórico i jeográfico. «Su libro, dice un artículo crítico que tenemos a la vista, es uno de los volúmenes mas agradables de la literatura española moderna.»

La literatura dramática, cultivada en España por tantos escritores, produce cada año un número mui considerable de obras de mas o ménos mérito. Entre las que han aparecido en 1874, hai dos que han sido recibidas con aplausos i que poseen un valor propio. Una de ellas es *La vírjen de Lorena*, cuya heroina es una de las mas simpáticas personalidades históricas, Juana Darco. Don Juan José Herranz, autor de esta obra, ha sabido desenvolver la accion produciendo en varias partes exelentes efectos dramáticos, i empleando una versificacion fácil e irreprochable. El otro drama es *La esposa del vengador*, que causó una gran sensacion en Ma-

drid, no solo por el mérito indisputable de la pieza, sino por el nombre del autor. Es éste don José Echegaray, ingeniero civil, político importante, ministro de hacienda hace pocos meses, i conocido en el mundo científico español por sus obras de matemáticas, pero que hasta ahora parecia completamente extraño a la poesía. Sin embargo, su drama, que pertenece a la escuela romántica española, ajeno a las influencias extranjeras, merece por la marcha de la accion, por el estudio de los sentimientos, por el efecto de muchas escenas i hasta por la belleza i la correccion de los versos, que se le coloque entre las buenas producciones del teatro español.

Se sabe que en España se publica cada año un número considerable de volúmenes de poesías líricas, i se sabe tambien que la mayor parte de ellos cae al dia siguiente en un completo olvido. Entre las publicaciones de este jénero de 1874 hai algunas que merecen mas larga vida. Figura en primer lugar entre éstas el tercer tomo de las poesías de don Ventura Ruiz Aguilera, que contiene las sátiras, epigramas, letrillas i otras notables composiciones de este ilustre poeta. Con este volúmen se termina la importante coleccion de obras poéticas de este escritor, que figura entre los mas distinguidos de la España contemporánea. Los críticos han recomendado tambien un volúmen titulado *Nubes i versos* que contiene una coleccion de poesías líricas de don Fernando Martinez Pedroza; i otra compilacion de poesías catalanas por don Victor Balaguer, escritor mui fecundo que ha cultivado la historia, la novela i el periodismo, i que ha figurado con cierto brillo en la política despues de la revolucion de 1868.

Casi debiéramos terminar aquí esta rápida reseña del movimiento literario de España durante el año que acaba de pasar. Pero nos falta todavía dar a conocer siquiera sumariamente otra faz de la actividad intelectual del pueblo español. Consiste ésta en el empeño que se pone para descubrir libros antiguos, impresos i manuscritos, estudiarlos, comentarlos i darlos a luz. Es mui considerable el número de obras de esta naturaleza publicados en los últimos años con el mayor esmero, como lo es igualmente el de las sociedades bibliográficas o literarias que se han formado con este objeto. En las páginas que siguen vamos a dar a conocer las publicaciones de esta clase que han visto la luz pública en el año anterior.

La Sociedad de Bibliófilos españoles, que ha impreso algunos

libros mui importantes, ha dado a luz dos volúmenes, i luego dará el tercero, de *Las campañas del emperador Carlos V*, por Cerezeda, arcabucero del ejército español, que sirvió en las mas importantes guerras de Italia, Francia, Berberia i otros puntos desde 1521 hasta 1545. Nunca se habian publicado documentos contemporáneos de estos sucesos que igualaran a esta crónica en el interes i en el caudal de noticias, lo que hace estrañar que este libro haya permanecido inédito hasta ahora. Cerezeda refiere los hechos con una gran sencillez. Escribe lo que ha visto como soldado; i cuando cuenta los sucesos de que no fué testigo, tiene cuidado de advertirlo añadiendo que ha oído referirlos a personas dignas de fé. Explica cuidadosamente cada hecho para darlo a conocer por completo; i lo que es mui raro, con una singular imparcialidad. En su crónica no se descubre la menor pasion; nunca ultraja a los enemigos de España ni pretende oscurecer su mérito, sino que léjos de eso, los trata con gran cortesía. El editor de este libro, señor Cruzada Villamil, ha prestado con su publicacion un señalado servicio a la historia i a las letras españolas.

Otra sociedad de bibliófilos, que da a luz sus volúmenes bajo el título de *Libros de antaño*, ha publicado una obra histórica mui importante que, como la de Cerezeda, habia pasado tres siglos inédita i desconocida. Su título es *Crónica del rei Enrico octavo de Inglaterra*. Parece haber sido escrita por un autor contemporáneo, pero el nombre de éste ha quedado desconocido. No es una historia completa del gobierno de Enrique VIII, sino que comprende algunos acontecimientos de su reinado i parte del de Eduardo VI. La narracion comienza en 1530 i termina a mediados del siglo. El autor prefiere jeneralmente los sucesos mas dramáticos, i con todo, los refiere en un estilo familiar. La impresion que deja la lectura de este libro es que el autor o estuvo presente en los sucesos que refiere o los supo en la intimidad de las personas que tomaron parte en ellos. Aunque hai muchos puntos de contacto entre esta crónica i el *Cisma de Inglaterra* del padre Rivadeneira, no se puede creer que él haya podido escribirla. El autor anónimo, aunque católico, es partidario del rei Enrique, i lo defiende mucho mas de lo que suelen hacerlo los escritores ingleses de ese siglo, mientras el padre Rivadeneira encuentra abominables todos sus actos. Las notas que acompañan este volumen son debidas a don Mariano Roca de Togores, marques de Molins, i revelan un sério estudio de la historia. El editor compara los pasajes de la crónica

anónima con el texto del padre Rivadeneira i con otros documentos, i ayuda al lector a comprender los hechos.

Los editores de *Los libros raros i curiosos* han publicado últimamente una obra de viajes, mui antigua e inédita hasta ahora. Hablamos de las *Andanzas i Viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo*, impresos en dos volúmenes, uno de texto i otro de notas e ilustraciones por don M. Jimenez de Espada. Pedro Tafur fué un rico caballero español, educado en la corte de Castilla, que manifestó desde su primera juventud el mas decidido empeño por visitar otros países; i en efecto salió de España en 1435 i solo volvió en 1439. En este tiempo visitó la mayor parte de Europa, la Palestina, el Egipto i algunas rejiones del Asia Menor. Llevaba consigo cartas de introduccion de don Juan II de Castilla i de otros grandes personajes, i se ganó la confianza de los príncipes, cuyos estados visitó a punto de ser honrado por ellos con misiones diplomáticas. Tafur refiere sus aventuras con sobriedad i con agrado. Es cuidadoso i concienzudo, i observa las cosas con tanta claridad de intelijencia que sus viajes parecen haber sido escritos en los tiempos modernos. Aunque habla de monstruos i de otras estravagancias populares en la edad media, tiene cuidado de advertir que nunca los vió. Su descripcion de Roma i de Italia es mui importante. Sus observaciones sobre los turcos, las noticias que da sobre la jeografía del Egipto i los orijines del Nilo no pueden leerse sin interes, como igualmente el gran número de anécdotas que intercala. Aunque parece que los viajes de Tafur no fueron desconocidos a algunos escritores españoles del siglo XVI, esta obra ha quedado inédita hasta que ahora la da a luz don M. Jimenez de Espada, con una erudita introduccion i un volumen de notas ilustrativas de la mas alta importancia. En ellas da noticias biográficas de los personajes de quienes habla Tafur en su libro, i restablece a su forma moderna los nombres jeográficos, trabajo mucho mas sério de lo que puede parecer a los que no están habituados a este órden de investigaciones.

El señor Jimenez de Espada publica en este momento dos obras de la misma naturaleza que prometen ser mui interesantes. Una de ellas es la relacion desconocida de un viajero español del siglo XIV que atravesó el Africa de occidente a oriente. La segunda es una *Biblioteca Hispano-Ultramarina*, que comprende libros i manuscritos referentes a la América i las Filipinas, asuntos sobre los cuales el editor parece haber hecho estudios especialísimos. Es-

ta publicacion vendrá a completar las otras del mismo carácter que se han hecho en España en el último tiempo, i de las cuales hai una que cuenta ya dieziseis volúmenes. Hablamos de la *Coleccion de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista i colonizacion de las posesiones españolas en América i Oceanía*, que comenzaron en 1864 don Joaquin F. Pacheco, don Francisco de Cárdenas i don Luis Torres de Mendoza, i que ha continuado el último. Esta coleccion ha publicado ya una cantidad considerable de importantísimos documentos, pero no ha seguido plan determinado ni órden ninguno.

Tal es en resúmen el cuadro del movimiento literario de España en el año de 1874. Si no cuenta un gran número de obras, i si solo algunas de éstas tienen una verdadera importancia, no cabe duda que hai en nuestra antigua metrópoli un verdadero progreso. En vez de la literatura fútil que producian sus prensas hace algunos años, o de los escritos mas absurdos aun en que bajo la forma de estudios relijiosos se adulteraba la historia, se pervertia el criterio, i se fomentaba el fanatismo mas atrabiliario, la España produce ahora obras mas sérias i mas bien estudiadas, traduce los libros científicos que se escriben en el extranjero, i se esfuerza por despertar el espíritu filosófico que escaseaba en sus producciones literarias.

DIEGO BARROS ARANA.

LA ÚLTIMA OBRA

DE STUART-MILL.

Stuart-Mill habia dejado de pensar i de sentir, cuando se anunció que entre sus papeles se encontraba un trabajo sobre la religion. El mundo pensante esperaba impaciente la publicacion de la obra. Ya apareció.

Podemos decir con perfecta verdad que la obra es digna de su autor. El gran pensador inglés ha desplegado en su ejecucion el poder de análisis, el rigor de lójica, i el amor a la verdad i a la justicia que le son característicos. A nuestro modo de ver, la última palabra ha sido pronunciada sobre el delicado problema de la religion.

De todas las cuestiones que ajitan a la humanidad, la de la religion es la que se trata de la manera mas confusa e ilójica. Casi todos los que la ventilan—i hablo de los que discuten, no de los que profesan—se conducen como si temieran hacer completa luz sobre el asunto. Dilucidan con atrevimiento ciertos puntos, pero no se atreven a arrostrar de lleno el lado fundamental.

Es cierto que la historia de la religion no ha sido hecha todavía de un modo detallado i científico, i esto es un preliminar indispensable para llevar la persuasion a la jeneralidad de los espíritus, que en el mundo relijioso, solo vé fenómenos estraordinarios i sorprendentes, que están fuera de la esfera ordinaria de las cosas.

Sinembargo, los elementos de esta obra se preparan con gran actividad.

Los preciosos trabajos de los etnolójistas, como Lubbock i Tylor, están arrojando una viva luz sobre el oríjen i el desarrollo de las

ideas religiosas entre los hombres primitivos; i por otra parte, los orientalistas, estudiando el sentimiento religioso en sus formas mas avanzadas, tratan de establecer la filiacion de la religiones, entre los pueblos civilizados. Otro elemento será tambien de gran auxilio para la historia de las religiones. Queremos hablar de la sicología.

Este ramo de los conocimientos humanos, cultivado desde la época de la filosofía griega, se hallaba hasta hace poco, bajo la direccion de un método enteramente subjetivo. Se estudiaban los fenómenos mentales sin tomar en cuenta las condiciones bajo las cuales se producian, e independientemente de los órganos, de los que no son sino la funcion. Los resultados obtenidos, en consecuencia, eran en su mayor parte vanos i contradictorios. Los jénios eminentes, que han especulado en el curso de la historia de la humanidad sobre las operaciones del espíritu, no han podido plantear una teoría razonable sobre ellas. Les faltaba el verdadero método.

¿Cómo es posible que, hombres tan superiores como Platon, Aristóteles, Descartes, Leibniz, que son la honra i el orgullo de la humanidad, no supieran encontrar el instrumento que pudiera conducirlos a la verdadera solucion de los problemas del espíritu?

Veamos ante todo en qué consiste el método, la lójica. Pocos son los espíritus que tienen una idea definida i exacta de ella. Las reprobaciones con que se agobia jeneralmente, a individuos i sociedades, que se hallaban poseidas de nociones erróneas, porque no han sabido, segun se dice, hacer uso de su razon, manifiestan, bien claro, que se concibe falsamente la naturaleza de la lójica. Ello indica, que es considerada como un conjunto de principios grabados en el espíritu, i que el hombre, en cualquiera edad de la humanidad i cualquiera que sea su condicion, puede elevarse a la concepcion de nociones verdaderas, por el empleo voluntario de un método razonable.

Mui distinta es la realidad de las cosas.

Dos entidades existen en el universo, respecto de los conocimientos. El sujeto i el objeto. El sujeto, es el conjunto de facultades que posee el individuo. El objeto, es todo lo que tiene una existencia real i accesible a esas facultades. De la naturaleza de esas dos entidades, depende toda la esfera del saber humano. El mundo no puede ser conocido, sino, en conformidad con su existencia, i el hombre no puede conocer, sino, con respecto a la naturaleza de sus facultades.

Podríamos traer, en confirmacion de este aserto, el desenvolvimiento de las ideas i nociones de la humanidad. Pero, este desenvolvimiento es un fenómeno mui complejo, i su descripcion excederia las dimensiones de un artículo. Por eso, nos concretaremos a estudiar el desarrollo de esas ideas, i de esas nociones, con relacion a un cierto órden de fenómenos: en la astronomía. Es preciso no perder de vista que vamos a valernos de un proceder de lójica, que no corresponde a la marcha real de las cosas. Las nociones astronómicas se han desenvuelto en el espíritu humano, en concordancia, con una multitud de nociones sobre otros órdenes de fenómenos, fortificándose i estimulándose todas ellas mutuamente. Por otra parte, el desenvolvimiento no ha sido constante i uniforme, ha experimentado largos recesos. Hechas estas consideraciones, veamos cuál ha sido el desarrollo de las ideas astronómicas.

Los hombres primitivos, cuya naturaleza era fundamentalmente idéntica a la nuestra, al contemplar el cielo con su aspecto de bóveda, tachonada de una infinidad de luminarias, jirando incesantemente sobre nuestras cabezas, no pudieron concebir lójicamente la movilidad de la tierra, que aparecia ante sus ojos, con una estension inmensa i con una tranquilidad solemne. Se imaginaron, como no pudieron ménos de hacerlo, a la tierra completamente inmóvil i al cielo dando vueltas a su rededor. Colocad al hombre mas eminente por el poder de su intelijencia, en el seno de la sociedad primitiva, e interrogadlo sobre la opinion que se ha formado del cielo i de la tierra. Su concepcion no sobrepujará a la de la sociedad que lo rodea.

Pasa el tiempo, i, a fuerza de contemplar el cielo, se observan cambios en las posiciones respectivas de los astros. Estos cambios sujieren la idea de movimientos ejecutados por esas luces, que al principio habian aparecido como enclavadas en la bóveda celeste. Los movimientos ejecutados por esas luces i la distancia que nos separa de ellas, inspiran la idea de que debian tener una gran dimension. Esta concepcion de globos inmensos que se mueven en el espacio, hace posible la idea de que la tierra, sea, a su vez, un sér de una naturaleza análoga. Algunos espíritus privilegiados se elevaron entónces a la grandiosa concepcion de un espacio infinito, en que flotan, en eterno movimiento, la infinidad de los astros, comprendida entre ellos la tierra. Sin embargo, esta concepcion no pudo tener, para los mismos que se elevaron hasta ella i mucho

ménos para la jeneralidad de los hombres, el carácter demostrativo que ha adquirido despues. Fué solamente una especie de hipótesis, basada en la analogía, que ha necesitado de mucho tiempo i de gran número de nuevos datos, para convertirse en certidumbre.

La astrolojía, que durante la edad media adquirió un gran desarrollo, apesar de su vana intension de penetrar el destino de los mortales por el aspecto del cielo, no por eso, estudiaba ménos la posicion respectiva de los astros i sus movimientos, i acumulaba, de ese modo, preciosas esperiencias, que produjeron al fin el hermoso sistema del inmortal Copérnico.

La grandiosa empresa de Colon, conduce a la demostracion positiva de la redondez de la tierra. Luego, aparece Galileo i aduce pruebas de su movimiento. Le sigue Keplero i traza las órbitas de los planetas. I por último, Newton enlaza en una eterna red a la infinidad de mundos que pueblan el espacio.

Desde ese dia, la ciencia de la astronomía se halla constituida.

La humanidad se ha elevado hasta ella, al traves de una serie de especulaciones, cada vez mas estensas i mas reales a medida que el número de los datos aumentaba.

El verdadero método para los estudios astronómicos no ha sido encontrado, hasta que un número crecido de esperiencias, acumuladas en el transcurso de los siglos por el trabajo colectivo de la humanidad, no ha permitido echar las bases de un sistema, que pueda servir de punto de partida seguro para las observaciones ulteriores. I, ese método consiste, en el conjunto de nociones positivas adquiridas por la intelijencia, respecto del universo. Desde entónces, el espíritu humano bien encaminado aprovecha todos sus esfuerzos i, cada dia, arranca nuevos secretos al cósmos. En los tiempos anteriores, las intelijencias mas poderosas se veian perdidas en medio de la inmensidad, sin poder encontrar un hilo que los guiara en el laberinto de los mundos.

La intelijencia encierra en sí, el poder de observar las semejanzas i las diferencias que existen entre las cosas i, de ese modo, agrupa las que se parecen i aparta las que se diferencian. Tiene tambien otra facultad mui importante, i es, la de encadenar los acontecimientos que se suceden en cierto orden. Estos son los elementos irreductibles que forman nuestra facultad de conocer. El primer ejercicio de esta preciosa facultad produjo agrupamientos i encadenamientos que eran mui lójicos, pero que, sinembargo, eran

completamente falsos. Esos agrupamientos i esos encadenamientos constituían el saber i el método de los hombres primitivos.

Los nuevos hechos, que la actividad constante de la inteligencia i la práctica variada de la vida acumulaban, rompían el cuadro de los agrupamientos i encadenamientos primeros, para reemplazarlos con otros agrupamientos i con otros encadenamientos.

El campo del saber se estendía i con su estension cambiaba la naturaleza del método. Sin embargo, estos cambios de método no han sido tan frecuentes como podrá parecer a primera vista. Cuando un cierto número de conocimientos habia determinado un método para el espíritu humano, uno, dos o mas hechos, que rompieran la simetria de ese método, no bastaban para derribarlo. Era necesario que los hechos fueran numerosos e importantes, para que el cambio se realizara. Por eso es, que la marcha de la humanidad ha sido infinitamente lenta. Basta echar una ojeada a nuestro rededor, para convencerse de la tenacidad para desaparecer, que debieron tener, en épocas ménos ilustradas, los métodos que predominaban cuando, ya no eran mas que obstáculos para el desarrollo de los conocimientos.

En el seno del gran movimiento científico que arrastra a nuestra época se hallan una multitud de espíritus que adhieren con fuerza a ideas e instituciones que han perdido toda su vitalidad, en presencia de las nuevas verdades. Cuando éstas han adquirido una evidencia incontrovertible, las aceptan, pero, sin penetrarse de su espíritu i conservando, en el fondo, el modo de sentir i de pensar propio de las nociones que fueron.

Así es, que el progreso del espíritu científico es mui lento.

De todo lo dicho me parece que se desprende la idea siguiente, respecto de la lójica: que ella, no es otra cosa, que el conjunto de conocimientos adquiridos por el trabajo lento i penoso de la humanidad, al traves de los siglos, en todas las esferas de su actividad.

Ahora, podemos responder a la pregunta que hicimos mas arriba sobre la causa de que espíritus tan eminentes, como Platon, Aristóteles, Descartes, Leibniz, etc., emplearan un falso método, para resolver los problemas del espíritu. Para que el buen método, el que pudiera dar resultados fecundos, fuera empleado, era necesario que la ciencia de la fisiología se hallara constituida. Esta ciencia no pudo llegar a establecerse, sino, despues que la química se hallase constituida a su vez. Lavoisier tuvo la gloria de constituir esta última ciencia, i poco despues, a principio de este siglo, el inmortal

Bichat creó la fisiología. Antes de entónces, en vano, los espíritus mas eminentes de la antigüedad i de la edad moderna hubieran tratado de encontrar el verdadero instrumento para conocer los fenómenos del espíritu. Creemos que esto basta para justificar a tanto hombre de jénio, que no ha podido encontrar la verdad en un órden de conocimientos, que ha permanecido sepultado en el misterio, hasta que la larva colectiva de la humanidad no enjendrara la brillante mariposa, que debia fecundar el seno vedado de la sicología.

Ahora, que la sicología se halla provista del poderoso instrumento de la fisiología, su marcha es segura i fecunda en resultados. Los trabajos de Bain i de Lewes muestran lo que, el empleo del nuevo método, es capaz de producir. Una viva luz ha sido esparcida en el misterioso gabinete del pensamiento i del sentimiento. La naturaleza de nuestras facultades, sus funciones i su desarrollo son conocidos, cada vez, con mas precision. I, si la esencia del espíritu humano será desconocida talvez para siempre, conoceremos, sin embargo, su modo de ser, sus necesidades, sus aspiraciones i sus progresos. I este conocimiento no puede ménos de ser un auxiliar utilísimo para la creacion de la historia de la humanidad; pues, él será, como una especie de criterio retrospectivo, en el laberinto de los datos históricos i prehistóricos. La historia de la relijion es una de las partes de esa grande obra, i como la relijion es la manifestacion de un sentimiento, que ha ajitado al hombre en su mision sobre la tierra, la sicología debe ser, de toda necesidad, un instrumento indispensable para el análisis i la interpretacion de ese sentimiento.

Esperando que el concurso de estos tres elementos, la etnología, el orientalismo i la sicología, cuando hayan adquirido todo el desarrollo de que son susceptibles, hagan realizable la formacion de la historia detallada i científica de la relijion, vamos a dar una lijera idea de la obra de Stuart Mill, que se puede considerar como la coronacion anticipada de esa historia.

Stuart Mill, espíritu esencialmente intelectual, trata el problema de la relijion con la serenidad que conviene a una cuestion de ciencia. Provisto de una ilustracion enciclopédica, ventila el asunto desde el punto de vista de los conocimientos modernos.

Hace un exámen del plan de la naturaleza, i no descubre en él, los signos de una providencia benévola i protectora. Muestra con una claridad i una lójica inimitables, que los progresos de la humanidad son el fruto de esperiencias penosas, i que ella no ha alcanzado la

suma de bienestar que posee en nuestra época, sino al través de errores e infortunios sin cuento, modificando i corrijiendo, en su mayor parte, las tendencias naturales. Estas ideas son desenvueltas por en medio de todas las objeciones que puedan hacerle, i que él se opone con todo el vigor del mas irreconciliable adversario. Nada de espíritu preconcebido, nada de teorías, a las cuales pretenda subordinar los hechos i las esperiencias. Investiga la verdad con la imparcialidad mas severa, i cuando ya ha agotado la materia, la conclusion se desprende espontáneamente.

Despues de estudiar las condiciones esternas de la relijion, estudiá sus condiciones internas, o para ser mas claro, despues de contemplar la naturaleza, para poder leer en ella los designios de una providencia, entra a observar al hombre, en sus necesidades i en sus aspiraciones.

Sus conocimientos fisiolójjicos i sicolójjicos le suministran datos preciosos. I, despues de un profundo análisis, emite la opinion de que el sentimiento relijioso se convertirá en ese otro sentimiento, tan desinteresado i tan fecundo, del amor a la humanidad. Un ejemplo histórico viene a corroborar sus consideraciones eventuales: la Relijion de Buda.

En una época, en que la inmanencia i la inmutabilidad de las leyes de la naturaleza no podian ser conocidas de una manera científica, apareció un hombre de una alma noble i pura, i penetrado de un amor infinito por sus semejantes. Sin embargo, ese hombre profesaba la creencia en el Nirvana. Aspiraba al reposo absoluto despues de haber hecho el bien; esa creencia, sin Dios, pero con virtud, fué abrazada por una multitud de individuos, i era un alimento suficiente para el espíritu humano.

Hoi dia, la inmanencia i la inmutabilidad de las leyes de la naturaleza son una verdad científica, i cada vez invaden mas i mas el dominio de las intelijencias. La idea de la intervencion o de la arbitrariedad en el gobierno del mundo, desaparece insensiblemente. El sentimiento tiene su apoyo en la conviccion intelectual. Debilitándose ésta, aquél disminuye en intensidad i concluye por extinguirse si la conviccion se disipa. Pero, el progreso de la humanidad al paso que disipa convicciones, las reemplaza con otras, i el sentimiento, en vez de extinguirse, no hace sino cambiar de objeto. A las concepciones individualistas sobre el destino humano, la marcha de las cosas ha sustituido concepciones socialistas. Antes el hombre creia que todo se lo debia a sí mismo, i pretendia eternizarse en su

personalidad. Hoi, una vision mas completa del órden del mundo, nos confunde en una filiacion i en una solidariedad, que abarca a la humanidad en la duracion inmensa de su pasado e indefinida de su porvenir i en el espacio entero de nuestro planeta. I de este modo, el sentimiento relijioso, al salir de la estrecha rejion del individuo, tiene el dilatado campo de la humanidad, para ejercitar su accion por la práctica del deber.

La humanidad encierra en su seno elementos imperecederos de bondad i de virtud. A ellos debe su salvacion en los naufragios de la moral. En diversas épocas ha presentado el mundo el espectáculo de sociedades sumerjidas en el vicio i en la corrupcion, que han dado nacimiento a seres abnegados i puros, que han salvado la virtud con su noble i heróico ejemplo. Del seno de la corrupcion bramánica brota la incomparable figura de Buda. La Grecia en un período sofístico e inmoral produce al virtuoso Sócrates. A la época del comienzo del imperio romano, cuando la sociedad yacia sumerjida en el desórden i la inmoralidad mas profundos, aparece, en un rincon del mundo, i talvez en el pueblo mas corrompido de ese tiempo, un hombre, cuya virtud i abnegacion irradian todavía en las sociedades modernas.

El grande acontecimiento relijioso, conocido con el nombre de la Reforma, tiene un carácter análogo. La Europa aletargada recibió entónces un vigoroso sacudimiento, que la lanzó en el camino de la virtud.

Al lado de estos sucesos culminantes, se desenvuelve en menor escala el drama glorioso de las aspiraciones hácia lo verdadero i hácia lo bueno. Un sinnúmero de individuos se han consagrado, en el trascurso de la historia, a la investigacion desinteresada de la verdad i a la práctica de la virtud; i muchos de ellos han pagado con su vida o con penosos sufrimientos, la crítica de las preocupaciones o de los vicios de su época. Pero, apesar de eso, la verdad i la justicia han conquistado una grande influencia sobre la humanidad.

La época actual se halla profundamente turbada, por lo que respecta a la moralidad. En medio de este desórden, se distinguen dos elementos opuestos: la moral teolójica i la moral humana. Una multitud de matices rodea estos elementos. Para la primera, el tipo mas elevado de la vida del hombre, es la creencia sincera i completa en los dogmas de su relijion respectiva, i la abominacion de las otras creencias, i mas que todo, de la falta de creencias.

Toda una série de compresiones, para el vuelo de la intelijencia i para las expansiones del corazon, se desprende de esa concepcion estrecha del deber del hombre. Los espíritus que la siguen, no se atreven a subir a las supremas rejiones de la ciencia, i todo lo conciben de una manera confusa i contradictoria. I por otra parte, no experimentan mas que desapego, si no ódio, para con los nobles seres que consagran su vida a investigar el secreto de las cosas. Es preciso reconocer, que esta moral es profundamente inmoral, i que la sociedad, donde domine por completo, no producirá ni talentos, ni virtudes. Talvez esta aseveracion parezca demasiado severa i aun exajerada, pero una lijera explicacion patentizará su verdad.

A mi modo de ver, el que en el seno de la ciencia i de la crítica en que bulle nuestra época, sostiene errores fundamentales, ya sean científicos, filosóficos o históricos, no es un talento.

Así, cuando veo el brillante escritor Jaime Balmes, desarrollar la tésis de que el protestantismo i la revolucion, los acontecimientos mas grandes i fecundos de la edad moderna, han retardado i desencaminado el progreso de la humanidad, no puedo ménos, de formarme una pobre idea de su facultad de concebir la realidad de las cosas.

La virtud, segun el ideal del espíritu moderno, consiste, en el amor sincero de todos los individuos laboriosos i rectos, i la moral teolójica escluye de nuestra simpatía al que no participa de nuestra creencia relijiosa.

La moral humana, al contrario de la moral teolójica, estimula todas las aspiraciones hácia lo verdadero i hácia lo bueno, que puedan surjir en el espíritu. Segun ella, cada verdad nueva es un auxilio mas para la humanidad, i todos los hombres, cualesquiera que sean sus creencias, son considerados dignos de nuestro afecto i de nuestro interes.

La conducta observada por los fieles discípulos de esta moral, desespera a sus adversarios, por su dignidad, su entereza i su virtud. Hai, sí, un sentimiento que le es particularmente odioso. I es la hipocresía: pues, a su sombra, no puede desarrollarse ningun espíritu noble i elevado.

La norma que la moral humana tiene para distinguir las acciones en buenas o en malas, es el provecho o el perjuicio que dichas acciones causan a la humanidad. Este criterio es claro i definido, i no permite cohonestar una conducta perniciosa, so pretesto de que ella será grata a la divinidad. Ilustraremos el punto con un ejem-

plo. La intolerancia, es un precepto de moral relijiosa, porque la tolerancia presupone el debilitamiento de la fé, cierta indiferencia, i trae ademas el peligro del contajio de doctrinas falsas i perniciosas. La tolerancia, es un precepto de moral humana, porque el respeto de todas las creencias desarrolla el amor a nuestros semejantes, i prepara la confraternidad de las sectas, i tras ella, la de los pueblos.

El juicio de ámbas morales no puede ser mas opuesto, i la eleccion, entre ellas, no puede ser dudosa para la verdadera virtud.

Antes de concluir, voi a hacer notar un contraste singular, aunque, por otra parte, fácil de esplicar.

La moral teolójica pretende ser discípula del Cristo, a quien considera como Dios; la moral humana, a juicio de esta, lo escarnece, porque lo ha colocado en su verdadero puesto de hombre virtuoso; i, sin embargo, aquella participa de todos los defectos que Jesucristo fulminó, i esta, se halla penetrada del espíritu que animaba al justo. En una palabra, los que lo invocan lo desconocen i los tildados de ingratos, lo respetan i lo aman. Contraste singular dijimos, pero fácil de esplicar; i en efecto lo es.

La moral teolójica bebe sus inspiraciones en una relijion dominante i recelosa, que remonta, por su orijen, al Cristo, pero, de cuya enseñanza no participa. Jesucristo vivió en una época de corrupcion profunda. En su espíritu noble i elevado no pudo permanecer impasible, i se sacrificó por la rejeneracion de sus semejantes. Su virtuosa vida i su heroica muerte despertaron a esa sociedad, adormecida por la embriaguez del vicio. Los que primero participaron de sus doctrinas, experimentaron grandes dolores i martirios sin cuento. La virtud mas pura animaba a esos seres desgraciados i perseguidos. La abnegacion i el heroismo concluyeron por triunfar, i las creencias de unos pocos, pasaron a ser el alimento de la multitud. Desde entónces la escena cambia, las doctrinas que en un principio eran buscadas como un refujio contra el desórden de la sociedad, son ahora las creencias del vulgo, i se nace en ellas, i se vive con ellas. La virtud i el heroismo las abandonan, i solo quedan vanos preceptos i fútiles ceremonias. No quiero decir, con esto, que desde que la relijion perdió su pureza primitiva, su obra ha sido perniciosa. Por el contrario, en la edad media,—esa gran crisis que transformó al mundo antiguo en el mundo moderno,—la Iglesia prestó servicios inapreciables. Era la palabra de órden, en el caos de los elementos sociales, durante ese período. Pero, llega la

edad nueva, i la influencia de la Iglesia, no ha hecho mas que retardar la marcha de la sociedad, i sembrar la anarquía i el desaliento en la jeneralidad de los espíritus. El desarrollo de las ciencias amenazaba de muerte una doctrina, cuyo fondo intelectual pertenecia a una época relativamente ignorante del espíritu humano. Así es que la vemos hacer esfuerzos inauditos, para sofocar las aspiraciones hácia la verdad, cada vez mas intensas. Una moral estrecha e hipócrita era la consecuencia obligada de ese modo de ser.

La moral humana, inspirándose en el bienestar de la sociedad, busca lo verdadero i lo bueno, obedeciendo, de ese modo, a móviles análogos a los del Cristo, sin otra semejanza, que los dieziocho siglos de esperiencia que aquél no pudo aprovechar. Aplaude i estimula las conquistas de la ciencia, porque sabe, que a medida que se estienden los horizontes intelectuales, las concepciones morales son mas bellas i mas fecundas. Condena terminantemente la hipocresía, porque sabe, que en su atmósfera no pueden desarrollarse los sentimientos nobles i jenerosos. Su mas viva aspiracion, es disminuir las dolencias que aquejan a la humanidad. Trata, por todos los medios posibles, de romper las barreras de animadversion que separan a las clases i a los pueblos. Difunde con el mas tierno empeño la caridad i la tolerancia. Vigoriza el sentimiento del deber, con la perspectiva de los placeres íntimos i profundos que arrastra consigo su práctica. I por último, ensancha el cuadro de la virtud con el mas sublime i el mas desinteresado de todos los sentimientos, el amor de la humanidad: sentimiento, que solo ha podido nacer en nuestra época, en que la acumulacion colectiva e histórica de la esperiencia i del saber, ha permitido elevarse a la concepcion del verdadero destino del jénero humano.

Para esplicar este sentimiento preferimos dejar hablar a Littré, que lo caracteriza de una manera incomparable, en el siguiente trozo:

«El amor de la humanidad ha nacido entre las jeneraciones modernas i no ha podido nacer sino entre ellas. Es preciso distinguirlo del amor a los hombres, tan noblemente fundado por el cristianismo, que recibimos como nuestra mejor herencia. El amor de los hombres es esa caridad que los lleva a socorrerse mutuamente i a tratarse como amigos, como hermanos. El amor de la humanidad, que comprende en sí, el amor de los hombres, es ese interes vivo i poderoso, aunque impersonal, que nos liga a su pro-

greso, a lo que ella fué en el pasado i a lo que será en el porvenir, que nos penetra de una alegría profunda cuando esta gran causa prospera i de una tristeza no ménos profunda cuando ella experimenta algun reves, i que nos hace desear tanto contribuir por poco que sea, a esta obra recibida de nuestros abuelos, transmitida a nuestros descendientes».

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE.

DISCURSO

pronunciado por el profesor de Código Penal de la Universidad, al inaugurar el curso de 1875.

SEÑORES:

La lei penal es tan antigua como el mundo. No es posible concebir la existencia del hombre, aun ántes de la formacion de la familia, sin un principio de órden i sin que este órden tenga una sancion. Dos seres poblaban la tierra cuando tuvo lugar la primera infraccion de la lei divina. Mas tarde vagaban solitarios tres hermanos, únicos pobladores del orbe, i violando la lei natural, uno de ellos destrozó una existencia que Dios i su corazon le mandaban respetar. Así es cómo dos crímenes i su castigo forman la historia de nuestros primeros padres. Hé aquí por qué la lei penal es coetánea con el hombre.

La libertad es el principal atributo de la especie humana, i para que no dejenere en licencia, necesita estar limitada por el derecho ajeno. Desde que se vulnera este derecho, nace el delito; i quien dice delito, dice castigo.

No por eso se crea que aquella lei tuvo desde su oríjen una forma tangible. En los pueblos primitivos, el derecho de venganza fué el principio fundamental de las penas. Antes de la existencia de la sociedad, careciendo el hombre de una fuerza colectiva que hiciese respetar sus derechos, necesitó, para defenderlos, repeler la violencia con la violencia, dando así nacimineto a la justicia privada que fué la precursora de la justicia pública.

Formada la familia, el padre fué el lejislador. Vino despues la tribu, i el patriarca asumió igual carácter. Organizado el Estado, el soberano fué el supremo regulador de las acciones humanas.

Tambien los sacerdotes de los primitivos tiempos fueron los dispensadores de la justicia. En la India, en el Ejipto, en el pueblo judío, en la Grecia, estaban en uso los sacrificios espiatorios para aplacar la cólera celeste. Así fué cómo la justicia humana buscó su sancion en la lei divina, dando nacimiento a una confusa idea de moralidad detestablemente comprendida.

La lei penal no deriva su importancia únicamente de su antiqüedad. Ella es una condicion indispensable para la existencia de la sociedad; i sin ella viviríamos en el cáos. ¿Quién daría garantías al lejítimo uso de la libertad; quién pondría a cubierto nuestra existencia contra las asechanzas de las malas pasiones? La justicia divina perderia su prestigio desde que no hubiera en la tierra quien diese sancion esterna a la violacion de las leyes humanas que no son ni deben ser sino un reflejo de la lei de Dios.

Sin embargo de su importancia, la lejislacion penal es la que ha hecho ménos progresos. La antiqüedad nos ofrece ejemplos casi perfectos de las lejislaciones política i civil. La mayor parte de ellas han sobrevivido durante siglos a los pueblos que las dictaron.

No sucede otro tanto con la lei penal, que por su naturaleza es progresiva i debe acomodarse a las exigencias de los tiempos. Lo que ayer fué delito, mañana deja de serlo; lo que ayer era inocente, pasa despues a ser criminoso. Esto no quiere decir que el delito, como símbolo del mal, sea susceptible de modificaciones; porque, llámese como se quiera, siempre será la transgresion de la lei, o la conculcacion del derecho ajeno. Pero si su esencia es inmutable, no sucede otro tanto con su estension i su aplicacion, habida consideracion a los pueblos, a las épocas i a las costumbres.

En su oríjen, las leyes penales no obedecian a ningun principio filosófico ni en la clasificacion de los delitos ni en la aplicacion de las penas. No hai para qué buscar la confirmacion de este aserto en los pueblos nómades que fueron la cuna de la humanidad. Lleguemos a Grecia i a Roma, i veremos la prueba de lo que ántes dije. Poseian leyes políticas i civiles perfectas para la época en que esos pueblos florecieron, al paso que sus leyes criminales eran una protesta viva contra la civilizacion de que tanto se enorgullecian.

Seiscientos sesenta años ántes de Jesucristo, Dracon dió al pueblo ateniense una lejislacion en que era conocida una sola pena—la de muerte—para toda clase de delitos.—Las leyes mismas de Solon autorizaban los suplicios de la lapidacion, de la cruz, del

fuego i de los azotes para castigar, no solo el homicidio, sino tambien la traicion, la desercion al enemigo, el hurto manifesto, la profanacion de los misterios i el sacrilejio.

En cuanto a la manera como se aplicaban estas penas, dejo la palabra a Barthelemy que, en su *Viaje del jóven Anacársis*, se expresa en estos términos: «Si pudieran multiplicarse estas inscripciones hasta el punto de ofrecer la escala de todos los delitos, i la de las penas correspondientes, hallaríamos mas equidad en los juicios, i ménos crímenes en la sociedad. Pero en ninguna parte se ha procurado ni emprendido la evaluacion de cada una de las faltas humanas; i es tambien jeneral la queja de que el castigo de los culpables no sigue una regla uniforme. La jurisprudencia de Aténas suple en muchos casos el silencio de las leyes. Cuando éstas no especifican el castigo que ha de padecer el criminal, se necesita un primer juicio para declarar convicto del crimen al acusado, i otro segundo despues, para estatuir sobre la pena que ha de imponérsele. En el intervalo del primero al segundo, le preguntan los jueces cuál es la en que se condena a sí mismo. Entonces le es permitido escojer la mas suave i mas conforme a sus intereses, aunque el acusador haya propuesto otra mas dura i mas conforme a su odio; los oradores discuten una i otra; i los jueces, haciendo en cierto modo de árbitros, procuran aproximar o conciliar las opiniones, i encontrar la mayor proporcion posible entre la falta i la penalidad.»

Como se vé, la lei ateniense era letra muerta entregada inermemente a la arbitrariedad mas monstruosa de los majistrados que debian aplicarla.

Sí de Grecia pasamos a Roma, observamos que la lejislacion criminal primitiva del pueblo rei estaba vaciada en el mismo molde que la de Dracon. Los reos eran tan pronto precipitados de la roca Tarpeya, como encerrados en un saco i arrojados al mar, o quemados vivos, o clavados en una cruz, o entregados a las bestias feroces. Algunos de estos suplicios fueron reemplazados por las penas de la espada i de la horca, por la amputacion de un miembro, por los azotes i la marca candente estampada en la frente del condenado.

I esta lejislacion que hacia una confusa mezcla de los delitos, pues que castigaba con la misma pena el homicidio i las reuniones nocturnas, la injuria i el incendio, la traicion i la hechicería, constituia el derecho quiritarío solo aplicable a los ciudadanos

romanos. Los extranjeros no estaban bajo la garantía de la lei, i las mujeres, los hijos i los esclavos eran cosa de que el señor podia disponer a voluntad.

Tal fué la lei de la República. Bajo el imperio esperimentó paulatinas i notables variaciones, aumentándose el catálogo de los delitos i el de las penas, i haciendo por consiguiente disminuir la arbitrariedad de los pretores. Pero aparecieron nuevos delitos i nuevas penas que revelaban la abyeccion del gran pueblo. Se inventó el crimen de lesa majestad i se jeneralizó la muerte en el circo i la confiscacion.

De repente aparece en el horizonte el faro mas luminoso que haya alumbrado al mundo. La sublime doctrina del Hombre Dios empieza a disipar las tinieblas del paganismo i a infiltrar en los e-
píritus la idea exacta de lo justo i de lo injusto, estableciendo bajo bases indestructibles la moralidad de las acciones humanas. El torrente debió sin embargo llevar un curso lento, porque le obstruian el paso las costumbres estragadas del imperio i el despotismo de los emperadores. De aquí fué que a medida que el derecho civil hizo progresos tan notables que ha quedado hasta hoi como monumento de ciencia, el derecho penal quedó muchas escalas mas abajo.

Tanto en la Instituta, como en el Código i en el Dijesto apénas se consignó un título en la primera i un libro en cada uno de los segundos, a la materia penal, dando por otra parte una estension desmesurada a la materia civil. No obstante, hubo progreso, debido al cristianismo. Quedó prohibida la esposicion de los condenados al circo; fué limitada la confiscacion i reducidos los crímenes de lesa majestad. Hai ademas que notar que la lejislacion criminal del imperio consignó por primera vez el gran principio que sirve de fundamento a la ciencia i que consiste en declarar que *no es delito sino el establecido por la lei*. Ese principio dió el golpe de muerte a la arbitrariedad, esa plaga que turbaba todo órden social en los pueblos paganos.

Caído el imperio romano a impulsos de las hordas salidas de los bosques de la Jermánia i de las llanuras de la Escitia, cayó tambien la civilizacion para ser reemplazada por la barbarie.

Los nuevos dueños del mundo lo hicieron retrogradar siglos. A la lei escrita sucedió el capricho de las asambleas, las cuales aplicaban de ordinario la pena de muerte diversificada de mil maneras.

A fines del siglo cuarto o principios del quinto de la era cristiana la confusion llegó a su apojeó, siendo la Europa invadida de nuevo por los vándalos, los suevos, los francos, los godos, los alanos, los hunos i demas hordas salvajes que destruyeron todo jérmen de civilizacion, i por consiguiente toda idea de derecho. La fuerza bruta i la violencia eran la suprema lei del universo.

Como no me propongo trazar sino un brevísimo cuadro de nuestra lejislacion penal, no seguiré la historia de ésta sino en cuanto se relaciona con los códigos que heredamos de la metrópoli.

Entre los conquistadores del mundo, fueron los godos quienes, despues de medio siglo de cáos, fundaron en España la mas poderosa monarquía de aquellos remotos tiempos. Sus reyes procuraron amalgamar las razas conquistadora i conquistada; i desde Alarico empezaron a introducir unidad en la nueva lejislacion que debia sustituir a la romana. El principal elemento de esta lejislacion fueron las costumbres traídas de las selvas, i su mas antiguo lejislador, en un sentido lato, el pueblo mismo en su instintiva i ruda barbarie. Eurico fué el primero que las escribió, i sus sucesores, absolutos como él, las hicieron por sí solos, cuando lo creyeron conveniente. Muchas fueron casi copiadas de la lejislacion romana; en otras se tomó a ésta por modelo, variando algun tanto sus disposiciones, acomodándolas o reduciéndolas a lo que exija el estado de la sociedad. Mas adelante se hicieron algunas por los monarcas, acompañados con los señores de su corte. Los concilios de Toledo, por último, desde Recaredo hasta Égica, completaron aquella lejislacion dándole su última forma en el Código mas célebre de la antigüedad, en el *Fuero Juzgo*.

No seré yo quien pretenda calificar ese Código con mas propiedad que lo han hecho Pacheco, Gibbon i Guizot.

En su introduccion a los Comentarios del Código español, Pacheco dice: «Ni es esa universalidad de una propia lei lo que solo » tenemos que celebrar en el punto de las doctrinas jenerales con- » signadas por el *Fuero Juzgo*. Toda esta parte de aquel Código, » que así se aplica al derecho penal como al civil, es de una ad- » mirable perfeccion. Elévanse en ella los lejisladores, Reyes o » Concilios, a una altura de razon i de filosofía, que no puede mé- » nos de sorprender i de lisonjear el ánimo. La claridad de la es- » presion compite aquí con la exactitud del pensamiento. No pue- » de llamarse ya un pueblo bárbaro el que con tanta correccion » concibe i espresa sus ideas.»

No ménos favorable es el juicio que acerca de este Código emite Gibbon en su *Historia de la decadencia i destruccion del imperio romano*: « Uno de los concilios lejislativos de Toledo, dice, examinó i ratificó el Código de aquellas leyes, dictadas bajo la série de los príncipes godos, desde el reinado del feroz Eurico hasta el del piadoso Égica. En tanto que los wisigodos conservaron las antiguas i sencillas costumbres de sus mayores, habian dejado a sus súbditos de España i de la Aquitania la libertad de seguir los usos romanos. El progreso de las artes, de la política i de la relijion los condujo a esas instituciones estranjeras, i a componer, a su ejemplo, un Código de jurisprudencia civil i criminal para uso comun de las naciones que formaban la monarquía española, las cuales obtuvieron unos mismos privilejios i quedaron sujetas a las mismas obligaciones. Los conquistadores renunciaron al idioma teutónico, se sometieron al freno saludable de la justicia, e hicieron participes a los romanos de los beneficios de la libertad... Ciertamente me disgusta el estilo del Código, como me es odiosa la supersticion que en él se halla; pero no temo decir que aquella jurisprudencia anuncia i descubre una sociedad mas culta i mas ilustrada que la de los borgoñones i aun la de los lombardos.»

En su *Curso de historia de la civilizacion europea*, hablando de la monarquía wisigoda, se espresa Guizot de esta manera: « En España es otra fuerza, es la fuerza de la Iglesia la que emprende restaurar la civilizacion. En lugar de las antiguas asambleas jermánicas, de las reuniones de los guerreros, son los concilios toledanos los que surjen i echan raices; i si bien concurren a ellos altos señores del Estado, siempre son los eclesiásticos los que tienen su direccion i primacia. Abrase la lei de los wisigodos, i se verá que no es una lei bárbara: evidentemente la hallaremos redactada por los filósofos de la época, es decir, por el clero; abundante en ideas jenerales, en verdaderas teorías, i en teorías plenamente estrañas a la índole i costumbres de los bárbaros. Sabido es que el sistema lejislativo de éstos era un sistema personal, en que cada lei no se aplicaba sino a los hombres del mismo linaje. La lei romana gobernaba a los romanos, la lei franca dirijia a los francos. Cada pueblo tenia sus reglas especiales, aunque estuviesen sometidos a un mismo gobierno i habitasen el propio territorio.... Pues bien, la lejislacion de los wisigodos no es personal, sino que está fundada sobre aquel. Wisigodos

» i romanos están sometidos a la misma lei. Pero no es esto solo.
 » Continuemos examinándola, i hallaremos señales de filosofia aun
 » mas evidentes. Entre los bárbaros, cada hombre tenia, segun su
 » situacion, un valor determinado i diverso: el bárbaro i el romano,
 » el hombre libre i el esclavo no eran estimados en un mismo pre-
 » cio; habia, por decirlo así, una tarifa de sus vidas. En la lei
 » wisigoda sucede todo lo contrario, ella establece el valor igual
 » de los hombres ante su presencia. Considerad, por último, el
 » sistema del procedimiento: en vez del juramento de los *compur-*
 » *gatores* i del combate judicial, encontraréis la prueba por medio
 » de los testigos, i el exámen racional de los hechos, como puede
 » practicarse en cualquier nacion civilizada. En una palabra, la le-
 » jislacion wisigoda lleva i ofrece en su conjunto un carácter eru-
 » dito, sistemático, social. Descúbrese bien en ella el influjo del
 » mismo clero que prevalecia en los concilios toledanos, i que in-
 » fluia tan poderosamente en el gobierno del país».

No se crea por esto que el *Fuero Juzgo* pronunció la última pala-
 bra en materia penal. Léjos de eso. Si bien se observa en él un mé-
 todo filosófico, i un gran progreso sobre la lejislacion de los pueblos
 de la antigüedad, dejó no obstante subsistente una penalidad verda-
 deramente absurda. En casi todas las pájinas del Código, en que se
 trata de los delitos, se prodigan con una asombrosa profusion las
 penas de escomunion, de muerte, de tormento, de descalvacion,
 de marca, de azotes, de perdimiento de miembros i otras tan bru-
 tales como éstas. Pero lo que mas llama la atencion, es la retro-
 gradacion al sistema bárbaro de la venganza personal, pues que
 hai casos en que el castigo de un delito consiste en entregar al
 criminal a merced del ofendido.

En el *Fuero Juzgo* vemos la mas alta espresion de la ciencia del
 siglo VII; pero aquella ciencia no parece tal en nuestros dias. Pa-
 ra hallar algo que le sea comparable en aquellas edades, es preciso
 dar un salto de seis siglos, hasta la promulgacion que en el XIII
 hizo Alonso el sábio del Código de las Partidas.

Pero estos seis siglos no fueron una pájina blanca en la historia
 de la humanidad. Se realizaron sucesivamente la invasion de los Sa-
 rracenos, i la consiguiente desaparicion de la monarquía wisigoda,
 la formacion i el progreso de los Estados cristianos i varios otros su-
 cesos que se verificaron durante la larga noche de la Edad media.
 En esa edad fué destrozada la unificacion que los godos de Espa-
 ña habian introducido en la lejislacion. Nacieron los fueros, espres-

sion jenuína del feudalismo, i protesta viva contra toda noción de justicia i de derecho.

Acerca de estos fueros, nada mas curioso que el extracto que hace de ellos Perez Hernandez en su libro titulado *Boletín de Jurisprudencia*, i que no resisto a la tentacion de reproducir.

« Nada puede imaginarse mas absurdo que la lejislacion penal de aquella época. Ella reconocia como medios de prueba los llamados juicios de Dios, que el código wisigodo habia repudiado. El del agua caliente, el del hierro encendido i el del duelo, todos hallaron acogida en los fueros municipales, admitiéndolos algunos hasta para las causas civiles. Las penas desproporcionadas i horrorosas, señaladas casi jeneralmente contra ciertos crímenes, formaban singular contraste con la inesplicable lenidad con que otros, mas graves acaso, eran castigados, cuando no quedaran absolutamente impunes.

« Hé aquí como castigaba el simple hurto el Fuero de Cuenca, *Quicumque de furto vel latrocinio convictus fuerit, precipitetur.* A ser despeñado condenaba tambien el de Sepúlveda *a todo juicio que con cristiana fallaren.* Una muerte aun mas cruel se imponia, segun el de Plasencia, al infractor de cualquiera de sus disposiciones. *« Todo home que fuero de Plasencia quebrantare, sea lapidado sin caloña ».* *Todo home, decia el de Cáceres, que uvas furtare, de noche, o cual cosa quisiere, si verdad fallaren al caldes, jurados i voceros, enfórquenlo ».* El de Baeza mandaba quemar viva a la mujer que a sabiendas abortase: el de Soria, que se quitaran los dientes al falsario: el de Fuentes, que se cortase el puño al criado que a su amo hiriera, i otros infinitos establecian penas no ménos crueles i desproporcionadas con los delitos. Hasta contra el mero deudor, siendo de ciertas clases, fulminaba el de Bonoburgo de Caldelas el mas inhumano apremio. Si fuese clérigo, o soldado el deudor, *atado a los piés de un caballo, o a la clin, i poniéndole humo a las narices, tráiganle así por la villa hasta que pague ».*

« Pero miéntras por un lado despleaban esta severidad feroz, por otro eran excesivamente induljentes. Una multa, por lo comun de quinientos sueldos, i de ciento solo en algunas cartas, era toda la pena con que se reprimia el homicidio voluntario. *Pactet* (decian los fueros de Logroño i de Miranda) *suo homicidio quingentos solidos, et non amplius.* El de Sahagun ménos se- vero, reservaba esa multa para el asesinato i alevosía, imponien-

» do solo la de cien sueldos al simple homicida. *Homicida cognitus dabit centum solidos..... Qui per fraudis molimina hominem recaverit, quingentos solidos dabit.* El de Salamanca no multaba mas que en cien maravedís al matador; pero le imponia tambien la pena de destierro, i cuando era insolvente, la de muerte. Si non habier onde pechar los cient maravedis, pónganlo en la forca.»

« Era bastante jeneral esta disposicion cruelísima por la cual costaba al pobre la vida la insolvencia. *El que non compliere las caloñas en materia grave, yaga en el cepo, nin coma nin beba fasta que muera,* decia el fuero de Fuentes. I lo mismo disponian el de Molina, el de Madrid i el de Cuenca. «*Si los alcaldes non fallaren onde hagan entrega de las caloñas, los fiadores de salva pechen todas las caloñas fasta tres nueve dias. Et si fasta tres nueve dias non pecharen esta caloña, asi como dicho es, el plazo pasado, séales devedado el comer et el beber, fasta que mueran de hambre et de sed en la prision.*» Lei absurda que ya no se ensangrentaba contra el delincuente, sino contra los hombres benéficos que condolidos talvez de la situacion en que le vieran des pues de su yerro, habian cometido la imprudencia de responder de las penas pecuniarias de que pudiera ser responsable.

« Entretanto, esta lejislacion bárbara autorizaba las composiciones entre el ofensor i el ofendido, hasta el punto de dejar impunes los delitos mas graves i dañosos para la sociedad, como aquellos se avinieran. Concedia salvo-conducto al reo que, por medio de la fuga u otro cualquier ardid, hubiese logrado burlar durante el corto espacio de nueve dias la persecucion del injuriado, sus parientes i ministros de justicia. I para mayor desórden, abandonaba entónces a la venganza privada el cuidado de castigar la ofensa, aunque ella hubiese afectado evidentemente el interes público, i el decoro i dignidad de la leyes. *Si quis homicidium fecerit, et fugere potuerit de civitate aut de sua domo, et usque ad novem dies captus non fuerit, veniat, securus ad domum suam, et vigilet se de suis inimicis; et nihil sajoni vel alieni pro homicidio, quod fecit, persolvat.*» Esta disposicion del Fuero de Leon, el mas antiguo i el mas jeneralizado acaso entre todos, hace ver cuan mezquinas eran las ideas que aquellos lejisladores tenian de la justicia criminal.»

Este laberinto monstruoso desapareció con la publicacion del Fuero Real, en el que se volvió a la unidad de la lejislacion que habia sido destruida durante la edad media. El nuevo Código fué

una recopilacion de los fueros particulares; i en él se modificó la bárbara penalidad introducida en éstos. Suprimiéronse muchos de los martirios con que ántes se reprimian los delitos, i fueron reducidos por regla jeneral a la multa, el destierro i la muerte. Por primera vez se introdujo cierta proporcionalidad en las penas, graduándolas segun el mal causado por el delito. ¿Quién no ha leído la famosa lei 3.^a, título 5.^o, libro 4.^o del Fuero en que se avalúa cada hueso, cada parte del cuerpo humano dañado por una herida, imponiendo una multa cada vez mayor a medida que era mayor la lesion causada? Absurda como es esta lei, ella establece una escala, una graduacion que se armoniza con las sanas ideas de lejislacion penal.

Pero donde el Fuero introdujo una verdadera e importante innovacion desconocida hasta entónces, fué en el reconocimiento de la accion pública para perseguir los delitos. Así se dió un golpe de muerte al sistema antiguo fundado en la venganza individual.

Grandes como fueron los beneficios que hizo el Fuero Real, ellos tuvieron mui corta duracion. Su mérito fué eclipsado por la publicacion del gran Código de las Partidas, el mas vasto i sabio cuerpo de leyes que hasta el siglo XIII se habia dictado.

Las Partidas son un modelo de lejislacion civil; mas en la parte penal son en muchos puntos inferiores al Fuero Juzgo. El lejislador de las Partidas se inspiró en las teorías romanas; i ya he indicado cuán atrasadas eran éstas relativamente a la penalidad. Por eso es que reaccionando contra el Fuero Juzgo, las Partidas restablecen la trasmisibilidad de la pena a los descendientes i herederos del reo; conservan la lapidacion, la marcá, la muerte, los azotes, el juicio de Dios, la confiscacion, la infamia i el tormento.

Tal fué la lejislacion penal española hasta el último dia del siglo XVIII. A principios del presente, Cárlos IV promulgó la Novísima Recopilacion, en cuyo libro XII se modificó algun tanto el rigor de las Partidas; pero conservando el conjunto semi-bárbaro que tan bien reflejaba el progreso hecho hasta el siglo XIII i que tanto repugna a las ideas de la civilizacion actual.

Nuestra independenciam de la metrópoli solo fué completa en cuanto a lo político. Las leyes españolas continuaron rijiéndonos con absoluto imperio, salvas algunas disposiciones aisladas que las modificaron en sentido mas humano. Con escepcion de la lei de hurtos i robos de 1849, en la cual por primera vez se tomaron en cuenta los principios de la nueva ciencia penal, todas las demas

revelan un desconocimiento completo de aquellos principios. Así, por ejemplo, el senado-consulta de 1824 que los tribunales han aplicado hasta ayer, imponía inflexiblemente dos años de presidio al autor de una herida con cuchillo, sea que la víctima hubiera recibido un rasguño, sea que afectada alguna parte noble del cuerpo humano, hubiera estado al borde de la tumba, con tal que la vida fuera salva.

Sin la facultad de indultar que la Constitución confiere al Presidente de la República, habríamos presenciado a cada paso el repugnante espectáculo de la diaria aplicacion de penas absurdas, bárbaras, incomprensibles en los tiempos que alcanzamos. Pero esa facultad ha producido un mal de gravísima trascendencia. Haciendo ilusoria la acción de la justicia, pues que sus fallos, fundados en leyes viejas de seis siglos, eran inejecutables, la majestad de la lei ha cedido su puesto a la arbitrariedad gubernativa.

Afortunadamente para la ciencia legal, en setiembre de 1851 pasó a ser Presidente de la República el señor Montt, que lo era de la Corte Suprema, i que por lo mismo habia sufrido por largos años la tortura de suscribir sentencias fundadas en las leyes que acabo de analizar—A su iniciativa se debió la promulgacion de la lei de 14 de setiembre de 1852 que facultó al gobierno para asignar una renta igual a la que gozaban los Ministros de la Corte Suprema, a las personas a quienes comisionase para preparar proyectos de reforma de Códigos.

El señor Montt no tardó en hacer uso de esta autorizacion, pues que al mes siguiente espidió el decreto de 26 de octubre, por el cual se comisionó a mi malogrado dendo Antonio Garcia Reyes para formar un proyecto de Código Penal. Atenciones premiosas primero i despues la cruel i prolongada enfermedad que en hora temprana le arrebató la existencia, impidieron al señor García Reyes desempeñar su cometido.

Algunos años mas tarde el señor don Manuel Carvallo fué nombrado en reemplazo del señor García Reyes. Fruto de su laboriosidad fué la redaccion de los dos primeros libros del proyecto de Código Penal, el cual no llegó a su conclusion porque tambien la muerte sorprendió a su autor en medio de sus trabajos.

Ultimamente, bajo el gobierno del Sr. don J. J. Perez, se nombró a fines de 1869 una comision compuesta de don Eulojio Altamirano, don José Clemente Fábres, don José Antonio Gandarillas, don José Vicente Avalos i don Manuel Renjifo, teniendo

este último el título de redactor. Cúpome la honra de presidirla, habiéndonos visto privados al cabo de poco tiempo de los servicios del señor Avalos, quien fué reemplazado por don Adolfo Ibañez.

La comision funcionó desde el 8 de marzo de 1870 hasta el 22 de octubre de 1873, dando como fruto de sus trabajos el Código Penal que hoi es lei de la República.

Fresca esta en la memoria la discusion a que dió lugar en el Congreso la presentacion de este Código. Tenaces resistencias le salieron al camino. Entre sus artículos, habia algunos que rompián bruscamente con ideas i preocupaciones heredadas de la colonia. Habia otros que, dulcificando las rudezas de la lejislacion antigua, en lo que se rozaba con las relaciones entre la Iglesia i el Estado, contrariaban abiertamente las pretensiones de una nueva escuela que intenta trastornar el órden establecido durante siglos, sometiendo la autoridad soberana de la lei al yugo de poderes estraños e irresponsables. El nuevo Código abria una nueva era. Apagaba las hogueras en que perecian ántes los herejes: desconocía el delito de blasfemia; i dejaba a cada cual en la mas completa libertad para tributar culto al Dios de sus creencias. Consecuencia de esto era que los lugares destinados a ese culto estuviesen bajo el amparo de la lei; i que el recinto que un creyente dedica a sus prácticas relijiosas fuese rodeado de mas garantías que la morada de un particular.

No se quiso comprender el alcance de la interpretacion del art. 5.º de la Constitucion. Desde que a la faz de la lei los disidentes podian celebrar su culto; desde que la relijion católica estaba asimilada a las demas con la sola diferencia de las manifestaciones esternas que eran permitidas a aquella i prohibidas a estas últimas, la herejía i la blasfemia no podian quedar con otra sancion que la sancion de la conciencia. Desde que la lei permitia el ejercicio privado de algun culto, no podía ménos que proteger los lugares en que se diera ese culto.

Por fortuna, las ideas del proyecto lograron abrirse paso hasta convertirse en una institucion contra la cual será imposible reaccionar mas tarde.

El proyecto negaba al Sumo Pontífice la facultad de atacar la independenciá de Chile, así como la de dictar disposiciones que importasen desobediencia a nuestras leyes. Este principio, reconocido en todas las lejislaciones del mundo, derivado de nuestra propia organizacion política en la cual no se reconoce otro sobe-

rano que el pueblo, ni otras leyes que las emanadas de sus delegados, fué combatido con encarnizamiento, i aunque, rechazado en apariencia, quedó siempre consignado en la lejislacion antigua que, sobre este punto, no ha sufrido modificacion. Libre es en buena hora la autoridad eclesiástica para lejislar soberanamente en la materia de su competencia; i para los que tienen fe, hai obligacion estricta de someterse a sus mandatos. Pero desde que la Iglesia, traspasando los límites que le señaló su divino fundador, invade un terreno que le es estraño, ni como ciudadanos, ni como católicos, nos óbligan sus prescripciones.

De todo punto vana i sin resultado práctico fué la supresion que se hizo de un artículo del proyecto que castigaba con penas menores que las señaladas a los reos comunes, a los eclesiásticos que en el ejercicio de su ministerio incitasen directamente a la desobediencia de las leyes. Jamas se quiso comprender que era imposible sustraer a ningun ciudadano, sea cualquiera su posicion, sea cualquiera su dignidad, al deber de respetar los mandatos del lejislador. No puede concebirse en Chile la existencia de individuos que estén sobre la lei; i sí, por desgracia, llegase el caso de una exitacion directa a la desobediencia hecha por alguno de los que se creen inmunes, se veria que en el Código han quedado medios de represion, algo mas duros que el que consignaba el artículo suprimido.

La comision redactora ha tenido la grata satisfaccion de ver su obra convertida en lei, salvo pequeñas modificaciones que en manera alguna alteran el conjunto. Ni podia ser de otra manera. Su trabajo no es la obra de unos pocos que mas que intelijencia i mas que ciencia, tuvimos la modestia de adaptar los mas famosos códigos modernos a las exigencias de nuestra sociedad. En nuestra tarea, nos sirvieron de luminoso guia la antigua lejislacion española, el código Napoleon, el austriaco, el brasilero, el napolitano, el bábaro, el belga, i el moderno español.

Justo es tributar en este lugar el homenaje de nuestros respetos a la profunda filosofía, al gran acopio de ciencia que se encierran en este último. En él bebimos nuestras inspiraciones; de él sacamos la mayor parte de nuestros artículos, i nuestra insuficiencia fué constantemente ilustrada por la sabiduría de los comentarios de uno de sus mas ilustres autores, don Joaquin Francisco Pacheco.

En el libro primero del código se establecen las reglas jenerales.

Definido acertadamente el delito, se detallan con toda claridad las circunstancias que eximen, atenúan o agravan la responsabilidad criminal. Destruyendo la lamentable confusion que las leyes de Partida hacian entre los autores, los cómplices i los encubridores, se ha establecido con claridad la distincion que hai entre ellos i se les ha asignado distinto grado de penalidad.

Digno es de llamar la atencion el nuevo principio consagrado en el artículo 18. El hace que se adapten las penas a las nuevas necesidades de la época: él hace perpetuamente perfectible la lejislacion penal i permite que los delincuentes saquen provecho de todo nuevo progreso.

Ha desaparecido toda aquella série de penas que eran una especie de baldon para el jénero humano, i se han introducido las penas divisibles que permiten al majistrado adecuarlas a la infinita variedad de circunstancias que hacen que un mismo hecho sea mas o ménos criminoso.

Se ha conservado la pena de muerte, a pesar que razones mui atendibles aconsejan su abolicion. Se la ha restringido sin embargo a poquísimos casos como pena determinada. Uno de ellos es el del traidor a la patria que conspira contra su seguridad, que induce a una potencia extranjera a declararle la guerra i que vé coronado sus esfuerzos con las consiguientes hostilidades. Imajinaos un Almonte, que, recorriendo las cortes de Europa, logra coaligar tres poderosas naciones para que destruyan la independenciam de su país por medio de ejércitos en que él ocupa un alto puesto, ¿cómo figurarse que, despues de los cruentos sacrificios que tan horrendo crimen ocasiona; que despues que la sangre de millares de víctimas i el heroico valor de sus compatriotas pudo conjurar la tormenta desencadenada por él; cómo creéis que la justicia hubiera podido respetar la existencia de aquel criminal?

Otro de los casos en que la pena de muerte ha quedado en vigor es el de la pérdida de vidas ocasionada por destrucciones hechas u obstáculos puestos en una via férrea. Se concibe fácilmente el grado de perversidad que se necesita para que se haga sucumbir sin medio humano de salvacion a viajeros inermes. La última pena no es castigo demasiado severo para reprimir un crimen de tan trascendentales consecuencias.

El último caso en que se consigna la pena de muerte es el del parricidio. Quien es capaz de romper los mas sagrados vínculos de la naturaleza, quien no se espanta ante la idea sola de hacer

desaparecer por su propia obra a su padre, a su hijo o a su cónyuge, es una béstia feroz cuya existencia no puede inspirar garantías a la sociedad en que viva.

No falta quien diga que el presidio perpétuo puede reemplazar con ventaja la pena de muerte. Pero aun en este caso, ¿qué se haría con un condenado a presidio perpétuo con celda solitaria, que logrando escaparse cometiese un homicidio? No habría pena mayor que imponerle; i como por desgracia no son raros los crímenes cometidos dentro del recinto de las cárceles, habría que sancionar la impunidad de los mas famosos criminales.

Largo i prolijo sería hacer un análisis minucioso de todas las disposiciones del Código. En el curso de mis conferencias, tendré ocasion de explicarlas una a una. Básteme por ahora recordar que ya ni el reo político, ni el monedero falso, ni el simple homicida, ni el incestuoso, ni el raptor, se verán amenazados con la muerte; que ni el rufian, ni el reo de doble matrimonio sufrirán la vergüenza pública; que el ladron no quedará infamado con la pena de azotes; que la mujer adúltera no será entregada a la venganza de su marido para que la haga sufrir los arrebatos de su rencor en vez de la pena determinada por la lei; que la blasfemia, la herejía, la apostasía i demas pecados de que solo debe darse cuenta a Dios, están fuera del alcance de la justicia humana; que los derechos garantidos por la Constitucion no pueden ser violados sin incurrir en la sancion de la lei; que los funcionarios públicos, i en especial, los majistrados encargados de administrar justicia encontrarán severo correctivo cuando traspasen los límites del deber; i finalmente, que se han clasificado i penado muchos delitos desconocidos en los siglos que han precedido al actual, i que son hijos de los progresos que la industria i la civilizacion han alcanzado en estos últimos tiempos.

Interesante por demas es el estudio que hoi empezamos. Sin ninguna mira de lucro i solo por el interes de la ciencia, me he ofrecido a explicaros i daros a conocer el Código Penal. Cuento con vuestra buena voluntad para el trabajo; i espero que al fin de nuestra tarea, recojerémos el fruto de nuestros afanes.

Santiago, marzo 29 de 1875.

ALEJANDRO REYES.

POESIAS.

Arcanos.

Lei misteriosa, dulce simpatía
Que encadenas las almas; harmonía
Que ligas los espíritus; te siento
Mas no puedo explicarte,
Ritmo oculto que ajita al pensamiento,
Ideal del amor que inspira al arte!

Como un lazo invisible relacionas
Todo lo creado, cosas i personas,
Mares, astros, metales, rocas, plantas
I cimas altaneras;

Eco del bosque con las aves cantas,
Voz de las selvas rujes con las fieras!

Magnética atraccion del universo
Tú vagas como un hálito disperso
Do quier sembrando jérmenes fecundos.
Notas i voces rimas,
I hácia Dios con las mentes te sublimas
I te mueves con almas i con mundos!

Bethoven,

(Leyendo su vida.)

Cuál me espanta, maestro,
De tu horrendo pesar la desventura!
Hombre recto estraviado en lo siniestro,
Alma de luz viviendo en sombra oscura!

Muda como en un sueño misterioso
 La creacion, tentando tus anhelos,
 Te abrasaba en lo ideal; i su reposo
 Era eterno en la tierra i en los cielos.

I otra creacion en tanto
 Se agitaba en tu espíritu; nacia!
 Creacion del amor, mundo del canto,
 Oda estraña, inaudita sinfonía!
 I tú, maestro, en notas inmortales,
 Esculpiendo un idioma de sonidos,
 Distes a esa creacion voces reales,
 Lengua al silencio, a la sordera oídos!

Dante en Lunigana.

(Convento de Santa Croce del corvo.)

A la puerta del convento
 Llama tímido un anciano:
 —¿Qué quiere? ¿qué busca hermano?
 —¡Quiero paz i busco paz!
 I el sublime pensamiento
 De una mente creadora
 Por esos labios implora,
 Resplandece en esa faz!
 Era Dante! Era el profeta
 De la Italia! un astro errante
 En ese mundo ignorante
 Que se atosiga en el mal.
 Era Dante; era el poeta
 Que en sus andrajos mezquinos
 Traía los cantos divinos
 De su poema inmortal!

GUILLERMO MATTA.

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

Abril 1.º de 1875.

A los muchos libros que con el título de *Anuarios* publica la prensa francesa para consignar en un volúmen la historia del movimiento político, financiero, científico o literario de cada año, ha venido a agregarse otro mui reciente, que queremos recomendar a nuestros lectores.

La librería Charpentier de Paris ha emprendido en enero de 1875 la publicación de un anuario histórico, que por sus dimensiones i por la manera cómo se hayan tratadas las materias, está al alcance de toda clase de lectores. Lleva el título de *Année politique*; i el primer volúmen, que consta de 460 pájinas en 18.º, se refiere todo él al año de 1874, aparte de una introduccion histórica en que están contados los sucesos políticos desde la caída de M. Thiers, en mayo de 1873. El autor de este volúmen es M. André Daniel.

El objeto de este anuario es referir mes por mes los sucesos políticos de cada año; i aun cuando la historia contemporánea de Francia ocupa allí el primer lugar, se han reunido igualmente las noticias principales para juzgar del movimiento jeneral europeo. Los hechos están espuestos metódicamente, con toda claridad i bajo el punto de vista del liberalismo mas racional i sensato, sin acritud para nadie, i sin abuso de disertaciones políticas. Al fin del volúmen, el autor reúne algunos de los documentos políticos mas importantes del año, lo que es un buen servicio para el mayor número de los lectores, que no tienen a su disposicion las colecciones de diarios o compilaciones de leyes en que se insertan esos documentos. Un índice alfabético colocado al fin del libro, simplifica i facilita notablemente su consulta.

L'Année politique de M. Daniel está destinado a ocupar un lugar distinguido al lado de los anuarios científicos, jeográficos i literarios que cada año dan a luz las prensas de Paris. Al recomendarlo a nuestros lectores, lo creemos digno de que obtenga entre nosotros la misma popularidad que han alcanzado las revistas anuales de Figuier, Vivien de Saint-Martin i Vapereau.

La Saint Barthélemy devant le senat de Venise es el título de un tomo de 98 páginas en 18.º, fuera de otras 15 de prólogo, impresas con todo cuidado i gusto. Este pequeño volúmen no contiene mas que las relaciones pasadas al senado veneciano por los embajadores que tenía la república en Paris, i los cuales fueron testigos de aquella espantosa matanza. El traductor i comentador de estas relaciones es M. William Martin.

La publicacion de este libro viene a completar la luz que las crónicas, memorias i otros documentos han echado sobre esa sangrienta página de la historia de Francia. Se sabe que el partido que preparó, consumó i celebró esa atroz carnicería, ha tratado mas tarde de disculparse ante la posteridad, sea ocultando algunos hechos, sea esplicando otros mas o ménos artificiosamente para disimular i oscurecer la verdad. De ahí viene el interes que se pone en reunir i publicar documentos que esclarezcan estos hechos.

El librito de M. Martin está formado casi enteramente por la Relacion de Giovanni Michiel, embajador extraordinario de Venecia cerca de Cárlos IX de Francia. Residiendo en Paris cerca de la corte, i sin embargo, alejado de la política interior lo suficiente para no abanderizarse, ha escrito lo que vió i lo que oyó, agrupando un cúmulo de detalles que en vano se buscarian en otra parte. Su relacion de la matanza de la San Bartolomé tiene, pues, un grande interes histórico. Esta pieza está acompañada de un fragmento importante de otra relacion del mismo suceso escrita por Sigismondo Caballi, embajador ordinario de Venecia, i de otros documentos ilustrativos. Estos documentos no dejan lugar a duda de que esa carnicería es la obra esclusiva del fanatismo religioso, que los gobiernos católicos la aplaudieron como una hazaña ejecutada en favor de su causa, que celebraron grandes funciones en los templos para dar gracias a Dios, i que se dirijieron al papa para felicitarlo por este suceso al mismo tiempo que el papa celebraba grandes fiestas en Roma en honor de la matanza.

El editor de este volúmen, M. William Martin, se ha limitado a publicar estas piezas acompañándolas de algunas notas destinadas a facilitar la intelijencia del texto por medio de ciertas indicaciones históricas breves i sumarias.

Creemos que este libro, tan interesante como instructivo, agradará a los que aman seriamente los estudios históricos.



Hace algunos meses se publicó el prospecto de una *Coleccion de documentos i noticias inéditas o poco conocidas para servir a la historia física, política i literaria del Rio de la Plata*, que debia salir a luz bajo la direccion de los señores don Andrés Lamas, don Juan Maria Gutierrez i don Bartolomé Mitre. Ahora tenemos a la vista los cuatro primeros volúmenes, impresos el primero en 1873 i los restantes en 1874.

Estos cuatro tomos de cerca de 500 páginas en 8.º cada uno, no contienen mas que la primera parte de la *Historia de la conquista del Paraguay, Rio de la Plata i Tucuman* por el padre Pedro Lozano. Se sabe que este jesuita poseyó junto con un ardor infatigable para los trabajos de investigacion histórica una rara fecundidad de escritor. Su nombre es conocido por una cantidad conside-

nable de escritos sobre diversas materias i mui particularmente por su libro sobre el Chaco, i por su estensa aunque inconclusa historia de los jesuitas en el Paraguay. Aunque escritor difuso i fatigoso, aunque historiador desprovisto de sagacidad critica, i aunque mui parcial en favor de todo lo que se relaciona con su órden, el padre Lozano goza de una merecida reputacion como investigador i como compilador de noticias históricas. Se comprende que los aficionados a la historia americana desearan tanto la publicacion de una grande obra que el padre Lozano habia dejado inédita, i que no era conocida mas que por uno que otro curioso, o solo por las referencias o indicaciones de otros historiadores que habian utilizado ese importante manuscrito. Esa obra era nada ménos que una estensísima historia jeneral de las provincias argentinas desde su descubrimiento por los españoles hasta mediados del siglo XVIII; i los que habian podido examinarla declaraban que era la mas prolija i la mas completa de cuantas se hubieran escrito. Aun se sabia que algunas de las obras compuestas posteriormente, como la del padre Guevara i la del dean Funes, eran en cierto modo compendios de la que habia dejado inédita el padre Lozano.

El señor don Andrés Lamas, que con razon es contado entre los mas ilustres eruditos de las repúblicas del Plata, ha prestado un verdadero servicio a la historia americana dando a la prensa la obra manuscrita del padre Lozano. Los cuatro tomos publicados hasta ahora dejan la historia argentina a mediados del siglo XVII; i como el manuscrito alcanza hasta los sucesos de 1745, es de creerse que la parte que queda por publicar ocupará otros cuatro volúmenes de igual tamaño. Es indudable tambien que estos últimos sean los mas interesantes, porque el autor refiere en ellos hechos de que fué testigo o que pudo estudiar en los documentos ántes que la accion del tiempo viniera a destruirlos o a dispersarlos, como desgraciadamente ha sucedido con una porcion considerable de los papeles del tiempo de la conquista.

En efecto, el padre Lozano no ha podido disponer de un número mui considerable de documentos para la primera parte de su historia, i ha estado obligado a basarla principalmente en las noticias consignadas en las crónicas anteriores o conservadas por la tradicion. Sin duda, las investigaciones posteriores que comienzan a hacerse en los archivos, i sobre todo las que se hagan en el archivo de Indias, vendrán a dar una nueva luz sobre los primeros tiempos de la historia argentina, como lo han dado sobre la de Chile, la de Méjico i la del Perú; porque como lo demuestran la ciencia i la esperiencia, solo en los documentos contemporáneos se puede hacer un estudio serio i fundamental de la historia. Sin embargo de esto, i considerando solo el estado en que hasta el presente se encuentran los estudios históricos acerca de las provincias argentinas, se puede asegurar, como lo asienta el señor Lamas en la introduccion que ha puesto a este libro, que hasta ahora la historia de esos paises "no tiene pájinas mas llenas ni mas auténticas que las del padre Lozano." Hai en ellas un inmenso caudal de noticias, espuestas con poco método, con frecuentes repeticiones i en un lenguaje pesado i difuso, pero que puede leerse con provecho, por mas que esas relaciones estén afeadas por la repeticion de milagros i de otros detalles que son fruto de la supersticion, del tiempo i del centro social en que vivió el autor. El lector chileno encontrará en este libro no solo la historia de los

orígenes de un pueblo hermano, sino noticias muy curiosas i casi desconocidas sobre las expediciones que algunos de los conquistadores de nuestro país hicieron al otro lado de los Andes.

El señor Lamas ha puesto al frente de esta edicion, un estudio sobre la vida i las obras del padre Lozano que tiene 150 pájinas. Es singular que apesar de la diligencia que ha puesto, no haya podido reunir mas estensas noticias biográficas que las que allí consigna, tanto mas cuanto que se trata de un hombre que ha debido dejar muchos recuerdos entre sus hermanos de profesion, i que vivia en la mitad del siglo pasado. Esta es una prueba de cuán difíciles i a veces cuán inútiles son los mas activos trabajos de investigacion sobre algunos puntos de la historia americana.

Apesar del esmero con que, segun parece, se ha hecho la edicion, no son raros los yerros tipográficos que a veces hacen oscuro el sentido. Así, por ejemplo, en el cap. IV del libro IV, tomo 4.º, páj. 90 se llama Pedro de García al licenciado Pedro de la Gasca, el célebre pacificador del Perú. Estos errores revelan cuantas son las dificultades que rodean al que acomete la empresa de publicar antiguos documentos.



Existe en Lóndres una sociedad literaria que tiene por objeto publicar antiguas relaciones de viajeros o crónicas referentes a la historia de los progresos de la jeografía. Esta sociedad ha tomado el título de Hakluyt (Hakluyt Society), del nombre de un célebre canónigo de Westminster que se ilustró a principios del siglo XVII prestando su valioso apoyo a varias empresas de exploracion i publicando muchas relaciones de viajeros. La sociedad de Hakluyt ha publicado hasta la fecha cerca de cuarenta volúmenes de antiguos viajes o relaciones históricas acerca de diversos países, i principalmente de América. Aunque algunos de ellos, como las traducciones de Garcilaso, Cieza de Leon, etc, tienen muy escaso valor para nosotros que podemos leer esas mismas obras en su orijinal, la mayoría de ellas es de una importancia indisputable.

Recientemente ha publicado esta sociedad un nuevo volumen que lleva este título: *The captivity of Hans Stade of Hesse in A. D. 1547—1555 among the tribes of eastern Brazil*. (La cautividad de Hans Stade de Hesse por los años de 1547 a 1555 entre las tribus del Brasil oriental), traducido por Alberto Tootal i anotado por Ricardo F. Burton.

Hans Stade era un aventurero de Hesse, que arrastrado por su deseo de correr tierras, pasó de Bremen a Holanda i de allí a Lisboa con la resolucion de embarcarse para la India. En Lisboa supo que la escuadra que marchaba al oriente habia salido ya del puerto; i se embarcó como artillero en un buque de guerra despachado para la costa de Africa i el Brasil. En este viaje, que duró diez i ocho meses, desembarcó en la costa de Pernambuco, i sirvió en el establecimiento portugués de Iguarazú, que los salvajes tuvieron sitiado durante un mes. Habiendo vuelto a Europa despues de muchas aventuras, llegó a Sevilla, i allí tomó servicio en la escuadra de don Diego de Sanabria, que partia para el Rio de la Plata a fines de 1548. Este viaje, que duró cerca de seis años, es todavia mucho mas interesante que el anterior. Habiendo tocado en las Cana-

rias i en otras islas, llegó a Superaqui, cerca de Paranagua, i en seguida a Santa Catalina. Como los espedicionarios hubiesen perdido allí el principal de sus buques, una parte de ellos se internó por tierra para llegar a la Asuncion, centro entonces de las posesiones españolas en aquellos lugares, miéntras otros siguieron recorriendo la costa hácia el norte. Stade, que era de estos últimos, fué tomado prisionero por los indios Tupinambas, un poco al norte de Santos, i vivió entre esos salvajes hasta 1554. Pudo escaparse fugándose a Rio Janeiro, donde se embarcó en un buque frances que volvia a Europa. Este cautiverio le permitió conocer las costumbres de aquellos salvajes, i describirlas prolijamente en su libro.

El comentador de este libro importante, es el capitan R. F. Burton, uno de los audaces exploradores del Africa ecuatorial, i de algunas rejiones de la India. Desempeñando el consulado británico en Santos desde 1865 hasta 1868, ha recorrido una gran parte del Brasil i ha viajado por otros países de América. En el prefacio que ha puesto a la obra de Stade ha descrito con conocimiento de causa el país en que este aventurero pasó su cautividad; i en una introduccion de 33 pájinas, que viene en seguida, el mismo capitan Burton hace una valiosa disertacion acerca de los indios del Brasil, con una noticia de las obras principales relativas a ese país.



M. Rosselly de Lorgues es un escritor frances de la escuela ultramontana que ha adquirido cierta celebridad por sus esfuerzos para solicitar la canonizacion de Cristóbal Colon. Ha consagrado a esta empresa toda su actividad; i ha escrito tres obras distintas, una de las cuales, la segunda, es una historia del famoso navegante que no carece de estudio ni de arte literario, si bien adolece de defectos que no hai para que señalar aquí. Otro escritor frances, el abate Cadoret, vino mas tarde a asociarse a los proyectos de M. Rosselly de Lorgues; pero la vida de Colon que escribió con este motivo ha encontrado pocos lectores, i en jeneral vale mucho ménos que la de su colega.

El tercero de los libros de M. Rosselly de Lorgues ha sido publicado solo a fines de 1874, i lleva este título singular: *L' ambassadeur de Dieu et le pape Pie IX*, i forma un volúmen de 558 páj. en 8.º El embajador de Dios es Cristóbal Colon, cuyo carácter se empeña en exaltar M. Rosselly de Lorgues, no para hacer conocer su jenio de descubridor ni las grandes virtudes que lo adornaron, sino para adaptarlo a las exigencias i necesidades de la escuela devota de nuestro siglo. Como la jeneralidad de los historiadores de esta escuela, el biógrafo de Colon falsea los textos que cita, violenta los hechos para darles una esplicacion que no es la verdadera, i llega a conclusiones inesperadas. Así, por ejemplo, Colon cuyas doctrinas jeográficas fueron condenadas por los teólogos de Salamanca, aparece en los libros de M. Rosselly de Lorgues como inspirado por los frailes i los clérigos, que son los que le sujieren el proyecto de sus viajes i aun le hacen ver una carta jeográfica en que estaba dibujada la América ántes que este continente fuera descubierto. De esta manera, la preteudida rehabilitacion de Cristóbal Colon no conduce a otra cosa que a oscurecer su gloria, suponiendo que no le pertenece la iniciativa de la empresa que lo hizo inmortal.

Por lo demas, M. Rosselly de Lorgues persigue una quimera. La canoniza-

cion de Cristóbal Colon ejecutada en nuestro siglo, no aumentaría en lo menor el prestigio del insigne descubridor. Probaría a lo mas que el ultramontanismo quiere engalanar sus filas con un hombre ilustre a quien rechazó en vida por que sostenia que la tierra era redonda.



Mr. George Chawort Musters, oficial retirado de la marina inglesa, ha escrito la relacion de su viaje al interior de la tierra patagónica, que forma un volumen en 8.º de 340 pájinas, con el titulo de *Una residencia entre los patagones (At home with the Patagonians)*. El viajero no pretende entrar en comentarios filosóficos de ningun jénero acerca del orijen, actual condicion o futura suerte de los indijenas que lo hospedaron por el espacio de un año: se limita simplemente a narrar lo que observó i esperimentó, a apuntar sus impresiones del momento i a describir las escenas i la vida cuatidiana de los patagones i tehuelches. Por lo que hemos podido juzgar, esta descripcion es perfectamente verídica, i libre de toda afectacion, i puede ser consultada con provecho por los que se interesan en adquirir noticias exactas de las razas que pueblan las comarcas fronterizas de nuestra naciente colonia de Magallanes. Bajo este punto de vista, ofrece un contraste notable con una obra análoga publicada hace poco por M. Guinnard, bajo el epigrafe de *Tres años de esclavitud entre los patagones*, i respecto de la cual lo ménos que puede decirse es que no corresponde a su titulo.

El comandante Musters se hallaba en las islas Malvinas en 1869, i entusiasmado por las relaciones de Darwin, i de Fitz-Roy, i por lo que habia recojido en las conversaciones diarias con los oficiales del buque británico *Nassau*, entónces empleados en esplorar la costa magallánica, concebió la idea de penetrar al interior de la Patagonia. Llegó a Punta Arenas; i mediante los buenos oficios del gobernador Viel, pudo agregarse a una expedicion semi-militar, semi-aventurera que se preparaba para ir en busca de algunos reos desertores. El teniente Gallagos i los demas chilenos, sus compañeros, le sirvieron de guias por algun tiempo; pero habiendo descubierto a cuatro de los desertores en Santa Cruz, se despidieron del aventurero ing'és, pronosticándole toda suerte de peligros i malandanzas. En Santa Cruz principian propiamente las novedades del viaje de Musters. Allí se puso bajo la proteccion de Casimiro i de Orqueque, caciques de los tehuelches.

Siguiendo el curso del rio Chico atravesó, aprovechándose de alianzas i amistades con diversas tribus, la tierra patagónica en direccion norte hasta enfren-
tar la laguña de Nahuelhuapi.

Estuvo, por consiguiente, a poca distancia de los indios araucanos; pero recelando de su conocida bravura i temeroso de ponerse en sus manos, tomó rumbo hácia el oriente; i atravesando las pampas puso fin a su escursion en el puerto llamado Cámen o Patagones, posesion argentina situada en la latitud 41º en la costa del Atlántico. La manera como fué recibido i tratado el esplorador ingles por las tribus de indios, todos nómades, que encontró en esta larga travesía, nos persuade que si los salvajes de la Patagonia se resisten a admitir la benéfica influencia de los españoles o cristianos que comienzan a comunicarse con ellos por todos lados, no son como sus vecinos los araucanos, completamente indo-

mables; i que seria fácil mantenerlos en un estado de paz relativa, sobornando a los caciques a quienes obedecen ciegamente. El hecho solo de haber vivido entre ellos un europeo a guisa de huésped, acompañándoles en la caza i en sus correrías incansables, durmiendo en sus toldos, i tomando parte en sus parlamentos i conferencias diplomáticas de tribu a tribu, es una prueba de que estas razas son susceptibles de una nueva i mejor educacion social. Repetimos que el escritor cuida solo de esponer hechos, i que sus noticias pueden ser de gran utilidad tanto para el hombre de estado o funcionario público, como para el colono que quiera instruirse acerca de la índole de las tribus que poseen esa dilatada comarca patagónica, tan mal descrita i tan poco conocida.



La oficina hidrográfica, fundada a mediados del año próximo pasado como una seccion del ministerio de Marina, ha dado a luz a principios del mes de marzo el primer número de la publicacion que lleva por título *Anuario hidrográfico de la marina de Chile*. Es éste un volúmen de cerca de 500 pájinas en 4.º acompañado de numerosos planos i de algunas vistas interesantes.

La publicacion del *Anuario* prestará sus servicios no solo a los navegantes, sino a todas las personas que se ocupan de la jeografía chilena. Dentro de algunos años ese libro será un precioso arsenal de noticias jeográficas en que cada cual encontrará reunidos sistemáticamente los trabajos ejecutados por la marina nacional. Estos trabajos, si se prosiguen con el empeño i el acierto de estos últimos años, están destinados a completar el conocimiento de la parte austral del continente americano.

El *Anuario* está dividido en siete partes, de las cuales la primera, que contiene las exploraciones hidrográficas practicadas por los buques de la marina nacional, es sin duda la que ofrece mas interes a la jeneralidad de los lectores. Las seis últimas partes, que ocupan unas 100 pájinas, tratan de asuntos casi esclusivamente del dominio de los marinos. La division está hecha con método, i el índice que precede la obra permite consultar fácilmente el punto que se desea buscar.

Tres son las exploraciones de que da cuenta la primera parte. La corbeta *Chacabuco*, al mando del capitan de fragata don Enrique Simpson, ha hecho una serie de viajes, de 1870 a 1873, en los cuales ha dado a conocer una porcion considerable de los importantes i poco explorados archipiélagos que yacen en las costas occidentales de la Patagonia, desde el de Guaytecas hasta el cabo Tres Montes. Las descripciones del capitan Simpson no se limitan a consignar los datos jeográficos o estrictamente hidrográficos de las rejiones que ha recorrido; contienen también indicaciones curiosas i de importancia acerca de la naturaleza de aquellos lugares i de las ventajas que el comercio i la navegacion podrian sacar de ellas. La relacion de los viajes del capitan Simpson tiene la forma de un diario, en el cual va consignando dia por dia los trabajos que hace i los sucesos que ocurren; pero esta manera de contar el viaje, que tiene inconvenientes visibles, está remediada en parte por ciertos resúmenes jenerales que ha colocado al fin de cada diario.

La segunda exploracion es un estudio hidrográfico, físico i aun jeológico, a que

se añaden observaciones de costumbres i de historia natural, de la rejion del rio Maullin. Este importante trabajo ha sido llevado a cabo en el verano de 1873 a 1874 por el capitan de fragata don Francisco Vidal Gormaz, a quien acompañaba don Carlos Juliet con el fin de estudiar especialmente la historia natural de los lugares que iban a reconocerse. El trabajo se compone, pues, de dos memorias diversas, redactadas una por el jefe espresado, i la otra por el señor Juliet. Ambas tienen un mérito incontestable, i la primera especialmente ha venido a llenar en parte los vacios dejados en la provincia de Llanquihue por la comision encargada de levantar el plano topográfico de la República.

La tercera esploracion es una descripcion completa de las islas volcánicas San Félix i San Ambrosio, reconocidas lijeramente en otras ocasiones por algunos viajeros, pero cuyo estudio dejaba mucho que desear. El comandante de la goleta *Covadonga*, capitan de fragata don Ramon Vidal Gormaz, hizo ese estudio en la primavera del año próximo pasado. Los planos que acompañan a esta relacion como a las dos anteriores están bastante bien ejecutados i son un auxiliar indispensable para la perfecta intelijencia de la lectura de los viajes.

Las partes 2.^a, 3.^a i 4.^a del *Anuario* ofrecen a los navegantes en un conjunto ordenado la relacion de los bajos, islas i escollos recientemente descubiertos o explorados, como asimismo la de las boyas, valizas i señales de tierra colocadas o modificadas durante el año último. Se encuentra tambien allí la descripcion de los faros recientemente encendidos.

En la parte 5.^a se reproduce en castellano la relacion del viaje de la cañonera francesa *Vaudreuil* de Valparaiso a Lorient, narracion mui importante para los marinos por el caudal de pormenores hidrográficos que da a conocer acerca de algunos puertos de la costa occidental de la Patagonia i del Estrecho de Magallanes.

La parte 6.^a contiene la estadística de los siniestros marítimos acaecidos en las aguas de la República, la cual viene acompañada de una carta de Chile en que están señalados los lugares de los siniestros. La misma parte comprende una variedad de documentos i noticias que son del mayor interes i utilidad para los navegantes.

Por último, en la 7.^a parte se reproducen las leyes i decretos dictados en el año de 1874 i que tienen un interes jeneral en la marina.



Otra publicacion relativa a la hidrografia de Chile i titulada *Instructiões Nautiques sur les côtes du Chili et de la Bolivie* se ha hecho en Paris a fines de 1873 por el capitan de fragata de la marina francesa M. F. Chardonneau. Esta obra, que consta de mas de 400 pájinas, está destinada casi esclusivamente a los navegantes, i puede asegurarse que es la mejor jeografia náutica de la parte del litoral chileno comprendida entre el golfo de Penas i el paralelo 24°, que nos separa de Bolivia.

El autor, para redactar su trabajo, ha consultado i extractado con esmero i casi siempre con acierto las diversas publicaciones chilenas referentes a la hidrografia de nuestra costa, agregando los estudios de los marinos de otras naciones. El mismo declara en la introduccion de su libro que ha tenido a la vista las

memorias de marina publicadas anualmente por el gobierno de Chile, i se complace en reconocer la bondad de los trabajos llevados a cabo por los oficiales de nuestra escuadra.

El capítulo 1.º contiene algunas consideraciones sumarias acerca de los límites i subdivisiones del litoral, sobre la historia i aspecto jeneral del país, sobre la climatología, las líneas marítimas, el comercio, etc.—Quizá es ésta la parte del libro de M. Chardonneau que tiene ménos interes, tanto por lo breve de las noticias que da como porque ellas no son siempre las mas exactas. La verdadera jeografía náutica comienza en el capítulo 2.º i termina en el 8.º Este asunto está tratado con método i estensamente, sobre todo cuando se ocupa de las rejiones esploradas por los oficiales de la marina nacional.

El capítulo 9.º está consagrado a trazar el derrotero del litoral de la República de Bolivia, i éste es sin duda el mejor trabajo que se haya publicado hasta ahora sobre aquella costa.

Finalmente, el capítulo 10.º, que es el último del libro, contiene la descripción de las islas de Juan Fernandez i del grupo de San Félix i San Ambrosio.

D. B. A.

FIN DEL TOMO I.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

	PÁJ.
PROSPECTO	v
<i>Del raciocinio en materias de hecho</i> , (estudio inédito) por don <i>Andres Bello</i> , páj.	1
<i>Rasgos biográficos de J. Michelet</i> , por <i>Manuel A. Matta</i> , páj.	19
<i>El clero en la revolucion de la independencía americana</i> (primera parte) por <i>Diego Barros Arana</i> , páj.	49
<i>El ministro Portales</i> , por <i>Ramon Sotomayor Valdes</i> , páj.	73
<i>La policía de seguridad en las grandes ciudades modernas</i> (Lóndres, Paris, Nueva York, Santiago), por <i>Benjamin Vicuña Mackenna</i> , páj.	109
<i>Algo sobre las momias del Perú</i> , por <i>R. A. Philippi</i> , páj.	135
<i>Poesías</i> , por <i>Guillermo Matta</i> , páj.	149
<i>Poesías</i> , por <i>Victor Torres Arce</i> , páj.	153
<i>Revista bibliográfica</i> , por <i>D. B. A.</i> , páj.	159
<i>Necrolojia americana de 1874</i> , don <i>Santiago Arcos</i> , <i>M. Brasseur de Bourbourg</i> , don <i>Felipe Larrazábal</i> , don <i>José Antonio Maitin</i> i <i>M. F. Roulin</i> , por <i>D. B. A.</i> páj.	171
<hr style="width: 20%; margin: auto;"/>	
<i>Del método, i en especial del que es propio de las investigaciones físicas</i> , (estudio inédito) por don <i>Andres Bello</i> , páj.	185
<i>Rasgos biográficos de J. Michelet</i> , (conclusion) por <i>Manuel Antonio Matta</i> , pájina	198
<i>El espiritismo</i> (art. 1.º)— <i>Historia de la doctrina espiritista</i> — <i>¿El espiritismo es una ciencia o una relijion?</i> por <i>Eulojio Carrasco</i> , páj.	216
<i>La accion del clero en la revolucion de la independencía americana</i> (art. 2.º) por <i>Diego Barros Arana</i> , páj.	241
<i>Una visita al museo histórico del Santa Lucía</i> , por <i>Benjamin Vicuña Mackenna</i> , páj.	272

	PÁJ.
<i>El diario de una loca</i> , por José Victorino Lastarria, páj.....	277
<i>La Mujer-Hombre</i> , drama en tres actos, por Roman Vial páj.....	302
<i>Poesías</i> , por Guillermo Matta, Eduardo de la Barra, Héctor Alvarez i Manuel A. Hurtado, páj.....	347
<i>Revista bibliográfica</i> , por D. B. A., páj.....	355

<i>Historiadores de Chile</i> .—Don José Pérez García, por Diego Barros Arana, páj.....	369
<i>Al traves de los libros</i> .— <i>La India primitiva</i> , por Benjamin Dávila Larraín, páj.....	381
<i>Publicistas americanos</i> .—Don Juan Bautista Alberdi, por Gonzalo Bül-nes, páj.....	406
<i>Los asilos de enajenados</i> , por Augusto Orrego Luco, páj.....	438
<i>Mercedes</i> , por José Victorino Lastarria, páj.....	467
<i>Algunas faces de la internacionalidad americana</i> , por José Victorino Lastarria, páj.....	512
<i>Poesías</i> , por Guillermo Matta i Victor Torres Arce, páj.....	523
<i>Revista bibliográfica</i> , por D. B. A., páj.....	527
<i>Necrolojia americana</i> .—Don Florentino Gonzalez, por D. B. A., páj.....	541

<i>De las causas de error</i> (estudio inédito) por don Andrés Bello, páj.....	545
<i>Como en Santiago</i> , comedia de costumbres, en tres actos, por Daniel Barros Grez, páj.....	563
<i>Actualidad. Movimiento político. Separacion de la Iglesia</i> , por José Victorino Lastarria, páj.....	625
<i>La situacion</i> , por Manuel A. Matta, páj.....	648
<i>La literatura española en 1874</i> , por Diego Barros Arana, páj.....	681
<i>La última obra de Stuart Mill</i> , por Enrique Lagarrigue, páj.....	693
<i>Discurso inaugural del curso de Código Penal</i> , por Alejandro Reyes, páj.....	705
<i>Poesías de Guillermo Matta</i> , páj.....	720
<i>Revista bibliográfica</i> , por D. B. A., páj.....	722